





2016

Enero

Febrero

Marzo

Abril

Mayo

Junio

Julio

Agosto

Septiembre

Octubre

Noviembre

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Enero.



Textos tomados de:
www.vatican.va
Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de enero de 2016. Homilía
en la solemnidad de Santa
María, Madre de Dios.

1 de enero de 2016.
ÁNGELUS.

1 de enero de 2016. Homilía
en la Santa Misa y apertura de
la puerta santa - basílica de
Santa María la Mayor.

6 de enero de 2016. Homilía
en la Santa Misa en la
solemnidad de la Epifanía del
Señor.

6 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

6 de enero de 2016. Mensaje para el jubileo de la misericordia de los jóvenes.

10 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

11 de enero de 2016.

Discurso del al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede.

13 de enero de 2016.

Audiencia general. La misericordia según la perspectiva bíblica.

16 de enero de 2016.

Discurso a los miembros del movimiento cristiano de

trabajadores.

17 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

17 de enero de 2016.

Discurso en la visita a la
sinagoga de Roma.

18 de enero de 2016.

Discurso a una delegación
ecuménica de la iglesia
luterana de Finlandia, con
ocasión de la fiesta de san
Enrique.

20 de enero de 2016.

Audiencia general.

22 de enero de 2016.

Discurso con motivo de la
inauguración del año judicial

del tribunal de la rota romana.

24 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

24 de enero de 2016.

Mensaje para la 50 jornada mundial de las comunicaciones sociales.

25 de enero de 2016. Homilía en la celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión de san Pablo apóstol.

27 de enero de 2016.

Audiencia general. La misericordia de Dios a lo largo de toda la historia del Pueblo de Israel.

30 de enero de 2016.

Audiencia jubilar. Misericordia y misión.

31 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

15 de setiembre de 2015.

Mensaje para la XXIV jornada mundial del enfermo 2016.

4 de octubre de 2015.

Mensaje para la cuaresma 2016.

1 de enero de 2016. Homilía en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

XLIX jornada mundial de la paz.

Santa Misa con la presencia de los *pueri cantores*, para la clausura del XL congreso internacional.

Viernes.

Hemos escuchado las palabras

del apóstol Pablo: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (*Ga 4,4*).

¿Qué significa el que Jesús naciera en la «*plenitud de los tiempos*»? Si nos fijamos únicamente en el momento histórico, podemos quedarnos pronto defraudados. Roma dominaba con su potencia militar gran parte del mundo conocido. El emperador Augusto había llegado al poder después de haber combatido cinco guerras civiles. También Israel había sido conquistado

por el Imperio Romano y el pueblo elegido carecía de libertad. Para los contemporáneos de Jesús, por tanto, esa no era en modo alguno la mejor época. La plenitud de los tiempos no se define desde una perspectiva geopolítica.

Se necesita, pues, otra interpretación, que entienda la plenitud *desde el punto de vista de Dios*. Para la humanidad, la plenitud de los tiempos tiene lugar en el momento en el que Dios establece que ha llegado la hora de cumplir la promesa

que había hecho. Por tanto, no es la historia la que decide el nacimiento de Cristo, sino que es más bien *su venida en el mundo la que hace que la historia alcance su plenitud*. Por esta razón, el nacimiento del Hijo de Dios señala el comienzo de una nueva era en la que se cumple la antigua promesa. Como escribe el autor de la Carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el

Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa» (Hb 1,1-3). La plenitud de los tiempos es, pues, la presencia en nuestra historia del mismo Dios en persona. Ahora podemos ver su gloria que resplandece en la pobreza de un establo, y ser animados y sostenidos por su Verbo que se ha hecho «pequeño» en un niño. Gracias a él, nuestro tiempo encuentra

su plenitud. También nuestro tiempo personal alcanzará su plenitud en el encuentro con Jesucristo, el Dios hecho hombre.

Sin embargo, este misterio contrasta siempre con *la dramática experiencia histórica*. Cada día, aunque deseamos vernos sostenidos por los signos de la presencia de Dios, nos encontramos con signos opuestos, negativos, que nos hacen creer que él está ausente. La plenitud de los tiempos parece desmoronarse ante la multitud de formas de

injusticia y de violencia que golpean cada día a la humanidad. A veces nos preguntamos: ¿Cómo es posible que perdure la opresión del hombre contra el hombre, que la arrogancia del más fuerte continúe humillando al más débil, arrinconándolo en los márgenes más miserables de nuestro mundo? ¿Hasta cuándo la maldad humana seguirá sembrando la tierra de violencia y de odio, que provocan tantas víctimas inocentes? ¿Cómo puede ser este un tiempo de plenitud, si

ante nuestros ojos muchos hombres, mujeres y niños siguen huyendo de la guerra, del hambre, de la persecución, dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de que se respeten sus derechos fundamentales? Un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos realizada por Cristo. Acordaos, queridos *pueri cantores*, que ésta era la tercera pregunta que ayer me hicisteis: ¿Cómo se explica esto...? También los niños se dan cuenta de esto Y, sin embargo, este río en

crecida nada puede contra el *océano de misericordia* que inunda nuestro mundo. Todos estamos llamados a sumergirnos en este océano, a dejarnos regenerar para vencer la indiferencia que impide la solidaridad y salir de la falsa neutralidad que obstaculiza el compartir. La gracia de Cristo, que lleva a su cumplimiento la esperanza de la salvación, nos empuja a cooperar con él en la construcción de un mundo más justo y fraterno, en el que todas las personas y todas las criaturas puedan vivir en paz,

en la armonía de la creación originaria de Dios.

Al comienzo de un nuevo año, la Iglesia nos hace contemplar la Maternidad de María como icono de la paz. La promesa antigua se cumple en su persona. Ella ha creído en las palabras del ángel, ha concebido al Hijo, se ha convertido en la Madre del Señor. A través de ella, a través de su «sí», ha llegado la plenitud de los tiempos. El Evangelio que hemos escuchado dice: «Conservaba todas estas cosas, meditándolas

en su corazón» (Lc 2,19). Ella se nos presenta como un vaso siempre rebosante de la memoria de Jesús, Sede de la Sabiduría, al que podemos acudir para saber interpretar coherentemente su enseñanza. Hoy nos ofrece la posibilidad de captar el sentido de los acontecimientos que nos afectan a nosotros personalmente, a nuestras familias, a nuestros países y al mundo entero. Donde no puede llegar la razón de los filósofos ni los acuerdos de la política, allí llega la fuerza de la fe que

lleva la gracia del Evangelio de Cristo, y que siempre es capaz de abrir nuevos caminos a la razón y a los acuerdos.

Bienaventurada eres tú, María, porque has dado al mundo al Hijo de Dios; pero todavía más dichosa por haber creído en él. Llena de fe, has concebido a Jesús antes en tu corazón que en tu seno, para hacerte Madre de todos los creyentes (cf. San Agustín, *Sermón 215, 4*).

Madre, derrama sobre nosotros tu bendición en este día consagrado a ti; muéstranos el rostro de tu Hijo Jesús, que

trae a todo el mundo
misericordia y paz. Amén.

1 de enero de 2016. ÁNGELUS.

Solemnidad de Santa María,
Madre de Dios. XLIX jornada
mundial de la paz.

Viernes.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días y feliz
año!*

Al inicio del año es bonito
intercambiarse las
felicitaciones. Renovamos así,
unos a otros, el deseo que
aquello que nos espera sea un
poco mejor. Es en fondo, *un*

signo de la esperanza que nos anima y nos invita a creer en la vida. Pero sabemos que con el año nuevo no cambiará todo, y que muchos problemas de ayer permanecerán también mañana. Entonces quisiera dirigir un deseo sostenido de una *esperanza real*, que traigo de la Liturgia de hoy.

Son las palabras con las cuales el Señor mismo pide bendecir a su pueblo: «El Señor ilumine su rostro sobre ti [...]. El Señor te muestre su rostro» (*Nm 6, 25-26*). También yo os deseo esto: que el Señor ponga su

mirada sobre vosotros y podáis alegraros, sabiendo que cada día su rostro misericordioso, más brillante que el sol, resplandece sobre vosotros y no se oculta nunca! Descubrir el rostro de Dios hace nueva la vida. Porque es un Padre enamorado del hombre, que no se cansa nunca de recomenzar desde el principio con nosotros para renovarnos. ¡El Señor tiene una paciencia con nosotros! No se cansa nunca de recomenzar desde el inicio cada vez que nosotros caemos. Pero el Señor no promete cambios

mágicos, Él no usa la varita mágica. Ama cambiar la realidad desde dentro, con paciencia y amor; pide entrar en nuestra vida con delicadeza, como la lluvia en la tierra, para después dar fruto. Y siempre nos espera y nos mira con ternura. Cada mañana, al despertar, podemos decir: «Hoy el Señor hace resplandecer su rostro sobre mí». Hermosa oración que es una realidad. La bendición bíblica continúa así: «[El Señor] te conceda paz» (*Nm 6, 26*). Hoy celebramos la *Jornada mundial*

de la paz, que tiene por tema: «*Vence la indiferencia y conquista la paz*». La paz, que Dios Padre desea sembrar en el mundo, debe ser cultivada por nosotros. No sólo, debe ser también «conquistada». Esto implica una auténtica lucha, una lucha espiritual que tiene lugar en nuestro corazón. Porque no sólo la guerra es enemiga de la paz sino también la indiferencia, que hace pensar sólo a sí mismos para crear barreras, sospechas, miedos y cerrazones. Estas cosas son enemigas de la paz. Tenemos,

gracias a Dios, muchas informaciones; pero a veces estamos tan inundados de noticias que nos distraemos de la realidad, del hermano y de la hermana que necesitan de nosotros. Comencemos en este año a abrir el corazón, despertando la atención hacia el prójimo, a quien está más cerca. Este es el camino para la conquista de la paz.

Nos ayude en esto la Reina de la Paz, la *Madre de Dios*, de quien hoy celebramos la solemnidad. Ella «conservaba todas estas cosas, meditándolas

en su corazón» (Lc 2, 19). Las esperanzas y las preocupaciones, la gratuidad y los problemas: todo eso que sucedía en la vida se transformaba, en el corazón de María, en oración, diálogo con Dios. Y ella también lo hace así con nosotros: guarda las alegrías y desata los nudos de nuestra vida, llevándolos al Señor.

Encomendemos a la Madre el nuevo año, para que crezcan la paz y la misericordia.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y

hermanas:

Deseo agradecer al Presidente de la República Italiana las felicitaciones que me dirigió ayer por la tarde en su Mensaje de fin de año, y que le devuelvo de corazón.

Expreso mi reconocimiento por las múltiples iniciativas de oración y de acción por la paz organizadas en cada parte del mundo con ocasión de la Jornada Mundial de la Paz de hoy. Pienso, de manera particular, en la Marcha nacional que tuvo lugar ayer por la tarde en Molfetta,

promovida por la
CEI, *Caritas*, *Pax Christi* y
Acción Católica; es hermoso
saber que muchas personas,
sobre todo jóvenes, han elegido
este modo de vivir la noche
vieja. Saludo con afecto a los
participantes en la
manifestación «Paz en todas las
tierras», promovida en Roma y
en muchos países por la
Comunidad de San Egidio.
Queridos amigos, os animo a
llevar hacia adelante vuestro
compromiso a favor de la
reconciliación y de la concordia.
Y saludo a las familias del

Movimiento del Amor Familiar, que han velado esta noche en la plaza de San Pedro, rezando por la paz y la unidad en las familias de todo el mundo.

Gracias a todos por estas hermosas iniciativas y por vuestras oraciones.

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros, queridos peregrinos aquí presentes. Un

pensamiento especial —

Sternsinger—, niños y jóvenes que en Alemania y Austria llevan a las casas la bendición de Jesús y recogen donaciones para sus coetáneos pobres.

Saludo a los amigos y a los voluntarios de la *Fraterna Domus*, el Oratorio de Stezzano y los fieles de Taranto.

A todos deseo un año de paz en la gracia del Señor, rico de misericordia y con la protección materna de María, la Santa Madre de Dios. Y no os olvidéis por la mañana, cuando os despertéis, recordar esa parte de la bendición de Dios: «Hoy el Señor hace resplandecer su rostro sobre mí». ¡Todos! «Hoy el Señor hace resplandecer su rostro sobre mí». ¡Otra vez! «Hoy el Señor hace

resplandecer su rostro sobre mí».

Feliz año, buen almuerzo y por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Hasta la vista!

1 de enero de 2016. Homilía en la Santa Misa y apertura de la puerta santa - basílica de Santa María la Mayor.

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Viernes.

Santa María, Madre de Dios.

Salve, Mater misericordiae!

Con este saludo nos dirigimos a la Virgen María en la Basílica romana dedicada a ella con el título de Madre de Dios. Es el

comienzo de un antiguo himno, que cantaremos al final de esta santa Eucaristía, de autor desconocido y que ha llegado hasta nosotros como una oración que brota espontáneamente del corazón de los creyentes: «*Dios te salve, Madre de misericordia, Madre de Dios y Madre del perdón, Madre de la esperanza y Madre de la gracia, Madre llena de santa alegría*». En estas pocas palabras se sintetiza la fe de generaciones de personas que, con sus ojos fijos en el icono de la Virgen,

piden su intercesión y su consuelo.

Hoy más que nunca resulta muy apropiado que invoquemos a la Virgen María, sobre todo como *Madre de la Misericordia*.

La Puerta Santa que hemos abierto es de hecho una puerta de la Misericordia. Quien atraviesa ese umbral está llamado a sumergirse en el amor misericordioso del Padre, con plena confianza y sin miedo alguno; y puede recomenzar desde esta Basílica con la certeza –¡con la certeza!– de que tendrá a su lado la

compañía de María. Ella es Madre de la misericordia, porque ha engendrado en su seno el Rostro mismo de la misericordia divina, Jesús, el Emmanuel, el Esperado de todos los pueblos, el «Príncipe de la Paz» (*Is 9,5*). El Hijo de Dios, que se hizo carne para nuestra salvación, nos ha dado a su Madre, que se hace peregrina con nosotros para no dejarnos nunca solos en el camino de nuestra vida, sobre todo en los momentos de incertidumbre y de dolor. *María es Madre de Dios, es*

Madre de Dios que perdona,
que ofrece el perdón, y por eso
podemos decir que es Madre
del perdón. Esta palabra
–«perdón»–, tan poco
comprendida por la mentalidad
mundana, indica sin embargo el
fruto propio y original de la fe
cristiana. El que no sabe
perdonar no ha conocido
todavía la plenitud del amor. Y
sólo quien ama de verdad
puede llegar a perdonar,
olvidando la ofensa recibida. A
los pies de la cruz, María vio
cómo su Hijo se ofrecía
totalmente a sí mismo, dando

así testimonio de lo que significa amar como lo hace Dios. En aquel momento escuchó unas palabras pronunciadas por Jesús y que probablemente nacían de lo que ella misma le había enseñado desde niño: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). En aquel momento, María se convirtió para todos nosotros en Madre del perdón. Ella misma, siguiendo el ejemplo de Jesús y con su gracia, fue capaz de perdonar a los que estaban matando a su Hijo inocente.

Para nosotros, María es en un icono de cómo la Iglesia debe extender el perdón a cuantos lo piden. La Madre del perdón enseña a la Iglesia que el perdón ofrecido en el Gólgota no conoce límites. No lo puede detener la ley con sus argucias, ni los saberes de este mundo con sus disquisiciones. El perdón de la Iglesia ha de tener la misma amplitud que el de Jesús en la Cruz, y el de María a sus pies. No hay alternativa. Por este motivo, el Espíritu Santo ha hecho que los Apóstoles sean instrumentos

eficaces de perdón, para que todo lo que hemos obtenido por la muerte de Jesús pueda llegar a todos los hombres, en cualquier momento y lugar (cf. *Jn* 20,19-23).

El himno mariano, por último, continúa diciendo: «*Madre de la esperanza y Madre de la gracia, Madre llena de santa alegría*».

La esperanza, la gracia y la santa alegría son hermanas: son don de Cristo, es más, son otros nombres suyos, escritos, por así decir, en su carne. El regalo que María nos hace al darnos a Jesucristo es el del

perdón que renueva la vida, que permite cumplir de nuevo la voluntad de Dios, y que llena de auténtica felicidad. Esta gracia abre el corazón para mirar el futuro con la alegría de quien espera. Es lo que nos enseña el Salmo: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. [...] Devuélveme la alegría de tu salvación» (Sal 51, 12.14). La fuerza del perdón es el auténtico antídoto contra la tristeza provocada por el rencor y la venganza. El perdón nos abre a la alegría y a

la serenidad porque libera el alma de los pensamientos de muerte, mientras el rencor y la venganza perturban la mente y desgarran el corazón quitándole el reposo y la paz. Qué malo es el rencor y la venganza.

Atravesemos, por tanto, la Puerta Santa de la Misericordia con la certeza de que la Virgen Madre nos acompaña, la Santa Madre de Dios, que intercede por nosotros. Dejémonos acompañar por ella para redescubrir la belleza del encuentro con su Hijo Jesús.

Abramos nuestro corazón de par en par a la alegría del perdón, conscientes de la esperanza cierta que se nos restituye, para hacer de nuestra existencia cotidiana un humilde instrumento del amor de Dios.

Y con amor de hijos aclamémosla con las mismas palabras pronunciadas por el pueblo de Éfeso, en tiempos del histórico Concilio: «Santa Madre de Dios». Y os invito a que, todos juntos, pronunciemos esta aclamación tres veces, fuerte, con todo el

corazón y el amor. Todos
juntos: «Santa Madre de Dios,
Santa Madre de Dios, Santa
Madre de Dios».

6 de enero de 2016. Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor.

Miércoles.

Las palabras que el profeta Isaías dirige a la ciudad santa de Jerusalén nos invitan a levantarnos, a salir; a salir de nuestras clausuras, a salir de nosotros mismos, y a reconocer el esplendor de la luz que ilumina nuestras vidas:
«¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!»

(Is 60,1). «Tu luz» es la gloria del Señor. La Iglesia no puede pretender brillar con luz propia, no puede. San Ambrosio nos lo recuerda con una hermosa expresión, aplicando a la Iglesia la imagen de la luna: «La Iglesia es verdaderamente como la luna: [...] no brilla con luz propia, sino con la luz de Cristo. Recibe su esplendor del Sol de justicia, para poder decir luego: “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”» (*Hexameron*, IV, 8, 32). Cristo es la luz verdadera que brilla; y, en la medida en

que la Iglesia está unida a él, en la medida en que se deja iluminar por él, ilumina también la vida de las personas y de los pueblos. Por eso, los santos Padres veían a la Iglesia como el «*mysterium lunae*». Necesitamos de esta luz que viene de lo alto para responder con coherencia a la vocación que hemos recibido. Anunciar el Evangelio de Cristo no es una opción más entre otras posibles, ni tampoco una profesión. Para la Iglesia, ser misionera no significa hacer proselitismo; para la Iglesia,

ser misionera equivale a manifestar su propia naturaleza: dejarse iluminar por Dios y reflejar su luz. Este es su servicio. No hay otro camino. La misión es su vocación: hacer resplandecer la luz de Cristo es su servicio. Muchas personas esperan de nosotros este compromiso misionero, porque necesitan a Cristo, necesitan conocer el rostro del Padre.

Los Magos, que aparecen en el Evangelio de Mateo, son una prueba viva de que las semillas de verdad están presentes en

todas partes, porque son un don del Creador que llama a todos para que lo reconozcan como Padre bueno y fiel. Los Magos representan a los hombres de cualquier parte del mundo que son acogidos en la casa de Dios. Delante de Jesús ya no hay distinción de raza, lengua y cultura: en ese Niño, toda la humanidad encuentra su unidad. Y la Iglesia tiene la tarea de que se reconozca y venga a la luz con más claridad el deseo de Dios que anida en cada uno. Este es el servicio de la Iglesia, con la luz que ella

refleja: hacer emerger el deseo de Dios que cada uno lleva en sí. Como los Magos, también hoy muchas personas viven con el «corazón inquieto», haciéndose preguntas que no encuentran respuestas seguras, es la inquietud del Espíritu Santo que se mueve en los corazones. También ellos están en busca de la estrella que muestre el camino hacia Belén. ¡Cuántas estrellas hay en el cielo! Y, sin embargo, los Magos han seguido una distinta, nueva, mucho más brillante para ellos. Durante mucho

tiempo, habían escrutado el gran libro del cielo buscando una respuesta a sus preguntas –tenían el corazón inquieto– y, al final, la luz apareció. Aquella estrella los cambió. Les hizo olvidar los intereses cotidianos, y se pusieron de prisa en camino. Prestaron atención a la voz que dentro de ellos los empujaba a seguir aquella luz –y la voz del Espíritu Santo, que obra en todas las personas–; y ella los guió hasta que en una pobre casa de Belén encontraron al Rey de los Judíos.

Todo esto encierra una enseñanza para nosotros. Hoy será bueno que nos repitamos la pregunta de los Magos: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (*Mt 2,2*). Nos sentimos urgidos, sobre todo en un momento como el actual, a escrutar los signos que Dios nos ofrece, sabiendo que debemos esforzarnos para descifrarlos y comprender así su voluntad. Estamos llamados a ir a Belén para encontrar al Niño y a su Madre. Sigamos la

luz que Dios nos da –
pequeñita...; el himno del
breviario poéticamente nos dice
que los Magos «*lumen
requirunt lumine*»: aquella
pequeña luz–, la luz que
proviene del rostro de Cristo,
lleno de misericordia y
fidelidad. Y, una vez que
estemos ante él, adorémoslo
con todo el corazón, y
ofrezcámosle nuestros dones:
nuestra libertad, nuestra
inteligencia, nuestro amor. La
verdadera sabiduría se esconde
en el rostro de este Niño. Y es
aquí, en la sencillez de Belén,

donde encuentra su síntesis la vida de la Iglesia. Aquí está la fuente de esa luz que atrae a sí a todas las personas en el mundo y guía a los pueblos por el camino de la paz.

6 de enero de 2016. ÁNGELUS.

Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy, el relato de los Magos, llegados desde Oriente a Belén para adorar al Mesías, confiere a la fiesta de la Epifanía un aire de universalidad. Y éste es el aliento de la Iglesia, que desea que *todos los pueblos de la*

tierra puedan encontrar a Jesús, y experimentar su amor misericordioso. Es este el deseo de la Iglesia: que encuentren la misericordia de Jesús, su amor. Cristo acaba de nacer, aún no sabe hablar y todas las gentes —representadas por los Magos— ya pueden encontrarlo, reconocerlo, adorarlo. Dicen los Magos: «Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (*Mt 2, 2*). Herodes oyó esto apenas los Magos llegaron a Jerusalén. Estos Magos eran hombres prestigiosos, de regiones lejanas y culturas

diversas, y se habían encaminado hacia la tierra de Israel para adorar al rey que había nacido. Desde siempre la Iglesia ha visto en ellos la imagen de la entera humanidad, y con la celebración de hoy, de la fiesta de la Epifanía, casi quiere guiar respetuosamente a todo hombre y a toda mujer de este mundo hacia el Niño que ha nacido para la salvación de todos.

En la noche de Navidad Jesús se manifestó a los pastores, hombres humildes y

despreciados --algunos dicen que eran bandidos-; fueron ellos los primeros que llevaron un poco de calor en aquella fría gruta de Belén. Ahora llegan los Magos de tierras lejanas, también ellos atraídos misteriosamente por aquel Niño. Los pastores y los Magos son muy diferentes entre sí; *pero una cosa los une: el cielo*. Los pastores de Belén acudieron inmediatamente a ver a Jesús, no porque fueran especialmente buenos, sino porque velaban de noche y, levantando los ojos al cielo,

vieron un signo, escucharon su mensaje y lo siguieron. De la misma manera los Magos: escrutaban los cielos, vieron una nueva estrella, interpretaron el signo y se pusieron en camino, desde lejos. Los pastores y los Magos nos enseñan que para encontrar a Jesús es necesario saber *levantar la mirada hacia el cielo*, no estar replegados sobre sí mismos, en el propio egoísmo, sino tener el *corazón y la mente abiertos al horizonte de Dios*, que siempre nos sorprende, saber acoger sus

mensajes y responder con prontitud y generosidad.

Los Magos, dice el Evangelio, al ver «la estrella se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2, 10*).

También para nosotros hay un gran consuelo al ver la estrella, o sea en el sentirnos guiados y no abandonados a nuestro destino. Y *la estrella es el Evangelio*, la Palabra del Señor, como dice el salmo: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (*Sal 119, 10*). Esta luz nos guía hacia Cristo. Sin la escucha del Evangelio, ino es posible

encontrarlo! En efecto, los Magos, siguiendo la estrella llegaron al lugar donde se encontraba Jesús. Y allí «entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt 2, 11*). La experiencia de los Magos nos exhorta a no conformarnos con la mediocridad, a no «vivir al día», sino a buscar el sentido de las cosas, a escrutar con pasión el gran misterio de la vida. Y nos enseña a no escandalizarnos de la pequeñez y la pobreza, sino a reconocer

la majestad en la humildad, y saber arrodillarnos frente a ella.

Que la Virgen María, que acogió a los Magos en Belén, nos ayude a *levantar la mirada de nosotros mismos*, a dejarnos *guiar por la estrella del Evangelio para encontrar a Jesús*, y a saber abajarnos para *adorarlo*. Así podremos llevar a los demás un rayo de su luz, y compartir con ellos la alegría del camino.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy expresamos nuestra cercanía espiritual a los hermanos y a las hermanas del Oriente cristiano, católicos y ortodoxos, muchos de los cuales celebran mañana el Nacimiento del Señor. A ellos llegue nuestro deseo de paz y de bien. ¡También un gran aplauso como saludo!

Recordemos también que la Epifanía es la Jornada mundial de la infancia misionera. Es la fiesta de los niños que, con sus oraciones y sus sacrificios, ayudan a sus coetáneos más necesitados haciéndose

misioneros y testigos de fraternidad y de solidaridad. Dirijo mi cordial saludo a todos vosotros, peregrinos, familias, grupos parroquiales y asociaciones, procedentes de Italia y de diferentes países. En particular saludo a los fieles de Acerra, Modena y Terlizzi; la Escuela de arte sacro de Florencia; los jóvenes del Campamento internacional del Lions Club.

Un saludo especial a cuantos dan vida al desfile histórico folclórico, dedicado este año al territorio de Valle

dell'Amaseno. También deseo recordar el cortejo de los Magos que se desarrolla en numerosas ciudades de Polonia con una considerable participación de familias y asociaciones; como también el pesebre viviente realizado en el Campidoglio por la unitalsi y los Frailes Menores involucrando a personas con discapacidad.

A todos deseo una feliz fiesta.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

6 de enero de 2016. Mensaje
para el jubileo de la
misericordia de los jóvenes.

Miércoles.

*Creer misericordiosos como el
Padre.*

Queridos jóvenes:

La Iglesia está viviendo el Año
Santo de la Misericordia, un
tiempo de gracia, de paz, de
conversión y de alegría que
concierna a todos: grandes y
pequeños, cercanos y lejanos.
No hay fronteras ni distancias

que puedan impedir a la misericordia del Padre llegar a nosotros y hacerse presente entre nosotros. Ahora, la Puerta Santa ya está abierta en Roma y en todas las diócesis del mundo.

Este tiempo precioso también os atañe a vosotros, queridos jóvenes, y yo me dirijo a vosotros para invitaros a participar en él, a ser protagonistas, descubriendo que sois hijos de Dios (cf. *1 Jn 3,1*). Quisiera llamaros uno a uno, quisiera llamaros por vuestro nombre, como hace

Jesús todos los días, porque sabéis bien que vuestros nombres están escritos en el cielo (*Lc 10,20*), están grabados en el corazón del Padre, que es el Corazón Misericordioso del que nace toda reconciliación y toda dulzura.

El Jubileo es todo un año en el que cada momento es llamado santo, para que toda nuestra existencia sea santa. Es una ocasión para descubrir que vivir como hermanos es una gran fiesta, la más hermosa que podemos soñar, la celebración

sin fin que Jesús nos ha enseñado a cantar a través de su Espíritu. El Jubileo es la fiesta a la que Jesús invita a todos, sin distinciones ni excepciones. Por eso he querido vivir también con vosotros algunas jornadas de oración y de fiesta. Por tanto, os espero el próximo mes de abril.

«Crecer misericordiosos como el Padre» es el título de vuestro Jubileo, pero es también la oración que hacemos por todos vosotros, acogiéndoos en el nombre de Jesús. Crecer

misericordioso significa aprender a ser valiente en el amor concreto y desinteresado, comporta hacerse mayores tanto física como interiormente. Os estáis preparando para ser cristianos capaces de tomar decisiones y gestos valientes, capaces de construir todos los días, incluso en las pequeñas cosas, un mundo de paz.

Vuestra edad es una etapa de cambios increíbles, en la que todo parece posible e imposible al mismo tiempo. Os reitero con insistencia: «Permaneced

estables en el camino de la fe con una firme esperanza en el Señor. Aquí está el secreto de nuestro camino. Él nos da el valor para caminar contra corriente. Lo estáis oyendo, jóvenes: caminar contra corriente. Esto hace bien al corazón, pero hay que ser valientes para ir contra corriente y él nos da esta fuerza [...] Con él podemos hacer cosas grandes y sentiremos el gozo de ser sus discípulos, sus testigos. Apostad por los grandes ideales, por las cosas grandes. Los cristianos no

hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Hemos de ir siempre más allá, hacia las cosas grandes. Jóvenes, poned en juego vuestra vida por grandes ideales» (*Homilía en la Misa de Confirmación, 28 abril 2013*).

No me olvido de vosotros, chicos y chicas que vivís en situaciones de guerra, de pobreza extrema, de penurias cotidianas, de abandono. No perdáis la esperanza, el Señor tiene un gran sueño que quiere hacer realidad con vosotros. Vuestros amigos y compañeros

que viven en condiciones menos dramáticas se acuerdan de vosotros y se comprometen a que la paz y la justicia lleguen a todos. No creáis a las palabras de odio y terror que se repiten a menudo; por el contrario, construid nuevas amistades. Ofreced vuestro tiempo, preocupaos siempre de quienes os piden ayuda. Sed valientes e id contracorriente, sed amigos de Jesús, que es el Príncipe de la Paz (cf. *Is 9,6*): « En él todo habla de misericordia. Nada en él es falta de compasión»

(Misericordiae vultus, 8).

Ya sé que no todos podréis venir a Roma, pero el Jubileo es verdaderamente para todos y se celebrará también en vuestras iglesias locales. Todos estáis invitados a este momento de alegría. No preparéis sólo mochilas y pancartas, preparad especialmente vuestro corazón y vuestra mente. Meditad bien los deseos que presentaréis a Jesús en el sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía que celebraremos juntos. Cuando atraveséis la Puerta

Santa, recordad que os comprometéis a hacer santa vuestra vida, a alimentaros del Evangelio y la Eucaristía, que son la Palabra y el Pan de la vida, para poder construir un mundo más justo y fraterno. Que el Señor bendiga cada uno de vuestros pasos hacia la Puerta Santa. Rezo por vosotros al Espíritu Santo para que os guíe e ilumine. Que la Virgen María, que es Madre de todos, sea para vosotros, para vuestras familias y para cuantos os ayudan a crecer en la bondad y la gracia, una

verdadera puerta de la
Misericordia.

*Vaticano, 6 de enero de 2016,
Solemnidad de la Epifanía*

Francisco

10 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

Fiesta del Bautismo del Señor.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo después de la Epifanía celebramos el Bautismo de Jesús, y hacemos memoria grata de nuestro Bautismo. En este contexto, esta mañana he bautizado a 26 recién nacidos: ¡recemos por ellos!

El Evangelio nos presenta a Jesús, en las aguas del río Jordán, en el centro de una maravillosa revelación divina. Escribe san Lucas: «Cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco"» (Lc 3, 21-22). De este modo Jesús es consagrado y manifestado por el Padre como el Mesías salvador y

liberador. En este evento —
testificado por los cuatro
Evangelios— tuvo lugar el
pasaje del bautismo de Juan
Bautista, basado en el símbolo
del agua, al Bautismo de Jesús
«en el Espíritu Santo y fuego».
De hecho, el Espíritu Santo en
el Bautismo cristiano es el
artífice principal: es Él quien
quema y destruye el pecado
original, restituyendo al
bautizado la belleza de la
gracia divina; es Él quien nos
libera del dominio de las
tinieblas, es decir, del pecado y
nos traslada al reino de la luz,

es decir, del amor, de la verdad y de la paz: este es el reino de la luz. ¡Pensemos a qué dignidad nos eleva el Bautismo! «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3, 1), exclama el apóstol Juan. Tal estupenda realidad de ser hijos de Dios comporta la responsabilidad de seguir a Jesús, el Siervo obediente, y reproducir en nosotros mismos sus rasgos, es decir: es decir, mansedumbre, humildad y ternura. Sin embargo, esto no es fácil, especialmente si

entorno a nosotros hay mucha intolerancia, soberbia, dureza. ¡Pero con la fuerza que nos llega del Espíritu Santo es posible! El Espíritu Santo, recibido por primera vez el día de nuestro Bautismo, nos abre el corazón a la Verdad, a toda la Verdad. El Espíritu empuja nuestra vida hacia el camino laborioso pero feliz de la caridad y de la solidaridad hacia nuestros hermanos. El Espíritu nos dona la ternura del perdón divino y nos impregna con la fuerza invencible de la misericordia del Padre. No

olvidemos que el Espíritu Santo es una presencia viva y vivificante en quien lo acoge, reza con nosotros y nos llena de alegría espiritual.

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, pensemos en el día de nuestro Bautismo. Todos nosotros hemos sido bautizados, agradezcamos este don. Y os hago una pregunta: ¿Quién de vosotros conoce la fecha de su Bautismo?

Seguramente no todos. Por eso, os invito a ir a buscar la fecha preguntando por ejemplo a vuestros padres, a vuestros

abuelos, a vuestros padrinos, o yendo a la parroquia. Es muy importante conocerla porque es una fecha para festejar: es la fecha de nuestro renacimiento como hijos de Dios. Por eso, los deberes para esta semana: ir a buscar la fecha de mi Bautismo. Festejar este día significa reafirmar nuestra adhesión a Jesús, con el compromiso de vivir como cristianos, miembros de la Iglesia y de una humanidad nueva, en la cual todos somos hermanos. Que la Virgen María, primera discípula de su Hijo Jesús, nos ayude a

vivir con alegría y fervor apostólico nuestro Bautismo, acogiendo cada día el don del Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos llegados desde Italia y desde diferentes países. Saludo en particular a los estudiantes del Instituto bachiller Diego Sánchez de Talavera La Real, España; al Coro Alpino

Martinengo con sus familiares;
al grupo de adolescentes de
San Bernardo en Lodi.

Como decía, en esta fiesta del
Bautismo de Jesús, según la
tradición he bautizado a
numerosos niños. Ahora
querría hacer llegar una
especial bendición a todos los
niños que han sido bautizados
recientemente, pero también a
los jóvenes y adultos que han
recibido hace poco los
Sacramentos de la iniciación
cristiana o que se están
preparando. ¡La gracia de
Cristo les acompañe siempre!

Os deseo a todos un feliz domingo. No os olvidéis de la tarea en casa: buscar la fecha de mi Bautismo. Y por favor, no os olvidéis también de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

11 de enero de 2016. Discurso
al cuerpo diplomático
acreditado ante la Santa Sede.

Lunes.

*Excelencias, Señoras y
Señores:*

Les doy la cordial bienvenida a esta cita anual, que me da la oportunidad de presentarles mis mejores deseos para el nuevo año, y de reflexionar con ustedes sobre la situación de nuestro mundo, bendecido y amado por Dios, y, sin embargo, cansado y afligido por

tantos males. Doy las gracias al nuevo Decano del Cuerpo Diplomático, Su Excelencia el Sr. Armindo Fernandes do Espírito Santo Vieira, Embajador de Angola, por las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. Al mismo tiempo quiero recordar de manera especial a los difuntos Embajadores de Cuba, Rodney Alejandro López Clemente, y de Liberia, Rudolf P. von Ballmoos, cuando se cumple casi un mes de su muerte.

Aprovecho la ocasión también para saludar de modo particular a los que participan por primera vez en este encuentro, reconociendo con agrado que, en el último año, se ha incrementado el número de embajadores residentes en Roma. Es un signo importante del interés con que la comunidad internacional sigue la actividad diplomática de la Santa Sede. Prueba de ello son también los acuerdos internacionales firmados o ratificados durante el año que acaba de terminar. En

particular, quisiera mencionar los acuerdos en materia fiscal firmados con Italia y con los Estados Unidos de América, que demuestran el creciente compromiso de la Santa Sede en favor de una mayor transparencia en materia económica. Igualmente importantes son los acuerdos de carácter general, orientados a regular los aspectos esenciales de la vida y de la actividad de la Iglesia en varios países, como el acuerdo firmado en Dili con la República Democrática de Timor Oriental.

Del mismo modo, deseo mencionar el intercambio de los instrumentos de ratificación del Acuerdo con Chad sobre el estatuto jurídico de la Iglesia católica en ese País, así como el Acuerdo firmado y ratificado con Palestina. Se trata de dos acuerdos que, junto con el Memorándum de Entendimiento entre la Secretaría de Estado y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Kuwait, demuestran, entre otras cosas, que la convivencia pacífica entre los creyentes de distintas religiones es posible, allí donde

la libertad religiosa se reconoce, y se garantiza la posibilidad efectiva de colaborar en la edificación del bien común, en el respeto mutuo de la identidad cultural de cada uno.

Por otro lado, toda experiencia religiosa auténticamente vivida promueve la paz. Nos lo recuerda la Navidad que acabamos de celebrar y en la que hemos contemplado el nacimiento de un niño indefenso, «llamado: Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de

la paz» (*Is 9,5*). El misterio de la Encarnación nos muestra el verdadero rostro de Dios, para quien el poder no significa fuerza y destrucción, sino amor; la justicia no significa venganza, sino misericordia. He querido que se situara en esta perspectiva el Jubileo extraordinario de la Misericordia, que inauguré excepcionalmente en Bangui durante mi viaje apostólico a Kenia, Uganda y República Centroafricana. En un país tan golpeado por el hambre, la pobreza y los

conflictos, en el que la violencia fratricida de los últimos años ha dejado profundas heridas en las almas, desgarrando la comunidad nacional y generando pobreza material y moral, la apertura de la Puerta Santa de la Catedral de Bangui pretendía ser un signo de aliento para alzar la mirada, para retomar el camino y para volver a encontrar las razones para el diálogo. Allí donde se ha abusado del nombre de Dios para cometer injusticias, he querido reafirmar, junto con la comunidad musulmana de la

República Centroafricana, que «quien dice que cree en Dios ha de ser también un hombre o una mujer de paz»[\[1\]](#), y, por lo tanto, de misericordia, porque nunca se puede matar en nombre de Dios. Sólo una forma ideológica y desviada de religión puede pensar que se hace justicia en nombre del Omnipotente masacrando deliberadamente a personas indefensas, como ocurrió en los sanguinarios atentados terroristas de los últimos meses en África, Europa y Oriente Medio.

La Misericordia ha sido el «hilo conductor» que ha guiado mis viajes apostólicos durante el año pasado. Me refiero en primer lugar a la visita a Sarajevo, ciudad profundamente golpeada por la guerra en los Balcanes y capital de un País, Bosnia y Herzegovina, que tiene un significado especial para Europa y para el mundo entero. Como encrucijada de culturas, naciones y religiones se está esforzando, con resultados positivos, en construir puentes nuevos, valorar lo que une y

ver las diferencias como oportunidades de crecimiento en el respeto de todos. Esto es posible a través del diálogo paciente y confiado, que sabe respetar los valores de la cultura de cada uno y acoger lo que hay de bueno en las experiencias de los demás[2].

Pienso también en el viaje a Bolivia, Ecuador y Paraguay, donde encontré pueblos que no se rinden ante las dificultades, y se enfrentan con valentía, determinación y espíritu de fraternidad a los muchos retos que los afligen, empezando por

la pobreza generalizada y las desigualdades sociales. En el viaje a Cuba y a los Estados Unidos de América pude abrazar a dos países que durante mucho tiempo han estado divididos, y que han decidido escribir una nueva página de la historia, emprendiendo un camino de acercamiento y reconciliación. En Filadelfia, con ocasión del Encuentro Mundial de las Familias, así como durante el viaje a Sri Lanka y Filipinas, y con el reciente Sínodo de los Obispos, he recordado la

importancia de la familia, que es la primera y más importante escuela de la misericordia, en la que se aprende a descubrir el rostro amoroso de Dios y en la que nuestra humanidad crece y se desarrolla. Por desgracia, sabemos cuántos desafíos tiene que afrontar la familia en este tiempo en el que está «amenazada por el creciente intento, por parte de algunos, de redefinir la institución misma del matrimonio, guiados por el relativismo, la cultura de lo efímero, la falta de apertura a

la vida» [3]. Hoy existe un miedo generalizado a la estabilidad que la familia reclama y quienes pagan las consecuencias son sobre todo los más jóvenes, a menudo frágiles y desorientados, y los ancianos que terminan siendo olvidados y abandonados. Por el contrario, «de la fraternidad vivida en la familia, nace (...) la *solidaridad en la sociedad*» [4], que nos lleva a ser unos responsables de los otros. Esto sólo es posible si en nuestras casas, así como en nuestra sociedad, no

permitimos que se sedimenten el cansancio y los resentimientos, sino que damos paso al diálogo, que es el mejor antídoto contra el individualismo, tan extendido en la cultura de nuestro tiempo.

Estimados Embajadores.

Un espíritu individualista es terreno fértil para que madure el sentido de indiferencia hacia el prójimo, que lleva a tratarlo como puro objeto de compraventa, que induce a desinteresarse de la humanidad de los demás y termina por

hacer que las personas sean pusilánimes y cínicas. ¿Acaso no son estas las actitudes que frecuentemente asumimos frente a los pobres, los marginados o los últimos de la sociedad? ¡Y cuántos últimos hay en nuestras sociedades! Entre estos, pienso sobre todo en los emigrantes, con la carga de dificultades y sufrimientos que deben soportar cada día en la búsqueda, a veces desesperada, de un lugar donde poder vivir en paz y con dignidad. Quisiera, por tanto, detenerme

a reflexionar con ustedes sobre la grave emergencia migratoria que estamos afrontando, para discernir sus causas, plantear soluciones, y vencer el miedo inevitable que acompaña un fenómeno tan consistente e imponente, que a lo largo del año 2015 ha afectado principalmente a Europa, pero también a diversas regiones de Asia, así como del norte y el centro de América.

«No tengas miedo ni te acobardes, que contigo está el Señor, tu Dios, en cualquier cosa que emprendas» (*Jos 1,9*).

Es la promesa que Dios hizo a Josué y que pone de manifiesto cómo el Señor acompaña a cada persona, sobre todo a quien se encuentra en una situación de fragilidad, como la que tiene quien busca refugio en un país extranjero. En efecto, toda la Biblia nos narra la historia de una humanidad en camino, porque el estar en camino es connatural al hombre. Su historia está hecha de tantas migraciones, a veces como fruto de su conciencia del derecho a una libre elección; otras, impuestas a menudo por

las circunstancias externas. Desde el exilio del paraíso terrenal hasta Abrahán, en camino hacia la tierra prometida, desde la narración del Éxodo hasta la deportación en Babilonia, la Sagrada Escritura narra fatigas y sufrimientos, aspiraciones y esperanzas, que son comunes a los de cientos de miles de personas que, también en nuestros días, con la misma determinación de Moisés, se ponen en marcha para llegar a una tierra que destile «leche y miel» (cf. *Ex* 3, 17), donde

poder vivir en libertad y en paz.

Y así, también hoy como entonces, oímos el grito de Raquel que llora por sus hijos porque ya no están (cf. *Jr 31,15; Mt 2,18*). Es la voz de los miles de personas que lloran huyendo de guerras espantosas, de persecuciones y de violaciones de los derechos humanos, o de la inestabilidad política o social, que hace imposible la vida en la propia patria. Es el grito de cuantos se ven obligados a huir para evitar las indescriptibles barbaries

cometidas contra personas indefensas, como los niños y los discapacitados, o el martirio por el simple hecho de su fe religiosa.

También hoy como entonces, escuchamos la voz de Jacob que dice a sus hijos: «Bajad y comprad allí [el grano] para nosotros, a fin de que sobrevivamos y no muramos» (*Gn 42,2*). Es la voz de los que escapan de la miseria extrema, al no poder alimentar a sus familias ni tener acceso a la atención médica y a la educación, de la degradación,

porque no tienen ninguna perspectiva de progreso, o de los cambios climáticos y las condiciones climáticas extremas. Todos saben que el hambre sigue siendo, desgraciadamente, una de las plagas más graves de nuestro mundo, con millones de niños que mueren cada año por su causa. Duele constatar, sin embargo, que a menudo estos emigrantes no entran en los sistemas internacionales de protección en virtud de los acuerdos internacionales. ¿Cómo no ver en todo esto el

fruto de una «cultura del
descarte» que pone en peligro
a la persona humana,
sacrificando a hombres y
mujeres a los ídolos del
beneficio y del consumismo? Es
grave acostumbrarse a estas
situaciones de pobreza y
necesidad, al drama de tantas
personas, y considerarlas como
«normales». No se considera ya
a las personas como un valor
primario que hay que respetar
y amparar, especialmente si son
pobres o discapacitadas, si
«todavía no son útiles» – como
los no nacidos– , o si «ya no

sirven » –como los ancianos–. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos, pues son muchas las personas y las familias que sufren hambre y desnutrición[5].

La Santa Sede espera que el Primer Vértice Humanitario Mundial, convocado por las Naciones Unidas para el próximo mes de mayo, pueda, en medio del actual y triste cuadro de conflictos y desastres, tener éxito en su

intento de colocar a la persona humana y su dignidad en el centro de cualquier respuesta humanitaria. Se hace necesario un compromiso común que acabe decididamente con la cultura del descarte y de la ofensa a la vida humana, de modo que nadie se sienta descuidado u olvidado, y que no se sacrifiquen más vidas por falta de recursos y, sobre todo, de voluntad política.

Tristemente, seguimos escuchando también hoy la voz de Judá que sugiere vender a su propio hermano

(cf. *Gn 37,26-27*). Es la arrogancia de los poderosos que, con fines egoístas o cálculos estratégicos y políticos, instrumentalizan a los débiles y los reducen a objetos. Allí donde una migración regular es imposible, los emigrantes se ven obligados a dirigirse, ordinariamente, a quienes practican la trata [*trafficking*] o el contrabando [*smuggling*] de seres humanos, a pesar de que son, en gran parte, conscientes del peligro que corren de perder durante la travesía sus bienes, su dignidad e, incluso,

la propia vida. En este sentido, renuevo una vez más el llamado a detener el tráfico de personas, que convierte a los seres humanos en mercancía, especialmente a los más débiles e indefensos. Permanecerán siempre indelebles en nuestra mente y en nuestro corazón las imágenes de los niños ahogados en el mar, víctimas de la falta de escrúpulos de los hombres y de la inclemencia de la naturaleza. Quien logra sobrevivir y llegar a un país que lo acoge, lleva permanentemente las

profundas cicatrices provocadas por esas experiencias, además de las producidas por los horrores que acompañan siempre a las guerras y a las violencias.

Igual que en aquel tiempo, también hoy se oye repetir al Ángel: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise» (*Mt 2,13*). Es la voz que escuchan muchos de los emigrantes que jamás habrían dejado su propia patria si no se hubieran visto obligados a ello. Se cuentan

entre ellos la multitud de cristianos que, cada vez más en masa, han tenido que abandonar durante los últimos años su propia tierra, en la que han vivido incluso desde los orígenes del cristianismo.

Por último, también hoy escuchamos la voz del salmista que dice: «Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión» (*Sal* 136 [137], 1). Es el llanto de quienes regresarían de buena gana a sus propios países si encontraran adecuadas condiciones de

seguridad y de subsistencia. También en este caso, pienso en los cristianos del Medio Oriente, deseosos de contribuir, como ciudadanos a pleno título, al bienestar espiritual y material de sus respectivas naciones.

Gran parte de las causas que provocan la emigración se podían haber ya afrontado desde hace tiempo. Así, se podría haber evitado o, al menos, mitigado sus consecuencias más crueles. Todavía ahora, y antes de que sea demasiado tarde, se puede

hacer mucho para detener las tragedias y construir la paz. Para ello, habría que poner en discusión costumbres y prácticas consolidadas, empezando por los problemas relacionados con el comercio de armas, el abastecimiento de materias primas y de energía, la inversión, la política financiera y de ayuda al desarrollo, hasta la grave plaga de la corrupción. Somos conscientes de que, con relación al tema de la emigración, se necesitan establecer planes a medio y

largo plazo que no se queden en la simple respuesta a una emergencia. Deben servir, por una parte, para ayudar realmente a la integración de los emigrantes en los países de acogida y, al mismo tiempo, favorecer el desarrollo de los países de proveniencia, con políticas solidarias, que no sometan las ayudas a estrategias y prácticas ideológicas ajenas o contrarias a las culturas de los pueblos a las que van dirigidas. Sin olvidar otras situaciones dramáticas, y pienso

particularmente en la frontera entre México y los Estados Unidos de América, a la que me acercaré el próximo mes cuando visite Ciudad Juárez, quisiera dedicar una especial reflexión a Europa. En efecto, durante el último año se ha visto afectada por un flujo masivo de prófugos –mucho de los cuales han encontrado la muerte en el tentativo de alcanzarla–, que no tiene precedentes en la historia reciente, ni siquiera al final de la Segunda Guerra Mundial. Muchos emigrantes

procedentes de Asia y África, ven a Europa como un referente por sus principios, como la igualdad ante la ley, y por los valores inscritos en la naturaleza misma de todo hombre, como la inviolabilidad de la dignidad y la igualdad de toda persona, el amor al prójimo sin distinción de origen y pertenencia, la libertad de conciencia y la solidaridad con sus semejantes.

Sin embargo, los desembarcos masivos en las costas del Viejo Continente parece que ponen en dificultad al sistema de

acogida construido laboriosamente sobre las cenizas del segunda conflicto mundial, que sigue siendo un faro de humanidad al cual referirse. Ante la magnitud de los flujos y sus inevitables problemas asociados han surgido muchos interrogantes acerca de las posibilidades reales de acogida y adaptación de las personas, sobre el cambio en la estructura cultural y social de los países de acogida, así como sobre un nuevo diseño de algunos equilibrios geopolíticos

regionales. Son igualmente relevantes los temores sobre la seguridad, exasperados sobremanera por la amenaza desbordante del terrorismo internacional. La actual ola migratoria parece minar la base del «espíritu humanista» que desde siempre Europa ha amado y defendido[6]. Sin embargo, no podemos consentir que pierdan los valores y los principios de humanidad, de respeto por la dignidad de toda persona, de subsidiariedad y solidaridad recíproca, a pesar de que puedan ser, en ciertos

momentos de la historia, una carga difícil de soportar. Deseo, por tanto, reiterar mi convicción de que Europa, inspirándose en su gran patrimonio cultural y religioso, tiene los instrumentos necesarios para defender la centralidad de la persona humana y encontrar un justo equilibrio entre el deber moral de tutelar los derechos de sus ciudadanos, por una parte, y, por otra, el de garantizar la asistencia y la acogida de los emigrantes[7].

Al mismo tiempo, siento la

necesidad de expresar mi gratitud por todas las iniciativas que se han adoptado para facilitar una acogida digna de las personas, como son, entre otras, las realizadas por el Fondo Migrantes y Refugiados del Banco de Desarrollo del Consejo de Europa, así como por el compromiso de aquellos países que han mostrado una generosa disponibilidad a la ayuda. Me refiero sobre todo a las Naciones vecinas a Siria, que han respondido inmediatamente con la

asistenta y la acogida, especialmente el Líbano, donde los refugiados constituyen una cuarta parte de la población total, y Jordania, que no ha cerrado sus fronteras a pesar de que alberga a cientos de miles de refugiados. Del mismo modo, no hay que olvidar los esfuerzos de otros países que se encuentran en la primera línea, especialmente Turquía y Grecia. Deseo expresar un agradecimiento especial a Italia, cuyo firme compromiso ha salvado muchas vidas en el Mediterráneo y que, incluso en

su territorio, se ocupa de un ingente número de refugiados. Espero que el tradicional sentido de hospitalidad y solidaridad que caracteriza al pueblo italiano no se debilite ante las inevitables dificultades del momento, sino que, a la luz de su tradición milenaria, sea capaz de acoger e integrar la aportación social, económica y cultural que los emigrantes pueden ofrecer.

Es importante que no se deje solas a las naciones que se encuentran en primera línea haciendo frente a la

emergencia actual, y es igualmente indispensable que se inicie un diálogo franco y respetuoso entre todos los países implicados en el problema –de origen, tránsito o recepción– para que, con mayor audacia creativa, se busquen soluciones nuevas y sostenibles. En la coyuntura actual, en efecto, los Estados no pueden pretender buscar por su cuenta dichas soluciones, ya que las consecuencias de las opciones de cada uno repercuten inevitablemente sobre toda la

Comunidad internacional. Se sabe que las migraciones constituirán un elemento determinante del futuro del mundo, mucho más de lo que ha sido hasta ahora, y de que las respuestas sólo vendrán como fruto de un trabajo común, que respete la dignidad humana y los derechos de las personas. La Agenda para el Desarrollo, que las Naciones Unidas ha adoptado en septiembre pasado para los próximos 15 años, aborda muchos de los problemas que llevan a la emigración, al igual

que otros documentos de la Comunidad internacional sobre la gestión de la problemática migratoria, sólo responderán a las expectativas si saben colocar a la persona en el centro de las decisiones políticas, a todos los niveles, y ven a la humanidad como una sola familia y a los hombres como hermanos, respetando las reciprocas diferencias y las convicciones de conciencia. Para afrontar el tema de la emigración es importante, de hecho, que se preste atención a sus implicaciones culturales,

empezando por las que están relacionadas con la propia confesión religiosa. El extremismo y el fundamentalismo se ven favorecidos, no sólo por una instrumentalización de la religión en función del poder, sino también por la falta de ideales y la pérdida de la identidad, incluso religiosa, que caracteriza dramáticamente al así llamado Occidente. De este vacío nace el miedo que empuja a ver al otro como un peligro y un enemigo, a encerrarse en sí mismo,

enrocándose en sus planteamientos preconcebidos. El fenómeno migratorio, por tanto, plantea un importante desafío cultural, que no se puede dejar sin responder. La acogida puede ser una ocasión propicia para una nueva comprensión y apertura de mente, tanto para el que es acogido, y tiene el deber de respetar los valores, las tradiciones y las leyes de la comunidad que lo acoge, como para esta última, que está llamada a apreciar lo que cada emigrante puede aportar en

beneficio de toda la comunidad. En este contexto, la Santa Sede renueva su compromiso en el campo ecuménico e interreligioso para establecer un diálogo sincero y leal que, valorando las peculiaridades y la identidad de cada uno, favorezca una convivencia armónica de todos los miembros de la sociedad.

*Distinguidos miembros del
Cuerpo Diplomático:*

En el año 2015 se han concluido importantes acuerdos internacionales, que son un buen augurio para el futuro. Me

refiero, en primer lugar, al llamado Acuerdo sobre el programa nuclear iraní, que espero contribuirá a fomentar un clima de distensión en la Región, así como a la consecución del tan esperado acuerdo sobre el clima en la Conferencia de París. Se trata de un importante acuerdo, que representa un logro significativo para toda la Comunidad internacional y que pone de manifiesto una fuerte conciencia colectiva acerca de la grave responsabilidad que todos, individuos y naciones,

tenemos en la protección de la creación, y en la promoción de una «*cultura del cuidado* que impregne toda la sociedad»[\[8\]](#).

Ahora es vital que los compromisos asumidos no sólo representen un buen propósito, sino que todos los Estados sientan la obligación real de poner en marcha las acciones necesarias para salvaguardar nuestra amada Tierra, para bien de toda la humanidad, especialmente de las generaciones futuras.

Por su parte, el año que acaba de comenzar se presenta lleno

de desafíos y ya han aparecido en el horizonte muchas tensiones. Me refiero sobre todo a los graves contrastes que han surgido en la región del Golfo Pérsico, así como al preocupante ensayo militar realizado en la península coreana. Espero que los antagonismos abran paso a la voz de la paz y de la buena voluntad en la búsqueda de acuerdos. En esa perspectiva, veo con agrado que no faltan gestos significativos y especialmente ilusionantes. Me refiero en particular al clima

pacífico de convivencia en el que se han realizado las recientes elecciones en la República Centroafricana y que representa un signo positivo de la voluntad de proseguir el camino emprendido hacia una plena reconciliación nacional. Pienso, además, en las nuevas iniciativas que se han puesto en marcha en Chipre, para resolver una división que dura ya mucho tiempo, y a los esfuerzos del pueblo colombiano para superar los conflictos del pasado y lograr la tan ansiada paz. Todos miramos

con esperanza los pasos importantes que la Comunidad internacional ha emprendido para encontrar una solución política y diplomática a la crisis en Siria, que ponga fin a un sufrimiento de la población que dura ya demasiado tiempo. Del mismo modo, llegan señales positivas de Libia, que permiten confiar en un renovado compromiso para erradicar la violencia y restaurar la unidad del país. Por otro lado, cada vez es más claro que sólo la acción política conjunta y acordada ayudará a contener la

propagación del extremismo y del fundamentalismo, con sus implicaciones de carácter terrorista, que producen tantas víctimas en Siria y Libia, así como en otros países, como Irak y Yemen.

Espero que este Año Santo de la Misericordia sea también una ocasión para el diálogo y la reconciliación que ayude a la construcción del bien común en Burundi, la República Democrática del Congo y Sudán del Sur. Que sea, sobre todo, un momento propicio para poner definitivamente fin al

conflicto en las regiones orientales de Ucrania. Es fundamental el apoyo que, desde muchos puntos de vista, la comunidad internacional, los estados y las organizaciones humanitarias pueden ofrecer al país para que supere la crisis actual.

El reto principal que nos espera es, sin embargo, el de vencer la indiferencia para construir juntos la paz [\[9\]](#), que es un bien que hay perseguir siempre. Por desgracia, entre las muchas partes de nuestro querido mundo que la anhelan

ardientemente está la Tierra que Dios ha preferido y elegido para mostrar a todos el rostro de su misericordia. Mi esperanza es que en este nuevo año se cierren las profundas heridas que dividen a israelíes y palestinos y se consiga la convivencia pacífica de dos pueblos que, en lo profundo de sus corazones – estoy seguro–, no desean otra cosa que la paz.

Excelencias, Señoras y Señores:

En el plano diplomático, la Santa Sede no dejará nunca de

trabajar para que la voz de la paz llegue hasta los extremos de la tierra. Renuevo, por tanto, la plena disponibilidad de la Secretaría de Estado para colaborar con ustedes en el fomento de un diálogo constante entre la Sede Apostólica y los países que ustedes representan, para el bien de toda la Comunidad internacional, con la certeza interior de que este año jubilar será una buena oportunidad para vencer, con el calor de la misericordia, don precioso de Dios que transforma el miedo

en amor y nos hace artífices de paz, la fría indiferencia de tantos corazones. Con estos sentimientos, renuevo a cada uno de ustedes, a sus familias, a sus países, mis más fervientes deseos de un año lleno de bendiciones.
Gracias.

[1] Encuentro con la Comunidad Musulmana, Bangui, 30 noviembre 2015.

[2] Cf. Encuentro con las Autoridades, Sarajevo, 6 junio 2015.

[3] Encuentro con las Familias, Manila, 16 enero 2015.

[4] Encuentro con la Sociedad Civil, Quito, 7 julio 2015.

[5] Audiencia General, 5 junio 2013.

[6] Cf. Discurso al Parlamento Europeo, Estrasburgo, 25 noviembre 2014.

[7] *Ibíd.*

[8] *Laudato si'*, n. 231.

[9] Cf. *Vence la indiferencia y conquista la paz*, Mensaje para

la XLIX Jornada Mundial de la Paz, 8 diciembre 2015.

13 de enero de 2016.
Audiencia general. La
misericordia según la
perspectiva bíblica.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy iniciamos las catequesis
sobre *la misericordia según la
perspectiva bíblica*, para
aprender sobre la misericordia
escuchando lo que Dios mismo
nos enseña con su Palabra.
Iniciamos por el *Antiguo
Testamento*, que nos prepara y

nos conduce a la revelación plena de Jesucristo, en quien se revela de forma plena la misericordia del Padre.

En las Sagradas Escrituras, se presenta al Señor como «*Dios misericordioso*». Este es su nombre, a través del cual Él nos revela, por así decir, su rostro y su corazón. Él mismo, como narra el Libro del Éxodo, revelándose a Moisés se autodefinió como: «*Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad*» (Ex 34, 6). También en otros textos

volvemos a encontrar esta fórmula, con alguna variación, pero siempre la insistencia se coloca en la misericordia y en el amor de Dios que no se cansa nunca de perdonar (cf. *Gn* 4, 2; *Gl* 2, 13; *Sal* 86, 15; *Sal* 103, 8; *Sal* 145, 8; *Ne* 9, 17). Veamos juntos, una por una, estas palabras de la Sagrada Escritura que nos hablan de Dios.

El Señor es «*misericordioso*»: esta palabra evoca una actitud de ternura como la de una madre con su hijo. De hecho, el término hebreo usado en la

Biblia hace pensar en las vísceras o también en el vientre materno. Por eso, la imagen que sugiere es la de un Dios que *se conmueve y se enternece por nosotros* como una madre cuando toma en brazos a su niño, deseosa sólo de amar, proteger, ayudar, lista para donar todo, incluso a sí misma. Esa es la imagen que sugiere este término. Un amor, por lo tanto, que se puede definir en sentido bueno «visceral».

Después está escrito que el Señor es «*compasivo*» en el

sentido que nos concede la gracia, tiene compasión y, en su grandeza, se inclina sobre quien es débil y pobre, *siempre listo para acoger, comprender y perdonar*. Es como el padre de la parábola del Evangelio de san Lucas (cf. *Lc 15, 11-32*): un padre que no se cierra en el resentimiento por el abandono del hijo menor, sino que al contrario continúa esperándolo —lo ha generado— y después corre a su encuentro y lo abraza, no lo deja ni siquiera terminar su confesión —como si le cubriera la boca—, qué

grande es el amor y la alegría por haberlo reencontrado; y después va también a llamar al hijo mayor, que está indignado y no quiere hacer fiesta, el hijo que ha permanecido siempre en la casa, pero viviendo como un siervo más que como un hijo, y también sobre él el padre se inclina, lo invita a entrar, busca abrir su corazón al amor, para que ninguno quede excluido de la fiesta de la misericordia. ¡La misericordia es una fiesta!

De este Dios misericordioso se dice también que es «*lento a la*

ira», literalmente, «largo en su respiración», es decir, con la *respiración amplia de paciencia y de la capacidad de soportar*. Dios sabe esperar, sus tiempos no son aquellos impacientes de los hombres; Él es como un sabio agricultor que sabe esperar, deja tiempo a la buena semilla para que crezca, a pesar de la cizaña (cf. *Mt 13, 24-30*).

Y por último, el Señor se proclama «*rico en clemencia y lealtad*». ¡Qué hermosa es esta definición de Dios! Aquí está todo. Porque Dios es grande y

poderoso, pero esta grandeza y poder se despliegan en el amarnos, nosotros así pequeños, así incapaces. La palabra «*clemencia*», aquí utilizada, indica *el afecto, la gracia, la bondad*. No es un amor de telenovela... Es el amor que da el primer paso, que no depende de los méritos humanos sino de una inmensa gratuidad. Es la solicitud divina a la que nada puede detener, ni siquiera el pecado, porque sabe ir más allá del pecado, vencer el mal y perdonarlo.

Una «*lealtad*» sin límites: he

aquí la última palabra de la
revelación de Dios a Moisés. La
fidelidad de Dios nunca falla,
porque el Señor es el guardián
que, como dice el Salmo, no se
duerme sino que vigila
continuamente sobre nosotros
para llevarnos a la vida:

«No permitirá que resbale tu
pie,

tu guardián no duerme; no
duerme ni reposa
el guardián de Israel.

[...]

El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tu entradas

y salidas

ahora y por siempre» (Sal 121,3-4.7-8).

Este Dios misericordioso es fiel en su misericordia, y san Pablo dice algo bonito: si tú le eres infiel, Él permanecerá fiel porque no puede negarse a sí mismo. La fidelidad en la misericordia es el ser de Dios. Y por esto Dios es totalmente y siempre confiable. Una presencia sólida y estable. Esta es la certeza de nuestra fe. Entonces, en este Jubileo de la Misericordia, confiemos totalmente en Él, y

experimentemos la alegría de ser amados por este «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad».

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica —veo que hay una tropa argentino-uruguaya por ahí—. Llenos de confianza en el Señor, acojámonos a Él, para experimentar la alegría de ser amados por un Dios

misericordioso, clemente y
compasivo.

16 de enero de 2016. Discurso a los miembros del movimiento cristiano de trabajadores.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os acojo con gusto y agradezco al presidente las palabras que me ha dirigido. Dirijo un fraternal saludo de bienvenida a los Pastores que han querido estar presentes con vosotros, y algunos de ellos, además, han venido de lejos. Os saludo a todos vosotros y agradezco a

los dos representantes, María y Juan, por los testimonios que han escrito.

En su testimonio, María hace mención a vuestra vocación, porque nace de una llamada que Dios dirige desde el principio al hombre, para que «guardara y cultivara» la casa común (cf. *Gen 2, 15*). Así, a pesar del mal, que ha corrompido el mundo y también la actividad humana, «en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida» (Exhort.

ap. *Evangelii gaudium*, 192).

¿Cómo podemos responder bien a esta vocación, que nos llama a imitar activamente la incansable obra del Padre y de Jesús que, como dice el Evangelio, «actúan siempre» (cf. *Jn* 5, 17)?

Quisiera sugeriros tres palabras, que os pueden ayudar. La primera es *educación*. Educar significa «extraer». Es la capacidad de sacar lo mejor del propio corazón. No es sólo enseñar alguna técnica o aprender nociones, sino hacernos más

humanos a nosotros mismos y la realidad que nos circunda. Y esto vale de modo particular para el trabajo: es necesario formar un nuevo «humanismo del trabajo». Porque vivimos en un tiempo de explotación de los trabajadores; en un momento en donde el trabajo, no está precisamente al servicio de la dignidad de la persona humana, sino que es el trabajo esclavo. Debemos formar, educar a un nuevo humanismo del trabajo, donde el hombre, no la ganancia, esté al centro; donde la economía *sirva* al

hombre y no *se sirva* del hombre.

Otro aspecto es importante: educar ayuda a no ceder ante los engaños de quien quiere hacer creer que el trabajo, el esfuerzo cotidiano, el don de sí mismos y el estudio no tienen valor. Añadiría que hoy, en el mundo del trabajo —aunque también en cada ambiente— es urgente educar a recorrer el camino, luminoso y laborioso, de la honestidad, huyendo de los atajos de los favoritismos y de las recomendaciones. Por debajo está la corrupción.

Existen siempre estas tentaciones, pequeñas o grandes, pero se trata siempre de «compraventas morales», indignas del hombre: se deben rechazar, habituando el corazón a permanecer libre. De lo contrario, generan una mentalidad falsa y nociva, que se debe combatir: la de la ilegalidad, que comporta la corrupción de la persona y de la sociedad. La ilegalidad es como un pulpo que no se ve: está escondido, sumergido, pero con sus tentáculos sujeta y envenena, contaminando y

haciendo mucho mal. Educar es una gran vocación: como san José adiestró a Jesús en el arte del carpintero, también vosotros estáis llamados a ayudar a las jóvenes generaciones a descubrir la belleza del trabajo verdaderamente humano.

La segunda palabra que quiero decir es *compartir*. El trabajo no es solamente una vocación de cada persona, sino que es la oportunidad de entrar en relación con los otros:

«Cualquier forma de trabajo tiene detrás una idea sobre la

relación que el ser humano puede o debe establecer con lo otro de sí» (Carta enc. *Laudato si'*, 125). El trabajo debería unir a las personas, no alejarlas, haciéndolas cerradas y distantes. Ocupando tantas horas del día, nos ofrece también la ocasión para compartir lo cotidiano, para interesarnos por quien está cerca de nosotros, para recibir como un don y como una responsabilidad la presencia de los demás. Juan habló, en su testimonio escrito, de una forma de compartir que se

concreta en vuestro
Movimiento: «proyectos de
Servicio Civil», que os permiten
acercaros a personas y
contextos nuevos, haciendo
vuestros los problemas y las
esperanzas. Es importante que
los demás no sean sólo los
destinatarios de algún tipo de
atención, sino auténticos
proyectos. Todos hacen
proyectos para sí mismos, pero
proyectar para los demás
permite dar un paso adelante:
pone la inteligencia al servicio
del amor, haciendo a la persona
más íntegra y la vida más feliz,

porque es capaz de donar. La última palabra que quiero compartiros es *testimonio*. El apóstol Pablo animaba a testimoniar la fe también mediante la actividad, venciendo la pereza y la indolencia; y dio una regla muy fuerte y clara: «si alguno no quiere trabajar, que no coma» (2 Ts 3, 10). También en aquel tiempo estaban quienes hacían trabajar a los demás, para comer. Hoy, en cambio, están quienes quisieran trabajar, pero no pueden, y tienen dificultad incluso para comer. Vosotros

encontráis muchos jóvenes que no trabajan: en verdad, como habéis dicho, son «los nuevos excluidos de nuestro tiempo». Pensad que en algunos países de Europa, de esta nuestra Europa, tan culta, la juventud llega al 40% de desocupación, 47% en algunos países, 50% en otros. Pero ¿qué hace un joven que no trabaja? ¿Dónde acaba? En las dependencias, en las enfermedades psicológicas, en los suicidios. Y no siempre se publican las estadísticas de los suicidios juveniles. Esto es un drama: es el drama de los

nuevos excluidos de nuestro tiempo. Y se les priva de su dignidad. La justicia humana exige el acceso al trabajo para todos. También la misericordia divina nos interpela: ante las personas con dificultad y en situaciones penosas —pienso en los jóvenes para quienes casarse o tener hijos es un problema, porque no tienen un empleo suficientemente estable o la casa— no sirve hacer prédicas; en cambio transmitir la esperanza, confortar con la presencia, sostener con la ayuda concreta.

Os animo a dar testimonio comenzando por vuestro estilo de vida personal y asociativo: testimonio de gratuidad, de solidaridad, de espíritu de servicio. El discípulo de Cristo, cuando es transparente en el corazón y sensible en la vida, lleva la luz del Señor a los lugares donde vive y trabaja. Esto os deseo, mientras os pido disculpas por el retraso: tenéis paciencia, vosotros. Pero las audiencias (de la mañana) se han alargado. Y bendigo a todos vosotros, vuestras familias y vuestro esfuerzo. Por

favor, no os olvidéis de orar por mí. Gracias.

17 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo presenta el evento prodigioso sucedido en Caná, un pueblo de Galilea, durante la fiesta de una boda en la que también participaron María y Jesús, con sus primeros discípulos (cf. *Jn 2, 1-11*). La Madre dice al Hijo que falta vino y Jesús, después de responder que

todavía no ha llegado su hora, sin embargo acoge su petición y da a los novios el mejor vino de toda la fiesta. El evangelista subraya que «este fue el primero de los signos que Jesús realizó; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él» (*Jn 2, 11*).

Los milagros, por tanto, son signos extraordinarios que acompañan la predicación de la Buena Noticia y tienen la finalidad de suscitar o reforzar la fe en Jesús. En el milagro realizado en Caná, podemos ver un acto de benevolencia

por parte de Jesús hacia los novios, un signo de la bendición de Dios sobre el matrimonio. El amor entre el hombre y la mujer es por tanto una buena manera para vivir el Evangelio, es decir, para dirigirse con alegría por el camino de la santidad.

Pero el milagro de Caná no tiene que ver sólo con los esposos. Cada persona humana está llamada a encontrar al Señor en su vida. La fe cristiana es un don que recibimos con el Bautismo y que nos permite encontrar a

Dios. La fe atraviesa tiempos de alegría y de dolor, de luz y de oscuridad, como en toda auténtica experiencia de amor. El relato de las bodas de Caná nos invita a redescubrir que Jesús no se presenta a nosotros como un juez preparado para condenar nuestras culpas, ni como un comandante que nos impone seguir ciegamente sus órdenes; se manifiesta como Salvador de la humanidad, como hermano, como nuestro hermano mayor, Hijo del Padre: se presenta como Aquel que responde a las esperanzas y a

las promesas de alegría que habitan en el corazón de cada uno de nosotros.

Entonces podemos preguntarnos:

¿verdaderamente conozco de este modo al Señor? ¿Lo siento cercano a mí, a mi vida? ¿Le estoy respondiendo en la amplitud de ese amor esponsal que Él me manifiesta cada día a todos, a cada ser humano? Se trata de darse cuenta que Jesús nos busca y nos invita a hacerle espacio en lo íntimo de nuestro corazón. Y en este camino de fe con Él no estamos

solos: hemos recibido el don de la Sangre de Cristo. Las grandes ánforas de piedra que Jesús hace rellenar de agua para convertirlas en vino (*Jn 2, 7*) son signo del paso de la antigua a la nueva alianza: en vez del agua usada para la purificación ritual, hemos recibido la Sangre de Jesús, derramada de forma sacramental en la Eucaristía y de modo cruento en la Pasión y en la Cruz. Los Sacramentos, que derivan del Misterio pascual, infunden en nosotros la fuerza sobrenatural y nos

permiten saborear la misericordia infinita de Dios. Que la Virgen María, modelo de meditación de las palabras y de los gestos del Señor, nos ayude a redescubrir con fe la belleza y la riqueza de la Eucaristía y de los otros Sacramentos, que hacen presente el amor fiel de Dios por nosotros. Así podremos enamorarnos cada vez más del Señor Jesús, nuestro Esposo, e ir a su encuentro con las lámparas encendidas de nuestra fe alegre, convirtiéndonos así en sus testigos en el mundo.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la Jornada mundial del emigrante y del refugiado que, en el contexto del Año santo de la Misericordia, se celebra también como Jubileo de los inmigrantes. Me complace, por lo tanto, saludar con gran afecto a las comunidades étnicas aquí presentes, a todos vosotros, procedentes de varias regiones de Italia, especialmente del Lazio. Queridos inmigrantes y

refugiados, cada uno de vosotros lleva consigo una historia, una cultura, valores preciosos; y a menudo lamentablemente también experiencias de miseria, de opresión y de miedo. Vuestra presencia aquí en esta plaza es signo de esperanza en Dios. No dejéis que os roben la esperanza y la alegría de vivir, que surgen de la experiencia de la divina misericordia, también gracias a las personas que os acogen y os ayudan. Que el paso de la Puerta Santa y la misa que dentro de poco

viviréis, os llenen el corazón de paz. En esta misa, yo quisiera dar las gracias —también vosotros, dad las gracias conmigo— a los detenidos de la cárcel de Opera, por el regalo de las hostias realizadas por ellos mismos y que se utilizarán en esta celebración. Les saludamos con un aplauso desde aquí, todos juntos... Saludo con afecto a todos vosotros, peregrinos venidos de Italia y de otros países: en particular a la asociación cultural *Napredak*, de Sarajevo; los estudiantes

españoles de Badajoz y Palma de Mallorca; y los jóvenes de Osteria Grande (Bolonia).

Ahora os invito a todos a dirigir a Dios una oración por las víctimas de los atentados ocurridos en los días pasados en Indonesia y Burkina Faso. Que el Señor los acoja en su casa, y sostenga el compromiso de la comunidad internacional para construir la paz. Rezamos a la Virgen: Dios te Salve María,...

Os deseo a todos un feliz domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen

almuerzo y hasta pronto!

17 de enero de 2016. Discurso
en la visita a la sinagoga de
Roma.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Me siento feliz de estar hoy
aquí con vosotros en este
Templo Mayor. Doy las gracias
por sus amables palabras al sr.
Di Segni, a la sra. Dureghello y
al abogado Gattegna; y os
agradezco a todos vuestra
cálida bienvenida, ¡gracias!
¡Tada Todà rabbà, gracias!

Durante mi primera visita a esta sinagoga como Obispo de Roma, deseo expresar, extendiéndolo a todas las comunidades judías, el saludo fraterno de paz de esta Iglesia y de toda la Iglesia católica. Nuestras relaciones ocupan un lugar muy especial en mi corazón. Ya en Buenos Aires solía acudir a las sinagogas para encontrar a las comunidades que se reunían allí, seguir de cerca las fiestas y las conmemoraciones judías y dar gracias al Señor que nos da la vida y nos acompaña a lo

largo de la historia.

Con el tiempo se creó un vínculo espiritual, lo que favoreció el nacimiento de auténticas relaciones de amistad e incluso inspiró un compromiso compartido. En el diálogo interreligioso es fundamental que nos reunamos como hermanos y hermanas ante nuestro Creador y lo alabemos, que nos respetemos y valoremos los unos a otros y tratemos de colaborar. Y en el diálogo judeo-cristiano hay un vínculo único y especial, en virtud de las raíces judías del

cristianismo: judíos y cristianos, por lo tanto, deben sentirse hermanos, unidos por el mismo Dios y un rico patrimonio espiritual común (cf. Decl. Nostra Aetate, 4), sobre el cual basarse y seguir construyendo el futuro.

Con mi visita sigo los pasos de mis predecesores. El Papa Juan Pablo II vino aquí hace treinta años, el 13 de abril de 1986; y el Papa Benedicto XVI estuvo entre vosotros hace ya seis años. Juan Pablo II, en aquella ocasión, acuñó la hermosa expresión «hermanos

mayores», y de hecho sois nuestros hermanos y hermanas mayores en la fe. Todos ellos pertenecen a una sola familia, la familia de Dios, quien nos acompaña y nos protege como pueblo suyo. Juntos, como judíos y como católicos, estamos llamados a asumir nuestra responsabilidad con esta ciudad, contribuyendo, sobre todo en lo espiritual, y favoreciendo la resolución de los diversos problemas actuales. Espero que crezcan cada vez más la cercanía, la comprensión recíproca y el

respeto entre nuestras dos comunidades de fe. Por esto es importante que yo haya venido entre vosotros precisamente hoy, 17 de enero, cuando la Conferencia episcopal italiana celebra la «Jornada del diálogo entre católicos y judíos».

Acabamos de conmemorar el 50º aniversario de la declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II, que ha hecho posible el diálogo sistemático entre la Iglesia católica y el judaísmo. El pasado 28 de octubre, en la Plaza de San Pedro, tuve la

oportunidad de saludar a un gran número de representantes judíos, a quienes me dirigí de este modo: «Merece una especial gratitud a Dios la auténtica transformación que ha tenido en los últimos cincuenta años la relación entre los cristianos y los judíos. La indiferencia y la oposición dieron paso a colaboración y benevolencia. De enemigos y extraños hemos pasado a ser amigos y hermanos. El Concilio, con la declaración Nostra Aetate trazó el camino: “sí” al redescubrimiento de las raíces

judías del cristianismo; “no” a cualquier forma de antisemitismo, y en consecuencia la condenación de toda injuria, discriminación y persecución». Nostra Aetate definió teológicamente por primera vez, de forma explícita, las relaciones de la Iglesia Católica con el judaísmo. Naturalmente ésta no resolvió todas las cuestiones teológicas que nos afectan, pero hizo referencia de modo alentador, proporcionando un importante estímulo para las necesarias reflexiones

posteriores. En este sentido, el 10 de diciembre de 2015, la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo publicó un nuevo documento que afronta las cuestiones teológicas que han surgido en las últimas décadas transcurridas desde la promulgación de *Nostra Aetate*. De hecho, la dimensión teológica del diálogo judeo-católico merece ser cada vez más profundizada, y deseo animar a todos los que participan en este diálogo a continuar en esta dirección, con

discernimiento y perseverancia. Precisamente desde un punto de vista teológico, es evidente el vínculo inseparable entre los cristianos y los judíos. Los cristianos, para comprenderse a sí mismos, no pueden dejar de hacer referencia a las raíces judías, y la Iglesia, mientras que profesa la salvación por la fe en Cristo, reconoce la irrevocabilidad de la Antigua Alianza y el amor constante y fiel de Dios por Israel. Junto con las cuestiones teológicas, no debemos perder de vista los grandes desafíos que afronta el

mundo de hoy. El de una ecología integral es ahora una prioridad, y cómo los cristianos y los judíos podemos y debemos ofrecer a la humanidad el mensaje de la Biblia sobre el cuidado de la creación.

Conflictos, guerras, la violencia y las injusticias abren profundas heridas en la humanidad y nos llaman a fortalecer el compromiso con la paz y la justicia. La violencia del hombre contra el hombre está en contradicción con toda religión digna de este nombre,

y en particular con las tres grandes religiones monoteístas. La vida es sagrada, como don de Dios. El quinto mandamiento del Decálogo es: «No matarás» (Éx 20, 13). Dios es el Dios de la vida y quiere siempre promoverla y defenderla; y nosotros, creados a su imagen y semejanza, estamos llamados a hacer lo mismo. Todo ser humano en cuanto criatura de Dios, es nuestro hermano, independientemente de su origen y de su pertenencia religiosa. Cada persona debe ser vista con benevolencia,

como hace Dios, que da su mano misericordiosa a todos, independientemente de su fe y de su origen, y que se ocupa de las personas que más lo necesitan: los pobres, los enfermos, los marginados y los indefensos. Allí donde la vida está en peligro estamos llamados todavía más a protegerla. Ni la violencia ni la muerte tendrán jamás la última palabra frente a Dios, que es el Dios del amor y de la vida. Tenemos que pedirle con insistencia para que nos ayude a practicar en Europa, en Tierra

Santa, en Oriente Medio, en África y en cada parte del mundo la lógica de la paz, de la reconciliación, del perdón y de la vida.

El pueblo judío, en su historia, ha querido experimentar la violencia y la persecución, hasta el exterminio de los judíos europeos durante el Holocausto. Seis millones de personas, sólo por el hecho de pertenecer al pueblo judío, fueron víctimas de la más inhumana barbarie perpetrada en nombre de una ideología que quería reemplazar a Dios

por el hombre. El 16 de octubre de 1943, más de mil hombres, mujeres y niños de la comunidad judía de Roma fueron deportados a Auschwitz. Hoy deseo recordarlos de todo corazón: especialmente sus sufrimientos, sus angustias. Sus lágrimas nunca se deben olvidar. Y el pasado nos debe servir de lección para el presente y para el futuro. El Holocausto nos enseña que es necesaria siempre la máxima vigilancia para poder intervenir tempestivamente en defensa de la dignidad humana y de la paz.

Quisiera expresar mi cercanía a cada testigo de la Shoah que aún vive; y dirijo mi saludo a todos los aquí presentes.

Queridos hermanos mayores, tenemos que estar verdaderamente agradecidos por todo lo que ha sido posible realizar en los últimos 50 años, porque entre nosotros han crecido y se han profundizado la comprensión recíproca, la mutua confianza y la amistad. Recemos juntos al Señor, para que conduzca nuestro camino hacia un futuro bueno, mejor. Dios tiene para nosotros

proyectos de salvación, como dice el profeta Jeremías: «Pues sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción, daros un porvenir y una esperanza» (*Jer 29, 11*). Que el Señor nos bendiga y nos proteja. Haga resplandecer su rostro sobre nosotros y nos dé su gracia. Dirija sobre nosotros su rostro y nos conceda la paz (cf. *Nm 6, 24-26*). ¡*Shalom alechem!*

18 de enero de 2016. Discurso a una delegación ecuménica de la iglesia luterana de Finlandia, con ocasión de la fiesta de san Enrique.

Lunes.

Queridos hermanos y hermanas, Eminencia:

Os dirijo mi cordial bienvenida a vosotros, que también este año habéis querido visitar al obispo de Roma con ocasión de la tradicional peregrinación por la fiesta de san Enrique.

Agradezco al obispo luterano de

Helsinki, Irja Askola, por sus corteses palabras.

Vuestra peregrinación ecuménica es un signo elocuente del hecho que, como luteranos, ortodoxos y católicos, habéis descubierto lo que os une y, juntos, deseáis dar testimonio de Jesucristo, que es el fundamento de la unidad.

Especialmente, estamos agradecidos al Señor por los resultados que se han conseguido en el diálogo entre luteranos y católicos. Recuerdo el documento común

«*Justification in the Life of the Church*». Sobre esta base, este diálogo prosigue en su prometedor camino hacia una interpretación compartida, a nivel sacramental, de Iglesia, Eucaristía y ministerio. Los importantes pasos adelante que hemos realizado juntos están construyendo un sólido fundamento de comunión de vida en la fe y en la espiritualidad, y las relaciones se impregnan cada vez más de un espíritu de serena confrontación y de fraterno compartir.

La común vocación de todos los cristianos está bien evidenciada por el texto bíblico de referencia de la Semana de oración para la unidad de los cristianos, que inicia hoy: «Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1 Pt 2,9). En nuestro diálogo, todavía algunas diferencias permanecen en la doctrina y en la práctica. Pero esto no nos

debe desanimar sino que, al contrario, nos debe alentar a proseguir juntos el camino hacia una siempre mayor unidad, también superando viejas concepciones y reticencias. En un mundo a menudo golpeado por los conflictos y marcado por el secularismo y la indiferencia, todos unidos estamos llamados a comprometernos en confesar a Jesucristo haciéndonos, cada vez más, testigos creíbles de unidad y artífices de paz y de reconciliación.

Queridos hermanos y

hermanas, me alegro de vuestro común compromiso con el cuidado de la creación, y os agradezco de corazón por el gesto simbólico de hospitalidad que habéis querido ofrecerme en nombre del pueblo finlandés.

Con la esperanza que vuestra visita contribuya a reforzar posteriormente la colaboración entre vuestras respectivas comunidades, pido para todos vosotros abundantes gracias de Dios y os acompaño de corazón con mi fraterna bendición. Os invito a que recemos juntos

el Padre Nuestro

20 de enero de 2016.

Audiencia general.

Miércoles.

Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hemos escuchado el texto bíblico que este año guía la reflexión en la Semana de oración para la unidad de los cristianos, que se celebra del 18 al 25 de enero: esta semana. Tal pasaje de la

Primera Carta de san Pedro ha sido elegido por un grupo ecuménico de Letonia, encargado por el Consejo ecuménico de las Iglesias y por el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos.

En el centro de la catedral luterana de Riga hay una pila bautismal del siglo XII, el tiempo en que Letonia fue evangelizada por san Meinardo. Esa fuente es un signo elocuente de un sólo origen de la fe reconocida por todos los cristianos de Letonia, católicos,

luteranos y ortodoxos. Este origen es nuestro Bautismo común. El Concilio Vaticano II afirma que «el Bautismo, por tanto, constituye un poderoso vínculo sacramental de unidad entre todos los que con él se han regenerado» (*Unitatis redintegratio*, 22). La primera Carta de Pedro está dirigida a la primera generación de cristianos para hacerlos conscientes del don recibido con el Bautismo y de las exigencias que este comporta. También nosotros, en esta Semana de oración, estamos

invitados a redescubrir todo esto, y a hacerlo juntos, yendo más allá de nuestras divisiones. En primer lugar, compartir el Bautismo significa que todos somos pecadores y tenemos necesidad de ser salvados, redimidos, liberados del mal. Este es el aspecto negativo, que la primera Carta de Pedro llama «tinieblas» cuando dice: «[Dios] los ha llamado fuera de las tinieblas para conducirlos a su luz maravillosa». Esta es la experiencia de la muerte, que Cristo ha hecho propia, y que es simbolizada en el Bautismo

al ser sumergidos en el agua, y a la cual sigue el resurgir, símbolo de la resurrección a la nueva vida en Cristo. Cuando nosotros cristianos decimos que compartimos un solo Bautismo, afirmamos que todos nosotros —católicos, protestantes y ortodoxos— compartimos la experiencia de estar llamados de las despiadadas y alienantes tinieblas al encuentro con el Dios vivo, lleno de misericordia. Todos, de hecho, desgraciadamente, experimentamos el egoísmo, que genera división, cerrazón,

desprecio. Volver a partir del Bautismo quiere decir reencontrar la fuente de la misericordia, fuente de esperanza para todos, porque ninguno está excluido de la misericordia de Dios.

Compartir esta gracia crea un vínculo indisoluble entre nosotros los cristianos, así que, en virtud del Bautismo, podemos considerarnos todos realmente hermanos. Somos realmente pueblo santo de Dios, aun si, a causa de nuestros pecados, no somos todavía un pueblo plenamente

unido. La misericordia de Dios, que actúa en el Bautismo, es más fuerte que nuestras divisiones. En la medida en que acogemos la gracia de la misericordia, nos volvemos cada vez más plenamente pueblo de Dios, y también llegamos a ser capaces de anunciar a todos sus obras maravillosas, precisamente a partir de un sencillo y fraterno testimonio de unidad. Nosotros cristianos podemos anunciar a todos la fuerza del Evangelio comprometiéndonos a compartir las obras de

misericordia corporales y espirituales. Este es un testimonio concreto de unidad entre nosotros cristianos: protestantes, ortodoxos y católicos.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. En esta Semana de Oración pidamos que todos los discípulos de Cristo encontremos el modo de colaborar juntos para llevar la

misericordia del Padre a cada rincón de la tierra. Que Dios los bendiga.

22 de enero de 2016. Discurso con motivo de la inauguración del año judicial del tribunal de la rota romana.

Viernes.

Queridos hermanos:

Os doy mi cordial bienvenida, y le agradezco al Decano las palabras con que ha introducido nuestro encuentro.

El ministerio del Tribunal

Apostólico de la Rota

Romana ha sido desde siempre una ayuda al Sucesor de Pedro, para que la Iglesia,

inescindiblemente unida a la familia, siga proclamando el designio de Dios Creador y Redentor sobre la sacralidad y belleza de la institución familiar. Una misión siempre actual y que adquiere mayor relevancia en nuestro tiempo. Junto a la definición de la Rota Romana como *Tribunal de la familia* [\[1\]](#), quisiera resaltar otra prerrogativa, y es que también es el *Tribunal de la verdad del vínculo sagrado*. Y estos dos aspectos son complementarios. La Iglesia, en efecto, puede

mostrar el indefectible amor misericordioso de Dios por las familias, en particular a las heridas por el pecado y por las pruebas de la vida, y, al mismo tiempo, proclamar la irrenunciable verdad del matrimonio según el designio de Dios. Este servicio está confiado en primer lugar al Papa y a los obispos.

En el camino sinodal sobre el tema de la familia, que el Señor nos ha concedido realizar en los dos últimos años, hemos podido realizar, en espíritu y estilo de efectiva

colegialidad, un profundo discernimiento sapiencial, gracias al cual la Iglesia ha indicado al mundo —entre otras cosas— que no puede haber confusión entre la familia querida por Dios y cualquier otro tipo de unión.

Con esa misma actitud espiritual y pastoral, vuestra actividad, tanto al juzgar como al contribuir a la formación permanente, asiste y promueve el *opus veritatis*. Cuando la Iglesia, a través de vuestro servicio, se propone declarar la verdad sobre el matrimonio en

el caso concreto, para el bien de los fieles, al mismo tiempo tiene siempre presente que quienes, por libre elección o por infelices circunstancias de la vida [\[2\]](#), viven en un estado objetivo de error, siguen siendo objeto del amor misericordioso de Cristo y por lo tanto de la misma Iglesia.

La familia, fundada en el matrimonio indisoluble, unitivo y procreativo, pertenece al «sueño» de Dios y de su Iglesia para la salvación de la humanidad [\[3\]](#).

Tal y como afirmó el beato

Pablo VI, la Iglesia siempre ha dirigido «una mirada especial, llena de solicitud y de amor, a la familia y a sus problemas. Por medio del matrimonio y de la familia Dios ha unido sabiamente dos de las mayores realidades humanas: la misión de transmitir la vida y el amor mutuo y legítimo del hombre y la mujer, por el cual están llamados a completarse mutuamente en una entrega recíproca no sólo física, sino sobre todo espiritual. O mejor dicho, Dios ha querido hacer partícipes a los esposos de su

amor, del amor personal que Él tiene por cada uno de ellos y por el cual les llama a ayudarse y a entregarse mutuamente para alcanzar la plenitud de su vida personal; y del amor que Él trae a la humanidad y a todos sus hijos, y por el cual desea multiplicar los hijos de los hombres para hacerles partícipes de su vida y felicidad eterna»[\[4\]](#).

La familia y la Iglesia, en planos diversos, concurren para acompañar al ser humano hacia el fin de su existencia. Y lo hacen, ciertamente, con las

enseñanzas que transmiten, pero también con su propia naturaleza de comunidad de amor y vida. De hecho, igual que la familia puede ser llamada «Iglesia doméstica», a la Iglesia se le aplica correctamente el título de familia de Dios. Por lo tanto «el “espíritu familiar” es una carta constitucional para la Iglesia: así el cristianismo debe aparecer, y así debe ser. Está escrito en letras claras: “Vosotros que un tiempo estabais lejos —dice san Pablo — [...] ya no sois extranjeros ni

forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios" (*Ef 2, 19*). La Iglesia es y debe ser la familia de Dios» [\[5\]](#).

Precisamente porque la Iglesia es madre y maestra, sabe que entre los cristianos, algunos tienen una fe fuerte, formada por la caridad, fortalecida por una buena catequesis y nutrida por la oración y la vida sacramental, mientras que otros tienen una fe débil, descuidada, no formada, poco educada, u olvidada. Es bueno recordar con claridad

que la calidad de la fe no es una condición esencial del consentimiento matrimonial, el cual, de acuerdo con la doctrina de siempre, puede ser minado solamente a nivel natural (cf. CIC, can. 1055 § 1 e 2). De hecho, el *habitus fidei* se infunde en el momento del bautismo y sigue teniendo un misterioso influjo en el alma, incluso cuando la fe no se haya desarrollado y psicológicamente parezca estar ausente. No es raro que los novios, empujados al verdadero matrimonio por el *instinctus naturae*, en el

momento de la celebración, tengan un conocimiento limitado de la plenitud del plan de Dios, y sólo después, en la vida familiar, descubran todo lo que Dios, Creador y Redentor ha establecido para ellos. Las deficiencias de formación en la fe y también el error relativo a la unidad, la indisolubilidad y la dignidad sacramental del matrimonio vician el consentimiento matrimonial solamente si determinan la voluntad (cf. CIC, can. 1099). Precisamente por eso los errores que afectan a la

naturaleza sacramental del matrimonio deben evaluarse con mucha atención.

La Iglesia, pues, con renovado sentido de responsabilidad sigue proponiendo el matrimonio, en sus elementos esenciales —hijos, bien de los cónyuges, unidad, indisolubilidad, sacramentalidad[6]— no como un ideal para pocos, a pesar de los modernos modelos centrados en lo efímero y lo transitorio, sino como una realidad que, en la gracia de Cristo, puede ser vivida por

todos los fieles bautizados. Y por ello, con mayor razón, la urgencia pastoral, que abraza todas las estructuras de la Iglesia, impulsa a converger hacia un intento común ordenado a la preparación adecuada al matrimonio, en una especie de nuevo catecumenado —subrayo esto: en una especie de nuevo catecumenado— tan deseado por algunos Padres Sinodales[7].

Queridos hermanos, el tiempo en que vivimos es muy comprometedor, tanto para las

familias, como para los pastores, que estamos llamados a acompañarlas. Con esta conciencia, os deseo un buen trabajo para el nuevo año que el Señor nos dona. Os aseguro mi oración y yo también cuento con la vuestra. Que la Virgen y San José obtengan a la Iglesia crecer en el espíritu de familia y a las familias sentirse cada vez más parte viva y activa del pueblo de Dios. Gracias.

[1] Pío XII, *Alocución a la Rota Romana* del 1 de octubre 1940: *L'Osservatore Romano*, 2

octubre 1940, p. 1.

[2] «Quizás todo este flagelo tiene un nombre extremadamente genérico, pero en este caso trágicamente verdadero, y es egoísmo. Si el egoísmo gobierna el reino del amor humano, que es precisamente la familia, lo envilece, lo entristece, lo disuelve. El arte de amar no es tan fácil como comúnmente se cree. No basta el instinto para enseñarlo. La pasión mucho menos. El placer tampoco»
(G.B. Montini, *Carta pastoral a*

la archidiócesis ambrosiana al comienzo de la Cuaresma de 1960).

[3] Cf. Pío XI, Carta. enc. *Casti connubii*, 31 de diciembre de 1930: AAS 22 (1930), 541.

[4] Pablo VI, *Discurso al XIII Congreso Nacional del Centro Italiano Femenino*, 12 de febrero de 1966: AAS 58 (1966), 219. San Juan Pablo II en la *Carta a las familias* afirmaba que la familia es camino de la Iglesia: «el primero y el más importante» (*Gratissimam sane*, 2 de

febrero de 1994, 2: AAS 86 [1994], 868).

[5] *Audiencia general* del 7 de octubre de 2015.

[6] Cf. Augustinus, *De bono coniugali*, 24, 32; *De Genesi ad litteram*, 9, 7, 12.

[7] «Esta preparación al matrimonio, pensamos, será ágil, si la formación de una familia se presenta desde la juventud, y si se comprende por quien pretende fundar su propio hogar como una vocación, como una misión,

como un gran deber, que da a la vida un altísimo fin, y la llena de sus dones y de sus virtudes. Esta presentación ni deforma ni exagera la realidad» (G. B. Montini, *Carta pastoral a la archidiócesis ambrosiana*, cit.).

24 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En el evangelio de hoy el evangelista Lucas antes de presentar el discurso programático de Jesús de Nazaret, resume brevemente la actividad evangelizadora. Es una actividad que Él realiza con la potencia del Espíritu Santo: su palabra es original, porque revela el sentido de las

Escrituras, es una palabra que tiene autoridad, porque ordena incluso a los espíritus impuros, y estos le obedecen (cf. *Mc 1, 27*). Jesús es diferente de los maestros de su tiempo: por ejemplo Jesús no abrió una escuela dedicada al estudio de la Ley, sino que sale para predicar y enseñar por todas partes: en las sinagogas, por las calles, en las casas, siempre moviéndose. Jesús también es distinto de Juan el Bautista, quien proclama el juicio inminente de Dios, mientras que Jesús anuncia su perdón de

Padre.

Y ahora imaginémonos que también nosotros entramos en la sinagoga de Nazaret, el pueblo donde Jesús creció hasta aproximadamente sus 30 años. Lo que allí sucede es un hecho importante que delinea la misión de Jesús. Él se levanta para leer la Sagrada Escritura. Abre el pergamino del profeta Isaías, el pasaje donde está escrito: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva» (Lc 4, 18). Después, tras un momento

de silencio lleno de expectativa por parte de todos, dice, para sorpresa general: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (Lc 4, 21). Evangelizar a los pobres: esta es la misión de Jesús, como Él dice; esta es también la misión de la Iglesia y de cada bautizado en la Iglesia. Ser cristiano y ser misionero es la misma cosa. Anunciar el Evangelio con la palabra y, antes aún, con la vida, es la finalidad principal de la comunidad cristiana y de cada uno de sus miembros. Se nota

aquí que Jesús dirige la Buena Nueva a todos, sin excluir a nadie, es más, privilegiando a los más lejanos, a quienes sufren, a los enfermos y a los descartados por la sociedad. Preguntémonos: ¿Qué significa evangelizar a los pobres? Significa, antes que nada, acercarlos, tener la alegría de servirles, liberarlos de su opresión, y todo esto en el nombre y con el Espíritu de Cristo, porque es Él el evangelio de Dios, es Él la misericordia de Dios, es Él la liberación de Dios, es Él que se

ha hecho pobre para enriquecernos con su pobreza. El texto de Isaías, reforzado por pequeñas adaptaciones introducidas por Jesús, indica que el anuncio mesiánico del Reino de Dios que vino entre nosotros se dirige de manera preferencial a los marginados, a los prisioneros y a los oprimidos.

Probablemente en el tiempo de Jesús estas personas no estaban en el centro de la comunidad de fe. Podemos preguntarnos: hoy, en nuestras comunidades parroquiales, en

las asociaciones, en los movimientos, ¿somos fieles al programa de Cristo? La evangelización de los pobres, llevarles el feliz anuncio, ¿es la prioridad? Atención: no se trata sólo de dar asistencia social, menos aún de hacer actividad política, Se trata de ofrecer la fuerza del Evangelio de Dios que convierte los corazones, sana las heridas, transforma las relaciones humanas y sociales, de acuerdo a la lógica del amor. Los pobres, de hecho, están en el centro del Evangelio. Que la Virgen María, Madre de

los evangelizadores, nos ayude a sentir fuertemente el hambre y la sed del evangelio que hay en el mundo, especialmente en el corazón y en la carne de los pobres. Y obtenga para cada uno de nosotros y para cada comunidad cristiana poder dar testimonio concreto de la misericordia, la gran misericordia que Cristo nos ha donado.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo con cariño a todos

vosotros, provenientes de diversas parroquias de Italia y de otros países, así como a las asociaciones y familias.

En particular, saludo a los estudiantes de Zafra y a los fieles de Cervelló (son españoles); a los participantes en el congreso promovido por la «Comunidad mundial para la meditación cristiana»; y a los grupos de fieles llegados de la Arquidiócesis de Bari-Bitonto, de Tarcento, Marostica, Prato, Abbiategrosso y Pero-Cerchiate. A todos os deseo un buen domingo y por favor, ino os

olvidéis de rezar por mí! Buen
almuerzo y ihasta la vista!

24 de enero de 2016. Mensaje para la 50 jornada mundial de las comunicaciones sociales.

Comunicación y Misericordia: un encuentro fecundo

Queridos hermanos y hermanas:

El Año Santo de la Misericordia nos invita a reflexionar sobre la relación entre la comunicación y la misericordia. En efecto, la Iglesia, unida a Cristo, encarnación viva de Dios

Misericordioso, está llamada a vivir la misericordia como rasgo distintivo de todo su ser y actuar. Lo que decimos y cómo lo decimos, cada palabra y cada gesto debería expresar la compasión, la ternura y el perdón de Dios para con todos. El amor, por su naturaleza, es comunicación, lleva a la apertura, no al aislamiento. Y si nuestro corazón y nuestros gestos están animados por la caridad, por el amor divino, nuestra comunicación será portadora de la fuerza de Dios. Como hijos de Dios estamos

llamados a comunicar con todos, sin exclusión. En particular, es característico del lenguaje y de las acciones de la Iglesia transmitir misericordia, para tocar el corazón de las personas y sostenerlas en el camino hacia la plenitud de la vida, que Jesucristo, enviado por el Padre, ha venido a traer a todos. Se trata de acoger en nosotros y de difundir a nuestro alrededor el calor de la Iglesia Madre, de modo que Jesús sea conocido y amado, ese calor que da contenido a las palabras de la fe y que

enciende, en la predicación y en el testimonio, la «chispa» que los hace vivos.

La comunicación tiene el poder de crear puentes, de favorecer el encuentro y la inclusión, enriqueciendo de este modo la sociedad. Es hermoso ver personas que se afanan en elegir con cuidado las palabras y los gestos para superar las incomprendiones, curar la memoria herida y construir paz y armonía. Las palabras pueden construir puentes entre las personas, las familias, los grupos sociales y los pueblos. Y

esto es posible tanto en el mundo físico como en el digital. Por tanto, que las palabras y las acciones sean apropiadas para ayudarnos a salir de los círculos viciosos de las condenas y las venganzas, que siguen enmarañando a individuos y naciones, y que llevan a expresarse con mensajes de odio. La palabra del cristiano, sin embargo, se propone hacer crecer la comunión e, incluso cuando debe condenar con firmeza el mal, trata de no romper nunca la relación y la comunicación.

Quisiera, por tanto, invitar a las personas de buena voluntad a descubrir el poder de la misericordia de sanar las relaciones dañadas y de volver a llevar paz y armonía a las familias y a las comunidades. Todos sabemos en qué modo las viejas heridas y los resentimientos que arrastramos pueden atrapar a las personas e impedirles comunicarse y reconciliarse. Esto vale también para las relaciones entre los pueblos. En todos estos casos la misericordia es capaz de activar un nuevo modo de hablar y

dialogar, como tan elocuentemente expresó Shakespeare: «La misericordia no es obligatoria, cae como la dulce lluvia del cielo sobre la tierra que está bajo ella. Es una doble bendición: bendice al que la concede y al que la recibe» (*El mercader de Venecia*, Acto IV, Escena I). Es deseable que también el lenguaje de la política y de la diplomacia se deje inspirar por la misericordia, que nunca da nada por perdido. Hago un llamamiento sobre todo a cuantos tienen

responsabilidades institucionales, políticas y de formar la opinión pública, a que estén siempre atentos al modo de expresarse cuando se refieren a quien piensa o actúa de forma distinta, o a quienes han cometido errores. Es fácil ceder a la tentación de aprovechar estas situaciones y alimentar de ese modo las llamas de la desconfianza, del miedo, del odio. Se necesita, sin embargo, valentía para orientar a las personas hacia procesos de reconciliación. Y es precisamente esa audacia

positiva y creativa la que ofrece verdaderas soluciones a antiguos conflictos así como la oportunidad de realizar una paz duradera. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. [...] Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5,7.9*).

Cómo desearía que nuestro modo de comunicar, y también nuestro servicio de pastores de la Iglesia, nunca expresara el orgullo soberbio del triunfo sobre el enemigo, ni humillara

a quienes la mentalidad del mundo considera perdedores y material de desecho. La misericordia puede ayudar a mitigar las adversidades de la vida y a ofrecer calor a quienes han conocido sólo la frialdad del juicio. Que el estilo de nuestra comunicación sea tal, que supere la lógica que separa netamente los pecadores de los justos. Nosotros podemos y debemos juzgar situaciones de pecado –violencia, corrupción, explotación, etc.–, pero no podemos juzgar a las personas, porque sólo Dios puede leer en

profundidad sus corazones. Nuestra tarea es amonestar a quien se equivoca, denunciando la maldad y la injusticia de ciertos comportamientos, con el fin de liberar a las víctimas y de levantar al caído. El evangelio de Juan nos recuerda que «la verdad os hará libres» (*Jn 8,32*). Esta verdad es, en definitiva, Cristo mismo, cuya dulce misericordia es el modelo para nuestro modo de anunciar la verdad y condenar la injusticia. Nuestra primordial tarea es afirmar la verdad con amor (cf. *Ef 4,15*). Sólo

palabras pronunciadas con amor y acompañadas de mansedumbre y misericordia tocan los corazones de quienes somos pecadores. Palabras y gestos duros y moralistas corren el riesgo hundir más a quienes querríamos conducir a la conversión y a la libertad, reforzando su sentido de negación y de defensa.

Algunos piensan que una visión de la sociedad enraizada en la misericordia es injustificadamente idealista o excesivamente indulgente. Pero probemos a reflexionar sobre

nuestras primeras experiencias de relación en el seno de la familia. Los padres nos han amado y apreciado más por lo que somos que por nuestras capacidades y nuestros éxitos. Los padres quieren naturalmente lo mejor para sus propios hijos, pero su amor nunca está condicionado por el alcance de los objetivos. La casa paterna es el lugar donde siempre eres acogido (cf. *Lc 15,11-32*). Quisiera alentar a todos a pensar en la sociedad humana, no como un espacio en el que los extraños

compiten y buscan prevalecer, sino más bien como una casa o una familia, donde la puerta está siempre abierta y en la que sus miembros se acogen mutuamente.

Para esto es fundamental escuchar. Comunicar significa compartir, y para compartir se necesita escuchar, acoger.

Escuchar es mucho más que oír. Oír hace referencia al ámbito de la información; escuchar, sin embargo, evoca la comunicación, y necesita cercanía. La escucha nos permite asumir la actitud justa,

dejando atrás la tranquila
condición de espectadores,
usuarios, consumidores.

Escuchar significa también ser
capaces de compartir preguntas
y dudas, de recorrer un camino
al lado del otro, de liberarse de
cualquier presunción de
omnipotencia y de poner
humildemente las propias
capacidades y los propios dones
al servicio del bien común.

Escuchar nunca es fácil. A
veces es más cómodo fingir ser
sordos. Escuchar significa
prestar atención, tener deseo
de comprender, de valorar,

respetar, custodiar la palabra del otro. En la escucha se origina una especie de martirio, un sacrificio de sí mismo en el que se renueva el gesto realizado por Moisés ante la zarza ardiente: quitarse las sandalias en el «terreno sagrado» del encuentro con el otro que me habla (cf. *Ex 3,5*). Saber escuchar es una gracia inmensa, es un don que se ha de pedir para poder después ejercitarse practicándolo. También los correos electrónicos, los mensajes de texto, las redes sociales, los

foros pueden ser formas de comunicación plenamente humanas. No es la tecnología la que determina si la comunicación es auténtica o no, sino el corazón del hombre y su capacidad para usar bien los medios a su disposición. Las redes sociales son capaces de favorecer las relaciones y de promover el bien de la sociedad, pero también pueden conducir a una ulterior polarización y división entre las personas y los grupos. El entorno digital es una plaza, un lugar de encuentro, donde se

puede acariciar o herir, tener una provechosa discusión o un linchamiento moral. Pido que el Año Jubilar vivido en la misericordia «nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación»

(Misericordiae vultus, 23).

También en red se construye una verdadera ciudadanía. El acceso a las redes digitales lleva consigo una responsabilidad por el otro, que

no vemos pero que es real, tiene una dignidad que debe ser respetada. La red puede ser bien utilizada para hacer crecer una sociedad sana y abierta a la puesta en común.

La comunicación, sus lugares y sus instrumentos han traído consigo un alargamiento de los horizontes para muchas personas. Esto es un don de Dios, y es también una gran responsabilidad. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad». El encuentro entre la comunicación y la

misericordia es fecundo en la medida en que genera una proximidad que se hace cargo, consuela, cura, acompaña y celebra. En un mundo dividido, fragmentado, polarizado, comunicar con misericordia significa contribuir a la buena, libre y solidaria cercanía entre los hijos de Dios y los hermanos en humanidad.

Vaticano, 24 de enero de 2016.

Francisco

25 de enero de 2016. Homilía en la celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión de san Pablo apóstol.

Lunes.

«Soy el menor de los apóstoles [...] porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí» (1 Cor 15 ,9-10). Así resume el apóstol Pablo el significado de su

conversión. Ésta, que tuvo lugar tras el encuentro fulgurante con Cristo resucitado (cf. *1 Cor 9 ,1*) en el camino de Jerusalén a Damasco, no es principalmente un cambio moral, sino una experiencia transformadora de la gracia de Cristo, y al mismo tiempo la llamada a una nueva misión, la de anunciar a todos a aquel Jesús a quien antes perseguía, hostigando a sus discípulos. En ese momento, de hecho, Pablo entiende que entre el Cristo eternamente vivo y sus seguidores hay una

unión real y trascendente:
Jesús vive y está presente en ellos y ellos viven en Él. La vocación a ser un apóstol no se funda en los méritos humanos de Pablo, quien se considera «ínfimo» e «indigno», sino en la bondad infinita de Dios, que lo eligió y le confió el ministerio.

Una comprensión similar de lo que sucedió en el camino de Damasco es testimoniada por san Pablo también en la primera Carta a Timoteo: «Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se

fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús» (Tm 1, 12-14). La sobreabundante misericordia de Dios es la única razón en la cual se funda el ministerio de Pablo, y es al mismo tiempo lo que el apóstol tiene que

anunciar a todos.

La experiencia de san Pablo es similar a la de las comunidades a las cuales el apóstol Pedro dirige su primera Carta. San Pedro se dirige a los miembros de comunidades pequeñas y frágiles, expuestas a la amenaza de las persecuciones y aplica a ellos los títulos gloriosos atribuidos al pueblo santo de Dios: «linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios» (1 Pt 2, 9). Para esos primeros cristianos, como hoy para todos nosotros bautizados,

es motivo de consuelo y de constante estupor el saber que hemos sido elegidos para formar parte del diseño de salvación de Dios, actuado en Jesucristo y en la Iglesia.

«Señor, ¿por qué precisamente yo?»; «¿por qué nosotros?».

Alcanzamos aquí el misterio de la misericordia y la elección de Dios: el Padre ama a todos y quiere salvar a todos, y por eso llama a algunos,

«conquistándolos» con su gracia, para que a través de ellos su amor pueda llegar a todos. La misión del entero

pueblo de Dios es la de anunciar las maravillas del Señor, la primera la del Misterio pascual de Cristo, por medio del cual hemos pasado de las tinieblas del pecado y la muerte, al esplendor de su vida, nueva y eterna (cf. *1 Pe 2, 10*).

A la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, y que nos ha guiado durante esta Semana de oración por la unidad de los cristianos, realmente podemos decir que todos los creyentes en Cristo estamos «llamados a anunciar

las maravillas de Dios» (cf. *1 Pe 2, 9*). Más allá de las diferencias que todavía nos separan, reconozcamos con alegría, que en el origen de la vida cristiana hay siempre una llamada, cuyo autor es Dios mismo. Podemos avanzar en el camino hacia la plena comunión visible entre los cristianos no sólo cuando nos acercamos los unos a los otros, sino sobre todo en la medida en que nos convertimos al Señor, que por su gracia nos elige y nos llama a ser sus discípulos. Y convertirse significa dejar

que el Señor viva y trabaje en nosotros. Por este motivo, cuando los cristianos de diferentes Iglesias escuchan juntos la Palabra de Dios y tratan de ponerla en práctica, realizan pasos verdaderamente importantes hacia la unidad. Y no sólo la llamada nos une; también compartimos la misma misión: anunciar a todos las obras maravillosas de Dios. Como san Pablo, y como los fieles a quienes escribe san Pedro, también nosotros no podemos dejar de anunciar el amor misericordioso que nos ha

conquistado y transformado. Mientras estamos en camino hacia la plena comunión entre nosotros, ya podemos desarrollar múltiples formas de colaboración, trabajar juntos para favorecer la difusión del Evangelio. Y caminando y trabajando juntos, nos damos cuenta de que ya estamos unidos en el nombre del Señor. La unidad se hace en el camino.

En este Año jubilar extraordinario de la Misericordia, tengamos bien presente que no puede haber

una auténtica búsqueda de la unidad de los cristianos sin un confiarse plenamente a la misericordia del Padre. En primer lugar pidamos perdón por el pecado de nuestras divisiones, que son una herida abierta en el Cuerpo de Cristo. Como obispo de Roma y Pastor de la Iglesia católica, quiero invocar misericordia y perdón por los comportamientos no evangélicos por parte de los católicos hacia los cristianos de otras Iglesias. Al mismo tiempo, invito a todos los hermanos y hermanas católicos

a perdonar si, hoy o en el pasado, han sido ofendidos por otros cristianos. No podemos borrar lo que ha sido, pero no queremos permitir que el peso de las culpas del pasado continúe contaminando nuestras relaciones. La misericordia de Dios renovará nuestras relaciones.

En este clima de intensa oración, saludo fraternalmente a Su eminencia el metropolitano Gennadios, representante del Patriarcado ecuménico, a Su gracia David Moxon, representante personal en

Roma del arzobispo de Canterbury, y a todos los representantes de las diversas Iglesias y Comunidades eclesiales de Roma, reunidos aquí esta tarde. Con ellos hemos pasado a través de la Puerta Santa de esta Basílica, para recordar que la única puerta que nos conduce a la salvación es Jesucristo, nuestro Señor, el rostro misericordioso del Padre. Dirijo también un cordial saludo a los jóvenes ortodoxos y ortodoxos orientales que estudian aquí, en Roma, con el apoyo del

Comité de colaboración cultural con las Iglesias ortodoxas, que trabaja en el Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, así como a los estudiantes del *Ecumenical Institute of Bossey*, en visita aquí en Roma para profundizar su conocimiento de la Iglesia católica.

Queridos hermanos y hermanas, unámonos a la oración que Jesucristo dirigió al Padre: «Que todos sean uno [...] para que el mundo crea» (*Jn 17, 21*). La unidad es don de la misericordia de Dios

Padre. Aquí ante la tumba de san Pablo, apóstol y mártir, custodiada en esta espléndida Basílica, sentimos que nuestra humilde petición es apoyada por la intercesión de la multitud de mártires cristianos de ayer y de hoy. Ellos han respondido con generosidad a la llamada del Señor, han dado fiel testimonio, con su vida, de las maravillas que Dios ha realizado por nosotros, y ya experimentan la plena comunión en la presencia de Dios Padre. Sostenidos por su ejemplo —este ejemplo que

hace el ecumenismo de sangre
— y confortados por su
intercesión, dirigimos a Dios
nuestra humilde oración.

27 de enero de 2016.

Audiencia general. La misericordia de Dios a lo largo de toda la historia del Pueblo de Israel.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la Sagrada Escritura, la misericordia de Dios está presente a lo largo de toda la historia del Pueblo de Israel. Con su misericordia, el Señor acompaña el camino de los patriarcas, a ellos les dona

hijos a pesar de su condición de esterilidad, los conduce por caminos de gracia y de reconciliación, como demuestra la historia de José y de sus hermanos (cf. *Gén* 37-50). Pienso en muchos hermanos que están alejados dentro de una familia y no se hablan. Pero este Año de la Misericordia es una buena ocasión para reencontrarse, abrazarse, perdonarse y olvidar las cosas feas. Pero, como sabemos, en Egipto la vida para el pueblo se hace dura. Y es precisamente cuando los israelitas están por

sucumbir que el Señor interviene y obra la salvación. Se lee en el libro del Éxodo: «Al cabo de muchos años, murió el rey de Egipto. Los hijos de Israel, se quejaban de la esclavitud y clamaron. Sus gritos, desde la esclavitud, subieron a Dios; y Dios escuchó sus quejas y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Dios se fijó en los hijos de Israel y se les apareció» (Ex 2, 23-25). La misericordia no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento de los oprimidos, al grito de quien es

objeto de violencia, reducido a la esclavitud y condenado a muerte. Es una realidad dolorosa que afecta a toda época, incluyendo la nuestra, y que muchas veces nos hace sentir impotentes, tentados a endurecer el corazón y pensar en otra cosa. Dios, en cambio, «no es indiferente» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la paz 2016*, 1), no desvía jamás su mirada del dolor humano. El Dios de misericordia responde y cuida de los pobres, de quienes gritan su desesperación. Dios escucha e interviene para

salvar, suscitando hombres capaces de oír el gemido del sufrimiento y obrar en favor de los oprimidos.

Es así como comienza la historia de Moisés como mediador de liberación para el pueblo. Él se enfrenta al faraón para convencerlo de que deje ir a Israel; y luego guiará al pueblo, a través del Mar Rojo y el desierto, hacia la libertad. Moisés, que la misericordia divina salvó siendo un recién nacido de la muerte en las aguas del Nilo, se hace mediador de esa misma

misericordia, permitiendo al pueblo, salvado de las aguas del Mar Rojo, nacer a la libertad. Y también nosotros en este Año de la Misericordia podemos hacer este trabajo de ser mediadores de misericordia con las obras de misericordia para acercar, para dar alivio, para crear unidad. Muchas cosas buenas se pueden hacer. La misericordia de Dios siempre actúa para salvar. Es todo lo contrario de las obras de quienes actúan siempre para matar: por ejemplo los que hacen las guerras. El Señor,

mediante su siervo Moisés, guía a Israel en el desierto como si fuese un hijo, lo educa en la fe y realiza la alianza con él, creando un vínculo de amor muy fuerte, como el del padre con el hijo y el del esposo con la esposa.

A tanto llega la misericordia divina. Dios propone una relación de amor especial, exclusiva, privilegiada. Cuando da instrucciones a Moisés acerca de la alianza, dice: «Si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los

pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19, 5-6).

Cierto, Dios posee ya toda la tierra porque la ha creado; pero el pueblo se convierte para Él en una posesión diferente, especial: su personal «reserva de oro y plata» como la que el rey David afirmaba haber donado para la construcción del Templo.

Pues bien, en esto nos convertimos para Dios cuando acogemos su alianza y nos dejamos salvar por Él. La

misericordia del Señor hace al hombre precioso, como un tesoro personal que le pertenece, que Él custodia y en el cual se complace.

Son estas las maravillas de la misericordia divina, que llega a pleno cumplimiento en el Señor Jesús, en esa «nueva y eterna alianza» consumada con su sangre, que con el perdón destruye nuestro pecado y nos hace definitivamente hijos de Dios (cf. *1 Jn3, 1*), joyas preciosas en las manos del Padre bueno y misericordioso. Y como nosotros somos hijos de

Dios y tenemos la posibilidad de tener esta herencia —la de la bondad y la misericordia— en relación con los demás, pidamos al Señor que en este Año de la Misericordia también nosotros hagamos cosas de misericordia; abramos nuestro corazón para llegar a todos con las obras de misericordia, la herencia misericordiosa que Dios Padre ha tenido con nosotros.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos

provenientes de España y
Latinoamérica. Que el Señor
Jesús nos conceda
experimentar siempre en
nuestra vida el amor y la
misericordia de Dios, nuestro
Padre. Muchas gracias.

30 de enero de 2016.

Audiencia jubilar. **Misericordia y misión.**

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas:

Entramos día tras día en el corazón del Año santo de la Misericordia. Con su gracia, el Señor guía nuestros pasos mientras atravesamos la Puerta Santa y sale a nuestro

encuentro para permanecer siempre con nosotros, a pesar de nuestras faltas y nuestras contradicciones.

No nos cansemos nunca de sentir la necesidad de su perdón, porque cuando somos débiles su cercanía nos hace fuertes y nos permite vivir con mayor alegría nuestra fe.

Quisiera indicaros hoy la estrecha relación que existe entre la *misericordia* y la *misión*. Como recordaba san Juan Pablo II: «La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la

misericordia y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia» (Enc. *Dives in misericordia*, 13).

Como cristianos tenemos la responsabilidad de ser misioneros del Evangelio.

Cuando recibimos una buena noticia, o cuando vivimos una hermosa experiencia, es natural que sintamos la exigencia de compartirla también con los demás.

Sentimos dentro de nosotros que no podemos contener la alegría que nos ha sido donada. Queremos extenderla. La

alegría suscitada es tal que nos lleva a comunicarla. Y debería ser la misma cosa cuando encontramos al Señor. La alegría de este encuentro, de su misericordia. Comunicar la misericordia del Señor. Es más, el signo concreto de que realmente hemos encontrado a Jesús es la alegría que sentimos al comunicarlo también a los demás. Y esto no es «hacer proselitismo», esto es hacer un don. Yo te doy aquello que me da alegría a mí. Leyendo el Evangelio vemos que esta ha sido la experiencia

de los primeros discípulos: después del primer encuentro con Jesús, Andrés fue a decírselo enseguida a su hermano Pedro (cf. *Jn* 1, 40-42), y la misma cosa hizo Felipe con Natanael (cf. *Jn* 1, 45-46).

Encontrar a Jesús equivale a encontrarse con su amor. Este amor nos transforma y nos hace capaces de transmitir a los demás la fuerza que nos dona. De alguna manera, podríamos decir que desde el día del Bautismo nos es dado a cada uno de nosotros un nuevo

nombre además del que ya nos dan mamá y papá, y este nombre es Cristóforo». ¡Todos somos «Cristóforos»! ¿Qué significa esto? «Portadores de Cristo». Es el nombre de nuestra actitud, una actitud de portadores de la alegría de Cristo, de la misericordia de Cristo. Todo cristiano es un «Cristóforo», es decir, ¡un portador de Cristo!

La misericordia que recibimos del Padre no nos es dada como una consolación privada, sino que nos hace instrumentos para que también los demás

puedan recibir el mismo don. Existe una maravillosa circularidad entre la misericordia y la misión. Vivir de misericordia nos hace misioneros de la misericordia, y ser misioneros nos permite crecer cada vez más en la misericordia de Dios.

Por lo tanto, tomémonos en serio nuestro ser cristianos, y comprometámonos a vivir como creyentes, porque solo así el Evangelio puede tocar el corazón de las personas y abrirlo para recibir la gracia del amor, para recibir esta grande

misericordia de Dios que acoge a todos.

* * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica.

Hermanos y hermanas, los animo a ser portadores de Cristo, y ser verdaderos misioneros de la misericordia de Dios en medio de las circunstancias que les toca vivir. Muchas gracias.

31 de enero de 2016.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El relato evangélico de hoy nos conduce de nuevo, como el pasado domingo, a la sinagoga de Nazaret, el pueblo de Galilea donde Jesús creció en familia y lo conocían todos. Él, que hacía poco tiempo que había salido para comenzar su vida pública, vuelve ahora por primera vez y se presenta a la

comunidad, reunida el sábado en la sinagoga. Lee el pasaje del profeta Isaías que habla del futuro Mesías y al final declara: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4 ,21). Los conciudadanos de Jesús, en un primer momento sorprendidos y admirados, comienzan después a poner cara larga, a murmurar entre ellos y a decir: ¿Por qué este que pretende ser el Consagrado del Señor, no repite aquí los prodigios y milagros que ha realizado en Cafarnaúm y en los pueblos cercanos?

Entonces Jesús afirma:
«Ningún profeta es aceptado en su pueblo» (*Lc 24*) y recuerda a los grandes profetas del pasado, Elías y Eliseo, que realizaron milagros a favor de los paganos para denunciar la incredulidad de su pueblo. Llegados a este punto, los presentes se sienten ofendidos, se levantan indignados, expulsan a Jesús fuera del pueblo y quisieran arrojarlo desde un precipicio. Pero Él, con la fuerza de su paz, «se abrió paso entre ellos y seguía su camino» (*Lc 30*). Su hora

todavía no había llegado. Este relato del evangelista Lucas no es simplemente la historia de una pelea entre paisanos, como a veces pasa en nuestros barrios, suscitada por envidias y celos, sino que saca a la luz una tentación a la cual el hombre religioso está siempre expuesto —todos nosotros estamos expuestos— y de la cual es necesario tomar decididamente distancia. ¿Y cuál es esta tentación? Es la tentación de considerar la religión como una inversión humana y, en consecuencia,

ponerse a «negociar» con Dios buscando el propio interés. En cambio en la verdadera religión se trata de acoger la revelación de un Dios que es Padre y que se preocupa por cada una de sus criaturas, también de aquellas más pequeñas e insignificantes a los ojos de los hombres. Precisamente en esto consiste el ministerio profético de Jesús: en anunciar que ninguna condición humana puede constituirse en motivo de exclusión —ninguna condición humana puede ser motivo de exclusión!— del

corazón del Padre, y que el único privilegio a los ojos de Dios es el de no tener privilegios. El único privilegio a los ojos de Dios es aquel de no tener privilegios, de no tener padrinos, de abandonarse en sus manos.

«Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4, 21). El «hoy», proclamado por Cristo aquel día, vale para cada tiempo; resuena también para nosotros en esta plaza, recordándonos la actualidad y la necesidad de la salvación traída por Jesús a la

humanidad. Dios viene al encuentro de los hombres y las mujeres de todos los tiempos y lugares en las situaciones concretas en las cuales estos estén. También viene a nuestro encuentro. Es siempre Él quien da el primer paso: viene a visitarnos con su misericordia, a levantarnos del polvo de nuestros pecados; viene a extendernos la mano para hacernos levantar del abismo en el que nos ha hecho caer nuestro orgullo, y nos invita a acoger la consolante verdad del Evangelio y a caminar por los

caminos del bien. Siempre viene Él a encontrarnos, a buscarnos.

Volvamos a la sinagoga.

Ciertamente aquel día, en la sinagoga de Nazaret, también estaba María, la Madre.

Podemos imaginar los latidos de su corazón, una pequeña anticipación de aquello que sufrirá debajo de la Cruz, viendo a Jesús, allí en la sinagoga, primero admirado, luego desafiado, después insultado, luego amenazado de muerte. En su corazón, lleno de fe, ella guardaba cada cosa.

Que ella nos ayude a convertirnos de un dios de los milagros al milagro de Dios, que es Jesucristo.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la Jornada mundial de los enfermos de lepra. Esta enfermedad, a pesar de estar en regresión, desafortunadamente todavía afecta a las personas más pobres y marginadas. Es importante mantener viva la solidaridad con estos hermanos y hermanas, que han quedado

inválidos después de esta enfermedad. A ellos les aseguramos nuestra oración y aseguramos nuestro apoyo a quienes les asisten. Buenos laicos, buenas hermanas y buenos sacerdotes.

Os saludo con afecto a todos vosotros, queridos peregrinos llegados desde diferentes parroquias de Italia y de otros países, así como a las asociaciones y los grupos. En particular, saludo a los estudiantes de Cuenca y a los de Torreagüera (España). Saludo a los fieles de Taranto,

Montesilvano, Macerata,
Ercolano y Fasano.

Y ahora saludo a los chicos y chicas de la Acción Católica de la diócesis de Roma. Ahora entiendo porque había tanto ruido en la plaza. Queridos chicos, también este año, acompañados por el Cardenal Vicario y por vuestros Asistentes, habéis venido muchos al final de vuestra «Caravana de la Paz».

Este año vuestro testimonio de paz, animado por la fe en Jesús, será todavía más alegre y consciente, porque está

enriquecido por el gesto que acabáis de hacer, al pasar por la Puerta Santa. ¡Os animo a ser instrumentos de paz y de misericordia entre vuestros compañeros! Escuchemos ahora el mensaje que vuestros amigos, que están aquí junto a mí, nos van a leer.

[Tras el mensaje, leído por Martina, el Pontífice retomó la palabra.]

Y ahora los chicos en la plaza lanzarán los globos, símbolo de la paz.

A todos os deseo un feliz domingo y buen almuerzo. Y

por favor, no os olvidéis de
rezar por mí. ¡Hasta pronto!

15 de setiembre de 2015.
Mensaje para la XXIV jornada
mundial del enfermo 2016.

***Confiar en Jesús
misericordioso como María:
"Haced lo que Él os diga"
(Jn 2,5)***

*Queridos hermanos y
hermanas:*

La XXIV Jornada Mundial del
Enfermo me ofrece la
oportunidad de estar
especialmente cerca de
vosotros, queridos enfermos, y
de todos los que os cuidan.

Debido a que este año dicha Jornada será celebrada solemnemente en Tierra Santa, propongo meditar la narración evangélica de las bodas de Caná (*Jn 2,1-11*), donde Jesús realizó su primer milagro gracias a la mediación de su Madre. El tema elegido, *«Confiar en Jesús misericordioso como María: "Haced lo que Él os diga"»* (*Jn 2,5*), se inscribe muy bien en el marco del Jubileo extraordinario de la Misericordia. La Celebración eucarística central de la

Jornada, el 11 de febrero de 2016, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, tendrá lugar precisamente en Nazaret, donde «la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (*Jn 1,14*).

Jesús inició allí su misión salvífica, aplicando a sí mismo las palabras del profeta Isaías, como dice el evangelista Lucas: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista;

a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

La enfermedad, sobre todo cuando es grave, pone siempre en crisis la existencia humana y nos plantea grandes interrogantes. La primera reacción puede ser de rebeldía: ¿Por qué me ha sucedido precisamente a mí? Podemos sentirnos desesperados, pensar que todo está perdido y que ya nada tiene sentido...

En esta situación, por una parte la fe en Dios se pone a

prueba, pero al mismo tiempo revela toda su fuerza positiva. No porque la fe haga desaparecer la enfermedad, el dolor o los interrogantes que plantea, sino porque nos ofrece una clave con la que podemos descubrir el sentido más profundo de lo que estamos viviendo; una clave que nos ayuda a ver cómo la enfermedad puede ser la vía que nos lleva a una cercanía más estrecha con Jesús, que camina a nuestro lado cargado con la cruz. Y esta clave nos la proporciona María, su Madre,

experta en esta vía.

En las bodas de Caná, María aparece como la mujer atenta que se da cuenta de un problema muy importante para los esposos: se ha acabado el vino, símbolo del gozo de la fiesta. María descubre la dificultad, en cierto sentido la hace suya y, con discreción, actúa rápidamente. No se limita a mirar, y menos aún se detiene a hacer juicios, sino que se dirige a Jesús y le presenta el problema tal como es: «No tienen vino» (*Jn 2,3*). Y cuando Jesús le hace

presente que aún no ha llegado el momento para que Él se revele (cf. v. 4), dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (v. 5). Entonces Jesús realiza el milagro, transformando una gran cantidad de agua en vino, en un vino que aparece de inmediato como el mejor de toda la fiesta. ¿Qué enseñanza podemos obtener del misterio de las bodas de Caná para la Jornada Mundial del Enfermo? El banquete de bodas de Caná es una imagen de la Iglesia: en el centro está Jesús

misericordioso que realiza la señal; a su alrededor están los discípulos, las primicias de la nueva comunidad; y cerca de Jesús y de sus discípulos está María, Madre previsor y orante. María participa en el gozo de la gente común y contribuye a aumentarlo; intercede ante su Hijo por el bien de los esposos y de todos los invitados. Y Jesús no rechazó la petición de su Madre. Cuánta esperanza nos da este acontecimiento.

Tenemos una Madre con ojos vigilantes y compasivos, como

los de su Hijo; con un corazón maternal lleno de misericordia, como Él; con unas manos que quieren ayudar, como las manos de Jesús, que partían el pan para los hambrientos, que tocaban a los enfermos y los sanaba. Esto nos llena de confianza y nos abre a la gracia y a la misericordia de Cristo. La intercesión de María nos permite experimentar la consolación por la que el apóstol Pablo bendice a Dios: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y

Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios! Porque lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo» (2 Co 1,3-5).
María es la Madre «consolada» que consuela a sus hijos.
En Caná se perfilan los rasgos característicos de Jesús y de su

misión: Él es Aquel que socorre al que está en dificultad y pasa necesidad. En efecto, en su ministerio mesiánico curará a muchos de sus enfermedades, dolencias y malos espíritus, dará la vista a los ciegos, hará caminar a los cojos, devolverá la salud y la dignidad a los leprosos, resucitará a los muertos y a los pobres anunciará la buena nueva (cf. *Lc 7,21-22*). La petición de María, durante el banquete nupcial, puesta por el Espíritu Santo en su corazón de madre, manifestó no sólo el poder

mesiánico de Jesús sino también su misericordia. En la solicitud de María se refleja la ternura de Dios. Y esa misma ternura se hace presente también en la vida de muchas personas que se encuentran junto a los enfermos y saben comprender sus necesidades, aún las más ocultas, porque miran con ojos llenos de amor. Cuántas veces una madre a la cabecera de su hijo enfermo, o un hijo que se ocupa de su padre anciano, o un nieto que está cerca del abuelo o de la abuela, confían

su súplica en las manos de la Virgen. Para nuestros seres queridos que sufren por la enfermedad pedimos en primer lugar la salud; Jesús mismo manifestó la presencia del Reino de Dios precisamente a través de las curaciones: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan» (*Mt 11,4-5*). Pero el amor animado por la fe hace que pidamos para ellos algo más grande que la salud física:

pedimos la paz, la serenidad de la vida que parte del corazón y que es don de Dios, fruto del Espíritu Santo que el Padre no niega nunca a los que se lo piden con confianza.

En la escena de Caná, además de Jesús y su Madre, están también los que son llamados «sirvientes», que reciben de Ella esta indicación: «Haced lo que Él os diga» (*Jn 2,5*).

Naturalmente el milagro tiene lugar por obra de Cristo; sin embargo, Él quiere servirse de la ayuda humana para realizar el prodigio. Habría podido hacer

aparecer directamente el vino en las tinajas. Sin embargo, quiere contar con la colaboración humana, y pide a los sirvientes que las llenen de agua. Cuánto valora y aprecia Dios que seamos servidores de los demás. Esta es de las cosas que más nos asemeja a Jesús, el cual «no ha venido a ser servido sino a servir» (Mc 10,45). Estos personajes anónimos del Evangelio nos enseñan mucho. No sólo obedecen, sino que lo hacen generosamente: llenaron las tinajas hasta el borde

(cf. *Jn 2,7*). Se fían de la Madre, y con prontitud hacen bien lo que se les pide, sin lamentarse, sin hacer cálculos. En esta Jornada Mundial del Enfermo podemos pedir a Jesús misericordioso por la intercesión de María, Madre suya y nuestra, que nos conceda esta disponibilidad para servir a los necesitados, y concretamente a nuestros hermanos enfermos. A veces este servicio puede resultar duro, pesado, pero estamos seguros de que el Señor no dejará de transformar nuestro

esfuerzo humano en algo divino. También nosotros podemos ser manos, brazos, corazones que ayudan a Dios a realizar sus prodigios, con frecuencia escondidos. También nosotros, sanos o enfermos, podemos ofrecer nuestros cansancios y sufrimientos como el agua que llenó las tinajas en las bodas de Caná y fue transformada en el mejor vino. Cada vez que se ayuda discretamente a quien sufre, o cuando se está enfermo, se tiene la ocasión de cargar sobre los propios hombros la cruz de

cada día y de seguir al Maestro (cf. *Lc 9,23*); y aún cuando el encuentro con el sufrimiento sea siempre un misterio, Jesús nos ayuda a encontrarle sentido.

Si sabemos escuchar la voz de María, que nos dice también a nosotros: «Haced lo que Él os diga», Jesús transformará siempre el agua de nuestra vida en vino bueno. Así, esta Jornada Mundial del Enfermo, celebrada solemnemente en Tierra Santa, ayudará a realizar el deseo que he manifestado en la Bula de

convocación del Jubileo
Extraordinario de la
Misericordia: «Este Año Jubilar
vivido en la misericordia pueda
favorecer el encuentro con [el
Hebraísmo, el Islam] y con las
otras nobles tradiciones
religiosas; nos haga más
abiertos al diálogo para
conocernos y comprendernos
mejor; elimine toda forma de
cerrazón y desprecio, y aleje
cualquier forma de violencia y
de discriminación»

(*Misericordiae Vultus*, 23). Cada
hospital o clínica puede ser un
signo visible y un lugar que

promueva la cultura del encuentro y de la paz, y en el que la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento, así como también la ayuda profesional y fraterna, contribuyan a superar todo límite y división.

Son un ejemplo para nosotros las dos monjas canonizadas en el pasado mes de mayo: santa María Alfonsina Danil Ghattas y santa María de Jesús Crucificado Baouardy, ambas hijas de la Tierra Santa. La primera fue testigo de mansedumbre y de unidad,

ofreciendo un claro testimonio de la importancia que tiene el que seamos unos responsables de los otros importante es que seamos responsables unos de otros, de que vivíamos al servicio de los demás. La segunda, mujer humilde e iletrada, fue dócil al Espíritu Santo y se convirtió en instrumento de encuentro con el mundo musulmán.

A todos los que están al servicio de los enfermos y de los que sufren, les deseo que estén animados por el ejemplo de María, Madre de la

Misericordia. «La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, a fin de que todos podamos descubrir la alegría de la ternura de Dios» (*ibíd.*, 24) y llevarla grabada en nuestros corazones y en nuestros gestos. Encomendemos a la intercesión de la Virgen nuestras ansias y tribulaciones, junto con nuestros gozos y consolaciones, y dirijamos a ella nuestra oración, para que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, especialmente en los momentos de dolor, y nos haga dignos de contemplar

hoy y por toda la eternidad el
Rostro de la misericordia, su
Hijo Jesús.

Acompaño esta súplica por
todos vosotros con mi
Bendición Apostólica.

*Dado en el Vaticano, el 15 de
setiembre de 2015.*

*Memoria de Nuestra Señora de
los Dolores.*

Francisco.

4 de octubre de 2015. Mensaje para la cuaresma 2016.

"Misericordia quiero y no sacrificio" (Mt 9,13).

Las obras de misericordia en el camino jubilar

1. María, icono de una Iglesia que evangeliza porque es evangelizada

En la Bula de convocación del Jubileo invité a que «la Cuaresma de este Año Jubilar sea vivida con mayor intensidad, como momento fuerte para celebrar y

experimentar la misericordia de Dios» (*Misericordiae vultus*, 17). Con la invitación a escuchar la Palabra de Dios y a participar en la iniciativa «24 horas para el Señor» quise hacer hincapié en la primacía de la escucha orante de la Palabra, especialmente de la palabra profética. La misericordia de Dios, en efecto, es un anuncio al mundo: pero cada cristiano está llamado a experimentar en primera persona ese anuncio. Por eso, en el tiempo de la Cuaresma enviaré a los Misioneros de la

Misericordia, a fin de que sean para todos un signo concreto de la cercanía y del perdón de Dios.

María, después de haber acogido la Buena Noticia que le dirige el arcángel Gabriel, canta proféticamente en el *Magnificat* la misericordia con la que Dios la ha elegido. La Virgen de Nazaret, prometida con José, se convierte así en el icono perfecto de la Iglesia que evangeliza, porque fue y sigue siendo evangelizada por obra del Espíritu Santo, que hizo fecundo su vientre virginal. En

la tradición profética, en su etimología, la misericordia está estrechamente vinculada, precisamente con las entrañas maternas (*rahamim*) y con una bondad generosa, fiel y compasiva (*hesed*) que se tiene en el seno de las relaciones conyugales y parentales.

2. La alianza de Dios con los hombres: una historia de misericordia

El misterio de la misericordia divina se revela a lo largo de la historia de la alianza entre Dios y su pueblo Israel. Dios, en efecto, se muestra siempre rico

en misericordia, dispuesto a derramar en su pueblo, en cada circunstancia, una ternura y una compasión visceral, especialmente en los momentos más dramáticos, cuando la infidelidad rompe el vínculo del Pacto y es preciso ratificar la alianza de modo más estable en la justicia y la verdad. Aquí estamos frente a un auténtico drama de amor, en el cual Dios desempeña el papel de padre y de marido traicionado, mientras que Israel el de hijo/hija y el de esposa infiel. Son justamente las imágenes

familiares —como en el caso de Oseas (cf. *Os* 1-2)— las que expresan hasta qué punto Dios desea unirse a su pueblo. Este drama de amor alcanza su culmen en el Hijo hecho hombre. En él Dios derrama su ilimitada misericordia hasta tal punto que hace de él la «Misericordia encarnada» (*Misericordiae vultus*, 8). En efecto, como hombre, Jesús de Nazaret es hijo de Israel a todos los efectos. Y lo es hasta tal punto que encarna la escucha perfecta de Dios que el *Shemà* requiere a todo judío,

y que todavía hoy es el corazón de la alianza de Dios con Israel: «Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,4-5). El Hijo de Dios es el Esposo que hace cualquier cosa por ganarse el amor de su Esposa, con quien está unido con un amor incondicional, que se hace visible en las nupcias eternas con ella.

Es éste el corazón del *kerygma* apostólico, en el

cual la misericordia divina ocupa un lugar central y fundamental. Es «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (Exh. ap. *Evangelii gaudium*, 36), el primer anuncio que «siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis» (*ibíd.*, 164). La Misericordia entonces «expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior

posibilidad para examinarse, convertirse y creer»

(Misericordiae vultus, 21), restableciendo de ese modo la relación con él. Y, en Jesús crucificado, Dios quiere alcanzar al pecador incluso en su lejanía más extrema, justamente allí donde se perdió y se alejó de Él. Y esto lo hace con la esperanza de poder así, finalmente, enternecer el corazón endurecido de su Esposa.

3. Las obras de misericordia

La misericordia de Dios transforma el corazón del

hombre haciéndole experimentar un amor fiel, y lo hace a su vez capaz de misericordia. Es siempre un milagro el que la misericordia divina se irradie en la vida de cada uno de nosotros, impulsándonos a amar al prójimo y animándonos a vivir lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia corporales y espirituales. Ellas nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre

los que seremos juzgados: nutrirlo, visitarlo, consolarlo y educarlo. Por eso, expresé mi deseo de que «el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina» (*ibíd.*, 15). En el pobre, en efecto, la carne

de Cristo «se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado» (*ibíd.*). Misterio inaudito y escandaloso la continuación en la historia del sufrimiento del Cordero Inocente, zarza ardiente de amor gratuito ante el cual, como Moisés, sólo podemos quitarnos las sandalias (cf. *Ex 3,5*); más aún cuando el pobre es el hermano o la hermana en Cristo que sufren a

causa de su fe.

Ante este amor fuerte como la muerte (cf. *Ct 8,6*), el pobre más miserable es quien no acepta reconocerse como tal. Cree que es rico, pero en realidad es el más pobre de los pobres. Esto es así porque es esclavo del pecado, que lo empuja a utilizar la riqueza y el poder no para servir a Dios y a los demás, sino para sofocar dentro de sí la íntima convicción de que tampoco él es más que un pobre mendigo. Y cuanto mayor es el poder y la riqueza a su disposición, tanto

mayor puede llegar a ser este engañoso ofuscamiento. Llega hasta tal punto que ni siquiera ve al pobre Lázaro, que mendiga a la puerta de su casa (cf. *Lc 16,20-21*), y que es figura de Cristo que en los pobres mendiga nuestra conversión. Lázaro es la posibilidad de conversión que Dios nos ofrece y que quizá no vemos. Y este ofuscamiento va acompañado de un soberbio delirio de omnipotencia, en el cual resuena siniestramente el demoníaco «seréis como Dios» (*Gn 3,5*) que es la raíz de todo

pecado. Ese delirio también puede asumir formas sociales y políticas, como han mostrado los totalitarismos del siglo XX, y como muestran hoy las ideologías del pensamiento único y de la tecnociencia, que pretenden hacer que Dios sea irrelevante y que el hombre se reduzca a una masa para utilizar. Y actualmente también pueden mostrarlo las estructuras de pecado vinculadas a un modelo falso de desarrollo, basado en la idolatría del dinero, como consecuencia del cual las

personas y las sociedades más ricas se vuelven indiferentes al destino de los pobres, a quienes cierran sus puertas, negándose incluso a mirarlos. La Cuaresma de este Año Jubilar, pues, es para todos un tiempo favorable para salir por fin de nuestra alienación existencial gracias a la escucha de la Palabra y a las obras de misericordia. Mediante las corporales tocamos la carne de Cristo en los hermanos y hermanas que necesitan ser nutridos, vestidos, alojados, visitados, mientras que las

espirituales tocan más directamente nuestra condición de pecadores: aconsejar, enseñar, perdonar, amonestar, rezar. Por tanto, nunca hay que separar las obras corporales de las espirituales. Precisamente tocando en el mísero la carne de Jesús crucificado el pecador podrá recibir como don la conciencia de que él mismo es un pobre mendigo. A través de este camino también los «soberbios», los «poderosos» y los «ricos», de los que habla el *Magnificat*, tienen la posibilidad de darse cuenta de

que son inmerecidamente amados por Cristo crucificado, muerto y resucitado por ellos. Sólo en este amor está la respuesta a la sed de felicidad y de amor infinitos que el hombre —engañándose— cree poder colmar con los ídolos del saber, del poder y del poseer. Sin embargo, siempre queda el peligro de que, a causa de un cerrarse cada vez más herméticamente a Cristo, que en el pobre sigue llamando a la puerta de su corazón, los soberbios, los ricos y los poderosos acaben por

condenarse a sí mismos a caer en el eterno abismo de soledad que es el infierno. He aquí, pues, que resuenan de nuevo para ellos, al igual que para todos nosotros, las lacerantes palabras de Abrahán: «Tienen a Moisés y los Profetas; que los escuchen» (Lc 16,29). Esta escucha activa nos preparará del mejor modo posible para celebrar la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte del Esposo ya resucitado, que desea purificar a su Esposa prometida, a la espera de su venida.

No perdamos este tiempo de Cuaresma favorable para la conversión. Lo pedimos por la intercesión materna de la Virgen María, que fue la primera que, frente a la grandeza de la misericordia divina que recibió gratuitamente, confesó su propia pequeñez (cf. *Lc 1,48*), reconociéndose como la humilde esclava del Señor (cf. *Lc 1,38*).

Vaticano, 4 de octubre de 2015.

Fiesta de San Francisco de Asís.

Francisco.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Febrero.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de febrero de 2016.

Discurso del Santo Padre Francisco. Jubileo de la vida consagrada.

2 de febrero de 2016.

Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor. XX jornada mundial de la vida consagrada.

3 de febrero de 2016.

Audiencia general. La misericordia infinita como justicia perfecta.

6 de febrero de 2016.

Discurso del Santo Padre Francisco. Jubileo de los grupos

de oración del padre Pío.

7 de febrero de 2016.

ÁNGELUS.

9 de febrero de 2016.

Homilía en la Santa Misa con los frailes capuchinos.

9 de febrero de 2016.

Discurso del Santo Padre Francisco. Encuentro con los misioneros de la misericordia.

10 de febrero de 2016.

Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza. Envío de los misioneros de la misericordia.

10 de febrero de 2016.

Audiencia general. La antigua

institución del «jubileo» de la misericordia.

12 de febrero de 2016.

Saludo a los periodistas durante el vuelo Roma-La Habana (Cuba)

12 de febrero de 2016.

Encuentro del Santo Padre Francisco con su Santidad Kiril, Patriarca de Moscú y toda Rusia. (Cuba)

12 de febrero de 2016.

Palabras del Santo Padre a los periodistas durante el vuelo La Habana-México.

13 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con

las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

(México)

13 de febrero de 2016.

Homilía en la Santa Misa en la basílica de Guadalupe. (México)

13 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con los obispos de México. (México)

14 de febrero de 2016.

Homilía en la Santa Misa en el área del centro de estudios de Ecatepec. (México)

14 de febrero 2016.

ÁNGELUS. (México)

14 de febrero de 2016.

Discurso en la visita al hospital

pediátrico "Federico Gómez"
(México)

15 de febrero de 2016.

Homilía en la santa misa con las comunidades indígenas de Chiapas. (México)

15 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con las familias. (México)

16 de febrero de 2016.

Homilía en la Santa Misa con sacerdotes, religiosas, religiosos, consagrados y seminaristas. (México)

16 de febrero 2016. Palabras a los niños de catecismo en la visita a la catedral de Morelia.

(México)

16 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con los jóvenes. (México)

17 de febrero de 2016.

Homilía del Santo Padre en la Santa Misa. (México)

17 de febrero de 2016.

Saludo al final de la Misa en ciudad Juárez. (México)

17 de febrero de 2016. Visita al centro de readaptación social (Cereso 3) de ciudad Juárez.

(México)

17 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo. (México)

17 de febrero de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

(México)

20 de febrero de 2016.

Audiencia jubilar. El compromiso con las personas necesitadas.

21 de febrero de 2016.

ÁNGELUS.

22 de febrero de 2016.

Homilía del Santo Padre Francisco. Jubileo de la curia romana.

24 de febrero de 2016.

Audiencia general. Misericordia y poder.

26 de febrero de 2016.

Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre la encíclica «deus caritas est» de Benedicto XVI, en el décimo aniversario de su publicación.

28 de febrero de 2016.

ÁNGELUS.

*1 de febrero de 2016. Discurso
del Santo Padre Francisco.
Jubileo de la vida consagrada.*

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Lunes.

*[Dejando a un lado el texto
preparado, Francisco les dirigió
el siguiente discurso
improvisado.]*

*Queridos hermanos y
hermanas:*

He preparado un discurso para
esta ocasión sobre los temas de
la vida consagrada y sobre tres
pilares; existen otros, pero tres

son importantes para la vida consagrada. El primero es la profecía, el otro es la proximidad y el tercero es la esperanza. Profecía, proximidad y esperanza. He entregado al cardenal prefecto el texto porque leerlo es un poco aburrido y prefiero hablar con vosotros de lo que me sale del corazón. ¿De acuerdo?

Religiosos y religiosas, es decir hombres y mujeres consagrados al servicio del Señor que ejercitan en la Iglesia este camino de una pobreza fuerte, de un amor

casto que los lleva a una paternidad y a una maternidad espiritual para toda la Iglesia, una obediencia... Pero, en esta obediencia nos falta siempre algo, porque la perfecta obediencia es la del Hijo de Dios que se ha abajado, se ha hecho hombre por obediencia hasta la muerte de Cruz. Pero hay entre vosotros hombres y mujeres que viven una obediencia fuerte, una obediencia —no militar, no, esto no; eso es disciplina, es otra cosa— una obediencia de donación del corazón. Y esto es

profecía. «Pero, ¿tú no tienes ganas de hacer esta cosa, aquella otra?...» — «Sí, pero... según las reglas debo hacer esto, esto y esto. Y según las disposiciones esto, esto y esto. Y si no veo claro algo, hablo con el superior, con la superior y, después del dialogo, obedezco». Esta es la profecía contra la semilla de la anarquía que siembra el diablo. «¿Tú que haces?» — «Yo hago lo que me gusta». La anarquía de la voluntad es hija del demonio, no es hija de Dios. El Hijo de Dios no ha sido anárquico, no

ha llamado a los suyos para hacer una fuerza de resistencia contra sus enemigos; Él también le dijo a Pilato: «Si yo fuera un rey de este mundo habría llamado a mis soldados para defenderme». Pero Él ha obedecido al Padre. Ha pedido solamente: «Padre, por favor, no, este cáliz no... Pero se haga lo que tú quieres». Cuando vosotros aceptáis por obediencia una cosa, que quizás muchas veces no os gusta... [hace el gesto de tragar] ... se debe tragar esa obediencia pero se hace. Por lo

tanto, la profecía. La profecía es decir a la gente que hay un camino de felicidad, de grandeza, un camino que llena de alegría, que es el camino de Jesús. Es el camino de estar cerca de Jesús. Es un don, es un carisma la profecía y se le debe pedir al Espíritu Santo: que yo sepa decir esa palabra, en aquel momento justo; que yo haga esa cosa en aquel momento justo, que mi vida, toda, sea una profecía.

Hombres y mujeres profetas. Y esto es muy importante. «Pero, hagamos como todo el

mundo....». No. La profecía es decir que hay algo más verdadero, más bello, más grande, más bueno al cual todos estamos llamados. Luego la otra palabra es la proximidad. Hombres y mujeres consagrados, pero no para alejarme de la gente y tener todas las comodidades, no, para acercarme y entender la vida de los cristianos y de los no cristianos, los sufrimientos y los problemas, las muchas cosas que solamente se entienden si un hombre y una mujer consagrada se hacen

próximo: en la proximidad.
«Pero, Padre, yo soy una religiosa de clausura, ¿qué debo hacer?». Pensad en Santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, que con su corazón ardiente era próxima a la gente. Proximidad. Hacerse consagrados no significa subir uno, dos, tres escalones en la sociedad. Es verdad, muchas veces escuchamos a los padres: «Sabe padre, ¡yo tengo una hija religiosa, yo tengo un hijo fraile!». Y lo dicen con orgullo. ¡Y es verdad! Es una satisfacción para los padres

tener hijos consagrados; esto es verdad. Pero para los consagrados no es un *estatus* de vida que me hace ver a los otros así [con indiferencia] La vida consagrada me debe llevar a la cercanía con la gente: cercanía física, espiritual, conocer a la gente. «Ah, sí, Padre, en mi comunidad la superiora nos ha dado el permiso de salir, ir los barrios pobres con la gente...» — «Y en tu comunidad, ¿hay religiosas ancianas?» — «Sí, sí... Esta la enfermería en el tercer piso» — «Y, ¿cuántas

veces al día tú vas a visitar a tus religiosas, las ancianas que pueden ser tu mamá o tu abuela?» — «Sabe, Padre, yo estoy muy ocupada en el trabajo y no logro ir...».

¡Proximidad! ¿Quién es el primer prójimo de un consagrado o de una consagrada? El hermano o la hermana de la comunidad. Este es vuestro primer prójimo. Es también una proximidad hermosa, buena, con amor. Yo sé que en sus comunidades jamás se murmura, jamás, jamás... Un modo de alejarse de

los hermanos y de las hermanas de la comunidad es propio este: el terrorismo de los chismorreos. Escuchad bien: no al chismorreio, al terrorismo de los chismorreos, porque quien habla mal es un terrorista. Es un terrorista dentro la propia comunidad, porque lanza como una bomba la palabra contra este, contra aquel, y luego se va tranquilo. ¡Destruye ¡Quién hace esto destruye como una bomba y él se aleja. Esto, el apóstol Santiago decía que era la virtud quizás más difícil, la

virtud humana y espiritual más difícil de tener, aquella de dominar la lengua. Si te entran ganas de decir algo contra un hermano o una hermana, lanzar una bomba de chismorreos, imuérdete la lengua! ¡Fuerte! Terrorismo en las comunidades, ino! «Pero, Padre, si hay algo, un defecto, algo que corregir — Tú se lo dices a la persona: tú tienes esta actitud que me fastidia o que no está bien. O si no es conveniente —porque a veces no es prudente— tú se lo dices a la persona que lo puede

remediar, que puede resolver el problema y a ningún otro.

¿Entendido? Los chismorreos no sirven. «Pero, ¿en el capítulo?». ¡Ahí sí! En público todo lo que sientes que debes decir, porque existe la tentación de no decir las cosas en el capítulo y luego afuera: «¿Has visto a la superiora? ¿Has visto a la abadesa? ¿Has visto al superior?...». Pero, ¿por qué no lo has dicho, ahí, en el capítulo?... ¿Es claro esto? ¡Son virtudes de proximidad! Y los santos tenían esto, y los Santos consagrados tenían esto. Santa

Teresa del Niño Jesús jamás, jamás se ha lamentado del trabajo, del fastidio que le daba esa religiosa que debía llevar al comedor, todas las tardes: de la capilla al comedor. ¡Jamás!

Porque la pobre religiosa era muy anciana, casi paralítica, caminaba mal, tenía dolores — ¡también yo la entiendo!—, era también un poco neurótica...

Jamás, jamás ha ido a otra religiosa a decir: «¡pero esta como da fastidio!» . ¿Qué es lo que hacía? La ayudaba a acomodarse, le llevaba la servilleta, le partía el pan y le

hacía una sonrisa. Esto se llama proximidad. ¡Proximidad! Si tú lanzas la bomba de un chismorreos en tu comunidad, esto no es proximidad: ¡esto es hacer la guerra! Esto es alejarte, esto es provocar distancias, provocar anarquismo en la comunidad. Y si, en este Año de la Misericordia, cada uno de vosotros lograra no hacer nunca el terrorista de chismorreos, sería un éxito para la Iglesia, ¡un éxito de grande santidad! ¡Animáos! La proximidad. Y luego la

esperanza. Y os confieso que a mí me cuesta mucho cuando veo el descenso de las vocaciones, cuando recibo a los obispos y les pregunto: «¿Cuántos seminaristas tenéis?» — «4, 5...». Cuando vosotros, en vuestras comunidades religiosas? —masculinas o femeninas— tenéis un novicio, una novicia, dos... y la comunidad envejece y envejece... Cuando hay monasterios, grandes monasterios, y el Cardenal Amigo Vallejo [se dirige a él] puede contarnos, en España,

cuántos hay, que son llevados adelante por 4 o 5 religiosas ancianas, hasta el final... Y a mí esto me provoca una tentación que va contra la esperanza: «Pero, Señor, ¿qué cosa sucede? ¿Por qué el vientre de la vida consagrada se hace tan estéril?». Algunas congregaciones hacen el experimento de la «inseminación artificial». ¿Qué es lo que hacen? Reciben...: «Sí, ven, ven, ven...». Y luego los problemas que hay ahí adentro... No. ¡Se debe recibir con seriedad! Se debe discernir

bien si esta es una verdadera vocación y ayudarla a crecer. Y creo que contra la tentación de perder la esperanza, que nos da esta esterilidad, debemos rezar más. Y rezar sin cansarnos. A mí me hace mucho bien leer ese pasaje de la escritura, en el cual Ana —la mamá de Samuel— rezaba y pedía un hijo. Rezaba y movía sus labios, y rezaba... Y el viejo sacerdote, que era un poco ciego y que no veía bien, pensaba que estaba ebria. Pero el corazón de aquella mujer [decía a Dios]: «¡Quiero un

hijo!»). Yo os pregunto a vosotros: ¿vuestros corazones, ante este descenso de las vocaciones, reza con esta intensidad? «Nuestra congregación tiene necesidad de hijos, nuestra congregación tiene necesidad de hijas...». El Señor que ha sido tan generoso no faltará a su promesa. Pero debemos pedirlo. Debemos tocar la puerta de su corazón. Porque hay un peligro —y esto es feo, pero debo decirlo—: cuando una congregación religiosa ve que no tiene hijos y nietos y comienza a ser más

pequeña y más pequeña, se
apega al dinero. Y vosotros
sabéis que el dinero es el
estiércol del diablo. Cuando no
pueden tener la gracia de tener
vocaciones e hijos, piensan que
el dinero salvará la vida y
piensan en la vejez: que no me
falte esto, que no falte este
otro... ¡Y así no hay esperanza!
¡La esperanza está solo en el
Señor! El dinero no te la dará
jamás. Al contrario: te tirará
abajo! ¿Entendido? Esto quería
deciros, en vez de leer las
notas que el Cardenal Prefecto
os dará luego...

Os agradezco mucho por todo lo que hacéis. Los consagrados —cada uno con su carisma. Y quiero subrayar las consagradas, las religiosas. ¿Qué sería de la Iglesia si no existirían las religiosas? Esto lo dije una vez: cuando tú vas al hospital, a los colegios, a las parroquias, en los barrios, en las misiones, hombres y mujeres que han dado su vida... En el último viaje en África — esto lo he contado, creo, en una audiencia— encontré a una religiosa de 83 años, italiana. Ella me dijo: «Desde que tenía

—no recuerdo si me dijo 23 o 26 años— que estoy aquí. Soy enfermera en un hospital».

Pensemos: desde los 26 años hasta los 83! «Y he escrito a los míos en Italia que no regresare jamás». Cuando tú vas a un cementerio y ves que hay muchos misioneros religiosos muertos y tantas religiosas muertas a los 40 años porque se han enfermado, estas fiebres de estos países, han dedicado sus vidas... Tú dices: ¡estos son santos! ¡Estos son semillas! Debemos decir al Señor que baje un poco sobre estos

cementerios y vea que cosa han hecho nuestros antepasados y nos dé más vocaciones, ¡porque tenemos necesidad! Os agradezco mucho por esta visita, agradezco al Cardenal Prefecto, al Mons. Secretario, a los subsecretarios por lo que habéis hecho en este Año de la Vida Consagrada. Pero, por favor, no os olvidéis de la profecía de la obediencia, de la cercanía, el prójimo más importante, el prójimo más próximo es el hermano y la hermana de la comunidad, y luego la esperanza. Que el

Señor haga nacer hijos e hijas
en vuestras congregaciones. Y
rezad por mí. Gracias.

2 de febrero de 2016. Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor. XX jornada mundial de la vida consagrada.

Martes.

Durante la homilía de la misa celebrada el 2 de febrero en la basílica vaticana con la cual se concluía el año de la vida consagrada, el Papa dijo que este tiempo «vivido con mucho entusiasmo» era un río que «confluye ahora en el mar de la misericordia, en este inmenso misterio de amor que estamos

experimentando con el Jubileo extraordinario».

Hoy ante nuestra mirada se presenta un hecho sencillo, humilde y grande: Jesús es llevado por María y José al templo de Jerusalén. Es un niño como muchos, como todos, pero es único: es el Unigénito venido para todos. Este Niño nos ha traído la misericordia y la ternura de Dios: Jesús es el rostro de la Misericordia del Padre. Es éste el ícono que el Evangelio nos ofrece al final del Año de la vida consagrada, un año vivido con mucho

entusiasmo. Este, como un río, confluye ahora en el mar de la misericordia, en este inmenso misterio de amor que estamos experimentando con el Jubileo extraordinario.

A la fiesta de hoy, sobre todo en Oriente, se la llama *fiesta del encuentro*. En efecto, en el Evangelio que ha sido proclamado, vemos diversos encuentros (cf. *Lc 2, 22-40*). En el templo *Jesús viene a nuestro encuentro y nosotros vamos a su encuentro*. Contemplamos el encuentro con el viejo Simeón, que representa la espera fiel de

Israel y el júbilo del corazón por el cumplimiento de las antiguas promesas. Admiramos también el encuentro con la anciana profetisa Ana, que, al ver al Niño, exulta de alegría y alaba a Dios. Simeón y Ana son *la espera y la profecía*, Jesús es *la novedad y el cumplimiento*: Él se nos presenta como la *perenne sorpresa de Dios*; en este Niño nacido para todos se encuentran *el pasado*, hecho de memoria y de promesa, y *el futuro*, lleno de esperanza. En esto podemos ver el inicio

de la vida consagrada. *Los consagrados y las consagradas están llamados sobre todo a ser hombres y mujeres del encuentro.* De hecho, la vocación no está motivada por un proyecto nuestro pensado «con cálculo», sino por una gracia del Señor que nos alcanza, a través de un encuentro que cambia la vida. Quien encuentra verdaderamente a Jesús no puede quedarse igual que antes. Él es la novedad que hace nuevas todas las cosas. Quien vive este encuentro se

convierte en testigo y hace posible el encuentro para los demás; y también se hace promotor de la cultura del encuentro, evitando la autorreferencialidad que nos hace permanecer encerrados en nosotros mismos.

El pasaje de la Carta a los Hebreos, que hemos escuchado, nos recuerda que el mismo Jesús, para salir a nuestro encuentro, no dudó en compartir nuestra condición humana: «Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también

participó Jesús de nuestra carne y sangre» (v. 14). Jesús no nos ha salvado «desde el exterior», no se ha quedado fuera de nuestro drama, sino que ha querido compartir nuestra vida. Los consagrados y las consagradas están llamados a ser signo concreto y profético de esta cercanía de Dios, de este compartir la condición de fragilidad, de pecado y de heridas del hombre de nuestro tiempo. Todas las formas de vida consagrada, cada una según sus características, están llamadas a estar en

permanente estado de misión, compartiendo «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (*Gaudium et spes*, 1).

El Evangelio nos dice también que «Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño» (v. 33). José y María custodian el estupor por este encuentro lleno de luz y de esperanza para todos los pueblos. Y también nosotros, como cristianos y como personas consagradas,

somos *custodios del estupor*. Un estupor que pide ser renovado siempre; cuidado con la costumbre en la vida espiritual; cuidado con cristalizar nuestros carismas en una doctrina abstracta: los carismas de los fundadores —como he dicho otras veces— no son para sellar en una botella, no son piezas de museo. Nuestros fundadores han sido movidos por el Espíritu y no han tenido miedo de ensuciarse las manos con la vida cotidiana, con los problemas de la gente, recorriendo con coraje las

periferias geográficas y existenciales. No se detuvieron ante los obstáculos y las incomprensiones de los demás, porque mantuvieron en el corazón el estupor por el encuentro con Cristo. No han domesticado la gracia del Evangelio; han tenido siempre en el corazón una sana inquietud por el Señor, un deseo vehemente de llevarlo a los demás, como han hecho María y José en el templo. También hoy nosotros estamos llamados a realizar elecciones proféticas y valientes.

Finalmente, de la fiesta de hoy aprendemos a vivir *la gratitud* por el encuentro con Jesús y por el don de la vocación a la vida consagrada. Agradecer, acción de gracias: *Eucaristía*. Qué hermoso es encontrarse el rostro feliz de personas consagradas, quizás ya de avanzada edad como Simeón o Ana, felices y llenas de gratitud por la propia vocación. Esta es una palabra que puede sintetizar todo lo que hemos vivido en este Año de la vida consagrada: gratitud por el don

del Espíritu Santo, que siempre anima a la Iglesia a través de los diversos carismas.

El Evangelio concluye con esta expresión: «El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él» (v. 40). Que el Señor Jesús pueda, por la maternal intercesión de María, crecer en nosotros, y aumentar en cada uno el deseo del encuentro, la custodia del estupor y la alegría de la gratitud. Entonces los demás serán atraídos por su luz, y

podrán encontrar la misericordia del Padre.

Al concluir la eucaristía, el Papa salió a la plaza de San Pedro para dirigir unas palabras de forma improvisada a los fieles que habían seguido desde allí la celebración.

Queridos hermanos y hermanas consagrados, ¡muchas gracias! Habéis participado en la Eucaristía con un poco de fresco. ¡Pero el corazón arde! Gracias por terminar así, todos juntos, este Año de la vida

consagrada. ¡Sigán hacia adelante! Cada uno de nosotros tiene un sitio, un trabajo en la Iglesia. Por favor, no os olvidéis de la primera vocación, la primera llamada. ¡Haced memoria! Con ese amor con el que fuisteis llamados, hoy el Señor os sigue llamando. Que no disminuya, que no disminuya esa belleza del estupor de la primera llamada. Después, continuad trabajando. ¡Es bonito! Continúad. Siempre hay algo que hacer. Lo principal es rezar. El «meollo» de la vida consagrada es la oración:

irezad! Y así envejeceréis,
envejeceréis como el buen
vino.

Os digo una cosa. A mí me gusta mucho encontrar a los religiosos o religiosas ancianos, pero con los ojos brillantes porque tienen el fuego de la vida espiritual encendido. No se apagó, no se apagó ese fuego. Seguid hacia adelante hoy, cada día, y continuad trabajando y mirando el mañana con esperanza, pidiendo siempre al Señor que nos envíe nuevas vocaciones, así nuestra obra de

consagración podrá seguir adelante. La memoria: no os olvidéis de la primera llamada! El trabajo de todos los días, y después la esperanza de ir hacia adelante y sembrar bien. Que los otros que vienen detrás de nosotros puedan recibir la herencia que nosotros les dejaremos.

Ahora rezamos a la Virgen. Ave María... [Bendición]

Buena tarde y ¡rezad por mí!

*3 de febrero de 2016.
Audiencia general. La
misericordia infinita como
justicia perfecta.*

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, buenos días,*
La Sagrada Escritura nos
presenta a Dios como
misericordia infinita, pero
también como justicia perfecta.
¿Cómo conciliar las dos cosas?
¿Cómo se articula la realidad
de la misericordia con las
exigencias de la justicia? Podría

parecer que son dos realidades que se contradicen; en realidad no es así, porque es precisamente la misericordia de Dios que lleva a cumplimiento la verdadera justicia. ¿Pero de qué justicia se trata?

Si pensamos en la administración legal de la justicia, vemos que ahí quien se considera víctima de un abuso se dirige al juicio en el tribunal y pide que se haga justicia. Se trata de una justicia retributiva, que inflige una pena al culpable, según el principio de que a cada uno se

le debe dar lo que le es debido. Como dice el libro de los Proverbios: «Quien obra rectamente va derecho a la vida. Quien va tras la maldad camina hacia la muerte» (Pr 11, 19). También Jesús habla de ello en la parábola de la viuda que iba continuamente con el juez y le pedía: «Hazme justicia frente a mi adversario» (Lc 18, 3).

Este camino, sin embargo lleva aún a la verdadera justicia porque en realidad no vence al mal, sino que simplemente lo contiene. En cambio, sólo

respondiendo a ello con el bien, es como el mal puede ser realmente vencido.

He aquí, entonces, otro modo de hacer justicia, que la Biblia nos presenta como camino principal para recorrer. Se trata de un procedimiento que evita el recurso al tribunal y prevé que la víctima se dirija directamente al culpable para invitarlo a la conversión, ayudando a entender que está haciendo el mal, apelando a su conciencia. De este modo, finalmente arrepentido y reconociendo el propio error, él

puede abrirse al perdón que la parte ofendida le está ofreciendo. Y esto es bello: en seguida después de la persuasión de lo que está mal, el corazón se abre al perdón, que se le ofrece. Es este el modo de resolver los contrastes dentro de las familias, en las relaciones entre esposos o entre padres e hijos, donde el ofendido ama al culpable y quiere salvar la relación que lo une a otro. No cortéis esa conexión, esa relación.

Ciertamente, este es un camino difícil. Requiere que quien ha

sufrido el mal esté pronto a perdonar y desear la salvación y el bien de quien lo ha ofendido. Pero sólo así la justicia puede triunfar, porque si el culpable reconoce el mal hecho, y deja de hacerlo, he aquí que el mal no existe más, y el que era injusto llega a ser justo, porque es perdonado y ayudado a volver a encontrar el camino del bien. Y aquí tiene que ver precisamente el perdón, la misericordia. Es así que Dios actúa en relación a nosotros pecadores. El Señor continuamente nos

ofrece su perdón y nos ayuda a acogerlo y a tomar conciencia de nuestro mal para podernos liberar de él. Porque Dios no quiere la condenación de nadie. Alguno de vosotros podría hacerme la pregunta: «Pero Padre, ¿Pilato merecía la condena? ¿Dios la quería? No, Dios quería salvar a Pilato y también a Judas, a todos. Él, el Señor de la misericordia quiere salvar a todos. El problema está en dejar que Él entre en el corazón. Todas las palabras de los profetas son una llamamiento de un completo

amor que busca nuestra conversión. He aquí lo que el Señor dice a través del profeta Ezequiel: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado [...] y no que se convierte de su condena y viva? (Ez 18, 23; cf. 33, 11), es lo que le gusta a Dios.

Y este es el corazón de Dios, un corazón de Padre que ama y quiere que sus hijos vivan en el bien y la justicia, y por ello vivan en plenitud y sean felices. Un corazón de Padre que va más allá de nuestro pequeño concepto de justicia para abrirnos los horizontes

inconmensurables de su misericordia. Un corazón de Padre que no nos trata según nuestros pecados y no nos paga según nuestras culpas, como dice el Salmo (Sal 103, 9-10). Y precisamente es un corazón de padre el que nosotros queremos encontrar cuando vamos al confesonario. Quizá nos dirá algo para hacernos entender mejor el mal, pero en el confesonario todos vamos para encontrar un padre que nos ayuda a cambiar de vida; un padre que nos da la fuerza para seguir adelante; un padre

que nos perdona en el nombre de Dios. Y por esto ser confesores es una responsabilidad muy grande, porque ese hijo, esa hija que viene a ti busca solamente encontrar un padre. Y tu, sacerdote, que estás ahí en el confesonario, tú estás ahí en el lugar del Padre que hace justicia con su misericordia.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor

Jesús, rostro misericordioso del Padre, nos conceda, con su fuerza salvadora, acoger el perdón divino y aprender a perdonar a nuestros hermanos. Muchas gracias.

*6 de febrero de 2016. Discurso
del Santo Padre Francisco.
Jubileo de los grupos de oración
del padre Pío.*

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Sábado.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Os doy mi bienvenida —veo
que sois muy numerosos— y
agradezco a monseñor Castoro
por las palabras que me ha
dirigido.

Dirijo un saludo a todos los que

habéis venido de diferentes países y regiones, unidos por el afecto y agradecimiento a san Pío de Pietrelcina. Le estáis muy agradecidos, porque os ayudó a descubrir el tesoro de la vida, que es el amor de Dios, y a experimentar la belleza del perdón y de la misericordia del Señor. Y esto es una ciencia que tenemos que aprender todos los días, porque es hermoso: la belleza del perdón y de la misericordia del Señor. Podemos decir que el padre Pío fue un *servidor de la misericordia*. Lo fue a tiempo

completo, practicando, a veces hasta el agotamiento, «el apostolado de la escucha».

Se convirtió, a través del ministerio de la confesión, en una caricia viviente del Padre, que sana las heridas del pecado y refresca el corazón con la paz. San Pío nunca se cansó de acoger a las personas y de escucharlas, de dedicar tiempo y fuerzas para difundir el perfume del perdón del Señor. Podía hacerlo porque estaba siempre unido a la fuente: se aferraba continuamente a Jesús Crucificado, y así se convertía

en canal de misericordia.
Ha llevado en el corazón a tantas personas y tantos sufrimientos, uniendo todo al amor de Cristo que se ha entregado «hasta el extremo» (*Jn 13, 1*). Ha vivido el gran misterio del dolor ofrecido por amor.

De este modo su pequeña gota se convirtió en un gran río de misericordia, que ha regado muchos corazones desiertos y ha creado oasis de vida en muchas partes del mundo. Pienso en los grupos de oración, que san Pío ha definido

«viveros de fe, hogares de amor»; no sólo centros de encuentro para estar bien, con los amigos y consolarse un poco», sino *hogares de amor divino*. ¡Esto son los grupos de oración!

La oración, de hecho, es una auténtica *misión*, que trae el fuego del amor a toda la humanidad. Padre Pío dijo que la oración es «una fuerza que mueve el mundo». ¡La oración es una fuerza que mueve el mundo! Sin embargo, ¿creemos en esto? Es así. ¡Haced la prueba! Esta —añadió—

«expande la sonrisa y la bendición de Dios en cada languidez y debilidad» (2ª Conferencia Internacional de los grupos de oración 5 de mayo de 1966).

La oración, entonces, no es una buena práctica para poner un poco de paz en el corazón, ni tampoco un medio devoto para obtener de Dios lo que nos hace falta. Si fuese así, sería movida por un egoísmo sutil: yo rezo para estar bien, como tomarse una aspirina. No es así: «Yo rezo para obtener esto». Esto es un negocio, no

es así, la oración es otra cosa.
Es otra cosa.

La oración, por el contrario, es una *obra de misericordia espiritual*, que quiere llevar todo al corazón de Dios.

«Tómalo Tú, que eres Padre», sería así, por decirlo de forma simple. La oración es decir: «Tómalo Tú, que eres Padre», es simple. Esta es la relación con el Padre.

La oración es así. Es un don de fe y de amor, una intercesión que se necesita como el pan. En una palabra, significa *encomendar*: encomendar la

Iglesia, a las personas, las situaciones, al Padre —«yo te encomiendo esto»— para que las cuide. Para esto la oración, como le gustaba decir al Padre Pío, es «la mejor arma que tenemos, una llave que abre el corazón de Dios. Una llave que abre el corazón de Dios: es una llave fácil. El corazón de Dios no está «blindado» como muchos medios de seguridad. Tú puedes abrirlo con una llave común, con la oración. Porque tiene un corazón de amor, un corazón de padre. Es la fuerza más grande de la Iglesia, que

no debemos dejar nunca, porque la Iglesia da fruto si hace como la Virgen y los Apóstoles», que «perseveraban unánimes en la oración» (Hch 1, 14) cuando esperaban el Espíritu Santo.

Perseverantes y unánimes en la oración.

De lo contrario se corre el riesgo de apoyarse en otras cosas: en los medios, el dinero, el poder; después la evangelización desaparece y la alegría se apaga y el corazón se vuelve aburrido. ¿Vosotros tenéis un corazón aburrido? [La

gente: ¡No!]. ¿Queréis tener un corazón alegre? [¡Sí!]. ¡Rezad! Esta es la receta.

Al tiempo que os agradezco por vuestro compromiso, os animo a que los grupos de oración sean «centrales de misericordia»: centrales siempre abiertas y activas, que con el poder humilde de la oración provean de la luz de Dios al mundo y la energía del amor a la Iglesia.

Padre Pío, que se definía solo «un pobre fraile que reza», escribió que la oración es «el apostolado más alto que un

alma pueda ejercer en la Iglesia de Dios» (*Epistolario* II, 70). ¡Sed siempre apóstoles alegres de la oración! La oración hace milagros. El apostolado de la oración hace milagros.

Al lado de la obra de *misericordia espiritual* de los grupos de oración, san Pío quiso una extraordinaria *obra de misericordia corporal*: la «Casa Alivio del Sufrimiento», inaugurada hace 60 años. Él deseaba que no fuera solo un excelente hospital, sino un templo de ciencia y de

oración». En efecto, «se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta.

Necesitan humanidad.

Necesitan atención cordial»

(Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, 31). Es muy

importante esto: tratar la enfermedad, pero sobre todo cuidar del enfermo. Son dos cosas diferentes, y las dos importantes: tratar la enfermedad y cuidar del enfermo.

Puede suceder que, mientras se

medican las heridas del cuerpo se agraven las heridas del alma, que son más lentas y a menudo difíciles de sanar. También los moribundos, a veces aparentemente inconscientes, participan en la oración hecha con fe cercana a ellos, y se confían en Dios, en su misericordia. Recuerdo la muerte de un amigo sacerdote amigo. Él era un apóstol, un hombre de Dios. Estaba en coma desde hacía mucho tiempo, mucho tiempo... Los médicos decían: «No sabemos cómo aún es capaz de

respirar». Llegó otro amigo sacerdote, se acercó a él y le habló. Se escuchaba «Déjate llevar por el Señor. Déjate llevar hacia adelante. Ten confianza, encomiéndate al Señor». Y con estas palabras, se dejó ir en paz.

Muchas personas necesitan, muchos enfermos, que se les diga palabras, que se les de caricias, que les den fuerza para llevar a la enfermedad o ir al encuentro del Señor. Ellos necesitan que se les ayude a confiar en el Señor.

Estoy muy agradecido a

vosotros y a cuantos servís a los enfermos con competencia, amor y fe viva. Pidamos la gracia de reconocer la presencia de Cristo en los enfermos y en quienes sufren; como repetía Padre Pío, «el enfermo es Jesús». El enfermo es Jesús. Es la carne de Cristo. También me gustaría extender un saludo especial a los fieles de la Arquidiócesis de Manfredonia-Vieste-San Giovanni Rotondo. San Juan Pablo ii dijo que «quien acudía a San Giovanni Rotondo para participar en su misa, para

pedirle consejo o confesarse, descubriría en él una imagen viva de Cristo doliente y resucitado. En el rostro del padre Pío resplandecía la luz de la resurrección». (Homilía para la beatificación del padre Pío de Pietrelcina, 2 de mayo de 1999: *Enseñanzas XXII*, 1 [1999], 862). Que cualquiera que se acerca a vuestra hermosa tierra —yo quiero ir allí!— también puede encontrar en vosotros iun reflejo de la luz del Cielo! Muchas gracias, y os pido que por favor recéis por mí. Gracias.

Todos juntos rezamos,
llamamos a la puerta del
corazón de Dios que es Padre
de la Misericordia: *Padre
nuestro...*

Y nosotros no somos una
Iglesia huérfana: tenemos una
madre. Rezamos a nuestra
madre, rezamos a nuestra
madre. *Ave María...*

7 de febrero de 2016.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo cuenta —en la redacción de san Lucas— la llamada de los primeros discípulos de Jesús (Lc 5, 1-11). El hecho tiene lugar en un contexto de vida cotidiana: hay algunos pescadores sobre la orilla del mar de Galilea, los cuales, después de una noche de

trabajo sin pescar nada, están lavando y organizando las redes. Jesús sube a la barca de uno de ellos, la de Simón, llamado Pedro, le pide separarse un poco de la orilla y se pone a predicar la Palabra de Dios a la gente que se había reunido en gran número. Cuando terminó de hablar, le dice a Pedro que se adentre en el mar para echar las redes. Simón ya había conocido a Jesús y había experimentado el poder prodigioso de su palabra, por lo que le contestó: «Maestro, hemos estado

bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes» (*Lc 5, 5*). Y su fe no se ve decepcionada: de hecho, las redes se llenaron de tal cantidad de peces que casi se rompían (cf. *Lc 5, 6*).

Frente a este evento extraordinario, los pescadores se asombraron. Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador» (*Lc 5, 8*). Ese signo prodigioso le convenció de que Jesús no es sólo un maestro formidable,

cuya palabra es verdadera y poderosa, sino que *Él es el Señor*, es la manifestación de Dios. Y esta cercana presencia despierta en Pedro un fuerte sentido de la propia mezquindad e indignidad. Desde un punto de vista humano, piensa que debe haber distancia entre el pecador y el Santo. En verdad, precisamente su condición de pecador requiere que el Señor no se aleje de él, de la misma forma en la que un médico no se puede alejar de quien está enfermo.

La respuesta de Jesús a Simón Pedro es tranquilizadora y decidida: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 10). Y de nuevo el pescador de Galilea, poniendo su confianza en esta palabra, deja todo y sigue a Aquel que se ha convertido en su Maestro y Señor. Y así hicieron también Santiago y Juan, compañeros de trabajo de Simón. Esta es la lógica que guía la misión de Jesús y la misión de la Iglesia: ir a buscar, «pescar» a los hombres y las mujeres, no para hacer

proselitismo, sino para restituir a todos la plena dignidad y libertad, mediante el perdón de los pecados. Esto es lo esencial del cristianismo: difundir el amor regenerante y gratuito de Dios, con actitud de acogida y de misericordia hacia todos, para que cada uno puede encontrar la ternura de Dios y tener plenitud de vida. Y aquí, especialmente, pienso en los confesores: son los primeros que tienen que dar la misericordia del Padre siguiendo el ejemplo de Jesús., como han hecho los dos frailes

santos, padre Leopoldo y padre Pío.

El Evangelio de hoy nos interpela: ¿sabemos fiarnos verdaderamente de la palabra del Señor? ¿O nos dejamos desanimar por nuestros fracasos? En este Año Santo de la Misericordia estamos llamados a confortar a cuantos se sienten pecadores e indignos frente al Señor y abatidos por los propios errores, diciéndoles las mismas palabras de Jesús: «No temas». Es más grande la misericordia del Padre que tus pecados. ¡Es más grande, no

temas! Que la Virgen María nos ayude a comprender cada vez más que ser discípulos significa poner nuestros pies en las huellas dejadas por el Maestro: son las huellas de la gracia divina que regenera vida para todos.

LLAMAMIENTO

Sigo con viva preocupación la dramática situación de la población civil afectada por los violentos combates en la amada Siria y obligada a abandonar todo para huir de los horrores de la guerra.

Deseo que, con generosa solidaridad, se dé la ayuda necesaria para asegurar su supervivencia y dignidad, mientras hago un llamamiento a la comunidad internacional para que no ahorre ningún esfuerzo para llevar con urgencia a la mesa de negociación a las partes implicadas. Sólo una solución política del conflicto será capaz de garantizar un futuro de reconciliación y de paz a ese querido y martirizado país, por el que os invito a rezar mucho; y también ahora, todos juntos,

rezamos a la Virgen por la amada Siria: Dios te Salve María...

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Italia, se celebra la *Jornada por la Vida*, sobre el tema «La misericordia hace florecer la vida». Me uno a los obispos italianos para desear por parte de varios sujetos institucionales, educativos y sociales un renovado compromiso a favor de la vida humana desde la concepción hasta su natural ocaso. Nuestra

sociedad debe ser ayudada a sanar de todos los atentados contra la vida, mediante un cambio interior, que se manifiesta también a través de las obras de misericordia.

Saludo y animo a los profesores universitarios de Roma y a cuantos están comprometidos en testimoniar la cultura de la vida.

Mañana se celebra la *Jornada de oración y reflexión contra la trata de personas*, que ofrece a todos la oportunidad de ayudar a los nuevos esclavos de hoy a romper las pesadas cadenas de

la explotación para reappropriarse de su libertad y dignidad. ¡Pienso especialmente en muchas mujeres y hombres, y en tantos niños! Es necesario hacer todo lo posible para acabar con este crimen, y esta vergüenza intolerable.

Y mañana, en el Extremo Oriente y en varias partes del mundo, millones de hombres y mujeres celebran el nuevo año lunar. A todos les deseo que experimenten serenidad y paz en el seno de sus familias, que constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten

los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro. Que el nuevo año pueda llevar frutos de compasión, misericordia y solidaridad. Y a estos hermanos y hermanas nuestras de Extremo Oriente que mañana celebrarán el año lunar, les saludamos con un aplauso desde aquí.

Saludo a todos los peregrinos, a los grupos parroquiales y a las asociaciones procedentes de Italia, España, Portugal, Ecuador, Eslovaquia y otros

países. ¡Son muchos para enumerarlos todos! Cito sólo a los jóvenes de conformación de la diócesis de Treviso, Padua, Cuneo, Lodi, Como y Crotone. Y saludo a la comunidad sacerdotal del Colegio mexicano de Roma, con otros mexicanos: gracias por vuestro compromiso de acompañar con la oración el viaje apostólico en México que realizaré dentro de pocos días y también el encuentro que tendré en La Habana con mi querido hermano Kirill.

A todos os deseo un feliz

domingo. Por favor, no os
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y hasta pronto!

9 de febrero de 2016. Homilía en la Santa Misa con los frailes capuchinos.

Martes.

En la liturgia de la Palabra de hoy encontramos dos actitudes. Una actitud de grandeza delante de Dios, que se expresa en la humildad del rey Salomón; y otra actitud, de mezquindad, que es descrita por el mismo Jesús: como hacían los doctores de la ley, para los que todo era preciso, y que dejaban aparte la ley para

observar sus pequeñas tradiciones.

Vuestra tradición de capuchinos es una tradición de perdón, de dar el perdón. Entre vosotros hay muchos buenos confesores: porque se sienten pecadores, como nuestro fray Cristóbal.

Saben que son grandes pecadores y delante de la grandeza de Dios continuamente rezan:

«Escucha Señor y perdona» (cf. 1 Re 8, 30). Y porque saben rezar así, saben perdonar. En cambio cuando alguien se olvida de la necesidad que

tiene de perdón, lentamente se olvida de Dios, se olvida de pedir perdón y no sabe perdonar. El humilde, quien se siente pecador, es un gran perdonador en el confesonario. Los otros, como estos doctores de la ley que se sienten «los puros», los maestros, solamente saben condenar. Os hablo como hermano, y en vosotros querría hablarle a todos los confesores, especialmente en este Año de la Misericordia: el confesonario es para perdonar. Y si tú no puedes dar la absolución —

hago esta hipótesis— por favor no «varees». La persona que viene, viene a buscar consuelo, perdón y paz en su alma; que encuentre a un padre que lo abraza, que le dice: «Dios te quiere mucho» y que se lo haga sentir! Me disgusta decirlo, pero cuánta gente — creo que la mayoría de nosotros lo hemos oído— dice: «No voy más a confesarme porque una vez me hicieron estas preguntas, me hicieron esto...». Por favor...

Pero vosotros capuchinos tenéis este don especial del Señor:

perdonar. Y os pido: ¡no os canséis de perdonar! Me acuerdo de uno que conocí en mi otra diócesis, un hombre de gobierno, que después, acabado su tiempo de gobierno como guardián y provincial, a los 70 años fue enviado a un santuario a confesar. Este hombre tenía una fila de gente, todos, todos: sacerdotes, fieles, ricos, pobres, ¡todos! Un gran perdonador. Siempre encontraba el modo de perdonar o al menos de dejar esa alma en paz con un abrazo. Y una vez lo encontré y me

dijo: «Escúchame, tú que eres obispo, tú puedes decírmelo: yo creo que pecco porque perdono mucho y me viene este escrúpulo...» — «¿Y por qué?» — «No sé, pero siempre encuentro cómo perdonar...» — «¿Y qué haces cuando te sientes así?» — «Voy a la capilla delante del tabernáculo y le digo al Señor: Discúlpame Señor, perdóname, creo que hoy he perdonado demasiado. Pero Señor, ¡has sido Tú quien me ha dado el mal ejemplo!». Sed hombres de perdón, de reconciliación y de paz.

Hay muchos lenguajes en la vida: el lenguaje de la palabra, pero también el lenguaje de los gestos. Si una persona se acerca a mí, al confesonario, es porque siente algo que le pesa, que quiere quitarse. Quizás no sabe cómo decirlo, pero el gesto es este. Si esta persona se acerca es porque quiere cambiar, y lo dice con el gesto de acercarse. No es necesario hacer preguntas: «¿Pero tú, tú...?». Y si una persona viene es porque en su alma quisiera no hacerlo más. Pero muchas veces no pueden, porque están

condicionados por su psicología,
por su vida y su situación...

«*Ad impossibilia nemo tenetur*».

Corazón amplio... El perdón...

El perdón es una semilla, es
una caricia de Dios. Tened
confianza en el perdón de Dios.

¡No caed en el pelagianismo!

«Tú tienes que hacer esto,
esto, esto....». Vosotros tenéis
ese carisma de confesores. Hay
que retomarlo y renovarlo
siempre. Y sed grandes
perdonadores, porque quien no
sabe perdonar termina como
estos doctores del Evangelio:
es una gran condenador, que

siempre acusa... ¿Y quién es el gran acusador en la Biblia? ¡El diablo! O haces el oficio de Jesús, que perdona dando la vida, y la oración, tantas horas allí sentado, como [san Leopoldo y san Pío]; o haces el oficio del diablo que condena y acusa... No sé, no logro deciros otra cosa. En vosotros, se lo digo a todos, a todos los sacerdotes que van a confesar. Si no os sentís capaces, sed humildes y decid: «No, no, yo celebro la Misa, limpio el suelo, pero no confieso porque no sé hacerlo bien». Y pedid al Señor

la gracia, la gracia que pido
para cada uno de vosotros,
para todos vosotros, para todos
los confesores y también para
mí.

*9 de febrero de 2016. Discurso
del Santo Padre Francisco.
Encuentro con los misioneros
de la misericordia.*

Martes.

*Queridos hermanos sacerdotes,
¡buenas tardes!*

Os encuentro con gran placer
antes de daros el mandato de
ser misioneros de la
Misericordia. Este es un signo
de especial importancia porque
caracteriza el Jubileo y permite
que todas las Iglesias locales
vivan el misterio insondable de

la misericordia del Padre. Ser misionero de la Misericordia es una responsabilidad que se os confía porque requiere de vosotros que seáis en primera persona testigos de la cercanía de Dios y de su forma de amar. No a nuestra modo, siempre limitado y, a veces contradictorio, sino a su manera de amar y a su manera de perdonar que es, precisamente, la misericordia. Me gustaría ofrecer algunas breves reflexiones, para que el mandato que recibiréis pueda llevarse a cabo de manera

coherente y como una ayuda concreta para las muchas personas que se acercarán a vosotros.

Antes de nada deseo recordaros que en este ministerio estáis llamados a expresar la maternidad de la Iglesia. La Iglesia es Madre porque siempre genera nuevos hijos en la fe; la Iglesia es Madre porque nutre la fe; y la Iglesia es Madre también porque ofrece el perdón de Dios, regenerando a una nueva vida, fruto de la conversión. No podemos correr el riesgo de

que un penitente no perciba la presencia materna de la Iglesia que lo acoge y lo ama. Si faltara esta percepción, debido a nuestra rigidez, sería un daño grave en primer lugar para la fe misma, porque impediría al penitente considerarse incluido en el Cuerpo de Cristo.

Además, limitaría mucho su sentirse parte de una comunidad. En cambio, nosotros estamos llamados a ser expresión viva de la Iglesia que, como Madre, acoge a quien se acerque a ella, sabiendo que a través de ella

es incluido en Cristo. Al entrar en el confesonario, recordemos siempre que es Cristo quien acoge, es Cristo quien escucha, es Cristo quien perdona, es Cristo quien da paz. Nosotros somos sus ministros, y siempre necesitamos ser perdonados por Él primero. Por lo tanto, sea cual sea el pecado que se confiese — o que la persona no se atreve a decir pero con que lo dé a entender es suficiente— cada misionero está llamado a recordar la propia existencia de pecador y a ofrecerse humildemente como «canal» de

la misericordia de Dios. Y, os confieso fraternalmente que para mí es una fuente de alegría la confesión del 21 de septiembre del 53, que reorientó mi vida. ¿Qué me dijo el sacerdote? No lo recuerdo. Recuerdo una sonrisa, y luego no sé qué pasó. Pero es acoger como padre...

Otro aspecto importante es saber ver el deseo de perdón presente en el corazón del penitente. Es un deseo fruto de la gracia y de su acción en la vida de las personas, que permite sentir la nostalgia de

Dios, de su amor y de su casa. No nos olvidemos de que es precisamente este deseo el que se encuentra en el inicio de la conversión. El corazón se dirige a Dios reconociendo el mal realizado, pero con la esperanza de obtener el perdón. Y este deseo se refuerza cuando se decide en el corazón cambiar de vida y no querer pecar más. Es el momento en que uno se confía a la misericordia de Dios, y se tiene plena confianza en que nos entienda, nos perdone y nos sostenga. Concedamos

gran espacio a este deseo de Dios y de su perdón; hagamos que emerja como una verdadera expresión de la gracia del Espíritu que mueve a la conversión del corazón. Y aquí recomiendo entender no sólo el lenguaje de la palabra, sino también el de los gestos. Si alguien viene a confesarse es porque siente que hay algo que debería quitarse pero que tal vez no logra decirlo, pero tú comprendes.. y está bien, lo dice así, con el gesto de venir. Primera condición. Segunda, estar arrepentido. Si alguien

viene a ti es porque querría no caer en estas situaciones, pero no se atreve a decirlo, tiene miedo de decirlo y después no puedo hacerlo. Pero si no puede hacerlo, *ad impossibilia nemo tenetur*. Y el Señor entiende estas cosas, el lenguaje de los gestos. Los brazos abiertos, para entender lo que está en el corazón que no puede ser dicho o dicho así ... un poco es la vergüenza... me entendéis. Vosotros recibís a todos con el lenguaje con el que pueden hablar. Quisiera, por último, recordar

un elemento del que no se habla mucho, pero que es, por el contrario, determinante: la vergüenza. No es fácil ponerse frente a otro hombre, incluso sabiendo que representa a Dios, y confesar el propio pecado. Se siente vergüenza tanto por lo que se ha cometido, como por tener que confesarlo a otro. La vergüenza es un sentimiento íntimo que incide en la vida personal y que exige por parte del confesor una actitud de respeto y de ánimo. Muchas veces la vergüenza te deja mudo y.... El

gesto, el lenguaje del gesto. Desde las primeras páginas, la Biblia habla de la vergüenza. Después del pecado de Adán y Eva, el autor sagrado observa de inmediato: «Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron» (Gen 3, 7). La primera reacción de esta vergüenza es la de esconderse delante de Dios (cf. *Gén* 3, 8-10).

Hay otro pasaje del Génesis que me llama la atención, y es la historia del arca de Noé.

Todo lo conocemos, pero rara vez se recuerda el episodio en el que él se emborrachó. Noé en la Biblia se considera un hombre justo; sin embargo, no está exento de pecado: su estar ebrio nos hace darnos cuenta de lo mucho que él también era débil, hasta el punto de menoscabar su dignidad, que la Escritura expresa con la imagen de la desnudez. Dos de sus hijos, sin embargo, toman el manto y lo cubren para restituirle la dignidad de padre (cf. *Gén 9, 18-23*).

Este pasaje me hace decir lo

importante que es nuestro papel en la confesión. Frente a nosotros hay una persona «desnuda», con su debilidad y sus límites, con la vergüenza de ser un pecador, y muchas veces sin lograr decirlo. No lo olvidemos: frente a nosotros no hay pecado, sino el pecador arrepentido, el pecador que quisiera no ser así, pero no puede. Una persona que siente el deseo de ser acogida y perdonada. Un pecador que promete que ya no quiere alejarse de la casa del Padre y que, con las pocas fuerzas que

le quedan, quiere hacer de todo para vivir como hijo de Dios. Por lo tanto, no estamos llamados a juzgar, con un sentimiento de superioridad, como si nosotros fuésemos inmunes al pecado; al contrario, estamos llamados a actuar como Sem y Jafet, los hijos de Noé, que tomaron una manta para salvaguardar al propio padre de la vergüenza. Ser confesor, según el corazón de Cristo, equivale a cubrir al pecador con la manta de la misericordia, para que ya no se avergüence y para que pueda

recobrar la alegría de su dignidad filial y pueda saber dónde se encuentra.

No es, pues, con el mazo del juicio que lograremos llevar a la oveja perdida al redil sino con la santidad de vida que es principio de renovación y de reforma en la Iglesia. La santidad se nutre de amor y sabe llevar sobre sí el peso de los más débiles. Un misionero de la misericordia lleva siempre sobre sus hombros al pecador, y lo consuela con la fuerza de la compasión. Y el pecador que va allí, la persona que va allí,

encuentra a un padre. Vosotros habéis escuchado, yo también he oído, a mucha gente que dice: «No, yo no voy más, porque fui una vez y el cura me vareó, me regañó mucho, o fui y me hizo preguntas un poco oscuras, de curiosidad». Por favor, esto no es el buen pastor, este es el juez que cree que tal vez no ha pecado, o es el pobre enfermo que fisgonea con preguntas. A mí me gusta decirle a los confesores: si no se la acoge con el corazón de padre, no vayas al confesonario, mejor haz otra

cosa. Porque se puede hacer mucho daño, mucho mal, a un alma si no se cumple con el corazón de un padre, con el corazón de la Madre Iglesia. Hace unos meses hablando con un sabio cardenal de la curia romana sobre las preguntas que algunos sacerdotes hacen en la confesión, él me dijo: «Cuando una persona comienza y veo que quiere tirar algo fuera, y me doy cuenta, le digo: ¡Comprendo!, ¡Esté tranquilo! ". Y hacia adelante. Esto es un padre. Os acompaño en esta aventura

misionera, dándoos como ejemplo dos santos ministros del perdón de Dios, san Leopoldo y san Pío —ahí entre los italianos hay un capuchino que se parece mucho a san Leopoldo: pequeña, con barba...—, junto a muchos otros sacerdotes que en su vida han sido testigos de la misericordia de Dios. Ellos os ayudarán. Cuando sintáis el peso de los pecados que os confiesan, y la limitación de vuestra persona y de vuestras palabras, confiad en la fuerza de la misericordia que sale al

encuentro de todos como amor y que no conoce fronteras. Y decid como muchos santos confesores: «Señor, yo perdono, ponlo en mi cuenta». Que os ayude la Madre de la Misericordia y os proteja en este servicio así de precioso. Que os acompañe mi bendición; y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

10 de febrero de 2016. Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza. Envío de los misioneros de la misericordia.

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Miércoles de Ceniza.

La Palabra de Dios, al inicio del camino cuaresmal, dirige a la Iglesia y a cada uno de nosotros dos invitaciones.

La primera es la invitación de san Pablo: «*Dejaos reconciliar*

con Dios» (2 Cor 5, 20). No es simplemente un buen consejo paterno y tampoco sólo una sugerencia. Es una auténtica súplica en nombre de Cristo: «Os suplicamos en nombre de Cristo: dejaos reconciliar con Dios» (*ibíd.*). ¿Por qué un llamamiento tan solemne y sentido? Porque Cristo sabe cuán frágiles y pecadores somos, conoce la debilidad de nuestro corazón; lo ve herido por el mal que hemos cometido y sufrido; sabe cuánto necesitamos el perdón, sabe que necesitamos sentirnos

amados para realizar el bien. Nosotros solos no podemos hacerlo: por ello el Apóstol no nos dice que *hagamos algo*, sino que *nos dejemos* reconciliar por Dios, que le permitamos perdonarnos, con confianza, porque «Dios es más grande que nuestro corazón» (1 Jn 3, 20). Él derrota el pecado y nos levanta de la miseria, si se las entregamos. Nos corresponde a nosotros reconocernos *necesitados de misericordia*: es el primer paso del camino cristiano. Se trata

de entrar a través de la puerta abierta que es Cristo, donde nos espera Él mismo, el Salvador, y nos ofrece una vida nueva y gozosa.

Puede haber algunos obstáculos que cierran las puertas del corazón. Está la tentación de *blindar las puertas*, o sea de convivir con el propio pecado, minimizándolo, justificándose siempre, pensando que no somos peores que los demás. Así, sin embargo, se bloquean las cerraduras del alma y quedamos encerrados dentro, prisioneros del mal. Otro

obstáculo es la *vergüenza de abrir la puerta* secreta del corazón. La vergüenza, en realidad, es un buen síntoma, porque indica que queremos tomar distancia del mal; pero nunca debe transformarse en temor o en miedo. Y hay una tercera insidia: la de *alejarnos de la puerta*. Esto sucede cuando nos escondemos en nuestras miserias, cuando hurgamos continuamente, relacionando entre sí las cosas negativas, hasta llegar a sumergirnos en los sótanos más oscuros del alma. De este

modo llegamos a convertirnos incluso en familiares de la tristeza que no queremos, nos desanimamos y somos más débiles ante las tentaciones. Esto sucede porque permanecemos solos con nosotros mismos, encerrándonos y escapando de la luz. Y sólo la gracia del Señor nos libera. Dejémonos, entonces, reconciliar, escuchemos a Jesús que dice a quién está cansado y oprimido «venid a mí» (*Mt 11, 28*). No permanecer en uno mismo, sino ir a Él. Allí hay descanso y

paz.

En esta celebración están presentes los *Misioneros de la Misericordia*, para recibir el mandato de ser signos e instrumentos del perdón de Dios. Queridos hermanos, que podáis ayudar a abrir las puertas del corazón, a superar la vergüenza, a no huir de la luz. Que vuestras manos bendigan y vuelvan a levantar a los hermanos y a las hermanas con paternidad; que a través de vosotros la mirada y las manos del Padre se posen sobre los hijos y curen sus

heridas.

Hay una segunda invitación de Dios, que, por medio del profeta Joel, dice: «*Volved a mí con todo el corazón*» (Jl 2, 12). Si hay necesidad de volver es porque nos hemos alejado. Es el misterio del pecado: nos hemos alejado *de Dios, de los demás, de nosotros mismos*. No es difícil darse cuenta de ello: todos sabemos cuánto nos cuesta tener verdadera confianza en Dios, confiar en Él como Padre, sin miedo; cuán difícil es amar a los demás, sin llegar a pensar mal de ellos;

cómo nos cuesta realizar nuestro bien verdadero, mientras que nos atraen y seducen muchas realidades materiales, que desaparecen y al final nos empobrecen. Junto a esta historia de pecado, Jesús inauguró una historia de salvación. El Evangelio que abre la Cuaresma nos invita a ser sus protagonistas abrazando tres remedios, tres medicinas que curan del pecado (cf. *Mt* 6, 1-6.16-18). En primer lugar la *oración*, expresión de apertura y de confianza en el Señor: es el

encuentro personal con Él, que acorta las distancias creadas por el pecado. Rezar significa decir: «no soy autosuficiente, te necesito, *Tú* eres mi vida y mi salvación». En segundo lugar la *caridad*, para superar el sentido de extrañeza en la relación con los demás. El amor verdadero, en efecto, no es un acto exterior, no es dar algo de modo paternalista para tranquilizar la conciencia, sino aceptar a quien necesita de nuestro tiempo, de nuestra amistad, de nuestra ayuda. Es vivir el servicio, venciendo la

tentación de complacernos. En tercer lugar el *ayuno*, la penitencia, para liberarnos de las dependencias de las cosas que pasan y ejercitarnos para ser más sensibles y misericordiosos. Es una invitación a la sencillez y a la fraternidad: quitar algo de nuestra mesa y de nuestros bienes para reencontrar el verdadero bien de la libertad. «Volved a mí —dice el Señor—, volved con todo el corazón»: no sólo con algún gesto externo, sino desde la profundidad de nosotros

mismos. En efecto, Jesús nos llama a vivir la oración, la caridad y la penitencia con coherencia y autenticidad, venciendo la hipocresía. Que la Cuaresma sea un tiempo de beneficiosa «podadura» de la falsedad, de la mundanidad, de la indiferencia: para no pensar que todo está bien si yo estoy bien; para comprender que lo que cuenta no es la aprobación, la búsqueda del éxito o del consenso, sino la limpieza del corazón y de la vida; para volver a encontrar la identidad

cristiana, es decir *el amor que sirve, no el egoísmo que se sirve.*

Pongámonos en camino juntos, como Iglesia, recibiendo la Ceniza —también nosotros nos convertiremos en ceniza— y teniendo fija la mirada en el Crucificado. Él, amándonos, nos invita a dejarnos reconciliar con Dios y a volver a Él, para encontrarnos a nosotros mismos.

10 de febrero de 2016.

Audiencia general. La antigua institución del «jubileo» de la misericordia.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buen camino de Cuaresma!

Es bonito y también significativo tener esta audiencia precisamente el miércoles de Ceniza.

Comenzamos el camino de la Cuaresma y hoy nos detenemos sobre la antigua institución del

«jubileo», es una cosa antigua, testificada en la Sagrada Escritura. Lo encontramos particularmente en el Libro del Levítico, que lo presenta como un momento culminante de la vida religiosa y social del pueblo de Israel.

Cada 50 años, «el día de la Expiación» (*Lev 25, 9*), cuando la misericordia del Señor era invocada sobre todo el pueblo, el son de la trompeta anunciaba un gran evento de liberación. De hecho, leemos en el Libro del Levítico:
«Declararéis santo el año

cincuenta y promulgaréis por el país la liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo: cada uno recobrará su propiedad y retornará a su familia [...] En este año jubilar cada uno recobrará su propiedad» (*Lev 25, 10.13*).

Según estas disposiciones, si alguno había sido obligado a vender su tierra o su casa, en el jubileo podía retomar la posesión; y si alguno había contraído deudas y, no podía pagarlas, hubiese sido obligado a ponerse al servicio del acreedor, podía regresar libre a

su familia y recuperar todas las propiedades.

Era una especie de «indulto general», con el cual se permitía a todos regresar a la situación originaria, con la cancelación de todas las deudas, la restitución de la tierra, y la posibilidad de gozar de nuevo de la libertad propia de los miembros del pueblo de Dios. Un pueblo «santo», donde las prescripciones como la del jubileo servían para combatir la pobreza y la desigualdad, garantizando una vida digna para todos y una justa

distribución de la tierra sobre la cual habitar y de la cual extraer el sustento. La idea central es que la tierra pertenece originalmente a Dios y ha sido confiada a los hombres (Cf. *Gén 1, 28-29*), y por eso ninguno puede atribuirse la posesión exclusiva, creando situaciones de desigualdad. Esto, hoy en día, podemos pensarlo y volverlo a pensar; cada uno en su corazón creo que tiene demasiadas cosas. Pero ¿por qué no dejar a quienes no tienen nada? El diez por ciento, el cincuenta por

ciento... Yo digo: que Espíritu Santo inspire a cada uno de vosotros.

Con el jubileo, quien se había vuelto pobre volvía a tener lo necesario para vivir, y quien se había hecho rico restituía al pobre lo que le había quitado. El fin era una sociedad basada en la igualdad y la solidaridad, donde la libertad, la tierra y el dinero se convirtieran en un bien para todos y no sólo para algunos, como sucede ahora, si no me equivoco... Más o menos, las cifras no son seguras, pero el ochenta por

ciento de la riqueza de la humanidad está en manos de menos del veinte por ciento de la población. Es un jubileo —y esto lo digo recordando nuestra historia de salvación— para convertirse, para que nuestro corazón se haga más grande, más generoso, más hijo de Dios, con más amor.

Os digo una cosa: si este deseo, si el jubileo no llega a los bolsillos, no es un verdadero jubileo. ¿Lo entendéis? ¡Y esto está en la Biblia! No lo inventa este Papa: está en la Biblia. El fin —como

dije— era una sociedad basada en la igualdad y la solidaridad, donde la libertad, la tierra y el dinero se convirtiesen en un activo para todos y no para algunos. De hecho, el jubileo tenía la función de ayudar al pueblo a vivir una fraternidad concreta, hecha de ayuda recíproca. Podemos decir que el jubileo bíblico era un «jubileo de misericordia», porque era vivido en la búsqueda sincera del bien del hermano necesitado. En la misma línea, también otras instituciones y otras leyes gobernaban la vida

del pueblo de Dios, para que se pudiese experimentar la misericordia del Señor a través de la de los hombres. En esas normas encontramos indicaciones válidas también hoy, que nos hacen reflexionar. Por ejemplo, la ley bíblica prescribía el pago del «diezmo» que era destinado a los Levitas, encargados del culto, los cuales no tenían tierra, y a los pobres, los huérfanos, las viudas (Cf. *Dt* 14, 22-29). Es decir, se preveía que la décima parte de la cosecha, o de lo proveniente de otras actividades, fuese

dada a quienes estaban sin protección y en estado de necesidad, favoreciendo así condiciones de relativa igualdad dentro de un pueblo en el cual todos deberían comportarse como hermanos. Estaba también la ley concerniente a las «primicias». ¿Qué es esto? La primera parte de la cosecha, la parte más preciosa, debía ser compartida con los Levitas y los extranjeros (Cf. *Dt* 18, 4-5; 26, 1-11), que no poseían campos, así que también para ellos la tierra fuese fuente de nutrimento y de vida. «La

tierra es mía, y vosotros sois emigrantes y huéspedes en mi tierra» (*Lev 25, 23*). Somos todos huéspedes del Señor, en espera de la patria celeste (*Cf. Heb 11, 13-16; 1 Pe 2, 11*)», llamados a hacer habitable y humano el mundo que nos acoge. Y ¡cuántas «primicias» quien es afortunado podría donar a quien está en dificultad! ¡Cuántas primicias! Primicias no sólo de los frutos de los campos, sino de todo otro producto del trabajo, de los sueldos, de los ahorros, de

tantas cosas que se poseen y que a veces se desperdician. Esto también sucede hoy. A la Limosnería apostólica llegan muchas cartas con un poco de dinero: «Esta es una parte de mi sueldo para ayudar a otros». Y esto es bonito; ayudar a los demás, a las instituciones de beneficencia, a los hospitales, a las residencias de ancianos...; dar también a los emigrantes, los que son extranjeros y están de paso. Jesús estuvo de paso en Egipto.

Y precisamente pensando en esto, la Sagrada Escritura

exhorta con insistencia a responder generosamente a los pedidos de préstamos, sin hacer cálculos mezquinos y sin pretender intereses imposibles: «Si un hermano tuyo se empobrece y no se puede mantener, lo sustentará como al emigrante o al huésped, para que pueda vivir contigo. No le exigirás interés ni recargo, sino que temerás a tu Dios y dejarás vivir a tu hermano contigo. No le prestarás dinero con interés ni le darás víveres con recargo» (*Lev 25, 35-37*). Esta enseñanza es siempre actual.

¡Cuántas familias están en la calle, víctimas de la usura! Por favor, recemos porque en este Jubileo el Señor elimine del corazón de todos nosotros este deseo de tener más, la usura. Que se vuelva a ser generosos, grandes. ¡Cuántas situaciones de usura estamos obligados a ver y cuánto sufrimiento y angustia llevan a las familias! Y muchas veces, en su desesperación, muchos hombres terminan en el suicidio porque no lo soportan y no tienen esperanza, no tienen la mano extendida que les

ayude; sólo la mano que viene a hacerles pagar los intereses. Es un grave pecado la usura, es un pecado que grita en la presencia de Dios. El Señor en cambio ha prometido su bendición a quien abre la mano para dar con generosidad (Cf. *Dt 15,10*). Él le dará el doble, tal vez no en dinero, sino en otras cosas, pero el Señor siempre te dará el doble. Queridos hermanos y hermanas, el mensaje bíblico es muy claro: abrirse con coraje al compartir, y iesto es la misericordia! Y si queremos

la misericordia de Dios
comencemos a hacerla
nosotros. Es esto: comencemos
a hacerla nosotros entre
conciudadanos, entre familias,
entre los pueblos, entre los
continentes. Contribuir en
realizar una tierra sin pobres
quiere decir construir una
sociedad sin discriminación,
basada en la solidaridad que
lleva a compartir cuanto se
posee, en una distribución de
los recursos fundada en la
fraternidad y en la justicia.

Saludos

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Al comenzar hoy el tiempo de cuaresma, pidámosle al Señor que nos ayude a prepararnos para la Pascua abriendo nuestros corazones a su misericordia, para que también nosotros sepamos vivirla en nuestra vida diaria, con las personas que nos rodean. Muchas gracias.

*12 de febrero de 2016. Saludo
a los periodistas durante el
vuelo Roma-La Habana (Cuba)*

Vuelo Papal.

Viernes.

Viaje apostólico del Papa
Francisco en México (12-18 de
febrero de 2016) con escala en
La Habana para el encuentro
con s.s. kiril, patriarca de
Moscú y toda Rusia.

Padre Lombardi:

Santo Padre, bienvenido entre
nosotros, como siempre, al

inicio de estos bellísimos viajes intercontinentales. Este viaje nos emociona mucho. Sabemos que es un viaje que usted ha deseado mucho, tanto por el encuentro con el Patriarca como también por el encuentro con el pueblo mexicano. Nos preparamos para vivir grandes emociones y momentos históricos. Le expresamos nuestros mejores deseos para estos días y estamos con usted para hacer bien nuestro servicio de difundir la Palabra del Señor y sus palabras. Como puede observar, somos

un grupo numeroso, aproximadamente 76, el grupo internacional. Hemos dado un espacio grande a los mexicanos. Son alrededor de diez los mexicanos presentes, pero representan un poco a todas las naciones y a todos los países. Ahora le cedemos la palabra a usted, para que nos diga lo que desee al comienzo de este viaje. Muchas gracias por estar aquí.

Papa Francisco

Buenos días. Agradezco su presencia y el trabajo que realizarán. Es un viaje

exigente, muy intenso, pero muy deseado: muy deseado por mi hermano Kiril, por mí y también por los mexicanos. El otro día, al comienzo de la audiencia del miércoles, su decana mexicana me esperaba, como para hacerme entrar en el túnel del tiempo, con todas las películas de Cantinflas. Y así, he entrado en México por la puerta de Cantinflas, que hace reír mucho. Mi deseo más profundo es detenerme ante la Virgen de Guadalupe, ese misterio que se estudia, se estudia, se estudia y no hay

explicaciones humanas. También el estudio más científico dice: «Pero esta es una cosa de Dios». Y esto es lo que hace decir a los mexicanos: «Yo soy ateo, pero soy guadalupano». Algunos mexicanos: todos no son ateos. Quisiera decirles además otra cosa: que este es el último viaje en el cual nos acompaña el Dr. Gasbarri. Desde hace 47 años trabaja en el Vaticano. Es desde hace 37 años que se ocupa de los viajes. Lo digo porque podemos, durante estos días, manifestarle nuestra

gratitud y pensar también a una pequeña fiesta aquí, al regreso... Y después Mons. Mauricio Rueda será el encargado de los viajes. Bienvenido.

Y ahora, si me permiten, quisiera saludarlos personalmente.

Padre Lombardi

Antes de que el Papa salude a cada uno, invitamos a nuestra decana que, además de haberle dado las películas al Papa, ahora le da algo que lo proteja del sol de México. Este es el tercer Papa a quien Valentina

ofrece un sombrero.

Valentina Alazraki

Para que se sienta mexicano. El primero se lo regalé a Juan Pablo II, hace 37 años. Después él se hizo una colección porque viajó cinco veces. Papa Benedicto se lo puso en Guanajuato y dijo que se sentía mexicano. Por tanto, ahora es su turno. Además, este sombrero ha venido de Cuba. Una familia mexicana se lo llevó a Cuba, pero no logró dárselo a usted y me lo dejó. Prometí dárselo en el caso de que usted hubiese mantenido la

promesa de ir a México. Lo que no imaginaba es que el sombrero volviese a Cuba. Esta ha sido la sorpresa. Gracias y buen viaje.

Papa Francisco

Se lo agradezco. Gracias Valentina, a usted y a todos los mexicanos, y a todos los periodistas.

Muchas gracias.

*12 de febrero de 2016.
Encuentro del Santo Padre
Francisco con su Santidad Kiril,
Patriarca de Moscú y toda
Rusia.*

*Firma de la declaración
conjunta.*

*Aeropuerto Internacional José
Martí de La Habana – Cuba.
Viernes.*

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

- [Declaración conjunta.](#)

- [Discurso del Patriarca Kiril.](#)
- [Discurso del Papa Francisco.](#)

Declaración conjunta del Papa Francisco y del Patriarca Kiril de Moscú y Toda Rusia.

"Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la participación del Espíritu Santo estén con todos vosotros" (2 Cor 13,13).

1. Por la voluntad de Dios Padre, de quien procede todo

don, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, con la ayuda del Espíritu Santo Consolador, nosotros, Francisco, Papa y Obispo de Roma, y Kiril, Patriarca de Moscú y Toda Rusia, reunimos hoy en La Habana. Damos gracias a Dios, glorificado en la Santísima Trinidad, por este encuentro, el primero en la historia.

Con alegría, nos reunimos como hermanos en la fe cristiana que se encontraron para "*hablar...*

personalmente" (2 Jn, 12), de corazón a corazón, y discutir

las relaciones mutuas entre las Iglesias, los problemas palpitantes de nuestro rebaño y las perspectivas del desarrollo de la civilización humana.

2. Nuestro encuentro fraterno se llevó a cabo en Cuba, en la encrucijada entre el Norte y el Sur, el Este y el Oeste. Desde esta isla, un símbolo de esperanza del Nuevo Mundo y de los dramáticos acontecimientos de la historia del siglo XX, dirigimos nuestras palabras a todas las naciones de América Latina y de otros continentes.

Nos alegra el hecho de que hoy en día aquí la fe cristiana evoluciona dinámicamente. El potencial religioso de gran alcance en América Latina, sus tradiciones cristianas multiseculares, manifestadas en la experiencia personal de millones de personas, son clave para un gran futuro de esta región.

3. Al reunirnos a distancia de las antiguas disputas del Viejo Mundo, sentimos muy fuertemente la necesidad de colaboración entre los católicos y los ortodoxos, que deben

estar siempre preparados para responder a cualquiera que les pida razón de la esperanza (1 Pe 3, 15).

4. Damos gracias a Dios por los dones que hemos recibido a través de la venida al mundo de su Hijo Unigénito.

Compartimos la Tradición espiritual común del primer milenio del cristianismo. Los testigos de esta Tradición son la Santísima Madre de Dios, la Virgen María, y los santos a quienes veneramos. Entre ellos están innumerables mártires que mostraron su fidelidad a

Cristo y se convirtieron en “la semilla de cristianos”.

5. A pesar de tener la Tradición común de diez primeros siglos, los católicos y los ortodoxos, durante casi mil años, están privados de comunicación en la Eucaristía. Permanecemos divididos dado a las heridas causadas por los conflictos del pasado lejano y reciente, por las diferencias heredadas de nuestros antepasados, en la comprensión y la explicación de nuestra fe en Dios, un ser único que existe como tres personas: Padre, Hijo y Espíritu

Santo. Lamentamos la pérdida de la unidad, que era una consecuencia de la debilidad y la pecaminosidad humana, que se produjo a despecho de la oración del Primer Sacerdote, Cristo Salvador: *"Te pido que todos ellos estén unidos; que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste"* (Jn 17, 21).

6. Conscientes de muchos obstáculos que hay que superar, esperamos que nuestro encuentro contribuya a la

obtención de la unidad mandada por Dios, por la que Cristo había rezado. Que nuestro encuentro inspire a los cristianos de todo el mundo para invocar con el nuevo fervor al Señor, orando sobre la plena unidad de todos sus discípulos. Que ésta, en el mundo que espera de nosotros no sólo palabras, sino acciones, sea un signo de esperanza para todas las personas de buena voluntad.

7. Teniendo firmeza en hacer todo lo necesario para superar las diferencias históricas

heredadas por nosotros, queremos reunir nuestros esfuerzos a fin de dar testimonio del Evangelio de Cristo y del patrimonio común de la Iglesia del primer milenio, respondiendo conjuntamente a los desafíos del mundo moderno. Los ortodoxos y los católicos deben aprender a llevar el testimonio común de la verdad en aquellas áreas, en las que es posible y necesario. La civilización humana ha entrado en un período de cambios epocales. La conciencia cristiana y la responsabilidad

pastoral no nos permiten que permanezcamos indiferentes ante los desafíos que requieren una respuesta conjunta.

8. Nuestra atención está dirigida principalmente hacia aquellas regiones del mundo donde los cristianos están sometidos a persecución. En muchos países de Oriente Medio y África del Norte, se exterminan familias completas de nuestros hermanos y hermanas en Cristo, pueblos y ciudades enteros habitados por ellos. Sus templos están sometidos a la destrucción

bárbara y a los saqueos, los santuarios a la profanación, los monumentos a la demolición.

En Siria, Irak y otros países de Oriente Medio observamos con dolor el éxodo masivo de cristianos de la tierra donde nuestra fe comenzó a extenderse, y donde ellos vivían a partir de los tiempos apostólicos, junto con otras comunidades religiosas.

9. Hacemos un llamamiento a la comunidad internacional a tomar medidas inmediatas para evitar un mayor desplazamiento de los

cristianos de Oriente Medio. Levantando nuestras voces en defensa de los cristianos perseguidos, también solidarizamos con sufrimientos de seguidores de otras tradiciones religiosas, que se han convertido en víctimas de la guerra civil, el caos y la violencia terrorista.

10. En Siria e Irak esta violencia ha cobrado miles de vidas, dejando sin hogares y medios de vida a unos millones de personas. Hacemos un llamamiento a la comunidad internacional a unirse para

poner fin a la violencia y al terrorismo y al mismo tiempo, a través del diálogo, a contribuir a la pronta obtención de la paz civil. Se requiere una ayuda humanitaria de gran escala para el pueblo que sufre, y para muchos refugiados en los países vecinos.

Solicitamos a todos los que pueden, influir en el destino de todos los secuestrados, incluyendo a los Metropolitanos de Alepo, Pablo y Juan Ibrahim, capturados en abril de 2013, para hacer todo lo necesario a fin de su pronta liberación.

11. Enviamos oraciones a Cristo, Salvador del mundo, sobre el establecimiento en suelo de Oriente Medio de la paz, que es producto de *la justicia* (Is 32, 17), sobre el fortalecimiento de la convivencia fraterna entre diversos pueblos, Iglesias y religiones situados en esta tierra, sobre el regreso de los refugiados a sus casas, sobre la curación de los heridos y el reposo de almas de las víctimas inocentes.

Dirigimos a todas las partes que puedan estar involucradas

en los conflictos, un ferviente llamamiento para manifestar buena voluntad y llegar a la mesa de negociación. Al mismo tiempo, es necesario que la comunidad internacional haga todos los esfuerzos posibles para poner fin al terrorismo mediante acciones comunes, conjuntas y sincronizadas. Hacemos un llamamiento a todos los países involucrados en la lucha contra el terrorismo, a las acciones responsables y prudentes. Hacemos un llamado a todos los cristianos y a todos los

creyentes en Dios para rezar al Señor Creador y Providente que cuida el mundo, que guarde su creación de la destrucción y no permita una nueva guerra mundial. Para que la paz sea duradera y fiable, se requieren esfuerzos especiales destinadas al regreso a los valores comunes, que nos unen, basados en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

12. Admiramos la valentía de aquellos que entregan sus vidas por haber dado testimonio de la verdad del

Evangelio, prefiriendo la muerte ante la abjuración de Cristo. Creemos que los mártires de nuestros tiempos, procedentes de diferentes Iglesias, pero unidos por un sufrimiento común, son la clave para la unidad de los cristianos. A vosotros, los que sufren por Cristo, dirige su palabra el Apóstol del Señor: *"Queridos hermanos,... alegraos de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que también os llenéis de alegría cuando su gloria se manifieste"* (1 Pe 4, 12-13).

13. En esta época turbadora se necesita el diálogo interreligioso. Las diferencias en comprensión de las verdades religiosas no deben impedir que las personas de diversas religiones vivan en paz y armonía. En las circunstancias actuales, los líderes religiosos tienen una responsabilidad especial por la educación de su rebaño en el espíritu de respeto por las creencias de aquellos que pertenecen a otras tradiciones religiosas. Los intentos de justificar actos criminales por

consignas religiosas son absolutamente inaceptables. Ningún crimen puede ser cometido en el nombre de Dios, *"porque Dios es Dios de paz y no de confusión"* (1 Cor 14, 33).

14. Atestiguando el alto valor de la libertad religiosa, damos gracias a Dios por el renacimiento sin precedentes de la fe cristiana que ahora se lleva a cabo en Rusia y muchos países de Europa del Este, donde por décadas han gobernado regímenes ateos. Hoy en día, las cadenas del

ateísmo militante cayeron, y en muchos lugares los cristianos son libres de profesar su fe. Durante un cuarto de siglo, aquí se erigieron decenas de miles de nuevos templos, se abrieron cientos de monasterios y escuelas teológicas. Las comunidades cristianas realizan amplias actividades caritativas y sociales, prestando diversa asistencia a los necesitados. Los ortodoxos y los católicos a menudo trabajan hombro con hombro. Ellos defienden la base espiritual común de la sociedad

humana, dando testimonio de los valores evangélicos.

15. Al mismo tiempo, nos preocupa la situación que tiene lugar en tantos países, donde los cristianos enfrentan cada vez más la restricción de la libertad religiosa y del derecho a dar testimonio sobre sus creencias y a vivir de acuerdo con ellas. En particular, vemos que la transformación de algunos países en las sociedades secularizadas, ajenas de cualquier memoria de Dios y su verdad, implica una grave amenaza para la

libertad religiosa. Estamos preocupados por la limitación de los derechos de los cristianos, por no hablar de la discriminación contra ellos, cuando algunas fuerzas políticas, guiadas por la ideología del secularismo que en numerosos casos se vuelve agresivo, tienden a empujarles a los márgenes de la vida pública.

16. El proceso de la integración europea, que comenzó después de siglos de conflictos sangrientos, fue acogido por muchas personas con

esperanza, como prenda de paz y seguridad. Al mismo tiempo, advertimos en contra de aquella clase de integración que no respeta la identidad religiosa. Respetamos la contribución de otras religiones a nuestra civilización, pero estamos convencidos de que Europa debe mantener la fidelidad a sus raíces cristianas. Hacemos un llamamiento a los cristianos en Europa Occidental y Europa Oriental a unirse a fin de dar testimonio conjunto sobre Cristo y el Evangelio, para que Europa mantenga su

alma formada por dos mil años de la tradición cristiana.

17. Nuestra atención está destinada a las personas que se encuentran en una situación desesperada, viven en la pobreza extrema en el momento en que la riqueza de la humanidad está creciendo.

No podemos permanecer indiferentes al destino de millones de migrantes y refugiados que tocan a las puertas de los países ricos. El consumo incontrolado, típico para algunos estados más desarrollados, agota

rápidamente los recursos de nuestro planeta. La creciente desigualdad en la distribución de bienes terrenales, aumenta el sentido de la injusticia del sistema de las relaciones internacionales que se está implantando.

18. Las Iglesias cristianas están llamadas a defender exigencias de la justicia, del respeto a las tradiciones nacionales y de la solidaridad efectiva con todos los que sufren. Nosotros, los cristianos, no debemos olvidar que *"para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los*

que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo. Así nadie podrá presumir delante de Dios” (1 Cor 1, 27-29).

19. La familia es el centro natural de la vida de un ser humano y de la sociedad. Estamos preocupados por la crisis de la familia en muchos países. Los ortodoxos y los

católicos, compartiendo la misma visión de la familia, están llamados a testificar acerca de la familia como de un camino hacia la santidad, que se manifiesta en la fidelidad mutua de los cónyuges, su disponibilidad para dar a luz a los niños y formarles, en la solidaridad entre las generaciones y el respeto hacia los enfermos.

20. La familia es fundada sobre el matrimonio que es un acto libre y fiel de amor entre un hombre y una mujer. El amor fortalece su unión, les enseña a

aceptar uno a otros como a un don. El matrimonio es la escuela del amor y de la fidelidad. Lamentamos que otras formas de convivencia se equiparan ahora con esta unión, y la visión de la paternidad y la maternidad como de especial vocación del hombre y de la mujer en el matrimonio, santificada por la tradición bíblica, se expulsa de la conciencia pública.

21. Hacemos un llamamiento a todos para respetar el derecho inalienable a la vida. Unos millones de bebés están

privados de la propia posibilidad de aparecer a la luz. *La sangre* de los niños no nacidos pide a gritos a Dios *que haga justicia*. (Gen 4, 10).

La divulgación de la así llamada eutanasia conduce al hecho de que los ancianos y enfermos comienzan a sentirse carga excesiva para su familia y la sociedad en conjunto.

Expresamos nuestra preocupación por el uso cada vez más extendido de las tecnologías biomédicas de reproducción, porque la manipulación de la vida

humana es un ataque contra los fundamentos del ser de la persona creada a imagen de Dios. Consideramos que nuestro deber es hacer acordarse sobre la inmutabilidad de los principios morales cristianos, basados en el respeto por la dignidad de la persona que está destinada a la vida de acuerdo con el plan de su Creador.

22. Queremos hoy dirigir unas palabras especiales a la juventud cristiana. Vosotros, los jóvenes, *no debéis esconder dinero en la tierra* (Mt 25, 25),

sino usar todas las dotes dadas por Dios, para afirmar la verdad de Cristo en el mundo, realizar los mandamientos evangélicos del amor a Dios y al prójimo. No tengáis miedo de ir contra la corriente, defendiendo la verdad de Dios, con la que no siempre se ajustan las normas seculares modernas.

23. Dios os ama y espera de cada uno de vosotros que seáis sus discípulos y apóstoles. *Sed la luz de este mundo, para que otros, viendo el bien que hacéis, alaben todos a vuestro*

Padre que está en el cielo (Mt 5, 14-16). Educad a los niños en la fe cristiana para entregarles la perla preciosa de la fe (Mt 13, 46) que recibisteis de vuestros padres y antepasados. No olvidéis que *"Dios os ha comprado por un precio"* (1 Cor 6, 20), el precio de la muerte en la cruz de Dios Hombre, Jesucristo.

24. Los ortodoxos y los católicos están unidos no sólo por la Tradición común de la Iglesia del primer milenio, sino también por la misión de predicar el Evangelio de Cristo

en el mundo contemporáneo. Esta misión requiere respeto mutuo entre los miembros de las comunidades cristianas, excluye cualquier forma del proselitismo.

No somos competidores, sino hermanos: debemos arrancar de este concepto ejecutando todas actividades relacionadas con nuestros lazos y contactos con el mundo exterior.

Instamos a los católicos y a los ortodoxos de todo el mundo para aprender a vivir juntos en paz, amor y *armonía unos con otros* (Rom 15, 5). Es

inaceptable el uso de medios incorrectos para obligar a los fieles a pasar de una Iglesia a otra, dejando de lado su libertad religiosa y sus propias tradiciones. Estamos llamados a poner en práctica el mandamiento de San Pablo Apóstol y *"anunciar el evangelio donde nunca antes se había oído hablar de Cristo, para no construir sobre cimientos puestos por otros"* (Rom 15, 20).

25. Esperamos que nuestro encuentro contribuya a la reconciliación donde hay

tensiones entre los greco-católicos y los ortodoxos. Hoy en día es obvio que el método de "la unión" de los siglos pasados que implica la unidad de una comunidad con la otra a costa de la separación de su Iglesia, no es la manera de restaurar la unidad. Al mismo tiempo, las comunidades eclesiásticas que han aparecido como resultado de circunstancias históricas tienen derecho a existir y hacer todo lo necesario para satisfacer menesteres espirituales de sus fieles, buscando la paz con sus

vecinos. Los ortodoxos y los greco-católicos necesitan la reconciliación y la búsqueda de formas de convivencia mutuamente aceptables.

26. Lamentamos el enfrentamiento en Ucrania que ya cobró muchas vidas, causó sufrimientos innumerables a los civiles, hundió la sociedad en una profunda crisis económica y humanitaria. Hacemos un llamamiento a todas las partes del conflicto a tener prudencia, mostrar la solidaridad social y trabajar activamente para el establecimiento de la paz.

Instamos a nuestras Iglesias en Ucrania a trabajar para lograr la armonía social, abstenerse de participar en la confrontación y de apoyar el desarrollo del conflicto.

27. Esperamos que la división entre los creyentes ortodoxos en Ucrania sea vencida sobre la base de las normas canónicas existentes, que todos los cristianos ortodoxos de Ucrania vivan en paz y armonía, y que las comunidades católicas del país contribuyan a ello, para que nuestra hermandad cristiana sea aún más evidente.

28. En el mundo de hoy, multifacético y al mismo tiempo unido por el destino común, los católicos y los ortodoxos están llamados a colaborar fraternamente para anunciar el Evangelio de la salvación, dar testimonio común de la dignidad moral y la auténtica libertad humana, "*para que el mundo crea*" (Jn 17, 21). Este mundo, en el que se están socavando rápidamente los fundamentos morales de la existencia humana, espera de nosotros el fuerte testimonio cristiano en todos los ámbitos

de la vida personal y social.
¿Podremos en la época crucial
dar testimonio conjunto del
Espíritu de la verdad? De esto
depende, en gran medida, el
futuro de la humanidad.

29. Que Jesucristo, Dios
Hombre, Nuestro Señor y
Salvador, nos ayude en el
anuncio valiente de la verdad
de Dios y de la Buena Noticia
de salvación. El Señor nos
fortalece espiritualmente con
su promesa infalible: "*No
tengáis miedo, pequeño rebaño,
que el Padre, en su bondad, ha
decidido daros el reino*" (Lc 12,

32).

Cristo es una fuente de alegría y de esperanza. La fe en él transfigura la vida del ser humano, la llena de significado. Lo han vivido por su propia experiencia todos aquellos de los que se puede decir con las palabras de San Pedro

Apóstol: *"Antes, ni siquiera erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; antes Dios no os tenía compasión, pero ahora tiene compasión de vosotros"* (1 Pe 2, 10).

30. Llenos de gratitud por el don de comprensión mutua que

se manifestó en nuestra reunión, nos dirigimos con esperanza a la Santísima Madre de Dios, haciendo solicitud con las palabras de la antigua oración: "Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios". Que la Santísima Virgen María con su amparo fortalezca la hermandad de todos que la veneran, para que ellos, en un momento determinado por Dios, se junten, en paz y concordia, en el único pueblo de Dios, isea glorificado el nombre de la Trinidad Consustancial e Inseparable!

**Francisco Obispo de Roma,
Papa de la Iglesia Católica.
Kiril Patriarca de Moscú y
Toda Rusia.**

*12 de febrero de 2016, La
Habana (Cuba)*

Discurso del Patriarca Kiril
*Su Santidad, Sus Excelencias,
Queridos hermanos y
hermanas, Señoras y señores.*
Nosotros durante dos horas
hemos tenido una discusión
abierta, con pleno

entendimiento de la responsabilidad para nuestras Iglesias, para nuestro pueblo creyente, para futuro del cristianismo y para futuro de la civilización humana. Fue una conversación con mucho contenido, que nos dio la oportunidad de entender y sentir las posiciones de uno y otro. Y los resultados de la conversación me permiten asegurar que actualmente, las dos Iglesias pueden cooperar conjuntamente defendiendo a los cristianos en todo el mundo; y con plena

responsabilidad, trabajar conjuntamente, para que no sea guerra, para que la vida humana se respete en todo el mundo, para que se fortalezcan las bases de la moral personal, familiar y social, y que a través de la participación de la Iglesia en la vida de la sociedad humana moderna se purifique en nombre de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo.

Discurso del Papa Francisco.
Santidad, Eminencias,
Reverencias.

Hablamos como hermanos, tenemos el mismo Bautismo, somos obispos. Hablamos de nuestras Iglesias, y coincidimos en que la unidad se hace caminando. Hablamos claramente, sin medias palabras, y yo les confieso que he sentido la consolación del Espíritu en este diálogo.

Agradezco la humildad de Su Santidad, humildad fraterna, y sus buenos deseos de unidad. Hemos salido con una serie de iniciativas que creo que son viables y se podrán realizar. Por eso quiero agradecer, una vez

más, a Su Santidad su benévola acogida, como asimismo a los colaboradores -y nombro a dos-: Su Eminencia el Metropolitano Hilarión y Su Eminencia el Cardenal Koch, con todos sus equipos que han trabajado para esto.

No quiero irme sin dar un sentido agradecimiento a Cuba, al gran pueblo cubano y a su Presidente aquí presente. Le agradezco su disponibilidad activa. Si sigue así, Cuba será la capital de la unidad. Y que todo esto sea para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu

Santo, y para el bien del santo
Pueblo fiel de Dios, bajo el
manto de la Santa Madre de
Dios.

12 de febrero de 2016.

Palabras del Santo Padre a los periodistas durante el vuelo La Habana-México.

Viernes.

Viaje apostólico del papa francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

Padre Lombardi

Hemos intentado decirle al Papa que estuviera tranquilo, que descansara durante el vuelo de Cuba a México; pero él está tan lleno de entusiasmo

y de alegría por este encuentro que ha querido tener un nuevo encuentro con nosotros para expresarnos sus sentimientos y lo que desea decirnos.

Santidad, muchas gracias.

Papa Francesco

Buenas noches. Creo que con la Declaración que les han dado [la Declaración conjunta con el Patriarca Kiril], tienen trabajo para toda la noche, y también para mañana. Por eso no hacemos preguntas y respuestas. Pero quisiera expresarles mis sentimientos. En primer lugar, el sentimiento

de acogida y disponibilidad del Presidente Castro. Yo había hablado con él de este encuentro, la otra vez, y estaba dispuesto a hacer todo y hemos visto que ha preparado todo para esto. Y es necesario dar las gracias por esto.

Segundo, con el Patriarca Kiril. Ha sido una conversación entre hermanos. Hemos hablado de puntos claros, que nos preocupan a los dos. Con toda franqueza. Yo me he sentido en la presencia de un hermano, y él también me ha dicho lo mismo. Dos obispos que, en

primer lugar, hablan de la situación de sus Iglesias; y en segundo lugar, de la situación del mundo, de las guerras, guerras que ahora amenazan con ser no sólo "por partes", sino que afectan a todos; y de la situación de la Ortodoxia, del próximo Sínodo panortodoxo... Pero yo les digo, de verdad, que sentía una alegría interior que era precisamente del Señor. Él hablaba libremente y también yo hablaba libremente. Se sentía la alegría. Los traductores eran buenos, los dos. Ha sido un coloquio "a seis

ojos”: el Patriarca Kiril, yo, Su Eminencia el Metropolita Hilarión y Su Eminencia el Cardenal Koch, y los dos traductores. Pero con toda libertad. Hablábamos nosotros dos, y los demás si se les hacía alguna pregunta.

Tercero, si ha hecho un programa de posibles actividades en común, porque la unidad se hace caminando. Una vez he dicho que si la unidad se hace con el estudio, estudiando la teología y lo demás, tal vez vendrá el Señor y nosotros todavía estaremos

haciendo la unidad. La unidad se hace caminando, caminando: que al menos el Señor, cuando venga, nos encuentre caminando.

Después, hemos firmado esta Declaración que ustedes tienen en la mano: habrá muchas interpretaciones, muchas. Pero si hay alguna duda, padre Lombardi podrá decir cuál es el verdadero significado. No es una Declaración política, no es una Declaración sociológica, es una Declaración pastoral, incluso cuando habla del secularismo y de cosas

explícitas, de la manipulación biogenética y de todas estas cosas. Pero es pastoral: de dos obispos que se han encontrado con inquietud pastoral. Yo he quedado muy feliz. Ahora me esperan 23 km. de papamóvil descubierto...

Les agradezco mucho su trabajo: hagan lo que puedan. Muchas gracias, gracias.

Padre Lombardi

Muchas gracias a usted, Santidad, y feliz viaje.

13 de febrero de 2016.

*Discurso en el encuentro con
las autoridades, la sociedad civil
y el cuerpo diplomático.*

*Palacio Nacional, Ciudad de
México.*

Sábado.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

*Señor Presidente,
Miembros del Gobierno de la
República,
Distinguidas Autoridades,
Representantes de la sociedad*

civil,

*Hermanos en el Episcopado,
Señoras y señores.*

Le agradezco, señor Presidente, las palabras de bienvenida que me ha dirigido. Es motivo de alegría poder pisar esta tierra mexicana, que ocupa un lugar especial en el corazón de las Américas. Hoy vengo como misionero de misericordia y paz pero también como hijo que quiere rendir homenaje a su madre, la Virgen de Guadalupe, y dejarse mirar por ella. Buscando ser buen hijo, siguiendo las huellas de la

madre, quiero, a su vez, rendirle homenaje a este pueblo y a esta tierra tan rica en culturas, historia y diversidad. En su persona, Señor Presidente, quiero saludar y abrazar al pueblo mexicano en sus múltiples expresiones y en las más diversas situaciones que le toca vivir. Gracias por recibirme hoy en su tierra.

México es un gran País. Bendecido con abundantes recursos naturales y una enorme biodiversidad que se extiende a lo largo de todo su

vasto territorio. Su privilegiada ubicación geográfica lo convierte en un referente de América; y sus culturas indígenas, mestizas y criollas, le dan una identidad propia, que le posibilita una riqueza cultural no siempre fácil de encontrar y especialmente valorar. La sabiduría ancestral que porta su multiculturalidad es, por lejos, uno de sus mayores recursos biográficos. Una identidad que fue aprendiendo a gestarse en la diversidad y, sin lugar a dudas, constituye un patrimonio rico a

valorar, estimular y cuidar. Pienso, y me animo a decir, que la principal riqueza de México hoy tiene rostro joven; sí, son sus jóvenes. Un poco más de la mitad de la población está en edad juvenil. Esto permite pensar y proyectar un futuro, un mañana, de esperanza y proyección. Un pueblo con juventud es un pueblo capaz de renovarse, transformarse; es una invitación a alzar con ilusión la mirada hacia el futuro y, a su vez, nos desafía positivamente en el presente. Esta realidad nos lleva

inevitablemente a reflexionar sobre la propia responsabilidad a la hora de construir el México que queremos, el México que deseamos legar a las generaciones venideras.

También, a darnos cuenta de que un futuro esperanzador se forja en un presente de hombres y mujeres justos, honestos, capaces de empeñarse en el bien común, este «bien común» que en este siglo XXI no goza de buen mercado. La experiencia nos demuestra que, cada vez que buscamos el camino del

privilegio o beneficio de unos pocos en detrimento del bien de todos, tarde o temprano, la vida en sociedad se vuelve un terreno fértil para la corrupción, el narcotráfico, la exclusión de las culturas diferentes, la violencia e incluso el tráfico de personas, el secuestro y la muerte, causando sufrimiento y frenando el desarrollo.

El pueblo mexicano afianza su esperanza en la identidad que ha sido forjada en duros y difíciles momentos de su historia por grandes

testimonios de ciudadanos que han comprendido que, para poder superar las situaciones nacidas de la cerrazón del individualismo, era necesario el acuerdo de las Instituciones políticas, sociales y de mercado, y de todos los hombres y mujeres que se comprometen en la búsqueda del bien común y en la promoción de la dignidad de la persona.

Una cultura ancestral y un capital humano esperanzador, como el vuestro, tiene que ser la fuente de estímulo para que

encontremos nuevas formas de diálogo, de negociación, de puentes capaces de guiarnos por la senda del compromiso solidario. Un compromiso en el que todos, comenzando por los que nos llamamos cristianos, nos entreguemos a la construcción de «una política auténticamente humana» (*Gaudium et spes*, 73) y una sociedad en la que nadie se sienta víctima de la cultura del descarte.

A los dirigentes de la vida social, cultural y política, les corresponde de modo especial

trabajar para ofrecer a todos los ciudadanos la oportunidad de ser dignos actores de su propio destino, en su familia y en todos los círculos en los que se desarrolla la sociabilidad humana, ayudándoles a un acceso efectivo a los bienes materiales y espirituales indispensables: vivienda adecuada, trabajo digno, alimento, justicia real, seguridad efectiva, un ambiente sano y de paz. Esto no es sólo un asunto de leyes que requieran de actualizaciones y mejoras —

siempre necesarias—, sino de una urgente formación de la responsabilidad personal de cada uno, con pleno respeto del otro, como corresponsable en la causa común de promover el desarrollo nacional. Es una tarea que involucra a todo el pueblo mexicano en las distintas instancias, tanto públicas como privadas, tanto colectivas como individuales. Le aseguro señor Presidente que, en este esfuerzo, el Gobierno mexicano puede contar con la colaboración de la Iglesia católica, que ha

acompañado la vida de esta Nación y que renueva su compromiso y voluntad de servicio a la gran causa del hombre: la edificación de la civilización del amor.

Me dispongo a recorrer este hermoso y gran País como misionero y peregrino que quiere renovar con ustedes la experiencia de la misericordia, como un nuevo horizonte de posibilidad que es inevitablemente portador de justicia y de paz.

Y me pongo bajo la mirada de María, la Virgen de Guadalupe

-le pido que me mire- para que, por su intercesión, el Padre misericordioso nos conceda que estas jornadas y el futuro de esta tierra sean una oportunidad de encuentro, de comunión y de paz.
Muchas gracias.

*13 de febrero de 2016. Homilía
en la Santa Misa en la basílica
de Guadalupe.*

*Ciudad de México.
Sábado.*

Viaje apostólico del papa
francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

Escuchamos cómo María fue al
encuentro de su prima Isabel.
Sin demoras, sin dudas, sin
lentitud va a acompañar a su
pariente que estaba en
los últimos meses de embarazo.
El encuentro con el ángel a

María no la detuvo, porque no se sintió privilegiada, ni que tenía que apartarse de la vida de los suyos. Al contrario, reavivó y puso en movimiento una actitud por la que María es y será reconocida siempre como la mujer del «sí», un sí de entrega a Dios y, en el mismo momento, un sí de entrega a sus hermanos. Es el sí que la puso en movimiento para dar lo mejor de ella yendo en camino al encuentro con los demás.

Escuchar este pasaje evangélico en esta casa tiene

un sabor especial. María, la mujer del sí, también quiso visitar a los habitantes de estas tierras de América en la persona del indio san Juan Diego. Así como se movió por los caminos de Judea y Galilea, de la misma manera caminó al Tepeyac, con sus ropas, usando su lengua, para servir a esta gran Nación. Y, así como acompañó la gestación de Isabel, ha acompañado y acompaña la gestación de esta bendita tierra mexicana. Así como se hizo presente al pequeño Juanito, de esa misma

manera se sigue haciendo presente a todos nosotros; especialmente a aquellos que como él sienten «que no valían nada» (cf. *Nican Mopohua*, 55). Esta elección particular, digamos preferencial, no fue en contra de nadie sino a favor de todos. El pequeño indio Juan, que se llamaba a sí mismo como «mecapal, cacaxtle, cola, ala, sometido a cargo ajeno» (cf. *ibíd*, 55), se volvía «el embajador, muy digno de confianza».

En aquel amanecer de diciembre de 1531 se producía

el primer milagro que luego será la memoria viva de todo lo que este Santuario custodia. En ese amanecer, en ese encuentro, Dios despertó la esperanza de su hijo Juan, la esperanza de un pueblo. En ese amanecer, Dios despertó y despierta la esperanza de los pequeños, de los sufrientes, de los desplazados y descartados, de todos aquellos que sienten que no tienen un lugar digno en estas tierras. En ese amanecer, Dios se acercó y se acerca al corazón sufriente pero resistente de tantas

madres, padres, abuelos que han visto partir, perder o incluso arrebatarseles criminalmente a sus hijos.

En ese amanecer,

Juancito experimenta en su propia vida lo que es la esperanza, lo que es la misericordia de Dios. Él es elegido para supervisar, cuidar, custodiar e impulsar la construcción de este Santuario. En repetidas ocasiones le dijo a la Virgen que él no era la persona adecuada, al contrario, si quería llevar adelante esa obra tenía que elegir a otros,

ya que él no era ilustrado, letrado o perteneciente al grupo de los que podrían hacerlo. María, empecinada — con el empecinamiento que nace del corazón misericordioso del Padre— le dice: no, que él sería su embajador.

Así logra despertar algo que él no sabía expresar, una verdadera bandera de amor y de justicia: en la construcción de ese otro santuario, el de la vida, el de nuestras comunidades, sociedades y culturas, nadie puede quedar afuera. Todos somos

necesarios, especialmente aquellos que normalmente no cuentan por no estar a la «altura de las circunstancias» o por no «aportar el capital necesario» para la construcción de las mismas. El Santuario de Dios es la vida de sus hijos, de todos y en todas sus condiciones, especialmente de los jóvenes sin futuro expuestos a un sinfín de situaciones dolorosas, riesgosas, y la de los ancianos sin reconocimiento, olvidados en tantos rincones. El santuario de Dios son nuestras familias

que necesitan de los mínimos necesarios para poder construirse y levantarse. El santuario de Dios es el rostro de tantos que salen a nuestros caminos...

Al venir a este Santuario nos puede pasar lo mismo que le pasó a Juan Diego. Mirar a la Madre desde nuestros dolores, miedos, desesperaciones, tristezas, y decirle: «Madre, ¿qué puedo aportar yo si no soy un letrado?». Miramos a la madre con ojos que dicen: son tantas las situaciones que nos quitan la fuerza, que hacen

sentir que no hay espacio para
la esperanza, para el cambio,
para la transformación.

Por eso creo que hoy nos va
a hacer bien un poco de
silencio, y mirarla a ella,
mirarla mucho y calmamente, y
decirle como lo hizo aquel otro
hijo que la quería mucho:

«Mirarte simplemente, Madre,
dejar abierta sólo la mirada;
mirarte toda sin decirte nada,
decirte todo, mudo y reverente.

No perturbar el viento de tu
frente;

sólo acunar mi soledad
violada,

en tus ojos de Madre
enamorada
y en tu nido de tierra
trasparente.

Las horas se desploman;
sacudidos,
muerden los hombres necios la
basura
de la vida y de la muerte, con
sus ruidos.

Mirarte, Madre; contemplarte
apenas,
el corazón callado en tu
ternura,
en tu casto silencio de
azucenas».

(Himno litúrgico)

Y en silencio, y en este estar mirándola, escuchar una vez más que nos vuelve a decir: «¿Qué hay hijo mío el más pequeño?, ¿qué entristece tu corazón?» (cf. *Nican Mopohua*, 107.118). «¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?» (*ibíd.*, 119). Ella nos dice que tiene el «honor» de ser nuestra madre. Eso nos da la certeza de que las lágrimas de los que sufren no son estériles. Son una oración silenciosa que sube hasta el cielo y que en María encuentra siempre lugar en su

manto. En ella y con ella, Dios se hace hermano y compañero de camino, carga con nosotros las cruces para no quedar aplastados por nuestros dolores.

¿Acaso no soy yo tu madre?
¿No estoy aquí? No te dejes vencer por tus dolores, tristezas, nos dice. Hoy nuevamente nos vuelve a enviar, como a Juanito; hoy nuevamente nos vuelve a decir, sé mi embajador, sé mi enviado a construir tantos y nuevos santuarios, acompañar tantas vidas, consolar tantas lágrimas.

Tan sólo camina por los caminos de tu vecindario, de tu comunidad, de tu parroquia como mi embajador, mi embajadora; levanta santuarios compartiendo la alegría de saber que no estamos solos, que ella va con nosotros. Sé mi embajador, nos dice, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, da lugar al necesitado, viste al desnudo y visita al enfermo. Socorre al que está preso, no lo dejes solo, perdona al que te lastimó, consuela al que esta triste, ten paciencia con los demás y,

especialmente, pide y ruega a nuestro Dios. Y, en silencio, le decimos lo que nos venga al corazón.

¿Acaso no soy yo tu madre?
¿Acaso no estoy yo aquí?, nos vuelve a decir María. Anda a construir mi santuario, ayúdame a levantar la vida de mis hijos, que son tus hermanos.

13 de febrero de 2016.

*Discurso en el encuentro con
los obispos de México.*

*Catedral Metropolitana, Ciudad
de México.*

Sábado.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

Queridos hermanos:

Estoy contento de poder
encontrarlos al día siguiente de
mi llegada a este País al cual,

siguiendo los pasos de mis Predecesores, también he venido a visitar.

No podía dejar de venir ¿Podría el Sucesor de Pedro, llamado del lejano sur latinoamericano, privarse de poder posar la propia mirada sobre la «Virgen Morenita»?.

Les agradezco que me reciban en esta Catedral, «casita», «casita» prolongada pero siempre «sagrada», que pidió la Virgen de Guadalupe, y por las amables palabras de acogida que me han dirigido.

Porque sé que aquí se halla el

corazón secreto de cada mexicano, entro con pasos suaves como corresponde entrar en la casa y en el alma de este pueblo y estoy profundamente agradecido por abrirme la puerta. Sé que mirando los ojos de la Virgen alcanzo la mirada de vuestra gente que, en Ella, ha aprendido a manifestarse. Sé que ninguna otra voz puede hablar así tan profundamente del corazón mexicano como me puede hablar la Virgen; Ella custodia sus más altos deseos sus más recónditas esperanzas;

Ella recoge sus alegrías y sus lágrimas; Ella comprende sus numerosos idiomas y les responde con ternura de Madre porque son sus propios hijos. Estoy contento de estar con ustedes aquí, en las cercanías del «Cerro del Tepeyac», como en los albores de la evangelización de este Continente y, por favor, les pido que me consientan que todo cuanto les diga pueda hacerlo partiendo desde la Guadalupana. Cuánto quisiera que fuese Ella misma quien les lleve, hasta lo profundo de sus

almas de Pastores y, por medio de ustedes, a cada una de sus Iglesias particulares presentes en este vasto México, todo lo que fluye intensamente del corazón del Papa.

Como hizo San Juan Diego, y lo hicieron las sucesivas generaciones de los hijos de la Guadalupana, también el Papa cultivaba desde hace tiempo el deseo de mirarla. Más aún, quería yo mismo ser alcanzado por su mirada materna. He reflexionado mucho sobre el misterio de esta mirada y les ruego acojan cuanto brota de

mi corazón de Pastor en este momento.

Una mirada de ternura

Ante todo, la «Virgen Morenita» nos enseña que la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa

irreversible de su misericordia. Un inquieto y notable literato de esta tierra dijo que en Guadalupe ya no se pide la abundancia de las cosechas o la fertilidad de la tierra, sino que se busca un regazo en el cual los hombres, siempre huérfanos y desheredados, están en la búsqueda de un resguardo, de un hogar. Transcurridos siglos del evento fundante de este País y de la evangelización del Continente, ¿acaso se ha diluido, se ha olvidado, la necesidad de regazo que anhela el corazón

del pueblo que se les ha
confiado a ustedes?

Conozco la larga y dolorosa
historia que han atravesado, no
sin derramar tanta sangre, no
sin impetuosas y desgarradoras
convulsiones, no sin violencia e
incomprensiones. Con razón mi
venerado y santo Predecesor,
que en México estaba como en
su casa, ha querido recordar
que «como ríos a veces ocultos
y siempre caudalosos, tres
realidades que unas veces se
encuentran y otras revelan sus
diferencias complementarias,
sin jamás confundirse del todo:

la antigua y rica sensibilidad de los pueblos indígenas que amaron Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga, a quienes muchos de estos pueblos siguen llamando padres; el cristianismo arraigado en el alma de los mexicanos; y la moderna racionalidad de corte europeo que tanto ha querido enaltecer la independencia y la libertad» (Juan Pablo II, Discurso en la ceremonia de bienvenida en México, 22 enero 1999).

Y en esta historia, el regazo materno que continuamente ha

generado a México, aunque a veces pareciera una «red que recogía ciento cincuenta y tres peces» (*Jn 21,11*), no se demostró jamás infecundo, y las amenazantes fracturas se recompusieron siempre.

Por eso, les invito a partir nuevamente de esta necesidad de regazo que promana del alma de vuestro pueblo. El regazo de la fe cristiana es capaz de reconciliar el pasado, frecuentemente marcado por la soledad, el aislamiento y la marginación, con el futuro continuamente relegado a un

mañana que se escabulle. Sólo en aquel regazo se puede, sin renunciar a la propia identidad, «descubrir la profunda verdad de la nueva humanidad, en la cual todos están llamados a ser hijos de Dios» (Id. Homilía en la Canonización de san Juan Diego).

Reclínense pues, hermanos, con delicadeza y respeto, sobre el alma profunda de su gente, desciendan con atención y descifren su misterioso rostro. El presente, frecuentemente disuelto en dispersión y fiesta, ¿acaso no es también

propedéutico a Dios que es sólo y pleno presente? ¿La familiaridad con el dolor y la muerte no son formas de coraje y caminos hacia la esperanza? La percepción de que el mundo sea siempre y solamente para redimir, ¿no es antídoto a la autosuficiencia prepotente de cuantos creen poder prescindir de Dios?

Naturalmente, por todo esto se necesita una mirada capaz de reflejar la ternura de Dios. Sean por lo tanto Obispos de mirada limpia, de alma transparente, de rostro

luminoso. No le tengan miedo a la transparencia. La Iglesia no necesita de la oscuridad para trabajar. Vigilen para que sus miradas no se cubran de las penumbras de la niebla de la mundanidad; no se dejen corromper por el materialismo trivial ni por las ilusiones seductoras de los acuerdos debajo de la mesa; no pongan su confianza en los «carros y caballos» de los faraones actuales, porque nuestra fuerza es la «columna de fuego» que rompe dividiendo en dos las marejadas del mar, sin hacer

grande rumor (cf. *Ex* 14,24-25).

El mundo en el cual el Señor nos llama a desarrollar nuestra misión se ha vuelto muy complejo. Y aunque la prepotente idea del «*cogito*», que no negaba que hubiese al menos una roca sobre la arena del ser, hoy está dominada por una concepción de la vida, considerada por muchos, más que nunca, vacilante, errabunda y anómica, porque carece de sustrato sólido. Las fronteras, tan intensamente invocadas y sostenidas, se han

vuelto permeables a la novedad de un mundo en el cual la fuerza de algunos ya no puede sobrevivir sin la vulnerabilidad de otros. La irreversible hibridación de la tecnología hace cercano lo que está lejano pero, lamentablemente, hace distante lo que debería estar cerca.

Y, precisamente en este mundo así, Dios les pide tener una mirada capaz de interceptar la pregunta que grita en el corazón de vuestra gente, la única que posee en el propio calendario una «fiesta del

grito». A ese grito es necesario responder que Dios existe y está cerca a través de Jesús. Que sólo Dios es la realidad sobre la cual se puede construir, porque «Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano» (Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia General del CELAM, 13 mayo 2007).

En las miradas de ustedes, el Pueblo mexicano tiene el derecho de encontrar las huellas de quienes «han visto

al Señor» (cf. *Jn* 20,25), de quienes han estado con Dios. Esto es lo esencial. No pierdan, entonces, tiempo y energías en las cosas secundarias, en las habladurías e intrigas, en los vanos proyectos de carrera, en los vacíos planes de hegemonía, en los infecundos clubs de intereses o de consorterías. No se dejen arrastrar por las murmuraciones y las maledicciones. Introduzcan a sus sacerdotes en esa comprensión del sagrado ministerio. A nosotros,

ministros de Dios, basta la gracia de «beber el cáliz del Señor», el don de custodiar la parte de su heredad que se nos ha confiado, aunque seamos inexpertos administradores. Dejemos al Padre asignarnos el puesto que nos tiene preparado (cf. *Mt 20,20-28*). ¿Acaso podemos estar de verdad ocupados en otras cosas si no en las del Padre? Fuera de las «cosas del Padre» (*Lc 2,48-49*) perdemos nuestra identidad y, culpablemente, hacemos vana su gracia. Si nuestra mirada no

testimonia haber visto a Jesús, entonces las palabras que recordamos de Él resultan solamente figuras retóricas vacías. Quizás expresen la nostalgia de aquellos que no pueden olvidar al Señor, pero de todos modos son sólo el balbucear de huérfanos junto al sepulcro. Palabras finalmente incapaces de impedir que el mundo quede abandonado y reducido a la propia potencia desesperada.

Pienso en la necesidad de ofrecer un regazo materno a los jóvenes. Que vuestras

miradas sean capaces de cruzarse con las miradas de ellos, de amarlos y de captar lo que ellos buscan, con aquella fuerza con la que muchos como ellos han dejado barcas y redes sobre la otra orilla del mar (cf. *Mc* 1,17-18), han abandonado bancos de extorsiones con tal de seguir al Señor de la verdadera riqueza (cf. *Mt* 9,9).

Me preocupan tantos que, seducidos por la potencia vacía del mundo, exaltan las quimeras y se revisten de sus macabros símbolos para

comercializar la muerte en cambio de monedas que, al final, «la polilla y el óxido echan a perder, y por lo que los ladrones perforan muros y roban» (*Mt 6,20*). Les ruego no minusvalorar el desafío ético y anticívico que el narcotráfico representa para la juventud y para la entera sociedad mexicana, comprendida la Iglesia.

La proporción del fenómeno, la complejidad de sus causas, la inmensidad de su extensión, como metástasis que devora, la gravedad de la violencia que

disgrega y sus trastornadas conexiones, no nos consienten a nosotros, Pastores de la Iglesia, refugiarnos en condenas genéricas –formas de nominalismo– sino que exigen un coraje profético y un serio y cualificado proyecto pastoral para contribuir, gradualmente, a entretejer aquella delicada red humana, sin la cual todos seríamos desde el inicio derrotados por tal insidiosa amenaza. Sólo comenzando por las familias; acercándonos y abrazando a la periferia humana y existencial de los

territorios desolados de
nuestras ciudades;
involucrando las comunidades
parroquiales, las escuelas, las
instituciones comunitarias, la
comunidades políticas, las
estructuras de seguridad; sólo
así se podrá liberar totalmente
de las aguas en las cuales
lamentablemente se ahogan
tantas vidas, sea la vida de
quien muere como víctima, sea
la de quien delante de Dios
tendrá siempre las manos
manchadas de sangre, aunque
tenga los bolsillos llenos de
dinero sórdido y la conciencia

anestesiada.

Volviendo la mirada a María de Guadalupe diré una segunda cosa:

Una mirada capaz de tejer

En el manto del alma mexicana Dios ha tejido, con el hilo de las huellas mestizas de su gente, el rostro de su manifestación en la «Morenita». Dios no necesita de colores apagados para diseñar su rostro. Los diseños de Dios no están condicionados por los colores y por los hilos, sino que están determinados por la irreversibilidad de su amor que

quiere persistentemente imprimirse en nosotros. Sean, por tanto, Obispos capaces de imitar esta libertad de Dios eligiendo cuanto es humilde para hacer visible la majestad de su rostro y de copiar esta paciencia divina en tejer, con el hilo fino de la humanidad que encuentren, aquel hombre nuevo que su país espera. No se dejen llevar por la vana búsqueda de cambiar de pueblo, como si el amor de Dios no tuviese bastante fuerza para cambiarlo. Redescubran pues la sabia y

humilde constancia con que los Padres de la fe de esta Patria han sabido introducir a las generaciones sucesivas en la semántica del misterio divino. Primero aprendiendo y, luego, enseñando la gramática necesaria para dialogar con aquel Dios, escondido en los siglos de su búsqueda y hecho cercano en la persona de su Hijo Jesús, que hoy tantos reconocen en la imagen ensangrentada y humillada, como figura del propio destino. Imiten su condescendencia y su capacidad de reclinarse. No

comprenderemos jamás bastante el hecho de que con los hilos mestizos de nuestra gente Dios entretejió el rostro con el cual se da a conocer. Nunca seremos suficientemente agradecidos a este inclinarse, a esta "sincatábasis". Una mirada de singular delicadeza les pido para los pueblos indígenas, para ellos y sus fascinantes, y no pocas veces, masacradas culturas. México tiene necesidad de sus raíces amerindias para no quedarse en un enigma irresuelto. Los indígenas de

México aún esperan que se les reconozca efectivamente la riqueza de su contribución y la fecundidad de su presencia, para heredar aquella identidad que les convierte en una Nación única y no solamente una entre otras.

Se ha hablado muchas veces del presunto destino incumplido de esta Nación, del «laberinto de la soledad» en el cual estaría aprisionada, de la geografía como destino que la entrapa. Para algunos, todo esto sería obstáculo para el diseño de un rostro unitario, de

una identidad adulta, de una posición singular en el concierto de las naciones y de una misión compartida.

Para otros, también la Iglesia en México estaría condenada a escoger entre sufrir la inferioridad en la cual fue relegada en algunos períodos de su historia, como cuando su voz fue silenciada y se buscó amputar su presencia, o aventurarse en los fundamentalismos para volver a tener certezas provisionarias – como aquel «*cogito*» famoso– olvidándose de tener anidada

en su corazón la sed de Absoluto y ser llamada en Cristo a reunir a todos y no sólo una parte (cf. Lumen gentium, 1, 1).

No se cansen en cambio de recordarle a su Pueblo cuánto son potentes las raíces antiguas, que han permitido la viva síntesis cristiana de comunión humana, cultural y espiritual que se forjó aquí. Recuerden que las alas de su Pueblo ya se han desplegado varias veces por encima de no pocas vicisitudes. Custodien la memoria del largo camino

hasta ahora recorrido – sean *deuteronomicos*– y sepan suscitar la esperanza de nuevas metas, porque el mañana será una tierra «rica de frutos» aunque nos plantee desafíos no indiferentes (cf. *Nm* 13,27-28). Que las miradas de ustedes, reposadas siempre y solamente en Cristo, sean capaces de contribuir a la unidad de su Pueblo; de favorecer la reconciliación de sus diferencias y la integración de sus diversidades; de promover la solución de sus problemas endógenos; de recordar la

medida alta, que México puede alcanzar si aprende a pertenecerse a sí mismo antes que a otros; de ayudar a encontrar soluciones compartidas y sostenibles para sus miserias; de motivar a la entera Nación a no contentarse con menos de cuanto se espera del modo mexicano de habitar el mundo.

Una tercera reflexión:

Una mirada atenta y cercana, no adormecida

Les ruego no caer en la paralización de dar viejas respuestas a las nuevas

demandas. Vuestro pasado es un pozo de riquezas donde excavar, que puede inspirar el presente e iluminar el futuro. ¡Ay de ustedes si se duermen en sus laureles! Es necesario no desperdiciar la herencia recibida, custodiándola con un trabajo constante. Están asentados sobre espaldas de gigantes: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, fieles «hasta el final», que han ofrecido la vida para que la Iglesia pudiese cumplir la propia misión. Desde lo alto de ese podio están llamados a

lanzar una mirada amplia sobre el campo del Señor para planificar la siembra y esperar la cosecha.

Los invito a cansarse, a cansarse sin miedo en la tarea de evangelizar y de profundizar la fe mediante una catequesis mistagógica que sepa atesorar la religiosidad popular de su gente. Nuestro tiempo requiere atención pastoral a las personas y a los grupos, que esperan poder salir al encuentro del Cristo vivo. Solamente una valerosa conversión pastoral –y subrayo

conversión pastoral– de nuestras comunidades puede buscar, generar y nutrir a los actuales discípulos de Jesús (cf. *Documento de Aparecida*, 226, 368, 370).

Por tanto, es necesario para nosotros, pastores, superar la tentación de la distancia –y dejo a cada uno de ustedes que haga el catálogo de las distancias que pueden existir en esta Conferencia Episcopal; no las conozco, pero superar la tentación de la distancia– y del clericalismo, de la frialdad y de la indiferencia, del

comportamiento triunfal y de la autoreferencialidad. Guadalupe nos enseña que Dios es familiar, cercano, en su rostro, que la proximidad y la condescendencia, ese agacharse y acercarse, pueden más que la fuerza, que cualquier tipo de fuerza. Como enseña la bella tradición guadalupana, la «Morenita» custodia las miradas de aquellos que la contemplan, refleja el rostro de aquellos que la encuentran. Es necesario aprender que hay algo de irrepetible en cada uno de

aquellos que nos miran en la búsqueda de Dios. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas. Custodiar en nosotros a cada uno de ellos, conservarlos en el corazón, resguardarlos. Sólo una Iglesia que sepa resguardar el rostro de los hombres que van a tocar a su puerta es capaz de hablarles de Dios. Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades, nada podremos ofrecerles. La riqueza que tenemos fluye solamente cuando encontramos

la poquedad de aquellos que mendigan y, precisamente, este encuentro se realiza en nuestro corazón de Pastores.

Y el primer rostro que les suplico custodien en su corazón es el de sus sacerdotes. No los dejen expuestos a la soledad y al abandono, presa de la mundanidad que devora el corazón. Estén atentos y aprendan a leer sus miradas para alegrarse con ellos cuando sientan el gozo de contar cuanto «han hecho y enseñado» (*Mc 6,30*), y también para no echarse atrás

cuando se sienten un poco rebajados y no puedan hacer otra cosa que llorar porque «han negado al Señor» (cf. *Lc 22,61-62*), y también, por qué no, para sostener, en comunión con Cristo, cuando alguno, ya abatido, saldrá con Judas «en la noche» (*Jn13,30*). En estas situaciones, que nunca falte la paternidad de ustedes, Obispos, para con sus sacerdotes. Animen la comunión entre ellos; hagan perfeccionar sus dones; intégrenlos en las grandes causas, porque el corazón del

apóstol no fue hecho para cosas pequeñas.

La necesidad de familiaridad habita en el corazón de Dios. Nuestra Señora de Guadalupe pide, pues, únicamente una «casita sagrada». Nuestros pueblos latinoamericanos entienden bien el lenguaje diminutivo –una casita sagrada– y de muy buen grado lo usan. Quizá tienen necesidad del diminutivo porque de otra forma se sentirían perdidos. Se adaptaron a sentirse disminuidos y se acostumbraron a vivir en la

modestia.

La Iglesia, cuando se congrega en una majestuosa Catedral, no podrá hacer menos que comprenderse como una «casita» en la cual sus hijos pueden sentirse a su propio gusto. Delante de Dios sólo se permanece si se es pequeño, si se es huérfano, si se es mendicante. El protagonista de la historia de salvación es el mendigo.

«Casita» familiar y al mismo tiempo «sagrada», porque la proximidad se llena de la grandeza omnipotente. Somos

guardianes de este misterio. Tal vez hemos perdido este sentido de la humilde medida divina, y nos cansamos de ofrecer a los nuestros la «casita» en la cual se sienten íntimos con Dios. Puede darse también que, habiendo descuidado un poco el sentido de su grandeza, se haya perdido parte del temor reverente hacia un tal amor. Donde Dios habita, el hombre no puede acceder sin ser admitido y entra solamente «quitándose las sandalias» (cf. *Ex* 3, 5) para confesar la propia insuficiencia.

Y este habernos olvidado de este «quitarse las sandalias» para entrar, ¿no está posiblemente en la raíz de la pérdida del sentido de la sacralidad de la vida humana, de la persona, de los valores esenciales, de la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos, del respeto a la naturaleza? Sin rescatar, en la conciencia de los hombres y de la sociedad, estas raíces profundas, incluso al trabajo generoso en favor de los legítimos derechos humanos le faltará la savia vital que puede

provenir sólo de un manantial que la humanidad no podrá darse jamás a sí misma.

Y, siempre mirando a la Madre, para terminar:

Una mirada de conjunto y de unidad

Sólo mirando a la «Morenita», México se comprende por completo. Por tanto, les invito a comprender que la misión que la Iglesia hoy les confía, y siempre les confió, requiere esta mirada que abarque la totalidad. Y esto no puede realizarse aisladamente, sino sólo en comunión.

La Guadalupana está ceñida de una cintura que anuncia su fecundidad. Es la Virgen que lleva ya en el vientre el Hijo esperado por los hombres. Es la Madre que ya gesta la humanidad del nuevo mundo naciente. Es la Esposa que prefigura la maternidad fecunda de la Iglesia de Cristo. Ustedes tienen la misión de ceñir toda la Nación mexicana con la fecundidad de Dios. Ningún pedazo de esta cinta puede ser despreciado. El episcopado mexicano ha cumplido notables pasos en

estos años conciliares; ha aumentado sus miembros; se ha promovido una permanente formación, continua y cualificada; el ambiente fraterno no faltó; el espíritu de colegialidad ha crecido; las intervenciones pastorales han influido sobre sus Iglesias y sobre la conciencia nacional; los trabajos pastorales compartidos han sido fructuosos en los campos esenciales de la misión eclesial como la familia, las vocaciones y la presencia social. Mientras nos alegramos por el

camino de estos años, les pido que no se dejen desanimar por las dificultades y de no ahorrar todo esfuerzo posible por promover, entre ustedes y en sus diócesis, el celo misionero, sobre todo hacia las partes más necesitadas del único cuerpo de la Iglesia mexicana.

Redescubrir que la Iglesia es misión es fundamental para su futuro, porque sólo el «entusiasmo, el estupor convencido» de los evangelizadores tiene la fuerza de arrastre. Les ruego especialmente cuidar la

formación y la preparación de los laicos, superando toda forma de clericalismo e involucrándolos activamente en la misión de la Iglesia, sobre todo en el hacer presente, con el testimonio de la propia vida, el evangelio de Cristo en el mundo.

A este Pueblo mexicano, le ayudará mucho un testimonio unificador de la síntesis cristiana y una visión compartida de la identidad y del destino de su gente. En este sentido, sería muy importante que la Pontificia

Universidad de México esté cada vez más en el corazón de los esfuerzos eclesiales para asegurar aquella mirada de universalidad sin la cual la razón, resignada a módulos parciales, renuncia a su más alta aspiración de búsqueda de la verdad.

La misión es vasta y llevarla adelante requiere múltiples caminos. Y, con más viva insistencia, los exhorto a conservar la comunión y la unidad entre ustedes. Esto es esencial, hermanos. Esto no está en el texto pero me sale

ahora. Si tienen que pelearse, peléense; si tienen que decirse cosas, se las digan; pero como hombres, en la cara, y como hombres de Dios que después van a rezar juntos, a discernir juntos. Y si se pasaron de la raya, a pedirse perdón, pero mantengan la unidad del cuerpo episcopal. Comunión y unidad entre ustedes. La comunión es la forma vital de la Iglesia y la unidad de sus Pastores da prueba de su veracidad. México, y su vasta y multiforme Iglesia, tienen necesidad de Obispos

servidores y custodios de la unidad edificada sobre la Palabra del Señor, alimentada con su Cuerpo y guiada por su Espíritu, que es el aliento vital de la Iglesia.

No se necesitan «príncipes», sino una comunidad de testigos del Señor. Cristo es la única luz; es el manantial de agua viva; de su respiro sale el Espíritu, que despliega las velas de la barca eclesial. En Cristo glorificado, que la gente de este pueblo ama honrar como Rey, enciendan juntos la luz, cólmense de su presencia que

no se extingue; respiren a pleno pulmón el aire bueno de su Espíritu. Toca a ustedes sembrar a Cristo sobre el territorio, tener encendida su luz humilde que clarifica sin ofuscar, asegurar que en sus aguas se colme la sed de su gente; extender las velas para que sea el soplo del Espíritu quien las despliegue y no encalle la barca de la Iglesia en México.

Recuerden que la *Esposa*, la *Esposa* de cada uno de ustedes, la Madre Iglesia, sabe bien que el Pastor

amado (cf. *Ct* 1,7) será encontrado sólo donde los pastos son herbosos y los riachuelos cristalinos. La Esposa desconfía de los compañeros del Esposo que, alguna vez por desidia o incapacidad, conducen la grey por lugares áridos y llenos de peñascos. ¡Ay de nosotros pastores, compañeros del Supremo Pastor, si dejamos vagar a su *Esposa* porque en la tienda que nos hicimos el Esposo no se encuentra! Permítanme una última palabra para expresar el aprecio del

Papa por todo cuanto están haciendo para afrontar el desafío de nuestra época representada en las migraciones. Son millones los hijos de la Iglesia que hoy viven en la diáspora o en tránsito, peregrinando hacia el norte en búsqueda de nuevas oportunidades. Muchos de ellos dejan atrás las propias raíces para aventurarse, aun en la clandestinidad que implica todo tipo de riesgos, en búsqueda de la «luz verde» que juzgan como su esperanza. Tantas familias se dividen; y no

siempre la integración en la presunta «tierra prometida» es tan fácil como se piensa.

Hermanos, que sus corazones sean capaces de seguirlos y alcanzarlos más allá de las fronteras. Refuercen la comunión con sus hermanos del episcopado estadounidense, para que la presencia materna de la Iglesia mantenga viva las raíces de su fe, de la fe de ese pueblo, las razones de sus esperanzas y la fuerza de su caridad. Que no les suceda a ellos que, *colgando* sus cítaras, se *enmudezcan* sus alegrías,

olvidándose de Jerusalén y convirtiéndose en «exilados de sí mismos» (*Sal* 136).

Testimonien juntos que la Iglesia es custodia de una visión unitaria del hombre y no puede compartir que sea reducido a un mero «recurso» humano.

No será vana la premura de sus diócesis en el echar el poco bálsamo que tienen en los pies heridos de quien atraviesa sus territorios y de gastar por ellos el dinero duramente colectado; el Samaritano divino, al final, enriquecerá a quien no pasó

indiferente ante Él cuando estaba caído sobre el camino (cf. *Lc 10,25-37*).

Queridos hermanos, el Papa está seguro de que México y su Iglesia llegarán a tiempo a la cita consigo mismos, con la historia, con Dios. Tal vez alguna piedra en el camino retrasa la marcha, y la fatiga del trayecto exigirá alguna parada, pero no será jamás bastante para hacer perder la meta. Porque, ¿puede llegar tarde quien tiene una Madre que lo espera? ¿Quién continuamente puede sentir

resonar en el propio corazón
«no estoy aquí, Yo, que soy tu
Madre»? Gracias.

14 de febrero de 2016. Homilía en la Santa Misa en el área del centro de estudios de Ecatepec.

Domingo.

Viaje apostólico del papa francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

El miércoles pasado hemos comenzado el tiempo litúrgico de la cuaresma, en el que la Iglesia nos invita a prepararnos para celebrar la gran fiesta de la Pascua. Tiempo especial para recordar el regalo de nuestro bautismo, cuando fuimos

hechos hijos de Dios. La Iglesia nos invita a reavivar el don que se nos ha obsequiado para no dejarlo dormido como algo del pasado o en un «cajón de los recuerdos». Este tiempo de cuaresma es un buen momento para recuperar la alegría y la esperanza que hace sentirnos hijos amados del Padre. Este Padre que nos espera para sacarnos las ropas del cansancio, de la apatía, de la desconfianza y así vestirnos con la dignidad que solo un verdadero padre o madre sabe darle a sus hijos, las

vestimentas que nacen de la ternura y del amor.

Nuestro Padre es el Padre de una gran familia, es nuestro Padre. Sabe tener un amor único, pero no sabe generar y criar «hijos únicos». Es un Dios que sabe de hogar, de hermandad, de pan partido y compartido. Es el Dios del Padre nuestro, no del «padre mío» y «padraastro vuestro». En cada uno de nosotros anida, vive, ese sueño de Dios que en cada Pascua, en cada eucaristía lo volvemos a celebrar, somos hijos de Dios. Sueño con el que

han vivido tantos hermanos nuestros a lo largo y ancho de la historia. Sueño testimoniado por la sangre de tantos mártires de ayer y de hoy. Cuaresma, tiempo de conversión, porque a diario hacemos experiencia en nuestra vida de cómo ese sueño se vuelve continuamente amenazado por el padre de la mentira —escuchamos en el Evangelio lo que hacía con Jesús—, por aquel que busca separarnos, generando una familia dividida y enfrentada. Una sociedad dividida y

enfrentada. Una sociedad de pocos y para pocos. Cuántas veces experimentamos en nuestra propia carne, o en la de nuestra familia, en la de nuestros amigos o vecinos, el dolor que nace de no sentir reconocida esa dignidad que todos llevamos dentro. Cuántas veces hemos tenido que llorar y arrepentirnos por darnos cuenta de que no hemos reconocido esa dignidad en otros. Cuántas veces —y con dolor lo digo— somos ciegos e inmunes ante la falta del reconocimiento de la dignidad

propia y ajena.

Cuaresma, tiempo para ajustar los sentidos, abrir los ojos frente a tantas injusticias que atentan directamente contra el sueño y el proyecto de Dios.

Tiempo para desenmascarar esas tres grandes formas de tentaciones que rompen, dividen la imagen que Dios ha querido plasmar.

Las tres tentaciones de Cristo. Tres tentaciones del cristiano que intentan arruinar la verdad a la que hemos sido llamados.

Tres tentaciones que buscan

degradar y degradarnos.

Primera, la riqueza, adueñándonos de bienes que han sido dados para todos y utilizándolos tan sólo para mí o «para los míos». Es tener el «pan» a base del sudor del otro, o hasta de su propia vida. Esa riqueza que es el pan con sabor a dolor, amargura, a sufrimiento. En una familia o en una sociedad corrupta, ese es el pan que se le da de comer a los propios hijos. Segunda tentación, la vanidad, esa búsqueda de prestigio en base a la descalificación continua y

constante de los que «no son como uno». La búsqueda exacerbada de esos cinco minutos de fama que no perdona la «fama» de los demás, y, «haciendo leña del árbol caído», va dejando paso a la tercera tentación, la peor, la del orgullo, o sea, ponerse en un plano de superioridad del tipo que fuese, sintiendo que no se comparte la «común vida de los mortales», y que reza todos los días: «Gracias te doy, Señor, porque no me has hecho como ellos».

Tres tentaciones de Cristo.

Tres tentaciones a las que el cristiano se enfrenta diariamente.

Tres tentaciones que buscan degradar, destruir y sacar la alegría y la frescura del Evangelio. Que nos encierran en un círculo de destrucción y de pecado.

Vale la pena que nos preguntemos:

¿Hasta dónde somos conscientes de estas tentaciones en nuestra persona, en nosotros mismos?

¿Hasta dónde nos hemos habituado a un estilo de vida

que piensa que en la riqueza, en la vanidad y en el orgullo está la fuente y la fuerza de la vida?

¿Hasta dónde creemos que el cuidado del otro, nuestra preocupación y ocupación por el pan, el nombre y la dignidad de los demás son fuente de alegría y esperanza?

Hemos optado por Jesús y no por el demonio. Si nos acordamos lo que escuchamos en el Evangelio, Jesús no le contesta al demonio con ninguna palabra propia, sino que le contesta con las palabras

de Dios, con las palabras de la Escritura. Porque, hermanas y hermanos, metámoslo en la cabeza, con el demonio no se dialoga, no se puede dialogar, porque nos va a ganar siempre. Solamente la fuerza de la Palabra de Dios lo puede derrotar. Hemos optado por Jesús y no por el demonio; queremos seguir sus huellas pero sabemos que no es fácil. Sabemos lo que significa ser seducidos por el dinero, la fama y el poder. Por eso, la Iglesia nos regala este tiempo, nos invita a la conversión con una

sola certeza: Él nos está esperando y quiere sanar nuestros corazones de todo lo que degrada, degradándose o degradando a otros. Es el Dios que tiene un nombre: misericordia. Su nombre es nuestra riqueza, su nombre es nuestra fama, su nombre es nuestro poder y en su nombre una vez más volvemos a decir con el salmo: «Tú eres mi Dios y en ti confío». ¿Se animan a repetirlo juntos? Tres veces: «Tú eres mi Dios y en ti confío». «Tú eres mi Dios y en ti confío». «Tú eres mi Dios y

en ti confío».

Que en esta Eucaristía el Espíritu Santo renueve en nosotros la certeza de que su nombre es misericordia, y nos haga experimentar cada día que «el Evangelio llena el corazón y la vida de los que se encuentran con Jesús», sabiendo que con Él y en Él «siempre nace y renace la alegría» (*Evangelii gaudium*, 1).

14 de febrero 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

-
Viaje apostólico del Papa Francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

Área del Centro de Estudios de Ecatepec.

Queridos hermanos:

En la primera lectura de este domingo, Moisés le da una recomendación al pueblo. En el momento de la cosecha, en el momento de la abundancia, en

el momento de las primicias no te olvides de tus orígenes, no te olvides de dónde venís. La acción de gracias nace y crece en una persona y en un pueblo que sea capaz de hacer memoria. Tiene sus raíces en el pasado, que entre luces y sombras fue gestando el presente. En el momento que podemos dar gracias a Dios porque la tierra ha dado su fruto, y así poder producir el pan, Moisés invita a su pueblo a ser memorioso enumerando las situaciones difíciles por las cuales ha tenido que atravesar

(cf. *Dt* 26,5-11).

En este día de fiesta, en este día podemos celebrar lo bueno que el Señor ha sido con nosotros. Damos gracias por la oportunidad de estar reunidos presentándole al Buen Padre las primicias de nuestros hijos, nietos, de nuestros sueños y proyectos. Las primicias de nuestras culturas, de nuestras lenguas y de nuestras tradiciones. Las primicias de nuestros desvelos...

Cuánto ha tenido que pasar cada uno de ustedes para llegar hasta acá, cuánto han tenido

que «caminar» para hacer de este día una fiesta, una acción de gracias. Cuánto han caminado otros que no han podido llegar pero gracias a ellos nosotros hemos podido seguir andando.

Hoy, siguiendo la invitación de Moisés, queremos como pueblo hacer memoria, queremos ser el pueblo de la memoria viva del paso de Dios por su Pueblo, en su Pueblo. Queremos mirar a nuestros hijos sabiendo que heredarán no sólo una tierra, una lengua, una cultura y una tradición, sino que heredarán

también el fruto vivo de la fe que recuerda el paso seguro de Dios por esta tierra. La certeza de su cercanía y de su solidaridad. Una certeza que nos ayuda a levantar la cabeza y esperar con ganas la aurora. Con ustedes, también me uno a esta memoria agradecida. A este recuerdo vivo del paso de Dios por sus vidas. Mirando a sus hijos no puedo no dejar de hacer mías las palabras que un día les dirigió el beato Pablo VI al pueblo mexicano: «Un cristiano no puede menos que demostrar su solidaridad [...]

para solucionar la situación de aquellos a quienes aún no ha llegado el pan de la cultura o la oportunidad de un trabajo honorable, [...] no puede quedar insensible mientras las nuevas generaciones no encuentren el cauce para hacer realidad sus legítimas aspiraciones». Y luego prosigue el beato Pablo VI con una invitación a «estar siempre en primera línea en todos los esfuerzos [...] para mejorar la situación de los que sufren necesidad», a ver «en cada hombre un hermano y, en cada

hermano, a Cristo»
(Radiomensaje en el 75
aniversario de la Coronación de
Ntra. Sra. de Guadalupe 12
octubre 1970).

Quiero invitarlos hoy a estar en primera línea, a primerear en todas las iniciativas que ayuden a hacer de esta bendita tierra mexicana una tierra de oportunidad. Donde no haya necesidad de emigrar para soñar; donde no haya necesidad de ser explotado para trabajar; donde no haya necesidad de hacer de la desesperación y la pobreza de

muchos el oportunismo de unos pocos.

Una tierra que no tenga que llorar a hombres y mujeres, a jóvenes y niños que terminan destruidos en las manos de los traficantes de la muerte.

Esta tierra tiene sabor a Guadalupana, la que siempre es Madre se nos adelantó en el amor, y digámosle desde el corazón:

Virgen Santa, «ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres,

para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz» (*Evangelii gaudium*, 288).

El ángel del Señor anunció a María...

14 de febrero de 2016.

*Discurso en la visita al hospital
pediátrico "Federico Gómez"*

Ciudad de México.

Domingo.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

Señora Primera Dama.

Señora Secretaria de Salud.

Señor Director.

Miembros del Patronato.

Familias aquí presentes.

Amigas y amigos. Queridos niños.

Buenas tardes.

Agradezco a Dios la oportunidad que me regala de poder venir a visitarlos, de reunirme con ustedes y sus familias en este Hospital. Poder compartir un ratito de sus vidas, la de todas las personas que trabajan como médicos, enfermeras, miembros del personal y voluntarios que los atienden, tanta gente que está trabajando para ustedes.

Hay un pedacito en el Evangelio que nos cuenta la

vida de Jesús cuando era niño. Era bien chiquito, como algunos de ustedes. Un día los papás, José y María, lo llevaron al Templo para presentárselo a Dios. Y ahí se encuentran con un anciano que se llamaba Simeón, el cual cuando lo ve –muy decidido, el viejito, y con mucha alegría y gratitud–, lo toma en brazos y comienza a bendecir a Dios. Ver al niño Jesús provocó en él dos cosas: un sentimiento de agradecimiento y las ganas de bendecir. O sea, da gracias a Dios y le vinieron ganas de

bendecir, al viejo.

Simeón es el «abuelo» que nos enseña esas dos actitudes fundamentales de la vida: agradecer y, a su vez, bendecir. Acá, yo los bendigo a ustedes, los médicos los bendicen a ustedes, cada vez que los curan las enfermeras, todo el personal, todos los que trabajan, los bendicen a ustedes, los chicos; pero ustedes también tienen que aprender a bendecirlos a ellos y a pedirle a Jesús que los cuide porque ellos los cuidan a ustedes. Yo aquí –y no sólo por

la edad- me siento muy cercano a estas dos enseñanzas de Simeón. Por un lado, al cruzar esa puerta y ver sus ojos, sus sonrisas -algunos pillos-, sus rostros, me generó ganas de dar gracias. Gracias por el cariño que tienen en recibirme; gracias por ver el cariño con que se los cuida aquí, con el cariño con que se los acompaña. Gracias por el esfuerzo de tantos que están haciendo lo mejor para que puedan recuperarse rápido. Es tan importante sentirse cuidados y acompañados,

sentirse queridos y saber que están buscando la mejor manera de cuidarnos, por todas esas personas digo:

«¡Gracias!». «¡Gracias!».

Y, a su vez, quiero bendecirlos. Quiero pedirle a Dios que los bendiga, los acompañe a ustedes y a sus familias, a todas las personas que trabajan en esta casa y buscan que esas sonrisas sigan creciendo cada día. A todas las personas que no sólo con medicamentos sino con «la carioterapia» ayudan a que este tiempo sea vivido con mayor alegría. Tan

importante «la carioterapia». ¡Tan importante! A veces una caricia ayuda tanto a recuperarse.

¿Conocen al indio Juan Diego, ustedes, o no? [Responden: «Sí»] A ver, levante la mano quien lo conoce... Cuando el tío de Juanito estaba enfermo, él estaba muy preocupado y angustiado. En ese momento, se aparece la Virgencita de Guadalupe y le dice: «No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Tenemos a nuestra Madre, pidámosle para

que ella nos regale a su Hijo Jesús.

Y ahora, a los chicos les voy a pedir una cosa: cerremos los ojos, cerremos los ojos y pidamos lo que nuestro corazón hoy quiera. Un ratito de silencio con los ojos cerrados y adentro pidiendo lo que queremos. Y ahora juntos digamos a nuestra

Madre: «Dios te salve María...». Que el Señor y la Virgen de Guadalupe los acompañen siempre. Muchas gracias. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡No se olviden! Que

Dios los bendiga.

15 de febrero de 2016. Homilía en la santa misa con las comunidades indígenas de Chiapas.

Centro deportivo municipal, San Cristóbal de Las Casas.

Lunes.

Viaje apostólico del papa francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

Li smantal Kajvaltike toj lek – la ley del Señor es perfecta del todo y reconforta el alma, así

comenzaba el salmo que hemos escuchado. La ley del Señor es perfecta; y el salmista se encarga de enumerar todo lo que esa ley genera al que la escucha y la sigue: *reconforta el alma, hace sabio al sencillo, alegra el corazón, es luz para alumbrar el camino.*

Esa es la ley que el Pueblo de Israel había recibido de mano de Moisés, una ley que ayudaría al Pueblo de Dios a vivir en la libertad a la que habían sido llamados. Ley que quería ser luz para sus pasos y acompañar el peregrinar de su

Pueblo. Un Pueblo que había experimentado la esclavitud y el despotismo del Faraón, que había experimentado el sufrimiento y el maltrato hasta que Dios dice basta, hasta que Dios dice: ¡No más! *He visto la aflicción, he oído el clamor, he conocido su angustia* (cf. Ex 3,9). Y ahí se manifiesta el rostro de nuestro Dios, el rostro del Padre que sufre ante el dolor, el maltrato, la inequidad en la vida de sus hijos; y su Palabra, su ley, se volvía símbolo de libertad, símbolo de alegría, de sabiduría

y de luz. Experiencia, realidad que encuentra eco en esa expresión que nace de la sabiduría acunada en estas tierras desde tiempos lejanos, y que reza en el *Popol Vuh* de la siguiente manera: *El alba sobrevino sobre todas las tribus juntas. La faz de la tierra fue enseguida saneada por el sol* (33). El alba sobrevino para los pueblos que una y otra vez han caminado en las distintas tinieblas de la historia.

En esta expresión, hay un anhelo de vivir en libertad, hay un anhelo que tiene sabor a

tierra prometida donde la opresión, el maltrato y la degradación no sean moneda corriente. En el corazón del hombre y en la memoria de muchos de nuestros pueblos está inscrito el anhelo de una tierra, de un tiempo donde la desvalorización sea superada por la fraternidad, la injusticia sea vencida por la solidaridad y la violencia sea callada por la paz.

Nuestro Padre no sólo comparte ese anhelo, Él mismo lo ha estimulado y lo estimula al regalarnos a su hijo Jesucristo.

En Él encontramos la
solidaridad del Padre
caminando a nuestro lado. En
Él vemos cómo esa ley perfecta
toma carne, toma rostro, toma
la historia para acompañar y
sostener a su Pueblo; se hace
Camino, se hace Verdad, se
hace Vida, para que las
tinieblas no tengan la última
palabra y el alba no deje de
venir sobre la vida de sus hijos.
De muchas maneras y de
muchas formas se ha querido
silenciar y callar este anhelo,
de muchas maneras han
intentado anestesiar el

alma, de muchas formas han pretendido aletargar y adormecer la vida de nuestros niños y jóvenes con la insinuación de que nada puede cambiar o de que son sueños imposibles. Frente a estas formas, la creación también sabe levantar su voz; «esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay

en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que "gime y sufre dolores de parto"

(Rm 8,22)» (Laudato si' 2).

El desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos impactan a todos

(cf. Laudato si',14) y nos interpelan. Ya no podemos

hacernos los sordos frente a una de las mayores crisis ambientales de la historia. En esto ustedes tienen mucho que enseñarnos, que enseñar a la humanidad. Sus pueblos, como han reconocido los obispos de América Latina, saben relacionarse armónicamente con la naturaleza, a la que respetan como «fuente de alimento, casa común y altar del compartir humano» (*Aparecida*, 472). Sin embargo, muchas veces, de modo sistemático y estructural, sus pueblos han sido

incomprendidos y excluidos de la sociedad. Algunos han considerado inferiores sus valores, sus culturas y sus tradiciones. Otros, mareados por el poder, el dinero y las leyes del mercado, los han despojado de sus tierras o han realizado acciones que los contaminaban. ¡Qué tristeza! Qué bien nos haría a todos hacer un examen de conciencia y aprender a decir: ¡Perdón!, ¡perdón, hermanos! El mundo de hoy, despojado por la cultura del descarte, los necesita.

Los jóvenes de hoy, expuestos a una cultura que intenta suprimir todas las riquezas y características culturales en pos de un mundo homogéneo, necesitan, estos jóvenes, que no se pierda la sabiduría de sus ancianos.

El mundo de hoy, preso del pragmatismo, necesita reaprender el valor de la gratuidad.

Estamos celebrando la certeza de que «el Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, (que) no se arrepiente de

habernos creado» (*Laudato si'*, 13). Celebramos que Jesucristo sigue muriendo y resucitando en cada gesto que tengamos con el más pequeño de nuestros hermanos.

Animémonos a seguir siendo testigos de su Pasión, de su Resurrección haciendo carne Li smantal Kajvaltike toj lek – *la ley del Señor que es perfecta del todo y reconforta el alma.*

15 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con las familias.

*Estadio "Víctor Manuel Reyna",
Tuxtla Gutiérrez.*

Lunes.

Viaje apostólico del Papa Francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

*Queridos Hermanos y
Hermanas:*

Doy gracias a Dios por estar en esta tierra chiapaneca. Es

bueno estar en este suelo, es bueno estar en esta tierra, es bueno estar en este lugar que con ustedes tiene sabor a familia, a hogar. Le doy gracias por sus rostros y por su presencia, le doy gracias a Dios por el palpitar de su presencia en las familias de ustedes. Y también gracias a ustedes, familias y amigos, que nos han regalado sus testimonios, que nos han abierto las puertas de sus casas, las puertas de sus vidas; nos han permitido estar en sus «mesas» compartiendo el pan que los alimenta y el

sudor frente a las dificultades cotidianas. El pan de las alegrías, de la esperanza, de los sueños y el sudor frente a las amarguras, la desilusión y las caídas. Gracias por permitirnos entrar en sus familias, en su mesa, en su hogar.

Manuel, antes de darte gracias a vos por tu testimonio, quiero dar gracias a tus padres, los dos de rodillas delante tuyo teniéndote el papel. ¿Vieron qué imagen es esa? Los padres de rodillas ante el hijo que está enfermo. No nos olvidemos de

esa imagen. Por ahí, de vez en cuando ellos se pelean, por ahí. ¿Qué marido y qué mujer no se pelea? Y más cuando se mete la suegra, pero no importa. Pero se aman, y nos han demostrado que se aman y son capaces, por el amor que se tienen, de ponerse de rodillas delante de su hijo enfermo. Gracias amigos por ese testimonio que han dado y sigan adelante. ¡Gracias! Y a vos, Manuel, gracias por tu testimonio y especialmente por tu ejemplo. Me gustó esa expresión que usaste: «Echarle ganas», como

la actitud que tomaste después de hablar con tus padres.

Comenzaste a echarle ganas a la vida, echarle ganas a tu familia, echar ganas entre tus amigos; y nos has echado ganas a nosotros aquí reunidos.

Gracias. Creo que es lo que el Espíritu Santo siempre quiere hacer en medio nuestro:

echarnos ganas, regalarnos motivos para seguir apostando a la familia, soñando, construyendo una vida que tenga sabor a hogar y a familia.

¿Le echamos ganas?

[Responden: «Sí»]. Gracias.

Y es lo que el Padre Dios siempre ha soñado y por lo que, desde los tiempos lejanos, el Padre Dios ha peleado. Cuando parecía todo perdido, esa tarde en el jardín del Edén, el Padre Dios le echó ganas a esa joven pareja y le dijo que no todo estaba perdido. Y cuando el Pueblo de Israel sentía que no daba más en el camino por el desierto, el Padre Dios le echó ganas con el maná. Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Padre Dios le echó ganas a la humanidad para siempre y nos

mandó a su Hijo.

De la misma manera, todos los que estamos acá hemos hecho experiencia de eso, en muchos momentos y de diferentes formas: el Padre Dios le ha echado ganas a nuestra vida.

Podemos preguntarnos: ¿Por qué?

Porque no sabe hacer otra cosa.

Nuestro Padre Dios no sabe hacer otra cosa que querernos y echarnos ganas, y

empujarnos, y llevarnos

adelante, no sabe hacer otra

cosa, porque su nombre es

amor, su nombre es donación,

su nombre es entrega, su nombre es misericordia. Eso nos lo ha manifestado con toda fuerza y claridad en Jesús, su Hijo, que se la jugó hasta el extremo para volver a hacer posible el Reino de Dios. Un Reino que nos invita a participar de esa nueva lógica, que pone en movimiento una dinámica capaz de abrir los cielos, capaz de abrir nuestros corazones, nuestras mentes, nuestras manos y desafiarnos con nuevos horizontes. Un reino que sabe de familia, que sabe de vida compartida. En

Jesús y con Jesús ese reino es posible. Él es capaz de transformar nuestras miradas, nuestras actitudes, nuestros sentimientos, muchas veces aguados, en vino de fiesta. Él es capaz de sanar nuestros corazones e invitarnos una y otra vez, setenta veces siete, a volver a empezar. Él es capaz de hacer siempre todas las cosas nuevas.

Manuel, vos me pediste que rezara por muchos adolescentes que están desanimados y andan por malos pasos. Lo sabemos, ¿no?

Muchos adolescentes sin ánimo, sin fuerza, sin ganas. Y, como bien dijiste, Manuel, muchas veces esa actitud nace porque se sienten solos, porque no tienen con quien hablar.

Piensen los padres, piensen las madres: ¿hablan con sus hijos y sus hijas o están siempre ocupados, apurados?; ¿juegan con sus hijos y sus hijas? Y eso me recordó el testimonio que nos regaló Beatriz. Beatriz, vos dijiste: «La lucha siempre ha sido difícil por la precariedad y la soledad». ¿Cuántas veces te sentiste señalada, juzgada:

«esa». Pensemos en toda la gente, todas las mujeres que pasan por lo que pasó Beatriz. La precariedad, la escasez, el no tener muchas veces lo mínimo nos puede desesperar, nos puede hacer sentir una angustia fuerte, ya que no sabemos cómo hacer para seguir adelante y más cuando tenemos hijos a cargo. La precariedad no sólo amenaza el estómago (y eso ya es decir mucho), sino que puede amenazar el alma, nos puede desmotivar, sacar fuerza y tentar con caminos o

alternativas de aparente solución, pero que al final no solucionan nada. Y vos fuiste valiente, Beatriz, gracias.

Existe una precariedad que puede ser muy peligrosa y que se nos puede ir colando sin darnos cuenta, es la precariedad que nace de la soledad y el aislamiento. Y el aislamiento siempre es un mal consejero.

Manuel y Beatriz usaron sin darse cuenta la misma expresión, ambos nos muestran cómo muchas veces la mayor tentación a la que nos

enfrentamos es «cortarnos solos» y lejos de «echarle ganas»; esa actitud es como una polilla que nos va corroyendo el alma, nos va secando el alma.

La forma de combatir esta precariedad y aislamiento, que nos deja vulnerables a tantas aparentes soluciones –como la que Beatriz mencionaba–, se tiene que dar a diversos niveles. Una es por medio de legislaciones que protejan y garanticen los mínimos necesarios para que cada hogar y para que cada persona pueda

desarrollarse por medio del estudio y un trabajo digno. Por otro lado, como bien lo resaltaba el testimonio de Humberto y Claudia, cuando nos decían que buscaban la manera de transmitir el amor de Dios que habían experimentado en el servicio y en la entrega a los demás. Leyes y compromiso personal son un buen binomio para romper la espiral de la precariedad. Y ustedes se animaron, y ustedes rezan, y ustedes están con Jesús, y ustedes están integrados en la

vida de la Iglesia. Usaron una linda expresión: «Comulgamos con el hermano débil, el enfermo, el necesitado, el preso». Gracias, gracias. Hoy en día vemos, y vivimos por distintos frentes, cómo la familia está siendo debilitada, cómo está siendo cuestionada. Cómo se cree que es un modelo que ya pasó y que no tiene espacio en nuestras sociedades y que, bajo la pretensión de modernidad, propician cada vez más un modelo basado en el aislamiento. Y se van inoculando en nuestras

sociedades –se dicen sociedades libres, democráticas, soberanas–, se van inoculando colonizaciones ideológicas que la destruyen y terminamos siendo colonias de ideologías destructoras de la familia, del núcleo de la familia, que es la basa de toda sana sociedad. Es cierto, vivir en familia no siempre es fácil, muchas veces es doloroso y fatigoso, pero creo que se puede aplicar a la familia lo que más de una vez he referido a la Iglesia: prefiero una familia herida, que intenta todos los días conjugar el amor,

a una familia y sociedad enferma por el encierro o la comodidad del miedo a amar. Prefiero una familia que una y otra vez intenta volver a empezar a una familia y sociedad narcisista y obsesionada por el lujo y el confort. ¿Cuántos chicos tenéis? «No, no tenemos, porque, claro, nos gusta salir de vacaciones, ir a turismo, quiero comprarme una quinta». El lujo y el confort, y los hijos quedan y, cuando quisiste tener uno, ya se te pasó la hora. ¿Qué daño que hace eso, eh?

Prefiero una familia con rostro cansado por la entrega a una familia con rostros maquillados, que no han sabido de ternura y compasión. Prefiero un hombre y una mujer, don Aniceto y señora, con el rostro arrugado por las luchas de todos los días, que después de más de 50 años se siguen queriendo, y ahí los tenemos; y el hijo aprendió la lección, ya lleva 25 de casado. Esas son las familias. Cuando les pregunté recién a don Aniceto y señora quién tuvo más paciencia en estos más de 50 años: «Los dos, padre».

Porque en la familia para llegar a lo que ellos llegaron hay que tener paciencia, amor, hay que saber perdonarse. «Padre, una familia perfecta nunca discute». Mentira, es conveniente que de vez en cuando discutan y que vuele algún plato, está bien, no le tengan miedo. El único consejo es que no terminen el día sin hacer la paz, porque si terminan el día en guerra van a amanecer ya en guerra fría, y la guerra fría es muy peligrosa en la familia porque va socavando desde abajo las arrugas de la fidelidad

conyugal. Gracias por el testimonio de quererse por más de 50 años. Muchas gracias. Y, hablando de arrugas –para cambiar un poco el tema– recuerdo el testimonio de una gran actriz –actriz de cine latinoamericana–, cuando ya casi sesentona comenzaba a mostrarse las arrugas de la cara y le aconsejaron un «arreglo», un «arreglito» para poder seguir trabajando bien, su respuesta fue muy clara: «Estas arrugas me costaron mucho trabajo, mucho esfuerzo, mucho dolor y una

vida plena, ni soñando las quiero tocar, son las huellas de mi historia». Y siguió siendo una gran actriz. En el matrimonio pasa lo mismo. La vida matrimonial tiene que renovarse todos los días. Y como dije antes, prefiero familias arrugadas, con heridas, con cicatrices pero que sigan andando, porque esas heridas, esas cicatrices, esas arrugas son fruto de la fidelidad de un amor que no siempre les fue fácil. El amor no es fácil; no es fácil, no, pero es lo más lindo que un hombre y una mujer se

pueden dar entre sí, el verdadero amor, para toda la vida.

Me han pedido que rezara por ustedes y quiero empezar a hacerlo ahora mismo. Ustedes, queridos mexicanos, tienen un plus, corren con ventaja.

Tienen a la madre: la Guadalupana. La Guadalupana quiso visitar estas tierras y esto nos da la certeza de tener su intercesión para que este sueño llamado familia no se pierda por la precariedad y la soledad. Ella es madre y está siempre dispuesta a defender nuestras

familias, a defender nuestro futuro; está siempre dispuesta a «echarle ganas», dándonos a su Hijo. Por eso, los invito – como están, sin moverse mucho–, a tomarse de las manos y decirle juntos a Ella: Dios te salve María....

Y no nos olvidemos de San José, calladito, trabajador, pero siempre al frente, siempre cuidando la familia. Gracias, que Dios los bendiga, y recen por mí.

Y ahora los quiero invitar, en este marco de fiesta familiar, a que los matrimonios aquí

presentes, en silencio,
renueven sus promesas
matrimoniales. Y los que están
de novios, pidan la gracia de
una familia fiel y llena de amor.
En silencio, renovar las
promesas matrimoniales y los
novios pedir la gracia de una
familia fiel y llena de amor.

*16 de febrero de 2016. Homilía
en la Santa Misa con
sacerdotes, religiosas,
religiosos, consagrados y
seminaristas.*

Morelia.

Martes.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

Hay un dicho entre nosotros
que dice así: «Dime cómo rezas
y te diré cómo vives, dime
cómo vives y te diré cómo
rezas», porque mostrándome

cómo rezas, aprenderé a descubrir el Dios que vives y, mostrándome cómo vives, aprenderé a creer en el Dios al que rezas»; porque nuestra vida habla de la oración y la oración habla de nuestra vida. A rezar se aprende, como aprendemos a caminar, a hablar, a escuchar. La escuela de la oración es la escuela de la vida y en la escuela de la vida es donde vamos haciendo la escuela de la oración. Y Pablo, a su discípulo predilecto Timoteo, cuando le enseñaba o lo exhortaba a vivir

la fe le decía: «Acuérdate de tu madre y de tu abuela». Y a los seminaristas, cuando entraban al seminario, muchas veces me preguntaban: «Padre, pero yo quisiera tener una oración más profunda, más mental». «Mirá, seguí rezando como te enseñaron en tu casa y después, poco a poco, tu oración irá creciendo, como tu vida fue creciendo». A rezar se aprende, como en la vida. Jesús quiso introducir a los suyos en el misterio de la Vida, en el misterio de su vida. Les mostró –comiendo, durmiendo,

curando, predicando, rezando—
qué significa ser Hijo de Dios.
Los invitó a compartir su vida,
su intimidad y estando con Él,
los hizo tocar en su carne la
vida del Padre. Los hace
experimentar en su mirada, en
su andar la fuerza, la novedad
de decir: «Padre nuestro». En
Jesús, esta expresión, «Padre
Nuestro», no tiene el «gustillo»
de la rutina o de la repetición,
al contrario, tiene sabor a vida,
a experiencia, a autenticidad.
Él supo vivir rezando y rezar
viviendo, diciendo: «Padre
nuestro».

Y nos ha invitado a nosotros a lo mismo. Nuestra primera llamada es a hacer experiencia de ese amor misericordioso del Padre en nuestra vida, en nuestra historia. Su primera llamada es a introducirnos en esa nueva dinámica de amor, de filiación. Nuestra primera llamada es aprender a decir «Padre nuestro», como Pablo insiste: «Abba».

¡Ay de mí sino evangelizara!, dice Pablo. ¡Ay de mí!, porque evangelizar —prosigue— no es motivo de gloria sino de necesidad (cf. *1 Co 9,16*).

Nos ha invitado a participar de su vida, de la vida divina. Ay de nosotros –consagrados, consagradas, seminaristas, sacerdotes, obispos–, ay de nosotros si no la compartimos, ay de nosotros si no somos testigos de lo que hemos visto y oído, ay de nosotros... No queremos ser funcionarios de lo divino, no somos ni queremos ser nunca empleados de la empresa de Dios, porque somos invitados a participar de su vida, somos invitados a introducirnos en su corazón, un corazón que reza y vive

diciendo: «Padre nuestro». ¿Y qué es la misión sino decir con nuestra vida –desde el principio hasta el final, como nuestro hermano Obispo que murió anoche–, qué es la misión sino decir con nuestra vida «Padre nuestro»?

A este Padre nuestro es a quien rezamos con insistencia todos los días. Y, ¿qué le decimos en una de esas invocaciones? No nos dejes caer en la tentación. El mismo Jesús lo hizo. Él rezó para que sus discípulos –de ayer y de hoy– no cayéramos en la tentación. ¿Cuál puede

ser una de las tentaciones que nos pueden asediar? ¿Cuál puede ser una de las tentaciones que brota no sólo de contemplar la realidad sino de caminarla? ¿Qué tentación nos puede venir de ambientes muchas veces dominados por la violencia, la corrupción, el tráfico de drogas, el desprecio por la dignidad de la persona, la indiferencia ante el sufrimiento y la precariedad? ¿Qué tentación podemos tener nosotros, una y otra vez, – nosotros llamados a la vida consagrada, al presbiterado al

episcopado-, qué tentación podemos tener frente a todo esto, frente a esta realidad que parece haberse convertido en un sistema inamovible?

Creo que la podríamos resumir con una sola palabra:

resignación. Y Frente a esta realidad nos puede ganar una de las armas preferidas del demonio, la resignación. «¿Y qué le vas a hacer? La vida es así». Una resignación que nos paraliza, una resignación que nos impide no sólo caminar, sino también hacer camino; una resignación que no sólo

nos atemoriza, sino que nos atrinchera en nuestras «sacristías» y aparentes seguridades; una resignación que no sólo nos impide anunciar, sino que nos impide alabar, nos quita la alegría, el gozo de la alabanza. Una resignación que no sólo nos impide proyectar, sino que nos frena para arriesgar y transformar.

Por eso, Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentación. Qué bien nos hace apelar en los momentos de tentación a nuestra memoria. Cuánto nos

ayuda el mirar la «madera» de la que fuimos hechos. No todo ha comenzado con nosotros, y tampoco todo terminará con nosotros, por eso, cuánto bien nos hace recuperar la historia que nos ha traído hasta aquí. Y, en este hacer memoria, no podemos saltarnos a alguien que amó tanto este lugar que se hizo hijo de esta tierra. A alguien que supo decir de sí mismo: «Me arrancaron de la magistratura y me pusieron en el timón del sacerdocio, por mérito de mis pecados. A mí, inútil y enteramente inhábil

para la ejecución de tan grande empresa; a mí, que no sabía manejar el remo, me eligieron primer Obispo de Michoacán» (Vasco Vázquez de Quiroga, Carta pastoral, 1554).

Agradezco –paréntesis– al Señor Cardenal Arzobispo que haya querido que se celebrase esta Eucaristía con el báculo de este hombre y el cáliz de él. Con ustedes quiero hacer memoria de este evangelizador, conocido también como *Tata Vasco*, como «el español que se hizo indio». La realidad que vivían los indios Purhépechas

descritos por él como «vendidos, vejados y vagabundos por los mercados, recogiendo las arrebañaduras tiradas por los suelos», lejos de llevarlo a la tentación y de la acedia de la resignación, movió su fe, movió su vida, movió su compasión y lo impulsó a realizar diversas propuestas que fuesen de «respiro» ante esta realidad tan paralizante e injusta. El dolor del sufrimiento de sus hermanos se hizo oración y la oración se hizo respuesta. Y eso le ganó el nombre entre los indios del

«Tata Vasco», que en lengua purhépecha significa: Papá.

Padre, papá, Tata, abba.

Esa es la oración, esa es la expresión a la que Jesús nos invitó.

Padre, papá, abba, no nos dejes caer en la tentación de la resignación, no nos dejes caer en la tentación de la acedia, no nos dejes caer en la tentación de la pérdida de la memoria, no nos dejes caer en la tentación de olvidarnos de nuestros mayores, que nos enseñaron con su vida a decir: Padre Nuestro.

16 de febrero 2016. Palabras a los niños de catecismo en la visita a la catedral de Morelia.

Martes.

Viaje apostólico del Papa Francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

¡Tomen asiento! Buenas tardes. Sé que vienen de todas las parroquias de la ciudad y de las diócesis sufragáneas y de algunos colegios. Muchas gracias por la visita. Le voy a pedir a Jesús que los

haga crecer con mucho amor,
con mucho amor, como tenía Él.
Con mucho amor para ser
cristianos en serio, para
cumplir el mandamiento que
Jesús nos dio: Amar a Dios
sobre todas las cosas y al
prójimo como Jesús los amó,
como a nosotros mismos o más,
como Él nos amó.

Y le vamos a pedir a la Virgen
también que nos cuide, que nos
bendiga. Sobre todo, cada uno
de ustedes, ahora, piense en su
corazón en la familia que tiene
y en los amigos, y si están
peleados con alguno, también

piensen en él, y también le vamos a pedir para que la Virgen lo cuide: es una manera de ir haciéndonos amigos y no tantos enemigos, porque la vida no es linda con enemigos, y el que hace los verdaderos amigos es Dios en nuestro corazón.

Entonces, en silencio, pensamos en la familia, en nuestros amigos, en aquellos con quienes estamos peleados, para que Dios los bendiga y por todas las personas que nos ayudan —las monjas, los curas los profesores, los maestros en

la escuela— todos los que nos están ayudando a crecer. Y una bendición especial también para papá, mamá y los abuelos. Silencio, cerramos los ojos y pedimos todo esto.

(Dios te salve, María...)

Y les pido por favor que recen por mí. Lo van a hacer?

(Responden: "¡Sí!"). ¡Así me gusta!

Saludo al coro que le ha dedicado una canción.

Los felicito, los felicito en serio. El arte, el deporte ensanchan el alma y hacen crecer bien, con aire fresco y no aplastan la

vida. Sigán siendo creativos, sigan así, buscando la belleza, las cosas lindas, las cosas que duran siempre, y nunca se dejen pisotear por nadie. ¿Está claro? ¿Les doy la bendición? (Responden: "¡SÍ!")

(Bendición apostólica)

Y por favor les pido que recen por mí, y que de vez en cuando también me canten una canción aunque esté lejos. ¡Ciao! Hasta luego. Que Dios los bendiga.

16 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con los jóvenes.

Estadio "José María Morelos y Pavón", Morelia.

Martes.

Viaje apostólico del Papa Francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

Buenas tardes, a ustedes, jóvenes de México que están aquí, que están mirando por televisión, que están

escuchando, y quiero enviar un saludo y una bendición a los miles de jóvenes que, en la Arquidiócesis de Guadalajara, están reunidos en la Plaza San Juan Pablo II siguiendo lo que está pasando aquí y, como ellos, tantos otros; pero, me mandaron a avisar que eran miles y miles allí, ya reunidos, escuchando. Así que somos dos estadios, la Plaza Juan Pablo de Guadalajara y nosotros aquí, y después, tantos otros por todos lados.

Yo conocía las inquietudes de ustedes, porque me habían

hecho llegar el borrador de lo que más o menos iban a decir; es verdad, para qué les voy a mentir. Pero a medida que hablaban también iba tomando nota de cosas que me parecían importantes para que no quedaran en el aire....

Les cuento que cuando llegué a esta tierra fui recibido con una calurosa bienvenida, y pude constatar ahí mismo algo que sabía desde hace tiempo: la vitalidad, la alegría, el espíritu festivo del Pueblo mexicano.

«Ahorita»..., después de escucharlos, pero

especialmente después de verlos, constato nuevamente otra certeza, algo que le dije al Presidente de la Nación en mi primer saludo. Uno de los mayores tesoros de esta tierra mexicana tiene rostro joven, son sus jóvenes. Sí, son ustedes la riqueza de esta tierra. ¡Cuidado! no dije la esperanza de esta tierra, dije: «Su riqueza».

La montaña puede tener minerales ricos que van a servir para el progreso de la humanidad, es su riqueza, pero esa riqueza hay que

transformarla en esperanza con el trabajo, como hacen los mineros cuando van sacando esos minerales. Ustedes son la riqueza, hay que transformarla en esperanza. Y Daniela, al final, echó un desafío y, además, también nos dio la pista sobre la esperanza. Pero todos los que hablaron, cuando marcaban las dificultades, las cosas que pasaban, afirmaban una verdad muy grande: que «todos podemos vivir, pero no podemos vivir sin esperanza». Sentir el mañana, no podemos sentir el mañana si uno

primero no logra valorarse, no logra sentir que su vida, sus manos, su historia, vale la pena. Sentir eso que Alberto decía, que «con mis manos, con mi corazón y con mi mente puedo construir esperanza». Si yo no siento eso la esperanza no podrá entrar en mi corazón. La esperanza nace cuando se puede experimentar que no todo está perdido, y para eso es necesario el ejercicio de empezar «por casa», empezar por sí mismo. No todo está perdido. No estoy perdido, yo valgo, yo valgo mucho. Les pido

silencio ahora, cada uno se contesta en su corazón: ¿Es verdad que no todo está perdido? ¿Yo estoy perdido o estoy perdida? ¿Yo valgo? ¿Valgo poco, valgo mucho? La principal amenaza a la esperanza son los discursos que te desvalorizan, te van como chupando el valor y terminas como caído, ¿no es cierto?, como arrugado, con el corazón triste. Discursos que te hacen sentir de segunda, si no de cuarta. La principal amenaza a la esperanza es cuando sentís que no le importas a nadie o

que estás dejado de lado. Esa es la gran dificultad para la esperanza: cuando en una familia o en una sociedad o en una escuela o en un grupo de amigos te hacen sentir que no les importas. Y eso es duro es doloroso, pero eso sucede, ¿o no sucede? ¿Sí o no?

[Responden: «Sí»] ¡Sí, sucede! Eso mata, eso nos aniquila y esa es la puerta de ingreso para tanto dolor. Pero también hay otra principal amenaza a la esperanza –a la esperanza de que esa riqueza, que son ustedes, crezca y dé su fruto– y

es hacerte creer que empiezas a ser valioso cuando te disfrazas de ropas, marcas del último grito de la moda, o cuando te vuelves prestigio, importante por tener dinero pero, en el fondo, tu corazón no cree que seas digno de cariño, digno de amor y eso tu corazón lo intuye. La esperanza está amordazada por lo que te hacen creer, no te la dejan surgir. La principal amenaza es cuando uno siente que tiene que tener plata para comprar todo, incluso el cariño de los demás. La principal amenaza es

creer que por tener un gran «carro» sois feliz. ¿Es verdad esto, que por tener un gran carro sois feliz? [Responden: «No»].

Ustedes son la riqueza de México, ustedes son la riqueza de la Iglesia. Permítanme que les diga una frase de mi tierra: «No les estoy sobando el lomo». No los estoy adulando. Y entiendo que muchas veces se vuelve difícil sentirse la riqueza cuando nos vemos continuamente expuestos a la pérdida de amigos o de familiares en manos del

narcotráfico, de las drogas, de organizaciones criminales que siembran el terror. Es difícil sentirse la riqueza de una nación cuando no se tienen oportunidades de trabajo digno –Alberto, lo expresaste claramente–, posibilidades de estudio y capacitación, cuando no se sienten reconocidos los derechos que después terminan impulsándolos a situaciones límites. Es difícil sentirse la riqueza de un lugar cuando, por ser jóvenes, se los usa para fines mezquinos, seduciéndolos con promesas que al final no

son reales, son pompas de jabón. Y es difícil sentirse ricos así. La riqueza la llevan adentro y la esperanza la llevan adentro; pero no es fácil, por todo esto que les estoy diciendo, que es lo que dijeron ustedes: faltan oportunidades de trabajo y de estudio –dijo Roberto y Alberto–.

Pero, pese a todo esto, no me voy a cansar de decirlo: ustedes son la riqueza de México.

Roberto, vos dijiste una frase que, o se me escapó cuando leí tu apunte o..., pero que quiero

detenerme. Vos hablaste que perdiste algo, y no dijiste: «Perdí el celular, perdí la billetera con plata, perdí el tren porque llegué tarde». Dijiste: «Perdimos el encanto de disfrutar del encuentro».

Perdimos el encanto de caminar juntos, perdimos el encanto de soñar juntos y para que esta riqueza, movida por la esperanza, vaya adelante, hay que caminar juntos, hay que encontrarse, hay que soñar. No pierdan el encanto de soñar. Atrévanse a soñar. Soñar, que no es lo mismo que ser

dormilones, eso no, ¿eh?

Y no crean que les digo esto – de que ustedes son la riqueza de México y que esa riqueza con la esperanza va adelante – porque soy bueno, o porque la tengo clara, no queridos amigos, no es así. Les digo esto y estoy convencido; y, ¿saben por qué? Porque, como ustedes, creo en Jesucristo. Y creo que Daniela fue muy fuerte cuando nos habló de esto. Yo creo en Jesucristo, y por eso les digo esto. Él es quien renueva continuamente en mí la esperanza, es Él quien renueva

continuamente mi mirada. Es Él quien despierta en mí, o sea, en cada uno de nosotros, el encanto de disfrutar, el encanto de soñar, el encanto de trabajar juntos. Es Él quien continuamente me invita a convertir el corazón. Sí, amigos míos, les digo esto porque en Jesús yo encontré a Aquel que es capaz de encender lo mejor de mí mismo. Y es de su mano que podemos hacer camino, es de su mano que una y otra vez podemos volver a empezar, es de su mano que podemos decir: Es mentira que la única forma

de vivir, de poder ser joven, es dejando la vida en manos del narcotráfico o de todos aquellos que lo único que están haciendo es sembrar destrucción y muerte. Eso es mentira y lo decimos de la mano de Jesús. Es también de la mano de Jesús, de Jesucristo, el Señor, que podemos decir que es mentira que la única forma que tienen de vivir los jóvenes aquí es la pobreza, la marginación; en la marginación de oportunidades, en la marginación de espacios, en la marginación de la

capacitación y educación, en la marginación de la esperanza. Es Jesucristo el que desmiente todos los intentos de hacerlos inútiles, o meros mercenarios de ambiciones ajenas. Son las ambiciones ajenas las que a ustedes los marginan, para usarlos en todas estas cosas que yo dije –que saben– y que terminan en la destrucción. Y el único que me puede tener bien fuerte de la mano es Jesucristo; Él hace que ésta riqueza se transforme en esperanza. Me han pedido una palabra de

esperanza, la que tengo para decirles, la que está en la base de todo, se llama Jesucristo. Cuando todo parezca pesado, cuando parezca que se nos viene el mundo encima, abracen su cruz, abrácenlo a Él y, por favor, nunca se suelten de su mano, aunque los esté llevando adelante arrastrando; y, si se caen una vez, déjense levantar por Él. Los alpinistas tienen una canción muy linda, que a mí me gusta repetírsela a los jóvenes –mientras suben van cantando–: «En el arte de ascender el triunfo no está en

no caer sino en no permanecer caído». Ese es el arte, y, ¿quién es el único que te puede agarrar de la mano para que no permanezcas caído?:

Jesucristo, el único. Jesucristo que, a veces, te manda un hermano para que te hable y te ayude. No escondas tu mano cuando estás caído, no le digas: «No me mires que estoy embarrado o embarrada. No me mires que ya no tengo remedio». Solamente, déjate agarrar la mano y agárrate a esa mano, y la riqueza que tenéis adentro, sucia,

embarrada, dada por perdida, va a empezar, a través de la esperanza, a dar su fruto. Pero siempre agarrado de la mano de Jesucristo. Ese es el camino, no se olviden: «En el arte de ascender el triunfo no está en no caer sino en no permanecer caído». No se permitan permanecer caídos ¡Nunca! ¿De acuerdo! Y si ven un amigo o una amiga que se pegó un resbalón en la vida y se cayó, anda y ofrécele la mano, pero ofrécesela con dignidad. Ponte al lado de él, al lado de ella, escúchalo, no le digas: «Te

traigo la receta». No, como amigo, despacito, dale fuerza con tus palabras, dale fuerza con la escucha, esa medicina que se va olvidando: la «escuchoterapia». Déjalo hablar, déjalo que te cuente, y entonces, poquito a poco, te va a ir extendiendo la mano, y vos lo vas a ayudar en nombre de Jesucristo. Pero si vas de golpe y le empezáis a predicar, y a darle y a darle, pues, pobrecito, lo vas a dejar peor que como estaba. ¿Está claro?

[Responden: «Sí»]. Nunca se suelten de la mano de

Jesucristo, nunca se aparten de Él; y, si se apartan, se levantan y sigan adelante, Él comprende lo que son estas cosas. Porque de la mano de Jesucristo es posible vivir a fondo, de su mano es posible creer que la vida vale la pena, que vale la pena dar lo mejor de sí, ser fermento, ser sal y luz en medio de los amigos, en medio del barrio, en medio de la comunidad, en medio de la familia –después, Rosario, voy a hablar un poquito de esto que vos dijiste de la familia-. En medio de la familia. Por esto,

queridos amigos, de la mano de Jesús les pido que no se dejen excluir, no se dejen desvalorizar, no se dejen tratar como mercancía. Jesús nos dio un consejo para esto, para no dejarnos excluir, para no dejarnos desvalorizar, para no dejarnos tratar como una mercancía: «Sean astutos como serpientes y humildes como palomas». Las dos virtudes juntas. A los jóvenes viveza no les falta, a veces, les falta la astucia para que no sean ingenuos. Las dos cosas: astutos pero sencillos,

bondadosos. Es cierto que por este camino quizás que no tendrán el último carro en la puerta, no tendrán los bolsillos llenos de plata, pero tendrán algo que nadie nunca podrá sacarles, que es la experiencia de sentirse amados, abrazados, acompañados. Es el encanto de disfrutar del encuentro, el encanto de soñar en el encuentro de todos. Es la experiencia de sentirse familia, de sentirse comunidad. Y es la experiencia de poder mirar al mundo a la cara, con la frente alta, sin el carro, sin la plata,

pero con la frente alta: la dignidad. Tres palabras que las vamos a repetir: Riqueza, porque se la dieron; Esperanza, porque queremos abrirnos a la esperanza; Dignidad.

Repetimos: Riqueza, esperanza y dignidad. La riqueza que Dios les dio a ustedes. Ustedes son la riqueza de México. La esperanza que les da Jesucristo y la dignidad que les da el no dejarse «sobar el lomo» y ser mercadería para los bolsillos de otros.

Hoy el Señor los sigue llamando, los sigue

convocando, al igual que lo hizo con el indio Juan Diego. Los invita a construir un santuario. Un santuario que no es un lugar físico, sino una comunidad, un santuario llamado parroquia, un santuario llamado Nación. La comunidad, la familia, el sentirnos ciudadanos, es uno de los principales antídotos contra todo lo que nos amenaza, porque nos hace sentir parte de esta gran familia de Dios. No para refugiarnos, para encerrarnos, para escaparnos de las

amenazas de la vida o de los desafíos, al contrario, para salir a invitar a otros; para salir a anunciar a otros que ser joven en México es la mayor riqueza y, por lo tanto, no puede ser sacrificada. Y porque la riqueza es capaz de tener esperanza y nos da dignidad. Otra vez las tres palabras: riqueza, esperanza y dignidad. Pero riqueza, esa que Dios nos dio y que tenemos que hacer crecer. Jesús, el que nos da la esperanza, nunca nos invitaría a ser sicarios, sino que nos llama discípulos, nos llama

amigos. Jesús nunca nos mandaría al muerte, sino que todo en Él es invitación a la vida. Una vida en familia, una vida en comunidad; una familia y una comunidad a favor de la sociedad. Y aquí, Rosario, retomo lo que vos dijiste, una cosa tan linda: «En la familia se aprende cercanía». Se aprende solidaridad, se aprende a compartir, a discernir, a llevar adelante los problemas unos de otros, a pelearse y a arreglarse, a discutir y a abrazarse, y a besarse. La familia es la primera escuela de

la Nación, y en la familia está esa riqueza que tienen ustedes. La familia es como quien custodia esa riqueza, en la familia van a encontrar esperanza, porque está Jesús, y en la familia van a tener dignidad. Nunca, nunca dejen de lado la familia; la familia es la piedra de base de la construcción de una gran Nación. Ustedes son riqueza, tienen esperanza y sueñan – también Rosario habló de soñar–. ¿Ustedes sueñan con tener una familia? [Responden: «Sí»]

Queridos hermanos, ustedes son la riqueza de este País y, cuando duden de eso, miren a Jesucristo, que es la esperanza, el que desmiente todos los intentos de hacerlos inútiles, o meros mercenarios de ambiciones ajenas.

Les agradezco este encuentro y les pido que recen por mí.

Gracias.

Invitación del Papa a rezar a la Virgen al final del encuentro con los jóvenes.

Los invito a rezar juntos a Nuestra Madre de Guadalupe y a pedirle que nos haga

conscientes de la riqueza que Dios nos dio, que nos haga crecer en nosotros, en nuestro corazón, la esperanza en Jesucristo y que andemos por la vida con dignidad de cristianos.

[Rezo del Ave María y Bendición Apostólica]

Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

*17 de febrero de 2016. Homilía
del Santo Padre en la Santa
Misa.*

*Área de la feria de Ciudad
Juárez
Miércoles.*

-
Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

La gloria de Dios es la vida del
hombre, así lo decía San Ireneo
en el siglo II, expresión que
sigue resonando en el corazón
de la Iglesia. La gloria del Padre

es la vida de sus hijos. No hay gloria más grande para un padre que ver la realización de los suyos; no hay satisfacción mayor que verlos salir adelante, verlos crecer y desarrollarse. Así lo atestigua la primera lectura que escuchamos. Nínive, una gran ciudad que se estaba autodestruyendo, fruto de la opresión y la degradación, de la violencia y de la injusticia. La gran capital tenía los días contados, ya que no era sostenible la violencia generada en sí misma. Ahí aparece el

Señor moviendo el corazón de Jonás, ahí aparece el Padre invitando y enviando a su mensajero. Jonás es convocado para recibir una misión. Ve, le dice, porque «dentro de cuarenta días, Nínive será destruida» (*Jon 3,4*). Ve, ayúdalos a comprender que con esa manera de tratarse, regularse, organizarse, lo único que están generando es muerte y destrucción, sufrimiento y opresión. Hazles ver que no hay vida para nadie, ni para el rey ni para el súbdito, ni para los campos ni para el ganado.

Ve y anuncia que se han acostumbrado de tal manera a la degradación que han perdido la sensibilidad ante el dolor. Ve y diles que la injusticia se ha instalado en su mirada. Por eso va Jonás. Dios lo envía a evidenciar lo que estaba sucediendo, lo envía a despertar a un pueblo ebrio de sí mismo.

Y en este texto nos encontramos frente al misterio de la misericordia divina. La misericordia rechaza siempre la maldad, tomando muy en serio al ser humano. Apela siempre a

la bondad de cada persona, aunque esté dormida, anestesiada. Lejos de aniquilar, como muchas veces pretendemos o queremos hacerlo nosotros, la misericordia se acerca a toda situación para transformarla desde adentro. Ese es precisamente el misterio de la misericordia divina. Se acerca, invita a la conversión, invita al arrepentimiento; invita a ver el daño que a todos los niveles se está causando. La misericordia siempre entra en el mal para transformarlo. Misterio de

nuestro Padre Dios: envía a su Hijo que se metió en el mal, se hizo pecado para transformar el mal. Esa es su misericordia.

El rey escuchó, los habitantes de la ciudad reaccionaron y se decretó el arrepentimiento. La misericordia de Dios entró en el corazón revelando y

manifestando lo que es nuestra certeza y nuestra esperanza: siempre hay posibilidad de cambio, estamos a tiempo de reaccionar y transformar, modificar y cambiar, convertir lo que nos está destruyendo como pueblo, lo que nos está

degradando como humanidad. La misericordia nos alienta a mirar el presente y confiar en lo sano y bueno que late en cada corazón. La misericordia de Dios es nuestro escudo y nuestra fortaleza.

Jonás ayudó a ver, ayudó a tomar conciencia. Acto seguido, su llamada encuentra hombres y mujeres capaces de arrepentirse, capaces de llorar. Llorar por la injusticia, llorar por la degradación, llorar por la opresión. Son las lágrimas las que pueden darle paso a la transformación, son las

lágrimas las que pueden
ablandar el corazón, son las
lágrimas las que pueden
purificar la mirada y ayudar a
ver el círculo de pecado en que
muchas veces se está
sumergido. Son las lágrimas las
que logran sensibilizar la
mirada y la actitud endurecida
y especialmente adormecida
ante el sufrimiento ajeno. Son
las lágrimas las que pueden
generar una ruptura capaz de
abrirnos a la conversión. Así le
pasó a Pedro, después de haber
renegado de Jesús; lloró y las
lágrimas le abrieron el corazón.

Que esta palabra suene con fuerza hoy entre nosotros, esta palabra es la voz que grita en el desierto y nos invita a la conversión. En este año de la misericordia, y en este lugar, quiero con ustedes implorar la misericordia divina, quiero pedir con ustedes el don de las lágrimas, el don de la conversión.

Aquí en Ciudad Juárez, como en otras zonas fronterizas, se concentran miles de migrantes de Centroamérica y otros países, sin olvidar tantos mexicanos que también buscan

pasar «al otro lado». Un paso, un camino, cargado de terribles injusticias: esclavizados, secuestrados, extorsionados, muchos hermanos nuestros son fruto del negocio del tráfico humano, de la trata de personas.

No podemos negar la crisis humanitaria que en los últimos años ha significado la migración de miles de personas, ya sea por tren, por carretera e incluso a pie, atravesando cientos de kilómetros por montañas, desiertos, caminos inhóspitos. Esta tragedia

humana que representa la migración forzada hoy en día es un fenómeno global. Esta crisis, que se puede medir en cifras, nosotros queremos medirla por nombres, por historias, por familias. Son hermanos y hermanas que salen expulsados por la pobreza y la violencia, por el narcotráfico y el crimen organizado. Frente a tantos vacíos legales, se tiende una red que atrapa y destruye siempre a los más pobres. ¡No sólo sufren la pobreza sino que además tienen que sufrir todas estas formas de violencia.

Injusticia que se radicaliza en los jóvenes, ellos, «carne de cañón», son perseguidos y amenazados cuando tratan de salir de la espiral de violencia y del infierno de las drogas. Y, qué decir de tantas mujeres a quienes les han arrebatado injustamente la vida.

Pidámosle a nuestro Dios el don de la conversión, el don de las lágrimas, pidámosle tener el corazón abierto, como los ninivitas, a su llamado en el rostro sufriente de tantos hombres y mujeres. ¡No más muerte ni explotación! Siempre

hay tiempo de cambiar, siempre hay una salida y siempre hay una oportunidad, siempre hay tiempo de implorar la misericordia del Padre.

Como sucedió en tiempo de Jonás, hoy también apostamos por la conversión; hay signos que se vuelven luz en el camino y anuncio de salvación. Sé del trabajo de tantas organizaciones de la sociedad civil a favor de los derechos de los migrantes. Sé también del trabajo comprometido de tantas hermanas religiosas, de religiosos y sacerdotes, de

laicos que se la juegan en el acompañamiento y en la defensa de la vida. Asisten en primera línea arriesgando muchas veces la suya propia. Con sus vidas son profetas de misericordia, son el corazón comprensivo y los pies acompañantes de la Iglesia que abre sus brazos y sostiene. Es tiempo de conversión, es tiempo de salvación, es tiempo de misericordia. Por eso, digamos junto al sufrimiento de tantos rostros: «Por tu inmensa compasión y misericordia, Señor apiádate de nosotros...

purifícanos de nuestros pecados
y crea en nosotros un corazón
puro, un espíritu nuevo»
(cf. *Sal* 50/51,3.4.12).

Y también deseo en este
momento saludar desde aquí a
nuestros queridos hermanos y
hermanas que nos acompañan
simultáneamente al otro lado
de la frontera, en especial a
aquellos que se han
congregado en el estadio de la
Universidad de El Paso,
conocido como el Sun Bowl,
bajo la guía de su Obispo,
Mons. Mark Seitz. Gracias a la
ayuda de la tecnología,

podemos orar, cantar y celebrar juntos ese amor misericordioso que el Señor nos da, y en el que ninguna frontera podrá impedirnos compartir. Gracias, hermanos y hermanas de El Paso, por hacernos sentir una sola familia y una misma comunidad cristiana.

*17 de febrero de 2016. Saludo
al final de la Misa en ciudad
Juárez.*

*Área de la feria de Ciudad
Juárez.*

Miércoles.

Viaje apostólico del papa
francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

*Señor obispo de Ciudad Juárez,
José Guadalupe Torres Campos,
Queridos Hermanos en el
Episcopado,*

*Autoridades,
Señoras y Señores,
Amigos todos*

Muchas gracias, Señor Obispo, por sus sentidas palabras. Es el momento de dar gracias a Nuestro Señor por haberme permitido esta visita a México, que siempre sorprende. México es una sorpresa.

No quisiera irme sin agradecer el esfuerzo de quienes han hecho posible esta peregrinación. Agradezco a todas las autoridades federales y locales, el interés y la solícita ayuda con la que han

contribuido al buen desarrollo de este propósito. A su vez, quisiera agradecer de corazón a los que han colaborado de distintos modos en esta visita pastoral. A tantos servidores anónimos que desde el silencio han dado lo mejor de sí para que estos días fueran una fiesta de familia, gracias. Me he sentido acogido, recibido por el cariño, la fiesta, la esperanza de esta gran familia mexicana, gracias por haberme abierto las puertas de sus vidas, de su Nación.

El escritor mexicano Octavio

Paz dice en su poema *Hermandad*:
«Soy hombre: duro poco y es enorme la noche.

Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben.

Sin entender comprendo: también soy escritura y en este mismo instante alguien me deletrea». [Un sol más vivo. Antología poética, México 2014, p. 268.]

Tomando estas bellas palabras, me atrevo a sugerir que aquello que nos deletrea y nos marca el camino es la presencia misteriosa pero real de Dios en

la carne concreta de todas las personas, especialmente de las más pobres y necesitadas de México. La noche nos puede parecer enorme y muy oscura, pero en estos días he podido constatar que en este pueblo existen muchas luces que anuncian esperanza; he podido ver en muchos de sus testimonios, en sus rostros, la presencia de Dios que sigue caminando en esta tierra, guiándolos y sosteniendo la esperanza; muchos hombres y mujeres, con su esfuerzo de cada día, hacen posible que

esta sociedad mexicana no se quede a oscuras. Muchos hombres y mujeres a lo largo de las calles, cuando pasaba, levantaban a sus hijos, me los mostraban: son el futuro de México, cuidémoslos, amémoslos. Esos chicos son profetas del mañana, son signo de un nuevo amanecer. Y les aseguro que por ahí, en algún momento, sentía como ganas de llorar al ver tanta esperanza en un pueblo tan sufrido. Que María, la Madre de Guadalupe, siga visitándolos, siga caminando por estas

tierras –México no se entiende sin Ella–, siga ayudándolos a ser misioneros y testigos de misericordia y reconciliación. Nuevamente, muchas gracias por esta tan cálida hospitalidad mexicana.

17 de febrero de 2016. Visita al centro de readaptación social (Cereso 3) de ciudad Juárez.

Miércoles.

Viaje apostólico del papa francisco a México. (12-18 de febrero de 2016)

Palabras improvisadas en la capilla de la cárcel.

¡Buenos días!

Les agradezco su presencia aquí. Les agradezco todo el bien que hacen aquí. Mil maneras de hacer bien que no

se ve.

Y ustedes se van a encontrar con mucha fragilidad. Por eso quise traer esta imagen de lo más frágil. El cristal es lo más frágil, se rompe enseguida. Y Cristo en la Cruz es la fragilidad más grande de la humanidad y, sin embargo, con esa fragilidad nos salva, nos ayuda, nos hace andar adelante, nos abre las puertas de la esperanza.

Deseo que cada uno de ustedes, con la bendición de la Virgen y contemplando la fragilidad en Cristo, que se hizo

pecado, se hizo muerte para salvarnos, sepan sembrar semillas de esperanza y de resurrección.

[Rezo del Ave María y Bendición Apostólica]

Nuestra Señora de Guadalupe

[R: Ruega por nosotros]

San Maximiliano Kolbe [R:

Ruega por nosotros]

Y no se olviden de rezar por mí.

Discurso del Santo Padre.

Queridos hermanos y

hermanas:

Estoy concluyendo mi visita a

México. No quería irme sin

venir a saludarlos, sin celebrar

el Jubileo de la Misericordia con ustedes.

Agradezco de corazón las palabras de saludo que me han dirigido, en las que manifiestan tantas esperanzas y aspiraciones, como también tantos dolores, temores e interrogantes.

En el viaje a África, en la ciudad de Bangui, pude abrir la primera puerta de la misericordia para el mundo entero -de este Jubileo, porque la primera puerta de la Misericordia la abrió nuestro Padre Dios con su Hijo Jesús-.

Hoy, junto a ustedes y con ustedes, quiero reafirmar una vez más la confianza a la que Jesús nos impulsa: la misericordia que abraza a todos y en todos los rincones de la tierra. No hay espacio donde su misericordia no pueda llegar, no hay espacio ni persona a la que no pueda tocar.

Celebrar el Jubileo de la misericordia con ustedes es recordar el camino urgente que debemos tomar para romper los círculos de la violencia y de la delincuencia. Ya tenemos varias décadas perdidas pensando y

creyendo que todo se resuelve aislando, apartando, encarcelando, sacándonos los problemas de encima, creyendo que esas medidas solucionan verdaderamente los problemas. Nos hemos olvidado de concentrarnos en lo que realmente debe ser nuestra verdadera preocupación: la vida de las personas; «sus» vidas, las de sus familias, la de aquellos que también han sufrido a causa de este círculo de violencia.

La misericordia divina nos recuerda que las cárceles son

un síntoma de cómo estamos en sociedad, son un síntoma en muchos casos de silencios y de omisiones que han provocado una cultura del descarte. Son un síntoma de una cultura que ha dejado de apostar por la vida; de una sociedad que, poco a poco, ha ido abandonando a sus hijos.

La misericordia nos recuerda que la reinserción no comienza acá en estas paredes; sino que comienza antes, comienza «afuera», en las calles de la ciudad. La reinserción o rehabilitación comienza

creando un sistema que podríamos llamarlo de salud social, es decir, una sociedad que busque no enfermar contaminando las relaciones en el barrio, en las escuelas, en las plazas, en las calles, en los hogares, en todo el espectro social. Un sistema de salud social que procure generar una cultura que actúe y busque prevenir aquellas situaciones, aquellos caminos que terminan lastimando y deteriorando el tejido social.

A veces pareciera que las cárceles se proponen

incapacitar a las personas a seguir cometiendo delitos más que promover los procesos de reinserción que permitan atender los problemas sociales, psicológicos y familiares que llevaron a una persona a determinada actitud. El problema de la seguridad no se agota solamente encarcelando, sino que es un llamado a intervenir afrontando las causas estructurales y culturales de la inseguridad, que afectan a todo el entramado social.

La preocupación de Jesús por

atender a los hambrientos, a los sedientos, a los sin techo o a los presos (*Mt 25,34-40*), era para expresar las entrañas de misericordia del Padre, que se vuelve un imperativo moral para toda sociedad que desea tener las condiciones necesarias para una mejor convivencia. En la capacidad que tenga una sociedad de incluir a sus pobres, a sus enfermos o a sus presos está la posibilidad de que ellos puedan sanar sus heridas y ser constructores de una buena convivencia. La reinserción

social comienza insertando a todos nuestros hijos en las escuelas, y a sus familias en trabajos dignos, generando espacios públicos de esparcimiento y recreación, habilitando instancias de participación ciudadana, servicios sanitarios, acceso a los servicios básicos, por nombrar sólo algunas medidas. Ahí empieza todo proceso de reinserción.

Celebrar el Jubileo de la misericordia con ustedes es aprender a no quedar presos del pasado, del ayer. Es

aprender a abrir la puerta al futuro, al mañana; es creer que las cosas pueden ser diferentes. Celebrar el Jubileo de la misericordia con ustedes es invitarlos a levantar la cabeza y a trabajar para ganar ese espacio de libertad anhelado. Celebrar el Jubileo de la Misericordia con ustedes es repetir esa frase que escuchamos recién, tan bien dicha y con tanta fuerza: «Cuando me dieron mi sentencia, alguien me dijo: "No te preguntes *por qué* estás aquí sino *para qué*"»; y que este

«para qué» nos lleve adelante, que este «para qué» nos haga ir saltando las vallas de ese engaño social que cree que la seguridad y el orden solamente se logra encarcelando.

Sabemos que no se puede volver atrás, sabemos que lo realizado, realizado está; pero, he querido celebrar con ustedes el Jubileo de la misericordia, para que quede claro que eso no quiere decir que no haya posibilidad de escribir una nueva historia, una nueva historia hacia delante: «para qué». Ustedes sufren el dolor

de la caída –y ojalá que todos nosotros suframos el dolor de las caídas escondidas y tapadas–, sienten el arrepentimiento de sus actos y sé que, en tantos casos, entre grandes limitaciones, buscan rehacer esa vida desde la soledad. Han conocido la fuerza del dolor y del pecado, no se olviden que también tienen a su alcance la fuerza de la resurrección, la fuerza de la misericordia divina que hace nuevas todas las cosas. Ahora les puede tocar la parte más dura, más difícil, pero que

posiblemente sea la que más fruto genere, luchan desde acá dentro por revertir las situaciones que generan más exclusión. Hablen con los suyos, cuenten su experiencia, ayuden a frenar el círculo de la violencia y la exclusión. Quien ha sufrido el dolor al máximo, y que podríamos decir «experimentó el infierno», puede volverse un profeta en la sociedad. Trabajen para que esta sociedad que usa y tira a la gente, no siga cobrándose víctimas. Y, al decirles estas cosas,

recuerdo aquellas palabras de Jesús: «El que esté sin pecado que tire la primera piedra», y yo me tendría que ir. Al decirles estas cosas no lo hago como quien da cátedra, con el dedo en alto, lo hago desde la experiencia de mis propias heridas, de errores y pecados que el Señor quiso perdonar y reeducar. Lo hago desde la conciencia de que, sin su gracia y mi vigilancia, podría volver a repetirlos. Hermanos, siempre me pregunto al entrar a una cárcel: «¿Por qué ellos y no yo?». Y es un misterio de la

misericordia divina; pero esa misericordia divina hoy la estamos celebrando todos mirando hacia delante en esperanza.

Quisiera también alentar al personal que trabaja en este Centro u otros similares: a los dirigentes, a los agentes de la Policía penitenciaria, a todos los que realizan cualquier tipo de asistencia en este Centro. Y agradezco el esfuerzo de los capellanes, las personas consagradas, los laicos, que se dedican a mantener viva la esperanza del Evangelio de la

Misericordia en el reclusorio, los pastores, todos aquellos que se acercan a darles la Palabra de Dios. Todos ustedes, no se olviden, pueden ser signos de la entrañas del Padre. Nos necesitamos unos a otros, nos decía nuestra hermana recién, recordando la carta a los Hebreos: «Siéntanse encarcelados con ellos».

Antes de darles la bendición me gustaría que oráramos en silencio, todos juntos; cada uno sabe lo que le va a decir al Señor, cada uno sabe de qué pedir perdón. Pero también les

pido a ustedes que en esta oración de silencio agrandemos el corazón para poder perdonar a la sociedad que no supo ayudarnos y que tantas veces nos empujó a los errores. Que cada uno pida a Dios, desde la intimidad del corazón, que nos ayude a creer en su misericordia. Oramos en silencio.

Y abrimos nuestro corazón para recibir la bendición del Señor. Que el Señor los bendiga y los proteja, haga brillar su rostro sobre ustedes y les muestre su gracia, les descubra su rostro y

les conceda la Paz. Amén.

Y les pido que no se olviden de rezar por mí. Gracias.

17 de febrero de 2016.

Discurso en el encuentro con el mundo del trabajo.

Colegio de Bachilleres del Estado de Chihuahua, Ciudad Juárez.

Miércoles.

Viaje apostólico del Papa Francisco a México (12-18 de febrero de 2016)

Queridos hermanos y hermanas:

Quise encontrarme con ustedes aquí en esta tierra de Juárez,

por la especial relación que esta ciudad tiene con el mundo del trabajo. No sólo les agradezco el saludo de bienvenida y sus testimonios, que han puesto de manifiesto los desvelos, las alegrías y las esperanzas que experimentan en sus vidas, sino que quisiera agradecerles también esta oportunidad de intercambio y de reflexión. Todo lo que podemos hacer para dialogar, encontrarnos, para buscar mejores alternativas y oportunidades es ya un logro a valorar y resaltar. Y hay dos

palabras que quiero subrayar: diálogo y encuentro. No cansarse de dialogar. Las guerras se van gestando de a poquito por la mudez y por los desencuentros. Obviamente que no alcanza dialogar y encontrarse, pero hoy en día no podemos darnos el lujo de cortar toda instancia de encuentro, toda instancia de debate, de confrontación, de búsqueda. Es la única manera que tendremos de poder ir construyendo el mañana, ir tejiendo relaciones sostenibles capaces de generar el

andamiaje necesario que, poco a poco, irá reconstruyendo los vínculos sociales tan dañados por la falta de comunicación, tan dañados por la falta de respeto a lo mínimo necesario para una convivencia saludable. Gracias, y que esta instancia sirva para construir futuro y sea una buena oportunidad de forjar el México que su pueblo y que sus hijos se merecen.

Me gustaría detenerme en este último aspecto. Hoy están aquí diversas organizaciones de trabajadores y representantes

de cámaras y gremios empresariales. A primera vista, podrían considerarse como antagonistas, pero los une la misma responsabilidad: buscar generar espacios de trabajo digno y verdaderamente útil para la sociedad, y especialmente para los jóvenes de esta tierra. Uno de los flagelos más grandes a los que se ven expuestos los jóvenes es la falta de oportunidades de estudio y de trabajo sostenible y redituable que les permita proyectarse; y esto genera en tantos casos –tantos casos–

situaciones de pobreza y marginación. Y esta pobreza y marginación es el mejor caldo de cultivo para que caigan en el círculo del narcotráfico y de la violencia. Es un lujo que hoy no nos podemos dar; no se puede dejar sólo y abandonado el presente y el futuro de México, y, para eso, diálogo, confrontación, fuentes de trabajo que vayan creando este sendero constructivo.

Desgraciadamente, el tiempo que vivimos ha impuesto el paradigma de la utilidad económica como principio de

las relaciones personales. La mentalidad reinante, en todas partes, propugna la mayor cantidad de ganancias posibles, a cualquier tipo de costo y de manera inmediata. No sólo provoca la pérdida de la dimensión ética de las empresas sino que olvida que la mejor inversión que se puede realizar es invertir en la gente, en las personas, en las familias. La mejor inversión es crear oportunidades. La mentalidad reinante pone el flujo de las personas al servicio del flujo de capitales,

provocando en muchos casos la explotación de los empleados como si fueran objetos para usar y tirar, y descartar (cf. *Laudato si'*, 123). Dios pedirá cuenta a los esclavistas de nuestros días, y nosotros hemos de hacer todo lo posible para que estas situaciones no se produzcan más. El flujo del capital no puede determinar el flujo y la vida de las personas. Por eso me gustó ese anhelo que se expresó de diálogo, de confrontación.

No son pocas las veces que, frente a los planteos de la

Doctrina Social de la Iglesia, se salga a cuestionarla diciendo: «Estos pretenden que seamos organizaciones de beneficencia o que transformemos nuestras empresas en instituciones de filantropía». La hemos escuchado, esa crítica. La única pretensión que tiene la Doctrina Social de la Iglesia es velar por la integridad de las personas y de las estructuras sociales. Cada vez que, por diversas razones, ésta se vea amenazada, o reducida a un bien de consumo, la Doctrina Social de la Iglesia será voz

profética que nos ayudará a todos a no perdernos en el mar seductor de la ambición. Cada vez que la integridad de una persona es violada, toda la sociedad es la que, en cierta manera, empieza a deteriorarse. Y esto que dice la Doctrina Social de la Iglesia no es en contra de nadie, sino a favor de todos. Cada sector tiene la obligación de velar por el bien del todo; todos estamos en el mismo barco. Todos tenemos que luchar para que el trabajo sea una instancia de humanización y de futuro; que

sea un espacio para construir sociedad y ciudadanía. Esta actitud no sólo genera una mejora inmediata, sino que a la larga va transformándose en una cultura capaz de promover espacios dignos para todos. Esta cultura, nacida muchas veces de tensiones, va gestando un nuevo estilo de relaciones, un nuevo estilo de Nación.

¿Qué mundo queremos dejarles a nuestros hijos? Creo que en esto la gran mayoría podemos coincidir. Este es precisamente nuestro horizonte, esa es

nuestra meta y, por ello, hoy tenemos que unirnos y trabajar. Siempre es bueno pensar qué me gustaría dejarles a mis hijos; y también es una buena medida para pensar en los hijos de los demás. ¿Qué quiere dejar México a sus hijos? ¿Quiere dejarles una memoria de explotación, de salarios insuficientes, de acoso laboral o de tráfico de trabajo esclavo? ¿O quiere dejarles la cultura de la memoria de trabajo digno, de techo decoroso y de la tierra para trabajar? Las tres "T": Trabajo, Techo y Tierra. ¿En

qué cultura queremos ver
nacer a los que nos seguirán?
¿Qué atmósfera van a respirar?
¿Un aire viciado por la
corrupción, la violencia, la
inseguridad y desconfianza o,
por el contrario, un aire capaz
de generar –la palabra es
clave–, generar alternativas,
generar renovación o cambio?
Generar es ser co-creadores
con Dios. Claro, eso cuesta.
Sé que lo planteado no es fácil,
pero sé también que es peor
dejar el futuro en manos de la
corrupción, del salvajismo y de
la falta de equidad. Sé que no

es fácil muchas veces armonizar todas las partes en una negociación, pero sé también que es peor, y nos termina haciendo más daño, la carencia de negociación y la falta de valoración. Una vez me decía un viejo dirigente obrero, honesto como él sólo, murió con lo que ganaba, nunca se aprovechó: «Cada vez que teníamos que sentarnos a una mesa de negociación, yo sabía que tenía que perder algo para que ganáramos todos». Linda la filosofía de ese hombre de trabajo. Cuando se va a

negociar siempre se pierde algo, pero ganan todos. Sé que no es fácil poder congeniar en un mundo cada más competitivo, pero es peor dejar que el mundo competitivo termine determinando el destino de los pueblos... esclavos. El lucro y el capital no son un bien por encima del hombre, están al servicio del bien común. Y, cuando el bien común es forzado para estar al servicio del lucro, y el capital la única ganancia posible, eso tiene un nombre, se llama exclusión, y así se va

consolidando la cultura del
descarte: ¡Descartado!

¡Excluido!

Comenzaba agradeciéndoles la
oportunidad de estar juntos.

Ayer, uno de los jóvenes en el
Estadio de Morelia que dio
testimonio dijo que este mundo
quita la capacidad de soñar, y
es verdad. A veces nos quita la
capacidad de soñar, la
capacidad de la gratuidad.

Cuando un chico o una chica ve
al papá y a la mamá solamente
el fin de semana, porque se va
a trabajar antes de que se
despierte y vuelve cuando ya

está durmiendo, esa es la cultura del descarte. Quiero invitarlos a soñar, a soñar en un México donde el papá pueda tener tiempo para jugar con su hijo, donde la mamá pueda tener tiempo para jugar con sus hijos. Y eso lo van a lograr dialogando, confrontando, negociando, perdiendo para que ganen todos. Los invito a soñar el México que sus hijos se merecen; el México donde no haya personas de primera, segunda o de cuarta, sino el México que sabe reconocer en el otro la dignidad de hijo de

Dios. Y que la Guadalupana, que se manifestó a San Juan Diego, y reveló cómo los aparentemente dejados de lado eran sus testigos privilegiados, los ayude a todos, tengan la profesión que tengan, tengan el trabajo que tengan, a todos, en esta tarea de diálogo, confrontación y encuentro. Gracias.

17 de febrero de 2016.

*Conferencia de prensa durante
el vuelo de regreso a Roma.*

Miércoles.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a México (12-18 de
febrero de 2016)

**(María Eugenia Jiménez —
«Milenio»)**

Santo Padre, en México hay miles de desaparecidos, pero el caso de los 43 de Ayotzinapa es un caso emblemático. Quisiera preguntarle por qué no se

reunió con los familiares de ellos y también un mensaje para los familiares de los miles de desaparecidos.

(Papa Francisco)

En realidad, si usted lee los mensajes, hay referencias continuas a los asesinatos, a las muertes, a las vidas cobradas por todas estas bandas de narcotráfico y traficantes de personas. Es decir, que de ese problema hablé como una de las llagas que está sufriendo México, ¿no? Hubo algún intento de recibir personas, y eran

muchos grupos, incluso contrapuestos entre ellos, con luchas internas. Entonces yo preferí decir que en la misa los iba a ver a todos, en la Misa de Juárez si preferían o en alguna otra, pero me abría a esa disponibilidad. Era prácticamente imposible recibir a todos los grupos que, por otro lado, también estaban enfrentados entre ellos. Es una situación que es difícil de comprender para mí, claramente, que soy extranjero. Pero creo que incluso la sociedad mexicana es

víctima de todo esto: de los crímenes, de este hacer desaparecer gente, de descartar gente. He hablado en los discursos en los que he podido y usted lo puede constatar. Es un dolor que me llevo muy grande, porque este pueblo no se merece un drama como este.

(Javier Solorzano — «Canal 31»)

El tema de la pederastia, como bien lo sabe México, tiene raíces muy peligrosas, muy dolorosas. El caso del Padre Maciel dejó herencias fuertes,

sobre todo con las víctimas. Las víctimas se siguen sintiendo desprotegidas de la Iglesia. Le pregunto: ¿Qué piensa de este tema?, ¿Si en algún momento ha pensado en reunirse con las víctimas? Y, en general, ¿esta idea de que los sacerdotes cuando llegan a ser detectados en casos de esta naturaleza lo que se hace es cambiarlo, nada más, de parroquia, ¿Cómo ve este asunto? Muchas Gracias.

(Papa Francisco)

Bueno, empiezo por lo segundo. Un obispo que cambia a un sacerdote de parroquia

cuando se detecta una pederastia es un inconsciente y lo mejor que puede hacer es presentar la renuncia. ¿Clarito? Segundo: para atrás, caso Maciel, y aquí me permito rendir un homenaje, sino al hombre que luchó en momentos que no tenía fuerza para imponerse hasta que logró imponer.. Ratzinger.. el Cardenal Ratzinger (aplausos), sí, un aplauso para él. Es un hombre que tuvo toda la documentación. Siendo Prefecto de la Doctrina de la Fe tuvo todo en sus manos. Hizo

las investigaciones y llegó, y llegó, y llegó... y no pudo ir más allá en la ejecución. Pero, si ustedes se acuerdan, diez días antes de morir San Juan Pablo II, aquel Vía Crucis del Viernes Santo le dijo a toda la Iglesia que había que limpiar las porquerías de la Iglesia. Y en la Misa Pro Eligendo Pontifice, donde no es tonto, él sabía que era candidato, no le importó maquillar su postura, dijo exactamente lo mismo. O sea, fue el valiente que ayudó a tantos a abrir esta puerta. Así que lo quiero recordar porque a

veces nos olvidamos de estos trabajos escondidos que fueron los que prepararon los cimientos para destapar la olla.

(Phil Pulella — «Reuters»)

Buenas tardes, Santidad. Usted hoy habló muy elocuentemente de los problemas de la inmigración. Del otro lado de la frontera, sin embargo, hay una campaña electoral muy dura.

Uno de los candidatos de la Casa Blanca, republicano, Donald Trump, en una entrevista recientemente dijo que usted es un hombre político y hasta dijo que usted

es un títere, un instrumento del gobierno mexicano para la política migratoria. Quisiera preguntarle ante todo ¿qué piensa de estas acusaciones en su contra y si un católico norteamericano puede votar por una persona de esta clase?

(Papa Francisco)

Gracias a Dios que dijo que yo soy político, porque Aristóteles define a la persona humana como un «*animal politicus*». ¡Al menos soy una persona humana! Y que soy un títere, quizás, no lo sé... lo dejo a vuestro juicio, de la gente. Y

después, una persona que piensa sólo en hacer muros, sea donde sea, y no hacer puentes, no es cristiano. Esto no está en Evangelio. Después, lo que usted me decía, sobre qué aconsejaría, votar o no votar, no me meto. Solo digo: si dice estas cosas, este hombre no es cristiano. Hay que ver si ha dicho estas cosas. Y por ello dejo el beneficio de la duda. (Paloma García Ovejero — «Cope»)

Santo Padre, desde hace algunas semanas hay mucha preocupación en diversos

países latinoamericanos, pero también en Europa, por el virus «Zika». El riesgo mayor sería para las mujeres embarazadas —hay angustia— Algunas autoridades han propuesto el aborto o evitar el embarazo. En este caso, ¿la Iglesia puede tomar en consideración el concepto de «mal menor»?

(Papa Francisco)

El aborto no es un «mal menor». Es un crimen. Es echar fuera a uno para salvar a otro. Es lo que hace la mafia. Es un crimen, es un mal absoluto. Sobre el «mal

menor»: evitar el embarazo es un caso —hablamos en términos de conflicto entre el quinto y el sexto mandamiento. Pablo vi, el grande, en una situación difícil en África permitió a las monjas usar anticonceptivos para casos de violencia. No hay que confundir el mal de evitar el embarazo, por sí solo, con el aborto. El aborto no es un problema teológico: es un problema humano, es un problema médico. Se asesina a una persona para salvar a otra —en el mejor de los casos— o para

vivir cómodamente. Va contra el juramento hipocrático que los médicos deben hacer. Es un mal en sí mismo, pero no es un mal religioso al inicio: no, es un mal humano. Y, evidentemente, como es un mal humano —como todo asesinato— es condenado. En cambio, evitar el embarazo no es un mal absoluto. En ciertos casos, como en este que he mencionado de Pablo vi, era claro. También yo exhortaría a los médicos a que hagan de todo para encontrar también las vacunas contra estos dos

mosquitos que contagian esta enfermedad. Sobre esto se debe trabajar.

(Anne Thompson — «Nbc News»)

Santo Padre Ud. ha hablado mucho sobre la familia y el Año Santo de la Misericordia durante este viaje, pero algunos se preguntan, ¿cómo una Iglesia que dice ser «misericordiosa» pueda perdonar con más facilidad a un asesino que a un divorciado vuelto a casar?

(Papa Francisco)

¡Me gusta esta pregunta! Sobre

familia, han hablado dos sínodos. El Papa habló todo el año durante las catequesis de los miércoles, y la pregunta es verdadera, me gusta la pregunta porque usted la ha hecho «plásticamente» bien. En el documento post-sinodal que saldrá antes de Pascua, se retoma todo lo que el Sínodo abordó en uno de los capítulos habló sobre los conflictos o sobre las familias heridas y la pastoral de las familias heridas. Es una de las preocupaciones, como otra es la preparación al matrimonio. Imagínese: para

ser cura, es necesario estudiar por 8 años y luego, si no lo logras, pides una dispensa y te vas. Pero, para un sacramento que dura toda la vida, tres, cuatro clases... La preparación al matrimonio es muy importante, muy muy importante, porque creo que es algo que en la Iglesia, al menos en la pastoral común, al menos en mi país en Sudamérica no ha contado tanto. Por ejemplo, ahora no mucho, pero hace algunos años había en mi país la costumbre de los casamientos «de apuro»,

casamientos hechos con prisa porque viene un niño, para taparlo socialmente y salvar el honor de la familia y ahí no eran libres. Y muchas veces estos matrimonios son nulos, y yo, como obispo, he prohibido hacer esto a los sacerdotes cuando existía esto... que nazca el niño, que permanezcan como novios y cuando sientan hacerlo para toda la vida que vayan adelante, pero existe una falta del matrimonio. Otro capítulo muy interesante es la educación de los hijos. Las víctimas de los problemas

familiares son los hijos, pero también los problemas de la familia que el marido y la mujer quieren, por ejemplo, las necesidades de un trabajo, cuando el padre no tiene tiempo para hablar con sus hijos, cuando la madre no tiene tiempo libre para hablar con sus hijos cuando yo confieso a una pareja que tiene hijos, un matrimonio les digo: «¿cuántos hijos tienen?». Algunos se asustan porque dicen: «el sacerdote me preguntará por qué no tengo más...» y yo digo 'le haré una segunda pregunta:

«¿Usted juega con sus hijos?»
Y la mayoría, casi todos, dicen que «Padre no tengo tiempo, trabajo todo el día», y los hijos son víctimas, es un problema social que hiere a las familias. Me gusta su pregunta. Una tercera cosa interesante es que en el encuentro con las familias en Tuxtla Gutiérrez había en una pareja de casados en segunda unión integrados en la pastoral de la Iglesia y la palabra clave que usó el Sínodo y que yo retomaría es integrar en la vida de la Iglesia a las familias heridas, las familias

vueltas a casar, pero no olvidar a los hijos en medio. Ellos son las primeras víctimas, sea para las heridas, sea para las condiciones de pobreza, de trabajo, de todo esto.

(Anne Thompson — «Nbc News»)

¿Esto quiere decir que pueden recibir la comunión?

(Papa Francisco)

Esto es algo último, integrar en la iglesia no significa conceder la comunión porque yo conozco a católicos casados en segundas nupcias que van a la iglesia tres o cuatro veces al año, y

«yo quiero hacer la comunión», como si fuera un título honorífico. Un trabajo de integración... Todas las puertas están abiertas, pero no se puede decir que estas personas puedan comulgar. Esto sería una herida, también para los matrimonios, porque esto no los haría proceder por ese camino de integración. Y estos dos eran felices y usaron una expresión muy linda: nosotros no hacemos la comunión eucarística, pero sí estamos en comunión cuando visitamos a hospitales y en esto, y en esto.

Su integración es esa. Si hay algo más, ya lo dirá el Señor. Es un camino, una vía...

(Antoine-Marie Izoard — «Imedia»)

Los medios han publicado el intercambio de cartas entre el Papa Juan Pablo II y la filósofa americana Anna-Teresa Tymieniecka, que tenía un gran afecto por el Papa polaco. Según usted, ¿un Papa puede tener una relación tan íntima con una mujer? ¿Usted conoce o ha conocido este tipo de experiencia?

(Papa Francisco)

Esto lo conocía. Conocía esta relación de amistad entre san Juan Pablo II y esta filósofa cuando estaba en Buenos Aires. Era una cosa que se sabía, también los libros de ella son conocidos. Juan Pablo II era un hombre inquieto. Después yo diré que un hombre que no sabe tener una buena relación de amistad con una mujer —no hablo de los misóginos que estos están enfermos— es un hombre que le falta alguna cosa.

Y yo por experiencia propia cuando pido un consejo, a un

colaborador o a un amigo, me gusta también escuchar el parecer de una mujer. Y te da mucha riqueza. Miran las cosas de otro modo. A mí me gusta decir que la mujer es la que construye la vida en el vientre. Esta es una observación que hago. Y tienen éste carisma de darte cosas para construir. Una amistad con una mujer no es pecado. Es amistad. Una relación amorosa con una mujer que no sea tu mujer es pecado. ¿Entendido? Y el Papa es un hombre, tiene necesidad incluso del pensamiento de las

mujeres y también el Papa tiene un corazón que puede tener una amistad sana, santa con una mujer. Hay santos amigos: Francisco y Clara, Teresa y San Juan de la Cruz. No hay que asustarse, pero las mujeres todavía no están bien consideradas. No hemos entendido totalmente el bien que una mujer puede hacer a la vida del cura y de la Iglesia, en un sentido de consejo de ayuda, de sana amistad.

**(Javier Martínez Brocal —
«Rome Reports»)**

¿Cuándo volverá a

Latinoamérica o a China?

(Papa Francisco)

«China» (risas), ir allá: me gustaría mucho. Quiero decir una cosa justa sobre el pueblo mexicano. Es un pueblo de una riqueza muy grande. Es un pueblo que sorprende. Tiene una cultura, cultura milenaria. ¿Sabéis que hoy en México se hablan 65 lenguas, contando los indígenas? ¡65! Es un pueblo de una gran fe, aunque ha sufrido persecución religiosa, hay mártires, ahora canonizaré a dos, dos o tres. Es un pueblo que no se puede

explicar. A un pueblo no se lo puede explicar simplemente porque la palabra pueblo no es una categoría lógica, es una categoría mítica. El pueblo mexicano no se puede explicar, esta riqueza, esta historia, esta alegría, esta capacidad de hacer fiesta en estas tragedias de las cuales ustedes me preguntaron. Yo no puedo decir otra cosa que esta unidad, que este pueblo haya logrado no fracasar, no terminar, con tantas guerras y cosas, cosas que suceden ahora, pero ahí en Ciudad Juárez había un pacto

de 12 horas de paz por mi visita, después seguirán luchando entre ellos, los traficantes.

Un pueblo que aún tiene esta vitalidad solamente se explica por Guadalupe, y yo les invito a estudiar seriamente el hecho de Guadalupe. La Virgen está ahí. Yo no encuentro otra explicación, y sería lindo que ustedes como periodistas... hay algunos libros buenos que explican muy bien el cuadro, cómo es, lo que significa y así se podrá comprender un poco a este pueblo tan grande y tan

bello.

*20 de febrero de 2016.
Audiencia jubilar. El
compromiso con las personas
necesitadas.*

Sábado.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Jubileo es una verdadera
oportunidad para profundizar
en el misterio de la bondad y
del amor de Dios. En este
tiempo de Cuaresma, la Iglesia

nos invita a conocer cada vez más al Señor Jesús, y a vivir de manera coherente la fe con un estilo de vida que exprese la misericordia del Padre. Es un compromiso que estamos llamados a asumir para ofrecer a los que encontramos el signo concreto de la cercanía de Dios. Mi vida, mi actitud, la forma de ir por la vida debe ser justamente un signo concreto del hecho de que Dios está cerca de nosotros. Pequeños gestos de amor, de ternura, de cuidado, que hacen pensar que el Señor está con nosotros,

está cerca de nosotros. Y así, se abre la puerta de la misericordia.

Hoy quisiera reflexionar brevemente con vosotros sobre el tema de esta palabra que he dicho: el tema del compromiso. ¿Qué es un compromiso? ¿Qué significa comprometerse?

Cuando me comprometo quiere decir que asumo una responsabilidad, una tarea hacia alguien; y significa también el estilo, la actitud de fidelidad y de dedicación, de atención particular con la que llevo adelante esta tarea. Cada

día se nos pide que pongamos empeño en las cosas que hacemos: en la oración, en el trabajo, en el estudio, pero también en el deporte, en las actividades libres...

Comprometerse, en definitiva, quiere decir poner nuestra buena voluntad y nuestras fuerzas para mejorar la vida.

También Dios se ha comprometido con nosotros. Su primer compromiso fue el de crear el mundo, y a pesar de nuestros atentados para destruirlo —y son muchos—, Él se compromete a mantenerlo

vivo. Pero su compromiso más grande ha sido donarnos a Jesús. ¡Este es el gran compromiso de Dios! Sí, Jesús es justamente el compromiso extremo que Dios ha asumido para con nosotros. Lo recuerda también san Pablo, cuando escribe que Dios «no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (*Rm 8, 32*). Y, en virtud de esto, junto a Jesús el Padre nos dará cualquier cosa que necesitemos.

Y, ¿cómo se ha manifestado este compromiso de Dios por

nosotros? Es muy fácil verificarlo en el Evangelio. En Jesús, Dios se ha comprometido completamente para devolver la esperanza a los pobres, a cuantos estaban privados de dignidad, a los extranjeros, a los enfermos, a los prisioneros y a los pecadores, que acogía con bondad. En todo esto, Jesús era expresión viviente de la misericordia del Padre. Y quisiera referirme a esto: Jesús acogía con bondad a los pecadores. Si nosotros pensamos en modo humano, el pecador sería un enemigo de

Jesús, un enemigo de Dios,
pero Él se acerca a ellos con
bondad, los amaba y les
cambiaba su corazón. Todos
nosotros somos pecadores:
¡todos! Todos tenemos alguna
culpa delante de Dios. Pero no
debemos tener desconfianza: Él
se acerca para darnos el
consuelo, la misericordia, el
perdón. Este es el compromiso
de Dios y para esto ha enviado
a Jesús: para acercarse a
nosotros, a todos nosotros y
abrir la puerta de su amor, de
su corazón, de su misericordia.
Y esto es muy bonito. ¡Muy

bonito!

A partir del amor misericordioso con el que Jesús ha expresado el compromiso de Dios, también nosotros podemos y debemos corresponder a su amor con nuestro compromiso. Y esto sobre todo en las situaciones de mayor necesidad, donde hay más sed de esperanza. Pienso —por ejemplo— en nuestro compromiso con las personas abandonadas, con los que cargan minusvalías muy pesadas, con los enfermos más graves, con los moribundos,

con los que no son capaces de expresar gratitud. A todas estas realidades nosotros llevamos la misericordia de Dios a través de un compromiso de vida, que es testimonio de nuestra fe en Cristo. Debemos siempre llevar esa caricia de Dios —porque Dios nos ha acariciado con su misericordia—, llevarla a los demás, a aquellos que tienen necesidad, a aquellos que llevan un sufrimiento en el corazón o están tristes: acercarse con esa caricia de Dios, que es la misma que Él nos ha dado a nosotros.

Que este Jubileo ayude a nuestra mente y a nuestro corazón a tocar con la mano el compromiso de Dios por cada uno de nosotros, y gracias a esto transformar nuestra vida en un compromiso de misericordia para todos.

* * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, así como a los grupos venidos de España y Latinoamérica.

Que este Jubileo pueda ayudarnos a experimentar el compromiso de Dios sobre cada uno de nosotros y, gracias a

ello, transformar nuestra vida
en un compromiso de
misericordia para todos.
Muchas gracias.

21 de febrero de 2016.
ÁNGELUS.

II Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El segundo domingo de
Cuaresma nos presenta el
Evangelio de la Transfiguración
de Jesús.

El viaje apostólico que realicé
los días pasados a México fue

una experiencia de

transfiguración. ¿Por qué?

Porque el Señor nos mostró la
luz de su gloria a través del

cuerpo de su Iglesia, de su Pueblo santo que vive en esa tierra. Un cuerpo muchas veces herido, un Pueblo tantas veces oprimido, despreciado, violado en su dignidad. De hecho los diversos encuentros vividos en México estuvieron llenos de luz: la luz de la fe que transfigura los rostros e ilumina el camino.

El «baricentro» espiritual de la peregrinación fue el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Quedarme en silencio frente a la imagen de la Madre era lo que me había

propuesto antes de todo. Y agradezco a Dios que me lo concedió. Contemplé y me dejé mirar por Aquella que lleva impresos en sus ojos las miradas de todos sus hijos y recoge los dolores por las violencias, los secuestros, los asesinatos, los abusos en detrimento de muchas personas pobres y de tantas mujeres. Guadalupe es el santuario mariano más frecuentado del mundo. De toda América van allí a rezar donde la *Virgen Morenita* se mostró al indio san Juan Diego, dando inicio a la

evangelización del continente y a su nueva civilización, fruto del encuentro entre diversas culturas.

Esta es precisamente la herencia que el Señor entregó a México: custodiar la riqueza de la diversidad y, al mismo tiempo, manifestar la armonía de la fe común, una fe sincera y robusta, acompañada por una gran carga de vitalidad y de humanidad. Como mis predecesores, también yo fui para confirmar la fe del pueblo mexicano, pero contemporáneamente a ser

confirmado; he recogido a manos llenas este don para que vaya en beneficio de la Iglesia universal.

Un ejemplo luminoso de lo que estoy diciendo fue dado por las familias: las familias mexicanas me acogieron con alegría en cuanto mensajero de Cristo, Pastor de la Iglesia; pero ellas a su vez me dieron testimonios límpidos y fuertes, testimonios de fe vivida, de fe que transfigura la vida, y esto para edificar a todas las familias cristianas del mundo. Y lo mismo se puede decir de

los jóvenes, de los
consagrados, los sacerdotes,
los trabajadores y
los encarcelados.

Por ello doy gracias al Señor y
a la Virgen de Guadalupe por el
don de esta peregrinación.

Además agradezco al
presidente de México y a las
demás autoridades civiles por
la calurosa acogida; agradezco
vivamente a mis hermanos en
el episcopado y a todas las
personas que de diversas
maneras han colaborado.

Una alabanza especial
elevamos a la Santísima

Trinidad por haber querido que en esta ocasión se llevase a cabo en Cuba el encuentro entre el Papa y el Patriarca de Moscú y de toda Rusia, el querido hermano Kirill; un encuentro muy deseado también por mis predecesores. También este evento es una luz profética de Resurrección, de la cual hoy el mundo necesita más que nunca. Que la Santa Madre de Dios continúe guiándonos en el camino de la unidad. Recemos a la Virgen de Kazán, de la que el Patriarca Kirill me ha regalado un ícono.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Mañana tendrá lugar en Roma un congreso internacional que se titula «Por un mundo sin pena de muerte», promovido por la Comunidad San Egidio. Deseo que el congreso pueda dar un renovado impulso al compromiso por la abolición de la pena capital. Una señal de esperanza está constituida por el desarrollo, en la opinión pública, de una contrariedad cada vez mayor hacia la pena

de muerte, también sólo como instrumento de legítima defensa social. De hecho las sociedades modernas tienen la posibilidad de reprimir eficazmente el crimen sin quitar definitivamente a quien lo cometió la posibilidad de redimirse. El problema va encuadrado en la óptica de una justicia penal que sea cada vez más conforme a la dignidad del hombre y al designio de Dios para el hombre y la sociedad y también a una justicia penal abierta a la esperanza de la reinserción en la sociedad. El

mandamiento «no matarás», tiene valor absoluto y se refiere tanto al inocente como al culpable.

El Jubileo extraordinario de la Misericordia es una ocasión propicia para promover en el mundo formas cada vez más maduras de respeto de la vida y de la dignidad de cada persona. También el criminal tiene el derecho inviolable a la vida, don de Dios. Hago un llamamiento a la conciencia de los gobernantes, para que se llegue a un consenso internacional para la abolición

de la pena de muerte. Y propongo a quienes entre ellos son católicos que realicen un gesto valiente y ejemplar: que ninguna condena sea ejecutada en este Año santo de la Misericordia.

Todos los cristianos y hombres de buena voluntad están llamados hoy a trabajar no sólo por la abolición de la pena de muerte, sino también para mejorar las condiciones de las cárceles, en el respeto de la dignidad humana de las personas privadas de libertad. Dirijo un cordial saludo a las

familias, a los grupos parroquiales, a las asociaciones y a todos los peregrinos de Roma, de Italia y de los diversos países.

Saludo a los fieles de Sevilla, Cádiz, Ceuta (España) y a los de Trieste, Corato y Turín. Un pensamiento particular dirijo a la comunidad Papa Juan XXIII, fundada por el siervo de Dios, don Oreste Benzi, que el viernes próximo promoverá por las calles del centro de Roma un «Vía Crucis» de solidaridad y oración por las mujeres víctimas de la trata.

La Cuaresma es un tiempo propicio para realizar un camino de conversión que tiene como centro la misericordia. Por ello he pensado regalaros a quienes estáis aquí en la plaza una «medicina espiritual» llamada *Misericordina*. Una vez ya lo hicimos, pero esta es de mejor calidad: es la *Misericordina plus*. Una cajita que contiene un rosario y una imagen pequeña de Jesús Misericordioso. Ahora la distribuirán los voluntarios entre los cuales hay pobres, sin techo, refugiados y también

religiosos. Recibid este regalo como una ayuda espiritual para difundir, especialmente en este Año de la misericordia, el amor, el perdón y la fraternidad. Os deseo a todos un feliz domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta la próxima.

*22 de febrero de 2016. Homilía
del Santo Padre Francisco.
Jubileo de la curia romana.*

Lunes.

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE
LA MISERICORDIA.

La fiesta litúrgica de la Cátedra de san Pedro nos congrega para celebrar el Jubileo de la Misericordia como comunidad de servicio de la Curia romana, de la Gobernación y de las Instituciones vinculadas con la Santa Sede. Hemos atravesado la Puerta Santa y llegamos a la

tumba del Apóstol Pedro para hacer nuestra profesión de fe. Y hoy la Palabra de Dios ilumina de modo especial nuestros gestos.

En este momento, el Señor Jesús repite a cada uno de nosotros su pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt 16, 15*). Una pregunta clara y directa, ante la cual no es posible huir o permanecer neutrales, ni postergar la respuesta o delegarla a otro. Pero en ello no hay nada de inquisitorio, es más, ¡está llena de amor! El amor de nuestro

único Maestro, que hoy nos llama a renovar la fe en Él, reconociéndolo como Hijo de Dios y Señor de nuestra vida. Y el primero en ser llamado a renovar su profesión de fe es el Sucesor de Pedro, que tiene la responsabilidad de confirmar a los hermanos (cf. *Lc 22, 32*). Dejemos que la gracia modele de nuevo nuestro *corazón* para creer, y abra nuestra *boca* para hacer la profesión de fe y obtener la salvación (cf. *Rm 10, 10*). Así, pues, hagamos nuestras las palabras de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del

Dios vivo» (*Mt 16, 16*). Que nuestro pensamiento y nuestros ojos estén fijos en Jesucristo, inicio y fin de cada acción de la Iglesia. Él es el fundamento y nadie puede poner otro cimiento (*1 Cor 3, 11*). Él es la «piedra» sobre la cual debemos construir. Lo recuerda con palabras expresivas san Agustín cuando escribe que la Iglesia, que viéndose agitada y sacudida por las vicisitudes de la historia, «no se cae, porque está cimentada sobre la piedra de donde Pedro tomó el nombre,

pues "piedra" no viene de "Pedro", sino "Pedro" de "piedra"; como tampoco "Cristo" viene de "cristiano", sino "cristiano" de "Cristo". [...]

La roca es el Mesías, cimiento sobre el que también Pedro mismo está edificado» (*In Joh 124, 5: pl 35, 1972*).

De esta profesión de fe surge para cada uno de nosotros la tarea de corresponder a la llamada de Dios. A los Pastores, ante todo, se les pide tener como modelo a Dios mismo, que cuida su rebaño. El profeta Ezequiel describió el modo de

obrar de Dios: Él va en busca de la oveja perdida, conduce de nuevo al aprisco a la descarriada, venda y cura a la enferma (*Ez 34, 16*). Un comportamiento que es signo del amor que no conoce límites. Es una entrega fiel, constante, incondicional, para que su misericordia pueda llegar a todos los más débiles. Pero no tenemos que olvidar que la profecía de Ezequiel se inspira en la constatación de las faltas de los pastores de Israel. Por lo tanto, nos hace bien también a nosotros, llamados a ser

Pastores en la Iglesia, dejar que el rostro de Dios Buen Pastor nos ilumine, nos purifique, nos transforme y nos restituya plenamente renovados a nuestra misión. Que también en nuestros ambientes de trabajo podamos sentir, cultivar y practicar un fuerte sentido pastoral, sobre todo hacia las personas con las que nos encontramos todos los días. Que nadie se sienta ignorado o maltratado, sino que cada uno pueda experimentar, sobre todo aquí, el cuidado atento del Buen Pastor.

Estamos llamados a ser los colaboradores de Dios en una empresa tan fundamental y única como es testimoniar con nuestra vida la fuerza de la gracia que transforma y el poder del Espíritu que renueva. Dejemos que el Señor nos libere de toda tentación que aleja de lo que es esencial en nuestra misión, y redescubramos la belleza de profesar la fe en el Señor Jesús. La fidelidad al ministerio se conjuga bien con la misericordia que queremos experimentar. En la Sagrada

Escritura, por otro lado, fidelidad y misericordia son un binomio inseparable. Donde está una, allí está también la otra, y precisamente en su reciprocidad y complementariedad se puede ver la presencia misma del Buen Pastor. La fidelidad que se nos pide es obrar según el corazón de Cristo. Como hemos escuchado de las palabras del apóstol Pedro, tenemos que apacentar el rebaño con «espíritu generoso» y llegar a ser un «modelo» para todos. De este modo, «cuando

aparecerá el Pastor supremo»
podremos recibir la «corona
inmarcesible de la gloria» (*1*
Pe 5, 4).

24 de febrero de 2016.

Audiencia general.

Misericordia y poder.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Proseguimos con las catequesis sobre la misericordia en la Santa Escritura. En varios pasajes se habla de los poderosos, los reyes, los hombres que están «en lo alto», y también de su arrogancia y sus abusos. La riqueza y el poder son

realidades que pueden ser buenas y útiles para el bien común, si se ponen al servicio de los pobres y de todos, con justicia y caridad. Pero cuando, como ocurre con demasiada frecuencia, si se viven como un privilegio, con egoísmo y prepotencia, se transforman en instrumentos de corrupción y muerte. Esto es lo que sucede en el episodio de la viña de Nabot, que se describe en el Primer Libro de los Reyes, capítulo 21, sobre el que hoy reflexionamos.

Este texto cuenta como el rey

de Israel, Ajab, quiere compara la viña de un hombre llamado Nabot, porque ésta linda con el palacio real. La propuesta parece legítima, incluso generosa, pero en Israel las propiedades de tierras se consideraban casi inalienables. De hecho, el libro de Levítico prescribe: «La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes» (Lv 25, 23). La tierra es sagrada, porque es un don de Dios, y como tal debe ser

custodiado y conservado como un signo de la bendición divina que pasa de generación en generación y garantía de dignidad para todos. Se comprende entonces la respuesta negativa de Nabot al rey: «Líbreme Yaveh de darte la herencia de mis padres» (*1 Re 21, 3*). El rey Ajab reacciona a esta negativa con amargura e indignación. Él se siente ofendido —él es el rey, el poderoso—, disminuido en su autoridad soberana, y frustrado en la posibilidad de satisfacer su deseo de posesión. Al verlo

tan abatido, su esposa Jezabel, una reina pagana que había incrementado los cultos idolátricos y que hacía matar a los profetas del Señor (cf. *1 Re 18, 4*), —no era mala, iera sumamente mala!— decide intervenir. Las palabras que dirige rey son muy significativas. Escuchad la maldad que esconde esta mujer: ¿Y eres tú el que ejerces la realeza en Israel? Levántate, come y que se alegre tu corazón. Yo te daré la viña de Nabot de Yizreel» (v. 7). Ella enfatiza el prestigio y

el poder del rey, que, a su modo de ver, está puesto en entredicho por la negativa de Nabot. Un poder que por el contrario ella considera absoluto, y por el cual todo deseo del rey poderoso se convierte en una orden. El gran san Ambrosio escribió un pequeño libro sobre este episodio. Se llama «Nabot». Nos hará bien leerlo en este tiempo de Cuaresma. Es muy bonito, es muy concreto. Jesús, recordando estas cosas, nos dice: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como

señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo» (*Mt 20, 25-27*). Si pierde la dimensión de servicio, el poder se transforma en arrogancia y se convierte en dominación y abuso.

Precisamente esto es lo que sucede en el episodio de la viña de Nabot. Jezabel, la reina, sin ningún escrúpulo, decide

eliminar a Nabot y ejecuta su plan. Se sirve de las apariencias engañosas de una legalidad perversa: envía, en nombre del rey, cartas a los ancianos y notables de la ciudad ordenando que falsos testigos que acusen a Nabot públicamente de haber maldecido a Dios y al rey, un crimen castigado con la muerte. De esta forma, una vez que Nabot está muerto, el rey puede apropiarse de su viña. Y esta no es una historia de otro tiempo, es también la historia de hoy, los poderosos que para

tener más dinero explotan a los pobres, explotan a la gente. Es la historia de la trata de personas, del trabajo esclavo, de la pobre gente que trabaja en negro y con el salario mínimo para enriquecer a los poderosos. Es la historia de los políticos corruptos que quieren imás y más y más! Es por esto que he dicho que haremos bien en leer ese libro de San Ambrosio sobre Nabot, porque es un libro de actualidad. He aquí donde lleva el ejercicio de una autoridad sin respeto por la vida, sin justicia, sin

misericordia. Y a qué lleva la sed de poder: se convierte en codicia que quiere poseerlo todo. Al respecto hay un texto del profeta Isaías particularmente iluminador. En este, el Señor advierte contra la codicia de los ricos latifundistas que quieren poseer cada vez más casas y terrenos. Y el profeta Isaías dice: «¡Ay, los que juntáis casa con casa, y campo a campo anexionáis, hasta ocupar todo el sitio y quedaros solos en medio del país!» (*Is 5, 8*). Y el profeta Isaías ino era un

comunista! Pero Dios es más grande que la maldad y que los juegos sucios realizados por los seres humanos. En su misericordia envía al profeta Elías para ayudar a que Ajab se convierta.

Ahora giramos la página, y ¿cómo sigue la historia? Dios ve este crimen y toca también al corazón de Ajab, y el rey, colocado frente a su pecado, comprende, se humilla, y pide perdón. ¡Qué bonito sería si todos los poderosos explotadores hoy hicieran lo mismo! El Señor acepta su

arrepentimiento; sin embargo, un hombre inocente fue asesinado, y la falta cometida tendrá consecuencias inevitables. El mal que se hace, de hecho, deja sus huellas dolorosas, y la historia de los hombres lleva las heridas. La misericordia muestra también en este caso la vía maestra que debe perseguirse. La misericordia puede curar las heridas y puede cambiar la historia. ¡Abre tu corazón a la misericordia! La misericordia divina es más fuerte que el pecado de los hombres. ¡Es más

fuerte, este es el ejemplo de Ajab! Nosotros conocemos el poder, cuando recordamos la venida del Hijo inocente de Dios que se hizo hombre con el fin de destruir el mal con su perdón. Jesucristo es el verdadero rey, pero su poder es completamente diferente. Su trono es la cruz. Él no es un rey que mata, sino que por el contrario da la vida. Su ir hacia todos, especialmente a los más débiles, derrota la soledad y el destino de muerte al que conduce el pecado. Jesucristo con su cercanía y ternura lleva

a los pecadores en el espacio de la gracia y el perdón. Y esta es la misericordia de Dios.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en especial a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el ejemplo de Jesús transforme nuestra concepción de poder para que siempre vivamos nuestra responsabilidad como un servicio, en el que manifestar su misericordia a los demás.

26 de febrero de 2016.

Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre la encíclica «deus caritas est» de Benedicto XVI, en el décimo aniversario de su publicación.

Viernes.

Queridos hermanos y hermanas:

Les doy la bienvenida a esta audiencia al fin de su Congreso Internacional sobre el tema: «La caridad no pasará jamás (1 Co13,8). Perspectivas a los 10 años de la

encíclica *Deus caritas est*»,
organizado por el Consejo
pontificio *Cor Unum*, y
agradezco a mons. Dal Toso las
palabras de saludo que me ha
dirigido en nombre de todos
ustedes.

La primera encíclica del papa
Benedicto XVI trata un tema
que permite recorrer toda la
historia de la Iglesia que, entre
otras cosas, es una *historia de
caridad*. Es la historia del amor
que hemos recibido de Dios y
debemos llevar al mundo: esta
caridad recibida y dada es el
fundamento de la historia de la

Iglesia y de la historia de cada uno de nosotros. El acto de caridad, en efecto, no es sólo una limosna para limpiar la propia conciencia; incluye «una atención de amor puesta en el otro» (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 199), al que considera «como uno consigo» (cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 27, art. 2) y desea compartir la amistad con Dios. La caridad, por tanto, está en el centro de la vida de la Iglesia, y es verdaderamente su corazón, como decía santa

Teresa del Niño Jesús. Para cada uno de los fieles, como para la comunidad cristiana en su conjunto, vale la palabra de Jesús, según la cual la caridad es el primer mandamiento y el más alto: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser..

Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Mc 12,30-31*).

El Año jubilar que estamos viviendo nos brinda también la ocasión de volver a este corazón palpitante de nuestra vida y de nuestro testimonio, al

centro del anuncio de fe:
«Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).
Dios no tiene simplemente el
deseo o la capacidad de amar;
Dios es caridad: la caridad es
su esencia, su naturaleza. Él es
único, pero no es solitario; no
puede estar solo, no puede
cerrarse en sí mismo, porque
es comunión, es caridad, y la
caridad por naturaleza se
comunica, se difunde. Así, Dios
asocia al hombre a su vida de
amor y, aunque el hombre se
aleje de él, él no permanece
distante sino que le sale al
encuentro. Este salir al

encuentro del hombre, que culmina en la encarnación del Hijo, es su *misericordia*; es su modo de expresarse con nosotros, que somos pecadores, es su rostro que nos mira y vela por nosotros. El programa de Jesús —está escrito en la encíclica— es «un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia» (n. 31). Caridad y misericordia están tan estrechamente vinculadas porque son el modo de ser y de actuar de Dios: su identidad y su nombre.

El primer aspecto que la encíclica nos recuerda es precisamente el rostro de Dios: quién es el Dios que podemos encontrar en Cristo, cuán fiel e insuperable es su amor: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn 15,13*). Cualquier forma de amor, de solidaridad, de compartir es sólo un reflejo de la caridad que es Dios. Él derrama incansablemente su caridad sobre nosotros y nosotros estamos llamados a ser testigos de este amor en el mundo. Por eso, debemos ver

la caridad divina como la brújula que orienta nuestra vida, antes de encaminarnos en cualquier actividad: en ella encontramos la dirección, de ella aprendemos cómo mirar a los hermanos y al mundo. «*Ubi amor, ibi oculus*», decían los hombres medievales: donde está el amor, está la capacidad de ver. Sólo «si permanecemos en su amor» (cf. *Jn 15,1-17*), sabremos comprender y amar a quien vive a nuestro lado. La encíclica —y este es el segundo aspecto que quisiera subrayar— nos recuerda que

esta caridad quiere verse reflejada cada vez más en la vida de la Iglesia. Cuánto desearía que en la Iglesia cada fiel, cada institución, cada actividad revelara que Dios ama al hombre. La misión que desempeñan nuestros organismos de caridad es importante, porque acercan a muchas personas pobres a una vida más digna, más humana, y esto es algo muy necesario; es una misión importantísima porque, no con palabras, sino con el amor *concreto* puede hacer sentir a todo hombre que

el Padre le ama, que es hijo suyo, destinado a la vida eterna con Dios. Quisiera dar las gracias a todos aquellos que trabajan diariamente en esta misión, que interpela a todo cristiano. En este Año jubilar he querido resaltar que todos podemos vivir la gracia del Jubileo, precisamente poniendo in práctica las obras de misericordia corporales y espirituales: vivir las obras de misericordia significa conjugar el verbo amar como lo hizo Jesús. Y así, todos juntos, contribuimos concretamente a

la gran misión de la Iglesia de comunicar el amor de Dios, que desea extenderse.

Queridos hermanos y hermanas, la encíclica *Deus caritas est* conserva intacta la frescura de su mensaje, con el que indica la perspectiva siempre actual para el camino de la Iglesia. Y todos seremos cristianos más auténticos cuanto más vivamos con este espíritu.

Les agradezco de nuevo su trabajo y todo lo que puedan realizar en esta misión de caridad. Que les asista siempre

la Virgen Madre y les acompañe
mi bendición. Por favor, hagan
un acto de caridad y no se
olviden de rezar por mí.
Gracias.

28 de febrero de 2016.
ÁNGELUS.

III Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Cada día, lamentablemente, las crónicas presentan malas noticias: homicidios, accidentes, catástrofes... En el pasaje evangélico de hoy, Jesús se refiere a dos hechos trágicos que en ese tiempo habían suscitado gran impacto: una represión cruenta realizada por los soldados romanos en el

templo y el derrumbe de la torre de Siloé, en Jerusalén, que había causado dieciocho víctimas (cf. *Lc 13, 1-5*).

Jesús conoce la mentalidad supersticiosa de su auditorio y sabe que ellos interpretan de modo equivocado ese tipo de hechos. En efecto, piensan que, si esos hombres murieron cruelmente, es signo de que Dios los castigó por alguna culpa grave que habían cometido; o sea: «se lo merecían». Y, en cambio, el hecho de salvarse de la desgracia equivalía a sentirse

«sin falta». Ellos «se lo merecían»; yo no «tengo faltas».

Jesús rechaza completamente esta visión, porque Dios no permite las tragedias para castigar las culpas, y afirma que esas pobres víctimas no eran de ninguna manera peores que las demás. Más bien, Él invita a sacar de estos hechos dolorosos una advertencia referida a todos, porque todos somos pecadores. En efecto, así lo dice a quienes lo habían interrogado: «Si no os convertís, todos pereceréis

del mismo modo» (Lc 13, 3).
También hoy, ante ciertas desgracias y lutos, podemos ser tentados de «descargar» la responsabilidad sobre las víctimas, o, es más, sobre Dios mismo. Pero el Evangelio nos invita a reflexionar: ¿qué idea nos hemos hecho de Dios? ¿Estamos convencidos de que Dios es así? O, ¿no se trata de una proyección nuestra, de un dios hecho «a nuestra imagen y semejanza»? Jesús, al contrario, nos llama a cambiar el corazón, a hacer un cambio radical en el camino de nuestra

vida, abandonando las componendas con el mal —y esto lo hacemos todos, las componendas con el mal—, las hipocresías —creo que casi todos tenemos al menos un trocito de hipocresía—, para emprender con firmeza el camino del Evangelio. Pero, he aquí de nuevo la tentación de justificarnos: «¿De qué cosa deberíamos convertirnos? Considerándolo bien, ¿no somos buena gente?». Cuántas veces hemos pensado esto: «Pero, considerándolo bien, yo soy de los buenos, soy de las

buenas —¿no es así?—. ¿No somos de los creyentes, incluso bastante practicantes?». Y así creemos que estamos justificados.

Lamentablemente, cada uno de nosotros se parece mucho a un árbol que, durante años, ha dado múltiples pruebas de su esterilidad. Pero, afortunadamente, Jesús se parece a ese campesino que, con una paciencia sin límites, obtiene una vez más una prórroga para la higuera infecunda: «Déjala por este año todavía —dijo al dueño—

[...] Por si da fruto en adelante» (v. 9). Un «año» de gracia: el tiempo del ministerio de Cristo, el tiempo de la Iglesia antes de su retorno glorioso, el tiempo de nuestra vida, marcado por un cierto número de Cuaresmas, que se nos ofrecen como ocasiones de revisión y de salvación, el tiempo de un Año Jubilar de la Misericordia. La invencible paciencia de Jesús. ¿Habéis pensado en la paciencia de Dios? ¿Habéis pensado también en su obstinada preocupación por los pecadores? ¡Cómo es que aún

vivimos con impaciencia en relación a nosotros mismos! Nunca es demasiado tarde para convertirse, ¡nunca! Hasta el último momento: la paciencia de Dios nos espera. Recordad esa pequeña historia de santa Teresa del Niño Jesús, cuando rezaba por el hombre condenado a muerte, un criminal, que no quería recibir el consuelo de la Iglesia, rechazaba al sacerdote, no lo quería: quería morir así. Y ella, en el convento, rezaba. Y cuando ese hombre estaba allí, precisamente en el momento

de ser asesinado, se dirige al sacerdote, toma el Crucifijo y lo besa. ¡La paciencia de Dios! Y hace lo mismo también con nosotros, ¡con todos nosotros! Cuántas veces —nosotros no lo sabemos, lo sabremos en el cielo—, cuántas veces nosotros estamos ahí, ahí... [a punto de caer] y el Señor nos salva: nos salva porque tiene una gran paciencia con nosotros. Y esta es su misericordia. Nunca es tarde para convertirnos, pero es urgente, ¡es ahora! Comencemos hoy. Que la Virgen María nos

sostenga, para que podamos abrir el corazón a la gracia de Dios, a su misericordia; y nos ayude a nunca juzgar a los demás, sino a dejarnos provocar por las desgracias de cada día para hacer un serio examen de conciencia y arrepentirnos.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Mi oración, y también la vuestra, tiene siempre presente el drama de los refugiados que huyen de guerras y otras situaciones inhumanas. En

especial Grecia y los demás países que están en primera línea prestando a ellos un generoso auxilio, y que necesitan la colaboración de todas las naciones. Una respuesta coral puede ser eficaz y distribuir los pesos de forma equitativa. Por esto es necesario centrarse con firmeza y sin reservas en las negociaciones. Al mismo tiempo, he acogido con esperanza la noticia sobre el cese de las hostilidades en Siria, e invito a todos a rezar a fin de que la apertura de este

resquicio pueda traer alivio a la población que sufre, favoreciendo las necesarias ayudas humanitarias, y abra el camino al diálogo y a la paz tan deseada.

Además, quiero asegurar mi cercanía al pueblo de las Islas Fiyi, duramente golpeado por un devastador ciclón. Rezo por las víctimas y por quienes están comprometidos en prestar socorro.

A todos deseo un feliz domingo. No os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2016. Marzo.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

2 de marzo de 2016.

Audiencia general. Dios corrige a su pueblo.

3 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la academia pontificia para la vida.

4 de marzo de 2016. Homilía en la celebración de la penitencia, rito para reconciliar a varios penitentes con confesión y absolución individual.

4 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en el curso

organizado por la penitenciaría apostólica.

6 de marzo de 2016.

ÁNGELUS.

12 de marzo de 2016.

Audiencia jubilar. Ser misericordiosos como el Padre, significa seguir a Jesús en el camino del servicio.

12 de marzo de 2016.

Discurso a los participantes en un curso organizado por el Tribunal de la Rota Romana.

13 de marzo de 2016.

ÁNGELUS.

16 de marzo de 2016.

Audiencia general. Confortar y

abrir el corazón de los afligidos a la esperanza.

17 de marzo de 2016.

Discurso a los participantes en un encuentro organizado por el Harvard World Model United Nations.

18 de marzo de 2016.

Discurso a los miembros del movimiento Neocatecumenal.

20 de marzo de 2016.

Homilía en la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor.

20 de marzo de 2016.

ÁNGELUS.

23 de marzo de 2016.

Audiencia general. La misericordia de Dios no tiene límites.

24 de marzo de 2016.

Homilía en la Santa Misa Crismal.

24 de marzo de 2016.

Homilía en la Santa Misa in Coena Domini.

25 de marzo de 2016.

Palabras durante el Vía Crucis en el Coliseo.

26 de marzo de 2016.

Homilía en la Vigilia Pascual en la Noche Santa.

28 de marzo de 2016.

REGINA COELI.

30 de marzo de 2016.

Audiencia general. Dios es más grande que nuestro pecado.

2 de marzo de 2016. Audiencia general. Dios corrige a su pueblo.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hablando de la misericordia divina, hemos recordado en más de una ocasión la figura del padre de familia, que ama a sus hijos, les ayuda, se ocupa de ellos, los perdona. Y como padre, los educa y los corrige cuando se equivocan, favoreciendo su crecimiento en

el bien.

Así se presenta a Dios en el primer capítulo del profeta Isaías, donde el Señor, como padre afectuoso pero también atento y severo, se dirige a Israel acusándolo de infidelidad y corrupción, para llevarlo nuevamente por el camino de la justicia. Inicia así nuestro texto:

«Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla el Señor:

“Hijos crié y saqué adelante, y ellos se rebelaron contra mí. Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su

amo.

Israel no conoce,
mi pueblo no discierne"» (*Is* 1,
2-3).

Dios, mediante el profeta,
habla al pueblo con la
amargura de un padre
desilusionado: crió a sus hijos,
y ahora ellos se rebelaron
contra Él. Hasta los animales
son fieles a su dueño y
reconocen la mano que los
nutre; el pueblo, en cambio, ya
no reconoce a Dios, no quiere
comprender. Incluso herido,
Dios deja que hable el amor, y
hace un llamamiento a la

conciencia de estos hijos que se han desviado para que se conviertan y permitan ser amados de nuevo. ¡Esto es lo que hace Dios! Viene a nuestro encuentro para que nos dejemos amar por Él, por nuestro Dios.

La relación padre-hijo, a la que con frecuencia hacen referencia los profetas para hablar de la relación de alianza entre Dios y su pueblo, se ha desnaturalizado. La misión educativa de los padres se orienta a hacer que crezcan en la libertad, que sean

responsables, capaces de realizar obras de bien para sí y para los demás. En cambio, a causa del pecado, la libertad se convierte en pretensión de autonomía, pretensión de orgullo, y el orgullo lleva a la contraposición y a la ilusión de autosuficiencia.

He aquí, entonces, que Dios vuelve a llamar a su pueblo: «Os habéis equivocado de camino». Afectuosa y amargamente dice «mi» pueblo. Dios nunca reniega de nosotros; nosotros somos su pueblo, el más malo de los

hombres, la más mala de las mujeres, los más malos de los pueblos son sus hijos. Y este es Dios: ¡jamás, jamás reniega de nosotros! Dice siempre: «Hijo, ven». Y este es el amor de nuestro Padre; esta es la misericordia de Dios. Tener un padre así nos da esperanza, nos da confianza. Esta pertenencia debería ser vivida en la confianza y en la obediencia, con la consciencia de que todo es don que viene del amor del Padre. Y, en cambio, he aquí la vanidad, la necedad y la idolatría.

Por ello, ahora el profeta se dirige directamente a este pueblo con palabras severas para ayudarlo a comprender la gravedad de su culpa:

«¡Ay, gente pecadora [...] hijo de perdición! /

Han dejado al Señor,
han despreciado al Santo de Israel,
se han vuelto de espaldas» (*Is . 4*).

La consecuencia del pecado es un estado de sufrimiento, del cual también sufre las consecuencias el país, devastado y desolado como un

desierto, al punto que Sión —es decir Jerusalén— llega a ser inhabitable. Donde hay rechazo de Dios, de su paternidad, ya no hay vida posible, la existencia pierde sus raíces, todo se presenta pervertido y aniquilado. Sin embargo, también este momento doloroso se da con vistas a la salvación. La prueba se presenta para que el pueblo pueda experimentar la amargura de quien abandona a Dios, y, así, confrontarse con el vacío desolador de una elección de muerte. El sufrimiento,

consecuencia inevitable de una decisión autodestructiva, debe hacer reflexionar al pecador para abrirlo a la conversión y al perdón.

Y este es el camino de la misericordia divina: Dios no nos trata según nuestras culpas (cf. *Sal* 103, 10). El castigo se convierte en instrumento para provocar la reflexión. Se comprende así que Dios perdona a su pueblo, lo dispensa y no destruye todo, sino que deja siempre abierta la puerta a la esperanza. La salvación implica la decisión de

escuchar y dejarse convertir, pero es siempre don gratuito. Así, pues, el Señor, en su misericordia, indica un camino que no es el de los sacrificios rituales, sino más bien el de la justicia. El culto es criticado no por ser inútil en sí mismo, sino porque, en lugar de expresar la conversión, pretende sustituirla; y se convierte de ese modo en búsqueda de la propia justicia, creando la engañosa convicción de que son los sacrificios los que salvan, no la misericordia divina que perdona el pecado.

Para entenderlo bien: cuando uno está enfermo va al médico; cuando uno se siente pecador va al Señor. Pero si en lugar de ir al médico, va a ver a un brujo no se cura. Muchas veces no vamos al Señor, sino que preferimos ir por caminos equivocados, buscando fuera de Él una justificación, justicia, paz. A Dios, dice el profeta Isaías, no le gusta la sangre de toros y de corderos (*Is 11*), sobre todo si la ofrenda se hizo con manos sucias de la sangre de los hermanos (v. 15). Pienso en algunos bienhechores de la

Iglesia que vienen con su limosna —«Tome para la Iglesia este donativo»— que es fruto de la sangre de mucha gente explotada, maltratada y esclavizada con el trabajo mal pagado. A esta gente le digo: «Por favor, llévate tu cheque, quémalo». El pueblo de Dios, es decir la Iglesia, no necesita dinero sucio, necesita corazones abiertos a la misericordia de Dios. Hay que acercarse a Dios con manos purificadas, evitando el mal y practicando el bien y la justicia. Es hermoso cómo termina el

profeta:

«Desistid de hacer el mal
aprended a hacer el bien,
buscad lo justo,
dad sus derechos al oprimido,
haced justicia al huérfano,
abogad por la viuda» (*Is 16-17*).

Pensad en los numerosos
refugiados que desembarcan en
Europa y no saben a dónde ir.
Entonces, dice el Señor, los
pecados, incluso si fueren como
la grana, llegarán a ser blancos
como la nieve, y cándidos como
la lana, y el pueblo podrá
alimentarse con los bienes de

la tierra y vivir en paz (*Is 18-19*). Es este el milagro del perdón que Dios, el perdón que Dios como Padre, quiere donar a su pueblo. La misericordia de Dios se ofrece a todos, y estas palabras del profeta son válidas también hoy para todos nosotros, llamados a vivir como hijos de Dios.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor Jesús nos alcance la gracia de

acoger el perdón y la misericordia que el Padre ofrece gratuitamente a todos, para que aprendamos a vivir como hijos suyos. Muchas gracias.

3 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la academia pontificia para la vida.

Jueves.

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida a todos vosotros, reunidos para la asamblea general de la Academia pontificia para la vida. Me complace de manera especial ver al cardenal Sgreccia, isiempre activo,

gracias! Estos días estarán dedicados al estudio de las virtudes en la ética de la vida, un tema de interés académico, que dirige un mensaje importante a la cultura contemporánea: el bien que el hombre realiza no es el resultado de cálculos o estrategias, ni tampoco es el producto del orden genético o de los condicionamientos sociales, sino que es el fruto de un corazón bien dispuesto, de la libre elección que tiende al bien auténtico. No bastan la ciencia y la técnica: para

realizar el bien es necesaria la sabiduría del corazón.

De diversos modos la Sagrada Escritura nos dice que las intenciones buenas y malas no entran en el hombre desde el exterior, sino que brotan de su «corazón». «De dentro — afirma Jesús—, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas» (*Mc 7, 21*). En la Biblia, el corazón es el órgano no sólo de los afectos, sino también de las facultades espirituales, la razón y la voluntad, es la sede de las decisiones, del modo de pensar

y de obrar. La sabiduría de las elecciones, abierta al movimiento del Espíritu Santo, compromete también el corazón. De aquí nacen las obras buenas, pero también las que son fruto de una equivocación, cuando se rechaza la verdad y las sugerencias del Espíritu. El corazón, en definitiva, es la síntesis de la humanidad plasmada por las manos mismas de Dios (cf. *Gen 2, 7*) y contemplada por su Creador con una complacencia única (cf. *Gen 1, 31*). En el corazón

del hombre Dios derrama su propia sabiduría.

En nuestro tiempo, algunas orientaciones culturales ya no reconocen la huella de la sabiduría divina en las realidades creadas y tampoco en el hombre. La naturaleza humana, de este modo, queda reducida en materia, modelable según un designio cualquiera. Nuestra humanidad, en cambio, es única y muy valiosa a los ojos de Dios. Por esto, la primera naturaleza que se debe custodiar, a fin de que dé fruto, es nuestra humanidad misma.

Tenemos que darle el aire limpio de la libertad y el agua vivificante de la verdad, protegerla de los venenos del egoísmo y de la mentira. En el terreno de nuestra humanidad podrá brotar, entonces, una gran variedad de virtudes. La virtud es la expresión más auténtica del bien que el hombre, con la ayuda de Dios, es capaz de realizar. Ella «permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma» (Catecismo de la Iglesia católica, 1803). La virtud no es

un simple hábito, sino la actitud constantemente renovada a elegir el bien. La virtud no es emoción, no es una habilidad que se adquiere con un curso de actualización, y menos aún un mecanismo bioquímico, sino que es la expresión más elevada de la libertad humana. La virtud es lo mejor que ofrece el corazón del hombre. Cuando el corazón se aleja del bien y de la verdad contenida en la Palabra de Dios, corre muchos peligros, se ve privado de orientación y corre el riesgo de llamar bien

al mal y mal al bien; las virtudes se pierden, tiene más fácilmente espacio el pecado, y luego el vicio. Quien emprende esta pendiente resbaladiza cae en el error moral y se ve oprimido por una creciente angustia existencial.

La Sagrada Escritura nos presenta la dinámica del corazón endurecido: cuanto más el corazón está inclinado al egoísmo y al mal, es más difícil cambiar. Dice Jesús: «Todo el que comete pecado es un esclavo» (*Jn 8, 34*). Cuando el corazón se corrompe, son

graves las consecuencias para la vida social, como lo recuerda el profeta Jeremías. Cito: «Tus ojos y tu corazón no están más que a tu granjería. Y a la sangre inocente para verterla. Y al atropello y al entuerto» (*Jr* 22, 17). Tal condición no puede cambiar ni en virtud de teorías ni por efecto de reformas sociales o políticas. Sólo la obra del Espíritu Santo, si nosotros colaboramos, puede reformar nuestro corazón: Dios mismo, en efecto, aseguró su gracia eficaz a quien lo busca y a quien se convierte «de todo

corazón» (cf. *Jl* 2, 12 ss.).

Hoy son muchas las instituciones comprometidas en el servicio a la vida, en el ámbito de la investigación o de la asistencia; ellas promueven no sólo acciones buenas, sino también la pasión por el bien. Pero existen también muchas estructuras preocupadas más por el interés económico que por el bien común. Hablar de virtud significa afirmar que la elección del bien hace partícipe y compromete a toda la persona; no es una cuestión «cosmética», un

embellecimiento exterior, que no daría fruto: se trata de arrancar del corazón los deseos deshonestos y buscar el bien con sinceridad.

En el ámbito de la ética de la vida, las normas, que incluso siendo necesarias, y que ratifican el respeto de las personas, por sí solas no son suficientes para realizar plenamente el bien del hombre. Son las virtudes de quien realiza en la promoción de la vida la última garantía de que el bien será realmente respetado. Hoy no faltan los

conocimientos científicos y los instrumentos técnicos capaces de ofrecer apoyo a la vida humana en las situaciones en las que se muestra débil. Pero muchas veces falta la humanidad. La acción buena no es la correcta aplicación del saber ético, sino que presupone un interés real por la persona frágil. Que los médicos y todos los agentes sanitarios nunca dejen de conjugar ciencia, técnica y humanidad.

Así, pues, aliento a las Universidades a considerar todo esto en sus programas de

formación, a fin de que los estudiantes puedan madurar las disposiciones del corazón y de la mente que son indispensables para acoger y cuidar la vida humana, según la dignidad que en cualquier circunstancia les pertenece. Invito también a los directores de las estructuras sanitarias y de investigación a hacer que los empleados consideren también el trato humano como parte integrante de su cualificado servicio. En todo caso, que quienes se dedican a la defensa y a la promoción de

la vida puedan mostrar ante todo su belleza. En efecto, como «la Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 14), así la vida humana sólo se defiende y se promueve eficazmente cuando se la conoce y se muestra su belleza. Viviendo una genuina compasión y las demás virtudes, seréis testigos privilegiados de la misericordia del Padre de la vida. La cultura contemporánea conserva aún los criterios para

afirmar que el hombre, sean cuales fueran sus condiciones de vida, es un valor que se debe proteger; sin embargo, ella es a menudo víctima de incertezas morales, que no le permiten defender la vida de manera eficaz. Más bien a menudo, luego, puede suceder que bajo el nombre de virtud, se enmascaren «espléndidos vicios». Por ello es necesario no sólo que las virtudes formen realmente el modo de pensar y de obrar del hombre, sino que sean cultivadas a través de un continuo discernimiento y estén

arraigadas en Dios, fuente de toda virtud. Quisiera repetir aquí una cosa que he dicho algunas veces: debemos estar atentos a las nuevas colonizaciones ideológicas que invaden el pensamiento humano, también el cristiano, bajo la forma de virtud, de modernidad, de actitudes nuevas, pero son colonizaciones, es decir, quitan la libertad, y son ideológicas, es decir, tienen miedo de la realidad así como Dios la ha creado. Pidamos la ayuda del Espíritu Santo, a fin de que nos

sustraiga del egoísmo y de la ignorancia: renovados por Él, podemos pensar y obrar según el corazón de Dios y mostrar su misericordia a quien sufre en el cuerpo y en el espíritu.

Os deseo que los trabajos de estos días sean fecundos y que os acompañen a vosotros y a quienes encontráis en vuestro servicio en un camino de crecimiento virtuoso. Os doy las gracias y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

4 de marzo de 2016. Homilía en la celebración de la penitencia, rito para reconciliar a varios penitentes con confesión y absolución individual.

Viernes.

«Que yo pueda ver» (Mc 10,51). Esta es la petición que hoy queremos dirigir al Señor. Ver de nuevo después de que nuestros pecados nos han hecho perder de vista el bien y alejado de la belleza de nuestra llamada, haciéndonos vagar

lejos de la meta.

Este pasaje del Evangelio tiene un gran valor simbólico, porque cada uno de nosotros se encuentra en la situación de Bartimeo. Su ceguera lo había llevado a la pobreza y a vivir en las afueras de la ciudad, dependiendo en todo de los demás. El pecado también tiene este efecto: nos empobrece y aísla. Es una ceguera del espíritu, que impide ver lo esencial, fijar la mirada en el amor que da la vida; y lleva poco a poco a detenerse en lo superficial, hasta hacernos

insensibles ante los demás y ante el bien. Cuántas tentaciones tienen la fuerza de oscurecer la vista del corazón y volverlo miope. Qué fácil y equivocado es creer que la vida depende de lo que se posee, del éxito o la admiración que se recibe; que la economía consiste sólo en el beneficio y el consumo; que los propios deseos individuales deben prevalecer por encima de la responsabilidad social. Mirando sólo a nuestro yo, nos hacemos ciegos, apagados y replegados en nosotros mismos, vacíos de

alegría y vacíos de libertad. ¡Es algo tan feo!

Y Jesús pasa; pero no pasa de largo: «se detuvo», dice el Evangelio (*Mc 10, 49*).

Entonces, un temblor se apodera del corazón, porque se da cuenta de que es mirado por la Luz, por esa luz cálida que nos invita a no permanecer encerrados en nuestra oscura ceguera. La presencia cercana de Jesús permite sentir que, lejos de él, nos falta algo importante. Nos hace sentir necesitados de salvación, y esto es el inicio de la curación del

corazón. Luego, cuando el deseo de ser curados se hace audaz, lleva a la oración, a gritar ayuda con fuerza e insistencia, como ha hecho Bartimeo: «Hijo de David, ten compasión de mí» (*Mc 10, 47*). Desafortunadamente, como aquellos «muchos» del Evangelio, siempre hay alguien que no quiere detenerse, que no quiere ser molestado por el que grita su propio dolor, prefiriendo hacer callar y regañar al pobre que molesta (cf. *Mc 10, 48*). Es la tentación de seguir adelante como si

nada, pero así se queda lejos del Señor y se mantienen distantes de Jesús y de los demás. Reconozcamos todos ser mendigos del amor de Dios, y no dejemos que el Señor pase de largo. «Tengo miedo del Señor que pasa», decía san Agustín. Miedo a que pase y a que yo lo deje pasar. Demos voz a nuestro deseo más profundo: «[Jesús], que pueda ver» (Mc 10, 51). Este Jubileo de la Misericordia es un tiempo favorable para acoger la presencia de Dios, para experimentar su amor y

regresar a él con todo el corazón. Como Bartimeo, dejemos el manto y pongámonos en pie (cf. *Mc* 10, 50): abandonemos lo que impide ser ágiles en el camino hacia él, sin miedo a dejar lo que nos da seguridad y a lo que estamos apegados; no permanezcamos sentados, levantémonos, reencontremos nuestra dimensión espiritual — en pie—, la dignidad de hijos amados que están ante el Señor para ser mirados por él a los ojos, perdonados y recreados. Y la palabra que

quizás hoy llega a nuestro corazón, es la misma de la creación del hombre: «levántate». Dios nos ha creado en pie: «levántate». Hoy más que nunca, sobre todo nosotros los Pastores, estamos llamados a escuchar el grito, quizás escondido, de cuantos desean encontrar al Señor. Estamos obligados a revisar esos comportamientos que a veces no ayudan a los demás a acercarse a Jesús; los horarios y los programas que no salen al encuentro de las necesidades reales de los que podrían

acercarse al confesionario; las reglas humanas, si valen más que el deseo de perdón; nuestra rigidez, que puede alejar la ternura de Dios. No debemos ciertamente disminuir las exigencias del Evangelio, pero no podemos correr el riesgo de malograr el deseo del pecador de reconciliarse con el Padre, porque lo que el Padre espera antes que nada es el regreso del hijo a casa (cf. *Mc* 15,20-32).

Que nuestras palabras sean la de los discípulos que, repitiendo las mismas expresiones de

Jesús, dicen a Bartimeo:
«Ánimo, levántate, que te
llama» (*Mc 10, 49*). Estamos
llamados a infundir ánimo, a
sostener y conducir a Jesús.
Nuestro ministerio es el del
acompañar, para que el
encuentro con el Señor sea
personal, íntimo, y el corazón
se pueda abrir sinceramente y
sin temor al Salvador. No lo
olvidemos: sólo Dios es quien
obra en cada persona. En el
Evangelio es él quien se
detiene y pregunta por el
ciego; es él quien ordena que
se lo traigan; es él quien lo

escucha y lo sana. Nosotros hemos sido elegidos —nosotros, los pastores— para suscitar el deseo de la conversión, para ser instrumentos que facilitan el encuentro, para extender la mano y absolver, haciendo visible y operante su misericordia. Que cada hombre y mujer que se acerca a un confesionario encuentre un padre; encuentre un padre que le espera; encuentre el Padre que perdona.

La conclusión del relato evangélico está cargado de significado: Bartimeo «al

momento recobró la vista y lo seguía por el camino» (Mc 10, 52). También nosotros, cuando nos acercamos a Jesús, vemos de nuevo la luz para mirar el futuro con confianza, reencontramos la fuerza y el valor para ponernos en camino. En efecto «quien cree ve» (Carta enc. Lumen fidei, 1) y va adelante con esperanza, porque sabe que el Señor está presente, sostiene y guía. Sigámoslo, como discípulos fieles, para hacer partícipes a cuantos encontramos en nuestro camino de la alegría de

su amor. Y después el abrazo del Padre, el perdón del Padre, hagamos fiesta en nuestro corazón. Porque él hace fiesta.

4 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en el curso organizado por la penitenciaría apostólica.

Viernes.

Queridos hermanos, ¡buenos días!

Me complace encontrarme con vosotros, durante la Cuaresma del Año jubilar de la Misericordia, con ocasión del curso anual sobre el fuero interno. Saludo cordialmente al cardenal Piacenza, penitenciario mayor, y le

agradezco sus amables palabras. Saludo al regente — que tiene cara de bueno, debe ser un buen confesor—, a los prelados, a los oficiales y al personal de la Penitenciaría, a los Colegios de los penitenciarios ordinarios y extraordinarios de las basílicas papales —cuyas presencias fueron ampliadas con ocasión del Jubileo— y a todos vosotros, participantes en el Curso, que se propone ayudar a los nuevos sacerdotes y a los seminaristas ya cercanos a la ordenación a formarse para

administrar bien el Sacramento de la Reconciliación. La celebración de este Sacramento requiere, en efecto, una adecuada y actualizada preparación, a fin de que quienes se acercan al mismo puedan «experimentar la grandeza de la misericordia, fuente de auténtica paz interior» (cf. Bula *Misericordiae Vultus*, 17).

«El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra —“misericordia”—. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en

Jesús de Nazaret» (*ibid.*, 1). En este sentido, la misericordia, antes de ser una actitud o una virtud humana, es la elección definitiva de Dios en favor de cada ser humano para su eterna salvación; elección sellada con la sangre del Hijo de Dios.

Esta divina misericordia puede llegar gratuitamente a todos los que la invocan. En efecto, la posibilidad del perdón está verdaderamente abierta a todos, es más, está abierta de par en par, como la más grande de las «puertas santas»,

porque coincide con el corazón mismo del Padre, que ama y espera a todos sus hijos, de modo particular a los que más se han equivocado y están lejos. La misericordia del Padre puede llegar a cada persona de muchas formas: a través de la apertura de una conciencia sincera; por medio de la lectura de la Palabra de Dios que convierte el corazón; mediante un encuentro con una hermana o un hermano misericordiosos; en las experiencias de la vida que nos hablan de heridas, de pecado, de perdón y de

misericordia.

Está, también, la «vía cierta» de la misericordia, recorriendo la cual se pasa de la posibilidad a la realidad, de la esperanza a la certeza. Esta vía es Jesús, quien tiene «el poder sobre la tierra de perdonar los pecados» (*Lc 5, 24*) y transmitió esta misión a la Iglesia (cf. *Jn 20, 21-23*). El sacramento de la Reconciliación es, por lo tanto, el lugar privilegiado para experimentar la misericordia de Dios y celebrar la fiesta del encuentro con el Padre. Nosotros, con mucha facilidad,

olvidamos este último aspecto: voy, pido perdón, siento el abrazo del perdón y me olvido de hacer fiesta. Esto no es doctrina teológica, pero yo diría, forzando un poco, que la fiesta es parte del Sacramento: es como si de la penitencia formase también parte la fiesta que debo hacer con el Padre que me ha perdonado. Cuando, como confesores, vamos al confesionario para acoger a los hermanos y a las hermanas debemos recordarnos siempre que para ellos somos *instrumentos* de la

misericordia de Dios. Por lo tanto, estemos atentos a no poner obstáculo a este don de salvación. El confesor es, él mismo, un pecador, un hombre siempre necesitado de perdón; él, en primer lugar, no puede renunciar a la misericordia de Dios, que lo ha «elegido» y lo ha «constituido» (cf. *Jn 15, 16*) para esta gran tarea. A la cual debe disponerse siempre con una actitud de fe humilde y generosa, teniendo como único deseo que cada fiel pueda experimentar el amor del Padre. En esto no nos faltan

hermanos santos que podemos contemplar: pensemos en Leopoldo Mandić y Pío de Pietrelcina, cuyos restos hemos venerado hace un mes en el Vaticano. Y también —me permito— uno de mi familia: el padre Cappello.

Cada fiel arrepentido, después de la absolución del sacerdote, tiene la certeza, por fe, de que sus pecados ya no existen. ¡Ya no existen! Dios es omnipotente. A mí me gusta pensar que tiene una debilidad: una mala memoria. Una vez que Él te perdona, se olvida. ¡Y

esto es grande! Los pecados ya no existen, fueron cancelados por la divina misericordia. Cada absolución es, en cierto modo, un jubileo del corazón, que alegra no sólo al fiel y a la Iglesia, sino sobre todo a Dios mismo. Jesús lo dijo: «Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15, 7). Es importante, por lo tanto, que el confesor sea también un «canal de alegría» y que el fiel, después de recibir el perdón, ya

no se sienta oprimido por las culpas, sino que guste la obra de Dios que lo ha liberado, viviendo en acción de gracias, dispuesto a reparar el mal cometido y yendo al encuentro de los hermanos con corazón bueno y disponible.

Queridos hermanos, en este tiempo nuestro, marcado por el individualismo, por tantas heridas y la tentación de encerrarse, es un auténtico don ver y acompañar a las personas que se acercan a la misericordia. Esto comporta también, para todos nosotros,

una obligación aún mayor de coherencia evangélica y benevolencia paterna; somos custodios, y nunca dueños, tanto de las ovejas como de la gracia.

Volvamos a poner en el centro —y no sólo en este Año jubilar— el Sacramento de la Reconciliación, verdadero espacio del Espíritu en el cual todos, confesores y penitentes, podemos experimentar el único amor definitivo y fiel, el amor de Dios por cada uno de sus hijos, un amor que no decepciona jamás. San

Leopoldo Mandić repetía que «la misericordia de Dios es superior a cada una de nuestras expectativas».

Acostumbraba también decir a quien sufría: «Tenemos en el cielo el corazón de una madre. La Virgen, nuestra Madre, que al pie de la Cruz experimentó todo el sufrimiento posible para una criatura humana, comprende nuestros errores y nos consuela». Que sea siempre María, Refugio de los pecadores y Madre de Misericordia, quien guíe y sostenga el ministerio tan

importante de la Reconciliación. ¿Y qué hago si me encuentro ante un problema y no puedo dar la absolución? ¿Qué se debe hacer? Ante todo, buscar si hay un camino, que muchas veces se lo encuentra.

Segundo: no quedarse sólo en el lenguaje hablado, sino también en el lenguaje de los gestos. Hay gente que no puede hablar, y con el gesto expresa el arrepentimiento, el dolor. Y tercero: si no se puede dar la absolución, hablar como un padre: «Mira, por esto yo no puedo [absolverte], pero puedo

asegurarte que Dios te ama, que Dios te espera. Recemos juntos a la Virgen, para que te cuide; y ven, regresa, porque yo te esperaré como te espera Dios»; y dar la bendición. Esta persona, así, sale del confesionario y piensa: «He encontrado a un padre y no me ha apaleado». Cuántas veces habéis escuchado gente que dice: «Yo nunca me confieso, porque una vez fui y me reprendió». Incluso en el caso límite en el cual no puedo absolver, que sienta la calidez de un padre, que lo bendiga,

que le diga que regrese. Y que rece un poco con él o con ella. Siempre es este el punto: allí hay un padre. También esto es fiesta, y Dios sabe cómo perdonar las cosas mejor que nosotros. Pero que al menos podamos ser imagen del Padre. Doy las gracias a la Penitenciaría apostólica por su valioso servicio, y os bendigo de corazón a todos vosotros y el ministerio que desempeñáis como canales de misericordia, especialmente en este tiempo jubilar. Recordaos, por favor, de rezar también por mí. Y hoy

también yo iré allí, con
vuestros penitenciarios, a
confesar en San Pedro.

6 de marzo de 2016. ÁNGELUS.

IV Domingo de Cuaresma.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el capítulo quince del Evangelio de san Lucas encontramos las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja encontrada (Lc 15,4-7), la de la moneda encontrada (Lc 15,8-10), y la gran parábola del hijo pródigo, o mejor, del padre misericordioso (Lc 15,11-32). Hoy sería bonito que cada uno de nosotros, tomara el

Evangelio, este capítulo XV de Lucas, y leyera las tres parábolas. Dentro del itinerario cuaresmal, el Evangelio nos presenta precisamente esta última parábola del padre misericordioso, que tiene como protagonista a un padre con sus dos hijos. El relato nos hace ver algunas características de este padre: es un hombre siempre preparado para perdonar y que espera contra toda esperanza. Sorprende sobre todo su tolerancia ante la decisión del hijo más joven de irse de casa: podría haberse

opuesto, sabiendo que todavía es inmaduro, un muchacho joven, o buscar algún abogado para no darle la herencia ya que todavía estaba vivo. Sin embargo le permite marchar, aún previendo los posibles riesgos. Así actúa Dios con nosotros: nos deja libres, también para equivocarnos, porque al crearnos nos ha hecho el gran regalo de la libertad. Nos toca a nosotros hacer un buen uso. ¡Este regalo de la libertad que nos da Dios, me sorprende siempre!

Pero la separación de ese hijo

es sólo física; el padre lo lleva siempre en el corazón; espera con confianza su regreso, escruta el camino con la esperanza de verlo. Y un día lo ve aparecer a lo lejos (cf. *Lc 15, 20*). Y esto significa que este padre, cada día subía a la terraza para ver si su hijo volvía. Entonces se conmueve al verlo, corre a su encuentro, lo abraza y lo besa. ¡Cuánta ternura! ¡Y este hijo había hecho cosas graves! Pero el padre lo acoge así.

La misma actitud reserva el padre al hijo mayor, que

siempre ha permanecido en casa, y ahora está indignado y protesta porque no entiende y no comparte toda la bondad hacia el hermano que se había equivocado. El padre también sale al encuentro de este hijo y le recuerda que ellos han estado siempre juntos, tienen todo en común (Lc 15,31), pero es necesario acoger con alegría al hermano que finalmente ha vuelto a casa. Y esto me hace pensar en una cosa: cuando uno se siente pecador, se siente realmente poca cosa, o como he escuchado decir a alguno —

muchos—: «Padre, soy una porquería», entonces es el momento de ir al Padre. Por el contrario, cuando uno se siente justo —«Yo siempre he hecho las cosas bien...»—, igualmente el Padre viene a buscarnos porque esa actitud de sentirse justo es una actitud mala: ¡es la soberbia! Viene del diablo. El padre espera a los que se reconocen pecadores y va a buscar a aquellos que se sienten justos. ¡Este es nuestro Padre! En esta parábola también se puede entrever un tercer hijo. ¿Un tercer hijo? ¿Y

dónde? ¡Está escondido! Es el que «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo» (*Fil 2, 6-7*). ¡Este Hijo-Siervo es Jesús! Es la extensión de los brazos y del corazón del Padre: Él ha acogido al pródigo y ha lavado sus pies sucios; Él ha preparado el banquete para la fiesta del perdón. Él, Jesús, nos enseña a ser «misericordiosos como el Padre». La figura del padre de la parábola desvela el corazón de Dios. Él es el Padre

misericordioso que en Jesús nos ama más allá de cualquier medida, espera siempre nuestra conversión cada vez que nos equivocamos; espera nuestro regreso cuando nos alejamos de Él pensando que podemos prescindir de Él; está siempre preparado a abrirnos sus brazos pase lo que pase. Como el padre del Evangelio, también Dios continúa considerándonos sus hijos cuando nos hemos perdido, y viene a nuestro encuentro con ternura cuando volvemos a Él. Y nos habla con tanta bondad

cuando nosotros creemos ser justos. Los errores que cometemos, aunque sean grandes, no rompen la fidelidad de su amor. En el sacramento de la Reconciliación podemos siempre comenzar de nuevo: Él nos acoge, nos restituye la dignidad de hijos suyos, y nos dice: «¡Ve hacia adelante! ¡Quédate en paz! ¡Levántate, ve hacia adelante!».

En este tramo de la Cuaresma que aún nos separa de la Pascua, estamos llamados a intensificar el camino interior de conversión. Dejémonos

alcanzar por la mirada llena de amor de nuestro Padre, y volvamos a Él con todo el corazón, rechazando cualquier compromiso con el pecado. Que la Virgen María nos acompañe hasta el abrazo regenerador con la Divina Misericordia.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso mi cercanía a las Misioneras de la caridad por el grave luto que las golpeó hace dos días con el asesinato de cuatro religiosas en Aden, en Yemen, donde asistían a los

ancianos. Rezo por ellas y por las otras personas asesinadas en el ataque, y por los familiares. ¡Estos son los mártires de hoy! No son portada de los periódicos, no son noticia: estos dan su sangre por la Iglesia. Estas personas son víctimas del ataque de los que las mataron y también de la indiferencia, de esta globalización de la indiferencia, a la que no le importan... Que Madre Teresa acompañe en el paraíso a estas hijas suyas mártires de la caridad, e interceda por la paz

y el sagrado respeto de la vida humana. Como signo concreto de compromiso por la paz y la vida quisiera citar y expresar admiración por la iniciativa de los corredores humanitarios para los refugiados, puesta en marcha recientemente en Italia. Este proyecto piloto, que une la solidaridad y la seguridad, consiente ayudar a personas que huyen de la guerra y de la violencia, como los cien refugiados ya trasladados a Italia, entre los cuales niños enfermos, personas discapacitadas, viudas

de guerra con hijos y ancianos. Me alegro también porque esta iniciativa es ecuménica, siendo sostenida por la Comunidad de San Egidio, la Federación de Iglesias evangélicas italianas y las Iglesias valdenses y metodistas.

Pido por favor que nos recordéis en la oración a mí y a mis colaboradores, que desde este tarde y hasta el viernes haremos los ejercicios espirituales.

Os deseo a todos un feliz domingo. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

12 de marzo de 2016.

Audiencia jubilar. Ser misericordiosos como el Padre, significa seguir a Jesús en el camino del servicio.

Sábado.

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Nos estamos acercando a la fiesta de Pascua, misterio central de nuestra fe. El evangelio de Juan —como

hemos escuchado— narra que antes de morir y resucitar por nosotros, Jesús realizó un gesto que quedó esculpido en la memoria de los discípulos: el lavatorio de los pies. Un gesto inesperado y sorprendente, al punto que Pedro no quería aceptarlo. Quisiera detenerme en las palabras finales de Jesús: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? [...] Pues si yo, el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también deberéis lavaros los pies unos a los otros» (*Jn* 13, 12.14). De este

modo Jesús les indica a sus discípulos *el servicio* como el camino que es necesario recorrer para vivir la fe en Él y dar testimonio de su amor. El mismo Jesús ha aplicado a sí la imagen del «Siervo de Dios» utilizada por el profeta Isaías. ¡Él que es el Señor, se hace siervo!

Lavando los pies a los apóstoles, Jesús quiso revelar el modo de actuar de Dios en relación a nosotros, y dar el ejemplo de su «mandamiento nuevo» (*Jn 13, 34*) de amarnos los unos a los otros como Él nos

ha amado, o sea dando la vida por nosotros. El mismo Juan lo escribe en su Primera Carta: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos [...] Hijos míos, no amemos de palabras ni de boca, sino con obras y según la verdad (1 Jn 3, 16.18).

El amor, por lo tanto, es el *servicio concreto* que nos damos los unos a los otros. El amor no son palabras, son obras y servicio; un

servicio *humilde*, hecho en el *silencio y escondido*, como Jesús mismo dijo: «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» (*Mt 6, 3*). Esto comporta poner a disposición los dones que el Espíritu Santo nos ha dado, para que la comunidad pueda crecer (cf. *1 Cor 12, 4-11*). Además se expresa en el *compartir* los bienes materiales, para que nadie tenga necesidad. Este gesto de *compartir* y de dedicarse a los necesitados es un estilo de vida que Dios sugiere también

a muchos no cristianos, como un camino de auténtica humanidad.

Por último, no nos olvidemos que lavando los pies a los discípulos y pidiéndoles que hagan lo mismo, Jesús también nos ha invitado a confesarnos mutuamente nuestras faltas y a rezar los unos por los otros, para saber perdonarnos de corazón. En este sentido, recordamos las palabras del santo obispo Agustín cuando escribía: «No desdeñe el cristiano hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo

se inclina hasta los pies del hermano, también el corazón se enciende, o si ya estaba se alimenta el sentimiento de humildad [...] Perdonémonos mutuamente nuestros errores y recemos mutuamente por nuestras culpas y así de algún modo nos lavaremos los pies mutuamente» (*In Joh 58, 4-5*). El amor, la caridad es el servicio, ayudar a los demás, servir a los demás. Hay mucha gente que pasa la vida así, sirviendo a los otros. La semana pasada recibí una carta de una persona que me

agradecía por el Año de la Misericordia; me pedía rezar por ella, para que pudiera estar más cerca del Señor. La vida de esta persona es cuidar a la mamá y al hermano: la mamá en cama, anciana, lúcida pero no se puede mover y el hermano es discapacitado, en una silla de ruedas. Esta persona, su vida es servir, ayudar. ¡Y esto es amor! ¡Cuando te olvidas de ti mismo y piensas en los demás, esto es amor! Y con el lavatorio de los pies el Señor nos enseña a ser servidores, más aún: siervos,

como Él ha sido siervo para nosotros, para cada uno de nosotros.

Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas, *ser misericordiosos como el Padre, significa seguir a Jesús en el camino del servicio.* Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España, Latinoamérica y Guinea Ecuatorial. Que en la fiesta ya cercana de la Pascua, aprendamos que ser

misericordiosos como el Padre
significa seguir a Jesús por el
camino del servicio. Que Dios
los bendiga.

12 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en un curso organizado por el Tribunal de la Rota Romana.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os saludo a todos vosotros, que habéis participado en el curso de formación, promovido por la Rota romana, sobre el nuevo procedimiento matrimonial y el procedimiento *super rato*. Agradezco a monseñor Pinto su compromiso en favor

de estos cursos formativos y le doy las gracias por sus palabras.

Durante el reciente itinerario sinodal sobre la familia, habían surgido fuertes expectativas para hacer más ágiles y eficaces los procedimientos para la declaración de nulidad matrimonial. Muchos fieles, en efecto, sufren al ver que su matrimonio se acaba y a menudo están oprimidos por la duda si el mismo fuese o no válido. Es decir, se preguntan si ya habría algo en las intenciones o en los hechos que

impida la efectiva realización del sacramento. Pero estos fieles en muchos casos encontraban dificultad para acceder a las estructuras jurídicas eclesiales y percibían la necesidad de que los procedimientos fuesen simplificados.

La caridad y la misericordia, además de la reflexión sobre la experiencia, han impulsado a la Iglesia a hacerse aún más cercana a estos hijos suyos, yendo al encuentro de un legítimo deseo de justicia. El pasado 15 de agosto fueron

promulgados los documentos *Mitis Iudex Dominus Iesus* y *Mitis et Misericors Iesus*, que han recogido los frutos del trabajo de la comisión especial instituida el 27 de agosto de 2014: casi un año de trabajo. Tales disposiciones tienen un objetivo eminentemente pastoral: mostrar la solicitud de la Iglesia hacia los fieles que esperan una rápida verificación de su situación matrimonial. En particular, se ha abolido la doble sentencia de conformidad y se ha dado espacio al así

llamado proceso breve, volviendo a poner en el centro la figura y el papel del obispo diocesano, o del obispo eparquial en el caso de las Iglesias orientales, como juez de las causas. De este modo se ha ulteriormente valorizado el papel del obispo o del obispo eparquial en materia matrimonial. En efecto, además de la verificación por vía administrativa —rato y no consumado—, a él ahora se le dispensa de la responsabilidad de la vía judicial en orden a la verificación de la validez del

vínculo.

Es importante que la nueva normativa sea acogida y profundizada, en el contenido y en el espíritu, especialmente por los agentes de los Tribunales eclesiásticos, para ofrecer un servicio de justicia y de caridad a las familias. Para mucha gente, que ha vivido una experiencia matrimonial no feliz, la verificación de la validez o no del matrimonio representa una posibilidad importante; y estas personas deben ser ayudadas a recorrer el camino de la forma más ágil

posible. De aquí también el valor del curso que habéis hecho. Os aliento a aprovechar lo que habéis recibido en estos días y actuar teniendo siempre fija la mirada en la *salus animarum*, que es la ley suprema de la Iglesia.

La Iglesia es madre y quiere mostrar a todos el rostro de Dios fiel a su amor, misericordioso y siempre capaz de volver a donar fuerza y esperanza. Lo que más nos importa en relación a los separados que viven una nueva unión es su participación en la

comunidad eclesial. Pero, mientras que nos ocupamos de las heridas de quienes piden la verificación de la verdad sobre su matrimonio que ha fracasado, miramos con admiración a quienes, incluso en condiciones difíciles, permanecen fieles al vínculo sacramental. Estos testigos de la fidelidad matrimonial deben ser alentados y señalados como ejemplos a imitar. Muchas mujeres y muchos hombres soportan situaciones pesadas, de gran peso, para no destruir la familia, para ser fieles en la

salud y en la enfermedad, en las dificultades y en la vida serena: es la fidelidad. ¡Es buena gente!

Os doy las gracias por vuestro compromiso en favor de la justicia y os exhorto a vivirlo no como una profesión o, peor aún, como un poder, sino como un servicio a las almas, especialmente a las más heridas. Que el Señor os bendiga y la Virgen os proteja. Por favor, acordaos de rezar por mí.

13 de marzo de 2016.

ÁNGELUS.

V Domingo de Cuaresma.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma (cf. *Jn* 8, 1-11), es tan bonito, a mí me gusta mucho leerlo y releerlo. Nos presenta el episodio de la mujer adúltera, poniendo de relieve el tema de la misericordia de Dios, que nunca quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. La

escena ocurre en la explanada del Templo. Imagináosla allí, en el atrio [de la basílica de San Pedro]. Jesús está enseñando a la gente, y llegan algunos escribas y fariseos que conducen delante de Él a una mujer sorprendida en adulterio. Esa mujer se encuentra así en el medio entre Jesús y la multitud (cf. *Jn 8, 3*), entre la misericordia del Hijo de Dios y la violencia, la rabia de sus acusadores. En realidad ellos no fueron al Maestro para pedirle su opinión —era gente mala—, sino para tenderle una

trampa. De hecho, si Jesús siguiera la severidad de la ley, aprobando la lapidación de la mujer, perdería su fama de mansedumbre y bondad que tanto fascina al pueblo; si en cambio quisiera ser misericordioso, debería ir contra la ley, que Él mismo dijo que no quería abolir sino dar cumplimiento (cf. *Mt* 5, 17). Y Jesús está en medio de esta situación.

Esta mala intención se esconde bajo la pregunta que le plantean a Jesús: «¿Tú que dices?» (*Jn* 8, 5). Jesús no

responde, se calla y realiza un gesto misterioso: «inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra» (*Jn 8, 7*). Quizás hacía dibujos, algunos dicen que escribía los pecados de los fariseos... de cualquier manera, escribía, estaba en otro lado. De este modo invita a todos a la calma, a no actuar inducidos por la impulsividad, y a buscar la justicia de Dios. Pero aquellos malvados insisten y esperan de él una respuesta. Parecía que tenían sed de sangre. Entonces Jesús levanta

la mirada y les dice: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra» (*Jn 8, 7*). Esta respuesta desubica los acusadores, los desarma a todos en el sentido estricto de la palabra: todos depusieron las «armas», o sea las piedras listas para ser arrojadas, tanto las visibles contra la mujer, como las escondidas contra Jesús. Y mientras el Señor sigue escribiendo en la tierra, haciendo dibujos, no sé..., los acusadores se van uno tras otro, con la cabeza baja,

comenzando por los más ancianos que eran más conscientes de no estar sin pecado. ¡Qué bien nos hace ser conscientes de que también nosotros somos pecadores! Cuando hablamos mal de los otros —todas estas cosas que nosotros conocemos bien—, ¡qué bien nos hará tener el coraje de hacer caer en el suelo las piedras que tenemos para arrojárselas a los demás y pensar un poco en nuestros pecados!

Se quedaron allí solos la mujer y Jesús: *la miseria y la*

misericordia, una frente a la otra. Y esto cuántas veces nos sucede a nosotros cuando nos detenemos ante el confesionario, con vergüenza, para hacer ver nuestra miseria y pedir el perdón. «Mujer, ¿dónde están?» (*Jn 8, 10*), le dice Jesús. Y basta esta constatación, y su mirada llena de misericordia y llena de amor, para hacer sentir a esa persona —quizás por primera vez— que tiene una dignidad, que ella no es su pecado, que ella tiene una dignidad de persona, que puede cambiar de vida, puede

salir de sus esclavitudes y caminar por una senda nueva. Queridos hermanos y hermanas, esa mujer nos representa a todos nosotros, que somos pecadores, es decir adúlteros ante Dios, traidores a su fidelidad. Y su experiencia representa la voluntad de Dios para cada uno de nosotros: no nuestra condena, sino nuestra salvación a través de Jesús. Él es la gracia que salva del pecado y de la muerte. Él ha escrito en la tierra, en el polvo del que está hecho cada ser humano (cf. *Gén 2, 7*), la

sentencia de Dios: «No quiero que tu mueras, sino que tú vivas». Dios no nos clava a nuestro pecado, no nos identifica con el mal que hemos cometido. Tenemos un nombre y Dios no identifica este nombre con el pecado que hemos cometido. Nos quiere liberar y quiere que también nosotros lo queramos con Él. Quiere que nuestra libertad se convierta del mal al bien, y esto es posible —¡es posible!— con su gracia.

Que la Virgen María nos ayude a confiarnos completamente a

la misericordia de Dios, para convertirnos en criaturas nuevas.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos, provenientes de Roma, de Italia y de diversos países, en particular a los peregrinos de Sevilla, Friburgo (Alemania), Innsbruck y de Ontario (Canadá).

Saludo a los voluntarios de la Casa «*Mater Dei*» de Vittorio Veneto. Saludo a los numerosos grupos parroquiales, entre los cuales

los fieles de Boiano, Potenza, Calenzano, Zevio y Agrópoli. Así como a los jóvenes de tantas partes de Italia: no puedo nombrarlos a todos, pero recuerdo a los de Compiobbi y Mozzanica, a los de la Acción católica de la diócesis de Latina-Terracina, Sezze-Priverno, a los recién confirmados de Scandicci y de Milán - Lambrate.

Y ahora quisiera renovar el gesto de regalaros un Evangelio de bolsillo. Se trata del Evangelio de Lucas que leemos los domingos de este

año litúrgico. El librito lleva como título: «El Evangelio de la Misericordia de San Lucas»; de hecho el evangelista reporta las palabras de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (*Lc 6,36*), del cual fue tomado el tema de este año jubilar. Os será distribuido gratuitamente por los voluntarios del Dispensario pediátrico «Santa Marta» del Vaticano, y por algunos ancianos y abuelos de Roma. ¡Cuánto mérito tienen estos abuelos y abuelas que transmiten la fe a los nietos!

Os invito a tomar este Evangelio y a leerlo, un pasaje cada día; así la misericordia del Padre habitará en vuestro corazón y podréis llevarla a todos los que encontréis. Y al final, en la página 123 están las siete obras de misericordia corporales y las siete obras de misericordia espirituales. Sería bonito que os las aprendierais de memoria, ¡así es más fácil hacerlas! Os invito a tomar este Evangelio, para que la misericordia del Padre se haga obra en vosotros. Y a vosotros, voluntarios, abuelos y abuelas

que distribuiréis el Evangelio, pensad en la gente que se encuentra en la plaza Pío XII— se ve que no ha podido entrar — para que ellos también reciban este Evangelio.

Os deseo a todos un feliz domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta la próxima.

16 de marzo de 2016.

Audiencia general. Confortar y abrir el corazón de los afligidos a la esperanza.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el libro del profeta Jeremías, los capítulos 30 y 31 son los llamados «Libro de la consolación», ya que en ellos la misericordia de Dios se presenta con toda su capacidad para confortar y abrir el corazón de los afligidos a la

esperanza. Hoy también nosotros queremos escuchar este mensaje de consuelo. Jeremías se dirige a los israelitas que habían sido deportados en una tierra extranjera y les anuncia el regreso a su patria. Esta vuelta es signo del amor infinito de Dios Padre que no abandona a sus hijos, sino que los cuida y los salva. El exilio fue una experiencia devastadora para Israel. La fe vacilaba porque en tierra extranjera, sin el templo, sin el culto, tras haber visto el país destruido, era difícil seguir

creyendo en la bondad del Señor. Me hace recordar a la vecina Albania y cómo después de tanta persecución y destrucción consiguió levantarse con dignidad y con fe. Así habían sufrido los israelitas en el exilio.

También nosotros podemos vivir a veces algún tipo de exilio, cuando la soledad, el sufrimiento, la muerte, nos hace pensar que hemos sido abandonados por Dios. Cuántas veces hemos escuchado estas palabras: «Dios se ha olvidado de mí». Son personas que

sufren y se sienten abandonadas. Y ¡cuántos de nuestros hermanos están viviendo en este tiempo una real y dramática situación de exilio, lejos de su tierra natal, con los ojos todavía entre los escombros de sus casas, en el corazón el miedo y, a menudo, por desgracia, el dolor por la pérdida de seres queridos! En estos casos uno puede preguntarse: ¿dónde está Dios? ¿Cómo es posible que tanto sufrimiento pueda golpear a hombres, mujeres y niños inocentes? Y cuando tratan de

entrar en algún otro lugar les cierran la puerta. Están ahí, en la frontera debido a que muchas puertas y muchos corazones están cerrados. Los migrantes de hoy que sufren el frío, sin comida y que no pueden entrar, no se sienten acogidos. ¡Me encanta ver a las naciones, los gobernantes que abren el corazón y abren las puertas!

El profeta Jeremías nos da una primera respuesta. El pueblo exiliado podrá volver a ver su tierra y experimentar la misericordia del Señor. Es el

gran anuncio de consolación:
Tampoco hoy Dios está ausente
en estas situaciones
dramáticas. Dios está cerca y
hace grandes obras de
salvación para quien confía en
Él. No debemos caer en la
desesperación, sino seguir
estando seguros de que el bien
vence al mal y que el Señor
enjugará toda lágrima, y nos
liberará de todo miedo. Por
consiguiente Jeremías presta su
voz a las palabras de amor de
Dios por su pueblo:
«Con amor eterno te he
amado:

por eso he reservado gracia para ti.

Volveré a edificar te y serás reedificada,
virgen de Israel;
aún volverás a tener el adorno de tus adufes,
y saldrás a bailar entre gentes festivas» (*Jer* 31, 3-4).

El Señor es fiel, no abandona en la desolación. Dios ama con un amor sin fin, que ni siquiera el pecado puede frenar, y gracias a Él el corazón humano se llena de alegría y consuelo. El sueño consolador del regreso a la patria continúa en las

palabras del profeta, que dirigiéndose a quienes volverán a Jerusalén dice:

«Vendrán y harán hurras en la cima de Sión y acudirán al regalo de Yahveh: al grano, al mosto, y al aceite virgen, a las crías de ovejas y de vacas, y será su alma como huerto empapado, no volverán a estar ya macilentos» (*Jer 31, 12*).

En la alegría y el agradecimiento, los exiliados volverán a Sión, subiendo el

monte santo hacia la casa de Dios, y así podrán de nuevo elevar himnos y oraciones al Señor que los liberó. Este retorno a Jerusalén y a sus bienes se describe con un verbo que significa literalmente «afluir, fluir». El pueblo se ve, en un movimiento paradójico, como un río que fluye hacia lo alto de Sión, volviendo a subir hacia la cima del monte. ¡Una imagen audaz para decir lo grande que es la misericordia del Señor!

La tierra, que el pueblo había tenido que abandonar, se había

convertido en presa de los enemigos y había sido desolada. Ahora, sin embargo, vuelve a la vida y reflorece. Y los propios exiliados serán como un jardín regado, como una tierra fértil. Israel, traído a casa por su Señor, asiste a la victoria de la vida sobre la muerte y de la bendición sobre la maldición.

Así es como el pueblo es fortalecido y consolado por Dios. Esta palabra es importante: ¡consolado! Los que vuelven reciben vida de una fuente que gratuitamente

los riega.

En este punto, el profeta anuncia la plenitud de la alegría, y siempre en nombre de Dios proclama:

«Cambiaré su duelo en regocijo, y les consolaré y alegraré de su tristeza» (*Jer 31, 13*).

El salmo nos dice que cuando regresen a su patria la boca se cubrirá de una sonrisa: ¡es una alegría tan grande! Es el regalo que el Señor también nos quiere hacer a cada uno de nosotros, con su perdón que convierte y reconcilia.

El profeta Jeremías nos lo ha anunciado, presentando el regreso de los exiliados como un gran símbolo de consuelo dado al corazón que se convierte. El Señor Jesús, por su parte, ha llevado a plenitud este mensaje del profeta. El verdadero y radical regreso del exilio y la luz reconfortante después de la oscuridad de la crisis de fe, se realiza en la Pascua, en la experiencia plena y definitiva del amor de Dios, amor misericordioso que da alegría, paz y vida eterna.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica.

Hermanos y hermanas, los animo a no desfallecer ante las dificultades y a confiar siempre en la fidelidad de Dios. Él, con su misericordia, los consolará y les hará plenamente felices.

Muchas gracias.

17 de marzo de 2016. Discurso a los participantes en un encuentro organizado por el Harvard World Model United Nations.

Jueves.

Queridos amigos, ¡buenos días!
Me complace daros la bienvenida a todos vosotros en el Vaticano, y espero que vuestra estancia en Roma, para participar en el «*2016 Harvard World Model United Nations*», haya sido fructuosa. Agradezco al señor Joseph Hall, secretario

general de vuestro encuentro, las palabras que pronunció también en vuestro nombre. Me alegra de forma especial saber que vosotros representáis a numerosas naciones y culturas, y por ello reflejáis la rica diversidad de nuestra familia humana. Como estudiantes universitarios, os dedicáis de modo particular a la búsqueda de la verdad y de la comprensión, al crecimiento en la sabiduría, no sólo en vuestro beneficio sino para el bien de vuestras comunidades locales y

de toda la sociedad. Espero que esta experiencia os lleve a apreciar la necesidad y la importancia de estructuras de cooperación y de solidaridad, que fueron forjadas por la comunidad internacional a lo largo de muchos años. Estas estructuras son particularmente eficaces cuando están orientadas al servicio de quienes en el mundo son más vulnerables y marginados. Rezo a fin de que las Naciones Unidas, y cada uno de los Estados miembros, estén siempre dispuestos para

ese servicio y para esa atención.

Sin embargo, el fruto más grande de vuestro encuentro aquí en Roma no es el aprendizaje sobre la diplomacia, los sistemas institucionales y las organizaciones, que son importantes y que merecen ser estudiadas por vosotros. El fruto más grande es el tiempo que pasáis juntos, vuestro encuentro con personas de todos los sitios del mundo, que representan no sólo los numerosos desafíos

contemporáneos, sino sobre todo la rica variedad de talentos y potencialidades de la familia humana.

Los temas y las problemáticas que habéis tratado no están privadas de un rostro. En efecto, cada uno de vosotros puede describir las esperanzas y los sueños, los desafíos y los sufrimientos que caracterizan a la gente de vuestro país. En estos días aprenderéis mucho los unos de los otros y os recordaréis mutuamente que, detrás de cada dificultad que el mundo afronta, hay hombres y

mujeres, jóvenes y ancianos, personas como vosotros. Hay familias e individuos que viven cada día luchando, que tratan de cuidar a sus hijos y de darles a ellos lo necesario no sólo para el futuro, sino también para las necesidades elementales de hoy. Así también, muchos de los que son golpeados por los problemas más graves del mundo actual, por la violencia y por la intolerancia, se han convertido en refugiados, trágicamente obligados a abandonar sus casas, privados

de su tierra y de su libertad. Estos son los que necesitan vuestra ayuda, que os piden a gran voz que los escuchéis, y que son más dignos que nunca de cada uno de vuestros esfuerzos por la justicia, la paz y la solidaridad. San Pablo nos dice que tenemos que alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran (cf. *Rm* 12, 15). En definitiva, nuestra fuerza como comunidad, a cualquier nivel de vida y de organización social, se apoya no tanto en nuestros conocimientos y habilidades

personales, como en la
compasión que mostramos los
unos hacia los otros, sobre el
cuidado que tenemos
especialmente de quienes no
pueden cuidarse a sí mismos.
Espero también que vuestra
experiencia os haya conducido
a ver el compromiso de la
Iglesia católica en el servicio a
las necesidades de los pobres y
de los refugiados, en apoyar a
las familias y a las
comunidades y en proteger la
inalienable dignidad y los
derechos de cada miembro de
la familia humana. Nosotros,

los cristianos, creemos que Jesús nos llama a servir a nuestros hermanos y hermanas, a hacernos cargo de los demás, prescindiendo de su proveniencia y de las circunstancias. Sin embargo, esto no es sólo un distintivo de los cristianos, sino que es una llamada universal, enraizada en nuestra humanidad común, es algo que tenemos como personas, que tenemos dentro como personas humanas. Queridos jóvenes amigos, aseguro mi oración a vosotros y a vuestras familias. Que Dios

omnipotente os bendiga con la
felicidad que prometió a los que
tienen hambre y sed de la
justicia y trabajan en favor de
la paz. ¡Gracias!

18 de marzo de 2016. Discurso a los miembros del movimiento Neocatecumenal.

Viernes.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estoy contento de encontraros y os agradezco, porque hoy habéis venido numerosos. ¡Un saludo especial a los que están por partir! Habéis recibido la llamada a evangelizar: bendigo al Señor por esto, por el don del Camino y por el don de cada uno de vosotros. Querría

subrayar tres palabras que el Evangelio os ha apenas entregado, como un mandato para la misión: *unidad, gloria y mundo.*

Unidad. Jesús ora al Padre para que los suyos sean «perfectamente uno» (*Jn 17, 23*): quiere que sean entre ellos «uno» (*Jn 17, 22*), como Él y el Padre. Es su última petición antes de la Pasión, la más sentida: que haya comunión en la Iglesia. La comunión es esencial. El enemigo de Dios y del hombre, el diablo, no puede nada contra

el Evangelio, contra la humilde fuerza de la oración y de los sacramentos, pero puede hacer mucho daño a la Iglesia tentando nuestra humanidad. Provoca la presunción, el juicio sobre los demás, las cerrazones y las divisiones. Él mismo es «el que divide» y a menudo comienza haciéndonos creer que somos buenos, quizá mejor que los demás: así tiene el terreno listo para sembrar la cizaña. Es la tentación de todas las comunidades y se puede insinuar también en los carismas más bonitos de la

Iglesia.

Vosotros habéis recibido un gran carisma, para la renovación bautismal de la vida. Se entra en la Iglesia por el Bautismo; de hecho, entramos en la Iglesia por medio del Bautismo. Cada carisma es una gracia de Dios para aumentar la comunión. Pero el carisma puede deteriorarse cuando nos cerramos o jactamos, cuando queremos distinguirnos de los demás. Por eso, es necesario custodiarlo. ¡Cuidad vuestro carisma! ¿Cómo? Siguiendo la

vía maestra: la *unidad humilde y obediente*. Es siempre necesario vigilar el carisma, purificando los eventuales excesos humanos mediante la búsqueda de la unidad con todos y la obediencia a la Iglesia. Así *se respira en la Iglesia y con la Iglesia*; así se permanece hijos dóciles de la «santa madre Iglesia jerárquica», con «el ánimo aparejado y pronto» para la misión (cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 353).

Subrayo este aspecto: la Iglesia

es nuestra Madre. Como los hijos llevan impresa en sus rostros la semejanza con la madre, así todos nosotros nos asemejamos a nuestra Madre, la Iglesia. Después del Bautismo no vivimos más como individuos aislados, sino que nos convertimos en *hombres y mujeres de comunión*, llamados a ser *agentes de comunión* en el mundo. Porque Jesús no sólo *ha fundado la Iglesia para nosotros*, sino que *nos ha fundado a nosotros como Iglesia*. La Iglesia no es un instrumento para nosotros:

nosotros somos la Iglesia. De ella hemos renacido, de ella somos nutridos con el Pan de vida, de ella recibimos palabras de vida, somos perdonados y acompañados a casa. Esta es la fecundidad de la Iglesia, que es Madre: no una organización que busca adeptos, o un grupo que va adelante siguiendo la lógica de sus ideas, sino que es una Madre que transmite la vida recibida de Jesús.

Esta fecundidad se expresa a través del ministerio y la guía de los Pastores. De hecho, también la institución es un

carisma, porque tiene sus raíces en la misma fuente, que es el Espíritu Santo. Él es el agua viva, pero el agua puede continuar dando vida sólo si la planta está bien cuidada y podada. Saciad vuestra sed en la fuente del amor, el Espíritu, y cuidad, con delicadeza y respeto, el entero organismo eclesial, especialmente las partes más frágiles, para que crezca todo junto, armonioso y fecundo.

Segunda palabra: *gloria*. Antes de la Pasión, Jesús pre-anuncia que será «glorificado» en la

cruz: ahí aparecerá su gloria (cf. *Jn* 17, 5). Pero es una gloria nueva: la gloria mundana se manifiesta cuando se es importante, admirado, cuando se tiene bienes y éxito. En cambio, la gloria de Dios se revela en la cruz: es el amor, que ahí resplandece y se difunde. Es una gloria paradójica: sin fragor, sin ganancia y sin aplausos. Pero sólo esta gloria hace el Evangelio fecundo. Así también la Madre Iglesia es fecunda cuando imita el amor misericordioso de Dios, que se

propone y nunca se impone. Es humilde, actúa como la lluvia en la tierra, como el aire que se respira, como una pequeña semilla que lleva fruto en el silencio. Quien anuncia el amor no puede dejar de hacerlo con el mismo estilo de amor.

Y la tercera palabra que hemos escuchado es *mundo*. «Tanto amó Dios al mundo» que envió a Jesús (cf. *Jn* 3, 16). Quien ama no está lejos, sino que va al encuentro. Vosotros iréis al encuentro de muchas ciudades, de muchos países. A Dios no le atrae la mundanidad, al

contrario, la detesta; pero ama el mundo que ha creado, y ama a sus hijos en el mundo así como son, dondequiera que vivan, incluso si están «lejos». No será fácil para vosotros la vida en países lejanos, en otras culturas, no os será fácil. Pero es vuestra misión. Y esto lo hacéis por amor, por amor a la Madre Iglesia, a la unidad de esta madre fecunda; lo hacéis para que la Iglesia sea madre y fecunda. Mostrad a los hijos la mirada tierna del Padre y considerad un don las realidades que encontraréis;

familiarizaos con las culturas, las lenguas y los usos locales, respetándolas y reconociendo las semillas de gracia que el Espíritu ya ha sembrado. Sin ceder a la tentación de trasplantar modelos adquiridos, sembrad *el primer anuncio*: «que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario» (Exh. ap. *Evangelii gaudium*, 35). Es la buena noticia que siempre debe volver, de lo contrario la fe corre el riesgo de convertirse en una doctrina fría y sin vida.

Después, evangelizar como familias, viviendo la unidad y la simplicidad, es ya un anuncio de vida, un hermoso testimonio, por el cual os agradezco mucho. Y os doy las gracias, en nombre mío, pero también en nombre de toda la Iglesia por este gesto de ir, ir hacia lo desconocido y también a sufrir. Porque habrá sufrimiento, pero también la alegría de la gloria de Dios, la gloria que está en la Cruz. Os acompaño y os animo, y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí. Yo me

quedo aquí, pero con el corazón
voy con vosotros.

20 de marzo de 2016. Homilía
en la celebración del Domingo
de Ramos y de la Pasión del
Señor.

*XXXI Jornada Mundial de la
Juventud.*

Domingo.

«¡Bendito el que viene en
nombre del Señor!»
(Cf. *Lc 19,38*), gritaba festiva la
muchedumbre de Jerusalén
recibiendo a Jesús. Hemos
hecho nuestro aquel
entusiasmo, agitando las

palmas y los ramos de olivo hemos expresado la alabanza y el gozo, el deseo de recibir a Jesús que viene a nosotros. Sí, del mismo modo que entró en Jerusalén, desea también entrar en nuestras ciudades y en nuestras vidas. Así como lo ha hecho en el Evangelio, cabalgando sobre un asno, viene a nosotros humildemente, pero viene «en el nombre del Señor»: con el poder de su amor divino perdona nuestros pecados y nos reconcilia con el Padre y con nosotros mismos. Jesús

está contento de la manifestación popular de afecto de la gente, y cuando los fariseos le invitan a que haga callar a los niños y a los otros que lo aclaman, responde: «si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40). Nada pudo detener el entusiasmo por la entrada de Jesús; que nada nos impida encontrar en él la fuente de nuestra alegría, de la alegría auténtica, que permanece y da paz; porque sólo Jesús nos salva de los lazos del pecado, de la muerte, del miedo y de la tristeza.

Sin embargo, la Liturgia de hoy nos enseña que el Señor no nos ha salvado con una entrada triunfal o mediante milagros poderosos. El apóstol Pablo, en la segunda lectura, sintetiza con dos verbos el recorrido de la redención: «se despojó» y «se humilló» a sí mismo (*Fil 2,7.8*). Estos dos verbos nos dicen hasta qué extremo ha llegado el amor de Dios por nosotros. Jesús se despojó de sí mismo: renunció a la gloria de Hijo de Dios y se convirtió en Hijo del hombre, para ser en todo solidario con nosotros

pecadores, él que no conoce el pecado. Pero no solamente esto: ha vivido entre nosotros en una «condición de esclavo» (v. 7): no de rey, ni de príncipe, sino de esclavo. Se humilló y el abismo de su humillación, que la Semana Santa nos muestra, parece no tener fondo.

El primer gesto de este amor «hasta el extremo» (*Jn 13,1*) es el lavatorio de los pies. «El Maestro y el Señor» (*Jn 13,14*) se abaja hasta los pies de los discípulos, como solamente hacían lo siervos. Nos ha enseñado con el ejemplo que

nosotros tenemos necesidad de ser alcanzados por su amor, que se vuelca sobre nosotros; no podemos prescindir de este, no podemos amar sin dejarnos amar antes por él, sin experimentar su sorprendente ternura y sin aceptar que el amor verdadero consiste en el servicio concreto.

Pero esto es solamente el inicio. La humillación de Jesús llega al extremo en la Pasión: es vendido por treinta monedas y traicionado por un beso de un discípulo que él había elegido y llamado amigo. Casi todos los

otros huyen y lo abandonan; Pedro lo niega tres veces en el patio del templo. Humillado en el espíritu con burlas, insultos y salivazos; sufre en el cuerpo violencias atroces, los golpes, los latigazos y la corona de espinas desfiguran su aspecto haciéndolo irreconocible. Sufre también la infamia y la condena inicua de las autoridades, religiosas y políticas: *es hecho pecado y reconocido injusto*. Pilato lo envía posteriormente a Herodes, y este lo devuelve al gobernador romano; mientras

le es negada toda justicia,
Jesús experimenta en su propia
piel también la indiferencia,
pues nadie quiere asumirse la
responsabilidad de su destino.
Pienso ahora en tanta gente,
en tantos inmigrantes, en
tantos prófugos, en tantos
refugiados, en aquellos de los
cuales muchos no quieren
asumirse la responsabilidad de
su destino. El gentío que
apenas unos días antes lo
aclamaba, transforma las
alabanzas en un grito de
acusación, prefiriendo incluso
que en lugar de él sea liberado

un homicida. Llega de este modo a la muerte en cruz, dolorosa e infamante, reservada a los traidores, a los esclavos y a los peores criminales. La soledad, la difamación y el dolor no son todavía el culmen de su anonadamiento. Para ser en todo solidario con nosotros, experimenta también en la cruz el misterioso abandono del Padre. Sin embargo, en el abandono, ora y confía: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).
Suspendido en el patíbulo,

además del escarnio, afronta la última tentación: la provocación a bajar de la cruz, a vencer el mal con la fuerza, y a mostrar el rostro de un Dios potente e invencible. Jesús en cambio, precisamente aquí, en el culmen del anonadamiento, revela el rostro auténtico de Dios, que es misericordia. Perdona a sus verdugos, abre las puertas del paraíso al ladrón arrepentido y toca el corazón del centurión. Si el misterio del mal es abismal, infinita es la realidad del Amor que lo ha atravesado, llegando

hasta el sepulcro y los
infiernos, asumiendo todo
nuestro dolor para redimirlo,
llevando luz donde hay
tinieblas, vida donde hay
muerte, amor donde hay odio.
Nos puede parecer muy lejano a
nosotros el modo de actuar de
Dios, que se ha humillado por
nosotros, mientras a nosotros
nos parece difícil incluso
olvidarnos un poco de nosotros
mismos. Él viene a salvarnos; y
nosotros estamos llamados a
elegir su camino: el camino del
servicio, de la donación, del
olvido de uno mismo. Podemos

encaminarnos por este camino deteniéndonos durante estos días a mirar el Crucifijo, es la "catedra de Dios". Os invito en esta semana a mirar a menudo esta "Catedra de Dios", para aprender el amor humilde, que salva y da la vida, para renunciar al egoísmo, a la búsqueda del poder y de la fama. Con su humillación, Jesús nos invita a caminar por su camino. Volvamos a él la mirada, pidamos la gracia de entender al menos un poco de este misterio de su anonadamiento por nosotros; y

así, en silencio, contemplemos
el misterio de esta semana.

20 de marzo de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo de Ramos.

Saludo a todos los que habéis participado en esta celebración y a cuantos estáis unidos a nosotros a través de la televisión, la radio y otros medios de comunicación.

Hoy se celebra la 31ª Jornada mundial de la juventud, que culminará a finales de julio con el gran encuentro mundial en Cracovia. El tema es «Bienaventurados los

misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia»
(Mt 5, 7).

Mi saludo especial va dirigido a los jóvenes aquí presentes, y se extiende a todos los jóvenes del mundo. Espero que podáis venir en gran número a Cracovia, patria de san Juan Pablo II, iniciador de las Jornadas mundiales de la juventud. A su intercesión confiamos los últimos meses de preparación de esta peregrinación que, en el marco del Año santo de la Misericordia, será el Jubileo de

los jóvenes a nivel de la Iglesia universal.

Están aquí con nosotros muchos jóvenes voluntarios de Cracovia. Cuando regresen a Polonia, llevarán a los responsables de la nación los ramos de olivo recogidos en Jerusalén, Asís y Montecassino y bendecidos hoy en esta plaza, como una invitación a cultivar propósitos de paz, de reconciliación y de fraternidad. Gracias por esta hermosa iniciativa; ¡id adelante con valentía!

Y ahora recemos a la Virgen

María, para que nos ayude a
vivir con intensidad espiritual
la Semana Santa.

[Angelus Domini...]

23 de marzo de 2016.
Audiencia general. La
misericordia de Dios no tiene
límites.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*
Nuestra reflexión sobre la
misericordia de Dios nos
introduce hoy en el Triduo
Pascual. Viviremos el Jueves,
Viernes y Sábado santo como
momentos fuertes que nos
permiten entrar cada vez más
en el gran misterio de nuestra

fe: la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Todo, en estos tres días, habla de la misericordia, porque hace visible hasta dónde puede llegar el amor de Dios.

Escucharemos el relato de los últimos días de vida de Jesús. El evangelista Juan nos ofrece la clave para entender el sentido profundo: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn 13, 1*). El amor de Dios no tiene límites. Como repetía con frecuencia san Agustín, es un amor que llega

«hasta el fin sin fin». Dios realmente se da todo por cada uno de nosotros y no se guarda nada. El misterio que adoramos en esta Semana Santa es una gran historia de amor que no conoce obstáculos. La Pasión de Jesús dura hasta el fin del mundo, porque es una historia del compartir el sufrimiento de toda la humanidad y una presencia permanente en los acontecimientos de la vida personal de cada uno de nosotros. En resumen, el Triduo Pascual es memorial de un drama de amor que nos dona la

certeza de que nunca seremos abandonados en las pruebas de la vida. El *Jueves santo* Jesús instituye la Eucaristía, anticipando en el banquete pascual su sacrificio en el Gólgota. Para hacer comprender a sus discípulos el amor que lo anima, lava sus pies, ofreciendo una vez más el ejemplo en primera persona de cómo ellos mismos debían actuar. La Eucaristía es el amor que se hace servicio. Es la presencia sublime de Cristo que desea alimentar a cada hombre, sobre todo a los más

débiles, para hacerles capaces de un camino de testimonio entre las dificultades del mundo. No sólo. En el darse a nosotros como alimento, Jesús atestigua que debemos aprender a compartir con los demás este alimento para que se convierta en una verdadera comunión de vida con cuantos están en la necesidad. Él se dona a nosotros y nos pide permanecer en Él para hacer lo mismo.

El *Viernes santo* es el momento culminante del amor. La muerte de Jesús, que en la cruz se

abandona al Padre para ofrecer la salvación al mundo entero, expresa el amor donado hasta el final sin fin. Un amor que busca abrazar a todos, sin excepción. Un amor que se extiende a todo tiempo y a todo lugar: una fuente inagotable de salvación a la cual cada uno de nosotros, pecadores, puede acceder. Si Dios nos ha demostrado su amor supremo en la muerte de Jesús, entonces también nosotros, regenerados por el Espíritu Santo, podemos y debemos amarnos los unos a los otros.

Y, finalmente, el *Sábado santo* es el día del silencio de Dios. Debe ser un día de silencio, y nosotros debemos hacer de todo para que para nosotros sea una jornada de silencio, como fue en ese tiempo: el día del silencio de Dios. Jesús puesto en el sepulcro comparte con toda la humanidad el drama de la muerte. Es un silencio que habla y expresa el amor como solidaridad con los abandonados de siempre, que el Hijo de Dios alcanza colmando el vacío que sólo la

misericordia infinita del Padre Dios puede llenar. Dios calla, pero por amor. En este día el amor —ese amor silencioso— se vuelve espera de la vida en la resurrección. Pensemos, el Sábado santo: nos hará bien pensar en el silencio de la Virgen, «la Creyente», que en silencio esperaba la Resurrección. La Virgen deberá ser el icono, para nosotros, de ese Sábado santo. Pensad mucho cómo la Virgen vivió ese Sábado santo; en espera. Es el amor que no duda, sino que espera en la palabra del Señor,

para que se haga manifiesta y resplandeciente el día de Pascua.

Es todo un gran misterio de amor y de misericordia.

Nuestras palabras son pobres e insuficientes para expresarlo plenamente. Nos puede ayudar la experiencia de una muchacha, no muy conocida, que ha escrito páginas sublimes sobre el amor de Cristo. Se llamaba Juliana de Norwich; era analfabeta, esta joven que tuvo visiones de la Pasión de Jesús y que luego, en la cárcel, describió con lenguaje sencillo,

pero profundo e intenso, el sentido del amor misericordioso. Decía así: «Entonces nuestro buen Señor me pregunto: “¿Estás contenta que yo haya sufrido por ti?”. Yo dije: “Sí, buen Señor, y te agradezco muchísimo; sí, buen Señor, que Tú seas bendito”. Entonces Jesús, nuestro buen Señor, dice: “Si tú estás contenta, también yo lo estoy. El haber sufrido la pasión por ti es para mí una alegría, una felicidad, un gozo eterno; y si pudiera sufrir más lo haría”». Este es nuestro Jesús, que a

cada uno de nosotros dice: «Si pudiera sufrir más por ti, lo haría».

¡Qué bonitas son estas palabras! Nos permiten entender de verdad el amor inmenso y sin límites que el Señor tiene por cada uno de nosotros. Dejémonos envolver por esta misericordia que nos viene al encuentro; y que en estos días, mientras mantenemos fija la mirada en la pasión y la muerte del Señor, acojamos en nuestro corazón la grandeza de su amor y, como la Virgen el Sábado, en silencio, a

la espera de la Resurrección.

Saludos

Saludo cordialmente a los bulliciosos peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que en estos días santos, acogamos en nuestro corazón la grandeza del amor divino en el misterio de la Muerte y Resurrección del Señor. Gracias.

24 de marzo de 2016. Homilía
en la Santa Misa Crismal.

Jueves Santo.

Después de la lectura del pasaje de Isaías, al escuchar en labios de Jesús las palabras: «Hoy mismo se ha cumplido esto que acaban de oír», bien podría haber estallado un aplauso en la Sinagoga de Nazaret. Y luego podrían haber llorado mansamente, con íntima alegría, como lloraba el pueblo cuando Nehemías y el sacerdote Esdras le leían el

libro de la Ley que habían encontrado reconstruyendo el muro. Pero los evangelios nos dicen que hubo sentimientos encontrados en los paisanos de Jesús: le pusieron distancia y le cerraron el corazón. Primero, «todos hablaban bien de él, se maravillaban de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (Lc 4,22); pero después, una pregunta insidiosa fue ganando espacio: «¿No es este el hijo de José, el carpintero?». Y al final: «Se llenaron de ira» (Lc 4,28). Lo querían despeñar... Se cumplía

así lo que el anciano Simeón le había profetizado a nuestra Señora: «Será bandera discutida» (*Lc 2,34*). Jesús, con sus palabras y sus gestos, hace que se muestre lo que cada hombre y mujer tiene en su corazón.

Y allí donde el Señor anuncia el evangelio de la Misericordia incondicional del Padre para con los más pobres, los más alejados y oprimidos, allí precisamente somos interpelados a optar, a «combatir el buen combate de la Fe» (*1 Tm 6,12*). La lucha

del Señor no es contra los hombres sino contra el demonio (cf. *Ef 6,12*), enemigo de la humanidad. Pero el Señor «pasa en medio» de los que buscan detenerlo «y sigue su camino» (*Lc 4,30*). Jesús no confronta para consolidar un espacio de poder. Si rompe cercos y cuestiona seguridades es para abrir una brecha al torrente de la Misericordia que, con el Padre y el Espíritu, desea derramar sobre la tierra. Una Misericordia que procede de bien en mejor: anuncia y trae algo nuevo: cura, libera y

proclama el año de gracia del Señor.

La Misericordia de nuestro Dios es infinita e inefable y expresamos el dinamismo de este misterio como una Misericordia «siempre más grande», una Misericordia en camino, una Misericordia que cada día busca el modo de dar un paso adelante, un pasito más allá, avanzando sobre las tierras de nadie, en las que reinaba la indiferencia y la violencia.

Y así fue la dinámica del buen Samaritano que «practicó la

misericordia» (*Lc 10,37*): se conmovió, se acercó al herido, vendó sus heridas, lo llevó a la posada, se quedó esa noche y prometió volver a pagar lo que se gastara de más. Esta es la dinámica de la Misericordia, que enlaza un pequeño gesto con otro, y sin maltratar ninguna fragilidad, se extiende un poquito más en la ayuda y el amor. Cada uno de nosotros, mirando su propia vida con la mirada buena de Dios, puede hacer un ejercicio con la memoria y descubrir cómo ha practicado el Señor su

misericordia para con nosotros, cómo ha sido mucho más misericordioso de lo que creíamos y, así, animarnos a desear y a pedirle que dé un pasito más, que se muestre mucho más misericordioso en el futuro. «Muéstranos Señor tu misericordia» (*Sal* 85,8). Esta manera paradójica de rezar a un Dios siempre más misericordioso ayuda a romper esos moldes estrechos en los que tantas veces encasillamos la sobreabundancia de su Corazón. Nos hace bien salir de nuestros encierros, porque lo

propio del Corazón de Dios es desbordarse de misericordia, desparramarse, derrochando su ternura, de manera tal que siempre sobre, ya que el Señor prefiere que se pierda algo antes de que falte una gota, que muchas semillas se la coman los pájaros antes de que se deje de sembrar una sola, ya que todas son capaces de portar fruto abundante, el 30, el 60 y hasta el ciento por uno. Como sacerdotes, somos testigos y ministros de la Misericordia siempre más grande de nuestro Padre;

tenemos la dulce y confortadora tarea de encarnarla, como hizo Jesús, que «pasó haciendo el bien» (*Hch* 10,38), de mil maneras, para que llegue a todos.

Nosotros podemos contribuir a inculturarla, a fin de que cada persona la reciba en su propia *experiencia* de vida y así la pueda entender y practicar —creativamente— en el modo de ser propio de su pueblo y de su familia.

Hoy, en este Jueves Santo del Año Jubilar de la Misericordia, quisiera hablar de

dos *ámbitos* en los que el Señor se excede en su Misericordia.

Dado que es él quien nos da ejemplo, no tenemos que tener miedo a excedernos nosotros también: un ámbito es el del encuentro; el otro, el de su perdón que nos avergüenza y dignifica.

El primer ámbito en el que vemos que *Dios se excede* en una Misericordia siempre más grande, es en el *encuentro*. Él se da todo y de manera tal que, en todo encuentro, directamente pasa a celebrar una fiesta. En la parábola del

Padre Misericordioso quedamos pasmados ante ese hombre que corre, conmovido, a echarse al cuello de su hijo; cómo lo abraza y lo besa y se preocupa de ponerle el anillo que lo hace sentir como igual, y las sandalias del que es hijo y no empleado; y luego, cómo pone a todos en movimiento y manda organizar una fiesta. Al contemplar siempre maravillados este derroche de alegría del Padre, a quien el regreso de su hijo le permite expresar su amor libremente, sin resistencias ni distancias,

nosotros no debemos tener miedo a exagerar en nuestro agradecimiento. La actitud podemos tomarla de aquel pobre leproso, que al sentirse curado, deja a sus nueve compañeros que van a cumplir lo que les mandó Jesús y vuelve a arrodillarse a los pies del Señor, glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces. La misericordia restaura todo y devuelve a las personas a su dignidad original. Por eso, el agradecimiento efusivo es la respuesta adecuada: hay que entrar rápido en la fiesta,

ponerse el vestido, sacarse los enojos del hijo mayor, alegrarse y festejar... Porque sólo así, participando plenamente en ese ámbito de celebración, uno puede después pensar bien, uno puede pedir perdón y ver más claramente cómo podrá reparar el mal que hizo. Puede hacernos bien preguntarnos: Después de confesarme, ¿festejo? O paso rápido a otra cosa, como cuando después de ir al médico, uno ve que los análisis no dieron tan mal y los mete en el sobre y pasa a otra cosa. Y cuando doy una

limosna, ¿le doy tiempo al otro a que me exprese su agradecimiento y festejo su sonrisa y esas bendiciones que nos dan los pobres, o sigo apurado con mis cosas después de «dejar caer la moneda»? El otro ámbito en el que vemos que *Dios se excede* en una Misericordia siempre más grande, es el perdón mismo. No sólo perdona deudas incalculables, como al siervo que le suplica y que luego se mostrará mezquino con su compañero, sino que nos hace pasar directamente de la

vergüenza más vergonzante a la dignidad más alta sin pasos intermedios. El Señor deja que la pecadora perdonada le lave familiarmente los pies con sus lágrimas. Apenas Simón Pedro le confiesa su pecado y le pide que se aleje, Él lo eleva a la dignidad de pescador de hombres. Nosotros, en cambio, tendemos a separar ambas actitudes: cuando nos avergonzamos del pecado, nos escondemos y andamos con la cabeza gacha, como Adán y Eva, y cuando somos elevados a alguna dignidad tratamos de

tapar los pecados y nos gusta hacernos ver, casi pavonearnos. Nuestra respuesta al perdón excesivo del Señor debería consistir en mantenernos siempre en *esa tensión sana entre una digna vergüenza y una avergonzada dignidad*: actitud de quien por sí mismo busca humillarse y abajarse, pero es capaz de aceptar que el Señor lo ensalce en bien de la misión, sin creérselo. El modelo que el Evangelio consagra, y que puede servirnos cuando nos confesamos, es el de Pedro, que se deja interrogar

prolijamente sobre su amor y, al mismo tiempo, renueva su aceptación del ministerio de pastorear las ovejas que el Señor le confía.

Para entrar más hondo en esta *avergonzada dignidad*, que nos salva de creernos, más o menos, de lo que somos por gracia, nos puede ayudar ver cómo en el pasaje de Isaías que el Señor lee hoy en su Sinagoga de Nazaret, el Profeta continúa diciendo: «Ustedes serán llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios» (*Is 61,6*). Es el pueblo

pobre, hambreado, prisionero de guerra, sin futuro, sobrante y descartado, a quien el Señor convierte en pueblo sacerdotal. Como sacerdotes, nos identificamos con ese pueblo descartado, al que el Señor salva y recordamos que hay multitudes incontables de personas pobres, ignorantes, prisioneras, que se encuentran en esa situación porque otros los oprimen. Pero también recordamos que cada uno de nosotros conoce en qué medida, tantas veces estamos ciegos de la luz linda de la fe,

no por no tener a mano el evangelio sino por exceso de teologías complicadas.

Sentimos que nuestra alma anda sedienta de espiritualidad, pero no por falta de Agua Viva —que bebemos sólo en sorbos—, sino por exceso de espiritualidades «gaseosas», de espiritualidades *light*. También nos sentimos prisioneros, pero no rodeados como tantos pueblos, por infranqueables muros de piedra o de alambrados de acero, sino por una mundanidad virtual que se abre o cierra con un

simple *click*. Estamos oprimidos pero no por amenazas ni empujones, como tanta pobre gente, sino por la fascinación de mil propuestas de consumo que no nos podemos quitar de encima para caminar, libres, por los senderos que nos llevan al amor de nuestros hermanos, a los rebaños del Señor, a las ovejitas que esperan la voz de sus pastores.

Y Jesús viene a rescatarnos, a hacernos salir, para convertirnos de pobres y ciegos, de cautivos y oprimidos, en ministros de misericordia y

consolación. Y nos dice, con las palabras del profeta Ezequiel al pueblo que se prostituyó y traicionó tanto a su Señor: «Yo me acordaré de la alianza que hice contigo cuando eras joven... Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella, cuando recibas a tus hermanas, las mayores y las menores, y yo te las daré como hijas, si bien no en virtud de tu alianza. Yo mismo restableceré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy el Señor. Así, cuando te haya perdonado todo lo que has hecho, te acordarás

y te avergonzarás, y la vergüenza ya no te dejará volver a abrir la boca —oráculo del Señor—» (Ez 16,60-63). En este Año Santo Jubilar, celebramos con todo el agradecimiento de que sea capaz nuestro corazón, a nuestro Padre, y le rogamos que "se acuerde siempre de su Misericordia"; recibimos con *avergonzada dignidad* la Misericordia en la carne herida de nuestro Señor Jesucristo y le pedimos que nos lave de todo pecado y nos libre de todo mal; y con la gracia del Espíritu

Santo nos comprometemos a comunicar la Misericordia de Dios a todos los hombres, practicando las obras que el Espíritu suscita en cada uno para el bien común de todo el pueblo fiel de Dios.

24 de marzo de 2016. Homilía
en la Santa Misa in Coena
Domini.

*C.A.R.A. Auxilium Castelnuovo
di Porto (Roma)*

Jueves Santo.

Los gestos hablan más que las imágenes y las palabras. Los gestos. Hay, en esta Palabra de Dios que hemos leídos, dos gestos: Jesús que sirve, que lava los pies. Él, que era el jefe, lava los pies a los demás, a los suyos, a los más

pequeños. El segundo gesto: Judas que se dirige a los enemigos de Jesús, a los que no quieren la paz con Jesús, para recoger el dinero con el que lo traicionó, las 30 monedas. Dos gestos. También hoy tenemos dos gestos: el primero es el de esta tarde: todos nosotros, juntos, musulmanes, hindúes, católicos, coptos, evangélicos, pero hermanos, hijos del mismo Dios, que queremos vivir en paz, integrados. El otro gesto es el de hace tres días: un gesto de guerra, de

destrucción en una ciudad de Europa, de gente que no quiere vivir en paz. Pero detrás de ese gesto, como detrás de Judas, estaban otros. Detrás de Judas estaban los que dieron el dinero para que Jesús fuese entregado. Detrás de ese gesto de hace tres días en esa capital europea, están los fabricantes, los traficantes de armas que quieren la sangre, no la paz; que quieren la guerra, no la fraternidad.

Dos gestos iguales: por una parte Jesús lava los pies, mientras Judas vende a Jesús

por dinero; y por otra parte
vosotros, nosotros, todos
juntos, de diversas religiones,
diversas culturas, pero hijos del
mismo Padre, hermanos,
mientras que aquellos pobres
hombres compran las armas
para destruir la fraternidad.
Hoy, en este momento, cuando
yo realizaré el mismo gesto de
Jesús de lavar los pies a
vosotros doce, todos nosotros
estamos realizando el gesto de
la fraternidad, y todos nosotros
decimos: «Somos distintos,
somos diferentes, tenemos
diferentes culturas y religiones,

pero somos hermanos y queremos vivir en paz». Y este es el gesto que yo realizo hoy con vosotros. Cada uno de nosotros carga con una historia, cada uno de vosotros carga con una historia: muchas cruces, muchos dolores, pero también tienen un corazón abierto que quiere la fraternidad. Cada uno, en su lengua religiosa, ore al Señor para que esta fraternidad contagie el mundo, para que no existan las 30 monedas para matar al hermano, para que siempre exista la fraternidad y

la bondad. Así sea.

Al término de la misa el Papa pronunció las siguientes palabras:

Ahora os saludaría uno por uno, de todo corazón. Os doy las gracias por este encuentro. Y sólo recordemos y hagamos ver que es hermoso vivir juntos como hermanos, con culturas, religiones y tradiciones diferentes: ¡somos todos hermanos! Y esto tiene un nombre: paz y amor. Gracias.

25 de marzo de 2016.

Palabras durante el Vía Crucis
en el Coliseo.

Viernes Santo.

Oh Cruz de Cristo.

Oh Cruz de Cristo, símbolo del amor divino y de la injusticia humana, icono del supremo sacrificio por amor y del extremo egoísmo por necesidad, instrumento de muerte y vía de resurrección, signo de la obediencia y emblema de la traición, patíbulo de la persecución y estandarte de la

victoria.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendoalzada en nuestras hermanas y hermanos asesinados, quemados vivos, degollados y decapitados por las bárbaras espadas y el silencio infame.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los rostros de los niños, de las mujeres y de las personas extenuadas y amedrentadas que huyen de las guerras y de la violencia, y que con frecuencia sólo encuentran la muerte y a tantos Pilatos que se lavan las manos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los doctores de la letra y no del espíritu, de la muerte y no de la vida, que en vez de enseñar la misericordia y la vida, amenazan con el castigo y la muerte y condenan al justo.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ministros infieles que, en vez de despojarse de sus propias ambiciones, despojan incluso a los inocentes de su propia dignidad.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los

corazones endurecidos de los que juzgan cómodamente a los demás, corazones dispuestos a condenarlos incluso a la lapidación, sin fijarse nunca en sus propios pecados y culpas. Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los fundamentalismos y en el terrorismo de los seguidores de cierta religión que profanan el nombre de Dios y lo utilizan para justificar su inaudita violencia.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los que quieren quitarte de los lugares

públicos y excluirte de la vida pública, en el nombre de un cierto paganismo laicista o incluso en el nombre de la igualdad que tú mismo nos has enseñado.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los poderosos y en los vendedores de armas que alimentan los hornos de la guerra con la sangre inocente de los hermanos, y dan de comer a sus hijos el pan ensangrentado. Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los traidores que por treinta

denarios entregan a la muerte a cualquier persona.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ladrones y en los corruptos que en vez de salvaguardar el bien común y la ética se venden en el miserable mercado de la inmoralidad.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los necios que construyen depósitos para conservar tesoros que perecen, dejando que Lázaro muera de hambre a sus puertas.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los

destructores de nuestra «*casa común*» que con egoísmo arruinan el futuro de las generaciones futuras.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ancianos abandonados por sus propios familiares, en los discapacitados, en los niños desnutridos y descartados por nuestra sociedad egoísta e hipócrita.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en nuestro mediterráneo y en el Mar Egeo convertidos en un insaciable cementerio, imagen de nuestra

conciencia insensible y
anestesiada.

Oh Cruz de Cristo, imagen del
amor sin límite y vía de la
Resurrección, aún hoy te
seguimos viendo en las
personas buenas y justas que
hacen el bien sin buscar el
aplauso o la admiración de los
demás.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te
seguimos viendo en los
ministros fieles y humildes que
alumbran la oscuridad de
nuestra vida, como candelas
que se consumen
gratuitamente para iluminar la

vida de los últimos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en el rostro de las religiosas y consagrados – los buenos samaritanos– que lo dejan todo para vendar, en el silencio evangélico, las llagas de la pobreza y de la injusticia.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los misericordiosos que encuentran en la misericordia la expresión más alta de la justicia y de la fe.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en las personas sencillas que viven

con gozo su fe en las cosas ordinarias y en el fiel cumplimiento de los mandamientos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los arrepentidos que, desde la profundidad de la miseria de sus pecados, saben gritar: Señor acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los beatos y en los santos que saben atravesar la oscuridad de la noche de la fe sin perder la confianza en ti y sin pretender

entender tu silencio misterioso.
Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en las familias que viven con fidelidad y fecundidad su vocación matrimonial.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los voluntarios que socorren generosamente a los necesitados y maltratados.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los perseguidos por su fe que con su sufrimiento siguen dando testimonio auténtico de Jesús y del Evangelio.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los soñadores que viven con un corazón de niños y trabajan cada día para hacer que el mundo sea un lugar mejor, más humano y más justo.

En ti, Cruz Santa, vemos a Dios que ama hasta el extremo, y vemos el odio que domina y ciega el corazón y la mente de los que prefieren las tinieblas a la luz.

Oh Cruz de Cristo, Arca de Noé que salvó a la humanidad del diluvio del pecado, líbranos del mal y del maligno. Oh Trono de

David y sello de la Alianza divina y eterna, despiértanos de las seducciones de la vanidad. Oh grito de amor, suscita en nosotros el deseo de Dios, del bien y de la luz. Oh Cruz de Cristo, enséñanos que el alba del sol es más fuerte que la oscuridad de la noche. Oh Cruz de Cristo, enséñanos que la aparente victoria del mal se desvanece ante la tumba vacía y frente a la certeza de la Resurrección y del amor de Dios, que nada lo podrá derrotar u oscurecer o debilitar. Amén.

26 de marzo de 2016. Homilía
en la Vigilia Pascual en la
Noche Santa.

Sábado Santo.

«Pedro fue corriendo al sepulcro» (Lc 24,12). ¿Qué pensamientos bullían en la mente y en el corazón de Pedro mientras corría? El Evangelio nos dice que los Once, y Pedro entre ellos, no creyeron el testimonio de las mujeres, su anuncio pascual. Es más, «lo tomaron por un delirio» (Lc 24,11). En el corazón de

Pedro había por tanto duda, junto a muchos sentimientos negativos: la tristeza por la muerte del Maestro amado y la desilusión por haberlo negado tres veces durante la Pasión. Hay en cambio un detalle que marca un cambio: Pedro, después de haber escuchado a las mujeres y de no haberlas creído, «sin embargo, se levantó» (Lc 24,12). No se quedó sentado a pensar, no se encerró en casa como los demás. No se dejó atrapar por la densa atmósfera de aquellos días, ni dominar por sus dudas;

no se dejó hundir por los remordimientos, el miedo y las continuas habladurías que no llevan a nada. Buscó a Jesús, no a sí mismo. Prefirió la vía del encuentro y de la confianza y, tal como estaba, se levantó y corrió hacia el sepulcro, de dónde regresó «admirándose de lo sucedido» (Lc 24,12). Este fue el comienzo de la «resurrección» de Pedro, la resurrección de su corazón. Sin ceder a la tristeza o a la oscuridad, se abrió a la voz de la esperanza: dejó que la luz de Dios entrara en su corazón

sin apagarla.

También las mujeres, que habían salido muy temprano por la mañana para realizar una obra de misericordia, para llevar los aromas a la tumba, tuvieron la misma experiencia. Estaban «despavoridas y mirando al suelo», pero se impresionaron cuando oyeron las palabras del ángel: « ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24,5).

Al igual que Pedro y las mujeres, tampoco nosotros encontraremos la vida si permanecemos tristes y sin

esperanza y encerrados en nosotros mismos. Abramos en cambio al Señor nuestros sepulcros sellados —cada de nosotros los conoce—, para que Jesús entre y lo llene de vida; llevémosle las piedras del rencor y las losas del pasado, las rocas pesadas de las debilidades y de las caídas. Él desea venir y tomarnos de la mano, para sacarnos de la angustia. Pero la primera piedra que debemos remover esta noche es ésta: la falta de esperanza que nos encierra en nosotros mismos. Que el Señor

nos libre de esta terrible trampa de ser cristianos sin esperanza, que viven como si el Señor no hubiera resucitado y nuestros problemas fueran el centro de la vida.

Continuamente vemos, y veremos, problemas cerca de nosotros y dentro de nosotros. Siempre los habrá, pero en esta noche hay que iluminar esos problemas con la luz del Resucitado, en cierto modo hay que «evangelizarlos».

Evangelizar los problemas. No permitamos que la oscuridad y los miedos atraigan la mirada

del alma y se apoderen del corazón, sino escuchemos las palabras del Ángel: el Señor «no está aquí. Ha resucitado» (Lc 24,6); Él es nuestra mayor alegría, siempre está a nuestro lado y nunca nos defraudará. Este es el fundamento de la esperanza, que no es simple optimismo, y ni siquiera una actitud psicológica o una hermosa invitación a tener ánimo. La esperanza cristiana es un don que Dios nos da si salimos de nosotros mismos y nos abrimos a él. Esta esperanza no defrauda porque

el Espíritu Santo ha sido infundido en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5). El Paráclito no hace que todo parezca bonito, no elimina el mal con una varita mágica, sino que infunde la auténtica fuerza de la vida, que no consiste en la ausencia de problemas, sino en la seguridad de que Cristo, que por nosotros ha vencido el pecado, ha vencido la muerte, ha vencido el miedo, siempre nos ama y nos perdona. Hoy es la fiesta de nuestra esperanza, la celebración de esta certeza: nada ni nadie nos podrá

apartar nunca de su amor
(cf. *Rm* 8,39).

El Señor está vivo y quiere que lo busquemos entre los vivos.

Después de haberlo encontrado, invita a cada uno a llevar el anuncio de Pascua,

a *suscitar y resucitar la*

esperanza en los corazones

abrumados por la tristeza, en

quienes no consiguen encontrar

la luz de la vida. Hay tanta

necesidad de ella hoy.

Olvidándonos de nosotros

mismos, como *siervos alegres*

de la esperanza, estamos

llamados a anunciar al

Resucitado con la vida y mediante el amor; si no es así seremos un organismo internacional con un gran número de seguidores y buenas normas, pero incapaz de apagar la sed de esperanza que tiene el mundo.

¿Cómo podemos alimentar nuestra esperanza? La liturgia de esta noche nos propone un buen consejo. Nos enseña a *hacer memoria* de las obras de Dios. Las lecturas, en efecto, nos han narrado su fidelidad, la historia de su amor por nosotros. La Palabra viva de

Dios es capaz de implicarnos en esta historia de amor, alimentando la esperanza y reavivando la alegría. Nos lo recuerda también el Evangelio que hemos escuchado: los ángeles, para infundir la esperanza en las mujeres, dicen: «Recordad cómo [Jesús] os habló» (Lc 24,6). Hacer memoria de las palabras de Jesús, hacer memoria de todo lo que él ha hecho en nuestra vida. No olvidemos su Palabra y sus obras, de lo contrario perderemos la esperanza y nos convertiremos en cristianos sin

esperanza; hagamos en cambio memoria del Señor, de su bondad y de sus palabras de vida que nos han conmovido; recordémoslas y hagámoslas nuestras, para ser centinelas del alba que saben descubrir los signos del Resucitado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo ha resucitado! Y nosotros tenemos la posibilidad de abrirnos y de recibir su don de esperanza.

Abrámonos a la esperanza y pongámonos en camino; que el recuerdo de sus obras y de sus palabras sea la luz

resplandeciente que oriente
nuestros pasos confiadamente
hacia esa Pascua que no
conocerá ocaso.

28 de marzo de 2016. REGINA
COELI.

Lunes del Ángel.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En este lunes después de Pascua, llamado «Lunes del Ángel» nuestros corazones están aún llenos de la alegría pascual. Después del tiempo cuaresmal, tiempo de penitencia y de conversión, que la Iglesia ha vivido con particular intensidad en este Año Santo de la Misericordia;

después de las sugestivas celebraciones del Triduo Santo, nos detenemos también hoy ante la tumba vacía de Jesús y meditamos con estupor y gratitud el gran misterio de la resurrección del Señor.

La vida ha vencido a la muerte. ¡La misericordia y el amor han vencido sobre el pecado! Se necesita fe y esperanza para abrirse a este nuevo y maravilloso horizonte. Y nosotros sabemos que la fe y la esperanza son un don de Dios y debemos pedirlo: «¡Señor, dame la fe, dame la esperanza!

¡La necesitamos tanto!». Dejémonos invadir por las emociones que resuenan en la secuencia pascual: «¡Sí, tenemos la certeza: Cristo verdaderamente ha resucitado!». ¡El Señor ha resucitado entre nosotros! Esta verdad marcó de forma indeleble la vida de los apóstoles que, después de la resurrección, sintieron de nuevo la necesidad de seguir a su Maestro y, tras recibir el Espíritu Santo, fueron sin miedo a anunciar a todos lo que habían visto con sus ojos y

habían experimentado personalmente.

En este Año jubilar estamos llamados a redescubrir y acoger con especial intensidad el reconfortante anuncio de la resurrección: «¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!». Si Cristo ha resucitado, podemos mirar con ojos y corazón nuevos todo evento de nuestra vida, también los más negativos. Los momentos de oscuridad, de fracaso y también de pecado pueden transformarse y anunciar un camino nuevo. Cuando hemos tocado el fondo

de nuestra miseria y de nuestra debilidad, Cristo resucitado nos da la fuerza para volvernos a levantar. ¡Si nos encomendamos a Él, su gracia nos salva! El Señor crucificado y resucitado es la plena revelación de la misericordia, presente y operante en la historia. He aquí el mensaje pascual, que resuena aún hoy y que resonará durante todo el tiempo de Pascua hasta Pentecostés.

María fue testigo silenciosa de los eventos de la pasión y de la resurrección de Jesús. Ella

estuvo de pie junto a la cruz: no se dobló ante el dolor, sino que su fe la fortaleció. En su corazón desgarrado de madre permaneció siempre encendida la llama de la esperanza.

Pidámosle a Ella que nos ayude también a nosotros a acoger en plenitud el anuncio pascual de la resurrección, para encarnarlo en lo concreto de nuestra vida cotidiana.

Que la Virgen María nos done la certeza de fe, para que cada sufrido paso de nuestro camino, iluminado por la luz de la Pascua, se convierta en

bendición y alegría para nosotros y para los demás, especialmente para los que sufren a causa del egoísmo y de la indiferencia.

Invoquémosla, pues, con fe y devoción, con el *Regina coeli*, la oración que sustituye al Ángelus durante todo el tiempo pascual.

Después del Regina Coeli.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en el centro de Pakistán, la Santa Pascua fue ensangrentada por un execrable atentado, que

provocó la matanza de muchas personas inocentes, en su mayoría familias de la minoría cristiana —especialmente mujeres y niños— reunidas en un parque público para trascurrir con alegría la festividad pascual. Deseo manifestar mi cercanía a cuantos han sido golpeados por este crimen vil e insensato, e invito a rezar al Señor por las numerosas víctimas y por sus seres queridos. Hago un llamamiento a las autoridades civiles y a todos los componentes sociales de esa

nación, para que realicen todos los esfuerzos para volver a dar seguridad y serenidad a la población y, de modo especial, a las minorías religiosas más vulnerables. Repito una vez más que la violencia y el odio homicida solamente conducen al dolor y a la destrucción; el respeto y la fraternidad son el único camino para llegar a la paz. Que la Pascua del Señor suscite en nosotros, de manera aún más fuerte, la oración a Dios para que se detengan las manos de los violentos, que siembran terror y muerte, y

para que en el mundo puedan reinar el amor, la justicia y la reconciliación. Recemos todos por los fallecidos en este atentado, por sus familiares, por las minorías cristianas y étnicas de esa nación:

Avemaría, ...

En esta prolongación del tiempo pascual, saludo cordialmente a todos vosotros, peregrinos venidos de Italia y de diversas partes del mundo para participar en este momento de oración. Y recordad siempre esa bonita expresión de la Liturgia:

«¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!». La decimos tres veces todos juntos. ¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado! Deseo que cada uno transcurra con alegría y serenidad esta Semana en la que se prolonga la alegría de la Resurrección de Cristo.

Para vivir más intensamente este período nos hará bien leer cada día un pasaje del Evangelio en el que se habla del evento de la Resurrección. En cinco minutos, no más, se puede leer un pasaje del Evangelio. ¡Recordad esto!

¡Feliz y Santa Pascua a todos!
Por favor, no os olvidéis de
rezar por mí. ¡Buen almuerzo y
hasta pronto!

30 de marzo de 2016.
Audiencia general. La
misericordia en el Salmo 51
(Miserere)

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanos, ¡buenos días!*

Terminamos hoy las catequesis
sobre la misericordia en el
Antiguo Testamento, y lo
hacemos meditando sobre el
salmo 51, llamado *Miserere*. Se
trata de una oración
penitencial, en la cual la
petición de perdón está

precedida por la confesión de la culpa y en la cual el orante, dejándose purificar por el amor del Señor, se vuelve una nueva criatura, capaz de obediencia, de firmeza de espíritu, y de alabanza sincera.

El «título» que la antigua tradición judía ha puesto a este salmo hace referencia al rey David y a su pecado con Betsabé, la esposa de Urías el hitita. Conocemos bien la historia. El rey David, llamado por Dios para apacentar al pueblo y guiarlo por los caminos de la obediencia a la

Ley divina, traiciona su misión y, tras haber cometido adulterio con Betsabé, hace asesinar al marido. ¡Qué feo pecado! El profeta Natán le desvela su culpa y le ayuda a reconocerla. Es el momento de la reconciliación con Dios, en la confesión del propio pecado. ¡Y aquí David fue humilde y grande! Quien reza con este salmo está invitado a tener los mismos sentimientos de arrepentimiento y de confianza en Dios que tuvo David cuando se arrepintió, y aun siendo rey, se humilló sin tener temor de

confesar la culpa y mostrar la propia miseria al Señor, convencido de la certeza de su misericordia. Y no era un pecado pequeño, una pequeña mentira, lo que había hecho: ¡había cometido un adulterio y un asesinato!

El salmo inicia con estas palabras de súplica:

«Tenme piedad, oh Dios, según tu amor

por tu inmensa ternura borra mi delito,

lávame a fondo de mi culpa, y de mi pecado purifícame»

(Sal 51, 3-4).

La invocación está dirigida al Dios de misericordia para que, movido por un gran amor como el de un padre o de una madre, tenga piedad, o sea nos haga una gracia, muestre su favor con benevolencia y comprensión. Es un sentido llamamiento a Dios, el único que puede liberar del pecado. Son usadas imágenes muy plásticas: borra, lávame, purifícame. Se manifiesta en esta oración la verdadera necesidad del hombre: la única cosa que realmente necesitamos en nuestra vida es

ser perdonados, liberados del mal y de sus consecuencias de muerte. Desgraciadamente la vida nos hace experimentar muchas veces estas situaciones, y sobre todo allí tenemos que confiar en la misericordia. Dios es más grande que nuestro pecado. No olvidemos esto, ¡Dios es más grande que nuestro pecado! «¡Padre no sé decirlo, he hecho tantas y grandes!».

Dios es más grande que todos los pecados que nosotros podamos hacer. Dios es más grande que nuestro pecado. ¿Lo decimos

juntos? Todos juntos: ¡Dios es más grande que nuestro pecado! Una vez más: «¡Dios es más grande que nuestro pecado!». Una vez más: «¡Dios es más grande que nuestro pecado!». Y su amor es un océano en el cual nos podemos sumergir sin miedo de ser vencidos: perdonar para Dios significa darnos la certeza de que Él nunca nos abandona. Sea lo que sea lo que podamos reprocharnos, Él es aún y siempre más grande que todo (cf. *1 Jn 3, 20*), porque Dios es más grande que nuestro

pecado.

En este sentido, quien reza con este salmo busca el perdón, confiesa la propia culpa, y reconociéndola celebra la justicia y la santidad de Dios. Y después pide gracia y misericordia. El salmista se confía a la bondad de Dios, sabe que el perdón divino es enormemente eficaz, porque crea lo que dice. No esconde el pecado, sino que lo destruye y lo elimina pero lo elimina desde la raíz, no como sucede en la tintorería cuando llevamos un traje y le quitan la mancha.

¡No! Dios quita nuestro pecado desde la raíz, ¡todo! Por ello el penitente se vuelve puro, cada mancha es eliminada y él ahora está más blanco que la nieve incontaminada. Todos nosotros somos pecadores. ¿Es verdad esto? Si alguno de los presentes no se siente pecador que levante la mano... ¡Nadie! Todos lo somos.

Nosotros pecadores con el perdón nos volvemos criaturas nuevas, llenas por el Espíritu y llenas de alegría. Entonces una nueva realidad comienza para nosotros: un nuevo corazón, un

nuevo espíritu, una nueva vida. Nosotros, pecadores perdonados, que hemos acogido la gracia divina, podemos incluso enseñar a los otros a no pecar más. «Pero Padre, soy débil, yo caigo y caigo». «Pero si caes, levántate. ¡Levántate!». Cuando un niño se cae, ¿qué es lo que hace? Alza la mano a la mamá, al papá para que lo levanten. ¡Hagamos lo mismo! Si tú caes por debilidad en el pecado levanta tu mano: el Señor la toma y te ayudará a levantarte. ¡Esta es la dignidad del perdón

de Dios! La dignidad que nos da el perdón de Dios es la de levantarnos, ponernos siempre en pie, porque Él ha creado al hombre y a la mujer para que estén de pie.

Dice el salmista:

«Crea en mí, oh Dios, un puro corazón,
un espíritu firme dentro de mí
renueva [...]

Enseñaré a los rebeldes tus caminos,

y los pecadores volverán a ti»
(Sal 51, 12. 15).

Queridos hermanos y hermanas, el perdón de Dios es

aquello que necesitamos todos, y es el signo más grande de su misericordia. Un don que cada pecador perdonado está llamado a compartir con cada hermano o hermana que encuentra.

Todos los que el Señor nos ha puesto a nuestro lado, los familiares, los amigos, los colegas, los parroquianos... todos, como nosotros, tienen necesidad de la misericordia de Dios. Es bonito ser perdonado, pero también tú, si quieres ser perdonado, debes a su vez perdonar. ¡Perdona! Que el

Señor nos conceda, por la intercesión de María, Madre de misericordia, ser testigos de su perdón, que purifica el corazón y transforma la vida. Gracias.

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española, en especial a los fieles de la Diócesis de Barbastro-Monzón, acompañados de su Obispo, Mons. Ángel Javier Pérez Pueyo, a los fieles de la Diócesis de León, acompañados de su Obispo, Mons. Julián López Martín, así como a los demás grupos provenientes de

España y Latinoamérica. Que la Virgen, Madre de Misericordia, interceda por nosotros, para que sepamos ser testigos del amor del Señor, que perdona nuestros pecados, nos purifica y nos transforma. Feliz Pascua de Resurrección. Muchas gracias.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Abril.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

2 de abril de 2016. Discurso en la vigilia de oración con motivo del jubileo de la divina misericordia.

3 de abril de 2016. Homilía del Santo Padre Francisco.

3 de abril de 2016. REGINA COELI.

6 de abril de 2016. Audiencia general. ¡Jesús es la Misericordia!

10 de abril de 2016. REGINA COELI.

13 de abril de 2016. Audiencia general. ¡Jesús se presenta como un buen

médico!

16 de abril de 2016. Palabras del Papa en el vuelo de ida a Lesbos (Grecia)

16 de abril de 2016. Visita a los refugiados. (Lesbos)

16 de abril de 2016.

Declaración conjunta de Su Santidad Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla, de su Beatitud Ieronymos, arzobispo de Atenas y de toda Grecia y del Santo Padre Francisco. (Lesbos)

16 de abril de 2016.

Encuentro con la población y con la comunidad católica.

Memoria de las víctimas de las migraciones. (Lesbos)

16 de abril de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

17 de abril de 2016. Homilía en las ordenaciones sacerdotales.

17 de abril de 2016. REGINA COELI.

20 de abril de 2016.

Audiencia general. Distinguir entre el pecado y el pecador.

24 de abril de 2016. Homilía en el jubileo de los adolescentes.

24 de abril de 2016. REGINA

COELI.

27 de abril de 2016.

Audiencia general. El buen samaritano.

30 de abril de 2016.

Audiencia jubilar. La reconciliación.

2 de abril de 2016. Discurso en la vigilia de oración con motivo del jubileo de la divina misericordia.

Sábado.

Compartimos con alegría y agradecimiento este momento de oración que nos introduce en el Domingo de la Misericordia, muy deseado por san Juan Pablo II — hoy, hace once años, en el 2005 se ha ido —, y quería esto para hacer realidad una petición de santa Faustina. Los testimonios que

han sido presentados —por los que damos gracias— y las lecturas que hemos escuchado abren espacios de luz y de esperanza para entrar en el gran océano de la misericordia de Dios. ¿Cuántos son los rostros de la misericordia, con los que él viene a nuestro encuentro? Son verdaderamente muchos; es imposible describirlos todos, porque la misericordia de Dios es un *crescendo* continuo. Dios no se cansa nunca de manifestarla y nosotros no deberíamos acostumbrarnos

nunca a recibirla, buscarla y deseársela. Siempre es algo nuevo que provoca estupor y maravilla al ver la gran fantasía creadora de Dios, cuando sale a nuestro encuentro con su amor. Dios se ha revelado, manifestando muchas veces su nombre, y este nombre es "misericordioso" (cf. *Ez 34,6*). Así como la naturaleza de Dios es grande e infinita, del mismo modo es grande e infinita su misericordia, hasta el punto que parece una tarea difícil poder describirla en todos sus

aspectos. Recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura, encontramos que la misericordia es sobre todo *cercanía* de Dios a su pueblo. Una cercanía que se expresa y se manifiesta principalmente como ayuda y protección. Es la cercanía de un padre y de una madre que se refleja en una bella imagen del profeta Oseas, que dice así: «Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer»

(Ez 11,4). El abrazo de un papá y de una mamá con su niño. Es muy expresiva esta imagen: Dios toma a cada uno de nosotros y nos alza hasta sus mejillas. Cuánta ternura contiene y cuánto amor manifiesta. Ternura: palabra casi olvidada y de la que hoy el mundo —todos nosotros— tenemos necesidad.

He pensado en esta palabra del Profeta cuando he visto el logo del Jubileo. Jesús no sólo lleva sobre sus espaldas a la humanidad, sino que además pega su mejilla a la de Adán,

hasta el punto que los dos rostros parecen fundirse en uno.

No tenemos un Dios que no sepa comprender y compadecerse de nuestras debilidades (cf. *Hb* 4, 15). Al contrario, precisamente en virtud de su misericordia, Dios se ha hecho uno de nosotros: «El Hijo de Dios con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con cada hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de

hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo, en todo semejantes a nosotros, excepto en el pecado» (*Gaudium et spes*, 22). Por lo tanto, en Jesús no sólo podemos tocar la misericordia del Padre, sino que somos impulsados a convertirnos nosotros mismos en instrumentos de misericordia. Puede ser fácil hablar de misericordia, mientras que es más difícil llegar a ser testigos de esa misericordia en lo concreto. Este es un camino

que dura toda la vida y no debe detenerse. Jesús nos dijo que debemos ser "misericordiosos como el Padre" (cf. Lc 6,36). Y esto toma toda la vida.

¡Cuántos rostros, entonces, tiene la misericordia de Dios!

Ésta se nos muestra como cercanía y ternura, pero en virtud de ello también como *compasión* y *comunicación* como *consolación* y *perdón*.

Quién más la recibe, más está llamado a ofrecerla, a comunicarla; no se puede tener escondida ni retenida sólo para sí mismo. Es algo que quema el

corazón y lo estimula a amar, porque reconoce el rostro de Jesucristo sobre todo en quien está más lejos, débil, solo, confundido y marginado. La misericordia no se detiene: sale a buscar la oveja perdida, y cuando la encuentra manifiesta una alegría contagiosa. La misericordia sabe mirar a los ojos de cada persona; cada una es preciosa para ella, porque cada una es única. Cuanto dolor sentimos en el corazón, al escuchar decir: "Esta gente... esta gente, esta pobre gente, echémosla fuera, dejémosla

dormir en la calle...". ¿Esto es de Jesús?

Queridos hermanos y hermanas, la misericordia nunca puede dejarnos tranquilos. Es el amor de Cristo que nos "inquieta" hasta que no hayamos alcanzado el objetivo; que nos empuja a abrazar y estrechar a nosotros, a involucrar, a quienes tienen necesidad de misericordia para permitir que todos sean reconciliados con el Padre (cf. 2 Co 5,14-20). No debemos tener miedo, es un amor que nos alcanza y envuelve hasta el

punto de ir más allá de nosotros mismos, para darnos la posibilidad de reconocer su rostro en los hermanos.

Dejémonos guiar dócilmente por este amor y llegaremos a ser misericordiosos como el Padre.

Hemos escuchado el Evangelio. Tomás era un testarudo. No había creído. Y ha encontrado la fe cuando ha tocado las llagas del Señor. Una fe que no es capaz de meterse en las llagas del Señor, no es fe. Una fe que no es capaz de ser misericordiosa, como son

signos de misericordia las llagas del Señor, no es fe: es idea, es ideología. Nuestra fe es encarnada en Dios que se ha hecho carne, que se ha hecho pecado, que ha sido herido por nosotros. Si queremos creer seriamente y tener la fe, debemos acercarnos y tocar aquellas llagas, acariciar aquellas llagas e incluso bajar la cabeza y dejar que los otros acaricien nuestras heridas. Que sea, pues, el Espíritu Santo quien guíe nuestros pasos: Él es el amor, él es la misericordia que se comunica a

nuestros corazones. No pongamos obstáculos a su acción vivificante, sino sigámoslo dócilmente por los caminos que nos indica.

Permanezcamos con el corazón abierto, para que el Espíritu pueda transformarlo; y así, perdonados, reconciliados, inmersos en las llagas del Señor, seamos testigos de la alegría que brota del encuentro con el Señor Resucitado, vivo entre nosotros.

[Bendición]

El otro día, hablando con los directivos de una asociación de

ayuda, de caridad, ha salido
está idea, y pensé: "la diré en
la Plaza, el sábado". Que bello
sería, que como un recuerdo,
digamos, un "monumento" de
este Año de la Misericordia,
haya en cada diócesis una obra
estructural de misericordia: un
hospital, una casa para
ancianos, para niños
abandonados, una escuela
donde no haya, una casa para
recuperar los toxicómanos...
Tantas cosas que se pueden
hacer... Sería hermoso que cada
diócesis pensara: ¿Qué
podemos dejar como recuerdo

vivo, como obra de misericordia
viva, como llaga de Jesús vivo
en este Año de la Misericordia?
Pensemos y hablémoslo con los
Obispos. Gracias.

3 de abril de 2016. Homilía del Santo Padre Francisco.

Jubileo de la divina misericordia.

Domingo.

«Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos» (Jn 20,30). El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del

Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo *un libro abierto*, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy. Lo podemos hacer realizando las obras de misericordia corporales y espirituales, que son *el estilo de vida del cristiano*. Por medio de

estos gestos sencillos y fuertes, a veces hasta invisibles, podemos visitar a los necesitados, llevándoles la ternura y el consuelo de Dios. Se sigue así aquello que cumplió Jesús en el día de Pascua, cuando derramó en los corazones de los discípulos temerosos la misericordia del Padre, exhaló sobre ellos el Espíritu Santo que perdona los pecados y da la alegría. Sin embargo, en el relato que hemos escuchado surge un contraste evidente: está el *miedo* de los discípulos que

cierran las puertas de la casa; por otro lado, *la misión* de parte de Jesús, que los envía al mundo a llevar el anuncio del perdón. Este contraste puede manifestarse también en nosotros, una lucha interior entre el corazón cerrado y la llamada del amor a abrir las puertas cerradas y a salir de nosotros mismos. Cristo, que por amor entró a través de las puertas cerradas del pecado, de la muerte y del infierno, desea entrar también en cada uno para abrir de par en par las puertas cerradas del corazón.

Él, que con la resurrección venció el miedo y el temor que nos aprisiona, quiere abrir nuestras puertas cerradas y enviarnos. El camino que el Maestro resucitado nos indica es de una sola vía, va en una única dirección: salir de nosotros mismos, salir para dar testimonio de la fuerza sanadora del amor que nos ha conquistado. Vemos ante nosotros una humanidad continuamente herida y temerosa, que tiene las cicatrices del dolor y de la incertidumbre. Ante el sufrido

grito de misericordia y de paz,
escuchamos hoy la invitación
esperanzadora que Jesús dirige
a cada uno de nosotros: «Como
el Padre me ha enviado, así
también os envío yo»
(*Jn 20,21*).

Toda enfermedad puede
encontrar en la misericordia de
Dios una ayuda eficaz. De
hecho, su misericordia no se
queda lejos: desea salir al
encuentro de todas las
pobrezas y liberar de tantas
formas de esclavitud que
afligen a nuestro mundo.
Quiere llegar a las heridas de

cada uno, para curarlas.

Ser apóstoles de

misericordia significa tocar y acariciar sus llagas, presentes también hoy en el cuerpo y en el alma de muchos hermanos y hermanas suyos. Al curar estas heridas, confesamos a Jesús, lo hacemos presente y vivo;

permitimos a otros que toquen su misericordia y que lo reconozcan como «Señor y Dios» (cf. *Jn 20,28*), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que se nos confía.

Muchas personas piden

ser escuchadas y comprendidas.

El Evangelio de la misericordia, para anunciarlo y escribirlo en la vida, busca personas con el corazón paciente y abierto, "buenos samaritanos" que conocen la compasión y el silencio ante el misterio del hermano y de la hermana; pide siervos generosos y alegres que aman gratuitamente sin pretender nada a cambio.

«Paz a vosotros» (*Jn 20,21*): es el saludo que Cristo trae a sus discípulos; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión

de algo malo: es *su* paz, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza. Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua.

Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

En el Salmo responsorial se ha proclamado: «Su amor es para siempre» (*Sal 117/118,2*). Es verdad, la misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este "*para siempre*" encontramos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos

seguros que Dios no nos abandona. Él permanece con nosotros *para siempre*. Le agradecemos su amor tan inmenso, que no podemos comprender: es tan grande. Pidamos la gracia de no cansarnos nunca de acudir a la misericordia del Padre y de llevarla al mundo; pidamos ser nosotros mismos misericordiosos, para difundir en todas partes la fuerza del Evangelio, para escribir aquellas paginas del Evangelio que el apóstol Juan no ha escrito.

3 de abril de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

En este día, que es como el corazón del Año Santo de la Misericordia, mi pensamiento se dirige a todas las poblaciones que tienen más sed de reconciliación y de paz. Pienso en particular en el drama, aquí en Europa, de quien sufre las consecuencias de la violencia en Ucrania: de los que permanecen en las tierras golpeadas por las

hostilidades que han causado ya varios miles de muertos, y de todos aquellos —más de un millón— que se vieron obligados a dejarlas por la grave situación que perdura. Los afectados son principalmente ancianos y niños. Además de acompañarlos con mi constante recuerdo y con mi oración, he sentido la necesidad de promover una ayuda humanitaria para ellos. Con esta finalidad se realizará una colecta especial en todas las iglesias católicas de Europa, el

próximo domingo 24 de abril. Invito a los fieles a unirse a esta iniciativa con una generosa contribución. Este gesto de caridad, además de aliviar los sufrimientos materiales, quiere expresar mi personal cercanía y solidaridad y la de toda la Iglesia. Deseo vivamente que esto pueda ayudar a promover sin posteriores atrasos la paz y el respeto del derecho en esa tierra tan probada. Y mientras rezamos por la paz, recordemos que mañana es la Jornada mundial contra las

minas antipersona. Demasiadas personas siguen siendo asesinadas o mutiladas por estas terribles armas, y hombres y mujeres valientes arriesgan su vida para desminar los terrenos.

¡Renovemos, por favor, el compromiso por un mundo sin minas!

Por último, envío mi saludo a todos los que habéis participado en esta celebración, en particular a los grupos que cultivan la espiritualidad de la Divina Misericordia.

Todos juntos nos dirigimos en

oración a nuestra Madre.

6 de abril de 2016. Audiencia general. ¡Jesús es la Misericordia!

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de haber reflexionado sobre la misericordia de Dios en el Antiguo Testamento, hoy comenzamos a meditar sobre cómo Jesús mismo la ha llevado a su realización plena. Una misericordia que Él ha expresado, realizado y comunicado siempre, en cada

momento de su vida terrena. Encontrando a las multitudes, anunciando el Evangelio, sanando a los enfermos, acercándose a los últimos, perdonando a los pecadores, Jesús hace visible un amor abierto a todos: inadie excluido! Abierto a todos, sin fronteras. Un amor puro, gratuito, absoluto. Un amor que alcanza su culmen en el Sacrificio de la cruz. Sí, el Evangelio es realmente el «Evangelio de la Misericordia» porque ¡Jesús es la Misericordia!

Los cuatro Evangelios dan testimonio de que Jesús, antes de iniciar su ministerio, quiso recibir el bautismo de Juan el Bautista (*Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22; Jn 1, 29-34*). Este acontecimiento imprime una orientación decisiva a toda la misión de Cristo. De hecho, Él no se ha presentado al mundo en el esplendor del templo: podía hacerlo. No se ha hecho anunciar por toques de trompetas: podía hacerlo. Y tampoco llegó vestido como un juez: podía hacerlo. En cambio, después de treinta años de vida

oculta en Nazaret, Jesús fue al río Jordán, junto a mucha gente de su pueblo, y se puso en la fila con los pecadores. No tuvo vergüenza: estaba allí con todos, con los pecadores, para bautizarse. Por tanto, desde el inicio de su ministerio, Él se ha manifestado como el Mesías que se hace cargo de la condición humana, movido por la solidaridad y la compasión. Como Él mismo afirma en la sinagoga de Nazaret identificándose con la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha

ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19). Todo cuanto Jesús ha cumplido después del bautismo ha sido la realización del programa inicial: llevar a todos el amor de Dios que salva. Jesús no ha traído el odio, no ha traído la enemistad: inos ha traído el amor! Un amor grande, un corazón abierto para todos,

¡para todos nosotros! ¡Un amor que salva!

Él se ha hecho prójimo de los últimos, comunicándoles la misericordia de Dios que es perdón, alegría y vida nueva. Jesús, el Hijo enviado por el Padre, ¡es realmente el inicio del tiempo de la misericordia para toda la humanidad! Los que estaban presentes en la orilla del Jordán no entendieron de inmediato la grandeza del gesto de Jesús. El mismo Juan el Bautista se sorprendió con su decisión (cf. *Mt 3, 14*). ¡Pero el Padre celestial no! Él hizo oír

su voz desde lo alto: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1, 11). De este modo el Padre confirma el camino que el Hijo ha iniciado como Mesías, mientras desciende sobre Él en forma de paloma el Espíritu Santo. Así, el corazón de Jesús late, por así decir, al unísono con el corazón del Padre y del Espíritu, mostrando a todos los hombres que la salvación es fruto de la misericordia de Dios.

Podemos contemplar aún más claramente el gran misterio de este amor *dirigiendo la mirada*

a Jesús crucificado. Cuando va a morir inocente por nosotros pecadores, Él suplica al Padre: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Es en la cruz que Jesús presenta a la misericordia del Padre el pecado del mundo: el pecado de todos, mis pecados, tus pecados, vuestros pecados. Allí, en la cruz, Él se los presenta al Padre. Y con el pecado del mundo todos los nuestros son eliminados. Nada ni nadie queda excluido de esta oración sacrificial de Jesús. Eso significa que no debemos temer

reconocernos y confesarnos pecadores. Cuántas veces decimos: «Pero, este es un pecador, este ha hecho eso y aquello...», y juzgamos a los demás. ¿Y tú? Cada uno de nosotros debería preguntarse: «Sí, ese es un pecador, ¿y yo?». Todos somos pecadores, pero todos somos perdonados: todos tenemos la responsabilidad de recibir este perdón que es la misericordia de Dios. Por tanto, no debemos temer reconocernos pecadores, confesarnos pecadores porque cada pecado ha sido llevado por

el Hijo a la cruz. Y cuando nosotros lo confesamos arrepentidos encomendándonos a Él, estamos seguros de ser perdonados. ¡El sacramento de la Reconciliación hace actual para cada uno la fuerza del perdón que brota de la Cruz y renueva en nuestra vida la gracia de la misericordia que Jesús nos ha adquirido! No debemos temer nuestras miserias: cada uno tiene las suyas. El poder del amor del Crucificado no conoce obstáculos y no se agota nunca. Y esta misericordia elimina

nuestras miserias.

Queridos hermanos, en este Año jubilar pidamos a Dios la gracia de hacer experiencia del poder del Evangelio: Evangelio de la misericordia que transforma, que hace entrar en el corazón de Dios, que nos hace capaces de perdonar y mirar al mundo con más bondad. Si acogemos el Evangelio del Crucificado Resucitado, toda nuestra vida es plasmada por la fuerza de su amor que renueva.

Saludos

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Acerquémonos al sacramento de la reconciliación que actualiza la fuerza del perdón que nace de la cruz y renueva en nosotros la gracia de la misericordia divina, haciéndonos capaces de amar y perdonar como el Señor nos amó y nos perdonó.

7 de abril de 2016. Discurso a una delegación del consejo metodista mundial.

Jueves.

Queridos hermanos y hermanas:

Os dirijo mi cordial saludo en este tiempo pascual, en el que celebramos la Resurrección del Señor que resplandece en el mundo. Agradezco las amables palabras que me habéis dirigido. Nos encontramos unidos en la fe que Jesús es el Señor y que Dios lo ha

resucitado de los muertos; esta fe bautismal nos hace verdaderamente hermanos y hermanas. Mi saludo se dirige también a las instituciones a las que representáis: el Consejo metodista mundial, el Consejo metodista europeo y la Iglesia metodista británica. He recibido con placer la noticia de la apertura de la Oficina ecuménica metodista en Roma. Esto es una señal de la intensificación de nuestras relaciones, y en particular de nuestro deseo común de superar los obstáculos que nos

impiden entrar en una plena comunión. Ruego al Señor que bendiga el trabajo de esta oficina: que pueda llegar a ser un lugar de encuentro fecundo entre metodistas y católicos, en el que cada vez más se pueda apreciar la fe de cada uno, ya sean grupos de peregrinos, personas que se preparan para el ministerio o responsables de sus comunidades; que también pueda llegar a ser un lugar donde se divulguen, celebren y lleven adelante los progresos realizados por nuestro diálogo teológico.

Han pasado casi cincuenta años desde que nuestra Comisión teológica conjunta comenzó sus trabajos. Más allá de las diferencias que se mantienen, el nuestro es un diálogo que, basado en el respeto y la fraternidad, enriquece a ambas comunidades. El documento que actualmente está en fase de preparación y que debería publicarse a finales de este año, es un claro ejemplo. A partir de la adhesión metodista a la Declaración común sobre la doctrina de la justificación, éste toma el tema «La llamada a la

santidad». Católicos y metodistas tienen mucho que aprender unos de otros sobre cómo entender la santidad y la manera de tratar de vivirla. Todos debemos hacer lo posible para que los miembros de nuestras respectivas parroquias se reúnan con frecuencia, se conozcan fomentando los intercambios y se animen recíprocamente a buscar al Señor y su gracia. Cuando leemos las Escrituras, ya sea solos o en grupo, pero siempre en un ambiente de oración, nos abrimos al amor del Padre, que

se nos da en su Hijo y en el Espíritu Santo. Incluso donde se mantienen divergencias entre nuestras comunidades, éstas pueden y deben convertirse en un estímulo para la reflexión y el diálogo. John Wesley, en su *Carta a un católico romano*, escribió que los católicos y metodistas están llamados a «ayudarse mutuamente en cualquier cosa... que conduzca al Reino». Que esta nueva declaración común pueda ser de aliento a los metodistas y católicos para ayudarse los unos a los otros

en la vida oración y en la devoción. En la misma carta, Wesley también escribía: «Si todavía no podemos pensar de la misma manera en todas las cosas, por lo menos podemos amar del mismo modo». Es cierto que aún no pensamos de la misma manera en todas las cosas, y que en las cuestiones relativas al ministerio ordenado y la ética queda mucho trabajo por hacer. Sin embargo, ninguna de estas diferencias representa un obstáculo que pueda impedirnos amar del mismo modo y dar un

testimonio común ante el mundo. Nuestra vida en la santidad debe incluir siempre un servicio de amor al mundo; católicos y metodistas deben trabajar juntos para dar testimonio concreto, en muchos campos, de su amor a Cristo. De hecho, cuando servimos juntos a los necesitados, nuestra comunión crece. En el mundo de hoy, herido por muchos males, es más necesario que nunca que como cristianos demos testimonio juntos con energía renovada de la luz de Pascua,

convirtiéndonos en un signo del amor de Dios, victorioso en la Resurrección de Jesús. Que este amor, incluso a través de nuestro servicio humilde y valiente, pueda llegar al corazón y la vida de muchos hermanos y hermanas que lo están esperando, aun sin saberlo. «¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor 15, 57).

10 de abril de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy narra la tercera aparición de Jesús resucitado a los discípulos a orillas del lago de Galilea, con la descripción de la pesca milagrosa (cf. *Jn 21, 1-19*). El relato se sitúa en el marco de la vida cotidiana de los discípulos, que habían regresado a su tierra y a su

trabajo de pescadores, después de los días tremendos de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Era difícil para ellos comprender lo que había sucedido. Pero, mientras que todo parecía haber acabado, Jesús va nuevamente a «buscar» a sus discípulos. Es Él quien va a buscarlos. Esta vez los encuentra junto al lago, donde ellos habían pasado la noche en las barcas sin pescar nada. Las redes vacías se presentan, en cierto sentido, como el balance de su experiencia con Jesús: lo

habían conocido, habían dejado todo por seguirlo, llenos de esperanza... ¿y ahora? Sí, lo habían visto resucitado, pero luego pensaban: «Se marchó y nos ha dejado... Ha sido como un sueño...».

He aquí que al amanecer Jesús se presenta en la orilla del lago; pero ellos no lo reconocen (cf. *Jn 21, 4*). A estos pescadores, cansados y decepcionados, el Señor les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis» (*Jn 21, 6*). Los discípulos confiaron en Jesús y

el resultado fue una pesca increíblemente abundante. Es así que Juan se dirige a Pedro y dice: «Es el Señor» (*Jn 21, 7*). E inmediatamente Pedro se lanzó al agua y nadó hacia la orilla, hacia Jesús. En aquella exclamación: «¡Es el Señor!», está todo el entusiasmo de la fe pascual, llena de alegría y de asombro, que se opone con fuerza a la confusión, al desaliento, al sentido de impotencia que se había acumulado en el ánimo de los discípulos. La presencia de Jesús resucitado transforma

todas las cosas: la oscuridad es vencida por la luz, el trabajo inútil es nuevamente fructuoso y prometedor, el sentido de cansancio y de abandono deja espacio a un nuevo impulso y a la certeza de que Él está con nosotros.

Desde entonces, estos mismos sentimientos animan a la Iglesia, la Comunidad del Resucitado. ¡Todos nosotros somos la comunidad del Resucitado! Si a una mirada superficial puede parecer, en algunas ocasiones, que el poder lo tienen las tinieblas del mal y

el cansancio de la vida cotidiana, la Iglesia sabe con certeza que en quienes siguen al Señor Jesús resplandece ya imperecedera la luz de la Pascua. El gran anuncio de la Resurrección infunde en el corazón de los creyentes una íntima alegría y una esperanza invencibles. ¡Cristo ha verdaderamente resucitado! También hoy la Iglesia sigue haciendo resonar este anuncio gozoso: la alegría y la esperanza siguen reflejándose en los corazones, en los rostros, en los gestos, en las

palabras. Todos nosotros cristianos estamos llamados a comunicar este mensaje de resurrección a quienes encontramos, especialmente a quien sufre, a quien está solo, a quien se encuentra en condiciones precarias, a los enfermos, los refugiados, los marginados. A todos hagamos llegar un rayo de la luz de Cristo resucitado, un signo de su poder misericordioso. Que Él, el Señor, renueve también en nosotros la fe pascual. Que nos haga cada vez más conscientes de nuestra

misión al servicio del Evangelio y de los hermanos; nos colme de su Santo Espíritu para que, sostenidos por la intercesión de María, con toda la Iglesia podamos proclamare la grandeza de su amor y la riqueza de su misericordia.

Después del Regina Coeli.

Queridos hermanos y hermanas:

En la esperanza que nos dona Cristo resucitado, renuevo mi llamamiento para la liberación de todas las personas secuestradas en zonas de conflicto armado; en particular

deseo recordar al sacerdote salesiano Tom Uzhunnalil, secuestrado en Aden, en Yemen, el pasado 4 de marzo. Hoy en Italia se celebra la Jornada nacional para la Universidad católica del Sagrado Corazón, que tiene por tema «En la Italia de mañana estaré yo». Deseo que esta gran Universidad, que continúa haciendo un importante servicio a la juventud italiana, pueda proseguir con renovado compromiso su misión formativa, actualizándola cada vez más a las exigencias

actuales.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos procedentes de Italia y de diversas partes del mundo. Y también un saludo a los que están haciendo el maratón. En particular, a los fieles de Gandosso, Golfo Aranci, Mede Lomellina, Cernobbio, Macerata Campania, Porto Azzurro, Maleo y Sasso Marconi, con un recuerdo especial para los que se preparan para la confirmación de Campobasso, Marzocca y Montignano. Doy las gracias por su

presencia a los coros parroquiales, algunos de ellos han prestado servicio en estos días en la basílica de San Pedro. ¡Muchas gracias!

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

13 de abril de 2016. Audiencia general. ¡Jesús se presenta como un buen médico!

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hemos escuchado el Evangelio de la llamada de Mateo. Mateo era un «publicano», es decir un recaudador de impuestos para el imperio romano, y por esto, considerado un pecador público. Pero Jesús lo llama a seguirlo y a convertirse en su discípulo. Mateo acepta, y lo

invita a cena en su casa junto a los discípulos. Entonces surge una discusión entre los fariseos y los discípulos de Jesús por el hecho de que ellos comparten la mesa con los publicanos y los pecadores: «¡Pero tú no puedes ir a la casa de estas personas!», decían ellos. Jesús, de hecho, no los aleja, más bien los frecuenta en sus casas y se sienta al lado de ellos; esto significa que también ellos pueden convertirse en sus discípulos. Y además es verdad que ser cristiano no nos hace impecables. Como el publicano

Mateo, cada uno de nosotros se encomienda a la gracia del Señor, a pesar de los propios pecados.

Todos somos pecadores, todos hemos pecado. Llamando a Mateo, Jesús muestra a los pecadores que no mira su pasado, la condición social, las convenciones exteriores, sino que más bien les abre un futuro nuevo. Una vez escuché un dicho bonito: «No hay santo sin pasado y no hay pecador sin futuro». Esto es lo que hace Jesús. No hay santo sin pasado, ni pecador sin futuro. Basta

responder a la invitación con el corazón humilde y sincero.

La Iglesia no es una comunidad de perfectos, sino de discípulos en camino, que siguen al Señor porque se reconocen pecadores y necesitados de su perdón. La vida cristiana, entonces, es escuela de humildad que nos abre a la gracia.

Un comportamiento así no es comprendido por quien tiene la presunción de creerse «justo» y de creerse mejor que los demás.

Soberbia y orgullo no permiten reconocerse necesitados de

salvación, más bien, impiden ver el rostro misericordioso de Dios y de actuar con misericordia. Son un muro. La soberbia y el orgullo son un muro que impide la relación con Dios.

Y, sin embargo, la misión de Jesús es precisamente ésta: venir en busca de cada uno de nosotros, para sanar nuestras heridas y llamarnos a seguirlo con amor. Lo dice claramente: «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal» (*Mt 9,12*). ¡Jesús se presenta como un buen

médico! Él anuncia el Reino de Dios, y los signos de su venida son evidentes: Él cura de las enfermedades, libera del miedo, de la muerte y del demonio. Frente a Jesús ningún pecador es excluido —ningún pecador es excluido— porque el poder sanador de Dios no conoce enfermedades que no puedan ser curadas; y esto nos debe dar confianza y abrir nuestro corazón al Señor para que venga y nos sane.

Llamando a los pecadores a su mesa, Él los cura restableciéndolos en aquella

vocación que ellos creían perdida y que los fariseos han olvidado: la de los invitados al banquete de Dios. Según la profecía de Isaías: «Hará Yahveh Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados. Se dirá aquel día: Ahí tenéis a nuestro Dios: esperamos que nos salve; éste es Yahveh en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación» (*Is 25, 6-9*).

Si los fariseos ven en los invitados sólo pecadores y rechazan sentarse con ellos, Jesús por el contrario les recuerda que también ellos son comensales de Dios.

De este modo, sentarse en la mesa con Jesús significa ser transformados y salvados por Él. En la comunidad cristiana la mesa de Jesús es doble: está la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía (cf. *Dei Verbum*, 21). Son estas las medicinas con las cuales el Médico Divino nos cura y nos nutre. Con la primera —la

Palabra— Él se revela y nos invita a un diálogo entre amigos. Jesús no tenía miedo de dialogar con los pecadores, los publicanos, las prostitutas... ¡Él no tenía miedo: amaba a todos! Su Palabra penetra en nosotros y, como un bisturí, actúa en profundidad para liberarnos del mal que se anida en nuestra vida.

A veces esta Palabra es dolorosa porque incide sobre hipocresías, desenmascara las falsas excusas, pone al descubierto las verdades escondidas; pero al mismo

tiempo ilumina y purifica, da fuerza y esperanza, es un reconstituyente valioso en nuestro camino de fe. La Eucaristía, por su parte, nos nutre de la vida misma de Jesús y, como un remedio muy potente, de modo misterioso renueva continuamente la gracia de nuestro Bautismo. Acercándonos a la Eucaristía nosotros nos nutrimos del Cuerpo y la Sangre de Jesús, y sin embargo, viniendo a nosotros, ¡es Jesús que nos une a su Cuerpo!

Concluyendo ese diálogo con

los fariseos, Jesús les recuerda una palabra del profeta Oseas (Os 6, 6): «Id, pues, a aprender qué significa aquello de: *misericordia quiero, que no sacrificio*» (Mt 9, 13).

Dirigiéndose al pueblo de Israel el profeta lo reprendía porque las oraciones que elevaba eran palabras vacías e incoherentes. A pesar de la alianza de Dios y la misericordia, el pueblo vivía frecuentemente con una religiosidad «de fachada», sin vivir en profundidad el mandamiento del Señor. Es por eso que el profeta insiste:

«misericordia quiero», es decir la lealtad de un corazón que reconoce los propios pecados, que se arrepiente y vuelve a ser fiel a la alianza con Dios. «Y no sacrificio»: ¡sin un corazón arrepentido cada acción religiosa es ineficaz! Jesús aplica esta frase profética también a las relaciones humanas: aquellos fariseos eran muy religiosos en la forma, pero no estaban dispuestos a compartir la mesa con los publicanos y los pecadores; no reconocían la posibilidad de un

arrepentimiento y, por eso, de una curación; no colocan en primer lugar la misericordia: aun siendo fieles custodios de la Ley, idemostraban no conocer el corazón de Dios! Es como si a ti te regalaran un paquete, donde dentro hay un regalo y tú, en lugar de ir a buscar el regalo, miras sólo el papel que lo envuelve: sólo las apariencias, la forma, y no el núcleo de la gracia, idel regalo que es dado!

Queridos hermanos y hermanas, todos nosotros estamos invitados a la mesa del

Señor. Hagamos nuestra la invitación de sentarnos al lado de Él junto a sus discípulos. Aprendamos a mirar con misericordia y a reconocer en cada uno de ellos un comensal nuestro. Somos todos discípulos que tienen necesidad de experimentar y vivir la palabra consoladora de Jesús. Tenemos todos necesidad de nutrirnos de la misericordia de Dios, porque es de esta fuente que brota nuestra salvación. ¡Gracias!

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española,

en particular a los grupos
provenientes de España y
Latinoamérica. Que el Señor
Jesús nos alcance la gracia de
mirar siempre a los demás con
benevolencia y a reconocerlos
como invitados a la mesa del
Señor, porque todos, sin
excepción, tenemos necesidad
de experimentar y de nutrirnos
de su misericordia, que es
fuente de la que brota nuestra
salvación. Muchas gracias.

16 de abril de 2016. Palabras del Papa en el vuelo de ida a Lesbos (Grecia)

Sábado.

Padre Lombardi

Santo Padre, sea bienvenido entre nosotros. Le presento nuestros mejores votos por el éxito de este viaje tan difícil, en el que lo acompañaremos, esperando prestar un buen servicio para que su mensaje y su gesto sean bien entendidos por el mundo entero. Somos alrededor de 50. Como es

habitual, representamos un poco a los diversos países, continentes, lenguas y medios de comunicación. Y hemos logrado armar este grupo en pocos días. Esto quiere decir que siempre hay gran atención, deseo y disponibilidad de acompañarlo. No sé si quiere dirigirnos unas pocas palabras al comienzo de este viaje...

Santo Padre

Antes que nada, ¡buenos días! Les deseo un buen día. Les agradezco su compañía. Este es un viaje un poco diferente de los demás. En los viajes

apostólicos vamos a hacer muchas cosas: a ver a la gente, a hablarle... y también la alegría de encontrarla. Éste, en cambio, es un viaje marcado por la tristeza. Esto es importante. Se trata de un viaje triste. Vamos a encontrarnos con la catástrofe humanitaria más grande después de aquella de la Segunda Guerra Mundial. Vamos –y nos daremos cuenta– a encontrar a mucha gente que sufre, que no sabe a dónde ir, que ha tenido que huir. Y vamos también a un

cementerio: el mar. Allí, mucha gente se ha ahogado. No lo digo para amargarlos. No, no es por amargura, sino para que su trabajo del día de hoy pueda transmitir a sus medios de comunicación el estado de ánimo con el que hago este viaje. Gracias por acompañarme. Muchas gracias. Una última cosa. Quisiera recordarles que hoy el Papa Benedicto cumple 89 años. Una oración por él.

16 de abril de 2016. Visita a los refugiados.

Discursos de su beatitud Ieronymos, arzobispo de Atenas y de toda Grecia, de su santidad Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla y del Santo Padre Francisco.

Campo de refugiados de Moria, Lesbos.

Sábado.

**Su Beatitud Ieronymos,
arzobispo de Atenas y de**

toda Grecia.

Con gran alegría recibo hoy en Lesbos al responsable de la Iglesia católica romana, el Papa Francisco.

Consideramos fundamental su presencia en el territorio de la Iglesia de Grecia. Fundamental, porque juntos traemos ante el mundo, cristiano y no sólo, la actual tragedia de la crisis de refugiados.

Agradezco de corazón a Su Santidad y a mi amado hermano en Cristo, el patriarca ecuménico Bartolomé, que nos

bendice con su presencia como primero de la Ortodoxia, uniéndose con su oración, para que la voz de las Iglesias pueda ser más fuerte y oída en todos los rincones del mundo civilizado.

Hoy unimos nuestras voces para condenar el desarraigo, para denunciar todas las formas de degradación de la persona humana.

Desde esta isla de Lesbos espero que comience un movimiento mundial de conciencia, para que quienes tienen en su mano el destino

de las naciones cambien el rumbo actual y a cada hogar, a cada familia, a cada ciudadano se les restituya la paz y la seguridad.

Lamentablemente, no es la primera vez que denunciamos las políticas que han conducido a estas personas a la actual situación de estancamiento.

Sin embargo perseveraremos hasta que no terminen la aberración y la degradación de la persona humana. No hace falta decir muchas palabras. Sólo quien ve los ojos de los niños que encontramos en los

campos de refugiados es capaz de reconocer de inmediato, en su totalidad, la «bancarrota» de la humanidad y la solidaridad mostrada por Europa en los últimos años a estas personas, y no sólo a ellos.

Estoy orgulloso de los griegos que, a pesar de atravesar sus propias dificultades, están ayudando a los refugiados a hacer un poco menos pesado su calvario, a hacer un poco menos arduo su camino cuesta arriba.

La Iglesia de Grecia, y yo mismo, lloramos por las

muchas almas perdidas en el Egeo.

Ya hemos hecho mucho y seguimos haciéndolo, cuanto nos permiten nuestras capacidades, para gestionar esta crisis de los refugiados.

Me gustaría concluir mi discurso con una petición, solamente una invitación, una sola provocación: que las agencias de las Naciones Unidas, utilicen finalmente su gran experiencia y afronten esta trágica situación que estamos viviendo.

Espero que nunca más se vean

niños arrastrados por las olas hasta las costas del mar Egeo. Espero verles pronto, sin preocupaciones, disfrutando de la vida.

Su Santidad Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla.

Queridos hermanos y hermanas, amados jóvenes y niños, hemos venido aquí para miraros a los ojos, escuchar vuestra voz y tomaros la mano. Hemos venido aquí para deciros que a nosotros nos importáis.

Hemos venido aquí porque el mundo no os ha olvidado. Junto con nuestros hermanos, el Papa Francisco y el arzobispo Jerónimo, estamos hoy aquí para expresar nuestra solidaridad y nuestro apoyo al pueblo griego que os ha acogido y se ha preocupado por vosotros. Y estamos aquí para recordaros que —incluso cuando la gente os da la espalda— a pesar de todo «Dios es para nosotros refugio y fortaleza, un socorro en la angustia siempre a punto. Por eso no tememos» (*Salmo 45,*

2-3).

Sabemos que venís de zonas de guerra, de hambre y sufrimiento. Sabemos que vuestro corazón está lleno de preocupación por vuestras familias. Sabemos que buscáis un futuro más seguro y luminoso.

Hemos llorado viendo el mar Mediterráneo convertirse en un cementerio para vuestros seres queridos. Hemos llorado viendo la compasión y la sensibilidad de la gente de Lesbos y de otras islas. No obstante, también hemos llorado viendo

la dureza de corazón de
nuestros hermanos y hermanas
—vuestros hermanos y
hermanas— que han cerrado
las fronteras y han mirado para
otro lado.

Quien tiene miedo de vosotros
no os ha mirado a los ojos.

Quien tiene miedo de vosotros
no ha visto vuestros rostros.

Quien tiene miedo no ve a
vuestros hijos. Olvida que la
dignidad y la libertad
trascienden el miedo y la
división. Olvida que la
migración no es un problema
de Oriente Medio y del norte de

África, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo. El mundo será juzgado por la forma en la que os haya tratado. Y todos seremos responsables del modo de responder a la crisis y al conflicto en las regiones de las que procedéis. El Mediterráneo no debería ser una tumba. Es un lugar de vida, un cruce de culturas y civilizaciones, un lugar de intercambio y de diálogo. Con el fin de descubrir su vocación original, el *mare nostrum*, y más particularmente el mar Egeo,

donde estamos reunidos hoy, tiene que convertirse en un mar de paz.

Recemos para que los conflictos en Oriente Medio, que son la base de la crisis migratoria, cesen pronto y se restablezca la paz. Recemos por todas las personas de esta región. En particular, nos gustaría evidenciar la dramática situación de los cristianos en Oriente Medio, así como la de las demás minorías étnicas y religiosas en la región, que requieren una acción urgente si no queremos verlas

desaparecer.

Prometemos que nunca os olvidaremos. Nunca vamos a dejar de hablar por vosotros. Y os aseguramos que haremos todo lo posible para abrir los ojos y los corazones del mundo. La paz no es el fin de la historia. La paz es el inicio de una historia ligada al futuro. Europa debería saber esto mejor que cualquier otro continente. Esta hermosa isla, donde nos encontramos ahora, es sólo un punto en el mapa. Para domar el viento y el mar agitado Jesús, según Lucas,

ordenó al viento que cesase justo cuando la barca en el que estaban él y sus discípulos estaba en peligro. Luego la calma siguió a la tormenta. Dios os bendiga. Dios os guarde. Y Dios os fortalezca.

Su Santidad el Papa Francisco.

Queridos hermanos y hermanas
He querido estar hoy con vosotros. Quiero decir que no estáis solos. En estas semanas y meses, habéis sufrido mucho en vuestra búsqueda de una vida mejor. Muchos de vosotros

os habéis visto obligados a huir de situaciones de conflicto y persecución, sobre todo por el bien de vuestros hijos, por vuestros pequeños. Habéis hecho grandes sacrificios por vuestras familias. Conocéis el sufrimiento de dejar todo lo que amáis y, quizás lo más difícil, no saber qué os deparará el futuro. Son muchos los que como vosotros aguardan en campos o ciudades, con la esperanza de construir una nueva vida en este Continente. He venido aquí con mis

hermanos, el Patriarca Bartolomé y el Arzobispo Ieronymos, sencillamente para estar con vosotros y escuchar vuestras historias. Hemos venido para atraer la atención del mundo ante esta grave crisis humanitaria y para implorar la solución de la misma. Como hombres de fe, deseamos unir nuestras voces para hablar abiertamente en vuestro nombre. Esperamos que el mundo preste atención a estas situaciones de necesidad trágica y verdaderamente desesperadas, y responda de

un modo digno de nuestra humanidad común.

Dios creó la humanidad para ser una familia; cuando uno de nuestros hermanos y hermanas sufre, todos estamos afectados. Todos sabemos por experiencia con qué facilidad algunos ignoran los sufrimientos de los demás o, incluso, llegan a aprovecharse de su vulnerabilidad. Pero también somos conscientes de que estas crisis pueden despertar lo mejor de nosotros. Lo habéis comprobado con vosotros mismos y con el pueblo griego,

que ha respondido generosamente a vuestras necesidades a pesar de sus propias dificultades. También lo habéis visto en muchas personas, especialmente en los jóvenes provenientes de toda Europa y del mundo que han venido para ayudaros. Sí, todavía queda mucho por hacer. Pero demos gracias a Dios porque nunca nos deja solos en nuestro sufrimiento. Siempre hay alguien que puede extender la mano para ayudarnos. Este es el mensaje que os

quiero dejar hoy: ¡No perdáis la esperanza! El mayor don que nos podemos ofrecer es el amor: una mirada misericordiosa, la solicitud para escucharnos y entendernos, una palabra de aliento, una oración. Ojalá que podáis intercambiar mutuamente este don. A nosotros, los cristianos, nos gusta contar el episodio del Buen Samaritano, un forastero que vio un hombre en necesidad e inmediatamente se detuvo para ayudarlo. Para nosotros, es una parábola sobre la misericordia de Dios, que se

ofrece a todos, porque Dios es «todo misericordia». Es también una llamada para mostrar esa misma misericordia a los necesitados. Ojalá que todos nuestros hermanos y hermanas en este Continente, como el Buen Samaritano, vengan a ayudarnos con aquel espíritu de fraternidad, solidaridad y respeto por la dignidad humana, que los ha distinguido a lo largo de la historia.

Queridos hermanos y hermanas, que Dios os bendiga a todos y, de modo especial, a

vuestros hijos, a los ancianos y aquellos que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Os abrazo a todos con afecto. Sobre vosotros y quienes os acompañan, invoco los dones divinos de fortaleza y paz.

16 de abril de 2016.

Declaración conjunta de Su Santidad Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla, de su Beatitud Ieronymos, arzobispo de Atenas y de toda Grecia y del Santo Padre Francisco.

Campo de refugiados de Moria, Lesbos.

Sábado.

Nosotros, el Papa Francisco, el Patriarca Ecuménico Bartolomé y el Arzobispo de Atenas y de

Toda Grecia Ieronymos, nos hemos encontrado en la isla griega de Lesbos para manifestar nuestra profunda preocupación por la situación trágica de los numerosos refugiados, emigrantes y demandantes de asilo, que han llegado a Europa huyendo de situaciones de conflicto y, en muchos casos, de amenazas diarias a su supervivencia. La opinión mundial no puede ignorar la colosal crisis humanitaria originada por la propagación de la violencia y del conflicto armado, por la

persecución y el desplazamiento de minorías religiosas y étnicas, como también por despojar a familias de sus hogares, violando su dignidad humana, sus libertades y derechos humanos fundamentales.

La tragedia de la emigración y del desplazamiento forzado afecta a millones de personas, y es fundamentalmente una crisis humanitaria, que requiere una respuesta de solidaridad, compasión, generosidad y un inmediato compromiso efectivo de

recursos. Desde Lesbos, nosotros hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que responda con valentía, afrontando esta crisis humanitaria masiva y sus causas subyacentes, a través de iniciativas diplomáticas, políticas y de beneficencia, como también a través de esfuerzos coordinados entre Oriente Medio y Europa. Como responsables de nuestras respectivas Iglesias, estamos unidos en el deseo por la paz y en la disposición para promover

la resolución de los conflictos a través del dialogo y la reconciliación. Mientras reconocemos los esfuerzos que ya han sido realizados para ayudar y auxiliar a los refugiados, los emigrantes y a los que buscan asilo, pedimos a todos los líderes políticos que empleen todos los medios para asegurar que las personas y las comunidades, incluidos los cristianos, permanezcan en su patria y gocen del derecho fundamental de vivir en paz y seguridad. Es necesario urgentemente un consenso

internacional más amplio y un programa de asistencia para sostener el estado de derecho, para defender los derechos humanos fundamentales en esta situación que se ha hecho insostenible, para proteger las minorías, combatir la trata y el contrabando de personas, eliminar las rutas inseguras, como las que van a través del mar Egeo y de todo el Mediterráneo, y para impulsar procesos seguros de reasentamiento. De este modo podremos asistir a aquellas naciones que están

involucradas directamente en auxiliar las necesidades de tantos hermanos y hermanas que sufren. Manifestamos particularmente nuestra solidaridad con el pueblo griego que, a pesar de sus propias dificultades económicas, ha respondido con generosidad a esta crisis.

Juntos imploramos firmemente por fin de la guerra y la violencia en Medio Oriente, una paz justa y duradera, así como el regreso digno de quienes fueron forzados a abandonar sus hogares. Pedimos a las

comunidades religiosas que incrementen sus esfuerzos para recibir, asistir y proteger a los refugiados de todas las confesiones religiosas, y que los servicios de asistencia civil y religiosa trabajen para coordinar sus esfuerzos. Hasta que dure la situación de necesidad, pedimos a todos los países que extiendan el asilo temporal, ofrezcan el estado de refugiados a quienes son idóneos, incrementen las iniciativas de ayuda y trabajen con todos los hombres y mujeres de buena voluntad por

un final rápido de los conflictos actuales.

Europa se enfrenta hoy a una de las más graves crisis humanitarias desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Para afrontar este desafío serio, hacemos un llamamiento a todos los discípulos de Cristo para que recuerden las palabras del Señor, con las que un día seremos juzgados:

«Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis,

enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme... Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,35-36.40*).

Por nuestra parte, siguiendo la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, decidimos con firmeza y con todo el corazón de intensificar nuestros esfuerzos para promover la unidad plena de todos los cristianos. Reiteramos nuestra convicción de que «la reconciliación (entre los cristianos) significa promover la

justicia social en todos los pueblos y entre ellos... Juntos queremos contribuir a que los emigrantes, los refugiados y los demandantes de asilo se vean acogidos con dignidad en Europa» (*Charta Oecumenica*, 2001). Deseamos cumplir la misión de servicio de las Iglesias en el mundo, defendiendo los derechos fundamentales de los refugiados, de los que buscan asilo político y los emigrantes, como también de muchos marginados de nuestra sociedad.

Nuestro encuentro de hoy se propone contribuir a infundir ánimo y dar esperanza a quien busca refugio y a todos aquellos que los reciben y asisten. Nosotros instamos a la comunidad internacional para que la protección de vidas humanas sea una prioridad y que, a todos los niveles, se apoyen políticas de inclusión, que se extiendan a todas las comunidades religiosas. La situación terrible de quienes sufren por la crisis humanitaria actual, incluyendo a muchos de nuestros hermanos y hermanas

cristianos, nos pide nuestra
oración constante.

Lesbos, 16 de abril de 2016.

Ieronymos II

Francisco

Bartolomé I

16 de abril de 2016. Encuentro con la población y con la comunidad católica. Memoria de las víctimas de las migraciones.

Puesto de la Guardia Costera.

Sábado.

*Señor Jefe de Gobierno,
Distinguidas Autoridades
Queridos hermanos y
hermanas:*

Desde que Lesbos se ha convertido en un lugar de llegada para muchos

emigrantes en busca de paz y dignidad, he tenido el deseo de venir aquí. Hoy, agradezco a Dios que me lo haya concedido. Y agradezco al Presidente Paulopoulos haberme invitado, junto al Patriarca Bartolomé y al Arzobispo Ieronymos.

Quisiera expresar mi admiración por el pueblo griego que, a pesar de las graves dificultades que tiene que afrontar, ha sabido mantener abierto su corazón y sus puertas. Muchas personas sencillas han ofrecido lo poco que tenían para compartirlo

con los que carecían de todo. Dios recompensará esta generosidad, así como la de otras naciones vecinas, que desde el primer momento han acogido con gran disponibilidad a muchos emigrantes forzados. Es también una bendición la presencia generosa de tantos voluntarios y de numerosas asociaciones, las cuales, junto con las distintas instituciones públicas, han llevado y están llevando su ayuda, manifestando de una manera concreta su fraterna cercanía. Quisiera renovar hoy el

vehemente llamamiento a la responsabilidad y a la solidaridad frente a una situación tan dramática.

Muchos de los refugiados que se encuentran en esta isla y en otras partes de Grecia están viviendo en unas condiciones críticas, en un clima de ansiedad y de miedo, a veces de desesperación, por las dificultades materiales y la incertidumbre del futuro.

La preocupación de las instituciones y de la gente, tanto aquí en Grecia como en otros países de Europa, es

comprensible y legítima. Sin embargo, no debemos olvidar que los emigrantes, antes que números son personas, son rostros, nombres, historias. Europa es la patria de los derechos humanos, y cualquiera que ponga pie en suelo europeo debería poder experimentarlo. Así será más consciente de deberlos a su vez respetar y defender. Por desgracia, algunos, entre ellos muchos niños, no han conseguido ni siquiera llegar: han perdido la vida en el mar, víctimas de un viaje inhumano

y sometidos a las vejaciones de verdugos infames.

Vosotros, habitantes de Lesbos, demostráis que en estas tierras, cuna de la civilización, sigue latiendo el corazón de una humanidad que sabe reconocer por encima de todo al hermano y a la hermana, una humanidad que quiere construir puentes y rechaza la ilusión de levantar muros con el fin de sentirse más seguros. En efecto, las barreras crean división, en lugar de ayudar al verdadero progreso de los pueblos, y las divisiones, antes

o después, provocan enfrentamientos.

Para ser realmente solidarios con quien se ve obligado a huir de su propia tierra, hay que esforzarse en eliminar las causas de esta dramática realidad: no basta con limitarse a salir al paso de la emergencia del momento, sino que hay que desarrollar políticas de gran alcance, no unilaterales. En primer lugar, es necesario construir la paz allí donde la guerra ha traído muerte y destrucción, e impedir que este cáncer se propague a otras

partes. Para ello, hay que oponerse firmemente a la proliferación y al tráfico de armas, y sus tramas a menudo ocultas; hay que dejar sin apoyos a todos los que conciben proyectos de odio y de violencia. Por el contrario, se debe promover sin descanso la colaboración entre los países, las organizaciones internacionales y las instituciones humanitarias, no aislando sino sosteniendo a los que afrontan la emergencia. En esta perspectiva, renuevo mi esperanza de que tenga éxito

la primera Cumbre Humanitaria Mundial, que tendrá lugar en Estambul el próximo mes. Todo esto sólo se puede hacer juntos: juntos se pueden y se deben buscar soluciones dignas del hombre a la compleja cuestión de los refugiados. Y para ello es también indispensable la aportación de las Iglesias y Comunidades religiosas. Mi presencia aquí, junto con el Patriarca Bartolomé y el Arzobispo Hieronymos, es un testimonio de nuestra voluntad de seguir cooperando para que este

desafío crucial se convierta en una ocasión, no de confrontación, sino de crecimiento de la civilización del amor.

Queridos hermanos y hermanas, ante las tragedias que golpean a la humanidad, Dios no es indiferente, no está lejos. Él es nuestro Padre, que nos sostiene en la construcción del bien y en el rechazo al mal. No sólo nos apoya, sino que, en Jesús, nos ha indicado el camino de la paz. Frente al mal del mundo, él se hizo nuestro servidor, y con su servicio de

amor ha salvado al mundo.
Esta es la verdadera fuerza que genera la paz. Sólo el que sirve con amor construye la paz. El servicio nos hace salir de nosotros mismos para cuidar a los demás, no deja que las personas y las cosas se destruyan, sino que sabe protegerlas, superando la dura costra de la indiferencia que nubla la mente y el corazón. Gracias a vosotros, porque sois los custodios de la humanidad, porque os hacéis cargo con ternura de la carne de Cristo, que sufre en el más pequeño

de los hermanos, hambriento y forastero, y que vosotros habéis acogido (cf. *Mt 25,35*).
Συχαριστώ!

Memoria de las víctimas de las migraciones.

Oración.

Su Santidad el Papa Francisco.

Dios de Misericordia,
te pedimos por todos los
hombres, mujeres y niños
que han muerto después de
haber dejado su tierra,
buscando una vida mejor.

Aunque muchas de sus tumbas
no tienen nombre,
para ti cada uno es conocido,
amado y predilecto.

Que jamás los olvidemos,
sino que honremos su sacrificio
con obras más que con
palabras.

Te confiamos a quienes han
realizado este viaje,
afrontando el miedo, la
incertidumbre y la humillación,
para alcanzar un lugar de
seguridad y de esperanza.

Así como tú no abandonaste a
tu Hijo
cuando José y María lo llevaron

a un lugar seguro,
muéstrate cercano a estos hijos
tuyos

a través de nuestra ternura y
protección.

Haz que, con nuestra atención
hacia ellos,

promovamos un mundo en el
que nadie se vea forzado a

dejar su propia casa

y todos puedan vivir en

libertad, dignidad y paz.

Dios de misericordia y Padre de
todos,

despiértanos del sopor de la
indiferencia,

abre nuestros ojos a sus

sufrimientos
y líbranos de la insensibilidad,
fruto del bienestar mundano
y del encerrarnos en nosotros
mismos.

Ilumina a todos, a las naciones,
comunidades y a cada uno de
nosotros,
para que reconozcamos como
nuestros hermanos y
hermanas
a quienes llegan a nuestras
costas.

Ayúdanos a compartir con ellos
las bendiciones
que hemos recibido de tus
manos y a reconocer que

juntos,
como una única familia
humana,
somos todos emigrantes,
viajeros de esperanza hacia ti,
que eres nuestra verdadera
casa,
allí donde toda lágrima será
enjugada,
donde estaremos en la paz y
seguros en tu abrazo.

**Su Beatitud Ieronymos,
arzobispo de Atenas y de
toda Grecia.**

Ο Θεός των πνευμάτων και

πάσης σαρκός, ο τον θάνατον
καταπατήσας, τον δε
διάβολον καταργήσας, και ζωήν
τω κόσμω σου
δωρησάμενος, αυτός, Κύριε,
ανάπαυσον τας ψυχάς των
κεκοιμημένων δούλων σου, εν
τόπω φωτεινώ, εν τόπω
χλοερώ, εν τόπω αναψύξεως,
ένθα απέδρα οδύνη, λύπη και
στεναγμός. Παν αμάρτημα το
παρ' αυτώνπραχθέν εν λόγω ή
έργω ή διανοία, ως αγαθός και
φιλόανθρωπος Θεός,
συγχώρησον ότι ουκ έστιν
άνθρωπος, ος ζήσεται και ουχ
αμαρτήσει, συ γαρ μόνος εκτός

αμαρτίας υπάρχουν, η δικαιοσύνη σου δικαιοσύνη εις τον αιώνα, και ο νόμος σου αλήθεια.

Ὅτι συ εἶ η ἀνάστασις, ἡ ζωὴ, καὶ ἡ ἀνάπαυσις τῶν κεκοιμημένων δούλων σου, Χριστέ ὁ Θεὸς ἡμῶν, καὶ σοὶ τὴν δόξαν ἀναπέμπομεν, συν τῷ ἀνάρχῳ σου Πατρὶ, καὶ τῷ παναγίῳ καὶ ἀγαθῷ καὶ ζωοποιῷ σου Πνεύματι, νυν καὶ αἰεὶ καὶ εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων. Ἀμήν.

O God of all spirits and flesh,
Who has trodden down death,
destroying the power of the
devil, bestowing life on Your

world to the soul of Your servants departed this life, do You Yourself, O Lord, give rest in a place of light, in a place of green pasture, in a place of refreshment, from where pain and sorrow and mourning are fled away. Every sin by them committed in thought, word, or deed, do You as our good and loving God forgive, seeing that there is no man that shall live and sin not, for You alone are without sin: Your righteousness, and Your law is truth.

For You are the Resurrection,

the Life, and the Repose of Your servants, O Christ our God; and to You do we send up Glory, as to Your Eternal Father and Your All-Holy, Good, and Life-creating Spirit, both now and ever, and to the ages of ages. Amen.

**Su Santidad Bartolomé,
patriarca ecuménico de
Constantinopla.**

Lord of mercy, compassion and all comfort, we pray to You for our brothers in difficult circumstances and we offer to

Your Goodness:

Nurture the infants; instruct the youth; strengthen the aged; give courage to the faint hearted; reunite those separated; sail with those who sail; travel with those who travel; defend the widows; protect the orphans; liberate the captives; heal the sick.

Remember, O God, those who are in mines, in exile, in harsh labor, and those in every kind of affliction, necessity, or distress; and all those who entreat Your loving kindness; those who love us and those

who hate us; and pour out upon all Your rich mercy, granting them their petitions for salvation

Again we pray, Lord of life and of death, grant eternal repose to the souls of Your departed servants, those who lost their lives during their exodus from war-torn regions and during their journeys to places of safety, peace and prosperity. For You, Lord, are the helper of the helpless, the hope of the hopeless, the savior of the afflicted, the haven of the voyager, and the physician of

the sick. Be all things to all,
You who know each person, his
requests, his household, and
his need. Deliver this island, O
Lord, and every city and
country, from famine, plague,
earthquake, flood, fire, sword,
invasion of foreign enemies,
and civil war. Amen.

16 de abril de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

Sábado.

(Padre Lombardi)

Demos la bienvenida al Santo Padre, que viene para tener con nosotros una conversación después de este viaje, breve pero muy intenso. Vuelvo a leer el comunicado que han recibido, de manera que, si alguien no lo pudo escuchar o recibir en su teléfono, tenga ahora el texto completo. El

Papa desea que sea claro todo su contenido.

«El Papa ha querido tener un gesto de acogida hacia los refugiados, trayendo consigo, en su mismo avión, tres familias de refugiados de Siria, 12 personas en total, de las cuales, 6 menores de edad. Se trata de personas que ya estaban presentes en los campos de Lesbos antes del acuerdo entre Europa y Turquía. La iniciativa del Papa se llevó a cabo a través de negociaciones de la Secretaría de Estado con las competentes

autoridades griegas e italianas. Los miembros de las familias son todos musulmanes. Dos familias vienen de Damasco, y una de Deir Azzor, que es la zona ocupada por el Daesh. Sus casas fueron bombardeadas. La acogida y el mantenimiento de las familias serán asumidos por el Vaticano. La hospitalidad inicial está garantizada por la Comunidad de San Egidio». Ahora damos inmediatamente la palabra a los colegas, pidiéndoles que se limiten a hacer preguntas pertinentes al viaje, si bien el Papa, como

sabemos, está siempre disponible con nosotros. La primera es Inés San Martín de "CruX".

(Papa Francisco)

Antes que nada, quiero darles las gracias por el trabajo de este día, que ha sido para mí muy fuerte, muy fuerte.

Seguramente, también para ustedes.

Por favor, señora.

(Inés San Martín)

Santo Padre, espero que no le moleste, pero voy a hacerle dos preguntas sobre dos temas distintos. La primera es

específicamente sobre el viaje. Este viaje se da luego de un acuerdo entre la Unión Europea y Turquía para tratar de solucionar la cuestión de los refugiados en Grecia. ¿A usted le parece que es un plan que puede funcionar o es sólo una cuestión política para tratar de ganar tiempo y ver qué se hace? La segunda pregunta, si me permite: Esta mañana usted se encontró con el candidato presidencial Bernie Sanders de los Estados Unidos, en Santa Marta. Quería preguntarle su sensación sobre

el encuentro y si es su manera de intervenir en la política norteamericana.

(Santo Padre)

No, ante todo no existe ninguna especulación política porque esos acuerdos entre Turquía y Grecia yo no los conocía bien. Lo he visto en los diarios, pero es algo puramente humano [se refiere a la iniciativa de acoger un grupo de prófugos]. Es un hecho humanitario. Fue una inspiración que le vino hace una semana a un colaborador mío. Yo acepté en seguida, en

seguida, porque vi que era el Espíritu quien hablaba. Todo se hizo según las reglas: estas personas vienen con documentos, los tres gobiernos –el Estado de la Ciudad del Vaticano, el Gobierno italiano y el Gobierno griego– han verificado todo, todo, y concedieron el visado. Los recibe el Vaticano. Será el Vaticano, con la colaboración de la Comunidad de San Egidio, quien les busque un empleo, si se encuentra; o, en caso contrario, se encargará de su sustento. Son huéspedes del

Vaticano, y se añaden a las dos familias sirias que ya han sido acogidas por las dos parroquias vaticanas. Segundo. Esta mañana, cuando yo salía, allí estaba el Senador Sanders, que vino al Convenio de la Fundación *Centesimus Annus*. Sabía que yo me iba a aquella hora y tuvo la amabilidad de saludarme. Lo saludé, le di la mano a él, a su mujer y a otra pareja que estaba con él. Estaban alojados en Santa Marta, porque todos los miembros del convenio, excepto los dos Presidentes

participantes, que creo se alojaban en sus embajadas, estaban hospedados en Santa Marta. Y cuando yo bajaba, él se presentó, me saludó, le di la mano y nada más. Esta es buena educación. Se llama educación y no meterse en política. Y si alguien piensa que saludar sea meterse en política, le aconsejaría que mejor se buscara un psiquiatra.

(Padre Lombardi)

A continuación, la segunda pregunta la hace Franca Giansoldati, que conoce bien al Papa y que el Papa conoce bien.

(Papa Francisco)

Pero debe prepararse para Armenia.

(Franca Giansoldati)

Gracias, Santidad, usted habla mucho de "acogida", pero tal vez muy poco de "integración". Viendo lo que está sucediendo en Europa, sobre todo con este consistente flujo de inmigrantes, nos damos cuenta que hay varias ciudades que tienen barrios-gueto... De todo esto, emerge claramente que a los inmigrantes musulmanes les resulta más difícil integrarse a nuestros valores, a los

valores occidentales. Le quisiera preguntar, ¿no sería tal vez más útil para la integración dar prioridad a la llegada de inmigrantes no musulmanes? Y luego, ¿por qué usted hoy, con ese gesto tan hermoso y tan noble, ha favorecido a tres familias todas ellas musulmanas?

(Papa Francisco)

No hice ninguna selección entre cristianos y musulmanes. Estas tres familias tenían los papeles en regla, los documentos en regla, y era factible. En la primera lista, por ejemplo,

había dos familias cristianas, pero no tenían los documentos en regla. No se trata, pues, de un privilegio; estas doce personas son también hijos de Dios. El "privilegio" es ser hijos de Dios, esto es verdad. Sobre la integración, es muy inteligente lo que usted dice y le agradezco que lo haya dicho. Ha mencionado una palabra que, en nuestra cultura actual, parece haber sido olvidada después de la segunda guerra mundial. Hoy siguen existiendo guetos. Algunos de los extremistas que han

perpetrado atentados terroristas – algunos –, son hijos y nietos de personas nacidas en el país, en Europa. ¿Qué es lo que ha pasado? Que no ha habido ninguna política de integración, y esto para mí es fundamental; hasta el punto que usted ve que en la exhortación postsinodal sobre la familia –aun cuando se trate de otra problemática–, una de las tres dimensiones pastorales para las familias en dificultad es su integración en la vida de la Iglesia. Porque a Europa han llegado muchos nómadas, como

los Normandos y mucha otra gente, y los ha integrado y ha enriquecido su cultura. Creo que tenemos necesidad de una enseñanza y de una educación a la integración. Gracias.

(Elena Pinar di – European Broadcasting Union)

Santo Padre, se oye hablar de reforzar las fronteras de varios países europeos, de vigilancia, e incluso de despliegue de batallones a lo largo de las fronteras de Europa. ¿Es el final de Schengen y del sueño europeo?

(Papa Francisco)

No lo sé. Entiendo a los gobiernos y también a los pueblos que tienen un cierto temor. Esto lo comprendo y debemos tener una gran responsabilidad en la acogida. Uno de los aspectos de dicha responsabilidad es este: cómo hacer posible integrarnos nosotros y estas personas. Siempre he dicho que construir muros no es la solución. En el siglo pasado vimos la caída de uno. No se resuelve nada. Debemos construir puentes. Pero los puentes se construyen inteligentemente, se hacen con

el diálogo, con la integración. Y por eso comprendo que haya un cierto temor. Pero cerrar las fronteras no resuelve nada, porque la clausura, a la larga, perjudica al propio pueblo. Europa debe elaborar urgentemente políticas de acogida, de integración, de crecimiento, de trabajo y de reforma de la economía. Todas estas cosas son los puentes que nos llevarán a no construir muros. El miedo tiene toda mi comprensión, pero después de todo lo que he visto –y cambio de tema, pero quiero decirlo

ahora-, y que también ustedes mismos han visto en ese campo de refugiados, daban ganas de llorar. Los niños... Traje estos dibujos conmigo para enseñárselos, los niños me han regalado muchos [el Papa muestra varios dibujos, uno después del otro, y los comenta] Uno; ¿qué quieren estos niños? Paz, porque sufren. Allí, en el campo, tienen cursos de educación. Pero, ¡qué no han visto esos niños! Miren esto: han visto también ahogarse a un niño. Esto lo llevan en su corazón.

Hoy, de verdad, daban ganas de llorar. Daban ganas de llorar. El mismo tema lo dibujó también este niño de Afganistán: se ve que la barcaza que viene de Afganistán regresa a Grecia. Los niños tiene esto en la memoria. Se necesitará tiempo para que lo elaboren. Miren este otro dibujo: el sol que observa y llora. Y si el sol es capaz de llorar, también nosotros lo somos. Nos haría bien una lágrima.

(Fanny Carrier, Agence France Presse)

Buenos días. ¿Por qué no hace

usted ninguna diferencia entre quienes huyen de la guerra y quienes huyen del hambre? ¿Puede Europa acoger toda la miseria del mundo?

(Papa Francisco)

Es verdad. Hoy dije en mi discurso que "algunos huyen de las guerras y otros, del hambre". Ambas situaciones son efecto de la explotación. También de la explotación de la tierra. Hace más o menos un mes, un jefe de gobierno de África me decía que la primera decisión de su gobierno fue la reforestación, porque la tierra

se había muerto por la explotación de los bosques. Hay que hacer obras buenas con ambas categorías. Porque algunos huyen del hambre y otros de la guerra. Yo invitaría a los traficantes de armas – porque las armas, es verdad que hay acuerdos, hasta cierto punto se fabrican; pero los traficantes, los que trafican para hacer la guerra en diversas partes, como en Siria, por ejemplo, ¿quién arma a los diversos grupos?– los invitaría a que pasaran un día en ese campo de refugiados. Creo que

sería saludable para ellos.

(Néstor Pongutá, W Radio Colombia)

Santidad, muy buenas tardes. Esta mañana ha dicho usted algo muy especial, que nos ha llamado mucho la atención: que éste era un viaje triste, y ha demostrado con sus palabras que está muy conmovido. Pero algo debe haber cambiado también en su corazón, sabiendo que trae doce personas, y que con este pequeño gesto ha dado una lección a aquellos que a veces voltean la mirada frente a

tanto dolor, a esta Tercera Guerra Mundial en pedazos, que usted ha denunciado.

(Papa Francisco)

Voy a hacer un plagio y a responder con una frase que no es mía. La misma cosa le preguntaron a la Madre Teresa de Calcuta. ¿Por qué tanto esfuerzo, tanto trabajo, sólo para acompañar a las personas a morir? ¡Eso que usted hace no sirve para nada! El mar es inmenso. Y ella contestó: sí, es una gota de agua en el mar, pero después de esa gota, el mar ya no será el mismo. Es un

pequeño gesto. Pero son pequeños gestos los que debemos hacer todos nosotros, hombres y mujeres, para tender la mano quien lo necesita.

(Joshua Mc Elwee, National Catholic Reporter)

Gracias Santo Padre. Hemos venido a un país de inmigración, pero también de política económica de austeridad. ¿Quisiera preguntarle cuál es su concepto de economía de austeridad? También en lo que se refiere a otra isla, Puerto Rico. Si tiene

usted un concepto sobre esta política de austeridad.

(Papa Francisco)

La palabra austeridad tiene diferentes significados, según el punto de vista desde el que se vea: económicamente significa un capítulo de un programa; políticamente es otra cosa; espiritual y cristianamente es otra. Cuando yo hablo de austeridad, lo hago en contraste con el desperdicio. Escuché en la FAO –creo que fue en una reunión de la FAO– que con la comida desperdiciada se podría

resolver el problema del hambre en el mundo. Y nosotros, en nuestra casa, cuánto desperdiciamos sin quererlo. Esta es la cultura del descarte y del desperdicio. Yo hablo de austeridad en este sentido, en sentido cristiano. Detengámonos aquí y vivamos más austeramente.

(Francisco Romero, Rome Reports)

Santidad, usted ha dicho que esta crisis de refugiados es la peor crisis después de la de la Segunda Guerra Mundial. Quisiera preguntarle ¿Qué

piensa usted sobre la crisis de los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos, de México y de otros países de América Latina?
(Papa Francisco)

Lo mismo. Es lo mismo, porque llegan allí huyendo, sobre todo del hambre. Se trata del mismo problema. En Ciudad Juárez celebré la Misa a cien metros, o tal vez menos, de la valla. Del otro lado, había unos cincuenta Obispos de Estados Unidos y un estadio con cincuenta mil personas que seguían la Misa en pantallas gigantes. Del lado mexicano, aquel campo lleno

de gente. Pero se trata de lo mismo. Llegan a México, de Centro América. ¿Se acuerda de hace dos meses? Hubo un conflicto con Nicaragua, porque no quería que los refugiados transitaran por su territorio. Al final, se resolvió. Los llevaban en avión al otro país, sin pasar por Nicaragua. Es un problema mundial. Yo se lo dije a los Obispos mexicanos. Pedí que se hicieran cargo de los refugiados.

(Francis Rocca, Wall Street Journal)

Gracias, Santo Padre. Veo que

ya le hicieron las preguntas sobre la inmigración que yo tenía en mente. Y usted ha respondido muy bien. Si me permite, quisiera hacerle una pregunta sobre otro acontecimiento de los días pasados: su exhortación apostólica. Como usted bien sabe, después de su publicación ha habido muchas discusiones sobre uno de los puntos – y se han concentrado particularmente en este –. Algunos sostienen que no ha cambiado nada sobre la disciplina que regula el acceso

a los sacramentos para los divorciados que se han vuelto a casar; que la ley y la praxis, y obviamente también la doctrina, no han sido tocadas. Otros, en cambio, sostienen que ha cambiado mucho y que hay muchas nuevas aperturas y posibilidades. Mi pregunta sería: para una persona, para un católico, ¿hay nuevas posibilidades concretas que no existían antes de la publicación de la exhortación o no?

(Papa Francisco)

Podría decir que sí, y punto.

Pero sería una respuesta muy

simplificada. Les recomiendo que lean la presentación del documento que hizo el cardenal Schönborn, que es un gran teólogo. Es miembro de la Congregación para la Doctrina de la Fe y conoce bien la doctrina de la Iglesia. Ahí encontrará usted la respuesta a su pregunta. Gracias.

(Guénois, Le Figaro)

Tenía la misma pregunta, pero le hago, en cambio, una pregunta complementaria: No se ha entendido bien por qué haya puesto usted en esa famosa nota al pie de página, la

nota 351, en la *Amoris Laetitia*, lo que concierne a los problemas de los divorciados vueltos a casar. ¿Por qué una cuestión tan importante se trata en una pequeña nota al pie de página? ¿Es porque ha previsto oposición, o porque ha querido que no se le diera mucha importancia a ese punto?

(Papa Francisco)

Escuche, uno de los últimos Papas, hablando sobre el Concilio, dijo que había habido dos concilios: el Vaticano II, en la Basílica de San Pedro, y el

otro, el "concilio de los medios de comunicación". Cuando convoqué el primer Sínodo, la gran preocupación de la mayor parte de los medios de comunicación era: ¿podrían recibir la comunión los divorciados que se han vuelto a casar? Y como yo no soy santo, eso me molestó un poco y también me dio un poco de tristeza. Porque yo pienso: pero esos medios de comunicación, que dicen tantas cosas, ¿no se dan cuenta de que no es ese el problema principal? ¿Acaso no se dan cuenta que la familia,

en todo el mundo, está en crisis? Y la familia es la base de la sociedad. ¿No se percatan de que los jóvenes no quieren casarse? ¿No ven que la disminución de la natalidad en Europa es como para ponerse a llorar? ¿No saben que la falta de trabajo y la dificultad para encontrarlo obligan a que el padre y la madre tengan dos empleos, y que los niños crezcan solos, sin aprender a crecer en diálogo con papá y mamá? Estos son los grandes problemas. No me recuerdo de esa nota, pero si una cuestión

como la que usted señala está en una nota, es porque fue dicha en la *Evangelii gaudium*. Seguro. Debe tratarse de una cita de la *Evangelii gaudium*. No recuerdo el número, pero seguro que es así.

(Padre Lombardi)

Gracias Santidad. Nos ha concedido una amplia conversación sobre temas de este viaje, extendiéndose, también, a la Exhortación. Le deseamos buen viaje y una fructífera continuación de su obra.

(Papa Francisco)

Les agradezco su compañía.
Realmente me siento cómodo
con ustedes. Muchas gracias.
Gracias por acompañarme.

17 de abril de 2016. Homilía en las ordenaciones sacerdotales.

Domingo.

Queridos hermanos:

Estos nuestros hijos han sido llamados al orden presbiteral. Como vosotros sabéis el Señor Jesús es el único sumo sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiso elegir algunos, en

particular, para que ejerciendo públicamente en la Iglesia en su nombre la función sacerdotal a favor de todos los hombres, continuaran su misión personal de maestro, sacerdote y pastor. Después de una madura reflexión, ahora estamos por elevar al orden presbiteral a estos nuestros hermanos, para que al servicio de Cristo, maestro, sacerdote y pastor, cooperen a edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en Pueblo de Dios y Templo santo del Espíritu Santo. Ellos serán configurados a

Cristo sumo y eterno sacerdote, o sea serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y con este título, que les une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, Pastores del Pueblo de Dios, y presidirán las acciones de culto, especialmente en las celebraciones del sacrificio del Señor.

A vosotros, hijos y hermanos dilectísimos que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que ejerciendo el ministerio de la

sagrada doctrina seréis
partícipes de la misión de
Cristo, único maestro.

Dispensad a todos la Palabra de
Dios, esa Palabra que vosotros
mismos habéis recibido con
alegría. Haced memoria de
vuestra historia, de ese don de
la Palabra que el Señor os dio,
a través de la mamá, la abuela
—como dice san Pablo—, de los
catequistas y de toda la Iglesia.
Leed y meditaad asiduamente la
Palabra del Señor para creer lo
que habéis leído, enseñar lo
que habéis aprendido en la fe,
vivir lo que habéis enseñado.

Que vuestra doctrina, por lo tanto, sea alimento para el pueblo de Dios, el perfume de vuestra vida, alegría y apoyo para los fieles de Cristo, para que con la palabra y el ejemplo —van juntos: palabra y ejemplo— edifiquéis la casa de Dios, que es la Iglesia. Vosotros continuaréis la obra santificadora de Cristo.

Mediante vuestro ministerio el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque está unido al Sacrificio de Cristo, que por vuestras manos, en nombre de toda la Iglesia, es

ofrecido de forma incruenta en el altar en la celebración de los santos misterios.

Reconoced, por tanto, lo que hacéis. Imitad lo que celebréis, para que participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vuestros miembros y caminéis con Él en novedad de vida. Llevad la muerte de Cristo en vosotros mismos, y caminad con Cristo en novedad de vida. Sin cruz no encontraréis nunca al verdadero Jesús; y una cruz sin Cristo no tiene sentido.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al Pueblo de Dios.

Con el sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia.

Por favor, os pido en nombre del mismo Jesucristo, el Señor, y en nombre de la Iglesia, que seáis misericordiosos, muy misericordiosos.

Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos.

Celebrando los sagrados ritos y elevando en las distintas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del

Pueblo de Dios y de la humanidad entera. Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres. Elegidos, no os olvidéis de esto. ¡Elegidos! Es el Señor quien os ha llamado, uno por uno.

Elegidos entre los hombres y constituidos a favor de ellos, ino a favor mío!

En comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a unir a los fieles en una única familia, para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Tened siempre delante de los ojos el ejemplo

del Buen Pastor, que no ha venido para ser servido, sino para servir; para buscar y salvar lo que estaba perdido.

17 de abril de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El evangelio de hoy (*Jn 10, 27-30*) nos ofrece algunas expresiones pronunciadas por Jesús durante la fiesta de la dedicación del templo de Jerusalén, que se celebraba a finales de diciembre. Él se encontraba precisamente en la zona del templo, y quizás aquel espacio sagrado cercado le

sugiere la imagen del rebaño y del pastor. Jesús se presenta como «el buen pastor» y dice: «Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (*Jn 10, 27-28*). Estas palabras nos ayudan a comprender que nadie puede decirse seguidor de Jesús si no escucha su voz. Y este «escuchar» no hay que entenderlo de una manera superficial, sino comprometedor, al punto que

vuelve posible un verdadero conocimiento recíproco, del cual pueden surgir un seguimiento generoso, expresada en las palabras «y ellas me siguen» (*Jn 10, 27*). Se trata de un escuchar no solamente con el oído, sino i una escucha del corazón! Por lo tanto, la imagen del pastor y de las ovejas indica la estrecha relación que Jesús quiere establecer con cada uno de nosotros. Él es nuestra guía, nuestro maestro, nuestro amigo, nuestro modelo, pero sobre todo es nuestro salvador.

De hecho la frase sucesiva del pasaje evangélico afirma: «Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (*Jn 10, 28*). ¿Quién puede hablar así? Solamente Jesús, porque la «mano» de Jesús es una sola cosa con la «mano» del Padre, y el Padre es «más grande que todos» (*Jn 10, 29*). Estas palabras nos comunican un sentido de absoluta seguridad y de inmensa ternura. Nuestra vida está totalmente segura en las manos de Jesús y del Padre,

que son una sola cosa: un único amor, una única misericordia, reveladas de una vez y para siempre en el sacrificio de la cruz. Para salvar a las ovejas perdidas que somos todos nosotros, el Pastor se hizo cordero y se dejó inmolar para tomar sobre sí y quitar el pecado del mundo. De esta manera Él nos ha dado la vida, pero la vida en abundancia De esta manera Él nos ha dado la vida, pero la vida en abundancia! (cf. *Jn* 10, 10). Este misterio se renueva, en una humildad siempre

sorprendente, en la mesa eucarística. Es allí que las ovejas se reúnen para nutrirse; es allí que se vuelven una sola cosa, entre ellas y con el Buen Pastor.

Por esto no tenemos más miedo: nuestra vida ya se ha salvado de la perdición. Nada ni nadie podrá arrancarnos de las manos de Jesús, porque nada ni nadie puede vencer su amor. ¡El amor de Jesús es invencible! El maligno, el gran enemigo de Dios y de sus criaturas, intenta de muchas maneras arrebatarnos la vida

eterna. Pero el maligno no puede nada si nosotros no le abrimos las puertas de nuestra alma, siguiendo sus halagos engañosos.

La Virgen María ha escuchado y seguido dócilmente la voz del Buen Pastor. Que Ella nos ayude a acoger con alegría la invitación de Jesús a convertirnos en sus discípulos y a vivir siempre en la certeza de estar en las manos paternas de Dios.

Después del Regina Coeli.

Queridos hermanos y

hermanas:

Les doy las gracias a quienes han acompañado con la oración la visita que realicé ayer a la isla de Lesbos en Grecia. A los refugiados y al pueblo griego he llevado la solidaridad de la Iglesia. Estaban conmigo el patriarca ecuménico Bartolomé y el arzobispo Jerónimo de Atenas y de toda Grecia, para simbolizar la unidad en la caridad de todos los discípulos del Señor. Hemos visitado uno de los campos de refugiados: provenían de Irak, Afganistán, Siria, África y de muchos

países... Hemos saludado a
cerca de trescientos refugiados,
uno por uno. Los tres: el
patriarca Bartolomé, el
arzobispo Jerónimo y yo.
Muchos entre ellos eran niños;
alguno de ellos —de estos niños
— asistieron a la muerte de sus
padres y de sus compañeros,
algunos murieron ahogados en
el mar. ¡He visto mucho dolor!
Y quiero contar un caso
particular, de un hombre joven,
no tiene aún 40 años. Lo
encontré ayer con sus dos
hijos. Él es musulmán y me
contó que estaba casado con

una joven cristiana, se amaban y se respetaban mutuamente.

Pero lamentablemente esta joven fue degollada por los terroristas, porque no quiso renegar a Cristo y abandonar su fe. ¡Es una mártir! Y ese hombre lloraba mucho...

Esta noche un violento terremoto ha golpeado Ecuador, causando numerosas víctimas y enormes daños. Rezamos por esas poblaciones; y también por las del Japón, donde se han registrado también algunos terremotos durante estos días. Que la ayuda de Dios y de los

hermanos les dé fuerza y apoyo.

Hoy es la Jornada mundial de oración por las vocaciones.

Estamos invitados a rezar por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Y en esta

Jornada he ordenado esta

mañana a once nuevos

sacerdotes. Renuevo mi saludo

a los nuevos presbíteros,

familiares y amigos; e invito a

todos los sacerdotes y

seminaristas a participar en su

Jubileo, los tres primeros días

de junio. Y a vosotros, chicos y

chicas, que os encontráis en la

plaza: pensad si el Señor no os llama a consagrar la vida a su servicio, sea en el sacerdocio o en la vida consagrada.

Saludo con cariño a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de muchas partes del mundo. Están presentes familias, grupos parroquiales, escuelas y asociaciones: os bendigo a todos.

Acompaño a las muchas familias preocupadas por el problema del trabajo. Pienso en particular a la situación precaria de los trabajadores

italianos de los *Call Center*:
deseo que sobre todo
prevalezca siempre la dignidad
de la persona humana y no los
intereses particulares.

Y a todos os deseo un feliz
domingo. Y por favor no os
olvidéis de rezar por mí. Que
tengan un buen almuerzo y
hasta pronto!

20 de abril de 2016. Audiencia general. Distinguir entre el pecado y el pecador.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy queremos detenernos en un aspecto de la misericordia bien representado en el pasaje del Evangelio de Lucas que hemos escuchado. Se trata de un hecho que le sucedió a Jesús mientras era huésped de un fariseo de nombre Simón. Ellos habían querido invitar a

Jesús a su casa porque había escuchado hablar bien de Él como un gran profeta. Y mientras estaban sentados comiendo, entra una mujer conocida por todos en la ciudad como una pecadora. Esta, sin decir una palabra, se pone a los pies de Jesús y rompe a llorar; sus lágrimas lavan los pies de Jesús y ella los seca con sus cabellos, luego los besa y los unge con un aceite perfumado que ha llevado consigo.

Sobresale el contraste entre las dos figuras: la de Simón, el celante servidor de la ley, y la

de la anónima mujer pecadora. Mientras el primero juzga a los demás de acuerdo a las apariencias, la segunda con sus gestos expresa con sinceridad su corazón. Simón, aun habiendo invitado a Jesús, no quiere comprometerse ni involucrar su vida con el Maestro; la mujer, al contrario, se confía plenamente a Él, con amor y veneración.

El fariseo no concibe que Jesús se deje «contaminar» por los pecadores. Él piensa que si fuera realmente un profeta debería reconocerlos y tenerlos

lejos para no ser manchado, como si fueran leprosos. Esta actitud es típica de un cierto modo de entender la religión, y está motivada por el hecho que Dios y el pecado se oponen radicalmente. Pero la Palabra de Dios nos enseña a distinguir entre el pecado y el pecador: con el pecado no es necesario llegar a compromisos, mientras los pecadores —es decir, ¡todos nosotros!— somos como enfermos, que necesitan ser curados, y para curarlos es necesario que el médico se les acerque, los visite, los toque. ¡Y

naturalmente el enfermo, para ser sanado, debe reconocer que necesita del médico!

Entre el fariseo y la mujer pecadora, Jesús toma partido por esta última. Jesús, libre de prejuicios que impiden a la misericordia expresarse, la deja hacer. Él, el Santo de Dios, se deja tocar por ella sin temer ser contaminado. Jesús es libre, libre porque es cercano a Dios que es Padre misericordioso. Y esta cercanía a Dios, Padre misericordioso, da a Jesús la libertad. Es más, entrando en relación con la pecadora, Jesús

pone fin a aquella condición de aislamiento a la que el juicio despiadado del fariseo y de sus conciudadanos —los cuales la explotaban— la condenaba: «Tus pecados quedan perdonados» (*Lc 7, 48*). La mujer ahora puede ir «en paz». El Señor ha visto la sinceridad de su fe y de su conversión; por eso delante a todos proclama: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (*Lc 7, 50*). De una parte aquella hipocresía del doctor de la ley, de otra la sinceridad, la humildad y la fe de la mujer. Todos nosotros

somos pecadores, pero muchas veces caemos en la tentación de la hipocresía, de creernos mejores que los demás y decimos: «Mira tu pecado...». Por el contrario, todos nosotros debemos mirar nuestro pecado, nuestras caídas, nuestras equivocaciones y mirar al Señor. Esta es la línea de la salvación: la relación entre «yo» pecador y el Señor. Si yo me considero justo, esta relación de salvación no se da. En este momento, un asombro aún más grande invade a todos los comensales: «¿Quién es

este que hasta perdona los pecados?» (Lc 7, 49). Jesús no da una respuesta explícita, pero la conversión de la pecadora está ante los ojos de todos y demuestra que en Él resplandece la potencia de la misericordia de Dios, capaz de transformar los corazones. La mujer pecadora nos enseña la relación entre fe, amor y agradecimiento. Le han sido perdonados «muchos pecados» y por esto ama mucho; por el contrario «a quien poco se le perdona, poco amor muestra» (Lc 7, 47). Incluso el mismo

Simón debe admitir que ama más quien ha sido perdonado más. Dios ha encerrado a todos en el mismo misterio de misericordia; y de este amor, que siempre nos precede, todos nosotros aprendemos a amar. Como recuerda san Pablo: «En Él (Cristo) tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia» (*Ef 1, 7-8*). En este texto, el término «gracia» es prácticamente sinónimo de

misericordia, y se dice que es «abundante», es decir, más allá de nuestra expectativa, porque actúa el proyecto salvífico de Dios para cada uno de nosotros.

Queridos hermanos, ¡estemos muy agradecidos por el don de la fe, demos gracias al Señor por su amor tan grande e inmerecido! Dejemos que el amor de Cristo se derrame en nosotros: de este amor se sacia el discípulo y sobre éste se funda; de este amor cada uno se puede nutrir y alimentar. Así, en el amor agradecido que

derramamos a su vez sobre nuestros hermanos, en nuestras casas, en la familia, en la sociedad se comunica a todos la misericordia del Señor.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y América latina. Queridos hermanos, en Cristo, que perdona los pecados, brilla en Él la fuerza de la misericordia de Dios, capaz de transformar los corazones. Abrámonos al amor del Señor, y dejémonos

renovar por Él. En esta lengua que nos une a España y Latinoamérica, Hispanoamérica, quiero decir también a nuestros hermanos del Ecuador, nuestra cercanía, nuestra oración, en este momento de dolor. Gracias.

24 de abril de 2016. Homilía en el jubileo de los adolescentes.

Domingo.

«La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros» (*Jn 13,35*).

Queridos muchachos: Qué gran responsabilidad nos confía hoy el Señor. Nos dice que la gente conocerá a los discípulos de Jesús por cómo se aman entre ellos. En otras palabras, el amor es el documento de identidad del cristiano, es el

único "documento" válido para ser reconocidos como discípulos de Jesús. El único documento válido. Si este documento caduca y no se renueva continuamente, dejamos de ser testigos del Maestro. Entonces os pregunto: ¿Queréis acoger la invitación de Jesús para ser sus discípulos? ¿Queréis ser sus amigos fieles? El amigo verdadero de Jesús se distingue principalmente por el *amor concreto*; no el amor "en las nubes", no, el amor concreto que resplandece en su vida. El amor es siempre concreto.

Quien no es concreto y habla del amor está haciendo una telenovela, una telecomedia. ¿Queréis vivir este amor que él nos entrega? ¿Queréis o no queréis? Entonces, frecuentemos su escuela, que es una *escuela de vida* para aprender a amar. Y esto es un trabajo de todos los días: aprender a amar.

Ante todo, amar *es bello*, es el camino para ser felices. Pero no es fácil, es desafiante, supone esfuerzo. Por ejemplo, pensemos cuando recibimos un regalo: nos hace felices, pero

para preparar ese regalo las personas generosas han dedicado tiempo y dedicación y, de ese modo, regalándonos algo, nos han dado también algo de ellas mismas, algo de lo que han sabido privarse.

Pensemos también al regalo que vuestros padres y animadores os han hecho, al dejaros venir a Roma para este Jubileo dedicado a vosotros. Han programado, organizado, preparado todo para vosotros, y esto les daba alegría, aun cuando hayan renunciado a un viaje para ellos. Esto es amor

concreto. En efecto, amar *quiere decir dar*, no sólo algo material, sino algo de uno mismo: el tiempo personal, la propia amistad, las capacidades personales.

Miremos al Señor, que es insuperable en generosidad. Recibimos de él muchos dones, y cada día tendríamos que darle gracias. Quisiera preguntaros: ¿Dais gracias al Señor todos los días? Aun cuando nos olvidemos, él se acuerda de hacernos cada día un regalo especial. No es un regalo material para tener

entre las manos y usar, sino un don más grande para la vida. ¿Qué nos da el Señor? Nos regala su *amistad fiel*, que no la retirará jamás. El Señor es el amigo para siempre. Además, si tú lo decepcionas y te alejas de él, Jesús sigue amándote y estando contigo, creyendo en ti más de lo que tú crees en ti mismo. Esto es lo específico del amor que nos enseña Jesús. Y esto es muy importante. Porque la amenaza principal, que impide crecer bien, es cuando no importas a nadie —esto es triste—, cuando te sientes

marginado. En cambio, el Señor está siempre junto a ti y está contento de estar contigo. Como hizo con sus discípulos jóvenes, te mira a los ojos y te llama para seguirlo, para «remar mar a dentro» y «echar las redes» confiando en su palabra; es decir, poner en juego tus talentos en la vida, junto a él, sin miedo. Jesús te espera pacientemente, atiente una respuesta, aguarda tu "sí". Queridos chicos y chicas, a vuestra edad surge en vosotros de una manera nueva el deseo de afccionaros y de recibir

afecto. Si vais a la escuela del Señor, os enseñará a hacer más hermosos también el afecto y la ternura. Os pondrá en el corazón una intención buena, esa de *amar sin poseer*: de querer a las personas sin desearlas como algo propio, sino dejándolas libres. Porque el amor es libre. No existe amor verdadero si no es libre. Esa libertad que el Señor nos da cuando nos ama. Él siempre está junto a nosotros. En efecto, siempre existe la tentación de contaminar el afecto con la pretensión

instintiva de tomar, de "poseer" aquello que me gusta; y esto es egoísmo. Y también, la cultura consumista refuerza esta tendencia. Pero cualquier cosa, cuando se exprime demasiado, se desgasta, se estropea; después se queda uno decepcionado con el vacío dentro. Si escucháis la voz del Señor, os revelará el secreto de la ternura: *interesarse* por otra persona, quiere decir respetarla, protegerla, esperarla. Y esta es la manifestación de la ternura y del amor.

En estos años de juventud percibís también un gran *deseo de libertad*. Muchos os dirán que ser libres significa hacer lo que se quiera. Pero en esto se necesita saber decir no. Si no sabes decir no, no eres libre. Libre es quien sabe decir sí y sabe decir no. La libertad no es poder hacer siempre lo que se quiere: esto nos vuelve cerrados, distantes y nos impide ser amigos abiertos y sinceros; no es verdad que cuando estoy bien todo vaya bien. No, no es verdad. En cambio, la libertad es el don de

poder *elegir el bien*: esto es libertad. Es libre quien elige el bien, quien busca aquello que agrada a Dios, aun cuando sea fatigoso y no sea fácil. Pero yo creo que vosotros, jóvenes, no tenéis miedo al cansancio, sois valientes. Sólo con decisiones valientes y fuertes se realizan los sueños más grandes, esos por los que vale la pena dar la vida. Decisiones valientes y fuertes. No os contentéis con la mediocridad, con "ir tirando", estando cómodos y sentados; no confiéis en quien os distrae de la verdadera riqueza, *que*

sois vosotros, cuando os digan que la vida es bonita sólo si se tienen muchas cosas; desconfiad de quien os quiera hacer creer que sois valiosos cuando os hacéis pasar por fuertes, como los héroes de las películas, o cuando lleváis vestidos a la última moda. Vuestra felicidad no tiene precio y no se negocia; no es un *"app"* que se descarga en el teléfono móvil: ni siquiera la versión más reciente podrá ayudaros a ser libres y grandes en el amor. La libertad es otra cosa.

Porque el amor es el *don libre* de quien tiene el corazón abierto; es una *responsabilidad*, pero una responsabilidad *bella* que dura toda la vida; es el *compromiso cotidiano* de quien sabe realizar grandes sueños. ¡Ay de los jóvenes que no saben soñar, que no se atreven a soñar! Si un joven, a vuestra edad, no es capaz de soñar, ya está jubilado, no sirve. El amor se alimenta de confianza, de respeto y de perdón. El amor no surge porque hablemos de él, sino cuando se vive; no es

una poesía bonita para aprender de memoria, sino una opción de vida que se ha de poner en práctica. ¿Cómo podemos crecer en el amor? El secreto está en el Señor: Jesús se nos da a sí mismo en la Santa Misa, nos ofrece el perdón y la paz en la Confesión. Allí aprendemos a acoger su amor, hacerlo nuestro, y a difundirlo en el mundo. Y cuando amar parece algo arduo, cuando es difícil decir no a lo que es falso, mirad la cruz del Señor, abrazadla y no dejad su mano,

que os lleva hacia lo alto y os levanta cuando caéis. Durante la vida siempre se cae, porque somos pecadores, somos débiles. Pero está la mano de Jesús que nos levanta y nos eleva. Jesús nos quiere de pie. Esa palabra bonita que Jesús decía a los paralíticos: "levántate". Dios nos ha creado para estar de pie. Hay una canción hermosa que cantan los alpinos cuando suben a la montaña. La canción dice así: «en el arte de subir, lo importante no es no caer, sino no permanecer caído». Tener la

valentía de levantarse, de dejarse levantar por la mano de Jesús. Y esta mano muchas veces viene a través de la mano de un amigo, de la mano de los padres, de la mano de aquellos que nos acompañan en la vida. También el mismo Jesús está allí. Levantaos. Dios os quiere de pie, siempre de pie. Sé que sois capaces de gestos grandes de amistad y bondad. Estáis llamados a construir así el futuro: *junto* con los otros y por los otros, pero jamás *contra* alguien. No se construye "contra": esto se

llama destrucción. Haréis cosas maravillosas si os preparáis bien ya desde ahora, viviendo plenamente vuestra edad, tan rica de dones, y no temiendo al cansancio. Haced como los campeones del mundo del deporte, que logran metas altas entrenándose con humildad y tenacidad todos los días. Que vuestro programa cotidiano sea las obras de misericordia: Entrenaos con entusiasmo en ellas para ser *campeones de vida, campeones de amor*. Así seréis conocidos como discípulos de Jesús. Así tendréis

el documento de identidad de
cristianos. Y os aseguro:
vuestra alegría será plena.

24 de abril de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

Al término de esta celebración jubilar, mi pensamiento se dirige de manera particular a vosotros, queridos chicos y chicas. Habéis venido de Italia y de diversas partes del mundo para vivir momentos de fe y de fraterna convivencia. Gracias por vuestro alegre y bullicioso testimonio. ¡Id hacia adelante con coraje!
Ayer en Burgos (España),

fueron proclamados beatos los sacerdotes Valentín Palencia Marquina y sus cuatro compañeros mártires, jóvenes, asesinados por su fe durante la Guerra civil española.

Alabemos al Señor por estos valientes testigos suyos, y por su intercesión supliquémosle que libere al mundo de toda violencia.

Siempre está viva en mí la preocupación por los hermanos obispos, sacerdotes y religiosos, católicos y ortodoxos, secuestrados desde hace mucho tiempo en Siria. Que Dios

Misericordioso toque el corazón de los secuestradores y conceda lo antes posible a estos hermanos nuestros ser liberados y poder regresar a sus comunidades. Por esto os invito a todos a rezar, sin olvidar a las otras personas secuestradas en el mundo. Confiamos todas nuestras aspiraciones y nuestras esperanzas a la intercesión de María, Madre de Misericordia. *[Tras la bendición el Pontífice concluyó con estas palabras]* Queridos jóvenes, habéis celebrado el Jubileo: ahora

volved a casa con la alegría de vuestra identidad cristiana. De pie, con la cabeza alta, y con vuestro documento de identidad en vuestras manos y en vuestro corazón. Que el Señor os acompañe. Y, por favor, rezad también por mí.
Gracias

27 de abril de 2016. Audiencia general. El buen samaritano.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy reflexionamos sobre la parábola del buen samaritano (cf. *Lc 10, 25-37*). Un doctor de la Ley pone a prueba a Jesús con esta pregunta: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» (*Lc 10, 25*). Jesús le pide que se dé a sí mismo la respuesta, y aquel la da a la perfección: «Amarás al

Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 27). Y Jesús concluye: «Haz eso y vivirás» (Lc 10, 28).

Entonces aquel hombre hace otra pregunta, que se vuelve muy valiosa para nosotros: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29), y sobrentiende: «¿mis parientes? ¿Mis connacionales? ¿Los de mi religión?...». En pocas palabras, él quiere una regla clara que le permita clasificar a los demás

en «prójimo» y «no-prójimo», en los que pueden convertirse en prójimo y en los que no pueden convertirse en prójimo. Y Jesús responde con una parábola en la que convergen un sacerdote, un levita y un samaritano. Las dos primeros son figuras relacionadas al culto del templo; el tercero es un judío cismático, considerado como un extranjero, pagano e impuro, es decir, el samaritano. En el camino de Jerusalén a Jericó, el sacerdote y el levita se encuentran con un hombre moribundo, que los ladrones

habían asaltado, saqueado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones similares preveía la obligación de socorrerlo, pero ambos pasan de largo sin detenerse. Tenían prisa... El sacerdote, tal vez, miró su reloj y dijo: «Pero, llego tarde a la misa... Tengo que celebrar la misa». Y el otro dijo: «Pero, no sé si la ley me lo permite, porque hay sangre y seré impuro...». Se van por otro camino y no se acercan. Y aquí la parábola nos da una primera enseñanza: no es automático que quien frecuenta la casa de

Dios y conoce su misericordia
sepa amar al prójimo. ¡No es
automático! Puedes conocer
toda la Biblia, puedes conocer
todas las rúbricas litúrgicas,
puedes aprender toda la
teología, pero de conocer no es
automático el amar: amar tiene
otro camino, es necesaria la
inteligencia pero también algo
más... El sacerdote y el levita
ven, pero ignoran; miran, pero
no proveen. Sin embargo, no
existe un verdadero culto si no
se traduce en servicio al
prójimo. No olvidemos nunca:
frente al sufrimiento de mucha

gente agotada por el hambre, la violencia y las injusticias, no podemos permanecer como espectadores. Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué significa? ¡Significa ignorar a Dios! Si yo no me acerco a ese hombre, a esa mujer, a ese niño, a ese anciano o a esa anciana que sufre, no me acerco a Dios.

Pero vamos al centro de la parábola: el samaritano, que es precisamente aquel despreciado, aquel por el que nadie habría apostado nada, y que igualmente tenía sus

compromisos y sus cosas que hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que estaban ligados al templo, sino que «tuvo compasión» (Lc 10, 33). Así dice el Evangelio: «Tuvo compasión», es decir, el corazón, las entrañas se conmovieron! Esa es la diferencia. Los otros dos «vieron», pero sus corazones permanecieron cerrados, fríos. En cambio, el corazón del samaritano estaba en sintonía con el corazón de Dios. De hecho, la «compasión» es una

característica esencial de la misericordia de Dios. Dios tiene compasión de nosotros. ¿Qué quiere decir? Sufre con nosotros y nuestros sufrimientos Él los siente. Compasión significa «padecer con». El verbo indica que las entrañas se mueven y tiemblan ante el mal del hombre. Y en los gestos y en las acciones del buen samaritano reconocemos el actuar misericordioso de Dios en toda la historia de la salvación. Es la misma compasión con la que el Señor viene al encuentro de cada uno

de nosotros: Él no nos ignora, conoce nuestros dolores, sabe cuánto necesitamos ayuda y consuelo. Nos está cerca y no nos abandona nunca. Cada uno de nosotros, que se haga la pregunta y responda en el corazón: «¿Yo lo creo? ¿Creo que el Señor tiene compasión de mí, así como soy, pecador, con muchos problemas y tantas cosas?». Pensad en esto, y la respuesta es: «¡SÍ!». Pero cada uno tiene que mirar en el corazón si tiene fe en esta compasión de Dios, de Dios bueno que se acerca, nos cura,

nos acaricia. Y si nosotros lo rechazamos, Él espera: es paciente y está siempre a nuestro lado.

El samaritano actúa con verdadera misericordia: vendar las heridas de aquel hombre, lo lleva a una posada, se hace cargo personalmente y provee para su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino que significa cuidar del otro hasta pagar en persona. Significa comprometerse realizando todos los pasos necesarios para

«acercarse» al otro hasta identificarse con él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Este es el mandamiento del Señor.

Concluida la parábola, Jesús da la vuelta a la pregunta del doctor de la Ley y le pregunta: «¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» (*Lc 10, 36*). La respuesta es finalmente inequívoca: «El que practicó la misericordia con él» (*Lc 10, 37*). Al comienzo de la parábola para el sacerdote y el levita el prójimo era el

moribundo; al final el prójimo es el samaritano que se hizo cercano. Jesús invierte la perspectiva: no clasificar a los otros para ver quién es prójimo y quién no. Tú puedes convertirte en prójimo de cualquier persona en necesidad, y lo serás si en tu corazón hay compasión, es decir, si tienes esa capacidad de sufrir con el otro.

Esta parábola es un regalo maravilloso para todos nosotros, y también un compromiso! A cada uno de nosotros, Jesús le repite lo que

le dijo al doctor de la Ley:
«Vete y haz tú lo mismo»
(Lc 10, 37). Todos estamos
llamados a recorrer el mismo
camino del buen samaritano,
que es la figura de Cristo:
Jesús se ha inclinado sobre
nosotros, se ha convertido en
nuestro servidor, y así nos ha
salvado, para que también
nosotros podamos amarnos los
unos a los otros como Él nos ha
amado, del mismo modo.

Saludos

Saludo cordialmente a los
peregrinos de lengua española,
en particular a los grupos

provenientes de España y
Latinoamérica. Acojamos la
llamada de Jesús a ser buenos
samaritanos y a hacernos
siervos los unos de los otros,
como Él nos ha enseñado.
Muchas gracias.

30 de abril de 2016. Audiencia jubilar. La reconciliación.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quiero reflexionar con vosotros en un aspecto importante de la misericordia: la reconciliación. Dios nunca ha dejado de ofrecer su perdón a los hombres: su misericordia llega de generación en generación. A menudo pensamos que nuestros pecados alejan al Señor de

nosotros: en realidad, pecando, nosotros nos alejamos de Él, pero Él, viéndonos en peligro, nos viene a buscar con mayor fuerza. Dios no se resigna nunca a la posibilidad de que una persona quede fuera de su amor, con la condición de encontrar en ella algún signo de arrepentimiento por el mal cometido.

Con nuestras solas fuerzas no podemos reconciliarnos con Dios. El pecado es verdaderamente una expresión de rechazo de su amor, con la consecuencia de cerrarnos en

nosotros mismos,
engañándonos al creer
encontrar mayor libertad y
autonomía. Pero lejos de Dios
ya no tenemos una meta, y de
peregrinos en este mundo nos
convertimos en «errantes». Un
modo común de decir es que,
cuando pecamos, nosotros «le
damos la espalda a Dios». Es
precisamente así; el pecador se
ve sólo a sí mismo y pretende
de este modo ser
autosuficiente; por ello, el
pecado aumenta cada vez más
la distancia entre nosotros y
Dios, y esta puede convertirse

en un abismo. Sin embargo, Jesús viene a buscarnos como un buen pastor que no se queda tranquilo hasta encontrar a la oveja perdida, como leemos en el Evangelio (*Lc 15, 4-6*). Él reconstruye el puente que nos une al Padre y nos permite volver a encontrar la dignidad de hijos. Con el ofrecimiento de su vida nos ha reconciliado con el Padre y nos ha dado la vida eterna (cf. *Jn 10, 15*).

«¡Reconciliaos con Dios!» (*2 Cor 5, 20*): la exclamación que el apóstol Pablo dirige a los

primeros cristianos de Corinto, hoy con la misma fuerza y convicción vale para todos nosotros. ¡Dejémonos reconciliar con Dios! Este jubileo de la Misericordia es un tiempo de reconciliación para todos. Muchas personas quisieran reconciliarse con Dios pero no saben cómo hacerlo, o no se sienten dignas, o no quieren ni siquiera aceptarlo ante sí mismos. La comunidad cristiana puede y debe favorecer el regreso sincero a Dios de los que sienten nostalgia de Él.

Sobre todo los que realizan el «ministerio de la reconciliación» (2 *Cor* 5, 18) están llamados a ser instrumentos dóciles al Espíritu Santo para que ahí donde abundó el pecado pueda sobreabundar la misericordia de Dios (cf. *Rm* 5, 20). Que nadie permanezca alejado de Dios a causa de los obstáculos puestos por los hombres. Y esto vale también —y lo digo subrayándolo— para los confesores —es válido para ellos—: por favor, no poner obstáculos a las personas que

quieran reconciliarse con Dios. El confesor debe ser un padre. Está en el lugar de Dios Padre. El confesor debe acoger a las personas que se acercan a él para reconciliarse con Dios y ayudarles en el camino de esta reconciliación que estamos haciendo. Es un ministerio muy bello: no es una sala de tortura ni un interrogatorio, no, es el Padre que recibe y acoge a esta persona y perdona. ¡Dejémonos reconciliar con Dios! Todos nosotros. Que este Año santo sea el tiempo favorable para redescubrir la necesidad de la

ternura y la cercanía del Padre para regresar a Él con todo el corazón.

Experimentar la reconciliación con Dios permite descubrir la necesidad de otras formas de reconciliación: en las familias, en las relaciones interpersonales, en las comunidades eclesiales, como también en las relaciones sociales e internacionales.

Alguno me decía, en los días pasados, que en el mundo hay más enemigos que amigos, y creo que tiene razón. Pero no, hagamos puentes de

reconciliación también entre nosotros, comenzando por la familia misma. Cuántos hermanos han peleado y se han alejado solamente por la herencia. ¡Esto no funciona! Este año es el año de la reconciliación, con Dios y entre nosotros. La reconciliación, en efecto, es también un servicio a la paz, al reconocimiento de los derechos fundamentales de las personas, a la solidaridad y a la acogida de todos. Aceptemos, por lo tanto, la invitación a dejarnos reconciliar con Dios para llegar a ser

nuevas creaturas y poder irradiar su misericordia en medio de los hermanos, en medio de la gente.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los Ordinarios y Delegados militares, asistentes espirituales y miembros de las fuerzas armadas y de policía, con sus familias, provenientes de Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, España, Guatemala, Perú, México y República Dominicana.
Invito a todos a que en cada

uno de los diversos ambientes en los que se mueven, sean instrumentos de reconciliación y sembradores de paz; y continúen por el camino de la fe abriendo el corazón a Dios Padre misericordioso que no se cansa nunca de perdonar. Ante los retos de cada día, hagan resplandecer la esperanza cristiana, que es certeza de la victoria de amor ante el odio y de la paz ante la guerra. Muchas gracias.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Mayo.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de mayo de 2016. REGINA COELI.

2 de mayo de 2016. Discurso a los participantes en el capítulo general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced (mercedarios)

4 de mayo de 2016.

Audiencia general. El Buen Pastor.

5 de mayo de 2016.

Meditación en la vigilia de oración "para secar las lágrimas"

6 de mayo de 2016. Discurso

en la entrega del premio
Carlomagno.

7 de mayo de 2016. Discurso
a la guardia suiza pontificia con
ocasión del juramento de los
nuevos reclutas.

7 de mayo de 2016. Discurso
a la organización "médicos con
África cuamm"

8 de mayo de 2016. REGINA
COELI.

11 de mayo de 2016.

Audiencia general. La parábola
del Padre misericordioso.

12 de mayo de 2016.

Discurso a la unión
internacional de superiores

generales (UISG)

13 de mayo de 2016.

Discurso a los participantes en la conferencia internacional de la fundación «Centesimus Annus pro Pontifice»

14 de mayo de 2016.

Audiencia jubilar. Sentir piedad o apiadarse de los que necesitan amor.

15 de mayo de 2016. Homilía durante la Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés.

15 de mayo de 2016. REGINA COELI.

18 de mayo de 2016.

Audiencia general. Parábola del

hombre rico y del pobre Lázaro.
20 de mayo de 2016.

Discurso a los directivos de la
liga nacional profesionales serie
a, y a los futbolistas de los
equipos Juventus y Milán.

22 de mayo de 2016.

ÁNGELUS.

25 de mayo de 2016.

Audiencia general. Es preciso
orar siempre sin desfallecer.

26 de mayo de 2016. Homilía
en la Santa Misa y procesión
eucarística en la solemnidad del
Santísimo Cuerpo y Sangre de
Cristo.

29 de mayo de 2016. Homilía

en el jubileo de los diáconos.

29 de mayo de 2016.

ÁNGELUS.

29 de mayo de 2016.

Palabras a los participantes en
el congreso mundial de la
Fundación Pontificia Scholas
Occurrentes.

1 de mayo de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy nos lleva al Cenáculo. Durante la Última Cena, antes de afrontar la pasión y la muerte en la cruz, Jesús promete a los Apóstoles el don del Espíritu Santo, cuya tarea será enseñar y recordar sus palabras a la comunidad de los discípulos. Lo dice Jesús mismo: «El Paráclito, el Espíritu

Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (*Jn 14, 26*).

Enseñar y recordar. Esto es lo que hace el Espíritu Santo en nuestros corazones.

En el momento en el que está por regresar al Padre, Jesús anuncia la venida del Espíritu que ante todo enseñará a los discípulos a comprender cada vez más plenamente el Evangelio, a acogerlo en su existencia y a hacerlo vivo y operante con el testimonio. Mientras está por confiar a los

Apóstoles —que quiere decir, en efecto, «enviados»— la misión de llevar el anuncio del Evangelio a todo el mundo, Jesús promete que no quedarán solos: estará con ellos el Espíritu Santo, el Paráclito, que estará a su lado, es más, estará en ellos, para defenderlos y sostenerlos. Jesús regresa al Padre pero continúa acompañando y enseñando a sus discípulos mediante el don del Espíritu Santo.

El segundo aspecto de la misión del Espíritu Santo consiste en ayudar a los Apóstoles a

recordar las palabras de Jesús. El Espíritu tiene la tarea de despertar la memoria, recordar las palabras de Jesús. El divino Maestro ya había comunicado todo lo que quería confiar a los Apóstoles: con Él, Verbo encarnado, la revelación está completa. El Espíritu hará recordar las enseñanzas de Jesús en las diversas circunstancias concretas de la vida, para poder ponerlas en práctica. Es precisamente lo que sucede aún hoy en día en la Iglesia, guiada por la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para

que pueda llevar a todos el don de la salvación, es decir, el amor y la misericordia de Dios. Por ejemplo, cuando vosotros leéis todos los días —como os he recomendado— un trozo, un pasaje del Evangelio, pedid al Espíritu Santo: «Que yo entienda y recuerde estas palabras de Jesús». Y después leer el pasaje, todos los días... Pero antes, esa oración al Espíritu, que está en nuestro corazón: «Que recuerde y entienda».

Nosotros no estamos solos: Jesús está cerca de nosotros,

en medio de nosotros, dentro de nosotros. Su nueva presencia en la historia se realiza mediante el don del Espíritu Santo, por medio del cual es posible instaurar una relación viva con Él, el Crucificado Resucitado. El Espíritu, efundido en nosotros con los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, actúa en nuestra vida. Él nos guía en el modo de pensar, de actuar, de distinguir qué está bien y qué está mal; nos ayuda a practicar la caridad de Jesús, su donarse a los

demás, especialmente a los más necesitados.

No estamos solos. Y el signo de la presencia del Espíritu Santo es también la paz que Jesús dona a sus discípulos: «Mi paz os doy» (*Jn 14, 27*). Esa es diversa de la que los hombres se desean o intentan realizar. La paz de Jesús brota de la victoria sobre el pecado, sobre el egoísmo que nos impide amarnos como hermanos. Es don de Dios y signo de su presencia. Todo discípulo, llamado hoy a seguir a Jesús cargando la cruz, recibe en sí la

paz del Crucificado Resucitado con la certeza de su victoria y a la espera de su venida definitiva.

Que la Virgen María nos ayude a acoger con docilidad al Espíritu Santo como Maestro interior y como Memoria viva de Cristo en el camino cotidiano.

Después del Regina Coeli.

Queridos hermanos y hermanas:

Mi cordial recuerdo va dirigido a nuestros hermanos de las Iglesias de Oriente que celebran hoy la Pascua. Que el

Señor resucitado dé a todos los dones de su luz y su paz. *¡Christós anésti!*

Recibo con profundo dolor las dramáticas noticias provenientes de Siria, relacionadas con la espiral de violencia que sigue agravando la ya desesperada situación humanitaria del país, en especial, en la ciudad de Alepo, y que continúa llevándose víctimas inocentes, incluso entre los niños, los enfermos y los que con gran sacrificio se comprometen a prestar ayuda al prójimo.

Invito a todas las partes involucradas en el conflicto a respetar el cese de las hostilidades y reforzar el diálogo en curso, único camino que conduce a la paz.

Se abre mañana en Roma la Conferencia internacional sobre el tema «El desarrollo sostenible y las formas más vulnerables de trabajo». Deseo que el evento pueda sensibilizar a las autoridades, las instituciones políticas y económicas y la sociedad civil, para que se promueva un modelo de desarrollo que tenga

en cuenta la dignidad humana, en el pleno respeto de las normativas sobre el trabajo y el ambiente.

Os saludo, peregrinos provenientes de Italia y de otros países. En particular, saludo a los fieles de Madrid, Barcelona y Varsovia, como también a la Comunidad Abrahán, comprometida con proyectos de evangelización en Europa, a los peregrinos de Olgiate Comasco, Bagnolo Mella y los confirmandos de Castelli Calepio.

Saludo a la Asociación «Meter»,

que desde hace tantos años
lucha contra toda forma de
abuso sobre menores. ¡Esta es
una tragedia! No debemos
tolerar los abusos de menores.
Debemos defender a los
menores y debemos castigar
severamente a los que abusan.
Gracias por vuestro
compromiso y seguid con coraje
en esta labor.

A todos os deseo un feliz
domingo. Por favor, no os
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y hasta la vista!

2 de mayo de 2016. Discurso a los participantes en el capítulo general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced (mercedarios)

Lunes.

Queridos hermanos y hermanas:

Les doy la bienvenida y agradezco al Padre Pablo Bernardo Ordoñez sus palabras. Encomiendo al Señor los trabajos de esta asamblea capitular y los proyectos de bien que se programan para

este sexenio, confiando a la maternal protección de Nuestra Señora de la Merced el nuevo equipo de gobierno que surgirá de vuestra deliberación.

Con el lema «*La Merced: memoria y profecía en las periferias de la libertad*» están afrontando este Capítulo General que se abre a la próxima celebración del octavo centenario de la Orden.

Una *memoria* que evoca las grandes gestas cumplidas en estos ocho siglos: la obra de la redención de cautivos, la audaz misión en el nuevo mundo, así

como a tantos miembros ilustres por santidad y letras que engalanan su historia. Ciertamente, mucho hay que recordar, y nos hace bien recordar.

Pero este recuerdo no debe limitarse a una exposición del pasado, sino que ha de ser un acto sereno y consciente que nos permita evaluar nuestros logros, sin olvidar nuestros límites y, sobre todo, afrontar los desafíos que la humanidad nos plantea. Este capítulo puede ser una ocasión privilegiada para un diálogo

sincero y provechoso que no se quede en un pasado glorioso, sino que examine las dificultades encontradas en ese camino, las vacilaciones y también los errores. La verdadera vida de la Orden ha de buscarse en el constante esfuerzo por adecuarse y renovarse, a fin de poder dar una respuesta generosa a las necesidades reales del mundo y de la Iglesia, siendo fieles al patrimonio perenne del que son depositarios.

Con este espíritu, podemos hablar realmente de *profecía*,

no podemos hacerlo de otro modo. Porque ser profeta es prestar nuestra voz humana a la Palabra eterna, olvidarnos de nosotros mismos para que sea Dios quien manifieste su omnipotencia en nuestra debilidad. El profeta es un enviado, un ungido, ha recibido un don del Espíritu para el servicio del santo Pueblo fiel de Dios. Ustedes han recibido también un don y han sido consagrados para una misión que es una obra de misericordia: seguir a Cristo llevando la buena noticia del

Evangelio a los pobres y la liberación a los cautivos (cf. *Lc 4,18*). Queridos hermanos, nuestra profesión religiosa es un don y una gran responsabilidad, pues lo llevamos en vasos de barro. No nos fiemos de nuestras propias fuerzas sino encomendémonos siempre a la misericordia divina. La vigilancia, la perseverancia en la oración, en el cultivo de la vida interior son los pilares que nos sostienen. Si Dios está presente en vuestras vidas, la alegría de llevar su Evangelio será

vuestra fuerza y vuestro gozo. Dios nos ha llamado además a servirle dentro de la Iglesia y dentro de la Comunidad.

Sosténganse en este camino común; que la comunión fraterna y la concordia en el bien obrar testimonien, antes que las palabras, el mensaje de Jesús y su amor a la Iglesia.

El profeta sabe ir a las *periferias*, a las que hay que acercarse ligero de equipaje. El Espíritu es un viento ligero que nos impulsa hacia adelante.

Evocar qué movió a vuestros Padres y hacia dónde los

dirigió, los compromete a seguir sus pasos. Ellos fueron capaces de quedarse como rehenes junto al pobre, al marginado, al descartado de la sociedad, para llevarle consuelo, sufriendo con él, completando en carne propia lo que falta a la pasión de Cristo (Col 1,24). Y esto un día y otro, en perseverancia, en el silencio de una vida entregada libre y generosamente. Seguirles es asumir que, para liberar, debemos hacernos pequeños, unirnos al cautivo, en la certeza que así no sólo

cumpliremos nuestro propósito de redimir, sino que encontramos nosotros también la verdadera libertad, pues en el pobre y el cautivo reconocemos presente a nuestro Redentor.

En el octavo Centenario de la Orden, no dejen de «proclamar el año de gracia del Señor» a todos aquellos a los que son enviados: a los perseguidos por causa de su fe y a los privados de libertad, a las víctimas de la trata y a los jóvenes de sus escuelas, a los que atienden en sus obras de misericordia y a

los fieles de las parroquias y las misiones que les han sido encomendadas por la Iglesia. Para cada uno de ellos y para la entera familia mercedaria va mi bendición y también mi ruego de que no se olviden de rezar por mí.

4 de mayo de 2016. Audiencia general. El Buen Pastor.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Conocemos todos la imagen del Buen Pastor que carga sobre sus hombros a la oveja perdida. Desde siempre esta imagen representa la solicitud de Jesús hacia los pecadores y la misericordia de Dios que no se resigna a perder a ninguno. Jesús cuenta la parábola para hacer comprender que su

cercanía a los pecadores no debe escandalizar, sino, al contrario, provocar en todos una seria reflexión acerca de cómo vivimos nuestra fe. El relato presenta, por una parte, a los pecadores que se acercan a Jesús para escucharlo y, por otra, a los doctores de la ley, los escribas sospechosos que se alejan de Él por este comportamiento suyo. Se alejan porque Jesús se acercaba a los pecadores. Eran orgullosos, eran soberbios, se creían justos. Nuestra parábola se desarrolla

alrededor de tres personajes: el pastor, la oveja perdida y el resto del rebaño. Quien actúa, sin embargo, es sólo el pastor, no las ovejas. El pastor, por lo tanto, es el único auténtico protagonista y todo depende de él. Una pregunta introduce la parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar a la que se perdió hasta que la encuentra?» (Lc 15, 4). Se trata de algo paradójico que lleva a dudar acerca del modo de obrar del

pastor: ¿es sabio abandonar a las noventa y nueve por una sola oveja? Y, por lo demás, sin la seguridad de un rebaño sino en el desierto. Según la tradición bíblica el desierto es lugar de muerte dónde es difícil encontrar alimento y agua, sin amparo y bajo la amenaza de las fieras y de los salteadores. ¿Qué pueden hacer noventa y nueve ovejas indefensas? La paradoja, de todos modos, sigue diciendo que el pastor, al encontrar a la oveja, «la pone contento sobre sus hombros, y llegando a casa convoca a los

amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo» (Lc 15, 5-6). Parece, por lo tanto, que el pastor no regresa al desierto para recuperar a todo el rebaño. Dedicado a esa única oveja parece olvidar a las otras noventa y nueve. Pero en realidad no es así. La enseñanza que Jesús quiere darnos es más bien que no se puede dejar que ninguna oveja se pierda. El Señor no puede resignarse ante el hecho de que incluso una sola persona pueda perderse. El modo de obrar de Dios es el de quien va

en busca de los hijos perdidos para luego hacer fiesta y alegrarse con todos por haberlos encontrado. Se trata de un deseo incontenible: ni siquiera noventa y nueve ovejas pueden detener al pastor y tenerlo encerrado en el redil. Él podría razonar así: «Hago un cálculo: tengo noventa y nueve, he perdido una, pero no es una gran pérdida». Él, en cambio, va a buscar a esa misma, porque cada una es muy importante para él y esa es la más necesitada, la más abandonada,

la más descartada; y él va a buscarla. Estamos todos avisados: la misericordia hacia los pecadores es el estilo con el cual obra Dios y a esa misericordia Él es muy fiel: nada ni nadie podrá apartarlo de su voluntad de salvación. Dios no conoce nuestra cultura actual del descarte, en Dios esto no tiene lugar. Dios no descarta a ninguna persona; Dios ama a todos, busca a todos: ¡uno por uno! Él no conoce la expresión «descartar a la gente», porque es todo amor y misericordia.

El rebaño del Señor está siempre en camino: no se posesiona del Señor, no puede ilusionarse con aprisionarlo en nuestros esquemas y en nuestras estrategias. Al pastor se lo encontrará allí donde está la oveja perdida. Así, pues, al Señor hay que buscarlo allí donde Él quiere encontrarnos, no donde nosotros pretendemos encontrarlo. De ninguna otra forma se podrá reconstituir el rebaño si no es siguiendo la senda trazada por la misericordia del pastor. Mientras busca a la oveja

perdida, él provoca a las noventa y nueve para que participen en la reunificación del rebaño. Entonces no sólo la oveja que lleva sobre los hombros, sino todo el rebaño seguirá al pastor hasta su casa para hacer fiesta con «amigos y vecinos».

Deberíamos reflexionar con frecuencia sobre esta parábola, porque en la comunidad cristiana siempre hay alguien que falta y se ha marchado dejando un sitio vacío. A veces esto es desalentador y nos lleva a creer que se trate de

una pérdida inevitable, una enfermedad sin remedio. Es entonces que corremos el peligro de encerrarnos dentro de un redil, donde no habrá olor de oveja, sino olor a encierro. ¿Y los cristianos? No debemos ser cerrados, porque tendremos el olor de las cosas cerradas. ¡Nunca! Hay que salir y no cerrarse en sí mismo, en las pequeñas comunidades, en la parroquia, considerándose «los justos». Esto sucede cuando falta el impulso misionero que nos lleva al encuentro de los demás. En la

visión de Jesús no hay ovejas definitivamente perdidas, sino sólo ovejas que hay que volver a encontrar. Esto debemos entenderlo bien: para Dios nadie está definitivamente perdido. ¡Nunca! Hasta el último momento, Dios nos busca. Pensad en el buen ladrón; pero sólo en la visión de Jesús nadie está definitivamente perdido. La perspectiva, por lo tanto, es totalmente dinámica, abierta, estimulante y creativa. Nos impulsa a salir en búsqueda para emprender un camino de

fraternidad. Ninguna distancia puede mantener alejado al pastor; y ningún rebaño puede renunciar a un hermano.

Encontrar a quien se ha perdido es la alegría del pastor y de Dios, pero es también la alegría de todo el rebaño. Todos nosotros somos ovejas encontradas y convocadas por la misericordia del Señor, llamados a recoger junto a Él a todo el rebaño.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a la peregrinación

interdiocesana de Mérida-Badajoz y Coria-Cáceres acompañados de sus Obispos Mons. Celso Morga y Francisco Cerro, así como a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Cada uno de nosotros es esa oveja que el Señor lleno de misericordia ha querido cargar sobre sus hombros para llevarla a casa y, al mismo tiempo, cada uno hemos sido llamados a recoger junto al Buen Pastor a toda la grey, para participar todos de su alegría. Que Dios los bendiga.

5 de mayo de 2016. Meditación
en la vigilia de oración "para
secar las lágrimas"

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Jueves.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Después de los testimonios que
hemos oído, y a la luz de la
Palabra del Señor que ilumina
nuestra situación de
sufrimiento, invocamos ante
todo la presencia del Espíritu

Santo para que venga sobre nosotros. Que él ilumine nuestras mentes, para que podamos encontrar palabras adecuadas que den consuelo; que él abra nuestros corazones para que podamos tener la certeza de que Dios está presente y no nos abandona en las pruebas. El Señor Jesús prometió a sus discípulos que nunca los dejaría solos: que estaría cerca de ellos en cualquier momento de la vida mediante el envío del Espíritu Paráclito (cf. *Jn 14,26*), el cual los habría ayudado, sostenido y

consolado.

En los momentos de tristeza, en el sufrimiento de la enfermedad, en la angustia de la persecución y en el dolor por la muerte de un ser querido, todo el mundo busca una palabra de consuelo. Sentimos una gran necesidad de que alguien esté cerca y sienta compasión de nosotros.

Experimentamos lo que significa estar desorientados, confundidos, golpeados en lo más íntimo, como nunca nos hubiéramos imaginado.

Miramos a nuestro alrededor

con ojos vacilantes, buscando encontrar a alguien que pueda realmente entender nuestro dolor. La mente se llena de preguntas, pero las respuestas no llegan. La razón por sí sola no es capaz de iluminar nuestro interior, de comprender el dolor que experimentamos y dar la respuesta que esperamos. En esos momentos es cuando más necesitamos las *razones del corazón*, las únicas que pueden ayudarnos a entender el misterio que envuelve nuestra soledad. Vemos cuánta tristeza hay en

muchos de los rostros que encontramos. Cuántas lágrimas se derraman a cada momento en el mundo; cada una distinta de las otras; y juntas forman como un océano de desolación, que implora piedad, compasión, consuelo. Las más amargas son las provocadas por la maldad humana: las lágrimas de aquel a quien le han arrebatado violentamente a un ser querido; lágrimas de abuelos, de madres y padres, de niños... Hay ojos que a menudo se quedan mirando fijos la puesta del sol y que apenas consiguen

ver el alba de un nuevo día. Tenemos necesidad de la misericordia, del consuelo que viene del Señor. Todos lo necesitamos; es nuestra pobreza, pero también nuestra grandeza: invocar el consuelo de Dios, que con su ternura viene a secar las lágrimas de nuestros ojos (cf. *Is 25,8; Ap 7,17; 21,4*). En este sufrimiento nuestro no estamos solos. También Jesús sabe lo que significa llorar por la pérdida de un ser querido. Es una de las páginas más conmovedoras del Evangelio:

cuando Jesús, viendo llorar a María por la muerte de su hermano Lázaro, ni siquiera él fue capaz de contener las lágrimas. Experimentó una profunda conmoción y rompió a llorar (cf. *Jn* 11,33-35). El evangelista Juan, con esta descripción, muestra cómo Jesús se une al dolor de sus amigos compartiendo su desconsuelo. Las lágrimas de Jesús han desconcertado a muchos teólogos a lo largo de los siglos, pero sobre todo han lavado a muchas almas, han aliviado muchas heridas. Jesús

también experimentó en su persona el miedo al sufrimiento y a la muerte, la desilusión y el desconsuelo por la traición de Judas y Pedro, el dolor por la muerte de su amigo Lázaro. Jesús «no abandona a los que ama» (Agustín, *In Joh* 49,5). Si Dios ha llorado, también yo puedo llorar sabiendo que se me comprende. El llanto de Jesús es el antídoto contra la indiferencia ante el sufrimiento de mis hermanos. Ese llanto enseña a sentir como propio el dolor de los demás, a hacerme partícipe del sufrimiento y las

dificultades de las personas que viven en las situaciones más dolorosas. Me provoca para que sienta la tristeza y desesperación de aquellos a los que les han arrebatado incluso el cuerpo de sus seres queridos, y no tienen ya ni siquiera un lugar donde encontrar consuelo. El llanto de Jesús no puede quedar sin respuesta de parte del que cree en él. Como él consuela, también nosotros estamos llamados a consolar. En el momento del desconcierto, de la conmoción y

del llanto, brota en el corazón de Cristo la oración al Padre. La oración es la verdadera medicina para nuestro sufrimiento. También nosotros, en la oración, podemos sentir la presencia de Dios a nuestro lado. La ternura de su mirada nos consuela, la fuerza de su palabra nos sostiene, infundiendo esperanza. Jesús, junto a la tumba de Lázaro, oró: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre» (*Jn 11,41-42*). Necesitamos esta certeza: el

Padre nos escucha y viene en nuestra ayuda. El amor de Dios derramado en nuestros corazones nos permite afirmar que, cuando se ama, nada ni nadie nos apartará de las personas que hemos amado. Lo recuerda el apóstol Pablo con palabras de gran consuelo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? [...] Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy

convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm 8,35.37-39*). El poder del amor transforma el sufrimiento en la certeza de la victoria de Cristo, y de nuestra victoria con él, y en la esperanza de que un día estaremos juntos de nuevo y contemplaremos para siempre el rostro de la Trinidad Santísima, fuente eterna de la

vida y del amor.

Al lado de cada cruz siempre está la Madre de Jesús. Con su manto, ella enjuga nuestras lágrimas. Con su mano nos ayuda a levantarnos y nos acompaña en el camino de la esperanza.

6 de mayo de 2016. Discurso
en la entrega del premio
Carlomagno.

Viernes.

Ilustres señoras y señores:
Les doy mi cordial bienvenida y
gracias por su presencia.
Agradezco especialmente sus
amables palabras a los señores
Marcel Philipp, Jürgen Linden,
Martin Schulz, Jean-Claude
Juncker y Donald Tusk. Deseo
reiterar mi intención de ofrecer
a Europa el prestigioso premio
con el cual he sido honrado: no

hagamos un gesto celebrativo, sino que aprovechemos más bien esta ocasión para desear todos juntos un impulso nuevo y audaz para este amado Continente.

La creatividad, el ingenio, la capacidad de levantarse y salir de los propios límites pertenecen al alma de Europa. En el siglo pasado, ella ha dado testimonio a la humanidad de que un nuevo comienzo era posible; después de años de trágicos enfrentamientos, que culminaron en la guerra más terrible que se recuerda,

surgió, con la gracia de Dios, una novedad sin precedentes en la historia. Las cenizas de los escombros no pudieron extinguir la esperanza y la búsqueda del otro, que ardían en el corazón de los padres fundadores del proyecto europeo. Ellos pusieron los cimientos de un baluarte de la paz, de un edificio construido por Estados que no se unieron por imposición, sino por la libre elección del bien común, renunciando para siempre a enfrentarse. Europa, después de muchas divisiones, se

encontró finalmente a sí misma y comenzó a construir su casa. Esta «familia de pueblos»[\[1\]](#), que entretanto se ha hecho de modo meritorio más amplia, en los últimos tiempos parece sentir menos suyos los muros de la casa común, tal vez levantados apartándose del clarividente proyecto diseñado por los padres. Aquella atmósfera de novedad, aquel ardiente deseo de construir la unidad, parecen estar cada vez más apagados; nosotros, los hijos de aquel sueño estamos tentados de caer en nuestros

egoísmos, mirando lo que nos es útil y pensando en construir recintos particulares. Sin embargo, estoy convencido de que la resignación y el cansancio no pertenecen al alma de Europa y que también «las dificultades puedan convertirse en fuertes promotoras de unidad» [\[2\]](#).

En el Parlamento Europeo me permití hablar de la Europa anciana. Decía a los eurodiputados que en diferentes partes crecía la impresión general de una Europa cansada y envejecida,

no fértil ni vital, donde los grandes ideales que inspiraron a Europa parecen haber perdido fuerza de atracción. Una Europa decaída que parece haber perdido su capacidad generativa y creativa. Una Europa tentada de querer asegurar y dominar espacios más que de generar procesos de inclusión y de transformación; una Europa que se va «atrincherando» en lugar de privilegiar las acciones que promueven nuevos dinamismos en la sociedad; dinamismos capaces de

involucrar y poner en marcha todos los actores sociales (grupos y personas) en la búsqueda de nuevas soluciones a los problemas actuales, que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos; una Europa que, lejos de proteger espacios, se convierta en madre generadora de procesos (cf. *Evangelii gaudium*, 223).
¿Qué te ha sucedido Europa humanista, defensora de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad?
¿Qué te ha pasado Europa, tierra de poetas, filósofos,

artistas, músicos, escritores?
¿Qué te ha ocurrido Europa,
madre de pueblos y naciones,
madre de grandes hombres y
mujeres que fueron capaces de
defender y dar la vida por la
dignidad de sus hermanos?

El escritor Elie Wiesel,
superviviente de los campos de
exterminio nazis, decía que hoy
en día es imprescindible
realizar una «transfusión de
memoria». Es necesario «hacer
memoria», tomar un poco de
distancia del presente para
escuchar la voz de nuestros
antepasados. La memoria no

sólo nos permitirá que no se cometan los mismos errores del pasado (cf. *Evangelii gaudium*, 108), sino que nos dará acceso a aquellos logros que ayudaron a nuestros pueblos a superar positivamente las encrucijadas históricas que fueron encontrando. La transfusión de memoria nos libera de esa tendencia actual, con frecuencia más atractiva, a obtener rápidamente resultados inmediatos sobre arenas movedizas, que podrían producir «un rédito político fácil, rápido y efímero, pero

que no construyen la plenitud humana» (ibíd. 224).

A este propósito, nos hará bien evocar a los padres fundadores de Europa. Ellos supieron buscar vías alternativas e innovadoras en un contexto marcado por las heridas de la guerra. Ellos tuvieron la audacia no sólo de soñar la idea de Europa, sino que osaron transformar radicalmente los modelos que únicamente provocaban violencia y destrucción. Se atrevieron a buscar soluciones multilaterales a los problemas

que poco a poco se iban convirtiendo en comunes. Robert Schuman, en el acto que muchos reconocen como el nacimiento de la primera comunidad europea, dijo: «Europa no se hará de una vez, ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho» [\[3\]](#). Precisamente ahora, en este nuestro mundo atormentado y herido, es necesario volver a aquella solidaridad de hecho, a la misma generosidad

concreta que siguió al segundo conflicto mundial, porque — proseguía Schuman— «la paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan» [\[4\]](#). Los proyectos de los padres fundadores, mensajeros de la paz y profetas del futuro, no han sido superados: inspiran, hoy más que nunca, a construir puentes y derribar muros. Parecen expresar una ferviente invitación a no contentarse con retoques cosméticos o

compromisos tortuosos para corregir algún que otro tratado, sino a sentar con valor bases nuevas, fuertemente arraigadas. Como afirmaba Alcide De Gasperi, «todos animados igualmente por la preocupación del bien común de nuestras patrias europeas, de nuestra patria Europa», se comience de nuevo, sin miedo un «trabajo constructivo que exige todos nuestros esfuerzos de paciente y amplia cooperación»[\[5\]](#).

Esta transfusión de memoria nos permite inspirarnos en el

pasado para afrontar con valentía el complejo cuadro multipolar de nuestros días, aceptando con determinación el reto de «actualizar» la idea de Europa. Una Europa capaz de dar a luz un nuevo humanismo basado en tres capacidades: la capacidad de integrar, capacidad de comunicación y la capacidad de generar.

Capacidad de integrar

Erich Przywara, en su magnífica obra *La idea de Europa*, nos reta a considerar la ciudad como un lugar de convivencia entre varias

instancias y niveles. Él conocía la tendencia reduccionista que mora en cada intento de pensar y soñar el tejido social. La belleza arraigada en muchas de nuestras ciudades se debe a que han conseguido mantener en el tiempo las diferencias de épocas, naciones, estilos y visiones. Basta con mirar el inestimable patrimonio cultural de Roma para confirmar, una vez más, que la riqueza y el valor de un pueblo tiene precisamente sus raíces en el saber articular todos estos niveles en una sana

convivencia. Los reduccionismos y todos los intentos de uniformar, lejos de generar valor, condenan a nuestra gente a una pobreza cruel: la de la exclusión. Y, más que aportar grandeza, riqueza y belleza, la exclusión provoca bajeza, pobreza y fealdad. Más que dar nobleza de espíritu, les aporta mezquindad.

Las raíces de nuestros pueblos, las raíces de Europa se fueron consolidando en el transcurso de su historia, aprendiendo a integrar en síntesis siempre nuevas las culturas más

diversas y sin relación aparente entre ellas. La identidad europea es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural.

La actividad política es consciente de tener entre las manos este trabajo fundamental y que no puede ser pospuesto. Sabemos que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas», por lo que se tendrá siempre que trabajar para «ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos»

(Evangelii gaudium, 235).

Estamos invitados a promover una integración que encuentra en la solidaridad el modo de hacer las cosas, el modo de construir la historia. Una solidaridad que nunca puede ser confundida con la limosna, sino como generación de oportunidades para que todos los habitantes de nuestras ciudades —y de muchas otras ciudades— puedan desarrollar su vida con dignidad. El tiempo nos enseña que no basta solamente la integración geográfica de las personas, sino

que el reto es una fuerte integración cultural.

De esta manera, la comunidad de los pueblos europeos podrá vencer la tentación de replegarse sobre paradigmas unilaterales y de aventurarse en «colonizaciones ideológicas»; más bien redescubrirá la amplitud del alma europea, nacida del encuentro de civilizaciones y pueblos, más vasta que los actuales confines de la Unión y llamada a convertirse en modelo de nuevas síntesis y de diálogo. En efecto, el rostro de

Europa no se distingue por oponerse a los demás, sino por llevar impresas las características de diversas culturas y la belleza de vencer todo encerramiento. Sin esta capacidad de integración, las palabras pronunciadas por Konrad Adenauer en el pasado resonarán hoy como una profecía del futuro: «El futuro de Occidente no está amenazado tanto por la tensión política, como por el peligro de la masificación, de la uniformidad de pensamiento y del sentimiento; en breve, por

todo el sistema de vida, de la fuga de la responsabilidad, con la única preocupación por el propio yo» [\[6\]](#).

Capacidad de diálogo

Si hay una palabra que tenemos que repetir hasta cansarnos es esta: diálogo. Estamos invitados a promover una cultura del diálogo, tratando por todos los medios de crear instancias para que esto sea posible y nos permita reconstruir el tejido social. La cultura del diálogo implica un auténtico aprendizaje, una ascesis que nos permita

reconocer al otro como un interlocutor válido; que nos permita mirar al extranjero, al emigrante, al que pertenece a otra cultura como sujeto digno de ser escuchado, considerado y apreciado. Para nosotros, hoy es urgente involucrar a todos los actores sociales en la promoción de «una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones» (Evangelii gaudium, 239). La

paz será duradera en la medida en que armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo, les enseñemos la buena batalla del encuentro y la negociación. De esta manera podremos dejarles en herencia una cultura que sepa delinear estrategias no de muerte, sino de vida, no de exclusión, sino de integración.

Esta cultura de diálogo, que debería ser incluida en todos los programas escolares como un eje transversal de las disciplinas, ayudará a inculcar a las nuevas generaciones un

modo diferente de resolver los conflictos al que les estamos acostumbrando. Hoy urge crear «coaliciones», no sólo militares o económicas, sino culturales, educativas, filosóficas, religiosas. Coaliciones que pongan de relieve cómo, detrás de muchos conflictos, está en juego con frecuencia el poder de grupos económicos. Coaliciones capaces de defender las personas de ser utilizadas para fines impropios. Armemos a nuestra gente con la cultura del diálogo y del encuentro.

Capacidad de generar

El diálogo, y todo lo que este implica, nos recuerda que nadie puede limitarse a ser un espectador ni un mero observador. Todos, desde el más pequeño al más grande, tienen un papel activo en la construcción de una sociedad integrada y reconciliada. Esta cultura es posible si todos participamos en su elaboración y construcción. La situación actual no permite meros observadores de las luchas ajenas. Al contrario, es un firme llamamiento a la

responsabilidad personal y social.

En este sentido, nuestros jóvenes desempeñan un papel preponderante. Ellos no son el futuro de nuestros pueblos, son el presente; son los que ya hoy con sus sueños, con sus vidas, están forjando el espíritu europeo. No podemos pensar en el mañana sin ofrecerles una participación real como autores de cambio y de transformación. No podemos imaginar Europa sin hacerlos partícipes y protagonistas de este sueño.

He reflexionado últimamente sobre este aspecto, y me he preguntado: ¿Cómo podemos hacer partícipes a nuestros jóvenes de esta construcción cuando les privamos del trabajo; de empleo digno que les permita desarrollarse a través de sus manos, su inteligencia y sus energías? ¿Cómo pretendemos reconocerles el valor de protagonistas, cuando los índices de desempleo y subempleo de millones de jóvenes europeos van en aumento? ¿Cómo evitar la

pérdida de nuestros jóvenes, que terminan por irse a otra parte en busca de ideales y sentido de pertenencia porque aquí, en su tierra, no sabemos ofrecerles oportunidades y valores?

«La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral» [\[7\]](#). Si queremos entender nuestra sociedad de un modo diferente, necesitamos crear puestos de trabajo digno y bien remunerado, especialmente para nuestros jóvenes.

Esto requiere la búsqueda de nuevos modelos económicos más inclusivos y equitativos, orientados no para unos pocos, sino para el beneficio de la gente y de la sociedad. Pienso, por ejemplo, en la economía social de mercado, alentada también por mis predecesores (cf. Juan Pablo II, Discurso al Embajador de la R. F. de Alemania, 8 noviembre 1990). Pasar de una economía que apunta al rédito y al beneficio, basados en la especulación y el préstamo con interés, a una economía social que invierta en

las personas creando puestos de trabajo y cualificación.

Tenemos que pasar de una economía líquida, que tiende a favorecer la corrupción como medio para obtener beneficios, a una economía social que garantice el acceso a la tierra y al techo por medio del trabajo como ámbito donde las personas y las comunidades puedan poner en juego «muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la

comunicación con los demás, una actitud de adoración. Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que “se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo [...] para todos”[\[8\]](#)» (Laudato si’,127). Si queremos mirar hacia un futuro que sea digno, si queremos un futuro de paz para nuestras sociedades, solamente podremos lograrlo

apostando por la inclusión real: «esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario»[\[9\]](#). Este cambio (de una economía líquida a una economía social) no sólo dará nuevas perspectivas y oportunidades concretas de integración e inclusión, sino que nos abrirá nuevamente la capacidad de soñar aquel humanismo, del que Europa ha sido la cuna y la fuente. La Iglesia puede y debe ayudar al renacer de una Europa cansada, pero todavía rica de energías y de potencialidades.

Su tarea coincide con su misión: el anuncio del Evangelio, que hoy más que nunca se traduce principalmente en salir al encuentro de las heridas del hombre, llevando la presencia fuerte y sencilla de Jesús, su misericordia que consuela y anima. Dios desea habitar entre los hombres, pero puede hacerlo solamente a través de hombres y mujeres que, al igual que los grandes evangelizadores del continente, estén tocados por él y vivan el Evangelio sin buscar otras

cosas. Sólo una Iglesia rica en testigos podrá llevar de nuevo el agua pura del Evangelio a las raíces de Europa. En esto, el camino de los cristianos hacia la unidad plena es un gran signo de los tiempos, y también la exigencia urgente de responder al Señor «para que todos sean uno» (Jn 17,21).

Con la mente y el corazón, con esperanza y sin vana nostalgia, como un hijo que encuentra en la madre Europa sus raíces de vida y fe, sueño un nuevo humanismo europeo, «un proceso constante de

humanización», para el que hace falta «memoria, valor y una sana y humana utopía»[\[10\]](#). Sueño una Europa joven, capaz de ser todavía madre: una madre que tenga vida, porque respeta la vida y ofrece esperanza de vida. Sueño una Europa que se hace cargo del niño, que como un hermano socorre al pobre y a los que vienen en busca de acogida, porque ya no tienen nada y piden refugio. Sueño una Europa que escucha y valora a los enfermos y a los ancianos, para que no sean

reducidos a objetos
improductivos de descarte.
Sueño una Europa, donde ser
emigrante no sea un delito,
sino una invitación a un mayor
compromiso con la dignidad de
todo ser humano. Sueño una
Europa donde los jóvenes
respiren el aire limpio de la
honestidad, amen la belleza de
la cultura y de una vida
sencilla, no contaminada por
las infinitas necesidades del
consumismo; donde casarse y
tener hijos sea una
responsabilidad y una gran
alegría, y no un problema

debido a la falta de un trabajo suficientemente estable. Sueño una Europa de las familias, con políticas realmente eficaces, centradas en los rostros más que en los números, en el nacimiento de hijos más que en el aumento de los bienes. Sueño una Europa que promueva y proteja los derechos de cada uno, sin olvidar los deberes para con todos. Sueño una Europa de la cual no se pueda decir que su compromiso por los derechos humanos ha sido su última utopía. Gracias.

[1] Discurso al Parlamento Europeo, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

[2] Ibíd.

[3] Declaración del 9 de mayo de 1950, Salón de l'Horloge, Quai d'Orsay, Paris

[4] Ibíd.

[5] Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea, París, 21 de abril de 1954.

[6] Discurso a la Asamblea de los artesanos alemanes,

Düsseldorf, 27 de abril de 1952.

[7] Discurso a los movimientos populares en Bolivia, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio de 2015.

[8] Benedicto XVI, Carta. Enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 32: AAS 101 (2009), 666.

[9] Discurso a los movimientos populares en Bolivia, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio 2015.

[10] Discurso al Consejo de

Europa, Estrasburgo, 25 de
noviembre de 2014.

7 de mayo de 2016. Discurso a la guardia suiza pontificia con ocasión del juramento de los nuevos reclutas.

Sábado.

*Señor comandante,
reverendo capellán,
queridos Guardias,
queridos familiares y amigos de
la Guardia Suiza pontificia:*

Al día siguiente de vuestra fiesta me complace recibirlos y festejar con vosotros, también para expresar mi aprecio y mi gratitud por vuestro servicio,

vuestra disponibilidad y vuestra fidelidad a la Santa Sede. Un saludo particular dirijo a los reclutas y a sus familiares, así como a los representantes de las autoridades suizas aquí presentes. Es hermoso ver jóvenes, como vosotros, que dedican algunos años de su vida a la Iglesia, concretamente al Sucesor de Pedro: es una ocasión única para crecer en la fe, para experimentar la universalidad de la Iglesia, para tener una experiencia de fraternidad.

Crece en la fe. Estáis llamados

a vivir vuestro trabajo como una misión que el Señor mismo os confía; a acoger el tiempo que pasáis aquí en Roma, en el corazón de la cristiandad, como oportunidad para profundizar la amistad con Jesús y caminar hacia la meta de cada vida cristiana auténtica: la santidad. Por ello os invito a alimentar vuestro espíritu con la oración y la escucha de la Palabra Dios; a participar con devoción en la santa misa y cultivar una filial devoción a la Virgen María, y realizar así vuestra peculiar misión, trabajando cada día

«*acriter et fideliter*», con valentía y fidelidad.

Experimentar la universalidad de la Iglesia. Las tumbas de los Apóstoles y la sede del Obispo de Roma son encrucijada de peregrinos que proceden de todo el mundo. Vosotros tenéis así la posibilidad de tocar con la mano la maternidad de la Iglesia que acoge en sí, en su unidad, la diversidad de numerosos pueblos.

Podéis encontraros con personas de diversas lenguas, tradiciones y culturas, pero que se sienten hermanos al estar

aunados por la fe en Jesucristo. Os hará bien descubrir su testimonio cristiano y ofrecer, vosotros, un sereno y gozoso testimonio evangélico.

Experimentar la fraternidad.

También esto es importante: estar atentos unos de los otros, para apoyaros en el trabajo cotidiano y para enriqueceros recíprocamente, recordando siempre que «mayor felicidad hay en dar que en recibir» (*Hech 20, 35*). Sabed valorizar la vida comunitaria, el hecho de compartir momentos gozosos y los más difíciles,

prestando atención a quien entre vosotros se encuentra en dificultad y a veces necesita una sonrisa y un gesto de aliento y de amistad.

Asumiendo esta actitud, os veréis favorecidos también al afrontar con diligencia y perseverancia las pequeñas y grandes tareas del servicio cotidiano, testimoniando amabilidad y espíritu de acogida, altruismo y humanidad hacia todos.

Queridos Guardias, os deseo que viváis intensamente vuestras jornadas, firmes en la

fe y generosos en la caridad hacia las personas que encontráis. Que os ayude nuestra Madre María, que honramos de modo especial en el mes de mayo, a experimentar cada día más esa comunión profunda con Dios, que para nosotros creyentes inicia en la tierra y será plena en el cielo. Estamos llamados, como recuerda san Pablo, a ser «conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (*Ef 2, 19*). Os encomiendo a vosotros, a vuestras familias, a vuestros amigos y a quienes, con

ocasión del juramento, han venido a Roma, a la intercesión de la Virgen, de vuestros patronos, san Martín y san Sebastián.

Os pido, por favor, que recéis por mí, y de corazón os imparto la bendición apostólica.

7 de mayo de 2016. Discurso a la organización "médicos con África cuamm"

Sábado.

Me complace, queridos hermanos y hermanas, dar la bienvenida a cada uno de vosotros, «Médicos con África CUAMM», que trabajáis por la tutela de la salud de las poblaciones africanas; y me alegro aún más después de haber escuchado las palabras que me han acercado mucho a aquellos lugares lejanos, el

testimonio de estos médicos ha llevado mi corazón a esos sitios, donde vosotros vais sencillamente para encontrarse con Jesús. Y eso me hizo mucho bien. Gracias. Vuestra organización, expresión de la misionariedad de la diócesis de Padua, a lo largo de los años ha implicado a muchas personas que, como voluntarios, se dispusieron a realizar proyectos a largo término con una visión de desarrollo. Os doy las gracias por lo que estáis haciendo en favor del derecho humano fundamental de la

salud para todos. La salud, en efecto, no es un bien de consumo, sino un derecho universal, por lo cual el acceso a los servicios sanitarios no puede ser un privilegio.

La salud, sobre todo la de base, se niega —ise niega!— en diversas partes del mundo y en muchas regiones de África. No es un derecho para todos, sino más bien es aún un privilegio para pocos, para aquellos que se lo pueden permitir. La accesibilidad a los servicios sanitarios, a los tratamientos y a las medicinas sigue siendo un

espejismo. Los más pobres no llegan a pagar y se ven excluidos de los servicios hospitalarios, incluso de los más esenciales y primarios. De aquí la importancia de vuestra generosa actividad en apoyo de una red capilar de servicios, capaz de dar respuestas a las necesidades de las poblaciones. Habéis elegido los países más pobres de África, los países subsaharianos, y las zonas más olvidadas, «la última milla» de los sistemas sanitarios. Son las periferias geográficas donde el Señor os manda a ser buenos

samaritanos, a ir al encuentro del pobre Lázaro, atravesando la «puerta» que conduce del primero al tercer mundo. ¡Esta es vuestra «puerta santa»! Vosotros trabajáis entre los grupos más vulnerables de la población: las madres, para asegurarles un parto seguro y digno, y los niños, especialmente los recién nacidos. En África, demasiadas madres mueren durante el parto y demasiados niños no superan el primer mes de vida por la malnutrición y las grandes endemias. Os aliento a

permanecer entre esta humanidad herida y que sufre: es Jesús. Vuestra obra de misericordia es la atención del enfermo, según el lema evangélico «Curad a los enfermos» (*Mt 10, 8*). Que podáis ser expresión de la Iglesia madre, que se inclina hacia los más débiles y se hace cargo de ellos.

Para favorecer procesos de desarrollo auténticos y duraderos se necesitan tiempos largos, en la lógica de sembrar con confianza y esperar con paciencia los frutos. Todo esto

lo demuestra también la historia de vuestra Organización, que desde hace más de sesenta y cinco años está comprometida al lado de los más pobres en Uganda, Tanzania, Mozambique, Etiopía, Angola, Sudán del Sur y Sierra Leona. África necesita un acompañamiento paciente y continuativo, tenaz y competente. Las intervenciones necesitan planteamientos de trabajo serios, requieren investigación e innovación e imponen el deber de transparencia hacia los

donantes y la opinión pública. Sois médicos «con» África y no «para» África, y esto es muy importante. Estáis llamados a incorporar a la gente africana en el proceso de crecimiento, caminando juntos, compartiendo dramas y alegrías, dolores y entusiasmos. Los pueblos son los primeros artífices de su desarrollo, los primeros responsables. Sé que afrontáis los desafíos cotidianos con gratuidad y ayuda desinteresada, sin proselitismos y ocupación de espacios. Es

más, colaborando con las Iglesias y los Gobiernos locales en la lógica de la participación y de compartir compromisos y responsabilidades recíprocas. Os exhorto a mantener vuestro peculiar modo de acercarse a las realidades locales, ayudándoles a crecer y dejándolas cuando son capaces de continuar solas, en una perspectiva de desarrollo y sostenibilidad. Es la lógica de la semilla, que desaparece y muere para dar un fruto duradero. En vuestro precioso servicio a

los pobres de África tenéis como modelos a vuestro fundador, el doctor Francesco Canova, y al histórico director, don Luigi Mazzucato. El doctor Canova maduró en la FUCI la idea de ir por el mundo socorriendo a los últimos, proyectando un «colegio para futuros médicos misioneros» y trazando la figura del médico misionero laico. Por su parte, don Mazzucato fue director del CUAMM durante 53 años, y falleció el pasado 26 de noviembre a la edad de 88 años. Él fue el auténtico

inspirador de las elecciones de fondo, primera entre todas la pobreza. Así dejó escrito en su testamento espiritual: «Tras nacer pobre, siempre he tratado de vivir con lo mínimo indispensable. No tengo nada mío y no tengo nada para dejar. Las pocas prendas que poseo que sean dadas a los pobres». Siguiendo las huellas de estos grandes testigos de una misionariedad de proximidad y evangélicamente fecunda, vosotros lleváis adelante con valentía vuestra obra, siendo expresión de una Iglesia que no

es una «super clínica para vip» sino más bien un «hospital de campaña». Una Iglesia con corazón grande, cercana a muchas heridas y humillados de la historia, al servicio de los más pobres.

Os aseguro mi cercanía y mi oración. Os bendigo a todos vosotros, a vuestros familiares y vuestro compromiso por el hoy y el mañana del continente africano. Y os pido, por favor, que recéis por mí, para que el Señor me haga cada día más pobre.

¡Gracias!

8 de mayo de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy, en Italia y en otros países,
se celebra la Ascensión de
Jesús al cielo, acaecida
cuarenta días después de la
Pascua. Contemplamos el
misterio de Jesús que sale de
nuestro espacio terreno para
entrar en la plenitud de la
gloria de Dios, llevando consigo
nuestra humanidad. Es decir,

nosotros, nuestra humanidad entra por primera vez en el cielo. El Evangelio de Lucas nos muestra la reacción de los discípulos ante el Señor que «se separó de ellos y fue llevado al cielo» (Lc 24, 51). No hubo en ellos dolor y desconsuelo, sino que se postraron «ante él, y se volvieron a Jerusalén con gran gozo» (Lc 24, 52). Es el regreso de quien no teme ya a la ciudad que había rechazado al Maestro, que había visto la traición de Judas y la negación de Pedro, había visto la

dispersión de los discípulos y la violencia de un poder que se sentía amenazado. A partir de aquel día para los apóstoles y para todo discípulo de Cristo fue posible habitar en Jerusalén y en todas las ciudades del mundo, también en las más atormentadas por la injusticia y la violencia, porque sobre todas las ciudades está el mismo cielo y cualquier habitante puede alzar la mirada con esperanza. Jesús, Dios, es un hombre verdadero, con su cuerpo de hombre está en el cielo. Y esta es nuestra esperanza, es

nuestra ancla, y nosotros estamos firmes en esta esperanza si miramos al cielo. En este cielo habita aquel Dios que se ha revelado tan cercano que llegó a asumir el rostro de un hombre, Jesús de Nazaret. Él permanece para siempre el Dios-con-nosotros — recordemos esto: Emmanuel, Dios con nosotros— y no nos deja solos. Podemos mirar hacia lo alto para reconocer delante de nosotros nuestro futuro. En la Ascensión de Jesús, el crucificado resucitado, está la promesa de nuestra

participación en la plenitud de vida junto a Dios.

Antes de separarse de sus amigos, Jesús, refiriéndose al evento de su muerte y resurrección, les había dicho: «Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24, 48). Es decir, los discípulos son testigos de la muerte y de la resurrección de Cristo, ese día, también de la Ascensión de Cristo. Y, en efecto, después de haber visto a su Señor subir al cielo, los discípulos regresaron a la ciudad como testigos que con gozo anuncian a todos la vida

nueva que viene del Crucificado resucitado, en cuyo nombre «se predicarán a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados» (Lc 24, 47). Este es el testimonio —hecho no sólo de palabras sino también con la vida cotidiana—, el testimonio que cada domingo debería salir de nuestras iglesias para entrar durante la semana en las casas, en las oficinas, en la escuela, en los lugares de encuentro y de diversión, en los hospitales, en las cárceles, en las casas para ancianos, en los lugares llenos de

inmigrantes, en las periferias de la ciudad... Este testimonio nosotros debemos llevarlo cada semana: ¡Cristo está con nosotros; Jesús subió al cielo, está con nosotros; Cristo está vivo!

Jesús nos ha asegurado que en este anuncio y en este testimonio seremos «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49), es decir, con el poder del Espíritu Santo. Aquí está el secreto de esta misión: la presencia entre nosotros del Señor resucitado, que con el don del Espíritu continúa

abriendo nuestra mente y nuestro corazón, para anunciar su amor y su misericordia también en los ambientes más refractarios de nuestras ciudades. Es el Espíritu Santo el verdadero artífice del multiforme testimonio que la Iglesia y cada bautizado ofrece al mundo. Por lo tanto, no podemos jamás descuidar el recogimiento en la oración para alabar a Dios e invocar el don del Espíritu. En esta semana, que nos lleva a la fiesta de Pentecostés, permanezcamos espiritualmente en el Cenáculo,

junto a la Virgen María, para acoger al Espíritu Santo. Lo hacemos también ahora, en comunión con los fieles reunidos en el Santuario de Pompeya para la tradicional súplica.

Después del Regina Coeli

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la 50ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales, querida por el Concilio Vaticano II. En efecto, los padres conciliares, reflexionando sobre la Iglesia del mundo contemporáneo,

comprendieron la importancia crucial de las comunicaciones, que «pueden tender puentes entre las personas, las familias, los grupos sociales, los pueblos. Y esto tanto en el ambiente físico como en el digital»

(Mensaje de 2016). Dirijo a todos los agentes de la comunicación un cordial saludo, y deseo que nuestro modo de comunicar en la Iglesia tenga siempre un claro estilo evangélico, un estilo que una la verdad y la misericordia.

Hoy en muchos lugares se celebra el día de la madre;

recordamos con gratitud y afecto a todas las mamás —las que están hoy en la plaza, nuestras mamás, las que aún están entre nosotros y las que ya se fueron al cielo— confiándolas a María, la mamá de Jesús. Y juntos por todas las mamás rezamos: Ave María... A todos os deseo un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

11 de mayo de 2016. Audiencia general. La parábola del Padre misericordioso.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy esta audiencia se realiza en dos sitios: como había amenaza de lluvia, los enfermos están en el aula Pablo VI, conectados con nosotros con la pantalla gigante; dos lugares pero una sola audiencia. Saludamos a los enfermos que están en el aula

Pablo VI. Queremos reflexionar hoy sobre la parábola del Padre misericordioso. Ella habla de un padre y de sus dos hijos, y nos hace conocer la misericordia infinita de Dios.

Partamos desde el final, es decir de la alegría del corazón del Padre, que dice:

«Celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado» (Lc 15, 23-24). Con estas palabras el padre interrumpió al hijo menor en el momento en el que estaba confesando su

culpa: «Ya no merezco ser llamado hijo tuyo...» (Lc 15, 19). Pero esta expresión es insoportable para el corazón del padre, que, en cambio, se apresura a restituir al hijo los signos de su dignidad: el mejor vestido, el anillo y las sandalias. Jesús no describe a un padre ofendido y resentido, un padre que, por ejemplo, dice al hijo: «Me la pagarás»: no, el padre lo abraza, lo espera con amor. Al contrario, lo único que le interesa al padre es que este hijo esté ante él sano y salvo, y esto lo hace feliz y por eso

celebra una fiesta. La acogida del hijo que regresa se describe de un modo conmovedor:

«Estaba él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó» (Lc 15, 20). Cuánta ternura; lo vio cuando él estaba todavía lejos: ¿qué significa esto? Que el padre subía a la terraza continuamente para mirar el camino y ver si el hijo regresaba; ese hijo que había hecho de todo, pero el padre lo esperaba. ¡Cuán bonita es la ternura del padre! La misericordia del padre es

desbordante, incondicional, y se manifiesta incluso antes de que el hijo hable. Ciertamente, el hijo sabe que se ha equivocado y lo reconoce: «He pecado... trátame como a uno de tus jornaleros» (Lc 15, 19). Pero estas palabras se disuelven ante el perdón del padre. El abrazo y el beso de su papá le hacen comprender que siempre ha sido considerado hijo, a pesar de todo. Es importante esta enseñanza de Jesús: nuestra condición de hijos de Dios es fruto del amor del corazón del Padre; no depende

de nuestros méritos o de nuestras acciones, y, por lo tanto, nadie nos la puede quitar, ni siquiera el diablo. Nadie puede quitarnos esta dignidad.

Esta palabra de Jesús nos alienta a no desesperar jamás. Pienso en las madres y en los padres preocupados cuando ven a los hijos alejarse siguiendo caminos peligrosos. Pienso en los párrocos y catequistas que a veces se preguntan si su trabajo ha sido en vano. Pero pienso también en quien se encuentra en la cárcel, y le

parece que su vida se haya acabado; en quienes han hecho elecciones equivocadas y no logran mirar hacia el futuro; en todos aquellos que tienen hambre de misericordia y de perdón y creen no merecerlo... En cualquier situación de la vida, no debo olvidar que no dejaré nunca de ser hijo de Dios, ser hijo de un Padre que me ama y espera mi regreso. Incluso en la situación más fea de la vida, Dios me espera, Dios quiere abrazarme, Dios me espera.

En la parábola hay otro hijo, el

mayor; también él necesita descubrir la misericordia del padre. Él ha estado siempre en casa, ipero es tan distinto del padre! A sus palabras le falta ternura: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya... y iahora que ha venido ese hijo tuyo...» (Lc 15, 29-30). Vemos el desprecio: no dice nunca «padre», no dice nunca «hermano», piensa sólo en sí mismo, hace alarde de haber permanecido siempre junto al padre y de haberlo servido; sin embargo, nunca ha vivido con

alegría esta cercanía. Y ahora acusa al padre de no haberle dado nunca un cabrito para tener una fiesta. ¡Pobre padre! Un hijo se había marchado, y el otro nunca había sido verdaderamente cercano. El sufrimiento del padre es como el sufrimiento de Dios, el sufrimiento de Jesús cuando nosotros nos alejamos o porque nos marchamos lejos o porque estamos cerca sin ser cercanos. El hijo mayor, también él necesita misericordia. Los justos, los que se creen justos, también ellos necesitan

misericordia. Este hijo nos representa a nosotros cuando nos preguntamos si vale la pena hacer tanto si luego no recibimos nada a cambio. Jesús nos recuerda que en la casa del Padre no se permanece para tener un compensación, sino porque se tiene la dignidad de hijos corresponsables. No se trata de «trocar» con Dios, sino de permanecer en el seguimiento de Jesús que se entregó en la cruz sin medida. «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una

fiesta y alegrarse» (Lc 15, 31). Así dice el Padre al hijo mayor. Su lógica es la de la misericordia. El hijo menor pensaba que se merecía un castigo por sus pecados, el hijo mayor se esperaba una recompensa por sus servicios. Los dos hermanos no hablan entre ellos, viven historias diferentes, pero ambos razonan según una lógica ajena a Jesús: si hacen el bien recibes un premio, si obras mal eres castigado; y esta no es la lógica de Jesús, ¡no lo es! Esta lógica se ve alterada por las palabras

del padre: «Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado» (Lc 15, 31). El padre recuperó al hijo perdido, y ahora puede también restituirlo a su hermano. Sin el menor, incluso el hijo mayor deja de ser un «hermano». La alegría más grande para el padre es ver que sus hijos se reconocen hermanos.

Los hijos pueden decidir si unirse a la alegría del padre o rechazar. Tienen que

interrogarse acerca de sus propios deseos y sobre la visión que tienen de la vida. La parábola termina dejando el final en suspenso: no sabemos lo que haya decidido hacer el hijo mayor. Y esto es un estímulo para nosotros. Este Evangelio nos enseña que todos necesitamos entrar en la casa del Padre y participar en su alegría, en su fiesta de la misericordia y de la fraternidad. Hermanos y hermanas, abramos nuestro corazón, para ser «misericordiosos como el

Padre»!

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Acojamos con gozo la invitación de Jesús a participar en la fiesta de la misericordia y de la fraternidad, y abramos nuestro corazón para ser misericordiosos como el Padre. Que Dios los bendiga.

12 de mayo de 2016. Discurso a la unión internacional de superiores generales (UISG)

Jueves.

[La primera pregunta se refiere a una mejor inserción de las mujeres en la vida de la Iglesia]

Papa Francisco, usted ha dicho que «el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida de la Iglesia y de la sociedad», sin embargo a las mujeres se las excluye de los procesos de toma de decisiones en la

Iglesia, sobre todo en los más altos niveles, y de la predicación en la Eucaristía. Un importante impedimento para que la Iglesia abrace plenamente el «genio femenino» es el vínculo que tanto los procesos de tomar decisiones como la predicación tienen con la ordenación sacerdotal. ¿Usted ve una forma para separar de la ordenación tanto los papeles de «leadership» como la predicación en la Eucaristía, de modo que nuestra Iglesia pueda ser más abierta a recibir

el genio de las mujeres, en un futuro muy próximo?

Papa Francisco

Son varias cosas que aquí debemos distinguir. La pregunta está relacionada a la funcionalidad, está muy vinculada a la funcionalidad, mientras que el papel de la mujer tiene otra dimensión. Pero yo ahora respondo a la pregunta, luego hablamos... He visto que hay otras preguntas más amplias.

Es verdad que a las mujeres se las excluye de los procesos en los que se toman decisiones en

la Iglesia: excluidas no, pero es muy débil la inserción de las mujeres allí, en los procesos durante los cuales se toman decisiones. Tenemos que seguir adelante. Por ejemplo —de verdad, yo no veo dificultad—, creo que en el Consejo pontificio Justicia y paz quien lleva la secretaría es una mujer, una religiosa. Se había propuesto otra y yo la nombré, pero ella prefirió no aceptar, porque tenía que ir a otro sitio a realizar otros trabajos de su congregación. Se debe mirar más allá, porque en muchos

aspectos de los procesos de toma de decisiones no es necesaria la ordenación. No es necesaria. En la reforma de la constitución apostólica *Pastor Bonus*, en lo referido a los dicasterios, cuando no existe la jurisdicción que viene de la ordenación —es decir la jurisdiccional pastoral— no se ve escrito que pueda ser una mujer, no sé si jefe de dicasterio, pero... Por ejemplo para los inmigrantes: en el dicasterio para lo inmigrantes una mujer podría ser. Y cuando hay necesidad de la jurisdicción

—ahora que los inmigrantes entran en un dicasterio—, será el prefecto quien conceda este permiso. Pero en lo ordinario puede serlo, en la ejecución del proceso de toma de decisiones. Para mí es muy importante la elaboración de las decisiones: no sólo la ejecución, sino también la elaboración, es decir que las mujeres, tanto consagradas como laicas, entren en la reflexión del proceso y en el debate. Porque la mujer mira la vida con ojos propios y nosotros hombres no podemos mirarla así. Es el

modo de ver un problema, de ver cualquier otra cosa, en una mujer es distinto en relación a lo que es para el hombre.

Deben ser complementarios, y en las consultaciones es importante que haya mujeres. He tenido la experiencia en Buenos Aires de un problema: viéndolo en el Consejo presbiteral —o sea, todos hombres— era bien abordado; luego, al verlo con un grupo de mujeres religiosas y laicas se enriqueció mucho, mucho, y se vio favorecida la decisión con una visión complementaria. Es

necesario, es necesario esto. Y pienso que debemos seguir adelante sobre esto, luego llegará el proceso de toma de decisiones.

Está además la cuestión de la predicación en la celebración eucarística. No existe problema alguno para que una mujer — una religiosa o una laica— haga la predicación en una Liturgia de la Palabra. No existe problema. Pero en la celebración eucarística hay una cuestión litúrgico-dogmático, porque la celebración es una — la Liturgia de la Palabra y la

Liturgia eucarística, es una unidad— y quien la preside es Jesucristo. El sacerdote o el obispo que preside lo hace en la persona de Jesucristo. Es una realidad teológico-litúrgica. En esa situación, al no existir la ordenación de las mujeres, no pueden presidir. Pero se puede estudiar mejor y explicar más esto que muy velozmente y un poco sencillamente he dicho ahora.

En cambio en la *leadership* no hay problema: en eso debemos seguir adelante, con prudencia, pero buscando las soluciones...

Hay dos tentaciones aquí, de las cuales debemos tener cuidado.

La primera es el feminismo: el papel de la mujer en la Iglesia no es feminismo, ¡es un derecho! Es un derecho de bautizada con los carismas y los dones que el Espíritu ha dado. No hay que caer en el feminismo, porque esto reduciría la importancia de una mujer. Yo no veo, en este momento, un gran peligro respecto a esto entre las religiosas. No lo veo. Tal vez en otro tiempo, pero en general no

existe.

El otro peligro, que es una tentación muy fuerte y he hablado de ello en diversas ocasiones, es el clericalismo. Y esto es muy fuerte. Pensemos que hoy más del 60 por ciento de las parroquias —de las diócesis no lo sé, pero sólo un poco menos— no tienen consejo para asuntos económicos y consejo pastoral. ¿Qué quiere decir esto? Que esa parroquia y esa diócesis está guiada con espíritu clerical, sólo por el sacerdote, que no pone en práctica la

sinodalidad parroquial, la sinodalidad diocesana, la cual no es una novedad de este Papa. ¡No! Está en el derecho canónico, es una obligación que tiene el párroco de tener el consejo de los laicos, por y con laicos, laicas y religiosas para la pastoral y para los asuntos económicos. Y no lo hacen. Y este es el peligro del clericalismo hoy en la Iglesia. Tenemos que seguir adelante y quitar este peligro, porque el sacerdote es un servidor de la comunidad, el obispo es un servidor de la comunidad, pero

no es el jefe de una empresa. ¡No! Esto es importante. En América Latina, por ejemplo, el clericalismo es muy fuerte, muy marcado. Los laicos no saben qué hacer si no se lo preguntan al sacerdote... Es muy fuerte. Y por esto la consciencia del papel de los laicos en América Latina está muy atrás. Se ha salvado un poco de esto sólo en la piedad popular: porque el protagonista es el pueblo y el pueblo ha hecho las cosas como venían; y a los sacerdotes ese aspecto no les interesaba mucho, y alguno

no veía con buenos ojos ese fenómeno de la piedad popular. Pero el clericalismo es una actitud negativa. Y hay complicidad, porque se hace de a dos, como el tango que se baila entre dos... Es decir, el sacerdote que quiere clericalizar al laico, la laica, el religioso y la religiosa, y el laico que pide por favor ser clericalizado, porque es más cómodo. Es curioso esto. Yo, en Buenos Aires, experimenté esto tres o cuatro veces: un buen párroco viene y me dice: «Sabe, tengo un laico muy

bueno en la parroquia: hace esto, hace esto, sabe organizar, tiene iniciativas, es verdaderamente un hombre valioso... ¿Lo ordenamos diácono?». Es decir: ¿lo «clericalizamos?». «¡No! Deja que siga siendo laico. No convertirlo en diácono». Esto es importante. A vosotros os sucede esto, que el clericalismo muchas veces os frena en el desarrollo lícito de la situación. Pediré a la Congregación para el culto —y tal vez a la presidenta se lo haré llegar— que explique bien, de modo

completo, lo que he dicho un poco ligeramente sobre la predicación en la celebración eucarística. Porque no tengo la teología y la claridad suficiente para explicarlo ahora. Pero hay que distinguir bien: una cosa es la predicación en una Liturgia de la Palabra, y esto se puede hacer; otra cosa es la celebración eucarística, aquí hay otro misterio. Es el Misterio de Cristo presente y es el sacerdote o el obispo quienes celebran *in persona Christi*. Para la *leadership* está claro... Sí, creo que esta puede ser mi

respuesta en general a la primera pregunta. Veamos la segunda.

[La segunda pregunta es sobre el papel de las mujeres consagradas en la Iglesia]

Las mujeres consagradas ya trabajan mucho con los pobres y con los marginados, enseñan la catequesis, asisten a los enfermos y a los moribundos, distribuyen la comunión, en muchos países guían las oraciones comunes en ausencia de sacerdotes y en esas circunstancias pronuncian la homilía. En la Iglesia existe la

función del diaconado permanente, pero está abierto sólo a los hombres, casados y no. ¿Qué impide a la Iglesia incluir a las mujeres entre los diáconos permanentes, precisamente como sucedía en la Iglesia primitiva? ¿Por qué no constituir una comisión oficial que estudie la cuestión? ¿Nos puede poner algún ejemplo acerca de dónde usted ve la posibilidad de una mejor inserción de las mujeres y de las mujeres consagradas en la vida de la Iglesia?

Papa Francisco

Esta pregunta se orienta en el sentido del «hacer»: las mujeres consagradas ya trabajan mucho con los pobres, hacen muchas cosas... en el «hacer». Y toca el problema del diaconado permanente. Alguien podría decir que las «diaconisas permanentes» en la vida de la Iglesia son las suegras [ríe, ríen]. En efecto esto está en la antigüedad: había un inicio... Recuerdo que era un tema que me interesaba bastante cuando venía a Roma para las reuniones, y me alojaba en la Domus Pablo VI; allí había un

teólogo sirio, muy bueno, que hizo la edición crítica y la traducción de los Himnos de Efrén el Sirio. Y un día le pregunté sobre esto, y él me explicó que en los primeros tiempos de la Iglesia hubo algunas «diaconisas». ¿Pero qué son estas diaconisas? ¿Tenían la ordenación o no? Habla de ello el Concilio de Calcedonia (451), pero es un poco oscuro. ¿Cuál era el papel de las diaconisas en esos tiempos? Parece —me decía ese hombre, que ya murió, era un buen profesor, sabio, erudito—,

parece que el papel de las diaconisas era ayudar en el bautismo de las mujeres, en la inmersión, las bautizaban ellas, por el decoro, también para hacer las unciones sobre el cuerpo de las mujeres, en el bautismo. Y también una cosa curiosa: cuando había un juicio matrimonial porque el marido golpeaba a la mujer y ella iba al obispo a lamentarse, las diaconisas eran las encargadas de ver las marcas en el cuerpo de la mujer por los golpes del marido e informar al obispo. Esto es lo que recuerdo. Hay

algunas publicaciones sobre el diaconado en la Iglesia, pero no está claro cómo era en realidad. Creo que le pediré a la Congregación para la doctrina de la fe que me informe acerca de los estudios sobre este tema, porque os he respondido sólo a partir de lo que había escuchado de este sacerdote que era un investigador erudito y valioso, sobre el diaconado permanente. Y además quisiera constituir una comisión oficial que pueda estudiar la cuestión: creo que hará bien a la Iglesia

aclarar este punto; estoy de acuerdo, y hablaré para hacer algo de este tipo.

Además decís: «Estamos de acuerdo con usted, Santo Padre, que en más de una ocasión habló de la necesidad de un papel más incisivo de las mujeres en las posiciones de toma de decisiones en la Iglesia». Esto está claro. «¿Nos puede poner algún ejemplo acerca de dónde usted ve la posibilidad de una mejor inserción de las mujeres y de las mujeres consagradas en la vida de la Iglesia?». Diré una

cosa que viene luego, porque he visto que hay una pregunta general. A las consultaciones de la Congregación para los religiosos, a las asambleas, las consagradas tienen que ir: esto es seguro. En las consultaciones sobre tantos problemas que se presentan, las consagradas deben ir. Otra cosa: una mejor inserción. En este momento no me vienen a la mente cosas concretas, pero siempre lo que he dicho antes: buscar el juicio de la mujer consagrada, porque la mujer ve las cosas con una originalidad

distinta de la de los hombres, y esto enriquece: tanto en la consultación, en las decisiones, como en la realidad concreta. Estos trabajos que vosotras hacéis con los pobres, los marginados, enseñar la catequesis, asistir a los enfermos y los moribundos, son trabajos muy «maternales», donde la maternidad de la Iglesia se puede expresar mejor. Pero hay hombres que hacen lo mismo, y bien: consagrados, Órdenes hospitalarias... Y esto es importante.

Por lo tanto, sobre el diaconado, sí, acepto y me parece útil una comisión que aclare bien esto, sobre todo respecto a los primeros tiempos de la Iglesia.

Sobre una mejor inserción, repito lo que he dicho antes. Si hay algo que expresar de forma más concreta, preguntadlo ahora. Sobre esto que he dicho, ¿hay alguna pregunta más, que me ayude a pensar? Adelante...

[La tercera pregunta es sobre el papel de la Unión internacional de superioras

generales]

¿Qué papel podría tener la UISG, de modo que pueda tener una palabra en el pensamiento de la Iglesia, una palabra que sea escuchada, desde el momento que lleva en ella la voz de dos mil institutos de religiosas? ¿Cómo es posible que muy a menudo somos olvidadas y no se nos hace partícipes, por ejemplo de la asamblea general de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, allí donde se habla

de la vida consagrada? ¿Puede permitirse la Iglesia seguir hablando de nosotras, en lugar de con nosotras?

Papa Francisco

Hermana Teresina tenga un poco de paciencia, porque me ha venido a la mente lo que se había escapado en la otra pregunta, acerca de «¿qué puede hacer la vida consagrada femenina?». Es un criterio que vosotras debéis revisar, que también la Iglesia debe revisar. Vuestro trabajo, el mío y el de todos nosotros, es de servicio. Pero yo, muchas veces,

encuentro mujeres consagradas que hacen un trabajo de servidumbre y no de servicio. Es un poco difícil de explicar, porque no quisiera que se pensase en casos concretos, que tal vez sería un mal pensamiento, porque nadie conoce bien las circunstancias. Pero pensemos en un párroco, un párroco que por seguridad imaginamos: «No, no, mi casa parroquial está en manos de dos religiosas». —«¿Y son ellas las que la gestionan?». —«¡Sí, sí!». —«¿Y qué hacen de apostolado, catequesis?».

—«No, no, sólo eso». ¡No! ¡Eso es servidumbre! Dígame señor párroco, si en su ciudad no hay buenas mujeres que necesitan trabajo. Llame a una, dos, que hagan ese servicio. Estas dos religiosas, que vayan a las escuelas, a los barrios, con los enfermos, con los pobres. Este es el criterio: trabajo de servicio y no de servidumbre. Y cuando, a vosotras superiores, os piden algo que es más servidumbre que servicio, sed valientes en decir «no». Este es un criterio que ayuda mucho, porque cuando se quiere que

una consagrada haga un trabajo de servidumbre, se devalúa la vida y la dignidad de esa mujer. Su vocación es el servicio: servicio a la Iglesia, dondequiera que sea. Pero no servidumbre.

He aquí, ahora [respondo a] Teresina: «¿Cuál es, según su parecer, el sitio de la vida religiosa apostólica femenina en el seno de la Iglesia? ¿Qué le faltaría a la Iglesia si no hubiese más religiosas?».

Faltaría María el día de Pentecostés. No hay Iglesia sin María. No hay Pentecostés sin

María. Pero María estaba allí, tal vez hablaba... Esto lo he dicho, pero me gusta repetirlo. La mujer consagrada es un icono de la Iglesia, es un icono de María. El presbítero, el sacerdote, no es icono de la Iglesia; no es icono de María: es icono de los apóstoles, de los discípulos que son enviados a predicar. Pero no de la Iglesia y de María. Cuando digo esto quiero haceros reflexionar sobre el hecho de que «la» Iglesia es femenina; la Iglesia es mujer: no es «el» Iglesia, es «la» Iglesia. Pero es una mujer

casada con Jesucristo, tiene a su Esposo, que es Jesucristo. Y cuando se elige a un obispo para una diócesis, el obispo — en nombre de Cristo— se casa con esa Iglesia particular. La Iglesia es mujer. Y la consagración de una mujer la hace icono precisamente de la Iglesia e icono de la Virgen. Y esto nosotros hombres no podemos hacerlo. Esto os ayudará a profundizar, desde esta raíz teológica, un papel grande en la Iglesia. No quisiera que esto se escapase. Estoy totalmente de acuerdo

[acerca de la conclusión de la tercera pregunta]. La Iglesia: la Iglesia sois vosotras, somos todos. La jerarquía —digamos— de la Iglesia debe hablar de vosotras, pero primero y en el momento debe hablar con vosotras. Esto es seguro. En la asamblea de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica vosotras debéis estar presentes. Sí, sí. Esto se lo diré al prefecto: en la asamblea vosotras debéis estar presente. Está claro, porque hablar de un ausente no es ni

siquiera evangélico: se debe poder oír, escuchar lo que se piensa, y luego hagamos juntos. Estoy de acuerdo. No imaginaba tanta separación, de verdad. Y gracias por haberlo dicho así valientemente y con esa sonrisa.

Me permito una broma. Usted lo hizo con una sonrisa, que en Piamonte se dice la sonrisa de la *mugna quacia* [con una cara ingenua]. ¡Qué buena! Sí, vosotras tenéis razón en esto. Creo que es fácil reformar, hablaré sobre esto con el prefecto. «Pero esta asamblea

general no hablará de las religiosas, hablará de otra cosa...» – «Es necesario escuchar a las religiosas porque tienen otra visión de la situación». Es lo que os había dicho antes: es importante que estéis siempre integradas... Os agradezco la pregunta.

¿Alguna aclaración en relación a esto? ¿Algo más? ¿Está claro?

Recordad bien esto: ¿qué le faltaría a la Iglesia si no existiesen las religiosas?

Faltaría María el día de Pentecostés. La religiosa es icono de la Iglesia y de María; y

la Iglesia es femenina, elegida por Jesucristo como su esposa. *[La cuarta pregunta se refiere a los obstáculos que se encuentran como mujeres consagradas en el seno de la Iglesia]*

Querido Santo Padre, muchos institutos están afrontando el desafío de traer novedad en la forma de vida y en las estructuras revisando las constituciones. Esto se está revelando difícil, porque nos encontramos bloqueadas por el derecho canónico. ¿Usted prevé cambios en el derecho

canónico, de modo que se facilite esta novedad? Además, los jóvenes hoy tienen dificultad de pensar en un compromiso permanente, tanto en el matrimonio como en la vida religiosa. ¿Podremos estar abiertas a compromisos temporales? Y otro aspecto: desempeñando nuestro ministerio en solidaridad con los pobres y los marginados, a menudo se nos considera como activistas sociales o como si adoptáramos posiciones políticas. Algunas autoridades eclesiales quisieran que

fuésemos más místicas y menos apostólicas. ¿Qué valor dan a la vida consagrada apostólica, y en especial a las mujeres, algunos sectores de la Iglesia jerárquica?

Papa Francisco

Primero: los cambios que se deben hacer para asumir los nuevos desafíos. Usted ha hablado de novedad, novedad en sentido positivo, si lo entendí bien, cosas nuevas que llegan... Y la Iglesia es maestra en esto, porque ha tenido que cambiar mucho, mucho, mucho en la historia. Pero en cada

cambio es necesario el discernimiento, y no se puede hacer discernimiento sin oración. ¿Cómo se hace el discernimiento? La oración, el diálogo, luego el discernimiento en común. Es necesario pedir el don del discernimiento, de saber discernir. Por ejemplo, un empresario debe hacer cambios en su empresa: evalúa de forma concreta, y aquello que su conciencia le dice, lo hace. En nuestra vida, cuenta otro personaje: el Espíritu Santo. Y para hacer un cambio, debemos considerar todas las

circunstancias concretas, esto es verdad, pero para entrar en un proceso de discernimiento con el Espíritu Santo es necesario oración, diálogo y discernimiento común. Creo que sobre este punto nosotros no estamos bien formados — cuando digo «nosotros» hablo también de los sacerdotes—, en el discernimiento de las situaciones, y tenemos que tratar de tener experiencias y también buscar alguna persona que nos explique bien cómo se hace el discernimiento: un buen padre espiritual que

conozca bien estas cosas y nos explique, que no es un simple «pro y contra», hacer la suma, y adelante. No, es algo más. Cada cambio que se debe hacer, requiere entrar en este proceso de discernimiento. Y esto os dará más libertad, más libertad. El derecho canónico: no existe ningún problema. El derecho canónico en el siglo pasado se ha cambiado —si no me equivoco— dos veces: en 1917 y luego con san Juan Pablo ii. Pequeños cambios se pueden hacer, se hacen. Estos, en cambio, fueron dos cambios de

todo el Código. El Código es una ayuda disciplinar, una ayuda para la salvación de las almas, para todo esto: es la ayuda jurídica de la Iglesia para los procesos, para muchas cosas, pero que en el siglo pasado dos veces se cambió totalmente, se re-hizo. Y así se pueden cambiar algunas partes. Hace dos meses llegó una petición para cambiar un canon, no recuerdo bien... Pedí que se haga un estudio; el secretario de Estado hizo las consultaciones y todos estaban de acuerdo que sí, esto se

debía cambiar para el mayor bien, y se cambió. El Código es un instrumento, esto es muy importante. Pero insisto: nunca hacer un cambio sin hacer un proceso de discernimiento, personal y comunitario. Y esto os dará libertad, porque ponéis allí, en el cambio, al Espíritu Santo. Es esto lo que hizo san Pablo, san Pedro mismo, cuando percibió que el Señor lo impulsaba a bautizar a los paganos. Cuando nosotros leemos el libro de los Hechos de los apóstoles, nos maravillamos de tanto cambio,

mucho cambio... ¡Es el Espíritu!
Interesante esto: en el libro de los Hechos de los apóstoles, los protagonistas no son los apóstoles, es el Espíritu. «El Espíritu obliga a hacer eso»; «el Espíritu dijo a Felipe: dirígete allí y allá, busca al ministro de economía y bautízalo»; «el Espíritu hace», «el Espíritu dice: no, aquí no vengáis»... Es el Espíritu. Es el Espíritu quien da la valentía a los apóstoles para hacer este cambio revolucionario de bautizar a los paganos sin hacer el camino de la

catequesis judía o de las prácticas judías. Es interesante: en los primeros capítulos está la Carta que los apóstoles, después del Concilio de Jerusalén, envían a los paganos convertidos. Relatan todo lo que hicieron: «El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido esto». Es un ejemplo de discernimiento que hicieron. Todo cambio, hacedlo así, con el Espíritu Santo. Es decir: discernimiento, oración y también valoración concreta de las situaciones. Y por el Código no hay

problema, es un instrumento. Respecto al compromiso permanente de los jóvenes. Nosotros vivimos en una «cultura de lo provisional». Me contaba un obispo, hace tiempo, que había ido a verle un joven universitario, que había acabado la universidad, 23/24 años, y le dijo: «Yo quisiera ser sacerdote, pero sólo por diez años». Es la cultura de lo provisional. En los casos matrimoniales es así. «Me caso contigo hasta que dure el amor, luego adiós». Es el amor entendido en sentido

hedonista, en el sentido de esta cultura de hoy. Obviamente que estos matrimonios son nulos, no son válidos. No tienen conciencia de la perpetuidad de un compromiso. En los matrimonios es así. En la exhortación apostólica *Amoris laetitia* leed la problemática, está en los primeros capítulos, y leed cómo preparar el matrimonio. Me decía una persona: «Yo esto no lo entiendo: para llegar a ser sacerdote tenéis que estudiar, prepararos durante ocho años, más o menos. Y luego, si la

cosa no funciona, o si te enamoras de una hermosa joven, la Iglesia te lo permite: ve, cástate, comienza otra vida. Para casarse —que es para toda la vida, que es «para» la vida— la preparación en muchas diócesis son tres, cuatro charlas... ¡Esto no funciona! ¿Cómo puede un párroco firmar que están preparados para el matrimonio, con esta cultura de lo provisional, con sólo cuatro explicaciones? Es un problema muy serio. En la vida consagrada, a mí siempre me llamó la atención —

positivamente— la intuición de san Vicente de Paúl: él vio que las Religiosas de la Caridad tenían que hacer un trabajo muy fuerte, muy «peligroso», precisamente en ámbitos de frontera, por lo cual cada año deben renovar los votos. Sólo por un año. Pero lo hizo como carisma, no como cultura de lo provisional: para dar libertad. Yo creo que en la vida consagrada los votos temporales facilitan en esto. Y, no lo sé, vosotras vedlo, pero yo sería más bien favorable tal vez de prolongar un poco los

votos temporales, por esta cultura de lo provisional que tienen los jóvenes de hoy. Y... prolongar el noviazgo antes de llegar al matrimonio. Esto es importante.

[Ahora el Papa responde a una parte de la pregunta que no se había leído pero que estaba escrita]

Las peticiones de dinero en nuestras Iglesias locales. La cuestión del dinero es un problema muy importante, tanto en la vida consagrada como en la Iglesia diocesana. No debemos olvidar nunca que

el diablo entra «por los bolsillos»: tanto por los bolsillos del obispo como por los bolsillos de la Congregación. Esto toca el problema de la pobreza, hablaré luego de esto. Pero la avaricia de dinero es el primer escalón para la corrupción de una parroquia, de una diócesis, de una congregación de vida consagrada, es el primer escalón. Creo que fuese con este fin: el pago por los sacramentos. Mirad, si alguien os pide esto, denunciad el hecho. La salvación es gratuita.

Dios nos ha enviado gratuitamente; la salvación es como un «derroche de gratuidad». No hay salvación por la que se deba pagar, no hay sacramentos que se deban pagar. ¿Está claro esto? Yo conozco, he visto en mi vida corrupción en esto. Recuerdo un caso, apenas nombrado obispo, tenía la zona más pobre de Buenos Aires, que está dividida en cuatro vicarías. Allí había muchos inmigrantes de países americanos, y sucedía que cuando venían a casarse los párrocos decían: «Esta

gente no tiene el certificado de bautismo». Y cuando lo pedían en su país les decían: «Sí, pero manda primero 100 dólares — recuerdo un caso— y luego te lo envío». Hablé con el cardenal, el cardenal habló con el obispo del lugar... Pero mientras tanto la gente podía casarse sin el certificado de bautismo, con el juramento de los padres y de los padrinos. Y este es el pago, no sólo del sacramento sino de los certificados. Recuerdo una vez en Buenos Aires que un joven, que tenía que casarse, fue a la

parroquia a pedir el «nulla osta» para casarse en otra: es algo sencillo. Le dijo la secretaria: «Sí, pase mañana, venga mañana que ya estará, y esto cuesta tanto»: una buena suma. Pero es un servicio: se trata sólo de constatar los datos y completar. Y él —es abogado, joven, muy bueno, muy fervoroso, muy buen católico— vino a verme: «¿Qué hago ahora?». —«Ve mañana y dile que has enviado el cheque al arzobispo, y que el arzobispo le dará el cheque». El comercio del dinero.

Pero aquí tocamos un problema serio, la cuestión de la pobreza. Os digo una cosa: cuando un instituto religioso —y esto es válido también para otras situaciones—, cuando un instituto religioso siente que se muere, siente que no tiene capacidad para atraer nuevos miembros, siente que tal vez pasó el tiempo para el cual el Señor había elegido esa congregación, la tentación es la avidez. ¿Por qué? Porque piensan: «Al menos tenemos dinero para nuestra vejez». Esto es grave. ¿Y cuál es la

solución que da la Iglesia? La unión de varios institutos con carismas que se asemejen, y seguir adelante. Pero jamás, jamás el dinero es una solución para los problemas espirituales. Es una ayuda necesaria, pero un poco, no mucho. San Ignacio decía, sobre la pobreza, que es «madre» y «muro» de la vida religiosa. Nos hace crecer en la vida religiosa como madre, y la custodia. Y se comienza la decadencia cuando falta la pobreza. Recuerdo, en la otra diócesis, cuando un colegio de religiosas muy

importante tenía que rehacer la casa de las hermanas porque era antigua, se tenía que rehacer; e hicieron un buen trabajo. Hicieron un buen trabajo. Pero en esos tiempos —estoy hablando del año 1993, 1994 más o menos— decían: «Pongamos todas las comodidades, la habitación con baño privado, todo, y también televisor...». En ese colegio, que era muy importante, de las 2 a las 4 de la tarde no veías ni a una religiosa en el colegio: estaban todas en la habitación mirando la telenovela. Porque

se trata de falta de pobreza, y esto te lleva a la vida cómoda, a las fantasías... Es un ejemplo, tal vez es el único en el mundo, pero es para comprender el peligro de demasiada comodidad, de la falta de pobreza o de una cierta austeridad.

[Otra parte de la pregunta no leída pero que estaba escrita]

Las religiosas no reciben un sueldo por los servicios que prestan, como lo reciben los sacerdotes. ¿Cómo podemos mostrar un rostro atractivo de nuestra subsistencia? ¿Cómo

podemos encontrar los recursos financieros necesarios para realizar nuestra misión?

Papa Francisco

Os diré dos cosas. Primero: ver cómo es el carisma, la centralidad de vuestro carisma —cada uno tiene el propio— y cuál es el sitio de la pobreza, porque hay congregaciones que exigen una vida de pobreza muy, muy fuerte; otras, no tanto, y ambas están aprobadas por la Iglesia. Buscar la pobreza según el carisma. Luego: los ahorros. Es prudencia tener un ahorro; es

prudencia tener una buena administración, tal vez con alguna inversión, eso es prudente: para las casas de formación, para poder llevar adelante las obras pobres, llevar adelante escuelas para los pobres, llevar adelante los trabajos apostólicos... Una fundación de la propia congregación: esto se debe hacer. Y como la riqueza puede hacer mal y corromper la vocación, la miseria también. Si la pobreza se convierte en miseria, también esto hace mal. Allí se ve la prudencia

espiritual de la comunidad en el discernimiento común: la ecónoma informa, todos hablan, sí es demasiado, no es mucho... Es esa prudencia materna. Pero, por favor, no os dejéis engañar por los amigos de la congregación, que luego os «desplumarán» y os quitarán todo. He visto muchas casas de religiosas, o me han contado otros, que perdieron todo porque se fiaron de un tal... «muy amigo de la congregación». Hay tantos astutos, tantos astutos. La prudencia está en nunca

consultar a una sola persona:
cuando tenéis necesidad,
consultar a varias personas,
distintas. La administración de
los bienes es una
responsabilidad muy grande,
muy grande, en la vida
consagrada. Si no tenéis lo
necesario para vivir, decidlo al
obispo. Decir a Dios: «Danos
hoy nuestro pan», el auténtico.
Pero hablar con el obispo, con
la superiora general, con la
Congregación para los
religiosos. Para lo necesario,
porque la vida religiosa es un
camino de pobreza, pero no es

un suicidio. Y esto es la sana prudencia. ¿Está claro esto? Y luego, donde hay conflictos por lo que las Iglesias locales os piden, hay que rezar, discernir y tener el valor, cuando se debe, de decir «no»; y tener la generosidad, cuando se debe, de decir «sí». Pero ved vosotras cuánto es necesario el discernimiento en cada caso.

Mientras desempeñamos nuestro ministerio, somos solidarias con los pobres y los marginados, a menudo somos erróneamente consideradas como activistas o como si

adoptásemos posiciones políticas. Algunas autoridades eclesiales miran negativamente nuestro ministerio, destacando que deberíamos estar más concentradas en una forma de vida mística. En estas circunstancias, ¿cómo podemos vivir nuestra vocación profética?

Papa Francisco

Sí. Todas las religiosas, todas las consagradas deben vivir místicamente, porque vuestra vida es un matrimonio; vuestra vocación es una vocación de maternidad, es una vocación de

estar en el lugar de la Madre Iglesia y de la Madre María. Pero los que os dicen esto, piensan que ser místico es ser una momia, siempre rezando... No, no. Se debe rezar y trabajar según el propio carisma; y cuando el carisma te lleva a seguir adelante con los refugiados, con los pobres tú debes hacerlo, y te dirán «comunista»: es lo menos que te dirán. Pero debes hacerlo. Porque el carisma te lleva a eso. En Argentina, recuerdo a una religiosa: fue provincial de su congregación. Una buena

mujer, y sigue trabajando...
tiene casi mi edad, sí. Y trabaja
contra los traficantes de
jóvenes, de personas.
Recuerdo, durante el gobierno
militar en Argentina, querían
mandarla a la cárcel, hacían
presión sobre el arzobispo,
hacían presión sobre la
superiora provincial, antes de
que ella sea provincial, «porque
esta mujer es comunista». Y
esta mujer ha salvado a
muchas jóvenes, a muchas
jóvenes. Y sí, es la cruz. De
Jesús, ¿qué dijeron? Que era
Beelzebul, que tenía el poder

de Beelzebul. La calumnia, estad preparadas. Si hacéis el bien, con oración, ante Dios, asumiendo todas las consecuencias de vuestro carisma, seguid adelante, estad preparadas para la difamación y la calumnia, porque el Señor eligió este camino para Él mismo. Y nosotros, obispos, debemos custodiar a estas mujeres que son icono de la Iglesia, cuando hacen cosas difíciles y son calumniadas, y son perseguidas. Ser perseguidos es la última de las Bienaventuranzas. El Señor

nos dijo: «Bienaventurados vosotros cuando seáis perseguidos, insultados» y todas esas cosas. Pero aquí el peligro puede ser: «Yo hago lo que me parece». No, no, escucha esto: te persiguen, habla. Con tu comunidad, con tu superiora, habla con todos, busca consejo, discierne: otra vez la palabra. Y esta religiosa de la que hablaba ahora, un día la encontré llorando, y decía: «Mira la carta que recibí de Roma —no diré de dónde—: ¿qué tengo que hacer?» . —«¿Tú eres hija de la

Iglesia?». —«¡Sí!». —«¿Tú quieres obedecer a la Iglesia?». —«¡Sí!». —«Responde que tú serás obediente a la Iglesia, y luego dirígete a tu superiora, a tu comunidad, a tu obispo — que era yo— y la Iglesia dirá lo que debes hacer. Pero no una carta que viene de 12.000 km». Porque allí un amigo de los enemigos de la religiosa había escrito, había sido calumniada. Valientes, pero con humildad, discernimiento, oración, diálogo.

Una palabra de aliento a nosotras dirigentes, que

soportamos el peso de la jornada.

Papa Francisco

Pero permitiros también un respiro. El descanso, porque muchas enfermedades vienen por falta de un sano descanso, descanso en familia... Esto es importante para soportar el peso de la jornada.

Vosotras mencionáis aquí también a las hermanas ancianas y enfermas. Y estas hermanas son la memoria del instituto, estas religiosas son las que han sembrado, que han trabajado, y ahora están

paralíticas o muy enfermas o dejadas de lado. Estas hermanas rezan por el Instituto. Esto es muy importante, que se sientan parte del Instituto con la oración. Estas hermanas tienen una experiencia muy grande: algunas más, otras menos. ¡Escucharlas! Ir a ellas: «Dígame, hermana, ¿qué piensa usted de esto, de esto?». Que se sientan consultadas, y de su sabiduría saldrá un buen consejo. Estad seguras. Esto es lo que se me ocurre

deciros. Sé que siempre repito lo que digo y digo las mismas cosas, pero la vida es así... A mí me gusta escuchar las preguntas, porque me hacen pensar y me siento como el portero, que está allí, esperando el balón de donde venga... Esto es bueno y esto haced también vosotras en el diálogo.

Estas cosas que he prometido hacer, las haré. Y rezad por mí, yo rezo por vosotras. Y sigamos adelante. Nuestra vida es para el Señor, para la Iglesia y para la gente, que sufre mucho y

necesita la caricia del Padre, a través de vosotras. ¡Gracias!

Os propongo una cosa:

concluyamos con la Madre.

Cada una de vosotras, en su idioma, rece el *Avemaría*. Yo lo rezaré en español.

[Ave María...]

Después de la bendición:

Y rezad por mí, para que pueda servir bien a la Iglesia.

13 de mayo de 2016. Discurso
a los participantes en la
conferencia internacional de la
fundación «Centesimus Annus
pro Pontifice»

Viernes.

Queridos amigos:

Os dirijo mi calurosa
bienvenida y agradezco al
presidente sus corteses
palabras. En estos días de
reflexión y de diálogo, habéis
tomado en consideración la
aportación de la comunidad
económica en la lucha contra la
pobreza, con particular

referencia a la actual crisis de refugiados.

Os agradezco la prontitud con la que aportáis vuestras capacidades y experiencia en la discusión sobre estas delicadas cuestiones humanitarias y sobre las obligaciones morales que conllevan.

La crisis de los refugiados, cuyas proporciones están creciendo cada día, es una de aquellas con la que me siento muy cercano.

En mi reciente visita a Lesbos, fui testigo de experiencias de sufrimiento humano

desgarradoras, sobre todo de familias y niños. Era mi intención, junto con mis hermanos ortodoxos el patriarca Bartolomé y el arzobispo Jerónimo, ofrecer al mundo una mayor toma de conciencia de estas «escenas de trágica y desesperada necesidad», y hacer que a las se «responda de un modo digno de nuestra humanidad común» (*Visita al campo de refugiados de Moria*, 16 de abril de 2016). Más allá del aspecto inmediato y práctico de ofrecer ayuda material a nuestros hermanos y

hermanas, la comunidad internacional está llamada a encontrar respuestas políticas, sociales y económicas de larga duración a problemáticas que superan los confines nacionales y continentales e involucran a toda la familia humana.

La lucha contra la pobreza no es solamente un problema económico, sino, sobre todo, un problema moral, que hace un llamamiento a una solidaridad global y al desarrollo de un acercamiento más equitativo en relación a las necesidades y las aspiraciones de las personas y

los pueblos de todo el mundo. A la luz de esta tarea comprometedora, la iniciativa de vuestra Fundación es particularmente inmediata. Inspirándose en el rico patrimonio de la doctrina social de la Iglesia, esta Conferencia explora desde diversos puntos de vista las implicaciones prácticas y éticas de la actual economía mundial, mientras, al mismo tiempo, busca poner las bases para una cultura económica y de los negocios que sea más inclusiva y respetuosa de la dignidad

humana. Como san Juan Pablo II destacó en varias ocasiones, la actividad económica no puede ser llevada a cabo con un vacío institucional y político (Carta encíclica *Centesimus annus*, 48), pero posee un componente ético esencial; debe, además, ponerse siempre al servicio de la persona humana y del bien común.

Una visión económica exclusivamente orientada al beneficio económico y al bienestar material es —como la experiencia cotidianamente nos

muestra— incapaz de contribuir de modo positivo a una globalización que favorezca el desarrollo integral de los pueblos en el mundo, una justa distribución de los recursos, la garantía del trabajo digno y el crecimiento de la iniciativa privada, así como de las empresas locales.

Una economía de la exclusión y de la inequidad (cf. Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 53) ha creado a un número cada vez mayor de desheredados y de personas descartadas como improductivas e inútiles.

Los efectos se perciben también en las sociedades más desarrolladas, en las que el crecimiento en porcentaje respecto a la pobreza y a la decadencia social representan una seria amenaza para las familias, para la clase media que se reduce y, de modo particular, para los jóvenes. Los índices de desocupación juvenil son un escándalo que no sólo requiere ser afrontado sobre todo en términos económicos, sino que se debe afrontar también, y no menos urgentemente, como una

enfermedad social, dado que a nuestra juventud se le roba la esperanza y se despilfarran sus grandes recursos de energía, de creatividad y de intuición. Mantengo la esperanza de que vuestra Conferencia pueda contribuir a generar nuevos modelos de progreso económico más directamente orientados al bien común, a la inclusión, al desarrollo integral, al aumento de trabajo y a la inversión en los recursos humanos. El Concilio Vaticano II ha destacado, justamente, que para los cristianos, la actividad

económica, financiera y de negocios no se puede separar del deber de luchar por el perfeccionamiento del orden temporal en conformidad con los valores del Reino de Dios (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 72).

Vuestra vocación es, en efecto, una vocación al servicio de la dignidad humana y de la construcción de un mundo de auténtica solidaridad.

Iluminados e inspirados por el Evangelio, y mediante una fructuosa cooperación con las Iglesias locales y sus pastores,

así como con otros creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad, pueda vuestro trabajo contribuir siempre al crecimiento de la civilización del amor que abraza a toda la familia humana en la justicia y la paz.

Sobre todos vosotros y vuestras familias invoco la bendición del Señor y sus dones de sabiduría, gozo y fortaleza.

14 de mayo de 2016. Audiencia jubilar. Sentir piedad o apiadarse de los que necesitan amor.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El día no parece muy bueno [llueve], pero vosotros sois valientes y habéis venido con la lluvia. ¡Gracias!

Esta audiencia se hace en dos lugares: los enfermos están en

el aula Pablo VI, a causa de la lluvia, están más cómodos allí y nos siguen con la pantalla gigante; y nosotros, aquí. Estamos unidos, nosotros y ellos, y os propongo que los saludemos con un aplauso. ¡No es fácil aplaudir con el paraguas en la mano!

Entre los muchos aspectos de la misericordia, hay uno que consiste en *sentir piedad* o *apiadarse* de los que necesitan amor. La *pietas* —la piedad— es un concepto presente en el mundo greco-romano, donde sin embargo

indicaba un acto de sumisión a los superiores: sobre todo la devoción debida a los dioses, después el respeto de los hijos hacia los padres, sobre todo ancianos. Hoy, por el contrario, debemos estar atentos a no identificar la piedad con el pietismo, considerablemente difundido, que es sólo una emoción superficial y ofende la dignidad del otro.

Al mismo tiempo, la piedad no se debe confundir tampoco con la compasión que sentimos por los animales que viven con nosotros; sucede, de hecho,

que a veces se tiene este sentimiento hacia los animales, y se permanece indiferente ante los sufrimientos de los hermanos.

Cuántas veces vemos gente muy apegada a los gatos, a los perros, y después dejan de ayudar al vecino, la vecina que tiene necesidad... Esto no va bien.

La piedad de la que queremos hablar es una manifestación de la misericordia de Dios. Es uno de los siete dones del Espíritu Santo que el Señor ofrece a sus discípulos para hacerlos

«dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas» (Catecismo de la Iglesia católica, 1831). Muchas veces en los Evangelios se habla del grito espontáneo que personas enfermas, endemoniadas, pobres o afligidas dirigían a Jesús: «Ten piedad» (cf. *Mc* 10, 47-48; *Mt* 15, 22; 17,15). A todos Jesús respondía con la mirada de la misericordia y el consuelo de su presencia. En estas invocaciones de ayuda y petición de piedad, cada uno expresaba también su fe en

Jesús, llamándolo «Maestro», «Hijo de David» y «Señor». Intuían que en Él había algo extraordinario, que les podía ayudar a salir de la condición de tristeza en la que se encontraban. Percibían en Él el amor de Dios mismo. Y también cuando la multitud se congregaba, Jesús se daba cuenta de esas invocaciones de piedad y se apiadaba, sobre todo cuando veía personas sufridas y heridas en su dignidad, como en el caso de la hemorroísa (cf. *Mc* 5, 32). Él les pedía tener confianza en Él

y en su Palabra (cf. *Jn* 6, 48-55). Para Jesús sentir piedad equivale a compartir la tristeza de quien encuentra, pero al mismo tiempo a trabajar en primera persona para transformarla en alegría. También nosotros estamos llamados a cultivar actitudes de piedad frente a muchas situaciones de la vida, sacudiéndonos de encima la indiferencia que impide reconocer las exigencias de los hermanos que nos rodean y liberándonos de la esclavitud del bienestar material (cf. *1*

Tm 6, 3-8).

Miremos el ejemplo de la Virgen María, que cuida de cada uno de sus hijos y es para nosotros creyentes icono de la piedad. Dante Alighieri lo expresa en la oración a la Virgen colocada al final del *Paraíso*: «En ti misericordia, en ti piedad, [...] en ti se aduna cuanto en la criatura hay de bondad» (XXXIII, 19-21).

Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos

provenientes de España y Latinoamérica. Que la Virgen Santa, Madre de Piedad y Misericordia, interceda por nosotros ante el Señor Jesús, para que nos conceda apiadarnos y compadecernos amorosamente del prójimo y nos libre de la esclavitud de las cosas materiales. Muchas gracias.

15 de mayo de 2016. Homilía durante la Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés.

Domingo.

«No os dejaré huérfanos»

(Jn 14,18)

La misión de Jesús, culminada con el don del Espíritu Santo, tenía esta finalidad esencial: *restablecer nuestra relación con el Padre*, destruida por el pecado; *apartarnos de la condición de huérfanos y restituirnos a la de hijos.*

El apóstol Pablo, escribiendo a

los cristianos de Roma, dice:
«Los que se dejan llevar por el
Espíritu de Dios, esos son hijos
de Dios. Habéis recibido, no un
espíritu de esclavitud, para
recaer en el temor, sino un
espíritu de hijos adoptivos, que
nos hace gritar: ¡Abba, Padre!»
(Rm 8,14-15). He aquí la
relación reestablecida: *la
paternidad de Dios* se reaviva
en nosotros a través de la obra
redentora de Cristo y del don
del Espíritu Santo.
El Espíritu es dado por el Padre
y nos conduce al Padre. Toda la
obra de la salvación es una

obra que regenera, en la cual la paternidad de Dios, mediante el don del Hijo y del Espíritu, nos libra de la orfandad en la que hemos caído. También en nuestro tiempo se constatan diferentes *signos de nuestra condición de huérfanos*: Esa soledad interior que percibimos incluso en medio de la muchedumbre, y que a veces puede llegar a ser tristeza existencial; esa supuesta independencia de Dios, que se ve acompañada por una cierta nostalgia de su cercanía; ese difuso analfabetismo espiritual

por el que nos sentimos incapaces de rezar; esa dificultad para experimentar verdadera y realmente la vida eterna, como plenitud de comunión que germina aquí y que florece después de la muerte; esa dificultad para reconocer al otro como hermano, en cuanto hijo del mismo Padre; y así otros signos semejantes.

A todo esto se opone la *condición de hijos*, que es nuestra vocación originaria, aquello para lo que estamos hechos, nuestro «ADN» más

profundo que, sin embargo, fue destruido y se necesitó el sacrificio del Hijo Unigénito para que fuese restablecido.

Del inmenso don de amor, como la muerte de Jesús en la cruz, ha brotado para toda la humanidad la efusión del Espíritu Santo, como una inmensa cascada de gracia.

Quien se sumerge con fe en este misterio de regeneración renace a la plenitud de la vida filial.

«No os dejaré huérfanos». Hoy, fiesta de Pentecostés, estas palabras de Jesús nos hacen

pensar también en la presencia maternal de María en el cenáculo. La Madre de Jesús está en medio de la comunidad de los discípulos, reunida en oración: es memoria viva del Hijo e invocación viva del Espíritu Santo. Es la Madre de la Iglesia. A su intercesión confiamos de manera particular a todos los cristianos, a las familias y las comunidades, que en este momento tienen más necesidad de la fuerza del Espíritu Paráclito, Defensor y Consolador, Espíritu de verdad, de libertad y de paz.

Como afirma también san Pablo, el Espíritu hace que nosotros pertenezcamos a Cristo: «El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo» (*Rm 8,9*). Y para consolidar nuestra relación de pertenencia al Señor Jesús, el Espíritu nos hace entrar en una nueva dinámica de fraternidad. Por medio del Hermano universal, Jesús, podemos relacionarnos con los demás de un modo nuevo, no como huérfanos, sino como hijos del mismo Padre bueno y misericordioso. Y esto hace que

todo cambie. Podemos mirarnos como hermanos, y nuestras diferencias harán que se multiplique la alegría y la admiración de pertenecer a esta única paternidad y fraternidad

15 de mayo de 2016. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy celebramos la gran fiesta de Pentecostés, con la que finaliza el tiempo pascual, cincuenta días después de la Resurrección de Cristo. La liturgia nos invita a abrir nuestra mente y nuestro corazón al don del Espíritu Santo, que Jesús prometió en más de una ocasión a sus

discípulos, el primer y principal don que Él nos alcanzó con su Resurrección. Este don, Jesús mismo lo pidió al Padre, como lo testifica el Evangelio de hoy, ambientado en la Última Cena. Jesús dice a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (*Jn 14, 15-16*). Estas palabras nos recuerdan ante todo que el amor por una persona, y también por el Señor, se demuestra no con las palabras, sino con los hechos; y

también «cumplir los mandamientos» se debe entender en sentido existencial, de modo que toda la vida se vea implicada. En efecto, ser cristianos no significa principalmente pertenecer a una cierta cultura o adherir a una cierta doctrina, sino más bien vincular la propia vida, en cada uno de sus aspectos, a la persona de Jesús y, a través de Él, al Padre. Para esto Jesús promete la efusión del Espíritu Santo a sus discípulos. Precisamente gracias al Espíritu Santo, Amor

que une al Padre y al Hijo y de ellos procede, todos podemos vivir la vida misma de Jesús. El Espíritu, en efecto, nos enseña todo, o sea la única cosa indispensable: amar como ama Dios.

Al prometer el Espíritu Santo, Jesús lo define «otro Paráclito» (*Jn 14, 16*), que significa Consolador, Abogado, Intercesor, es decir Quien nos asiste, nos defiende, está a nuestro lado en el camino de la vida y en la lucha por el bien y contra el mal.

Jesús dice «otro Paráclito»

porque el primero es Él, Él mismo, que se hizo carne precisamente para asumir en sí mismo nuestra condición humana y liberarla de la esclavitud del pecado.

Además, el Espíritu Santo ejerce una función de enseñanza y de memoria. Enseñanza y memoria. Nos lo dijo Jesús: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (*Jn 14, 26*). El Espíritu Santo no trae una enseñanza distinta,

sino que hace viva, hace operante la enseñanza de Jesús, para que el tiempo que pasa no la borre o no la debilite. El Espíritu Santo injerta esta enseñanza dentro de nuestro corazón, nos ayuda a interiorizarlo, haciendo que se convierte en parte de nosotros, carne de nuestra carne. Al mismo tiempo, prepara nuestro corazón para que sea verdaderamente capaz de recibir las palabras y los ejemplos del Señor. Todas las veces que se acoge con alegría la palabra de Jesús en nuestro

corazón, esto es obra del Espíritu Santo. Recemos ahora juntos el *Regina coeli* —por última vez este año—, invocando la maternal intercesión de la Virgen María. Que ella nos obtenga la gracia de ser fuertemente animados por el Espíritu Santo, para testimoniar a Cristo con franqueza evangélica y abrirnos cada vez más a la plenitud de su amor.

Después del Regina Coeli

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en el contexto muy

apropiado de Pentecostés, se publica mi Mensaje para la próxima Jornada mundial de las misiones, que se celebra cada año en el mes de octubre. Que el Espíritu Santo dé fuerza a todos los misioneros *ad gentes* y sostenga la misión de la Iglesia en todo el mundo. Y que el Espíritu Santo nos dé jóvenes —chicos y chicas— fuertes, que tengan ganas de ir y anunciar el Evangelio. Pidamos esto, hoy, al Espíritu Santo.

Saludo a todos vosotros, familias, grupos parroquiales,

asociaciones, peregrinos
provenientes de Italia y de
muchas partes del mundo, en
especial de Madrid, Praga y
Tailandia; así como a los
miembros de la Comunidad
católica coreana de Londres.

Saludo a los fieles de
Casalbuttano, Cortona, Terni,
Ragusa; a los jóvenes de
Romagnano di Massa; y la
«Sacra Corale Jonica» de la
provincia de Taranto.

Saludo de modo particular a
todos los que participan hoy en
la «Fiesta de los pueblos», en
su 25º aniversario, en la plaza

de San Juan de Letrán.

Que esta fiesta, signo de unidad y de la diversidad de las culturas, nos ayude a comprender que el camino hacia la paz es este: construir la unidad respetando la diversidad.

Un recuerdo especial dirijo a los Alpinos, reunidos en Asti para la Formación nacional. Los exhorto a ser testigos de misericordia y de esperanza, imitando el ejemplo del beato don Carlo Gnocchi, del beato hermano Luigi Bordino y del venerable Teresio Olivelli, que

honraron el Cuerpo de los Alpinos con la santidad de su vida.

Y a todos deseo una feliz fiesta de Pentecostés. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta la vista!

18 de mayo de 2016. Audiencia general. Parábola del hombre rico y del pobre Lázaro.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Deseo detenerme con vosotros hoy en la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. La vida de estas dos personas parece recorrer caminos paralelos: las condiciones de vida son opuestas y del todo incomunicadas. La puerta de la casa del rico está siempre

cerrada al pobre, que yace allí afuera, buscando comer cualquier sobra de la mesa del rico. Este lleva puestos vestidos de lujo, mientras que Lázaro está cubierto de llagas; el rico cada día banquetea abundantemente, mientras que Lázaro muere de hambre. Sólo los perros cuidan de él, y vienen a lamer sus llagas. Esta escena recuerda la dura amonestación del Hijo del hombre en el juicio final: «Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba

[...] desnudo, y no me vestisteis» (Mt 25, 42-43).

Lázaro representa bien el grito silencioso de los pobres de todos los tiempos y la contradicción de un mundo en el que las inmensas riquezas y recursos están en las manos de pocos.

Jesús dice que un día aquel hombre rico murió: los pobres y los ricos mueren, tienen el mismo destino, como todos nosotros, no hay excepciones a esto. Y entonces aquel hombre se dirigió a Abraham suplicándole con el apelativo de

«padre» (*Mt 25, 24.27*).

Reivindica, por lo tanto, ser su hijo, perteneciente al pueblo de Dios. Y sin embargo en vida no mostró ninguna consideración hacia Dios, más bien hizo de sí mismo el centro de todo, cerrado en su mundo de lujo y de derroche. Excluyendo a Lázaro, no tuvo en cuenta ni al Señor, ni a su ley. ¡Ignorar al pobre es despreciar a Dios! Esto debemos aprenderlo bien: ignorar al pobre es despreciar a Dios. Hay un particular en la parábola que cabe señalar: el rico no tiene un nombre, sino

sólo el adjetivo: «el rico», mientras que el del pobre se repite cinco veces, y «Lázaro» significa «Dios ayuda». Lázaro, que se halla ante la puerta, es una llamada viviente al rico para que se acuerde de Dios, pero el rico no acoge esta llamada. Será condenado por lo tanto no por sus riquezas, sino por haber sido incapaz de sentir compasión por Lázaro y socorrerlo.

En la segunda parte de la parábola, reencontramos a Lázaro y al rico tras su muerte (*Mt 25, 22-31*). En el más allá

la situación se ha invertido: el pobre Lázaro es llevado por los ángeles al cielo con Abraham, el rico en cambio cae entre los tormentos. Entonces el rico «levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro a su lado». Parece que ve a Lázaro por primera vez, pero sus palabras lo traicionan: «Padre Abraham —dice— ten piedad de mí y manda a Lázaro a mojar en el agua la punta del dedo y a humedecerme la lengua, porque sufro terriblemente en esta llama». Ahora el rico reconoce a Lázaro y le pide

ayuda, mientras que en vida fingía no verlo. —¡Cuántas veces mucha gente finge no ver a los pobres! Para ellos los pobres no existen— ¡Antes le negaba hasta las sobras de su mesa, y ahora querría que le trajese algo para beber! Cree todavía poder alegar derechos por su precedente condición social. Declarando imposible cumplir su petición, Abraham en persona ofrece la clave de todo el relato: él explica que bienes y males han sido distribuidos en modo de compensar la injusticia terrena,

y la puerta que separaba en vida al rico del pobre, se transformó en «un gran abismo». Hasta que Lázaro estuvo bajo su casa, para el rico había posibilidad de salvación, abrir la puerta, ayudar a Lázaro, pero ahora que ambos están muertos, la situación se ha vuelto irreparable. Dios no es nunca llamado directamente en causa, pero la parábola advierte claramente: la misericordia de Dios hacia nosotros está relacionada con nuestra misericordia hacia el prójimo;

cuando falta esta, también aquella no encuentra espacio en nuestro corazón cerrado, no puede entrar. Si yo no abro de par en par la puerta de mi corazón al pobre, aquella puerta permanece cerrada. También para Dios. Y esto es terrible.

A este punto, el rico piensa en sus hermanos, que corren el riesgo de tener el mismo final, y pide que Lázaro pueda volver al mundo a advertirles. Pero Abraham responde: «Tienen a Moisés y a los profetas, que les oigan». Para convertirnos, no

debemos esperar eventos prodigiosos, sino abrir el corazón a la Palabra de Dios, que nos llama a amar a Dios y al prójimo. La Palabra de Dios puede hacer revivir un corazón marchito y curarlo de su ceguera. El rico conocía la Palabra de Dios, pero no la dejó entrar en el corazón, no la escuchó, por eso fue incapaz de abrir los ojos y de tener compasión del pobre. Ningún mensajero y ningún mensaje podrán sustituir a los pobres que encontramos en el camino, porque en ellos nos viene al

encuentro el mismo Jesús:
«Cuanto hicisteis a unos de
estos hermanos míos más
pequeños, a mí me lo hicisteis»
(Mt 25, 40), dice Jesús. Así en
el cambio de las suertes que la
parábola describe se esconde el
misterio de nuestra salvación,
en que Cristo une la pobreza a
la misericordia. Queridos
hermanos y hermanas,
escuchando este Evangelio,
todos nosotros, junto a los
pobres de la tierra, podemos
cantar con María: «Derribó a
los potentados de sus tronos y
exaltó a los humildes; a los

hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (Lc 1, 52-53).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a no perder la oportunidad, que se presenta constantemente, de abrir la puerta del corazón al pobre y necesitado, y a reconocer en ellos el rostro misericordioso de Dios. Muchas gracias.

20 de mayo de 2016. Discurso a los directivos de la liga nacional profesionales serie a, y a los futbolistas de los equipos Juventus y Milán.

Viernes.

Queridos amigos del fútbol italiano:

Me complace acogerlos con ocasión de la final del fútbol, de la Copa Italia, que se disputará mañana en el Estadio Olímpico de Roma. Os saludo cordialmente: dirigentes, futbolistas, técnicos y

acompañantes del Juventus y del Milán, como también a los representantes de la Liga Nacional Serie A, con el presidente Maurizio Beretta, a quien agradezco sus palabras. Vuestra presencia me ofrece la oportunidad para expresar mi estima por las cualidades profesionales y las bellas tradiciones que distinguen vuestras sociedades deportivas y el ambiente de fútbol en general. Pienso en los muchos seguidores, especialmente jóvenes, que os miran con simpatía. Vosotros llamáis la

atención de estas personas, que os admiran; y, por lo tanto, estáis llamados a comportaros de modo que puedan descubrir siempre en vosotros las cualidades humanas de los deportistas comprometidos en testimoniar los auténticos valores del deporte.

El éxito de un equipo, en efecto, es el resultado de una serie de virtudes humanas: la armonía, la lealtad, la capacidad de entablar amistad y capacidad de dialogar, la solidaridad; se trata de valores espirituales, que se convierten

en valores deportivos.

Ejerciendo estas cualidades morales, vosotros podéis hacer resaltar aún más la verdadera finalidad del mundo del deporte, marcado, a veces, también por acontecimientos negativos.

Se trata simplemente de demostrar que cada uno de vosotros, antes que ser un futbolista, es una persona, con sus límites y sus méritos, pero sobre todo con la propia conciencia, que espero esté siempre iluminada por la relación con Dios. Que no

decaigan jamás, entre vosotros, el gusto de la fraternidad, el respeto recíproco, la comprensión y también el perdón. Obrad en modo tal, que el hombre siempre esté en armonía con el deportista. Y para encontrar esta armonía entre hombre y deportista, ayuda mucho siempre volver a encontrar la actitud del *amateur*, del «aficionado», que está en la base de todo equipo, de donde nació. Siempre volver a encontrar esto, que hace crecer la armonía entre el hombre y el

deportista. Sed campeones del deporte, pero, sobre todo, campeones de vida. Destacad siempre lo que hay de verdaderamente bueno y bello, mediante un testimonio sobrio de valores que deben caracterizar el auténtico deporte; y no temáis hacer conocer con serenidad y equilibrio al mundo de vuestros admiradores los principios morales y religiosos en los cuales deseáis inspirar vuestra vida. En esta perspectiva, os ayuda el esfuerzo que está llevando a cabo la Liga de la

Serie A, para que el juego de fútbol pueda constituir un mensaje positivo para toda la sociedad.

Os agradezco, una vez más, vuestra visita y os deseo todo bien. Os pido, por favor, orar por mí, porque tengo necesidad de cumplir mi trabajo; e invoco sobre vosotros y vuestras familias la bendición del Señor.

22 de mayo de 2016.

ÁNGELUS.

*Solemnidad de la Santísima
Trinidad.*

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy, fiesta de la Santísima
Trinidad, el Evangelio de san
Juan nos presenta un pasaje
del largo discurso de despedida,
pronunciado por Jesús poco
antes de su pasión. En este
discurso Él explica a los

discípulos las verdades más profundas relacionadas con Él; y así se expresa la relación entre *Jesús, el Padre y el Espíritu*. Jesús sabe que está cerca de la realización del designio del Padre, que se cumplirá con su muerte y resurrección; por esto quiere asegurar a los suyos que no los abandonará, porque su misión será prolongada por el Espíritu Santo. Será el Espíritu quien prolongará la misión de Jesús, es decir, guiará a la Iglesia hacia adelante.

Jesús revela en qué consiste

esta misión. Sobre todo el Espíritu nos conduce a entender muchas cosas que Jesús mismo tiene aún que decir (cf. *Jn* 16, 12). No se trata de doctrinas nuevas y especiales, sino de una plena comprensión de todo lo que el Hijo oyó del Padre y dio a conocer a los discípulos (cf. v. 15). El Espíritu nos guía por nuevas situaciones existenciales con una mirada dirigida a Jesús y, al mismo tiempo, abierto a los eventos y al futuro. Él nos ayuda a caminar en la historia

firmemente radicados en el Evangelio y también con dinámica fidelidad a nuestras tradiciones y costumbres. Pero el misterio de la Trinidad nos habla también de nosotros, de *nuestra relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*. En efecto, mediante el Bautismo, el Espíritu Santo nos ha insertado en el corazón y en la vida misma de Dios, que es comunión de amor. Dios es una «familia» de tres Personas que se aman tanto que forman una sola cosa. Esta «familia divina» no está cerrada en sí misma,

sino que está abierta, se comunica en la creación y en la historia y ha entrado en el mundo de los hombres para llamar a todos a formar parte de ella. El horizonte trinitario de comunión nos envuelve a todos y nos anima a vivir en el amor y la fraternidad, seguros de que ahí donde hay amor, ahí está Dios.

Nuestro ser creados a imagen y semejanza de Dios-comunión nos llama a comprendernos a nosotros mismos como seres-en-relación y a vivir las relaciones interpersonales en la

solidaridad y en el amor recíproco. Tales relaciones se juegan, sobre todo, en el ámbito de nuestras comunidades eclesiales, para que sea cada vez más evidente la imagen de la Iglesia icono de la Trinidad. Pero se juega en las distintas relaciones sociales, desde la familia, hasta las amistades y el ambiente de trabajo: son ocasiones concretas que se nos ofrecen para construir relaciones cada vez más humanamente ricas, capaces de respeto recíproco y de amor desinteresado.

La fiesta de la Santísima Trinidad nos invita a comprometernos en los acontecimientos cotidianos para ser fermento de comunión, de consolación y de misericordia. En esta misión, nos sostiene la fuerza que el Espíritu Santo nos dona: ella cura la carne de la humanidad herida por la injusticia, por los abusos, por el odio y la avidez. La Virgen María en su humildad, acogió la voluntad del Padre y concibió al Hijo por obra del Espíritu Santo. Que ella, espejo de la Trinidad, nos ayude a reforzar

nuestra fe en el Misterio trinitario y a encarnarla con elecciones y actitudes de amor y de unidad.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Cosenza, fue proclamado Beato Francisco María Greco, sacerdote diocesano, fundador de las Pequeñas Obreras de los Sagrados Corazones. Entre el siglo XIX y XX fue animador de la vida religiosa y social de la ciudad, Acri, donde ejerció todo su fecundo ministerio. Damos

gracias a Dios por este sacerdote ejemplar. Este aplauso es también para tantos buenos sacerdotes que hay aquí en Italia.

Mañana iniciará en Estambul, Turquía, la primera cumbre humanitaria mundial, que tiene como finalidad reflexionar sobre las medidas por adoptar para salir al encuentro de las dramáticas situaciones humanitarias causadas por los conflictos, problemáticas ambientales y de extrema pobreza. Acompañamos con la oración a los participantes en

dicho encuentro, para que se comprometan plenamente en realizar el objetivo humanitario principal: salvar la vida de todo ser humano, sin excluir a nadie, en especial los inocentes y los más indefensos. La Santa Sede tomará parte en esta cumbre humanitaria, y por esta razón hoy se encuentra de viaje para representar a la Santa Sede el secretario de Estado, el cardenal Pietro Parolin.

El martes, 24 de mayo, nos uniremos espiritualmente a los fieles católicos de China, que

ese día celebran la memoria de la Bienaventurada Virgen María «Auxilio de los cristianos», venerada en el santuario de Sheshan, en Shanghai.

Pidamos a María que done a sus hijos en China la capacidad de discernir en cada situación los signos de la presencia amorosa de Dios, que siempre acoge y siempre perdona. Que en este año de la misericordia los católicos chinos puedan, junto a los que siguen otras nobles tradiciones religiosas, convertirse en signo concreto de caridad y reconciliación.

De ese modo ellos promoverán una auténtica cultura del encuentro y la armonía de toda la sociedad, esa armonía que ama tanto el espíritu chino. A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

25 de mayo de 2016. Audiencia general. Es preciso orar siempre sin desfallecer.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La parábola evangélica que acabamos de escuchar (cf. *Lc 18, 1-8*) contiene una enseñanza importante: «Es preciso orar siempre sin desfallecer» (*Lc 18, 1*). Por lo tanto, no se trata de rezar alguna vez, cuando tengo

ganas. No, Jesús dice que hay que «rezar siempre, sin desfallecer». Y presenta el ejemplo de la viuda y del juez. El juez es un personaje poderoso, llamado a dar una sentencia según la Ley de Moisés. Por esto la tradición bíblica recomendaba que los jueces fuesen personas temerosas de Dios, dignas de fe, imparciales e incorruptibles (cf. *Ex 18, 21*). Al contrario, este juez «ni temía a Dios ni respetaba a los hombres» (*Lc 18, 2*). Era un juez inicuo, sin escrúpulos, que no tenía en

cuenta la ley sino que hacía lo que quería, según su interés. A él se dirige una viuda para obtener justicia. Las viudas, junto con los huérfanos y los extranjeros, eran las categorías más débiles de la sociedad. Los derechos que les aseguraba la Ley podían ser pisoteados con facilidad porque, al ser personas solas y sin defensa, difícilmente podían hacerse valer: una pobre viuda, allí, sola, nadie la defendía, podían ignorarla, incluso no ofrecerle justicia. Así también el huérfano, así el extranjero, el

inmigrante: en esa época era muy fuerte esta problemática. Ante la indiferencia del juez, la viuda recurre a su única arma: continuar insistentemente a importunarlo, presentándole su petición de justicia. Y precisamente con esta perseverancia alcanza el objetivo. El juez, en efecto, a un cierto punto la escucha, no por misericordia, ni porque la conciencia se lo impone; sencillamente admite: «Como esta viuda me causa molestia, le voy hacer justicia para que no venga continuamente a

importunarme» (*Lc 18, 5*). De esta parábola Jesús saca una doble conclusión: si la viuda logra convencer al juez deshonesto con sus peticiones insistentes, cuánto más Dios, que es Padre bueno y justo, «hará justicia a sus elegidos, que están clamando a Él día y noche»; y además no «les hará esperar mucho tiempo», sino que actuará «con prontitud» (cf. *Lc 18, 7-8*).

Por esto Jesús exhorta a rezar «sin desfallecer». Todos experimentamos momentos de cansancio y de desaliento,

sobre todo cuando nuestra oración parece ineficaz. Pero Jesús nos asegura: a diferencia del juez deshonesto, Dios escucha con prontitud a sus hijos, si bien esto no significa que lo haga en los tiempos y en las formas que nosotros quisiéramos. La oración no es una varita mágica. Ella ayuda a conservar la fe en Dios, a encomendarnos a Él incluso cuando no comprendemos la voluntad. En esto, Jesús mismo —ique oraba mucho!— es un ejemplo para nosotros. La carta a los Hebreos recuerda que

«habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente» (Lc 18, 5, 7). A primera vista esta afirmación parece inverosímil, porque Jesús murió en la cruz. Sin embargo, la carta a los Hebreos no se equivoca: Dios salvó de verdad a Jesús de la muerte dándole sobre ella la completa victoria, pero el camino recorrido para obtenerla pasó a través de la muerte misma. La referencia a

las súplicas que Dios escuchó remiten a la oración de Jesús en Getsemaní. Asaltado por la angustia inminente, Jesús ora al Padre que lo libre del cáliz amargo de la Pasión, pero su oración está invadida por la confianza en el Padre y se entrega sin reservas a su voluntad: «Pero —dice Jesús— no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (*Mt 26, 39*). El objeto de la oración pasa a un segundo plano; lo que importa ante todo es la relación con el Padre. He aquí lo que hace la oración: transforma el

deseo y lo modela según la voluntad de Dios, sea cual fuera, porque quien reza aspira ante todo a la unión con Dios, que es Amor misericordioso. La parábola termina con una pregunta: «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Y con esta pregunta nos alerta a todos: no debemos renunciar a la oración incluso si no se obtiene respuesta. La oración conserva la fe, sin la oración la fe vacila. Pidamos al Señor una fe que se convierta en oración incesante,

perseverante, como la de la viuda de la parábola, una fe que se nutre del deseo de su venida. Y en la oración experimentamos la compasión de Dios, que como un Padre viene al encuentro de sus hijos lleno de amor misericordioso.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Pidamos al Señor una fe que se convierta en oración incesante que se nutra de la esperanza en su

venida y que nos haga
experimentar la compasión de
Dios.

26 de mayo de 2016. Homilía en la Santa Misa y procesión eucarística en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Jueves.

«Haced esto en memoria mía» (1Co 11,24.25).

El apóstol Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto, refiere por dos veces este mandato de Cristo en el relato de la institución de la Eucaristía. Es el testimonio más antiguo de las palabras de Cristo en la Última Cena.

«Haced esto». Es decir, tomad el pan, dad gracias y partidlo; tomad el cáliz, dad gracias y distribuidlo. Jesús manda *repetir el gesto* con el que instituyó el memorial de su Pascua, por el que nos dio su Cuerpo y su Sangre. Y este gesto ha llegado hasta nosotros: es el «*hacer*» la *Eucaristía*, que tiene siempre a Jesús como protagonista, pero que se realiza a través de nuestras pobres manos ungidas de Espíritu Santo.

«Haced esto». Ya en otras ocasiones, Jesús había pedido a

sus discípulos que «hicieran» lo que él tenía claro en su espíritu, en obediencia a la voluntad del Padre. Lo acabamos de escuchar en el Evangelio. Ante una multitud cansada y hambrienta, Jesús dice a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer» (*Lc 9,13*). En realidad, Jesús es el que bendice y parte los panes, con el fin de satisfacer a todas esas personas, pero los cinco panes y los dos peces fueron aportados por los discípulos, y Jesús quería precisamente esto: que, en lugar de despedir

a la multitud, ofrecieran lo poco que tenían. Hay además otro gesto: los trozos de pan, partidos por las manos sagradas y venerables del Señor, pasan a las pobres manos de los discípulos para que los distribuyan a la gente. También esto es «hacer» con Jesús, es «dar de comer» con él. Es evidente que este milagro no va destinado sólo a saciar el hambre de un día, sino que es un signo de lo que Cristo está dispuesto a hacer para la salvación de toda la humanidad ofreciendo su carne

y su sangre (cf. *Jn* 6,48-58). Y, sin embargo, hay que pasar siempre a través de esos dos pequeños gestos: ofrecer los pocos panes y peces que tenemos; recibir de manos de Jesús el pan partido y distribuirlo a todos.

Partir: esta es la otra palabra que explica el significado del «haced esto en memoria mía». Jesús se ha dejado «partir», se parte por nosotros. Y pide que nos demos, que nos dejemos partir por los demás.

Precisamente este «partir el pan» se ha convertido en el

icono, en el signo de identidad de Cristo y de los cristianos. Recordemos Emaús: lo reconocieron «al partir el pan» (Lc 24,35). Recordemos la primera comunidad de Jerusalén: «Perseveraban [...] en la fracción del pan» (Hch 2,42). Se trata de la Eucaristía, que desde el comienzo ha sido el centro y la forma de la vida de la Iglesia. Pero recordemos también a todos los santos y santas – famosos o anónimos–, que se han dejado «partir» a sí mismos, sus propias vidas, para

«alimentar a los hermanos». Cuántas madres, cuántos papás, junto con el pan de cada día, cortado en la mesa de casa, se parten el pecho para criar a sus hijos, y criarlos bien. Cuántos cristianos, en cuanto ciudadanos responsables, se han desvivido para defender la dignidad de todos, especialmente de los más pobres, marginados y discriminados. ¿Dónde encuentran la fuerza para hacer todo esto? Precisamente en la Eucaristía: en el poder del amor del Señor resucitado, que

también hoy parte el pan para nosotros y repite: «Haced esto en memoria mía».

Que el gesto de la *procesión eucarística*, que dentro de poco vamos a hacer, responda también a este mandato de Jesús. Un gesto para hacer memoria de él; un gesto para dar de comer a la muchedumbre actual; un gesto para «partir» nuestra fe y nuestra vida como signo del amor de Cristo por esta ciudad y por el mundo entero.

29 de mayo de 2016. Homilía
en el jubileo de los diáconos.

Domingo.

«Servidor de Cristo» (*Ga* 1,10). Hemos escuchado esta expresión, con la que el apóstol Pablo se define cuando escribe a los Gálatas. Al comienzo de la carta, se había presentado como «apóstol» por voluntad del Señor Jesús (cf. *Ga* 1,1). Ambos términos, apóstol y servidor, están unidos, no pueden separarse jamás; son como dos caras de una misma

moneda: quien anuncia a Jesús está llamado a servir y el que sirve anuncia a Jesús.

El Señor ha sido el primero que nos lo ha mostrado: él, la Palabra del Padre; él, que nos ha traído la buena noticia (*Is 61,1*); él, que es en sí mismo la buena noticia (cf. *Lc 4,18*), se ha hecho nuestro siervo (*Flp 2,7*), «no ha venido para ser servido, sino para servir» (*Mc 10,45*). «Se ha hecho diácono de todos», escribía un Padre de la Iglesia (San Policarpo, *Ad Phil. V,2*). Como ha hecho él, del mismo

modo están llamados a actuar sus anunciadores, «llenos de misericordia, celantes, caminando según la caridad del Señor que se hizo siervo de todos» (*ibíd.*). El discípulo de Jesús no puede caminar por una vía diferente a la del Maestro, sino que, si quiere anunciar, debe imitarlo, como hizo Pablo: *aspirar a ser un servidor*. Dicho de otro modo, si *evangelizar* es la misión asignada a cada cristiano en el bautismo, *servir* es el estilo mediante el cual se vive la misión, el único modo de ser

discípulo de Jesús. Su testigo es el que hace como él: el que sirve a los hermanos y a las hermanas, sin cansarse de Cristo humilde, sin cansarse de la vida cristiana que es *vida de servicio*.

¿Por dónde se empieza para ser «siervos buenos y fieles» (cf. *Mt 25,21*)? Como primer paso, estamos invitados a vivir la *disponibilidad*. El siervo aprende cada día a renunciar a disponer todo para sí y a disponer de sí como quiere. Se ejercita cada mañana en dar la vida, en pensar que todos sus

días no serán suyos, sino que serán para vivirlos como una entrega de sí. En efecto, quien sirve no es un guardián celoso de su propio tiempo, sino más bien renuncia a ser el dueño de la propia jornada. Sabe que el tiempo que vive no le pertenece, sino que es un don recibido de Dios para a su vez ofrecerlo: sólo así dará verdaderamente fruto. El que sirve no es esclavo de la agenda que establece, sino que, dócil de corazón, está disponible a lo no programado: solícito para el hermano y

abierto a lo imprevisto, que nunca falta y a menudo es la sorpresa cotidiana de Dios. El siervo está abierto a la sorpresa, a las sorpresas cotidianas de Dios. El siervo sabe abrir las puertas de su tiempo y de sus espacios a los que están cerca y también a los que llaman fuera de horario, a costo de interrumpir algo que le gusta o el descanso que se merece. El siervo rebasa los horarios. A mí me parte el corazón cuando veo un horario en las parroquias: «de tal hora a tal otra». Y después, la

puerta está cerrada, no está el sacerdote, no está el diácono, no está el laico que recibe a la gente... Esto hace mal. Ir más allá de los horarios: hay que tener la valentía de rebasar los horarios. Así, queridos diáconos, viviendo en la disponibilidad, vuestro servicio estará exento de cualquier tipo de provecho y será evangélicamente fecundo. También el Evangelio de hoy nos habla de servicio, mostrándonos dos siervos, de los que podemos sacar enseñanzas preciosas: el siervo

del centurión, que regresa curado por Jesús, y el centurión mismo, al servicio del emperador. Las palabras que este manda decir a Jesús, para que no venga hasta su casa, son sorprendentes y, a menudo, son el contrario de nuestras oraciones: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo» (*Lc 7, 6*); «por eso tampoco me creí digno de venir personalmente» (v.7); «porque yo también vivo en condición de subordinado» (*Lc 7, 8*). Ante estas palabras, Jesús se queda

admirado. Le asombra la gran humildad del centurión, su *mansedumbre*. Y la mansedumbre es una de las virtudes de los diáconos.

Cuando el diácono es manso, es siervo y no juega a «imitar» al sacerdote, es manso. Él, ante el problema que lo afligía, habría podido agitarse y pretender ser atendido imponiendo su autoridad; habría podido convencer con insistencia, hasta forzar a Jesús a ir a su casa. En cambio se hace pequeño, discreto, manso, no alza la voz y no quiere

molestar. Se comporta, quizás sin saberlo, según el estilo de Dios, que es «manso y humilde de corazón» (*Mt 11, 29*). En efecto, Dios, que es amor, llega incluso a servirnos por amor: con nosotros es paciente, comprensivo, siempre solícito y bien dispuesto, sufre por nuestros errores y busca el modo para ayudarnos y hacernos mejores. Estos son también los rasgos de mansedumbre y humildad del servicio cristiano, que es *imitar a Dios en el servicio a los demás*: acogerlos con amor

paciente, comprenderlos sin cansarnos, hacerlos sentir acogidos, a casa, en la comunidad eclesial, donde no es más grande quien manda, sino el que sirve (cf. *Lc 22, 26*). Y jamás reprender, jamás. Así, queridos diáconos, en la mansedumbre, madurará vuestra vocación de ministros de la caridad.

Además del apóstol Pablo y el centurión, en las lecturas de hoy hay un tercer siervo, aquel que es curado por Jesús. En el relato se dice que era muy querido por su dueño y que

estaba enfermo, pero no se sabe cuál era su grave enfermedad (Lc 7, 2). De alguna manera, podemos reconocernos también nosotros en ese siervo. Cada uno de nosotros es muy querido por Dios, amado y elegido por él, y está llamado a servir, pero tiene sobre todo necesidad de ser sanado interiormente. Para ser capaces del servicio, se necesita la salud del corazón: un corazón restaurado por Dios, que se sienta perdonado y no sea ni cerrado ni duro. Nos hará bien rezar con confianza

cada día por esto, pedir que seamos sanados por Jesús, asemejarnos a él, que «no nos llama más siervos, sino amigos» (cf. *Jn* 15,15).

Queridos diáconos, podéis pedir cada día esta gracia en la oración, en una oración donde se presenten las fatigas, los imprevistos, los cansancios y las esperanzas: una oración verdadera, que lleve la vida al Señor y el Señor a la vida. Y cuando sirváis en la celebración eucarística, allí encontraréis la presencia de Jesús, que se os entrega, para que vosotros os

deis a los demás.

Así, disponibles en la vida,
mansos de corazón y en
constante diálogo con Jesús, no
tendréis temor de
ser *servidores de Cristo*, de
encontrar y acariciar la carne
del Señor en los pobres de hoy.

29 de mayo de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

Al término de esta
celebración deseo dirigir un
especial saludo a vosotros,
queridos diáconos, llegados de
Italia y de distintos países.
Gracias por vuestra presencia
hoy, pero sobre todo por
vuestra presencia en la Iglesia.
Saludo a todos los peregrinos,
en particular, a la Asociación
europea de los Schützen
históricos; a los participantes

en el «Camino del perdón» promovido por el Movimiento Celestiano; y a la Asociación nacional para la tutela de las energías renovables, comprometida en una obra de educación en el cuidado de la creación. Recuerdo además la actual Jornada nacional del alivio, finalizada a ayudar a las personas a vivir bien la fase final de la existencia terrena; como también la tradicional peregrinación que se realiza hoy en Polonia al santuario mariano de Piekary: la Madre de la Misericordia sostenga a

las familias y a los jóvenes en camino hacia la Jornada mundial de Cracovia.

El miércoles próximo, 1^o de junio, con ocasión de la Jornada internacional del niño, las comunidades cristianas de Siria, tanto católicas como ortodoxas, vivirán juntas una especial oración por la paz, que tendrá como protagonistas precisamente a los niños. Los niños sirios invitan a los niños de todo el mundo a unirse a sus oraciones por la paz.

Invoquemos por estas intenciones, la intercesión de la

Virgen María, a la vez que le
confiamos la vida y el
ministerio de todos los diáconos
del mundo.

29 de mayo de 2016. Palabras a los participantes en el congreso mundial de la Fundación Pontificia Scholas Occurrentes.

Domingo.

PAPA: Gracias por estar aquí. Estoy contento de saludarlos y desearles que no haya sido muy aburrido todo esto. Que se haya dado ese clima de comunicación, ese clima de encuentro, ese clima de puente, que nos une y que es un desafío para este mundo que corre siempre el riesgo de

atomizarse. Y de separarse y, cuando los pueblos se separan, las familias se separan, los amigos se separan, solamente en la separación se puede sembrar enemistad o incluso odio. En cambio, cuando se juntan se da la amistad social, la amistad fraternal y se da una cultura del encuentro que nos defiende de cualquier tipo de cultura de descarte. Gracias por eso y por lo que están haciendo con él.

RESPUESTA DEL PAPA: La primera. No se me ocurrió

dejar de serlo por la
responsabilidad y les hago una
confidencia: ni se me había
ocurrido que me iban a elegir a
mí. Fue una sorpresa para mí.
Pero, desde ese momento, Dios
me dio una paz que dura hasta
el día de hoy. Y eso me
mantiene. Esa es la gracia que
recibí. Por otro lado, por
naturaleza soy inconsciente, así
que sigo adelante. Mirá,
construir un mundo más mejor,
más mejor, me salió la
porteñada. Construir un mundo
mejor creo que se puede
resumir en esas cosas que

hablamos juntos allí, ¿no es cierto? Es decir, que cada persona sea reconocida en su identidad, pero la identidad no se da si no hay pertenencia. Procurar dar pertenencia, y uno de ustedes me preguntaba: si un chico, una chica no tiene pertenencia ¿cómo puedo ayudarla? Por lo menos ofrécele pertenencia virtual, pero que se sienta... y ahí va a tener identidad. Pero una persona sin identidad no tiene futuro. Entonces urge, es urgente ofrecer pertenencias de cualquier tipo, pero que se

sientan pertenecientes a un grupo, a una familia, a una organización, a algo, y eso le va a dar identidad. Identidad, pertenencia. Esto otro, lenguaje de los gestos, animarnos a tener lenguaje de los gestos. A veces nos gusta hablar y hablar. A veces el lenguaje de los gestos es distinto. Sólo hablar no basta. Podemos caer en el «jarabe de pico» y ese no funciona. Lenguaje de los gestos, que a veces es una palmada, una sonrisa. Me gustó lo que dijiste vos: «Esta sonrisa no me la

saca nadie». Una sonrisa que da esperanza, mirar a los ojos, gestos de aprobación o de paciencia, de tolerancia, gestos. Dejar las agresiones, el bulismo, el bulling, el bulismo es otra cosa, el bulismo es una agresión que esconde una profunda crueldad y el mundo es cruel. El mundo es cruel. Y las guerras son un monumento de crueldad.

Una monja de un país africano que tiene guerras intestinas me mandó fotografías, las tengo acá. Y ¿a donde llega la crueldad de la guerra? Un niño

degollado, un niño. Entonces, podemos entender el bulling. Si esto se da, ¿cómo no se va a dar el bulling? Es la misma crueldad contra un niño y un niño que se lo hace a otro, si vos sembrás crueldad. Un niño masacrado en su cabeza. Y esto pasó el mes pasado. O sea, para construir un mundo nuevo, un mundo mejor hay que desterrar todo tipo de crueldad. Y la guerra es una crueldad. Pero este tipo de guerra más crueldad todavía porque se ensaña con un inocente.

Después el escuchar al otro, la capacidad de escuchar, no discutir enseguida, preguntar, y eso es el diálogo, y el diálogo es un puente. El diálogo es un puente. No tenerle miedo al diálogo, no se trata del San Lorenzo-Lanús, que se juega hoy, a ver quién gana. Se trata de juntamente ir poniendo las propuestas para avanzar juntos. En el diálogo todos ganan, nadie pierde. En la discusión hay uno que gana y otro que pierde o pierden los dos. El diálogo es mansedumbre, es capacidad de

escucha, es ponerse en el lugar del otro, es tender puentes. Y dentro del diálogo si yo opino distinto no discutir, sino a lo más persuadir con mansedumbre. Como ven son todas las conductas que fueron saliendo en las preguntas que ustedes hacían. Y el orgullo, la soberbia, desterrarlos, porque el orgullo y la soberbia terminan mal siempre. El orgulloso termina mal. O sea, yo te contestaría esa pregunta: ¿Cómo construir un mundo mejor? Por ese camino. Nuestro mundo necesita de bajar el

nivel de agresión. Necesita de ternura. Necesita de mansedumbre, necesita de escuchar, necesita de caminar juntos. Si no, esto y esto se está dando hoy, porque faltan todas esas actitudes que yo dije. No sé si respondí a la pregunta, eh? ¿De acuerdo? ¿Respondí?

PALABRAS FINALES: Les agradezco a todos ustedes la colaboración, el trabajo y la paciencia. Pensamos en todos los chicos del mundo con sus diversas culturas, idiomas,

razas, religiones. Y nos dirigimos a Dios pidiendo con el texto de bendición más antiguo que es válido y es usado por las tres religiones monoteístas: «El Señor los bendiga y los proteja, haga brillar su rostro sobre ustedes y les muestre su gracia, les descubra su rostro y les conceda la paz. Amen». Y muchas gracias por todo y recen por mí, por favor, que necesito.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Junio.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de junio de 2016. Audiencia general. Cómo se debe rezar para obtener misericordia.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Primera meditación.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Segunda meditación.

2 de junio de 2016. Retiro

espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Tercera meditación.

3 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los sacerdotes.

3 de junio de 2016. Discurso a la cumbre internacional de jueces y magistrados contra el tráfico de personas y el crimen organizado.

4 de junio de 2016. Discurso a los participantes en la asamblea de las obras misionales pontificias.

5 de junio de 2016. Homilía en la Santa Misa y

canonización de los beatos Estanislao de Jesús María y María Isabel Hesselblad.

5 de junio de 2016.

ÁNGELUS.

8 de junio de 2016. Audiencia general. Las bodas de Cana.

9 de junio de 2016. Discurso a una representación de médicos españoles y latinoamericanos.

10 de junio de 2016. Discurso a una delegación de la comunión mundial de las iglesias reformadas.

12 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los enfermos y

personas discapacitadas.

12 de junio de 2016.

ÁNGELUS.

13 de junio de 2016. Discurso

en la visita a la sede del

Programa Mundial de Alimentos

(PMA)

15 de junio de 2016.

Audiencia general. El ciego de

Jericó.

18 de junio de 2016.

Audiencia jubilar. La

conversión.

19 de junio de 2016.

ÁNGELUS.

22 de junio de 2016.

Audiencia general. Confiar en

la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia.

24 de junio de 2016. Palabras durante el vuelo Roma-Ereván. (Armenia)

24 de junio de 2016. Discurso en la visita de oración a la catedral apostólica. (Armenia)

24 de junio de 2016. Discurso en el encuentro con las autoridades civiles y con el cuerpo diplomático. (Armenia)

25 de junio de 2016. Discurso en el encuentro ecuménico y oración por la paz. (Armenia)

25 de junio de 2016. Homilía

del Santo Padre en la Santa Misa. (Armenia)

26 de junio de 2016. Discurso en la participación en la divina liturgia en la catedral apostólica Armenia. (Armenia)

26 de junio de 2016. Firma de una declaración conjunta de su Santidad Francisco y de su Santidad Karekin II en la santa Etchmiadzin, República de Armenia. (Armenia)

28 de junio de 2016. Palabras del Santo Padre Francisco en la conmemoración del 65 aniversario de la ordenación sacerdotal del papa emérito

Benedicto XVI.

29 de junio de 2016. Homilía en la Santa misa y bendición de los palios para los nuevos arzobispos metropolitanos en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

29 de junio de 2016.

ÁNGELUS.

30 de junio de 2016.

Audiencia jubilar. La misericordiosa como un estilo de vida.

1 de junio de 2016. Audiencia general. Cómo se debe rezar para obtener misericordia.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado hemos escuchado la parábola del juez y la viuda, sobre la necesidad de rezar con perseverancia. Hoy, con otra parábola, Jesús quiere enseñarnos cuál es la actitud correcta para rezar e invocar la misericordia del Padre; cómo se debe rezar; la

actitud correcta para orar. Es la parábola del fariseo y del publicano (cf. *Lc 18, 9-14*).

Ambos protagonistas suben al templo para rezar, pero actúan de formas muy distintas, obteniendo resultados opuestos. El fariseo reza «de pie» (*Lc 18, 11*), y usa muchas palabras. Su oración es, sí, una oración de acción de gracias dirigida a Dios, pero en realidad es una exhibición de sus propios méritos, con sentido de superioridad hacia los «demás hombres», a los que califica como «ladrones, injustos,

adúlteros», como, por ejemplo, —y señala al otro que estaba allí— «este publicano» (Lc 18, 11). Pero precisamente aquí está el problema: ese fariseo reza a Dios, pero en realidad se mira a sí mismo. ¡Reza a sí mismo! En lugar de tener ante sus ojos al Señor, tiene un espejo. Encontrándose incluso en el templo, no siente la necesidad de postrarse ante la majestad de Dios; está de pie, se siente seguro, casi como si fuese él el dueño del templo. Él enumera las buenas obras realizadas: es irrepreensible,

observante de la Ley más de lo debido, ayuna «dos veces por semana» y paga el «diezmo» de todo lo que posee. En definitiva, más que rezar, el fariseo se complace de la propia observancia de los preceptos. Pero sus actitudes y sus palabras están lejos del modo de obrar y de hablar de Dios, que ama a todos los hombres y no desprecia a los pecadores. Al contrario, ese fariseo desprecia a los pecadores, incluso cuando señala al otro que está allí. O sea, el fariseo, que se considera justo, descuida el

mandamiento más importante:
el amor a Dios y al prójimo.
No es suficiente, por lo tanto,
preguntarnos *cuánto* rezamos,
debemos preguntarnos
también *cómo* rezamos, o
mejor, *cómo es nuestro*
corazón: es importante
examinarlo para evaluar los
pensamientos, los
sentimientos, y extirpar
arrogancia e hipocresía. Pero,
pregunto: ¿se puede rezar con
arrogancia? No. ¿Se puede
rezar con hipocresía? No.
Solamente debemos orar
poniéndonos ante Dios así

como somos. No como el fariseo que rezaba con arrogancia e hipocresía. Estamos todos atrapados por las prisas del ritmo cotidiano, a menudo dejándonos llevar por sensaciones, aturcidos, confusos. Es necesario aprender a encontrar de nuevo el camino hacia nuestro corazón, recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es allí donde Dios nos encuentra y nos habla. Sólo a partir de allí podemos, a su vez, encontrarnos con los demás y hablar con ellos. El

fariseo se puso en camino hacia el templo, está seguro de sí, pero no se da cuenta de haber extraviado el camino de su corazón.

El publicano en cambio —el otro— se presenta en el templo con espíritu humilde y arrepentido: «manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho» (Lc 18, 13). Su oración es muy breve, no es tan larga como la del fariseo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!». Nada más.

¡Hermosa oración! En efecto, los recaudadores de impuestos —llamados precisamente, «publicanos»— eran considerados personas impuras, sometidas a los dominadores extranjeros, eran mal vistos por la gente y en general se los asociaba con los «pecadores». La parábola enseña que se es justo o pecador no por pertenencia social, sino por el modo de relacionarse con Dios y por el modo de relacionarse con los hermanos. Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano

testimonian su consciencia acerca de su mísera condición. Su oración es esencial. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios. Y esto es hermoso: mendigar la misericordia de Dios. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición

necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, así despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente. Jesús concluye la parábola con una sentencia: «Os digo que este —o sea el publicano— bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lc 18, 14). De estos dos, ¿quién es el corrupto? El fariseo. El fariseo es precisamente la imagen del corrupto que finge rezar, pero

sólo logra pavonearse ante un espejo. Es un corrupto y simula estar rezando. Así, en la vida quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un corrupto y un hipócrita. La soberbia compromete toda acción buena, vacía la oración, aleja de Dios y de los demás. Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración

del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón. Es esta la humildad que la Virgen María expresa en el cántico del *Magnificat*: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. [...] su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1, 48.50). Que nos ayude ella, nuestra Madre, a rezar con corazón humilde. Y

nosotros, repetimos tres veces, esa bonita oración: «Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador».

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que la Virgen María, nuestra Madre, que proclama en el *Magnificat* la misericordia del Señor, nos ayude a orar siempre con un corazón semejante al suyo. Gracias.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Primera meditación.

*Basílica de San Juan de Letrán.
Jueves*

Ejercicios para sacerdotes 2016

Buenos días, queridos sacerdotes.

Comenzamos esta jornada de retiro espiritual. Creo que nos

hará bien rezar unos por otros, en comunión. Un retiro, pero en comunión, todos.

He elegido el tema de la misericordia. Primero una pequeña introducción para todo el retiro.

La misericordia, en su aspecto más femenino, es el entrañable amor materno, que se conmueve ante la fragilidad de su creatura recién nacida y la abraza, supliendo todo lo que le falta para que pueda vivir y crecer (*rahamim*); y en su aspecto más masculino, es la fidelidad fuerte del Padre que

sostiene siempre, perdona y vuelve a poner en camino a sus hijos. La misericordia es tanto el fruto de una «alianza» —por eso se dice que Dios se acuerda de su (pacto de) misericordia (*hesed*)— como un «acto» gratuito de benignidad y bondad que brota de nuestra psicología más profunda y se traduce en una obra externa (*eleos*, que se convierte en limosna). Esta inclusividad hace que esté siempre a la mano de todos el «misericordiar», el compadecerse del que sufre, conmoverse ante el necesitado,

indignarse, que se revuelvan las tripas ante una injusticia patente y ponerse inmediatamente a hacer algo concreto, con respeto y ternura, para remediar la situación. Y, partiendo de este sentimiento visceral, está al alcance de todos mirar a Dios desde la perspectiva de este atributo primero y último con el que Jesús lo ha querido revelar para nosotros: el nombre de Dios es Misericordia.

Cuando meditamos sobre la Misericordia sucede algo especial. La dinámica de los

Ejercicios Espirituales se potencia desde dentro. La misericordia hace ver que las vías objetivas de la mística clásica —purgativa, iluminativa y unitiva— nunca son etapas sucesivas, que se puedan dejar atrás. Siempre tenemos necesidad de una nueva conversión, de más contemplación y de un amor renovado. Estas tres fases se entrecruzan y vuelven a aparecer. Nada une más con Dios que un acto de misericordia —y esto no es una exageración: nada une más con

Dios que un acto de misericordia—, ya sea que se trate de la misericordia con que el Señor nos perdona nuestros pecados, ya sea de la gracia que nos da para practicar las obras de misericordia en su nombre. Nada ilumina más la fe que el purgar nuestros pecados y nada más claro que Mateo 25, y aquello de «Dichosos los misericordiosos porque alcanzarán misericordia» (*Mt 5,7*), para comprender cuál es la voluntad de Dios, la misión a la que nos envía. A la misericordia se le puede aplicar

aquella enseñanza de Jesús:
«Con la medida que midan
serán medidos» (*Mt 7,2*).

Permítanme, pero pienso aquí a
esos confesores que «apalean»
a los penitentes, que los riñen.
Pero, ¡así los tratará Dios a
ellos! Aunque no sea más que
por eso, no hagan estas cosas.
La misericordia nos permite
pasar de sentirnos
misericordiadados a desear
misericordiar. Pueden convivir,
en una sana tensión, el
sentimiento de vergüenza por
los propios pecados con el
sentimiento de la dignidad a la

que el Señor nos eleva.

Podemos pasar sin preámbulos de la distancia a la fiesta, como en la parábola del Hijo Pródigo, y utilizar como receptáculo de la misericordia nuestro propio pecado. Repito esto, que es la clave de la primera meditación: utilizar como receptáculo de la misericordia nuestro propio pecado. La misericordia nos impulsa a pasar de lo personal a lo comunitario. Cuando actuamos con misericordia, como en los milagros de la multiplicación de los panes, que nacen de la compasión de Jesús

por su pueblo y por los extranjeros, los panes se multiplican a medida que se reparten.

Tres sugerencias

Tres sugerencias para esta jornada de retiro. La alegre y libre familiaridad que se establece a todos los niveles entre los que se relacionan entre sí con el vínculo de la misericordia —familiaridad del Reino de Dios, tal como Jesús lo describe en sus parábolas— me lleva a sugerirles tres cosas para su oración personal de este día.

La primera tiene que ver con dos consejos prácticos que da san Ignacio —me excuso por la publicidad «de familia»— y que dice: «No el mucho saber llena y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas de Dios interiormente» (*Ejercicios Espirituales*, 2). San Ignacio agrega que allí donde uno encuentra lo que quiere y siente gusto, allí se quede rezando «sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga» (*ibíd.*, 76). Así que, en estas meditaciones sobre la misericordia, uno puede

comenzar por donde más le guste y quedarse allí, pues seguramente una obra de misericordia le llevará a las demás. Si comenzamos dando gracias al Señor, que maravillosamente nos creó y más maravillosamente aún nos redimió, seguramente esto nos llevará a sentir pena por nuestros pecados. Si comenzamos por compadecernos de los más pobres y alejados, seguramente necesitaremos ser misericordiadados también nosotros.

La segunda sugerencia para rezar tiene que ver con una forma de utilizar la palabra misericordia. Como se habrán dado cuenta, al hablar de la misericordia a mí me gusta usar la forma verbal: hay que hacer misericordia (*misericordiar* en español, «*misericordiare*», tenemos que forzar la lengua) para recibir misericordia, para ser «*misericordiati*» (*ser misericordiadados*). «Pero Padre, esto no es italiano». «Sí, pero es la forma que yo encuentro para ir adentro:

“Misericordiare” para ser “misericordiato”». El hecho de que la misericordia ponga en contacto una miseria humana con el corazón de Dios hace que la acción surja inmediatamente. No se puede meditar sobre la misericordia sin que todo se ponga en acción. Por tanto, en la oración, no hace bien intelectualizar. Con prontitud, y con la ayuda de la gracia, nuestro diálogo con el Señor tiene que concretarse en qué pecado tiene que tocar su misericordia en mí, dónde siento, Señor,

más vergüenza y más deseo reparar; y rápidamente tenemos que hablar de aquello que más nos conmueve, de esos rostros que nos llevan a desear intensamente poner manos a la obra para remediar su hambre y sed de Dios, de justicia, de ternura. A la misericordia se la contempla en la acción. Pero un tipo de acción que es *omniinclusiva*: la misericordia incluye todo nuestro ser —entrañas y espíritu— y a todos los seres. La última sugerencia para la jornada de hoy va por el lado

del fruto de los ejercicios, es decir de la gracia que tenemos que pedir y que es, directamente, la de convertirnos en sacerdotes más misericordiosos y más misericordiosos. Una de las cosas más más bellas, que me conmueven, es la confesión de un sacerdote: es algo grande, hermoso, porque este hombre que se acerca para confesar sus pecados es el mismo que después ofrece el oído al corazón de otra persona que viene a confesar los suyos. Nos podemos centrar en la

misericordia porque ella es lo esencial, lo definitivo. Por los escalones de la misericordia (cf. *Laudato si'*, 77) podemos bajar hasta lo más bajo de la condición humana —fragilidad y pecado incluidos— y ascender hasta lo más alto de la perfección divina: «Sean misericordiosos (perfectos) como su Padre es misericordioso». Pero siempre para «cosechar» sólo más misericordia. De aquí deben venir los frutos de conversión de nuestra mentalidad institucional: si nuestras

estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios y para ser más misericordiosos para con los demás, se pueden convertir en algo muy extraño y contraproducente. De esto se habla frecuentemente en algunos documentos de la Iglesia y en algunos discursos de los Papas, es decir, de la conversión institucional, la conversión pastoral.

Este retiro espiritual, por tanto, irá por el lado de esa «simplicidad evangélica» que entiende y practica todas las

cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica, no como un sustantivo cosificado y definido, ni como adjetivo que decora un poco la vida, sino como verbo —misericordiar y ser misericordiadados—. Esto es lo que nos lanza a la acción en medio del mundo. Y, además, como misericordia «siempre más grande», como una misericordia que crece y aumenta, dando pasos de bien en mejor, y yendo de menos a más, ya que la imagen que Jesús nos pone es la del Padre

siempre más grande —*Deus semper maior*— y cuya misericordia infinita «crece», si se puede decir así, y no tiene techo ni fondo, porque proviene de su soberana libertad.

Primera meditación: de la distancia a la fiesta.

Y ahora pasemos a la primera meditación. He puesto como título «De la distancia a la fiesta». Si la misericordia del Evangelio es, como hemos dicho, un exceso de Dios, un desborde inaudito, lo primero es mirar dónde el mundo de hoy, y cada persona, necesita

más un exceso de amor así. Lo primero es preguntarnos cuál es el receptáculo para tal misericordia; cuál es el terreno desierto y seco para tal desborde de agua viva; cuáles las heridas para ese aceite balsámico; cuál es la orfandad que necesita tal desvivirse en cariños y atenciones; cuál la distancia para tanta sed de abrazo y de encuentro...

La parábola que les propongo para esta meditación es la del padre misericordioso (cf. *Lc 15,11-31*). Nos situamos en el ámbito del misterio del

Padre. Y me viene al corazón comenzar por ese momento en que el hijo pródigo está en medio del chiquero, en ese infierno del egoísmo, que hizo todo lo que quiso y, en vez de ser libre, se encuentra esclavo. Mira a los chanchos que comen bellotas..., siente envidia y le viene la nostalgia. Nostalgia: palabra clave. Nostalgia por el pan recién horneado que los empleados de su casa, la casa de su padre, comen para el desayuno. La nostalgia es un sentimiento poderoso. Tiene que ver con la misericordia

porque nos ensancha el alma. Nos hace recordar el bien primero —la patria de donde salimos— y nos despierta la esperanza de volver. El *nostos algos*. En este horizonte amplio de la nostalgia, este joven —dice el Evangelio— entró en sí y se sintió miserable. Y cada uno de nosotros puede buscar o dejarse llevar a ese punto donde se siente más miserable. Cada uno de nosotros tiene su secreto de miseria dentro... Hace falta pedir la gracia de encontrarlo. Sin detenernos ahora a

describir lo mísero de su estado, pasemos a ese otro momento en que, después de que su Padre lo abrazó y lo besó efusivamente, él se encuentra sucio pero vestido de fiesta. Porque el padre no le dice: «Vete, dúchate y después vuelve». No, sucio y vestido de fiesta. Se pone en el dedo el anillo de par con su padre. Tiene sandalias nuevas en los pies. Está en medio de la fiesta, entre la gente. Algo así como nosotros, si alguna vez nos pasó, que nos confesamos antes de la misa y ahí nomás

nos encontramos «revestidos» y en medio de una ceremonia. Es un estado de avergonzada dignidad.

Avergonzada dignidad.

Detengámonos en esa «avergonzada dignidad» de este hijo pródigo y predilecto. Si nos animamos a mantener serenamente el corazón entre esos dos extremos —la dignidad y la vergüenza—, sin soltar ninguno de ellos, quizás podamos sentir cómo late el corazón de nuestro Padre. Era un corazón que palpitaba de ansia cuando todos los días

subía a la terraza para mirar. ¿Qué miraba? Si acaso el hijo vuelve... Pero en este punto, en este puesto donde hay dignidad y vergüenza, podemos percibir cómo late el corazón de nuestro Padre. Podemos imaginar que la misericordia le brota como sangre. Que él sale a buscarnos —pecadores—, nos atrae a sí, nos purifica y nos lanza de nuevo, renovados, a todas las periferias a misericordiar a todos. Su sangre es la sangre de Cristo, sangre de la Nueva y Eterna Alianza de misericordia,

derramada por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Esta sangre la contemplamos entrando y saliendo de su corazón, y del corazón del Padre. Esto es nuestro único tesoro, lo único que tenemos para dar al mundo: la sangre que purifica y pacifica todo y a todos. La sangre del Señor que perdona los pecados. La sangre que es verdadera bebida, que resucita y da la vida a lo que está muerto por el pecado. En nuestra oración serena, que va de la vergüenza a la

dignidad, de la dignidad a la vergüenza —las dos juntas—, pedimos la gracia de sentir esa misericordia como constitutiva de nuestra vida entera; la gracia de sentir cómo ese latido del corazón del Padre se aúna con el latir del nuestro. No basta sentirla como un gesto que Dios tiene de vez en cuando, perdonándonos algún pecado gordo, y luego nos las arreglamos solos, autónomamente. No basta. San Ignacio propone una imagen caballeresca propia de su época, pero, como la lealtad

entre amigos es un valor perenne, puede ayudarnos. Dice que, para sentir «confusión y vergüenza» por nuestros pecados (y no perdernos de sentir la misericordia), podemos usar un ejemplo: imaginemos que «un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, siendo que de él primero recibió muchos dones y muchas mercedes» (*Ejercicios Espirituales*, 74). Imaginemos esta escena. No obstante,

siguiendo la dinámica del hijo pródigo en la fiesta, imaginemos a este caballero como alguien que, en vez de ser avergonzado delante de todos, el rey lo toma inesperadamente de la mano y le devuelve su dignidad. Y vemos que no sólo lo invita a seguirlo en su lucha, sino que lo pone al frente de sus compañeros. ¡Con qué humildad y lealtad lo servirá este caballero de ahora en adelante! Esto me hace pensar en la última parte del capítulo 16 de Ezequiel, la última parte.

Ya sea sintiéndonos como el hijo pródigo festejado o como el caballero desleal convertido en superior, lo importante es que cada uno se sitúe en esa tensión fecunda en la que la misericordia del Señor nos pone: no solamente de pecadores perdonados, sino de pecadores dignificados. El Señor no solamente nos limpia, sino que nos corona, nos da dignidad.

Simón Pedro nos ofrece la imagen ministerial de esta sana tensión. El Señor lo educa y lo forma progresivamente y lo

ejercita en mantenerse así:
Simón y Pedro. El hombre
común, con sus contradicciones
y debilidades, y el que es
Piedra, el que tiene las llaves,
el que conduce a los demás.
Cuando Andrés lo lleva a
Cristo, así como está, vestido
de pescador, el Señor le pone el
nombre de Piedra. Apenas
acaba de alabarle por la
confesión de fe que viene del
Padre, cuando ya le recrimina
duramente por la tentación de
escuchar la voz del mal espíritu
al decirle que se aparte de la
cruz. Lo invitará a caminar

sobre las aguas y lo dejará hundirse en su propio miedo, para tenderle enseguida una mano; apenas se confiese pecador lo misionará a ser pescador de hombres; lo interrogará prolijamente sobre su amor, haciéndole sentir dolor y vergüenza por su deslealtad y cobardía, pero también por tres veces le confiará el pastoreo de sus ovejas. Siempre estos dos polos.

Aquí tenemos que situarnos, en ese hueco en el que conviven nuestra miseria más vergonzante y nuestra dignidad

más alta. ¿Qué sentimos cuando la gente nos besa la mano y miramos nuestra miseria más íntima, mientras el Pueblo de Dios nos honra? He aquí otra situación para entender esto. Siempre el contraste. Debemos situarnos aquí, en el espacio en el que conviven nuestra miseria avergonzada y nuestra dignidad más alta. El mismo espacio. Sucios, impuros, mezquinos, vanidosos —la vanidad es el pecado de los curas—, egoístas y, a la vez, con los pies lavados, llamados y

elegidos, repartiendo sus panes multiplicados, bendecidos por nuestra gente, queridos y cuidados. Sólo la misericordia hace soportable ese lugar. Sin ella, o nos creemos justos como los fariseos o nos alejamos como los que no se sienten dignos. En ambos casos, se nos endurece el corazón. O cuando nos sentimos justos como los fariseos, o cuando nos alejamos como aquellos que no se sienten dignos. Yo no me siento digno, pero no debo alejarme: debo estar ahí, en la vergüenza con la dignidad, las dos juntas.

Profundizamos un poco más. Nos preguntamos: Y, ¿por qué es tan fecunda esta tensión entre miseria y dignidad, entre distancia y fiesta? Diría que es fecunda porque mantenerla nace de una decisión libre. Y el Señor actúa principalmente sobre nuestra libertad, aunque nos ayude en todo. La misericordia es cuestión de libertad. El sentimiento brota espontáneo y cuando decimos que es visceral parecería que es sinónimo de «animal». Pero los animales desconocen la misericordia «moral», aunque

algunos puedan experimentar algo de esa compasión, como un perro fiel que permanece al lado de su dueño enfermo. La misericordia es una conmoción que toca las entrañas, pero puede brotar también de una percepción intelectual aguda — directa como un rayo, pero no por simple menos compleja—: uno intuye muchas cosas cuando siente misericordia. Uno comprende, por ejemplo, que el otro está en una situación desesperada, límite; le pasa algo que excede sus pecados o sus culpas; también

uno comprende que el otro es un par, que él mismo podría estar en su lugar; y que el mal es tan grande y devastador que no se arregla sólo con justicia... En el fondo, uno se convence de que hace falta una misericordia infinita, como la del corazón de Cristo, para remediar tanto mal y tanto sufrimiento como vemos que hay en la vida de los seres humanos... Si la misericordia está por debajo de eso, no alcanza. ¡Tantas cosas comprende nuestra mente con sólo ver a alguien tirado en la

calle, descalzo, en una mañana fría, o al Señor clavado en la cruz por mí!

Además, la misericordia se acepta y se cultiva, o se rechaza libremente. Si uno se deja llevar, un gesto trae el otro. Si uno pasa de largo, el corazón se enfría. La misericordia nos hace experimentar nuestra libertad y es allí donde podemos experimentar la libertad de Dios, que es misericordioso con quien es misericordioso (cf. *Dt 5,10*), como le dijo a Moisés. En su misericordia el

Señor expresa su libertad. Y nosotros, la nuestra.

Podemos vivir mucho tiempo «sin» la misericordia del Señor.

Es decir: podemos vivir sin hacerla consciente y sin pedirla explícitamente. Hasta que uno cae en la cuenta de que «todo es misericordia» y llora con amargura no haberla aprovechado antes, siendo así que la necesitaba tanto.

La miseria de la que hablamos es la miseria moral, intransferible, esa donde uno toma conciencia de sí mismo como persona que, en un punto

decisivo de su vida, actuó por su propia iniciativa: eligió algo y eligió mal. Este es el fondo que hay que tocar para sentir dolor de los pecados y para arrepentirse verdaderamente. Porque, en otros ámbitos, uno no se siente tan libre ni siente que el pecado afecte toda su vida y, por tanto, no experimenta su miseria, con lo cual se pierde la misericordia, que sólo actúa con esa condición. Uno no va a la farmacia y dice: «Por misericordia, le pido una aspirina». Por misericordia pide

que le den morfina para una persona sumida en los dolores atroces de una enfermedad terminal. O todo o nada. O se va hasta el fondo o no se entiende nada.

El corazón que Dios une a esa miseria moral nuestra es el corazón de Cristo, su Hijo amado, que late como un solo corazón con el del Padre y el del Espíritu. Recuerdo cuando Pío XII escribió la Encíclica sobre el Sagrado Corazón; recuerdo que alguno decía: «¿Por qué una encíclica sobre esto? Son cosas de monjas...».

Es el centro, el Corazón de Cristo, es el centro de la misericordia. Tal vez las monjas entienden más que nosotros, porque son madres en la Iglesia, son icono de la Iglesia, de la Virgen María. Pero el centro es el corazón de Cristo. Nos hará bien leer esta semana o mañana la *Haurietes aquas...* «Pero, ¡es preconciliar!» Sí, pero nos hará bien. Se puede leer, nos hará mucho bien. Es un corazón que elige el camino más cercano y que lo compromete. Esto es propio de la misericordia, que se ensucia

las manos, toca, se mete, quiere involucrarse con el otro, *va a lo personal con lo más personal*, no «se ocupa de un caso» sino que se compromete con una persona, con su herida. Fijémonos en nuestro lenguaje. Cuántas veces decimos, sin darnos cuenta: «Tengo un caso...». ¡Alto! Di más bien: «Tengo una persona que...». Esto muy clerical: «Tengo un caso...», «he encontrado un caso...». También a mí me sale a menudo. Hay un poco de clericalismo: reducir lo concreto

del amor de Dios, de todo lo que Dios nos da, de la persona, a un «caso». Y así me distancio y no me toca. Así no me mancho las manos; así hago una pastoral limpia, elegante, en la que no arriesgo nada. Pero también —no se escandalicen— donde no tengo la posibilidad de un pecado vergonzoso. La misericordia excede la justicia y lo hace saber y lo hace sentir; queda implicado uno con el otro. Al dignificar —y esto es decisivo, no se debe olvidar: la misericordia da dignidad—, la

misericordia eleva a aquel hacia el que uno se abaja y vuelve pares a los dos, al misericordioso y al misericordiado. Como la pecadora del Evangelio (cf. Lc 7,36-50), a la cual se la perdonó mucho, porque amó mucho y había pecado mucho. De aquí la necesidad del Padre de hacer fiesta, para que se *restaure todo de una sola vez*, devolviendo a su hijo la dignidad perdida. Esto posibilita mirar al futuro de manera nueva. No es que la misericordia no tome en cuenta

la objetividad del daño hecho por el mal. Pero *le quita poder sobre el futuro* —y este es el poder de la misericordia—, le quita poder sobre la vida que corre hacia delante. La misericordia es la verdadera actitud de vida que se opone a la muerte, que es el fruto amargo del pecado. En eso es lúcida, no es para nada ingenua la misericordia. No es que no vea el mal, sino que mira lo corta que es la vida y todo el bien que queda por hacer. Por eso hay que perdonar totalmente, para que el otro

mire hacia adelante y no pierda tiempo en culparse y compadecerse de sí mismo y en lo que se perdió. En el camino de ir a curar a otros, uno irá haciendo su examen de conciencia y, en la medida en que ayuda a otros, reparará el mal que hizo. La misericordia es fundamentalmente esperanzada. Es madre de esperanza.

Dejarse atraer y enviar por el movimiento del corazón del Padre es mantenerse en esa sana tensión de avergonzada dignidad. Dejarse atraer por el

centro de su corazón, como sangre que se ha ensuciado yendo a dar vida a los miembros más lejanos, para que el Señor nos purifique y nos lave los pies; dejarse enviar llenos del oxígeno del Espíritu para llevar vida a todos los miembros, especialmente a los más alejados, frágiles y heridos.

Un cura hablaba —esto es histórico— de una persona en situación de calle que terminó viviendo en una hospedería. Era alguien cerrado en su propia amargura que no

interactuaba con los demás. Persona culta, se enteraron después. Pasado algún tiempo, este hombre fue a parar al hospital por una enfermedad terminal y le contaba al cura que, estando allí, sumido en su nada y en su decepción por la vida, el que estaba en la cama de al lado le pidió que le alcanzara la escupidera y que luego se la vaciara. Y ese pedido de alguien que verdaderamente lo necesitaba y estaba peor que él, le abrió los ojos y el corazón a un sentimiento poderosísimo de

humanidad y a un deseo de ayudar al otro y de dejarse ayudar él por Dios. Y se confesó. De este modo, un sencillo acto de misericordia lo conectó con la misericordia infinita, se animó a ayudar al otro y luego se dejó ayudar él: murió confesado y en paz. Este es el misterio de la misericordia.

Así, los dejo con la parábola del padre misericordioso, una vez que nos hemos «situado» en ese momento en que el hijo se siente sucio y revestido, pecador dignificado,

avergonzado de sí y orgulloso de su padre. El signo para saber si uno está bien situado son las ganas de ser misericordioso con todos en adelante. Ahí está el fuego que vino a traer Jesús a la tierra, ese que enciende otros fuegos. Si no se prende la llama, es que alguno de los polos no permite el contacto. O la excesiva vergüenza, que no «pela los cables» y, en vez de confesar abiertamente «hice esto y esto», se tapa; o la excesiva dignidad, que toca las cosas con guantes.

Los excesos de la misericordia

Para terminar, una palabrita sobre los excesos de la misericordia. El único exceso ante la excesiva misericordia de Dios es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás. El Evangelio nos muestra muchos lindos ejemplos de los que se exceden para recibirla: el paralítico, cuyos amigos lo hacen entrar por el techo en medio del sitio donde estaba predicando el Señor —exageran—; el leproso, que deja a sus

nueve compañeros y regresa glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces y va a ponerse de rodillas a los pies del Señor; el ciego Bartimeo, que logra detener a Jesús con sus gritos y consigue superar incluso la «aduanas de los sacerdotes» para ir hacia el Señor; la mujer hemorroísa, que en su timidez se las ingenia para lograr una estrecha cercanía con el Señor y que, como dice el Evangelio, cuando tocó el manto, el Señor sintió que salía de él una *dynamis*...; todos son

ejemplos de ese contacto que enciende un fuego y desencadena la dinámica, la fuerza positiva de la misericordia. También está la pecadora, cuyas excesivas muestras de amor al Señor al lavarle los pies con sus lágrimas y secárselos con sus cabellos, son para el Señor signo de que ha recibido mucha misericordia, y por eso lo expresa de ese modo exagerado. Pero la misericordia siempre exagera, es excesiva. La gente más simple, los pecadores, los enfermos, los

endemoniados..., son exaltados inmediatamente por el Señor, que los hace pasar de la exclusión a la inclusión plena, de la distancia a la fiesta. Y esto no se entiende si no es en clave de esperanza, en clave apostólica, en clave del que es misericordioso para misericordiar.

Podemos terminar rezando, con el *Magnificat* de la misericordia, el *Salmo 50* del rey David, que recitamos en los laudes todos los viernes. Es el *Magnificat* de «un corazón contrito y humillado» que, en

su pecado, tiene la grandeza de confesar al Dios fiel que es más grande que el pecado. Dios es más grande que el pecado.

Situados en el momento en que el hijo pródigo esperaba un trato distante y, en cambio, el padre lo metió de lleno en una fiesta, podemos imaginarlo rezando el Salmo 50. Y rezarlo a dos coros con él, nosotros y el hijo pródigo. Podemos escucharlo cómo dice:

«Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa...». Y nosotros decir: «Pues yo

(también) reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado». Y a una voz, decir: «Contra ti, Padre, contra ti solo pequé».

Y rezamos desde esa tensión íntima que enciende la misericordia, esa tensión entre la vergüenza que dice: «Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa»; y esa confianza que dice: «Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, lávame; quedaré más blanco que la nieve». Confianza que se vuelve apostólica: «Devuélveme la alegría de la

salvación, afiánzame con
espíritu firme y enseñaré a los
malvados tus caminos, los
pecadores volverán a ti».

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Segunda meditación.

Basílica de Santa María la Mayor – Jueves.

Segunda meditación: El receptáculo de la misericordia

Después de haber meditado sobre la «dignidad avergonzada» y «vergüenza»

dignificada», que es el fruto de la misericordia, sigamos adelante en esta meditación sobre el «receptáculo de la misericordia». Es simple. Yo podría decir una frase y marcharme, porque es uno solo: el receptáculo de la misericordia es nuestro pecado. Así de sencillo. Pero suele suceder que nuestro pecado es como un colador, como un cántaro agujereado por el que se escurre la gracia en poco tiempo: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me ha abandonado a mí, fuente de

aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua» (*Jr 2,13*). De ahí la necesidad que el Señor explicita a Pedro de «perdonar setenta veces siete». Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Dios no se cansa de perdonar, aunque vea que su gracia pareciera que no termina de echar raíces fuertes en la tierra de nuestro corazón, que es camino duro, lleno de maleza y pedregoso. Y simplemente porque Dios no es

pelagiano, y por eso no se cansa de perdonar. Él vuelve a sembrar su misericordia y su perdón, y vuelve una y otra vez... setenta veces siete.

Corazones re-creados

Sin embargo, podemos dar un paso más en esta misericordia de Dios que es siempre «más grande que nuestra conciencia» de pecado. El Señor no sólo no se cansa de perdonarnos sino que renueva también el odre en que recibimos su perdón. Utiliza un odre nuevo para el vino nuevo de su misericordia, para que no sea como un

vestido con remiendos ni un odre viejo. Y ese odre es su misericordia misma: su misericordia en cuanto experimentada en nosotros mismos y en cuanto la ponemos en práctica ayudando a otros. El corazón misericordiado no es un corazón emparchado sino un corazón nuevo, re-creado. Ese del que dice David: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (*Sal* 50,12). Este corazón nuevo, re-creado, es un buen recipiente. La

liturgia expresa el alma de la Iglesia cuando nos hace decir esa hermosa oración: «Oh Dios, tú que maravillosamente creaste el universo, y más maravillosamente lo recreaste en la redención» (*Vigilia Pascual*, Oración después de la Primera Lectura). Por lo tanto, esta segunda creación es más maravillosa que la primera. Es un corazón que se sabe recreado gracias a la fusión de su miseria con el perdón de Dios y, por eso, «es un corazón misericordiado y misericordioso». Es así:

experimenta los beneficios que la gracia tiene sobre su herida y su pecado, siente cómo la misericordia pacifica su culpa, inunda con amor su sequedad, reaviva su esperanza. Por eso, cuando, al mismo tiempo y con la misma gracia, perdona al que tiene alguna deuda con él y se compadece de los que también son pecadores, esta misericordia arraiga en una tierra buena, en la que el agua no se escurre sino que da vida. En el ejercicio de esta misericordia que repara el mal ajeno, nadie mejor que el que

tiene fresca la sensación de haber sido misericordiado en el mismo mal para ayudar a curarlo. Mírate a ti mismo; acuérdate de tu historia; cuenta tu historia, y en ella encontrarás tanta misericordia. Vemos cómo, entre los que trabajan en adicciones, los que se han rescatado suelen ser los que mejor comprenden, ayudan y exigen a los demás. Y el mejor confesor suele ser el que mejor se confiesa. Podemos hacernos una pregunta: ¿Cómo me confieso? Casi todos los grandes santos han sido

grandes pecadores o, como santa Teresita, tenían conciencia de que era pura gracia preveniente el hecho de que no lo hubieran sido.

Así, el verdadero recipiente de la misericordia es *la misma misericordia que cada uno ha recibido y le ha recreado el corazón*; ese es el «odre nuevo» del que habla Jesús (cf. *Lc 5,37*), el «hueco sanado».

Nos situamos así en al ámbito del misterio del Hijo, de Jesús, que es la misericordia del Padre hecha carne. La imagen

definitiva del receptáculo de la misericordia la encontramos a través de las llagas del Señor resucitado, imagen de la huella del pecado restaurado por Dios, que no se borra totalmente ni supura: es cicatriz, no herida purulenta. Las llagas del Señor. San Bernardo tiene dos bellísimos sermones sobre las llagas del Señor. Allí, en las llagas del Señor, encontramos la misericordia. Y es valiente cuando dice: «¿Estás perdido? ¿Te sientes mal? Entra allí, en las entrañas del Señor y en ellas encontrarás misericordia».

En esa «sensibilidad» propia de las cicatrices, que nos recuerdan la herida sin doler mucho y la curación sin que se nos olvide la fragilidad, allí tiene su sede la misericordia divina: en nuestras cicatrices. Las llagas del Señor, que aún permanecen, las ha llevado consigo: el cuerpo bellísimo, no hay moratones, pero las llagas se las ha llevado. Y nuestras cicatrices. A todos nos sucede, cuando vamos a una visita médica y tenemos alguna cicatriz, que el médico pregunte: «Pero esta

operación, ¿para qué era?». Miremos las cicatrices del alma: esta intervención que has hecho Tú, con tu misericordia, que has curado Tú... En la sensibilidad de Cristo resucitado que conserva sus llagas, no sólo en sus pies y en sus manos, sino que también su corazón es un corazón llagado, encontramos el sentido justo del pecado y de la gracia: allí, en el corazón llagado. Contemplando el corazón llagado del Señor nos espejamos en él. Se asemejan, nuestro corazón y el suyo, en

que los dos están llagados y resucitados. Pero sabemos que el suyo era puro amor y quedó llagado porque aceptó ser vulnerado; el nuestro, en cambio, era pura llaga, que quedó sanada porque aceptó ser amada. En aquella aceptación se forma el receptáculo de la misericordia.

Nuestros santos recibieron la misericordia

Puede hacernos bien contemplar a otros que se dejaron recrear el corazón por la misericordia y mirar en qué «receptáculo» la recibieron.

Pablo la recibe en el
receptáculo duro e inflexible de
su juicio moldeado por la Ley.
Su dureza de juicio lo
impulsaba a ser un perseguidor.
La misericordia lo transforma
de tal manera que, a la vez que
se convierte en un buscador de
los más alejados, de los de
mentalidad pagana, por otro
lado es el más comprensivo y
misericordioso para con los que
eran como él había sido. Pablo
deseaba ser considerado
anatema con tal de salvar a los
suyos. Su juicio se consolida
«no juzgándose ni siquiera a sí

mismo», dejándose justificar por un Dios que es más grande que su conciencia, apelándose a Jesucristo que es abogado fiel, de cuyo amor nada ni nadie lo puede separar. La radicalidad de los juicios de Pablo sobre la misericordia incondicional de Dios, que supera la herida de fondo, la que hace que tengamos dos leyes, (la de la carne y la del Espíritu), es tal porque es el recipiente de una mente susceptible a lo absoluto de la verdad, herida allí mismo donde la Ley y la Luz se

convierten en trampa. La famosa «espina» que el Señor no le quita es el receptáculo en el que Pablo recibe la misericordia del Señor (cf. 2 Co 12,7).

Pedro recibe la misericordia en su presunción de hombre sensato. Era sensato, con la sensatez maciza y trabajada de un pescador, que sabe por experiencia cuándo se puede pescar y cuándo no. Es la sensatez del que, cuando se entusiasma con esto de caminar sobre las aguas y de tener pescas milagrosas y se

excede en mirarse a sí mismo, sabe pedir ayuda al único que lo puede salvar. Este Pedro fue sanado en la herida más honda que puede haber, la de negar al amigo. Quizás el reproche de Pablo, cuando le echa en cara su doblez, tiene que ver con esto. Parecería que Pablo sentía que él había sido el peor «antes» de conocer a Cristo; pero Pedro lo fue después de conocerlo, lo negó... Sin embargo, ser sanado allí convirtió a Pedro en un Pastor misericordioso, en una piedra sólida sobre la cual siempre se

puede edificar, porque es piedra débil que ha sido sanada, no piedra que en su contundencia lleva a tropezar al más débil. Pedro es el discípulo a quien más corrige el Señor en el Evangelio. El más «apaleado». Lo corrige constantemente, hasta aquel último: «A ti qué te importa, tú sígueme a mí» (*Jn 21,22*). La tradición dice que se le aparece de nuevo cuando Pedro está huyendo de Roma. El signo de Pedro crucificado cabeza abajo, es quizás el más elocuente de este receptáculo de una cabeza dura

que, para ser misericordiada, se pone hacia abajo incluso al estar dando el testimonio supremo de amor a su Señor. Pedro no quiere terminar su vida diciendo: «Yo ya aprendí la lección», sino diciendo: «Como mi cabeza nunca va a aprender, la pongo para abajo». Arriba del todo, los pies que lavó el Señor. Esos pies son para Pedro el receptáculo por donde recibe la misericordia de su Amigo y Señor.

Juan será sanado en su soberbia de querer reparar el mal con fuego y terminará

siendo ese que escribe «hijitos míos», y se parece a uno de esos abuelitos buenos que sólo hablan de amor, él, que era «el hijo del trueno» (Mc 3,17).

Agustín fue sanado en su nostalgia de haber llegado tarde a la cita: esto le hacía sufrir mucho, y fue sanado en esta nostalgia. «Tarde te amé», y encontrará esa manera creativa de llenar de amor el tiempo perdido escribiendo sus *Confesiones*.

Francisco es misericordiado cada vez más en muchos momentos de su vida. Quizás el

receptáculo definitivo, que se convirtió en llagas reales, haya sido, más que besar al leproso, desposarse con la dama pobreza y sentir a toda creatura como hermana, el tener que custodiar en silencio misericordioso a la Orden que había fundado. Aquí veo yo la gran heroicidad de Francisco: el deber custodiar en misericordioso silencio la Orden que había fundado. Este es su gran receptáculo de la misericordia. Francisco ve cómo sus hermanos se dividen tomando como bandera la

misma pobreza. El demonio nos hace pelear entre nosotros defendiendo las cosas más santas pero «con mal espíritu».

Ignacio fue sanado en su vanidad, y si ese fue el recipiente, podemos vislumbrar lo grande que era ese deseo de vanagloria que se recreó en una tal búsqueda de la mayor gloria de Dios.

En el *Diario de un cura rural*, Bernanos nos relata la vida de un cura de pueblo, inspirándose en la vida del Santo Cura de Ars. Hay dos párrafos muy hermosos que narran los

pensamientos íntimos del cura en los últimos momentos de su imprevista enfermedad: «Las últimas semanas que Dios me conceda seguir sosteniendo la carga de la parroquia... trataré de obrar menos preocupado por el porvenir, trabajaré tan sólo para el presente. Esa especie de trabajo parece hecha a mi medida... Pues no tengo éxito más que en las cosas pequeñas. Y si he sido frecuentemente probado por la inquietud, tengo que reconocer que triunfo en las minúsculas alegrías». Es decir, un recipiente de la

misericordia pequeño tiene que ver con las minúsculas alegrías de nuestra vida pastoral, allí donde podemos recibir y ejercer la misericordia infinita del Padre en gestos pequeños. Los pequeños gestos de los curas.

El otro párrafo dice: «Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que

soy. Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse. Pero si todo orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo». Este es el recipiente «amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo». Es un recipiente común, como un jarro viejo que podemos pedir prestado a los más pobres.

El «*Cura Brochero*» —es compatriota mío—, el beato argentino que pronto será canonizado, «se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios». Su receptáculo terminó siendo su propio cuerpo leproso. Él, que soñaba con morir galopando, vadeando algún río de las sierras para ir a dar la unción a algún enfermo. Una de sus últimas frases fue: «No hay gloria cumplida en esta vida». Esto nos hará pensar: «no hay gloria cumplida en esta vida». «Yo estoy muy conforme con lo

que ha hecho conmigo respecto a la vista y le doy muchas gracias por ello. La lepra le había vuelto ciego. Cuando yo pude servir a la humanidad, me conservó íntegros y robustos mis sentidos. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida, y estamos llenos de miserias». Nuestras cosas muchas veces quedan a medias y, por eso, salir de sí es siempre gracia. Se nos concede «dejar las cosas» para que las bendiga y perfeccione el Señor.

No tenemos que preocuparnos mucho de nosotros. Esto nos permite abrirnos a las penas y alegrías de nuestros hermanos. Era el cardenal Van Thuán el que decía que, en la cárcel, el Señor le había enseñado a distinguir entre «las cosas de Dios», a las que se había dedicado en su vida libre como sacerdote y obispo, y Dios mismo, al que se dedicaba estando encarcelado (cf. *Cinco panes y dos peces*, Ciudad Nueva 2000). Y así podríamos continuar con los santos, buscando cómo era el

receptáculo de su misericordia. Pero ahora pasemos a la Virgen María: ¡estamos en su casa!

María como recipiente y fuente de misericordia

Subiendo por la escalera de los santos, en esto de ir buscando los recipientes para la misericordia, llegamos a nuestra Señora. Ella es el recipiente simple y perfecto, con el cual recibir y repartir la misericordia. Su «sí» libre a la gracia es la imagen opuesta del pecado que llevó al hijo pródigo a la nada. Ella integra una misericordia a la vez muy suya,

muy de nuestra alma y muy eclesial. Como dice en el *Magnificat*: se sabe mirada con bondad en su pequeñez y sabe ver cómo la misericordia de Dios alcanza a todas las generaciones. Ella sabe ver las obras que esa misericordia despliega y se siente «acogida», junto con todo Israel, por esa misericordia. Ella guarda la memoria y la promesa de la misericordia infinita de Dios para con su pueblo. El suyo es el *Magnificat* de un corazón íntegro, no agujereado, que

mira la historia y a cada persona con su misericordia maternal.

En aquel rato a solas con María que me regaló el pueblo mexicano, mirando a nuestra Señora la Virgen de Guadalupe y dejándome mirar por ella, le pedí por ustedes, queridos sacerdotes, para que sean buenos curas. Lo he dicho, muchas veces. Y en el discurso a los obispos les decía que había reflexionado largamente sobre el misterio de la mirada de María, sobre su ternura y su dulzura que nos infunde valor

para dejarnos misericordiar por Dios. Quisiera ahora recordarles algunos «modos» de mirar que tiene nuestra Señora, especialmente a sus sacerdotes, porque a través de nosotros quiere mirar a su gente.

María nos mira de modo tal que uno se siente acogido en su regazo. Ella nos enseña que «la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y

desencadena, no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia» (*Discurso a los obispos de México*, 13 febrero 2016). Lo que sus pueblos buscan en los ojos de María es «un regazo en el cual los hombres, siempre huérfanos y desheredados, están en la búsqueda de un resguardo, de un hogar». Y eso tiene que ver con sus modos de mirar: el espacio que abren sus

ojos es el de un regazo, no el de un tribunal o el de un consultorio «profesional». Si alguna vez notan que se les ha endurecido la mirada —por el trabajo, por el cansancio... les pasa a todos—, que cuando ven a la gente sienten fastidio o no sienten nada, deténganse, vuelvan a mirarla a ella; mírenla con los ojos de los más pequeños de su gente, que mendiga un regazo, y ella les limpiará la mirada de toda «catarata» que no deja ver a Cristo en las almas, les curará toda miopía que vuelve

borrosas las necesidades de la gente, que son las del Señor encarnado, y les curará de toda presbicia que se pierde los detalles, «la letra chica» donde se juegan las realidades importantes de la vida de la Iglesia y de la familia. La mirada de la Virgen cura.

Otro «modo de mirar de María» tiene que ver con el tejido: María mira «tejiendo», viendo cómo puede combinar para bien todas las cosas que le trae su gente. Les decía a los obispos mexicanos que, «en el manto del alma mexicana, Dios ha

tejido, con el hilo de las huellas mestizas de su gente, y ha tejido el rostro de su manifestación en la *Morenita*» (*ibíd.*) Un maestro espiritual enseña que lo que se dice de María de manera especial, se dice de la Iglesia de modo universal y de cada alma en particular (cf. Isaac de la Estrella, *Sermón 51: PL 194, 1863*). Al ver cómo tejió Dios el rostro y la figura de la Guadalupana en la *tilma* de Juan Diego podemos rezar contemplando cómo teje nuestra alma y la vida de la

Iglesia. Dicen que no se puede ver cómo está «pintada» la imagen. Es como si estuviera estampada. Me gusta pensar que el milagro no fue sólo «estampar o pintar la imagen con un pincel», sino que «se recreó el manto entero», se transfiguró de pies a cabeza, y cada hilo —esos que las mujeres aprenden a tejer desde pequeñas, y para las prendas más finas usan las fibras del corazón del maguey (la penca de la que se sacan los hilos)—, cada hilo que ocupó su lugar fue transfigurado, asumiendo

los detalles que brillan en su sitio y, entretejido con los demás, de igual manera transfigurados, hacen aparecer el rostro de nuestra Señora y toda su persona y lo que la rodea. La misericordia hace eso mismo con nosotros, no nos «pinta» desde fuera una cara de buenos, no nos hace el *photoshop*, sino que, con los hilos mismos de nuestras miserias y pecados — justamente con esos—, entretejidos con amor de Padre, nos teje de tal manera que nuestra alma se renueva

recuperando su verdadera imagen, la de Jesús. Sean, por tanto, sacerdotes «capaces de imitar esta libertad de Dios eligiendo cuanto es humilde para hacer visible la majestad de su rostro y de copiar esta paciencia divina en tejer, con el hilo fino de la humanidad que encuentren, aquel hombre nuevo que su país espera. No se dejen llevar por la vana búsqueda de cambiar de pueblo —es una tentación nuestra: «Pediré al obispo que me cambie...»—, como si el amor de Dios no tuviese bastante

fuerza para cambiarlo»

(Discurso a los obispos de México, 13 febrero 2016).

El tercer modo de mirar de la Virgen es el de la atención: María mira con atención, se vuelca toda y se involucra entera con el que tiene delante, como una madre cuando es todo ojos para su hijito que le cuenta algo. Y también las mamás, cuando la criatura es muy pequeña, imitan la voz del hijo para que le salgan las palabras: se hacen pequeñas. «Como enseña la bella tradición guadalupana —

sigo refiriéndome a México—, la *Morenita* custodia las miradas de aquellos que la contemplan, refleja el rostro de aquellos que la encuentran. Es necesario aprender que hay algo de irrepetible en cada uno de aquellos que nos miran en la búsqueda de Dios —no todos los miran del mismo modo—. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas (*ibíd.*). Un sacerdote, un cura que se hace impermeable a las miradas está cerrado en sí mismo. «Custodiar en nosotros a cada uno de ellos,

conservarlos en el corazón, resguardarlos. Sólo una Iglesia capaz de resguardar el rostro de los hombres que van a tocar a su puerta es capaz de hablarles de Dios» (*ibíd.*). Si no eres capaz de custodiar el rostro de las personas que llaman a tu puerta, no serás capaz hablarles de Dios. «Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades, nada podremos ofrecerles. La riqueza que tenemos fluye solamente cuando encontramos la poquedad de aquellos que

mendigan, y dicho encuentro se realiza precisamente en nuestro corazón de pastores» (*ibíd.*). A sus obispos les decía que estén atentos a ustedes, sus sacerdotes, «que no los dejen expuestos a la soledad y al abandono, presa de la mundanidad que devora el corazón» (*ibíd.*). El mundo nos observa con atención pero para «devorarnos», para volvernos consumidores... Todos necesitamos ser mirados con atención, con interés gratuito, digamos. «Ustedes estén atentos —les decía a los

obispos— y aprendan a leer las miradas de sus sacerdotes, para alegrarse con ellos cuando sientan el gozo de contar cuanto “han hecho y enseñado” (*Mc 6,30*), y también para no echarse atrás cuando se sienten un poco rebajados y no puedan hacer otra cosa que llorar porque “han negado al Señor” (cf. *Lc 22,61-62*), y también para sostener [...], en comunión con Cristo, cuando alguno, abatido, saldrá con Judas “en la noche” (cf. *Jn 13,30*). En estas situaciones, que nunca falte la

paternidad de ustedes, obispos, para con sus sacerdotes.

Animen la comunión entre ellos; hagan perfeccionar sus dones; intégrenlos en las grandes causas, porque el corazón del apóstol no fue hecho para cosas pequeñas»

(ibíd.)

Por último, ¿cómo mira María? María mira de modo «íntegro», uniendo todo, nuestro pasado, presente y futuro. No tiene una mirada fragmentada: *la misericordia sabe ver la totalidad y capta lo más necesario*. Como María en

Caná, que es capaz de «compadecerse» anticipadamente de lo que acarreará la falta de vino en la fiesta de bodas y pide a Jesús que lo solucione, sin que nadie se dé cuenta, así toda nuestra vida sacerdotal la podemos ver como «anticipada por la misericordia» de María, que previendo nuestras carencias ha provisto todo lo que tenemos. Si algo de «vino bueno» hay en nuestra vida, no es por mérito nuestro sino por su «misericordia anticipada», esa que ya en

el *Magníficat* canta cómo el Señor «miró con bondad su pequeñez» y «se acordó de su (alianza de) misericordia», una «misericordia que se extiende de generación en generación» sobre sus pobres y oprimidos (cf. *Lc* 1,46-55). La lectura que hace María es la de la historia como misericordia.

Podemos terminar rezando la *Salve Regina* en cuyas invocaciones late el espíritu del *Magnificat*. Ella es la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Y cuando ustedes sacerdotes tengan

momentos oscuros, feos, cuando no sepan cómo arreglarse en lo hondo de su corazón, no digo sólo «miren a la Madre», eso lo deben hacer, sino: «Vayan allí déjense mirar por ella, en silencio, incluso adormentándose. Eso hará que en esos momentos feos, quizás con tantos errores como han cometido y que los han llevado a ese punto, toda esta suciedad se convierta en receptáculo de misericordia. Déjense mirar por la Virgen. Sus ojos misericordiosos son los que consideramos el mejor

recipiente de la misericordia, en el sentido de poder beber en ellos esa mirada indulgente y buena de la que tenemos sed como sólo se puede tener sed de una mirada. Esos ojos misericordiosos son también los que nos hacen ver las obras de la misericordia de Dios en la historia de los hombres y descubrir a Jesús en sus rostros. En ella encontramos la tierra prometida —el reino de la misericordia instaurado por el Señor— que viene, ya en esta vida, después de cada destierro al que nos arroja el

pecado. De su mano, y aferrándonos a su manto. Yo tengo en mi estudio una hermosa imagen que me ha regalado el Padre Rupnik, la ha hecho él, de la «*Synkatabasis*»: representa a María que hace descender a Jesús, y sus manos son como escalones. Pero lo que más me gusta es que Jesús tiene en una mano la plenitud de la Ley, y con la otra se aferra al manto de la Virgen: también él agarrado al manto de la Virgen. Y la tradición rusa, los monjes, los viejos monjes rusos, nos dicen que en

las turbulencias espirituales hay que refugiarse bajo el manto de la Virgen. La primera antífona mariana de Occidente es esta: «*Sub tuum praesidium*». El manto de la Virgen. No avergonzarse, no hacer grandes discursos: estar allí y dejarse cubrir, dejarse mirar. Y llorar. Cuando encontramos un sacerdote que es capaz de esto, de ir con la Madre y llorar, con tantos pecados, yo puedo decir: «es un buen cura, porque es un buen hijo. Será un buen padre. Tomados de su mano y bajo su

mirada podemos cantar con
alegría las grandezas del Señor.
Podemos decirle: Mi alma te
canta, Señor, porque miraste
con bondad la humildad y
pequeñez de tu servidor. Feliz
de mí, que he sido perdonado.
Tu misericordia, la que
practicaste con todos tus santos
y con todo tu pueblo fiel,
también me ha alcanzado a mí.
He andado disperso,
buscándome a mí mismo, por la
soberbia de mi corazón, pero
no he ocupado ningún trono,
Señor, y mi única exaltación es
que tu Madre me alce a su

regazo, me cubra con su manto
y me ponga junto a su corazón.
Quiero ser amado por ti como
uno más de los más humildes
de tu pueblo, colmar con tu pan
a los que tienen hambre de ti.
Acuérdate, Señor, de tu alianza
de misericordia con tus hijos,
los sacerdotes de tu pueblo.
Que con María seamos signo y
sacramento de tu misericordia.

2 de junio de 2016. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del jubileo de los sacerdotes. Tercera meditación.

*Basílica de San Pablo
Extramuros – Jueves.*

Tercera meditación: El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia

Esperemos que el Señor nos conceda lo que hemos pedido en la oración: imitar el ejemplo de la paciencia de Jesús, y con

la paciencia superar las dificultades.

Esta tercera meditación se titula: «El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia».

En este tercer encuentro les propongo meditar con las obras de misericordia, ya sea tomando alguna de ellas, la que más sintamos ligada a nuestro carisma, ya sea contemplándolas todas juntas, viéndolas con los ojos misericordiosos de nuestra Señora, que nos hacen descubrir «el vino que falta» y nos alientan a «hacer todo lo

que Jesús nos diga» (cf. *Jn 2,1-12*), para que su misericordia obre los milagros que nuestro pueblo necesita.

Las obras de misericordia están muy ligadas a los «sentidos espirituales». Al rezar pedimos la gracia de «sentir y gustar» el Evangelio de tal manera que nos sensibilice para la vida.

Movidos por el Espíritu, guiados por Jesús, podemos ver ya de lejos con ojos de misericordia al que está caído al lado del camino, podemos escuchar los gritos de Bartimeo; podemos notar cómo el Señor siente en

el borde de su manto el toque tímido pero decidido de la hemorroísa; podemos pedir la gracia de gustar con él en la cruz el sabor amargo de la hiel de todos los crucificados, para sentir así el fuerte olor de la miseria —en hospitales de campaña, en trenes y en barcones repletos de gente—; ese olor que no tapa el aceite de la misericordia, sino que al ungirlo hace que se despierte una esperanza.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, hablando de las obras de misericordia, nos cuenta que

santa Rosa de Lima, el día en que su madre la reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, ella le contestó: «Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, somos buen olor de Cristo» (n. 2449). Ese buen olor de Cristo —el cuidado de los pobres— es distintivo de la Iglesia, siempre lo ha sido. Pablo centró en esto su encuentro con «las columnas», como él les llama, con Pedro, Santiago y Juan. Ellos «sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres» (*Ga 2,10*).

Esto me recuerda un hecho que he contado algunas veces: apenas elegido Papa, mientras continuaba el escrutinio, un hermano Cardenal se acercó, me abrazó y me dijo: «No te olvides de los pobres». Es el primer mensaje que el Señor me hizo llegar en aquel momento. El Catecismo dice también, de manera sugestiva, que «los oprimidos por la miseria son objeto de *un amor de preferencia* por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros,

no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos» (n. 2448). Y esto sin ideologías, solamente con la fuerza del Evangelio.

En la Iglesia hemos tenido y tenemos muchas cosas no tan buenas, y muchos pecados, pero en esto de servir a los pobres con obras de misericordia, siempre hemos seguido como Iglesia al Espíritu, y nuestros santos lo hicieron de manera muy creativa y eficaz. El amor a los pobres ha sido el signo, la luz que hace que la gente

glorifique al Padre. Nuestro pueblo valora esto: al cura que cuida a los más pobres, a los enfermos, que perdona a los pecadores, que enseña y corrige con paciencia... Nuestro pueblo perdona a los curas muchos defectos, salvo el de estar apegados al dinero. El pueblo no lo perdona. Y no es tanto por la riqueza en sí, sino porque el dinero nos hace perder la riqueza de la misericordia. Nuestro pueblo olfatea qué pecados son graves para el pastor, cuáles matan su ministerio porque lo convierten

en un funcionario o, peor aún, en un mercenario, y cuáles son en cambio, no diría que pecados secundarios —porque no sé si teológicamente se puede decir esto—, pero sí pecados que se pueden sobrellevar, cargar como una cruz, hasta que el Señor los purifique al final, como hará con la cizaña. Sin embargo, lo que atenta contra la misericordia es una contradicción principal. Atenta contra el dinamismo de la salvación, contra Cristo que «se hizo pobre para enriquecernos

con su pobreza» (2 Co 8,9). Y esto es así porque la misericordia cura «perdiendo algo de sí»: un jirón del corazón se queda con el herido, un tiempo de nuestra vida lo perdemos para lo que teníamos ganas de hacer cuando se lo regalamos al otro en una obra de misericordia.

Por eso, no se trata de que Dios tenga misericordia mí en alguna falta, como si en el resto yo fuera autosuficiente, que de vez en cuando yo realice algún acto particular de misericordia con algún

necesitado. La gracia que pedimos en esta oración es la de dejarnos misericordiar por Dios en todos los aspectos de nuestra vida y de ser misericordiosos con los demás en todo nuestro actuar. Para nosotros, sacerdotes y obispos, que trabajamos con los sacramentos bautizando, confesando, celebrando la Eucaristía..., la misericordia es la manera de convertir toda la vida del Pueblo de Dios en sacramento. Ser misericordioso no es sólo *un* modo de ser, sino *el* modo de ser. No hay

otra posibilidad de ser sacerdote. El Cura Brochero decía: «El sacerdote que no tiene mucha lástima de los pecadores es medio sacerdote. Estos trapos benditos que llevo encima no son los que me hacen sacerdote; si no llevo en mi pecho la caridad, ni a cristiano llevo».

Ver lo que falta para poner remedio inmediatamente y, mejor aún, preverlo, es propio de la mirada de un padre. Esta mirada sacerdotal —del que hace las veces del padre en el seno de la Iglesia Madre—, que

nos lleva a ver a los hombres en clave de misericordia, es la que se debe enseñar a cultivar desde el seminario y debe alimentar todos los planes pastorales. Queremos, y le pedimos al Señor, una mirada que aprenda a discernir los signos de los tiempos en clave de «qué obras de misericordia están necesitando hoy nuestros pueblos», para poder sentir y gustar al Dios de la historia que camina en medio de ellos. Porque, como dice Aparecida citando a san Alberto Hurtado, «en nuestras obras, nuestro

pueblo sabe que comprendemos su dolor» (n. 386).

La prueba de esta comprensión de nuestros pueblos es que en nuestras obras de misericordia siempre somos bendecidos por Dios y encontramos ayuda y colaboración en nuestra gente. No así para otro tipo de proyectos, que a veces van bien y otras no, sin que algunos se den cuenta de por qué no funciona y se rompan la cabeza buscando un nuevo, enésimo, plan pastoral, cuando uno podría decir sencillamente: no funciona porque le falta

misericordia, sin necesidad de entrar en detalles. Si no es bendecido es porque le falta misericordia. Falta esa misericordia que tiene que ver más con un hospital de campaña que con una clínica de lujo, esa misericordia que, valorando algo bueno, siembra un futuro para encuentro de la persona con Dios, en vez de alejarla con una crítica puntual...

Les propongo una oración con la pecadora perdonada (*Jn 8,3-11*), para pedir la gracia de ser misericordiosos en la confesión,

y otra sobre la dimensión social de las obras de misericordia. Siempre me conmueve el pasaje del Señor con la mujer adúltera: cómo, cuando no la condenó, el Señor «faltó» a la ley; en ese punto en que le pedían que se definiera —«¿hay que apedrearla o no?»—, no se definió, no aplicó la ley. Se hizo el sordo — también en esto el Señor es un maestro para todos nosotros— y, en ese momento, les salió con otra cosa. Inició así un proceso en el corazón de la mujer que necesitaba aquellas

palabras: «Yo tampoco te condeno». Con la mano tendida la puso en pie, y esto le permitió que se encontrara con una mirada llena de dulzura que le cambió el corazón. El Señor tiende la mano a la hija Jairo: «Dale de comer». Al muchacho muerto, en Naín: «Levántate», y lo entrega a su madre. Y a esta pecadora: «Levántate». El Señor nos vuelve a poner precisamente en la postura que Dios quiere que esté: de pie, alzado, nunca por tierra. A veces me da una mezcla de pena e indignación

cuando alguno se apura a poner en claro la última recomendación, el «no peques más». Y utiliza esta frase para «defender» a Jesús y que no quede como uno que se saltó la ley. Pienso que las palabras que utiliza el Señor forman un todo con sus acciones. El hecho de agacharse para escribir en tierra dos veces, pausando lo que les dice a los que quieren apedrear a la mujer y luego lo que le dice a ella, nos habla de un tiempo que el Señor se toma para juzgar y perdonar. Un tiempo que remite a cada

uno a su interioridad y hace que los que juzgan se retiren. En su diálogo con la mujer, el Señor abre otros espacios: uno es el espacio de la no condena. El Evangelio insiste en este espacio que ha quedado libre. Nos sitúa en la mirada de Jesús y nos dice que «no ve a nadie alrededor sino sólo a la mujer». Y luego, Jesús mismo hace mirar alrededor a la mujer con su pregunta: «¿Dónde están los que te "categorizaban"?» (la palabra es importante, ya que habla de eso que tanto rechazamos, como es el que

nos cataloguen o nos caricaturicen...)). Una vez que la hace mirar ese espacio libre del juicio ajeno, le dice que él tampoco lo invade con sus piedras: «Yo tampoco te condeno». Y ahí mismo le abre otro espacio libre: «En adelante no peques más». El mandamiento se da para adelante, para ayudar a andar, para «caminar en el amor». Esta es la delicadeza de la misericordia que mira con piedad lo pasado y da ánimo para el futuro. Este «no peques más» no es algo obvio. El

Señor lo dice «junto con ella», le ayuda a poner en palabras lo que ella misma siente, ese «no» libre al pecado, que es como el «sí» de María a la gracia. El «no» va dicho en relación a la raíz del pecado de cada uno. En la mujer se trataba de un pecado social, de alguien a la que se le acercaba la gente o para estar con ella o para apedrearla. No había otro modo de cercanía con esta mujer. Por eso, el Señor no sólo le despeja el camino, sino que la pone a caminar, para que deje de ser «objeto» de la

mirada ajena, para que sea protagonista. El no pecar no se refiere sólo al aspecto moral, creo yo, sino a un tipo de pecado que no la deja hacer su vida. También le dice al paralítico de la piscina de Betesda: «No peques más» (*Jn 5,14*). Pero a este, que se justificaba con las cosas tristes que «le sucedían», que tenía una psicología de víctima —la mujer no—, lo pincha un poco con eso de que «no sea que te suceda algo peor». Aprovecha el Señor su manera de pensar, aquello que teme, para sacarlo

de su parálisis. Lo persuade con el susto, digamos. Así, cada uno tenemos que escuchar este «no peques más» de manera honda, personal.

Esta imagen del Señor, que pone a caminar a la gente, es muy suya: él es el Dios que se pone a caminar con su pueblo, que lleva adelante y acompaña nuestra historia. Por eso, el objeto al que se dirige la misericordia es muy preciso: es hacia aquello que hace que un hombre o una mujer no caminen en su lugar, con los suyos, a su ritmo, hacia donde

Dios los invita a andar. La pena, lo que conmueve, es que uno se pierda, o se quede atrás, o se pase de vivo. Que esté desubicado, digamos. Que no esté a mano para el Señor, disponible para lo que él quiera mandar. Que uno no camine humildemente en presencia del Señor (cf. *Mi 6,8*), que no camine en la caridad (cf. *Ef 5,2*).

El espacio del confesionario, donde la verdad nos hace libres

Pasemos ahora al espacio del confesionario, donde la verdad

nos hace libres. El Catecismo de la Iglesia Católica nos hace ver el confesionario como un lugar en el que la verdad nos hace libres para un encuentro. Dice así: «Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra,

el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador» (n. 1465). Y nos recuerda que «el confesor no es dueño, sino el servidor del perdón de Dios. El ministro de este sacramento debe unirse a la intención y a la caridad de Cristo» (n. 1466).

Signo e instrumento de un encuentro. Eso somos. Atracción eficaz para un encuentro. Signo quiere decir que debemos atraer, como cuando uno hace señales para llamar la atención. Un signo

debe ser coherente y claro,
pero sobre todo comprensible.
Porque hay signos que son
claros sólo para los
especialistas, y estos no sirven.
Signo e instrumento. El
instrumento se juega la vida en
su eficacia —¿sirve o no sirve?
—, en estar a mano e incidir en
la realidad de manera precisa,
adecuada. Somos instrumento
si de verdad la gente se
encuentra con el Dios
misericordioso. A nosotros nos
toca «hacer que se
encuentren», que queden
frente a frente. Lo que después

hagan ellos es cosa suya. Hay un hijo pródigo en el chiquero y un padre que sube todas las tardes a la terraza a ver si viene; hay una oveja perdida y un pastor que ha salido a buscarla; hay un herido tirado al borde del camino y un samaritano que tiene buen corazón. ¿Cuál es, pues, nuestro ministerio? Ser signo e instrumento de que estos se encuentren. Tengamos claro que nosotros no somos ni el padre, ni el pastor, ni el samaritano. Más bien estamos del lado de los otros tres, en

cuanto pecadores. Nuestro ministerio tiene que ser signo e instrumento de ese encuentro. Por eso, nos situamos en el ámbito del misterio del Espíritu Santo, que es el que crea la Iglesia, el que hace la unidad, el que reaviva una y otra vez el encuentro.

La otra cosa propia de un signo y de un instrumento es su *no autorreferencialidad*, por decirlo en difícil. Nadie se queda en el signo una vez que comprendió la cosa; nadie se queda mirando el destornillador ni el martillo, sino que mira el

cuadro que quedó bien fijado. Siervos inútiles somos. Esto es, instrumento y signo que fueron muy útiles para otros dos que se fundieron en un abrazo, como el padre con su hijo. La tercera característica propia del signo y del instrumento es su *disponibilidad*. Que el instrumento esté a la mano, que el signo sea visible. La esencia del signo y del instrumento es ser *mediadores*, disponibles. Qui aquí está la clave de nuestra misión en este encuentro de la misericordia de Dios con el

hombre. Es más claro probablemente usar un término negativo. San Ignacio hablaba de «no ser impedimento». Un buen mediador es el que facilita las cosas y no pone impedimentos. En mi tierra había un gran confesor, el padre Cullen, que se sentaba en el confesionario y, cuando no había gente, hacía dos cosas: una era arreglar pelotas de cuero para los chicos que jugaban al fútbol, la otra era leer un gran diccionario chino. Había estado mucho tiempo en China y quería conservar la

lengua. Él decía que, cuando la gente lo veía en actividades tan inútiles, como arreglar pelotas viejas, y tan a largo plazo, como leer un diccionario chino, pensaba: «Voy a acercarme a charlar un poco con este cura, ya que se ve que no tiene nada que hacer». Estaba disponible para lo esencial. Él tenía un horario para el confesionario, pero estaba allí. Quitaba el impedimento de andar siempre con cara de muy ocupado. Y aquí está el problema. La gente no se acerca cuando ve a su pastor muy, pero que muy

ocupado, siempre ajetreado. Todos nosotros hemos conocido buenos confesores. Hay que aprender de nuestros buenos confesores, de aquellos a los que la gente se les acerca, los que no la espantan y saben hablar hasta que el otro cuenta lo que le pasa, como Jesús con Nicodemo. Es importante comprender el lenguaje de los gestos; no preguntar cosas que son evidentes por los gestos. Si uno se acerca al confesionario es porque está arrepentido, ya hay *arrepentimiento*. Y si se acerca es porque tiene deseo

de cambiar. O al menos deseo de deseo, si la situación le parece imposible (*ad impossibilia nemo tenetur*, como dice el brocardo, nadie está obligado a hacer lo imposible). El lenguaje de los gestos. He leído en la vida de un santo reciente, de estos tiempos, que, pobrecito, sufría en la guerra. Había un soldado que estaba para ser fusilado y él fue a confesarlo. Y se ve que aquel sujeto era un poco libertino, hacía muchas fiestas con mujeres... «Pero tú ¿te arrepientes de eso?». «No, era

tan bonito, padre». Y este santo no sabía cómo salir de aquello. Allí estaba el pelotón de ejecución, y entonces le dijo: «Di al menos si te pesa no estar arrepentido». «Esto sí». «¡Ah! está bien». El confesor busca siempre el camino, y el lenguaje de los gestos es el lenguaje de las posibilidades para llegar al punto.

Hay que aprender de los buenos confesores, los que tienen delicadeza con los pecadores y les basta media palabra para comprender todo, como Jesús con la hemorroísa,

y ahí precisamente les sale la fuerza del perdón.

Yo he quedado muy edificado de un Cardenal de la Curia, que a priori yo creía que era muy rígido. Y él, cuando había un penitente que tenía un pecado que se avergonzaba decir y comenzaba con una o dos palabras, comprendía inmediatamente de qué se trataba, y decía: «Siga, siga, que lo he entendido». Y lo interrumpía porque había entendido. Esta es delicadeza. Pero esos confesores —me perdonen— que preguntan y

preguntan...: «Dímelo, por favor...». Tú, ¿tienes necesidad de tantos detalles para perdonar, o es que te estás haciendo un film? Aquel Cardenal me ha edificado mucho. La *integridad* de la confesión no es cuestión de matemáticas —¿cuántas veces? ¿Cómo? ¿Dónde?...—. A veces la vergüenza se cierra más ante el número que ante el nombre del pecado mismo. Pero para esto hay que dejarse conmover ante la situación de la gente, que a veces es una mezcla de cosas, de

enfermedad, de pecado y de condicionamientos imposibles de superar, como Jesús, que se conmovía al ver a la gente, lo sentía en las entrañas, en las tripas y por eso curaba y curaba, aunque el otro «no lo pidiera bien», como aquel leproso, o diera vueltas como la Samaritana, que era como el tero: chillaba en un lado pero tenía el nido en otro. Jesús era paciente.

Hay que aprender de los confesores que saben hacer que el penitente sienta la corrección dando un pasito

adelante, como Jesús, que daba una penitencia que bastaba, y sabía valorar al que volvía a dar gracias, al que daba para más. Jesús hacía tomar la camilla al parálítico, o se hacía rogar un poco por los ciegos o por la mujer sirofenicia. No le importaba si después no le hacían caso, como el parálítico de Siloé, o si contaban cosas que les había mandado que no contaran y luego parecía que el leproso era él, porque no podía entrar en los poblados o sus enemigos encontraban motivos para condenarlo. Él curaba,

perdonaba, daba alivio,
descanso, dejaba respirar a la
gente un hálito del Espíritu
consolador.

Lo que diré ahora lo he dicho
muchas veces, quizás alguno
de ustedes ya lo ha oído.

Conocí en Buenos Aires a un
fraile capuchino —aún vive—,
algo más joven que yo, que es
un gran confesor. Siempre tiene
delante del confesionario una
fila, mucha gente —de todo:
gente humilde, gente
acomodada, curas, religiosas,
una fila— más y más gente,
todo el día confesando. Y es un

gran perdonador. Siempre encuentra la vía para perdonar y dar un paso adelante. Es un don el Espíritu. Pero, a veces, le agarran escrúpulos de haber perdonado mucho. Y entonces, una vez, charlando, me dijo: «A veces, tengo esos escrúpulos». Y yo le pregunté: «¿Y qué haces cuando tienes esos escrúpulos?». «Voy delante del sagrario, lo miro al Señor, y le digo: "Señor, perdóname, hoy he perdonado mucho. Pero que quede claro, ¿eh?, que la culpa la tenéis vos porque me diste el

mal ejemplo"». La misericordia la mejoraba con más misericordia.

Por último, en esto de la confesión, dos consejos: Uno, no tengan nunca la mirada del funcionario, del que sólo ve «casos» y se los quita de encima. La misericordia nos libra de ser un cura juez-funcionario, digamos, que de tanto juzgar «casos» pierde la sensibilidad para las personas y para los rostros. Yo recuerdo cuando estaba en II de Teología; fui con mis compañeros a escuchar el

examen de «*audiendas*», que se hacía en III de Teología, antes de la ordenación. Fuimos para aprender un poco, siempre se aprendía. Y recuerdo que una vez a un compañero le hicieron una pregunta, era sobre la justicia, *de iure*, pero tan enredada, tan artificial... Y aquel compañero dijo con mucha humildad: «Pero Padre, esto no se encuentra en la vida». «Pero se encuentra en los libros». Aquella moral «de los libros», sin experiencia. La regla de Jesús es «juzgar como queremos ser juzgados». En

esa medida íntima que uno tiene para juzgar si lo trataron con dignidad, si lo ningunearon o lo maltrataron, si lo ayudaron a ponerse en pie... —fijémonos en que el Señor confía en esa medida que es tan subjetivamente personal—. Esta es la clave para juzgar a los demás. No tanto porque esa medida sea «la mejor», sino porque es sincera y, a partir de ella, se puede construir una buena relación. El otro consejo: No sean curiosos en el confesionario. Lo he dicho antes. Cuenta santa Teresita

que, cuando recibía las confidencias de sus novicias, se cuidaba muy bien de preguntar cómo había seguido la cosa. No curioseaba el alma de la gente (cf. *Historia de un alma*, manuscrito C. A la madre Gonzaga, c. XI 32 r). Es propio de la misericordia «cubrir con su manto», cubrir el pecado para no herir la dignidad. Es hermoso aquel pasaje de los dos hijos de Noé que cubrieron con el manto la desnudez de su padre, que se había emborrachado (cf. *Gn 9,23*).

Dimensión social de las

obras de misericordia

Ahora diremos unas palabras sobre la dimensión social de las obras de misericordia.

Al final de los Ejercicios, san Ignacio pone la «contemplación para alcanzar amor», que conecta lo vivido en la oración con la vida cotidiana. Y nos hace reflexionar acerca de cómo el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras. Esas obras son las obras de misericordia, las que el Padre «preparó de antemano para que las practicáramos» (*Ef 2,10*), las

que el Espíritu inspira a cada uno para el bien común (cf. *1 Co 12, 7*). A la vez que agradecemos al Señor por tantos beneficios recibidos de su bondad, pedimos la gracia de llevar a todos los hombres esa misericordia que nos ha salvado a nosotros.

Les propongo, en esta dimensión social, meditar con alguno de los párrafos finales de los Evangelios. Allí, el Señor mismo establece esa conexión entre lo recibido y lo que debemos dar. Podemos leer estos finales en clave de «obras

de misericordia», que ponen en acto el tiempo de la Iglesia en el que Jesús resucitado vive, acompaña, envía y atrae nuestra libertad, que encuentra en él su realización concreta y renovada cada día.

La conclusión del Evangelio de Mateo, nos dice que el Señor envía a los apóstoles y les dice: «Enseñen a guardar todo lo que yo les he mandado» (*Mt 28,20*). Este «enseñar al que no sabe» es en sí mismo una de las obras de misericordia. Y se multiplica como la luz en las demás obras: en las

de *Mateo* 25, que tienen que ver más con las obras así llamadas corporales, y en todos los mandamientos y consejos evangélicos, de «perdonar», «corregir fraternalmente», consolar a los tristes, soportar las persecuciones, y así sucesivamente.

Marcos termina con la imagen del Señor que «colabora» con los apóstoles y «confirma la Palabra con las señales que la acompañan» (cf. Mc 16,20). Esas «señales» tienen la característica de las obras de misericordia. Marcos habla,

entre otras cosas, de sanar a los enfermos y expulsar a los malos espíritus (cf. Mc 16,17-18).

Lucas continúa su Evangelio con el libro de los «Hechos» —*praxeis*— de los apóstoles, narrando su modo de proceder y las obras que hacen, guiados por el Espíritu.

Juan termina hablando de las «otras muchas cosas» (Jn 21,25) o «señales» (Jn 20,30) que hizo Jesús. Los hechos del Señor, sus obras, no son meros hechos sino que son signos en los que, de manera personal y

única en cada uno, se muestra su amor y su misericordia.

Podemos contemplar al Señor que nos envía a este trabajo con la imagen de Jesús misericordioso, tal como se le reveló a sor Faustina. En esa imagen podemos ver la Misericordia como una única luz que viene de la interioridad de Dios y que, al pasar por el corazón de Cristo, sale diversificada, con un color propio para cada obra de misericordia.

Las obras de misericordia son infinitas, cada una con su sello

personal, con la historia de cada rostro. No son solamente las siete corporales y las siete espirituales en general. O más bien, estas, así numeradas, son como las materias primas —las de la vida misma— que, cuando las manos de la misericordia las tocan y/o las moldean, se convierten cada una de ellas en una obra artesanal. Una obra que se multiplica como el pan en las canastas, que crece desmesuradamente como la semilla de mostaza. Porque la misericordia es fecunda e inclusiva. Estas dos

características importantes: la misericordia es fecunda e inclusiva. Es verdad que solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón... Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es

la vida humana misma y en su totalidad. Nuestra vida misma en cuanto «carne» es hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo. Hasta el más rico, al morir, queda hecho una miseria y nadie lleva detrás, en su cortejo, el camión de la mudanza. Nuestra vida misma, en cuanto «espíritu», tiene necesidad de ser educada, corregida, alentada, consolada. Esta es una palabra muy importante en la Biblia:

enseñemos en el libro de la consolación de Israel, del profeta Isaías. Necesitamos que otros nos aconsejen, nos perdonen, nos aguanten y recen por nosotros. La familia es la que practica estas obras de misericordia de manera tan ajustada y desinteresada que no se nota, pero basta que en una familia con niños pequeños falte la mamá para que todo se quede en la miseria. La miseria más absoluta y crudelísima es la de un niño en la calle, sin papás, a merced de los buitres. Hemos pedido la gracia de ser

signo e instrumento, ahora se trata de «actuar», y no sólo de tener gestos sino de hacer obras, de institucionalizar, de crear una cultura de la misericordia, que no es lo mismo que una cultura de la beneficencia, debemos distinguir. Puestos a obrar, sentimos inmediatamente que es el Espíritu el que moviliza, que lleva adelante estas obras. Y lo hace utilizando los signos e instrumentos que desea, aunque a veces no sean los más aptos en sí mismos. Es más, se diría que para ejercitar

las obras de misericordia el Espíritu elige más bien los instrumentos más pobres, los más humildes e insignificantes, los más necesitados ellos mismos de ese primer rayo de la misericordia divina. Estos son los que mejor se dejan formar y capacitar para realizar un servicio de verdadera eficacia y calidad. La alegría de sentirse «siervos inútiles», para aquellos a los que el Señor bendice con la fecundidad de su gracia, y que él mismo en persona sienta a su mesa y les ofrece la

Eucaristía, es una confirmación de estar trabajando en sus obras de misericordia.

A nuestro pueblo fiel le gusta unirse en torno a las obras de misericordia. Basta venir a una de las audiencias generales de los miércoles y vemos cuántos hay: grupos de personas que se juntan para hacer obras de misericordia. Tanto en las celebraciones —penitenciales y festivas— como en la acción solidaria y formativa, nuestro pueblo se deja juntar y pastorear de una manera que no todos advierten ni valoran,

aunque fracasen tantos otros planes pastorales centrados en dinámicas más abstractas. La presencia masiva de nuestro pueblo fiel en nuestros santuarios y peregrinaciones, presencia anónima, pero anónima por exceso de rostros y por el deseo de hacerse ver sólo por Aquel y Aquella que los miran con misericordia, así como por la colaboración también numerosa que, sosteniendo con su trabajo tanta obra solidaria, debe ser motivo de atención, de valoración y de promoción por

nuestra parte. Y para mí ha sido una sorpresa ver cómo estas organizaciones son tan fuertes aquí en Italia y reagrupan tanto al pueblo. Como sacerdotes, pedimos dos gracias al Buen Pastor, la de saber dejamos guiar por el *sensus fidei* de nuestro pueblo fiel, y también por su «sentido del pobre». Ambos «sentidos» tienen que ver con su «*sensus Christi*», del cual habla san Pablo, con el amor y la fe que nuestro pueblo tiene por Jesús.

Terminamos rezando el *Alma de*

Cristo, que es una hermosa oración para pedir misericordia al Señor venido en carne, que nos misericordea con su mismo Cuerpo y Alma. Le pedimos que nos misericordee junto con su pueblo: a su alma, le pedimos «santifícenos», a su cuerpo, le suplicamos «sálvanos», a su sangre, le rogamos «embriáganos», quítanos toda otra sed que no sea de ti, al agua de su costado, le pedimos «lávanos»; a su pasión le rogamos «confórtanos», consuela a tu pueblo, Señor crucificado; en sus llagas

suplicamos «hospédanos»... No permitas que tu pueblo, Señor, se aparte de ti. Que nada ni nadie nos separe de tu misericordia, que nos defiende de las insidias del enemigo maligno. Así podremos cantar las misericordias del Señor junto con todos tus santos cuando nos mandes ir a ti.

[Oración del Anima Christi]

Alguna vez me han llegado comentarios de sacerdotes que dicen: «Pero este Papa nos golpea mucho, nos riñe». Y algún bastonazo, alguna reprimenda se ha dado. Pero he

de decir que he quedado edificado por muchos sacerdotes, muchos sacerdotes buenos. De esos —los he conocido— que, cuando no había contestador automático, dormían con el teléfono sobre la cómoda, y nadie moría sin los sacramentos; llamaban a cualquier hora y ellos se levantaban e iban. Buenos sacerdotes. Y agradezco al Señor esta gracia. Todos somos pecadores, pero podemos decir que hay muchos buenos, santos sacerdotes, que trabajan en silencio y desapercibidos. A

veces ocurre un escándalo,
pero sabemos que hace más
ruido un árbol que cae que un
bosque que crece.

Ayer recibí una carta. La he
dejado allí entre aquellas
personales. La he abierto antes
de venir y creo que ha sido el
Señor quien me lo ha sugerido.
Es de un párroco de Italia,
párroco de tres pueblos. Creo
que nos vendrá muy bien oír
este testimonio de un hermano
nuestro.

Está escrita el 29 de mayo, de
hace pocos días.

«Perdone la molestia.

Aprovecho la ocasión que me ofrece un amigo sacerdote, que en estos días está en Roma para el Jubileo sacerdotal, para hacerle llegar sin ninguna pretensión —la de un simple párroco de tres pequeñas parroquias de montaña, prefiero que me llamen «pastorcito— algunas consideraciones sobre mi sencillo servicio pastoral, provocadas —se lo agradezco de corazón— por algunas de las cosas que usted ha dicho y que me llaman cada día a la conversión. Soy consciente de

que no le escribo nada nuevo. Ciertamente, usted ya ha habrá escuchado estas cosas. Siento la necesidad de hacerme también yo portavoz. Me ha llamado la atención, me llama la atención la invitación que a menudo nos hace a nosotros pastores a que tengamos olor a ovejas. Estoy en la montaña y s  bien lo que quiere decir. Se es sacerdote para sentir ese olor, que es el verdadero perfume del rebaño. Será realmente hermoso si el contacto diario y el trato asiduo de nuestro rebaño, verdadera

razón de nuestra llamada, no fuera sustituido por las tareas administrativas y burocráticas de la parroquia, de la escuela infantil y otras cosas. Tengo la suerte de contar con laicos buenos y preparados que siguen estas cosas desde dentro. Pero existe siempre la responsabilidad jurídica del párroco, como único representante legal. Por lo cual, al final, siempre tiene que ir corriendo a todas partes, relegando a veces la visita a los enfermos, a las familias, como a lo último, y hecha tal vez con

rapidez y de cualquier manera. Lo digo en primera persona, a veces es muy frustrante ver que en mi vida de cura se corre mucho por el aparato burocrático y administrativo, dejando a la gente, al pequeño rebaño que se me ha confiado, como abandonado a sí mismo. Créame, Santo Padre, es triste, y muchas veces me dan ganas de llorar por esta falta. Uno trata de organizarse, pero al final, se cae en la vorágine de las cosas cotidianas. Como también otro aspecto, recordado por usted: la falta de

paternidad. Se dice que la sociedad actual carece de padres y madres. Me parece ver que a veces también nosotros renunciamos a esta paternidad espiritual, reduciéndonos brutalmente a burócratas de lo sagrado, con la triste consecuencia de sentirnos abandonados a nosotros mismos. Una paternidad difícil, que afecta también inevitablemente a nuestros superiores, ocupados comprensiblemente en tareas y problemas, cayendo en el riesgo de tener con nosotros

una relación formal, ligada más a la gestión de la comunidad que a nuestra vida de hombres, de creyentes y de curas. Todo esto —y termino— no quita en cualquier caso la alegría y la pasión de ser sacerdote para la gente y con la gente. Aunque a veces como pastor no tengo olor a oveja, me conmueve siempre mi rebaño que no ha perdido el olor del pastor. Qué bonito, Santo Padre, cuando nos damos cuenta de que las ovejas no nos dejan solos, tienen el termómetro de nuestra estar allí por ellos, y si

por casualidad el pastor se sale del camino y se pierde, ellos lo agarran y lo sostienen. Nunca dejaré de dar gracias al Señor porque siempre nos salva a través de su rebaño, el rebaño que se nos ha confiado, la gente sencilla, buena, humilde y tranquila: ese rebaño que es la verdadera gracia del pastor. De manera confidencial le he hecho llegar estas pequeñas y sencillas consideraciones, porque usted está cerca del rebaño, es capaz de entender y puede seguir ayudándonos y sosteniéndonos. Rezo por

usted y le doy las gracias, también por esos «tirones de orejas» que necesito en mi camino. Bendígame, Papa Francisco, y rece por mí y por mis parroquias». Firma y al final ese gesto propio de los pastores: «Le dejo una pequeña ofrenda. Rece por mis comunidades, en particular por algunos enfermos graves y algunas familias con dificultades económicas y no sólo. Gracias».

Este es un hermano nuestro. Hay muchos de estos, hay muchos. También aquí

ciertamente. Muchos. Nos muestra el camino. Y vayamos adelante. No pierdan la oración. Recen como puedan, y si se duermen delante del Sagrario, bendito sea. Pero recen. No pierdan esto. No pierdan el dejarse mirar por la Virgen y mirarla como Madre. No pierdan el celo, traten de hacer.. No pierdan la cercanía y la disponibilidad para la gente y también, déjenme que les diga, no pierdan el sentido del humor. Y sigamos adelante.

3 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los sacerdotes.

Viernes.

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos

fijamos en dos corazones: *el del Buen Pastor y nuestro corazón de pastores.*

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó

a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún confín; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (*Jn 13,1*); no se detiene antes, va hasta el final, sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana: ¿A dónde se

orienta mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Viene a mi memoria esa oración tan bonita de la liturgia: «*Ubi vera sunt gaudia...*». ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque —dice Jesús— «donde estará tu tesoro, allí está tu

corazón» (*Mt 6,21*). Tenemos debilidades todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados? Es decir: ¿Dónde está el «tesoro» que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, sino el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo

dos direcciones: *el Señor* y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo —no debería mirarse a sí mismo— sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es más bien un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los

hermanos. Y ahí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: *buscar, incluir y alegrarse*.

Buscar. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. *Ez 34,11.16*). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (*Lc 15,4*), sin dejarse atemorizar por los

riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar lo extraordinario. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, y tal vez me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces tiene que salir para buscarla, para hablar,

persuadir; otras veces debe permanecer ante el Sagrario, luchando con el Señor por esa oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad — legítima, digo; ni siquiera de esa—, y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, aunque sea

calumniado como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor.

«Bienaventurados cuando os insulten, os persigan....»

(Mt 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no

al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es *obstinado en el bien*, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre

está *en salida de sí mismo*. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: *incluir*. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. *Jn* 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. *Jn* 10, 3-4). Y quiere reunir a las

ovejas que todavía no están con él (cf. *Jn* 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a

ensuciarse las manos por todos. El Buen Pastor no conoce los guantes. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está dispuesto para reinsertar y recomponer los

litigios. Es un hombre que sabe incluir.

Alegrarse. Dios se pone «muy contento» (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para *sí mismo*, sino *para los demás y con los demás*, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera *gratuita*. En la oración descubre el

consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las

palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Os agradezco vuestro «sí», y por tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Os agradezco por vuestro «sí» para *dar la vida unidos a Jesús*: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

3 de junio de 2016. Discurso a la cumbre internacional de jueces y magistrados contra el tráfico de personas y el crimen organizado.

Casina Pío IV.

Viernes.

Buenas tardes. Los saludo cordialmente y renuevo la expresión de mi estima por su colaboración para contribuir al progreso humano y social del que es capaz la Pontificia Academia de las Ciencias

Sociales.

Si me alegro de esta contribución y me complazco con ustedes es también en consideración al noble servicio que pueden ofrecer a la humanidad, ya sea profundizando en el conocimiento de ese fenómeno tan actual, la indiferencia en el mundo globalizado y sus formas extremas, ya sea en las soluciones frente a este reto, tratando de mejorar las condiciones de vida de los más necesitados entre nuestros hermanos y hermanas.

Siguiendo a Cristo, la Iglesia está llamada a comprometerse. O sea, no cabe el adagio de la Ilustración, según el cual la Iglesia no debe meterse en política, la Iglesia debe meterse en la gran política porque —cito a Pablo VI— “la política es una de las formas más altas del amor, de la caridad”. Y la Iglesia también está llamada a ser fiel con las personas, aún más cuando se consideran las situaciones donde se tocan las llagas y el sufrimiento dramático, y en las cuales están implicados los valores, la

ética, las ciencias sociales y la fe; situaciones en las cuales el testimonio de ustedes como personas y humanistas, unido a la competencia social propia, es particularmente apreciado.

En el curso de estos últimos años no han faltado importantes actividades de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales bajo el vigoroso impulso de su Presidenta, del Canciller y de algunos colaboradores externos de notorio prestigio, a quienes agradezco de corazón.

Actividades en defensa de la

dignidad y libertad de los hombres y mujeres de hoy y, en particular, para erradicar la trata y el tráfico de personas y las nuevas formas de esclavitud tales como el trabajo forzado, la prostitución, el tráfico de órganos, el comercio de la droga, la criminalidad organizada. Como dijo mi predecesor Benedicto XVI, y lo he afirmado yo mismo en varias ocasiones, éstos son verdaderos crímenes de lesa humanidad que deben ser reconocidos como tales por todos los líderes religiosos,

políticos y sociales, y plasmados en las leyes nacionales e internacionales. El encuentro con los líderes religiosos de las principales religiones que hoy influyen en el mundo global, el 2 de diciembre del 2014, así como la cumbre de los intendentes y alcaldes de las ciudades más importantes del mundo, el 21 de julio del 2015, han manifestado la voluntad de esta Institución en perseguir la erradicación de las nuevas formas de esclavitud. Conservo un particular recuerdo de estos

dos encuentros, como también de los significativos seminarios de los jóvenes, todos debidos a la iniciativa de la Academia.

Alguno puede pensar que la Academia debe moverse más bien en un ámbito de ciencias puras, de consideraciones más teóricas. Esto responde ciertamente a una concepción ilustrada de lo que debe ser una Academia. Una Academia ha de tener raíces, y raíces en lo concreto, porque si no corre el riesgo de fomentar una reflexión líquida que se vaporiza y no llega a nada.

Este divorcio entre la idea y la realidad es evidentemente un fenómeno cultural pasado, más bien de la Ilustración, pero que todavía tiene su incidencia.

Actualmente, inspirada por los mismos deseos, la Academia ha convocado a ustedes, jueces y fiscales de todo el mundo, con experiencia y sabiduría práctica en la erradicación de la trata y tráfico de personas y de la criminalidad organizada.

Ustedes han venido aquí representando a sus colegas, con el loable propósito de avanzar en la toma de

conciencia cabal de estos flagelos y, consecuentemente, manifestar su insustituible misión frente a los nuevos retos que nos plantea la globalización de la indiferencia, respondiendo a la creciente solicitud de la sociedad y en el respeto de las leyes nacionales e internacionales. Hacerse cargo de la propia vocación quiere decir también sentirse y proclamarse libres. Jueces y fiscales libres ,¿de qué?: de las presiones de los gobiernos, libres de las instituciones privadas y, naturalmente, libres

de las "estructuras de pecado" de las que habla mi predecesor san Juan Pablo II, en particular, de la "estructura de pecado", libres del crimen organizado. Yo sé que ustedes sufren presiones, sufren amenazas en todo esto, y sé que hoy día ser juez, ser fiscal, es arriesgar el pellejo, y eso merece un reconocimiento a la valentía de aquellos que quieren seguir siendo libres en el ejercicio de su función jurídica. Sin esta libertad, el poder judicial de una Nación se corrompe y siembra corrupción. Todos

conocemos la caricatura de la justicia, para estos casos, ¿no?: La justicia con los ojos vendados que se le va cayendo la venda y le tapa la boca. Felizmente, para la realización de este complejo y delicado proyecto humano y cristiano: liberar a la humanidad de las nuevas esclavitudes y del crimen organizado, que la Academia cumple siguiendo mi pedido, se puede contar también con la importante y decisiva sinergia de las Naciones Unidas. Hay una mayor conciencia de esto, una

fuerte conciencia. Agradezco que los representantes de las 193 Naciones miembros de la ONU, que hayan aprobado unánimemente los nuevos objetivos del desarrollo sostenible e integral, y en particular la meta 8.7. Esta reza así: "Adoptar medidas inmediatas y eficaces para erradicar el trabajo forzoso, poner fin a las formas modernas de esclavitud y la trata de seres humanos, y asegurar la prohibición y eliminación de las peores formas de trabajo infantil,

incluidos el reclutamiento y la utilización de niños soldados, y, a más tardar en 2025, poner fin al trabajo infantil en todas sus formas". Hasta aquí la resolución. Bien se puede decir que ahora es un imperativo moral para todas las Naciones miembros de la ONU actuar tales objetivos y tal meta. Para ello, es obligatorio generar un movimiento transversal y ondular, una "buena onda", que abrace a toda la sociedad de arriba para abajo y viceversa, desde la periferia al centro y al revés, desde los líderes hacia

las comunidades, y desde los pueblos y la opinión pública hasta los más altos estratos dirigenciales. La realización de ello requiere que, como ya lo han hecho los líderes religiosos, sociales y los alcaldes, también los jueces tomen plena conciencia de este desafío, que sientan la importancia de su responsabilidad ante la sociedad, y que compartan sus experiencias y buenas prácticas, y que actúen juntos —importante, en comunión, en comunidad, que actúen juntos — para abrir brechas y nuevos

caminos de justicia en beneficio de la promoción de la dignidad humana, de la libertad, la responsabilidad, la felicidad y, en definitiva, de la paz. Sin ceder al gusto por la simetría, podríamos decir que el juez es a la justicia como el religioso y el filósofo a la moral, y el gobernante o cualquier otra figura personalizada del poder soberano es a lo político. Pero solamente en la figura del juez la justicia se reconoce como el primer atributo de la sociedad. Y esto hay que rescatarlo, porque la tendencia, cada vez

mayor, es la de licuar la figura del juez a través de las presiones, etcétera, que mencioné antes. Y, sin embargo, es el primer atributo de la sociedad. Sale en la misma tradición bíblica, ¿no es cierto? Moisés necesita instituir setenta jueces para que lo ayuden, que juzguen los casos, el juez a quien se recurre. Y también en este proceso de licuefacción, lo contundente, lo concreto de la realidad afecta a los pueblos. O sea, los pueblos tienen una entidad que les da consistencia, que los hace

crecer, y hacer sus propios proyectos, asumir sus fracasos, asumir sus ideales, pero también están sufriendo un proceso de licuefacción, y todo lo que es la consistencia concreta de un pueblo tiende a transformarse en la mera identidad nominal de un ciudadano, y un pueblo no es lo mismo que un grupo de ciudadanos. El juez es el primer atributo de una sociedad de pueblo.

La Academia, convocando a los jueces, no aspira sino a colaborar en la medida de sus

posibilidades según el mencionado objetivo de la ONU. Cabe aquí agradecer a aquellas Naciones que por intermedio de los Embajadores ante la Santa Sede no se han mostrado indiferentes o arbitrariamente críticas, sino que, por el contrario, han colaborado activamente con la Academia en la realización de esta Cumbre. Los Embajadores que no sintieron esta necesidad, o que se lavaron las manos, o que pensaron que no era tan necesario, los esperamos para la próxima

reunión.

Pido a los jueces que realicen su vocación y misión esencial: establecer la justicia sin la cual no hay orden, ni desarrollo sostenible e integral, ni tampoco paz social. Sin duda, uno de los más grandes males sociales del mundo de hoy es la corrupción en todos los niveles, la cual debilita cualquier gobierno, debilita la democracia participativa y la actividad de la justicia. A ustedes, jueces, corresponde hacer justicia, y les pido una especial atención en hacer justicia en el campo

de la trata y del tráfico de personas y, frente a esto y al crimen organizado, les pido que se defiendan de caer en la telaraña de las corrupciones. Cuando decimos "hacer justicia", como ustedes bien saben, no entendemos que se deba buscar el castigo por sí mismo, sino que, cuando caben penalidades, que éstas sean dadas para la reeducación de los responsables, de tal modo que se les pueda abrir una esperanza de reinserción en la sociedad, o sea, no hay pena válida sin esperanza. Una pena

clausurada en sí misma, que no dé lugar a la esperanza, es una tortura, no es una pena. En esto yo me baso también para afirmar seriamente la postura de la Iglesia contra la pena de muerte. Claro, me decía un teólogo que en la concepción de la teología medieval y post-medieval, la pena de muerte tenía la esperanza: "se los entregamos a Dios". Pero los tiempos han cambiado y esto ya no cabe. Dejemos que sea Dios quien elija el momento... La esperanza de la reinserción en la sociedad: "Ni siquiera el

homicida pierde su dignidad personal y Dios mismo se hace su garante" (san Juan Pablo II, EV, n. 9). Y, si esta delicada conjunción entre la justicia y la misericordia, que en el fondo es preparar para una reinserción, vale para los responsables de los crímenes de lesa humanidad como también para todo ser humano, a fortiori vale sobre todo para las víctimas que, como su nombre indica, son más pasivas que activas en el ejercicio de su libertad, habiendo caído en la trampa de los nuevos cazadores de

esclavos. Víctimas tantas veces traicionadas hasta en lo más íntimo y sagrado de su persona, es decir en el amor que ellas aspiran a dar y tener, y que su familia les debe o que les prometen sus pretendientes o maridos, quienes en cambio acaban vendiéndolas en el mercado del trabajo forzado, de la prostitución o de la venta de órganos.

Los jueces están llamados hoy más que nunca a poner gran atención en las necesidades de las víctimas. Son las primeras que deben ser rehabilitadas y

reintegradas en la sociedad y por ellas se debe perseguir sin cuartel a los traficantes y “carníferos”. No vale el viejo adagio: son cosas que existen desde que el mundo es mundo. Las víctimas pueden cambiar y, de hecho, sabemos que cambian de vida con la ayuda de los buenos jueces, de las personas que las asisten y de toda la sociedad. Sabemos que no pocas de esas personas son abogados o abogadas, políticos o políticas, escritores brillantes o bien tienen algún oficio exitoso para servir de modo

válido al bien común. Sabemos cuán importante es que cada víctima se anime a hablar de su ser víctima como un pasado que superó valientemente siendo ahora un sobreviviente o, mejor dicho, una persona con calidad de vida, con dignidad recuperada y libertad asumida. Y en este asunto de la reinserción quisiera transmitir una experiencia empírica, a mí me gusta, cuando voy a una ciudad, visitar las cárceles —ya he visitado varias— y es curioso, sin desmerecer a nadie, pero como impresión

general he visto que las cárceles cuyo director es una mujer van mejor que aquellas cuyo director es un hombre. Esto no es feminismo, es curioso. La mujer tiene en esto de la reinserción un olfato especial, un tacto especial, que sin perder energías, recoloca a las personas, las reubica, algunos lo atribuyen a la raíz de la maternalidad. Pero es curioso, lo paso como experiencia personal, vale la pena repensarlo. Y aquí, en Italia, hay un alto porcentaje de cárceles dirigidas por

mujeres, muchas mujeres jóvenes, respetadas y que tienen buen trato con los presos. Otra experiencia que tengo es que en las audiencias de los miércoles no es raro que venga un grupo de reclusos — de tal cárcel, de tal otra—, traídos por el director o la directora, y estén ahí. O sea, son todos gestos de reinserción.

Ustedes están llamados a dar esperanza en el hacer la justicia. Desde la viuda que pide justicia insistentemente (*Lc 18,1-8*), hasta las víctimas

de hoy, todas ellas alimentan un anhelo de justicia como esperanza de que la injusticia que atraviesa este mundo no sea lo último, no tenga la última palabra.

Tal vez puede ayudar el aplicar, según las modalidades propias de cada país, de cada continente y de cada tradición jurídica, la praxis italiana de recuperar los bienes mal habidos de los traficantes y delincuentes para ofrecerlos a la sociedad y, en concreto, para la reinserción de las víctimas. La rehabilitación de las víctimas

y su reinserción en la sociedad, siempre realmente posible, es el mayor bien que podemos hacer a ellas mismas, a la comunidad y a la paz social. Claro, es duro el trabajo, no termina con la sentencia, termina después procurando que haya un acompañamiento, un crecimiento, una reinserción, una rehabilitación de la víctima y del victimario. Si hay algo que atraviesa las bienaventuranzas evangélicas y el protocolo del juicio divino con el que todos seremos juzgados, de Mateo c.25, es el

tema de la justicia: felices los que tienen hambre y sed de justicia, felices los que sufren por la justicia, felices los que lloran, felices los pacíficos, felices los operadores de paz, benditos de mi Padre los que tratan al más necesitado y pequeño de mis hermanos como a mí mismo. Ellos o ellas —y aquí cabe referirse especialmente a los jueces— tendrán la más alta recompensa: poseerán la tierra, serán llamados y serán hijos de Dios, verán a Dios, y gozarán eternamente junto al

Padre.

En este espíritu, me animo a pedirles a jueces, fiscales y académicos que continúen sus trabajos y realicen, dentro de las propias posibilidades y con la ayuda de la gracia, las felices iniciativas que les honran en servicio de las personas y del bien común. Muchas gracias.

4 de junio de 2016. Discurso a los participantes en la asamblea de las obras misionales pontificias.

Sábado.

*Señor cardenal,
venerados hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio,
queridos hermanos y
hermanas:*

Os doy la bienvenida a todos, directores nacionales de las Obras misionales pontificias y colaboradores de la Congregación para la

evangelización de los pueblos. Agradezco al cardenal Fernando Filoni las palabras que me dirigió, y a todos vosotros por vuestro precioso servicio a la misión de la Iglesia que consiste en llevar el Evangelio «a todas las criaturas» (*Mc 16, 15*).

Este año nuestro encuentro tiene lugar en el centenario de la fundación de la Pontificia Unión Misional (PUM).

La Obra se inspira en el beato Paolo Manna, sacerdote misionero del Pontificio Instituto para las misiones

extranjerías. Sostenida por san Guido María Conforti, la misma fue aprobada por el Papa Benedicto XV el 31 de octubre de 1916; y cuarenta años después el venerable Pío XII la calificó como «Pontificia».

A través de la intuición del beato Paolo Manna y la mediación de la Sede apostólica, el Espíritu Santo condujo a la Iglesia a tener una conciencia cada vez mayor de su propia naturaleza misionera, conducida luego a su maduración por el Concilio ecuménico Vaticano II.

El beato Paolo Manna comprendió muy bien que formar y educar en el misterio de la Iglesia y en su intrínseca vocación misionera es una finalidad que concierne a todo el santo Pueblo de Dios, en la variedad de los estados de vida y de los ministerios. «De las tareas de la Unión misional algunas son de naturaleza cultural, otras de naturaleza espiritual, otras, por último, prácticas y organizativas. La Unión misional tiene la finalidad de iluminar, de animar, de organizar a los sacerdotes,

y, a través de ellos, a todos los fieles, con vistas a la misión». Así se expresaba el fundador de la Pontificia Unión Misional en 1936 en una intervención histórica, que tuvo lugar durante el segundo Congreso internacional de la Obra. Sin embargo, formar para la misión a obispos y sacerdotes no significaba reducir la Pontificia Unión Misional a una realidad simplemente clerical, sino sostener a la jerarquía en su servicio a la misionariedad de la Iglesia, que es misión de todos: fieles y pastores,

casados y vírgenes
consagradas, Iglesia universal e
Iglesias particulares.

Realizando ese servicio con la
caridad que los caracteriza, los
Pastores mantengan a la Iglesia
siempre y por doquier en
estado de misión, la cual es
siempre en conclusión obra de
Dios, y en ella participan,
gracias al Bautismo, a la
Confirmación y a la Eucaristía,
todos los creyentes.

Queridos directores nacionales
de las Obras misionales
pontificias, la misión hace a la
Iglesia y la mantiene fiel al

deseo salvífico de Dios. Por ello, incluso siendo importante que os preocupéis de la recogida y la distribución de ayudas económicas que diligentemente administráis en favor de muchas Iglesias y de muchos cristianos necesitados, servicio por el cual os doy las gracias, os exhorto a no limitaros sólo a este aspecto.

Se necesita «mística».

Debemos crecer en pasión evangelizadora. Yo tengo miedo —os lo confieso— de que vuestra obra permanezca muy organizativa, perfectamente

organizativa, pero sin pasión. Esto lo puede hacer también una ONG, pero vosotros no sois una ONG.

Vuestra Unión sin pasión no sirve; sin «mística» no sirve. Y si tenemos que sacrificar algo, sacrifiquemos la organización, sigamos adelante con la mística de los santos. Hoy, vuestra Unión misionera necesita esto: mística de los santos y de los mártires.

Y este es el generoso trabajo de formación permanente a la misión que tenéis que hacer; que no es sólo un curso

intelectual, sino introducido en esta onda de pasión misionera, de testimonio martirial. Las Iglesias de reciente fundación, ayudadas por vosotros para su formación misionera permanente, podrán transmitir a las Iglesias de antigua fundación, a veces cargando con el peso de su historia y un poco cansadas, el ardor de la fe joven, el testimonio de la esperanza cristiana, sostenida por la valentía admirable del martirio. Os aliento a servir con amor grande a las Iglesias que, gracias a los mártires, nos

testimonian cómo el Evangelio nos hace partícipes de la vida de Dios, y lo hacen por atracción y no por proselitismo. En este Año Santo de la Misericordia, el ardor misionero que consumía al beato Paolo Manna, y del cual brotó la Pontificia Unión Misional, siga también hoy haciendo arder, apasionar, renovar, repensar y reformar el servicio que esta Obra está llamada a ofrecer a toda la Iglesia. Vuestra Unión no debe ser la misma el año próximo que la de este año: debe cambiar en esta dirección,

debe convertirse con esta pasión misionera. Mientras damos gracias al Señor por sus cien años, deseamos que la pasión por Dios y por la misión de la Iglesia lleve a la Pontificia Unión Misional también a volver a programarse en la docilidad al Espíritu Santo, en vista de una adecuada reforma de sus formas de actuar — adecuada reforma, es decir conversión y reforma— y de una auténtica renovación para el bien de la formación permanente para la misión de todas las Iglesias.

A la Virgen María, Reina de las misiones, a los santos Pedro y Pablo, a san Guido María Conforti y al beato Paolo Manna confiamos con gratitud vuestro servicio.

Os bendigo de corazón y os pido por favor que recéis por mí, para que no caiga en la «beata quietud»; para que yo también tenga ardor misionero para seguir adelante.

Y os invito a rezar juntos el Ángelus.

5 de junio de 2016. Homilía en la Santa Misa y canonización de los beatos Estanislao de Jesús María y María Isabel Hesselblad.

Domingo.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos conduce al acontecimiento central de la fe: La victoria de Dios sobre el dolor y la muerte. Es el Evangelio de la esperanza que surge del Misterio Pascual de Cristo, que se irradia desde su rostro, revelador de Dios Padre

y consolador de los afligidos. Es una palabra que nos llama a permanecer íntimamente unidos a la pasión de nuestro Señor Jesús, para que se manifieste en nosotros el poder de su resurrección.

En efecto, en la Pasión de Cristo está la respuesta de Dios al grito angustiado y a veces indignado que provoca en nosotros la experiencia del dolor y de la muerte. Se trata de no escapar de la cruz, sino de permanecer ahí, como hizo la Virgen Madre, que sufriendo junto a Jesús recibió la gracia

de esperar contra toda esperanza (cf. *Rm* 4,18).

Esta ha sido también la experiencia de Estanislao de Jesús María y de María Isabel Hesselblad, que hoy son proclamados santos: han permanecido íntimamente unidos a la pasión de Jesús y en ellos se ha manifestado el poder de su resurrección.

La primera Lectura y el Evangelio de este domingo nos presentan dos signos prodigiosos de resurrección, el primero obrado por el profeta Elías, el segundo por Jesús. En

los dos casos, los muertos son hijos muy jóvenes de mujeres viudas que son devueltos vivos a sus madres.

La viuda de Sarepta —una mujer no judía, que sin embargo había acogido en su casa al profeta Elías— está indignada con el profeta y con Dios porque, precisamente cuando Elías era su huésped, su hijo se enfermó y después murió en sus brazos. Entonces Elías dice a esa mujer: «*Dame a tu hijo*» (1 R 17,19). Esta es una palabra clave: manifiesta la actitud de Dios ante nuestra

muerte (en todas sus formas); no dice: «tenla contigo, arréglatelas», sino que dice: «Dámela». En efecto, el profeta toma al niño y lo lleva a la habitación de arriba, y allí, él solo, en la oración, «lucha con Dios», presentándole el sinsentido de esa muerte. Y el Señor escuchó la voz de Elías, porque en realidad era él, Dios, quien hablaba y el que obraba en el profeta. Era él que, por boca de Elías, había dicho a la mujer: «Dame a tu hijo». Y ahora era él quien lo restituía vivo a su madre.

La ternura de Dios se revela plenamente en Jesús. Hemos escuchado en el Evangelio (*Lc 7,11-17*), cómo él experimentó «muchísima compasión» (*Lc 7,13*) por esa viuda de Naín, en Galilea, que estaba acompañando a la sepultura a su único hijo, aún adolescente. Pero Jesús se acerca, toca el ataúd, detiene el cortejo fúnebre, y seguramente habrá acariciado el rostro bañado de lágrimas de esa pobre madre. «No llores», le dice (*Lc 7,13*). Como si le pidiera: «Dame a tu hijo».

Jesús pide para sí nuestra muerte, para librarnos de ella y darnos la vida. Y en efecto, ese joven se despertó como de un sueño profundo y comenzó a hablar. Y Jesús «lo devuelve a su madre» (*Lc 7,15*). No es un mago. Es la ternura de Dios encarnada, en él obra la inmensa compasión del Padre. Una especie de resurrección es también la del apóstol Pablo, que de enemigo y feroz perseguidor de los cristianos se convierte en testigo y heraldo del Evangelio (cf. *Ga 1,13-17*). Este cambio radical no fue obra

suya, sino don de la misericordia de Dios, que lo «eligió» y lo «llamó con su gracia», y quiso revelar «en él» a su Hijo para que lo anunciase en medio de los gentiles (*Ga* 1, 15-16). Pablo dice que Dios Padre tuvo a bien manifestar a su Hijo no sólo *a* él, sino *en* él, es decir, como imprimiendo en su persona, carne y espíritu, la muerte y la resurrección de Cristo. De este modo, el apóstol no será sólo un mensajero, sino sobre todo un testigo.

Y también con los pecadores, a todos y cada uno, Jesús no cesa

de hacer brillar la victoria de la gracia que da vida. Y hoy, y siempre, dice a la Madre Iglesia: «Dame a tus hijos», que somos todos nosotros. Él toma consigo todos nuestros pecados, los borra y nos devuelve vivos a la misma Iglesia. Y esto sucede de modo especial durante este Año Santo de la Misericordia. La Iglesia nos muestra hoy a dos hijos suyos que son testigos ejemplares de este misterio de resurrección. Ambos pueden cantar por toda la eternidad con las palabras

del salmista: «Cambiaste mi luto en danzas, / Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre» (*Sal* 30,12). Y todos juntos nos unimos diciendo: «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado» (Respuesta al Salmo Responsorial).

5 de junio de 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Os saludo a todos vosotros, que habéis participado en esta celebración. De modo especial agradezco a las delegaciones oficiales llegadas por las canonizaciones: la de Polonia, encabezada por el presidente de la República, y la de Suecia. Que el Señor, por intercesión de los dos nuevos santos, bendiga a vuestras naciones.

Saludo con afecto a los numerosos grupos de peregrinos de Italia y de diversos países, en particular a los fieles provenientes de Estonia, así como también a los de la diócesis de Bolonia y las bandas musicales.

Todos juntos nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, para que nos guíe siempre por el camino de la santidad y nos sostenga al construir día a día la justicia y la paz.

8 de junio de 2016. Audiencia general. Las bodas de Cana.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Antes de comenzar la catequesis, quisiera saludar a un grupo de parejas que celebran cincuenta años de matrimonio. ¡Ese sí que es «el vino bueno» de la familia!

Vuestro testimonio es un testimonio que los recién casados —a quienes saludaré después— y los jóvenes deben

aprender. Es un hermoso testimonio. Gracias por vuestro testimonio.

Después de comentar algunas parábolas de la misericordia, hoy nos centramos en el primero de los milagros de Jesús, que el evangelista Juan llama «signos», porque Jesús no los hace para suscitar admiración, sino para revelar el amor del Padre. El primero de estos signos prodigiosos lo relata precisamente Juan (Jn 2, 1-11) y se realiza en Caná de Galilea. Se trata de una especie de «portal de ingreso», en el

cual se han esculpido palabras y expresiones que iluminan todo el misterio de Cristo y abren el corazón de los discípulos a la fe. Veamos algunas de ellas.

En la introducción encontramos la expresión «*Jesús con sus discípulos*» (Jn 2, 2). Aquellos a los que Jesús llamó a seguirlo los vinculó a Él en una comunidad y ahora, como una única familia, están todos invitados a la boda. Dando inicio a su ministerio público en las bodas de Caná, Jesús se manifiesta como el esposo del

pueblo de Dios, anunciado por los profetas, y nos revela la profundidad de la relación que nos une a Él: es una nueva Alianza de amor. ¿Qué hay en el fundamento de nuestra fe? Un acto de misericordia con el cual Jesús nos unió a Él. Y la vida cristiana es la respuesta a este amor, es como la historia de dos enamorados. Dios y el hombre se encuentran, se buscan, están juntos, se celebran y se aman: precisamente como el amado y la amada en el *Cantar de los cantares*. Todo lo demás surge

como consecuencia de esta relación. La Iglesia es la familia de Jesús en la cual se derrama su amor; es este amor que la Iglesia cuida y quiere donar a todos.

En el contexto de la Alianza se comprende también la observación de la Virgen: «*No tienen vino*» (Jn 2, 3). ¿Cómo es posible celebrar las bodas y festejar si falta lo que los profetas indicaban como un elemento típico del banquete mesiánico (cf. *Am* 9, 13-14; *Jl* 2, 24; *Is* 25, 6)? El agua es necesaria para vivir, pero el

vino expresa la abundancia del banquete y la alegría de la fiesta. Es una fiesta de bodas en la cual falta el vino; los recién casados pasan vergüenza por esto. Imaginad acabar una fiesta de bodas bebiendo té; sería una vergüenza. El vino es necesario para la fiesta. Convirtiendo en vino el agua de las tinajas utilizadas «para las purificaciones de los judíos» (Jn 2, 6), Jesús realiza un signo elocuente: convierte la Ley de Moisés en Evangelio, portador de alegría. Como dice en otro

pasaje Juan mismo: «La Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1, 17).

Las palabras que María dirige a los sirvientes coronan el marco nupcial de Caná: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2, 5). Es curioso, son sus últimas palabras que nos transmiten los Evangelios: es su herencia que entrega a todos nosotros.

También hoy la Virgen nos dice a todos: «Lo que Él os diga —lo que Jesús os diga—, hacedlo». Es la herencia que nos ha

dejado: ¡es hermoso! Se trata de una expresión que evoca la fórmula de fe utilizada por el pueblo de Israel en el Sinaí como respuesta a las promesas de la Alianza: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor» (*Ex 19, 8*). Y, en efecto, en Caná los sirvientes obedecen. «Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, le dice, y llevadlo al maestra sala”. Ellos lo llevaron» (*Jn 2, 7-8*). En esta boda, se estipula de verdad una Nueva Alianza y a los servidores del Señor, es

decir a toda la Iglesia, se le confía la nueva misión: «Haced lo que Él os diga». Servir al Señor significa escuchar y poner en práctica su Palabra. Es la recomendación sencilla pero esencial de la Madre de Jesús y es el programa de vida del cristiano. Para cada uno de nosotros, extraer del contenido de la tinaja equivale a confiar en la Palabra de Dios para experimentar su eficacia en la vida. Entonces, junto al jefe del banquete que probó el agua que se convirtió en vino, también nosotros podemos

exclamar: «Tú has guardado el vino bueno hasta ahora» (Jn 2, 10). Sí, el Señor sigue reservando ese vino bueno para nuestra salvación, así como sigue brotando del costado traspasado del Señor. La conclusión del relato suena como una sentencia: «Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos. Y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos» (Jn 2, 11). Las bodas de Caná son mucho más que el simple relato del primer milagro de Jesús. Como en un cofre, Él custodia el

secreto de su persona y la finalidad de su venida: el esperado Esposo da inicio a la boda que se realiza en el Misterio pascual. En esta boda Jesús vincula a sí a sus discípulos con una Alianza nueva y definitiva. En Caná los discípulos de Jesús se convierten en su familia y en Caná nace la fe de la Iglesia. A esa boda todos nosotros estamos invitados, porque el vino nuevo ya no faltará.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española,

en particular a los grupos
provenientes de España y
Latinoamérica. Que recibiendo
del corazón de Jesús la gracia
que nos salva, hagamos de
nuestra vida cristiana una
continua respuesta de amor a
Dios, nutriéndonos de su
palabra de vida y compartiendo
con todos el vino nuevo de la
nueva alianza. Muchas gracias.

9 de junio de 2016. Discurso
a una representación de
médicos españoles y
latinoamericanos.

Jueves.

*Gentiles señoras y señores,
¡buenos días!*

Me alegra encontrarme con
todos ustedes, miembros de las
Asociaciones médicas
latinoamericanas. Agradezco al
Dr. Rodríguez Sendín,
Presidente de la Organización
médica colegial de España, sus
amables palabras.

En este año la Iglesia Católica celebra el Jubileo de la Misericordia, y esta es una buena ocasión para manifestar reconocimiento y gratitud a todos los profesionales de la sanidad que, con su dedicación, cercanía y profesionalidad a las personas que padecen una enfermedad, pueden convertirse en verdadera personificación de la misericordia. La identidad y el compromiso del médico no sólo se apoya en su ciencia y competencia técnica, sino principalmente en su actitud

compasiva —padece-con— y misericordiosa hacia los que sufren en el cuerpo y en el espíritu. La compasión, es de alguna manera el alma misma de la medicina. La compasión no es lástima, es padecer-con. En nuestra cultura tecnológica e individualista, la compasión no siempre es bien vista; en ocasiones, hasta se la desprecia porque significa someter a la persona que la recibe a una humillación. E incluso no faltan quienes se escudan en una supuesta compasión para justificar y aprobar la muerte

de un enfermo. Y no es así. La verdadera compasión no margina a nadie, ni la humilla, ni la excluye, ni mucho menos considera como algo bueno su desaparición. La verdadera compasión, la asume. Ustedes saben bien que eso significaría el triunfo del egoísmo, de esa «cultura del descarte» que rechaza y desprecia a las personas que no cumplen con determinados cánones de salud, de belleza o de utilidad. A mí me gusta bendecir las manos de los médicos como signo de reconocimiento a esa

compasión que se hace caricia de salud.

La salud es uno de los dones más preciados y deseados por todos. En la tradición bíblica siempre se ha puesto de manifiesto la cercanía entre salvación y la salud, así como sus mutuas y numerosas implicaciones. Me gusta recordar ese título con el que los padres de la Iglesia solían denominar a Cristo y a su obra de salvación: *Christus medicus*, Cristo médico. Él es el Buen Pastor que cuida a la oveja herida y conforta a la enferma

(cf. *Ez* 34,16); Él es el Buen Samaritano que no pasa de largo ante la persona malherida al borde del camino, sino que, movido por la compasión, la cura y la atiende (cf. *Lc* 10,33-34). La tradición médica cristiana siempre se ha inspirado en la parábola del Buen Samaritano. Es un identificarse con el amor del Hijo de Dios, que «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos» (*Hch* 10,38). ¡Cuánto bien hace al ejercicio de la medicina pensar y sentir que la persona

enferma es nuestro prójimo, que él es de nuestra carne y sangre, y que en su cuerpo lacerado se refleja el misterio de la carne del mismo Cristo! «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*).

La compasión, este padecer-con, es la respuesta adecuada al valor inmenso de la persona enferma, una respuesta hecha de respeto, comprensión y ternura, porque el valor sagrado de la vida del enfermo no desaparece ni se oscurece

nunca, sino que brilla con más resplandor precisamente en su sufrimiento y en su desvalimiento. Qué bien se entiende la recomendación de san Camilo de Lellis para tratar a los enfermos. Dice así: «Pongan más corazón en esas manos». La fragilidad, el dolor y la enfermedad son una dura prueba para todos, también para el personal médico, son un llamado a la paciencia, al padecer-con; por ello no se puede ceder a la tentación funcionalista de aplicar soluciones rápidas y drásticas,

movidos por una falsa
compasión o por meros criterios
de eficiencia y ahorro
económico. Está en juego la
dignidad de la vida humana;
está en juego la dignidad de la
vocación médica. Vuelvo a lo
que dije sobre bendecir las
manos de los médicos. Y si bien
en el ejercicio de la medicina,
técnicamente hablando, es
necesaria la asepsia, en el
meollo de la vocación médica la
asepsia va contra la compasión,
la asepsia es un medio técnico
necesario en el ejercicio pero
no debe afectar nunca lo

esencial de ese corazón
compasivo. Nunca debe afectar
el "pongan más corazón en
esas manos".

Queridos amigos, les aseguro
mi aprecio por el esfuerzo que
realizan para dignificar cada día
más su profesión y para
acompañar, cuidar y valorizar el
inmenso don que significan las
personas que sufren a causa de
la enfermedad. Les aseguro mi
oración por ustedes: pueden
hacer tanto bien, tanto bien;
por ustedes y sus familias,
porque cuántas veces sus
familias tienen que acompañar

soportando la vocación del o de la médico, que es como un sacerdocio. Y les pido también que no dejen de rezar por mí, que algo de médico tengo. Muchas gracias.

10 de junio de 2016. Discurso a una delegación de la comunión mundial de las iglesias reformadas.

Viernes.

Queridos hermanos y hermanas:

Les doy la bienvenida de corazón y les agradezco su visita: «A ustedes, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (1 Co 1,3). Agradezco de modo particular las palabras del Señor Secretario General.

Nuestro encuentro de hoy es un paso más en el camino que caracteriza el movimiento ecuménico; camino bendito y lleno de esperanza, a lo largo del cual buscamos vivir cada vez más de acuerdo con la oración del Señor «para que todos sean uno» (*Jn 17,21*). Han pasado diez años desde que una delegación de la Alianza Mundial de las Iglesias Reformadas visitó a mi predecesor, el Papa Benedicto XVI. En este tiempo, la histórica unificación del Consejo Ecuménico Reformado

y de la Alianza Mundial de las Iglesias Reformadas, que tuvo lugar en 2010, ha sido un ejemplo tangible de progreso hacia la meta de la unidad de los cristianos y, para muchos, un estímulo en el camino ecuménico.

Hoy debemos dar gracias a Dios ante todo por el redescubrimiento de nuestra fraternidad que, como escribió san Juan Pablo II, «no es la consecuencia de un filantropismo liberal o de un vago espíritu de familia. Tiene su raíz en el reconocimiento del

único Bautismo y en la consiguiente exigencia de que Dios sea glorificado en su obra» (cf. Carta enc., *Ut unum sint*, 42). Católicos y reformados pueden promover un crecimiento mutuo en esta comunión espiritual, para servir mejor al Señor.

La reciente conclusión de la cuarta fase del diálogo teológico entre la Comunión Mundial de Iglesias Reformadas y el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, con el tema *La justificación y la sacramentalidad: la comunidad*

cristiana como artesana de justicia, representa un motivo especial de agradecimiento. Me alegra ver que el informe final destaca con claridad el vínculo inseparable entre la justificación y la justicia. En efecto, nuestra fe en Jesús nos impulsa a vivir la caridad mediante gestos concretos, capaces de incidir en nuestro estilo de vida, en las relaciones y en la realidad que nos rodea. Sobre la base del acuerdo acerca de la doctrina de la justificación, hay muchos campos en que reformados y

católicos pueden trabajar juntos para testimoniar el amor misericordioso de Dios, verdadero antídoto frente al sentido de desorientación y a la indiferencia que nos circundan. Hoy se experimenta a menudo una «desertificación espiritual». Especialmente allí donde se vive como si Dios no existiera, nuestras comunidades cristianas están llamadas a ser «cántaros» que apagan la sed con la esperanza, presencias capaces de inspirar fraternidad, encuentro, solidaridad, amor genuino y

desinteresado (cf. Exh. ap., *Evangelii gaudium*, 86-87); han de acoger y avivar la gracia de Dios, para no encerrarse en sí mismos y abrirse a la misión. No se puede, en efecto, comunicar la fe viviéndola de manera aislada o en grupos cerrados y separados, en una especie de falsa autonomía y de inmanentismo comunitario. Así no se da respuesta a la sed de Dios que nos interroga y que está presente también en tantas formas nuevas de religiosidad. Estas pueden

favorecer a veces el repliegue sobre sí mismas y sus propias necesidades, dando lugar a una especie de «consumismo espiritual». Por lo tanto, si los hombres de nuestro tiempo no encuentran «una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz, al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios» (cf. *ibíd.*, 89).
Se necesita urgentemente un

ecumenismo que, junto con el esfuerzo teológico que busca recomponer las disputas doctrinales entre los cristianos, promueva una *misión común de evangelización y de servicio*. Ya hay ciertamente muchas iniciativas y buena colaboración en diferentes lugares. Pero todos podemos hacer mucho más juntos para dar un testimonio vivo «a todo el que pida razón de nuestra esperanza» (cf. *1 P 3,15*): transmitir el amor misericordioso de nuestro Padre, que hemos recibido

gratuitamente y estamos llamados a dar generosamente. Queridos hermanos y hermanas, les renuevo mi agradecimiento por su presencia y por su compromiso al servicio del Evangelio, y expreso el deseo de que este encuentro sea un signo eficaz de nuestra constante determinación de caminar juntos en la peregrinación hacia la plena unidad. Que este encontrarnos sirva de ánimo a todas las comunidades reformadas y católicas para seguir trabajando juntos en la

transmisión de la alegría del
Evangelio a los hombres y
mujeres de nuestro tiempo.
Que Dios los bendiga a todos.

12 de junio de 2016. Homilía en el jubileo de los enfermos y personas discapacitadas.

Domingo.

«Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,19). El apóstol Pablo usa palabras muy fuertes para expresar el misterio de la vida cristiana: todo se resume en el *dinamismo pascual* de muerte y resurrección, que se nos da en el bautismo. En efecto, con la inmersión en el

agua es como si cada uno hubiese sido muerto y sepultado con Cristo (cf. *Rm* 6,3-4), mientras que, el salir de ella manifiesta la vida nueva en el Espíritu Santo. Esta condición de volver a nacer implica a toda la existencia y en todos sus aspectos: también la enfermedad, el sufrimiento y la muerte esta contenidas *en* Cristo, y encuentran en él su sentido definitivo. Hoy, en el día jubilar dedicado a todos los que llevan en sí las señales de la enfermedad y de la

discapacidad, esta Palabra de vida encuentra una particular resonancia en nuestra asamblea.

En realidad, todos, tarde o temprano, estamos llamados a enfrentarnos, y a veces a combatir, con la fragilidad y la enfermedad nuestra y la de los demás.

Y esta experiencia tan típica y dramáticamente humana asume una gran variedad de rostros. En cualquier caso, ella nos plantea de manera aguda y urgente la pregunta por el sentido de la existencia. En

nuestro ánimo se puede dar incluso una actitud cínica, como si todo se pudiera resolver soportando o contando sólo con las propias fuerzas. Otras veces, por el contrario, se pone toda la confianza en los descubrimientos de la ciencia, pensando que ciertamente en alguna parte del mundo existe una medicina capaz de curar la enfermedad. Lamentablemente no es así, e incluso aunque esta medicina se encontrase no sería accesible a todos.

La naturaleza humana, herida por el pecado, lleva inscrita en

sí la realidad del límite.

Conocemos la objeción que, sobre todo en estos tiempos, se plantea ante una existencia marcada por grandes limitaciones físicas. Se considera que una persona enferma o discapacitada no puede ser feliz, porque es incapaz de realizar el estilo de vida impuesto por la cultura del placer y de la diversión. En esta época en la que el cuidado del cuerpo se ha convertido en un mito de masas y por tanto en un negocio, lo que es imperfecto debe ser ocultado,

porque va en contra de la felicidad y de la tranquilidad de los privilegiados y pone en crisis el modelo imperante. Es mejor tener a estas personas separadas, en algún «recinto» —tal vez dorado— o en las «reservas» del pietismo y del asistencialismo, para que no obstaculicen el ritmo de un falso bienestar. En algunos casos, incluso, se considera que es mejor deshacerse cuanto antes, porque son una carga económica insostenible en tiempos de crisis. Pero, en realidad, con qué falsedad vive

el hombre de hoy al cerrar los ojos ante la enfermedad y la discapacidad. No comprende el verdadero sentido de la vida, que incluye también la aceptación del sufrimiento y de la limitación. El mundo no será mejor cuando esté compuesto solamente por personas aparentemente «perfectas», por no decir «maquilladas», sino cuando crezca la solidaridad entre los seres humanos, la aceptación y el respeto mutuo. Qué ciertas son las palabras del apóstol: «Lo necio del mundo lo ha escogido

Dios para humillar a los sabios»
(1 Co 1,27).

También el Evangelio de este domingo (Lc 7,36-8,3) nos presenta una situación de debilidad particular. La mujer pecadora es juzgada y marginada, mientras Jesús la acoge y la defiende: «Porque tiene mucho amor» (Lc 7, 47). Es esta la conclusión de Jesús, atento al sufrimiento y al llanto de aquella persona. Su ternura es signo del amor que Dios reserva para los que sufren y son excluidos. No existe sólo el sufrimiento físico; hoy, una de

las patologías más frecuentes son las que afectan al espíritu. Es un sufrimiento que afecta al ánimo y hace que esté triste porque está privado de amor. La patología de la tristeza. Cuando se experimenta la desilusión o la traición en las relaciones importantes, entonces descubrimos nuestra vulnerabilidad, debilidad y desprotección. La tentación de replegarse sobre sí mismo llega a ser muy fuerte, y se puede hasta perder la oportunidad de la vida: *amar a pesar de todo, amar a pesar de todo.*

La felicidad que cada uno desea, por otra parte, puede tener muchos rostros, pero sólo puede alcanzarse si somos capaces de amar. Este es el camino. Es siempre una cuestión de amor, no hay otro camino. El verdadero desafío es el de amar más. Cuantas personas discapacitadas y que sufren se abren de nuevo a la vida apenas sienten que son amadas. Y cuanto amor puede brotar de un corazón aunque sea sólo a causa de una sonrisa. La terapia de la sonrisa. En tal caso la fragilidad

misma puede convertirse en alivio y apoyo en nuestra soledad. Jesús, en su pasión, nos ha amado hasta el final (cf. *Jn 13,1*); en la cruz ha revelado el Amor que se da sin límites. ¿Qué podemos reprochar a Dios por nuestras enfermedades y sufrimiento que no esté ya impreso en el rostro de su Hijo crucificado? A su dolor físico se agrega la afrenta, la marginación y la compasión, mientras él responde con la misericordia que a todos acoge y perdona: «Por sus heridas fuimos

sanados» (*Is 53,5; 1 P 2,24*).
Jesús es el médico que cura con la medicina del amor, porque toma sobre sí nuestro sufrimiento y lo redime. Nosotros sabemos que Dios comprende nuestra enfermedad, porque él mismo la ha experimentado en primera persona (cf. *Hb 4,5*). El modo en que vivimos la enfermedad y la discapacidad es signo del amor que estamos dispuestos a ofrecer. El modo en que afrontamos el sufrimiento y la limitación es el criterio de nuestra libertad de

dar sentido a las experiencias de la vida, aun cuando nos parezcan absurdas e inmerecidas. No nos dejemos turbar, por tanto, de estas tribulaciones (cf. *1 Tm 3,3*). Sepamos que en la debilidad podemos ser fuertes (cf. *2 Co 12,10*), y recibiremos la gracia de completar lo que falta en nosotros al sufrimiento de Cristo, en favor de la Iglesia, su cuerpo (cf. *Col 1,24*); un cuerpo que, a imagen de aquel del Señor resucitado, conserva las heridas, signo del duro combate, pero son heridas

transfiguradas para siempre
por el amor.

12 de junio de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Ayer en Vercelli, fue proclamado beato el sacerdote Giacomo Abbondo, quien vivió en el siglo XVIII, enamorado de Dios, culto, siempre disponible para sus feligreses. Nos unimos al gozo y al acción de gracias de la diócesis de Vercelli. Así como también a la de Monreale, donde hoy se

beatifica a la religiosa Carolina Santocanale, fundadora de las Hermanas capuchinas de la Inmaculada de Lourdes. Nacida en una familia noble de Palermo, abandonó las comodidades y se hizo pobre entre los pobres. De Cristo, especialmente en la Eucaristía, tomó la fuerza para su maternidad espiritual y su ternura para con los más débiles.

En el marco del Jubileo de los enfermos ha tenido lugar en los días pasados en Roma un *Congreso internacional*

dedicado al cuidado de las personas afectadas por la enfermedad de Hansen. Saludo con agradecimiento a los organizadores y participantes y os deseo un fructífero compromiso en la lucha contra esta enfermedad.

Hoy se celebra la *Jornada mundial contra el trabajo infantil.* Renovemos todos unidos el esfuerzo para suprimir las causas de esta esclavitud moderna, que priva a millones de niños de algunos derechos fundamentales y los expone a graves peligros. Hoy

existen muchos niños esclavos en el mundo.

Saludo con afecto a todos los peregrinos llegados de Italia y de varios países para esta jornada jubilar. Agradezco de manera especial a vosotros, que habéis querido estar presentes con vuestra condición de enfermedad y discapacidad.

Un sentido agradecimiento también a los médicos y agentes sanitarios quienes en los «Puntos de salud» preparados en las cuatro basílicas papales, ofrecen citas

especializadas a cientos de personas que viven a las afueras de la ciudad de Roma.
¡Muchas gracias a vosotros!
La Virgen María, a quien nos dirigimos ahora en oración, nos acompañe siempre en nuestro camino.

13 de junio de 2016. Discurso
en la visita a la sede del
Programa Mundial de Alimentos
(PMA)

Lunes.

*Discurso durante la
inauguración de la Sesión anual
de la Junta Ejecutiva
del Programa Mundial de
Alimentos (PMA)*

*Saludo al personal
del Programa Mundial de
Alimentos (PMA)*

*[Discurso preparado por el
Santo Padre]*

Discurso del Santo Padre a la Sesión anual de la Junta Ejecutiva del Programa Mundial de alimentos (PMA)

Señoras y Señores:

Agradezco a la Directora Ejecutiva, Señora Ertharin Cousin, la invitación que me cursó para que inaugurara la Sesión Anual 2016 de la Junta Ejecutiva del *Programa Mundial de Alimentos*, así como las palabras de bienvenida que me ha dirigido. Asimismo mi saludo para la Embajadora Stephanie

Hochstetter Skinner-Klée,
Presidenta de esta importante
asamblea, que congrega a los
Representantes de diversos
gobiernos llamados a
emprender iniciativas concretas
para la lucha contra el hambre.
Y al saludar a todos ustedes
aquí reunidos, agradezco tantos
esfuerzos y compromisos con
una causa que no puede no
interpelarnos: la lucha contra
el hambre que padecen muchos
de nuestros hermanos.
Hace unos momentos he rezado
ante el "Muro de la memoria",
testigo del sacrificio que

realizaron los miembros de este Organismo, entregando su vida para que, incluso en medio de complejas vicisitudes, los hambrientos no carecieran de pan. Memoria que hemos de conservar para seguir luchando, con el mismo vigor, por el tan ansiado objetivo de "hambre cero". Esos nombres grabados a la entrada de esta Casa son un signo elocuente de que el PAM, lejos de ser una estructura anónima y formal, constituye un valioso instrumento de la comunidad internacional para emprender

actividades cada vez más vigorosas y eficaces. La credibilidad de una Institución no se fundamenta en sus declaraciones, sino en las acciones realizadas por sus miembros. Se fundamenta en sus testigos.

Por vivir en un mundo interconectado e hipercomunicado, las distancias geográficas parecen achicarse. Tenemos la posibilidad de tomar contacto casi en simultáneo con lo que está aconteciendo en la otra parte del planeta. Por medio de las tecnologías de la

comunicación, nos acercamos a tantas situaciones dolorosas que pueden ayudar (y han ayudado) a movilizar gestos de compasión y solidaridad. Aunque, paradójicamente hablando, esta aparente cercanía creada por la información, cada día parece agrietarse más. La excesiva información con la que contamos va generando paulatinamente – perdónenme el neologismo – la “naturalización” de la miseria. Es decir, poco a poco, nos volvemos inmunes a las

tragedias ajenas y las evaluamos como algo "natural". Son tantas las imágenes que nos invaden que vemos el dolor, pero no lo tocamos; sentimos el llanto, pero no lo consolamos; vemos la sed pero no la saciamos. De esta manera, muchas vidas se vuelven parte de una noticia que en poco tiempo será cambiada por otra. Y mientras cambian las noticias, el dolor, el hambre y la sed no cambian, permanecen. Tal tendencia – o tentación – nos exige hoy un paso más y, a su vez, revela el

papel fundamental que
Instituciones como la vuestra
tienen para el escenario global.
Hoy no podemos darnos por
satisfechos con sólo conocer la
situación de muchos hermanos
nuestros. Las estadísticas no
sacian. No basta elaborar
largas reflexiones o
sumergirnos en interminables
discusiones sobre las mismas,
repetiendo incesantemente
tópicos ya por todos conocidos.
Es necesario “desnaturalizar” la
miseria y dejar de asumirla
como un dato más de la
realidad. ¿Por qué? Porque la

miseria tiene rostro. Tiene rostro de niño, tiene rostro de familia, tiene rostro de jóvenes y ancianos. Tiene rostro en la falta de posibilidades y de trabajo de muchas personas, tiene rostro de migraciones forzadas, casas vacías o destruidas. No podemos "naturalizar" el hambre de tantos; no nos está permitido decir que su situación es fruto de un destino ciego frente al que nada podemos hacer. Y, cuando la miseria deja de tener rostro, podemos caer en la tentación de empezar a hablar

y discutir sobre "el hambre", "la alimentación", "la violencia" dejando de lado al sujeto concreto, real, que hoy sigue golpeando a nuestras puertas. Cuando faltan los rostros y las historias, las vidas comienzan a convertirse en cifras, y así paulatinamente corremos el riesgo de burocratizar el dolor ajeno. Las burocracias mueven expedientes; la compasión – no la lástima, la compasión, el "padecer-con" –, en cambio, se juega por las personas. Y creo que en esto tenemos mucho trabajo que realizar.

Conjuntamente con todas las acciones que ya se realizan, es necesario trabajar para “desnaturalizar” y desburocratizar la miseria y el hambre de nuestros hermanos. Esto nos exige una intervención a distintas escalas y niveles donde sea colocado como objetivo de nuestros esfuerzos la persona concreta que sufre y tiene hambre, pero que también encierra un inmenso caudal de energías y potencialidades que debemos ayudar a concretar.

1. *“Desnaturalizar” la miseria*

Cuando estuve en la FAO, con motivo de la II Conferencia Internacional sobre Nutrición, les decía que una de las incoherencias fuertes que estábamos invitados a asumir era el hecho de que existiendo comida para todos, «no todos pueden comer, mientras que el derroche, el descarte, el consumo excesivo y el uso de alimentos para otros fines, están ante nuestros ojos» (Discurso a la Plenaria de la Conferencia [20 noviembre 2014], 3).
Dejémoslo claro, la falta de

alimentos no es algo natural, no es un dato ni obvio, ni evidente. Que hoy en pleno siglo XXI muchas personas sufran este flagelo, se debe a una egoísta y mala distribución de recursos, a una “mercantilización” de los alimentos. La tierra, maltratada y explotada, en muchas partes del mundo nos sigue dando sus frutos, nos sigue brindando lo mejor de sí misma; los rostros hambrientos nos recuerdan que hemos desvirtuado sus fines. Un don, que tiene finalidad universal, lo hemos convertido

en privilegio de unos pocos.
Hemos hecho de los frutos de la tierra – don para la humanidad – *commodities* de algunos, generando, de esta manera, exclusión. El consumismo – en el que nuestras sociedades se ven insertas – nos ha inducido a acostumbrarnos a lo superfluo y al desperdicio cotidiano de alimento, al cual a veces ya no somos capaces de dar el justo valor, que va más allá de los meros parámetros económicos. Pero nos hará bien recordar que el alimento que se desecha es como si se robara

de la mesa del pobre, del que tiene hambre. Esta realidad nos pide reflexionar sobre el problema de la pérdida y del desperdicio del alimento a fin de identificar vías y modos que, afrontando seriamente tal problemática, sean vehículo de solidaridad y de compartición con los más necesitados (cf. *Catequesis* [5 junio 2013]: *L'O.R.*, ed. sem. en lengua española, 7 junio 2013, p. 12).

2. *Desburocratizar el hambre*

Debemos decirlo con sinceridad: hay temas que

están burocratizados. Hay acciones que están "encajonadas". La inestabilidad mundial que vivimos es sabida por todos. Últimamente las guerras y las amenazas de conflictos es lo que predomina en nuestros intereses y debates. Y así, ante la diversa gama de conflictos existentes, parece que las armas han alcanzado una preponderancia inusitada, de tal forma que han arrinconado totalmente otras maneras de solucionar las cuestiones en pugna. Esta preferencia está ya de tal modo

radicada y asumida que impide la distribución de alimentos en zona de guerra, llegando incluso a la violación de los principios y directrices más básicos del derecho internacional, cuya vigencia se retrotrae a muchos siglos atrás. Nos encontramos así ante un extraño y paradójico fenómeno: mientras las ayudas y los planes de desarrollo se ven obstaculizados por intrincadas e incomprensibles decisiones políticas, por sesgadas visiones ideológicas o por infranqueables barreras

aduaneras, las armas no; no importa la proveniencia, circulan con una libertad – perdonen el adjetivo – jactanciosa y casi absoluta en tantas partes del mundo. Y de este modo, son las guerras las que se nutren y no las personas. En algunos casos la misma hambre se utiliza como arma de guerra. Y las víctimas se multiplican, porque el número de la gente que muere de hambre y agotamiento se añade al de los combatientes que mueren en el campo de batalla y al de tantos civiles

caídos en la contienda y en los atentados. Somos plenamente conscientes de ello, pero dejamos que nuestra conciencia se anestesia y así la volvemos insensible. Quizás con palabras que justifican: "y bueno, no se puede con tanta tragedia". Es la anestesia más a mano. De tal modo, la fuerza se convierte en nuestro único modo de actuar y el poder en el objetivo perentorio a alcanzar. Las poblaciones más débiles no sólo sufren los conflictos bélicos sino que, a su vez, ven frenados todo tipo de ayuda. Por esto

urge desburocratizar todo aquello que impide que los planes de ayuda humanitaria cumplan sus objetivos. En eso ustedes tienen un papel fundamental, ya que necesitamos verdaderos héroes capaces de abrir caminos, tender puentes, agilizar trámites que pongan el acento en el rostro del que sufre. A esta meta han de ir orientadas igualmente las iniciativas de la comunidad internacional. No es cuestión de armonizar intereses que siguen encadenados a visiones

nacionales centrípetas o a egoísmos inconfesables. Más bien se trata de que los Estados miembros incrementen decisivamente su real voluntad de cooperar con estos fines. Por esta razón, qué importante sería que la voluntad política de todos los países miembros consienta e incrementa decisivamente su real voluntad de cooperar con el *Programa Mundial de Alimentos* para que este, no solamente pueda responder a las urgencias, sino que pueda realizar proyectos sólidamente consistentes y

promover programas de desarrollo a largo plazo, según las peticiones de cada uno de los gobiernos y de acuerdo a las necesidades de los pueblos. El *Programa Mundial de Alimentos* con su trayectoria y actividad demuestra que es posible coordinar conocimientos científicos, decisiones técnicas y acciones prácticas con esfuerzos destinados a recabar recursos y distribuirlos ecuánimemente, es decir, respetando las exigencias de quien los recibe y la voluntad del donante. Este método, en

las áreas más deprimidas y pobres, puede y debe garantizar el adecuado desarrollo de las capacidades locales y eliminar paulatinamente la dependencia exterior, a la vez que consiente reducir la pérdida de alimentos, de modo que nada se desperdicie. En una palabra, el PAM es un valioso ejemplo de cómo se puede trabajar en todo el mundo para erradicar el hambre a través de una mejor asignación de los recursos humanos y materiales, fortaleciendo la comunidad

local. A este respecto, los animo a seguir adelante. No se dejen vencer por el cansancio, que es mucho, ni permitan que las dificultades los retraigan. Crean en lo que hacen y continúen poniendo entusiasmo en ello, que es la forma en que la semilla de la generosidad germine con fuerza. Dense el lujo de soñar. Necesitamos soñadores que impulsen estos proyectos.

La Iglesia Católica, fiel a su misión, quiere trabajar mancomunadamente con todas las iniciativas que luchen por

salvaguardar la dignidad de las personas, especialmente de aquellas en las que están vulnerados sus derechos. Para hacer realidad esta urgente prioridad de "hambre cero", les aseguro todo nuestro apoyo y respaldo a fin de favorecer todos los esfuerzos encaminados.

"Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber". En estas palabras se halla una de las máximas del cristianismo. Una expresión que, más allá de los credos y las convicciones, podría ser

ofrecida como regla de oro para nuestros pueblos. Un pueblo se juega su futuro en la capacidad que tenga para asumir el hambre y la sed de sus hermanos. Y así como un pueblo, así también la humanidad. La humanidad se juega su futuro en la capacidad que tenga para asumir el hambre y la sed de sus hermanos. En esta capacidad de socorrer al hambriento y al sediento podemos medir el pulso de nuestra humanidad. Por eso, deseo que la lucha para erradicar el hambre y la

sed de nuestros hermanos y con nuestros hermanos siga interpelándonos, que no nos deje dormir y nos haga soñar, las dos cosas. Que nos interpele a fin de buscar creativamente soluciones de cambio y de transformación. Y que Dios Omnipotente sostenga con su bendición el trabajo de vuestras manos. Muchas gracias.

-
Saludo del Santo Padre al personal del Programa Mundial de Alimentos (PMA)

Tendría que pronunciar un discurso en español, pero la mayor parte de ustedes no entiende español, entiende italiano, porque viven en Italia. Y los discursos son incluso aburridos. Por ello entrego el discurso a la señora, para que se los entregue luego, y diré algunas palabras que me surgen espontáneamente del corazón.

Lo primero que quiero decirles, en mi pobre italiano, es gracias. Gracias porque ustedes hacen el trabajo oculto, el trabajo «desde atrás», el que

no se ve, pero que hace posible que todo siga adelante. Ustedes son como los cimientos de un edificio: sin cimientos el edificio no permanece en pie. Muchos proyectos, muchas cosas se pueden hacer, y se hacen en el mundo, en la lucha contra el hambre, y lo hace mucha gente valiente. Pero este gracias es al apoyo que ustedes dan, a la ayuda oculta dada por ustedes. Sus nombres aparecen sólo en la lista del personal —y a final de mes en la del sueldo—, pero fuera nadie sabe cómo se llama cada uno de ustedes. Sin

embargo, sus nombres hacen posible este gran trabajo, este gran trabajo de la lucha contra el hambre. Gracias a un pequeño trabajo, a un pequeño sacrificio, al sacrificio oculto de ustedes, pequeño o grande, muchos niños pueden comer, y mucha hambre se derrota. Les agradezco mucho.

Cuando escuché hablar a la directora del Programa, pensaba: ¡esta es una mujer valiente! Y creo que esta valentía todos ustedes la tienen: la valentía de llevar adelante una obra situados

«detrás del escenario» y ayudar. Está la valentía de aquellas personas que se ven, porque en un cuerpo están los pies, están las manos, está también la cara: se ve la cara, pero los pies no se ven, porque están ocultos dentro de los zapatos; pero ustedes son los pies, las manos, que sostienen la valentía de todos los que van delante, que sostuvieron también la valentía de sus «mártires», digámoslo así, de sus testigos. Jamás, jamás olvidar los nombres de los que están escritos allí, en la

entrada. Ellos pudieron hacer cosas por el valor que tenían, por la fe que tenían en su trabajo, pero también porque contaban con el apoyo del trabajo que ustedes realizaban. Muchas gracias. Y les pido que recen por mí, para que también yo pueda hacer algo contra el hambre. ¡Gracias!

* * *

[Discurso preparado por el Santo Padre]

Señoras y Señores:

¡Buenos días! Me alegra encontrarme con ustedes en un

clima sencillo y familiar, reflejo del estilo que anima su entrega en el servicio a tantos hermanos nuestros que hoy encuentran en ustedes uno de los rostros solidarios de la humanidad. Quisiera también tener presente a sus colegas, que diseminados por todo el mundo, colaboran con el *Programa Mundial de Alimentos*. A todos ustedes, gracias por su calurosa cercanía y bienvenida.

La señora Directora Ejecutiva me ha comentado la importancia del trabajo que

ustedes desarrollan con gran competencia y no pocos sacrificios, de forma generosa, incluso en situaciones arduas y a menudo de inseguridad por causas naturales o humanas. La amplitud y gravedad de los problemas que afronta el PAM pide que ustedes sigan adelante, poniendo entusiasmo en todo lo que hacen, sin detenerse, siempre dispuestos a servir. Para ello cuenta mucho la formación permanente, una fina intuición y sobre todo un gran sentido de compasión, sin el cual todo lo anterior

carecería de fuerza y de sentido.

El PAM ha puesto una alta misión en sus manos. El éxito de la misma depende en gran parte de no dejarse vencer por la inercia y poner en toda capacidad de iniciativa, imaginación y profesionalidad, a fin de buscar cada día vías nuevas y eficaces para derrotar la malnutrición y el hambre que sufren tantos seres humanos en diversas partes del mundo. Son ellos los que están pidiendo que les prestemos nuestra atención. Por eso es

importante que ustedes no se dejen agobiar por los dosieres y alcancen a descubrir que, en cada papel, hay una historia concreta, con frecuencia dolorosa y delicada. El secreto es ver detrás de cada expediente un rostro humano que requiere ayuda. Escuchar el grito del pobre les permitirá no dejarse encasillar en fríos formularios. Todo es poco para derrotar un fenómeno tan terrible como el hambre. El hambre es una de las mayores amenazas a la paz y a la serena convivencia humana.

Una amenaza que no podemos contentarnos solamente con denunciar o estudiar. Hay que encararla con decisión y resolverla con urgencia. Cada uno de nosotros, con la responsabilidad que tiene, debe actuar en la medida de sus posibilidades para alcanzar una solución definitiva a esta miseria humana, que degrada y merma la existencia de un número muy grande de hermanos y hermanas nuestras. Y, a la hora de ayudar a cuantos la padecen cruelmente, nadie sobra ni

puede limitarse a presentar una excusa, pensando que es un problema que le sobrepasa o que no le afecta.

El desarrollo humano, social, técnico y económico es el camino necesario para asegurar que cada persona, familia, comunidad o pueblo pueda afrontar sus propias necesidades. Lo cual nos está diciendo que hay que trabajar no por una idea abstracta, no por la defensa de una dignidad teórica, sino por salvaguardar la vida concreta de cada ser humano. En las zonas más

pobres y deprimidas, esto significa disponer de alimentos en caso de emergencias, pero también posibilitar el acceso a medios e instrumental técnico, a puestos de trabajo, a microcréditos, y así procurar que la población local fortalezca su capacidad de respuesta a las crisis que surjan de forma repentina.

Al hablar de esto no me estoy refiriendo solamente a cuestiones materiales. Se trata ante todo de un compromiso moral que permita mirar con responsabilidad a la persona

que tengo a mi lado, así como al objetivo general de todo el Programa. Ustedes están llamados a sostener y defender este compromiso mediante un servicio que sólo a primera vista puede parecer exclusivamente de carácter técnico. En cambio, lo que ustedes llevan a cabo son acciones que necesitan una gran fuerza moral, porque contribuyen a la edificación del bien común en cada país y en toda la comunidad internacional.

Frente a tantos retos, ante los

peligros y trastornos que continuamente surgen, da la impresión de que el futuro de la humanidad solamente consistirá en responder a pruebas y riesgos cada vez más concatenados y difíciles de predecir, tanto en su amplitud como en su complejidad. Lo saben bien por propia experiencia. Pero esto no nos debe desanimar. Anímense y ayúdense para no dejar entrar en sus corazones la tentación de la desconfianza o de la indiferencia. Más bien, crean firmemente que el quehacer

diario de todos ustedes está contribuyendo a convertir nuestro mundo en un mundo con rostro humano, en un espacio que tenga como puntos cardinales la compasión, la solidaridad, la ayuda recíproca y la gratuidad. Cuanto más grande sea su generosidad, su tenacidad, su fe, en mayor grado la cooperación multilateral podrá hallar adecuadas soluciones a los problemas que tanto nos preocupan, podrá agrandar las visiones parciales e interesadas y abrir caminos novedosos a la

esperanza, el justo desarrollo humano, la sostenibilidad y la lucha por cerrar la brecha a las injustas desigualdades económicas, que tanto hieren a los más vulnerables.

Sobre cada uno de ustedes, sobre sus familias y el trabajo que desempeñan en el PAM, invoco abundantes bendiciones divinas.

Les ruego que recen por mí, cada uno en su interior, o al menos que cuando piensen en mí lo hagan en positivo. Mucho lo necesito.

Muchas gracias.

15 de junio de 2016. Audiencia general. El ciego de Jericó.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Un día Jesús, acercándose a la ciudad de Jericó, hizo el milagro de devolver la vista a un ciego que pedía limosna junto al camino (cf. *Lc 18, 35-43*). Hoy queremos centrarnos en el significado de este signo porque nos toca directamente también a nosotros. El evangelista Lucas dice que ese

ciego estaba sentado junto al camino pidiendo limosna (cf. *Lc 18, 35*). Un ciego en esa época —pero también hasta no hace mucho tiempo— no podía más que vivir de limosna. La figura de este ciego representa a muchas personas que, también hoy, se ven marginadas a causa de una limitación física o de otro tipo. Está separado de la multitud, está allí sentado mientras la gente pasa ocupada en sus asuntos, absorta en sus preocupaciones y en muchas cosas... Y la calle, que puede

ser un lugar de encuentro, para él en cambio es el lugar de la soledad. Es mucha la gente que pasa... Y él está solo.

Es triste la imagen de un marginado, sobre todo teniendo como escenario la ciudad de Jericó, el espléndido y lozano oasis en el desierto. Sabemos que precisamente a Jericó llegó el pueblo de Israel al término del largo éxodo desde Egipto: esa ciudad representa la puerta de ingreso en la tierra prometida. Recordemos las palabras que Moisés pronunció en esa circunstancia: «Si hay

junto a ti algún pobre de entre tus hermanos, en alguna de las ciudades de tu tierra que el Señor tu Dios te da, *no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano* a tu hermano pobre. Pues *no faltarán pobres en esta tierra*; por eso te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra» (Dt 15, 7.11). Es fuerte el contraste entre esta recomendación de la Ley de Dios y la situación descrita por el Evangelio: mientras que el

ciego grita invocando a Jesús,
la gente lo reprendía para
hacerle callar, como si no
tuviese derecho de hablar. No
tienen compasión de él, es
más, les molestan sus gritos.
Cuántas veces nosotros,
cuando vemos mucha gente en
la calle —gente necesitada,
enferma, que no tiene para
comer— sentimos que nos
molestan. Cuántas veces,
cuando nos encontramos ante
muchos refugiados e
inmigrantes, sentimos que nos
molestan. Es una tentación que
todos nosotros tenemos. Todos,

itambién yo! Es por esto que la Palabra de Dios nos pone en guardia recordándonos que la indiferencia y la hostilidad convierten en ciegos y sordos, impiden ver a los hermanos y no permiten reconocer en ellos al Señor. Indiferencia y hostilidad. Y a veces esta indiferencia y hostilidad llegan a ser incluso agresión e insulto: «¡Sacad de aquí a todos estos!», «¡ubicadlos en otra parte!». Esta agresión es lo que hacía la gente cuando el ciego gritaba: «Pero tú sal de aquí, no hables, no grites».

Notamos un detalle interesante. El evangelista dice que alguien de la multitud explicó al ciego el motivo de toda esa gente diciendo: «Pasa Jesús, el Nazareno» (Lc 18, 37). El paso de Jesús está indicado con el mismo verbo que en el libro del Éxodo se usa para hablar del paso del ángel exterminador que salva a los israelitas en la tierra de Egipto (cf. Ex 12, 23). Es el «paso» de la pascua, el inicio de la liberación: cuando pasa Jesús, siempre hay liberación, siempre hay salvación. Así, pues, al

ciego, es como si le anunciase *su pascua*. Sin dejarse atemorizar, el ciego grita más de una vez a Jesús reconociéndolo como el Hijo de David, el Mesías esperado que, según el profeta Isaías, abriría los ojos a los ciegos (cf. *Is 35, 5*). A diferencia de la multitud, este ciego ve con los ojos de la fe. Gracias a ella su súplica tiene una poderosa eficacia. En efecto, al escucharlo, «Jesús se detuvo, y mandó que se lo trajeran» (*Lc 18, 40*). Obrando así Jesús *quita al ciego del borde del camino y lo pone en*

el centro de la atención de sus discípulos y de la multitud. Pensemos también nosotros, cuando hemos estado en situaciones complicadas, incluso en situaciones de pecado, cómo fue precisamente Jesús a tomarnos de la mano y a quitarnos del borde del camino y donarnos la salvación. Se realiza así un doble paso. Primero: la gente había anunciado una buena noticia al ciego, pero no querían saber nada con él; ahora Jesús obliga a todos a tomar conciencia que el buen anuncio implica poner

en el centro del propio camino a aquel que había sido excluido del mismo. Segundo: a su vez, el ciego no veía, pero su fe le abre la senda de la salvación, y él se encuentra en medio de los que habían bajado a la calle para ver a Jesús. Hermanos y hermanas, *el paso del Señor es un encuentro de misericordia que une a todos en torno a Él para permitirnos reconocer a quien tiene necesidad de ayuda y de consuelo.* Incluso por nuestra vida pasa Jesús; y cuando pasa Jesús, y me doy cuenta de ello, es una

invitación a acercarme a Él, a ser más bueno, a ser un mejor cristiano, a seguir a Jesús. Jesús se dirige al ciego y le pregunta: «¿Qué quieres que te haga?» (Lc 18, 41). Estas palabras de Jesús son impresionantes: el Hijo de Dios ahora está ante el ciego como un humilde siervo. Él, Jesús, Dios, dice: «¿Qué quieres que te haga? ¿Cómo quieres que te sirva?». Dios se hace siervo del hombre pecador. Y el ciego ya no responde a Jesús llamándolo «Hijo de David», sino «Señor», el título que la Iglesia desde los

inicios aplica a Jesús Resucitado. El ciego pide poder ver de nuevo y su deseo es atendido: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado» (Lc 18, 42). Él mostró su fe invocando a Jesús y queriendo encontrarse con Él de todos los modos posibles, y esto le dio como don la salvación. Gracias a la fe ahora puede ver y, sobre todo, se siente amado por Jesús. Por ello el relato termina diciendo que el ciego «lo seguía glorificando a Dios» (Lc 18, 43): *se convierte en discípulo*. De mendigo a discípulo,

también este es nuestro camino: todos nosotros somos mendigos, todos. Siempre tenemos necesidad de salvación. Y todos nosotros, todos los días, debemos dar este paso: de mendigos a discípulos. Y así, el ciego se pone en camino siguiendo al Señor y entrando a formar parte de su comunidad. Aquel a quien querían hacer callar, ahora testimonia a gran voz su encuentro con Jesús de Nazaret, y «todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios» (Lc 18, 43). Tiene lugar un segundo

milagro: lo que sucedió al
ciego *hace que, al final,*
también la gente vea. La misma
luz ilumina a todos
congregándolos en la oración
de alabanza. Así Jesús derrama
su misericordia sobre todos
aquellos con los que se
encuentra: los llama, hace que
se acerquen a Él, los reúne, los
cura y los ilumina, creando un
pueblo nuevo que celebra las
maravillas de su amor
misericordioso. Dejémonos
también nosotros llamar por
Jesús, y dejémonos curar por
Jesús, perdonar por Jesús, y

sigámoslo alabando a Dios. Que así sea.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que Cristo, en el que brilla la fuerza de la misericordia de Dios, ilumine y sane también nuestros corazones, para que aprendamos a estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos y celebremos las maravillas de su amor misericordioso. Muchas gracias.

18 de junio de 2016. Audiencia jubilar. La conversión.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de su resurrección, Jesús se apareció diversas veces a los discípulos, antes de ascender a la gloria del Padre. El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar (Lc 24, 45-48) narra una de estas apariciones, en la cual el Señor indica el contenido fundamental de la predicación que los

apóstoles deberán ofrecer al mundo. Podemos sintetizarla con dos palabras: «conversión» y «perdón de los pecados». Son dos aspectos que califican la misericordia de Dios que, con amor, cuida de nosotros. Hoy tomamos en consideración la *conversión*.

¿Qué es la conversión? Está presente en toda la Biblia, y de manera particular en la predicación de los profetas, que invitan continuamente al pueblo a «volver al Señor» pidiéndole perdón y cambiando estilo de vida. Convertirse,

según los profetas, significa cambiar de dirección y dirigirse de nuevo al Señor, basándose en la certeza de que Él nos ama y su amor es siempre fiel. Volver al Señor. Jesús ha hecho de la conversión la primera palabra de su predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc 1, 15*). Es con este anuncio que Él se presenta al pueblo, pidiendo que se acoja su palabra como la última y definitiva que el Padre dirige a la humanidad (cf. *Mc 12, 1-2*). Respecto a la predicación de los profetas, Jesús insiste

todavía más en la dimensión interior de la conversión. En esa, efectivamente, toda la persona está involucrada, con el corazón y la mente, para convertirse en una criatura nueva, una persona nueva. Cambia el corazón y uno se renueva.

Cuando Jesús llama a la conversión no se erige en juez de las personas, lo hace desde la cercanía, desde el compartir la condición humana, y por tanto de la calle, de la casa, de la mesa... La misericordia hacia quienes tenían la necesidad de

cambiar de vida se realizaba con su presencia amable, para hacer partícipe a cada uno de ellos en su historia de salvación. Jesús persuadía a la gente con la amabilidad, con el amor; y con este comportamiento, Jesús llegaba a lo más profundo del corazón de las personas que se sentían atraídas por el amor de Dios e impulsadas a cambiar de vida. Por ejemplo, las conversiones de Mateo (cf. *Mt* 9, 9-13) y de Zaqueo (cf. *Lc* 19, 1-10) sucedieron exactamente de esta manera, porque se

sintieron amados por Jesús y, a través de Él, por el Padre. La verdadera conversión se da cuando acogemos el don de la gracia; y una señal clara de su autenticidad es el hecho que nos damos cuenta de las necesidades de los hermanos y estamos preparados para salir a su encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡cuántas veces sentimos también nosotros la exigencia de un cambio que afecte a toda nuestra persona! ¡Cuántas veces nos decimos: «debo cambiar, no puedo

continuar así... Mi vida, por este camino, no dará frutos, será una vida inútil y yo no seré feliz!». ¡Cuántas veces nos vienen estos pensamientos, cuántas veces!... Y Jesús, a nuestro lado, con la mano tendida nos dice: «ven, ven a mí. El trabajo lo hago yo; yo te cambiaré el corazón, yo te cambiaré la vida, yo te haré feliz». Pero nosotros, ¿creemos esto o no?; ¿creemos o no?; ¿qué pensáis vosotros?; ¿creéis en esto o no? ¡Menos aplausos y más voz!: ¿creéis o no creéis? [la gente: «¡SÍ!»]. Es

así. Jesús que está con nosotros nos invita a cambiar de vida. Él, con el Espíritu Santo, siembra en nosotros esa inquietud de cambiar de vida y ser un poco mejores. Sigamos entonces esta invitación del Señor y no opongamos resistencia, porque sólo si nos abrimos a su misericordia, encontraremos la verdadera vida y la verdadera alegría. Sólo debemos abrir la puerta de par en par, y Él hará el resto. Él hace todo, pero a nosotros nos corresponde abrir el corazón de par en par para

que Él pueda sanarnos y hacernos seguir adelante. Os aseguro que seremos más felices. Gracias.

* * * * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor Jesús nos conceda la gracia de la auténtica conversión de nuestra vida. Si nos abrimos a la misericordia de Dios, encontraremos la verdadera alegría del corazón. Muchas gracias.

19 de junio de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje evangélico de este domingo (Lc 9, 18-24) nos llama una vez más a confrontarnos, por así decirlo, «cara a cara» con Jesús. En uno de los raros momentos tranquilos en los que se encuentra solo con sus discípulos, Él les pregunta: «¿Quién dice la gente que soy

yo?» (Lc 9, 18). Y ellos responden: «Juan el Bautista; otros, que Elías; otros que un profeta de los antiguos había resucitado» (Lc 9, 19). Por lo tanto la gente apreciaba a Jesús y lo consideraba un gran profeta, pero aún no era consciente de su verdadera identidad, es decir que Él fuera el Mesías, el Hijo de Dios enviado por el Padre para la salvación de todos.

Jesús, entonces, se dirige directamente a los apóstoles — porque es esto lo que más le interesa— y pregunta: «Y

vosotros, ¿quién decís que soy yo?». E inmediatamente en nombre de todos, Pedro responde: «El Cristo de Dios» (Lc 9, 20), es decir: Tú eres el Mesías, el Consagrado de Dios, mandado por Él para salvar a su pueblo según la Alianza y la promesa. Así Jesús se da cuenta que los Doce, y en particular Pedro, han recibido del Padre el don de la fe; y para esto comienza a hablar abiertamente —así dice el Evangelio: «abiertamente»— de lo que le esperaba en Jerusalén: «El Hijo del hombre

—dice— debe sufrir mucho, y ser reprochado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día» (Lc 9, 22).

Esas mismas preguntas se nos vuelven a proponer a cada uno de nosotros: «¿Quién es Jesús para la gente de nuestro tiempo?». Pero la otra es más importante: «¿Quién es Jesús para cada uno de nosotros?». Para mí, para ti... ¿Quién es Jesús para cada uno de nosotros? Estamos llamados a hacer de la respuesta de Pedro

nuestra respuesta, profesando con gozo que Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra eterna del Padre que se ha hecho hombre para redimir a la humanidad, derramando en ella la abundancia de la misericordia divina. El mundo tiene hoy más que nunca necesidad de Cristo, de su salvación, de su amor misericordioso. Muchas personas perciben un vacío a su alrededor y dentro de sí — quizá, algunas veces, también nosotros—; otros viven en la inquietud y la incertidumbre a causa de la precariedad y los

conflictos. Todos tenemos necesidad de respuestas adecuadas a nuestras preguntas, a nuestros interrogantes concretos. En Cristo, sólo en Él, es posible encontrar la paz verdadera y el cumplimiento de toda aspiración humana. Jesús conoce el corazón del hombre como ninguno. Por esto lo puede sanar, dándole vida y consuelo.

Después de haber concluido el diálogo con los Apóstoles, Jesús se dirige a todos diciendo: «Si alguno quiere venir en pos de

mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9, 23). No se trata de una cruz ornamental, o de una cruz ideológica, sino que es la cruz del propio deber, la cruz del sacrificarse por los demás con amor —por los padres, los hijos, la familia, los amigos, también por los enemigos—, la cruz de la disponibilidad para ser solidarios con los pobres, para comprometerse por la justicia y la paz. Asumiendo esta actitud, estas cruces, siempre se pierde algo. No debemos olvidar jamás que

«quien perderá la propia vida [por Cristo], la salvará» (Lc 9, 24). Es un perder para ganar. Y recordamos a todos nuestros hermanos que aún hoy ponen en práctica estas palabras de Jesús, ofreciendo su tiempo, su trabajo, su propia fatiga y hasta su vida para no renegar de su fe en Cristo. Jesús, mediante su Espíritu Santo, nos da la fuerza para ir hacia adelante en el camino de la fe y del testimonio: actuar de acuerdo con lo que creemos; no decir una cosa y hacer otra. Y en este camino la Virgen

siempre está cerca nuestro y nos precede: dejémonos tomar de la mano por ella, cuando atravesamos los momentos más oscuros y difíciles.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Foggia, se celebró la beatificación de María Celeste Crostarosa, monja, fundadora de la Orden del Santísimo Redentor.

Que la nueva beata, con su ejemplo y su intercesión, nos ayude a conformar toda nuestra vida a Jesús, nuestro

Salvador.

Hoy, solemnidad de Pentecostés, según el calendario juliano seguido por la Iglesia ortodoxa, con la celebración de la Divina Liturgia ha iniciado en Creta el Concilio Panortodoxo.

Unámonos a la oración de nuestros hermanos ortodoxos, invocando al Espíritu Santo para que asista con sus dones a los Patriarcas, los Arzobispos y los Obispos reunidos en Concilio. Y todos juntos pidamos a la Virgen por nuestros hermanos ortodoxos.

«*Avemaría...*».

Mañana se celebra la Jornada mundial del refugiado promovida por la ONU. El tema de este año es: «*Con los refugiados. Nosotros estamos de la parte de quien se ve obligado a huir*». Los refugiados son personas como todos, pero a quienes la guerra les ha quitado la casa, el trabajo, los familiares, los amigos. Sus historias y sus rostros nos llaman a renovar el compromiso para construir la paz en la justicia. Por esto queremos estar *con*

ellos: salir a su encuentro,
acogerlos, escucharlos, para ser
juntos artesanos de paz según
la voluntad de Dios.

Dirijo mi saludo a todos
vosotros, romanos y
peregrinos; en particular a los
estudiantes de la *London
Oratory School*, a los fieles de
Estocolmo y a las comunidades
africanas francófonas de Italia.
Deseo a todos un feliz
domingo; y, por favor, no os
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y hasta luego!

22 de junio de 2016. Audiencia general. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!
«Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5, 12): la petición que hemos escuchado es la que un leproso dirige a Jesús. Este hombre no pide solamente ser curado, sino ser «purificado», es decir curado

integralmente, en el cuerpo y en el corazón. En efecto, la lepra era considerada una forma de maldición de Dios, de impureza profunda. El leproso tenía que permanecer alejado de todos; no podía acceder al templo y a ningún servicio divino. Lejos de Dios y lejos de los hombres. Triste vida la de esta gente.

No obstante esto, ese leproso no se resigna ni ante la enfermedad ni ante las disposiciones que hacen de él un excluido. Para llegar a Jesús, no teme quebrantar la

ley y entra en la ciudad —algo que no debía hacer, le estaba prohibido—, y al encontrarlo «se echó rostro en tierra, y le rogó diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”» (Lc 5, 12). Todo aquello que hace y dice este hombre considerado impuro es la expresión de su fe. Reconoce el poder de Jesús: está seguro de que tiene el poder de curarlo y que todo depende de su voluntad. Esta fe es la fuerza que le permitió romper con las normas y buscar el encuentro con Jesús; y, postrándose ante

Él, lo llama «Señor». La súplica del leproso muestra que cuando nos presentamos a Jesús no es necesario hacer largos discursos. Son suficiente pocas palabras, siempre que vayan acompañadas por la plena confianza en su omnipotencia y en su bondad. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia. También yo os haré una confesión personal. Por la noche, antes de ir a la cama, rezo esta breve oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Y rezo

cinco «Padrenuestro», uno por cada llaga de Jesús, porque Jesús nos ha purificado con las llagas. Y si esto lo hago yo, lo podéis hacer también vosotros, en vuestra casa, y decir: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» y pensar en las llagas de Jesús y decir un «Padrenuestro» por cada una de ellas. Jesús nos escucha siempre.

Jesús siente profunda compasión por este hombre. El Evangelio de Marcos destaca que «compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le

dijo: "Quiero; queda limpio"»
(Mc 1, 41). El gesto de Jesús
acompaña sus palabras y hace
que sea más explícita su
enseñanza. Contra las
disposiciones de la Ley de
Moisés, que prohibía acercarse
a un leproso (cf. Lv 13, 45-46),
Jesús extiende la mano e
incluso lo toca. ¡Cuántas veces
nosotros encontramos a un
pobre que se nos acerca!
Podemos ser incluso generosos,
podemos tener compasión, pero
normalmente no lo tocamos. Le
damos la moneda, la tiramos
allí, pero evitamos tocar la

mano. Y olvidamos que ese es el cuerpo de Cristo. Jesús nos enseña a no tener miedo de tocar al pobre y al excluido, porque Él está en ellos. Tocar al pobre puede purificarnos de la hipocresía e inquietarnos por su condición. Tocar a los excluidos. Hoy me acompañan aquí estos jóvenes. Muchos piensan que hubiese sido mejor permanecer en su tierra, pero allí sufrían mucho. Son nuestros refugiados, pero muchos los consideran excluidos. Por favor, ¡son nuestros hermanos! El cristiano

no excluye a nadie, hace espacio a todos.

Después de curar al leproso, Jesús le manda que no hable de ello con nadie, pero le dice: «Vete, muéstrate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación como prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio» (Lc 5, 14). Esta disposición de Jesús muestra al menos tres cosas. La primera: la gracia que obra en nosotros no busca el sensacionalismo. A menudo se mueve con discreción y sin clamor. Para curar nuestras heridas y

guiarnos por la senda de la
santidad ella trabaja
modelando pacientemente
nuestro corazón según el
Corazón del Señor, de tal modo
que asimilemos cada vez más
sus pensamientos y
sentimientos. La segunda:
haciendo verificar oficialmente
por los sacerdotes la curación
realizada y celebrando un
sacrificio expiatorio, el leproso
es readmitido en la comunidad
de los creyentes y en la vida
social. Su reintegro completa la
curación. Como él mismo lo
había suplicado, ahora está

completamente purificado. Por último, presentándose a los sacerdotes el leproso testimonia ante ellos acerca de Jesús y su autoridad mesiánica. La fuerza de la compasión con la cual Jesús curó al leproso condujo la fe de este hombre a abrirse a la misión. Era un excluido, ahora es uno de nosotros.

Pensemos en nosotros, en nuestras miserias... Cada uno tiene las propias. Pensemos con sinceridad. Cuántas veces las tapamos con la hipocresía de las «buenas formas». Y

precisamente entonces es necesario estar solos, ponerse de rodillas ante Dios y rezar: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Hacedlo, hacedlo antes de ir a la cama, todas las noches. Y ahora digamos juntos esta hermosa oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que movidos por la humildad y la confianza

de la petición del leproso, nos sintamos todos necesitados de la sanación del Señor, y aprendamos a acercarnos al pobre y al excluido reconociendo en ellos al mismo Cristo. Muchas gracias.

24 de junio de 2016. Palabras durante el vuelo Roma-Ereván.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

Padre Lombardi:

Santo Padre, sea bienvenido entre nosotros. Le presentamos nuestro saludo como comunidad "volante" de sus amigos y colaboradores periodistas. Como es habitual en estos viajes, somos un poco

más de 70 periodistas;
representamos, como siempre,
a muchos países y a diferentes
medios de comunicación. Nos
dicen que en Armenia hay
acreditados más de 600
periodistas, que nos esperan
allá, para completar el trabajo
sobre la marcha. Sabemos que
durante el vuelo de regreso
tendrá con nosotros la
acostumbrada conferencia de
preguntas y respuestas;
también en esa ocasión
procederemos como se hace
siempre, pero ahora esperamos
poder darle la mano y

saludarlo. Pero creo que esta mañana todos nosotros, como periodistas, tenemos en mente dos preguntas sobre las que quisiéramos que usted nos dijera algo. Luego, lo dejamos en paz hasta el vuelo de regreso.

Las dos preguntas son: Una, la primera, que hace referencia a su continente, es decir a la buena noticia que tuvimos ayer de Colombia, sobre el avance del proceso de paz allí, en Colombia; y la segunda, con la que nos levantamos esta mañana, que se refiere en

cambio al continente europeo y al resultado del referéndum sobre la *Brexit*. Si pudiera decirnos algo acerca de estas dos cuestiones, lo dejamos después saludar con calma.

Papa Francisco:

Buenos días a todos y gracias, muchas gracias por su compañía y por su trabajo.

Muchas gracias. Pido disculpas por tener que darle la espalda a algunos, aunque dicen que los ángeles no tienen espalda.

Sobre la primera pregunta, me siento muy feliz por la noticia que me llegó ayer. Son más de

cincuenta años de guerra, de guerrilla, de tanta sangre derramada. Es una hermosa noticia y espero que los países que han trabajado para conseguir la paz y que garantizan que ese proceso avance, lo "blinden", hasta el punto de que sea imposible volver otra vez, por ningún motivo interno o externo, a un estado de guerra. Van mis mejores deseos para Colombia, que está dando ahora este paso.

Con respecto a la segunda pregunta, supe del resultado

final del referéndum aquí en el avión, pues cuando salí de casa sólo le di una mirada a *Il Messaggero*, que aún no mencionaba nada definitivo. Es la voluntad expresada por el pueblo, y nos pide a todos nosotros actuar con gran responsabilidad para garantizar el bien del pueblo del Reino Unido y también el bien y la convivencia de todo el continente europeo. Así lo espero.

Muchas gracias. Nos veremos de nuevo en el viaje de regreso. Gracias, muchas

gracias de nuevo.

Padre Lombardi:

Gracias, muchas gracias

Santidad.

24 de junio de 2016. Discurso
en la visita de oración a la
catedral apostólica.

Echmiadzin.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Armenia (24-
26 de junio de 2016)

*Santidad, Venerado hermano,
Patriarca Supremo y Catholicós
de Todos los Armenios,
Estimados hermanos y
hermanas en Cristo*

Crucé con emoción el umbral de este lugar sagrado, testigo de la historia de vuestro pueblo, centro que irradia su espiritualidad; y considero un don precioso de Dios el poder acercarme al santo altar desde el cual se difunde la luz de Cristo en Armenia. Saludo al Catholicós de Todos los Armenios, Su Santidad Karekin II, a quien le agradezco de corazón la grata invitación a visitar Santa Etchmiadzin, a los arzobispos y a los obispos de la Iglesia Apostólica Armenia, y doy las gracias a todos por la

cordial y alegre bienvenida que me han deparado. Gracias, Santidad, por haberme acogido en su casa; este elocuente signo de amor dice, mucho más que las palabras, lo que significa la amistad y la caridad fraterna.

En esta solemne ocasión, doy gracias a Dios por la luz de la fe encendida en vuestra tierra, la fe que confirió a Armenia su identidad peculiar y la hizo mensajera de Cristo entre las naciones. Cristo es vuestra gloria, vuestra luz, el sol que os ha iluminado y dado una

nueva vida, que os ha acompañado y sostenido, especialmente en los momentos de mayor prueba. Me inclino ante la misericordia del Señor, que ha querido que Armenia se convirtiese en la primera nación, desde el año 301, en acoger el cristianismo como su religión, en un tiempo en el que todavía arreciaban las persecuciones en el Imperio Romano.

La fe en Cristo no ha sido para Armenia como un vestido que se puede poner o quitar en función de las circunstancias o

conveniencias, sino una realidad constitutiva de su propia identidad, un don de gran valor que se debe recibir con alegría, y custodiar con atención y fortaleza, a precio de la misma vida. Como escribió san Juan Pablo II, «Con el "bautismo" de la comunidad armenia, [...] nació una identidad nueva del pueblo, que llegaría a ser parte constitutiva e inseparable del mismo ser armenio. Desde entonces ya no será posible pensar que, entre los componentes de esa identidad,

no figure la fe en Cristo, como constitutivo esencial» (Carta. ap. *En el XVII centenario del bautismo del pueblo armenio*, 2 febrero 2001, 2). Que el Señor os bendiga por este testimonio luminoso de fe, que muestra de manera ejemplar la poderosa eficacia y fecundidad del bautismo recibido hace más de mil setecientos años con el signo elocuente y santo del martirio, que ha sido un elemento constante en la historia de vuestro pueblo. Doy gracias al Señor por el camino que la Iglesia católica y

la Iglesia Apostólica Armenia han recorrido a través de un diálogo sincero y fraterno, con el fin de llegar a compartir plenamente la mesa eucarística. Que el Espíritu Santo nos ayude a realizar esa unidad por la cual pidió Nuestro Señor, para que sus discípulos sean uno y el mundo crea. Me es grato recordar aquí el impulso decisivo dado a la intensificación de las relaciones y al fortalecimiento del diálogo entre nuestras dos iglesias en los últimos tiempos por Su Santidad Vasken I y Karekin I,

san Juan Pablo II y Benedicto XVI. Entre las etapas particularmente significativas de este compromiso ecuménico, recuerdo la conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX, en el contexto del Gran Jubileo del año 2000; la entrega a vuestra Santidad de la reliquia del Padre de la Armenia cristiana, San Gregorio el Iluminador, para la nueva catedral de Ereván; la Declaración Conjunta de Su Santidad Juan Pablo II y de Vuestra Santidad, firmada precisamente aquí, en Santa

Etchmiadzin; y las visitas que
Vuestra Santidad ha hecho al
Vaticano con motivo de grandes
eventos y conmemoraciones.
El mundo, desgraciadamente,
está marcado por las divisiones
y los conflictos, así como por
formas graves de pobreza
material y espiritual, incluida la
explotación de las personas,
incluso de niños y ancianos, y
espera de los cristianos un
testimonio de mutua estima y
cooperación fraterna, que haga
brillar ante toda conciencia el
poder y la verdad de la
resurrección de Cristo. El

compromiso paciente y renovado hacia la plena unidad, la intensificación de las iniciativas comunes y la colaboración entre todos los discípulos del Señor con vistas al bien común, son como luz brillante en una noche oscura, y una llamada a vivir también las diferencias en la caridad y en la mutua comprensión. El espíritu ecuménico adquiere un valor ejemplar, incluso fuera de los límites visibles de la comunidad eclesial, y representa para todos una fuerte llamada a componer las

divergencias mediante el diálogo y la valorización de lo que une. Esto impide también la instrumentalización y la manipulación de la fe, porque obliga a redescubrir las genuinas raíces, a comunicar, defender y propagar la verdad en el respeto de la dignidad de todo ser humano y con modos que transparenten la presencia de ese amor y de aquella salvación, que se quiere difundir. Se ofrece de este modo al mundo —que tiene necesidad urgente de ello— un convincente testimonio de que

Cristo está vivo y operante, capaz de abrir siempre nuevas vías de reconciliación entre las naciones, las civilizaciones y las religiones. Se confirma y se hace creíble que Dios es amor y misericordia.

Queridos hermanos, cuando nuestro actuar está inspirado y movido por la fuerza del amor de Cristo, crece el conocimiento y la estima recíproca, se crean mejores condiciones para un camino ecuménico fructífero y, al mismo tiempo, se muestra a todas las personas de buena voluntad, y a toda la sociedad,

una vía concreta y factible para armonizar los conflictos que desgarran la vida civil y producen divisiones difíciles de sanar. Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por intercesión de María Santísima, san Gregorio el Iluminador, «Columna de Luz de la Santa Iglesia de los Armenios», y san Gregorio de Narek, Doctor de la Iglesia, os bendiga a todos y a toda la Nación armenia, y la guarde siempre en la fe que ha recibido de los padres y que gloriosamente ha testimoniado

a lo largo de los siglos.

24 de junio de 2016. Discurso en el encuentro con las autoridades civiles y con el cuerpo diplomático.

Palacio Presidencial.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

*Señor Presidente,
Excelentísimas Autoridades,
Ilustrísimos miembros del
Cuerpo Diplomático,*

Señoras y señores:

Es para mí un motivo de gran alegría estar aquí y pisar el suelo de esta tierra armenia tan querida; visitar un pueblo de ricas y antiguas tradiciones, que ha testimoniado valientemente su fe, que ha sufrido mucho, pero que siempre ha vuelto a renacer. «Nuestro cielo turquesa, el agua limpia, el lago de luz, el sol en verano y en invierno el fiero bóreas, [...] la piedra de los milenios, [...] los libros grabados con el estilo, que se convierten en oración»

(Yeghishe Charents, *Oda a Armenia*). Estas son algunas de las impresionantes imágenes que un ilustre poeta vuestro nos ofrece para entender la profundidad de la historia y la belleza de la naturaleza de Armenia. En pocas palabras se expresa el eco y la hondura de la experiencia gloriosa y dramática de un pueblo y su conmovedor amor por la patria. Señor Presidente, le agradezco vivamente sus gentiles palabras de bienvenida, que me ha dirigido en nombre del Gobierno y de los habitantes de

Armenia, así como su amable invitación que me consiente devolverle la visita que usted realizó el año pasado al Vaticano, cuando participó en la solemne celebración en la Basílica de San Pedro, junto con Su Santidad Karekin II, Patriarca Supremo y Catholicós de Todos los Armenios, y Aram I, Catholicós de la Gran Casa de Cilicia, y Su Beatitud Nerses Bedros XIX, Patriarca de Cilicia de los Armenios, recientemente desaparecido. En aquella ocasión se recordó el centenario del *Metz Yeghérn*, el

«Gran Mal», que azotó a vuestro pueblo y causó la muerte de una gran multitud de personas. Aquella tragedia, aquel genocidio, por desgracia, inauguró la triste lista de las terribles catástrofes del siglo pasado, causadas por aberrantes motivos raciales, ideológicos o religiosos, que cegaron la mente de los verdugos hasta el punto de proponerse como objetivo la aniquilación de poblaciones enteras. Es muy triste que, sea en este caso como en los otros dos, las grandes potencias

miraban hacia otro lado.
Rindo homenaje al pueblo armenio, que, iluminado por la luz del Evangelio incluso en los momentos más trágicos de su historia, siempre ha encontrado en la cruz y en la resurrección de Cristo la fuerza para levantarse de nuevo y reemprender el camino con dignidad. Esto revela la profundidad de las raíces de su fe cristiana y el inmenso tesoro de consuelo y de esperanza que contiene. Teniendo ante los ojos los terribles efectos que en el siglo pasado causaron el

odio, los prejuicios y el deseo desenfrenado de poder, espero sinceramente que la humanidad sea capaz de aprender de esas trágicas experiencias a actuar con responsabilidad y sabiduría para evitar el peligro de volver a caer en tales horrores. Que todos multipliquen sus esfuerzos para que en las disputas internacionales prevalezca siempre el diálogo, la búsqueda constante y auténtica de la paz, la cooperación entre los Estados y el compromiso inquebrantable

de las organizaciones internacionales para crear un clima de confianza que favorezca el logro de acuerdos permanentes, que miren hacia el futuro.

La Iglesia Católica desea cooperar activamente con todos los que se preocupan por el destino de la humanidad y el respeto de los derechos humanos, para que en el mundo prevalezcan los valores espirituales, desenmascarando a todos los que desfiguran su sentido y su belleza. A este respecto, es vital que todos los

que confiesen su fe en Dios unan sus fuerzas para aislar a quien se sirva de la religión para llevar a cabo proyectos de guerra, de opresión y de persecución violenta, instrumentalizando y manipulando el santo nombre Dios.

En la actualidad, igual e incluso tal vez más que en la época de los primeros mártires, los cristianos son discriminados y perseguidos en algunos lugares por el mero hecho de profesar su fe, mientras que en diversas zonas del mundo no se

encuentra solución satisfactoria a muchos conflictos, causando dolor, destrucción y el desplazamiento forzado de poblaciones enteras. Es indispensable, por tanto, que los responsables del destino de las naciones pongan en marcha, con valor y sin demora, iniciativas dirigidas a poner fin a este sufrimiento, y que tengan como objetivo primario la búsqueda de la paz, la defensa y la acogida de los que son objeto de ataques y persecuciones, la promoción de la justicia y de un desarrollo

sostenible. El pueblo armenio ha experimentado estas situaciones en primera persona; conoce el sufrimiento y el dolor, conoce la persecución; conserva en su memoria, no sólo las heridas del pasado, sino también el espíritu que le ha permitido empezar siempre de nuevo. Así pues, yo lo animo a no dejar de ofrecer su valiosa colaboración a la comunidad internacional. Este año se cumple el 25 aniversario de la independencia de Armenia. Es un evento para alegrarse y una ocasión para

rememorar lo conseguido y proponerse nuevas metas. Las celebraciones por este feliz aniversario serán mucho más significativas si se convierten para todos los armenios, en la Patria y en la diáspora, en un momento especial para reunir y coordinar las energías, con el fin de promover un desarrollo civil y social del País, justo e inclusivo. Se trata de vigilar constantemente para que no se dejen de cumplir los imperativos morales de una justicia igual para todos y de solidaridad con los más débiles

y desfavorecidos (cf. Juan Pablo II, *Discurso de despedida de Armenia*, 27 septiembre 2001). La historia de vuestro país está unida a su identidad cristiana, custodiada durante siglos. Esta identidad cristiana, en vez de ser un obstáculo para una sana laicidad del Estado, más bien la reclama y la alimenta, favoreciendo participación ciudadana de todos los miembros de la sociedad, la libertad religiosa y el respeto a las minorías. La cohesión de todos los armenios, y el creciente esfuerzo por

encontrar caminos que ayuden a superar las tensiones con algunos países vecinos, harán que sea más fácil lograr estos importantes objetivos, inaugurando para Armenia una época de auténtico renacimiento.

La Iglesia Católica, por su parte, a pesar de estar presente en el país con recursos humanos limitados, se complace en ofrecer su contribución al crecimiento de la sociedad, sobre todo con su actividad orientada hacia los más débiles y los más pobres,

en el campo sanitario y educativo, y concretamente en el de la caridad, como lo demuestra el trabajo realizado desde hace veinticinco años por el hospital «*Redemptoris Mater*», en Ashotzk, las actividades del Instituto educativo a Ereván, las iniciativas de *Caritas Armenia* y las obras gestionadas por las Congregaciones religiosas. Dios bendiga y proteja a Armenia, tierra iluminada por la fe, por el valor de los mártires, por la esperanza, que es más fuerte que cualquier

sufrimiento.

25 de junio de 2016. Discurso
en el encuentro ecuménico y
oración por la paz.

Ereván, Plaza de la República.

Sábado.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Armenia (24-
26 de junio de 2016)

*Venerado y querido hermano,
Patriarca supremo y Catholicós
de todos los armenios,
Señor Presidente,
Queridos hermanos y hermanas*

La bendición y la paz de Dios estén con todos vosotros.

Mucho he deseado visitar esta querida tierra, vuestro País que fue el primero en abrazar la fe cristiana. Es una gracia para mí encontrarme en estas montañas, donde, bajo la mirada del monte Ararat, también el silencio parece que nos habla; donde *loskhatchkar* —las cruces de piedra— narran una historia única, impregnada de fe sólida y sufrimiento enorme, una historia rica de grandes testigos del Evangelio, de los que sois

herederos. He venido como peregrino desde Roma para encontrarme con vosotros y para manifestaros un sentimiento que brota desde la profundidad del corazón: es el afecto de vuestro hermano, es el abrazo fraterno de toda la Iglesia Católica, que os quiere y que está cerca de vosotros. En los años pasados, se han intensificado, gracias a Dios, las visitas y los encuentros entre nuestras Iglesias, siendo siempre muy cordiales y con frecuencia memorables. La Providencia ha querido que, en

el mismo día en el que se recuerdan los santos Apóstoles de Cristo, estemos juntos nuevamente para reforzar la comunión apostólica entre nosotros. Estoy muy agradecido a Dios por la «real e íntima unidad» entre nuestras Iglesias (cf. Juan Pablo II, *Celebración ecuménica*, Ereván, 26 septiembre 2001) y os agradezco vuestra fidelidad al Evangelio, frecuentemente heroica, que es un don inestimable para todos los cristianos. Nuestro reencuentro no es un intercambio de ideas,

sino un intercambio de dones (cf. Id., Carta enc. *Ut unum sint*, 28): recojamos lo que el Espíritu ha sembrado en nosotros, como un don para cada uno (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 246). Compartamos con gran alegría los muchos pasos de un camino común que ya está muy avanzado, y miremos verdaderamente con confianza al día en que, con la ayuda de Dios, estaremos unidos junto al altar del sacrificio de Cristo, en la plenitud de la comunión eucarística. Hacia esa meta tan

deseada «somos peregrinos, y peregrinamos juntos [...] hay que confiar el corazón al compañero de camino sin celos, sin desconfianzas» (*ibíd.*, 244).

En este trayecto nos preceden y acompañan muchos testigos, de modo particular tantos mártires que han sellado con la sangre la fe común en Cristo: son nuestras estrellas en el cielo, que resplandecen sobre nosotros e indican el camino que nos falta por recorrer en la tierra hacia la comunión plena. Entre los grandes Padres, deseo

mencionar al santo Catholicós Nerses Shnorhali. Él manifestaba un amor grande y extraordinario por su pueblo y sus tradiciones, y, al mismo tiempo, estaba abierto a las otras Iglesias, incansable en la búsqueda de la unidad, deseoso de realizar la voluntad de Cristo: que los creyentes «sean uno» (*Jn 17,21*). En efecto, la unidad no es un beneficio estratégico para buscar mutuos intereses, sino lo que Jesús nos pide y que depende de nosotros cumplir con buena voluntad y con todas las fuerzas, para

realizar nuestra misión: ofrecer al mundo, con coherencia, el Evangelio.

Para lograr la unidad necesaria no basta, según san Nerses, la buena voluntad de alguien en la Iglesia: es indispensable la oración de todos. Es hermoso estar aquí reunidos para rezar unos *por* otros, unos *con* otros. Y es sobre todo el don de la oración que he venido a pedir os esta tarde. Por mi parte, os aseguro que, al ofrecer el Pan y el Cáliz en el altar, no dejo de presentar al Señor a la Iglesia de Armenia y a vuestro querido

pueblo.

San Nerses advertía la necesidad de acrecentar el amor recíproco, porque sólo la caridad es capaz de sanar la memoria y curar las heridas del pasado: sólo el amor borra los prejuicios y permite reconocer que la apertura al hermano purifica y mejora las propias convicciones. Para el santo Catholicós, es esencial imitar en el camino hacia la unidad el estilo del amor de Cristo, que «siendo rico» (2 Co 8,9), «se humilló a sí mismo» (Flp 2,8). Siguiendo su ejemplo, estamos

llamados a tener la valentía de dejar las convicciones rígidas y los intereses propios, en nombre del amor que se abaja y se da, en nombre del amor *humilde*: este es el aceite bendecido de la vida cristiana, el unguento espiritual precioso que cura, fortifica y santifica. «Suplimos las faltas con caridad unánime», escribía san Nerses (*Cartas de Nerses Shnorhali, Catholicós de los Armenios*, Venecia 1873, 316), e incluso —hacía entender— con una particular dulzura de amor, que ablande la dureza de

los corazones de los cristianos, también de los que a veces están replegados en sí mismos y en sus propios beneficios. No los cálculos ni los intereses, sino el amor humilde y generoso atrae la misericordia del Padre, la bendición de Cristo y la abundancia del Espíritu Santo. Rezando y «amándonos intensamente unos a otros con corazón puro» (cf. *1 P* 1, 22), con humildad y apertura de ánimo, dispongámonos a recibir el don de la unidad. Sigamos nuestro camino con determinación, más

aún corramos hacia la plena comunión entre nosotros.

«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (*Jn 14,27*). Hemos escuchado estas palabras del Evangelio, que nos disponen a implorar de Dios esa paz que el mundo tanto se esfuerza por encontrar. ¡Qué grandes son hoy los obstáculos en el camino de la paz y qué trágicas las consecuencias de las guerras! Pienso en las poblaciones forzadas a abandonar todo, de modo particular en Oriente Medio, donde muchos de

nuestros hermanos y hermanas sufren violencia y persecución a causa del odio y de conflictos, fomentados siempre por la plaga de la proliferación y del comercio de armas, por la tentación de recurrir a la fuerza y por la falta de respeto a la persona humana, especialmente a los débiles, a los pobres y a los que piden sólo una vida digna.

No dejo de pensar en las pruebas terribles que vuestro pueblo ha experimentado: Apenas ha pasado un siglo del "Gran Mal" que se abatió sobre

vosotros. Ese «exterminio terrible y sin sentido» (Saludo al comienzo de la *Santa Misa para los fieles de rito armenio*, 12 abril 2015), este trágico misterio de iniquidad que vuestro pueblo ha experimentado en su carne, permanece impreso en la memoria y arde en el corazón. Quiero reiterar que vuestros sufrimientos nos pertenecen: «son los sufrimientos de los miembros del Cuerpo místico de Cristo» (Juan Pablo II, *Carta apostólica en ocasión del XVII centenario del bautismo del*

pueblo armenio, 7); recordarlos no es sólo oportuno, sino necesario: que sean una advertencia en todo momento, para que el mundo no caiga jamás en la espiral de horrores semejantes.

Al mismo tiempo, deseo recordar con admiración cómo la fe cristiana, «incluso en los momentos más trágicos de la historia armenia, ha sido el estímulo que ha marcado el inicio del renacimiento del pueblo probado» (*ibíd.*, 276). Esta es vuestra verdadera fuerza, que permite abrirse a la

vía misteriosa e salvífica de la Pascua: las heridas que permanecen abiertas y que han sido producidas por el odio feroz e insensato, pueden en cierto modo conformarse a las de Cristo resucitado, a esas heridas que le fueron infligidas y que tiene impresas todavía en su carne. Él las mostró gloriosas a los discípulos la noche de Pascua (cf. *Jn 20,20*): esas heridas terribles de dolor padecidas en la cruz, transfiguradas por el amor, son fuente de perdón y de paz. Del mismo modo, también el dolor

más grande, transformado por el poder salvífico de la cruz, de la cual los Armenios son heraldos y testigos, puede ser una semilla de paz para el futuro.

La memoria, traspasada por el amor, es capaz de adentrarse por senderos nuevos y sorprendentes, donde las tramas del odio se transforman en proyectos de reconciliación, donde se puede esperar en un futuro mejor *para* todos, donde son «dichosos los que trabajan por la paz» (*Mt 5,9*). Hará bien a todos comprometerse para

poner las bases de un futuro que no se deje absorber por la fuerza engañosa de la venganza; un futuro, donde no nos cansemos jamás de crear las condiciones por la paz: un trabajo digno para todos, el cuidado de los más necesitados y la lucha sin tregua contra la corrupción, que tiene que ser erradicada.

Queridos jóvenes , este futuro os pertenece, pero sabiendo aprovechar la gran sabiduría de vuestros ancianos. Desead ser constructores de paz: no notarios del *status quo*, sino

promotores activos de una cultura del encuentro y de la reconciliación. Que Dios bendiga vuestro futuro y «haga que se retome el camino de reconciliación entre el pueblo armenio y el pueblo turco, y que la paz brote también en el Nagorno Karabaj» (*Mensaje a los Armenios*, 12 abril 2015). Por último, quiero evocar en esta perspectiva a otro gran testigo y artífice de la paz de Cristo, san Gregorio de Narek, que he proclamado Doctor de la Iglesia. Podría ser definido también «Doctor de la paz». Así

escribía en ese extraordinario *Libro* que me gusta considerar como la «constitución espiritual del pueblo armenio»: «Recuérdate, [Señor, ...] de los que en la estirpe humana son nuestros enemigos, pero por el bien de ellos: concede a ellos perdón y misericordia. [...] No extermines a los que me muerden, transfórmalos. Extirpa la viciosa conducta terrena y planta la buena en mí y en ellos» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 1-2). Narek, «partícipe

profundamente consciente de toda necesidad» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 3,2), ha querido identificarse incluso con los débiles y los pecadores de todo tiempo y lugar, para interceder en favor de todos (cf. *ibíd.*, 31,3; 32,1; 47,2): se ha hecho «“ofrenda de oración” de todo el mundo» (*Libro de las Lamentaciones*, 83, 28,2). Su solidaridad universal con la humanidad es un gran mensaje cristiano de paz, un grito vehemente que implora misericordia para todos. Los armenios, presentes en muchos

países y a quienes deseo abrazar fraternalmente desde aquí, son mensajeros de este deseo de comunión. Todo el mundo necesita de vuestro mensaje, necesita de vuestra presencia, necesita de vuestro testimonio más puro. Que la paz esté con vosotros.

25 de junio de 2016. Homilía del Santo Padre en la Santa Misa.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

Gyumri, Plaza Vartanants.

Sábado.

«Reconstruirán sobre ruinas antiguas [...] renovarán ciudades devastadas» (*Is 61,4*). En estos lugares, queridos hermanos y hermanas,

podemos decir que se han cumplido las palabras del profeta Isaías que hemos escuchado. Después de la terrible devastación del terremoto, estamos hoy aquí para dar gracias a Dios por todo lo que ha sido reconstruido. Pero también podríamos preguntarnos: ¿Qué es lo que el Señor quiere que construyamos *hoy* en la vida?, y ante todo: ¿*Sobre qué cimiento* quiere que construyamos nuestras vidas? Quisiera responder a estas preguntas proponiendo *tres*

bases estables sobre las que edificar y reconstruir incansablemente la vida cristiana.

La primera base es la *memoria*. Una gracia que tenemos que pedir es la de saber recuperar la memoria, la memoria de lo que el Señor ha hecho en nosotros y por nosotros: recordar que, como dice el Evangelio de hoy, él no nos ha olvidado, sino que se «acuerda» (cf. *Lc 1,72*) de nosotros: nos ha elegido, amado, llamado y perdonado; hay momentos importantes de

nuestra historia personal de amor con él que debemos reavivar con la mente y el corazón. Pero hay también otra memoria que se ha de custodiar: la memoria del pueblo. Los pueblos, en efecto, tienen una memoria, como las personas. Y la memoria de vuestro pueblo es muy antigua y valiosa. En vuestras voces resuenan la de los santos sabios del pasado; en vuestras palabras se oye el eco del que ha creado vuestro alfabeto con el fin de anunciar la Palabra de Dios; en vuestros cantos se

mezclan los llantos y las alegrías de vuestra historia. Pensando en todo esto, podéis reconocer sin duda la presencia de Dios: él no os ha dejado solos. Incluso en medio de tremendas dificultades, podríamos decir con el Evangelio de hoy que el Señor ha visitado a su pueblo (cf. *Lc 1,68*): se ha acordado de vuestra fidelidad al Evangelio, de las primicias de vuestra fe, de todos los que han dado testimonio, aun a costa de la sangre, de que el amor de Dios vale más que la vida

(cf. *Sal* 63,4). Qué bueno es recordar con gratitud que la fe cristiana se ha convertido en el aliento de vuestro pueblo y el corazón de su memoria.

La fe es también la esperanza para vuestro futuro, la luz en el camino de la vida, y es la segunda base de la que quisiera hablaros. Existe siempre un peligro que puede ensombrecer la luz de la fe: es la tentación de considerarla como algo del pasado, como algo importante, pero perteneciente a otra época, como si la fe fuera un libro

miniado para conservar en un museo. Sin embargo, si se la relega a los anales de la historia, la fe pierde su fuerza transformadora, su intensa belleza, su apertura positiva a todos. La fe, en cambio, nace y renace en el encuentro vivificante con Jesús, en la experiencia de su misericordia que ilumina todas las situaciones de la vida. Es bueno que revivamos todos los días este encuentro vivo con el Señor. Nos vendrá bien leer la Palabra de Dios y abrirnos a su amor en el silencio de la

oración. Nos vendrá bien dejar que el encuentro con la ternura del Señor ilumine el corazón de alegría: una alegría más fuerte que la tristeza, una alegría que resiste incluso ante el dolor, transformándose en paz. Todo esto renueva la vida, que se vuelva libre y dócil a las sorpresas, lista y disponible para el Señor y para los demás. También puede suceder que Jesús llame para seguirlo más de cerca, para entregar la vida por él y por los hermanos: cuando os invite, especialmente a vosotros jóvenes, no tengáis

miedo, dadle vuestro «sí». Él nos conoce, nos ama de verdad, y desea liberar nuestro corazón del peso del miedo y del orgullo. Dejándole entrar, seremos capaces de irradiar amor. De esta manera, podréis dar continuación a vuestra gran historia de evangelización, que la Iglesia y el mundo necesitan en esta época difícil, pero que es también tiempo de misericordia.

La tercera base, después de la memoria y de la fe, es el *amor misericordioso*: la vida del discípulo de Jesús se basa en

esta roca, la roca del amor recibido de Dios y ofrecido al prójimo. El rostro de la Iglesia se rejuvenece y se vuelve atractivo viviendo la caridad. El amor concreto es la tarjeta de visita del cristiano: otras formas de presentarse son engañosas e incluso inútiles, porque todos conocerán que somos sus discípulos si nos amamos unos a otros (cf. *Jn* 13,35). Estamos llamados ante todo a construir y reconstruir, sin desfallecer, caminos de comunión, a construir puentes de unión y

superar las barreras que separan. Que los creyentes den siempre ejemplo, colaborando entre ellos con respeto mutuo y con diálogo, a sabiendas de que «la única competición posible entre los discípulos del Señor es buscar quién es capaz de ofrecer el amor más grande» (Juan Pablo II, *Homilía*, 27 septiembre 2001).

El profeta Isaías, en la primera lectura, nos ha recordado que el espíritu del Señor está siempre con el que lleva la buena noticia a los pobres, cura los corazones desgarrados y

consuela a los afligidos (cf. 61,1-2). Dios habita en el corazón del que ama; Dios habita donde se ama, especialmente donde se atiende, con fuerza y compasión, a los débiles y a los pobres. Hay mucha necesidad de esto: se necesitan cristianos que no se dejen abatir por el cansancio y no se desanimen ante la adversidad, sino que estén disponibles y abiertos, dispuestos a servir; se necesitan hombres de buena voluntad, que con hechos y no sólo con palabras ayuden a los

hermanos y hermanas en dificultad; se necesitan sociedades más justas, en las que cada uno tenga una vida digna y ante todo un trabajo justamente retribuido.

Tal vez podríamos preguntarnos: ¿Cómo se puede ser misericordiosos con todos los defectos y miserias que cada uno ve dentro de sí y a su alrededor? Quiero fijarme en el ejemplo concreto de un gran heraldo de la misericordia divina, cuya figura he querido resaltar declarándolo Doctor de la Iglesia universal: san

Gregorio de Narek, palabra y voz de Armenia. Nadie como él ha sabido penetrar en el abismo de miseria que puede anidar en el corazón humano. Sin embargo, él ha puesto siempre en relación las miserias humanas con la misericordia de Dios, elevando una súplica insistente hecha de lágrimas y confianza en el Señor, «dador de los dones, bondad por naturaleza [...], voz de consolación, noticia de consuelo, impulso de gozo, [...] ternura inigualable, misericordia desbordante, [...]

beso salvífico» (*Libro de las Lamentaciones*, 3,1), con la seguridad de que «la luz de [su] misericordia nunca será oscurecida por las tinieblas de la rabia» (*ibíd.*, 16,1). Gregorio de Narek es un maestro de vida, porque nos enseña que lo más importante es reconocerse *necesitados de misericordia* y después, frente a la miseria y las heridas que vemos, no encerrarnos en nosotros mismos, sino abrirnos con sinceridad y confianza al Señor, «Dios cercano, ternura de bondad» (*ibíd.*, 17,2), «lleno

de amor por el hombre, [...] fuego que consume los abrojos del pecado» (*ibíd.*, 16,2).

Por último, me gustaría invocar con sus palabras la misericordia divina y el don de no cansarse nunca de amar: Espíritu Santo, «poderoso protector, intercesor y pacificador, te dirigimos nuestras súplicas [...]

Concédenos la gracia de animarnos a la caridad y a las buenas obras [...] Espíritu de mansedumbre, de compasión, de amor al hombre y de misericordia, [...] tú que eres todo misericordia, [...] ten

piEDAD de nosotros, Señor Dios nuestro, según tu gran misericordia» (*Himno de Pentecostés*).

Al final de esta celebración, deseo expresar vivo agradecimiento al Catholicós Karekin II y al Arzobispo Minassian por las amables palabras que me han dirigido, así como al Patriarca Ghabroyan y a los obispos presentes, a los sacerdotes y a las autoridades que nos han recibido.

Doy las gracias a todos los que habéis participado, viniendo a

Gyumri incluso de diferentes regiones y de la vecina Georgia. Quisiera saludar en particular a los que con tanta generosidad y amor concreto ayudan a los necesitados. Pienso especialmente en el hospital de Ashotsk, inaugurado hace veinticinco años, y conocido como el «Hospital del Papa»: nacido del corazón de san Juan Pablo II, sigue siendo una presencia muy importante y cercana a los que sufren; pienso en las obras que llevan a cabo la comunidad católica local, las Hermanas

Armenias de la Inmaculada Concepción y las Misioneras de la Caridad de la beata Madre Teresa de Calcuta.

Que la Virgen María, nuestra Madre, os acompañe siempre y guíe los pasos de todos en el camino de la fraternidad y de la paz.

26 de junio de 2016. Discurso
en la participación en la divina
liturgia en la catedral
apostólica Armenia.

Echmiadzín.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Armenia (24-
26 de junio de 2016)

Santidad,
Queridos Obispos,
Hermanos y hermanas
Al coronar esta visita, que

tanto he deseado, y para mí ya inolvidable, deseo elevar mi agradecimiento al Señor, junto con el gran himno de alabanza y de acción de gracias que sube de este altar. Vuestra Santidad me ha abierto en estos días las puertas de su casa y hemos experimentado «qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos (*Sal* 133,1). Nos hemos encontrado, nos hemos abrazado fraternalmente, hemos rezado juntos y compartido los dones, las esperanzas y las preocupaciones de la Iglesia de

Cristo, cuyo corazón oímos latir al unísono, y en la que creemos y sentimos como *una*. «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza [...]. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (Ef 4,4-6): con gozo podemos hacer verdaderamente nuestras estas palabras del apóstol Pablo. Nos hemos encontrado precisamente en el signo de los santos Apóstoles. Los santos Bartolomé y Tadeo, que

proclamaron por primera vez el Evangelio en estas tierras, y los santos Pedro y Pablo, que dieron su vida por el Señor en Roma, y que ahora reinan con Cristo en el cielo, se alegran ciertamente al ver nuestro afecto y nuestra aspiración concreta a la plena comunión. Por todo esto doy gracias al Señor, por vosotros y con vosotros: ¡Gloria a Dios! En esta Divina Liturgia, el solemne canto del trisagio se ha elevado al cielo, ensalzando la santidad de Dios; que descienda copiosamente la

bendición del Altísimo sobre la tierra por intercesión de la Madre de Dios, de los grandes santos y doctores, de los mártires, sobre todo de tantos mártires que en este lugar habéis canonizados el año pasado. «El Unigénito que vino aquí» bendiga vuestro camino. Que el Espíritu Santo haga de los creyentes un solo corazón y una sola alma; que venga a *refundarnos en la unidad*. Por eso quisiera invocarlo nuevamente, tomando algunas espléndidas palabras que han entrado en vuestra Liturgia.

Ven, Espíritu, Tú, «que con gemidos incesantes eres nuestro intercesor ante el Padre misericordioso, Tú, que velas por los santos y purificas a los pecadores»; infunde en nosotros tu fuego de amor y unidad, y «que este fuego diluya los motivos de nuestro escándalo» (Gregorio de Narek, *Libro de las Lamentaciones*, 33, 5), ante todo, la falta de unidad entre los discípulos de Cristo. Que la Iglesia Armenia camine en paz, y la comunión entre nosotros sea plena. Que brote

en todos un fuerte anhelo de unidad, una unidad que no debe ser «ni sumisión del uno al otro, ni absorción, sino más bien la aceptación de todos los dones que Dios ha dado a cada uno, para manifestar a todo el mundo el gran misterio de la salvación llevada a cabo por Cristo, el Señor, por medio del Espíritu Santo» (*Palabras al final de la Divina Liturgia*, Iglesia patriarcal de San Jorge, Estambul, 30 noviembre 2014).
Acojamos la llamada de los santos, escuchemos la voz de los humildes y los pobres, de

tantas víctimas del odio que sufrieron y sacrificaron sus vidas a causa de su fe; tengamos el oído abierto a las jóvenes generaciones, que anhelan un futuro libre de las divisiones del pasado. Que desde este lugar santo se difunda de nuevo una luz radiante; la de la fe, que desde san Gregorio, vuestro padre según el Evangelio, ha iluminado estas tierras, y a ella se una la luz del amor que perdona y reconcilia.

Así como los Apóstoles en la mañana de Pascua, no obstante

las dudas e incertidumbres, corrieron hasta el lugar de la resurrección atraídos por el amanecer feliz de una nueva esperanza (cf. *Jn 20,3-4*), así también sigamos nosotros en este santo domingo la llamada de Dios a la comunión plena y apresuremos el paso hacia ella. Y ahora, Santidad, en nombre de Dios te pido que me bendigas, a mí y a la Iglesia Católica, que bendigas esta nuestra andadura hacia la unidad plena.

26 de junio de 2016. Firma de una declaración conjunta de su Santidad Francisco y de su Santidad Karekin II en la santa Etchmiadzin, República de Armenia.

Etchmiadzin, Palacio Apostólico.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Armenia (24-26 de junio de 2016)

Hoy, en la Santa Etchmiadzin, centro espiritual de todos los

armenios, nosotros, Papa Francisco y el Catholicós de todos los Armenios Karekin II, elevamos nuestras mentes y nuestros corazones en acción de gracias al Todopoderoso por la continua y creciente cercanía en la fe y el amor entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica, en su testimonio común del mensaje del Evangelio de la salvación, en un mundo desgarrado por la guerra y deseoso de consuelo y esperanza. Damos gracias a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por

permitirnos reunirnos en la tierra bíblica de Ararat, que permanece como recordatorio de que Dios será siempre nuestra protección y salvación. Nos sentimos espiritualmente gozosos al recordar como en el año 2001, con motivo del 1700 aniversario de la proclamación del cristianismo como religión de Armenia, san Juan Pablo II visitó Armenia y fue testigo de una nueva página en las relaciones cálidas y fraternales entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica. Estamos agradecidos por haber

tenido la gracia de reunirnos en una solemne liturgia en la Basílica de San Pedro, en Roma, el 12 de abril de 2015, donde nos comprometimos en nuestra voluntad de oponernos a toda forma de discriminación y violencia, y donde conmemoramos a las víctimas que la Declaración Conjunta de Su Santidad Juan Pablo II y Su Santidad Karekin II indicó como "el exterminio de un millón y medio de cristianos armenios, en lo que se conoce generalmente como el primer genocidio del siglo XX" (27 de

septiembre 2001).

Damos gracias al Señor que hoy la fe cristiana es de nuevo una realidad vibrante en Armenia, y que la Iglesia Armenia lleva a cabo su misión con un espíritu de colaboración fraterna entre las Iglesias, sosteniendo a los fieles en la construcción de un mundo de solidaridad, justicia y paz. Con inmensa tristeza, sin embargo, somos testigos de la inmensa tragedia que se desarrolla ante nuestros ojos, en la que un sin número de personas inocentes están

siendo asesinadas, desplazadas o forzadas a un exilio doloroso e incierto, a causa de los continuos conflictos por motivos étnicos, económicos, políticos y religiosos en el Medio Oriente y en otras partes del mundo. Como resultado, minorías religiosas y étnicas se han convertido en objeto de persecución y tratos crueles, hasta el punto de que sufrir por la propia creencia religiosa se ha convertido en una realidad cotidiana. Los mártires pertenecen a todas las Iglesias y su sufrimiento es un

"ecumenismo de la sangre" que trasciende las divisiones históricas entre los cristianos, y que nos llama a promover la unidad visible de los discípulos de Cristo. Oramos juntos, con la intercesión de los santos apóstoles Pedro y Pablo, Tadeo y Bartolomé, por una conversión del corazón de todos los que cometen este tipo de delitos y también de aquellos que están en condiciones de detener la violencia. Imploramos a los responsables de las naciones que escuchen la súplica de

millones de seres humanos que desean la paz y la justicia en el mundo, que exigen respeto a sus derechos dados por Dios, que tienen urgente necesidad de pan, no de armas. Por desgracia, también asistimos a una presentación de la religión y de los valores religiosos en modo fundamentalista, que se utiliza para justificar la propagación del odio, la discriminación y la violencia. La justificación de este tipo de crímenes sirviéndose de motivaciones religiosas es inaceptable, porque "Dios no es

autor de confusión, sino de paz" (I Corintios 14,33). Por otra parte, el respeto de las diferencias religiosas es condición necesaria para la convivencia pacífica de las diferentes comunidades étnicas y religiosas. Precisamente porque somos cristianos, estamos llamados a buscar y a promover caminos hacia la reconciliación y la paz; y en este sentido, manifestamos también nuestra esperanza en una solución pacífica de los problemas que afectan a Nagorno-Karabaj.

Atentos a lo que Jesús enseñó a sus discípulos cuando dijo: "tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me visitasteis, en la cárcel, y vinisteis a verme" (Mateo 25, 35-36), pedimos a todos los fieles de nuestras Iglesias abrir sus corazones y sus manos a las víctimas de la guerra y del terrorismo, a los refugiados y a sus familias. Se trata del sentido mismo de nuestra humanidad, solidaridad,

compasión y generosidad, que sólo puede expresarse adecuadamente a través de un compromiso práctico e inmediato de ayuda concreta. Reconocemos todo lo que ya se está haciendo, pero insistimos en que aún queda mucho más por hacer de parte de los líderes políticos y de la comunidad internacional para garantizar el derecho de todos a vivir en paz y seguridad, defender el estado de derecho, proteger a las minorías religiosas y étnicas, combatir el tráfico de personas y el

contrabando.

La secularización de amplios sectores de la sociedad, su alienación de lo espiritual y de lo divino, conducen inevitablemente a una visión desacralizada y materialista del hombre y de la familia humana. En este sentido, nos preocupa la crisis de la familia en muchos países. La Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica comparten la misma visión sobre la familia, fundada en el matrimonio, acto de amor gratuito y fiel entre un hombre y una mujer.

Con alegría confirmamos que, a pesar de las continuas divisiones entre los cristianos, reconocemos con más claridad que lo que nos une es mucho más de lo que nos divide. Este es el sólido fundamento sobre el que la unidad de la Iglesia de Cristo se manifestará, según las palabras del Señor, "que todos sean uno" (Jn 17,21). Durante las últimas décadas, la relación entre la Iglesia Apostólica Armenia y la Iglesia Católica ha entrado con éxito en una nueva fase, reforzada por nuestra común oración y

los esfuerzos conjuntos para enfrentar los desafíos contemporáneos. Hoy estamos convencidos de la importancia crucial de fomentar esta relación, comprometiéndonos a una colaboración más profunda y decisiva, no sólo en el ámbito de la teología, sino también en la oración y en la cooperación activa a nivel de las comunidades locales, con vistas a compartir la comunión plena y las expresiones concretas de unidad. Instamos a nuestros fieles a trabajar en armonía por la promoción de los valores

cristianos en la sociedad, que contribuyen eficazmente a la construcción de una civilización de la justicia, la paz y la solidaridad humana. El camino de la reconciliación y de la fraternidad está abierto ante nosotros. Que el Espíritu Santo, que nos guía hacia la verdad plena (Juan 16,13), nos sostenga en todos los esfuerzos genuinos para construir puentes de amor y de comunión entre nosotros. Desde la Santa Etchmiadzin hacemos un llamado a todos nuestros fieles a unirse a

nosotros en la oración con la
plegaria de San Nerses
Shnorhali: "Glorioso Señor,
acepta las súplicas de tus
siervos, y cumple
misericordiosamente nuestras
peticiones, por intercesión de la
Santa Madre de Dios, de San
Juan Bautista, del primer
mártir San Esteban, de San
Gregorio nuestro Iluminador, de
los santos Apóstoles, Profetas,
Teólogos, Mártires, Patriarcas,
Ermitaños, Vírgenes y de todos
tus Santos en el cielo y en la
tierra. Y a Ti, oh Santa e
Indivisible Trinidad, sea gloria y

adoración por los siglos de los siglos. Amén".

Santa Etchmiadzin, 26 de junio de 2016.

Su Santidad Francisco.

Su Santidad Karekin II

28 de junio de 2016. Palabras del Santo Padre Francisco en la conmemoración del 65 aniversario de la ordenación sacerdotal del papa emérito Benedicto XVI.

Martes.

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO.

PALABRAS DEL PAPA EMÉRITO BENEDICTO XVI.

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO.

Santidad:

Hoy festejamos la historia de

una llamada que inició hace sesenta y cinco años con Su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en la catedral de Frisinga el 29 de junio de 1951. Pero, ¿cuál es la nota de fondo que recorre esta larga historia y que desde aquel primer inicio hasta hoy la domina cada vez más?

En una de las muchas bonitas páginas que usted dedica al sacerdocio destaca cómo, en la hora de la llamada definitiva de Simón, Jesús, mirándolo, en el fondo sólo le pregunta una cosa: «¿Me amas?». ¡Cuán

bonito y verdadero es esto!
Porque es aquí, nos dice usted,
en ese «¿me amas?» donde el
Señor funda el apacentar,
porque sólo si existe el amor al
Señor Él puede apacentar a
través de nosotros: «Señor, tú
lo sabes todo, tú sabes que te
amo» (cf. *Jn* 21, 15-19). Es
esta la nota que domina una
vida entera entregada al
servicio sacerdotal y a la
teología, que usted no por
casualidad definió como «*la
búsqueda del amado*»; es esto
lo que usted siempre ha
testimoniado y testimonia aún

hoy: que lo decisivo en nuestras jornadas —de sol o de lluvia—, aquello de lo cual se desprende todo el resto, es que el Señor esté verdaderamente presente, que lo deseemos, que interiormente estemos cerca de Él, que lo amemos, que de verdad creamos profundamente en Él y creyendo lo amemos de verdad. Es esta forma de amar la que nos llena el corazón, este creer es lo que nos hace caminar seguros y tranquilos sobre las aguas, incluso en medio de la tempestad, precisamente como le sucede a

Pedro. Este amar y este creer es lo que nos permite mirar al futuro no con miedo o nostalgia, sino con alegría, incluso en la edad ya avanzada de nuestra vida.

Y así, precisamente viviendo y testimoniando hoy de un modo tan intenso y luminoso esta única cosa verdaderamente decisiva —tener la mirada y el corazón orientado a Dios—, usted, Santidad, sigue sirviendo a la Iglesia, no deja de contribuir verdaderamente con vigor y sabiduría a su crecimiento; y lo hace desde

ese pequeño Monasterio *Mater Ecclesiae* en el Vaticano que se revela de ese modo como algo distinto a uno de esos rinconcitos olvidados en los cuales la cultura del descarte de hoy tiende a relegar a las personas cuando, con la edad, sus fuerzas disminuyen. Es todo lo contrario. Y esto permita que lo diga con fuerza su sucesor que eligió llamarse Francisco. Porque el camino espiritual de san Francisco inició en San Damián, pero el verdadero lugar amado, el corazón pulsante de la Orden,

allí donde la fundó y donde, al final, entrega su vida a Dios, fue la Porciúncula, la «pequeña porción», el rinconcito junto a la Madre de la Iglesia; junto a María que, por su fe tan firme y por su forma tan íntegra de vivir de amor y en el amor con el Señor, todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Así, la Providencia quiso que usted, querido hermano, llegase a un lugar, por decirlo así, precisamente «franciscano», del cual emana una tranquilidad, una paz, una

fuerza, una confianza, una madurez, una fe, una entrega y una fidelidad que me hacen mucho bien y nos dan mucha fuerza a mí y a toda la Iglesia. Y me permito decir también que de usted viene un sano y alegre sentido del humor. La felicitación con la cual deseo concluir es una felicitación que dirijo a usted y al mismo tiempo a todos nosotros y a toda la Iglesia: que usted, Santidad, pueda seguir sintiendo la mano del Dios misericordioso que lo sostiene, que pueda experimentar y

testimoniarnos el amor de Dios; y que, con Pedro y Pablo, pueda seguir exultando con gran alegría mientras camina hacia la meta de la fe (cf. *1 P* 1, 8-9; *2 Tm* 4, 6-8).

PALABRAS DEL PAPA EMÉRITO
BENEDICTO XVI.

*Santo Padre, queridos
hermanos:*

Hace sesenta y cinco años, un hermano que fue ordenado conmigo decidió escribir en el recordatorio de la primera misa, además del nombre y las fechas, sólo una palabra, en

griego: *Eucharistòmen*, convencido de que con esta palabra, en sus muchas dimensiones, ya está dicho todo lo que se puede decir en este momento. *Eucharistòmen* dice un gracias humano, gracias a todos. Gracias sobre todo a usted, Santo Padre. Su bondad, desde el primer momento de la elección, en cada momento de mi vida aquí, me admira, me hace partícipe realmente, interiormente. Más que los jardines vaticanos, con su belleza, es su bondad el lugar donde vivo: me siento

protegido. Gracias también por la palabra de agradecimiento, por todo. Y esperamos que usted pueda seguir adelante con todos nosotros por esta senda de la misericordia divina, mostrando el camino de Jesús, hacia Jesús, hacia Dios.

Gracias también a usted, eminencia [cardenal Sodano], por sus palabras que han tocado verdaderamente el corazón: *Cor ad cor loquitur*. Usted ha recordado tanto la hora de mi ordenación sacerdotal como mi visita en 2006 a Frisinga, donde reviví

esto. Sólo puedo decir que así, con estas palabras, usted ha interpretado lo esencial de mi visión del sacerdocio, de mi obrar. Le agradezco la relación de amistad que desde hace mucho tiempo continúa hasta ahora, de tejado a tejado [se refiere a sus casas que están ubicadas en la misma línea y están cerca]: es casi presente y tangible.

Gracias, cardenal Müller, por el trabajo que hace para la presentación de mis textos sobre el sacerdocio, con los cuales trato de ayudar también

a mis hermanos a entrar siempre de nuevo en el misterio donde el Señor se entrega en nuestras manos. Eucharistòmen: en aquel momento el amigo [Rupert] Berger quería mencionar no sólo la dimensión del agradecimiento humano, sino naturalmente la palabra más profunda que se esconde, que se hace presente en la liturgia, en la Escritura, en las palabras *gratias agens benedixit fregit deditque*. Eucharistoùmen nos remite a esa realidad de dar

gracias, a esa nueva dimensión dada por Cristo. Él transformó en acción de gracias, y así en bendición, la cruz, el sufrimiento, todo el mal del mundo. Y así, fundamentalmente, transubstanció la vida y el mundo; y nos dio y nos da cada día el pan de la vida verdadera, que supera los límites del mundo gracias a la fuerza de su amor.

Al final, queremos entrar en este «gracias» del Señor, y así recibir realmente la novedad de la vida y ayudar en la

transubstanciación del mundo:
que no sea un mundo de
muerte, sino de vida; un
mundo en el cual el amor ha
vencido la muerte. Gracias a
todos vosotros. Que el Señor
nos bendiga a todos.
Gracias, Santo Padre.

29 de junio de 2016. Homilía en la Santa misa y bendición de los palios para los nuevos arzobispos metropolitanos en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

Miércoles.

La Palabra de Dios de esta liturgia contiene un binomio central: *cierre - apertura*. A esta imagen podemos unir el símbolo de las llaves, que Jesús promete a Simón Pedro para que pueda *abrir* la entrada al Reino de los cielos, y

no *cerrarlo* para la gente, como hacían algunos escribas y fariseos hipócritas a los que Jesús reprende (cf. *Mt* 23, 13). La lectura de los Hechos de los Apóstoles (*Hch* 12,1-11) nos presenta *tres encierros*: el de Pedro en la cárcel; el de la comunidad reunida en oración; y –en el contexto cercano de nuestro pasaje– el de la casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde Pedro va a llamar después de haber sido liberado.

Con respecto a los encierros, *la oración* aparece como la

principal vía de salida: salida de la comunidad, que corre el peligro de encerrarse en sí misma debido a la persecución y al miedo; salida para Pedro, que al comienzo de su misión que le había sido confiada por el Señor, es encarcelado por Herodes, y corre el riesgo de ser condenado a muerte. Y mientras Pedro estaba en la cárcel, «la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Y el Señor responde a la oración y le envía a su ángel para liberarlo, «arrancándolo de la mano de

Herodes» (cf. *Hch* 11). La oración, como humilde abandono en Dios y en su santa voluntad, es siempre una forma de salir de nuestros encierros personales y comunitarios. Es la gran vía de salida de los encerramientos.

También *Pablo*, escribiendo a Timoteo, habla de su experiencia de liberación, la salida del peligro de ser, él también, condenado a muerte; en cambio, el Señor estuvo cerca de él y le dio fuerzas para que pudiera llevar a cabo su trabajo de evangelizar a los

gentiles (cf. 2 *Tm* 4,17). Pero Pablo habla de una «apertura» mucho mayor, hacia un horizonte infinitamente más amplio: el de la vida eterna, que le espera después de haber terminado la «carrera» terrena. Es muy bello ver la vida del Apóstol *toda* «*en salida*» *gracias al Evangelio*: toda proyectada hacia adelante, primero para llevar a Cristo a cuantos no le conocen, y luego para saltar, por así decirlo, en sus brazos, y ser llevado por él que lo salvará llevándolo a su reino celestial.» (cf. 2 *Tm* 4,18).

Volvamos a *Pedro*. El relato Evangélico (*Mt 16,13-19*) de su profesión de fe y la consiguiente misión confiada por Jesús nos muestra que la vida de Simón, pescador de Galilea –como la vida de cada uno de nosotros– *se abre*, florece plenamente cuando acoge de Dios la gracia de la fe. Entonces, Simón se pone en el camino –un camino largo y duro– que le llevará a *salir* de sí mismo, de sus seguridades humanas, sobre todo de su orgullo mezclado con valentía y con generoso altruismo. En

este su camino de liberación, es decisiva *la oración* de Jesús: «yo he pedido por ti (Simón), para que tu fe no se apague» (Lc 22,32). Es igualmente decisiva *la mirada llena de compasión* del Señor después de que Pedro le hubiera negado tres veces: una mirada que toca el corazón y disuelve las lágrimas de arrepentimiento (cf. Lc 22,61-62). Entonces Simón Pedro *fue liberado de la prisión de su ego orgulloso, de su ego miedoso*, y superó la tentación de cerrarse a la llamada de Jesús a seguirle por

el camino de la cruz.

Como ya he dicho, en el contexto inmediato del pasaje de los Hechos de los Apóstoles, hay un detalle que nos puede hacer bien resaltar (cf. *Hch* 12,12-17). Cuando Pedro se encuentra milagrosamente libre, fuera de la prisión de Herodes, va a la casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marcos. Llama a la puerta, y desde dentro responde una sirvienta llamada Rode, la cual, reconociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir la puerta, incrédula y llena de

alegría corre a contárselo a su señora. El relato, que puede parecer cómico –y que puede dar inicio al así llamado «complejo de Rode»–, nos hace percibir el clima de miedo en el que vivía la comunidad cristiana, que permanecía encerrada en la casa, y cerrada también a las sorpresas de Dios. Pedro llama a la puerta. «Y fíjate», hay miedo, hay alegría, «¿abrimos?, ¿no abrimos?», mientras él está corriendo peligro, pues la policía puede cogerlo. Pero el miedo nos paraliza, nos

paraliza siempre, nos cierra, nos cierra a las sorpresas de Dios Este particular nos habla de la tentación que existe siempre para la Iglesia: de *cerrarse en sí misma* de cara a los peligros. Pero incluso aquí hay un resquicio a través del cual puede pasar a la acción de Dios: dice Lucas que en aquella casa, «había muchos *reunidos en oración*» (Hch 12,12). La oración permite a la gracia abrir una vía de salida: del cerramiento a la apertura, del miedo a la valentía, de la tristeza a la alegría. Y podemos

*añadir, de la división a la
unidad.* Sí, lo decimos hoy
junto a nuestros hermanos de
la delegación enviada por el
querido Patriarca Ecuménico
Bartolomé, para participar en la
fiesta de los Santos Patronos de
Roma. Una fiesta de comunión
para toda la Iglesia, como pone
de manifiesto la presencia de
los Arzobispos Metropolitanos
venidos para la bendición de
Palios, que les serán impuestos
por mis Representantes en sus
respectivas sedes.

Que los santos Pedro y Pablo
intercedan por nosotros, para

que podamos hacer este camino con la alegría, experimentar la acción liberadora de Dios y testimoniarla a todos.

29 de junio de 2016.
ÁNGELUS.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Celebramos hoy la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, alabando a Dios por su predicación y su testimonio.

Sobre la fe de estos dos Apóstoles se funda la Iglesia de Roma, que desde siempre los venera como patronos. Pero toda la Iglesia universal los mira con admiración,

considerándolos dos columnas y dos grandes luces que brillan no sólo en el cielo de Roma, sino en el corazón de los creyentes de Oriente y de Occidente.

En el relato de la misión de los Apóstoles, el Evangelio nos dice que Jesús los envió de dos en dos (cf. *Mt* 10, 1; *Lc* 10, 1). En cierto sentido también Pedro y Pablo, desde Tierra Santa, fueron enviados hasta Roma para predicar el Evangelio. Eran dos hombres muy distintos uno del otro: Pedro un «humilde pescador», Pablo

«maestro y doctor», como dice la liturgia de hoy. Pero si aquí en Roma conocemos a Jesús, y si la fe cristiana es parte viva y fundamental del patrimonio espiritual y de la cultura de este territorio, todo ello se debe a la valentía apostólica de estos dos hijos del Cercano Oriente. Ellos, por amor a Cristo, dejaron su patria y, sin preocuparse demasiado por las dificultades del largo viaje, los riesgos y las desconfianzas que encontrarían, llegaron a Roma. Aquí se hicieron anunciadores y testigos del Evangelio entre la

gente, y sellaron con el martirio su misión de fe y de caridad.

Pedro y Pablo hoy vuelven idealmente entre nosotros, recorren las calles de esta ciudad, llaman a la puerta de nuestras casas, pero sobre todo de nuestro corazón. Quieren traer una vez más a Jesús, su amor misericordioso, su consuelo, su paz. ¡Tenemos tanta necesidad de esto!

¡Acojamos su mensaje!

¡Aprendamos de su testimonio!

La fe pura y firme de Pedro, el corazón grande y universal de

Pablo nos ayudarán a ser cristianos alegres, fieles al Evangelio y abiertos al encuentro con todos.

Durante la santa misa en la basílica de San Pedro, hoy por la mañana bendije los palios de los arzobispos metropolitanos nombrados en este último año, provenientes de diversos países.

Renuevo mi saludo y mi felicitación a ellos, a los familiares y a quienes los han acompañado en esta peregrinación; y los aliento a proseguir con alegría su misión

al servicio del Evangelio, en comunión con toda la Iglesia y especialmente con la Sede de Pedro, como lo expresa el signo del palio.

En la misma celebración acogí con alegría y afecto a los miembros de la delegación llegada a Roma en nombre del Patriarca Ecuménico, el querido hermano Bartolomé. También esta presencia es signo de los fraternos vínculos existentes entre nuestras Iglesias.

Recemos para que se refuercen cada vez más los lazos de comunión y el testimonio

común.

A la Virgen María, *Salus Populi Romani*, confiamos hoy el mundo entero, y en particular esta ciudad de Roma, para que pueda encontrar siempre en los valores espirituales y morales que posee, en abundancia, el fundamento de su vida social y de su misión en Italia, en Europa y en el mundo.

Después del Ángelus:

Al terminar la oración mariana, el Pontífice recordó a las y luego saludó a los distintos grupos presentes.

Queridos hermanos y

hermanas:

Ayer por la noche, en Estambul, se llevó a cabo un atroz ataque terrorista que ha matado y herido a muchas personas. Oremos por las víctimas, los familiares y el querido pueblo turco.

Que el Señor convierta el corazón de los violentos y sostenga nuestros pasos por el camino de la paz.

Oremos todos en silencio. [Un momento de silencio] *Ave María...*

Hace poco ha terminado, en Roma, la Conferencia

internacional sobre las inversiones responsables de impacto social titulada: «Hacer del Año de la Misericordia un año de impacto para los pobres».

Que las inversiones privadas, junto a las públicas, favorezcan la superación de la pobreza de tantas personas marginadas.

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros, grupos parroquiales, asociaciones y fieles procedentes de Italia y de muchas partes del mundo, especialmente de España, Ucrania y China. Saludo a los

estudiantes de las escuelas católicas de Londres y Estados Unidos, y a las Hermanas de la USMI de Lombardía.

Mi saludo va hoy dirigido sobre todo a los fieles de Roma, en la festividad de los santos Pedro y Pablo, patronos de la ciudad.

Con este motivo la «Pro Loco» de Roma ha promovido la tradicional alfombra de flores, realizada por distintos artistas y voluntarios del servicio civil. ¡Gracias por esta iniciativa y por las hermosas representaciones florales! Y deseo recordar también el

espectáculo pirotécnico que tendrá lugar esta noche en Plaza del Popolo, cuya recaudación servirá para sostener las obras de caridad en Tierra Santa y países de Oriente Próximo.

¡Os deseo a todos una feliz fiesta, la fiesta de los patronos de Roma! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo! ¡Hasta la vista!

30 de junio de 2016. Audiencia jubilar. La misericordiosa como un estilo de vida.

Jueves.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

¡Cuántas veces, durante estos primeros meses del Jubileo, hemos escuchado hablar de las *obras de misericordia*! Hoy el Señor nos invita a hacer un serio examen de conciencia. Es bueno, en efecto, no olvidar nunca que la misericordia no es una palabra abstracta, sino un

estilo de vida: una persona puede ser misericordiosa o puede no ser misericordiosa; es un estilo de vida. Yo elijo vivir como misericordioso o elijo vivir como no misericordioso. Una cuestión es *hablar* de misericordia, otra es *vivir* la misericordia. Parafraseando las palabras de Santiago apóstol (cf. *Sat* 2, 14-17) podríamos decir: *la misericordia sin las obras está muerta en sí misma*. ¡Es precisamente así! Lo que hace viva la misericordia es su constante dinamismo para ir al encuentro de las carencias y las

necesidades de quienes viven en pobreza espiritual y material. La misericordia tiene ojos para ver, oídos para escuchar, manos para levantar...

La vida cotidiana nos permite tocar con la mano muchas exigencias que afectan a las personas más pobres y con más pruebas. A nosotros se nos pide esa atención especial que nos conduce a *darnos cuenta* del estado de sufrimiento y necesidad en el que se encuentran muchos hermanos y hermanas. A veces pasamos

ante situaciones de dramática pobreza y parece que no nos afectan; todo sigue como si no pasara nada, en una indiferencia que al final nos convierte en hipócritas y, sin que nos demos cuenta de ello, desemboca en una forma de letargo espiritual que hace insensible el ánimo y estéril la vida. La gente que pasa, que sigue adelante en la vida sin darse cuenta de las necesidades de los demás, sin ver muchas necesidades espirituales y materiales, es gente que pasa sin vivir, es

gente que no sirve a los demás. Recordadlo bien: quien no vive para servir, no sirve para vivir. ¡Cuántos son los aspectos de la misericordia de Dios hacia nosotros! Del mismo modo, cuántos rostros se dirigen a nosotros para obtener misericordia. Quien ha experimentado en la propia vida la misericordia del Padre no puede permanecer insensible ante las necesidades de los hermanos. La enseñanza de Jesús que hemos escuchado no admite vías de escape: Tuve hambre y me disteis de comer;

tuve sed y me disteis de beber; estaba desnudo, refugiado, enfermo, en la cárcel y me ayudasteis (cf. *Mt* 25, 35-36). No se puede pasar de largo ante una persona que tiene hambre: es necesario darle de comer. ¡Jesús nos dice esto! Las obras de misericordia no son temas teóricos, sino que son testimonios concretos. Obligan a arremangarse para aliviar el sufrimiento.

A causa de los cambios de nuestro mundo globalizado, algunas pobreza materiales y espirituales se han

multiplicado: por lo tanto, dejemos espacio a la fantasía de la caridad para encontrar nuevas modalidades de acción. De este modo la vía de la misericordia se hará cada vez más concreta. A nosotros, pues, se nos pide permanecer vigilantes como centinelas, para que no suceda que, ante las pobrezas producidas por la cultura del bienestar, la mirada de los cristianos se debilite y llegue a ser incapaz de ver lo esencial. Ver lo esencial. ¿Qué significa? Ver a Jesús, ver a Jesús en el hambriento, en

quien está en la cárcel, en el enfermo, en el desnudo, en el que no tiene trabajo y debe sacar adelante una familia. Ver a Jesús en estos hermanos y hermanas nuestros; ver a Jesús en quien está solo, triste, en el que se equivoca y necesita un consejo, en el que necesita hacer camino con Él en silencio para que se sienta acompañado. Estas son las obras que Jesús nos pide a nosotros. Ver a Jesús en ellos, en esta gente. ¿Por qué? Porque es así como Jesús me mira a mí, como nos mira a

todos nosotros.

* * *

Ahora pasemos a otra cosa. Los días pasados el Señor me concedió visitar Armenia, la primera nación que abrazó el cristianismo, a inicios del siglo IV. Un pueblo que, en el curso de su larga historia, ha testimoniado la fe cristiana con el martirio. Doy gracias a Dios por este viaje, y estoy muy agradecido con el presidente de la República armenia, con el catholicós Karekin II, el patriarca y los obispos católicos, y con todo el pueblo

armenio por haberme acogido como peregrino de fraternidad y de paz.

Dentro de tres meses realizaré, si Dios quiere, otro viaje a Georgia y Azerbaiyán, otros dos países de la región caucásica. Acogí la invitación a visitar estos países por un doble motivo: por una parte valorizar las antiguas raíces cristianas presentes en aquellas tierras —siempre con espíritu de diálogo con las demás religiones y culturas— y por otra alentar esperanzas y senderos de paz. La historia

nos enseña que el camino de la paz requiere una gran tenacidad y continuos pasos, comenzando por los pequeños, haciéndolos crecer poco a poco, yendo uno al encuentro del otro. Precisamente por esto mi deseo es que todos y cada uno den su propia aportación para la paz y la reconciliación. Como cristianos estamos llamados a reforzar entre nosotros la comunión fraterna, para dar testimonio del Evangelio de Cristo y para ser levadura de una sociedad más justa y solidaria. Por ello toda

la visita fue compartida con el Supremo Patriarca de la Iglesia Apostólica armenia, quien me acogió fraternalmente durante tres días en su casa.

Renuevo mi abrazo a los obispos, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos y a todos los fieles de Armenia.

Que la Virgen María, nuestra Madre, les ayude a permanecer firmes en la fe, abiertos al encuentro y generosos en las obras de misericordia.

Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española,
provenientes de España y
Latinoamérica. Que María,
Madre de Misericordia, nos
ayude a dar espacio a la
fantasía de la caridad para que
el camino de la misericordia
sea cada vez más concreto.
Muchas gracias.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Julio.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

3 de julio de 2016. ÁNGELUS.

5 de julio de 2016.

Videomensaje con ocasión de la
campaña de caritas
internationalis por la paz en
Siria.

6 de julio de 2016. Discurso a
una peregrinación de pobres de
las diócesis francesas de la
provincia de Lyon.

10 de julio de 2016.

ÁNGELUS.

17 de julio de 2016.

ÁNGELUS.

19 de julio de 2016.

Videomensaje con ocasión del

viaje apostólico a Polonia.

24 de julio de 2016.

ÁNGELUS.

26 de julio de 2016.

Videomensaje a los jóvenes de
la diócesis de Brownsville,
Texas (EE UU)

27 de julio de 2016. Saludo a
los periodistas durante el vuelo
a Cracovia. (JMJ)

27 de julio de 2016. Discurso
en el encuentro con las
autoridades, la sociedad civil y
el cuerpo diplomático. (JMJ)

27 de julio de 2016. Dialogo
en una conexión audiovisual
con los jóvenes italianos que

participan en la JMJ, reunidos en el santuario san Juan Pablo II. (JMJ)

27 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado. (JMJ)

28 de julio de 2016. Discurso en la ceremonia de acogida de los jóvenes. (JMJ)

28 de julio de 2016. Homilía en la Santa Misa con ocasión del 1050 aniversario del bautismo de la Polonia. (JMJ)

28 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado. (JMJ)

29 de julio de 2016.

Videomensaje a los jóvenes cubanos reunidos en la Habana en preparación a la JMJ de Cracovia.

29 de julio de 2016. Discurso en la visita al hospital pediátrico universitario (uch) (JMJ)

29 de julio de 2016. Discurso en el vía crucis con los jóvenes. (JMJ)

29 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado. (JMJ)

30 de julio de 2016. Palabras en la visita al santuario de la Divina Misericordia.

30 de julio de 2016. Oración en la visita a la basílica de san Francisco. (JMJ)

30 de julio de 2016. Homilía en la Santa Misa con sacerdotes, religiosas, religiosos, consagrados y seminaristas polacos. (JMJ)

30 de julio de 2016. Discurso en la vigilia de oración con los jóvenes. (JMJ)

31 de julio de 2016. Homilía en la santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud. (JMJ)

31 de julio de 2016.
ÁNGELUS. (JMJ)

31 de julio de 2016. Saludo desde la ventana del arzobispado. (JMJ)

31 de julio de 2016. Discurso en el encuentro con los voluntarios de la JMJ, con el comité organizador y los benefactores. (JMJ)

31 de julio de 2016. Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma. (JMJ)

3 de julio de 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y hermanas
¡buenos días!*

La página evangélica de hoy, tomada del décimo capítulo del Evangelio de Lucas (*Lc 10, 1-12. 17-20*), nos hace comprender cuán necesario es invocar a Dios «el Señor de la mies, para que envíe obreros para su mies» (*Lc 10, 2*). Los «obreros» de los que habla Jesús son los misioneros del Reino de Dios, a los que Él

mismo llamaba y enviaba «de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde Él debía ir». (*Lc 10, 1*). Su tarea es anunciar un mensaje de salvación dirigido a todos los misioneros, que anuncian siempre un mensaje de salvación a todos, no sólo a los misioneros que van lejos, también a nosotros misioneros cristianos que decimos una palabra buena de salvación. Y éste es el don que nos da Jesús con el Espíritu Santo. Este anuncio es el de decir: «El

Reino de Dios está cerca de ustedes». (Lc 10, 9). En efecto, Jesús ha «acercado» a Dios a nosotros; en Jesús, Dios reina en medio de nosotros, su amor misericordioso vence el pecado y la miseria humana.

Y ésta es la Buena Noticia que los «obreros» deben llevar a todos: un mensaje de esperanza y de consolación, de paz y de caridad. Jesús, cuando envía a sus discípulos para que lo precedan en las aldeas, les recomienda: «Digan primero: «¡Que descienda la paz sobre esta casa!»... «Curen a sus

enfermos» (*Lc 10, 5. 9*) Todo ello quiere decir que el Reino de Dios se construye día a día y ofrece ya en esta tierra sus frutos de conversión, de purificación, de amor y de consolación entre los hombres. ¡Es una cosa linda! Construir día tras día este Reino de Dios que se va haciendo. No destruir, construir.

¿Con qué espíritu el discípulo de Jesús deberá desarrollar esta misión? Ante todo, deberá tener conciencia de la realidad difícil y a veces hostil que le espera. Jesús no ahorra

palabras sobre esto. Jesús dice: «Yo los envío como a ovejas en medio de lobos» (*Lc 10, 3*). Clarísimo. La hostilidad que está desde siempre, desde el comienzo de las persecuciones de los cristianos, porque Jesús sabe que la misión está obstaculizada por la obra del maligno. Por ello, el obrero del Evangelio se esforzará en estar libre de condicionamientos humanos de todo tipo, no llevando ni dinero, ni alforja, ni calzado (cfr. *Lc 10, 4*), como ha recomendado Jesús, para confiar sólo en el poder de la

Cruz de Cristo. Ello significa abandonar todo motivo de vanagloria personal, de arribismo, de fama, de poder, y ser instrumentos humildes de la salvación obrada por el sacrificio de Jesús.

La misión del cristiano en el mundo es una misión estupenda, es una misión destinada a todos, una misión de servicio sin excluir a nadie; requiere mucha generosidad y sobre todo elevar la mirada y el corazón, para invocar la ayuda del Señor. Hay tanta necesidad de cristianos que testimonien

con alegría el Evangelio en la vida de cada día. Los discípulos enviados por Jesús «volvieron llenos de alegría» (*Lc 10, 17*). Cuando hacemos esto, el corazón se llena de alegría. Y esta expresión me hace pensar en cómo se alegra la Iglesia, se alegra cuando sus hijos reciben la Buena Noticia gracias a la dedición de tantos hombres y mujeres que cotidianamente anuncian el Evangelio: sacerdotes, esos buenos párrocos que todos conocemos, religiosas, consagradas, misioneras, misioneros, y me

pregunto, escuchen la pregunta: ¿cuántos de ustedes jóvenes, que ahora están presentes, hoy, en la plaza, sienten la llamada del Señor para seguirlo? ¡No tengan miedo! Sean valientes y lleven a los otros esta antorcha del celo apostólico que nos ha sido dada por estos ejemplares discípulos.

Roguemos al Señor, por intercesión de la Virgen María, para que no falten nunca en la Iglesia corazones generosos, que trabajen para llevar a todos el amor y la ternura del

Padre celeste».

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso mi cercanía a los familiares de las víctimas y de los heridos del atentado que se registró ayer en Dacca. Y también ante lo sucedido en Bagdad. Recemos juntos por ellos, por los difuntos y pidamos al Señor que convierta el corazón de los violentos obcecados por el odio.

Dios te Salve María...

Saludo a todos los fieles de

Roma y peregrinos que llegaron de Italia y de distintos países. En particular al grupo de Bérgamo guiado por su obispo. Los bergamascos no han ahorrado para el cartel, ¡se ve bien! Y a los de Braganca-Miranda (Portugal); a las monjas Misioneras del Sagrado Corazón que vinieron desde Corea con algunos fieles; a los jóvenes de Ibiza que se preparan para la Confirmación; y al grupo de peregrinos venezolanos. Quiero saludar también a mis compatriotas de La Rioja, de Chilecito: ¡se ve

bien la bandera allí!

Saludo a algunas

peregrinaciones especiales, en el signo de la misericordia: el de los fieles de Ascoli Piceno, que llegaron a pie a lo largo de la antigua vía Salaria; el de los socios de la Federación italiana de turismo ecuestre, que vinieron a caballo, incluso algunos desde Cracovia; a los que vinieron en bicicleta y motocicleta desde Cardito (Nápoles).

Saludo por último, a la Asociación «Bricciole di speranza di Carla Zichetti», la

familia Camiliana laica, la escuela jardín de Verdellino, a los jóvenes de Albino y Desenzano, y a los de Sassari. En el Año Santo de la Misericordia me complace recordar que el próximo miércoles celebraremos la memoria de Santa María Goretti, la niña mártir que antes de morir perdonó a su asesino . ¡Esta chica valiente merece un aplauso de toda la plaza!

Les deseo un buen domingo. Por favor, no se olviden de rezar por mí! ¡Buen almuerzo y

hasta la vista!

5 de julio de 2016.

Videomensaje con ocasión de la campaña de caritas internationalis por la paz en Siria.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablaros de algo que entristece mucho mi corazón: la guerra en Siria, que ya entró en su quinto año. Es una situación de sufrimiento indescriptible, cuya víctima es el pueblo sirio, obligado a sobrevivir bajo las bombas o buscando vías de evacuación a

otros países o áreas de Siria, menos desgarradas por la guerra: abandonan sus hogares, todo... También pienso en las comunidades cristianas, a las que mando todo mi apoyo, a causa de la discriminación que tienen que soportar. Me gustaría hacer aquí una exhortación a todos los fieles y a todos aquellos que están comprometidos con Caritas, en la construcción de una sociedad más justa. Mientras que el pueblo sufre, una increíble cantidad de dinero se gasta para proporcionar armas a los

combatientes. Y algunos de los países proveedores de estas armas también se encuentran entre los que hablan de paz. ¿Cómo se puede creer en quienes con la mano derecha te acarician y te golpean con la izquierda?

Animo a todos, adultos y jóvenes, a vivir con entusiasmo este Año de la Misericordia para vencer a la indiferencia y proclamar con fuerza que la paz en Siria es posible! ¡La paz en Siria es posible!

Por eso, somos llamados a encarnar esta Palabra de

Dios: *"Porque yo sé muy bien lo que haré por ustedes; les quiero dar paz y no desgracia y un porvenir lleno de esperanza - palabra de Yavé"* (Jeremías 29, 11).

Les invito a orar por la paz en Siria y por su pueblo, en ocasión de vigiliass de oración, de iniciativas de sensibilización en grupos, en parroquias y comunidades, para difundir un mensaje de paz, un mensaje de unidad y esperanza.

Que a la oración, sigan luego obras de paz. Les invito que se dirijan a aquellos que están

involucrados en las negociaciones de paz, para que tomen en serio estos acuerdos y se comprometen a facilitar el acceso a la ayuda humanitaria. Todo el mundo debe reconocer que no existe una solución militar para Siria: sólo una política. Por lo tanto, la comunidad internacional debe apoyar las conversaciones de paz para construir un gobierno de unidad nacional.

Unamos fuerzas, a todos los niveles, para asegurarnos de que la paz sea posible en la amada Siria.

¡Esto sí que será un grandioso ejemplo de misericordia y amor vivido por el bien de toda la comunidad internacional!

¡Que el Señor les bendiga y la Virgen les guarde!

Gracias.

6 de julio de 2016. Discurso a una peregrinación de pobres de las diócesis francesas de la provincia de Lyon.

Miércoles.

Queridos amigos:

Estoy muy contento de acogerles. Cualquiera que sea su condición, su historia, el peso que llevan, es Jesús quien nos reúne entorno a sí. Si algo tiene Jesús, es precisamente la capacidad de acoger. Él acoge a cada uno así como es. En Él somos hermanos, y yo quisiera

que ustedes sintieran cuánto son bienvenidos; su presencia es importante para mí, y también es importante que ustedes estén en casa.

Con los responsables que les acompañan, ustedes dan un bello testimonio de fraternidad evangélica en este caminar juntos en peregrinación. En efecto, ustedes vinieron acompañándose unos a otros. Unos, ayudándoles generosamente, ofreciendo medios y tiempo para hacerles venir; y ustedes regalándoles, regalándonos, regalándome a

mí, a Jesús mismo.

Porque Jesús quiso compartir su condición: se hizo, por amor, uno de ustedes: despreciado por los hombres, olvidado, alguien que no cuenta para nada. Cuando les toca probar todo esto, no olviden que también Jesús lo probó como ustedes. Es la prueba de que son preciosos a sus ojos, y que Él está a su lado. Están ustedes *en el corazón de la Iglesia*, como decía el Padre Giuseppe Wresinski, porque Jesús, en su vida, siempre ha dado prioridad a personas que

eran como ustedes, que vivían en situaciones semejantes. Y la Iglesia, que ama y prefiere lo que Jesús ha amado y preferido, no puede estar tranquila hasta que no haya llegado a todos los que experimentan el rechazo, la exclusión y que no cuentan para nadie. *En el corazón de la Iglesia*, ustedes nos dejan encontrar a Jesús, porque nos hablan de Él, no tanto con las palabras como con toda su vida. Y testimonian la importancia de los pequeños gestos, asequibles a de todos,

que contribuyen a construir la paz, recordándonos que somos hermanos, y que Dios es Padre de todos nosotros.

Me viene a la mente intentar imaginar qué pensaría la gente cuando ha visto a María, José y Jesús por las calles, huyendo en Egipto. Ellos eran pobres, pasaban tribulaciones a causa de las persecuciones: pero ahí estaba Dios.

Queridos acompañantes, quiero agradecerles todo lo que hacen, fieles a la institución del Padre Giuseppe Wresinski, que quería partir *de la vida compartida*, y

no de teorías abstractas. Las teorías abstractas nos llevan a las ideologías y las ideologías nos llevan a negar que Dios se ha hecho carne, uno de nosotros. Porque es *la vida compartida* con los pobres lo que nos transforma y nos convierte. Y piensen bien en esto. Ustedes no sólo salen a su encuentro, —también al encuentro de quien se avergüenza y se esconde—, no sólo caminan con ellos, esforzándose por comprender su sufrimiento, por entrar en su disposición [de ánimo]; sino

que ustedes se esfuerzan por entrar en su desesperación. Además, *suscitan entorno a ellos una comunidad*, restituyéndoles de ese modo una existencia, una identidad, una dignidad. Y el Año de la Misericordia es la ocasión para redescubrir y vivir esta dimensión de solidaridad, fraternidad, ayuda y apoyo recíproco.

Queridos hermanos, les pido sobre todo que mantengan el coraje en medio de sus angustias, para conservar la alegría de la esperanza. Que

esa llama que habita en ustedes no se apague. Porque nosotros creemos en un Dios que repara todas las injusticias, que consuela todas las penas y que sabe recompensar a cuantos mantienen la fe en Él. En espera de aquel día de paz y luz, su contribución es esencial para la Iglesia y para el mundo: ustedes son testigos de Cristo, son intercesores ante Dios que escucha, de modo particular, sus oraciones. Ustedes me pedían recordar a la Iglesia de Francia que Jesús sufre a la puerta de nuestras

iglesias si no hay pobres... «Los tesoros de la Iglesia son los pobres», decía el diácono romano Lorenzo. Y, por último, quiero pedirles un favor, más que un favor, darles una misión: una misión que solamente ustedes, en su pobreza, son capaces de realizar. Me explico: Jesús, algunas veces, ha sido muy severo y ha reprochado fuertemente a personas que no acogían el mensaje del Padre. Y así como Él pronunció la hermosa palabra «bienaventurados» refiriéndose

a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, a los que son odiados y perseguidos, también dijo otra, que, dicha por Él da miedo. Dijo: «ay de ustedes». Y lo dijo a los ricos, a los saciados, a los que ahora ríen, a los que les gusta ser adulados, a los hipócritas. Les doy la misión de rezar por ellos, para que el Señor cambie su corazón. Les pido también rezar por los culpables de su pobreza, para que se conviertan. Rezar por tantos ricos que se visten de púrpura y de lino y hacen fiestas con

grandes banquetes, sin darse cuenta de que a sus puertas yacen muchos *Lázaros*, deseosos de saciar su hambre con las sobras de sus mesas. Recen también por los sacerdotes, por los levitas, quienes —viendo a aquel hombre golpeado y medio muerto— pasan de largo, mirando a otra parte, para que tengan compasión. A todas estas personas, y por supuesto también a otras que están relacionadas negativamente con la pobreza de ustedes y con tantos dolores, sonríanles

desde el corazón, deseen para ellos el bien y pidan a Jesús que se conviertan.

Y les aseguro que, si ustedes hacen eso, habrá una gran alegría en la Iglesia, en su corazón y también en la amada Francia.

Todos juntos, ahora, bajo la mirada de nuestro Padre celestial, les confío a la protección de la Madre de Jesús y a la de san José, y les imparto de corazón la Bendición apostólica.

Y recemos todos a nuestro Padre.

[*Padre Nuestro*, recitado en francés]

[Bendición en francés]

10 de julio de 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy la liturgia nos propone la parábola llamada del «buen samaritano», tomada del Evangelio de Lucas (Lc 10, 25-37). Esta parábola, en su relato sencillo y estimulante, indica un estilo de vida, cuyo baricentro no somos nosotros mismos, sino los demás, con sus dificultades, que encontramos en nuestro

camino y que nos interpelan. Los demás nos interpelan. Y cuando los demás no nos interpelan, algo allí no funciona; algo en aquel corazón no es cristiano. Jesús usa esta parábola en el diálogo con un Doctor de la Ley, a propósito del dúplice mandamiento que permite entrar en la vida eterna: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos (*Lc 10, 25-28*). «Sí —replica aquel Doctor de la Ley— pero dime, ¿quién es mi prójimo?» (*Lc 10, 29*). También nosotros podemos

plantearnos esta pregunta:
¿Quién es mi prójimo? ¿A quién
debo amar como a mí mismo?
¿A mis parientes? ¿A mis
amigos? ¿A mis compatriotas?
¿A los de mi misma religión?...
¿Quién es mi prójimo? Y Jesús
responde con esta parábola. Un
hombre, a lo largo del camino
de Jerusalén a Jericó, fue
asaltado por unos ladrones,
agredido y abandonado. Por
aquel camino pasan primero un
sacerdote y después un levita,
quienes, aun viendo al hombre
herido, no se detienen y siguen
adelante (Lc 10, 31-32).

Después pasa un samaritano, es decir, un habitante de la Samaria y, como tal, despreciado por los judíos porque no observaba la verdadera religión. Y en cambio él, precisamente él, cuando vio a aquel pobre desventurado, «se conmovió». «Se acercó y vendó sus heridas (...), «lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo» (Lc 10, 33-34). Y al día siguiente, lo encomendó al dueño del albergue, pagó por él y dijo que también habría pagado el resto (cfr. Lc 10, 35). Llegados a este

punto Jesús se dirige al Doctor de la Ley y le pregunta: «¿Cuál de los tres —el sacerdote, el levita o el samaritano— te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?». Y aquel — porque era inteligente— responde naturalmente: «El que tuvo compasión de él» (Lc 10, 36-37). De este modo Jesús ha cambiado completamente la perspectiva inicial del Doctor de la Ley —iy también la nuestra! —: no debo catalogar a los demás para decidir quién es mi prójimo y quién no lo es.

Depende de mí ser o no ser prójimo —la decisión es mía—, depende de mí ser o no ser prójimo de la persona que encuentro y que tiene necesidad de ayuda, incluso si es extraña o incluso hostil. Y Jesús concluye: «Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10, 37).

¡Hermosa lección! Y lo repite a cada uno de nosotros: «Ve, y procede tú de la misma manera», hazte prójimo del hermano y de la hermana que ves en dificultad. «Ve, y procede tú de la misma

manera». Hacer obras buenas, no decir sólo palabras que van al viento. Me viene en mente aquella canción: «Palabras, palabras, palabras». No. Hacer, hacer. Y mediante las obras buenas, que cumplimos con amor y con alegría hacia el prójimo, nuestra fe brota y da fruto. Preguntémonos —cada uno de nosotros responda en su propio corazón— preguntémonos: ¿Nuestra fe es fecunda? ¿Nuestra fe produce obras buenas? ¿O es más bien estéril, y por tanto, está más muerta que viva? ¿Me hago

prójimo o simplemente paso de lado? ¿Soy de aquellos que seleccionan a la gente según su propio gusto? Está bien hacernos estas preguntas y hacérnoslas frecuentemente, porque al final seremos juzgados sobre las obras de misericordia. El Señor podrá decirnos: Pero tú, ¿te acuerdas aquella vez, por el camino de Jerusalén a Jericó? Aquel hombre medio muerto era yo. ¿Te acuerdas? Aquel niño hambriento era yo. ¿Te acuerdas? Aquel emigrante que tantos quieren echar era yo.

Aquellos abuelos solos,
abandonados en las casas para
ancianos, era yo. Aquel
enfermo solo en el hospital, al
que nadie va a saludar, era yo.
Que la Virgen María nos ayude
a caminar por la vía del amor,
amor generoso hacia los
demás, la vía del buen
samaritano. Que nos ayude a
vivir el mandamiento principal
que Cristo nos ha dejado. Este
es el camino para entrar en la
vida eterna.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y

hermanas, hoy se celebra el «Domingo del Mar», en apoyo del cuidado pastoral de la gente del mar. Aliento a los marinos y a los pescadores en su labor, a menudo dura y arriesgada, así como también a los capellanes y a los voluntarios en su precioso servicio. Que María, estrella del Mar, vele sobre ellos. Saludo a todos ustedes, fieles de Roma y de tantas partes de Italia y del mundo. Dirijo un saludo especial a los peregrinos de Puerto Rico; a aquellos polacos que han cumplido una estafeta desde

Cracovia hasta Roma; y lo hago extensivo a los participantes en la gran peregrinación de la Familia de Radio María al Santuario de Czestochowa, llegado a su 25ª edición.

Saludo a las familias de la diócesis de Adria-Rovigo, a las Hermanas hijas de la Caridad de la preciosísima Sangre, al Orden Secular Teresiano, a los fieles de Limbiate y a la Comunidad Misionera Juan Pablo ii.

Deseo a todos un buen domingo. Por favor no se olviden de rezar por mí. Buen

almuerzo y ¡hasta la vista!

17 de julio de 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En el Evangelio de hoy el evangelista Lucas habla de Jesús que, mientras está de camino hacia Jerusalén, entra en un pueblo y es acogido en casa de las hermanas Marta y María (cf. *Lc 10, 38-42*). Ambas ofrecen acogida al Señor, pero lo hacen de modo diverso.

María se sienta a los pies de Jesús y escucha su palabra (cf.

Lc 10, 39), en cambio Marta estaba totalmente absorbida por las cosas que tiene que preparar; y en esto le dice a Jesús: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo. Dile, pues, que me ayude» (Lc 10, 40). Y Jesús le responde «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Lc 10, 41-42).

En su obrar hacendoso y de trabajo, Marta corre el riesgo

de olvidar —y este es el problema— lo más importante, es decir, la presencia del huésped. Y al huésped no se le sirve, nutre y atiende de cualquier manera. Es necesario, sobre todo, que se le escuche. Recuerden bien esta palabra: escuchar. Porque al huésped se le acoge como persona, con su historia, su corazón rico de sentimientos y pensamientos, de modo que pueda sentirse verdaderamente en familia. Pero si tú acoges a un huésped en tu casa y continúas haciendo cosas, le

haces sentarse ahí, mudo él y mudo tú, es como si fuera de piedra: el huésped de piedra. No. Al huésped se le escucha. Ciertamente, la respuesta que Jesús da a Marta —cuando le dice que una sola es la cosa de la que tiene necesidad— encuentra su pleno significado en referencia a la escucha de la palabra de Jesús mismo, esa palabra que ilumina y sostiene todo lo que somos y hacemos. Si nosotros vamos a rezar — por ejemplo— ante el Crucifijo, y hablamos, hablamos, hablamos y después nos

vamos, no escuchamos a Jesús. No dejamos que Él hable a nuestro corazón. Escuchar: esta es la palabra clave. No lo olviden. Y no debemos olvidar que en la casa de Marta y María, Jesús, antes que ser Señor y Maestro, es peregrino y huésped. Por lo tanto, la respuesta tiene este primer y más importante significado: «Marta, Marta, ¿por qué te afanas tanto en hacer cosas para el huésped hasta olvidar su presencia? —El huésped de piedra— Para acogerlo no son necesarias muchas cosas; es

más, necesaria es una cosa sola: escucharlo —he aquí la palabra: escucharlo—, demostrarle una actitud fraterna, de modo que se dé cuenta de que se está en familia, y no en una «hospitalización provisional». Así entendida, la hospitalidad, que es una de las obras de misericordia, aparece verdaderamente como una virtud humana y cristiana, una virtud que en el mundo de hoy corre el riesgo de ser descuidada. En efecto, se multiplican los hospicios y

asilos, pero no siempre en estos ambientes se practica una hospitalidad real. Se da vida a muchas instituciones que atienden distintas formas de enfermedad, de soledad, de marginación, pero disminuye la probabilidad para quien es extranjero, refugiado, inmigrante, de escuchar esa dolorosa historia. Incluso en la propia casa, entre los propios familiares puede suceder que encuentren fácilmente servicios y curas de varios tipos más que de escucha y acogida. Hoy estamos absorbidos por el

frenesí, por tantos problemas —algunos de los cuales no resultan importantes— que carecemos de la capacidad de escuchar. Y yo quisiera preguntarles, hacerles una pregunta, cada uno responda en el propio corazón: tú, marido, ¿tienes tiempo para escuchar a tu mujer? Y tú, mujer, ¿tienes tiempo para escuchar a tu marido? Ustedes padres, ¿tienen tiempo que «perder» para escuchar a sus hijos, o a sus abuelos y a los ancianos? —«Pero los abuelos dicen siempre las mismas

cosas, son aburridos...»— Pero tienen necesidad de ser escuchados. Escuchar. Les pido que aprendan a escuchar y a dedicarse más tiempo entre ustedes. En la capacidad de escucha está la raíz de la paz. La Virgen María, Madre de la escucha y del servicio atento, nos enseña a ser acogedores y hospitalarios hacia nuestros hermanos y hermanas.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

En sus corazones está vivo el dolor por la masacre que, la

tarde del jueves pasado, en Niza, ha segado tantas vidas inocentes, incluso niños. Estoy cercano a cada familia y a toda la nación francesa en luto. Que Dios, Padre bueno, acoja a las víctimas en su paz, sostenga a los heridos y conforte a los familiares; Que Él haga desaparecer todo proyecto de terror y de muerte, para que ningún hombre se atreva más a derramar la sangre del hermano. Un abrazo paterno y fraterno a todos los habitantes de Niza y a toda la nación francesa. Y ahora, todos juntos,

oremos pensando en esta
masacre, en las víctimas, en los
familiares. Oremos antes en
silencio...

[Ave María...]

A todos les deseo un buen
domingo. Por favor, no se
olviden de rezar por mí. Buen
almuerzo y ¡hasta la vista!

19 de julio de 2016.

Videomensaje con ocasión del viaje apostólico a Polonia. [27-31 de julio de 2016]

Queridos hermanos y hermanas:

Está ya cercana la trigésima primera Jornada Mundial de la Juventud, que me lleva a *encontrar a los jóvenes del mundo*, convocados en Cracovia, y que me ofrece también la feliz oportunidad de *encontrarme con la querida nación polaca*. Todo va a estar marcado por el signo de la

misericordia, en este Año jubilar, y por la memoria agradecida y devota de san Juan Pablo II, que fue el artífice de la Jornada Mundial de la Juventud, y fue el guía del pueblo polaco en su reciente camino histórico hacia libertad. Queridos jóvenes polacos, sé que desde hace tiempo estáis preparando, sobre todo con la oración, el gran encuentro de Cracovia. Os agradezco de corazón todo lo que estáis haciendo, y el amor con el que lo hacéis; desde ahora, os abrazo y os bendigo.

Queridos jóvenes de toda Europa, África, América, Asia y Oceanía, bendigo también vuestros países, vuestros deseos y vuestros pasos hacia Cracovia, para que sean una peregrinación de fe y de fraternidad. Que el señor Jesús os conceda la gracia de experimentar en vosotros mismos estas palabras suyas: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mt 5,7*).

Deseo mucho encontrarme con vosotros, para ofrecer al mundo

un nuevo signo de armonía, *un mosaico de rostros* diferentes, de tantas razas, lenguas, pueblos y culturas, pero todos unidos en el nombre de Jesús, que es el *Rostro de la Misericordia*.

Y ahora me dirijo a vosotros, queridos hijos e hijas de la nación polaca. Siento que es un gran don del Señor el estar entre vosotros, por que sois un pueblo que en su historia ha atravesado tantas pruebas, algunas muy duras, y ha salido adelante con la fuerza de la fe, sostenido por la mano materna

de la Virgen María. Estoy convencido de que la peregrinación al Santuario de Czestochowa será para mí una inmersión en esta fe probada, que me hará mucho bien. Os agradezco las oraciones con las que estáis preparando mi visita. Doy las gracias a los Obispos y sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los fieles laicos, especialmente a las familias, a las que llevo en espíritu la Exhortación apostólica postsinodal Amoris laetitia. La «salud» moral y espiritual de una nación se ve

por sus familias; por eso, san Juan Pablo II se interesaba especialmente por los novios, los jóvenes esposos y por las familias. Continúad por este camino.

Queridos hermanos y hermanas, os envío este mensaje como prueba de mi afecto. Permanezcamos unidos en la oración. ¡Y nos vemos en Polonia!

24 de julio de 2016. ÁNGELUS.

Domingo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Lc 11, 1-13) inicia con la escena de Jesús rezando solo, apartado; cuando termina, los discípulos le piden: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1); y Él responde: «Cuando oréis, decid: "Padre..."» (Lc 11, 2). Esta palabra es el «secreto» de la oración de Jesús, es la llave que él mismo nos da para que

podamos entrar también en esa relación de diálogo confidencial con el Padre que le ha acompañado y sostenido toda su vida.

Al apelativo «Padre» Jesús asocia dos peticiones: «sea santificado tu nombre, venga a nosotros tu reino» (*Lc 11, 2*). La oración de Jesús, y por lo tanto la oración cristiana, es antes que nada un dejar sitio a Dios, permitiendo que manifieste su santidad en nosotros y dejando avanzar su reino, a partir de la posibilidad de ejercer su señorío de amor

en nuestra vida.

Otras tres súplicas completan esta oración que Jesús nos enseña, el «Padre Nuestro».

Son tres peticiones que expresan nuestras necesidades fundamentales: *el pan, el perdón y la ayuda ante las tentaciones* (cf. Lc 11, 3-4). No se puede vivir sin pan, no se puede vivir sin perdón y no se puede vivir sin la ayuda de Dios ante las tentaciones.

El *pan* que Jesús nos hace pedir es el necesario, no el superfluo; es el pan de los peregrinos, el justo, un pan

que no se acumula y no se desperdicia, que no pesa en nuestra marcha. El *perdón* es, ante todo, aquello que nosotros mismos recibimos de Dios: sólo la conciencia de ser pecadores perdonados por la infinita misericordia divina, puede hacernos capaces de cumplir gestos concretos de reconciliación fraterna. Si una persona no se siente pecador perdonado, nunca podrá realizar un gesto de perdón o reconciliación. Se comienza desde el corazón, donde uno se siente pecador perdonado. La

última petición, «no nos dejes caer en la tentación», expresa la conciencia de nuestra condición, siempre expuesta a las insidias del mal y de la corrupción. Todos sabemos qué es una tentación.

La enseñanza de Jesús sobre la oración prosigue con dos parábolas, en las cuales toma como modelo la actitud de un amigo respecto a otro amigo y la de un padre hacia su hijo (cf. *Lc 11, 5-12*). Ambas nos quieren enseñar a tener *plena confianza en Dios*, que es Padre. Él conoce mejor que

nosotros mismos nuestras necesidades, pero quiere que se las presentemos *con audacia y con insistencia*, porque este es nuestro modo de participar en su obra de salvación. *¡La oración es el primer y principal «instrumento de trabajo» que tenemos en nuestras manos!* Insistir a Dios no sirve para convencerle, sino para reforzar nuestra fe y nuestra paciencia, es decir, nuestra capacidad de luchar junto a Dios por cosas realmente importantes y necesarias. En la oración somos dos: Dios y yo

luchando juntos por las cosas importantes.

Entre estas, hay una, la gran cosa importante que Jesús dice hoy en el Evangelio, pero que casi nunca pedimos, y es *el Espíritu Santo*. «¡Dame el Espíritu Santo!». Y Jesús lo dice: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11, 13). ¡El Espíritu Santo! Debemos pedir que el Espíritu Santo venga a nosotros. Pero, ¿para qué sirve

el Espíritu Santo? Sirve para vivir bien, para vivir con sabiduría y amor, cumpliendo la voluntad de Dios. ¡Qué bonita oración sería, esta semana, si cada uno de nosotros pidiese al Padre: «Padre, dame el Espíritu Santo!». La Virgen nos lo demuestra con su existencia, totalmente animada por el Espíritu de Dios. Que Ella nos ayude a rezar al Padre unidos a Jesús, para no vivir de forma mundana, sino según el Evangelio, guiados por el Espíritu Santo.

Después del Ángelus:

Durante estas horas, una vez más, nuestro ánimo es sacudido por las tristes noticias relativas a los deplorables actos de terrorismo y violencia, que han causado dolor y muerte.

Pienso en los dramáticos eventos de Múnich, en Alemania, y de Kabul, en Afganistán, en los cuales han perdido la vida numerosas personas inocentes.

Manifiesto mi cercanía a los familiares de las víctimas y a los heridos. Les invito a unirse

a mi oración, para que el Señor nos inspire a todos propósitos de bien y fraternidad. Cuanto más insuperables parecen las dificultades y oscuras las perspectivas de seguridad y de paz, más insistente debe ser nuestra oración.

Queridos hermanos y hermanas:

Durante estos días, muchos jóvenes, provenientes de todas partes del mundo, se están encaminando hacia Cracovia, donde tendrá lugar la XXXI Jornada mundial de la juventud. Yo también partiré el

próximo miércoles, para encontrar a estos chicos y chicas y celebrar con ellos y para ellos el Jubileo de la Misericordia, con la intercesión de san Juan Pablo II. Os pido que nos acompañéis con la oración.

Desde ahora mando mi saludo y agradecimiento a todos aquellos que están trabajando para acoger a los jóvenes peregrinos, junto con numerosos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos. Un recuerdo especial para sus muchísimos coetáneos que, no

pudiendo estar presentes en persona, seguirán el evento a través de los medios de comunicación. ¡Estaremos todos unidos en la oración! Y ahora os saludo queridos peregrinos provenientes de Italia y de otros países. En particular, a los de São Pablo y São João de Boa Vista en Brasil; la coral «Giuseppe Denti» de Cremona; y a los participantes en la peregrinación en bicicleta desde Piumazzo a Roma, enriquecida por el compromiso de solidaridad. Saludo a los

jóvenes de Valperga y Pertusio Canavese, Turín: para que continuéis intentando vivir y no vivir a medias, como han escrito en su camiseta.

A todos deseo un feliz domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta la vista!

26 de julio de 2016.

Videomensaje a los jóvenes de
la diócesis de Brownsville,
Texas (EE UU)

Queridos jóvenes de la diócesis
de Brownsville reunidos en este
día de Santa Ana, la abuela de
Jesús. Sé que están reunidos
en Texas, muy cerca de México,
muy cerca de Latinoamérica. Y
sé que están reunidos para
unirse espiritualmente a la
Jornada Mundial de la Juventud
de Cracovia.

Quiero estar cerca de ustedes.

Quiero decirles que miren siempre hacia adelante, miren siempre a los horizontes, no dejen que la vida le ponga muros delante, siempre mirar al horizonte. Siempre tener el coraje de querer más, más, más..., con valentía pero, a la vez, no olvidarse de mirar atrás, a la herencia que han recibido de sus mayores, de sus abuelos, de sus padres; a la herencia de la fe, esa fe que ahora ustedes tienen en sus manos para mirar hacia adelante.

Yo sé que algunos de ustedes

me preguntará: "Padre, sí, usted nos habla de mirar horizontes y de recordar cosas, pero hoy, ¿qué hago?" ¡Jugate la vida! Hoy asumí la vida como está y hice el bien a los demás. Hoy se está jugando en el mundo una partida en la que no hay sitio para los suplentes, o jugás de titular, o estás afuera. Tomá la memoria recibida, mirá el horizonte y, hoy, asumí la realidad y llevala adelante, hacela fructificar, hacela fecunda. ¡Dios te llama a ser fecundo! Dios te llama a transmitir esa vida. Dios te llama

a crear esperanza. Dios te llama a recibir misericordia y a dar misericordia. Dios te llama a ser feliz ¡No tengas miedo! No tengas miedo. ¡Jugátela toda! La vida es así.

Les deseo un lindo encuentro de jóvenes unidos a las Jornadas de la Juventud, unidos a los jóvenes que están en Cracovia. ¡Tengan entusiasmo, vayan adelante! Que la Virgen los cuide mucho, que Jesús los bendiga, y por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

27 de julio de 2016. Saludo a los periodistas durante el vuelo a Cracovia.

Miércoles.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Padre Lombardi:

Entonces, Santo Padre, bienvenido entre nosotros. Gracias por dedicar también en este viaje un poco de tiempo

para saludarnos y estar con nosotros. Nosotros somos, como habitualmente, más de 70 de 15 países distintos, y esperamos hacer un buen servicio para difundir sus palabras y su mensaje en estas jornadas tan importantes. Estamos viviendo unos días que nos emocionan a todos, como sabemos, por lo que está sucediendo en el mundo, por lo que sucedió ayer; y entonces, le estaríamos agradecidos si, antes de saludarnos personalmente, nos dijese una palabra sobre cómo vive usted

este momento, y cómo se prepara para encontrar a los jóvenes del mundo en esta situación. Gracias Santo Padre.

Papa Francisco:

Buenos días, y gracias por vuestro trabajo.

Una palabra que –sobre esto que decía el Padre Lombardi– se repite mucho es «inseguridad». Pero la verdadera palabra es «guerra». Desde hace tiempo decimos: «El mundo está en una guerra a trozos». Esta es una guerra. Estuvo aquella del 14, con sus métodos; después aquella del

39 – 45, otra gran guerra en el mundo; y ahora ésta. No es tanto orgánica, seguramente; organizada, sí, pero orgánica... digo... Pero es guerra. Este santo sacerdote, que ha muerto precisamente en el momento en el que ofrecía la oración por toda la Iglesia, es uno; pero cuántos cristianos, cuántos inocentes, cuántos niños... Pensemos en Nigeria, por ejemplo. «Pero eso es África...». Es guerra. No tenemos miedo de decir esta verdad: el mundo está en guerra porque ha perdido la paz.

Muchas gracias por vuestro trabajo en esta Jornada de la Juventud. La juventud siempre nos habla de esperanza.

Esperemos que los jóvenes nos digan algo que nos dé un poco más de esperanza en este momento.

Por lo ocurrido ayer, yo quisiera dar las gracias a todos aquellos que se han hecho presente con su pésame, en modo especial, al Presidente de Francia, que ha querido comunicarse conmigo telefónicamente, como un hermano. Se lo agradezco.

Padre Lombardi:

Gracias Santo Padre. Esté seguro que también nosotros intentaremos trabajar con usted por la paz en estos días.

Papa Francisco:

Quisiera decir una sola palabra para clarificar. Cuando yo hablo de guerra, hablo de guerra en serio, no de una guerra de religión, no. Hay una guerra de intereses, hay una guerra por el dinero, hay una guerra por los recursos naturales, hay una guerra por el dominio de los pueblos: esta es la guerra.

Alguno puede pensar: «está hablando de guerra de

religión». No. Todas las
religiones queremos la paz. La
guerra la quieren los otros.
¿Comprendido?

27 de julio de 2016. Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

Cracovia, Patio de Honor del Castillo de Wawel.

Miércoles.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Señor Presidente,

*Distinguidas autoridades,
Miembros del Cuerpo
Diplomático,
Rectores Magníficos,
Señoras y señores:*

Saludo con deferencia al Señor Presidente y le agradezco la generosa acogida y sus amables palabras. Me es grato saludar a los distinguidos miembros del Gobierno y del Parlamento, a los Rectores universitarios, a las autoridades regionales y municipales, así como a los miembros del Cuerpo Diplomático y demás

autoridades presentes. Es la primera vez que visito la Europa centro-oriental y me alegra comenzar por Polonia, que ha tenido entre sus hijos al inolvidable san Juan Pablo II, creador y promotor de las Jornadas Mundiales de la Juventud. A él le gustaba hablar de una Europa que respira con dos pulmones: el sueño de un nuevo humanismo europeo está animado por el aliento creativo y armonioso de estos dos pulmones y por la civilización común que tiene sus raíces más sólidas en el

cristianismo.

El pueblo polaco se caracteriza por la memoria. Siempre me ha impresionado el agudo sentido de la historia del Papa Juan Pablo II. Cuando hablaba de los pueblos, partía de su historia para resaltar sus tesoros de humanidad y espiritualidad. La conciencia de identidad, libre de complejos de superioridad, es esencial para organizar una comunidad nacional basada en su patrimonio humano, social, político, económico y religioso, para inspirar a la sociedad y la cultura, manteniéndolas fieles a

la tradición y, al mismo tiempo, abiertas a la renovación y al futuro. En esta perspectiva, han celebrado recientemente el 1050 aniversario del Bautismo de Polonia. Ha sido ciertamente un momento intenso de unidad nacional, confirmando cómo la concordia, aun en la diversidad de opiniones, es el camino seguro para lograr el bien común de todo el pueblo polaco.

También la cooperación fructífera en el ámbito internacional y la consideración recíproca maduran mediante la

toma de conciencia y el respeto de la identidad propia y de los demás. No puede haber diálogo si cada uno no parte de su propia identidad. En la vida cotidiana de cada persona, como en la de cada sociedad, hay, sin embargo, dos tipos de memoria: la buena y la mala, la positiva y la negativa. La memoria buena es la que nos muestra la Biblia en el *Magnificat*, el cántico de María que alaba al Señor y su obra de salvación. En cambio, la memoria negativa es la que fija obsesivamente la atención

de la mente y del corazón en el mal, sobre todo el cometido por otros. Al mirar vuestra historia reciente, doy gracias a Dios porque habéis sabido hacer prevalecer la memoria buena: por ejemplo, celebrando los 50 años del perdón ofrecido y recibido recíprocamente entre el episcopado polaco y el alemán tras la Segunda Guerra Mundial. La iniciativa, que implicó inicialmente a las comunidades eclesiales, desencadenó también un proceso social, político, cultural y religioso irreversible,

cambiando la historia de las relaciones entre los dos pueblos. En este sentido, recordemos también la Declaración conjunta entre la Iglesia Católica en Polonia y la ortodoxa de Moscú: un gesto que dio inicio a un proceso de acercamiento y hermandad, no sólo entre las dos Iglesias, sino también entre los dos pueblos. La noble nación polaca muestra así cómo se puede hacer crecer la memoria buena y dejar de lado la mala. Para esto se requiere una firme esperanza y confianza en Aquel que guía los

destinos de los pueblos, abre las puertas cerradas, convierte las dificultades en oportunidades y crea nuevos escenarios allí donde parecía imposible. Lo atestiguan precisamente las vicisitudes históricas de Polonia: después de la tormenta y de la oscuridad, vuestro pueblo, recobrada ya su dignidad, ha podido cantar, como los israelitas al regresar de Babilonia: «Nos parecía soñar: [...] Nuestra boca se llenaba de risas, la lengua de cantares» (*Sal* 126,1-2). El ser

conscientes del camino recorrido, y la alegría por las metas logradas, dan fuerza y serenidad para afrontar los retos del momento, que requieren el valor de la verdad y un constante compromiso ético, para que los procesos decisionales y operativos, así como las relaciones humanas, sean siempre respetuosos de la dignidad de la persona. Todas las actividades están implicadas: la economía, la relación con el medio ambiente y el modo mismo de gestionar el complejo fenómeno de la

emigración.

Esto último requiere un suplemento de sabiduría y misericordia para superar los temores y hacer el mayor bien posible. Se han de identificar las causas de la emigración en Polonia, dando facilidades a los que desean regresar. Al mismo tiempo, hace falta disponibilidad para acoger a los que huyen de las guerras y del hambre; solidaridad con los que están privados de sus derechos fundamentales, incluido el de profesar libremente y con seguridad la propia fe. También

se deben solicitar colaboraciones y sinergias internacionales para encontrar soluciones a los conflictos y las guerras, que obligan a muchas personas a abandonar sus hogares y su patria. Se trata, pues, de hacer todo lo posible por aliviar sus sufrimientos, sin cansarse de trabajar con inteligencia y continuidad por la justicia y la paz, dando testimonio con los hechos de los valores humanos y cristianos.

A la luz de su historia milenaria, invito a la nación

polaca a mirar con esperanza hacia el futuro y a las cuestiones que ha de afrontar. Esta actitud favorece un clima de respeto entre todos los componentes de la sociedad, y un diálogo constructivo entre las diferentes posiciones; además, crea mejores condiciones para un crecimiento civil, económico e incluso demográfico, fomentando la confianza de ofrecer una buena vida a sus hijos. En efecto, ellos no sólo deberán afrontar problemas, sino que disfrutarán de la

belleza de la creación, del bien que podemos hacer y difundir, de la esperanza que sepamos infundirles. De este modo, serán aún más eficaces las políticas sociales en favor de la familia, el primer y fundamental núcleo de la sociedad, para apoyar a las más débiles y las más pobres, y ayudarlas en la acogida responsable de la vida. La vida siempre ha de ser acogida y protegida —ambas cosas juntas: acogida y protegida— desde la concepción hasta la muerte natural, y todos

estamos llamados a respetarla y cuidarla. Por otro lado, es responsabilidad del Estado, de la Iglesia y de la sociedad acompañar y ayudar concretamente quienquiera que se encuentre en situación de grave dificultad, para que nunca sienta a un hijo como una carga, sino como un don, y no se abandone a las personas más vulnerables y más pobres. Señor Presidente, la nación polaca puede contar, como ha ocurrido a lo largo de su dilatada historia, con la colaboración de la Iglesia

Católica, para que, a la luz de los principios cristianos que han inspirado y forjado la historia y la identidad de Polonia, sepa avanzar en su camino en las nuevas condiciones históricas, fiel a sus mejores tradiciones y llenos de confianza y esperanza, incluso en los momentos más difíciles.

Le renuevo mi agradecimiento y expreso, a usted y a todos los presentes, mis mejores deseos de un sereno y provechoso servicio al bien común.

Que Nuestra Señora de Częstochowa bendiga y proteja

a Polonia.

27 de julio de 2016. Dialogo en una conexión audiovisual con los jóvenes italianos que participan en la JMJ, reunidos en el santuario san Juan Pablo II.

Miércoles.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Presentador:

Buenas noches, Santidad.

Sobre todo, gracias por haber encontrado tiempo –recién llegado a Cracovia– para conectarse con nosotros. No ha querido renunciar a estar aquí con nosotros, esta noche.

Gracias, Santo Padre. Aquí están los jóvenes que, en nombre de los 90.000 italianos presentes en Cracovia quieren hacerle algunas preguntas.

Aquí están estos jóvenes, adelante.

Chica joven:

Después del accidente ferroviario del 12 de julio, tenemos miedo de subir al tren.

Yo, diariamente, tomo el tren para ir a la universidad, y ese día no iba a bordo de pura casualidad. Diariamente me siento en el primer vagón y allí veía y saludaba a Luciano, uno de los maquinistas que desgraciadamente ha perdido la vida en el accidente. Nosotros, en esos trenes, nos sentimos como en casa; pero ahora tenemos miedo. Quisiera preguntarle: ¿cómo podemos volver a la normalidad? ¿Cómo podemos vencer este miedo y continuar, volver a ser felices también sobre esos trenes que

son nuestros trenes, nuestra segunda casa?

Papa Francisco:

Lo que te ha ocurrido es una herida; algunos, en el accidente, sufrieron heridas en su cuerpo, y tú has sido herida en tu ánimo, en tu corazón, y esa herida se llama miedo. Y cuando tú sientes esto, sientes la herida de un shock. Tú has sufrido un shock, un trauma que no te deja estar bien, que te hace daño. Pero este trauma te da también la oportunidad de superarte a ti misma, de ir más allá. Y como sucede

siempre en la vida, cuando nosotros resultamos heridos, quedan las marcas o las cicatrices. La vida está llena de cicatrices, la vida está llena de cicatrices, llena. Y con esto, siempre vendrá el recuerdo de Luciano, de aquel otro, del otro... que ya no están porque faltan desde el accidente. Y tú, cada día que tomes el tren, sentirás las huellas –digamos así- de esa herida, de aquella cicatriz, de lo que te hace sufrir. Y tú eres joven, pero la vida está llena de estas cosas... Y la sabiduría, aprender a ser

un hombre sabio, una mujer sabia, es precisamente esto: salir adelante con las cosas bellas y con las cosas feas de la vida. Hay cosas que no tienen salida, y hay cosas que son preciosas. Pero también sucede lo contrario: ¿cuántos jóvenes como vosotros no son capaces de sacar adelante su propia vida con la alegría de las cosas bellas, y prefieren dejarse llevar, caer bajo el dominio de la droga, o dejarse vencer por la vida? Al final, la partida es así: o tú vences o te vence, ¡la vida! ¡Vence tú la vida, es

mejor! Y esto hazlo con valentía, también con dolor. Y cuando haya alegría, hazlo con alegría, porque la alegría te saca adelante y te salva de una enfermedad horrible: la de convertirte en neurótica. ¡Por favor, no, esto no!

Chica joven 2:

Querido Papa Francisco: me llamo Andrea, tengo 15 años y vengo de Bérgamo. Llegué a Italia cuando tenía 9 años, o sea, hace casi seis años. Los compañeros de clase empezaron a reírse de mí, ya que era una recién llegada, con

palabras bastante ofensivas. Al principio no comprendía bien el italiano, no entendía las palabras, así que lo dejaba estar. Después, una vez que empecé a entenderles, me sentí realmente mal, pero no respondía: no quería rebajarme a su nivel. Así pasé muchos años, hasta el final de la escuela secundaria, cuando rebasaron el límite con todo tipo de mensajes ofensivos en las redes sociales, que me hicieron sentir una inútil y tomé la decisión de acabar con todo, porque para mí en aquel

momento yo no servía para nada y me sentía marginada por todos en mi pueblo. Así que decidí acabar con todo e intenté suicidarme. No lo conseguí, así que me llevaron al hospital. Y allí comprendí que no era yo la enferma, que no era yo la que necesitaba curarme, que no me merecía estar allí en el hospital encerrada. Eran ellos quienes se habían equivocado, ellos quienes necesitaban curarse, no yo. Así que me puse de pie y decidí no abandonar porque no valía la pena, porque yo podía ser fuerte. Y, de hecho, ahora

estoy bien y soy fuerte de verdad. Y también puedo, en parte, darme las gracias a mí misma por haberme tratado así de mal; porque ahora soy fuerte, un poco gracias a ellos, porque me han metido en esa situación. Me he hecho fuerte porque he creído en mí misma, en mis padres, y a pesar de todo he creído que podía conseguirlo; de hecho, lo he conseguido. Y estoy aquí. Y estoy orgullosa de estar aquí. Yo quisiera preguntarle: dado que de alguna manera les he perdonado un poco, porque no

quiero odiar a nadie, un poco les he perdonado, pero de todas formas sigo sintiéndome algo mal... quisiera preguntarle: ¿cómo hago para perdonar a estas personas? ¿Cómo hago para perdonarles por todo lo que me han hecho?

Papa Francisco:

Gracias por tu testimonio. Tú hablas de un problema muy común entre los niños y entre los que no son niños: la crueldad. Pero mira que también los niños son crueles, a veces, y tienen esa capacidad de herirte donde más daño te

pueden hacer: de herirte en el corazón, de herirte en la dignidad, de herirte también en la nacionalidad, como es tu caso, ¿no? No entendías bien el italiano y te gastaban bromas con el idioma, con las palabras... La crueldad es un comportamiento humano que está en la base de todas las guerras, de todas. La crueldad que no deja crecer al otro, la crueldad que asesina al otro, la crueldad que asesina también el buen nombre de otra persona. Cuando una persona habla mal de otra, esto es

cruel: es cruel porque destruye la fama de la persona. Pero, sabes, a mí me gusta decir una cosa cuando hablo de esta crueldad de la lengua: la maledicencia es un tipo terrorismo; es el terrorismo de la maledicencia. La crueldad de la lengua, o esa que tú has sentido, es como lanzar una bomba que te destruye a ti o destruye a otros, y el que la lanza no se destruye. Esto es terrorismo, y es algo que debemos vencer. ¿Cómo se vence esto? Tú has elegido el camino adecuado: el silencio, la

paciencia, y has terminado con esa palabra tan bonita: el perdón. Pero perdonar no es fácil, porque uno puede decir: "Sí, yo perdono pero no olvido". Y siempre llevarás contigo esta crueldad, este terrorismo de las palabras feas, de las palabras que hieren y que intentan echarte de la comunidad. Hay una palabra en italiano que yo no conocía, y cuando vine por primera vez a Italia, la aprendí: "extracomunitari", que se dice de las personas de otros países que vienen a vivir con nosotros. Pero esta crueldad es

lo que hace que tú, que eres de otro país, te conviertas en un "extra-comunitario": te echan de la comunidad, no te acogen. Es algo contra lo que debemos luchar tanto. ¡Tú has sido valiente! Has sido muy valiente en esto. Pero hace falta luchar contra el terrorismo de la lengua, contra este terrorismo de la maledicencia, de los insultos, de expulsar a la gente con insultos o diciéndoles cosas que les hacen daño en el corazón. ¿Se puede perdonar totalmente? Es una gracia que

debemos pedir al Señor.
Nosotros, por nosotros mismos,
no podemos: hacemos el
esfuerzo, tú lo has hecho; pero
es una gracia que te da el
Señor, el perdón, perdonar al
enemigo, perdonar al que te ha
herido, al que te ha hecho
daño. Cuando Jesús en el
Evangelio nos dice: "Al que te
golpee en una mejilla,
preséntale también la otra",
quiere decir esto: dejar en las
manos del Señor esta sabiduría
del perdón, que es una gracia.
Pero a nosotros nos toca poner
todo de nuestra parte para

perdonar. Gracias por tu testimonio. Y hay también otro comportamiento que combate este terrorismo de la lengua, las maledicencias, los insultos y demás: es el comportamiento de la mansedumbre. Estar callado, tratar bien a los demás, no responder con otra cosa mala. Como Jesús: Jesús era manso de corazón. La mansedumbre. Y nosotros vivimos en un mundo donde a un insulto se responde con otro, es lo habitual. Nos insultamos el uno al otro, y nos falta la mansedumbre. Pedir la

gracia de la mansedumbre, la mansedumbre del corazón. Y esa es también la gracia que abre el camino al perdón. Te agradezco tu testimonio.

Chico joven:

Querido Papa: Somos tres chicos y un sacerdote de los 350 veroneses que venían a la JMJ pero tuvieron que interrumpir su viaje en Múnich el viernes pasado después del atentado del que fuimos testigos porque estábamos todos allí cuando pasó. Nos dijeron que teníamos que volver a Italia; nos vimos

obligados a regresar porque queríamos continuar nuestro viaje, pero no nos lo permitieron. Afortunadamente, de vuelta a casa, se nos dio la oportunidad de volver aquí y nos alegramos mucho; nos dio mucha esperanza. Después de todo lo que ha sucedido, después del miedo, nos hemos preguntado - y queremos preguntarle: ¿Qué podemos hacer los jóvenes para vivir y difundir la paz en este mundo tan lleno de odio?

Papa Francisco:

Has dicho dos palabras claves

para entender todo: paz y odio. La paz construye puentes, el odio es el constructor de los muros. En la vida tienes que elegir: o construyes puentes o construyes muros. Los muros dividen y el odio crece: cuando hay división, el odio crece. Los puentes unen, y cuando hay puentes el odio se va porque puedo escuchar al otro, hablar con el otro. Me gusta pensar y decir que tenemos en nuestras manos, en la posibilidad de cada día, la capacidad de hacer un puente humano. Cuando das

la mano a un amigo, a una persona, haces un puente humano. Haces un puente. En cambio, cuando golpeas a otro, cuando insultas a otro, construyes un muro. El odio crece siempre con los muros. A veces, pasa que quieres hacer un puente y te quedas con la mano tendida porque de la otra parte no la agarran: son las humillaciones que tenemos que sufrir en la vida por hacer algo bueno. Pero siempre hay que construir puentes. Y tú has llegado aquí: te pararon y te mandaron a casa. Después

apostaste por el puente y por volver de nuevo: esta es la actitud que hay que tener siempre. ¿Hay una dificultad que me impide algo? Regreso y voy hacia adelante, volver atrás y seguir adelante. Esto es lo que tenemos que hacer para construir puentes. No dejarse caer al suelo, no ir por la vida así: "Bueno, no puedo...". No, siempre hay que buscar la manera de hacer puentes. Vosotros que estáis allí: ¡Haced puentes con las manos, todos vosotros! Agarraos de la mano...Así. Quiero ver tantos

puentes humanos... Así, así:
Levantad las manos muy altas.
Así es. Este es el programa de
vida: hacer puentes, puentes
humanos. Gracias.

Presentador:

Santo Padre, gracias, porque
esta noche nos ha hecho un
regalo extraordinario Gracias,
Santo Padre. Gracias de
verdad.

Papa Francisco:

Gracias a vosotros y que el
Señor os bendiga. ¡Rezad por
mí!

27 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado.

Arzobispado de Cracovia.

Miércoles.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Os saludo, os saludo cordialmente!

Os veo con mucho entusiasmo

y mucha alegría. Pero ahora debería decir una cosa que nos entristecerá el corazón.

Permanezcamos en silencio. Es una cosa referida a uno de vosotros. Maciej [...] tenía poco más de 22 años. Había estudiado diseño gráfico y había dejado su trabajo para ser voluntario de la JMJ. En efecto, todos los dibujos de las banderas, las imágenes de los santos patronos, del equipo del peregrino, y demás, que adornan la ciudad son suyos. Precisamente en este trabajo ha encontrado su fe.

En noviembre se le diagnosticó un cáncer. Los médicos no pudieron hacer nada, ni siquiera con la amputación de una pierna. ¡Él quería llegar vivo a la visita del Papa! Tenía un puesto reservado en el tranvía en el cual viajará el Papa. Pero murió el 2 de julio. La gente está muy afectada: él ha hecho un gran bien a todos. Ahora, todos en silencio, pensemos en este compañero de camino, que ha trabajado tanto por esta Jornada; y todos nosotros, en silencio, desde el corazón recemos. Que cada uno

rece desde su corazón. Él está presente entre nosotros.

[oración en silencio]

Alguno de vosotros puede pensar: «este Papa nos estropea la tarde». Pero es la verdad, y nosotros debemos acostumbrarnos a las cosas buenas y a las cosas malas. La vida es así, queridos jóvenes. Pero hay una cosa de la cual nosotros no podemos dudar: la fe de este chico, de este amigo nuestro, que ha trabajado tanto para esta JMJ, le ha llevado al cielo, y él está con Jesús en este momento, imirándonos a

todos nosotros! Y ¡esta es una gracia! ¡Un aplauso a nuestro compañero!

Nosotros también le encontraremos un día: «¡Ah, eras tú! ¡Encantado de conocerte!». Es así. Porque la vida es así: hoy estamos aquí, mañana estaremos allá. El problema es elegir el camino adecuado, como lo ha elegido él.

Demos gracias al Señor porque nos da estos ejemplos de coraje, de jóvenes valientes que nos ayudan a seguir adelante en la vida. Y ino

tengáis miedo, no tengáis miedo! Dios es grande, Dios es bueno y todos nosotros tenemos algo bueno dentro. Ahora me retiro. Mañana nos veremos, nos volveremos a ver. Vosotros, cumplid vuestro deber, que es hacer lío toda la noche...Y mostrar vuestra alegría cristiana, la alegría que el Señor os da por ser una comunidad que sigue a Jesús. Y ahora os doy la bendición. Y como hemos aprendido de niños antes de irnos, saludamos a mamá. Recemos todos a la Virgen, cada uno en

su propio idioma. Ave, o
María...

[Bendición]

¡Buenas noches! ¡Buenas
noches! Y rezad por mí.

28 de julio de 2016. Discurso
en la ceremonia de acogida de
los jóvenes.

Parque Jordan, en Błonia,
Cracovia.

Jueves.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

*Queridos jóvenes, muy buenas
tardes.*

Finalmente nos encontramos.
Gracias por esta calurosa
bienvenida. Gracias al Cardenal
Dziwisz, a los Obispos,
sacerdotes, religiosos,
seminaristas, laicos y a todos
aquellos que los acompañan.
Gracias a los que han hecho
posible que hoy estemos aquí,
que se han esforzado para que
pudiéramos celebrar la fe. Hoy
nosotros, todos juntos, estamos
celebrando la fe.

En esta, su tierra natal,
quisiera agradecer
especialmente a san Juan Pablo
II [aplauzo] –«Fuerte, fuerte»–

que soñó e impulsó estos encuentros. Desde el cielo nos está acompañando viendo a tantos jóvenes pertenecientes a pueblos, culturas, lenguas tan diferentes con un sólo motivo: celebrar a Jesús, que está vivo en medio de nosotros. ¿Lo han entendido? Celebrar a Jesús, que está vivo en medio de nosotros. Y decir que está vivo es querer renovar nuestras ganas de seguirlo, nuestras ganas de vivir con pasión el seguimiento de Jesús. ¡Qué mejor oportunidad para renovar la amistad con Jesús

que afianzando la amistad entre ustedes! ¡Qué mejor manera de afianzar nuestra amistad con Jesús que compartirla con los demás! ¡Qué mejor manera de vivir la alegría del Evangelio que queriendo «contagiar» su Buena Noticia en tantas situaciones dolorosas y difíciles! Y Jesús es quien nos ha convocado a esta 31 Jornada Mundial de la Juventud; es Jesús quien nos dice: «Felices los misericordiosos, porque encontrarán misericordia» (*Mt 5,7*). Felices aquellos que

saben perdonar, que saben tener un corazón compasivo, que saben dar lo mejor a los demás; lo mejor, no lo que sobra: lo mejor.

Queridos jóvenes, en estos días Polonia, esta noble tierra, se viste de fiesta; en estos días Polonia quiere ser el rostro siempre joven de la Misericordia. Desde estas tierras, con ustedes y también unidos a tantos jóvenes que hoy no pueden estar aquí, pero que nos acompañan a través de los diversos medios de comunicación, todos juntos

vamos a hacer de esta jornada una auténtica fiesta Jubilar, en este Jubileo de la Misericordia. En los años que llevo como Obispo he aprendido una cosa – he aprendido muchas, pero una quiero decirla ahora–: no hay nada más hermoso que contemplar las ganas, la entrega, la pasión y la energía con que muchos jóvenes viven la vida. Esto es hermoso, y, ¿de dónde viene esta belleza? Cuando Jesús toca el corazón de un joven, de una joven, este es capaz de actos verdaderamente grandiosos. Es

estimulante escucharlos, compartir sus sueños, sus interrogantes y sus ganas de rebelarse contra todos aquellos que dicen que las cosas no pueden cambiar. Esos a los que yo llamo los «quietistas»: «Nada puede cambiar». No, los jóvenes tienen la fuerza de oponerse a estos. Pero, posiblemente, algunos no están seguros de esto... Yo les hago una pregunta, ustedes me respondan: –«Las cosas, ¿se pueden cambiar?» –«Sí» [responden los jóvenes]. –«No se oye», –«Sí» [repiten]. Es un

regalo del cielo poder verlos a muchos de ustedes que, con sus cuestionamientos, buscan hacer que las cosas sean diferentes. Es lindo, y me conforta el corazón, verlos tan revoltosos. La Iglesia hoy los mira –diría más: el mundo hoy los mira– y quiere aprender de ustedes, para renovar su confianza en que la Misericordia del Padre tiene rostro siempre joven y no deja de invitarnos a ser parte de su Reino, que es un Reino de alegría, es un Reino siempre de felicidad, es un Reino que

siempre nos lleva adelante, es un Reino capaz de darnos la fuerza de cambiar las cosas. Yo me he olvidado, les repito la pregunta: –«Las cosas, ¿se pueden cambiar?» –«Sí» [responden]. De acuerdo. Conociendo la pasión que ustedes le ponen a la misión, me animo a repetir: la misericordia siempre tiene rostro joven. Porque un corazón misericordioso se anima a salir de su comodidad; un corazón misericordioso sabe ir al encuentro de los demás, logra abrazar a todos. Un

corazón misericordioso sabe ser refugio para los que nunca tuvieron casa o la han perdido, sabe construir hogar y familia para aquellos que han tenido que emigrar, sabe de ternura y compasión. Un corazón misericordioso, sabe compartir el pan con el que tiene hambre, un corazón misericordioso se abre para recibir al prófugo y al emigrante. Decir misericordia junto a ustedes, es decir oportunidad, es decir mañana, es decir compromiso, es decir confianza, es decir apertura, hospitalidad, compasión, es

decir sueños. Pero ustedes,
¿son capaces de soñar? –«Sí».
Y cuando el corazón es abierto
y capaz de soñar, hay espacio
para la misericordia, hay
espacio para acariciar a los que
sufren, hay espacio para
ponerse junto aquellos que no
tienen paz en el corazón y les
falta lo necesario para vivir, o
no tiene la cosa más hermosa:
La fe. Misericordia. Digamos
juntos esta palabra:
«Misericordia». –Todos:
«Misericordia», –otra vez:
«Misericordia», –otra vez para
que el mundo nos oiga:

«Misericordia».

También quiero confesarles otra cosa que aprendí en estos años. No quiero ofender a nadie, pero me genera dolor encontrar a jóvenes que parecen haberse «jubilado» antes de tiempo. Esto me hace sufrir. Jóvenes que parece que se hayan jubilado con 23, 24, 25 años. Esto me produce dolor. Me preocupa ver a jóvenes que «tiraron la toalla» antes de empezar el partido. Que se han «rendido» sin haber comenzado a jugar. Me produce dolor el ver a jóvenes que caminan con

rostros tristes, como si su vida no valiera. Son jóvenes esencialmente aburridos... y aburridores. Que aburren a los demás, y esto me produce dolor. Es difícil, y a su vez cuestionador, por otro lado, ver a jóvenes que dejan la vida buscando el «vértigo», o esa sensación de sentirse vivos por caminos oscuros, que al final terminan «pagando»...y pagando caro. Piensen en tantos jóvenes, que ustedes conocen, que eligieron este camino. Cuestiona ver cómo hay jóvenes que pierden

hermosos años de su vida y sus energías corriendo detrás de vendedores de falsas ilusiones –en mi tierra natal diríamos «vendedores de humo»–, que les roban lo mejor de ustedes mismos. Y esto me hace sufrir. Yo estoy seguro de que hoy, entre ustedes, no hay ninguno de esos, pero quiero decirles: Existen los jóvenes jubilados, jóvenes que tiran la toalla antes del partido, hay jóvenes que entran en el vértigo con las falsas ilusiones y terminan en la nada.

Por eso, queridos amigos, nos

hemos reunidos para ayudarnos unos a otros porque no queremos dejarnos robar lo mejor de nosotros mismos, no queremos permitir que nos roben las energías, que nos roben la alegría, que nos roben los sueños, con falsas ilusiones. Queridos amigos, les pregunto: ¿Quieren para sus vidas ese vértigo alienante o quieren sentir esa fuerza que los haga sentirse vivos, plenos? ¿Vértigo alienante o fuerza de la gracia? –«¿Qué quieren?: ¿Vértigo alienante o fuerza de plenitud?». –«Fuerza de

plenitud». –«No se oye bien».
–«Fuerza de plenitud». Para ser plenos, para tener vida renovada, hay una respuesta; hay una respuesta que no se vende ni se compra, una respuesta que no es una cosa, que no es un objeto, es una persona, se llama Jesucristo. Les pregunto: Jesucristo, ¿se puede comparar? –«No».
Jesucristo, ¿se vende en las tiendas? –«No». Jesucristo es un don, un regalo del Padre, el don de nuestro Padre. –¿Quién es Jesucristo? Todos:
–«Jesucristo es un don». –

Todos: –«Es un don». –Es el regalo del Padre.

Jesucristo es quien sabe darle verdadera pasión a la vida, Jesucristo es quien nos mueve a no conformarnos con poco y nos lleva a dar lo mejor de nosotros mismos; es Jesucristo quien nos cuestiona, nos invita y nos ayuda a levantarnos cada vez que nos damos por vencidos. Es Jesucristo quien nos impulsa a levantar la mirada y a soñar alto. «Pero padre –me puede decir alguno– es tan difícil soñar alto, es tan difícil subir, estar siempre

subiendo. Padre, yo soy débil, yo caigo, yo me esfuerzo pero muchas veces me vengo abajo». Los alpinos, cuando suben una montaña, cantan una canción muy bonita, que dice así: «En el arte de subir, lo que importa no es no caer, sino no quedarse caído». Si tú eres débil, si tu caes, mira un poco en alto y verás la mano tendida de Jesús que te dice:

–«levántate, ven conmigo».

–«¿Y si lo hago otra vez?» –

También. –«¿Y si lo hago otra vez?» –También. Pedro

preguntó una vez al Señor:

«Señor, ¿Cuántas veces?»

–«Setenta veces siete». La mano de Jesús está siempre tendida para levantarnos, cuando nosotros caemos. ¿Lo han entendido?: –«Sí».

En el Evangelio hemos escuchado que Jesús, mientras se dirige a Jerusalén, se detiene en una casa –la de Marta, María y Lázaro– que lo acoge. De camino, entra en su casa para estar con ellos; las dos mujeres reciben al que saben que es capaz de conmoverse. Las múltiples ocupaciones nos hacen ser

como Marta: activos, dispersos, constantemente yendo de acá para allá...; pero también solemos ser como María: ante un buen paisaje, o un video que nos manda un amigo al móvil, nos quedamos pensativos, en escucha. En estos días de la Jornada, Jesús quiere entrar en nuestra casa: en tu casa, en mi casa, en el corazón de cada uno de nosotros; Jesús verá nuestras preocupaciones, nuestro andar acelerado, como lo hizo con Marta... y esperará que lo escuchemos como María; que,

en medio del trajinar, nos animemos a entregarnos a él.

Que sean días para Jesús, dedicados a escucharnos, a recibirlo en aquellos con quienes comparto la casa, la calle, el club o el colegio.

Y quien acoge a Jesús, aprende a amar como Jesús. Entonces él nos pregunta si queremos una vida plena. Y yo en su nombre les pregunto: ustedes, ¿ustedes quieren una vida plena?

Empieza desde este momento por dejarte conmover. Porque la felicidad germina y aflora en la misericordia: esa es su

respuesta, esa es su invitación, su desafío, su aventura: la misericordia. La misericordia tiene siempre rostro joven; como el de María de Betania sentada a los pies de Jesús como discípula, que se complace en escucharlo porque sabe que ahí está la paz. Como el de María de Nazareth, lanzada con su «sí» a la aventura de la misericordia, y que será llamada feliz por todas las generaciones, llamada por todos nosotros «la Madre de la Misericordia». Invoquémosla todos juntos. Todos: María,

Madre de la Misericordia.
Entonces, todos juntos, le
pedimos al Señor –cada uno
repita en silencio en su
corazón–: Señor lánzanos a la
aventura de la misericordia.
Lánzanos a la aventura de
construir puentes y derribar
muros (cercos y alambradas),
lánzanos a la aventura de
socorrer al pobre, al que se
siente solo y abandonado, al
que ya no le encuentra sentido
a su vida. Lánzanos a
acompañar a aquellos que no te
conocen y a decirles
lentamente y con mucho

respeto tu Nombre, el porqué de mi fe. Impúlsanos a la escucha, como María de Betania, de quienes no comprendemos, de los que vienen de otras culturas, otros pueblos, incluso de aquellos a los que tememos porque creemos que pueden hacernos daño. Haznos volver nuestro rostro, como María de Nazareth con Isabel, que volvamos nuestras miradas a nuestros ancianos, a nuestros abuelos, para aprender de su sabiduría. Yo les pregunto: –«¿Hablan ustedes con sus abuelos?»

-«Sí». -«Así, así...» Busquen a sus abuelos, ellos tienen la sabiduría de la vida y les dirán cosas que conmoverán su corazón.

Aquí estamos, Señor. Envíanos a compartir tu Amor Misericordioso. Queremos recibirte en esta Jornada Mundial de la Juventud, queremos confirmar que la vida es plena cuando se la vive desde la misericordia, y que esa es la mejor parte, es la parte más dulce, es la parte que nunca nos será quitada. Amén.

28 de julio de 2016. Homilía en la Santa Misa con ocasi3n del 1050° aniversario del bautismo de la Polonia.

Área del Santuario – Częstochowa.

Jueves.

Viaje apost3lico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasi3n de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Las lecturas de esta liturgia

muestran un hilo divino, que pasa por la historia humana y teje la historia de la salvación. El apóstol Pablo nos habla del gran diseño de Dios: *«Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer»* (Ga 4,4). Sin embargo, la historia nos dice que cuando llegó esta «plenitud del tiempo», cuando Dios se hizo hombre, la humanidad no estaba tan bien preparada, y ni siquiera había un período de estabilidad y de paz: no había una «edad de oro». Por lo tanto, la escena de este mundo

no ha merecido la venida de Dios, más bien, «los suyos no lo recibieron» (*Jn1,11*). La plenitud del tiempo ha sido un don de gracia: *Dios ha llenado nuestro tiempo con la abundancia de su misericordia*, por puro amor —i por puro amor!— ha inaugurado la plenitud del tiempo.

Sorprende sobre todo *cómo* se realiza la venida de Dios en la historia: «*nacido de mujer*».

Ningún ingreso triunfal, ninguna manifestación grandiosa del Omnipotente: él no se muestra como un sol

deslumbrante, sino que entra en el mundo en el modo más sencillo, como un niño dado a luz por su madre, con ese estilo que nos habla la Escritura: como la lluvia cae sobre la tierra (cf. *Is 55,10*), como la más pequeña de las semillas que brota y crece (cf. *Mc 4,31-32*). Así, contrariamente a lo que cabría esperar y quizás deseáramos, el Reino de Dios, ahora como entonces, «no viene con ostentación» (*Lc 17,20*), sino *en la pequeñez, en la humildad*. El Evangelio de hoy retoma

este hilo divino que atraviesa delicadamente la historia: desde la plenitud del tiempo pasamos al «tercer día» del ministerio de Jesús (cf. *Jn* 2,1) y al anuncio del «ahora» de la salvación (cf. v. 4). El tiempo se contrae, y la manifestación de Dios acontece siempre en la pequeñez. Así sucede en «el primero de los signos cumplidos por Jesús» (v. 11) en Caná de Galilea. No ha sido un gesto asombroso realizado ante la multitud, ni siquiera una intervención que resuelve una cuestión política apremiante,

como el sometimiento del pueblo al dominio romano. Se produce más bien un milagro sencillo en un pequeño pueblo, que alegra las nupcias de una joven familia, totalmente anónima. Sin embargo, el agua trasformada en vino en la fiesta de la boda es un gran signo, porque nos revela el rostro esponsalicio de Dios, de un Dios que se sienta a la mesa con nosotros, que sueña y establece comunión con nosotros. Nos dice que el Señor no mantiene las distancias, sino que es *cercano* y *concreto*, que

está en medio de nosotros y cuida de nosotros, sin decidir por nosotros y sin ocuparse de cuestiones de poder. Prefiere instalarse en lo pequeño, al contrario del hombre, que tiende a querer algo cada vez más grande. Ser atraídos por el poder, por la grandeza y por la visibilidad es algo trágicamente humano, y es una gran tentación que busca infiltrarse por doquier; en cambio, donarse a los demás, cancelando distancias, viviendo en la pequeñez y colmando concretamente la cotidianidad,

esto es exquisitamente divino.
Dios nos salva
haciéndose *pequeño, cercano* y
Ante todo, Dios se
hace *pequeño*. El Señor,
«manso y humilde de corazón»
(Mt 11,29), prefiere a los
pequeños, a los que se ha
revelado el Reino de Dios
(Mt 11,25); estos son grandes
ante sus ojos, y a ellos dirige
su mirada (cf. Is 66,2). Los
prefiere porque se oponen a la
«soberbia de la vida», que
procede del mundo
(cf. 1 Jn 2,16). Los pequeños
hablan su mismo idioma: el

amor humilde que hace libres. Por eso llama a personas sencillas y disponibles para ser sus portavoces, y les confía la revelación de su nombre y los secretos de su corazón. Pensemos en tantos hijos e hijas de vuestro pueblo: en los mártires, que han hecho resplandecer la fuerza inerme del Evangelio; en las personas sencillas y también extraordinarias que han sabido dar testimonio del amor del Señor en medio de grandes pruebas; en los anunciadores mansos y fuertes de la

misericordia, como san Juan Pablo II y santa Faustina. A través de estos «canales» de su amor, el Señor ha hecho llegar dones inestimables a toda la Iglesia y a toda la humanidad. Y es significativo que este aniversario del Bautismo de vuestro pueblo coincida precisamente con el Jubileo de la Misericordia.

Además, Dios es *cercano*, su Reino está cerca (cf. *Mc 1,15*): el Señor no desea que lo teman como a un soberano poderoso y distante, no quiere quedarse en un trono en el cielo o en los

libros de historia, sino que quiere sumirse en nuestros avatares de cada día para caminar con nosotros.

Pensando en el don de un milenio abundante de fe, es bello sobre todo agradecer a Dios, que ha caminado con vuestro pueblo, llevándolo de la mano, como un papá con su niño, y acompañándolo en tantas situaciones. Es lo que siempre estamos llamados a hacer, también como Iglesia: escuchar, comprometernos y hacernos cercanos, compartiendo las alegrías y las

fatigas de la gente, de manera que se transmita el Evangelio de la manera más coherente y que produce mayor fruto: por irradiación positiva, a través de la transparencia de vida.

Por último, *Dios es concreto*. De las Lecturas de hoy se desprende que todo es concreto en el actuar de Dios: la Sabiduría divina «obra como artífice» y «juega» con el mundo (cf. *Pr* 8,30); el Verbo se hace carne, nace de una madre, nace bajo la ley (cf. *Ga* 4,4), tiene amigos y participa en una fiesta: el

eterno se comunica pasando el tiempo con personas y en situaciones concretas. También vuestra historia, impregnada de Evangelio, cruz y fidelidad a la Iglesia, ha visto el contagio positivo de una fe genuina, transmitida de familia en familia, de padre a hijo, y sobre todo de las madres y de las abuelas, a quienes hay mucho que agradecer. De modo particular, habéis podido experimentar en carne propia la ternura concreta y providente de la Madre de todos, a quien he venido aquí a venerar como

peregrino, y a quien hemos saludado en el Salmo como «honor de nuestro pueblo» (*Jdt* 15,9).

Aquí reunidos, volvemos los ojos a ella. En María encontramos la plena correlación con el Señor: al hilo divino se entrelaza así en la historia un «hilo mariano». Si hay alguna gloria humana, algún mérito nuestro en la plenitud del tiempo, es ella: es ella ese espacio, preservado del mal, en el cual Dios se ha reflejado; es ella la escala que Dios ha recorrido para bajar

hasta nosotros y hacerse cercano y concreto; es ella el signo más claro de la plenitud de los tiempos.

En la vida de María admiramos esa *pequeñez* amada por Dios, que «ha mirado la sencillez de su esclava» y «enaltece a los humildes» (Lc 1,48.52). Él se complació tanto de María, que se dejó tejer la carne por ella, de modo que la Virgen se convirtió en *Madre de Dios*, como proclama un himno muy antiguo, que cantáis desde hace siglos. Que ella os siga indicando la vía a vosotros, que

de modo ininterrumpido os dirigís a ella, viniendo a esta capital espiritual del país, y os ayude a tejer en la vida la trama humilde y sencilla del Evangelio.

En Caná, como aquí en Jasna Góra, María nos ofrece su *cercanía*, y nos ayuda a descubrir lo que falta a la plenitud de la vida. Ahora como entonces, lo hace con cuidado de Madre, con la presencia y el buen consejo; enseñándonos a evitar decisionismos y murmuraciones en nuestras comunidades. Como Madre de

familia, nos quiere proteger a todos juntos, a todos juntos. En su camino, vuestro pueblo ha superado en la unidad muchos momentos duros. Que la Madre, firme al pie de la cruz y perseverante en la oración con los discípulos en espera del Espíritu Santo, infunda el deseo de ir más allá de los errores y las heridas del pasado, y de crear comunión con todos, sin ceder jamás a la tentación de aislarse e imponerse.

La Virgen demostró en Caná mucha *concreción*: es una Madre que toma en serio los

problemas e interviene, que sabe detectar los momentos difíciles y solventarlos con discreción, eficacia y determinación. No es dueña ni protagonista, sino Madre y sierva. Pidamos la gracia de hacer nuestra su sencillez, su fantasía en servir al necesitado, la belleza de dar la vida por los demás, sin preferencias ni distinciones. Que ella, causa de nuestra alegría, que lleva la paz en medio de la abundancia del pecado y de los sobresaltos de la historia, nos alcance la sobreabundancia del Espíritu,

para ser siervos buenos y fieles.

Que, por su intercesión, la plenitud del tiempo nos renueve también a nosotros.

De poco sirve el paso entre el antes y el después de Cristo, si permanece sólo como una fecha en los anales de la historia. Que pueda cumplirse, para todos y para cada uno, un paso interior, una Pascua del corazón hacia el *estilo divino encarnado por María*: obrar en la pequeñez y acompañar de cerca, con corazón sencillo y abierto.

28 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado.

Arzobispado de Cracovia.

Jueves.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

[Saludo en polaco]

Me dicen que hay muchos de ustedes que entienden el

castellano. Así que voy a hablar en castellano. También me dicen que hoy hay un buen grupo acá, en esta plaza, de recién casados y jóvenes esposos. Yo, cuando encuentro a uno que se casa, a un joven que se casa, a una chica que se casa, les digo: "¡Estos son los que tienen coraje!" Porque no es fácil formar una familia. No es fácil comprometer la vida para siempre. Hay que tener coraje. Y los felicito, porque ustedes tienen coraje.

A veces me preguntan cómo hacer para que la familia vaya

siempre adelante y supere las dificultades. Yo les sugiero que practiquen siempre tres palabras, tres palabras que expresan tres actitudes [ahí están llegando nuevos recién casados] Tres palabras que los pueden ayudar a vivir la vida de matrimonio, porque en la vida de matrimonio hay dificultades: el matrimonio es algo tan lindo tan hermoso, que tenemos que cuidarlo, porque es para siempre. Y las tres palabras son "permiso, gracias, perdón". Permiso. Permiso: siempre preguntar al cónyuge

(la mujer al marido, el marido a la mujer) "¿qué te parece?¿te parece que hagamos esto?"

Nunca atropellar. Permiso.

La segunda palabra: ser agradecidos. Cuántas veces el marido le tiene que decir a la mujer "gracias". Y cuántas veces la esposa le tiene que decir al marido "gracias".

Agradecerse mutuamente.

Porque el sacramento del matrimonio se lo confieren los esposos, el uno al otro. Y esta relación sacramental se mantiene con este sentimiento de gratitud. "Gracias".

Y la tercera palabra es "perdón", que es una palabra muy difícil de pronunciar. En el matrimonio, siempre –o el marido o la mujer– siempre tiene alguna equivocación. Saber reconocerla y pedir disculpas, pedir perdón, hace mucho bien. Hay jóvenes familias, recién casados, muchos de ustedes están recién casados, otros están por casarse. Recuerden estas tres palabras, que ayudarán tanto a la vida matrimonial: permiso, gracias, perdón. Repitámoslas juntos: permiso, gracias,

perdón. ¡Más fuerte, todos!
Permiso (bis), gracias (bis),
perdón (bis).

Bueno, todo esto es muy lindo,
es muy lindo decirlo en la vida
matrimonial. Pero siempre hay
en la vida matrimonial
problemas o discusiones. Es
habitual y sucede que el esposo
o la esposa discutan, alcen la
voz, se peleen. Y a veces
vuelen los platos. Pero no se
asusten cuando sucede esto.
Les doy un consejo: nunca
terminen el día sin hacer la
paz.

¿Y saben por qué? Porque la

guerra fría al día siguiente es muy peligrosa. ¿Y cómo tengo que hacer, padre, para hacer la paz?, puede preguntar alguno de ustedes.

No hacen falta discursos. Basta un gesto. Y se acabó. Está hecha la paz.

Cuando hay amor, un gesto arregla todo.

Los invito antes de recibir la bendición a rezar por todas las familias aquí presentes: por los recién casados, por los que están casados desde hace tiempo y por los que se van a casar.

Recemos juntos un avemaría,
cada uno en su lengua.

AVE MARÍA...

BENDICIÓN

E pregate per me! Davvero.

Pregate per me! Buona notte e
buon riposo.

29 de julio de 2016.

Videomensaje a los jóvenes cubanos reunidos en la Habana en preparación a la JMJ de Cracovia.

Queridos jóvenes reunidos en La Habana:

Con mucha esperanza me uno a ustedes en este momento en que se ponen en sintonía con la Iglesia universal que tendrá su corazón joven en Cracovia.

Confío en que estos días serán, para todos, una especial ocasión para el fomento de la cultura del encuentro, la

cultura del respeto, la cultura de la comprensión y del perdón recíproco. Eso es "armar lío"; eso es soñar. Y los jóvenes tienen que "armar lío".

Les sugiero que vivan la experiencia de escuchar con detenimiento el Evangelio y luego poder hacerlo vivo en sus propias vidas de ustedes, en las de su familia, sus amigos.

Ustedes saben, el Evangelio transforma el corazón: déjense transformar por sus palabras que «son espíritu y vida»; esas palabras que son concretas, concretas como la vida, porque

ya a la edad de ustedes se habrán dado cuenta que la vida es concreta, no son sueños, la vida es concreta, o la tomas como viene, concreta, o fracasas.

Cuando recen el *Vía Crucis* recuerden que no podemos amar a Dios si no amamos a los hermanos, y esto simplemente porque la Cruz es la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Es decir, la Cruz es un amor concreto para una vida concreta, un amor tan grande que hasta es capaz de entrar en nuestro pecado, en

nuestra miseria, perdonar el pecado, curar la miseria. La Cruz es un amor que entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo; y entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. Cuando atraviesen la Puerta Santa, déjense contagiar por este amor – si me escucha un médico me va a retar – enférmense, enférmense de amor, así aprenderán a mirar siempre a los demás con misericordia, con cercanía, con ternura, sobre todo a quien sufre y a quienes tienen

necesidad de ayuda.

Estarán ante Jesús

Sacramentado: acompañenlo, porque en él, y solo en él van a encontrar la fuerza para seguir el proyecto de felicidad más hermoso y constructivo de nuestras vidas; porque, ¿saben?, el amor es constructivo, el amor no destruye ni al enemigo, el amor siempre construye. Y, cuando sean enviados por los obispos como Testigos de la Misericordia, recuerden que el deseo más hermoso del Maestro es que no le tengan

miedo a nada. Chicos y chicas, no le tengan miedo a nada, sean libres de las ataduras de este mundo y anuncien a todos, a los enfermos, a los ancianos, a los tristes, que la Iglesia está llorando junto a ellos, y que Jesús es capaz de darles nueva vida, de resucitarlos.

Quizás les pueda ayudar lo que nos legara el Venerable Padre Félix Varela: ustedes «son la dulce esperanza de la patria». ¡Arriesgado el padrecito! Pero se lo dice a ustedes, no me lo dice a mí, ustedes son «la dulce esperanza de la patria». Para

ser portadores de la esperanza, será necesario que no pierdan esa capacidad de soñar.

Recuerden que en la objetividad de la vida tiene que entrar esa capacidad soñadora, y que quien no tiene la capacidad de soñar está clausurado en sí mismo (cfr. *Saludo a los jóvenes del Centro Cultural "Padre Félix Varela"*, La Habana, 20 de Septiembre de 2015). Yo añadiría algo más: quien no tiene la capacidad soñadora, ya se jubiló. Los jóvenes que no tienen esta capacidad de soñar y andar

adelante ya se jubilaron y no sirven ni para papel picado en fiesta de carnaval.

Jóvenes cubanos: ¡Ábranse a cosas grandes! No tengan miedo, no sean tiquismiquis. ¡Sueñen que el mundo con ustedes puede ser distinto! ¡Sueñen que Cuba con ustedes puede ser distinta y cada día mejor! ¡No se rindan! En este empeño, es importante, es preciso abrir el corazón y la mente a la esperanza que da Jesús.

Y nunca olviden que esa esperanza es sufrida; la

esperanza sabe sufrir para llevar a cabo un proyecto, pero tampoco olviden que ella da vida, es fecunda. Y con esa esperanza no serán estériles, sino que darán vida a los demás, harán patria, harán Iglesia, harán cosas grandes. ¿Por qué? Porque la esperanza es convocadora para construir "la amistad social", aunque se piense diferente. No es necesario que todos piensen igual, no, no, todos tienen que unirse en la "amistad social", aunque uno piense de otra manera o tenga otra

convicción; pero todos tienen algo común: ese deseo de soñar y ese amor a la patria. Lo importante, iguales y diferentes, es construir la "amistad social" con todos; tender puentes, trabajar mancomunados. ¡Tender puentes! Alguno de ustedes me podrá decir: ¿Y cómo puedo yo tender un puente, si no soy ni carpintero, ni ingeniero? Todos podemos tender puentes, con la palabra, con el deseo, con el corazón. Pero ahora los invito a ser constructores de un puente humano, del primer puente que

se tendió en la historia: dense la mano, estiren el brazo y dense la mano. ¡Háganlo! Y así, ya, todos juntos, con la mano tendida, estamos dando testimonio de que queremos tender puentes y trabajar mancomunados.

Muchachos y muchachas, reunidos en La Habana, pero con el corazón puesto en Cracovia: ¡no se desencuentren! ¡vayan juntos! Tiendan puentes, siempre con la mano tendida.

En ese caminar, los anima la Virgen María de la Caridad. Ella

desde hace más de 400 años
acompaña la fe, la esperanza y
el encuentro entre todos los
cubanos. Pongo a sus pies, todo
lo hermoso que su Hijo les
regalará en estos días. Y
recuerden las palabras de Ella
en Caná: "Hagan lo que él les
diga" (*Jn 2,5*).

Les aseguro mi cercanía y mi
oración por ustedes y por todo
el amado pueblo cubano, a la
vez que, con particular afecto,
los bendigo. Y como siempre les
pido: recen por mí. Un abrazo y
un puente.

29 de julio de 2016. Discurso
en la visita al hospital
pediátrico universitario (uch)

Prokocim, Cracovia.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

*Queridos hermanos y
hermanas:*

No podía faltar, en esta mi

visita a Cracovia, el encuentro con los pequeños ingresados en este hospital. Os saludo a todos y agradezco de corazón al Primer Ministro las amables palabras que me ha dirigido. Me gustaría poder estar un poco cerca de cada niño enfermo, junto a su cama, abrazarlos uno a uno, escuchar por un momento a cada uno de vosotros y juntos guardar silencio ante las preguntas para las que no existen respuestas inmediatas. Y rezar.

El Evangelio nos muestra en repetidas ocasiones al Señor

Jesús que encuentra a enfermos, los acoge, y también que va con gusto a encontrarlos. Él siempre se fija en ellos, los mira como una madre mira al hijo que no está bien, siente vibrar dentro de ella la compasión.

Cómo quisiera que, como cristianos, fuésemos capaces de estar al lado de los enfermos como Jesús, con el silencio, con una caricia, con la oración.

Nuestra sociedad, por desgracia, está contaminada por la cultura del «descarte», que es lo contrario de la cultura

de la acogida. Y las víctimas de la cultura del descarte son precisamente las personas más débiles, más frágiles; esto es una crueldad. Sin embargo es hermoso ver que, en este hospital, los más pequeños y necesitados son acogidos y cuidados. Gracias por este signo de amor que nos ofrecéis. Esto es el signo de la verdadera civilización, humana y cristiana: poner en el centro de la atención social y política las personas más desfavorecidas. A veces, las familias se encuentran solas para hacerse

cargo de ellos. ¿Qué hacer?
Desde este lugar, donde se ve
el amor concreto, diría:
multipliquemos las obras de la
cultura de la acogida, obras
animadas por el amor cristiano,
el amor a Jesús crucificado, a la
carne de Cristo. Servir con
amor y ternura a las personas
que necesitan ayuda nos hace
crecer a todos en humanidad; y
nos abre el camino a la vida
eterna: quien practica las obras
de misericordia, no tiene miedo
de la muerte.

Animo a todos los que han
hecho de la invitación

evangélica a «visitar a los enfermos» una opción personal de vida: médicos, enfermeros, todos los trabajadores de la salud, así como los capellanes y voluntarios. Que el Señor os ayude a realizar bien vuestro trabajo, en este como en cualquier otro hospital del mundo. No quisiera olvidar aquí el trabajo de las religiosas, tantas religiosas, que entregan la vida en los hospitales. Que el Señor os recompense dándoos paz interior y un corazón siempre capaz de ternura. Gracias a todos por este

encuentro. Os llevo conmigo en el afecto y la oración. Y también vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

29 de julio de 2016. Discurso
en el vía crucis con los jóvenes.

Parque Jordan de Błonia,
Cracovia.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

*«Tuve hambre y me disteis de
comer,
tuve sed y me disteis de beber,*

*fui forastero y me hospedasteis,
estuve desnudo y me vestisteis,
enfermo y me visitasteis,
en la cárcel y vinisteis a verme»
(Mt 25,35-36).*

Estas palabras de Jesús responden a la pregunta que a menudo resuena en nuestra mente y en nuestro corazón: «¿Dónde está Dios?». ¿Dónde está Dios, si en el mundo existe el mal, si hay gente que pasa hambre o sed, que no tienen hogar, que huyen, que buscan refugio? ¿Dónde está Dios cuando las personas inocentes mueren a causa de la violencia,

el terrorismo, las guerras?
¿Dónde está Dios, cuando
enfermedades terribles rompen
los lazos de la vida y el afecto?
¿O cuando los niños son
explotados, humillados, y
también sufren graves
patologías? ¿Dónde está Dios,
ante la inquietud de los que
dudan y de los que tienen el
alma afligida? Hay preguntas
para las cuales no hay
respuesta humana. Sólo
podemos mirar a Jesús, y
preguntarle a él. Y la respuesta
de Jesús es esta: «Dios está en
ellos», Jesús está en ellos,

sufre en ellos, profundamente identificado con cada uno. Él está tan unido a ellos, que forma casi como «un solo cuerpo».

Jesús mismo eligió identificarse con estos hermanos y hermanas que sufren por el dolor y la angustia, aceptando recorrer la vía dolorosa que lleva al calvario. Él, muriendo en la cruz, se entregó en las manos del Padre y, con amor de oblativo, cargó consigo las heridas físicas, morales y espirituales de toda la humanidad. Abrazando el

madero de la cruz, Jesús abrazó la desnudez y el hambre, la sed y la soledad, el dolor y la muerte de los hombres y mujeres de todos los tiempos. En esta tarde, Jesús — y nosotros con él— abraza con especial amor a nuestros hermanos sirios, que huyeron de la guerra. Los saludamos y acogemos con amor fraternal y simpatía.

Recorriendo la *Via Crucis* de Jesús, hemos descubierto de nuevo la importancia de configurarnos con él mediante las 14 *obras de misericordia*.

Ellas nos ayudan a abrirnos a la misericordia de Dios, a pedir la gracia de comprender que sin la misericordia no se puede hacer nada, sin la misericordia yo, tú, todos nosotros, no podemos hacer nada. Veamos primero las siete obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; acoger al forastero; asistir al enfermo; visitar a los presos; enterrar a los muertos. Gratis lo hemos recibido, gratis lo hemos de dar. Estamos llamados a servir a Jesús

crucificado en toda persona marginada, a tocar su carne bendita en quien está excluido, tiene hambre o sed, está desnudo, preso, enfermo, desempleado, perseguido, refugiado, emigrante. Allí encontramos a nuestro Dios, allí tocamos al Señor. Jesús mismo nos lo ha dicho, explicando el «protocolo» por el cual seremos juzgados: cada vez que hagamos esto con el más pequeño de nuestros hermanos, lo hacemos con él (cf. *Mt* 25,31-46).
Después de las obras de

misericordia corporales vienen las espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos. Nuestra credibilidad como cristianos depende del modo en que acogemos a los marginados que están heridos en el cuerpo y al pecador herido en el alma. Nuestra credibilidad como cristianos depende del modo en que acogemos a los marginados que

están heridos en el cuerpo y al pecador herido en el alma. No en las ideas, allí.

Hoy la humanidad necesita hombres y mujeres, y en especial jóvenes como vosotros, que no quieran vivir sus vidas «a medias», jóvenes dispuestos a entregar sus vidas para servir generosamente a los hermanos más pobres y débiles, a semejanza de Cristo, que se entregó completamente por nuestra salvación. Ante el mal, el sufrimiento, el pecado, la única respuesta posible para el discípulo de Jesús es el don

de sí mismo, incluso de la vida, a imitación de Cristo; es la actitud de servicio. Si uno, que se dice cristiano, no vive para servir, no sirve para vivir. Con su vida reniega de Jesucristo. En esta tarde, queridos jóvenes, el Señor os invita de nuevo a que seáis protagonistas de vuestro servicio; quiere hacer de vosotros *una respuesta concreta* a las necesidades y sufrimientos de la humanidad; quiere que seáis un signo de su amor misericordioso para nuestra época. Para cumplir

esta misión, él os señala la vía del compromiso personal y del sacrificio de sí mismo: es la vía de la cruz. La vía de la cruz es la vía de la felicidad de seguir a Cristo hasta el final, en las circunstancias a menudo dramáticas de la vida cotidiana; es la vía que no teme el fracaso, el aislamiento o la soledad, porque colma el corazón del hombre de la plenitud de Cristo. La vía de la cruz es la vía de la vida y del estilo de Dios, que Jesús manda recorrer a través también de los senderos de una sociedad a

veces dividida, injusta y corrupta.

La vía de la cruz no es una costumbre sadomasoquista; la vía de la cruz es la única que vence el pecado, el mal y la muerte, porque desemboca en la luz radiante de la resurrección de Cristo, abriendo el horizonte a una vida nueva y plena. Es la vía de la esperanza y del futuro.

Quien la recorre con generosidad y fe, da esperanza al futuro y a la humanidad.

Queridos jóvenes, en aquel Viernes Santo muchos

discípulos regresaron a sus casas tristes, otros prefirieron ir al campo para olvidar un poco la cruz. Me pregunto — pero contestad cada uno de vosotros en silencio, en vuestro corazón, en el propio corazón —: ¿Cómo deseáis regresar esta noche a vuestras casas, a vuestros alojamientos, a vuestras tiendas? ¿Cómo deseáis volver esta noche a encontraros con vosotros mismos? El mundo nos mira. Corresponde a cada uno de vosotros responder al desafío de esta pregunta.

29 de julio de 2016. Saludo a los fieles desde la ventana del arzobispado.

Arzobispado de Cracovia.

Viernes.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Dobry wieczór!

Hoy ha sido un día especial, una jornada de dolor. El viernes

es el día que recordamos la muerte de Jesús, y hemos terminado con los jóvenes la jornada con la oración del *Via Crucis*. Hemos rezado el *Via Crucis*: el dolor y la muerte de Jesús por todos nosotros. Estamos unidos a Jesús sufriente. Pero no sólo sufriente hace dos mil años, sino también hoy. Sufre tanta gente: los enfermos, los que están en guerra, los sin techo, los hambrientos, los que dudan de la vida, que no sienten la felicidad, la salvación, o que sienten el peso del propio

pecado.

En la tarde he estado en el hospital de niños. También allí Jesús sufre en tantos niños enfermos. Y siempre me viene la pregunta: ¿Por qué sufren los niños? Es un misterio. No hay respuesta para estas preguntas.

En la mañana, también otro dolor: he estado en Auschwitz, en Birkenau, para recordar los dolores de hace 70 años. ¡Cuánto dolor, cuánta crueldad! Pero, ¿es posible que nosotros los hombres, creados a semejanza de Dios, seamos

capaces de hacer estas cosas?
Se han cometido estas. No quisiera entristeceros, pero debo decir la verdad. La crueldad no ha terminado en Auschwitz, en Birkenau: también hoy, hoy se tortura a la gente; tantos presos son torturados, inmediatamente, para hacerlos hablar. Es terrible. Hoy, hombres y mujeres están en las cárceles superpobladas; viven —perdonadme— como animales. Hoy se da esta crueldad. Nosotros decimos: Sí, hemos visto la crueldad de

hace 70 años, como morían fusilados, o ahorcados, o con el gas. Pero hoy, en tanto lugares del mundo, donde hay guerra, sucede lo mismo.

En esta realidad, Jesús ha venido para cargarla sobre su espalda. Y nos pide rezar.

Pedimos por todos los Jesús que hoy existen en el mundo: los hambrientos, los sedientos, los dudosos, los enfermos, los que están solos, los que sienten el peso de tantas dudas y culpas. Sufren mucho. Recemos por tantos niños enfermos, inocentes, que llevan la cruz

desde pequeños. Y recemos por tantos hombres y mujeres que hoy son torturados en muchos países del mundo; por los encarcelados hacinados allí, como si fueran animales. Es triste lo que os digo, pero es la realidad. Pero también es realidad que Jesús ha cargado con todas estas cosas. También con nuestro pecado.

Todos los que estamos aquí somos pecadores, llevamos el peso de nuestros pecados. No sé si alguno no se siente pecador. Si alguno no se siente pecador que levante la mano.

Todos somos pecadores. Pero él nos ama, nos ama. Y obramos, como pecadores, pero como hijos de Dios, hijos de su Padre. Recemos todos juntos una oración por esta gente que hoy sufre en el mundo tantas cosas feas, tantas maldades. Y cuando hay lágrimas, el niño busca a la mamá; también nosotros, pecadores, somos niños, buscamos a la Mamá, y recemos todos juntos a la Virgen, cada uno en su idioma.

Ave María
Bendición
Os deseo una buena noche y

buen descanso. Rezad por mí. Y mañana continuaremos esta bella Jornada de la Juventud. Muchas gracias.

30 de julio de 2016. Palabras
en la visita al santuario de la
Divina Misericordia.

Cracovia.

Sábado.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

¡Buenos días a todos ustedes!
El Señor hoy nos quiere hacer
sentir más profundamente su
gran misericordia. ¡Nunca nos

alejemos de Jesús! Aunque pensemos que por nuestros pecados o nuestras faltas somos lo peor. Así nos prefiere Él, así su misericordia se derrama.

Aprovechemos este día para recibir todos la misericordia de Jesús.

Rezamos todos juntos a la Madre de Misericordia:

Dios te salve, María...

[Bendición]

Y, por favor, les pido que recen por mí.

30 de julio de 2016. Oración
en la visita a la basílica de san
Francisco.

Cracovia.

Sábado.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

**Oración por la paz y por el
fin de la violencia y el
terrorismo**

Dios omnipotente y misericordioso, Señor del Universo y de la historia humana.

Todo lo que has creado es bueno, y tu compasión por el hombre, que te abandona una y otra vez, es inagotable.

Venimos hoy a implorarte que ampares al mundo y a sus habitantes con la paz, alejando de él el destructivo oleaje del terrorismo, restaurando la amistad y derramando en los corazones de tus criaturas el don de la confianza y la prontitud para perdonar.

Dador de la vida, te pedimos también por todos los que han muerto, víctimas de los brutales ataques terroristas. Concédeles la recompensa y la alegría eternas. Que intercedan por el mundo, sacudido por la angustia y desgracias.

Jesús, Príncipe de la Paz, te rogamos por los heridos en los ataques terroristas: los niños y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los ancianos, las personas inocentes y los que han sido agredidos por casualidad. Sana su cuerpo y el corazón, que se sientan

fortalecidos por tu consuelo,
aleja de ellos el odio y el deseo
de la venganza.

Santo Espíritu Consolador,
visita a las familias que lloran
la pérdida de sus familiares,
víctimas inocentes de la
violencia y el terrorismo.

Cúbreles con el manto de tu
divina misericordia. Que
encuentren en Ti la fuerza y el
valor para continuar siendo
hermanos y hermanas de los
demás, especialmente de los
extranjeros y los inmigrantes,
testimoniando con su vida tu
amor.

Mueve los corazones de los terroristas para que reconozcan la maldad de sus acciones y vuelvan a la senda de la paz y el bien, el respeto por la vida y la dignidad de cada ser humano, independientemente de su religión, origen o status social.

Dios, Eterno Padre, escucha compasivo esta oración que se eleva hacia Ti entre el estruendo y la desesperación del mundo. Llenos de confianza en tu infinita Misericordia, confiando en la intercesión de tu Santísima Madre,

fortalecidos con el ejemplo de los beatos mártires de Perú, Zbigniewa y Michała, que has convertido en valientes testigos del Evangelio hasta derramar su sangre, nos dirigimos a Ti con gran esperanza, suplicando el don de la paz y pidiendo que alejes de nosotros el látigo del terrorismo.

Por Jesucristo, nuestro Señor
Amén.

30 de julio de 2016. Homilía
en la Santa Misa con
sacerdotes, religiosas,
religiosos, consagrados y
seminaristas polacos.

*Santuario de San Juan Pablo II
– Cracovia.*

Sábado.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

El pasaje del Evangelio que hemos escuchado (cf. *Jn 20,19-31*) nos habla de *un lugar*, de *un discípulo* y *un libro*.

El lugar es la casa en la que estaban los discípulos al anochecer del día de la Pascua: de ella se dice sólo que sus puertas estaban cerradas (cf. *Jn 20,19*). Ocho días más tarde, los discípulos estaban todavía en aquella casa, y sus puertas también estaban cerradas (cf. *Jn 20,26*). Jesús entra, se pone en medio y trae su paz, el Espíritu Santo y el

perdón de los pecados: en una palabra, la misericordia de Dios. En este local cerrado resuena fuerte el mensaje que Jesús dirige a los suyos: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (*Jn 20,21*).

Jesús envía. Él desea desde el principio que la Iglesia esté *de salida*, que vaya al mundo. Y quiere que lo haga tal como él mismo lo ha hecho, como él ha sido mandado al mundo por el Padre: no como un poderoso, sino en forma de siervo (cf. *Flp2,7*), no «a ser servido,

sino a servir» (*Mc 10,45*) y llevar la Buena Nueva (cf. *Lc 4,18*); también los suyos son enviados así en todos los tiempos. Llama la atención el contraste: mientras que los discípulos cerraban las puertas por temor, Jesús los envía a una misión; quiere que abran las puertas y salgan a propagar el perdón y la paz de Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Esta llamada es también para nosotros. ¿Cómo no sentir aquí el eco de la gran exhortación de san Juan Pablo II: «¡Abrid las puertas!»? No obstante, en

nuestra vida como sacerdotes y personas consagradas, se puede tener con frecuencia la tentación de quedarse un poco encerrados, por miedo o por comodidad, en nosotros mismos y en nuestros ámbitos. Pero la dirección que Jesús indica es de sentido único: salir de nosotros mismos. Es un viaje sin billete de vuelta. Se trata de emprender un éxodo de nuestro yo, de perder la vida por él (cf. *Mc 8,35*), siguiendo el camino de la entrega de sí mismo. Por otro lado, a Jesús no le gustan los recorridos a

mitad, las puertas
entreabiertas, las vidas de
doble vía. Pide ponerse en
camino ligeros, salir
renunciando a las propias
seguridades, anclados
únicamente en él.

En otras palabras, la vida de
sus discípulos más cercanos,
como estamos llamados a ser,
está hecha de *amor concreto*,
es decir,
de *servicio y disponibilidad*; es
una vida en la que no hay
espacios cerrados ni propiedad
privada para nuestras propias
comodidades: al menos no los

debe haber. Quien ha optado por configurar toda su existencia con Jesús ya no elige dónde estar, sino que va allá donde se le envía, dispuesto a responder a quien lo llama; tampoco dispone de su propio tiempo. La casa en la que reside no le pertenece, porque la Iglesia y el mundo son los espacios abiertos de su misión. Su tesoro es poner al Señor *en medio* de la vida, sin buscar otra para él. Huye, pues, de las situaciones gratificantes que lo pondrían en el centro, no se sube a los estrados vacilantes

de los poderes del mundo y no se adapta a las comodidades que aflojan la evangelización; no pierde el tiempo en proyectar un futuro seguro y bien remunerado, para evitar el riesgo convertirse en aislado y sombrío, encerrado entre las paredes angostas de un egoísmo sin esperanza y sin alegría. Contento con el Señor, no se conforma con una vida mediocre, sino que tiene un deseo ardiente de ser testigo y de llegar a los otros; le gusta el riesgo y sale, no forzado por caminos ya trazados, sino

abierto y fiel a las rutas indicadas por el Espíritu: contrario al «ir tirando», siente el gusto de evangelizar.

En segundo lugar, aparece en el Evangelio de hoy la figura de Tomás, el único *discípulo* que se menciona. En su duda y su afán de entender —y también un poco terco—, este discípulo se nos asemeja un poco, y hasta nos resulta simpático. Sin saberlo, nos hace un gran regalo: nos acerca a Dios, porque Dios no se oculta a quien lo busca. Jesús le mostró sus llagas gloriosas, le hizo

tocar con la mano la ternura infinita de Dios, los signos vivos de lo que ha sufrido por amor a los hombres.

Para nosotros, los discípulos, es muy importante poner la humanidad en contacto con la carne del Señor, es decir, llevarle a él, con confianza y total sinceridad, hasta el fondo, lo que somos. Jesús, como dijo a santa Faustina, se alegra de que hablemos de todo, no se cansa de nuestras vidas, que ya conoce; espera que la compartamos, incluso que le contemos cada día lo que nos

ha pasado (cf. *Diario*, 6 septiembre 1937). Así se busca a Dios, con una oración que sea transparente y no se olvide de confiar y encomendar las miserias, las dificultades y las resistencias. El corazón de Jesús se conquista con la apertura sincera, con los corazones que saben reconocer y llorar las propias debilidades, confiados en que precisamente allí actuará la divina misericordia. ¿Qué es lo que nos pide Jesús? Quiere corazones verdaderamente consagrados, que viven del

perdón que han recibido de él, para derramarlo con compasión sobre los hermanos. Jesús busca corazones abiertos y tiernos con los débiles, nunca duros; corazones dóciles y transparentes, que no disimulen ante los que tienen la misión en la Iglesia de orientar en el camino. El discípulo no duda en hacerse preguntas, tiene la valentía de sentir la duda y de llevarla al Señor, a los formadores y a los superiores, sin cálculos ni reticencias. El discípulo fiel lleva a cabo un discernimiento

atento y constante, sabiendo que cada día hay que educar el corazón, a partir de los afectos, para huir de toda doblez en las actitudes y en la vida.

El apóstol Tomás, al final de su búsqueda apasionada, no sólo ha llegado a creer en la resurrección, sino que ha encontrado en Jesús lo más importante de la vida, a su Señor; le dijo: «Señor mío y Dios mío» (*Jn 20,28*). Nos hará bien rezar, hoy y cada día, estas palabras espléndidas, para decirle: «Eres mi único bien, la ruta de mi camino, el

corazón de mi vida, mi todo. En el último versículo que hemos escuchado, se habla, en fin, de un *libro*: es el Evangelio, en el que no están escritos muchos otros signos que hizo Jesús (*Jn 20,30*). Después del gran signo de su misericordia —podemos pensar—, ya no se ha necesitado añadir nada más. Pero queda todavía un desafío, queda espacio para los signos que podemos hacer nosotros, que hemos recibido el Espíritu del amor y estamos llamados a difundir la misericordia. Se puede decir que el Evangelio,

libro vivo de la misericordia de Dios, que hay que leer y releer continuamente, todavía tiene al final páginas en blanco: es un libro abierto, que estamos llamados a escribir con el mismo estilo, es decir, realizando obras de misericordia. Os pregunto, queridos hermanos y hermanas: ¿Cómo están las páginas del libro de cada uno de vosotros? ¿Se escriben cada día? ¿Están escritas sólo en parte? ¿Están en blanco? Que la Madre de Dios nos ayude en ello: que ella, que ha acogido

plenamente la Palabra de Dios en su vida (cf. *Lc 8,20-21*), nos de la gracia de ser escritores vivos del Evangelio; que nuestra Madre de misericordia nos enseñe a curar concretamente las llagas de Jesús en nuestros hermanos y hermanas necesitados, de los cercanos y de los lejanos, del enfermo y del emigrante, porque sirviendo a quien sufre se honra a la carne de Cristo. Que la Virgen María nos ayude a entregarnos hasta el final por el bien de los fieles que se nos han confiado y a sostenernos

los unos a los otros, como verdaderos hermanos y hermanas en la comunión de la Iglesia, nuestra santa Madre. Queridos hermanos y hermanas, cada uno de nosotros guarda en el corazón una página personalísima del libro de la misericordia de Dios: es la historia de nuestra llamada, la voz del amor que atrajo y transformó nuestra vida, llevándonos a dejar todo por su palabra y a seguirlo (cf. *Lc 5,11*). Reavivemos hoy, con gratitud, la memoria de su llamada, más fuerte que toda

resistencia y cansancio. Demos gracias al Señor continuando con la celebración eucarística, centro de nuestra vida, porque ha entrado en nuestras puertas cerradas con su misericordia; porque, como a Tomás, nos da la gracia de seguir escribiendo su Evangelio de amor.

30 de julio de 2016. Discurso
en la vigilia de oración con los
jóvenes.

Campus Misericordiae,
Cracovia.

Sábado.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

*Queridos jóvenes, buenas
tardes.*

Es bello estar aquí con vosotros en esta Vigilia de oración.

Al terminar su valiente y conmovedor testimonio, Rand nos pedía algo. Nos decía:

«Pido encarecidamente que recéis por mi amado país». Una historia marcada por la guerra, el dolor, la pérdida, que finaliza con una petición: la oración.

Qué mejor que empezar nuestra vigilia rezando.

Venimos desde distintas partes del mundo, de continentes, países, lenguas, culturas, pueblos diferentes. Somos «hijos» de naciones que quizá

pueden estar enfrentadas luchando por diversos conflictos, o incluso estar en guerra. Otros venimos de países que pueden estar en «paz», que no tienen conflictos bélicos, donde muchas de las cosas dolorosas que suceden en el mundo sólo son parte de las noticias y de la prensa. Pero seamos conscientes de una realidad: para nosotros, hoy y aquí, provenientes de distintas partes del mundo, el dolor, la guerra que viven muchos jóvenes, deja de ser anónima, para nosotros deja de ser una

noticia de prensa, tiene nombre, tiene rostro, tiene historia, tiene cercanía. Hoy la guerra en Siria, es el dolor y el sufrimiento de tantas personas, de tantos jóvenes como la valiente Rand, que está aquí entre nosotros pidiéndonos que recemos por su amado país. Existen situaciones que nos pueden resultar lejanas hasta que, de alguna manera, las tocamos. Hay realidades que no comprendemos porque sólo las vemos a través de una pantalla (del celular o de la computadora). Pero cuando

tomamos contacto con la vida, con esas vidas concretas no ya mediatizadas por las pantallas, entonces nos pasa algo importante, sentimos la invitación a involucrarnos: «No más ciudades olvidadas», como dice Rand: ya nunca puede haber hermanos «rodeados de muerte y homicidios» sintiendo que nadie los va a ayudar. Queridos amigos, os invito a rezar juntos por el sufrimiento de tantas víctimas de la guerra, de esta guerra que hoy existe en el mundo, para que de una vez por todas podamos

comprender que nada justifica la sangre de un hermano, que nada es más valioso que la persona que tenemos al lado. Y, en este ruego de oración, también quiero dar las gracias a Natalia y a Miguel, porque también nos han compartido sus batallas, sus guerras interiores. Nos han mostrado sus luchas y cómo hicieron para superarlas. Son signo vivo de lo que la misericordia quiere hacer en nosotros.

Nosotros no vamos a gritar ahora contra nadie, no vamos a pelear, no queremos destruir,

no queremos insultar. Nosotros no queremos vencer el odio con más odio, vencer la violencia con más violencia, vencer el terror con más terror. Nosotros hoy estamos aquí porque el Señor nos ha convocado. Y nuestra respuesta a este mundo en guerra tiene un nombre: se llama fraternidad, se llama hermandad, se llama comunión, se llama familia. Celebramos el venir de culturas diferentes y nos unimos para rezar. Que nuestra mejor palabra, que nuestro mejor discurso, sea unirnos en

oración. Hagamos un rato de silencio y recemos; pongamos ante el Señor los testimonios de estos amigos, identifiquémonos con aquellos para quienes «la familia es un concepto inexistente, y la casa sólo un lugar donde dormir y comer», o con quienes viven con el miedo de creer que sus errores y pecados los han dejado definitivamente afuera. Pongamos también las «guerras», vuestras guerras y las nuestras, las luchas que cada uno trae consigo, dentro

de su corazón. Y, para ello, para estar en familia, en hermandad, todos juntos, os invito a levantaros, a daros la mano y a rezar en silencio. A todos.

[Silencio]

Mientras rezábamos, me venía la imagen de los Apóstoles el día de Pentecostés. Una escena que nos puede ayudar a comprender todo lo que Dios sueña hacer en nuestra vida, en nosotros y con nosotros. Aquel día, los discípulos estaban encerrados por miedo. Se sentían amenazados por un

entorno que los perseguía, que los arrinconaba en una pequeña habitación, obligándolos a permanecer quietos y paralizados. El temor se había apoderado de ellos. En ese contexto, pasó algo espectacular, algo grandioso. Vino el Espíritu Santo y unas lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno, impulsándolos a una aventura que jamás habrían soñado. Así, las cosas cambian totalmente. Hemos escuchado tres testimonios, hemos tocado con nuestros corazones sus

historias, sus vidas. Hemos visto cómo ellos, al igual que los discípulos, han vivido momentos similares, han pasado momentos donde se llenaron de miedo, donde parecía que todo se derrumbaba. El miedo y la angustia que nace de saber que al salir de casa uno puede no volver a ver a los seres queridos, el miedo a no sentirse valorado ni querido, el miedo a no tener otra oportunidad. Ellos nos compartieron la misma experiencia que tuvieron los

discípulos, han experimentado el miedo que sólo conduce a un sitio. ¿A dónde nos lleva el miedo? Al encierro. Y cuando el miedo se acovacha en el encierro siempre va acompañado por su «hermana gemela»: la parálisis, sentirnos paralizados. Sentir que en este mundo, en nuestras ciudades, en nuestras comunidades, no hay ya espacio para crecer, para soñar, para crear, para mirar horizontes, en definitiva para vivir, es de los peores males que se nos puede meter en la vida, especialmente en la

juventud. La parálisis nos va haciendo perder el encanto de disfrutar del encuentro, de la amistad; el encanto de soñar juntos, de caminar con otros. Nos aleja de los otros, nos impide dar la mano, como hemos visto [en la coreografía], todos encerrados en esas cabinas de cristal.

Pero en la vida hay otra parálisis todavía más peligrosa y muchas veces difícil de identificar; y que nos cuesta mucho descubrir. Me gusta llamarla la parálisis que nace cuando se confunde «felicidad»

con un «sofá/kanapa (canapé)». Sí, creer que para ser feliz necesitamos un buen sofá/canapé. Un sofá que nos ayude a estar cómodos, tranquilos, bien seguros. Un sofá —como los que hay ahora, modernos, con masajes adormecedores incluidos— que nos garantiza horas de tranquilidad para trasladarnos al mundo de los videojuegos y pasar horas frente a la computadora. Un sofá contra todo tipo de dolores y temores. Un sofá que nos haga quedarnos cerrados en casa,

sin fatigarnos ni preocuparnos. La «sofá-felicidad», «kanapa-szczęście», es probablemente la parálisis silenciosa que más nos puede perjudicar, que más puede arruinar a la juventud. Y, Padre, ¿por qué sucede esto? Porque poco a poco, sin darnos cuenta, nos vamos quedando dormidos, nos vamos quedando embobados y atontados. El otro día hablaba de los jóvenes que se jubilan a los 20 años; hoy hablo de los jóvenes adormentados, embobados y atontados, mientras otros — quizás los más vivos, pero no

los más buenos— deciden el futuro por nosotros. Es cierto, para muchos es más fácil y beneficioso tener a jóvenes embobados y atontados que confunden felicidad con un sofá; para muchos, eso les resulta más conveniente que tener jóvenes despiertos, inquietos respondiendo al sueño de Dios y a todas las aspiraciones del corazón. Os pregunto a vosotros: ¿Queréis ser jóvenes adormentados, embobados y atontados? [«No»]. ¿Queréis que otros decidan el futuro por vosotros?

[«No»]. ¿Queréis ser libres?

[«Sí»]. ¿Queréis estar

despiertos? [«Sí»]. ¿Queréis

luchar por vuestro futuro?

[«Sí»]. No os veo demasiado

convencidos... ¿Queréis luchar

por vuestro futuro? [«Sí»].

Pero la verdad es otra:

queridos jóvenes, no vinimos a

este mundo a «vegetar», a

pasarla cómodamente, a hacer

de la vida un sofá que nos

adormezca; al contrario, hemos

venido a otra cosa, a dejar una

huella. Es muy triste pasar por

la vida sin dejar una huella.

Pero cuando optamos por la

comodidad, por confundir
felicidad con consumir,
entonces el precio que pagamos
es muy, pero que muy caro:
perdemos la libertad. No somos
libres de dejar una huella.
Perdemos la libertad. Este es el
precio. Y hay mucha gente que
quiere que los jóvenes no sean
libres; tanta gente que no os
quiere bien, que os quiere
atontados, embobados,
adormecidos, pero nunca libres.
No, ¡esto no! Debemos
defender nuestra libertad.
Ahí está precisamente una gran
parálisis, cuando comenzamos

a pensar que felicidad es sinónimo de comodidad, que ser feliz es andar por la vida dormido o narcotizado, que la única manera de ser feliz es ir como atontado. Es cierto que la droga hace mal, pero hay muchas otras drogas socialmente aceptadas que nos terminan volviendo tanto o más esclavos. Unas y otras nos despojan de nuestro mayor bien: la libertad. Nos despojan de la libertad.

Amigos, Jesús es el Señor del riesgo, es el Señor del siempre «más allá». Jesús no es el

Señor del confort, de la seguridad y de la comodidad. Para seguir a Jesús, hay que tener una cuota de valentía, hay que animarse a cambiar el sofá por un par de zapatos que te ayuden a caminar por caminos nunca soñados y menos pensados, por caminos que abran nuevos horizontes, capaces de contagiar alegría, esa alegría que nace del amor de Dios, la alegría que deja en tu corazón cada gesto, cada actitud de misericordia. Ir por los caminos siguiendo la «locura» de nuestro Dios que

nos enseña a encontrarlo en el hambriento, en el sediento, en el desnudo, en el enfermo, en el amigo caído en desgracia, en el que está preso, en el prófugo y el emigrante, en el vecino que está solo. Ir por los caminos de nuestro Dios que nos invita a ser actores políticos, pensadores, movilizadores sociales. Que nos incita a pensar en una economía más solidaria que esta. En todos los ámbitos en los que nos encontremos, ese amor de Dios nos invita llevar la Buena Nueva, haciendo de la

propia vida una entrega a él y a los demás. Esto significa ser valerosos, esto significa ser libres.

Pueden decirme: «Padre, pero eso no es para todos, sólo es para algunos elegidos». Sí, es cierto, y estos elegidos son todos aquellos que están dispuestos a compartir su vida con los demás. De la misma manera que el Espíritu Santo transformó el corazón de los discípulos el día de Pentecostés —estaban paralizados—, lo hizo también con nuestros amigos que compartieron sus

testimonios. Uso tus palabras, Miguel, tú nos decías que el día que en la Facenda te encomendaron la responsabilidad de ayudar a que la casa funcionara mejor, ahí comenzaste a entender que Dios pedía algo de ti. Así comenzó la transformación. Ese es el secreto, queridos amigos, que todos estamos llamados a experimentar. Dios espera algo de ti. ¿Lo habéis entendido? Dios quiere algo de ti, Dios te espera a ti. Dios viene a romper nuestras clausuras, viene a abrir las

puertas de nuestras vidas, de nuestras visiones, de nuestras miradas. Dios viene a abrir todo aquello que te encierra. Te está invitando a soñar, te quiere hacer ver que el mundo contigo puede ser distinto. Eso sí, si tú no pones lo mejor de ti, el mundo no será distinto. Es un reto.

El tiempo que hoy estamos viviendo no necesita jóvenes-sofá, *młodzi-kanapowi*, sino jóvenes con zapatos; mejor aún, con los botines puestos. Este tiempo sólo acepta jugadores titulares en la

cancha, no hay espacio para suplentes. El mundo de hoy pide que seáis protagonistas de la historia porque la vida es linda siempre y cuando queramos vivirla, siempre y cuando queramos dejar una huella. La historia nos pide hoy que defendamos nuestra dignidad y no dejemos que sean otros los que decidan nuestro futuro. ¡No! Nosotros debemos decidir nuestro futuro; vosotros, vuestro futuro. El Señor, al igual que en Pentecostés, quiere realizar uno de los mayores milagros

que podemos experimentar: hacer que tus manos, mis manos, nuestras manos se transformen en signos de reconciliación, de comunión, de creación. Él quiere tus manos para seguir construyendo el mundo de hoy. Él quiere construirlo contigo. Y tú, ¿qué respondes? ¿Qué respondes tú? ¿Sí o no? [«Sí»].

Me dirás, Padre, pero yo soy muy limitado, soy pecador, ¿qué puedo hacer? Cuando el Señor nos llama no piensa en lo que somos, en lo que éramos, en lo que hemos hecho

o de dejado de hacer. Al contrario: él, en ese momento que nos llama, está mirando todo lo que podríamos dar, todo el amor que somos capaces de contagiar. Su apuesta siempre es al futuro, al mañana. Jesús te proyecta al horizonte, nunca al museo.

Por eso, amigos, hoy Jesús te invita, te llama a dejar tu huella en la vida, una huella que marque la historia, que marque tu historia y la historia de tantos.

La vida de hoy nos dice que es mucho más fácil fijar la

atención en lo que nos divide,
en lo que nos separa.

Pretenden hacernos creer que
encerrarnos es la mejor
manera para protegernos de lo
que nos hace mal. Hoy los
adultos —nosotros, los
adultos— necesitamos de
vosotros, que nos enseñéis
—como vosotros hacéis hoy— a
convivir en la diversidad, en el
diálogo, en compartir la
multiculturalidad, no como una
amenaza, sino como una
oportunidad. Y vosotros sois
una oportunidad para el futuro.
Tened valentía para

enseñarnos, tened la valentía de enseñarnos que es más fácil construir puentes que levantar muros. Necesitamos aprender esto. Y todos juntos pidamos que nos exijáis transitar por los caminos de la fraternidad. Que seáis vosotros nuestros acusadores cuando nosotros elegimos la vía de los muros, la vía de la enemistad, la vía de la guerra. Construir puentes: ¿Sabéis cuál es el primer puente que se ha de construir? Un puente que podemos realizarlo aquí y ahora: estrecharnos la mano, darnos

la mano. Ánimo, hacedlo ahora. Construid este puente humano, daos la mano, todos: es el puente primordial, es el puente humano, es el primero, es el modelo. Siempre existe el riesgo —lo he dicho el otro día— de quedarse con la mano tendida, pero en la vida hay que arriesgar; quien no arriesga no triunfa. Con este puente, vayamos adelante. Levantad aquí este puente primordial: daos la mano. Gracias. Es el gran puente fraterno, y ojalá aprendan a hacerlo los grandes de este

mundo... pero no para la fotografía —cuando se dan la mano y piensan en otra cosa—, sino para seguir construyendo puentes más y más grandes. Que éste puente humano sea semilla de tantos otros; será una huella.

Hoy Jesús, que es el camino, te llama a ti, a ti, a ti [señala a cada uno] a dejar tu huella en la historia. Él, que es la vida, te invita a dejar una huella que llene de vida tu historia y la de tantos otros. Él, que es la verdad, te invita a abandonar los caminos del desencuentro,

la división y el sinsentido. ¿Te animas? [«Sí»]. ¿Qué responden —lo quiero ver— tus manos y tus pies al Señor, que es camino, verdad y vida? ¿Estás dispuesto? [«Sí»]. Que el Señor bendiga vuestros sueños. Gracias.

31 de julio de 2016. Homilía en la santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud.

Campus Misericordiae – Cracovia.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Queridos jóvenes: habéis venido a Cracovia para

encontraros con Jesús. Y el Evangelio de hoy nos habla precisamente del encuentro entre Jesús y un hombre, Zaqueo, en Jericó (cf. *Lc 19,1-10*). Allí Jesús no se limita a predicar, o a saludar a alguien, sino que quiere —nos dice el Evangelista— *cruzar* la ciudad (cf. *Lc 19, 1*). Con otras palabras, Jesús desea acercarse a la vida de cada uno, recorrer nuestro camino hasta el final, para que su vida y la nuestra se encuentren realmente. Tiene lugar así el encuentro más sorprendente, el encuentro

con Zaqueo, jefe de los «publicanos», es decir, de los recaudadores de impuestos. Así que Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos; era un explotador de su pueblo, uno que debido a su mala fama no podía ni siquiera acercarse al Maestro. Sin embargo, el encuentro con Jesús cambió su vida, como sucedió, y cada día puede suceder con cada uno de nosotros. Pero Zaqueo tuvo que superar *algunos obstáculos* para encontrarse con Jesús. No fue fácil para él,

tuvo que superar algunos obstáculos, *al menos tres*, que también pueden enseñarnos algo a nosotros.

El primero es la baja estatura: Zaqueo no conseguía ver al Maestro, porque era bajo.

También nosotros podemos hoy caer en el peligro de quedarnos lejos de Jesús porque no nos sentimos a la altura, porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos. Esta es una gran tentación, que no sólo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también la fe.

Porque la fe nos dice que somos «hijos de Dios, pues ilo somos!» (1 Jn 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra «estatura», esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre. Entendéis entonces que no aceptarse, vivir descontentos y pensar en negativo significa no reconocer

nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús — nos lo muestra el Evangelio—, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que todos somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante él, nada

vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú, tal como eres. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio.

Cuando en la vida sucede que apuntamos bajo en vez de a lo alto, nos puede ser de ayuda esta gran verdad: Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más

acérrimo de los «hinchas». Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestras tristezas, rumiando continuamente los males sufridos y el pasado. Pero complacerse en la tristeza no es digno de nuestra estatura espiritual. Es más, es un *virus* que infecta y paraliza todo, que cierra cualquier puerta, que impide enderezar la vida, que recomience. Dios, sin embargo, es obstinadamente esperanzado: siempre cree que podemos

levantarnos y no se resigna a vernos apagados y sin alegría. Es triste ver a un joven sin alegría. Porque somos siempre sus hijos amados. Recordemos esto al comienzo de cada día. Nos hará bien decir todas las mañanas en la oración: «Señor, te doy gracias porque me amas; estoy seguro de que me amas; haz que me enamore de mi vida». No de mis defectos, que hay que corregir, sino de la vida, que es un gran regalo: es el tiempo para amar y ser amado.

Zaqueo tenía

un *segundo* obstáculo en el camino del encuentro con Jesús: la *vergüenza paralizante*. Sobre esto hemos dicho algo ayer por la tarde. Podemos imaginar lo que sucedió en el corazón de Zaqueo antes de subir a aquella higuera, habrá tenido una lucha afanosa: por un lado, la curiosidad buena de conocer a Jesús; por otro, el riesgo de hacer una figura bochornosa. Zaqueo era un personaje público; sabía que, al intentar subir al árbol, haría el ridículo delante de todos, él, un jefe,

un hombre de poder, pero muy odiado. Pero superó la vergüenza, porque la atracción de Jesús era más fuerte.

Habréis experimentado lo que sucede cuando una persona se siente tan atraída por otra que se enamora: entonces sucede que se hacen de buena gana cosas que nunca se habrían hecho. Algo similar ocurrió en el corazón de Zaqueo, cuando sintió que Jesús era de tal manera importante que habría hecho cualquier cosa por él, porque él era el único que podía sacarlo de las arenas

movedizas del pecado y de la infelicidad. Y así, la vergüenza paralizante no triunfó: Zaqueo —nos dice el Evangelio— «corrió más adelante», «subió» y luego, cuando Jesús lo llamó, «se dio prisa en bajar» (Lc 19, 4.6.). Se arriesgó y actuó. Esto es también para nosotros el secreto de la alegría: no apagar la buena curiosidad, sino participar, porque la vida no hay que encerrarla en un cajón. Ante Jesús no podemos quedarnos sentados esperando con los brazos cruzados; a él, que nos da la vida, no podemos

responderle con un pensamiento o un simple «mensajito».

Queridos jóvenes, no os avergoncéis de llevarle todo, especialmente las debilidades, las dificultades y los pecados, en la confesión: Él sabrá sorprenderos con su perdón y su paz. No tengáis miedo de decirle «sí» con toda la fuerza del corazón, de responder con generosidad, de seguirlo. No os dejéis anestesiar el alma, sino aspirad a la meta del amor hermoso, que exige también renuncia, y un «no» fuerte

al *doping* del éxito a cualquier precio y a la droga de pensar sólo en sí mismo y en la propia comodidad.

Después de la baja estatura y después de la vergüenza paralizante, hay un *tercer* obstáculo que Zaqueo tuvo que enfrentar, ya no en su interior sino a su alrededor. Es la *multitud que murmura*, que primero lo bloqueó y luego lo criticó: Jesús no tenía que entrar en su casa, en la casa de un pecador. ¿Qué difícil es acoger realmente a Jesús, qué duro es aceptar a un «Dios,

rico en misericordia» (*Ef 2,4*). Puede que os bloqueen, tratando de haceros creer que Dios es distante, rígido y poco sensible, bueno con los buenos y malo con los malos. En cambio, nuestro Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos» (*Mt 5,45*), y nos invita al valor verdadero: ser *más fuertes que el mal* amando a todos, incluso a los enemigos. Puede que se rían de vosotros, porque creéis en la fuerza mansa y humilde de la misericordia. No tengáis miedo, pensad en cambio en las

palabras de estos días:
«Bienaventurados los
misericordiosos, porque ellos
alcanzarán misericordia»
(Mt 5,7). Puede que os juzguen
como unos soñadores, porque
creéis en una nueva
humanidad, que no acepta el
odio entre los pueblos, ni ve las
fronteras de los países como
una barrera y custodia las
propias tradiciones sin egoísmo
y resentimiento. No os
desaniméis: con vuestra
sonrisa y vuestros brazos
abiertos predicáis la esperanza
y sois una bendición para la

única familia humana, tan bien representada por vosotros aquí. Aquel día, la multitud juzgó a Zaqueo, lo miró con desprecio; Jesús, en cambio, hizo lo contrario: levantó los ojos hacia él (*Lc 19, 5*). La mirada de Jesús va más allá de los defectos para ver a la persona; no se detiene en el mal del pasado, sino que divisa el bien en el futuro; no se resigna frente a la cerrazón, sino que busca el camino de la unidad y de la comunión; en medio de todos, no se detiene en las apariencias, sino que mira al

corazón. Jesús mira nuestro corazón, el tuyo, el mío. Con esta mirada de Jesús, podéis hacer surgir una humanidad diferente, sin esperar a que os digan «qué buenos sois», sino buscando el bien por sí mismo, felices de conservar el corazón limpio y de luchar pacíficamente por la honestidad y la justicia. No os detengáis en la superficie de las cosas y desconfiad de las liturgias mundanas de la apariencia, del *maquillaje* del alma para aparentar mejores. Por el contrario, instalad bien la

conexión más estable, la de un corazón que ve y transmite incansablemente el bien. Y esa alegría que habéis recibido gratis de Dios, por favor, dadla gratis (cf. *Mt 10,8*), porque son muchos los que la esperan. Y la esperan de vosotros.

Escuchemos por último las palabras de Jesús a Zaqueo, que parecen dichas a propósito para nosotros, para cada uno de nosotros: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (*Lc 19, 5*). «Baja inmediatamente, porque hoy

debo quedarme contigo.
Ábreme la puerta de tu corazón». Jesús te dirige la misma invitación: «Hoy tengo que alojarme en tu casa». La Jornada Mundial de la Juventud, podríamos decir, *comienza hoy y continúa mañana, en casa*, porque es allí donde Jesús quiere encontrarnos a partir de ahora. El Señor no quiere quedarse solamente en esta hermosa ciudad o en los recuerdos entrañables, sino que quiere venir a tu casa, vivir tu vida cotidiana: el estudio y los

primeros años de trabajo, las amistades y los afectos, los proyectos y los sueños. Cómo le gusta que todo esto se lo llevemos en la oración. Él espera que, entre tantos contactos y *chats* de cada día, el primer puesto lo ocupe el hilo de oro de la oración. Cuánto desea que su Palabra hable a cada una de tus jornadas, que su Evangelio sea tuyo, y se convierta en tu «navegador» en el camino de la vida.

Jesús, a la vez que te pide entrar en tu casa, como hizo

con Zaqueo, *te llama por tu nombre*. Jesús nos llama a todos por nuestro nombre. Tu nombre es precioso para él. El nombre de Zaqueo evocaba, en la lengua de la época, el *recuerdo de Dios*. Fiaros del recuerdo de Dios: su memoria no es un «disco duro» que registra y almacena todos nuestros datos, su memoria es un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando definitivamente cualquier vestigio del mal. Procuremos también nosotros ahora imitar la memoria fiel de

Dios y custodiar el bien que hemos recibido en estos días. En silencio hagamos memoria de este encuentro, custodiemos el recuerdo de la presencia de Dios y de su Palabra, avivemos en nosotros la voz de Jesús que nos llama por nuestro nombre. Así pues, recemos en silencio, haciendo memoria, dando gracias al Señor que nos ha traído aquí y ha querido encontrarnos.

31 de julio de 2016. **ÁNGELUS.**

*Campus Misericordiae –
Cracovia.*

Domingo.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Polonia con
ocasión de la XXXI Jornada
Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

*Queridos hermanos y
hermanas,*

Al final de esta celebración,
deseo unirme a todos vosotros

en el agradecimiento a Dios, Padre de infinita misericordia, porque nos ha concedido vivir esta Jornada Mundial de la Juventud. Doy las gracias al Cardenal Dziwisz y al Cardenal Ryłko —trabajadores incansables de esta Jornada— y también por las oraciones que han hecho, con las que han preparado este evento; y doy las gracias a todos aquellos que han colaborado para su buen desarrollo. Y un inmenso «gracias» a vosotros, queridos jóvenes. Habéis llenado Cracovia con el entusiasmo

contagioso de vuestra fe. San Juan Pablo II ha disfrutado desde el cielo, y os ayudará a llevar por todo el mundo la alegría del Evangelio.

En estos días hemos experimentado la belleza de la fraternidad universal en Cristo, centro y esperanza de nuestra vida. Hemos escuchado su voz, la voz del Buen Pastor, vivo en medio de nosotros. Él ha hablado al corazón de cada uno de vosotros: os ha renovado con su amor, os ha hecho sentir la luz de su perdón, la fuerza de su gracia. Os ha hecho

experimentar la realidad de la oración. Ha sido una «oxigenación» espiritual para que podáis vivir y caminar en la misericordia una vez que hayáis regresado a vuestros países y a vuestras comunidades.

Aquí, junto al altar, hay una imagen de la Virgen María venerada por san Juan Pablo II en el santuario de Calvaria. Ella, nuestra Madre, nos enseña cómo la experiencia vivida aquí en Polonia puede ser fecunda; nos dice que hagamos como ella: no

desperdiciar el don recibido, sino custodiarlo en el corazón, para que germine y dé fruto, con la acción del Espíritu Santo. De este modo, cada uno de vosotros, con vuestras limitaciones y fragilidades, podrá ser testigo de Cristo allá donde vive, en la familia, en la parroquia, en las asociaciones y en los grupos, en los ambientes de estudio, de trabajo, de servicio, de ocio, donde quiera que la providencia os guie en vuestro camino.

La Providencia de Dios siempre nos precede. Pensad que ya ha

decidido cuál será la próxima etapa de esta gran peregrinación iniciada por san Juan Pablo II en 1985. Y por eso os anuncio con alegría que la próxima Jornada Mundial de la Juventud —después de las dos de ámbito diocesano— será en 2019 en Panamá.

Invito a los obispos de Panamá a que se acerquen, para impartir conmigo la bendición. Con la intercesión de María, invocamos el Espíritu Santo para que ilumine y sostenga el camino de los jóvenes en la Iglesia y en el mundo, para que

seáis discípulos y testigos de la
Misericordia de Dios.

Recitemos juntos ahora la
oración del Ángelus.....

31 de julio de 2016. Saludo desde la ventana del arzobispado.

Arzobispado de Cracovia.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud.
(27-31 de julio de 2016)

Muchas gracias por esta compañía, por este acercarse a despedirme.

Muchas gracias por la calurosa

acogida de estos días.

Y ahora, antes de irme, les quiero dar la bendición. Pero también les quiero pedir que no se olviden de rezar por mí.

Recemos juntos a la Virgen, cada uno en su lengua.

AVE MARÍA...

BENDICIÓN

[Despedida en polaco]

31 de julio de 2016. Discurso en el encuentro con los voluntarios de la JMJ, con el comité organizador y los benefactores.

Tauron Area, Cracovia.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud. (27-31 de julio de 2016)

Queridos voluntarios

Antes de regresar a Roma, siento el deseo de encontrarles y, sobre todo, de dar las gracias a cada uno de ustedes por el esfuerzo, la generosidad y la dedicación con la que han acompañado, ayudado y servido a los miles de jóvenes peregrinos. Gracias también por su testimonio de fe que, unido al de los muchísimos jóvenes de todo el mundo, es un gran signo de esperanza para la Iglesia y para el mundo. Al entregarse por amor de Cristo, han experimentado lo hermoso que es comprometerse

con una causa noble.

Y, así, he escrito un discurso, no sé si bonito o feo..., 5 páginas. Un poco aburrido. Lo entrego... Pero me dicen que yo puedo hablar en cualquier lengua. En cualquier lengua, porque todos tienen traductor. ¿Sí? ¿Hablo español? [«Sí»]. Esto de preparar una Jornada de la Juventud es toda una aventura. Es meterse en una aventura y llegar; y llegar, servir, trabajar, hacer y después despedirse. Primero, la aventura, la generosidad. Yo les quiero agradecer a ustedes,

voluntarios, benefactores, todo lo que han hecho. Quiero agradecer las horas de oración que han hecho. Porque yo sé que esta jornada se amasó con mucho trabajo pero con mucha oración. Gracias a los voluntarios que dedicaron tiempo a la oración para que podamos llevar adelante [esto]. Gracias a los sacerdotes, a los sacerdotes que los acompañaron. Gracias a las religiosas que las acompañaron. A los consagrados. Y gracias a ustedes que se metieron en

esta aventura con la esperanza de llegar adelante.

El obispo, cuando hizo la presentación, les dijo un —no sé si van a entender la palabra— un «piropo» ¿Entendieron? Les dijo un cumplido: ustedes son la esperanza del futuro. Y es verdad. Pero con dos condiciones. ¿Quieren ser esperanza para el futuro o no? [«Sí»].

Con dos condiciones. No, no hay que pagar la entrada. La primera condición es tener memoria. Preguntarme de

dónde vengo: memoria de mi pueblo, memoria de mi familia, memoria de toda mi historia. El testimonio de la segunda voluntaria estaba lleno de memoria. Lleno de memoria. Memoria de un camino andado, memoria de lo que recibí de mis mayores. Un joven desmemoriado no es esperanza para el futuro. ¿Está claro? Padre, ¿y cómo hago para tener memoria? Hablá con tus padres, habla con los mayores. Sobre todo, habla con tus abuelos. ¿Está claro? De tal manera que, si vos querés ser

esperanza en el futuro, tenés que recibir la antorcha de tu abuelo y de tu abuela.

¿Me prometen que para preparar Panamá van a hablar más con los abuelos? [«Sí»].

Y si los abuelos ya se fueron al cielo, ¿van a hablar con los ancianos? [«Sí»].

Y les van a preguntar. Y ¿les van a preguntar? [«Sí»].

Pregúntenles. Son la sabiduría de un pueblo.

Entonces, para ser esperanza, primera condición, tener memoria. «Ustedes son la esperanza del futuro», les dijo

el obispo.

Segunda condición. Y si para el futuro soy esperanza y del pasado tengo memoria, me queda el presente. ¿Qué tengo que hacer en el presente?

Tener coraje. Tener coraje. Ser valiente, ser valiente, no asustarse. Escuchemos el testimonio, la despedida, el testimonio-despedida de este compañero nuestro a quien el cáncer le ganó. Quería estar aquí y no llegó, pero tuvo coraje. Coraje de enfrentar y coraje de seguir luchando aún en la peor de las condiciones.

Ese joven hoy no está acá, pero ese joven sembró esperanza para el futuro.

Entonces, ¿para el presente?

Coraje. ¿Para el presente?

[«Coraje»].

Valentía, coraje. ¿Está claro?

[«Sí»].

Y entonces, si tienen... ¿Qué era lo primero? [«Memoria»].

Y si tienen... [«Coraje»].

Van a ser la esperanza... [«Del futuro»]

¿Está clarito todo? [«Sí»].

Bueno.

Yo no sé si voy a estar en Panamá, pero les puedo

asegurar una cosa: que Pedro va a estar en Panamá. Y Pedro les va a preguntar si hablaron con los abuelos, si hablaron con los ancianos para tener memoria, si tuvieron coraje y valentía para enfrentar las situaciones y sembraron cosas para el futuro. Y a Pedro le van a responder. ¿Está claro?

[«Sí»].

Que Dios los bendiga mucho.

Gracias. Gracias por todo.

Y ahora, ahora todos juntos, cada uno en su lengua, le rezamos a la Virgen.

AVE MARÍA

Y les pido que recen por mí. No se olviden y les doy la bendición.

BENDICIÓN

Ah, y me olvidaba... ¿Cómo era? [«Memoria», «Coraje», «Futuro»]

Queridos voluntarios:

Antes de regresar a Roma, siento el deseo de encontraros y, sobre todo, de dar las gracias a cada uno de vosotros por el esfuerzo, la generosidad y la dedicación con la que habéis acompañado, ayudado y servido a los miles de jóvenes

peregrinos. Gracias también por vuestro testimonio de fe que, unido al de los muchísimos jóvenes de todo el mundo, es un gran signo de esperanza para la Iglesia y para el mundo. Al entregaros por amor de Cristo, habéis experimentado lo hermoso que es comprometerse con una causa noble, y lo gratificante que es hacer, junto con tantos amigos y amigas, un camino fatigoso pero que paga el esfuerzo con la alegría y la dedicación con una riqueza nueva de conocimiento y de apertura a Jesús, al prójimo, a

opciones de vida importantes. Como una manifestación de mi gratitud me gustaría compartir con vosotros un don que la Virgen María nos ofrece, y que hoy ha venido a visitarnos en la imagen milagrosa de Kalwaria Zebrzydowska, tan querida por san Juan Pablo II. En efecto, justo en el misterio evangélico de la Visitación (cf. *Lc 1,39-45*) podemos encontrar un icono del voluntariado cristiano. De él tomo tres actitudes de María y os las dejo, para que os ayuden a leer la experiencia de estos

días y para avanzar en el camino del servicio. Estas actitudes son la *escucha*, la *decisión* y la *acción*.

Primero, la *escucha*. María se pone en camino *a partir de una palabra* del ángel: «Tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez» (Lc 1,36). María sabe escuchar a Dios: no se trata de un simple oír, sino de escucha, hecha de atención, de acogida, de disponibilidad. Pensemos en todas las veces que estamos distraídos delante del Señor o de los demás, y realmente no escuchamos.

María *escucha también los hechos*, los sucesos de la vida, está atenta a la realidad concreta y no se detiene en la superficie, sino que busca captar su significado. María supo que Isabel, ya anciana, esperaba un hijo; y en eso ve la mano de Dios, el signo de su misericordia. Esto sucede también en nuestras vidas: el Señor está a la puerta y llama de muchas maneras, pone señales en nuestro camino y nos llama a leerlas con la luz del Evangelio.

La segunda actitud de María es

la *decisión*. María escucha, reflexiona, pero también sabe dar un paso adelante: decide. Así ha sucedido en la decisión fundamental de su vida: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Y también así en las bodas de Caná, cuando María se da cuenta del problema y *decidió* acudir a Jesús para que interviniera: «No tienen vino» (Jn 2,3). En la vida, muchas veces es difícil tomar decisiones y por eso tendemos a posponerlas, tal vez dejando que sean otros los

que decidan por nosotros; o incluso preferimos dejarnos arrastrar por los acontecimientos, seguir la «tendencia» del momento; a veces sabemos lo que deberíamos hacer, pero no tenemos valor, porque nos parece demasiado difícil ir contracorriente... María no tiene miedo de ir contracorriente: con el corazón firme en la escucha, decide, asumiendo todos los riesgos, pero no sola, sino con Dios. Y, por último, la *acción*. María se puso en camino «de prisa...»

(Lc 1,39). A pesar de las dificultades y de las críticas que pudo recibir, no se demora, no vacila, sino que va, y va «de prisa», porque en ella está la fuerza de la Palabra de Dios. Y su actuar está lleno de caridad, lleno de amor: esta es la marca de Dios. María va a ver a Isabel, no para que le digan que es buena, sino para ayudarla, para ser útil, para servir. Y en este salir de su casa, de sí misma, por amor, se lleva lo más valioso que tiene: Jesús, el Hijo de Dios, el Señor. Isabel lo comprende

inmediatamente: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,43); el Espíritu Santo suscita en ella resonancias de fe y de alegría: «Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre» (Lc 1,44).

También en el voluntariado todo servicio es importante, incluso el más sencillo. Y su sentido último es *la apertura a la presencia de Jesús*; la experiencia del amor que viene de lo alto es lo que *pone en camino y llena de alegría*. El

voluntario de las Jornadas Mundiales de la Juventud no es sólo un «agente», es siempre un *evangelizador*, porque la Iglesia existe y actúa para evangelizar.

María, cuando acabó su servicio con Isabel, regresó a su casa, en Nazaret. Con delicadeza y sencillez, igual que ha venido se va. También vosotros, queridos jóvenes, no llegaréis a ver todo el fruto del trabajo realizado aquí en Cracovia, o durante los «hermanamientos». Lo descubrirán en sus vidas y se

regocijarán por ello las hermanas y hermanos que habéis servido. Es la gratuidad del amor. Pero Dios conoce vuestra dedicación, vuestro compromiso y vuestra generosidad. Él —podéis estar seguros— no dejará de recompensaros por todo lo que habéis hecho por esta Iglesia de los jóvenes, que estos días se ha reunido en Cracovia con el Sucesor de Pedro. Os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia (cf. *Hch* 20,32); Os encomiendo a nuestra Madre, modelo de

voluntariado cristiano; y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

31 de julio de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

Domingo.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Polonia con ocasión de la XXXI jornada mundial de la juventud (27-31 de julio de 2016)

(Padre Lombardi)

Santo Padre, muchas gracias por estar con nosotros, de vuelta de este viaje. A pesar del temporal de esta tarde, me

parece que todo ha ido tan bien que todos estamos muy contentos de estos días y esperamos que usted también lo esté. Como de costumbre, le haremos algunas preguntas. Pero si usted quiere decirnos algo, a modo de introducción, estamos a su disposición.

Papa Francisco

Buenas tardes, y os doy las gracias por vuestro trabajo y vuestra compañía. Quisiera daros, porque sois compañeros de trabajo, el pésame por la muerte de Anna Maria Jacobini. Hoy he recibido a la hermana,

el sobrino y la sobrina, estaban muy dolidos por esto... Es algo triste de este viaje.

También quisiera dar las gracias al padre Lombardi y a Mauro, porque este será el último viaje que realizan con nosotros. El padre Lombardi estuvo en Radio Vaticana más de 25 años y luego 10 en los vuelos. Y Mauro 37, 37 años encargado de los equipajes en los vuelos. Doy las gracias tanto a Mauro como al padre Lombardi. Y luego, al final, les daremos las gracias con un pastel. Están a vuestra disposición. El viaje es

breve... Esta vez lo haremos velozmente.

Padre Lombardi

Gracias, Santo Padre. Como es habitual, dejamos hacer la primera pregunta a una de nuestras colegas polacas. A Magdalena Wolinska di Tvp.

Magdalena Wolinska - Tvp

En su primer discurso en Wawel, poco después de su llegada a Cracovia, dijo estar contento de comenzar a conocer Europa centro oriental precisamente desde Polonia. En nombre de nuestra nación, quisiera preguntarle ¿cómo

vivió esta Polonia durante estos cinco días? ¿Qué le pareció?

Papa Francisco

Era una Polonia especial, porque era una Polonia «invadida» una vez más, pero esta vez por los jóvenes.

Cracovia, lo que he visto, la he visto muy bella. La gente polaca es muy entusiasta...

Mira esta tarde: con la lluvia, por las calles, y no sólo los jóvenes, también las ancianas... Es una bondad, una nobleza. Yo tuve la experiencia de conocer polacos cuando era niño: después de la guerra,

muchos polacos fueron a trabajar donde trabajaba mi padre. Era gente buena... y esto se me quedó grabado en el corazón. Volví a encontrar esta bondad vuestra. Una belleza. Gracias.

Padre Lombardi

Ahora damos la palabra a otra colega polaca, Úrsula, de Polsat. Ruego a Marco Ansaldo que se prepare y se acerque.

Ursula Rzepczak - Polsat

Santo Padre, nuestros hijos jóvenes se han quedado emocionados por sus palabras, que corresponden muy bien con

su realidad y sus problemas. Pero también usted usaba en sus discursos palabras y expresiones propias del lenguaje de los jóvenes. ¿Cómo se preparó? ¿Cómo logró dar tantos ejemplos tan cercanos a su vida, a sus problemas y con sus palabras?

Papa Francisco

A mí me gusta hablar con los jóvenes. Y me gusta escuchar a los jóvenes. Siempre me crean algún problema, porque me dicen cosas en las que yo no he pensado o que he pensado a medias. Los jóvenes inquietos,

los jóvenes creativos... A mí me gustan, y de allí tomo ese lenguaje. Muchas veces tengo que preguntar: «¿Qué significa esto?», y ellos me explican lo que significa. Me gusta hablar con ellos. Nuestro futuro son ellos, y debemos dialogar. Es importante este diálogo entre pasado y futuro. Es por esto que yo pongo tan de relieve la relación entre los jóvenes y los abuelos, y cuando digo «abuelos» me refiero a los más ancianos y a los no tan ancianos —¡pero yo sí!— para dar nuestra experiencia

también, para que ellos escuchen el pasado, la historia; y la retomen y la lleven adelante con la valentía del presente, como he dicho esta tarde. Es importante, es importante. A mí no me gusta cuando oigo decir: «Estos jóvenes dicen estupideces». También nosotros decimos muchas estupideces. Los jóvenes dicen estupideces y dicen cosas buenas, como nosotros, como todos. Pero hay que escucharles, hablar con ellos, porque nosotros tenemos que aprender de ellos y ellos

tienen que aprender de nosotros. Es así. Y así se hace la historia y así crece sin cerrazones, sin censuras. No lo sé, es así. Así aprendo estas palabras.

Padre Lombardi

Muchas gracias. Ahora damos la palabra a Marco Ansaldo, de La Repubblica, que pregunta por el grupo italiano. Mientras tanto, se prepara y se acerca Frances D'Emilio.

Marco Ansaldo – «La Repubblica»

La represión en Turquía y los quince días que siguieron al

golpe, según la casi totalidad de los observadores internacionales, fue tal vez peor respecto al golpe de Estado. Ha afectado a categorías enteras: militares, magistrados, administradores públicos, diplomáticos, periodistas. Cito datos del gobierno turco: se habla de trece mil arrestados, más de cincuenta mil personas destituidas. Una «purga». Anteayer, el presidente Recep Tayyip Erdogan, ante las críticas externas, ha dicho: «Pensad en vuestros asuntos».

Quisiéramos preguntarle: ¿Por qué hasta ahora usted no ha intervenido, no ha hablado? ¿Teme, tal vez, que pueda haber repercusiones sobre la minoría católica en Turquía? Gracias.

Papa Francisco

Cuando he tenido que decir algo que a Turquía no le gustaba, pero de lo cual estaba seguro, lo he dicho, con las consecuencias que vosotros conocéis. Les he dicho aquellas palabras... Estaba seguro. No he hablado porque aún no estoy seguro, con las

informaciones que he recibido, de lo que está sucediendo allí. Escucho las informaciones que llegan a la Secretaría de Estado, y también las de algún analista político importante. Estoy estudiando la situación también con los colaboradores de la Secretaría de Estado y la cosa aún no está clara. Es verdad, siempre se debe evitar el mal a los católicos —y esto lo hacemos todos— pero no al precio de la verdad. Existe la virtud de la prudencia —se debe decir esto, cuándo, cómo — pero en mi caso vosotros

sois testigos de que cuando he tenido que decir algo que afectaba a Turquía, lo he dicho.

Padre Lombardi

La palabra ahora a Frances D'Emilio, la colega de

Associated Press, la gran agencia de lengua inglesa

Frances D'Emilio -

Associated Press

Buenas tardes. Mi pregunta es la muchos que se hacen en nuestros días, porque ha salido a la luz en Australia que la policía australiana estaría indagando sobre nuevas acusaciones contra el cardenal

Pell, y esta vez las acusaciones se refieren a abusos de menores, que son muy distintas de las acusaciones anteriores.

La pregunta que me hago y que han hecho muchos otros:

Según usted, ¿qué se debería hacer con el cardenal Pell, dada la grave situación, el cargo tan importante y la confianza con la que cuenta por su parte?

Papa Francisco

Gracias. Las primeras noticias que llegaron eran confusas.

Eran noticias de hace cuarenta años y ni siquiera la policía las había considerado en un primer

momento. Algo confuso. Luego todas las denuncias fueron presentadas a la justicia y en este momento están en manos de la justicia. No se debe juzgar antes de que la justicia juzgue. Si yo diera un juicio a favor o en contra del cardenal Pell, no sería bueno, porque estaría juzgando antes. Es verdad, queda la duda. Y existe ese principio claro del derecho: *in dubio pro reo*. Debemos esperar a la justicia y no dar antes un juicio mediático, porque esto no ayuda. El juicio de las

habladurías, ¿y luego? No se sabe cómo acabará. Hay que estar atentos a lo que decida la justicia. Una vez que la justicia haya hablado, hablaré yo.

Gracias.

Padre Lombardi

Damos la palabra Hernán Reyes, de Télam. Le pido que se acerque. Como sabemos, es argentino y representa ahora a Latinoamérica entre nosotros.

Hernán Reyes - Télam

¿Cómo está después de la caída del otro día? Vemos que está bien. Esta es la primera pregunta. La segunda: la

semana pasada el Secretario General de unasur, Ernesto Samper, habló de una mediación del Vaticano en Venezuela. ¿Es un diálogo concreto? ¿Se trata de una posibilidad real? Y, ¿cómo piensa que esta mediación, con la misión de la Iglesia, pueda ayudar a la estabilización del país?

Papa Francisco

Primero la caída. Yo miraba a la Virgen, y me olvidé del escalón... Tenía el incensario en la mano... Cuando me di cuenta de que estaba cayendo, me

dejé caer y esto me salvó, porque si hubiese puesto resistencia, habría tenido consecuencias. Nada. Estoy muy bien.

La segunda, ¿cuál era?

Venezuela. Hace dos años tuve un encuentro con el presidente Maduro, muy, muy positivo.

Después pidió audiencia el año pasado: era un domingo, el día después del regreso de Sarajevo. Pero más tarde canceló ese encuentro, porque se había enfermado de otitis y no podía asistir. Después de esto, dejé pasar el tiempo y le

escribí una carta. Hubo muchos contactos —tú has mencionado uno— para un posible encuentro. Sí, con las condiciones que se establecen en estos casos. Y se piensa, en este momento... pero no estoy seguro, y esto no puedo asegurarlo. ¿Está claro? No estoy seguro de que en el grupo de la mediación alguien... y no sé si incluso el Gobierno —pero no estoy seguro de ello— quiera un representante de la Santa Sede. Esto hasta el momento en que salí de Roma. Pero las

cosas están allí. En el grupo está Zapatero de España, Torrijos y otro, y un cuarto se decía de la Santa Sede. Pero de esto no estoy seguro...

Padre Lombardi

Ahora damos la palabra a Antoine-Marie Izoard de Media, de Francia. Y sabemos lo que vive Francia en estos días.

Antoine-Marie Izoard - I.Media

Ante todo, le felicito, Santo Padre, así como al Padre Lombardi y también al Padre Spadaro por la fiesta de san Ignacio. La pregunta es un poco

difícil. Los católicos están en shock —y no sólo en Francia— después del bárbaro asesinato del padre Jacques Hamel en su iglesia, mientras celebraba la santa misa. Hace cuatro días, aquí, usted ha dicho de nuevo que todas las religiones quieren la paz. Pero este santo sacerdote de 86 años fue claramente asesinado en nombre del islam. Por tanto, Santo Padre, tengo dos breves preguntas. ¿Por qué usted, cuando habla de estos actos violentos, habla siempre de terroristas pero nunca de

islam? Nunca usa la palabra «islam». Y luego, además de las oraciones y el diálogo, que obviamente son muy esenciales, ¿qué iniciativa concreta puede poner en marcha o tal vez sugerir para contrarrestar la violencia islámica?

Papa Francisco

A mí no me gusta hablar de violencia islámica, porque todos los días cuando veo los periódicos veo violencias, aquí en Italia: uno que asesina a la novia, otro que mata a la suegra... Y estos son violentos

católicos bautizados. Son católicos violentos... Si yo hablase de violencia islámica, tendría que hablar también de violencia católica. No todos los islámicos son violentos; no todos los católicos son violentos. Es como una macedonia, hay de todo, hay violentos de estas religiones. Una cosa es verdad: creo que en casi todas las religiones siempre hay un pequeño grupo fundamentalista.

Fundamentalista. Nosotros lo tenemos. Y cuando el fundamentalismo llega a matar

—pero se puede matar con la lengua, esto lo dice el apóstol Santiago y no yo, y también con el cuchillo— creo que no es justo identificar el islam con la violencia. Esto no es justo y no es verdad. Tuve un largo diálogo con el Gran Imán de la Universidad de al-Azhar y sé lo que ellos piensan: buscan la paz, el encuentro. El nuncio de un país africano me decía que en la capital hay siempre una fila de gente —está siempre lleno— en la Puerta Santa por el Jubileo: algunos se acercan a los confesionarios, otros rezan

desde los bancos. Pero la mayoría sigue hacia adelante, adelante, a rezar ante el altar de la Virgen: estos son musulmanes que quieren vivir el Jubileo. Son hermanos. Cuando estuve en la República Centroafricana fui a visitarlos y el imán subió también al papamóvil. Se puede convivir bien. Pero hay grupitos fundamentalistas. Y me pregunto también cuántos jóvenes —¡cuántos jóvenes!— que nosotros europeos hemos dejado vacíos de ideales, que no tienen trabajo, que recurren

a la droga, al alcohol... van allí y se enrolan en los grupos fundamentalistas. Sí, podemos decir que el así llamado Isis es un estado islámico que se presenta como violento, porque cuando nos hace ver sus documentos de identidad nos muestra cómo sobre la costa libia degüella a los egipcios, o cosas por el estilo. Pero este es un grupo fundamentalista, que se llama Isis. Pero no se puede decir —creo que no es verdad y no es justo— que el islam es terrorista.

Antoine-Marie Izoard

Una iniciativa suya para contrastar el terrorismo, la violencia...

Santo Padre

El terrorismo está por todos lados. Piense en el terrorismo tribal de algunos países africanos... El terrorismo —no sé si decirlo, porque es un poco peligroso— crece cuando no hay otra opción, cuando en el centro de la economía mundial está el dios dinero y no la persona, el hombre y la mujer. Este ya es el primer terrorismo. Has desechado la maravilla de la creación, el hombre y la

mujer, y has puesto allí el dinero. Este es el terrorismo de base contra toda la humanidad. Pensémoslo.

Padre Lombardi

Gracias, Santidad. Puesto que esta mañana se ha anuncia que Panamá será la sede de la próxima Jornada de la Juventud, aquí hay un colega que quería hacerle un pequeño regalo para prepararse a esa Jornada.

Javier Martínez Brocal - Rome Reports Tv

Santo Padre, nos ha dicho antes, en el encuentro con los

voluntarios, que a lo mejor usted no va a Panamá. Y esto no lo puede hacer, nosotros sí que lo esperamos en Panamá.

Papa Francisco

Quizás yo no vaya, iva a ir Pedro!

Javier Martínez Brocal

Nosotros queremos que vaya usted. Le traigo de parte de los panameños dos cosas: una camiseta con el número 17, que es su fecha de nacimiento, y luego el sombrero que llevan los campesinos de Panamá... Me han preguntado si se lo pone, si quiere saludar a los

panameños. Gracias.

Papa Francisco

A los panameños, muchas gracias por esto. Les deseo que se preparen bien, con la misma fuerza, la misma espiritualidad y la misma profundidad con la que se han preparado los polacos; los cracovianos y los polacos.

Antoine-Marie Izoard

Santidad, en nombre de los colegas periodistas, porque estoy un poco obligado a representarlos, quería decir también yo dos palabras, si me lo permite, sobre el padre

Lombardi para darle las gracias. Es imposible compendiar 10 años de presencia del padre Lombardi en la Oficina de Prensa: con el Papa Benedicto, después un breve interregno y luego su elección, Santo Padre, y las sorpresas sucesivas. Lo que ciertamente se puede decir es su constante disponibilidad, el esfuerzo y la dedicación del padre Lombardi; su increíble capacidad de responder o no a nuestras preguntas, a menudo extrañas. Y esto es también un arte. Y, además, su humorismo un poco británico en todas las

situaciones, incluso en las peores [se dirige al padre Lombardi]. Y tenemos tantos ejemplos. Obviamente, recibimos con alegría sus sucesores, dos buenos periodistas; pero no olvidamos que usted, además de periodista, era y es un sacerdote y un jesuita. No dejaremos de festejar dignamente en septiembre su partida para otros servicios, pero queremos expresarle ya hoy nuestros mejores deseos. Feliz fiesta de san Ignacio y, después, larga vida, de cien

años, como se dice en Polonia,
de humilde servicio. *Stolat*, se
dice el Polonia: *Stolat*, padre
Lombardi.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Agosto.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

3 de agosto de 2016.

Audiencia general.

4 de agosto de 2016.

Discurso a los participantes en el capítulo general de la orden de los frailes predicadores (dominicos)

4 de agosto de 2016.

Meditación del Santo Padre en la visita a la basílica de santa María de los Ángeles con ocasión del VIII centenario del perdón de Asís.

7 de agosto de 2016.

ÁNGELUS.

10 de agosto de 2016.

Audiencia general. El camino de la misericordia que va del corazón a las manos.

14 de agosto de 2016.

ÁNGELUS.

15 de agosto de 2016.

ÁNGELUS.

17 de agosto de 2016.

Audiencia general. La compasión de Jesús en el milagro de la multiplicación de los panes.

21 de agosto de 2016.

ÁNGELUS.

24 de agosto de 2016.

Audiencia general.

28 de agosto de 2016.

ÁNGELUS.

31 de agosto de 2016.

Audiencia general. La mirada de Jesús es de misericordia y ternura.

3 de agosto de 2016. Audiencia general.

Miércoles.

Viaje a Polonia, XXXI Jornada Mundial de la Juventud

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy querría reflexionar brevemente sobre el viaje apostólico que he realizado hace unos días a Polonia.

El motivo del viaje ha sido la Jornada mundial de la juventud, a 25 años de

distancia de aquella histórica celebrada en Chęstochova, poco tiempo después de la caída de la «cortina de hierro». A lo largo de estos 25 años ha cambiado Polonia, ha cambiado Europa y ha cambiado el mundo, y esta JMJ se ha convertido en *una señal profética* para Polonia, para Europa y para el mundo. La nueva generación de jóvenes, herederos y continuadores del peregrinaje iniciado por san Juan Pablo II, han dado respuesta al desafío de hoy, han dado la señal de

esperanza, y esta señal se llama *fraternidad*. Porque precisamente en este mundo en guerra se necesita fraternidad, se necesita cercanía, se necesita diálogo, se necesita amistad. Y esta es la señal de la esperanza: cuando hay fraternidad. Empecemos precisamente con los *jóvenes*, que han sido el primer motivo del viaje. Una vez más han respondido a la llamada: han venido de todo el mundo —¡algunos de ellos todavía están aquí! [señala a los peregrinos presentes en el

Aula]— una fiesta de colores, de rostros diversos, de lenguas, de historias diversas. Yo no sé como lo hacen: hablan lenguas diversas, ipero consiguen entenderse! ¿Y por qué? Porque tienen esta voluntad de ir juntos, de construir puentes, de fraternidad. Han venido también con sus heridas, con sus interrogantes, pero sobre todo con la alegría de encontrarse; y una vez más han formado un mosaico de fraternidad. Se puede hablar de un mosaico de fraternidad. Una imagen emblemática de las

Jornadas mundiales de la juventud es la superficie multicolor de banderas agitadas por los jóvenes: efectivamente, en la JMJ, las banderas de las naciones se vuelven más bonitas, se podría decir que «se purifican», y hasta las banderas de naciones enfrentadas entre ellas se agitan cercanas. ¡Y esto es bonito! ¡Aquí también hay banderas!... ¡Haced que se vean!

Así, durante este gran encuentro jubilar, los jóvenes del mundo han acogido el mensaje de la Misericordia,

para llevarlo a todas partes a través de sus obras espirituales y corporales. ¡Doy las gracias a todos los jóvenes que han participado en Cracovia! Y doy las gracias a aquellos que se han unido a nosotros desde todas las partes de la Tierra, porque en muchos países se han hecho pequeñas Jornadas de la juventud en conexión con la de Cracovia. Que el don que habéis recibido se convierta en respuesta cotidiana a la llamada del Señor. Un recuerdo lleno de afecto va dirigido a Susanna, la chica romana de

esta diócesis, que ha fallecido en Viena, inmediatamente después de haber participado en la JMJ. Que el Señor, que ciertamente la ha acogido en el cielo, dé conforto a su familia y amigos.

En este viaje, he visitado también el Santuario di Chęstochowa. Delante del icono de la Virgen, he recibido el don de la mirada de la Madre, que es de manera especial Madre del pueblo polaco, de esa noble nación que tanto ha sufrido y, con la fuerza de la fe y su mano materna, se ha vuelto a

levantar siempre. He saludado a algunos polacos presentes [en el Aula]. Sois buenos, ivosotros sois buenos! Ahí, bajo esa mirada, se entiende el sentido espiritual del camino de ese pueblo, cuya historia está unida indisolublemente a la cruz de Cristo. Allí se toca con la mano la fe del santo pueblo fiel de Dios, que custodia la esperanza a través de las pruebas; y conserva también aquella sabiduría que es equilibrio entre tradición e innovación, entre memoria y futuro. Y Polonia recuerda hoy

a toda Europa que no puede haber futuro para el continente sin sus valores fundacionales, los cuales a su vez tienen en el centro la visión cristiana del hombre. Entre estos valores está la *misericordia*, de la cual han sido especiales apóstoles dos grandes hijos de la tierra polaca: santa Faustina Kowalska y san Juan Pablo II. Y, para finalizar, este viaje tenía también el *horizonte del mundo*, un mundo llamado a responder al desafío de una guerra «a pedazos» que le está amenazando. Y aquí el gran

silencio de la visita a Auschwitz-Birkenau ha sido más elocuente que cualquier palabra. En ese silencio he escuchado, he sentido la presencia de todas las almas que han pasado por allí; he sentido la compasión, la misericordia de Dios, que algunas almas santas han sabido llevar incluso a aquel abismo. En ese gran silencio he rezado por todas las víctimas de la violencia y de la guerra. Y allí, en ese lugar, he comprendido más que nunca el valor de la memoria, no sólo

como recuerdo de eventos pasados, sino como advertencia y responsabilidad para hoy y para el día de mañana, para que la semilla del odio y de la violencia no arraigue en los surcos de la historia. Y en esta memoria de las guerras y de las muchas heridas, de tantos dolores vividos, hay también muchos hombres y mujeres de hoy que sufren guerras, muchos de nuestros hermanos y hermanas. Viendo esa crueldad, en ese campo de concentración, he pensado inmediatamente en las

crueldades de hoy, que son parecidas: no tan concentradas como en ese lugar, sino diseminadas por todo el mundo; este mundo está enfermo de crueldad, de dolor, de guerra, de odio, de tristeza. Y por eso siempre os pido la oración: ¡Que el Señor nos dé la paz!

Por todo ello, doy gracias al Señor y a la Virgen María. Y expreso nuevamente mi gratitud al presidente de Polonia y a las demás autoridades, al cardenal arzobispo de Cracovia y a todo

el episcopado polaco, y a todos aquellos que, de mil maneras, han hecho posible este evento, que ha ofrecido una señal de fraternidad y de paz a Polonia, a Europa y al mundo. Querría dar las gracias a los jóvenes voluntarios, que durante más de un año han trabajado para sacar adelante este evento; y también a los medios de comunicación, a quienes trabajan en los medios de comunicación: muchas gracias por haber hecho que esta Jornada se viese en todo el mundo. Y aquí no puedo olvidar

a Anna Maria Jacobini, una periodista italiana que ha perdido la vida improvisamente allí. Oremos también por ella: ella se ha ido cumpliendo su servicio.

¡Gracias!

* * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Saben hacer barullo, ¡muy bien!

Agradecemos al Señor y a la Virgen María este don de gracia, también a todos lo que

lo han hecho posible, al
Presidente de Polonia, a las
Autoridades, al Cardenal
Arzobispo de Cracovia y al
episcopado polaco. Que Dios los
bendiga.

4 de agosto de 2016. Discurso
a los participantes en el
capítulo general de la orden de
los frailes predicadores
(dominicos)

Jueves.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Hoy podríamos describir este
día como “Un jesuita entre
frailes”: a la mañana con
ustedes y en la tarde en Asís
con los franciscanos: entre
frailes.

Les doy la bienvenida y

agradezco el saludo que Fray Bruno Cadoré, Maestro general de la Orden, me ha dirigido en nombre propio y de todos los presentes, ya culminando el Capítulo general, en Bolonia, donde desean reavivar sus raíces junto al sepulcro del santo Fundador.

Este año tiene un significado especial para vuestra familia religiosa al cumplirse ocho siglos desde que el papa Honorio III confirmó la Orden de los Predicadores. Con ocasión del Jubileo que celebran con este motivo, me

uno a ustedes en acción de gracias por los abundantes dones recibidos durante este tiempo. Además quiero expresar mi gratitud a la Orden por su significativo aporte a la Iglesia y la colaboración que, con espíritu de servicio fiel, ha mantenido desde sus orígenes hasta el día de hoy con la Sede Apostólica.

Y este octavo centenario nos lleva a hacer memoria de hombres y mujeres de fe y letras, de contemplativos y misioneros, mártires y apóstoles de la caridad, que

han llevado la caricia y la ternura de Dios por doquier, enriqueciendo a la Iglesia y mostrando nuevas posibilidades para encarnar el Evangelio a través de la predicación, el testimonio y la caridad: tres pilares que afianzan el futuro de la Orden, manteniendo la frescura del carisma fundacional.

Dios impulsó a santo Domingo a fundar una «Orden de Predicadores», siendo la predicación la misión que Jesús encomendó a los Apóstoles. Es la Palabra de Dios la que

quemado por dentro e impulsa a salir para anunciar a Jesucristo a todos los pueblos (cf. *Mt* 28,19-20). El padre Fundador decía: «Primero contemplar y después enseñar». Evangelizados por Dios, para evangelizar. Sin una fuerte unión personal con él, la predicación podrá ser muy perfecta, muy razonada, incluso admirable, pero no toca el corazón, que es lo que debe cambiar. Es tan imprescindible el estudio serio y asiduo de las materias teológicas, como todo lo que permite aproximarnos a

la realidad y poner el oído en el pueblo de Dios. El predicador es un contemplativo de la Palabra y también lo es del pueblo, que espera ser comprendido (cf. *Evangelii gaudium*, 154).

Transmitir más eficazmente la Palabra de Dios requiere el testimonio: maestros fieles a la verdad y testigos valientes del Evangelio. El testigo encarna la enseñanza, la hace tangible, convocadora, y no deja a nadie indiferente; añade a la verdad la alegría del Evangelio, la de saberse amados por Dios y objeto de su infinita

misericordia (cf. *ibíd*, 142). Santo Domingo decía a sus seguidores: «Con los pies descalzos, salgamos a predicar». Nos recuerda el pasaje de la zarza ardiente, cuando Dios dijo a Moisés: «Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado» (*Ex 3,5*). El buen predicador es consciente de que se mueve en terreno sagrado, porque la Palabra que lleva consigo es sagrada, y sus destinatarios también lo son. Los fieles no sólo necesitan recibir la Palabra en su

integridad, sino también experimentar el testimonio de vida de quien predica (cf. *Evangelii gaudium*, 171).

Los santos han logrado abundantes frutos porque, con su vida y su misión, hablan con el lenguaje del corazón, que no conoce barreras y es comprensible por todos.

Por último, el predicador y el testigo deben serlo en la caridad. Sin esta, serán discutidos y sospechosos. Santo Domingo tuvo un dilema al inicio de su vida, que marcó toda su existencia: «Cómo

puedo estudiar con pieles muertas, cuando la carne de Cristo sufre». Es el cuerpo de Cristo vivo y sufriente, que grita al predicador y no lo deja tranquilo. El grito de los pobres y los descartados despierta, y hace comprender la compasión que Jesús tenía por las gentes (*Mt 15,32*).

Mirando a nuestro alrededor, comprobamos que el hombre y la mujer de hoy, están sedientos de Dios. Ellos son la carne viva de Cristo, que grita «tengo sed» de una palabra auténtica y liberadora, de un

gesto fraterno y de ternura. Este grito nos interpela y debe ser el que vertebre la misión y dé vida a las estructuras y programas pastorales. Piensen en esto cuando reflexionen sobre la necesidad de ajustar el organigrama de la Orden, para discernir sobre la respuesta que se da a este grito de Dios. Cuanto más se salga a saciar la sed del prójimo, tanto más seremos predicadores de verdad, de esa verdad anunciada por amor y misericordia, de la que habla santa Catalina de Siena

(cf. *Libro della Divina Dottrina*, 35). En el encuentro con la carne viva de Cristo somos evangelizados y recobramos la pasión para ser predicadores y testigos de su amor; y nos libramos de la peligrosa tentación, tan actual hoy día, del nosticismo.

Queridos hermanos y hermanas, con un corazón agradecido por los bienes recibidos del Señor para vuestro Orden y para la Iglesia, los animo a seguir con alegría el carisma inspirado a santo Domingo y que ha sido vivido

con diversos matices por tantos santos y santas de la familia dominica. Su ejemplo es impulso para afrontar el futuro con esperanza, sabiendo que Dios siempre renueva todo... y no defrauda. Que Nuestra Madre, la Virgen del Rosario, interceda por ustedes y los proteja, para que sean predicadores y testigos valientes del amor de Dios. Gracias!

4 de agosto de 2016.

Meditación del Santo Padre en la visita a la basílica de santa María de los Ángeles con ocasión del VIII centenario del perdón de Asís.

*Basílica de Santa María de los
Ángeles - Asís*

Jueves.

Quisiera recordar hoy, queridos hermanos y hermanas, ante todo, las palabras que, según la antigua tradición, san Francisco pronunció justamente aquí ante

todo el pueblo y los obispos: «Quiero enviaros a todos al paraíso». ¿Qué cosa más hermosa podía pedir el Poverello de Asís, sino el don de la salvación, de la vida eterna con Dios y de la alegría sin fin, que Jesús obtuvo para nosotros con su muerte y resurrección?

El paraíso, después de todo, ¿qué es sino el misterio de amor que nos une por siempre con Dios para contemplarlo sin fin? La Iglesia profesa desde siempre esta fe cuando dice creer en la comunión de los

santos. Jamás estamos solos cuando vivimos la fe; nos hacen compañía los santos y los beatos, y también las personas queridas que han vivido con sencillez y alegría la fe, y la han testimoniado con su vida. Hay un nexo invisible, pero no por eso menos real, que nos hace ser «un solo cuerpo», en virtud del único Bautismo recibido, animados por «un solo Espíritu» (cf. *Ef 4,4*). Quizás san Francisco, cuando pedía al Papa Honorio III la gracia de la indulgencia para quienes

venían a la Porciúncula,
pensaba en estas palabras de
Jesús a sus discípulos: «En la
casa de mi Padre hay muchas
estancias; si no fuera así, ¿os
habría dicho que voy a
prepararos sitio? Cuando vaya
y os prepare sitio, volveré y os
llevaré conmigo, para que
donde estoy yo, estéis también
vosotros» (*Jn 14,2-3*).

La vía maestra es ciertamente
la del perdón, que se debe
recorrer para lograr ese puesto
en el paraíso. Es difícil
perdonar. Cuanto nos cuesta
perdonar a los demás.

Pensémoslo un momento. Y aquí, en la Porciúncula, todo habla de perdón. Qué gran regalo nos ha hecho el Señor enseñándonos a perdonar – o, al menos, tener la voluntad de perdonar – para experimentar en carne propia la misericordia del Padre. Hemos escuchado la parábola con la que Jesús nos enseña a perdonar (cf. *Mt* 18,21-35). ¿Por qué debemos perdonar a una persona que nos ha hecho mal? Porque nosotros somos los primeros que hemos sido perdonados, e infinitamente

más. No hay ninguno entre nosotros, que no ha sido perdonado. Piense cada uno... pensemos en silencio las cosas malas que hemos hecho y como el Señor nos ha perdonado. La parábola nos dice justamente esto: como Dios nos perdona, así también nosotros debemos perdonar a quien nos hace mal. Es la caricia del perdón. El corazón que perdona. El corazón que perdona acaricia. Tal lejos de aquel gesto: «me lo pagarás». El perdón es otra cosa. Exactamente como en la oración que Jesús nos enseñó,

el Padre Nuestro, cuando decimos: «Perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo» (*Mt 6,12*). Las deudas son nuestros pecados ante Dios, y nuestros deudores son aquellos que nosotros debemos perdonar.

Cada uno de nosotros podría ser ese siervo de la parábola que tiene que pagar una gran deuda, pero es tan grande que jamás podría lograrlo. También nosotros, cuando en el confesionario nos ponemos de rodillas ante el sacerdote,

repetimos simplemente el mismo gesto del siervo.

Decimos: «Señor, ten paciencia conmigo». ¿Han pensado alguna vez en la paciencia de Dios? Tiene tanta paciencia. En efecto, sabemos bien que estamos llenos de defectos y recaemos frecuentemente en los mismos pecados. Sin embargo, Dios no se cansa de ofrecer siempre su perdón cada vez que se lo pedimos. Es un perdón pleno, total, con el que nos da la certeza de que, aun cuando podemos recaer en los mismos pecados, él tiene

piEDAD de nosotros y no deja de amarnos. Como el rey de la parábola, Dios se apiada, prueba un sentimiento de piedad junto con el de la ternura: es una expresión para indicar su misericordia para con nosotros. Nuestro Padre se apiada siempre cuando estamos arrepentidos, y nos manda a casa con el corazón tranquilo y sereno, diciéndonos que nos ha liberado y perdonado todo. El perdón de Dios no conoce límites; va más allá de nuestra imaginación y alcanza a quien reconoce, en el íntimo del

corazón, haberse equivocado y quiere volver a él. Dios mira el corazón que pide ser perdonado.

El problema, desgraciadamente, surge cuando nosotros nos ponemos a confrontarnos con nuestro hermano que nos ha hecho una pequeña injusticia. La reacción que hemos escuchado en la parábola es muy expresiva: «Págame lo que me debes» (*Mt 18,28*). En esta escena encontramos todo el drama de nuestras relaciones humanas. Cuando estamos nosotros en

deuda con los demás,
pretendemos la misericordia;
en cambio cuando estamos en
crédito, invocamos la justicia.
Todos hacemos así, todos. Esta
no es la reacción del discípulo
de Cristo ni puede ser el estilo
de vida de los cristianos. Jesús
nos enseña a perdonar, y a
hacerlo sin límites: «No te digo
hasta siete veces, sino hasta
setenta veces siete» (*Mt*
18,22). Así pues, lo que nos
propone es el amor del Padre,
no nuestra pretensión de
justicia. En efecto, limitarnos a
lo justo, no nos mostraría como

discípulos de Cristo, que han obtenido misericordia a los pies de la cruz sólo en virtud del amor del Hijo de Dios. No olvidemos, las palabras severas con las que se concluye la parábola: «Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano» (*Mt 18,35*).

Queridos hermanos y hermanas: el perdón del que nos habla san Francisco se ha hecho «cauce» aquí en la Porciúncula, y continúa a «generar paraíso» todavía

después de ocho siglos. En este Año Santo de la Misericordia, es todavía más evidente cómo la vía del perdón puede renovar verdaderamente la Iglesia y el mundo. Ofrecer el testimonio de la misericordia en el mundo de hoy es una tarea que ninguno de nosotros puede rehuir. Repito: ofrecer el testimonio de la misericordia en el mundo de hoy es una tarea que ninguno de nosotros puede rehuir. El mundo necesita el perdón; demasiadas personas viven encerradas en el rencor e incuban el odio,

porque, incapaces de perdonar, arruinan su propia vida y la de los demás, en lugar de encontrar la alegría de la serenidad y de la paz. Pedimos a san Francisco que interceda por nosotros, para que jamás renunciemos a ser signos humildes de perdón e instrumentos de misericordia. Podemos rezar con esta intención. Cada uno como lo siente. Invito a los frailes, a los obispos a ir a los confesionarios – también iré yo – para estar a disposición del perdón. Nos hará bien recibirlo hoy, aquí,

juntos. Que el Señor nos de la gracia de decir aquella palabra que el Padre no nos deja terminar, la que ha dicho el hijo prodigo: «Padre he pecado contra...», y [el Padre] le ha tapado la boca, lo ha abrazado. Nosotros comenzaremos a hablar, y él nos tapara la boca y nos revestirá... «Pero, padre, tengo miedo que mañana haga lo mismo...». Pues, regresa. El Padre siempre mira el camino, mira, en espera de que regrese el hijo pródigo; y todos nosotros lo somos. Que el Señor nos de esta gracia.

* * *

Al final de la visita:

Os agradezco mucho vuestra acogida, y pido al Señor que os bendiga. Os doy las gracias por esta voluntad de estar cerca. Y, además, no os olvidéis: perdonad siempre. ¡Siempre! Perdonad desde el corazón y, si se puede, acercaos el uno al otro, pero para perdonar. Porque si nosotros perdonamos, el Señor nos perdona; y todos nosotros necesitamos el perdón... ¿Hay alguien aquí que no necesite perdón?.... ¡que levante la mano!... Todos lo

necesitamos.

Ahora rezaremos juntos a la Virgen y a continuación os daré la bendición.

Ave María...

[*Bendición*]

Y, por favor, ¡rezad por mí!

¡Adiós!

7 de agosto de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas: ¡buenos días!*

En el pasaje del Evangelio de hoy (Lc 12, 32-48), Jesús habla a sus discípulos del *comportamiento a seguir en vista del encuentro final con Él*, y explica cómo la espera de este encuentro debe impulsarnos a llevar *una vida rica de obras buenas*. Entre otras cosas dice «Vended

vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni destruye la polilla» (Lc 12, 33). Es una invitación a dar valor a la limosna como obra de misericordia, a no depositar nuestra confianza en los bienes efímeros, a usar las cosas sin apego y egoísmo sino según la lógica de Dios, la lógica de la atención a los demás, la lógica del amor. Nosotros podemos estar muy pegados al dinero, tener muchas cosas, pero al

final no las podemos llevar con nosotros. Recordad que «el sudario no tiene bolsillos».

La enseñanza de Jesús continúa con tres breves parábolas sobre el tema de la *vigilancia*. Esto es importante: la *vigilancia*, estar atentos, permanecer vigilantes en la vida. La primera es la parábola de los *siervos que esperan por la noche el regreso de su señor*. «Dichosos los siervos que el Señor al venir encuentre despiertos» (Lc 12, 37): es la felicidad de esperar con fe al Señor, del estar

preparados con actitud de servicio. Él está presente cada día, llama a la puerta de nuestro corazón. Y será bienaventurado quien le abra, porque tendrá una gran recompensa: es más, el Señor mismo se hará siervo de sus siervos —es una bonita recompensa— en el gran banquete de su Reino pasará Él mismo a servirles. Con esta parábola, ambientada por la noche, Jesús presenta la vida como una vigilia de espera laboriosa, preludio del día luminoso de la eternidad. Para

poder participar se necesita estar preparado, despierto y comprometido con el servicio a los demás, con la tranquilizadora perspectiva de que «desde allí» no seremos nosotros los que sirvamos a Dios, sino que será Él mismo quien nos acoja en su mesa. Pensándolo bien, esto ocurre ya cada vez que encontramos al Señor en la oración, o también sirviendo a los pobres, y sobre todo en la Eucaristía, donde Él prepara un banquete para nutrirnos de su Palabra y de su Cuerpo.

La segunda parábola tiene como imagen *la llegada imprevisible del ladrón*. Este hecho exige una vigilancia; efectivamente Jesús exhorta: «También vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Lc 12, 40). El discípulo es quien espera al Señor y su Reino. El Evangelio aclara esta perspectiva con la tercera parábola: *el administrador de una casa después de la salida del señor*. En la primera escena, el administrador sigue

fielmente sus deberes y recibe su recompensa. En la segunda escena, el administrador abusa de su autoridad y golpea a los siervos, por lo que, al regreso imprevisto del señor, será castigado. Esta escena describe una situación frecuente también en nuestros días: tantas injusticias, violencias y maldades cotidianas nacen de la idea de comportarnos como dueños de la vida de los demás. Tenemos un solo dueño al cual no le gusta hacerse llamar «dueño» sino «Padre». Todos nosotros somos siervos,

pecadores e hijos: Él es el único Padre.

Jesús nos recuerda hoy que la espera de la beatitud eterna no nos dispensa del compromiso de hacer más justo y más habitable el mundo. Es más, justamente nuestra esperanza de poseer el Reino en la eternidad nos impulsa a trabajar para mejorar las condiciones de la vida terrena, especialmente de los hermanos más débiles.

Que la Virgen María nos ayude a no ser personas y comunidades resignadas con el

presente, o peor aún,
nostálgicas del pasado, sino
orientadas hacia el futuro de
Dios, hacia el encuentro con Él,
nuestra vida y nuestra
esperanza.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y
hermanas:

Desgraciadamente desde Siria
siguen llegando noticias de
víctimas civiles de la guerra, en
particular de Alepo. Es
inaceptable que tantas
personas inermes —entre ellas
muchos niños— deban pagar el
precio del conflicto, el precio de

la cerrazón del corazón y de la falta de voluntad de paz de los poderosos. Estamos cercanos, con la oración y la solidaridad, a los hermanos y hermanas sirios, y les encomendamos a la materna protección de la Virgen María. Oremos todos un poco en silencio, y luego recemos el Ave María.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países. ¡Se ven muchas banderas!

Hoy están presentes diversos grupos de chicos y jóvenes. ¡Os saludo con gran afecto! En

particular, al grupo de la pastoral juvenil de Verona; a los jóvenes de Padua, Sandrigo y Brembilla; al grupo de los chicos de Fasta, llegados desde Argentina. ¡Estos argentinos hacen ruido por todas partes! También saludo a los adolescentes de Campogalliano y San Matteo della Decima, que han venido a Roma para prestar servicio de voluntariado en centros de acogida. Saludo también a los fieles de Sforzatica, diócesis de Bérgamo. A todos deseo un feliz domingo. Por favor no

dejéis de rezar por mí. Feliz
almuerzo y ¡adiós!

10 de agosto de 2016.

Audiencia general. El camino de la misericordia que va del corazón a las manos.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El pasaje del Evangelio de Lucas que hemos escuchado (Lc 7, 11-17) nos presenta un milagro de Jesús verdaderamente grandioso: la resurrección de un chico. Y, sin embargo, el corazón de esta

narración no es el milagro, sino la ternura de Jesús hacia la mamá de este chico. La misericordia toma aquí el nombre de gran compasión hacia una mujer que había perdido el marido y que ahora acompaña al cementerio a su único hijo. Es este gran dolor de una mamá que conmueve a Jesús y le inspira el milagro de la resurrección.

Presentando este episodio, el evangelista se recrea en muchos detalles. En la puerta de la ciudad de Naím —un pueblo— se encuentran dos

grupos numerosos, que provienen de direcciones opuestas y no tienen nada en común. Jesús, seguido por los discípulos y por una gran muchedumbre, está a punto de entrar en el pueblo, mientras está saliendo de allí el triste cortejo que acompaña a un difunto, con la madre viuda y mucha gente. En la puerta los dos grupos solamente se rozan, siguiendo cada uno por su propio camino, es entonces cuando san Lucas anota el sentimiento de Jesús: «Viendo [a la mujer], el Señor tuvo

compasión de ella, y le dijo: "no llores". Y, acercándose tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon» (Lc 7, 13-14).

Gran compasión guía las acciones de Jesús: es Él quien detiene el cortejo tocando el féretro y, movido por la profunda misericordia hacia esta madre, decide afrontar la muerte, por así decir, cara a cara. Y la afrontará definitivamente, cara a cara, en la Cruz.

Durante este Jubileo, sería una buena cosa que, al pasar el umbral de la Puerta Santa, la

Puerta de la Misericordia, los peregrinos recordasen este episodio del Evangelio, acaecido en la puerta de Naím. Cuando Jesús vio a esta madre llorar, ella entró en su corazón! A la Puerta Santa cada uno llega llevando su propia vida, con sus alegrías y sus sufrimientos, sus proyectos y sus fracasos, sus dudas y sus temores, para presentarlos ante la misericordia del Señor. Estamos seguros de que, en la Puerta Santa, el Señor se acerca para encontrarse con cada uno de nosotros, para

llevar y ofrecer su potente palabra de consolación: «no llores» (*Lc 7, 13*). Esta es la Puerta del encuentro entre el dolor de la humanidad y la compasión de Dios. Superando el umbral, nosotros realizamos nuestra peregrinación dentro de la misericordia de Dios que, como al chico muerto, repite a todos: «Joven a ti te digo, ¡levántate!» (*Lc 7, 14*). A cada uno de nosotros dice: «¡levántate!».

Dios nos quiere de pie. Nos ha creado para estar de pie: por eso, la compasión de Jesús lleva a ese

gesto de la sanación, a sanarnos, cuya palabra clave es: «¡levántate! ¡ponte de pie como te ha creado Dios!». De pie. «Pero, Padre, nosotros nos caemos muchas veces» —«¡Vamos, levántate!». Esta es la palabra de Jesús, siempre. Al pasar el umbral de la Puerta Santa, buscamos sentir en nuestro corazón esta palabra: «¡levántate!». La palabra potente de Jesús puede hacernos levantar y obrar en nosotros también el paso de la muerte a la vida. Su palabra nos hace revivir, regala

esperanza, da sosiego a los corazones cansados, abre una visión del mundo y de la vida que va más allá del sufrimiento y de la muerte. Sobre la Puerta santa está grabado para cada uno de nosotros el inagotable tesoro de la misericordia de Dios!

Alcanzado por la palabra de Jesús, «el muerto se incorporó y se puso a hablar, y Él se lo dio a su madre» (Lc 7, 15).

Esta frase es muy bonita: indica la ternura de Jesús: «se lo dio a su madre». La madre vuelve a encontrar a su hijo.

Recibiéndolo de las manos de Jesús se convierte en madre por segunda vez, pero el hijo que ahora se le ha devuelto no ha recibido la vida de ella. Madre e hijo reciben así la respectiva identidad gracias a la palabra potente de Jesús y a su gesto amoroso. Así, especialmente en el Jubileo, la madre Iglesia recibe a sus hijos reconociendo en ellos la vida donada por la gracia de Dios. Y es en virtud de tal gracia, la gracia del Bautismo, que la Iglesia se convierte en madre y cada uno de nosotros se

convierte en hijo.

Ante el chico que volvió a vivir y fue devuelto a la madre, «el temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo “un gran profeta se ha levantado entre nosotros” y “Dios ha visitado a su pueblo”». Lo que Jesús ha hecho no es sólo una acción de salvación destinada a la viuda y a su hijo, o un gesto de bondad limitado a esa población. A través del auxilio misericordioso de Jesús, Dios va a encontrarse con su pueblo, en Él se refleja y seguirá reflejándose para la

humanidad toda la gracia de Dios. Celebrando este Jubileo, que he querido que fuera vivido en todas las Iglesias particulares, es decir, en todas las iglesias del mundo, y no sólo en Roma, es como si toda la Iglesia extendida por el mundo se uniera en un único canto de alabanza al Señor. También hoy la Iglesia reconoce ser visitada por Dios. Por ello, acercándonos a la Puerta de la Misericordia, cada uno sabe que se acerca a la puerta del corazón misericordioso de Jesús: es precisamente Él la

verdadera Puerta que conduce a la salvación y nos restituye una vida nueva. La misericordia, sea en Jesús sea en nosotros, es un camino que nace del corazón para llegar a las manos. ¿Qué significa esto? Jesús te mira, te cura con su misericordia, te dice: «¡Levántate!», y tu corazón es nuevo. ¿Qué significa recorrer un camino del corazón a las manos? Significa que con el corazón nuevo, con el corazón sanado por Jesús puedo realizar obras de misericordia con las manos, intentando

ayudar, sanar a muchos que tienen necesidad. La misericordia es un camino que parte del corazón y llega a las manos, es decir a las obras de misericordia.

He dicho que la misericordia es un camino que va del corazón a las manos. En el corazón, nosotros recibimos la misericordia de Jesús, que nos da el perdón de todo, porque Dios perdona todo y nos alivia, nos da la vida nueva y nos contagia con su compasión. De aquel corazón perdonado y con la compasión de Jesús, empieza

el camino hacia las manos, es decir, hacia las obras de misericordia. Me decía un obispo, el otro día, que en su catedral y en otras iglesias ha hecho puertas de misericordia de entrada y de salida. Yo le he preguntado: «¿Por qué lo has hecho?». —«Porque una puerta es para entrar, pedir perdón y obtener la misericordia de Jesús; la otra es la puerta de la misericordia de salida, para llevar la misericordia a los demás, con nuestras obras de misericordia». ¡Qué inteligente es este obispo! También

nosotros hacemos lo mismo con el camino que va del corazón a las manos: entramos en la iglesia por la puerta de la misericordia, para recibir el perdón de Jesús, que dice «¡levántate, ve, ve!»; y con este «¡ve!» —en pie— salgamos por la puerta de salida. Es la Iglesia en salida: el camino de la misericordia que va del corazón a las manos. ¡Haced este camino!

* * * * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes

de España, Latinoamérica y Guinea Ecuatorial. Que Jesús nos conceda el don de su gracia para que aprendamos a ser misericordiosos y atentos a las necesidades de nuestros hermanos, recordando que la misericordia es un camino que sale del corazón pero tiene que llegar a las manos, es decir, hacer obras de misericordia. Muchas gracias.

14 de agosto de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo (Lc 12, 49-53) forma parte de las enseñanzas de Jesús dirigidas a sus discípulos a lo largo del camino de subida hacia Jerusalén, donde le espera la muerte en la cruz. Para indicar el objetivo de su misión, Él se sirve de tres imágenes: el *fuego*,

el *bautismo* y la *división*. Hoy deseo hablar de la primera imagen: el fuego.

Jesús la narra con estas palabras: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (v. 49). El *fuego* del cual habla Jesús es el fuego del Espíritu Santo, presencia viva y operante en nosotros desde el día de nuestro Bautismo. Este –el fuego– es una fuerza creadora que purifica y renueva, quema toda miseria humana, todo egoísmo, todo pecado, nos

transforma desde dentro, nos regenera y nos hace capaces de amar. Jesús desea que el Espíritu Santo estalle como el fuego en nuestro corazón, porque sólo partiendo del corazón el incendio del amor divino podrá extenderse y hacer progresar el Reino de Dios. No parte de la cabeza, parte del corazón. Y por eso Jesús quiere que el fuego entre en nuestro corazón. Si nos abrimos completamente a la acción de este fuego que es el Espíritu Santo, Él nos donará la audacia y el fervor para

anunciar a todos a Jesús y su confortante mensaje de misericordia y salvación, navegando en alta mar, sin miedos.

Cumpliendo su misión en el mundo, la Iglesia —es decir, todos los que somos la Iglesia— necesita la ayuda del Espíritu Santo para no ser paralizada por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarse a caminar dentro de confines seguros. Estas dos actitudes llevan a la Iglesia a ser una Iglesia funcional, que nunca arriesga. En cambio, la valentía

apostólica que el Espíritu Santo enciende en nosotros como un fuego nos ayuda a superar los muros y las barreras, nos hace creativos y nos impulsa a ponernos en marcha para caminar incluso por vías inexploradas o incómodas, dando esperanzas a cuantos encontramos. Con este fuego del Espíritu Santo estamos llamados a convertirnos cada vez más en una comunidad de personas guiadas y transformadas, llenas de comprensión, personas con el corazón abierto y el rostro

alegre. Hoy más que nunca se necesitan sacerdotes, consagrados y fieles laicos, con la atenta mirada del apóstol, para conmoverse y detenerse ante las minusvalías y la pobreza material y espiritual, caracterizando así el camino de la evangelización y de la misión con el ritmo sanador de la proximidad.

Es precisamente el fuego del Espíritu Santo que nos lleva a hacernos prójimos de los demás, de los necesitados, de tantas miserias humanas, de tantos problemas, de los

refugiados, de aquellos que sufren.

En este momento, pienso también con admiración sobre todo en los numerosos sacerdotes, religiosos y fieles laicos que, por todo el mundo, se dedican a anunciar el Evangelio con gran amor y fidelidad, no pocas veces a costa de sus vidas. Su ejemplar testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita burócratas y diligentes funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de llevar a todos la confortante

palabra de Jesús y su gracia. Este es el fuego del Espíritu Santo. Si la Iglesia no recibe este fuego o no lo deja entrar en sí, se convierte en una Iglesia fría o solamente tibia, incapaz de dar vida, porque está compuesta por cristianos fríos y tibios. Nos hará bien, hoy, tomarnos cinco minutos y preguntarnos: ¿Cómo está mi corazón? ¿Es frío? ¿Es tibio? ¿Es capaz de recibir este fuego? Dedicemos cinco minutos a esto. Nos hará bien a todos. Y pidamos a la Virgen María que rece con nosotros y por

nosotros al Padre celeste, para que infunda sobre todos los creyentes el Espíritu Santo, fuego divino que enciende los corazones y nos ayuda a ser solidarios con las alegrías y los sufrimientos de nuestros hermanos. Que nos sostenga en nuestro camino el ejemplo de san Maximiliano Kolbe, mártir de la caridad, de quien hoy celebramos la fiesta: que él nos enseñe a vivir el fuego del amor por Dios y por el prójimo.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos presentes.

Hoy también tengo la alegría de saludar a algunos grupos de jóvenes: ante todo a los scouts llegados de París. Así como a los jóvenes llegados a Roma, de peregrinación a pie o en bicicleta desde Bisuschio, Treviso, Solarolo, Macherio, Sovico, Vall'Alta di Bergamo y a los seminaristas del seminario menor de Bergamo.

Os repito, también a vosotros, las palabras que han sido el tema del gran encuentro de

Cracovia: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos encontrarán la misericordia».

¡Esforzaos en perdonar siempre y tened un corazón compasivo!

Saludo también a las asociaciones del proyecto «Cartoline in bicicletta».

A todos os deseo un feliz domingo y un buen almuerzo.

Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Adiós!

15 de agosto de 2016.
ÁNGELUS.

Lunes.

Solemnidad de la Asunción de
la Virgen María.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días! ¡feliz
fiesta de la Asunción!*

La página evangélica (Lc 1, 39-56) de la fiesta de hoy de la Asunción de María al cielo, describe el encuentro entre María y su prima Isabel, destacando que «se levantó

María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá» (v. 39). Esos días, María corría hacia una pequeña ciudad en los alrededores de Jerusalén para encontrarse con Isabel. Hoy, sin embargo, la contemplamos en su camino hacia la Jerusalén celestial, para encontrar finalmente el rostro del Padre y volver a ver el rostro de su hijo Jesús. Muchas veces en su vida terrena había recorrido zonas montuosas, hasta la última dolorosa etapa del Calvario, asociada al misterio de la

pasión de Cristo. Hoy la vemos alcanzar la montaña de Dios, «vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (*Ap 12, 1*) —como dice el libro del Apocalipsis— y la vemos cruzar el umbral de la patria celestial.

Ha sido la primera en creer en el Hijo de Dios, y es la primera en ser ascendida al cielo en alma y cuerpo. Fue la primera que acogió y tomó en brazos a Jesús cuando aún era un niño, es la primera en ser acogida en sus brazos para entrar en el

Reino eterno del Padre. María, una humilde y sencilla joven de un pueblecito perdido de la periferia del Imperio romano, justamente porque acogió y vivió el Evangelio, fue admitida por Dios para estar en la eternidad al lado del trono de su Hijo. De este modo el Señor derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes (cf. *Lc 1, 52*).

La Asunción de María es un misterio grande que concierne a cada uno de nosotros, atañe a nuestro futuro. María, efectivamente, nos precede en

la vía por la que se encaminan quienes, mediante el Bautismo, han unido su vida a Jesús, así como María unió a Él su propia vida. La fiesta de hoy nos hace mirar al cielo, pre-anuncia los «cielos nuevos y la tierra nueva», con la victoria de Cristo resucitado sobre la muerte y la derrota definitiva del maligno. Por tanto, la alegría de esa humilde joven de Galilea, expresada en el cántico del Magníficat, se convierte en el canto de la humanidad entera, que se complace al ver al Señor inclinarse sobre todos

los hombres y mujeres,
criaturas humildes, y admitirles
con Él en el cielo.

El Señor se inclina sobre los
humildes para elevarles, como
proclama el cántico del
Magníficat. Este canto de María
nos lleva a pensar también en
tantas situaciones dolorosas
actuales, particularmente en
las mujeres superadas por el
peso de la vida y el drama de la
violencia, en las mujeres
esclavas de la prepotencia de
los poderosos, en las niñas
obligadas a realizar trabajos
inhumanos, en las mujeres

obligadas a rendirse con su cuerpo y su espíritu a la avidez de los hombres. Que para ellas llegue cuanto antes el inicio de una vida de paz, de justicia, de amor, en espera del día en el cual, finalmente, se sentirán aferradas por manos que no las humillen, sino que con ternura las levanten y conduzcan, por la senda de la vida, hasta el cielo. María, una joven, una mujer que ha sufrido tanto en su vida, nos hace pensar en estas mujeres que sufren mucho. Pidamos al Señor que Él mismo las conduzca de la

mano y las lleve por la senda de la vida, liberándolas de estas esclavitudes.

Y ahora nos dirigimos con confianza a María, dulce Reina del cielo, y le pedimos:

«dónanos días de paz, vigila nuestro camino, haz que veamos a tu Hijo, llenos de la alegría del cielo» (Himno de las Segundas Vísperas).

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

A la Reina de la paz, que contemplamos en la gloria celestial querría encomendar

una vez más las ansias y los dolores de las poblaciones que en muchas partes del mundo son víctimas inocentes de conflictos duraderos. Mi pensamiento va dirigido a los habitantes Kivu del Norte, en la República Democrática del Congo, recientemente golpeados por nuevas masacres que desde hace tiempo son perpetradas con un silencio vergonzoso, sin ni siquiera llamar nuestra atención. Estas víctimas forman parte, desgraciadamente, de los muchos inocentes que no

tienen peso en la opinión mundial. ¡Que María obtenga para todos sentimientos de compasión, de comprensión y de deseo de concordia!

¡Os saludo a vosotros, romanos y peregrinos provenientes de distintos lugares! en particular saludo a los jóvenes de Villadose, a los fieles de Credaro y a los de Crosara. Deseo una feliz fiesta de la Asunción a todos los que estáis aquí presentes y a los que se encuentran en los distintos lugares de vacaciones, así como a los que no han podido

tomarse vacaciones,
especialmente a los enfermos,
y a las personas solas y a
quienes aseguran durante estos
días de fiesta los servicios
indispensables para la
comunidad.

Os doy las gracias por haber
venido y, por favor, no os
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y adiós!

17 de agosto de 2016.

Audiencia general. La
compasión de Jesús en el
milagro de la multiplicación de
los panes.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy queremos reflexionar
sobre el milagro de la
multiplicación de los panes. Al
inicio de la narración que hace
Mateo (cf. *Mt* 14, 13-21), Jesús
acaba de recibir la noticia de la
muerte de Juan Bautista, y con

una barca cruza el lago en busca de «un lugar solitario» (*Mt 14, 13*). La gente lo descubre y le precede a pie de manera que «al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos» (*Mt 14, 14*). Así era Jesús: siempre con la compasión, siempre pensando en los demás. Impresiona la determinación de la gente, que teme ser dejada sola, como abandonada. Muerto Juan Bautista, profeta carismático, se encomienda a Jesús, del cual el mismo Juan había dicho:

«aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo» (Mt 3, 11). Así la muchedumbre le sigue por todas partes, para escucharle y para llevarle a los enfermos. Y viendo esto Jesús se conmueve. Jesús no es frío, no tiene un corazón frío. Jesús es capaz de conmoverse. Por una parte, Él se siente ligado a esta muchedumbre y no quiere que se vaya; por otra, necesita momentos de soledad, de oración, con el Padre. Muchas veces pasa la noche orando con su Padre.

Aquel día, entonces, el Maestro

se dedicó a la gente. Su compasión no es un vago sentimiento; muestra en cambio toda la fuerza de su voluntad de estar cerca de nosotros y de salvarnos. Jesús nos ama mucho, y quiere estar con nosotros.

Según llega la tarde, Jesús se preocupa de dar de comer a todas aquellas personas, cansadas y hambrientas y cuida de cuantos le siguen. Y quiere hacer partícipes de esto a sus discípulos. Efectivamente les dice: «dadles vosotros de comer» *Mt 14, 16*). Y les

demonstró que los pocos panes y peces que tenían, con la fuerza de la fe y de la oración, podían ser compartidos por toda aquella gente. Jesús cumple un milagro, pero es el milagro de la fe, de la oración, suscitado por la compasión y el amor. Así Jesús «partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente» (*Mt 14, 19*). El Señor resuelve las necesidades de los hombres, pero desea que cada uno de nosotros sea partícipe concretamente de su compasión.

Ahora detengámonos en el gesto de bendición de Jesús: Él «tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, y partiendo los panes se los dio» (*Mt 14, 19*).

Como se observa, son los mismos signos que Jesús realizó en la Última Cena; y son también los mismos que cada sacerdote realiza cuando celebra la Santa Eucaristía. La comunidad cristiana nace y renace continuamente de esta comunión eucarística.

Por ello, vivir la comunión con

Cristo es otra cosa distinta a permanecer pasivos y ajenos a la vida cotidiana; por el contrario, nos introduce cada vez más en la relación con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, para ofrecerles la señal concreta de la misericordia y de la atención de Cristo. Mientras nos nutre de Cristo, la Eucaristía que celebramos nos transforma poco a poco también a nosotros en cuerpo de Cristo y nutrimento espiritual para los hermanos. Jesús quiere llegar a todos, para llevar a todos el

amor de Dios. Por ello convierte a cada creyente en servidor de la misericordia. Jesús ha visto a la muchedumbre, ha sentido compasión por ella y ha multiplicado los panes; así hace lo mismo con la Eucaristía. Y nosotros, creyentes que recibimos este pan eucarístico, estamos empujados por Jesús a llevar este servicio a los demás, con su misma compasión. Este es el camino.

La narración de la multiplicación de los panes y de los peces se concluye con la constatación de que todos se

han saciado y con la recogida de los pedazos sobrantes (cf. *Mt* 14, 20). Cuando Jesús con su compasión y su amor nos da una gracia, nos perdona los pecados, nos abraza, nos ama, no hace las cosas a medias, sino completamente. Como ha ocurrido aquí: todos se han saciado. Jesús llena nuestro corazón y nuestra vida de su amor, de su perdón, de su compasión. Jesús, por lo tanto, ha permitido a sus discípulos seguir su orden. De esta manera ellos conocen la vía que hay que recorrer: dar de

comer al pueblo y tenerlo
unido; es decir, estar al servicio
de la vida y de la comunión.
Invoquemos al Señor, para que
haga siempre a su Iglesia capaz
de este santo servicio, y para
que cada uno de nosotros
pueda ser instrumento de
comunión en la propia familia,
en el trabajo, en la parroquia y
en los grupos de pertenencia,
una señal visible de la
misericordia de Dios que no
quiere dejar a nadie en soledad
o con necesidad, para que
descienda la comunión y la paz
entre los hombres y la

comuni3n de los hombres con Dios, porque esta comuni3n es la vida para todos.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua espa1ola, en particular a los venidos de Espa1a y Latinoam3rica. Los invito a alimentarse constantemente de la Eucarist3a para ser a su vez alimento para los dem3s e instrumento de comuni3n en la familia, en el trabajo, en el 3mbito donde viven, siendo testigos de la misericordia y de la ternura de Dios. Muchas

gracias.

21 de agosto de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

La hodierna página evangélica nos sugiere meditar sobre el tema de la salvación. El evangelista Lucas narra que a Jesús, viajando a Jerusalén, durante el recorrido se le acerca uno que le formula esta pregunta: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» (Lc 13, 23). Jesús no da una respuesta

directa sino que traslada el debate a otro plano, con un lenguaje sugestivo, que al inicio tal vez los discípulos no comprenden: «Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán» (Lc 13, 24). Con la imagen de la puerta, Él quiere que sus interlocutores entiendan que no es cuestión de número —cuántos se salvarán—, no importa saber cuántos, sino que lo importante es que todos sepan cuál es el camino que conduce a la

salvación.

Tal recorrido prevé que se atraviere una puerta. Pero, ¿dónde está la puerta? ¿Cómo es la puerta? ¿Quién es la puerta? Jesús mismo es la puerta. Lo dice Él en el Evangelio de Juan: «Yo soy la puerta» (*Jn 10, 9*). Él nos conduce a la comunión con el Padre, donde encontramos amor, comprensión y protección. Pero, ¿por qué esta puerta es estrecha?, se puede preguntar. ¿Por qué dice que es estrecha? Es una puerta estrecha no porque sea

opresiva; sino porque nos exige restringir y contener nuestro orgullo y nuestro miedo, para abrirnos con el corazón humilde y confiado a Él, reconociéndonos pecadores, necesitados de su perdón. Por eso es estrecha: para contener nuestro orgullo, que nos hincha. La puerta de la misericordia de Dios es estrecha pero siempre abierta de par en par para todos! Dios no tiene preferencias, sino que acoge siempre a todos, sin distinción. Una puerta estrecha para restringir nuestro orgullo

y nuestro miedo; una puerta abierta de par en par para que Dios nos reciba sin distinción. Y la salvación que Él nos ofrece es un flujo incesante de misericordia que derriba toda barrera y abre interesantes perspectivas de luz y de paz. La puerta estrecha pero siempre abierta: no os olvidéis de esto. Jesús hoy nos ofrece, una vez más, una apremiante invitación a dirigirnos hacia Él, a pasar el umbral de la puerta de la vida plena, reconciliada y feliz. Él nos espera a cada uno de nosotros, cualquiera que sea el

pecado que hayamos cometido, para abrazarnos, para ofrecernos su perdón. Solo Él puede transformar nuestro corazón, solo Él puede dar un sentido pleno a nuestra existencia, donándonos la verdadera alegría. Entrando por la puerta de Jesús, la puerta de la fe y del Evangelio, nosotros podremos salir de los comportamientos mundanos, de los malos hábitos, de los egoísmos y de la cerrazón. Cuando hay contacto con el amor y la misericordia de Dios, hay un auténtico cambio. Y

nuestra vida es iluminada por la luz del Espíritu Santo: ¡una luz inextinguible!

Quisiera haceros una propuesta. Pensemos ahora, en silencio, por un momento, en las cosas que tenemos dentro de nosotros y que nos impiden atravesar la puerta: mi orgullo, mi soberbia, mis pecados. Y luego, pensemos en la otra puerta, aquella abierta de par en par por la misericordia de Dios que al otro lado nos espera para darnos su perdón. El Señor nos ofrece tantas ocasiones para salvarnos y

entrar a través de la puerta de la salvación. Esta puerta es una ocasión que no se debe desperdiciar: no debemos hacer discursos académicos sobre la salvación, como aquel que se había dirigido a Jesús, sino que debemos aprovechar las ocasiones de salvación. Porque llegará el momento en que «el dueño de casa se levantará y cerrará la puerta» (cf. *Lc 13,25*), como nos lo ha recordado el Evangelio. Pero si Dios es bueno y nos ama, ¿por qué llegará el momento en que cerrará la puerta? Porque

nuestra vida no es un videojuego o una telenovela; nuestra vida es seria y el objetivo que hay que alcanzar es importante: la salvación eterna.

A la Virgen María, *Puerta del Cielo*, pidamos que nos ayude a aprovechar las ocasiones que el Señor nos ofrezca para pasar el umbral de la puerta de la fe y entrar así en un ancho camino: es el camino de la salvación capaz de acoger a todos aquellos que se dejan incluir por el amor. Es el amor que salva, el amor que ya en la

tierra es fuente de bienaventuranza de cuantos, en la mansedumbre, en la paciencia y en la justicia, se olvidan de sí mismos y se entregan a los demás, especialmente a los más débiles.

Después del Ángel:

Queridos hermanos y hermanas:

Me ha llegado la triste noticia del sangriento atentado que ayer ha herido a la querida Turquía. Recemos por las víctimas, por los muertos y los heridos y pidamos el don de la

paz para todos.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos romanos y a los provenientes de varios países, en particular a los fieles de Kalisz (Polonia) y Gondomar (Portugal); querría además saludar de manera especial a los nuevos seminaristas del Pontificio Colegio norteamericano. ¡Bienvenidos a Roma!

Saludo a la Asociación Santísimo Redentor de Manfredonia, a los motociclistas del Polesine, a los fieles de Delianuova y a los de Verona

que han llegado peregrinando a pie. Saludo a los jóvenes de Padulle, venidos para ofrecer su servicio en el comedor de Cáritas Roma.

A todos os deseo un feliz domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí.
¡Buen almuerzo y adiós!

24 de agosto de 2016.

Audiencia general.

Miércoles.

Había preparado la catequesis de hoy, como para todos los miércoles de este Año de la Misericordia, sobre el tema de la cercanía de Jesús, pero ante la noticia del terremoto que ha golpeado el centro de Italia, devastando zonas enteras y dejando muertos y heridos, no puedo dejar de manifestar mi gran dolor y mi cercanía a todas las personas presentes en

los lugares azotados por los temblores, a todas las personas que han perdido sus seres queridos y a aquellas que todavía están afectadas por el miedo y el terror. Oír lo que el Alcalde de Amatrice ha dicho: «el pueblo ya no existe», y saber que entre los muertos hay también niños, me conmueve mucho.

A todas estas personas en Accumoli, Amatrice y en otras partes, en la Diócesis de Rieti y de Ascoli Piceno y todo el Lazio, en Umbría y en Las Marcas, quiero asegurarles nuestra

oración y decirles que confíen en la caricia y en el abrazo de toda la Iglesia, que en este momento desea estrecharse a ellos con su amor materno, también en el abrazo de los que estamos aquí en la plaza. Agradecemos a todos los voluntarios y personal de protección civil que están socorriendo a estas poblaciones, y os pido que nos unamos en oración, para que, por la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, el Señor Jesús, que siempre se ha conmovido ante el dolor

humano, consuele a estos corazones afligidos y les dé la paz.

Dejémonos conmover con Jesús.

Por tanto, posponemos para la próxima semana la catequesis de este miércoles. Y los invito ahora a rezar conmigo una parte del Santo Rosario: "Los Misterios dolorosos".

* * * * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a salir al encuentro de

las necesidades del prójimo,
para que cada uno de nosotros
pueda experimentar en su vida
la mirada misericordiosa de
Dios, y ser curado en el cuerpo
y en el espíritu, recuperando la
dignidad de ser hijos de un
mismo Padre. Muchas gracias.

28 de agosto de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El episodio del Evangelio de hoy nos muestra a Jesús en la casa de uno de los jefes de los fariseos, observando entretenido cómo los invitados al almuerzo se afanan en ocupar los primeros puestos. Es una escena que hemos visto muchas veces: hacerse con el mejor sitio incluso con los

codos. Al ver esta escena, Él narra dos breves parábolas con las cuales ofrece dos indicaciones: una se refiere al lugar, la otra se refiere a la recompensa.

La primera semejanza está ambientada en un banquete nupcial. Jesús dice: «cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto no sea que haya sido convidado por él otro más distinguido que tú, y viniendo el que os convidó a ti y a él, te diga: “Déjale el sitio a este”.... al contrario, cuando seas

convidado, vete a sentarte en el último puesto» (Lc 14, 8-9). Con esta recomendación, Jesús no pretende dar normas de comportamiento social, sino una lección sobre el valor de la humildad. La historia enseña que el orgullo, el arribismo, la vanidad y la ostentación son la causa de muchos males. Y Jesús nos hace entender la necesidad de elegir el último lugar, es decir, de buscar la pequeñez y pasar desapercibidos: la humildad. Cuando nos ponemos ante Dios en esta dimensión de humildad,

Dios nos exalta, se inclina hacia nosotros para elevarnos hacia Él: «Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille será ensalzado» (Lc 14, 11).

Las palabras de Jesús subrayan actitudes completamente distintas y opuestas: la actitud de quien se elige su propio sitio y la actitud de quien se lo deja asignar por Dios y espera de Él la recompensa. No lo olvidemos: ¡Dios paga mucho más que los hombres! ¡Él nos da un lugar mucho más bonito que el que nos dan los

hombres! El lugar que nos da Dios está cerca de su corazón y su recompensa es la vida eterna. «Y serás dichoso —dice Jesús— ...se te recompensará en la resurrección de los justos» (*Lc 14, 14*).

Es lo que describe la segunda parábola, en la cual Jesús indica la actitud desinteresada que debe caracterizar la hospitalidad, y dice así: «Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque ellos no te pueden

corresponder» (*Lc 14, 13-14*). Se trata de elegir la gratuidad en lugar del cálculo oportunista que intenta obtener una recompensa, que busca el interés y que intenta enriquecerse cada vez más. En efecto, los pobres, los sencillos, los que no cuentan, jamás podrán corresponder a una invitación para almorzar. Jesús demuestra de esta manera, su preferencia por los pobres y los excluidos, que son los privilegiados del Reino de Dios, y difunde el mensaje fundamental del Evangelio que

es servir al prójimo por amor a Dios. Hoy, Jesús se hace portavoz de quien no tiene voz y dirige a cada uno de nosotros un llamamiento urgente para abrir el corazón y hacer nuestros los sufrimientos y las angustias de los pobres, de los hambrientos, de los marginados, de los refugiados, de los derrotados por la vida, de todos aquellos que son descartados por la sociedad y por la prepotencia de los más fuertes. Y estos descartados representan, en realidad, la mayor parte de la población.

En este momento, pienso con gratitud en los comedores donde tantos voluntarios ofrecen su servicio, dando de comer a personas solas, necesitadas, sin trabajo o sin casa. Estos comedores y otras obras de misericordia —como visitar a los enfermos, a los presos...— son gimnasios de caridad que difunden la cultura de la gratuidad, porque todos los que trabajan en ellas están impulsados por el amor de Dios e iluminados por la sabiduría del Evangelio. De esta manera el servicio a los hermanos se

convierte en testimonio de amor, que hace creíble y visible el amor de Cristo.

Pidamos a la Virgen María que nos guíe cada día por la senda de la humildad, Ella que fue humilde toda su vida, y nos haga capaces de gestos gratuitos de acogida y solidaridad hacia los marginados, para ser dignos de la recompensa divina.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Deseo renovar mi cercanía espiritual a los habitantes de

Lazio, Marche y Umbria, duramente golpeados por el terremoto de estos días. Pienso particularmente en la gente de Amatrice, Accumoli, Arquata del Tronto, de Norcia. Una vez más digo a esas queridas poblaciones que la Iglesia comparte su sufrimiento y sus preocupaciones. Recemos por los difuntos y por los supervivientes. La rapidez con la cual las autoridades, fuerzas de seguridad, protección civil y voluntarios están actuando, demuestra cuánto sea importante la solidaridad para

superar pruebas tan dolorosas. Queridos hermanos y hermanas, en cuanto sea posible también yo espero poder visitarlos, para llevaros en persona el confort de la fe, el abrazo de padre y hermano y el apoyo de la esperanza cristiana. Oremos por estos hermanos y hermanas todos juntos:

Ave María...

Ayer en Santiago del Estero, en Argentina, fue proclamada Beata Sor María Antonia de San José: el pueblo la llama Mama Antula. Que su ejemplar

testimonio cristiano,
especialmente su apostolado en
la promoción de los ejercicios
espirituales, puedan suscitar el
deseo de adherir cada vez más
a Cristo y al Evangelio.

El próximo jueves, 1º de
septiembre, celebraremos la
Jornada mundial de oración por
el cuidado de la creación junto
con los hermanos ortodoxos y
de otras Iglesias: será una
ocasión para reforzar el
compromiso común para
proteger la vida, respetando el
ambiente y la naturaleza.
Saludo ahora a todos los

peregrinos provenientes de Italia y de distintos países, en particular a los monaguillos de Kleinraming (Austria); los Marineros de la Nave Escuela «Fragata Libertad» —lo he dicho en español porque la tierra tira!; a los fieles de Gonzaga, Spirano, Brembo, Cordenons y Daverio; a los jóvenes de Venaria, Val Liona, Angarano, Moncalieri y Tombelle.

A todos os deseo un feliz domingo y, por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Feliz almuerzo y adiós!

31 de agosto de 2016.

Audiencia general. La mirada de Jesús es de misericordia y ternura.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio que hemos escuchado nos presenta una figura que destaca por su fe y su valor. Se trata de la mujer que Jesús sanó de sus pérdidas de sangre (cf. *Mt* 9, 20—22). Pasando entre la gente, se acerca a la espalda de Jesús

para tocar el borde de su manto. «Pues se decía para sí: Con sólo tocar su manto, me salvaré» (*Mt 9, 21*). ¡Cuánta fe! ¡Cuánta fe tenía esta mujer! Razonaba así porque estaba animada por mucha fe y mucha esperanza y, con un toque de astucia, se da cuenta de todo lo que tiene en el corazón. El deseo de ser salvada por Jesús es tal que le hace ir más allá de las prescripciones establecidas por la ley de Moisés. Efectivamente, esta pobre mujer durante muchos años no está simplemente enferma,

sino que es considerada impura porque sufre de hemorragias (cf. *Lv* 15, 19—30). Por ello es excluida de las liturgias, de la vida conyugal, de las normales relaciones con el prójimo. El evangelista Marcos añade que había consultado a muchos médicos, acabando con sus medios para pagarles y soportando dolorosas curas, pero sólo había empeorado. Era una mujer descartada por la sociedad. Es importante considerar esta condición —de descartada— para entender su estado de ánimo: ella siente

que Jesús puede liberarla de la enfermedad y del estado de marginación e indignidad en el que se encuentra desde hace años. En una palabra: sabe, siente que Jesús puede salvarla.

Este caso nos hace reflexionar sobre cómo a menudo la mujer es percibida y representada. A todos se nos pone en guardia, también a las comunidades cristianas, ante imágenes de la feminidad contaminadas por prejuicios y sospechas lesivas hacia su intangible dignidad. En ese sentido son precisamente

los Evangelios los que restablecen la verdad y reconducen a un punto de vista liberatorio. Jesús ha admirado la fe de esta mujer que todos evitaban y ha transformado su esperanza en salvación. No sabemos su nombre, pero las pocas líneas con las cuales los Evangelios describen su encuentro con Jesús esbozan un itinerario de fe capaz de restablecer la verdad y la grandeza de la dignidad de cada persona. En el encuentro con Cristo se abre para todos, hombres y mujeres de todo

lugar y todo tiempo, la senda de la liberación y de la salvación.

El Evangelio de Mateo dice que cuando la mujer tocó el manto de Jesús, Él «se volvió» y «al verla» (*Mt 9, 22*), entonces le dirigió la palabra. Como decíamos, a causa de su estado de exclusión, la mujer actuó a escondidas, a espaldas de Jesús, con temor, para no ser vista, porque era una descartada. En cambio Jesús la vio y su mirada no fue de reproche, no dice: «¡vete!, ¡tú eres una descartada!», como si

dijese: «itú eres una leprosa!, ivete!». No, no regaña, sino que la mirada de Jesús es de misericordia y ternura. Él sabe qué ha ocurrido y busca el encuentro personal con ella, lo que deseaba en el fondo la misma mujer. Esto significa que Jesús no sólo la acoge, sino que la considera digna de tal encuentro hasta el punto de donarle su palabra y su atención.

En la parte central de la narración, el término salvación se repite tres veces. «Con sólo tocar su manto, me salvaré.

Jesús se volvió, y al verla le dijo: "¡Ánimo!, hija tu fe te ha salvado". Y se salvó la mujer desde aquel momento» (Mt 9, 21-22). Este «¡ánimo!, hija» expresa toda la misericordia de Dios por aquella persona. Y por toda persona descartada. Cuántas veces nos sentimos interiormente descartados por nuestros pecados, hemos cometido tantos, hemos cometido tantos... y el Señor nos dice: «¡Ánimo!, ¡ven! Para mí tú no eres un descartado, una descartada. Ánimo hija. Tú eres un hijo, una hija». Y este

es el momento de la gracia, es el momento del perdón, es el momento de la inclusión en la vida de Jesús, en la vida de la Iglesia. Es el momento de la misericordia. Hoy, a todos nosotros, pecadores, que somos grandes pecadores o pequeños pecadores, pero todos lo somos, a todos nosotros el Señor nos dice: «¡Ánimo, ven! ya no eres descartado, ya no eres descartada: yo te perdono, yo te abrazo». Así es la misericordia de Dios. Debemos tener valor e ir hacia Él, pedir perdón por nuestros pecados y

seguir adelante. Con valor, como hizo esta mujer. Luego, la «salvación» asume múltiples connotaciones: ante todo devuelve la salud a la mujer; después la libera de las discriminaciones sociales y religiosas; además, realiza la esperanza que ella llevaba en el corazón anulando sus miedos y sus angustias; y por último, la restituye a la comunidad liberándola de la necesidad de actuar a escondidas. Y esto último es importante: una persona descartada actúa siempre a escondidas, alguna

vez o toda la vida: pensemos en los leprosos de esos tiempos, en los sin techo de hoy...; pensemos en los pecadores, en nosotros pecadores: hacemos siempre algo a escondidas, tenemos la necesidad de hacer algo a escondidas porque nos avergonzamos de lo que somos... y Él nos libera de esto, Jesús nos libera y hace que nos pongamos de pie: «levántate, ven, ide pie!». Como Dios nos ha creado: Dios nos ha creado de pie, no humillados. De pie. La salvación que Jesús dona es

una salvación total, que reintegra la vida de la mujer en la esfera del amor de Dios y, al mismo tiempo, la restablece con plena dignidad.

Es decir, no es el manto que la mujer ha tocado el que le da la salvación, sino la palabra de Jesús acogida en su fe, capaz de consolarla, sanarla y restablecerla en la relación con Dios y con su pueblo. Jesús es la única fuente de bendición de la cual brota la salvación para todos los hombres, y la fe es la disposición fundamental para acogerla. Jesús, una vez más,

con su comportamiento, lleno de misericordia, indica a la Iglesia el camino a seguir para salir al encuentro de cada persona, para que cada uno pueda ser sanado en cuerpo y espíritu y recuperar la dignidad de hijos de Dios. Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Que el ejemplo de Jesús nos ayude a salir al encuentro de quien está solo y necesitado, para llevar su misericordia y ternura, que

sana las heridas y restablece la
dignidad de hijos de Dios.
Muchas gracias.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Septiembre.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

3 de septiembre de 2016.

Catequesis para los operadores de misericordia.

4 de septiembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa y canonización de la beata madre Teresa de Calcuta.

4 de septiembre de 2016.

ÁNGELUS.

7 de septiembre de 2016.

Audiencia general. La misericordia que salva.

8 de septiembre de 2016.

Discurso a los participantes en «América en diálogo - nuestra casa común»

9 de septiembre de 2016.

Discurso a los participantes en el seminario de actualización para obispos de los territorios de misión.

10 de septiembre de 2016.

Audiencia jubilar. Verdadera libertad y nuevas esclavitudes.

11 de septiembre de 2016.

ÁNGELUS.

14 de septiembre de 2016.

Audiencia general. El refugio de los oprimidos.

20 de septiembre de 2016.

Visita del Santo Padre Francisco a asís para la jornada mundial de oración por la paz" sed de

paz. Religiones y culturas en diálogo"

21 de septiembre de 2016.

Audiencia general.

Misericordiosos como el Padre

25 de septiembre de 2016.

Homilía en el jubileo de los catequistas.

25 de septiembre de 2016.

ÁNGELUS.

28 de septiembre de 2016.

Audiencia general. Nadie está excluido del perdón de Dios.

30 de septiembre de 2016.

Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

(Georgia y Azerbaiyán)

30 de septiembre de 2016.

Encuentro con su santidad y beatitud Elías II, catholicós y patriarca de toda Georgia.

(Georgia y Azerbaiyán)

30 de septiembre de 2016.

Oración del Santo Padre por la paz en el encuentro con la comunidad Siro-Caldea.

(Georgia y Azerbaiyán)

3 de septiembre de 2016.
Catequesis para los operadores
de misericordia.

Sábado.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Hemos escuchado el himno de
la caridad que el apóstol Pablo
escribió a la comunidad de
Corinto, y que constituye una
de las páginas más hermosas y
más exigentes para el
testimonio de nuestra fe (cf. *1*
Co 13,1-13). San Pablo ha

hablado muchas veces del amor y de la fe en sus escritos; sin embargo, en este texto se nos ofrece algo

extraordinariamente grande y original. Él afirma que el amor, a diferencia de la fe y de la esperanza, «no pasará jamás» (v. 8): es para siempre. Esta enseñanza debe ser para nosotros una certeza inquebrantable; el amor de Dios no cesará nunca, ni en nuestra vida ni en la historia del mundo. Es un amor que permanece siempre *joven, activo y dinámico*, y que

atrae hacia sí de un modo incomparable. Es un amor *fiel* que no traiciona, a pesar de nuestras contradicciones. Es un amor *fecundo* que genera y va más allá de nuestra *pereza*. En efecto, de este amor todos somos testigos. El amor de Dios nos sale al encuentro, como un río en crecida que nos arrolla pero sin aniquilarnos; más bien, es condición de vida: «Si no tengo amor, no soy nada», dice san Pablo (1 Co 2). Cuanto más nos dejamos involucrar por este amor, tanto

más se regenera nuestra vida. Verdaderamente deberíamos decir con toda nuestra fuerza: *soy amado, luego existo.*

El amor del que nos habla el Apóstol no es algo abstracto ni vago; al contrario, es un amor que se *ve, se toca y se experimenta* en primera persona. La forma más grande y expresiva de este amor es Jesús. Toda su persona y su vida no es otra cosa que una manifestación concreta del amor del Padre, hasta llegar al momento culminante: «la

prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (*Rm 5,8*). Esto es amor. No son palabras, es amor. Del Calvario, donde el sufrimiento del Hijo de Dios alcanza su culmen, brota el manantial de amor que cancela todo pecado y que todo recrea en una vida nueva. Llevemos siempre con nosotros, de modo indeleble, esta certeza de la fe: Cristo «me amó y se entregó por mí» (*Ga 2,20*). Esta es la gran verdad: Cristo me ha amado, y se ha entregado a sí

mismo por mí, por ti, por ti, por ti, por todos, por cada uno de nosotros. Nada ni nadie podrá separarnos del amor de Dios (cf. *Rm* 8,35-39). Por tanto, el amor es la expresión más alta de toda la vida y nos permite existir.

Ante este contenido tan esencial de la fe, la Iglesia no puede permitirse actuar como lo hicieron el sacerdote y el levita con el hombre abandonado medio muerto en el camino (cf. *Lc* 10,25-36). No se puede mirar para otro lado y dar la espalda para no ver

muchas formas de pobreza que piden misericordia. Dar la espalda para no ver el hambre, la enfermedad, las personas explotadas..., es un pecado grave; es también un pecado moderno, un pecado actual. Nosotros cristianos no nos lo podemos permitir. No sería digno de la Iglesia ni de un cristiano «pasar de largo» y pretender tener la conciencia tranquila sólo porque se ha rezado o porque se ha ido el domingo a Misa. El Calvario es siempre actual; no ha desaparecido ni permanece sólo

como un hermoso cuadro en nuestras iglesias. Ese vértice de compasión, del que brota el amor de Dios hacia la miseria humana, nos sigue hablando hoy, animándonos a ofrecer nuevos signos de misericordia. No me cansaré nunca de decir que la misericordia de Dios no es una idea bonita, sino una acción concreta. No hay misericordia sin obras concretas. La misericordia no es hacer un bien «de paso», es implicarse allí donde está el mal, la enfermedad, el hambre, tanta explotación humana. Y,

además, la misericordia humana no será auténtica — humana y misericordia— hasta que no se concrete en el actuar diario. La admonición del apóstol Juan sigue siendo válida: «Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3,18). De hecho, la verdad de la misericordia se comprueba en nuestros gestos cotidianos que hacen visible la acción de Dios en medio de nosotros. Hermanos y hermanas, vosotros representáis el gran y

variado mundo del voluntariado. Entre las realidades más hermosas de la Iglesia os encontráis vosotros que cada día, casi siempre de forma silenciosa y escondida, dais forma y visibilidad a la misericordia. Vosotros *sois artesanos de misericordia*: con vuestras manos, con vuestros ojos, con vuestro oído atento, con vuestra cercanía, con vuestras caricias... artesanos. Vosotros manifestáis uno de los deseos más hermosos del corazón del hombre: hacer que una

persona que sufre se sienta amada. En las distintas condiciones de indigencia y necesidad de muchas personas, vuestra presencia es la mano tendida de Cristo que llega a todos. Vosotros sois la mano tendida de Cristo: ¿Lo habéis pensado? La credibilidad de la Iglesia pasa también de manera convincente a través de vuestro servicio a los niños abandonados, los enfermos, los pobres sin comida ni trabajo, los ancianos, los sintecho, los prisioneros, los refugiados y los emigrantes, así como a todos

aquellos que han sido golpeados por las catástrofes naturales... En definitiva, dondequiera que haya una petición de auxilio, allí llega vuestro testimonio activo y desinteresado. Vosotros hacéis visible la ley de Cristo, la de llevar los unos los pesos de los otros (cf. *Ga 6,2; Jn 13,24*). Queridos hermanos y hermanas: vosotros tocáis la carne de Cristo con vuestras manos, no lo olvidéis. Tocáis la carne de Cristo con vuestras manos. Sed siempre diligentes en la solidaridad, fuertes en la

cercanía, solícitos en generar alegría y convincentes en el consuelo. El mundo tiene necesidad de signos concretos de solidaridad, sobre todo ante la tentación de la indiferencia, y requiere personas capaces de contrarrestar con su vida el individualismo, el pensar sólo en sí mismo y desinteresarse de los hermanos necesitados. Estad siempre contentos y llenos de alegría por vuestro servicio, pero no dejéis que nunca sea motivo de presunción que lleva a sentirse mejores que los demás. Por el

contrario, vuestra obra de misericordia sea humilde y elocuente prolongación de Jesucristo que sigue inclinándose y haciéndose cargo de quien sufre. De hecho, el amor «edifica» (1 Co 8,1) y, día tras día, permite a nuestras comunidades ser signo de la comunión fraterna.

Hablad al Señor de esto.

Llamadlo. Haced como ha hecho la hermana Preyma, como nos ha contado la hermana: ha tocado a la puerta del sagrario. Qué valiente. El Señor nos escucha: llamadlo.

Señor, mira esto. Mira cuánta pobreza, cuánta indiferencia, cuánto se mira para otro lado. «Esto, no me concierne a mí, no me importa». Hablad con el Señor: «Señor, ¿por qué? Señor, ¿por qué? ¿Por qué soy tan débil y tú me has llamado a este servicio? Ayúdame, dame fuerza y humildad». El núcleo de la misericordia es este diálogo con el corazón misericordioso de Jesús. Mañana, tendremos la alegría de ver a Madre Teresa proclamada santa. Lo merece. Este testimonio de misericordia

de nuestro tiempo se añade a la innumerable lista de hombres y mujeres que han hecho visible con su santidad el amor de Cristo. Imitemos también nosotros su ejemplo, y pidamos ser instrumentos humildes en las manos de Dios para aliviar el sufrimiento del mundo, y dar la alegría y la esperanza de la resurrección. Gracias.

Antes de daros la bendición, os invito a todos a rezar en silencio por tantas, tantas personas que sufren; por tanto sufrimiento, por todos los que

viven excluidos de la sociedad. Rezad también por tantos voluntarios como vosotros, que salen al encuentro de la carne de Cristo para tocarla, curarla, experimentarla cercana. Y rezad también por tantos, tantos que ante la miseria miran para otra parte y en el corazón sienten una voz que les dice: «No me concierne, no me importa». Recemos en silencio.

Y recemos también a la Virgen: Dios te salve...

4 de septiembre de 2016.
Homilía en la Santa Misa y
canonización de la beata madre
Teresa de Calcuta.

Jubileo de los operadores y de
los voluntarios de la
misericordia.

Domingo.

«¿Quién comprende lo que Dios
quiere?» (*Sb 9,13*). Este
interrogante del libro de la
Sabiduría, que hemos
escuchado en la primera
lectura, nos presenta nuestra

vida como un misterio, cuya clave de interpretación no poseemos. Los protagonistas de la historia son siempre dos: por un lado, Dios, y por otro, los hombres. Nuestra tarea es la de escuchar la llamada de Dios y luego aceptar su voluntad. Pero para cumplirla sin vacilación debemos ponernos esta pregunta: ¿cuál es la voluntad de Dios?

La respuesta la encontramos en el mismo texto sapiencial: «Los hombres aprendieron lo que te agrada» (*Sb 9,18*). Para reconocer la llamada de Dios,

debemos preguntarnos y comprender qué es lo que le gusta. En muchas ocasiones, los profetas anunciaron lo que le agrada al Señor. Su mensaje encuentra una síntesis admirable en la expresión: «Misericordia quiero y no sacrificios» (*Os 6,6; Mt 9,13*). A Dios le agrada toda obra de misericordia, porque en el hermano que ayudamos reconocemos el rostro de Dios que nadie puede ver (cf. *Jn 1,18*). Cada vez que nos hemos inclinado ante las necesidades de los hermanos,

hemos dado de comer y de beber a Jesús; hemos vestido, ayudado y visitado al Hijo de Dios (cf. *Mt* 25,40). En definitiva, hemos tocado la carne de Cristo

Estamos llamados a concretar en la realidad lo que invocamos en la oración y profesamos en la fe. No hay alternativa a la caridad: quienes se ponen al servicio de los hermanos, aunque no lo sepan, son quienes aman a Dios (cf. *1 Jn* 3,16-18; *St* 2,14-18). Sin embargo, la vida cristiana no es una simple ayuda que se presta

en un momento de necesidad. Si fuera así, sería sin duda un hermoso sentimiento de humana solidaridad que produce un beneficio inmediato, pero sería estéril porque no tiene raíz. Por el contrario, el compromiso que el Señor pide es el de una *vocación a la caridad* con la que cada discípulo de Cristo lo sirve con su propia vida, para crecer cada día en el amor. Hemos escuchado en el Evangelio que «muchas gente acompañaba a Jesús» (Lc 14,25). Hoy aquella

«gente» está representada por el amplio mundo del voluntariado, presente aquí con ocasión del Jubileo de la Misericordia. Vosotros sois esa gente que sigue al Maestro y que hace visible su amor concreto hacia cada persona. Os repito las palabras del apóstol Pablo: «He experimentado gran gozo y consuelo por tu amor, ya que, gracias a ti, los corazones de los creyentes han encontrado alivio» (*Flm 1,7*). Cuántos corazones confortan los voluntarios. Cuántas manos

sostienen; cuántas lágrimas secan; cuánto amor derraman en el servicio escondido, humilde y desinteresado. Este loable servicio da voz a la fe - ida voz a la fe!- y expresa la misericordia del Padre que está cerca de quien pasa necesidad. El seguimiento de Jesús es un compromiso serio y al mismo tiempo gozoso; requiere radicalidad y esfuerzo para reconocer al divino Maestro en los más pobres y descartados de la vida y ponerse a su servicio. Por esto, los voluntarios que sirven a los

últimos y a los necesitados por amor a Jesús no esperan ningún agradecimiento ni gratificación, sino que renuncian a todo esto porque han descubierto el verdadero amor. Y cada uno de nosotros puede decir: «Igual que el Señor ha venido a mi encuentro y se ha inclinado sobre mí en el momento de necesidad, así también yo salgo al encuentro de él y me inclino sobre quienes han perdido la fe o viven como si Dios no existiera, sobre los jóvenes sin valores e ideales, sobre las

familias en crisis, sobre los enfermos y los encarcelados, sobre los refugiados e inmigrantes, sobre los débiles e indefensos en el cuerpo y en el espíritu, sobre los menores abandonados a sí mismos, como también sobre los ancianos dejados solos.

Dondequiera que haya una mano extendida que pide ayuda para ponerse en pie, allí debe estar nuestra presencia y la presencia de la Iglesia que sostiene y da esperanza». Y, esto, hacerlo con la viva memoria de la mano extendida

del Señor sobre mí cuando estaba por tierra.

Madre Teresa, a lo largo de toda su existencia, ha sido una generosa dispensadora de la misericordia divina, poniéndose a disposición de todos por medio de la acogida y la defensa de la vida humana, tanto la no nacida como la abandonada y descartada. Se ha comprometido en la defensa de la vida proclamando incesantemente que «el no nacido es el más débil, el más pequeño, el más pobre». Se ha inclinado sobre las personas

desfallecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes -iante los crímenes!- de la pobreza creada por ellos mismos. La misericordia ha sido para ella la «sal» que daba sabor a cada obra suya, y la «luz» que iluminaba las tinieblas de los que no tenían ni siquiera lágrimas para llorar su pobreza y sufrimiento.

Su misión en las periferias de las ciudades y en las periferias existenciales permanece en nuestros días como testimonio elocuente de la cercanía de Dios hacia los más pobres entre los pobres. Hoy entrego esta emblemática figura de mujer y de consagrada a todo el mundo del voluntariado: que ella sea vuestro modelo de santidad. Pienso, quizás, que tendremos un poco de dificultad en llamarla Santa Teresa. Su santidad es tan cercana a nosotros, tan tierna y fecunda que espontáneamente

continuaremos a decirle
«Madre Teresa».

Esta incansable trabajadora de la misericordia nos ayude a comprender cada vez más que nuestro único criterio de acción es el amor gratuito, libre de toda ideología y de todo vínculo y derramado sobre todos sin distinción de lengua, cultura, raza o religión. Madre Teresa amaba decir: «Tal vez no hablo su idioma, pero puedo sonreír». Llevemos en el corazón su sonrisa y entreguémosla a todos los que encontremos en nuestro camino, especialmente

a los que sufren. Abriremos así horizontes de alegría y esperanza a toda esa humanidad desanimada y necesitada de comprensión y ternura.

4 de septiembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Mientras que nos acercamos a la conclusión de esta celebración, deseo saludar y agradecer a todos vosotros que habéis participado en ella.

Ante todo a las Misioneras y a los Misioneros de la Caridad, que son la familia espiritual de la Madre Teresa. Que vuestra santa Fundadora cuide siempre

vuestro camino y os conceda ser fieles a Dios, a la Iglesia y a los pobres.

Con grata deferencia saludo a las altas autoridades presentes, en particular a las de los países más vinculados a la figura de la nueva Santa, así como a las delegaciones oficiales y a las numerosas peregrinaciones llegadas de esos países en esta feliz circunstancia. Que Dios bendiga vuestras naciones.

Y con afecto os saludo a todos vosotros, queridos voluntarios y agentes de misericordia. Os encomiendo a la protección de

la Madre Teresa: que ella os enseñe a contemplar y adorar cada día a Jesús Crucificado para reconocerlo y servirlo en los hermanos necesitados.

Pidamos esta gracia también para todos aquellos que están unidos a nosotros a través de los medios de comunicación, en todos los rincones del mundo.

En este momento quiero recordar a todos los que se entregan al servicio de los hermanos en contextos difíciles y arriesgados. Pienso especialmente en las numerosas religiosas que

entregan su vida sin guardarse nada para sí. Recemos en especial por la religiosa misionera española, la hermana Isabel, que ha sido asesinada hace dos días en la capital de Haití, un país muy probado, para el cual deseo que cesen tales actos de violencia y que haya en ese lugar más seguridad para todos.

Recordamos también a las demás religiosas que, recientemente, han sufrido violencias en otros países.

Lo hacemos dirigiéndonos en oración a la Virgen María,

Madre y Reina de todos los santos.

7 de septiembre de 2016.
Audiencia general. La
misericordia que salva.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hemos escuchado un pasaje del Evangelio de Mateo (*Mt* 11, 2-6). El intento del evangelista es hacernos entrar más profundamente en el misterio de Jesús, para recibir su bondad y su misericordia. El episodio es el siguiente: Juan Bautista envía a sus discípulos

a Jesús —Juan estaba en la cárcel— para hacerle una pregunta muy clara: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (*Mt 11, 3*). Era justo en el momento de la oscuridad. El Bautista esperaba con ansia al Mesías que en su predicación había descrito muy intensamente, como un juez que habría instaurado finalmente el reino de Dios y purificado a su pueblo, premiando a los buenos y castigando a los malos. Él predicaba así: «ya está el hacha puesta a la raíz de los

árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (*Mt 3, 10*). Ahora que Jesús ha iniciado su misión pública con un estilo distinto; Juan sufre porque se encuentra sumergido en una doble oscuridad: en la oscuridad de la cárcel y de una celda, y en la oscuridad del corazón. No entiende este estilo de Jesús y quiere saber si verdaderamente es Él el Mesías, o si se debe esperar a otro.

Y la respuesta de Jesús parece, a simple vista, no corresponder

a la pregunta del Bautista. Jesús, de hecho, dice: «id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡Y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!». (Mt 11, 4-6). Aquí se vuelve clara la intención del Señor Jesús: Él responde ser el instrumento concreto de la misericordia del Padre, que sale al encuentro de todos llevando la consolación y la salvación, y de esta manera

manifiesta el juicio de Dios. Los ciegos, los cojos, los leprosos, los sordos recuperan su dignidad y ya no son excluidos por su enfermedad, los muertos vuelven a vivir, mientras que a los pobres se les anuncia la Buena Nueva. Y esta se convierte en la síntesis del actuar de Jesús, que de este modo hace visible y tangible el actuar mismo de Dios.

El mensaje que la Iglesia recibe de esta narración de la vida de Cristo es muy claro. Dios no ha mandado a su Hijo al mundo para castigar a los pecadores ni

para acabar con los malvados. Sino que es a ellos a quienes se dirige la invitación a la conversión para que, viendo los signos de la bondad divina, puedan volver a encontrar el camino de regreso. Como dice el Salmo: «Si en cuenta tomas las culpas, oh Yahveh, ¿quién, Señor, resistirá? Mas el perdón se halla junto a ti, para que seas temido» (*Salmo 130, 3-4*). La justicia que el Bautista ponía al centro de su predicación, en Jesús se manifiesta en primer lugar como misericordia. Y las dudas del Precursor sólo

anticipan el desconcierto que Jesús suscitará después con sus obras y con sus palabras. Se comprende, entonces, el final de la respuesta de Jesús. Dice: «¡Y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!» (*Mt 11, 6*).

Escándalo significa

«obstáculo». Por eso Jesús advierte sobre un peligro en particular: si el obstáculo para creer son sobre todo sus obras de misericordia, eso significa que se tiene una falsa imagen del Mesías. Dichosos en cambio aquellos que, ante los gestos y las palabras de Jesús, rinden

gloria al Padre que está en los cielos.

La advertencia de Jesús es siempre actual: hoy también el hombre construye imágenes de Dios que le impiden disfrutar de su presencia real. Algunos se crean una fe «a medida» que reduce a Dios en el espacio, limitado por los propios deseos y las propias convicciones. Pero esta fe no es conversión al Señor que se revela, es más, impide estimular nuestra vida y nuestra conciencia. Otros reducen a Dios a un falso ídolo; usan su santo nombre para

justificar sus propios intereses o incluso el odio y la violencia. Aún más, para otros, Dios es solamente un refugio psicológico en el cual ser tranquilizados en los momentos difíciles: se trata de una fe plegada en sí misma, impermeable a la fuerza del amor misericordioso de Jesús que impulsa hacia los hermanos. Otros consideran a Cristo sólo un buen maestro de enseñanzas éticas, uno de los muchos que hay en la historia. Y por último, hay quien ahoga la fe en una relación

puramente intimista con Jesús, anulando su impulso misionero capaz de transformar el mundo y la historia. Nosotros cristianos creemos en el Dios de Jesucristo, y nuestro deseo es el de crecer en la experiencia viva de su misterio de amor.

Esforcémonos entonces en no anteponer obstáculo alguno al actuar misericordioso del Padre, y pidamos el don de una fe grande para convertirnos también nosotros en señales e instrumentos de misericordia.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica.

Esforcémonos en no ser obstáculo de la misericordia del Padre, sino al contrario, pidamos al Señor que incremente nuestra fe, para ser signos e instrumentos de su misericordia. Que Dios los bendiga.

Un especial saludo dirijo a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. El domingo pasado celebramos la

canonización de Madre Teresa de Calcuta.

Queridos jóvenes, volved como ella, artesanos de la misericordia; queridos enfermos, sentid su cercanía compasiva especialmente en la hora de la cruz; y vosotros, queridos recién casados, sed generosos: invocadla para que no falte nunca en las familias el cuidado y la atención hacia los más pequeños.

8 de septiembre de 2016.

Discurso a los participantes en
«América en diálogo - nuestra
casa común»

Jueves.

Señoras y señores:

Me alegra darles la bienvenida
a todos ustedes, que participan
en este *Primer encuentro:*

*América en diálogo – Nuestra
casa común.* Agradezco a la
Organización de los Estados
Americanos y al Instituto del
Diálogo Interreligioso de
Buenos Aires sus esfuerzos

para hacer realidad este evento, y así como la colaboración del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. Sé que están trabajando conjuntamente en el proyecto de constituir un Instituto de Diálogo que abarque a todo el continente americano. Trabajar juntos es una loable iniciativa y los invito a seguir adelante para el bien no sólo de América, sino del mundo entero.

Este primer encuentro se ha centrado en el estudio de la Encíclica *Laudato si'*. En ella he

querido llamar la atención sobre la importancia de amar, respetar y salvaguardar nuestra casa común. No podemos dejar de admirarnos por la belleza y la armonía que existe en todo lo creado; es ese regalo que Dios nos hace para que podamos hallarlo y contemplarlo en su obra. Es importante apostar por una «ecología integral», en el que el respeto por las criaturas valore la riqueza que encierran en sí mismas y ponga al ser humano como culmen de la creación.

Las religiones tienen un rol muy importante en esta tarea de promover el cuidado y el respeto del medio ambiente, sobre todo en esta ecología integral. La fe en Dios nos lleva a reconocerlo en su creación, que es fruto de su Amor hacia nosotros, y nos llama a cuidar y proteger la naturaleza. Para esto, es necesario que las religiones promuevan una verdadera educación, a todos los niveles, que ayude a difundir una actitud responsable y atenta hacia las exigencias del cuidado de

nuestro mundo; y, de modo especial, proteger, promover, defender los derechos humanos (cf. Enc. *Laudato si'*, 201). Por ejemplo, una cosa interesante sería que cada uno de los participantes se preguntara cómo en su país, en su ciudad, en su medio ambiente, o en su creencia religiosa, en su comunidad religiosa, en las escuelas, han incorporado esto. Creo que todavía estamos a nivel de «escuela nido» en esto. O sea, incorporar la responsabilidad, no sólo como materia sino como conciencia,

en una educación integral. Nuestras tradiciones religiosas son una fuente necesaria de inspiración para fomentar una cultura del encuentro. Es fundamental la cooperación interreligiosa, basada en la promoción de un diálogo sincero y respetuoso. Si no existe respeto recíproco no existirá diálogo interreligioso. Yo recuerdo en mi ciudad, cuando yo era chico, algún párroco por allí mandaba quemar las carpas de los evangélicos, y gracias a Dios se ha superado eso; si no existe

respeto recíproco no existirá un diálogo interreligioso, es la base para poder caminar juntos y afrontar desafíos. Este diálogo está fundado en la propia identidad y en la confianza mutua que nace cuando soy capaz de reconocer al otro como don de Dios y acepto que tiene algo que decirme. El otro tiene algo que decirme. Cada encuentro con el otro es una pequeña semilla que se deposita; si se riega con el trato asiduo y respetuoso, basado en la verdad, crecerá un árbol frondoso, con multitud

de frutos, donde todos podrán cobijarse y alimentarse, y nadie estará excluido, y en él todos formarán parte de un proyecto común, uniendo sus esfuerzos y aspiraciones.

En este camino de diálogo, somos testigos de la bondad de Dios, que nos ha dado la vida; ésta es sagrada y debe ser respetada, no menospreciada. El creyente es un defensor de la creación y de la vida, no puede permanecer mudo o de brazos cruzados ante tantos derechos aniquilados impunemente; el hombre y la

mujer de fe están llamados a defender la vida en todas sus etapas, la integridad física y las libertades fundamentales, como la libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión y de religión. Es un deber que tenemos, pues creemos que Dios es el artífice de la creación y nosotros instrumentos en sus manos para lograr que todos los hombres y mujeres sean respetados en su dignidad y derechos, y puedan realizarse como personas.

El mundo constantemente nos observa a nosotros, los

creyentes, para comprobar cuál es nuestra actitud ante la casa común y ante los derechos humanos; además nos pide que colaboremos entre nosotros y con los hombres y mujeres de buena voluntad, que no profesan ninguna religión, para que demos respuestas efectivas a tantas plagas de nuestro mundo, como la guerra y el hambre, la miseria que aflige a millones de personas, la crisis ambiental, la violencia, la corrupción y el degrado moral, la crisis de la familia, de la economía y, sobre todo, la falta

de esperanza. El mundo de hoy sufre y necesita nuestra ayuda conjunta, así lo está pidiendo.

¿Se dan cuenta que esto está a años luz de cualquier concepción proselitista?

Además, constatamos con dolor que a veces el nombre de la religión es usado para cometer atrocidades, como el terrorismo, y sembrar miedo y violencia y, en consecuencia, las religiones son señaladas como responsables del mal que nos rodea. Es necesario condenar de forma conjunta y rotunda estas acciones

abominables y tomar distancias de todo lo que busca envenenar los ánimos, dividir y destruir la convivencia; hace falta mostrar los valores positivos inherentes a nuestras tradiciones religiosas para lograr un sólido aporte de esperanza. Por este motivo, son importantes los encuentros, como el presente. Es necesario que compartamos los dolores como también las esperanzas, para poder caminar juntos, cuidando el uno del otro, y también de la creación, en defensa y promoción del bien común. Qué

bueno sería dejar el mundo mejor que como lo encontramos. Es lindo eso, en un diálogo habido hace un par de años, un entusiasta del cuidado de la casa común decía: tenemos que dejar para nuestros hijos un mundo mejor. Y ¿habrá hijos para eso?, contestó el otro.

Por último, este encuentro se realiza en el año dedicado al Jubileo de la Misericordia; y esta tiene un valor universal que abarca tanto a los creyentes como a los que no lo son, porque el amor

misericordioso de Dios no tiene límites: ni de cultura, ni de raza, ni de lengua, ni de religión; abraza a todos los que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Además, el amor de Dios envuelve a toda su creación; y nosotros como creyentes tenemos una responsabilidad de defender, cuidar y sanar al que lo necesita. Que esta circunstancia del Año Jubilar sea una ocasión para abrir posteriores espacios de diálogo, para salir al encuentro del hermano que sufre, como

también para luchar para que nuestra casa común sea un hogar, donde todos tengamos cabida y nadie sea excluido ni eliminado. Cada ser humano es el regalo más grande que Dios nos puede dar.

Los invito a trabajar y a impulsar iniciativas de forma conjunta, para que entre todos tomemos conciencia del cuidado y protección de la casa común, construyendo un mundo cada vez más humano, donde nadie sobra y donde todos somos necesarios. Y pido a Dios que nos bendiga a todos

nosotros.

9 de septiembre de 2016.

Discurso a los participantes en el seminario de actualización para obispos de los territorios de misión.

Vierne.

Queridos hermanos:

El seminario de actualización para los obispos nombrados recientemente, promovido por la Congregación para la evangelización de los pueblos, me ofrece la grata ocasión de encontrarme con vosotros y saludaros uno por uno.

Agradezco al cardenal Fernando

Filoni sus palabras y todo el trabajo que realiza con los colaboradores del dicasterio. Al venir a Roma en este Año Santo de la Misericordia, os habéis unido a muchos peregrinos de todas las partes del mundo: esta experiencia nos hace mucho bien, a todos; nos hace sentir que todos somos peregrinos, peregrinos de la misericordia, todos necesitamos la gracia de Cristo para ser misericordiosos como el Padre. Cada obispo experimenta en primera persona esta realidad y, como

vicario del «Pastor grande de las ovejas» (cf. *Heb 13, 20*), está llamado a manifestar con la vida y el ministerio episcopal la paternidad de Dios, la bondad, la solícitud, la misericordia, la dulzura, y también la autoridad de Cristo, que vino para dar la vida y para hacer de todos los hombres una sola familia, reconciliada en el amor del Padre. Cada uno de vosotros ha sido puesto como Pastor en su diócesis para guiar a la Iglesia de Dios en el nombre del Padre, de quien hacéis presente su

imagen; en el nombre de Jesucristo su Hijo, por quien habéis sido constituidos maestros, sacerdotes y guías, y en el nombre del Espíritu Santo, que da vida a la Iglesia (cf. Exhort. ap. postsinodal *Pastores gregis*, 7). Los lugares de los cuales provenís son diversos y distantes entre sí, y pertenecen a la gran constelación de los así llamados «territorios de misión». Por lo tanto, cada uno de vosotros tiene el gran privilegio y al mismo tiempo la responsabilidad de estar en

primera fila en la evangelización. A imagen del Buen Pastor, estáis invitados a cuidar el rebaño e ir en busca de las ovejas, especialmente de las alejadas o perdidas; a buscar también nuevas modalidades para el anuncio, para ir al encuentro de las personas; a ayudar a quien ha recibido el don del Bautismo a crecer en la fe, para que los creyentes, incluso los «tibios» o no practicantes, descubran nuevamente la alegría de la fe y una fecundidad evangelizadora (cf. Exhort.

ap. *Evangelii gaudium*, 11). Por ello os aliento a ir al encuentro también de las ovejas que no pertenecen aún al rebaño de Cristo: en efecto, «la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado» (*ibid.*, 14). En la obra misionera podéis contar con diversos colaboradores. Muchos fieles laicos, inmersos en un mundo marcado por contradicciones e injusticias, están dispuestos a

buscar al Señor y a dar testimonio de Él. Corresponde en primer lugar al obispo alentar, acompañar y estimular todos los intentos y los esfuerzos que ya se hacen para mantener viva la esperanza y la fe. Las Iglesias jóvenes de las cuales sois Pastores se caracterizan por la presencia de un clero local en muchas ocasiones numeroso, en otros casos escaso o incluso exiguo. En cada caso, os invito a prestar atención a la preparación de los presbíteros en los años de seminario, sin

dejar de acompañarles en la formación permanente después de la ordenación. Ofrecedles un ejemplo concreto y tangible. Siempre que os sea posible, tratad de participar con ellos en los principales momentos formativos, prestando atención también a la dimensión personal. No os olvidéis de que el prójimo más próximo del obispo es el presbítero. Cada presbítero debe sentir la cercanía de su obispo. Cuando un obispo recibe una llamada telefónica del presbítero, o le llega una carta, debe responder

de inmediato, inmediatamente.
Ese mismo día, si es posible.
Pero esa cercanía debe
comenzar en el seminario, en
la formación, y continuar. El
prójimo más próximo del obispo
es el presbítero.

El dinamismo del sacramento
del Orden, la vocación misma y
la misión episcopal, así como el
deber de seguir atentamente
los problemas y las cuestiones
concretas de la sociedad por
evangelizar, piden a cada
obispo que tienda hacia la
plenitud de la madurez de
Cristo (cf. *Ef* 4, 13). Que

también a través del testimonio de la propia madurez humana, espiritual e intelectual, centrada en la caridad pastoral, resplandezca cada vez más claramente en vosotros la caridad de Cristo y la solicitud de la Iglesia hacia todos los hombres.

Vigilad atentamente para que todo esto que se pone en práctica para la evangelización y las diversas actividades pastorales de las cuales sois promotores no sufra daños o se frustre a causa de divisiones ya presentes o que se pueden

crear. Las divisiones son el arma que el diablo tiene más al alcance de la mano para destruir a la Iglesia desde dentro. Tiene dos armas, pero la principal es la división; la otra es el dinero. El diablo entra por los bolsillos y destruye con la lengua, con las habladurías que dividen, y el hábito de criticar es un hábito de «terrorismo». El que critica es un «terrorista» que lanza la bomba —la crítica— para destruir. Por favor, luchad contra las divisiones, porque es una de las armas que tiene el

diablo para destruir la Iglesia local y la Iglesia universal. En particular, las diferencias debidas a las varias etnias presentes en un mismo territorio no deben penetrar en las comunidades cristianas hasta prevalecer sobre su bien. Hay desafíos difíciles de resolver, pero con la gracia de Dios, la oración y la penitencia, se puede. La Iglesia está llamada a saber situarse siempre por encima de las connotaciones tribales-culturales y el obispo, visible principio de unidad, tiene la

tarea de edificar
incesantemente la Iglesia
particular en la comunión de
todos sus miembros.

Queridos hermanos, estoy
seguro de que cuanto habéis
podido compartir durante estos
días ayudará a cada uno a
llevar adelante con entusiasmo
el propio ministerio. Cuidad el
pueblo de Dios que se os ha
confiado, cuidad a los
presbíteros, cuidad a los
seminaristas. Este es vuestro
trabajo. Que María nuestra
Madre os proteja y os sostenga.
De mi parte, os aseguro mi

oración; y también vosotros,
por favor, rezad por mí,
también yo lo necesito.

10 de septiembre de 2016.
Audiencia jubilar. Verdadera
libertad y nuevas esclavitudes.

Sábado.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje que hemos escuchado
nos habla de la misericordia de
Dios que se realiza en la
Redención, es decir en la
salvación que nos ha sido
donada con la sangre de su Hijo

Jesús (cf. *1 P* 1, 18-21). La palabra «redención» es poco usada, sin embargo es fundamental porque indica la liberación más radical que Dios podía realizar por nosotros, por toda la humanidad y por toda la creación. Parece que al hombre de hoy ya no le guste pensar que ha sido liberado y salvado por una intervención de Dios; el hombre de hoy, en efecto, se ilusiona con la propia libertad como fuerza para obtenerlo todo. Hace alarde también de esto. Pero en realidad no es así. ¡Cuántas fantasías son

vendidas bajo el pretexto de la libertad y cuántas nuevas esclavitudes se crean en nuestros días en nombre de una falsa libertad! Muchos, muchos esclavos: «Yo hago esto porque quiero hacerlo, yo consumo droga porque me gusta, soy libre, yo hago aquello otro». ¡Son esclavos! Nos convertimos en esclavos en nombre de la libertad. Todos nosotros hemos visto personas por el estilo que al final acaban por los suelos. Necesitamos que Dios nos libere de toda clase de indiferencia, egoísmo y

autosuficiencia.

Las palabras del apóstol Pedro expresan muy bien el sentido del nuevo estado de vida al cual estamos llamados.

Haciéndose uno de nosotros, el Señor Jesús no sólo asume nuestra condición humana, sino que nos eleva a la posibilidad de ser hijos de Dios. Con su muerte y resurrección

Jesucristo, Cordero sin mancha, ha vencido la muerte y el pecado para liberarnos de su dominio. Él es el Cordero que se ha sacrificado por nosotros, para que pudiésemos recibir

una nueva vida llena de perdón, amor y alegría. Hermosas estas tres palabras: perdón, amor y alegría. Todo esto que Él asumió fue también redimido, liberado y salvado. Ciertamente, es verdad que la vida nos pone a prueba y a veces sufrimos por esto. Pero en esos momentos estamos invitados a orientar la mirada hacia Jesús crucificado que sufre por nosotros y con nosotros, como prueba cierta de que Dios no nos abandona. Nunca olvidemos que en las angustias y en las persecuciones, como

en los dolores de cada día,
somos siempre liberados por la
mano misericordiosa de Dios
que nos levanta hacia Él y nos
conduce a una vida nueva.
El amor de Dios no tiene
límites: podemos descubrir
señales siempre nuevas que
indican su atención hacia
nosotros y sobre todo su
voluntad de alcanzarnos y
precedernos. Toda nuestra vida,
incluso viéndose marcada por
la fragilidad del pecado, está
bajo la mirada de Dios que nos
ama. ¡Cuántas páginas de la
Sagrada Escritura nos hablan

de la presencia, de la cercanía y de la ternura de Dios por cada hombre, especialmente por los pequeños, los pobres y los atormentados. Dios tiene una gran ternura, un gran amor por los pequeños, por los más débiles, por los descartados de la sociedad. Cuanto más necesitados nos encontramos, en mayor medida su mirada sobre nosotros se llena de misericordia. Él experimenta una compasión llena de piedad hacia nosotros porque conoce nuestras debilidades. Conoce nuestros

pecados y nos perdona;
i perdona siempre! Es muy
bueno, es muy bueno nuestro
Padre.

Por ello, queridos hermanos y
hermanas, abrámonos a Él,
acojamos su gracia. Porque,
como dice el Salmo, «del Señor
viene la misericordia / la
redención copiosa» (*Sal* 130,
7).

Saludos

Saludo cordialmente a los
peregrinos de lengua española.
Jesús viene a nuestro
encuentro en cada uno de
nuestros hermanos

necesitados, abrámosle nuestro corazón y acojamos su gracia, para que llevemos una vida hecha de amor, de perdón y de alegría. Muchas gracias.

11 de septiembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

La liturgia de hoy nos propone el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, considerado el capítulo de la misericordia, que recoge tres parábolas con las cuales Jesús responde a las murmuraciones de los escribas y los fariseos. Los cuales critican su comportamiento y dicen: «Éste acoge a los

pecadores y come con ellos»
(Lc 15, 2). Con estas tres narraciones, Jesús quiere hacer entender que Dios Padre es el primero en tener una actitud acogedora y misericordiosa hacia los pecadores. Dios tiene esta actitud. En la primera parábola Dios es presentado como un pastor que deja las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la que se ha perdido. En la segunda, es comparado con una mujer que ha perdido una moneda y la busca hasta que la encuentra. En la tercera parábola Dios es

imaginado como un padre que acoge al hijo que se había alejado; la figura del padre desvela el corazón de Dios, de Dios misericordioso, manifestado en Jesús.

Un elemento común en estas parábolas es el expresado por los verbos que significan alegrarse juntos, celebrar. No se habla de estar de luto. El pastor llama a amigos y vecinos y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido» (*Lc 15, 6*); la mujer llama a las amigas y a las vecinas diciendo:

«alegraos conmigo porque he hallado la dracma que había perdido» (*Lc 15, 9*); el padre dice al otro hijo: «convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado» (*Lc 15, 32*). En las dos primeras parábolas se pone el acento en la alegría tan incontenible como para tener que compartirla con «amigos y vecinos». En la tercera parábola se pone en la fiesta que nace del corazón del padre misericordioso y se expande a

toda su casa. Esta fiesta de Dios para quienes vuelven a Él arrepentidos es más que nunca entonada en el Año jubilar que estamos viviendo, como dice el mismo término «Jubileo», es decir júbilo.

Con estas tres parábolas, Jesús nos presenta el verdadero rostro de Dios, un Padre con los brazos abiertos, que trata a los pecadores con ternura y compasión. La parábola que más conmueve —conmueve a todos—, porque manifiesta el infinito amor de Dios, es la del padre que estrecha, que abraza

al hijo encontrado. Y lo que llama la atención no es tanto la triste historia de un joven que precipita en la degradación, sino sus palabras decisivas: «Me levantaré, iré a mi padre» (*Lc 15, 18*). El camino de vuelta a casa es el camino de la esperanza y de la vida nueva. Dios espera siempre nuestro reanudar el viaje, nos espera con paciencia, nos ve cuando todavía estamos lejos, sale a nuestro encuentro, nos abraza, nos besa, nos perdona. ¡Así es Dios! ¡Así es nuestro Padre! Y su perdón borra el pasado y

nos regenera en el amor. Olvida el pasado: ésta es la debilidad de Dios. Cuando nos abraza y nos perdona, pierde la memoria, ¡no tiene memoria! Olvida el pasado. Cuando nosotros pecadores nos convertimos y dejamos que nos encuentre Dios, no nos esperan reproches y asperezas, porque Dios salva, nos vuelve a acoger en casa con alegría y lo celebra. Jesús mismo en el Evangelio de hoy dice así: «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y

nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15, 7). Y os hago una pregunta: ¿habéis pensado alguna vez que cada vez que nos acercamos a un confesionario hay alegría en el cielo? ¿Habéis pensado en esto? ¡Qué bonito!

Esto nos infunde una gran esperanza, porque no hay pecado en el cual hayamos caído y del cual, con la gracia de Dios, no podamos resurgir; no hay persona irrecuperable, ininguno es irrecuperable! Porque Dios no deja nunca de

querer nuestro bien, ¡incluso cuando pecamos!

Que la Virgen María, refugio de los pecadores, haga surgir en nuestros corazones la confianza que se encendió en el corazón del hijo pródigo: «Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti» (Lc 15, 18).

Por este camino, nosotros podemos dar alegría a Dios, y su alegría puede convertirse en su fiesta y la nuestra.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Querría pedir una especial oración por Gabón, que está atravesando un momento de grave crisis política.

Encomiendo al Señor a las víctimas de los enfrentamientos, y a sus familiares. Me uno a los obispos de ese querido país africano para invitar a las partes a rechazar toda forma de violencia y a tener siempre como objetivo el bien común. Animo a todos, en particular a los católicos, a ser constructores de paz respetando la legalidad, dentro

del diálogo y la fraternidad.
Hoy en Karaganda, en
Kazajistán es proclamado beato
Ladislao Bukowski, sacerdote
y párroco, perseguido por su fe.
¡Cuánto sufrió este hombre!
¡Cuánto! En su vida demostró
siempre gran amor por los más
débiles y necesitados y su
testimonio aparece como un
concentrado de obras de
misericordia espirituales y
corporales.

Saludo con afecto a todos
vosotros, romanos y peregrinos
provenientes de distintos
países: las familias, los grupos

parroquiales, las asociaciones. Saludo a los fieles de Rumania, a los de las diócesis de Ferrara-Comacchio, al Movimiento «Fides Vita», a los grupos de Venecia, Cologna Veneta, Caprino Veronese, Serravalle Scrivia y Novara, así como también a los ciclistas llegados de Borgo Val di Taro y a los chicos de la confirmación de Rocco Sambuceto. A todos os deseo un feliz domingo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y adiós!

14 de septiembre de 2016.

Audiencia general. El refugio de los oprimidos.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Durante este Jubileo hemos reflexionado varias veces sobre el hecho de que Jesús se expresa con una ternura única, símbolo de la presencia y de la bondad de Dios. Hoy nos detenemos en un paso conmovedor del Evangelio (cf. *Mt* 11, 28-30), en el cual

Jesús dice: «Venid a mí, vosotros todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os daré descanso. [...] Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas» (*Mt 11, 28-29*). La invitación del Señor es sorprendente: llama para que le sigan a personas sencillas y sobrecargadas por una vida difícil, llama para que le sigan a personas que tienen tantas necesidades y les prometen que en Él encontrarán descanso y alivio. La invitación está

dirigida de manera imperativa: «venid a mí», «tomad mi yugo», «aprended de mí». ¡Ojalá todos los líderes del mundo pudieran decir esto! Intentemos entender el significado de estas expresiones.

El primer imperativo es «Venid a mí». Dirigiéndose a los que están cansados y oprimidos, Jesús se presenta como el Siervo del Señor descrito en el libro del profeta Isaías. Así dice el pasaje de Isaías: «El Señor me ha dado una lengua de discípulo, para que haga saber

al cansado una palabra alentadora» (50, 4). Al lado de estos cansados de la vida, el Evangelio pone a menudo también a los pobres (cf. *Mt* 11, 5) y a los pequeños (cf. *Mt* 18, 6). Se trata de aquellos que no pueden contar con medios propios, ni con amistades importantes. Sólo pueden confiar en Dios. Conscientes de su propia humilde y miserable condición, saben depender de la miseria del Señor, esperando de Él la única ayuda posible. En la invitación de Jesús encuentran finalmente la

respuesta a su espera: al convertirse en sus discípulos reciben la promesa de encontrar descanso durante el resto de su vida. Una promesa que al finalizar el Evangelio es extendida a todas las gentes: «Id, pues, —dice Jesús a los Apóstoles— y haced discípulos a todas las gentes» (*Mt 28, 19*). Al acoger la invitación a celebrar este año de gracia del Jubileo, en todo el mundo los peregrinos cruzan el umbral de la Puerta de la Misericordia abierta en las catedrales, en los santuarios, en tantas iglesias

del mundo, en los hospitales,
en las cárceles. ¿Por qué
cruzan esta Puerta de la
Misericordia? Para encontrar a
Jesús, para encontrar la
amistad de Jesús, para
encontrar el descanso que sólo
Jesús da. Este camino expresa
la conversión de todo discípulo
que sigue la llamada de Jesús.
Y la conversión consiste
siempre en descubrir la
misericordia del Señor. Que es
infinita e inagotable: ¡es
grande la misericordia del
Señor! A través de la Puerta
Santa, por lo tanto, profesamos

«que el amor está presente en el mundo y que este amor es más potente que toda clase de mal, en el cual el hombre, la humanidad, el mundo están incluidos» (Juan Pablo II, Enc. *Dives in misericordia*, 7). El segundo imperativo dice: «tomad mi yugo». En el contexto de la Alianza, la tradición bíblica utiliza la imagen del yugo para indicar el estrecho vínculo que une al pueblo con Dios y, en consecuencia, la sumisión a su voluntad expresada en la Ley. En polémica con los escribas y

los doctores de la ley, Jesús pone sobre sus discípulos su yugo, en el cual la Ley encuentra su cumplimiento. Desea enseñarles que descubrirán la voluntad de Dios mediante su persona: mediante Jesús, no mediante leyes y prescripciones frías que el mismo Jesús condena. ¡Basta con leer el capítulo 23 de Mateo! Él está en el centro de su relación con Dios, está en el corazón de las relaciones entre los discípulos y se sitúa como fulcro de la vida de cada uno. Recibiendo el «yugo de Jesús»

cada discípulo entra así en comunión con Él y es hecho partícipe del misterio de su cruz y de su destino de salvación.

Su consecuencia es el tercer imperativo: «aprended de mí». A sus discípulos Jesús planea un camino de conocimiento y de imitación. Jesús no es un maestro que con severidad impone a los demás pesos que él no lleva: esta era la acusación que hacían los doctores de la ley. Él se dirige a los humildes, a los pequeños, a los pobres, a los necesitados

porque Él mismo se hizo pequeño y humilde. Comprende a los pobres y los que sufren porque Él mismo es pobre y conoce el dolor. Para salvar a la humanidad Jesús no ha recorrido un camino fácil; el contrario, su camino ha sido doloroso y difícil. Como recuerda la carta a los Filipenses: «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (*Flp* 2, 8). El yugo que los oprimidos soportan es el mismo yugo que Él llevó antes que ellos: por eso es un yugo ligero. Él ha

cargado sobre sus hombros los dolores y pecados de la humanidad. Para el discípulo, entonces, recibir el yugo de Jesús significa recibir su revelación y acogerla: en Él la misericordia de Dios se hizo cargo de las pobrezas de los hombres, donando así a todos la posibilidad de la salvación. Pero ¿por qué Jesús es capaz de decir estas cosas? ¡Porque Él se ha hecho todo a todos, cerca de todos, de los más pobres! Era un pastor entre la gente, entre los pobres: trabajaba todo el día con ellos. Jesús no

era un príncipe. Es malo para la Iglesia cuando los pastores se convierten en príncipes, lejanos de la gente, lejanos de los más pobres: ese no es el espíritu de Jesús. A estos pastores Jesús los regañaba, y de ellos Jesús decía a la gente: «haced lo que ellos dicen pero no lo que hacen».

Queridos hermanos y hermanas, también para nosotros hay momentos de cansancio y desilusión. Recordemos entonces estas palabras del Señor, que nos dan tanto consuelo y nos ayudan a

entender si estamos poniendo nuestras fuerzas al servicio del bien. Efectivamente, a veces nuestro cansancio está causado por haber depositado nuestra confianza en cosas que no son lo esencial, porque nos hemos alejado de lo que vale realmente en la vida. Que el Señor nos enseñe a no tener miedo de seguirle, para que la esperanza que ponemos en Él no sea defraudada. Estamos llamados a aprender de Él qué significa vivir de misericordia para ser instrumentos de misericordia. Vivir de

misericordia para ser instrumentos de misericordia: vivir de misericordia es sentirse necesitado de la misericordia de Jesús, y cuando nosotros nos sentimos necesitados de perdón, de consolación, aprendemos a ser misericordiosos con los demás. Tener la mirada fija en el Hijo de Dios nos hace entender cuánto camino debemos recorrer aún; pero al mismo tiempo nos infunde la alegría de saber que estamos caminando con Él y que no estamos nunca solos. Ánimo,

entonces, ¡ánimo! No nos dejemos quitar la alegría de ser discípulos del Señor. «Pero, padre, yo soy pecador, ¿qué puedo hacer?» - «déjate mirar por el Señor, abre tu corazón, siente en ti su mirada, su misericordia, y tu corazón será colmado de alegría, de la alegría del perdón, si tú te acercas a pedir el perdón». No nos dejemos robar la esperanza de vivir esta vida junto a Él y con la fuerza de su consuelo. Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a pedir el don de la alegría, que es el de la gracia de sentirse discípulo de Jesús; de vivir junto a él con la fuerza de su consuelo y misericordia. Muchas gracias.

17 de septiembre de 2016.
Discurso a los participantes en
un encuentro de
representantes pontificios.

Sábado.

Queridos hermanos:

Me alegra este momento de oración jubilar, que, además de llamarnos como Pastores a redescubrir las raíces de la Misericordia, es ocasión para renovar, a través de vosotros, el vínculo entre el Sucesor de Pedro y las distintas Iglesias locales en las cuales sois

portadores y artesanos de la comunión que es savia para la vida de la Iglesia y para el anuncio de su mensaje. Doy las gracias al cardenal Parolin por sus palabras y a la Secretaría de Estado por la generosidad con la que ha preparado estas jornadas de encuentro.

¡Bienvenidos a Roma! Volver a abrazarla en este momento jubilar tiene para vosotros un significado especial. Aquí están muchas de vuestras fuentes y de vuestras memorias. Aquí habéis llegado siendo aún jóvenes con el fin de servir a

Pedro, aquí regresáis a menudo para reuniros con él, y desde aquí volvéis a partir como sus enviados llevando su mensaje, su cercanía, su testimonio. En efecto, Pedro está aquí desde los inicios de la Iglesia; Pedro está aquí hoy en el Papa que la providencia ha querido que sea; Pedro estará aquí mañana, estará siempre. Así lo ha querido el Señor: que la humanidad impotente, que por sí misma sería sólo piedra de tropiezo, se convirtiese por disposición divina en roca indestructible.

Agradezco a cada uno de vosotros el servicio que presta a mi ministerio. Gracias por la atención con la cual recogéis de los labios del Papa la confesión sobre la que se funda la Iglesia de Cristo. Gracias por la fidelidad con la cual interpretáis con el corazón indiviso, con la mente íntegra y con la palabra sin ambigüedad lo que el Espíritu Santo pide a Pedro que diga a la Iglesia en este momento. Gracias por la delicadeza con la cual «auscultaste» mi corazón de Pastor universal y tratáis de

que todo ello llegue a las Iglesias que estoy llamado a presidir en la caridad.

Os agradezco la entrega y la pronta y generosa disponibilidad de vuestra vida llena de compromisos y marcada por ritmos a menudo difíciles. Vosotros tocáis con la mano la carne de la Iglesia, el esplendor del amor que la hace gloriosa, pero también las llagas y las heridas que la hacen mendicante de perdón. Con genuino sentido eclesial y humilde búsqueda para llegar a conocer los diversos problemas

y temáticas, hacéis que la Iglesia y el mundo estén presentes en el corazón del Papa. Leo diariamente, principalmente muy temprano por la mañana y por la tarde, vuestras «*comunicaciones*» con las noticias sobre las realidades de las Iglesias locales, las situaciones de los países en los cuales estáis acreditados y los debates que incumben a la vida de la Comunidad internacional. ¡Os agradezco mucho por todo esto! Sabedlo, os acompaño cada día —a menudo con nombre y rostro— con el

recuerdo amistoso y la oración confiada. Os tengo presente en la Eucaristía. Como no sois Pastores diocesanos y vuestro nombre no se pronuncia en ninguna Iglesia particular, sabed que el Papa en cada Plegaria eucarística os recuerda como extensión de la propia persona, como enviados suyos para servir con sacrificio y competencia, acompañando a la Esposa de Cristo y a los pueblos en los cuales ella vive.

Quisiera deciros algunas cosas.

1. Servir con sacrificio como humildes enviados

El beato Pablo VI, al reformar el servicio diplomático de la Santa Sede, escribía así: «La actividad del representante pontificio presta ante todo un precioso servicio a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los católicos del lugar, quienes encuentran en él apoyo y protección, en cuanto que él representa a una Autoridad superior, que es un beneficio para todos. Su misión no se sobrepone al ejercicio de los poderes de los obispos, ni lo sustituye u obstaculiza, sino que lo respeta y, aún más, lo

favorece y sostiene con el consejo fraterno y discreto» (Carta ap. *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*: AAS 61 [1969], 476).

En vuestro obrar, por lo tanto, estáis llamados a llevar a cada uno la caridad atenta de quien representáis, convirtiéndoos así en quien sostiene y protege, en quien está dispuesto a sostener y no sólo a corregir, en quien está dispuesto a escuchar antes de decidir, a dar el primer paso para eliminar tensiones y favorecer la comprensión y la reconciliación.

Sin humildad ningún servicio es posible o fecundo. La humildad de un nuncio pasa a través del amor por el país y por la Iglesia donde está llamado a servir. Pasa por la actitud serena de estar donde el Papa lo ha querido y no con el corazón distraído esperando el próximo destino. Estar allí con todo el ser, con mente y corazón indivisos; deshacer las propias maletas para compartir las riquezas que se llevan consigo, pero también para recibir lo que aún no se posee. Sí, es necesario evaluar,

confrontar, detectar aquellos que pueden ser los límites de un itinerario eclesial, de una cultura, de una religiosidad, de la vida social y política para formarse y poder expresar una idea exacta de la situación. Mirar, analizar e informar son verbos esenciales pero no suficientes en la vida de un nuncio. Es necesario también ir al encuentro, escuchar, dialogar, compartir, proponer y trabajar juntos, para que se transparente un amor sincero, simpatía y empatía con la población y la Iglesia local. Lo

que los católicos, pero también la sociedad civil en sentido lato, quieren y deben percibir es que, en su país, el nuncio está bien, como en su casa; se siente libre y feliz de entablar relaciones constructivas, compartir la vida cotidiana del lugar (cocina, lengua, costumbres), expresar sus opiniones e impresiones con gran respeto y sentido de cercanía, acompañar con la mirada que ayuda a crecer. No es suficiente señalar con el dedo o agredir a quien no piensa como nosotros. Esto es

una mísera táctica de las actuales guerras políticas y culturales, pero no puede ser el método de la Iglesia. Nuestra mirada debe ser amplia y profunda. La formación de las conciencias es nuestro primordial deber de caridad, y esto requiere delicadeza y perseverancia al llevarlo a la práctica.

Ciertamente es aún actual la amenaza del lobo que desde fuera secuestra y agrede al rebaño, lo confunde, crea desorden, lo dispersa y lo destruye. El lobo tiene las

mismas semblanzas:
incomprensión, enemistad,
maldad, persecución,
eliminación de la verdad,
resistencia a la bondad,
cerrazón al amor, hostilidad
cultural inexplicable,
desconfianza, etc. Vosotros
bien sabéis de qué material
está hecha la insidia de los
lobos de todo tipo. Pienso en
los cristianos de Oriente, hacia
quienes el asedio violento
parece estar orientado, con el
silencio cómplice de muchos, a
su erradicación.
No se pide la ingenuidad de los

corderos, sino la magnanimidad de las palomas y la astucia y la prudencia del siervo sabio y fiel. Es bueno tener los ojos abiertos para reconocer de dónde vienen las hostilidades y para discernir los caminos posibles para contrarrestar sus causas y afrontar sus insidias. Así, pues, os aliento a no quedarse en un clima de asedio, a no ceder a la tentación de deprimirse, de convertirse en víctimas de quien nos critica, nos atormenta y algunas veces también nos denigra. Emplead

vuestras mejores energías para hacer resonar también hoy en el alma de las Iglesias que servís la alegría y la potencia de las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cf. *Mt* 5, 11).

Permanecer disponibles y felices de emplear (algunas veces también perder) tiempo con obispos, sacerdotes, religiosos, parroquias, instituciones culturales y sociales, en definitiva es lo que «hace el trabajo» del nuncio. En estas ocasiones se crean las condiciones para aprender,

escuchar, hacer pasar mensajes, conocer problemas y situaciones personales o de gobiernos eclesiales que se deben afrontar y resolver. Y no hay nada que facilite el discernimiento y la posible corrección más que la cercanía, la disponibilidad y la fraternidad. Por ello para mí es muy importante: cercanía, disponibilidad y fraternidad con las Iglesias locales. No se trata de una supina estrategia para recoger informaciones y manipular realidades o personas, sino de una actitud

de quien no es sólo un diplomático de carrera, o simplemente un instrumento de la solicitud de Pedro, sino también un Pastor dotado de la capacidad interior de testimoniar a Jesucristo. Superad la lógica de la burocracia que a menudo puede adueñarse de vuestro trabajo —se entiende, es natural— haciéndolo cerrado, indiferente e impermeable. Que la sede de la nunciatura apostólica sea verdaderamente la «*Casa del Papa*», no sólo para su tradicional fiesta anual,

sino como lugar permanente, donde todo el equipo eclesial pueda encontrar apoyo y consejo, y las autoridades públicas un punto de referencia, no sólo para la función diplomática, sino por el carácter propio y único de la diplomacia pontificia. Vigilad a fin de que vuestras nunciaturas nunca se conviertan en refugio de los «amigos y amigos de los amigos». Huid de los chismosos y de los trepas.

Que vuestra relación con la comunidad civil se inspire en la imagen evangélica del Buen

Pastor, capaz de conocer y de representar las exigencias, las necesidades y la condición del rebaño, especialmente cuando los únicos criterios que los determinan son el desprecio, la precariedad y el descarte. No tengáis miedo de lanzaros hasta fronteras complejas y difíciles, porque sois Pastores a quienes importa de verdad el bien de las personas.

En la ingente tarea de garantizar la libertad de la Iglesia ante toda forma de poder que quiera hacer callar la Verdad, no os ilusionéis con

que esta libertad sea sólo fruto de arreglos, acuerdos y negociaciones diplomáticas, por más que sean perfectos y bien logrados. La Iglesia será libre sólo si sus instituciones pueden actuar para «anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 23), incluso si se manifestara como verdadero signo de contradicción respecto a las modas actuales, a la negación de la Verdad evangélica y a las fáciles

comodidades que con frecuencia contagian también a los Pastores y a su rebaño. Recordad que representáis a Pedro, roca que sobrevive al desbordamiento de las ideologías, a la reducción de la Palabra por conveniencia, a la sumisión a los poderes de este mundo que pasa. Por lo tanto, no pactéis con líneas políticas o batallas ideológicas, porque la permanencia de la Iglesia no se funda en los acuerdos de los salones o de las plazas, sino en la fidelidad a su Señor que, al contrario de los zorros y los

pájaros, no tiene guarida ni nido para apoyar su cabeza (Cf. *Mt* 8, 18-22).

La Iglesia esposa sólo puede apoyar su cabeza sobre el pecho traspasado de su Esposo. De allí brota su verdadero poder, el de la Misericordia. No tenemos el derecho de privar al mundo, también en los fórum de la acción diplomática bilateral y multilateral y en los grandes ámbitos del debate internacional, de esta riqueza que ningún otro puede donar. Ser conscientes de ello nos impulsa a dialogar con todos, y

en muchos casos a hacernos voz profética de los marginados por su fe o su condición étnica, económica, social o cultural: «Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo»

(Bula *Misericordiae vultus*, 15).

2. Acompañar a las Iglesias con el corazón de Pastores

La multiplicidad y complejidad de los problemas que se han de afrontar en la vida diaria no os debe distraer del corazón de

vuestra misión apostólica, que consiste en acompañar a las Iglesias con la mirada del Papa, que no es otra que la de Cristo, Buen Pastor.

Y para acompañar hay que moverse. No es suficiente el frío papel de las misivas o de los informes. No es suficiente aprender de oídas. Es necesario ver *in loco* cómo se va difundiendo la buena semilla del Evangelio. No esperéis a que las personas vengan a vosotros para exponeros un problema o deseosas de resolver una cuestión. Visitad

las diócesis, los institutos religiosos, las parroquias, los seminarios, para entender lo que vive, piensa y pide el Pueblo de Dios. Es decir, sed auténtica expresión de una Iglesia «en salida», de una Iglesia «hospital de campaña», capaces de vivir la dimensión de la Iglesia local, del país y de la institución a la cual sois enviados. Conozco la gran dimensión del trabajo que os espera, pero no dejéis que se ahogue vuestra alma de Pastores generosos y cercanos. Precisamente esta cercanía —

icercanía!— es hoy condición esencial para la fecundidad de la Iglesia. Las personas necesitan ser acompañadas. Ellos necesitan una mano sobre los hombros para no equivocarse de camino o no desalentarse.

Acompañar a los obispos sosteniendo sus mejores fuerzas e iniciativas. Ayudarles a afrontar los desafíos y a encontrar las soluciones que no se encuentran en los manuales, sino que son fruto del discernimiento paciente y difícil. Alentar todo esfuerzo

para la cualificación del clero. La *profundidad* es un desafío decisivo para la Iglesia: profundidad de la fe, de la adhesión a Cristo, de la vida cristiana, del seguimiento y del discipulado. No son suficiente vagas prioridades y programas pastorales teóricos. Hay que apostar por la realidad concreta de la presencia, de la compañía, de la cercanía, del acompañamiento.

Una seria preocupación mía es la selección de los futuros obispos. Os he mencionado esto en el año 2013. Hablando a la

Congregación para los obispos
hace poco, he trazado el perfil
de los Pastores que considero
necesarios para la Iglesia de
hoy: testigos del Resucitado y
no portadores de curriculum;
obispos orantes, familiarizados
con las cosas de lo «alto» y no
aplastados por el peso de lo
que viene desde «abajo»;
obispos capaces de entrar «con
paciencia» en la presencia de
Dios, para poseer así la libertad
de no traicionar
el *Kerygma* que se les ha
confiado; obispos pastores y no
príncipes y funcionarios. ¡Por

favor!

En la compleja tarea de buscar en medio de la Iglesia aquellos que Dios ya ha identificado en su corazón para guiar a su Pueblo, una parte sustancial os toca a vosotros. Sois los primeros en tener que explorar los campos para asegurarnos acerca del lugar donde están escondidos los pequeños David (cf. *1 Sam* 16, 11-13): están, Dios no permite que falten. Pero si vamos siempre a pescar en la pecera, no los encontraremos. Hay que moverse para

buscarlos. Dar vueltas por los campos con el corazón de Dios y no con algún preestablecido perfil de cazadores de cabezas. La mirada con la cual se busca, los criterios para evaluar, los rasgos de la fisonomía buscada no pueden ser establecidos por los vanos intentos con los cuales pensamos poder programar en nuestras mesas de trabajo la Iglesia que soñamos. Por ello, hay que lanzar las redes mar adentro. No nos podemos conformar con pescar en las peceras, en la reserva o en el criadero de los

«amigos de los amigos». Está en juego la confianza en el Señor de la historia y de la Iglesia, que nunca descuida el bien de la misma, y es por ello que no debemos irnos por las ramas. La pregunta práctica, que ahora se me ocurre decir, es: pero, ¿no hay nadie más? Es la pregunta de Samuel al padre de David: «¿No hay nadie más?» (cf. *1 Sam* 16, 11). Salir a buscar. ¡Y están! ¡Hay más!

3. Acompañar a los pueblos donde está presente la Iglesia de Cristo

Vuestro servicio diplomático es el ojo atento y lúcido del Sucesor de Pedro sobre la Iglesia y sobre el mundo. Os pido estar a la altura de tan noble misión, para la cual debéis prepararos continuamente. No se trata sólo de adquirir contenidos sobre temas, entre otras cosas cambiantes, sino de una disciplina de trabajo y de un estilo de vida que permita apreciar también las situaciones de rutina, de percibir los cambios actuales, de evaluar las novedades,

saber interpretarlas con cautela y sugerir acciones concretas. Es la velocidad de los tiempos lo que pide una formación permanente, sin dar nada por supuesto. A veces la repetición del trabajo, los numerosos compromisos, la ausencia de nuevos estímulos alimenta una pereza intelectual que no tarda en producir sus frutos negativos. Una profundización seria y continua aportaría como beneficio superar esa fragmentación por la cual se busca realizar individualmente lo mejor posible el propio

trabajo, pero sin alguna, o bien poca, coordinación e integración con los demás. No creáis que el Papa no es consciente de la soledad (no siempre «bienaventurada» como lo es para los eremitas y los santos) en la que viven no pocos representantes pontificios. Pienso siempre en vuestro estado de «exiliados», y en mis oraciones pido continuamente que no se debilite en vosotros esa piedra angular que permite la unidad interior y el sentido de profunda paz y fecundidad.

La exigencia que deberíamos hacer cada vez más nuestra es la de trabajar en una red unitaria y coordinada, necesaria para evitar una visión personal que a menudo no se sostiene ante la realidad de la Iglesia local, del país o de la comunidad internacional. Se corre el riesgo de proponer una visión individual que ciertamente puede ser fruto de un carisma, de un profundo sentido eclesial y de capacidad intelectual, pero no es inmune a una cierta personalización, emotividad, sensibilidades

diferentes y, también, situaciones personales que condicionan inevitablemente el trabajo y la colaboración.

Son grandes los desafíos que nos esperan en nuestros días y no quiero hacer una lista.

Vosotros los conocéis. Tal vez es incluso más sabio intervenir en sus raíces. El modo en el cual se va progresivamente plasmando, la diplomacia pontificia no puede estar ajena a la urgencia de hacer palpable la misericordia en este mundo herido y destrozado. La misericordia debe ser la cifra de

la misión diplomática de un nuncio apostólico, quien, además del esfuerzo ético personal, tiene que contar con la firme convicción de que la misericordia de Dios se introduce en las vicisitudes de este mundo, en las vicisitudes de la sociedad, de los grupos humanos, de las familias, de los pueblos, de las naciones. También en el ámbito internacional, ella comporta el hecho de no considerar jamás perdido nada ni nadie. El ser humano nunca es irrecuperable. Ninguna

situación es impermeable al sutil e irresistible poder de la bondad de Dios que nunca desiste respecto al hombre y su destino.

Esta radical novedad de percepción de la misión diplomática libera al representante pontificio de intereses geopolíticos, económicos o militares inmediatos, llamándolo a discernir en sus primeros interlocutores gubernamentales, políticos y sociales y en las instituciones públicas el anhelo de servir el

bien común y sacar lo mejor de este tramo, incluso si algunas veces se presenta obcecado o mortificado por intereses personales y corporativos o por derivas ideológicas, populistas o nacionalistas.

La Iglesia, incluso sin desvalorizar el hoy, está llamada a trabajar a largo plazo, sin la obsesión de los resultados inmediatos. Debe soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas o los cambios de proyecto que le impone el dinamismo de la realidad. Existirá siempre la

tensión entre plenitud y límite, pero la Iglesia no necesita ocupar espacios de poder y de autoafirmación, sino hacer nacer y crecer la semilla buena, acompañar pacientemente su desarrollo, gozar con la cosecha precaria que se puede obtener, sin desalentarse cuando una inesperada y gélida tempestad arruina lo que parecía dorado y listo para la siega (cf. *Jn* 4, 35). Volver a comenzar con confianza nuevos procesos; reiniciar desde los pasos ya realizados, sin dar marcha atrás, favoreciendo lo que hace

emerger lo mejor de las personas y de las instituciones, sin «nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 223). No tengáis miedo de dialogar con confianza con las personas y las instituciones públicas. Afrontamos un mundo en el cual no es siempre fácil identificar los centros de poder y muchos se desalientan pensando que son anónimos e inalcanzables. Estoy convencido, en cambio, de que las personas aún son

accesibles. Subsiste en el hombre el espacio interior donde puede resonar la voz de Dios. Dialogad con claridad y no tengáis miedo de que la misericordia pueda confundir o disminuir la belleza y la fuerza de la verdad. Sólo en la misericordia la verdad se realiza en plenitud. Y estad seguros de que la palabra última de la historia y de la vida no es el conflicto sino la unidad, la que anhela el corazón de todo hombre.

Unidad conquistada transformando el dramático

conflicto de la Cruz en la fuente de nuestra paz, porque allí fue derribado el muro de separación (cf. *Ef 2, 14*).

Queridos hermanos:
al enviaros de nuevo a vuestra misión, después de estos días de fraternos y gozosos encuentros, mi palabra conclusiva quiere encomendaros a la *alegría del Evangelio*. Nosotros no somos empleados del miedo y de la noche, sino custodios del alba y de la luz del Resucitado. El mundo tiene mucho miedo — ¡mucho miedo! — y lo difunde.

A menudo hace de él la clave de lectura de la historia y no pocas veces lo adopta como estrategia para construir un mundo fundado en muros y fosas. Podemos incluso comprender las razones del miedo, pero no podemos abrazarlo, porque «no nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza» (2 *Tm* 1, 7).

Recurrid a ese espíritu, y poneos en marcha: abrid puertas; construid puentes; estrechad vínculos; cultivad

amistades; promoved unidad.
Sed hombres de oración: no la descuidéis nunca, sobre todo la adoración silenciosa, verdadera fuente de todo vuestro trabajo. El miedo habita siempre en la oscuridad del pasado, pero tiene una debilidad: es provisional. El futuro pertenece a la luz. El futuro es nuestro, porque pertenece a Cristo.

¡Gracias!

Os invito a rezar juntos el Ángelus. Es mediodía.

[*Angelus*... Bendición...]

18 de septiembre de 2016.

Homilía en la Santa misa con ocasión del 200 aniversario de la gendarmería.

Domingo.

Las lecturas bíblicas de domingo nos presentan tres tipos de persona: el explotador, el estafador y el hombre fiel. El explotador es de quien habla el profeta Amós en la primera lectura (cf. *Am 8*, 4-7): se trata de una persona obsesionada de forma maníaca por la ganancia, hasta el punto de sentir fastidio

e irritación por los días litúrgicos de descanso, porque rompen el ritmo frenético del comercio. Su única divinidad es el dinero, y su actuar está dominado por el fraude y la explotación. Los que pagan las consecuencias son sobre todo los pobres y los indigentes, esclavizados y cuyo precio es igual al de un par de sandalias (*Am 8, 6*).

Desgraciadamente es un modelo humano que se encuentra en cada época, hoy también hay muchos. El estafador es el hombre que

no tiene fidelidad. Su método es cometer estafas. Nos habla de él el Evangelio con la parábola del administrador deshonesto (cf. *Lc 16, 1-8*). ¿Cómo ha llegado este administrador al punto de estafar, de robar a su dueño? ¿De un día para otro? No. Poco a poco. Quizás repartiendo un día una propina aquí, otro día un soborno por allá, y así poco a poco se llega a la corrupción. En la parábola, el dueño alaba al administrador deshonesto por su astucia. Pero esta es una astucia mundana y fuertemente

pecadora, y ique hace tanto daño! Existe, sin embargo, una astucia cristiana de hacer las cosas con picardía, pero no con el espíritu del mundo: hacer las cosas honestamente. Y esto es bueno. Es lo que dice Jesús cuando invita a ser astutos como serpientes y simples como las palomas: poner juntas estas dos dimensiones es una gracia del Espíritu Santo, una gracia que debemos pedir. También hoy hay muchos de estos estafadores, corruptos... A mí me impresiona ver cómo la corrupción está extendida

por todas partes.

El tercer hombre es el hombre fiel. El perfil del hombre fiel lo podemos encontrar en la segunda lectura (cf. 1 *Tm* 2, 1-8). Él, efectivamente es quien sigue a Jesús, el cual se ha dado a sí mismo como rescate de todos, ha dado su testimonio según la voluntad del Padre (cf. 1 *Tm* 2, 5-6). El hombre fiel es un hombre de oración, en el doble sentido que reza por los demás y confía en la oración de los demás por él, para poder «vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y

dignidad» (1 *Tm* 2, 2). El hombre fiel puede caminar con la cabeza alta.

También el Evangelio nos habla del hombre fiel: uno que sabe ser fiel tanto en las cosas pequeñas como en las grandes (cf. *Lc* 16, 10).

La Palabra de Dios nos conduce a una elección final: «ningún criado puede servir a dos señores porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro» (*Lc* 16, 13). El estafador ama la estafa y odia la honestidad. El estafador ama

los sobornos los acuerdos oscuros, esos acuerdos que se hacen en la oscuridad. Y la cosa peor es que él cree ser honesto. El estafador ama el dinero, ama las riquezas: las riquezas son un ídolo. A él no le importa —como dice el profeta— pisotear a los pobres. Son los que tienen las grandes «industrias del trabajo esclavo». Y hoy en el mundo, el trabajo esclavo es un estilo de gestión. Queridos hermanos, vosotros que hoy celebráis vuestra misión, ¿Cuál es vuestra misión? Vosotros que hoy

celebráis 200 años de servicio, también contra la estafa, contra los estafadores... Con las palabras de San Pablo podemos decir: «Que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 *Tm* 2, 4). Vuestra misión es evitar que se cometan cosas feas como las del estafador y el explotador. Vuestra misión es defender y promover la honestidad, y muchas veces mal pagados. Yo os agradezco vuestra vocación; os agradezco el trabajo que

hacéis. Sé que muchas veces debéis luchar contra las tentaciones de quienes quieren compraros, y me siento orgulloso de saber que vuestro estilo es decir: «no, en esto no entro». Os agradezco este servicio de dos siglos, y espero para todos vosotros que la sociedad del Estado del Vaticano, que la Santa Sede, desde el último hasta el más alto, reconozcan vuestro servicio, un servicio que custodia, un servicio que busca, no sólo hacer que las cosas vayan de la manera adecuada,

sino además hacerlo con
caridad, con ternura, e incluso
arriesgando la propia vida. Que
el Señor os bendiga por todo
esto. Gracias.

18 de septiembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy Jesús nos lleva a reflexionar sobre dos estilos de vida contrapuestos: el mundano y el del Evangelio. El espíritu del mundo no es el espíritu de Jesús. Y lo hace mediante la narración de la palabra del administrador infiel y corrupto, que es alabado por Jesús, a pesar de su

deshonestidad (cf. *Lc 16, 1-13*). Es necesario precisar inmediatamente que este administrador no se presenta como modelo a seguir, sino como ejemplo de astucia. Este hombre es acusado de mala administración de los negocios de su señor y, antes de ser apartado, busca astutamente ganarse la benevolencia de sus deudores, condonando parte de la deuda para asegurarse, así, un futuro. Comentando este comportamiento, Jesús observa: «los hijos de este

mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz» (Lc 16, 8).

Ante tal astucia mundana nosotros estamos llamados a responder con la astucia cristiana, que es un don del Espíritu Santo. Se trata de alejarse del espíritu de los valores del mundo, que tanto gustan al demonio, para vivir según el Evangelio. Y la mundanidad, ¿cómo se manifiesta? La mundanidad se manifiesta con actitudes de corrupción, de engaño, de abuso, y supone el camino más

equivocado, el camino del pecado, iporque uno te lleva al otro! Es como una cadena, aunque sí —es verdad— es el camino más cómodo de recorrer generalmente.

En cambio el espíritu del Evangelio requiere un estilo de vida serio —iserio pero alegre, lleno de alegría!—, serio y de duro trabajo, basado en la honestidad, en la certeza, en el respeto de los demás y su dignidad, en el sentido del deber. Y iesta es la astucia cristiana! El recorrido de la vida necesariamente conlleva una

elección entre dos caminos: entre la honestidad y deshonestidad, entre fidelidad e infidelidad, entre egoísmo y altruismo, entre bien y mal. No se puede oscilar entre el uno y el otro, porque se mueven en lógicas distintas y contrastantes. El profeta Elías decía al pueblo de Israel que iba por estos dos caminos: «¡Vosotros cojeáis con dos pies!» (cf. *1 Re 18, 21*). Es una imagen bonita. Es importante decidir qué dirección tomar y después, una vez elegida la adecuada, caminar con soltura

y determinación, confiando en la gracia del Señor y en el apoyo de su Espíritu. Fuerte y categórica es la conclusión del pasaje evangélico: «Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro» (Lc 16, 13).

Con esta enseñanza, Jesús hoy nos exhorta a elegir claramente entre Él y el espíritu del mundo, entre la lógica de la corrupción, del abuso y de la avidez y la de la rectitud, de la humildad y del compartir.

Alguien se comporta con la corrupción como con las drogas: piensa poderla usar y dejarla cuando quiera. Se empieza con poco: una propina por aquí, un soborno por allá... Y entre esta y aquella lentamente se pierde la propia libertad. También la corrupción produce adicción, y genera pobreza, explotación, sufrimiento. Y ¡cuántas víctimas hay hoy por el mundo! Cuántas víctimas de esta difusa corrupción.

Cuando en cambio intentamos seguir la lógica evangélica de la

integridad, de la transparencia, en las intenciones y en los comportamientos, de la fraternidad, nosotros nos convertimos en artesanos de justicia y abrimos horizontes de esperanza para la humanidad. Con la gratuidad y la donación de nosotros mismos a los hermanos, servimos al dueño justo: Dios.

Que la Virgen María nos ayude a elegir en cada ocasión y cueste lo que cueste el camino justo, encontrando también el valor de ir contracorriente, con el fin de seguir a Jesús y a su

Evangelio.

Después del Ángelus:

¡Queridos hermanos y hermanas!:

Ayer en Codrongianos (Sassari) fue proclamada beata Elisabetta Sanna, madre de familia. Cuando se quedó viuda, se dedicó totalmente a la oración y al servicio de los enfermos y de los pobres. Su testimonio es modelo de caridad evangélica impulsada por la fe.

Hoy, en Génova, se concluye el Congreso Eucarístico Nacional. Envío un saludo especial a

todos los fieles allí congregados, y espero que este evento de gracia avive en el pueblo italiano la fe en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en el que adoramos a Cristo fuente de vida y esperanza para cada hombre. El martes próximo me dirigiré a Asís con motivo del encuentro de oración por la paz, a treinta años de distancia del histórico convocado por san Juan Pablo II. Invito a las parroquias, las asociaciones eclesiales y a los fieles de todo el mundo a vivir ese día como

una Jornada de oración por la paz. Hoy más que nunca necesitamos paz en esta guerra que está por todas partes en el mundo. ¡Recemos por la paz! Siguiendo el ejemplo de san Francisco, hombre de fraternidad y de humildad, estamos llamados a ofrecer al mundo un vivo testimonio de nuestro común esfuerzo por la paz y la reconciliación entre los pueblos. Por ello martes, todos unidos en oración: que cada uno se tome un tiempo, el que pueda, para orar por la paz. Todo el mundo unido.

Saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos provenientes de distintos países. En particular saludo a los fieles de la diócesis de Colonia y a los de Marianopoli. Y a todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Feliz almuerzo y adiós!

20 de septiembre de 2016.
Visita del Santo Padre Francisco
a asís para la jornada mundial
de oración por la paz" sed de
paz. Religiones y culturas en
diálogo"

Palabras del Santo Padre.

Asís.

Martes.

Meditación

Discurso

Llamamiento

MEDITACIÓN

Ante Jesús crucificado, resuenan también para nosotros sus palabras: «Tengo sed» (*Jn 19,28*). La sed es, aún más que el hambre, la necesidad extrema del ser humano, pero además representa la miseria extrema. Contemplemos de este modo el misterio del Dios Altísimo, que se hizo, por misericordia, pobre entre los hombres.

¿De qué tiene sed el Señor?
Ciertamente de agua, elemento

esencial para la vida. Pero sobre todo de amor, elemento no menos esencial para vivir. Tiene sed de darnos el agua viva de su amor, pero también de recibir nuestro amor. El profeta Jeremías habló de la complacencia de Dios por nuestro amor: «Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia» (*Jer 2,2*). Pero dio también voz al sufrimiento divino, cuando el hombre, ingrato, abandonó el amor, cuando —parece que nos quiere decir también hoy el Señor— «me abandonaron a mí, fuente

de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua» (*Jer 2,13*). Es el drama del «corazón árido», del amor no correspondido, un drama que se renueva en el Evangelio, cuando a la sed de Jesús el hombre responde con el vinagre, que es un vino malogrado. Así, proféticamente, se lamentaba el salmista: «Para mi sed me dieron vinagre» (*Sal 69,22*). «El amor no es amado»; según algunos relatos esta era la realidad que turbaba a san

Francisco de Asís. Él, por amor del Señor que sufre, no se avergonzaba de llorar y de lamentarse a alta voz (cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 1413). Debemos tomar en serio esta misma realidad cuando contemplamos a Dios crucificado, sediento de amor. La Madre Teresa de Calcuta quiso que, en todas las capillas de sus comunidades, cerca del crucifijo, estuviese escrita la frase «tengo sed». Su respuesta fue la de saciar la sed de amor de Jesús en la cruz mediante el servicio a los más

pobres entre los pobres. En efecto, la sed del Señor se calma con nuestro amor compasivo, es consolado cuando, en su nombre, nos inclinamos sobre las miserias de los demás. En el juicio llamará «benditos» a cuantos hayan dado de beber al que tenía sed, a cuantos hayan ofrecido amor concreto a quien estaba en la necesidad: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

Las palabras de Jesús nos interpelan, piden que encuentren lugar en el corazón y sean respondidas con la vida. En su «tengo sed», podemos escuchar la voz de los que sufren, el grito escondido de los pequeños inocentes a quienes se les ha negado la luz de este mundo, la súplica angustiada de los pobres y de los más necesitados de paz. Imploran la paz las víctimas de las guerras, las cuales contaminan los pueblos con el odio y la Tierra con las armas; imploran la paz nuestros hermanos y hermanas

que viven bajo la amenaza de los bombardeos o son obligados a dejar su casa y a emigrar hacia lo desconocido, despojados de todo. Todos estos son hermanos y hermanas del Crucificado, los pequeños de su Reino, miembros heridos y resacos de su carne. Tienen sed. Pero a ellos se les da a menudo, como a Jesús, el amargo vinagre del rechazo. ¿Quién los escucha? ¿Quién se preocupa de responderles? Ellos encuentran demasiadas veces el silencio ensordecedor de la indiferencia, el egoísmo

de quien está harto, la frialdad de quien apaga su grito de ayuda con la misma facilidad con la que se cambia de canal en televisión.

Ante Cristo crucificado, «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24), nosotros los cristianos estamos llamados a contemplar el misterio del Amor no amado, y a derramar misericordia sobre el mundo. En la Cruz, árbol de vida, el mal ha sido transformado en bien; también nosotros, discípulos del Crucificado, estamos llamados a ser

«árboles de vida», que absorben la contaminación de la indiferencia y restituyen al mundo el oxígeno del amor. Del costado de Cristo en la cruz brotó agua, símbolo del Espíritu que da la vida (cf *Jn 19,34*); que del mismo modo, de nosotros sus fieles, brote también compasión para todos los sedientos de hoy.

Que el Señor nos conceda, como a María junto a la cruz, estar unidos a él y cerca del que sufre. Acercándonos a cuantos hoy viven como crucificados y recibiendo la

fuerza para amar del Señor Crucificado y resucitado, crecerá aún más la armonía y la comunión entre nosotros. «Él es nuestra paz» (*Ef 2,14*), él que ha venido a anunciar la paz a los de cerca y a los de lejos (*Cf. Ef 2,17*). Que nos guarde a todos en el amor y nos reúna en la unidad, hacia la que caminamos, para que lleguemos a ser lo que él desea: «Que todos sean uno» (*Jn 17,21*).

DISCURSO

Santidades, Ilustres

*Representantes de las Iglesias,
de las Comunidades cristianas y
de las Religiones, queridos
hermanos y hermanas:*

Os saludo con gran respeto y afecto, y os agradezco vuestra presencia. Doy las gracias a la Comunidad de Sant'Egidio, a la Diócesis de Asís y a las Familias Franciscanas que han preparado esta jornada de oración. Hemos venido a Asís como peregrinos en busca de paz. Llevamos dentro de nosotros y ponemos ante Dios las esperanzas y las angustias de muchos pueblos y personas.

Tenemos sed de paz, queremos ser testigos de la paz, tenemos sobre todo necesidad de orar por la paz, porque la paz es un don de Dios y a nosotros nos corresponde invocarla, acogerla y construirla cada día con su ayuda.

«Bienaventurados los que trabajan por la paz» (*Mt 5,9*).

Muchos de vosotros habéis recorrido un largo camino para llegar a este lugar bendito.

Salir, ponerse en camino, encontrarse juntos, trabajar por la paz: no sólo son movimientos físicos, sino sobre

todo del espíritu, son respuestas espirituales concretas para superar la cerrazón abriéndose a Dios y a los hermanos. Dios nos lo pide, exhortándonos a afrontar la gran enfermedad de nuestro tiempo: la indiferencia. Es un virus que paraliza, que vuelve inertes e insensibles, una enfermedad que ataca el centro mismo de la religiosidad, provocando un nuevo y triste paganismo: el *paganismo de la indiferencia*.

No podemos permanecer indiferentes. Hoy el mundo

tiene una ardiente sed de paz. En muchos países se sufre por las guerras, con frecuencia olvidadas, pero que son siempre causa de sufrimiento y de pobreza. En Lesbos, con el querido Patriarca ecuménico Bartolomé, he visto en los ojos de los refugiados el dolor de la guerra, la angustia de pueblos sedientos de paz. Pienso en las familias, cuyas vidas han sido alteradas; en los niños, que en su vida sólo han conocido la violencia; en los ancianos, obligados a abandonar sus tierras: todos ellos tienen una

gran sed de paz. No queremos que estas tragedias caigan en el olvido. Juntos deseamos dar voz a los que sufren, a los que no tienen voz y no son escuchados. Ellos saben bien, a menudo mejor que los poderosos, que no hay futuro en la guerra y que la violencia de las armas destruye la alegría de la vida.

Nosotros no tenemos armas. Pero creemos en la fuerza mansa y humilde de la oración. En esta jornada, la sed de paz se ha transformado en una invocación a Dios, para que

cesen las guerras, el terrorismo y la violencia. La paz que invocamos desde Asís no es una simple protesta contra la guerra, ni siquiera «el resultado de negociaciones, compromisos políticos o acuerdos económicos, sino resultado de la oración» (Juan Pablo II, *Discurso*, Basílica de Santa María de los Ángeles, 27 octubre 1986: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española [2 noviembre 1986, 1]). Buscamos en Dios, fuente de la comunión, el agua clara de la paz, que anhela la

humanidad: ella no puede brotar de los desiertos del orgullo y de los intereses particulares, de las tierras áridas del beneficio a cualquier precio y del comercio de las armas.

Nuestras tradiciones religiosas son diversas. Pero la diferencia no es para nosotros motivo de conflicto, de polémica o de frío desapego. Hoy no hemos orado los unos contra los otros, como por desgracia ha sucedido algunas veces en la historia. Por el contrario, sin sincretismos y sin relativismos,

hemos rezado los unos con los otros, los unos por los otros. San Juan Pablo II dijo en este mismo lugar: «Acaso más que nunca en la historia ha sido puesto en evidencia ante todos el vínculo intrínseco que existe entre una actitud religiosa auténtica y el gran bien de la paz» (*Id., Discurso, Plaza de la Basílica inferior de San Francisco, 27 octubre 1986: l.c., 11*). Continuando el camino iniciado hace treinta años en Asís, donde está viva la memoria de aquel hombre de Dios y de paz que fue san

Francisco, «reunidos aquí una vez más, afirmamos que quien utiliza la religión para fomentar la violencia contradice su inspiración más auténtica y profunda» (*Id., Discurso a los representantes de las Religiones, Asís, 24 enero 2001*), que ninguna forma de violencia representa «la verdadera naturaleza de la religión. Es más bien su deformación y contribuye a su destrucción» (Benedicto XVI, *Intervención en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el*

mando, Asís, 27 octubre 2011).

No nos cansamos de repetir que nunca se puede usar el nombre de Dios para justificar la violencia. Sólo la paz es santa. Sólo la paz es santa, no la guerra.

Hoy hemos implorado el don santo de la paz. Hemos orado para que las conciencias se movilicen y defiendan la sacralidad de la vida humana, promuevan la paz entre los pueblos y cuiden la creación, nuestra casa común. La oración y la colaboración concreta nos ayudan a no quedar encerrados

en la lógica del conflicto y a rechazar las actitudes rebeldes de los que sólo saben protestar y enfadarse. La oración y la voluntad de colaborar nos comprometen a buscar una paz verdadera, no ilusoria: no la tranquilidad de quien esquiva las dificultades y mira hacia otro lado, cuando no se tocan sus intereses; no el cinismo de quien se lava las manos cuando los problemas no son suyos; no el enfoque virtual de quien juzga todo y a todos desde el teclado de un *ordenador*, sin abrir los ojos a las necesidades

de los hermanos ni ensuciarse las manos para ayudar a quien tiene necesidad. Nuestro camino es el de sumergirnos en las situaciones y poner en el primer lugar a los que sufren; el de afrontar los conflictos y sanarlos desde dentro; el de recorrer con coherencia el camino del bien, rechazando los atajos del mal; el de poner en marcha pacientemente procesos de paz, con la ayuda de Dios y con la buena voluntad.

Paz, un hilo de esperanza, que une la tierra con el cielo, una

palabra tan sencilla y difícil al mismo tiempo. Paz quiere decir *Perdón* que, fruto de la conversión y de la oración, nace de dentro y, en nombre de Dios, hace que se puedan sanar las heridas del pasado. Paz significa *Acogida*, disponibilidad para el diálogo, superación de la cerrazón, que no son estrategias de seguridad, sino puentes sobre el vacío. Paz quiere decir *Colaboración*, intercambio vivo y concreto con el otro, que es un don y no un problema, un hermano con quien tratar de construir un

mundo mejor. Paz
significa *Educación*: una
llamada a aprender cada día el
difícil arte de la comunión, a
adquirir la cultura del
encuentro, purificando la
conciencia de toda tentación de
violencia y de rigidez,
contrarias al nombre de Dios y
a la dignidad del hombre.
Aquí, nosotros, unidos y en
paz, creemos y esperamos en
un mundo fraterno. Deseamos
que los hombres y las mujeres
de religiones diferentes, allá
donde se encuentren, se
reúnan y susciten concordia,

especialmente donde hay conflictos. Nuestro futuro es el de vivir juntos. Por eso, estamos llamados a liberarnos de las pesadas cargas de la desconfianza, de los fundamentalismos y del odio. Que los creyentes sean *artesanos de paz* invocando a Dios y trabajando por los hombres. Y nosotros, como Responsables religiosos, estamos llamados a ser sólidos puentes de diálogo, mediadores creativos de paz. Nos dirigimos también a quienes tienen la más alta

responsabilidad al servicio de los pueblos, a los *Líderes* de las Naciones, para que no se cansen de buscar y promover caminos de paz, mirando más allá de los intereses particulares y del momento: que no quede sin respuesta la llamada de Dios a las conciencias, el grito de paz de los pobres y las buenas esperanzas de las jóvenes generaciones. Aquí, hace treinta años, san Juan Pablo II dijo: «La paz es una cantera abierta a todos y no solamente a los especialistas, sabios y

estrategas. La paz es una responsabilidad universal» (*Discurso*, Plaza de la Basílica inferior de San Francisco, 27 octubre 1986: *l.c.*, 11).

Hermanas y hermanos, asumamos esta responsabilidad, reafirmemos hoy nuestro sí a ser, todos juntos, constructores de la paz que Dios quiere y de la que la humanidad está sedienta.

LLAMAMIENTO.

Hombres y mujeres de distintas religiones hemos venido, como peregrinos, a la ciudad de san

Francisco. En 1986, hace 30 años, e invitados por el Papa Juan Pablo II, Representantes religiosos de todo el mundo se reunieron aquí —por primera vez de una manera tan solemne y tan numerosos—, para afirmar el vínculo indisoluble entre el gran bien de la paz y una actitud auténticamente religiosa. Aquel evento histórico dio lugar a un largo peregrinaje que, pasando por muchas ciudades del mundo, ha involucrado a muchos creyentes en el diálogo y en la oración por la paz; ha

unido sin confundir, dando vida a sólidas amistades interreligiosas y contribuyendo a la solución de no pocos conflictos. Este es el espíritu que nos anima: realizar el encuentro a través del diálogo, oponerse a cualquier forma de violencia y de abuso de la religión para justificar la guerra y el terrorismo. Y aun así, en estos años transcurridos, hay muchos pueblos que han sido gravemente heridos por la guerra. No siempre se ha comprendido que la guerra empeora el mundo, dejando

una herencia de dolor y de odio. Con la guerra, todos pierden, incluso los vencedores. Hemos dirigido nuestra oración a Dios, para que conceda la paz al mundo. Reconocemos la necesidad de orar constantemente por la paz, porque la oración protege el mundo y lo ilumina. La paz es el nombre de Dios. Quien invoca el nombre de Dios para justificar el terrorismo, la violencia y la guerra, no sigue el camino de Dios: la guerra en nombre de la religión es una guerra contra la religión

misma. Con total convicción, reafirmamos por tanto que la violencia y el terrorismo se oponen al verdadero espíritu religioso.

Hemos querido escuchar la voz de los pobres, de los niños, de las jóvenes generaciones, de las mujeres y de muchos hermanos y hermanas que sufren a causa de la guerra; con ellos, decimos con fuerza: No a la guerra. Que no quede sin respuesta el grito de dolor de tantos inocentes.

Imploramos a los Responsables de las naciones para que se

acabe con los motivos que inducen a la guerra: el ansia de poder y de dinero, la codicia de quienes comercian con las armas, los intereses partidistas, las venganzas por el pasado. Que crezca el compromiso concreto para remover las causas que subyacen en los conflictos: las situaciones de pobreza, injusticia y desigualdad, la explotación y el desprecio de la vida humana. Que se abra en definitiva una nueva época, en la que el mundo globalizado llegue a ser una familia de pueblos. Que se

actúe con responsabilidad para construir una paz verdadera, que se preocupe de las necesidades auténticas de las personas y los pueblos, que impida los conflictos con la colaboración, que venza los odios y supere las barreras con el encuentro y el diálogo. Nada se pierde, si se practica eficazmente el diálogo. Nada es imposible si nos dirigimos a Dios con nuestra oración. Todos podemos ser artesanos de la paz; desde Asís, con la ayuda de Dios, renovamos con convicción nuestro compromiso

de serlo, junto a todos los
hombres y mujeres de buena
voluntad.

21 de septiembre de 2016.

Audiencia general.

Misericordiosos como el Padre

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hemos escuchado el pasaje del Evangelio de Lucas (Lc 6, 36-38) en el cual se basa el lema de este Año Santo

extraordinario: *Misericordiosos como el Padre*. La expresión completa es: «sed compasivos, como vuestro Padre es

compasivo» (Lc 6, 36) No se trata de un lema de impacto, sino de un compromiso de vida. Para comprender bien esta expresión, podemos compararla con la paralela del Evangelio de Mateo, en la cual Jesús dice: «vosotros pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Lc 5, 48). En el llamado discurso de la montaña, que inicia con las Bienaventuranzas, el Señor enseña que la perfección consiste en el amor, cumplimiento de todos los preceptos de la Ley. Desde esta

misma perspectiva, san Lucas especifica que la perfección es el amor misericordioso: ser *perfectos* significa ser *misericordiosos*. ¿Una persona que no es misericordiosa es perfecta? ¡No! ¿Una persona que no es misericordiosa es buena? ¡No! La bondad y la perfección radican en la misericordia. Ciertamente, Dios es perfecto. Sin embargo, si lo consideramos así, se hace imposible para los hombres aspirar a esa absoluta perfección. En cambio, tenerlo ante los ojos como

misericordioso, nos permite comprender mejor en qué consiste su perfección y nos anima a ser como ÉL, llenos de amor, de compasión, de misericordia.

Pero me pregunto: ¿Las palabras de Jesús son realistas? ¿Es verdaderamente posible amar como ama Dios y ser misericordiosos como ÉL?

Si observamos la historia de la salvación, vemos que toda la revelación de Dios es un incesante e incansable amor por los hombres: Dios es como un padre o como una madre

que ama con amor infinito y lo derrama con generosidad sobre cada criatura. La muerte de Jesús en la cruz es la culminación de la historia de amor de Dios con el hombre. Un amor tan grande que sólo Dios puede realizarlo. Es evidente que, comparado con este amor que no tiene medidas, nuestro amor siempre será insuficiente. Pero, cuando Jesús nos pide que seamos misericordiosos como el Padre, ¡no piensa en la cantidad! Él pide a sus discípulos convertirse en signo, canales,

testigos de su misericordia.
Y la Iglesia no puede ser si no
sacramento de la misericordia
de Dios en el mundo, en todos
los tiempos y para toda la
humanidad. Cada cristiano, por
lo tanto, es llamado a ser
testigo de la misericordia, y
esto sucede en el camino hacia
la santidad. Pensemos en
cuántos santos se han vuelto
misericordiosos porque se han
dejado llenar el corazón por la
divina misericordia. Han dado
forma al amor del Señor
derramando sobre las múltiples
necesidades de la humanidad

sufriente. En este florecer de tantas formas de caridad es posible distinguir los reflejos del rostro misericordioso de Cristo.

Nos preguntamos: ¿Qué significa para los discípulos ser misericordiosos? Esto es explicado por Jesús con dos verbos: «perdonar» (*Lc 6, 37*) y «donar» (*Lc 6, 38*).

La misericordia se expresa, sobre todo, con el *perdón*: no juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados» (*Lc 6, 37*). Jesús

no pretende alterar el curso de la justicia humana, no obstante, recuerda a los discípulos que para tener relaciones fraternales es necesario suspender los juicios y las condenas. Precisamente el perdón es el pilar que sujeta la vida de la comunidad cristiana, porque en él se muestra la gratuidad del amor con el cual Dios nos ha amado en primer lugar. ¡El cristiano debe perdonar! pero ¿Por qué? Porque ha sido perdonado. Todos nosotros que estamos aquí, hoy, en la plaza, hemos

sido perdonados. Ninguno de nosotros, en su propia vida, no ha tenido necesidad del perdón de Dios. Y para que nosotros seamos perdonados, debemos perdonar. Lo recitamos todos los días en el *Padre Nuestro*: «Perdona nuestros pecados; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Es decir, perdonar las ofensas, perdonar tantas cosas, porque nosotros hemos sido perdonados por muchas, muchas ofensas, por muchos pecados. Y así es fácil

perdonar: si Dios me ha perdonado ¿Por qué no debo perdonar a los demás? ¿Soy más grande que Dios? Este pilar del perdón nos muestra la gratuidad del amor de Dios, que nos ha amado en primer lugar. Juzgar y condenar al hermano que peca es equivocado. No porque no se quiera reconocer el pecado, sino porque condenar al pecador rompe el lazo de fraternidad con él y desprecia la misericordia de Dios, que por el contrario no quiere renunciar a ninguno de sus hijos. No

tenemos el poder de condenar a nuestro hermano que se equivoca, no estamos por encima de él: tenemos más bien el deber de devolverlo a la dignidad de hijo del Padre y de acompañarlo en su camino de conversión.

A su Iglesia, a nosotros, Jesús indica un segundo pilar: «*donar*». Perdonar es el primer pilar; donar es el segundo pilar. «Dad y se os dará: [...] Porque con la medida con que midáis se os medirá» (Lc 6, 38). Dios dona mucho más allá de nuestros méritos, pero será

todavía más generoso con cuantos en la tierra hayan sido generosos. Jesús no dice qué ocurrirá a quienes no donan, pero la imagen de la «medida» constituye una advertencia: con la medida del amor que damos, somos nosotros mismos los que decidimos cómo seremos juzgados, cómo seremos amados. Si miramos bien, hay una lógica coherente: en la medida en la cual se recibe de Dios, se dona al hermano, y en la medida en la cual se dona al hermano, se recibe de Dios!

El amor misericordioso es por eso, el único camino que hay que recorrer. Cuánta necesidad tenemos todos de ser un poco más misericordiosos, de no hablar mal de los demás, de no juzgar, de no «desplumar» a los demás con las críticas, con las envidias, con los celos.

Debemos perdonar, ser misericordiosos, vivir nuestra vida en el amor. Este amor permite a los discípulos de Jesús no perder la identidad recibida por Él, y reconocerse como hijos del mismo Padre. En el amor que ellos practican en

la vida se refleja así esa
Misericordia que nunca tendrá
fin (cf. 1 *Cor* 13,1-12). Pero no
os olvidéis de esto:
misericordia y don; perdón y
don. Así el corazón se
ensancha, se ensancha el amor.
En cambio el egoísmo, la rabia,
empequeñecen el corazón, que
se endurece como una piedra.
¿Qué preferís vosotros? ¿Un
corazón de piedra o un corazón
lleno de amor? Si preferís un
corazón lleno de amor, sed
misericordiosos!

Saludos

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Pidamos al Señor que no perdamos nunca nuestra identidad de hijos de un mismo Padre, que nos une en su amor. Que Dios los bendiga.

25 de septiembre de 2016.
Homilía en el jubileo de los
catequistas.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Domingo.

El Apóstol Pablo, en la segunda
lectura, dirige a Timoteo, y
también a nosotros, algunas
recomendaciones muy
importantes para él. Entre
otras, pide que se guarde
«el *mandamiento* sin mancha ni
reproche» (1 Tm 6,14). Habla

sencillamente de un mandamiento. Parece que quiere que tengamos nuestros ojos fijos en lo que es *esencial* para la fe. San Pablo, en efecto, no recomienda una gran cantidad de puntos y aspectos, sino que subraya el centro de la fe. Este centro, alrededor del cual gira todo, este corazón que late y da vida a todo es el anuncio pascual, el primer anuncio: el Señor Jesús ha resucitado, el Señor Jesús te ama, ha dado su vida por ti; resucitado y vivo, está a tu lado y te espera todos los días.

Nunca debemos olvidarlo. En este *Jubileo de los catequistas*, se nos pide que no dejemos de poner por encima de todo el anuncio principal de la fe: el Señor ha resucitado. No hay un contenido más importante, nada es más sólido y actual. Cada aspecto de la fe es hermoso si permanece unido a este centro, si está permeado por el anuncio pascual. En cambio, si se le aísla, pierde sentido y fuerza. Estamos llamados a vivir y a anunciar la novedad del amor del Señor: «Jesús te ama de verdad, tal y

como eres. Déjale entrar: a pesar de las decepciones y heridas de la vida, dale la posibilidad de amarte. No te defraudará».

El mandamiento del que habla san Pablo nos lleva a pensar también en el mandamiento nuevo de Jesús: «Que os améis unos a otros como yo os he amado» (*Jn 15,12*). A Dios-Amor se le anuncia amando: no a fuerza de convencer, nunca imponiendo la verdad, ni mucho menos aferrándose con rigidez a alguna obligación religiosa o moral. A Dios se le

anuncia encontrando a las personas, teniendo en cuenta su historia y su camino. El Señor no es una idea, sino una persona viva: su mensaje llega a través del testimonio sencillo y veraz, con la escucha y la acogida, con la alegría que se difunde. No se anuncia bien a Jesús cuando se está triste; tampoco se transmite la belleza de Dios haciendo sólo bonitos sermones. Al Dios de la esperanza se le anuncia viviendo hoy el Evangelio de la caridad, sin miedo a dar testimonio de él incluso con

nuevas formas de anuncio. El Evangelio de este domingo nos ayuda a entender qué significa amar, sobre todo a evitar algunos peligros. En la parábola se habla de un hombre rico que no se fija en Lázaro, un pobre que «estaba echado a su puerta» (Lc 16,20). El rico, en verdad, no hace daño a nadie, no se dice que sea malo. Sin embargo, tiene una enfermedad peor que la de Lázaro, que estaba «cubierto de llagas» (*ibíd.*): este rico sufre una fuerte *ceguera*,

porque no es capaz de ver más allá de su mundo, hecho de banquetes y ricos vestidos. No ve más allá de la puerta de su casa, donde yace Lázaro, porque no le importa lo que sucede fuera. No ve con los ojos porque no siente con el corazón. En su corazón ha entrado la *mundanidad* que adormece el alma. La mundanidad es como un «agujero negro» que engulle el bien, que apaga el amor, porque lo devora todo en el propio yo. Entonces se ve sólo la apariencia y no se fija en los

demás, porque se vuelve indiferente a todo. Quien sufre esta grave ceguera adopta con frecuencia un comportamiento «estrábico»: mira con deferencia a las personas famosas, de alto nivel, admiradas por el mundo, y aparta la vista de tantos Lázaros de ahora, de los pobres y los que sufren, que son los predilectos del Señor. Pero el Señor mira a los que el mundo abandona y descarta. Lázaro es el único personaje de las parábolas de Jesús al que se le llama por su nombre. Su

nombre significa «Dios ayuda». Dios no lo olvida, lo acogerá en el banquete de su Reino, junto con Abraham, en una profunda comunión de afectos. El hombre rico, en cambio, no tiene siquiera un nombre en la parábola; su vida cae en el olvido, porque el que vive para sí no construye la historia. Y un cristiano debe construir la historia. Debe salir de sí mismo para construir la historia. Quien vive para sí no construye la historia. La insensibilidad de hoy abre abismos infranqueables para siempre. Y

nosotros hemos caído, en este mundo, en este momento, en la enfermedad de la indiferencia, del egoísmo, de la mundanidad. En la parábola vemos otro aspecto, un contraste. La vida de este hombre sin nombre se describe como opulenta y presuntuosa: es una continua reivindicación de necesidades y derechos. Incluso después de la muerte insiste para que lo ayuden y pretende su interés. La pobreza de Lázaro, sin embargo, se manifiesta con gran dignidad: de su boca no salen lamentos, protestas o

palabras despectivas. Es una valiosa lección: como servidores de la palabra de Jesús, estamos llamados a no hacer alarde de apariencias y a no buscar la gloria; ni tampoco podemos estar tristes y disgustados. No somos profetas de desgracias que se complacen en denunciar peligros o extravíos; no somos personas que se atrincheran en su ambiente, lanzando juicios amargos contra la sociedad, la Iglesia, contra todo y todos, contaminando el mundo de negatividad. El escepticismo

quejoso no es propio de quien tiene familiaridad con la Palabra de Dios.

El que proclama la esperanza de Jesús es portador de alegría y sabe ver más lejos, tiene horizontes, no tiene un muro que lo encierra; ve más lejos porque sabe mirar más allá del mal y de los problemas. Al mismo tiempo, ve bien de cerca, pues está atento al prójimo y a sus necesidades. El Señor nos lo pide hoy: ante los muchos Lázaros que vemos, estamos llamados a inquietarnos, a buscar caminos

para encontrar y ayudar, sin delegar siempre en otros o decir: «Te ayudaré mañana, hoy no tengo tiempo, te ayudaré mañana». Y esto es un pecado. El tiempo para ayudar es tiempo regalado a Jesús, es amor que permanece: es nuestro tesoro en el cielo, que nos ganamos aquí en la tierra. En conclusión, queridos catequistas y queridos hermanos y hermanas, que el Señor nos conceda la gracia de vernos renovados cada día por la alegría del primer anuncio: Jesús ha muerto y resucitado,

Jesús nos ama personalmente.
Que nos dé la fuerza para vivir
y anunciar el mandamiento del
amor, superando la ceguera de
la apariencia y las tristezas del
mundo. Que nos vuelva
sensibles a los pobres, que no
son un apéndice del Evangelio,
sino una página central,
siempre abierta a todos.

25 de septiembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Ayer, en Würzburg (Alemania),
fue proclamado Beato Engelmar
Unzeitig, sacerdote de la
congregación de los Misioneros
de Mariannhill. Asesinado por
odio a la fe en el campo de
exterminio de Dachau, él
contrapuso el amor al odio, a la
ferocidad respondió con la
mansedumbre. Que su ejemplo

nos ayude a ser testimonios de caridad y de esperanza en medio de las tribulaciones. Me uno con gusto a los obispos de México en su apoyo al compromiso de la Iglesia y de la sociedad civil en favor de la familia y de la vida, que en estos tiempos requieren especial atención pastoral y cultural en todo el mundo. Y además aseguro mi oración por el querido pueblo mexicano, para que cese la violencia que durante estos días ha golpeado también a algunos sacerdotes. Hoy es la Jornada mundial del

sordo. Deseo saludar a todas las personas sordas también aquí representadas, y animar a que den su aportación para una Iglesia y una sociedad cada vez más capaz de acoger a todos. Y por último dirijo un saludo especial a todos vosotros, iqueridísimos catequistas! gracias por vuestro compromiso con la Iglesia al servicio de la evangelización, con la transmisión de la fe. Que la Virgen os ayude a perseverar en el camino de la fe y a dar testimonio con la vida de aquello que transmitís en la

catechesis.

Angelus Domini...

28 de septiembre de 2016.
Audiencia general. Nadie está
excluido del perdón de Dios.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Las palabras que Jesús
pronuncia durante su Pasión
encuentran su culminación en
el perdón.

Jesús perdona: «Padre,
perdónales porque no saben lo
que hacen» (Lc 23, 34). No
sólo son palabras, porque se
convierten en un acto concreto

en el perdón ofrecido al «buen ladrón», que estaba junto a Él. San Lucas escribe sobre dos delincuentes crucificados con Jesús, los cuales se dirigen a Él con actitudes opuestas.

El primero le insulta, como le insultaba toda la gente, ahí, como hacen los jefes del pueblo, pero este pobre hombre, llevado por la desesperación dice: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti mismo y a nosotros!» (Lc 23, 39). Este grito atestigua la angustia del hombre ante el misterio de la muerte y la

trágica conciencia de que sólo Dios puede ser la respuesta liberadora: por eso es impensable que el Mesías, el enviado de Dios, pueda estar en la cruz sin hacer nada para salvarse. Y no entendían esto. No entendían el misterio del sacrificio de Jesús. Y en cambio, Jesús nos ha salvado permaneciendo en la cruz. Todos nosotros sabemos que no es fácil «permanecer en la cruz», en nuestras pequeñas cruces de cada día. Él en esta gran cruz, con este gran sufrimiento, ha permanecido

así y les ha salvado; nos ha mostrado su omnipotencia y ahí nos ha perdonado. Ahí se cumple su donación de amor y surge para siempre nuestra salvación. Muriendo en la cruz, inocente entre dos criminales, Él testimonia que la salvación de Dios puede llegar a cualquier hombre en cualquier condición, incluso en la más negativa y dolorosa. La salvación de Dios es para todos, nadie excluido. Es un regalo para todos. Por eso el Jubileo es tiempo de gracia y de misericordia para todos, buenos

y malos, para los que están sanos y los que sufren.

Acordaos de la parábola que narra cuando Jesús en la fiesta de la boda del hijo de un poderoso de la tierra: cuando los invitados no quisieron ir dice a sus siervos: «Id, pues, a los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis, invitadlos a la boda» (*Mt 22,9*). Estamos llamados todos: buenos y malos. La Iglesia no es solamente para los buenos o para aquellos que parecen buenos o se creen buenos; la Iglesia es para todos, y además

preferiblemente para los malos, porque la Iglesia es misericordia. Y este tiempo de gracia y de misericordia nos hace recordar que nada nos puede separar del amor de Cristo! (cf. *Rm 8, 39*). A quien está postrado en una cama de hospital, a quien vive encerrado en una prisión, a los que están atrapados por las guerras, yo digo: mirad el Crucifijo; Dios está con vosotros, permanece con vosotros en la cruz y a todos se ofrece como Salvador, a todos nosotros. A vosotros que sufrís

tanto digo, Jesús ha sido crucificado por vosotros, por nosotros, por todos. Dejad que la fuerza del Evangelio entre en vuestros corazones y os consuele, os dé esperanza y la íntima certeza de que nadie está excluido de su perdón. Pero vosotros podéis preguntarme: «Pero Padre dígame ¿El que ha hecho las cosas más malas durante la vida, tiene la posibilidad de ser perdonado?» — «¡SÍ! Sí: ninguno está excluido del perdón de Dios. Solamente tiene que acercarse arrepentido

a Jesús y con ganas de ser abrazado por Él».

Este era el primer delincuente. El otro es el llamado «buen ladrón». Sus palabras son un maravilloso modelo de arrepentimiento, una catequesis concentrada para aprender a pedir perdón a Jesús. Primero, él se dirige a su compañero: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?» (Lc 23, 40). Así pone de relieve el punto de partida del arrepentimiento: el temor a Dios. Pero no el miedo a Dios, no: el temor filial de

Dios. No es el miedo, sino ese respeto que se debe a Dios porque Él es Dios. Es un respeto filial porque Él es Padre. El buen ladrón recuerda la actitud fundamental que abre a la confianza en Dios: la conciencia de su omnipotencia y de su infinita bondad. Este es el respeto confiado que ayuda a dejar espacio a Dios y a encomendarse a su misericordia, incluso en la oscuridad más densa. Después, declara la inocencia de Jesús y confiesa abiertamente su propia culpa:

«Y nosotros con razón porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio éste nada malo ha hecho» (Lc 23, 41). Jesús está ahí en la cruz para estar con los culpables: a través de esta cercanía, Él les ofrece la salvación. Lo cual es un escándalo para los jefes y para el primer ladrón, para los que estaban ahí y se burlaban de Jesús, sin embargo esto es el fundamento de su fe. Y así el buen ladrón se convierte en testigo de la Gracia; ha ocurrido lo impensable: Dios

me ha amado hasta tal punto que ha muerto en la cruz por mí. La fe misma de este hombre es fruto de la gracia de Cristo: sus ojos contemplan en el Crucificado el amor de Dios por él, pobre pecador. Es verdad, era ladrón, era un ladrón, había robado toda su vida. Pero al final, arrepentido de lo que había hecho, mirando a Jesús tan bueno y misericordioso logró robarse el cielo: ¡éste es un buen ladrón! El buen ladrón se dirige directamente a Jesús, pidiendo su ayuda: «Jesús acuérdate de

mí cuando vengas con tu reino» (Lc 23,42). Le llama por nombre, «Jesús», con confianza, y así confiesa lo que este nombre indica: «el Señor salva», esto significa el nombre de «Jesús». Ese hombre pide a Jesús que se acuerde de él. ¡Cuánta ternura en esta expresión, cuánta humanidad! Es la necesidad del ser humano de no ser abandonado, de que Dios le esté siempre cerca. De esta manera un condenado a muerte se convierte en modelo del cristiano que confía en Jesús.

Un condenado a muerte es un modelo para nosotros, un modelo para un hombre, para un cristiano que confía en Jesús; y también un modelo de la Iglesia que en la liturgia tantas veces invoca al Señor diciendo: «Acuérdate... Acuérdate... Acuérdate de tu amor...».

Mientras el buen ladrón habla del futuro: «cuando vengas con tu reino», la respuesta de Jesús no se hace esperar; habla en presente: dice «hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43). En la hora de la cruz,

la salvación de Cristo llega a su culmen; y su promesa al buen ladrón revela el cumplimiento de su misión: es decir, salvar a los pecadores. Al inicio de su ministerio, en la sinagoga de Nazaret, Jesús había proclamado: «la liberación a los cautivos» (Lc 4, 18); en Jericó, en la casa del público pecador Zaqueo, había declarado que «el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 9). En la cruz, el último acto confirma la realización de este diseño salvífico. Desde el principio

hasta el final Él se ha revelado
Misericordia, se ha revelado
encarnación definitiva e
irrepetible del amor del Padre.
Jesús es verdaderamente el
rostro de la misericordia del
Padre. Y el buen ladrón le ha
llamado por su nombre:
«Jesús». Es una invocación
breve, y todos nosotros
podemos hacerla durante el día
muchas veces: «Jesús».
«Jesús», simplemente. Hacedla
durante todo el día.

Saludos

Saludo cordialmente a los
peregrinos de lengua española,

en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Pidamos al Señor por todos los que sufren por cualquier motivo o se sienten abandonados, para que mirando al crucificado, puedan descubrir y sentir el consuelo y el perdón de Cristo, rostro de la misericordia del Padre. Un especial pensamiento al pueblo mexicano, los invito a cantarle a la Guadalupana, lo que cantaron al inicio, pidiendo por los sufrimientos de este pueblo. Gracias.

30 de septiembre de 2016.
Discurso en el encuentro con
las autoridades, la sociedad
civil y el cuerpo diplomático.

Patio del Palacio Presidencial –
Tiflis.

Viernes.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán (30 de septiembre -
2 de octubre de 2016)

*Señor Presidente,
Excelentísimas Autoridades,*

*Ilustrísimos miembros del
Cuerpo Diplomático, Señores y
señoras*

Agradezco a Dios Omnipotente el haberme dado la oportunidad de visitar esta tierra bendita, lugar de encuentro e intercambio vital entre culturas y civilizaciones, que ha encontrado en el cristianismo, desde la predicación de Santa Nino al inicio del siglo IV, su más profunda identidad y el fundamento seguro de sus valores. Como dijo san Juan Pablo II visitando vuestra

Patria: «El cristianismo se ha convertido en semilla del sucesivo florecimiento de la cultura georgiana» (Discurso durante la ceremonia de bienvenida, 8 noviembre 1999), y esta semilla sigue produciendo sus frutos. Al recordar con gratitud nuestro encuentro en el Vaticano el año pasado, y las buenas relaciones que Georgia siempre ha mantenido con la Santa Sede, le agradezco vivamente a usted, Señor Presidente, su amable invitación y las amables palabras de bienvenida que me

ha dirigido en nombre de las autoridades del Estado y de todo el pueblo georgiano. La historia multiseccular de vuestra patria manifiesta la raigambre en los valores expresados por su cultura, por su lengua y por sus tradiciones, incluyendo al país plenamente y de modo profundo y peculiar en el ámbito de la civilización europea; y, al mismo tiempo, como muestra su posición geográfica, es casi un puente natural entre Europa y Asia, una bisagra que facilita las comunicaciones y las relaciones

entre los pueblos, y que a lo largo de los siglos ha hecho posible tanto el comercio como el dialogo y la confrontación de las ideas y de las experiencias entre mundos diferentes. Como recita con orgullo vuestro himno nacional: «Mi icono es mi Patria, [...] resplandecientes montañas y valles son compartidos con Dios». La Patria es como un icono que define la identidad, traza los rasgos y las huellas de la historia, mientras que las montañas, elevándose libres hacia el cielo, en vez de ser

una muralla infranqueable, dan esplendor a los valles, los diferencian y los coloca en relación, haciendo a cada una diferente de la otra y todas asociadas con el cielo común que las cubre y las protege. Señor Presidente, han pasado 25 años desde la proclamación de la independencia de Georgia, que durante este periodo, renovando su libertad plena, ha construido y consolidado sus instituciones democráticas y ha buscado los caminos para garantizar un desarrollo lo más incluyente y

auténtico posible. Todo esto no sin grandes sacrificios, que el pueblo ha afrontado valientemente para asegurarse la tan anhelada libertad. Deseo que el camino de paz y desarrollo prosiga con el compromiso solidario de todos los miembros de la sociedad, con el fin de crear las condiciones de estabilidad, equidad y respeto a las leyes que favorezcan el crecimiento e aumenten las oportunidades para todos.

Este progreso auténtico y duradero tiene como condición

preliminar indispensable el pacífico entendimiento entre todos los pueblos y los Estados de la región. Esto exige que crezcan sentimientos de mutua estima y consideración, los cuales no pueden descuidar el respeto de las prerrogativas soberanas de cada uno de los países en el marco del derecho internacional. Con el fin de abrir rutas que conduzcan a una paz duradera y a una verdadera colaboración, hay que tener en cuenta que los principios relevantes para una ecuaníme y estable relación

entre los Estados están al servicio de la concreta, ordenada y pacífica convivencia entre las naciones. En muchos lugares de la tierra, en efecto, parece prevalecer una lógica que hace difícil mantener las legítimas diferencias y controversias —que siempre pueden surgir— en un ámbito de confrontación y diálogo civil, donde prevalezca la razón, la moderación y la responsabilidad. Esto es tanto más necesario en el momento histórico actual, en el que no faltan también extremismos

violentos que manipulan y distorsionan principios de naturaleza civil y religiosa para subordinarlos a oscuros diseños de dominio y de muerte.

Es preciso que todos se preocupen en primer lugar por la suerte de los seres humanos en su concreción y realicen con paciencia todo intento para evitar que las divergencias desemboquen en violencia, que puede causar enormes daños para el hombre y la sociedad. Cualquier distinción de carácter étnico, lingüístico, político o religioso, en vez de ser usados

como pretexto para transformar las divergencias en conflictos y los conflictos en interminables tragedias, puede y debe ser para todos fuente de enriquecimiento recíproco en favor del bien común. Esto requiere que cada uno ponga plenamente a disposición las propias capacidades, teniendo ante todo la posibilidad de vivir en paz en su tierra o de regresar libremente si, por cualquier motivo, fue obligado a abandonarla. Deseo que los responsables públicos continúen preocupándose por la

situación de estas personas, afanándose en la búsqueda de soluciones concretas más allá de las cuestiones políticas no resueltas. Se requieren altas miras y valor para reconocer el bien auténtico de los pueblos y perseguirlo con determinación y prudencia, y es indispensable tener siempre presente los sufrimientos de las personas para continuar con convicción el camino, paciente y laborioso pero apasionante y liberador, de la construcción de la paz. La Iglesia Católica —presente desde siglos en este País y que

se ha distinguido particularmente por su compromiso en la promoción humana y en las obras de caridad— comparte las alegrías y las preocupaciones del pueblo de Georgia y tiene la intención de ofrecer su contribución al bienestar y a la paz de las naciones, colaborando activamente con las autoridades y la sociedad civil. Deseo vivamente que continúe favoreciendo genuinamente al crecimiento de la sociedad georgiana, gracias al testimonio común de las tradiciones

cristianas que nos unen, en su esfuerzo en favor de los más necesitados y mediante un renovado y creciente dialogo con la antigua Iglesia Ortodoxa Georgiana y las otras comunidades religiosas del país.

Que Dios bendiga a Georgia y le conceda paz y prosperidad.

30 de septiembre de 2016.
Encuentro con su santidad y
beatitud Elías II, catholicós y
patriarca de toda Georgia.

Palacio del Patriarcado – Tiflis.

Viernes.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán (30 de septiembre -
2 de octubre de 2016)

Gracias, Santidad. Me ha
conmovido profundamente
escuchar el «Ave María» que

Su Santidad mismo ha compuesto. Sólo de un corazón que ama tanto a la Santa Madre de Dios, un corazón de hijo y también de niño, puede salir una composición tan bella. Es para mí una gran alegría y una gracia especial encontrarme con Su Santidad y Beatitud y los Venerables Metropolitanos, Arzobispos y Obispos, miembros del Santo Sínodo. Saludo al Señor Primer Ministro y a los ilustres representantes del mundo académico y de la cultura. Santidad, con vuestra visita

histórica al Vaticano, la primera de un Patriarca georgiano, usted abrió una nueva página en las relaciones entre la Iglesia Ortodoxa de Georgia y la Iglesia Católica. En aquella ocasión, intercambió con el Obispo de Roma el beso de la paz y la promesa de rezar el uno por el otro. Así se han reforzado los importantes lazos que existen entre nosotros desde los primeros siglos del cristianismo. Estos se han desarrollado y siguen siendo respetuosos y cordiales, como se pone de manifiesto también

por la afectuosa acogida reservada a mis enviados y representantes; por la actividad de estudio e investigación de fieles ortodoxos georgianos en los Archivos Vaticanos y en las Pontificias Universidades; por la presencia en Roma de una comunidad vuestra, alojada en una iglesia de mi diócesis; y por la colaboración, sobre todo cultural, con la comunidad católica local. Como peregrino y amigo, he llegado a esta tierra bendita, cuando está a punto de concluir para los católicos el Año Jubilar de la Misericordia.

También estuvo aquí el santo Papa Juan Pablo II, la primera vez de un Sucesor de Pedro, en un momento muy importante, en el umbral del Jubileo del 2000: vino a reforzar los «vínculos profundos y fuertes» con la Sede de Roma (*Discurso en la ceremonia de bienvenida*, Tiflis, 8 noviembre 1999) y a recordar lo importante que era, en el umbral del tercer Milenio, «la contribución de Georgia, esta antigua encrucijada de culturas y tradiciones, a la construcción [...] de una civilización del amor» (*Discurso*

en el Palacio patriarcal, Tiflis, 8 noviembre 1999).

Ahora, la Providencia divina ha querido que nos encontremos de nuevo y, frente a un mundo sediento de misericordia, de unidad y de paz, nos pide que se dé un nuevo impulso, un renovado fervor a los lazos que nos unen, signo elocuente de los cuales es el beso de la paz y nuestro abrazo fraternal. La Iglesia Ortodoxa de Georgia, enraizada en la predicación apostólica, especialmente en la figura del apóstol Andrés, y la Iglesia de Roma, fundada sobre

el martirio del apóstol Pedro, tienen así la gracia de renovar hoy, en el nombre de Cristo y para su gloria, la belleza de la fraternidad apostólica. En efecto, Pedro y Andrés eran hermanos: Jesús los llamó a dejar sus redes para ser, juntos, pescadores de hombres (cf. *Mc* 1,16-17). Querido hermano, dejémonos mirar de nuevo por el Señor Jesús, dejémonos atraer aún por su invitación a dejar todo lo que nos impide dar, juntos, el anuncio de su presencia. Nos sostiene en esto el amor

que transformó la vida de los Apóstoles. Es el amor sin igual, que el Señor ha encarnado: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn 15,13*); y que nos lo ha dado para que nos amemos unos a otros como él nos ha amado (cf. *Jn 15,12*). En este sentido, el gran poeta de esta tierra parece que nos dirige también a nosotros algunas de sus célebres palabras: «¿Has leído cómo los apóstoles escribieron del amor, cómo hablan, cómo lo alaban? Conócelo, dirige tu mente a

estas palabras: *el amor nos eleva*» "(S. Rustaveli, *El Caballero de la piel de tigre*, Tiflis 1988, estancia 785).

Realmente el amor del Señor nos eleva, porque nos permite alzarnos por encima de las incomprendiones del pasado, de los cálculos del presente y de los temores del futuro.

El pueblo georgiano ha dado testimonio durante siglos de la grandeza de este amor. Ha encontrado en él la fuerza para levantarse de nuevo después de muchas pruebas; gracias a él se ha elevado hasta las

alturas de una extraordinaria belleza artística. Sin el amor, como ha escrito otro gran poeta, «el sol no reina en la bóveda del cielo», y para los hombres «no hay belleza ni inmortalidad» (G. Tabidze, «Senza l'amore», en *Galaktion Tabidze*, Tiflis 1982, 25). El amor es la razón de ser de la belleza inmortal de vuestro patrimonio cultural, que se expresa de muchas formas, como la música, la pintura, la arquitectura y la danza. Usted, querido Hermano, ha ofrecido una digna manifestación de

ello, especialmente mediante la composición de apreciados himnos sagrados, algunos incluso en lengua latina y muy queridos en la tradición católica. Ellos enriquecen el tesoro de vuestra fe y cultura, un regalo único para la cristiandad y la humanidad, que merece ser conocido y apreciado por todos.

La gloriosa historia del Evangelio en esta tierra se debe de una manera especial a santa Nino, que suele ser equiparada a los Apóstoles: difundió la fe bajo el signo

particular de la cruz hecha de sarmiento de vid. No se trata de una cruz desnuda, porque la imagen de la vid, además del fruto que en esta tierra es excelente, representa al Señor Jesús. Él, en efecto, es «la vid verdadera», y pidió a sus Apóstoles que, como sarmientos, permanecieran firmemente injertados en él para dar fruto (cf. *Jn 15,1-8*). Querido Hermano, para que también hoy el Evangelio dé fruto, se nos pide que permanezcamos todavía más enraizados en el Señor y

unidos entre nosotros. Que la multitud de santos de este país nos anime a poner el Evangelio por encima de todo y a evangelizar como en el pasado y, más que en el pasado, libres de las ataduras de ideas preconcebidas y abiertos a la perenne novedad de Dios. Que las dificultades no sean un obstáculo, sino un estímulo que nos ayude a conocernos mejor, a compartir la sabia viva de la fe, a intensificar la oración de unos por otros y a cooperar con caridad apostólica en el testimonio común, para la

gloria de Dios en el cielo y el servicio de la paz en la tierra. Al pueblo georgiano le gusta ensalzar, brindando con el fruto de la vid, sus valores más apreciados. Junto al amor que eleva, se da un papel especial a la amistad. «Quien no busca un amigo, es enemigo de sí mismo», nos recuerda una vez más el poeta (S. Rustaveli, *El Caballero de la piel de tigre*, estancia 847). Quiero ser un amigo sincero de esta tierra y de este querido pueblo, que no olvida el bien recibido y cuyo carácter hospitalario se

combina con un estilo de vida verdaderamente lleno de esperanza, aún en medio de las dificultades, que nunca faltan. También esta actitud positiva tiene sus raíces en la fe, que lleva a los georgianos a invocar, en torno a la mesa, la paz para todos, recordando incluso a los enemigos.

Con la paz y el perdón estamos llamados a vencer a nuestros verdaderos enemigos, que no son de carne y hueso, sino los espíritus del mal que están dentro y fuera de nosotros (cf. *Ef* 6,12). Esta tierra bendita

está llena de héroes valientes según el Evangelio que, como san Jorge, fueron capaces de vencer al mal. Pienso en tantos monjes, y especialmente en los numerosos mártires, cuya vida ha triunfado «con la fe y la paciencia» (Ioane Sabanisze, *Martirio de Abo*, III): ha pasado por la prueba del dolor permaneciendo unida al Señor y ha dado así un fruto pascual, regando el suelo georgiano con la sangre derramada por amor. Que su intercesión alivie a tantos cristianos que todavía hoy en el

mundo sufren persecuciones y atropellos, y fortalezca en nosotros el buen deseo de estar fraternalmente unidos para anunciar el Evangelio de la paz. [Después del intercambio de obsequios]

Gracias, Santidad. Que Dios bendiga a Su Santidad y a la Iglesia Ortodoxa de Georgia. Y que siga adelante por el camino de la libertad.

[...]

Gracias, Santidad por la acogida y por sus palabras. Gracias por su benevolencia, y también por este compromiso

fraterno de orar uno por otro
tras haberse dado el beso de la
paz. Gracias.

30 de septiembre de 2016.
Oración del Santo Padre por la
paz en el encuentro con la
comunidad Siro-Caldea.

Iglesia católica caldea de San
Simeón Bar Sabas – Tiflis.

Viernes.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán (30 de septiembre -
2 de octubre de 2016)

Señor Jesús,
adoramos tu cruz,

que nos libra del pecado, origen de toda división y de todo mal; anunciamos tu resurrección, que rescata al hombre de la esclavitud del fracaso y de la muerte;

esperamos tu venida gloriosa, que realiza el cumplimiento de tu reino de justicia, de gozo y de paz.

Señor Jesús,
por tu gloriosa pasión,
vence la dureza de los corazones, prisioneros del odio y del egoísmo;
por el poder de tu resurrección,
arranca de su condición a las

víctimas de la injusticia y de la opresión;

por la fidelidad de tu venida, confunde a la cultura de la muerte y haz brillar el triunfo de la vida.

Señor Jesús,

une a tu cruz los sufrimientos de tantas víctimas inocentes:

los niños, los ancianos, los cristianos perseguidos;

envuelve con la luz de la

Pascua a quienes se encuentran profundamente heridos:

las persone abusadas,

despojadas de su libertad y dignidad;

haz experimentar la estabilidad
de tu reino a quienes viven en
la incertidumbre:

los exiliados, los refugiados y
quienes han perdido el gusto
por la vida.

Señor Jesús,

extiende la sombra de tu cruz
sobre los pueblos en guerra:

que aprendan el camino de la
reconciliación, del diálogo y del
perdón;

haz experimentar el gozo de tu
resurrección a los pueblos
desfallecidos por las bombas:
arranca de la devastación a
Irak y Siria;

reúne bajo la dulzura de tu
realeza a tus hijos dispersos:
sostén a los cristianos de la
diáspora y concédeles la unidad
de la fe y del amor.

Virgen María, reina de la paz,
tú que estuviste al pie de la
cruz,
alcánzanos de tu Hijo el perdón
de nuestros pecados;
tú que nunca dudaste de la
victoria de la resurrección,
sostén nuestra fe y nuestra
esperanza;
tú que has sido constituida
reina en la gloria,
enséñanos la majestad del

servicio y la gloria del amor.
Amén.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Octubre.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de octubre de 2016.

Discurso en el encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y agentes de pastoral. (Georgia y Azerbaiyán)

1 de octubre de 2016. Saludo en el encuentro con los asistidos y con los operadores de las obras de caridad de la iglesia. (Georgia y Azerbaiyán)

1 de octubre de 2016.

Saludo en la visita a la catedral patriarcal de Svetitskhoveli. (Georgia y Azerbaiyán)

1 de octubre de 2016.

Homilía en la Santa Misa.

(Georgia y Azerbaiyán)

2 de octubre de 2016.

Discurso en el encuentro con

las autoridades. (Georgia y

Azerbaiyán)

2 de octubre 2016. Discurso
encuentro interreligioso con el

jeque de los musulmanes del

Cáucaso y con representantes

de las demás comunidades

religiosas del país. (Georgia y

Azerbaiyán)

2 de octubre de 2016.

Conferencia de prensa durante

el vuelo de regreso a Roma.

Domingo. (Georgia y Azerbaiyán)

2 de octubre de 2016.

Homilía en la Santa Misa en la iglesia de la Inmaculada.

(Georgia y Azerbaiyán)

2 de octubre de 2016.

ÁNGELUS. (Georgia y Azerbaiyán)

5 de octubre de 2016.

Audiencia general.

8 de octubre de 2016.

Palabras del Santo padre Francisco en la vigilia Mariana.

9 de octubre de 2016.

Homilía en el jubileo mariano

9 de octubre de 2016.

ÁNGELUS.

12 de octubre de 2016.

Audiencia general. Obras de misericordia corporales y espirituales.

15 de octubre de 2016.

Palabras a la asociación nacional de trabajadores mayores.

16 de octubre de 2016.

Homilía en la Santa Misa y canonización de los beatos: Salomón Leclercq, José Sánchez del Río, Manuel González García, Ludovico Pavoni, Alfonso María Fusco, José Gabriel del Rosario Brochero,

Isabel de la Santísima Trinidad
Catez

16 de octubre de 2016.

ÁNGELUS.

19 de octubre de 2016.

Audiencia general. Dar de
comer al hambriento y de
beber al sediento.

20 de octubre de 2016.

Discurso a los participantes en
el capítulo general de los
agustinos recoletos.

22 de octubre de 2016.

Audiencia jubilar. Diálogo a
corazón abierto.

23 de octubre de 2016.

ÁNGELUS.

24 de octubre de 2016.

Discurso a los participantes en la 36 congregación general de la compañía de Jesús.

26 de octubre de 2016.

Audiencia general. Solidaridad hacia las mujeres y menores víctimas de la trata.

30 de octubre de 2016.

ÁNGELUS.

31 de octubre de 2016.

Discurso en el evento ecuménico en el Malmoe arena.

(Suecia)

31 de octubre de 2016.

Homilía del santo padre.

(Suecia)

31 de octubre de 2016.
DECLARACIÓN CONJUNTA.
(Suecia)

1 de octubre de 2016. Discurso en el encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y agentes de pastoral.

Iglesia de la Asunción – Tiflis.

Sábado.

Viaje apostólico del papa francisco a Georgia y

Azerbaiyán

(30 de septiembre - 2 de octubre de 2016)

Buenas tardes

Gracias, querido hermano,

gracias.

Ahora hablaré para todos, mezclando las diversas preguntas.

Cuando tú [el sacerdote que presentó el testimonio] has hablado, al final me ha venido a la mente —y él [Mons. Minassian] es testigo— un episodio ocurrido al final de la misa en Gyumri [en Armenia]. Terminada la misa, he invitado a subir al «papamóvil» a Su Excelencia y también al Obispo de la Iglesia Apostólica Armenia de la misma ciudad. Éramos tres obispos: el Obispo de

Roma, el Obispo católico de Gyumri y el Obispo Armenio Apostólico. Los tres: es una bonita «macedonia». Hemos dado una vuelta y después nos bajamos. Y cuando yo iba a montar en el coche, una viejecita me hizo un signo para que me acercara. ¿Cuántos años tenía? ¿Ochenta? No era viejecita... Parecía tener más, ochenta o más... Yo sentí en el corazón el deseo de acercarme a saludarla, porque estaba detrás de las vallas. Era una mujer humilde, muy humilde. Me ha saludado con amor...

Tenía un diente de oro, como se usaba en otros tiempos... Y me dijo: «Yo soy armenia, pero vivo en Georgia. Y he venido desde Georgia». Había viajado seis u ocho horas en autobús para estar con el Papa.

Después, al día siguiente, cuando íbamos no sé dónde — dos horas o más— la encontré allí. La dije: «Pero señora, ha venido desde Georgia... Tantas horas de viaje. Y después dos horas más, al día siguiente para encontrarme...» —«¡Eh, sí!. Es la fe», me dijo. Tú has hablado de ser *firmes en la fe*.

Ser firmes en la fe es el testimonio que me ha dado esta mujer. Creía que Jesucristo, Hijo de Dios, ha dejado a Pedro en la tierra, y ella quería ver a Pedro. Firmes en la fe significa capacidad de *recibir* de los otros la fe, *conservarla* y *transmitirla*. Tú has dicho, hablando de este ser firmes en la fe: «Mantener viva la memoria del pasado, la historia nacional, y tener la valentía de soñar un futuro luminoso». Firmes en la fe significa no olvidar lo que hemos aprendido, más aún,

hacerlo crecer y darlo a nuestros hijos. Por eso en Cracovia he dado como misión especial a los jóvenes el hablar con los abuelos. Son los abuelos los que nos han transmitido la fe. Y vosotros, que trabajáis con los jóvenes, debéis enseñarles a escuchar a los abuelos, a hablar con ellos, para recibir el agua fresca de la fe, elaborarla en el presente, hacerla crecer —no esconderla en un cajón, no—, elaborarla, hacerla crecer y transmitirla a nuestro hijos.

El apóstol Pablo, hablando a su

discípulo predilecto, Timoteo, le decía en la Segunda Carta que conservara firme la fe que había recibido de su madre y de su abuela. Este es el camino que nosotros debemos seguir, y esto nos hará madurar mucho.

Recibir la herencia, hacerla germinar y darla. Una fe sin las raíces de la madre y la abuela no crece. Y una fe que se me ha dado, y que yo no doy a los otros, a los más pequeños, a mis «hijos», tampoco crece. Así pues, para resumir: para ser firmes en la fe hay que tener *memoria del pasado,*

valentía en el presente y esperanza en el futuro. Esto por lo que se refiere al ser firmes en la fe. Y no olvidarse de aquella señora georgiana que fue capaz de ir en autobús —6 o 7 horas— a Armenia, a la ciudad de Gyumri, donde él [Mons. Minassian] es obispo, y al día siguiente ir a ver al Papa otra vez en Yerevan. No olvidar esa imagen. Es una mujer armenia, pero de Georgia. Y las mujeres georgianas tienen fama, una gran fama, de ser mujeres de fe, fuertes, que llevan adelante la Iglesia.

Y tú, Kote [seminarista], has dicho una vez a tu mamá: «Yo quiero hacer lo que hace ese señor [el sacerdote que celebra la misa]». Y al final de tu intervención has dicho: «Estoy orgulloso de ser católico y de hacerme sacerdote católico georgiano». Es todo un itinerario... No has dicho lo que dijo tu mamá... ¿Qué te dijo ante aquellas palabras tuyas: «Yo quiero hacer lo que hace ese señor» [responde: «Era pequeño, y mi mamá me dijo "está bien, haz lo que él hace"... pero era pequeño»].

Una vez más, la mamá, la mujer georgiana fuerte.

Aquella mujer «perdía» un hijo, pero alababa a Dios. Lo ha acompañado en su camino. Y eso que la mamá de Kote perdía también la oportunidad de ser suegra... Esto es el comienzo de una vocación; ahí está siempre la madre, la abuela... Pero tú has dicho la palabra clave: *memoria*.

Conservar la memoria de la primera llamada. Custodiar aquel momento como tú guardas ese recuerdo: «Yo quiero hacer lo que hace ese

señor». Porque esto no es una fábula que te ha venido a la cabeza: ha sido el Espíritu Santo quien te ha tocado. Y guardar esto en la memoria es custodiar la gracia del Espíritu Santo. Hablo a todos los sacerdotes y religiosas. Todos nosotros tenemos —o tendremos— momentos oscuros en nuestra vida. También nosotros, los consagrados. Cuando parece que las cosas no marchan bien, cuando hay dificultades de convivencia en la comunidad, en la diócesis... En esos momentos, lo que se

debe hacer es pararse, *hacer memoria*. Memoria del momento en el que he sido tocado o tocada por el Espíritu Santo. Como él ha dicho, del momento en que dijo: «Mamá, yo quiero hacer lo que hace ese señor»: el momento en que el Espíritu Santo nos toca. La perseverancia en la vocación radica en la memoria de aquella caricia que el Señor nos ha hecho y con la que nos ha dicho: «Ven, vente conmigo». Esto es lo que yo os aconsejo a todos vosotros, consagrados: no os volváis atrás cuando hay

dificultades. Y si queréis mirar atrás, que sea a la memoria de aquel momento. El único. Así la fe permanece firme, la vocación permanece firme. Con nuestras debilidades, con nuestros pecados; todos somos pecadores y todos tenemos necesidad de confesarnos, pero la misericordia y el amor de Jesús son más grandes que nuestros pecados.

Ahora quisiera hablar de dos cosas que habéis dicho... Pero [antes] dime: ¿Es tanto el frío que hace en Kazajistán en invierno? ¿SÍ?... Sigue

igualmente adelante.

Y ahora, Irina. Hemos hablado con el sacerdote, con los religiosos, con los consagrados, de la fe firme. Pero ¿cómo es *la fe en el matrimonio*? El matrimonio es lo más bello que Dios ha creado. La Biblia nos dice que Dios ha creado el hombre y la mujer, los ha creado a su imagen (cf. *Gn 1,27*). Es decir, el hombre y la mujer que se hacen una sola carne son imagen de Dios. He comprendido, Irina, cuando explicabas las dificultades que

tantas veces surgen en el matrimonio: las incomprensiones, las tentaciones... «¡Bah!, resolvamos esto por la vía del divorcio, y así yo me busco a otro y él se busca a otra, y comenzamos de nuevo. Irina, ¿tú sabes quién paga los costes del divorcio? Dos personas, pagan. ¿Quién paga?

[Irina: los dos]

¿Los dos? Y otros más. Paga Dios, porque cuando se divide «una sola carne» se ensucia la imagen de Dios. Y pagan los niños, los hijos. Vosotros no

sabéis, queridos hermanos y hermanas, no sabéis cuanto sufren los niños, los hijos pequeños, cuando ven las disputas y la separación de los padres. Se debe hacer de todo para salvar el matrimonio. Pero ¿es normal que se discuta en el matrimonio? Sí, es normal. Sucede. A veces «vuelan los platos». Pero si el amor es verdadero, entonces se hace enseguida la paz. Yo aconsejo a los esposos: discutid todo que queráis, pero no terminéis la jornada sin hacer las paces. ¿Sabéis por qué? Porque la

«guerra fría» del día siguiente es peligrosísima. Cuántos matrimonios se salvan si tienen el valor al final del día, no de hacer un discurso, sino una caricia, y la paz está hecha. Pero es verdad que hay situaciones más complejas, cuando el diablo se entromete y pone ante el hombre una mujer que le parece más bella que la suya, o cuando presenta a una mujer un hombre que le parece mejor que el suyo. Pedid ayuda inmediatamente. Cuando viene esta tentación, pedid ayuda enseguida.

Esto es lo que tú [Irina] decías sobre eso de ayudar a las parejas. Y, ¿cómo se ayuda a las parejas? Se ayudan con la *acogida*, la *cercanía*, el *acompañamiento*, el *discernimiento* y la *integración* en el cuerpo de la Iglesia. Acoger, acompañar, discernir e integrar. En la comunidad católica se debe ayudar a salvar los matrimonios. Hay tres palabras: son palabras de oro en la vida del matrimonio. Yo preguntaría a una pareja: «¿Os queréis de verdad?». —«Sí»,

dirán. «Y, cuando alguno hace una cosa por el otro, ¿sabéis decir gracias?». «Y si uno de los dos hace una diablura, ¿sabéis pedir excusa?». «Y si queréis llevar a cabo un plan, como pasar un día en el campo o cualquier otra cosa, ¿sabéis pedir la opinión del otro?». Tres palabras: «¿Qué te parece? ¿Puedo?»; «gracias», «excusa». Si en la pareja se usan estas palabras: «Excusa, me he equivocado»; «¿Puedo hacer esto?»; «Gracias por la comida que me has preparado». «¿Puedo?», «gracias»,

«perdona»: si se usan estas tres palabras, el matrimonio irá bien. Es una ayuda.

Tú, Irina, has mencionado un gran enemigo de matrimonio hoy en día: la teoría del *gender*. Hoy hay una guerra mundial para destruir el matrimonio. Hoy existen colonizaciones ideológicas que destruyen, pero no con las armas, sino con las ideas. Por lo tanto, es preciso defenderse de las colonizaciones ideológicas.

Ante los problemas, hay que hacer las paces lo antes

posible, antes de que termine la jornada, y no olvidar las tres palabras: permiso, gracias, perdóname.

Tú, Kakha, has hablado de una Iglesia abierta, que no se encierre en sí misma, que sea una Iglesia para todos, una Iglesia madre: la mamá es así. Hay dos mujeres que Jesús ha queridos para todos nosotros: su madre y su esposa. Ambas se asemejan. La madre es la madre de Jesús, y él nos la ha dejado como madre nuestra. La Iglesia es la esposa de Jesús, y también ella es nuestra madre.

Con la madre Iglesia y la madre María se puede ir adelante seguros. Y aquí encontramos una vez más a la mujer. Parece que el Señor tiene una preferencia por llevar adelante la fe en las mujeres. María, la Santa Madre de Dios; la Iglesia, la Santa Esposa de Dios — aunque pecadora en nosotros, sus hijos— y la abuela y la mamá que nos han transmitido la fe.

Y será María, será la Iglesia, será la abuela, será la mamá quienes defenderán la fe. Vuestros antiguos monjes

decían así, escúchenlo con atención: «Cuando hay turbulencias espirituales, es preciso refugiarse bajo el manto de la Santa Madre de Dios». María es el modelo de la Iglesia, es el modelo de la mujer, sí, porque la Iglesia es mujer y María es mujer.

Ahora una última cosa...

¿Quién lo ha dicho?

Precisamente Kote, otra vez más: el problema del ecumenismo. Nunca litigar.

Dejemos que los teólogos estudien los temas abstractos de la teología. Pero, ¿qué debo

hacer con un amigo, un vecino, una persona ortodoxa? Ser abierto, ser amigo. ¿Acaso me debo esforzar en convertirlo? Hay un pecado gordo contra el ecumenismo: el proselitismo. Nunca se debe hacer proselitismo con los ortodoxos. Son hermanos y hermanas nuestros, discípulos de Jesucristo. Por circunstancias históricas muy complejas, hemos llegado a ser así. Ellos, como nosotros, creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo; creemos en la Santa Madre de Dios. ¿Qué

debo hacer? No condenar, no, no puedo. Amistad, caminar juntos, rezar unos por otros. Rezar y hacer obras de caridad juntos, cuando es posible. Esto es el ecumenismo. Pero nunca condenar un hermano o una hermana, nunca dejar de saludarla porque es ortodoxa. Quisiera terminar todavía con el pobre Kote. «Santo Padre —decías al final—, estoy orgulloso de ser católico y de hacerme sacerdote católico georgiano». A ti y a todos vosotros, católicos georgianos, os pido por favor que nos

defendáis de la mundanidad. Jesús nos ha hablado con tanta energía contra la mundanidad; en el discurso de la Última Cena ha pedido al Padre: «Padre, defiéndelos [a los discípulos] de la mundanidad. Defiéndelos del mundo». Pidamos esta gracia todos juntos: que el Señor nos libre de la mundanidad; que nos haga hombres y mujeres de Iglesia, firmes en la fe que hemos recibido de la abuela y la mamá; firmes en la fe que está segura bajo la protección del manto de la Santa Madre de

Dios.

Y, así como estamos, sin
movernos, recemos a la Santa
Madre de Dios el *Ave María*.

[Rezo del Ave María]

Ahora os impartiré la
bendición. Y os pido, por favor,
que recéis por mí

[Bendición]

Rezad por mí.

1 de octubre de 2016. Saludo en el encuentro con los asistidos y con los operadores de las obras de caridad de la iglesia.

Centro de asistencia de los Padres Camilos – Tiflis.

Sábado.

Viaje apostólico del papa francisco a Georgia y Azerbaiyán
(30 de septiembre - 2 de octubre de 2016)

Queridos hermanos y hermanas

Os saludo con afecto y me complace encontrarme con vosotros, que trabajáis en el ámbito de la caridad aquí en Georgia, y que con vuestra solicitud expresáis de manera elocuente el amor al prójimo, distintivo de los discípulos de Cristo. Agradezco al P. Zurab las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Vosotros representáis a los diversos centros caritativos del País: Institutos religiosos masculinos y femeninos, Caritas, Asociaciones eclesiales y

otras organizaciones y grupos de voluntariado. A cada uno expreso mi gratitud por el generoso compromiso al servicio de los más necesitados. Vuestra actividad es un camino de colaboración fraterna entre los cristianos de este País y entre los fieles de diversos ritos. Este encuentro bajo el signo de la caridad evangélica es testimonio de comunión y promueve el camino de la unidad. Os animo a continuar por esta senda exigente y fecunda: las personas pobres y débiles son la «carne de Cristo»

que interpela a los cristianos de cualquier confesión, que los mueve a obrar sin intereses personales, siguiendo únicamente el impulso del Espíritu Santo.

Dirijo un saludo especial a los ancianos, a los enfermos, a cuantos sufren y a las personas atendidas en las diversas obras de caridad. Me alegra estar un momento con vosotros y animaros: Dios nunca os abandona, siempre está cerca, pronto a escucharos, a daros fortaleza en los momentos de dificultad. Vosotros sois los

predilectos de Jesús, que quiso identificarse con las personas que sufren, sufriendo él mismo en su pasión.

Las iniciativas caritativas son el fruto maduro de una Iglesia que sirve, que ofrece esperanza y manifiesta la misericordia de Dios. Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas, tenéis una misión muy grande.

Continuad viviendo la caridad en la Iglesia y manifestándola en toda la sociedad, con el entusiasmo del amor que viene de Dios. Que la Virgen María, icono del amor gratuito, os guíe

y proteja. Que os sostenga también la bendición del Señor que invoco de corazón sobre todos vosotros.

1 de octubre de 2016. Saludo
en la visita a la catedral
patriarcal de Svetitskhoveli.

Misjeta.

Sábado.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán
(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

*Santidad,
Señor Primer Ministro,
Distinguidas Autoridades*

*e ilustres Miembros del Cuerpo
Diplomático,
Queridos Hermanos Obispos y
Sacerdotes,
Queridos hermanos y
hermanas:*

Al concluir mi peregrinación en Georgia, doy gracias a Dios por tener un momento de recogimiento en este templo santo. Deseo también dar gracias de corazón aquí por la acogida recibida, por vuestro emotivo testimonio de fe, por el buen corazón de los georgianos. Me vienen a la mente, Santidad, las palabras

del Salmo: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos. Es unguento precioso en la cabeza» (*Sal* 133,1-2). Querido hermano, el Señor, que nos ha concedido la alegría de encontrarnos y de intercambiar el beso santo, rocíe sobre nosotros el unguento perfumado de la concordia y derrame abundantes bendiciones sobre nuestro camino y el de este amado pueblo.

La lengua georgiana está llena de expresiones significativas

que describen la fraternidad, la amistad y la cercanía entre las personas. Hay una, noble y genuina, que manifiesta la disponibilidad para reemplazar al otro, la voluntad de hacerse cargo de él, de decirle con la vida «me gustaría estar en tu lugar»: *shen genatsvale*.

Compartir en la comunión de la oración y en la unión de las almas las alegrías y las angustias, llevando los unos las cargas de los otros (cf. *Ga 6,2*): que nuestro caminar juntos esté marcado por esta fraterna actitud cristiana.

Esta magnífica catedral, que alberga muchos tesoros de fe y de historia, nos invita a hacer memoria del pasado. Es muy importante, ya que «la caída del pueblo comienza allí, dónde termina la memoria del pasado» (I. Chavchavadze, *El pueblo y la historia*, en *Iveria*, 1888). La historia de Georgia es como un libro antiguo en el que cada página nos habla de testimonios santos y de valores cristianos, que han forjado el alma y la cultura del país. Este valioso libro narra, también gestas de gran apertura,

acogida e integración. Son valores inestimables y siempre válidos, para esta tierra y para toda la región, tesoros que reflejan bien la identidad cristiana, la cual se mantiene cuando permanece bien fundamentada en la fe y al mismo tiempo está siempre abierta y disponible, nunca rígida o cerrada.

El mensaje cristiano —este lugar sagrado nos lo recuerda— fue durante siglos el pilar de la identidad georgiana: ha dado estabilidad en medio de tantas agitaciones, incluso cuando el

destino del País ha sido abandonado por desgracia tantas veces amargamente a su propia suerte. Pero el Señor nunca ha abandonado a la amada tierra de Georgia, porque él es «fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones, sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan» (*Sal* 145,13-14). La tierna y compasiva cercanía del Señor está aquí representada de manera particular por el signo de la *túnica sagrada*. El misterio de la túnica «sin costura, tejida

toda de una pieza de arriba abajo» (*Jn 19,23*), ha atraído la atención de los cristianos desde los comienzos. Un Padre antiguo, san Cipriano de Cartago, dijo que en la túnica indivisa de Jesús aparece ese «vínculo de concordia, que une inseparablemente», esa «unidad que viene de lo alto, es decir del cielo y del Padre, que no podía ser desgarrada de ninguna manera» (*De catholicae Ecclesiae unitate, 7*). La túnica sagrada, misterio de la unidad, nos exhorta a experimentar un gran dolor por

las divisiones de los cristianos habidas a lo largo de la historia: son desgarros reales infligidos en la carne del Señor. Al mismo tiempo, sin embargo, la «unidad que viene de lo alto», el amor de Cristo que nos ha reunido dándonos no solamente su túnica, sino también su propio cuerpo, nos impulsa a no conformarnos y a ofrecernos a nosotros mismos siguiendo su ejemplo (cf. *Rm* 12,1): nos animan al amor sincero y a la comprensión recíproca para recomponer las laceraciones,

impulsados por un espíritu de límpida hermandad cristiana. Todo esto requiere ciertamente un camino paciente, que hay que cultivar con confianza en los demás y con humildad, sin miedo y sin desalentarse, sino más bien con la alegre certeza que la esperanza cristiana nos hace pregonar. Ella nos anima a creer que se pueden remediar las contraposiciones y remover los obstáculos, nos invita a no renunciar nunca a las oportunidades de encuentro y de diálogo, así como a custodiar y mejorar juntos lo que ya

existe. Pienso, por ejemplo, en el diálogo que se está desarrollando en la Comisión Mixta Internacional y en otras fecundas ocasiones de intercambio.

San Cipriano afirmaba también que la túnica de Cristo, «única, indivisible, toda de una sola pieza, indica la inseparable concordia de nuestro pueblo, de nosotros que nos hemos revestido de Cristo» (*ibíd.*).

Aquellos que han sido bautizados en Cristo, dice el apóstol Pablo, se han revestido de Cristo (cf. *Ga 3,27*). Por lo

tanto, a pesar de nuestros límites y más allá de cualquier distinción histórica y cultural, estamos llamados a ser «uno en Cristo Jesús» (*Ga 3,28*) y a no poner en primer lugar la discordia y las divisiones entre los bautizados, porque realmente es mucho más lo que nos une que lo que nos divide. En esta Catedral Patriarcal muchos hermanos y hermanas reciben el bautismo, que en la lengua georgiana expresa muy bien la vida nueva recibida en Cristo, indicando una iluminación que da sentido a

todo, porque conduce fuera de la oscuridad. En georgiano, incluso la palabra «educación» viene de la misma raíz y por lo tanto está estrechamente emparentada con el bautismo. La nobleza de la lengua induce así a pensar en la belleza de una vida cristiana que desde el comienzo es luminosa y se mantiene así si permanece en la luz del bien y rechaza la oscuridad del mal; si, manteniendo la fidelidad a las propias raíces, no cede a las cerrazones que ensombrecen la vida, sino que está siempre

bien dispuesta a aceptar y aprender, a ser iluminada por todo aquello que es bello y verdadero. Que las espléndidas riquezas de este pueblo sean conocidas y apreciadas; que podamos compartir cada vez más, para el enriquecimiento común, los tesoros que Dios da a cada uno, y nos ayudemos mutuamente a crecer en el bien.

Aseguro de corazón mi oración para que el Señor, que hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21,5), por la intercesión de los santos hermanos

Apóstoles Pedro y Andrés, de los mártires y de todos los santos, aumente el amor entre los creyentes en Cristo y la búsqueda luminosa de todo aquello que nos pueda acercar, reconciliar y unir. Que la hermandad y la colaboración crezcan en todos los ámbitos; que la oración y el amor nos ayuden a acoger cada vez más el ardiente deseo del Señor para todos los que creen en él por la palabra de los Apóstoles: que todos sean «uno» (cf. *Jn* 17,20-21).

1 de octubre de 2016. Homilía
en la Santa Misa.

Estadio M. Meskhi – Tiflis.

Sábado.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán.

(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

Entre los muchos tesoros de
este espléndido país destaca el
gran valor que representan las
mujeres. Ellas —escribía santa

Teresa del Niño Jesús, cuya memoria celebramos hoy— «aman a Dios en número mucho mayor que los hombres» (*Manuscritos autobiográficos*, Manuscrito A, 66). Aquí en Georgia, hay muchas abuelas y madres que siguen conservando y transmitiendo la fe, sembrada en esta tierra por santa Nino, y llevan el agua fresca del consuelo de Dios a muchas situaciones de desierto y conflicto.

Esto nos ayuda a comprender la belleza de lo que el Señor

dice en la primera lectura de hoy: «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (*Is 66,13*). Como una madre toma sobre sí el peso y el cansancio de sus hijos, así quiere Dios cargar con nuestros pecados e inquietudes; él, que nos conoce y ama infinitamente, es sensible a nuestra oración y sabe enjugar nuestras lágrimas. Cada vez que nos mira se conmueve y se enternece con un amor entrañable, porque, más allá del mal que podemos hacer,

somos siempre sus hijos; desea tomarnos en brazos, protegernos, librarnos de los peligros y del mal. Dejemos que resuenen en nuestro corazón las palabras que hoy nos dirige: «Como una madre consuela, así os consolaré yo». El consuelo que necesitamos, en medio de las vicisitudes turbulentas de la vida, es la presencia de Dios en el corazón. Porque su presencia en nosotros es la fuente del verdadero consuelo, que permanece, que libera del mal, que trae la paz y acrecienta la

alegría. Por lo tanto, si queremos ser consolados, tenemos que dejar que el Señor entre en nuestra vida. Y para que el Señor habite establemente en nosotros, es necesario abrirle la puerta y no dejarlo fuera. Hay que tener siempre abiertas las *puertas del consuelo* porque Jesús quiere entrar por ahí: por el Evangelio leído cada día y llevado siempre con nosotros, la oración silenciosa y de adoración, la Confesión y la Eucaristía. A través de estas puertas el Señor entra y hace que las

cosas tengan un sabor nuevo. Pero cuando la puerta del corazón se cierra, su luz no llega y se queda a oscuras. Entonces nos acostumbramos al pesimismo, a lo que no funciona bien, a las realidades que nunca cambiarán. Y terminamos por encerrarnos dentro de nosotros mismos en la tristeza, en los sótanos de la angustia, solos. Si, por el contrario, abrimos de par en par las puertas del consuelo, entrará la luz del Señor. Pero Dios no nos consuela sólo en el corazón; por medio del

profeta Isaías, añade: «En Jerusalén seréis consolados» (Is 66,13). En Jerusalén, en la comunidad, es decir en la ciudad de Dios: cuando estamos unidos, cuando hay comunión entre nosotros obra el consuelo de Dios. En la Iglesia se encuentra consuelo, es la *casa del consuelo*: aquí Dios desea consolar. Podemos preguntarnos: Yo, que estoy en la Iglesia, ¿soy portador del consuelo de Dios? ¿Sé acoger al otro como huésped y consolar a quien veo cansado y desilusionado? El cristiano,

incluso cuando padece aflicción y acoso, está siempre llamado a infundir esperanza a quien está resignado, a alentar a quien está desanimado, a llevar la luz de Jesús, el calor de su presencia y el alivio de su perdón. Muchos sufren, experimentan pruebas e injusticias, viven preocupados. Es necesaria la unción del corazón, el consuelo del Señor que no elimina los problemas, pero da la fuerza del amor, que ayuda a llevar con paz el dolor. *Recibir y llevar el consuelo de Dios: esta misión*

de la Iglesia es urgente.

Queridos hermanos y hermanas, sintámonos llamados a esto; no a fossilizarnos en lo que no funciona a nuestro alrededor o a entristecernos cuando vemos algún desacuerdo entre nosotros. No está bien que nos acostumbremos a un «microclima» eclesial cerrado, es bueno que compartamos horizontes de esperanza amplios y abiertos, viviendo el entusiasmo humilde de abrir las puertas y salir de nosotros mismos.

Pero hay una condición fundamental para recibir el consuelo de Dios, y que hoy nos recuerda su Palabra: hacerse pequeños como niños (cf. *Mt* 18,3-4), ser «como un niño en brazos de su madre» (*Sal* 130,2). Para acoger el amor de Dios es necesaria esta pequeñez del corazón: en efecto, sólo los pequeños pueden estar en brazos de su madre.

Quien se hace pequeño como un niño —nos dice Jesús— «es el más grande en el reino de los cielos» (*Mt* 18,4). La

verdadera grandeza del hombre consiste en hacerse pequeño ante Dios. Porque a Dios no se le conoce con elevados pensamientos y muchos estudios, sino con la pequeñez de un corazón humilde y confiado. Para ser grande ante el Altísimo no es necesario acumular honores y prestigios, bienes y éxitos terrenales, sino vaciarse de sí mismo. El niño es precisamente aquel que no tiene nada que dar y todo que recibir. Es frágil, depende del papá y de la mamá. Quien se hace pequeño como un niño se

hace pobre de sí mismo, pero rico de Dios.

Los niños, que no tienen problemas para comprender a Dios, tienen mucho que enseñarnos: nos dicen que él realiza cosas grandes en quien no le ofrece resistencia, en quien es simple y sincero, sin dobleces. Nos lo muestra el Evangelio, donde se realizan grandes maravillas con pequeñas cosas: con unos pocos panes y dos peces (cf. *Mt* 14,15-20), con un grano de mostaza (cf. *Mc* 4,30-32), con un grano de trigo que cae

en tierra y muere
(cf. *Jn* 12,24), con un solo vaso
de agua ofrecido (cf. *Mt* 10,42),
con dos pequeñas monedas de
una viuda pobre (cf. *Lc* 21, 1-
4), con la humildad de María, la
esclava del Señor (cf. *Lc* 1,46-
55).

He aquí la sorprendente
grandeza de Dios, un Dios lleno
de sorpresas y que ama las
sorpresas: nunca perdamos el
deseo y la confianza en las
sorpresas de Dios. Nos hará
bien recordar que somos,
siempre y ante todo, hijos
suyos: no dueños de la vida,

sino hijos del Padre; no adultos autónomos y autosuficientes, sino niños que necesitan ser siempre llevados en brazos, recibir amor y perdón. Dichosa las comunidades cristianas que viven esta genuina sencillez evangélica. Pobres de recursos, pero ricas de Dios. Dichosos los pastores que no se apuntan a la lógica del éxito mundano, sino que siguen la ley del amor: la acogida, la escucha y el servicio. Dichosa la Iglesia que no cede a los criterios del funcionalismo y de la eficiencia organizativa y no presta

atención a su imagen. Pequeño y amado rebaño de Georgia, que tanto te dedicas a la caridad y a la formación, acoge el aliento que te infunde el Buen Pastor, confíate a Aquel que te lleva sobre sus hombros y te consuela.

Quisiera resumir estas ideas con algunas palabras de santa Teresa del Niño Jesús, a quien recordamos hoy. Ella nos señala su «pequeño camino» hacia Dios, «el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre», porque «Jesús no pide grandes

hazañas, sino únicamente abandono y gratitud»

(*Manuscritos autobiográficos*, Manuscrito B, 1).

Lamentablemente –como escribía entonces, y ocurre también hoy–, Dios encuentra «pocos corazones que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito» (*ibíd.*). La joven santa y Doctora de la Iglesia, por el contrario, era experta en la «ciencia del Amor» (*ibíd.*), y nos enseña que «la caridad perfecta consiste en soportar

los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar»; nos recuerda también que «la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón» (*Manuscrito C, 12*). Pidamos hoy, todos juntos, la gracia de un corazón sencillo, que cree y vive en la fuerza bondadosa del amor, pidamos vivir con la serena y total confianza en la misericordia de Dios.

SALUDO AL FINAL DE LA MISA

Agradezco a Mons. Pasotto las amables palabras que me ha dirigido en nombre de las Comunidades latina, armenia y asirio-caldea. Saludo al Patriarca Sako y a los Obispos caldeos, a Mons. Minassian y a los que han venido de la vecina Armenia, y a todos vosotros, queridos fieles de las diversas regiones de Georgia. Doy las gracias al Señor Presidente, a las autoridades, a los amigos queridos de la Iglesia Apostólica Armenia y de las confesiones cristianas que han venido, y en especial a los

fieles de la Iglesia Ortodoxa de Georgia aquí presentes. Os Pido, por favor, que recéis por mí, al mismo tiempo que os aseguro mi recuerdo y os renuevo mi agradecimiento: *Didi madloba* [Muchas gracias].

2 de octubre de 2016. Discurso en el encuentro con las autoridades

Centro "Heydar Aliyev" – Bakú.

Domingo.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán

(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

*Señor Presidente,
Distinguidas autoridades,
Ilustres miembros del Cuerpo*

Diplomático,

Señoras y Señores:

Me alegro mucho de visitar Azerbaiyán y os agradezco la cordial acogida en esta ciudad, capital del país, en la orilla del Mar Caspio, ciudad que ha transformado radicalmente su rostro con construcciones recientes, como en la que se desarrolla este encuentro.

Señor Presidente, le agradezco vivamente las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre del gobierno y del pueblo azerí, y por haberme ofrecido la posibilidad,

gracias a su cortés invitación, de devolver la visita que junto a su consorte realizó el año pasado al Vaticano.

He llegado a este país llevando en el corazón la admiración por la complejidad y riqueza de su cultura, fruto de la aportación de tantos pueblos que a lo largo de la historia han habitado estas tierras, dando vida a un tejido de experiencias, valores y peculiaridades que caracterizan la sociedad actual y se traducen en la prosperidad del moderno Estado azerí. El próximo 18 de

octubre Azerbaiyán celebrará el 25 aniversario de su independencia, y esa fecha ofrece la posibilidad de tener una visión de conjunto de todos los acontecimientos de estos decenios, de los progresos alcanzados y de las problemáticas que el país está afrontando.

El camino recorrido hasta aquí muestra claramente los notables esfuerzos que se han hecho para consolidar las instituciones y favorecer el crecimiento económico y civil de la nación. Es una trayectoria

que exige una constante atención a todos, especialmente a los más débiles; una trayectoria posible gracias a una sociedad que reconoce los beneficios de la multiculturalidad y de la necesaria complementariedad de las culturas, de manera que entre los distintos componentes de la comunidad civil y entre los que pertenecen a diferentes confesiones religiosas se instauren relaciones de mutua colaboración y respeto. Este esfuerzo común en la construcción de una armonía

entre las diferencias es particularmente importante en este tiempo, porque muestra que es posible testimoniar las propias ideas y la propia concepción de la vida sin conculcar los derechos de los que tienen otras concepciones o formas de ver. Toda pertenencia étnica o ideológica, como todo auténtico camino religioso, debe repudiar actitudes y concepciones que instrumentalizan las propias convicciones, la propia identidad o el nombre de Dios para legitimar intentos de

opresión y dominio.

Deseo vivamente que Azerbaiyán prosiga por este camino de colaboración entre las distintas culturas y confesiones religiosas. Que la armonía y la coexistencia pacífica alimenten cada vez más la vida social y civil del país en sus múltiples aspectos, asegurando a todos la posibilidad de aportar la propia contribución al bien común. El mundo experimenta lamentablemente el drama de muchos conflictos que se alimentan de la intolerancia,

fomentada por ideologías violentas y por la negación práctica de los derechos de los más pobres. Para oponerse eficazmente a estas peligrosas desviaciones, es necesario que crezca la cultura de la paz, la cual se nutre de una incesante disposición al diálogo y de la conciencia de que no existe otra alternativa razonable que la continua y paciente búsqueda de soluciones compartidas, mediante leales y constantes negociaciones. Así como dentro de los confines de una nación se debe

fomentar la armonía entre los distintos grupos que la componen, del mismo modo, también entre los Estados es necesario proseguir, con sabiduría y valor, por el camino que conduce al verdadero progreso y a la libertad de los pueblos, abriendo itinerarios originales que tiendan a alcanzar acuerdos duraderos y a la paz. De este modo, se ahorrarán a los pueblos grandes sufrimientos y dolorosas heridas, difíciles de curar.

También respecto a este país,

deseo expresar ardientemente mi cercanía a quienes han debido abandonar su tierra y a tantas personas que sufren a causa conflictos sangrientos. Espero que la comunidad internacional sepa ofrecer con constancia su indispensable ayuda. Al mismo tiempo, con el fin de hacer posible la apertura de una fase nueva, abierta a una paz estable en la región, invito a todos a hacer todo lo posible para alcanzar una solución satisfactoria. Confío en que, con la ayuda de Dios y mediante la buena voluntad de

las partes, el Cáucaso pueda ser un lugar donde, a través del diálogo y las negociaciones, las controversias y las divergencias logren componerse y superarse, de modo que esta área, «puerta entre Oriente y Occidente», según la hermosa imagen usada por san Juan Pablo II cuando visitó vuestro país (cf. Discurso en la ceremonia de bienvenida, 22 mayo 2002), se convierta también en una puerta abierta hacia la paz y un ejemplo en el que fijarse para resolver antiguos y nuevos

conflictos.

La Iglesia Católica, aun siendo en este país una presencia numéricamente exigua, está inserta en la vida civil y social de Azerbaiyán, participa en sus alegrías y es solidaria para afrontar sus dificultades. El reconocimiento jurídico, hecho posible tras la ratificación del Acuerdo internacional con la Santa Sede en 2011, ha ofrecido además un cuadro normativo más estable para la vida de la comunidad católica en Azerbaiyán.

Me alegro además

particularmente de las cordiales relaciones que la comunidad católica tiene con la musulmana, la ortodoxa y la judía, y espero que se incrementen los signos de amistad y de colaboración. Estas buenas relaciones tienen un alto significado para la pacífica convivencia y para la paz del mundo, y muestran que entre los fieles de distintas confesiones religiosas son posibles las relaciones cordiales, el respeto y la cooperación con vistas al bien común.

La adhesión a los genuinos valores religiosos es totalmente incompatible con el tentativo de imponer con la violencia a los otros las propias formas de ver, escudándose en el santo nombre de Dios. Que la fe en Dios sea más bien fuente de inspiración para la mutua comprensión, el respeto y la ayuda recíproca, en favor del bien común de la sociedad. Que Dios bendiga Azerbaiyán con la armonía, la paz y la prosperidad.

2 de octubre 2016. Discurso
encuentro interreligioso con el
jeque de los musulmanes del
Cáucaso y con representantes
de las demás comunidades
religiosas del país.

Mezquita "Heydar Aliyev" –
Bakú.

Domingo.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán
(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

Es una bendición encontrarnos aquí juntos. Deseo dar las gracias al Presidente del Consejo de la comunidad musulmana del Cáucaso, que, con su habitual cortesía nos acoge, y a los Líderes religiosos locales de la Iglesia Ortodoxa Rusa y de la Comunidad judía. Es un gran signo reunirnos en amistad fraterna en este lugar de oración, un signo que manifiesta esa armonía que las religiones juntas pueden construir a partir de las relaciones personales y de la

buena voluntad de los responsables. Aquí se comprueba, por ejemplo, la ayuda concreta que el Presidente del Consejo de la comunidad musulmana ha garantizado en diversas ocasiones a la comunidad católica, y los sabios consejos que, en un espíritu de familia, comparte con ella; hay que destacar también el hermoso lazo que une a los católicos con la comunidad ortodoxa, en una fraternidad concreta y en un afecto cotidiano que es un ejemplo para todos, así como la

cordial amistad con la
comunidad judía.

De esta concordia se beneficia
Azerbaiyán, que se distingue
por la acogida y la hospitalidad,
dones que he podido
experimentar en esta
memorable jornada, por la cual
estoy muy agradecido. Aquí se
desea custodiar el gran
patrimonio de las religiones y
se busca al mismo tiempo una
mayor y fecunda apertura:
aunque el catolicismo, por
ejemplo, encuentra lugar y
armonía entre otras religiones
mucho más numerosas, signo

concreto que muestra cómo no la contraposición, sino la colaboración, es lo que ayuda a construir sociedades mejores y pacíficas. Nuestro encuentro está también en continuidad con las muchas reuniones que tienen lugar en Bakú para promover el diálogo y la multiculturalidad. Abriendo las puertas a la acogida y a la integración, se abren las puertas de los corazones de cada uno y las puertas de la esperanza para todos. Confío en que este país, «puerta entre el Oriente y el Occidente»

(Juan Pablo II, Discurso en la ceremonia de bienvenida, Bakú, 22 Mayo 2002), cultive siempre su vocación de apertura y de encuentro, condiciones indispensables para construir puentes sólidos de paz y un futuro digno del hombre.

La fraternidad y el intercambio que queremos aumentar no será apreciado por aquellos que quieren hacer hincapié en las divisiones, reavivar tensiones y sacar ganancias de conflictos y controversias; sin embargo, son invocados y esperados por quienes desean el bien común,

y sobre todo agradan a Dios, compasivo y misericordioso, que quiere a los hijos e hijas de la única familia humana más unidos entre sí y siempre en diálogo. Un gran poeta, hijo de esta tierra, escribió: «Si eres humano, mézclate con los humanos, porque los hombres están bien entre ellos» (Nizami Ganjavi, *El libro de Alejandro*). Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humanos: a reconocerse parte activa de un todo más grande y a interpretar la vida

como un regalo para los otros;
a ver como objetivo no los
propios intereses, sino el bien
de la humanidad; a actuar sin
idealismos y sin
intervencionismos, sin ninguna
interferencia perjudicial o
acción forzada, sino siempre
respetando la dinámica
histórica de las culturas y de
las tradiciones religiosas.
Las religiones tienen
precisamente una gran tarea:
acompañar a los hombres en la
búsqueda del sentido de la
vida, ayudándoles a entender
que las limitadas capacidades

del ser humano y los bienes de este mundo nunca deben convertirse en un absoluto. Nizami ha escrito también: «No te establezcas firmemente sobre tus propia fuerza, hasta que en el cielo no hayas encontrado un hogar. Los frutos del mundo no son eternos, no adores aquello que perece» (*Leylā y Majnūn*, Muerte de Majnūn sobre la tumba de Leylā). Las religiones están llamadas a hacernos comprender que el centro del hombre está fuera de sí mismo, que tendemos hacia lo Alto

infinito y hacia el otro que tenemos al lado. Hacia allí está llamada a encaminarse la vida, hacia el amor más elevado y más concreto: sólo este puede ser el culmen de toda aspiración auténticamente religiosa; porque —dice también el poeta— «amor es aquello que nunca cambia, amor es aquello que no tiene fin» (*ibíd.*, Desesperación de Majnūn).

Por lo tanto, la religión es una necesidad para el hombre, para realizar su fin, una brújula para orientarlo hacia el bien y

alejarse del mal, que está siempre al acecho en la puerta de su corazón (cf. *Gn 4,7*). En este sentido, las religiones tienen una tarea educativa: ayudar al hombre a dar lo mejor de sí. Y nosotros, como guías, tenemos una gran responsabilidad para ofrecer respuestas auténticas a la búsqueda del hombre, a menudo perdido en las vertiginosas paradojas de nuestro tiempo. En efecto, vemos cómo en nuestros días, arrecia por un lado el nihilismo de los que ya no creen en

nada, excepto en sus propios intereses, ventajas y provechos, de los que tiran sus vidas adaptándose al dicho «si Dios no existe todo está permitido» (cf. F. M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, XI, 4.8.9); por otro lado, surgen cada vez más las reacciones duras y fundamentalistas de aquellos que, con la violencia de la palabra y de los gestos, quieren imponer actitudes extremas y radicalizadas, las más lejanas del Dios vivo. Las religiones, por el contrario,

ayudan a discernir el bien y ponerlo en práctica con las obras, con la oración y con el esfuerzo del trabajo interior, están llamadas a edificar la *cultura del encuentro y de la paz*, hecha de paciencia, comprensión, pasos humildes y concretos. Así se sirve a la sociedad humana. Esta, por su parte, debe vencer la tentación de instrumentalizar el factor religioso: las religiones nunca han de ser manipuladas y nunca pueden favorecer conflictos y enfrentamientos. En cambio, es fecundo un

vínculo virtuoso entre la sociedad y las religiones, una alianza respetuosa que se debe construir y preservar, y que quisiera simbolizar con una imagen apreciada en este país. Me refiero a las artísticas vidrieras que hay desde hace siglos en estas tierras, hechas solamente de madera y cristales de color (*Shebeke*). En la producción artesanal, hay una característica única: no se utilizan pegamentos ni clavos, sino que se mantienen unidos la madera y el cristal, encajándolos entre sí por un

trabajo largo y laborioso. Así, la madera sujeta el cristal y el cristal deja pasar la luz. Del mismo modo, toda sociedad civil tiene la tarea de apoyar la religión, que permite la entrada de una luz indispensable para vivir: para ello es necesario garantizar una efectiva y auténtica libertad. No se han de utilizar, pues, «pegamentos» artificiales que obliguen al hombre a creer, imponiéndole un determinado credo y privándolo de la libertad de elección; tampoco han de entrar en las religiones los

«clavos» externos de los intereses mundanos, de la ambición de poder y de dinero. Porque Dios no puede ser invocado por intereses partidistas y fines egoístas, no puede justificar forma alguna de fundamentalismo, imperialismo o colonialismo. Una vez más, desde este lugar tan significativo, se eleva el grito afligido: «¡Nunca más violencia en nombre de Dios!». Que su santo nombre sea adorado, no profanado y ni mercantilizado por los odios y los conflictos humanos.

Honramos, sin embargo, la providente misericordia divina sobre nosotros con la oración asidua y con el diálogo concreto, «condición necesaria para la paz en el mundo, y por lo tanto deber para los cristianos, así como para las otras comunidades religiosas» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 250). La oración y el diálogo están profundamente relacionados entre sí: nacen de la apertura del corazón y se inclinan hacia el bien de los otros, enriqueciéndose así y reforzándose mutuamente. La

Iglesia Católica, en continuidad con el Concilio Vaticano II, con convicción, «exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socioculturales que en ellos existen» (Decl.*Nostra aetate*, 2). Ningún «sincretismo conciliador», ni «una apertura diplomática, que dice que sí a

todo para evitar problemas»
(Exhort. ap. *Evangelii gaudium*,
251), sino dialogar con los
demás y orar por todos: estos
son nuestros medios para
cambiar sus lanzas en
podaderas (cf. *Is 2,4*), para
hacer surgir amor donde hay
odio, y perdón donde hay
ofensa, para no cansarse de
implorar y seguir los caminos
de la paz.

Una paz verdadera, fundada
sobre el respeto mutuo, sobre
el encuentro y el intercambio,
sobre la voluntad de ir más allá
de los prejuicios y los errores

del pasado, sobre la renuncia a las falsedades y a los intereses partidistas; una paz duradera animada por el valor de superar las barreras, de erradicar la pobreza y la injusticia, de denunciar y detener la proliferación de armas y las ganancias inicuas obtenidas sobre la piel de los otros. La voz de mucha sangre grita a Dios desde la tierra, nuestra casa común (cf. *Gn 4,10*). Ahora tenemos el reto de dar una respuesta que no puede aplazarse por más tiempo, para

construir *juntos* un futuro de paz: no es tiempo de soluciones violentas y bruscas, sino la hora urgente de emprender procesos pacientes de reconciliación. El verdadero problema de nuestro tiempo no es cómo llevar adelante nuestros intereses –este no es el verdadero problema-, sino qué perspectiva de vida ofrecer a las generaciones futuras, cómo dejar un mundo mejor del que hemos recibido. Dios, y la historia misma, nos preguntarán si hemos trabajado hoy por la paz; ya

nos lo piden con ardor las jóvenes generaciones, que sueñan con un futuro diferente. En la noche de los conflictos que estamos atravesando, las religiones son auroras de paz, semillas de renacimiento entre devastaciones de muerte, ecos de diálogo que resuenan sin descanso, caminos de encuentro y reconciliación para llegar allí donde los intentos de mediación oficiales parecen no surtir efecto. Especialmente en esta querida región del Cáucaso, que yo tanto quería visitar y a la cual he venido

como peregrino de paz, que las religiones sean vehículos activos para superar las tragedias del pasado y las tensiones de hoy. Que las riquezas inestimables de estos países sean conocidas y valoradas: los tesoros antiguos y siempre nuevos de la sabiduría, la cultura y la religiosidad de las gentes del Cáucaso son un gran recurso para el futuro de la región y, en particular, para la cultura europea, bienes preciosos a lo que no podemos renunciar. Muchas gracias.

* * *

Muchas gracias a todos. Muchas gracias por la compañía... Y les pido, por favor, que recen por mí.

2 de octubre de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

Domingo.

Viaje apostólico del papa francisco a Georgia y

Azerbaiyán

(30 de septiembre - 2 de octubre de 2016)

Papa Francisco

Buenas tardes. Muchas gracias por vuestro trabajo, por vuestra ayuda. Es verdad, ha sido un viaje breve —tres días

—, pero vosotros habéis tenido mucho trabajo. Estoy a vuestra disposición, y os agradezco mucho vuestro trabajo.

Preguntad lo que queráis.

Ketevan Kardava, de la televisión georgiana

Muchas Gracias, Santo Padre, por su primer viaje a Georgia.

Para mí ha sido muy importante dar cobertura periodística a esta visita y seguir su visita a mi país. Todos nosotros ciudadanos de Georgia nos hemos conmovido por su discurso, y, en modo especial, la foto en la que aparece con el

Patriarca de Georgia ha sido compartida miles y miles de veces en las redes sociales. Ha sido una visita alentadora para nuestra comunidad católica, ciertamente muy pequeña. Después de su encuentro con el Patriarca de Georgia, ¿percibe usted las bases para una colaboración futura y un diálogo constructivo entre usted y las Iglesias ortodoxa y católica sobre las diferencias doctrinales que existen? Usted nos ha dicho que tenemos mucho en común, que nos une, más de cuanto nos separa.

Gracias, espero su respuesta.

Papa Francisco

He tenido dos sorpresas en Georgia. Una es Georgia. Jamás he imaginado tanta cultura, tanta fe, tanta cristiandad. Es un pueblo creyente y una cultura cristiana antiquísima, un pueblo de tantos mártires. Y he descubierto algo que yo no conocía: las profundas raíces de esta fe georgiana. La segunda sorpresa ha sido el Patriarca: es un hombre de Dios, este hombre me ha emocionado. Las veces que me he encontrado

con él he salido con el corazón conmovido, y con la sensación de haber encontrado a un hombre de Dios. De verdad, un hombre de Dios. Acerca de las cosas que nos unen y nos separan, diré: no nos pongamos a discutir las cuestiones de doctrina, esto dejadlo a los teólogos, ellos saben hacerlo mejor que nosotros. Debaten y son competentes, son buenos; los teólogos de una parte y de la otra tienen buena voluntad. ¿Qué tenemos que hacer nosotros, el pueblo? Rezar los

unos por los otros. Esto es importantísimo: la oración. Y segundo, hacer cosas juntos: están los pobres, trabajemos juntos con los pobres; está esto y este problema, ¿podemos afrontarlo juntos?, lo hacemos juntos; están los inmigrantes, hagamos algo juntos...

Hagamos algo bueno por los demás, juntos, esto podemos hacerlo. Y este es el camino del ecumenismo. No sólo el camino de la doctrina, esta es la última cosa, a la que se llegará al final. Comencemos a caminar juntos. Con buena voluntad,

esto se puede hacer. Se debe hacer. Hoy el ecumenismo se debe construir caminando juntos, rezando los unos por los otros. Y que los teólogos sigan hablando entre ellos, estudiando entre ellos. Pero Georgia es maravillosa, es algo que no me lo esperaba; una Nación cristiana, ipero en el centro!

Tassilo Forchheimer, de la radio alemana ARD

Santo Padre, después de haber hablado con todas las personas que pueden cambiar la dura historia entre Armenia y

Azerbaiyán, ¿qué debe suceder para llegar a una paz permanente que tutele los derechos humanos? ¿Cuáles son los problemas y qué papel puede tener Su Santidad?

Papa Francisco

Dos veces, en dos discursos he hablado de esto. En el último he hablado del papel de las religiones para ayudar a este fin. Creo que el único camino es el diálogo, el diálogo sincero, sin cuestiones bajo cuerda, sincero, cara a cara. La negociación sincera. Y si no se puede llegar a esto, hay que

tener la valentía de ir a un Tribunal internacional, ir a La Haya, por ejemplo, y someterse al juicio internacional. No veo otra vía. La alternativa es la guerra, y la guerra destruye siempre, con la guerra se pierde todo. Y, además, para los cristianos, existe la oración: rezar por la paz, para que los corazones elijan esta vía del diálogo, de la negociación, o de ir a un tribunal internacional. Pero no se pueden tener estos problemas... Pensad que los tres países caucásicos tienen problemas: también Georgia

tiene un problema con Rusia, no se sabe mucho... pero tienen un problema, que puede ir en aumento... pero no se conoce; y Armenia es un país sin fronteras abiertas, tiene problemas con Azerbaiyán. Hay que recurrir al tribunal internacional si no se avanza con el diálogo y la negociación: no hay otra vía. Y la oración, la oración por la paz.

María Elena Ribezzo, de la revista «La Presse».

Usted habló ayer de una guerra mundial en acto contra el matrimonio, y en esta guerra

ha usado palabras muy fuertes contra el divorcio: ha dicho que ensucia la imagen de Dios; mientras que, en los meses pasados, también durante el Sínodo, se había hablado de acogida en relación a los divorciados. Quería saber si estos criterios se concilian entre ellos y en qué modo.

Papa Francisco

Todo está contenido, todo lo que dije ayer, con otras palabras —porque ayer hablé de forma espontánea y un poco improvisadamente—, todo está en *Amoris laetitia*. Cuando se

habla del matrimonio como unión entre hombre y la mujer, como lo hizo Dios, a imagen de Dios, es hombre y mujer. La imagen de Dios no es el hombre [masculino]: es el hombre con la mujer. Juntos. Que son una sola carne cuando se unen en matrimonio. Esta es la verdad. Es verdad que en esta cultura los conflictos y tantos problemas no están bien afrontados, y hay también filosofías del «hoy me caso con este [matrimonio], cuando me canse me caso con otro, luego un tercero, y más tarde un

cuarto matrimonio». Es esta la «guerra mundial» que usted dice contra el matrimonio. Tenemos que estar atentos y que no calen en nosotros estas ideas. Antes que nada: el matrimonio es imagen de Dios, hombre y mujer en una sola carne. Cuando se destruye esto, se «ensucia» o se desfigura la imagen de Dios. Luego *Amoris laetitia* habla acerca de cómo tratar estos casos, cómo tratar a las familias heridas, y es ahí donde entra la misericordia. Hay una oración muy bonita de la

Iglesia, que hemos recitado la semana pasada. Decía así: «Dios, que de modo admirable has creado el mundo y más admirablemente lo has recreado», es decir con la redención y la misericordia. El matrimonio herido, las parejas heridas: allí entra la misericordia. El principio es ese, pero las debilidades humanas existen, los pecados existen, y siempre la última palabra no la tiene la debilidad, la última palabra no la tiene el pecado: la última palabra la tiene la misericordia! Me gusta

contar —no sé si lo he dicho, porque lo repito mucho— que en la iglesia de Santa María Magdalena en Vézelay hay un capitel bellísimo, del 1200 más o menos. En la Edad Media se daba catequesis a través de las esculturas de las catedrales. En una parte del capitel está Judas, ahorcado, con la lengua afuera, los ojos hacia afuera, y por la otra parte del capitel está Jesús, el Buen Pastor, que lo coge y lo lleva consigo. Y si miramos bien la cara de Jesús, los labios de Jesús están tristes por una parte pero con una

pequeña sonrisa de complicidad por otra. ¡Estos habían entendido lo que es la misericordia! ¡Con Judas! Por ello, en *Amoris laetitia* se habla del matrimonio, del fundamento del matrimonio como es, pero luego vienen los problemas. Cómo prepararse para el matrimonio, cómo educar a los hijos; y luego, en el capítulo octavo, cuando llegan los problemas, cómo se resuelven. Se resuelven con cuatro criterios: acoger a las familias heridas, acompañar, discernir cada caso e integrar,

rehacer. Este sería el modo de colaborar en esta «segunda creación», en esta re-creación maravillosa que ha hecho el Señor con la redención. ¿Se entiende así? Sí, si tienes en cuenta sólo una parte no funciona. En *Amoris laetitia* — esto quiero decir—: todos van al capítulo octavo. No, no. Hay que leer desde el inicio hasta el final. ¿Y cuál es el centro? Eso depende de cada uno. Para mí el centro, la esencia de *Amoris laetitia* es el capítulo cuarto, que sirve para toda la vida. Pero hay que leerla por entero

y releerla toda, discutirla toda; es un conjunto de cosas. Existe el pecado, está la ruptura, pero está también la misericordia, la redención, la atención. ¿Me expliqué sobre esto?

Joshua

McElwee, del periódico estadounidense «National Catholic Reporter».

En ese mismo discurso de ayer en Georgia, usted ha hablado, como en tantos otros países, de la teoría del *gender*, diciendo que es el gran enemigo, una amenaza contra el matrimonio. Pero quisiera preguntar: ¿Qué

le diría a una persona que ha sufrido durante años con su sexualidad y se siente verdaderamente que hay un problema biológico, que su aspecto físico no corresponde con aquel que él o ella considera que es su propia identidad sexual? ¿Usted, como pastor y ministro, cómo acompañaría a estas personas?

Papa Francisco

Ante todo, yo he acompañado en mi vida de sacerdote, de obispo —también de Papa—, he acompañado a personas con tendencia y también con

prácticas homosexuales. Las he acompañado, las he acercado al Señor, algunos no pueden, pero las he acompañado y nunca he abandonado a nadie. Esto es lo que se debe hacer. A las personas hay que acompañarlas como lo hace Jesús. Cuando una persona que tiene esta condición se presenta ante Jesús, seguramente Jesús no le dirá: «¡Vete de aquí porque eres homosexual!». No. Lo que yo he dicho se refiere a esa maldad que hoy se siembra con el adoctrinamiento de la teoría

del *gender*. Me contaba un papá francés que en la mesa estaban hablando con los hijos —él católico, la mujer católica, los hijos católicos, algo tibios, pero católicos— y preguntó al chico de diez años: «¿Tú qué quieres ser cuando seas mayor?» —«Una chica». Y el papá se dio cuenta de que en los libros de la escuela se enseñaba la teoría del *gender*. Y esto es contrario a las cosas naturales. Una cuestión es que una persona tenga esta tendencia, elija esta opción, y también hay quien cambia de

sexo. Otra cosa es la enseñanza en las escuelas siguiendo esta línea, para cambiar la mentalidad. A esto yo lo llamo «colonizaciones ideológicas». El año pasado recibí una carta de un español que me contaba su historia de niño y de joven. Era una niña, una joven, y sufrió mucho, porque se sentía un chico, pero físicamente era una chica. Se lo contó a la madre, cuando ya tenía 22 años, y le dijo que quería operarse y todas esas cosas. Y la madre le pidió que no lo hiciera mientras ella

estuviese viva. Era anciana, murió al poco tiempo. Se operó. Es empleado en un ministerio de una ciudad de España. Recurrió al obispo, y el obispo lo acompañó mucho, un buen obispo: «perdía» tiempo para acompañar a este hombre. Luego se casó. Cambió su identidad civil, se casó y me escribió en una carta que para él sería un consuelo venir con su esposa: él, que era ella, pero es él. Y los recibí. Estaban contentos. Y en el barrio donde él vivía había un anciano sacerdote, de unos ochenta

años, el viejo párroco, que había dejado la parroquia y ayudaba a las religiosas, allí, en la parroquia... Y también el nuevo [párroco]. Cuando el nuevo lo veía, lo regañaba desde la acera: «¡Irás al infierno!»! Cuando se encontraba con el antiguo párroco le decía: «¿Desde cuándo no te confiesas? Ven, ven, vamos que te confieso y así podrás recibir la Comunión». ¿Has entendido? La vida es la vida, y las cosas se deben tomar como vienen. El pecado es el pecado. Las

tendencias o los desequilibrios hormonales causan muchos problemas, tenemos que estar atentos y no decir: «Es todo lo mismo, hagamos fiesta». No, esto no. Sino estudiar cada caso, acompañarlo, estudiarlo, discernir e integrarlo. Esto es lo que Jesús haría hoy. Por favor, no digáis: «El Papa santificará a los *trans*». ¡Por favor! Porque veo ya los títulos de los periódicos... No, no. ¿Hay alguna duda sobre lo que he dicho? Quiero ser claro. Es una cuestión de moral. Es un problema. Es un problema

humano. Y se debe resolver como se pueda, siempre con la misericordia de Dios, con la verdad, como hemos dicho en el caso del matrimonio, leyendo por entero la *Amoris laetitia*, pero siempre así, siempre con el corazón abierto. Y no os olvidéis del capitel de Vézelay: es muy bonito, muy bonito.

Gianni Cardinale, del diario italiano «Avvenire»

Dos preguntas: una personal y una pública. La personal es —relacionada con mi nombre— cuando creará los nuevos cardenales y en qué criterios se

inspira para esta elección. La segunda, más seria, por así decirlo, es pública, como italiano: ¿Cuándo irá a visitar las poblaciones que han sufrido el terremoto y cuál será la característica de esta visita?

Papa Francisco

En cuanto a la segunda, me han propuesto tres fechas posibles. Dos son números que no recuerdo bien; la tercera la recuerdo bien, es el primer domingo de Adviento. He dicho que al regresar elegiré la fecha. Son tres, tengo que elegir. Y lo haré de forma privada, solo,

como sacerdote, como obispo, como Papa. Pero solo. Quiero hacerlo así. Y quisiera estar cerca de la gente. Aún no sé cómo.

Acercas de los cardenales: los criterios serán los mismos que los de los otros dos consistorios. [Elegirlos] un poco de todas las partes, porque la Iglesia está en todo el mundo. Sí, tal vez... todavía estoy estudiando los nombres, pero tal vez serán tres de un continente, dos de otro y uno de otra parte, uno de otra, uno de un país... pero no se sabe.

La lista es larga y hay sólo 13 sitios. Y hay que pensar en mantener un equilibrio. A mí me gusta que se vea en el Colegio cardenalicio la universalidad de la Iglesia: no sólo el centro —por decir— «europeo»; sino de todas las partes. Los cinco continentes, si se puede.

¿Hay ya una fecha?

No, porque tengo que estudiar la lista y establecer la fecha. Puede ser hacia finales de año, puede ser a inicios del año próximo. Para finales de año está el problema del Año

Santo, pero se puede resolver...
O a inicios del año próximo.
Pero será próximamente.

**Aura Vistas Miguel, de la
emisora portuguesa «Rádio
Renascença».**

Santo Padre, buenas tardes. Mi pregunta es sobre su agenda de viajes fuera de Italia, en tres partes. Usted ha dicho ya en estos días a los argentinos que su agenda está ya muy llena, y ha hablado de África y de Asia: ¿Podemos saber qué países? Y está aquí también un colega de Colombia que le espera en Colombia, naturalmente, y yo

en Portugal, le esperamos en Portugal, concretamente ¿Cómo será? ¿el 12 y 13?¿ Lisboa y Fátima?.

Papa Francisco

Con seguridad, al día de hoy, iré a Portugal, e iré sólo a Fátima. Eso hasta hoy. ¿Por qué? Hay un problema.

Durante este Año Santo se han suspendido las visitas [de los obispos] *ad limina*; y en el año próximo tengo que recibir las visitas *ad limina* de este año y del próximo. Y hay poco espacio para los viajes. Pero a Portugal iré. A India y Bangladesh, casi

seguro. A África, todavía no es seguro el lugar, todo depende del clima, en qué mes, porque si es África del noroeste es una cosa y si es en el sudoeste es otra. Y también depende de la situación política y de las guerras... Pero hay posibilidades de África que se están estudiando. A América, he dicho que cuando el proceso de paz [en Colombia]... si se da, yo quisiera ir, cuando todo quede «blindado». Es decir, cuando todo —si gana el plebiscito— sea seguro, seguro, cuando no se pueda dar un

paso hacia atrás, o sea, que el mundo internacional, todas las naciones estén de acuerdo, en que no se pueda apelar, no, que esté acabado, si es así, podría ir. Pero si la cuestión es inestable... Todo depende de lo que dirá el pueblo. El pueblo es soberano. Nosotros estamos acostumbrados a mirar más las formas democráticas que la soberanía del pueblo, y las dos tienen que ir juntas. Por ejemplo, se ha hecho una costumbre en algunos continentes donde, cuando termina el segundo mandato,

quien está en el Gobierno trata de cambiar la Constitución para tener un tercer mandato. Y esto es sobrestimar la así llamada democracia, contra la soberanía del pueblo, que está en la Constitución. Todo depende de ello. Y el proceso de paz se resolverá hoy, en parte, con la voz del pueblo: es soberano. Lo que dirá el pueblo, creo que debe hacerse. ¿Fátima será el 12 y 13 (de mayo)?

Hasta ahora el 13. Pero puede ser, no lo sé...

Jean-Marie Guénois del

diario francés «Le Figaro».

Una pregunta sobre sus viajes: ¿Por qué en su respuesta no ha hablado de China? Y ¿Cuáles son las razones por las que usted como Papa no puede tener el billete para Pekín? ¿Razones al interno de la Iglesia China? ¿Razones de problemas entre la Iglesia de China y el Gobierno Chino, o razones, problemas entre el Vaticano y el Gobierno Chino? Y si me permite, una pregunta reciente, porque hace unas horas, Mons. Lebrun, arzobispo de Rouen, ha anunciado que

usted ha dado autorización para comenzar el proceso de beatificación del Padre Hamel, sin tener en cuenta la regla de esperar cinco años. ¿Por qué ha tomado esta decisión?

Papa Francisco

Sobre esto último he hablado con el cardenal Amato [Prefecto de la Congregación para las causas de los santos], haremos los estudios y él dará la noticia última. Pero la intención es seguir esa línea, hacer las investigaciones necesarias y ver si hay razones para hacerlo.

Ha anunciado que estaba abierto el proceso de beatificación.

No, que se deben buscar testimonios para abrir el proceso. No perder los testimonios, esto es muy importante. Porque los testimonios frescos, lo que ha visto la gente, luego con el tiempo alguno muere, alguno se olvida... y esto sucede. En latín se dice: *ne pereant probationes*.

China. Vosotros conocéis bien la historia de China y de la Iglesia: la Iglesia patriótica, la

Iglesia clandestina... Nosotros tenemos buenas relaciones, se estudia y se habla, hay comisiones de trabajo... Yo soy optimista. Ahora creo que los Museos Vaticanos han hecho una exposición en China, los chinos harán otra en el Vaticano... Hay muchos profesores que van a enseñar a las universidades chinas, muchas religiosas, muchos sacerdotes que pueden trabajar bien allí. Las relaciones entre el Vaticano y los chinos... Se deben establecer en una relación, y para ello se está

hablando, lentamente... Las cosas lentas van bien, siempre. Las cosas que se hacen de prisa no van bien. El pueblo chino cuenta con mi más alta estima. Hace unos días, por ejemplo, hubo un congreso de dos días, creo, en la [Pontificia] Academia de ciencia sobre la Laudato si', y había una delegación china del Presidente. Y el Presidente chino me envió un regalo. Hay buenas relaciones.

¿El Papa hará el viaje?

Ah, me gustaría..., pero aún no lo pienso.

Juan Vicente González Boo, del diario español «ABC».

En el grupo de lengua española, hemos visto que el vencedor del Premio Nobel de la Paz será anunciado el próximo día 7 de octubre. Hay más de 300 nominaciones: por ejemplo, el pueblo de Lesbos por lo que ha hecho en favor de los refugiados, o los Cascos Blancos de Siria, estos voluntarios que rescatan a la gente de entre los escombros después de los bombardeos: han salvado sesenta mil al precio de la vida de 132 de

ellos. O también el presidente Santos de Colombia y el comandante Timoshenko de las FARC, que han firmado el Acuerdo de paz. Y tantos otros. Entonces, la pregunta es: ¿Cuál es su candidato favorito o cuáles son las personas o las organizaciones que merecen más reconocimiento por el trabajo que hacen en favor de la paz?

Papa Francisco

Hay mucha gente que vive para provocar la guerra, para fomentar la venta de armas, para matar, hay mucha gente

así. Pero también hay mucha gente que trabaja por la paz, mucha, mucha. No sabría decir a quien elegiría entre tanta gente que hoy trabaja por la paz, es muy difícil. Usted ha mencionado algunos, hay muchos más. Está siempre la inquietud de dar un premio por la paz... Espero que también a nivel internacional, dejando a un lado el Premio Nobel de la paz, se tenga un recuerdo, un reconocimiento, una declaración sobre los niños, los discapacitados, los menores de edad, los civiles muertos bajo

las bombas. Creo que eso es un pecado. Es un pecado contra Jesucristo, porque la carne de esos niños, de esa gente enferma, de esos ancianos indefensos, es la carne de Cristo. Sería necesario que la humanidad dijese algo por las víctimas de las guerras. En las Bienaventuranzas, los que fomentan la paz Jesús dijo que son bienaventurados: «Los que trabajan por la paz». Pero de las víctimas de las guerras tenemos que decir algo y tomar conciencia. Te lanzan una bomba sobre un hospital de

niños y mueren allí treinta, cuarenta... O sobre una escuela... Esto es una tragedia de nuestros días.

John Jeremiah Sullivan, del «New York Times Magazine».

Santo Padre, como usted sabe, los Estados Unidos se están acercando al final de una larga campaña presidencial, muy dura, a la que se le ha prestado mucha atención en el mundo. Muchos católicos americanos y personas de conciencia encuentran dificultad en la elección entre los dos

candidatos, uno de los cuales se aleja de algunos aspectos de las enseñanzas de la Iglesia y el otro que ha hecho declaraciones que denigran a los inmigrantes y a las minorías religiosas. ¿Qué consejo daría a los fieles de allí en América? Y ¿a qué sabiduría usted les exhortaría el próximo mes, cuando se celebrarán las elecciones?

Papa Francisco

Usted me hace una pregunta en la que describe una elección difícil, porque según su opinión hay dificultad en uno y hay

dificultad en el otro. En la campaña electoral nunca digo una palabra. El pueblo es soberano, y sólo diré: estudia bien las propuestas, reza y elige en conciencia. Luego salgo del problema y voy a una «ficción» [un caso imaginario], porque no quiero hablar del problema concreto. Cuando sucede que en un país cualquiera hay dos, tres, cuatro candidatos que no son satisfactorios, significa que la vida política de ese país tal vez está demasiado politizada pero no tiene mucha cultura política.

Y una de las tareas de la Iglesia y de la enseñanza en las facultades es enseñar a tener cultura política. Hay países — pienso en América Latina— que están demasiado politizados pero no tienen cultura política: son de este partido o de este otro o de aquel otro, pero afectivamente, sin un pensamiento claro en las bases, en las propuestas.

Caroline Pigozzi, del semanal francés «Paris Match».

Santidad Buenas tardes. Esta pregunta no podía hacérsela

antes. El testimonio para la historia, según usted, ¿es más importante que el testamento de un Papa? Me explico: El Papa Wojtyla había dejado en su testamento que fueran quemados muchos documentos y muchas cartas que han sido publicadas posteriormente en un libro. ¿Quiere decir esto que la voluntad de un Papa no es respetada? ¿Quería saber qué es lo que piensa? Después, la segunda pregunta es más fácil: ¿Quisiera saber por qué milagro, usted que todas las semanas da la mano a miles de

personas, no tiene todavía una tendinitis? ¿Cómo lo hace? El Presidente Chirac estrechaba manos, él se ponía una tirita...

Papa Francisco

Aún no siento tendinitis... La primera pregunta. Usted dice: un Papa que manda quemar papeles, cartas... esto es el derecho de todo hombre y de toda mujer, tiene el derecho de hacerlo antes de morir.

Pero no fue respetado con el Papa Wojtyła...

Ah, eso... Quien no ha respetado eso, será culpable, no lo sé, no conozco bien el

caso. Pero toda persona, cuando dice: «Esto hay que destruirlo», es porque hay algo concreto. Pero tal vez hay una copia en otra parte, y esto él no lo sabía... Pero es un derecho de toda persona hacer el testamento como quiere. Pero él no fue respetado. De tanta gente no se ha respetado el testamento... Pero el Papa es más importante. No. El Papa es un pobre pecador, como los demás. Gracias.

Dr. Burke, director de la

Oficina de prensa

El Papa ha dicho que hay espacio para una pregunta todavía, pero no hay nadie en mi lista.

Quisiera decir que hoy [al final de la Misa en Bakú] ha respondido a una pregunta, sobre porqué hace estos viajes en lugares donde hay tan poquísimos católicos, y esto nos ha gustado. Tampoco nosotros pensamos que perdemos el tiempo: hacemos estos viajes cortos pero intensos. Pero si usted quiere hacer uno largo y relajante, también podemos

hacerlo...

Papa Francisco

No... Después del primer viaje, que fue a Albania, me dijeron: «¿Por qué eligió ir a Albania en el primer viaje en Europa? Un país que no es de la Unión Europea». Luego fui a Sarajevo, a Bosnia y Herzegovina, que no es de la Unión Europea. El primer país de la Unión Europea que visité fue Grecia, la Isla de Lesbos. Fue el primero. ¿Por qué hacer viajes a estos países? Estos tres son caucásicos. Los tres presidentes han ido al Vaticano

a invitarme. Y con fuerza. Los tres tienen una actitud religiosa distinta: los armenios son orgullosos —y esto sin ofender—, orgullosos de su «ser armenio», tienen una historia, y ellos son cristianos, la gran mayoría, casi todos cristianos apostólicos, luego cristianos católicos y un poquito de cristianos evangélicos, pocos. Georgia es un país cristiano, totalmente cristiano, pero ortodoxo. Los católicos son pocos, un grupo, pero son ortodoxos. En cambio Azerbaiyán es un país, creo,

donde el 96-98 por ciento es musulmán. No sé cuántos habitantes tiene, porque yo dije dos millones, pero creo que son veinte.

Casi diez...

Casi diez, eso. Cerca de diez millones. Los católicos, al máximo, son 600: pequeñitos. Y yo, ¿por qué voy allí? Por los católicos, para ir a la periferia de una comunidad católica, que está precisamente en la periferia, es muy pequeña. Y hoy en la misa he dicho que me hacía recordar a la comunidad «periférica» de Jerusalén,

encerrada en el Cenáculo,
esperando al Espíritu Santo,
esperando poder crecer, salir...
Es pequeña. No es perseguida,
no, porque en Azerbaiyán hay
un gran respeto religioso, una
gran libertad religiosa. Esto es
verdad, lo he dicho hoy en el
discurso. Y también estos tres
países son países periféricos,
como Albania, como Bosnia y
Herzegovina... Y os he dicho: la
realidad se comprende mejor y
se ve mejor desde las periferias
que desde el centro. Por ello
elijo ir allí. Pero esto no quita
la posibilidad de ir a un gran

país como Portugal, Francia, no lo sé... Veremos...

Muchas gracias por vuestro trabajo. Ahora descansad un poco. Y buena cena. Gracias. Y rezad por mí.

2 de octubre de 2016. Homilía
en la Santa Misa en la iglesia
de la Inmaculada.

Centro Salesiano – Bakú.

Domingo.

Viaje apostólico del papa
francisco a Georgia y
Azerbaiyán.

(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

La palabra de Dios nos presenta
hoy dos aspectos esenciales de
la vida cristiana: la fe y el

servicio. A propósito de la fe, le hacen al Señor dos peticiones concretas.

La primera es del profeta Habacuc, que suplica a Dios para que intervenga y restablezca la justicia y la paz, que los hombres han destruido con la violencia, las disputas y las contiendas: «¿Hasta cuándo, Señor —dice—, pediré auxilio sin que tú me escuches?» (*Ha* 1,2). Dios, en su respuesta, no interviene directamente, no resuelve la situación de modo brusco, no se hace presente con la fuerza.

Al contrario, invita a esperar con paciencia, sin perder nunca la esperanza; sobre todo, subraya la importancia de la fe. Porque el hombre vivirá por su fe (cf. *Ha* 2,4). Así actúa Dios también con nosotros: no favorece nuestros deseos de cambiar el mundo y a los demás de manera inmediata y continuamente, sino que busca ante todo curar el corazón, mi corazón, tu corazón, el corazón de cada uno; Dios cambia el mundo cambiando nuestros corazones, y esto no puede hacerlo sin nosotros. El Señor

quiere que le abramos la puerta del corazón para poder entrar en nuestra vida. Esta apertura a él, esta confianza en él es precisamente lo que ha vencido al mundo: nuestra fe (cf. *1 Jn 5,4*). Porque cuando Dios encuentra un corazón abierto y confiado, allí puede hacer sus maravillas.

Pero tener fe, una fe viva, no es fácil, y de ahí la segunda petición, esa que los Apóstoles dirigen al Señor en el Evangelio: «Auméntanos la fe» (*Lc 17,6*). Es una hermosa súplica, una oración que

también nosotros podríamos dirigir a Dios cada día. Pero la respuesta divina es sorprendente, y también en este caso da la vuelta a la petición: «Si tuvierais fe...». Es él quien nos pide a nosotros que tengamos fe. Porque la fe, que es un don de Dios y hay que pedirla siempre, también requiere que nosotros la cultivemos. No es una fuerza mágica que baja del cielo, no es una «dote» que se recibe de una vez para siempre, ni tampoco un superpoder que sirve para resolver los

problemas de la vida. Porque una fe concebida para satisfacer nuestras necesidades sería una fe egoísta, totalmente centrada en nosotros mismos. No hay que confundir la fe con el estar bien o sentirse bien, con el ser consolados para que tengamos un poco de paz en el corazón. La fe es un hilo de oro que nos une al Señor, la alegría pura de estar con él, de estar unidos a él; es un don que vale la vida entera, pero que fructifica si nosotros ponemos nuestra parte. Y, ¿cuál es nuestra parte? Jesús

nos hace comprender que es *el servicio*. En el Evangelio, en efecto, el Señor pone las palabras sobre el servicio después de las referidas al poder de la fe. Fe y servicio no se pueden separar, es más, están estrechamente unidas, enlazadas entre ellas. Para explicarme, quisiera usar una imagen que os es familiar, la de una bonita alfombra: vuestras alfombras son verdaderas obras de arte y provienen de una antiquísima tradición. También la vida cristiana de cada uno viene de lejos, y es un don que

hemos recibido en la Iglesia y que proviene del corazón de Dios, nuestro Padre, que desea hacer de cada uno de nosotros una obra maestra de la creación y de la historia. Cada alfombra, lo sabéis bien, se va tejiendo según la trama y la urdimbre; sólo gracias a esta estructura el conjunto resulta bien compuesto y armonioso. Así sucede en la vida cristiana: hay que tejerla cada día pacientemente, entrelazando una trama y una urdimbre bien definidas: *la trama de la fe y la urdimbre del servicio*. Cuando a

la fe se enlaza el servicio, el corazón se mantiene abierto y joven, y se ensancha para hacer el bien. Entonces la fe, como dice Jesús en el Evangelio, se hace fuerte y realiza maravillas. Si avanza por este camino, entonces madura y se fortalece, a condición de que permanezca siempre unida al servicio. Pero, ¿qué es el servicio? Es posible pensar que consista sólo en ser fieles a nuestros deberes o en hacer alguna obra buena. Pero para Jesús es mucho más. En el Evangelio de

hoy, él nos pide, incluso con palabras muy fuertes, radicales, una disponibilidad total, una vida completamente entregada, sin cálculos y sin ganancias. ¿Por qué Jesús es tan exigente? Porque él nos ha amado de ese modo, haciéndose nuestro siervo «hasta el extremo» (*Jn 13,1*), viniendo «para servir y dar su vida» (*Mc 10,45*). Y esto sucede aún hoy cada vez que celebramos la Eucaristía: el Señor se presenta entre nosotros y, por más que nosotros nos propongamos

servirlo y amarlo, es siempre él quien nos precede, sirviéndonos y amándonos más de cuanto podamos imaginar y merecer. Nos da su misma vida. Y nos invita a imitarlo, diciéndonos: «El que quiera servirme que me siga» (*Jn 12,26*).

Por tanto, no estamos llamados a servir sólo para tener una recompensa, sino para imitar a Dios, que se hizo siervo por amor nuestro. Y no estamos llamados a servir de vez en cuando, sino a *vivir sirviendo*. El servicio es un estilo de vida,

más aún, resume en sí todo el estilo de vida cristiana: servir a Dios en la adoración y la oración; estar abiertos y disponibles; amar concretamente al prójimo; trabajar con entusiasmo por el bien común.

También los creyentes sufren *tentaciones* que alejan del estilo de servicio y terminan por hacer la vida inservible. Donde no hay servicio, la vida es inservible. Aquí podemos destacar dos. Una es dejar que el *corazón se vuelva tibio*. Un corazón tibio se

encierra en una vida perezosa y sofoca el fuego del amor. El que es tibio vive para satisfacer sus comodidades, que nunca son suficientes, y de ese modo nunca está contento; poco a poco termina por conformarse con una vida mediocre. El tibio reserva a Dios y a los demás algunos «porcentajes» de su tiempo y de su corazón, sin exagerar nunca, sino más bien buscando siempre recortar. Así su vida pierde sabor: es como un té que era muy bueno, pero que al enfriarse ya no se puede beber. Estoy convencido de que

vosotros, viendo los ejemplos de quienes os han precedido en la fe, no dejaréis que vuestro corazón se vuelva tibio. Toda la Iglesia, que tiene una especial simpatía por vosotros, os mira y os anima: sois un pequeño rebaño pero de gran valor a los ojos de Dios.

Hay una segunda tentación en la que se puede caer, no por ser pasivos, sino por ser «demasiado activos»: es la de *pensar como dueños*, de trabajar sólo para ganar prestigio y llegar a ser alguien. Entonces, el servicio se

convierte en un medio y no en un fin, porque el fin es ahora el prestigio, después vendrá el poder, el querer ser grandes. «Entre vosotros —nos recuerda Jesús a todos— no será así: el que quiera ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor» (*Mt 20,26*). Así se edifica y se embellece la Iglesia. Retomo la imagen de la alfombra, aplicándola a vuestra hermosa comunidad: cada uno de vosotros es como un espléndido hilo de seda, pero sólo si los distintos hilos están bien entrelazados crean una

bella composición; solos, no sirven. Permaneced siempre unidos, viviendo humildemente en caridad y alegría; el Señor, que crea la armonía en la diferencia, os custodiará.

Que nos ayude la intercesión de la Virgen Inmaculada y de los santos, en particular santa Teresa de Calcuta, los frutos de cuya fe y servicio están entre vosotros. Acojamos algunas de sus espléndidas palabras, que resumen el mensaje de hoy: «El fruto de la fe es el amor; el fruto del amor es el servicio; y el fruto del servicio es la paz»

(Camino de sencillez,
Introducción).

2 de octubre de 2016.
ÁNGELUS.

Centro Salesiano - Bakú

Domingo.

Viaje apostólico del Papa
Francisco a Georgia y
Azerbaiyán
(30 de septiembre - 2 de
octubre de 2016)

*Queridos hermanos y
hermanas:*

En esta celebración eucarística
he dado gracias a Dios con

vosotros, pero también por vosotros: aquí la fe, después de los años de persecución, ha hecho maravillas. Quisiera recordar a tantos cristianos valientes, que han tenido fe en el Señor y han sido fieles en la adversidad. A vosotros os digo, como hizo san Juan Pablo II, las palabras del apóstol Pedro: «¡Honor a vosotros, que creéis!», (*1 P 2,7; Homilía, Bakú, 23 Mayo 2002*).

Nuestro pensamiento se dirige ahora a la Virgen María, venerada en este país también por los no cristianos. Nos

dirigimos a ella con las palabras con las que el ángel Gabriel le anunció la buena noticia de la salvación, que Dios había preparado para la humanidad. Queridos fieles de Azerbaiyán, al resplandor de la luz que brilla en el rostro materno de María, os dirijo un cordial saludo, alentándoos a testimoniar con alegría la fe, la esperanza y la caridad, unidos entre vosotros y con vuestros Pastores. Saludo y doy las gracias en particular a la familia salesiana, que os cuida tanto y promueve diversas

buenas iniciativas, y a las Misioneras de la Caridad: Continudad con entusiasmo vuestro trabajo al servicio de todos.

Encomendamos estos deseos a la intercesión de la Santísima Madre de Dios e invocamos su protección sobre vuestras familias, los enfermos y los ancianos, y sobre cuantos sufren en el cuerpo y en el espíritu.

[Ángelus]

[Bendición]

Alguno puede pensar que el Papa pierde mucho tiempo:

hacer tantos kilómetros de viaje para visitar una pequeña comunidad de 700 personas, en un país de dos millones...

Además, no es una comunidad uniforme, porque entre vosotros se habla azerí, italiano, inglés, español...

Muchas lenguas... Es una comunidad de periferia. Pero el Papa imita en esto al Espíritu Santo: también él ha bajado del cielo en una comunidad de periferia, cerrada en el Cenáculo. Y a esta comunidad, que tenía miedo, se sentís pobre y tal vez perseguida o

dejada de lado, le infunde valor, fuerza, parresia para seguir adelante y proclamar el nombre de Jesús. Y las puertas de aquella comunidad de Jerusalén, que estaban cerradas por temor o vergüenza, se abren de par en par y sale la fuerza del Espíritu. El Papa pierde tiempo como lo ha perdido el Espíritu Santo en aquel tiempo.

Sólo dos cosas son necesarias: en aquella comunidad estaba la Madre —nunca olvidar a la Madre—, y en aquella comunidad estaba la caridad, el

amor fraterno que el Espíritu Santo ha derramado sobre ellos. ¡Ánimo! ¡Adelante! ¡Go ahead! Sin miedo, ¡adelante!

5 de octubre de 2016.

Audiencia general.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas:

Con mi reciente viaje a Georgia y Azerbaiyán, he completado mi visita a estos tres países caucásicos, que inicié visitando Armenia.

Ambos países están viviendo una nueva fase histórica, en la que encuentran algunas dificultades en varios ámbitos de la vida social, y es

precisamente allí, donde la Iglesia Católica debe estar presente y ser cercana, de modo especial con el signo de la caridad y de la promoción humana, en comunión con las otras Iglesias cristianas y en diálogo con las demás comunidades religiosas. En Georgia esta misión pasa por la colaboración con los hermanos ortodoxos. En los encuentros que tuve con los fieles cristianos de Georgia les animé a mantenerse firmes en la fe, con memoria, valor y esperanza, y a vivir la misión

unidos a Cristo, mediante la oración y la caridad concreta. Este estilo de presencia evangélica, como semilla del Reino de Dios, es también muy necesario en Azerbaiyán, donde la minoría católica convive con la mayoría musulmana y los hermanos ortodoxos, teniendo buenas relaciones con todos. Por eso allí, además de la Eucaristía, tuve también un encuentro interreligioso, pues la fe en Cristo anima la búsqueda y el diálogo con todos los que creen en Dios, para la construcción de un mundo más

justo y fraterno.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Que la firmeza humilde de nuestra fe nos haga testigos valientes de Cristo y portadores de reconciliación, unidad y paz en el mundo. Que Dios los bendiga.

8 de octubre de 2016. Palabras del Santo padre Francisco en la vigilia Mariana.

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas:

En esta Vigilia hemos recorrido los momentos fundamentales de la vida de Jesús, en compañía de María. Con la mente y el corazón hemos ido a los días del cumplimiento de la

misión de Cristo en el mundo.

La *Resurrección* como signo del amor extremo del Padre que devuelve vida a todo y es anticipación de nuestra condición futura.

La *Ascensión* como participación de la gloria del Padre, donde también nuestra humanidad encuentra un lugar privilegiado. *Pentecostés*, expresión de la misión de la Iglesia en la historia hasta el fin de los tiempos, bajo la guía del Espíritu Santo. Además, en los dos últimos misterios hemos contemplado a la Virgen María

en la *gloria del Cielo*, ella que desde los primeros siglos ha sido invocada como Madre de la Misericordia.

Por muchos aspectos, la oración del Rosario es la síntesis de la historia de la misericordia de Dios que se transforma en historia de salvación para quienes se dejan plasmar por la gracia. Los misterios que contemplamos son gestos concretos en los que se desarrolla la actuación de Dios para con nosotros. Por medio de la plegaria y de la meditación de la vida de

Jesucristo, volvemos a ver su rostro misericordioso que sale al encuentro de todos en las diversas necesidades de la vida. María nos acompaña en este camino, indicando al Hijo que irradia la misericordia misma del Padre. Ella es en verdad la *Odigitria*, la Madre que muestra el camino que estamos llamados a recorrer para ser verdaderos discípulos de Jesús. En cada misterio del Rosario la sentimos cercana a nosotros y la contemplamos como la primera discípula de su Hijo, la que cumple la voluntad del

Padre (cf. *Mc* 3,31-35; *Mt* 12,46-50; *Lc* 8,19-21). La oración del Rosario no nos aleja de las preocupaciones de la vida; por el contrario, nos pide encarnarnos en la historia de todos los días para saber reconocer en medio de nosotros los signos de la presencia de Cristo. Cada vez que contemplamos un momento, un misterio de la vida de Cristo, estamos invitados a comprender de qué modo Dios entra en nuestra vida, para luego acogerlo y seguirlo. Descubrimos así el camino que

nos lleva a seguir a Cristo en el servicio a los hermanos.

Cuando acogemos y asimilamos dentro de nosotros algunos acontecimientos destacados de la vida de Jesús, participamos de su obra de evangelización para que el Reino de Dios crezca y se difunda en el mundo. Somos discípulos, pero también somos misioneros y portadores de Cristo allí donde él nos pide estar presentes. Por tanto, no podemos encerrar el don de su presencia dentro de nosotros. Por el contrario, estamos llamados a hacer

partícipes a todos de su amor, su ternura, su bondad y su misericordia. Es la alegría del compartir que no se detiene ante nada, porque conlleva un anuncio de liberación y de salvación.

María nos permite comprender lo que significa ser discípulo de Cristo. Ella fue elegida desde siempre para ser la Madre, aprendió a ser discípula. Su primer acto fue ponerse a la *escucha* de Dios. Obedeció al anuncio del Ángel y abrió su corazón para acoger el misterio de la maternidad divina. Siguió

a Jesús, escuchando cada palabra que salía de su boca (cf. *Mc* 3,31-35; *Mt* 12,46-50; *Lc* 8,19-21); conservó todo en su corazón (cf. *Lc* 2,19) y se convirtió en memoria viva de los signos realizados por el Hijo de Dios para suscitar nuestra fe. Sin embargo, no basta sólo escuchar. Esto es sin duda el primer paso, pero después lo que se ha escuchado es necesario traducirlo en acciones concretas. El discípulo, en efecto, entrega su vida al servicio del Evangelio. De este modo, la Virgen María

acudió inmediatamente a donde estaba Isabel para ayudarla en su embarazo (cf. *Lc 1,39-56*); en Belén dio a luz al Hijo de Dios (cf. *Lc 2,1-7*); en Caná se ocupó de los dos jóvenes esposos (cf. *Jn 2,1-11*); en el Gólgota no retrocedió ante el dolor, sino que permaneció ante la cruz de Jesús y, por su voluntad, se convirtió en Madre de la Iglesia (cf. *Jn 19,25-27*); después de la Resurrección, animó a los Apóstoles reunidos en el cenáculo en espera del Espíritu Santo, que los transformó en heraldos

valientes del Evangelio
(cf. *Hch* 1,14). A lo largo de su vida, María ha realizado lo que se pide a la Iglesia: hacer memoria perenne de Cristo. En su fe, vemos cómo abrir la puerta de nuestro corazón para obedecer a Dios; en su abnegación, descubrimos cuánto debemos estar atentos a las necesidades de los demás; en sus lágrimas, encontramos la fuerza para consolar a cuantos sufren. En cada uno de estos momentos, María expresa la riqueza de la misericordia divina, que va al encuentro de

cada una de las necesidades cotidianas.

Invoquemos en esta tarde a nuestra tierna Madre del cielo, con la oración más antigua con la que los cristianos se dirigen a ella, sobre todo en los momentos de dificultad y de martirio. Invoquémosla con la certeza de saber que somos socorridos por su misericordia maternal, para que ella, «gloriosa y bendita», sea protección, ayuda y bendición en todos los días de nuestra vida: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de

Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, Oh Virgen gloriosa y bendita».

9 de octubre de 2016. Homilía en el jubileo mariano

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Domingo.

El Evangelio de este domingo nos invita a reconocer con admiración y gratitud los dones de Dios. En el camino que lo lleva a la muerte y a la resurrección, Jesús encuentra a diez leprosos que salen a su encuentro, se paran a lo lejos y expresan a gritos su desgracia

ante aquel hombre, en el que su fe ha intuido un posible salvador: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros»

(Lc 17,13). Están enfermos y buscan a alguien que los cure. Jesús les responde y les indica que vayan a presentarse a los sacerdotes que, según la Ley, tenían la misión de constatar una eventual curación. De este modo, no se limita a hacerles una promesa, sino que pone a prueba su fe. De hecho, en ese momento ninguno de los diez ha sido curado todavía.

Recobran la salud mientras van

de camino, después de haber obedecido a la palabra de Jesús. Entonces, llenos de alegría, se presentan a los sacerdotes, y luego cada uno se irá por su propio camino, olvidándose del Donador, es decir del Padre, que los ha curado a través de Jesús, su Hijo hecho hombre.

Sólo uno es la excepción: un samaritano, un extranjero que vive en las fronteras del pueblo elegido, casi un pagano. Este hombre no se conforma con haber obtenido la salud a través de su propia fe, sino que

hace que su curación sea plena, regresando para manifestar su gratitud por el don recibido, reconociendo que Jesús es el verdadero Sacerdote que, después de haberlo levantado y salvado, puede ponerlo en camino y recibirlo entre sus discípulos.

Qué importante es saber agradecer al Señor, saber alabarlo por todo lo que hace por nosotros. Y así, nos podemos preguntar: ¿Somos capaces de saber decir gracias? ¿Cuántas veces nos decimos gracias en familia, en la

comunidad, en la Iglesia?
¿Cuántas veces damos gracias a quien nos ayuda, a quien está cerca de nosotros, a quien nos acompaña en la vida? Con frecuencia damos todo por descontado. Y lo mismo hacemos también con Dios. Es fácil ir al Señor para pedirle algo, pero regresar a darle las gracias... Por eso Jesús remarca con fuerza la negligencia de los nueve leprosos desagradecidos: «¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria

a Dios?» (Lc 17,17-18).

En esta jornada jubilar se nos propone un modelo, más aún, el modelo que debemos contemplar: María, nuestra Madre. Ella, después de haber recibido el anuncio del Ángel, dejó que brotara de su corazón un himno de alabanza y acción de gracias a Dios: «Proclama mi alma la grandeza del Señor...». Pidamos a la Virgen que nos ayude a comprender que todo es don de Dios, y a saber agradecer: entonces, os lo aseguro, nuestra alegría será plena. Sólo quien sabe

agradecer experimenta una plena alegría.

Para saber agradecer se necesita también la humildad.

En la primera lectura hemos escuchado el episodio singular de Naamán, comandante del ejército del rey de Aram (cf. 2 R 5,14-17). Enfermo de lepra, acepta la sugerencia de una pobre esclava y se encomienda a los cuidados del profeta Eliseo, que para él es un enemigo. Sin embargo, Naamán está dispuesto a humillarse. Y Eliseo no pretende nada de él, sólo le

ordena que se sumerja en las aguas del río Jordán. Esa indicación desconcierta a Naamán, más aún, lo decepciona: ¿Pero puede ser realmente Dios uno que pide cosas tan insignificantes?

Quisiera irse, pero después acepta bañarse en el Jordán, e inmediatamente se curó.

El corazón de María, más que ningún otro, es un corazón humilde y capaz de acoger los dones de Dios. Y Dios, para hacerse hombre, la eligió precisamente a ella, a una simple joven de Nazaret, que

no vivía en los palacios del poder y de la riqueza, que no había hecho obras extraordinarias.

Preguntémonos —nos hará bien— si estamos dispuestos a recibir los dones de Dios o si, por el contrario, preferimos encerrarnos en las seguridades materiales, en las seguridades intelectuales, en las seguridades de nuestros proyectos.

Es significativo que Naamán y el samaritano sean dos extranjeros. Cuántos extranjeros, e incluso personas

de otras religiones, nos dan ejemplo de valores que nosotros a veces olvidamos o descuidamos. El que vive a nuestro lado, tal vez despreciado y discriminado por ser extranjero, puede en cambio enseñarnos cómo avanzar por el camino que el Señor quiere. También la Madre de Dios, con su esposo José, experimentó el estar lejos de su tierra. También ella fue extranjera en Egipto durante un largo tiempo, lejos de parientes y amigos. Su fe, sin embargo, fue capaz de superar

las dificultades. Aferrémonos fuertemente a esta fe sencilla de la Santa Madre de Dios; pidámosle que nos enseñe a regresar siempre a Jesús y a darle gracias por los innumerables beneficios de su misericordia.

9 de octubre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Con dolor he recibido las noticias sobre las graves consecuencias causadas por el huracán que los días pasados ha golpeado el Caribe, en particular Haití, dejando numerosas víctimas y desplazados, además de ingentes daños materiales. Aseguro mi cercanía a las

poblaciones y expreso
confianza en el sentido de
solidaridad de la Comunidad
internacional, de las
instituciones católicas y de las
personas de buena voluntad.
Os invito a uniros a mi oración
por estos hermanos y
hermanas puestos a la prueba
tan duramente.

Ayer en Oviedo (España) han
sido proclamados beatos el
sacerdote Genaro Fueyo
Castañón y tres fieles laicos.
Alabamos al Señor por estos
heroicos testigos de la fe,
añadidos a la multitud de los

mártires que ofrecieron su vida en nombre de Cristo.

Dirijo mi saludo más cordial a todos vosotros, queridos peregrinos, que habéis participado en este Jubileo mariano. ¡Gracias por vuestra presencia! Con vosotros quisiera repetir las palabras que san Juan Pablo II pronunció el 8 de octubre del año 2000, en el Acto de consagración jubilar a María: «Hoy queremos confiarte el futuro que nos espera... La humanidad posee hoy instrumentos de potencia

inaudita. Puede hacer de este mundo un jardín o reducirlo a un cúmulo de escombros». Que en esta encrucijada, la Virgen nos ayude a elegir la vida, acogiendo y practicando el Evangelio de Cristo Salvador.

El Papa anuncia el consistorio.

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace anunciar que el sábado 19 de noviembre, víspera del cierre de la Puerta Santa de la Misericordia, tendré un Consistorio para el

nombramiento de 13 nuevos cardenales de los cinco continentes. La proveniencia de 11 naciones expresa la universalidad de la Iglesia que anuncia y testimonia la Buena Noticia de la Misericordia de Dios en cada rincón de la tierra. La inclusión de los nuevos cardenales en la diócesis de Roma, además, manifiesta el inseparable vínculo entre la sede de Pedro y las Iglesias particulares diseminadas por el mundo. El domingo 20 de noviembre, Solemnidad de Cristo Rey,

como conclusión del Año Santo extraordinario de la Misericordia, concelebraré la santa misa con los nuevos cardenales, el Colegio cardenalicio, los arzobispos, obispos y presbíteros.

He aquí los nombres de los nuevos cardenales:

1. Mons. Mario Zenari, que sigue siendo nuncio apostólico en la amada y atormentada Siria (Italia).
2. Mons. Dieudonné Nzapalainga, C.S.Sp., arzobispo de Bangui (República Centroafricana).

3. Mons. Carlos Osoro Sierra, arzobispo de Madrid (España).
4. Mons. Sérgio da Rocha, arzobispo de Brasilia (Brasil).
5. Mons. Blase J. Cupich, arzobispo de Chicago (EE UU).
6. Mons. Patrick D'Rozario, C.S.C., arzobispo de Dacca (Bangladesh).
7. Mons. Baltazar Enrique Porras Cardozo, arzobispo de Mérida (Venezuela).
8. Mons. Jozef De Kesel, arzobispo de Malinas-Bruselas (Bélgica).
9. Mons. Maurice Piat, obispo de Port Louis (Isla Mauricio).

10. Mons. Kevin Joseph Farrell, prefecto del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida (EE UU).

11. Mons. Carlos Aguiar Retes, arzobispo de Tlalnepantla (México).

12. Mons. John Ribat, M.S.C., arzobispo de Port Moresby (Papúa Nueva Guinea).

13. Mons. Joseph William Tobin, C.S.S.R., arzobispo de Indianápolis (EE UU).

A los miembros del Colegio cardenalicio uniré también a dos arzobispos y un obispo eméritos que se han distinguido

en su servicio pastoral y un presbítero que ha dado un luminoso testimonio cristiano. Ellos representan a muchos obispos y sacerdotes que en toda la Iglesia edifican al Pueblo de Dios, anunciando el amor misericordioso de Dios en la atención cotidiana del rebaño del Señor y en la confesión de la fe.

Ellos son:

1. Mons. Anthony Soter Fernandez, arzobispo emérito de Kuala Lumpur (Malasia).
2. Mons. Renato Corti, arzobispo emérito de Novara

(Italia).

3. Mons. Sebastian Koto Khoarai, O.M.I., obispo emérito de Mohale's Hoek (Lesotho).

4. Reverendo Ernest Simoni, presbítero de la archidiócesis de Shkodrë-Pult (Scutari-Albania).

Recemos por los nuevos cardenales, a fin de que, confirmando su adhesión a Cristo, Sumo Sacerdote misericordioso y fiel (cf. *Hb 2, 17*), me ayuden en mi ministerio de obispo de Roma y de «principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad

de la fe y de la comunión»
(cf. LG, 18).

12 de octubre de 2016.

Audiencia general. Obras de misericordia corporales y espirituales.

Miércoles.

*Queridos hermanos y hermanas
¡Buenos días!*

En las catequesis anteriores hemos reflexionado sobre el gran misterio de la misericordia de Dios. Hemos meditado sobre el actuar del Padre en el Antiguo Testamento y después, a través de las narraciones

evangélicas, hemos visto cómo Jesús, en sus palabras y en sus gestos, es la encarnación de la Misericordia. Él, a su vez, ha enseñado a sus discípulos: «sed compasivos como el Padre» (Lc 6, 36). Es un compromiso que requiere el conocimiento y la acción de cada cristiano. Efectivamente, no basta con adquirir experiencia de misericordia de Dios en la propia vida; es necesario que cualquiera que la recibe se convierta también en signo e instrumento para los demás. La misericordia, además, no está

reservada sólo para momentos particulares, sino que abraza toda nuestra experiencia cotidiana.

Entonces ¿Cómo podemos ser testigos de misericordia? No pensemos que se trata de cumplir grandes esfuerzos o gestos sobrehumanos. No, no es así. El Señor nos indica una vía mucho más simple, hecha de pequeños gestos que sin embargo ante sus ojos tienen un gran valor, hasta tal punto que nos ha dicho que sobre estos seremos juzgados. Efectivamente, una página

entre las más bonitas del Evangelio de Mateo nos muestra a la enseñanza que podremos considerar de alguna manera como el «testamento de Jesús» por parte del evangelista, que experimentó directamente sobre él mismo la acción de la Misericordia. Jesús dice que cada vez que damos de comer a quien tiene hambre y de beber a quien tiene sed, que vestimos a una persona desnuda y acogemos a un forastero, que visitamos a un enfermo o un encarcelado, se lo hacemos a Él (cf. *Mt* 25,31-

46). La Iglesia ha llamado estos gestos «obras de misericordia corporales», porque socorren a las personas en sus necesidades materiales.

No obstante hay otras siete obras de misericordia llamadas «espirituales», que afectan a otras exigencias igualmente importantes, sobretodo hoy, porque tocan la esfera íntima de las personas y a menudo son las que más hacen sufrir. Seguramente todos recordamos una que entró a formar parte del lenguaje común: «soportar pacientemente a las personas

molestas». Que las hay, ¡hay muchas personas molestas! Podría parecer una cosa poco importante, que nos hace sonreír, sin embargo contiene un sentimiento de profunda caridad; y así es también para las otras seis, que es bueno recordar: aconsejar a los dudosos, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, rezar a Dios por los vivos y por los muertos. ¡Son cosas de todos los días! «yo estoy afligido...». «Dios te ayudará,

no tengo tiempo...». ¡No! me paro, le escucho, pierdo el tiempo y le consuelo, eso es un gesto de misericordia y eso se le ha hecho no sólo a él, ¡se ha hecho a Jesús!

En las próximas Catequesis nos detendremos sobre estas obras, que la Iglesia nos presenta como el modo concreto de vivir la misericordia. En el curso de los siglos, muchas personas simples las han puesto en práctica, dando así genuino testimonio de su fe. La Iglesia por otra parte, fiel a su Señor, nutre un amor preferencial por

los más débiles. A menudo son las personas más cercanas a nosotros las que necesitan nuestra ayuda. No debemos ir en busca de quién sabe cuáles empresas por realizar. Es mejor iniciar por las más simples, que el Señor nos indica como las más urgentes. En un mundo desgraciadamente afectado por el virus de la indiferencia, las obras de misericordia son el mejor antídoto. Nos educan, efectivamente, a ocuparnos de las exigencias más elementales de nuestros «hermanos más pequeños» (*Mt 25, 40*), en los

cuales está presente Jesús.
Siempre Jesús está presente allí. Donde hay necesidad, una persona que tiene una necesidad, sea material que espiritual, Jesús está ahí.
Reconocer su rostro en el de quien se encuentra necesitado es un verdadero desafío contra la indiferencia. Nos permite ser siempre más vigilantes, evitando que Cristo nos pase al lado sin que le reconozcamos.
Me vuelve a la mente la frase de san Agustín: «Timeo Iesum transeuntem» (*Serm.*, 88, 14, 13), «tengo miedo de que el

Señor pase» y no le reconozca, que el Señor pase delante de mí en una de estas personas pequeñas, necesitadas y yo no me dé cuenta de que es Jesús. ¡Tengo miedo de que el Señor pase y no le reconozca! Me he preguntado por qué san Agustín dijo que temiéramos el paso de Jesús. La respuesta, desgraciadamente, está en nuestros comportamientos: porque a menudo estamos distraídos, indiferentes, y cuando el Señor nos pasa cerca perdemos la ocasión del encuentro con Él.

Las obras de misericordia despiertan en nosotros la exigencia y la capacidad de hacer viva y laboriosa la fe con la caridad. Estoy convencido de que a través de estos simples gestos cotidianos podemos cumplir una verdadera revolución cultural, como ocurrió en pasado. Si cada uno de nosotros, cada día, cumple uno de estos, esta será una revolución en el mundo. Pero todos, cada uno de nosotros. ¡Cuántos santos se recuerdan todavía hoy, no por las grandes obras que han realizado, sino

por la caridad que han sabido transmitir! Pensemos en Madre Teresa, canonizada desde hace poco: no la recordamos por las muchas casas que ha abierto por el mundo, sino porque se inclinaba sobre cada persona que encontraba en medio de la calle para devolverle la dignidad. ¡Cuántos niños abandonados estrechó entre sus brazos; ¡cuántos moribundos acompañó en el umbral de la eternidad tomándoles de la mano! Estas obras de misericordia son los rasgos del Rostro de Jesucristo

que cuida de sus hermanos más pequeños para llevar a cada uno la ternura y la cercanía de Dios. Que el Espíritu Santo nos ayude, que el Espíritu Santo encienda en nosotros el deseo de vivir con este estilo de vida: al menos cumplir una cada día, ¡al menos!

Aprendamos de nuevo de memoria las obras de misericordia corporal y espiritual y pidamos al Señor que nos ayude a ponerlas en práctica cada día y en el momento en el cual veamos a Jesús en una persona

necesitada.

LLAMAMIENTO POR SIRIA

Quiero subrayar y reiterar mi cercanía a todas las víctimas del deshumano conflicto en Siria. Es con un carácter de urgencia que renuevo mi llamamiento, implorando, con todas mis fuerzas, a los responsables, para que se llegue a un inmediato cese al fuego, que sea impuesto y respetado al menos durante el tiempo necesario para consentir la evacuación de los civiles, sobre todo de los niños,

que están todavía atrapados bajo los cruentos bombardeos.

LLAMAMIENTO

Mañana, 13 de octubre, es la Jornada internacional para la reducción de los desastres naturales, que este año propone el tema: «Reducir la mortalidad». Efectivamente los desastres naturales podrían ser evitados o por lo menos limitados, pues sus efectos se deben a menudo a falta de cuidado del medio ambiente por parte del hombre. Animo por lo tanto a unir los esfuerzos de manera previsoramente respecto la

tutela de nuestra casa común, promoviendo una cultura de prevención, con la ayuda también de los nuevos conocimientos, reduciendo los riesgos para las poblaciones más vulnerables.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica.

Que el Espíritu Santo encienda en nosotros el deseo de practicar las obras de misericordia, para que nuestros

hermanos sientan presente a Jesús, que no los abandona en sus necesidades sino que se hace cercano y los abraza con ternura. Muchas gracias.

15 de octubre de 2016.
Palabras a la asociación
nacional de trabajadores
mayores.

Sábado.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Me alegro de vivir junto a
vosotros esta jornada de
reflexión y oración, inserta en
el marco del Día de los Abuelos.
Os saludo a todos con afecto,
empezando por los presidentes
de las asociaciones, a los cuales
agradezco sus palabras.

Expreso mi aprecio por los que han afrontado dificultades e inconvenientes para no faltar a esta cita; y al mismo tiempo estoy cerca de todas las personas ancianas, solas o enfermas, que no han podido moverse de casa, pero que espiritualmente están unidas a nosotros.

La Iglesia mira a las personas ancianas con afecto, gratitud y gran estima. Son parte esencial de la comunidad cristiana y de la sociedad. No sé si habéis oído bien: los ancianos son parte esencial de la comunidad

cristiana y de la sociedad. En particular, representan las raíces y la memoria de un pueblo. Vosotros sois una presencia importante, porque vuestra experiencia constituye un tesoro precioso, indispensable para mirar al futuro con esperanza y responsabilidad. Vuestra madurez y sabiduría, acumuladas a lo largo de los años, pueden ayudar a los más jóvenes apoyándoles en el camino del crecimiento y de la apertura hacia el futuro, en la búsqueda de su camino. Los

ancianos, efectivamente, testimonian que, incluso en las pruebas más difíciles, no hay que perder nunca la confianza en Dios y en un futuro mejor. Son como árboles que siguen dando fruto: aun con el peso de los años, pueden dar su aportación original en pos de una sociedad rica de valores y para la consolidación de la cultura de la vida.

No son pocos los ancianos que emplean generosamente su tiempo y los talentos que Dios les ha concedido en prestarse para ayudar y apoyar a los

demás. Pienso en los que ofrecen su disponibilidad en las parroquias para dar un servicio verdaderamente precioso: algunos se dedican a la decoración de la casa del Señor, otros, como catequistas, animadores litúrgicos, testigos de caridad. Y ¿qué decir de su papel en el ámbito familiar? ¡Cuántos abuelos cuidan de sus nietos, transmitiendo con sencillez a los más pequeños la experiencia de la vida, los valores espirituales y culturales de una comunidad y de un pueblo! En los países que han

padecido una grave persecución religiosa, han sido los abuelos los que han transmitido la fe a las nuevas generaciones, llevando a los niños a a recibir el bautismo en un contexto de sufrida clandestinidad.

En un mundo como el actual, en el cual a menudo son exaltadas la fuerza y la apariencia, vosotros tenéis la misión de testimoniar los valores que cuentan de verdad y que permanecen para siempre, porque están inscritos en el corazón de cada ser humano y garantizados por la

Palabra de Dios. Precisamente en cuanto personas de la llamada tercera edad, vosotros, o mejor dicho nosotros — porque yo también formo parte —, estamos llamados a obrar para el desarrollo de la cultura de la vida, testimoniando que cada estación de la existencia es un don de Dios y tiene una belleza propia y una importancia propia, aunque esté marcada por la fragilidad. Frente a muchos ancianos que, en los límites de sus posibilidades, siguen prodigándose por el prójimo,

hay muchos que conviven con la enfermedad, con dificultades motoras y necesitan asistencia. Doy las gracias hoy al Señor por las muchas personas y estructuras que se dedican a un cotidiano servicio a los ancianos, para favorecer adecuados contextos humanos, en los cuales cada uno pueda vivir dignamente esta importante etapa de la propia vida. Los institutos que albergan a los ancianos son llamados a ser «lugares de humanidad y de atención afectuosa, donde las personas

más débiles no sean olvidadas o abandonadas, sino visitadas, recordadas y custodiadas como a hermanos y hermanas mayores. Se expresa así la gratitud hacia quienes han dado tanto a la comunidad y son su raíz».

Las instituciones y las distintas realidades sociales todavía pueden hacer mucho para ayudar a los ancianos a desarrollar lo mejor posible sus capacidades, para facilitar su activa participación, sobre todo para hacer que su dignidad como personas sea siempre

respetada y valorada. Para hacer esto es necesario hacer frente a la cultura nociva del descarte, que margina a los ancianos considerándoles improductivos. Los responsables públicos, las realidades culturales, educativas y religiosas, como también todos los hombres de buena voluntad, están llamados a esforzarse en construir una sociedad siempre más acogedora e integradora. Y esto de descartar ¡está feo! Una de mis abuelas me contaba esta historia, que en una

familia el abuelo vivía con ellos [hijos y nietos], era viudo, pero comenzó a ponerse enfermo, enfermo..., y en la mesa no comía bien, y se le caía un poco de comida. Un día el papá decidió que el abuelo no comiese más con ellos, sino en la cocina, e hizo una mesa pequeña para el abuelo. Así, la familia comía sin el abuelo. Algunos días después, cuando volvió a casa del trabajo, encontró a uno de sus hijos pequeños que jugaba con una madera, clavos, martillo... «¿Pero qué estás haciendo? »

[le dijo el padre]. El niño le respondió: «estoy haciendo una mesa» —«pero ¿por qué?» —«para ti. Para que cuando seas viejo, puedas comer así». Los niños naturalmente están muy unidos a los abuelos y entienden cosas que sólo los abuelos pueden explicar con su vida, con su actitud. Esta cultura del descarte dice: «tú eres viejo, vete». Tú eres viejo, sí, pero tienes muchas cosas que decirnos, que contarnos, sobre historia, cultura, sobre la vida, los valores... No hay que dejar que esta cultura del

descarte siga adelante, sino que siempre haya una cultura de la integración.

Es importante también favorecer el vínculo entre generaciones. El futuro de un pueblo requiere el encuentro entre jóvenes y ancianos: los jóvenes son la vitalidad de un pueblo en camino y los ancianos refuerzan esta vitalidad con la memoria y la sabiduría. Y hablad con vuestros nietecitos, hablad. Dejad que ellos os hagan preguntas. Son de una peculiaridad distinta a la

nuestra, hacen otras cosas, a ellos les gustan otras músicas..., pero necesitan a los ancianos, este diálogo continuo. También para darles a ellos la sabiduría. Me hace mucho bien leer cuando José y María llevaron al Niño Jesús — tenía 40 días, el niño— al templo; y allí encontraron a dos abuelos [Simeón y Ana], y estos abuelos eran la sabiduría del pueblo; alababan a Dios para que esta sabiduría pudiera salir adelante con este Niño. Son los abuelos los que acogen a Jesús en el templo, no el

sacerdote: este llega después.
Los abuelos. Y leed este, en el
Evangelio de Lucas, es
precioso!

Queridos abuelos y queridas
abuelas, gracias por el ejemplo
de amor que ofrecéis, de
dedicación y sabiduría.

¡Continuad con valor para
testimoniar estos valores! Que
no falten a la sociedad vuestra
sonrisa y la bella luminosidad
de vuestros ojos: ¡que la
sociedad pueda verlos! Yo os
acompañó con mi oración, y
también vosotros no os olvidéis
de rezar por mí. Y ahora sobre

vosotros y vuestros propósitos y proyectos de bien, invoco la bendición del Señor.

Ahora recemos a la abuela de Jesús, santa Ana; recemos a santa Ana, que es la abuela de Jesús, y hagámoslo en silencio, un momentito. Que cada uno pida a santa Ana que nos enseñe a ser buenos y sabios abuelos.

16 de octubre de 2016. Homilía
en la Santa Misa y
canonización de los beatos:
Salomón Leclerq, José Sánchez
del Río, Manuel González
García, Ludovico Pavoni,
Alfonso María Fusco, José
Gabriel del Rosario Brochero,
Isabel de la Santísima Trinidad
Catez

Plaza de San Pedro.

Domingo.

Al inicio de la celebración
eucarística de hoy hemos

dirigido al Señor esta oración:
«Crea en nosotros un corazón generoso y fiel, para que te sirvamos siempre con fidelidad y pureza de espíritu» (Oración Colecta).

Nosotros solos no somos capaces de alcanzar un corazón así, sólo Dios puede hacerlo, y por eso lo pedimos en la oración, lo imploramos a él como don, como «creación» suya. De este modo, hemos sido introducidos en el tema de la *oración*, que está en el centro de las Lecturas bíblicas de este domingo y que nos

interpela también a nosotros, reunidos aquí para la *canonización de algunos nuevos Santos y Santas*. Ellos han alcanzado la meta, han adquirido un corazón generoso y fiel, gracias a la oración: han orado con todas las fuerzas, han luchado y han vencido. Orar, por tanto, como *Moisés*, que fue sobre todo hombre de Dios, *hombre de oración*. Lo contemplamos hoy en el episodio de la batalla contra Amalec, de pie en la cima del monte con los brazos levantados; pero, en ocasiones,

dejaba caer los brazos por el peso, y en esos momentos al pueblo le iba mal; entonces Aarón y Jur hicieron sentar a Moisés en una piedra y mantenían sus brazos levantados, hasta la victoria final.

Este es el estilo de vida espiritual que nos pide la Iglesia: no para vencer la guerra, sino para vencer la paz. En el episodio de Moisés hay un mensaje importante: el compromiso de la oración necesita del *apoyo de otro*. El cansancio es inevitable, y en

ocasiones ya no podemos más, pero con la ayuda de los hermanos nuestra oración puede continuar, hasta que el Señor concluya su obra.

San Pablo, escribiendo a su discípulo y colaborador Timoteo le recomienda que *permanezca firme* en lo que ha aprendido y creído con convicción (cf. 2 *Tm* 3,14). Pero tampoco Timoteo no podía hacerlo solo: no se vence la «batalla» de la perseverancia sin la oración. Pero no una oración esporádica e inestable, sino hecha como Jesús enseña en el Evangelio

de hoy: «Orar siempre sin desanimarse» (Lc 18,1). Este es el modo del obrar cristiano: estar *firmes* en la oración para permanecer *firmes* en la fe y en el testimonio. Y de nuevo surge una voz dentro de nosotros: «Pero Señor, ¿cómo es posible no cansarse? Somos seres humanos, incluso Moisés se cansó». Es cierto, cada uno de nosotros se cansa. Pero no estamos solos, hacemos parte de un Cuerpo. Somos miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, cuyos brazos se levantan al cielo día y noche gracias a la

presencia de Cristo resucitado y de su Espíritu Santo. Y sólo en la Iglesia y gracias a la oración de la Iglesia podemos permanecer firmes en la fe y en el testimonio.

Hemos escuchado la promesa de Jesús en el Evangelio: Dios hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche (cf. *Lc18,7*). Este es el misterio de la oración: *gritar, no cansarse y, si te cansas, pide ayuda para mantener las manos levantadas*. Esta es la oración que Jesús nos ha revelado y nos ha dado a

través del Espíritu Santo. Orar no es refugiarse en un mundo ideal, no es evadir a una falsa quietud. Por el contrario, *orar y luchar*, y dejar que también el Espíritu Santo ore en nosotros. Es el Espíritu Santo quien nos enseña a rezar, quien nos guía en la oración y nos hace orar como hijos.

Los *santos* son hombres y mujeres que entran hasta el fondo del misterio de la oración. Hombres y mujeres que *luchan con la oración*, dejando al Espíritu Santo orar y luchar en ellos;

luchan *hasta el extremo*, con todas sus fuerzas, y vencen, pero no solos: el Señor vence a través de ellos y con ellos.

También estos siete testigos que hoy han sido canonizados, han combatido con la oración la buena batalla de la fe y del amor. Por ello

han *permanecido firmes en la fe con el corazón generoso y fiel*. Que, con su ejemplo y su intercesión, Dios nos conceda también a nosotros ser hombres y mujeres de oración; gritar día y noche a Dios, sin cansarnos; dejar que el Espíritu

Santo ore en nosotros, y orar sosteniéndonos unos a otros para permanecer con los brazos levantados, hasta que triunfe la Misericordia Divina.

16 de octubre de 2016.

ÁNGELUS.

Domingo.

Al finalizar esta celebración, deseo saludar cordialmente a todos vosotros, que habéis venido procedentes de varios países para rendir homenaje a los nuevos santos. Un deferente pensamiento dirijo de manera especial a las delegaciones oficiales de Argentina, España, Francia, Italia, México. Que el ejemplo y la intercesión de estos

luminosos testimonios respalden el esfuerzo de cada uno en los respectivos ambientes de trabajo y de servicio, por el bien de la Iglesia y de la comunidad civil. Mañana se celebra la Jornada mundial contra la pobreza. Unamos nuestras fuerzas, morales y económicas, para luchar juntos contra la pobreza que degrada, ofende y mata a tantos hermanos y hermanas, llevando a cabo políticas serias en favor de las familias y del trabajo. A la Virgen María confiamos

todas nuestras intenciones,
especialmente nuestra
insistente y sentida oración por
la paz.

19 de octubre de 2016.

Audiencia general. Dar de comer al hambriento y de beber al sediento.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Una de las consecuencias del llamado «bienestar» es la de llevar a las personas a encerrarse en sí mismas, haciéndolas insensibles a las exigencias de los demás. Se hace de todo para ilusionarlas presentándoles modelos de vida

efímeros, que desaparecen después de algunos años, como si nuestra vida fuera una moda a seguir y cambiar en cada estación. No es así. La realidad debe ser aceptada y afrontada por aquello que es, y a menudo hace que nos encontremos situaciones de urgente necesidad. Es por eso que, entre las obras de misericordia, se encuentra la llamada del hambre y de la sed: dar de comer a los hambrientos —hoy hay muchos— y de beber al sediento. Cuantas veces los medios de comunicación nos

informan sobre poblaciones que sufren la falta de alimento y de agua, con graves consecuencias especialmente para los niños.

Ante ciertas noticias y especialmente ante ciertas imágenes, la opinión pública se siente aludida y nacen de vez en cuando campañas de ayuda para estimular la solidaridad.

Las donaciones se vuelven generosas y de esta manera se puede contribuir a aliviar el sufrimiento de muchos. Esta forma de caridad es importante, pero quizás no nos compromete directamente. En

cambio cuando, caminando por la calle, nos cruzamos con una persona necesitada, o un pobre llama a la puerta de nuestra casa, es muy distinto, porque ya no estoy ante una imagen, sino que estamos comprometidos en primera persona. Ya no existe distancia alguna entre él o ella y yo, y me siento interpelado. La pobreza en abstracto no nos interpela, pero nos hace pensar, hace que nos lamentemos; pero cuando vemos la pobreza en la carne de un hombre, de una mujer, de un niño, iesto sí

que nos interpela! Y de ahí, esa costumbre que tenemos de huir de los necesitados, de no acercarnos a ellos, maquillando un poco la realidad de los necesitados con las costumbres de moda para alejarnos de ella. Ya no hay distancia alguna entre el pobre y yo cuando nos cruzamos con él. En estos casos, ¿cuál es mi reacción?, ¿miro hacia otra parte y sigo adelante? o ¿me paro a hablar y me preocupo por su estado? Y si tú haces esto no faltará alguien que diga: «¡Éste está loco porque habla con un

pobre!». ¿Miro si puedo acoger de alguna manera a esa persona o intento librarme de ella lo antes posible? Pero quizás sólo pide lo necesario: algo para comer y para beber. Pensemos por un momento: cuántas veces rezamos el «Padre Nuestro», y no obstante no prestamos verdaderamente atención a aquellas palabras: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

En la Biblia, un Salmo dice que Dios es aquel que «da el alimento a todos los seres vivientes» (*Sal* 136, 25). La

experiencia del hambre es dura. Algo sabe quién ha vivido periodos de guerra o carestía. Sin embargo esta experiencia se repite cada día y convive junto a la abundancia y el desperdicio. Siempre son actuales las palabras del apóstol Santiago: «¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga tengo fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están sin ropa y desprovistos del alimento cotidiano y uno de vosotros les dice: «Iros en paz, calentaos y

hartaos», pero no les dais lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (St 2, 14-17) porque es incapaz de hacer obras, de hacer caridad, de amar.

Siempre hay alguien que tiene hambre y sed y me necesita. No lo puedo delegar a alguien. Este pobre me necesita, necesita mi ayuda, mi palabra, mi compromiso. Esto nos afecta a todos. Es también la enseñanza de esa página del Evangelio en la cual Jesús, viendo tanta gente que desde

hacía horas le seguía, pregunta a sus discípulos: «¿Dónde vamos a comprar panes para que coman estos?» (*Jn 6, 5*). Y los discípulos responden: «es imposible, es mejor que tú les despidas...». En cambio Jesús les dice: «No. Dadles vosotros mismos de comer» (cf. *Mc 14, 16*). Se hace dar los pocos panes y peces que tenían consigo, los bendice, los parte y los distribuye a todos. Es una lección muy importante para nosotros. Nos dice que lo poco que tenemos, si lo ponemos en manos de Jesús y lo

compartimos con fe, se convierte en una riqueza superabundante.

El Papa Benedicto XVI, en la Encíclica *Caritas in veritate*, afirma: «Dar de comer a los hambrientos es un imperativo ético para la Iglesia universal. [...]». El derecho a la alimentación así como el derecho al agua, revisten un papel importante para conseguir otros derechos. [...] Es necesario, por lo tanto, que madure una conciencia solidaria que conserve el alimento y el acceso al agua

como derechos universales de todos los seres humanos, sin distinciones ni discriminaciones» (n. 27). No olvidemos las palabras de Jesús: «Yo soy el pan de la vida» (*Jn 6, 35*) y «si alguno tiene sed, venga a mí» (*Jn 7, 37*). Son para todos nosotros, creyentes, una provocación estas palabras, una provocación para reconocer que, a través del dar de comer a los hambrientos y dar de beber a los sedientos, pasa nuestra relación con Dios, un Dios que ha revelado en Jesús su rostro

de misericordia.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a salir al encuentro de las necesidades más básicas de los que encuentren a su camino, dando lo poco que tienen. Dios, a su vez, les corresponderá con su gracia y los colmará de una auténtica alegría. Muchas gracias.

20 de octubre de 2016.

Discurso a los participantes en el capítulo general de los agustinos recoletos.

Jueves.

Queridos hermanos:

Les doy la bienvenida y agradezco al Padre general las amables palabras que me ha dirigido en nombre de toda la familia Agustino-Recoleta. Y como él mismo decía, para este 55 Capítulo general, han tomado como lema una oración que sale de lo más íntimo del

corazón de san Agustín: «*Toda nuestra esperanza está en tu gran misericordia. Danos lo que mandas y manda lo que quieras*» (*Confesiones*, 10,29,40).

Esta invocación nos conduce a ser *hombres de esperanza*, o sea con horizontes, capaces de poner toda nuestra confianza en la misericordia de Dios, conscientes de que somos incapaces de afrontar sólo con nuestras fuerzas los retos que el Señor propone. Nos sabemos pequeños e indignos; pero en Dios está nuestra seguridad y

alegría; él jamás defrauda y él es quien por caminos misteriosos nos conduce con amor de Padre.

En este Capítulo general han querido revisar y poner ante Dios la vida de la Orden, con sus anhelos y desafíos, para que sea él quien les dé luz y esperanza. Para buscar la renovación y un impulso se necesita volver a Dios, y pedirle: «*Danos lo que mandas*». Pedimos el mandamiento nuevo que Jesús nos dio: «Que os améis unos a otros; como yo os he amado»

(*Jn 13,34*); es lo que nosotros le imploramos que nos dé: su amor para ser capaces de amar. Dios nos da de muchas maneras este amor; Dios siempre nos está dando este amor y se hace presente en nuestra vida. Miramos al pasado y damos gracias por tantos dones recibidos. Y este recorrido histórico hemos de hacerlo de la mano del Señor, porque él es quien nos da la clave para interpretarlo; no se trata de hacer historia sin más, sino descubrir la presencia del Señor en cada acontecimiento,

en cada paso de la vida. El pasado nos ayuda a volver de nuevo al carisma y a degustarlo en toda su frescura y entereza. También nos da la posibilidad de subrayar las dificultades que han surgido y cómo han sido superadas, para poder enfrentar los retos actuales, mirándose al futuro. Este camino junto a Jesús se convertirá en oración de acción de gracias y en purificación interior.

La memoria agradecida de su amor en nuestro pasado nos impulsa a vivir el presente con

pasión y de manera cada vez más valiente; entonces sí podemos pedirle: «*Manda lo que quieras*». Pedir esto implica libertad de espíritu y disponibilidad. Dejarse mandar por Dios significa que él es el patrón de nuestra vida y no hay otro; y bien sabemos que, si Dios no ocupa el lugar que le corresponde, otros lo harán por él. Y cuando el Señor está en el centro de nuestra vida todo es posible; no cuenta ni el fracaso ni algún otro mal, porque él es quien está en el centro, y es él quien nos dirige.

En este momento de modo especial, nos pide que seamos sus «creadores de comunión». Estamos llamados a crear, con nuestra presencia en medio del mundo, una sociedad capaz de reconocer la dignidad de cada persona y de compartir el don que cada uno es para el otro. Con nuestro testimonio de comunidad viva y abierta a lo que nos manda el Señor, a través del soplo de su Espíritu, podremos responder a las necesidades de cada persona con el mismo amor con el que Dios nos ha amado. Tantas

personas están esperando que salgamos a su encuentro y las miremos con esa ternura que hemos experimentado y recibido de nuestro trato con Dios. Este es el poder que llevamos, no el de nuestros propios ideales y proyectos; sino la fuerza de su misericordia que transforma y da vida.

Queridos hermanos, los invito a mantener con espíritu renovado el sueño de san Agustín, de vivir como hermanos «con un solo corazón y una sola alma» (*Regla 1, 2*),

que refleje el ideal de los primeros cristianos y sea profecía viviente de comunión en este mundo nuestro, para que no haya división, ni conflictos ni exclusión, sino que reine la concordia y se promueva el diálogo. Pongo bajo el amparo de nuestra Madre, la Virgen María, las intenciones y proyectos de la Orden, para que los oriente y proteja. Y no se olviden de rezar por mí, y trasmitan mi bendición a toda la familia Agustino-Recoleta. Muchas gracias.

22 de octubre de 2016.

Audiencia jubilar. Diálogo a corazón abierto.

Sábado.

Jubileo extraordinario de la misericordia.

Queridos hermanos, ¡Buenos días!

El pasaje del Evangelio de Juan que hemos escuchado (cf 4,6-15) narra el encuentro de Jesús con una mujer samaritana. Lo que impresiona de este encuentro es el diálogo muy

intenso entre la mujer y Jesús. Esto nos permite hoy subrayar un aspecto muy importante de la misericordia, que es precisamente el diálogo. El diálogo permite a las personas conocerse y comprender las exigencias los unos de los otros. Sobre todo, es una señal de gran respeto, porque pone a las personas en actitud de escucha y en la condición de acoger los mejores aspectos del interlocutor. En segundo lugar, el diálogo es expresión de caridad, porque, aun no ignorando las

diferencias, puede ayudar a buscar y a compartir el bien común. Además, el diálogo invita a ponernos ante el otro viéndolo como un don de Dios, que nos interpela y nos pide ser reconocido.

Muchas veces no encontramos a los hermanos, a pesar de vivir a su lado, sobre todo cuando hacemos prevalecer nuestra posición frente a la del otro. No dialogamos cuando no escuchamos suficientemente o tendemos a interrumpir al otro para demostrar que tenemos razón. Pero ¿cuántas veces,

cuántas veces estamos escuchando a una persona, la paramos y decimos: "¡No! ¡No! ¡No es así!" y no dejamos que la persona termine de explicar lo que quiere decir?. Y esto impide el diálogo: esta es una agresión. El verdadero diálogo, en cambio, necesita momentos de silencio, en los cuales acoger el don extraordinario de la presencia de Dios en el hermano.

Queridos hermanos y hermanas, dialogar ayuda a las personas a humanizar las relaciones y a superar las

incomprensiones. ¡Hay tanta necesidad de diálogo en nuestras familias, y cómo se resolverían más fácilmente las cuestiones si aprendiéramos a escucharnos mutuamente! Es así en la relación entre marido y mujer, y entre padres e hijos. Cuánta ayuda puede llegar también del diálogo entre los profesores y sus alumnos; o entre directivos y obreros, para descubrir las exigencias mejores del trabajo.

De diálogo también vive la Iglesia con los hombres y las mujeres de todos los tiempos,

para comprender las necesidades que alberga el corazón de cada persona y para contribuir a la realización del bien común. Pensemos en el gran don de la creación y en la responsabilidad que todos tenemos de salvaguardar nuestra casa común: el diálogo sobre este tema tan central es una exigencia ineludible.

Pensemos en el diálogo entre las religiones, para descubrir la verdad profunda de su misión en medio de los hombres, y para contribuir a la construcción de la paz y de una

red de respeto y fraternidad (cf Enc. *Laudato si'*, 201).

Para concluir, todas las formas de diálogo son expresiones de la gran exigencia de amor de Dios, que sale al encuentro de todos y en cada uno pone una semilla de su bondad, para que pueda colaborar en su obra creadora. El diálogo derriba los muros de las divisiones y de las incomprensiones; crea puentes de comunicación y no permite que nadie se aísle, encerrándose en su pequeño mundo. No os olvidéis: dialogar es escuchar lo que me dice el

otro y decir con docilidad lo que pienso yo. Si las cosas van así, la familia, el barrio, el puesto de trabajo serán mejores. Pero si yo no dejo que el otro diga todo lo que tiene en el corazón y empiezo a gritar —hoy se grita mucho— no llegará a buen fin esta relación entre nosotros; no llegará a buen fin la relación entre marido y mujer, entre padres e hijos. Escuchar, explicar, con docilidad, no chillar al otro, no gritar al otro, sino tener un corazón abierto.

Jesús conocía bien lo que había

en el corazón de la samaritana, una gran pecadora; no obstante lo cual no le negó que se pudiera explicar, dejó que hablara hasta el final, y entró poco a poco en el misterio de su vida. Esta enseñanza vale también para nosotros. A través del diálogo podemos hacer crecer las señales de la misericordia de Dios y convertirlas en un instrumento de aceptación y respeto.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española,

en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a ser por medio del diálogo instrumentos que creen una red de respeto y fraternidad para derribar los muros de la división y de la incomprensión, y así crear puentes de comunicación para ser signos de la misericordia de Dios. Muchas gracias.

(Saludo con motivo de la memoria litúrgica de san Juan Pablo II)

Queridos hermanos y hermanas:

hace exactamente treinta y

ocho años, casi a esta hora, en esta Plaza sonaban las palabras dirigidas a los hombres de todo el mundo: ¡no tengáis miedo! (...) Abrid, es más, abrid las puertas de par en par a Cristo. Estas palabras las pronunció al comienzo de su pontificado Juan Pablo II, Papa de profunda espiritualidad, plasmada por la milenaria herencia de la historia y de la cultura polaca transmitida en el espíritu de fe, de generación en generación. Esta herencia era para Él fuente de esperanza, de potencia y de valor, con la cual

exhortaba al mundo a abrir ampliamente las puertas a Cristo. Esta invitación se transformó en una incesante proclamación del Evangelio de la misericordia para el mundo y para el hombre, cuya continuación es este Año Jubilar.

Hoy quiero desearos que el Señor os dé la gracia y la perseverancia en esta fe, esta esperanza y este amor que habéis recibido de vuestros antepasados y que conserváis con cuidado. Que en vuestras mentes y en vuestros

corazones resuene siempre el llamamiento de vuestro gran compatriota para despertar en vosotros la fantasía de la misericordia, para que podáis llevar el testimonio del amor de Dios a todos los que lo necesitan. Os pido que os acordéis de mí en vuestras oraciones. ¡Os bendigo de corazón! ¡Sea alabado Jesucristo!

Una mención especial a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. Hoy se celebra la memoria litúrgica de San Juan Pablo II. Que su coherente

testimonio de fe sea una enseñanza para vosotros, queridos jóvenes, para afrontar los desafíos de la vida; con la luz de su enseñanza, queridos enfermos, abrazad con esperanza la cruz de la enfermedad; invocad su celeste intercesión, queridos recién casados, para que en vuestra nueva familia no falte nunca el amor.

23 de octubre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡Buenos días!*

La segunda lectura de la liturgia de hoy nos presenta la exhortación de san Pablo a Timoteo, su colaborador e hijo predilecto, en la que vuelve a pensar sobre su propia existencia de apóstol totalmente consagrada a la misión (cf 2 *Tm* 4, 6-8. 16-18). Viendo ya cercano el final de su

camino terrenal, la describe en referencia a tres estaciones: el presente, el pasado, el futuro. Al presente hace referencia con la metáfora del sacrificio: «porque estoy a punto de ser derramado en libación» (2 *Tm* 4, 6). Por lo que se refiere al pasado, Pablo indica su vida, transcurrida con las imágenes de la «buena batalla» y de la «carrera» de un hombre que fue coherente con sus propios compromisos y sus propias responsabilidades (cf 2 *Tm* 4, 7); como consecuencia, confió en el reconocimiento

futuro por parte de Dios, que es «juez justo». Pero la misión de Pablo resultó eficaz, justa y fiel solamente gracias a la cercanía y a la fuerza del Señor, que hizo de él un anunciador del Evangelio a todos los pueblos. He aquí su expresión: «el Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles» (2 *Tm* 4, 17).

En este relato autobiográfico de san Pablo se refleja la Iglesia, especialmente hoy, Jornada

mundial misionera, cuyo tema es «Iglesia misionera, testimonio de misericordia». En Pablo la comunidad cristiana encuentra su modelo, en la convicción de que es la presencia del Señor la que hace eficaz el trabajo apostólico y la obra de evangelización. La experiencia del Apóstol de los gentiles nos recuerda que debemos comprometernos con las actividades pastorales y misioneras, por una parte, como si el resultado dependiera de nuestros esfuerzos, con el espíritu de sacrificio del atleta

que no se detiene ni siquiera ante las derrotas; pero sin embargo, sabiendo que el verdadero éxito de nuestra misión es un don de la Gracia: es el Espíritu Santo quien hace eficaz la misión de la Iglesia en el mundo.

¡Hoy es tiempo de misión y es tiempo de valor! valor para reforzar los pasos titubeantes, de retomar el gusto de gastarse por el Evangelio, de retomar la confianza en la fuerza que la misión trae consigo. Es tiempo de valor, aunque tener valor no significa tener garantía de

éxito. Se nos ha pedido valor para luchar, no necesariamente para vencer; para anunciar, no necesariamente para convertir. Se nos pide valor para ser alternativos al mundo, pero sin volvernos polémicos o agresivos jamás. Se nos pide valor para abrirnos a todos, pero sin disminuir lo absoluto y único de Cristo, único salvador de todos. Se nos pide valor para resistir a la incredulidad sin volvernos arrogantes. Se nos pide también el valor del publicano del Evangelio de hoy, que con humildad no se atrevía

ni si quiera a levantar los ojos hacia el cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «oh Dios, ten piedad de mí pecador». ¡Hoy es tiempo de valor! ¡Hoy se necesita valor! Que la Virgen María, modelo de la Iglesia «en salida» y dócil ante el Espíritu Santo, nos ayude a todos a ser, en virtud de nuestro bautismo, discípulos misioneros para llevar el mensaje de la salvación a la entera familia humana.

LLAMAMIENTO

En estas horas dramáticas, me sienta cercano a la entera

población de Iraq, en particular a la ciudad de Mosul. Nuestros ánimos están sacudidos por los feroces actos de violencia que desde hace demasiado tiempo se están cometiendo contra ciudadanos inocentes, tanto musulmanes como cristianos. La palabra de solidaridad se une a la promesa de mi recuerdo en la oración, para que Iraq, aun siendo duramente atacado, sea fuerte y sólido con la esperanza de poder ir hacia un futuro seguro, de reconciliación y de paz. Por ello os pido a todos vosotros

que os unáis a mi oración.

[silencio y rezo del Ave María]

Después del Ángelus:

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Os saludo con afecto a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de varios países, comenzando por los polacos, que aquí en Roma y en su patria recuerdan el 1050º aniversario de la presencia del cristianismo en Polonia.

Recibo con alegría a los participantes en el Jubileo de las corales de Italia, a los

corredores provenientes de Asís en representación de las «Pro Loco Italianas», y a los jóvenes de las hermandades de las diócesis de Italia. Están presentes los grupos de fieles de muchas parroquias italianas: no me es posible saludaros uno por uno, pero os animo a proseguir con alegría vuestro camino de fe. Dirijo un pensamiento especial a la comunidad peruana de Roma, aquí reunida con la sagrada Imagen del Señor de los Milagros. A todos os saludo con afecto. ¡Feliz domingo! Y por

favor, no os olvidéis de rezar
por mí. ¡Buen almuerzo y
adiós!

24 de octubre de 2016.

Discurso a los participantes en la 36 congregación general de la compañía de Jesús.

Curia General de la Compañía de Jesús, Roma.

Lunes.

Queridos hermanos y amigos en el Señor,
al rezar pensando qué les diría, recordé con particular emoción las palabras finales que nos dijo el Beato Pablo VI al finalizar nuestra Congregación General

XXXII: «Così, così, fratelli e figli. Avanti, *in Nomine Domini. Camminiamo insieme*, liberi, obbedienti, uniti nell'amore di Cristo, per la maggior gloria di Dio» [\[1\]](#).

También San Juan Pablo II y Benedicto XVI nos han animado a «*caminar de una manera digna* de la vocación a la que hemos sido llamados (Ef 4,1)» [\[2\]](#) y a «*proseguir por el camino* de la misión con plena fidelidad a vuestro carisma originario, en el contexto eclesial y social característico de este inicio de

milenio. Como os han dicho en varias ocasiones mis antecesores, la Iglesia os necesita, cuenta con vosotros y sigue confiando en vosotros, de modo especial para llegar a los lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o les resulta difícil hacerlo» [\[3\]](#).

Caminar juntos –libres y obedientes– caminar yendo a las periferias donde otros no llegan, «bajo la mirada de Jesús y mirando el horizonte que es la Gloria de Dios siempre mayor, el que nos sorprende siempre» [\[4\]](#). El

jesuita está llamado para «discurrir –como dice Ignacio– y hacer vida en cualquiera parte del mundo donde se espera más servicio de Dios y ayuda de las ánimas» (Co 304). Es que: “Para la Compañía, todo el mundo le ha de ser casa”, decía Nadal [\[5\]](#).

Ignacio le escribía a Borja a propósito de una crítica de los jesuitas llamados “angélicos” (Oviedo y Onfroy), porque decían que la Compañía no estaba bien instituida y que había que instituir la más en espíritu: el espíritu que los guía

-decía Ignacio- "ignora el estado de las cosas de la Compañía, que están *in fieri*, fuera de lo necesario (y) substancial"[\[6\]](#). Me gusta tanto esta manera de ver de Ignacio a las cosas en devenir, haciéndose, fuera de lo substancial. Porque saca a la Compañía de todas las parálisis y la libra de tantas veleidades. La *Fórmula del Instituto* es lo "necesario y substancial" que debemos tener todos los días ante los ojos, después de mirar a Dios nuestro Señor: "El modo de ser del Instituto, que

es *camino* hacia Él". Lo fue para los primeros compañeros y previeron que lo fuera "para los que nos sigan por este *camino*".

Así, tanto la pobreza como la obediencia o el hecho de no estar obligados a cosas como rezar en coro, no son ni exigencias ni privilegios, sino ayudas que hacen a la movilidad de la Compañía, al estar disponibles «para correr por la vía de Cristo Nuestro Señor» (Co 582) teniendo, gracias al voto de obediencia al Papa, una «más cierta dirección del Espíritu Santo» (Fórmula

Instituto 3). En la Fórmula está la intuición de Ignacio, y su substancialidad es lo que permite que las Constituciones hagan hincapié en tener siempre en cuenta «los lugares, tiempos y personas» y que todas las reglas sean ayudas – tanto cuanto – para cosas concretas.

El caminar, para Ignacio, no es un mero ir y andar sino que se traduce en algo cualitativo: es aprovechamiento y progreso, es ir adelante, es hacer algo en favor de los otros. Así lo expresan las dos Fórmulas del

Instituto aprobadas por Paulo III (1540) y Julio III (1550) cuando centran la ocupación de la Compañía en la fe –en su defensa y propagación– y en la vida y doctrina de las personas. Aquí Ignacio y los primeros compañeros usan la palabra *aprovechamiento* (*ad pr cf. Fil 1, 12.25*) que es la que da el criterio práctico de discernimiento propio de nuestra espiritualidad. El aprovechamiento no es individualista, es común: «El fin de esta Compañía es no solamente atender a la

salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos» (Ex 1, 2). Y si para algún lado se inclinaba la balanza en el corazón de Ignacio era hacia la ayuda de los prójimos, tanto es así que se enojaba si le decían que la razón de que alguno se quedara en la Compañía era «para que así salvara su ánima. Ignacio no quería gente que siendo buena para sí, no se

hallara en ella aptitud para el servicio del prójimo» (Aicardo I punto 10 pág. 41).

El aprovechamiento es en todo. La fórmula de Ignacio expresa una tensión: “no solamente... sino...”; y este esquema mental de unir tensiones –la salvación y perfección propia y la salvación y perfección del prójimo– desde el ámbito superior de la Gracia, es propio de la Compañía. La armonización de ésta y de todas las tensiones (contemplación y acción, fe y justicia, carisma e institución,

comunidad y misión...) no se da mediante formulaciones abstractas sino que se logra a lo largo del tiempo mediante eso que Fabro llamaba "nuestro modo de proceder"[\[8\]](#).

Caminando y "progresando" en el seguimiento del Señor, la Compañía va armonizando las tensiones que contienen y producen inevitablemente la diversidad de gente que convoca y las misiones que recibe.

El aprovechamiento no es elitista. En la Fórmula Ignacio procede describiendo medios

para aprovechar más universalmente, que son propiamente sacerdotales. Pero notemos que las obras de misericordia se dan por descontadas, la Fórmula dice: «sin que eso sea óbice» para la misericordia! Las obras de misericordia –el cuidado de los enfermos en las hospederías, la limosna mendigada y repartida, la enseñanza a los pequeños, el sufrir con paciencia las molestias...– eran el medio vital en el que Ignacio y los primeros compañeros se movían y existían, su pan

cotidiano: ¡cuidaban que todo lo demás no fuera óbice!

El aprovechamiento, por fin, es "lo que más aprovecha". Se trata del "*magis*", de ese plus, que lleva a Ignacio a iniciar procesos, a acompañarlos y a evaluar su real incidencia en la vida de las personas, ya sea en cuestiones de fe, de justicia o de misericordia y caridad. El magis es el fuego, el fervor en acción, que sacude dormideras. Nuestros santos lo han encarnado siempre. Decían de San Alberto Hurtado que era "un dardo agudo que se clava

en las carnes dormidas de la Iglesia". Y esto contra esa tentación que Pablo VI llamaba "*spiritus vertiginis*" y De Lubac, "mundanidad espiritual".

Tentación que no es, en primer lugar, moral sino espiritual y que nos distrae de lo esencial: que es ser aprovechables, dejar huella, incidir en la historia, especialmente en la vida de los más pequeños.

«La Compañía es Fervor», decía Nadal [\[9\]](#). Para reavivar el fervor en la misión de aprovechar a las personas en su vida y doctrina, deseo

concretar estas reflexiones en *tres puntos* que, dado que la Compañía está en los lugares de misión en que tiene que estar, hacen más bien a nuestro modo de proceder. Tienen que ver con la alegría, con la Cruz y con la Iglesia, nuestra Madre, y miran a dar un paso adelante quitando los impedimentos que el enemigo de natura humana nos pone cuando vamos, en el servicio de Dios, de bien en mejor subiendo.

1. Pedir insistentemente la consolación

Siempre se puede dar un paso

adelante en el pedir insistentemente la consolación. En las dos Exhortaciones Apostólicas [*Evangelii gaudium* y *Amoris laetitia*] y en la Encíclica *Laudato si'* he querido insistir en la alegría. Ignacio, en los Ejercicios nos hace contemplar a sus amigos «el oficio de consolar», como propio de Cristo Resucitado (EE 224). Es oficio propio de la Compañía consolar al pueblo fiel y ayudar con el discernimiento a que el enemigo de natura humana no nos robe la alegría: la alegría

de evangelizar, la alegría de la familia, la alegría de la Iglesia, la alegría de la creación... Que no nos la robe ni por desesperanza ante la magnitud de los males del mundo y los malentendidos entre los que quieren hacer el bien, ni nos la reemplace con las alegrías fatuas que están siempre al alcance de la mano en cualquier comercio.

Este «servicio de la alegría y de la consolación espiritual» arraiga en la oración. Consiste en animarnos y animar a todos a «pedir insistentemente la

consolación a Dios». Ignacio lo formula de modo negativo en la 6ª regla de primera semana, cuando dice que «mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación» instando en la oración (EE 319). Aprovecha porque en la desolación somos muy «para poco» (EE 324). Practicar y enseñar esta oración de pedir y suplicar la consolación, es el principal servicio a la alegría. Si alguno no se cree digno (cosa muy común en la práctica), al menos insista en pedir esta consolación por amor

al mensaje, ya que la alegría es constitutiva del mensaje evangélico, y pídale también por amor a los demás, a su familia y al mundo. Una buena noticia no se puede dar con cara triste. La alegría no es un plus decorativo, es índice claro de la gracia: indica que el amor está activo, operante, presente. Por eso el buscarla no debe confundirse con buscar “un efecto especial”, que nuestra época sabe producir para consumo, sino que se la busca en su índice existencial que es la “durabilidad”: Ignacio abre

los ojos y se despierta al discernimiento de los espíritus al descubrir esta distinta valencia entre alegrías duraderas y alegrías pasajeras (Autobiog 8). El tiempo será lo que le da la clave para reconocer la acción del Espíritu. En los Ejercicios, el “progreso” en la vida espiritual se da en la consolación: es el «ir de bien en mejor subiendo» (EE 315) y también «todo aumento de fe, esperanza y caridad y toda leticia interna» (EE 316). Este servicio de la alegría fue lo que llevó a los primeros

compañeros a decidir no disolver sino instituir la compañía que se brindaban y compartían espontáneamente y cuya característica era la alegría que les daba rezar juntos, salir a misionar juntos y volver a reunirse, a imitación de la vida que llevaban el Señor y sus apóstoles. Esta alegría del anuncio explícito del Evangelio –mediante la predicación de la fe y la práctica de la justicia y la misericordia– es lo que lleva a la Compañía a salir a todas las periferias. El jesuita es un

servidor de la alegría del Evangelio, tanto cuando trabaja artesanalmente conversando y dando los ejercicios espirituales a una sola persona, ayudándola a encontrar ese «lugar interior de donde le viene la fuerza del Espíritu que lo guía, lo libera y lo renueva» [\[10\]](#), como cuando trabaja estructuralmente organizando obras de formación, de misericordia, de reflexión, que son expansión institucional de ese punto de inflexión donde se da el quiebre de la voluntad propia y entra a actuar el Espíritu. Bien decía M.

De Certeau: los Ejercicios son «el método apostólico por excelencia», ya que posibilitan el «retorno al corazón, principio de una docilidad al Espíritu que despierta e impulsa al ejercitante a una fidelidad personal a Dios» [\[11\]](#).

2. Dejarnos conmover por el Señor puesto en Cruz

Siempre se puede dar un paso más en el dejarnos conmover por el Señor puesto en cruz, por Él en persona y por Él presente en tantos hermanos nuestros que sufren –la gran mayoría de la humanidad! El

Padre Arrupe decía que allí donde hay un dolor, allí está la Compañía.

El Jubileo de la Misericordia es un tiempo oportuno para reflexionar sobre los servicios de la misericordia. Lo digo en plural porque la misericordia no es una palabra abstracta sino un estilo de vida, que antepone a la palabra los gestos concretos que tocan la carne del prójimo y se institucionalizan en obras de misericordia. Para los que hacemos los Ejercicios, esta gracia por la que Jesús nos

manda que nos asemejemos al Padre (cf. *Lc 6, 36*) comienza con ese coloquio de misericordia que es la expansión del coloquio con el Señor puesto en cruz por mis pecados. Todo el segundo ejercicio es un coloquio lleno de sentimientos de vergüenza, confusión, dolor y lágrimas agradecidas viendo quién soy yo –disminuyéndome– y quién es Dios –engrandeciéndolo–, «que me ha dado vida hasta ahora» (EE 61), quién es Jesús, colgado en la cruz por mí. El modo como Ignacio vive y

formula su experiencia de la misericordia es de mucho provecho personal y apostólico y requiere una aguda y sostenida experiencia de discernimiento. Decía nuestro padre a [san Francisco] Borja: «Yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento; y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca» [\[12\]](#). Ignacio vive, pues de la pura misericordia de Dios hasta en las cosas más

pequeñas de su vida y de su persona. Y sentía que cuanto más impedimento él ponía, con más bondad lo trataba el Señor: «Tanta era la misericordia del Signore, e tanta la copia della soavità e dolcezza della grazia sua con esso lui, che quanto egli più desiderava d'essere in questo modo castigato, tanto più benigno era Iddio e con abbondanza maggiore spargeva sopra di lui i tesori della sua infinita liberalità. Laonde diceva, che egli credeva no vi essere nel mondo uomo, in cui

queste due cose insieme, tanto come in lui, concorressero; la prima mancare tanto a Dio e l'altra il ricevere tante e così continue grazie dalla sua mano» [\[13\]](#).

Al formular Ignacio su experiencia de la misericordia en estos términos comparativos –cuanto más sentía faltar al Señor más se extendía Él en darle su gracia– libera la fuerza vivificante de la misericordia que nosotros muchas veces diluimos con formulaciones abstractas y condiciones legalistas. El Señor, que nos

mira con misericordia y nos elige, nos envía a hacer llegar con toda su eficacia esa misma misericordia a los más pobres, a los pecadores, a los sobrantes y crucificados del mundo actual que sufren la injusticia y la violencia. Sólo si experimentamos esta fuerza sanadora en lo vivo de nuestras propias llagas, como personas y como cuerpo, perderemos el miedo a dejarnos conmover por la inmensidad del sufrimiento de nuestros hermanos y nos lanzaremos a caminar pacientemente con nuestros

pueblos aprendiendo de ellos el modo mejor de ayudarlos y servirlos (cf. CG 32 d 4 n 50).

3. Hacer el bien de buen espíritu, sintiendo con la Iglesia

Siempre se puede dar un paso adelante en hacer el bien de buen espíritu, sintiendo con la Iglesia, como dice Ignacio. Es también propio de la Compañía el servicio del discernimiento del modo como hacemos las cosas. Fabro lo formulaba pidiendo la gracia de «todo el bien que pudiese realizar, pensar u organizar, se haga por

el buen espíritu y no por el malo» [\[14\]](#). Esta gracia de discernir, que no basta con pensar, hacer u organizar el bien sino que hay que hacerlo de buen espíritu, es lo que nos enraíza en la Iglesia, en la que el Espíritu actúa y reparte su diversidad de carismas para el bien común. Fabro decía que en muchas cosas los que querían reformar a la Iglesia tenían razón, pero que Dios no la quería corregir con sus modos. Es propio de la Compañía hacer las cosas sintiendo con la Iglesia. Hacer esto sin perder la

paz y con alegría, dados los pecados que vemos tanto en nosotros como personas como en las estructuras que hemos creado, implica cargar la Cruz, experimentar la pobreza y las humillaciones, ámbito en el que Ignacio nos anima a elegir entre soportarlas pacientemente o desejarlas [\[15\]](#). Allí donde la contradicción era más candente, Ignacio daba ejemplo de recogerse en sí mismo, antes de hablar o actuar, para obrar de buen espíritu. Las reglas para sentir con la Iglesia no las leemos

como instrucciones precisas sobre puntos controvertidos (alguno podría resultar extemporáneo) sino ejemplos donde Ignacio invitaba en su tiempo a “hacer contra” al espíritu antieclesial, inclinándose total y decididamente del lado de nuestra Madre, la Iglesia, no para justificar una posición discutible sino para abrir lugar a que el Espíritu actuara a su tiempo.

El servicio del buen espíritu y del discernimiento nos hace ser hombres de Iglesia –no

clericalistas, sino eclesiales-, hombres "para los demás", sin cosa propia que aísle sino con todo lo nuestro propio puesto en comunión y al servicio.

No caminamos ni solos ni cómodos, caminamos con «un corazón que no se acomoda, que no se cierra en sí mismo, sino que late al ritmo de un camino que se realiza junto a todo el pueblo fiel de

Dios» [\[16\]](#). Caminamos haciéndonos todo a todos con tal de ayudar a alguno.

Este despojo hace que la Compañía tenga y pueda tener

siempre más el rostro, el acento y el modo de todos los pueblos, de cada cultura, metiéndose en todos ellos, en lo propio del corazón de cada pueblo, para hacer allí Iglesia con cada uno, inculturando el evangelio y evangelizando cada cultura.

Le pedimos a Nuestra Señora de la Strada, en un coloquio filial o como de un siervo con su Señora, que interceda por nosotros ante el «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» (2 Cor 1, 3), para que nos ponga siempre

nuevamente con su Hijo, con Jesús, que carga y nos invita a cargar con Él la cruz del mundo. Confiamos a Ella nuestro "modo de proceder", para que sea eclesial, inculturado, pobre, servicial, libre de toda ambición mundana. Le pedimos a nuestra Madre que encamine y acompañe a cada jesuita junto con la porción del pueblo fiel de Dios al que ha sido enviado, *por estos caminos de la consolación, de la compasión y del discernimiento.*

[1] Discurso ai partecipanti alla 32ª Congregazione Generale della Compagnia di Gesù, 3 dicembre 1974.

[2] Homilía en la celebración inaugural de la 33ª Congregación General de la Compañía de Jesús, 2 de setiembre de 1983.

[3] Discurso a los participantes en la 35ª Congregación General de la Compañía de Jesús, 21 de febrero de 2008.

[4] Francisco, Homilía en la fiesta del SS.mo Nombre de Jesús, Iglesia del Gesù, 3 de enero de 2014.

[5] MNadal V 364-365.

[6] Carta 51, A Francisco de Borja,

julio de 1549, 17 N. 9. Cfr. M. A. Fiorito y A. Swinnen, *La Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús* (introducción y versión castellana), *Stromata*, julio-diciembre 1977 – nº 3/4, 259-260.

[7] “Ad profectum animarum in vita et doctrina Christiana” in *Monumenta Ignatiana, Constitutiones T. I* (MHSI), Roma, 1934 , 26 y 376; cfr. *Constituzioni della Compagnia di Gesù* annotate dalla CG 34 e Norme complementari, Roma, ADP, 1995, 32-33.

[8] Cf. MF. 50, 69, 111, 114 etc.

[9] Cf. MNad V, 310.

[10] Pierre Favre, *Memorial*, Paris, Desclée, 1959; cf. Introduction de M.

De Certau, pág. 74.

[11] Ibíd. 76.

[12] Ignacio de Loyola, Carta 26 a Francisco de Borja, fines de 1545.

[13] P. Ribadaneira, Vita di S. Ignazio di Loiola, Roma, La Civiltà Cattolica, 1863, 336.

[14] Pierre Favre, Memorial cit. n° 51.

[15] Cf., Directorio Autógrafo 23.

[16] Francisco, Homilía en la fiesta del SS.mo Nombre de Jesús, Iglesia del Gesù, 3 de enero de 2014.

26 de octubre de 2016.

Audiencia general. Solidaridad
hacia las mujeres y menores
víctimas de la trata.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡Buenos días!*

Proseguimos con la reflexión
sobre las obras de misericordia
corporales, que el Señor Jesús
nos ha transmitido para
mantener siempre viva y
dinámica nuestra fe. Estas
obras, de hecho, muestran que
los cristianos no están cansados

ni perezosos en la espera del encuentro final con el Señor, sino que cada día salen a su encuentro, reconociendo su rostro en el de tantas personas que piden ayuda. Hoy nos detenemos en estas palabras de Jesús: «Era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis» (*Mt 25, 35-36*). En estos tiempos es más actual que nunca la obra que concierne a los forasteros. La crisis económica, los conflictos armados y los cambios climáticos empujan a muchas personas a emigrar. Sin

embargo, las migraciones no son un fenómeno nuevo, sino que pertenecen a la historia de la humanidad. Es una falta de memoria histórica pensar que sean algo típico sólo de estos años.

La Biblia nos ofrece muchos ejemplos concretos de migración. Es suficiente pensar en Abraham. La llamada de Dios le empuja a dejar su país para ir a otro: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré (*Gen*12, 1)». Y así fue también para el

pueblo de Israel, que desde Egipto, donde era esclavo, estuvo en caminando durante cuarenta años en el desierto hasta que llegó a la tierra prometida por Dios. La misma Santa Familia - María, José y el pequeño Jesús- se vio obligada a emigrar para huir ante la amenaza de Herodes: «Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes» (*Mt 2,14-15*). La historia de la humanidad es historia de migraciones: en cada latitud no

hay pueblo que no haya conocido el fenómeno migratorio.

A lo largo de los siglos hemos sido testigos al respecto de grandes manifestaciones de solidaridad, aunque no han faltado tensiones sociales. Hoy, el contexto de la crisis económica favorece desgraciadamente la aparición de actitudes de cerrazón y de no acogida. En algunas partes del mundo surgen muros y barreras. A veces parece que la obra silenciosa de muchos hombres y mujeres que, de

distintas maneras, se prodigan para ayudar y atender a los refugiados y a los migrantes sea eclipsada por el ruido de otros que dan voz a un egoísmo instintivo. Pero la cerrazón no es una solución, es más, termina por favorecer los tráficos criminales. La única vía de solución es la de la solidaridad. Solidaridad con los migrantes, solidaridad con el migrante, solidaridad con el forastero...

El compromiso de los cristianos en este campo es tan urgente hoy como en el pasado.

Mirando sólo al siglo pasado, recordamos la estupenda figura de santa Francisca Cabrini, que dedicó su vida junto a sus compañeras a los emigrantes dirigidos a los Estados Unidos de América. También hoy necesitamos estos testimonios para que la misericordia pueda llegar a muchos que están necesitados. Es un esfuerzo que concierne a todos, sin exclusiones. Las diócesis, las parroquias, los institutos de vida consagrada, las asociaciones y movimientos, así como cada cristiano, todos

estamos llamados a acoger a los hermanos y a las hermanas que huyen de la guerra, del hambre, de la violencia y de condiciones de vida inhumanas. Todos juntos somos una gran fuerza de apoyo para todos los que han perdido la patria, la familia, el trabajo y la dignidad. Hace algunos días, sucedió una pequeña historia, de ciudad. Había un refugiado que buscaba una calle y una señora se le acercó y le dijo: «¿Usted busca algo?». Estaba sin zapatos, ese refugiado. Y él dijo: «Yo querría ir a San Pedro

para pasar por la Puerta Santa». Y la señora pensó: «Pero, si no tiene zapatos, ¿cómo va a caminar?». Y llamó a un taxi. Pero ese migrante, ese refugiado olía mal y el conductor del taxi casi no quería que subiera, pero al final le dejó subir al taxi. Y la señora, junto a él, le preguntó un poco sobre su historia de refugiado y de migrante, durante el trayecto del viaje: diez minutos para llegar hasta aquí. Este hombre narró su historia de dolor, de guerra, de hambre y por qué había huido

de su patria para migrar aquí. Cuando llegaron, la señora abrió el bolso para pagar al taxista y el taxista, que al principio no quería que este migrante subiese porque olía mal, le dijo a la señora: «No, señora, soy yo que debo pagarle a usted porque me ha hecho escuchar una historia que me ha cambiado el corazón». Esta señora sabía qué era el dolor de un migrante, porque tenía sangre armena y conocía el sufrimiento de su pueblo. Cuando nosotros hacemos algo

parecido, al principio nos negamos porque nos produce algo de incomodidad, «pero si...huele mal...». Pero al final, la historia nos perfuma el alma y nos hace cambiar. Pensad en esta historia y pensemos qué podemos hacer por los refugiados.

Y la otra cosa es vestir a quien está desnudo: ¿qué quiere decir si no devolver la dignidad a quien la ha perdido?

Ciertamente dando vestidos a quien no tiene; pero pensemos también en las mujeres víctimas de la trata, tiradas por

las calles, y demás, demasiadas maneras de usar el cuerpo humano como mercancía, incluso de los menores. Así como también no tener un trabajo, una casa, un salario justo es una forma de desnudez, o ser discriminados por la raza, por la fe; son todas formas de «desnudez», ante las cuales como cristianos estamos llamados a estar atentos, vigilantes y preparados para actuar.

Queridos hermanos y hermanas, no caigamos en la trampa de encerrarnos en

nosotros mismos, indiferentes a las necesidades de los hermanos y preocupados sólo de nuestros intereses. Es precisamente en la medida en la cual nos abrimos a los demás que la vida se vuelve fecunda, la sociedad vuelve a adquirir la paz y las personas recuperan su plena dignidad.

Y no os olvidéis de esa señora, no os olvidéis de ese emigrante que olía mal y no os olvidéis del conductor al cual el migrante había cambiado el alma.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Pidamos al Señor la gracia de abrirnos al hermano, acogerlo, para poder restituirle la dignidad que, en muchos casos, ha perdido por los abusos, el egoísmo, la criminalidad, así nuestra vida será fecunda y nuestras sociedades recuperarán la paz. Dios los bendiga.

30 de octubre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy nos presenta un hecho acaecido en Jericó, cuando Jesús, al llegar a la ciudad, fue acogido por la multitud (cf. *Lc 19, 1-10*). En Jericó vivía Zaqueo, el jefe de los «publicanos», es decir de los recaudadores de impuestos. Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes

romanos, un explotador de su pueblo. También él, por curiosidad, quería ver a Jesús, pero su condición de pecador público no le permitía acercarse al Maestro. Incluso más, era pequeño de estatura, y por ello sube a un árbol de sicómoro, a lo largo de la calle donde tenía que pasar Jesús.

Cuando llegó cerca de ese árbol, Jesús levantando la vista le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19, 5). Podemos imaginar el asombro de Zaqueo. Pero, ¿por

qué Jesús dice «*es necesario* que hoy me quede en tu casa»? ¿De qué tipo de necesidad se trata? Sabemos que su deber supremo es realizar el designio del Padre para toda la humanidad, que se cumple en Jerusalén con su condena a muerte, la crucifixión y, al tercer día, la resurrección. Es el plan de salvación de la misericordia del Padre. Y en este designio está también la salvación de Zaqueo, un hombre deshonesto y despreciado por todos, y por ello con necesidad de

convertirse. En efecto, el Evangelio dice que, cuando Jesús lo llamó, «todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”» (Lc 19, 7). El pueblo ve en él a un despreciable, que se ha enriquecido a costa de los demás. Y si Jesús hubiese dicho: «Baja, tú, explotador, traidor del pueblo. Ven a hablar conmigo para arreglar las cuentas». Seguramente el pueblo le hubiese aplaudido. En cambio, comenzaron a murmurar: «Jesús va a la casa

de él, del pecador, del explotador».

Pero Jesús, guiado por la misericordia, lo buscaba precisamente a él. Y cuando entra en la casa de Zaqueo dice: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 9-10). La mirada de Jesús va más allá de los pecados y los prejuicios. ¡Y esto es importante! Debemos aprenderlo. La mirada de Jesús va más allá de los pecados y los

prejuicios; mira a la persona con los ojos de Dios, que no se queda en el mal pasado, sino que vislumbra el bien futuro. Jesús no se resigna ante las cerrazones, sino que abre siempre, siempre abre nuevos espacios de vida; no se queda en las apariencias, sino que mira el corazón. Y aquí miró el corazón herido de este hombre: herido por el pecado de la codicia, de muchas cosas malas que había hecho este Zaqueo. Mira el corazón herido y va allí. A veces nosotros buscamos corregir o convertir a un

pecador riñendo, reprochando sus errores y su comportamiento injusto. La actitud de Jesús con Zaqueo nos indica otro camino: el de mostrar a quien se equivoca su valor, ese valor que Dios sigue viendo a pesar de todo, a pesar de todos sus errores. Esto puede provocar una sorpresa positiva, que causa ternura en el corazón e impulsa a la persona a sacar hacia fuera todo lo bueno que tiene en sí mismo. El gesto de dar confianza a las personas es lo que las hace crecer y cambiar.

Así se comporta Dios con todos nosotros: no lo detiene nuestro pecado, sino que lo supera con el amor y nos hace sentir la nostalgia del bien. Todos hemos sentido esta nostalgia del bien después de haber cometido un error. Y así lo hace nuestro Padre Dios, así lo hace Jesús. No existe una persona que no tenga algo bueno. Y esto es lo que mira Dios para sacarla del mal.

Que la Virgen María nos ayude a ver lo bueno que hay en las personas que encontramos cada día, a fin de que todos

sean alentados en hacer emerger la imagen de Dios grabada en su corazón. Y así podemos alegrarnos por las sorpresas de la misericordia de Dios. Nuestro Dios, que es el Dios de las sorpresas.

Después del Ángel:

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Madrid, fueron proclamados beatos José Antón Gómez, Antolín Pablos Villanueva, Juan Rafael Mariano Alcocer Martínez y Luis Vidaurrázaga González,

mártires, asesinados en España en el siglo pasado, durante la persecución contra la Iglesia. Eran sacerdotes benedictinos. Alabamos al Señor y encomendamos a su intercesión a los hermanos y hermanas que lamentablemente también hoy, en varias partes del mundo, son perseguidos por la fe en Cristo. Expreso mi cercanía a las poblaciones del centro de Italia golpeadas por el terremoto. También esta mañana hubo un fuerte temblor. Rezo por los heridos y por las familias que han sufrido

mayores daños, así como por el personal comprometido en las tareas de socorro y en la asistencia. Que el Señor Resucitado les dé fuerza y la Virgen los proteja.

Saludo con afecto a todos los peregrinos de Italia y de diversos países, en particular los procedentes de Liubliana (Eslovenia) y de Sligo (Irlanda). Saludo a los participantes en la peregrinación mundial de peluqueros y esteticistas, a la Federación nacional de cortejos y juegos históricos, los grupos

juveniles de Petosino, Pogliano
Milanese, Carugate y Padua.
Saludo también a los
peregrinos de UNITALSI de
Cerdeña.

Los próximos dos días realizaré
un viaje apostólico a Suecia,
con ocasión de la
conmemoración de la Reforma,
que verá a católicos y luteranos
reunidos juntos en el recuerdo
y en la oración. Os pido a todos
vosotros que recéis para que
este viaje sea una nueva etapa
en el camino de fraternidad
hacia la comunión plena.
Os deseo un feliz domingo —

hay un bonito sol...— y una
feliz fiesta de Todos los santos.
Y, por favor, no os olvidéis de
rezar por mí. ¡Buen almuerzo!
¡Adiós!

31 de octubre de 2016.

Discurso en el evento
ecuménico en el Malmoe arena.

Lunes.

Viaje apostólico del santo padre
francisco a Suecia
(31 de octubre - 1 de
noviembre 2016).

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Doy gracias a Dios por esta
conmemoración conjunta de los
500 años de la Reforma, que
estamos viviendo con espíritu
renovado y siendo conscientes

que la unidad entre los cristianos es una prioridad, porque reconocemos que entre nosotros es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. El camino emprendido para lograrla es ya un gran don que Dios nos regala, y gracias a su ayuda estamos hoy aquí reunidos, luteranos y católicos, en espíritu de comunión, para dirigir nuestra mirada al único Señor, Jesucristo.

El diálogo entre nosotros ha permitido profundizar la comprensión recíproca, generar mutua confianza y confirmar el

deseo de caminar hacia la comunión plena. Uno de los frutos que ha generado este diálogo es la colaboración entre distintas organizaciones de la Federación Luterana Mundial y de la Iglesia Católica. Gracias a este nuevo clima de entendimiento, hoy *Caritas Internationalis* y *Lutheran World Federation World Service* firmarán una declaración común de acuerdos, con el fin de desarrollar y consolidar una cultura de colaboración para la promoción de la dignidad humana y de la

justicia social. Saludo cordialmente a los miembros de ambas organizaciones que, en un mundo fragmentado por guerras y conflictos, han sido y son un ejemplo luminoso de entrega y servicio al prójimo. Los exhorto a seguir adelante por el camino de la cooperación.

He escuchado con atención los testimonios, de cómo en medio de tantos desafíos entregan la vida día a día para construir un mundo que responda cada vez más a los designios de Dios nuestro Padre. Pranita se ha

referido a la creación. Es cierto, toda la creación es una manifestación del inmenso amor de Dios para con nosotros; por eso, también por medio de los dones de la naturaleza nosotros podemos contemplar a Dios. Comparto tu consternación por los abusos que dañan nuestro planeta, nuestra casa común, y que generan graves consecuencias también sobre el clima. Como bien lo has recordado, los mayores impactos recaen a menudo sobre las personas más vulnerables y con menos

recursos, y son forzadas a emigrar para salvarse de los efectos de los cambios climáticos. Como decimos en nuestra tierra, en mi tierra: «Al final, la gran fiesta la terminan pagando los pobres». Todos somos responsables de la preservación de la creación, y de modo particular nosotros los cristianos. Nuestro estilo de vida, nuestros comportamientos deben ser coherentes con nuestra fe. Estamos llamados a cultivar una armonía con nosotros mismos y con los demás, pero

también con Dios y con la obra de sus manos. Pranita, yo te animo a seguir adelante en tu compromiso en favor de la casa común. Gracias.

Mons. Héctor Fabio nos ha informado del trabajo conjunto que católicos y luteranos realizan en Colombia. Es una buena noticia saber que los cristianos se unen para dar vida a procesos comunitarios y sociales de interés común. Les pido una oración especial por esa tierra maravillosa para que, con la colaboración de todos, se pueda llegar finalmente a la

paz, tan deseada y necesaria para una digna convivencia humana. Y también, como el corazón cristiano, si lo mira a Jesús, no conoce límites. Que sea una oración que vaya más allá y que abrace también a todos los países en los que sigue habiendo graves situaciones de conflicto.

Marguerite ha llamado nuestra atención sobre el trabajo en favor de los niños víctimas de tantas atrocidades y el compromiso con la paz. Es algo admirable y, a su vez, un llamado a tomar en serio

innumerables situaciones de vulnerabilidad que sufren tantas personas indefensas, aquellas que no tienen voz. Lo que tú consideras como una misión, ha sido una semilla, una semilla que ha generado abundantes frutos, y hoy, gracias a esta semilla, miles de niños pueden estudiar, crecer y recuperar la salud. ¡Apostaste al futuro! ¡Gracias! Te doy las gracias por el hecho de que ahora, incluso en el exilio, sigues comunicando un mensaje de paz. Has dicho que todos los que te conocen

piensan que lo que haces es una locura – hiciste así (el Papa hace gesto) –. Por supuesto, es la locura del amor a Dios y al prójimo. Ojalá que se pudiera propagar esta locura, iluminada por la fe y la confianza en la Providencia. Sigue adelante y que esa voz de esperanza que escuchaste al inicio de tu aventura y de tu apuesta continúe animando tu corazón y el corazón de muchos jóvenes.

Rose, la más joven, ha manifestado un testimonio realmente conmovedor. Ha

sabido sacar provecho al talento que Dios le ha dado a través del deporte. En lugar de malgastar sus fuerzas en situaciones adversas, las ha empleado en una vida fecunda. Mientras escuchaba tu historia, me venía a la mente la vida de tantos jóvenes que necesitan testimonios como el tuyo. Me gustaría recordar que todos pueden descubrir esa condición maravillosa de ser hijos de Dios y el privilegio de ser queridos y amados por él. Rose, te agradezco de corazón tus esfuerzos y tus desvelos por

animar a otras niñas a regresar a la escuela y, también, el que recen todos los días por la paz en el joven estado del Sudán del Sur, que tanto la necesita. Y después de escuchar estos testimonios valientes, y que nos hacen pensar en nuestra propia vida y en el modo cómo respondo a las situaciones de necesidad que están a nuestro lado, quiero agradecer a todos los gobiernos que asisten a los refugiados, a todos los gobiernos que asisten a los desplazados y a los que solicitan asilo, porque todas las

acciones en favor de estas personas que tienen necesidad de protección representan un gran gesto de solidaridad y de reconocimiento de su dignidad. Para nosotros cristianos, es una prioridad salir al encuentro de los desechados - porque son desechados de su patria - de los marginados de nuestro mundo, y hacer palpable la ternura y el amor misericordioso de Dios, que no descarta a nadie, sino que a todos acoge. A nosotros, cristianos, hoy se nos pide protagonizar la revolución de la

ternura

Dentro de poco escucharemos el testimonio del Obispo Antoine, que vive en Aleppo, ciudad extenuada por la guerra, donde se desprecia y se pisotean incluso los derechos más fundamentales. Las noticias nos refieren cotidianamente el inefable sufrimiento causado por el conflicto sirio, por el conflicto de la amada Siria, que dura ya más de cinco años. En medio de tanta devastación, es verdaderamente heroico que permanezcan allí hombres y

mujeres para prestar asistencia material y espiritual a quien tiene necesidad. Es admirable también que tú, querido hermano Antoine, sigas trabajando en medio de tantos peligros para contarnos la dramática situación de los sirios. Cada uno de ellos está en nuestros corazones y en nuestra oración. Imploramos la gracia de la conversión de los corazones de quienes tienen la responsabilidad de los destinos del mundo, de esa región, y de todos los que intervienen en ella.

Queridos hermanos y hermanas, no nos dejemos abatir por las adversidades. Que estas historias y estos testigos nos motiven y nos den nuevo impulso para trabajar cada vez más unidos. Cuando volvamos a nuestras casas, llevemos el compromiso de realizar cada día un gesto de paz, un gesto de reconciliación, para ser testigos valientes y fieles de esperanza cristiana. Y como sabemos, la esperanza no defrauda. Gracias.

31 de octubre de 2016. Homilía del santo padre.

Lunes.

Oración ecuménica conjunta en la catedral luterana de Lund.

Viaje apostólico del santo padre francisco a Suecia
(31 de octubre - 1 de noviembre 2016)

«*Permaneced en mí, y yo en vosotros*» (Jn 15,4). Estas palabras, pronunciadas por Jesús en el contexto de la

Última Cena, nos permiten
asomarnos al corazón de Cristo
poco antes de su entrega
definitiva en la cruz. Podemos
sentir sus latidos de amor por
nosotros y su deseo de unidad
para todos los que creen en él.
Nos dice que él es la vid
verdadera y nosotros los
sarmientos; y que, como él
está unido al Padre, así
nosotros debemos estar unidos
a él, si queremos dar fruto.
En este encuentro de oración,
aquí en Lund, queremos
manifestar nuestro deseo
común de permanecer unidos a

él para tener vida. Le pedimos: «Señor, ayúdanos con tu gracia a estar más unidos a ti para dar juntos un testimonio más eficaz de fe, esperanza y caridad». Es también un momento para dar gracias a Dios por el esfuerzo de tantos hermanos nuestros, de diferentes comunidades eclesiales, que no se resignaron a la división, sino que mantuvieron viva la esperanza de la reconciliación entre todos los que creen en el único Señor. Católicos y luteranos hemos empezado a caminar juntos por el camino de la reconciliación.

Ahora, en el contexto de la conmemoración común de la Reforma de 1517, tenemos una nueva oportunidad para acoger un camino común, que ha ido conformándose durante los últimos 50 años en el diálogo ecuménico entre la Federación Luterana Mundial y la Iglesia Católica. No podemos resignarnos a la división y al distanciamiento que la separación ha producido entre nosotros. Tenemos la oportunidad de reparar un momento crucial de nuestra historia, superando

controversias y malentendidos que a menudo han impedido que nos comprendiéramos unos a otros.

Jesús nos dice que el Padre es el *dueño de la vid* (cf. *Jn 15,1*), que la cuida y la poda para que dé más fruto (cf. *Jn 15,2*). El Padre se preocupa constantemente de nuestra relación con Jesús, para ver si estamos verdaderamente unidos a él (cf. *Jn 15,4*). Nos mira, y su mirada de amor nos anima a purificar nuestro pasado y a trabajar en el presente para hacer realidad

ese futuro de unidad que tanto anhela.

También nosotros debemos mirar con amor y honestidad a nuestro pasado y reconocer el error y pedir perdón: solamente Dios es el juez. Se tiene que reconocer con la misma honestidad y amor que nuestra división se alejaba de la intuición originaria del pueblo de Dios, que anhela naturalmente estar unido, y ha sido perpetuada históricamente por hombres de poder de este mundo más que por la voluntad del pueblo fiel, que siempre y

en todo lugar necesita estar guiado con seguridad y ternura por su Buen Pastor. Sin embargo, había una voluntad sincera por ambas partes de profesar y defender la verdadera fe, pero también somos conscientes que nos hemos encerrado en nosotros mismos por temor o prejuicios a la fe que los demás profesan con un acento y un lenguaje diferente. El Papa Juan Pablo II decía: «No podemos dejarnos guiar por el deseo de erigirnos en jueces de la historia, sino únicamente por el de

comprender mejor los acontecimientos y llegar a ser portadores de la verdad» (*Mensaje al cardenal Johannes Willebrands, Presidente del Secretariado para la Unidad de los cristianos, 31 octubre 1983*). Dios es el dueño de la viña, que con amor inmenso la cuida y protege; dejémonos conmover por la mirada de Dios; lo único que desea es que permanezcamos como sarmientos vivos unidos a su Hijo Jesús. Con esta nueva mirada al pasado no pretendemos realizar una

inviabile corrección de lo que pasó, sino «contar esa historia de manera diferente»

(Comisión Luterano-Católico Romana sobre la Unidad, *Del conflicto a la comunión*, 17 junio 2013, 16).

Jesús nos recuerda: «*Sin mí no podéis hacer nada*» (Jn 15,5).

Él es quien nos sostiene y nos anima a buscar los modos para que la unidad sea una realidad cada vez más evidente. Sin duda la separación ha sido una fuente inmensa de sufrimientos e incomprendimientos; pero también nos ha llevado a caer

sinceramente en la cuenta de que sin él no podemos hacer nada, dándonos la posibilidad de entender mejor algunos aspectos de nuestra fe. Con gratitud reconocemos que la Reforma ha contribuido a dar mayor centralidad a la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia. A través de la escucha común de la Palabra de Dios en las Escrituras, el diálogo entre la Iglesia Católica y la Federación Luterana Mundial, del que celebramos el 50 aniversario, ha dado pasos importantes. Pidamos al Señor

que su Palabra nos mantenga unidos, porque ella es fuente de alimento y vida; sin su inspiración no podemos hacer nada.

La experiencia espiritual de Martín Lutero nos interpela y nos recuerda que no podemos hacer nada sin Dios. «¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso?». Esta es la pregunta que perseguía constantemente a Lutero. En efecto, la cuestión de la justa relación con Dios es la cuestión decisiva de la vida. Como se sabe, Lutero encontró a ese

Dios misericordioso en la Buena Nueva de Jesucristo encarnado, muerto y resucitado. Con el concepto de «*sólo por la gracia divina*», se nos recuerda que Dios tiene siempre la iniciativa y que precede cualquier respuesta humana, al mismo tiempo que busca suscitar esa respuesta. La doctrina de la justificación, por tanto, expresa la esencia de la existencia humana delante de Dios.

Jesús intercede por nosotros como mediador ante el Padre, y le pide por la unidad de sus discípulos «para que el mundo

crea» (*Jn 17,21*). Esto es lo que nos conforta, y nos mueve a unirnos a Jesús para pedirlo con insistencia: «Danos el don de la unidad para que el mundo crea en el poder de tu misericordia». Este es el testimonio que el mundo está esperando de nosotros. Los cristianos seremos testimonio creíble de la misericordia en la medida en que el perdón, la renovación y reconciliación sean una experiencia cotidiana entre nosotros. Juntos podemos anunciar y manifestar de manera concreta y con alegría

la misericordia de Dios,
defendiendo y sirviendo la
dignidad de cada persona. Sin
este servicio al mundo y en el
mundo, la fe cristiana es
incompleta.

Luteranos y católicos rezamos
juntos en esta Catedral y
somos conscientes de que sin
Dios no podemos hacer nada;
pedimos su auxilio para que
seamos miembros vivos unidos
a él, siempre necesitados de su
gracia para poder llevar juntos
su Palabra al mundo, que está
necesitado de su ternura y su
misericordia.

31 de octubre de 2016.

DECLARACIÓN CONJUNTA.

Con ocasión de la
Conmemoración conjunta
Católico – Luterana de la
Reforma
Lund.

«Permaneced en mí, y yo en
vosotros. Como el sarmiento no
puede dar fruto por sí, si no
permanece en la vid, así
tampoco vosotros, si no
permanecéis en mí» (Jn 15,4).

Con corazones agradecidos

Con esta Declaración Conjunta,

expresamos gratitud gozosa a Dios por este momento de oración en común en la Catedral de Lund, cuando comenzamos el año en el que se conmemora el quinientos aniversario de la Reforma. Los cincuenta años de constante y fructuoso diálogo ecuménico entre Católicos y Luteranos nos ha ayudado a superar muchas diferencias, y ha hecho más profunda nuestra mutua comprensión y confianza. Al mismo tiempo, nos hemos acercado más unos a otros a través del servicio al prójimo, a

menudo en circunstancias de sufrimiento y persecución. A través del diálogo y el testimonio compartido, ya no somos extraños. Más bien, hemos aprendido que lo que nos une es más de lo que nos divide.

Pasar del conflicto a la comunión

Aunque estamos agradecidos profundamente por los dones espirituales y teológicos recibidos a través de la Reforma, también reconocemos y lamentamos ante Cristo que Luteranos y Católicos hayamos

dañado la unidad vivible de la Iglesia. Las diferencias teológicas estuvieron acompañadas por el prejuicio y por los conflictos, y la religión fue instrumentalizada con fines políticos. Nuestra fe común en Jesucristo y nuestro bautismo nos pide una conversión permanente, para que dejemos atrás los desacuerdos históricos y los conflictos que obstruyen el ministerio de la reconciliación. Aunque el pasado no puede ser cambiado, lo que se recuerda y cómo se recuerda, puede ser

transformado. Rezamos por la curación de nuestras heridas y de la memoria, que nublan nuestra visión recíproca.

Rechazamos de manera enérgica todo odio y violencia, pasada y presente, especialmente la cometida en nombre de la religión. Hoy, escuchamos el mandamiento de Dios de dejar de lado cualquier conflicto. Reconocemos que somos liberados por gracia para caminar hacia la comunión, a la que Dios nos llama constantemente.

Nuestro compromiso para un

testimonio común

A medida que avanzamos en esos episodios de la historia que nos pesan, nos comprometemos a testimoniar juntos la gracia misericordiosa de Dios, hecha visible en Cristo crucificado y resucitado.

Conscientes de que el modo en que nos relacionamos unos con otros da forma a nuestro testimonio del Evangelio, nos comprometemos a seguir creciendo en la comunión fundada en el Bautismo, mientras intentamos quitar los obstáculos restantes que nos

impiden alcanzar la plena unidad. Cristo desea que seamos uno, para que el mundo crea (cf. *Jn 17,21*).

Muchos miembros de nuestras comunidades anhelan recibir la Eucaristía en una mesa, como expresión concreta de la unidad plena. Sentimos el dolor de los que comparten su vida entera, pero no pueden compartir la presencia redentora de Dios en la mesa de la Eucaristía.

Reconocemos nuestra conjunta responsabilidad pastoral para responder al hambre y sed espiritual de nuestro pueblo

con el fin de ser uno en Cristo. Anhelamos que sea sanada esta herida en el Cuerpo de Cristo. Este es el propósito de nuestros esfuerzos ecuménicos, que deseamos que progresen, también con la renovación de nuestro compromiso en el diálogo teológico.

Pedimos a Dios que Católicos y Luteranos sean capaces de testimoniar juntos el Evangelio de Jesucristo, invitando a la humanidad a escuchar y recibir la buena noticia de la acción redentora de Dios. Pedimos a Dios inspiración, impulso y

fortaleza para que podamos seguir juntos en el servicio, defendiendo los derechos humanos y la dignidad, especialmente la de los pobres, trabajando por la justicia y rechazando toda forma de violencia. Dios nos convoca para estar cerca de todos los que anhelan dignidad, justicia, paz y reconciliación. Hoy, en particular, elevamos nuestras voces para que termine la violencia y el radicalismo, que afecta a muchos países y comunidades, y a innumerables hermanos y hermanas en

Cristo. Nosotros, Luteranos y Católicos, instamos a trabajar conjuntamente para acoger al extranjero, para socorrer las necesidades de los que son forzados a huir a causa de la guerra y la persecución, y para defender los derechos de los refugiados y de los que buscan asilo.

Hoy más que nunca, comprendemos que nuestro servicio conjunto en este mundo debe extenderse a la creación de Dios, que sufre explotación y los efectos de la codicia insaciable. Reconocemos

el derecho de las generaciones futuras a gozar de lo creado por Dios con todo su potencial y belleza. Rogamos por un cambio de corazón y mente que conduzca a una actitud amorosa y responsable en el cuidado de la creación.

Uno en Cristo

En esta ocasión propicia, manifestamos nuestra gratitud a nuestros hermanos y hermanas, representantes de las diferentes Comunidades y Asociaciones Cristianas Mundiales, que están presentes y quienes se unen a nosotros

en oración. Al comprometernos de nuevo a pasar del conflicto a la comunión, lo hacemos como parte del único Cuerpo de Cristo, en el que estamos incorporados por el Bautismo. Invitamos a nuestros interlocutores ecuménicos para que nos recuerden nuestros compromisos y para animarnos. Les pedimos que sigan rezando por nosotros, que caminen con nosotros, que nos sostengan viviendo los compromisos de oración que manifestamos hoy.

Exhortación a los Católicos y Luteranos del mundo entero

Exhortamos a todas las comunidades y parroquias Luteranas y Católicas a que sean valientes, creativas, alegres y que tengan esperanza en su compromiso para continuar el gran itinerario que tenemos ante nosotros. En vez de los conflictos del pasado, el don de Dios de la unidad entre nosotros guiará la cooperación y hará más profunda nuestra solidaridad. Nosotros, Católicos y Luteranos, acercándonos en la fe a Cristo, rezando juntos, escuchándonos unos a otros, y viviendo el amor de Cristo en

nuestras relaciones, nos
abrimos al poder de Dios Trino.
Fundados en Cristo y dando
testimonio de él, renovamos
nuestra determinación para ser
fieles heraldos del amor infinito
de Dios para toda la
humanidad.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2016. Noviembre.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

1 de noviembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa en el Swedbank Stadion de Malmoe.

(Suecia)

1 de noviembre de 2016.

ÁNGELUS. (Suecia)

1 de noviembre de 2016.

Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma.

2 de noviembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa en conmemoración de los fieles difuntos.

5 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en el encuentro mundial de

movimientos populares.

6 de noviembre de 2016.

Homilía en el jubileo de los presos.

6 de noviembre de 2016.

ÁNGELUS.

9 de noviembre de 2016.

Audiencia general. Visitar y atender a los enfermos y a los reclusos.

11 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en el jubileo de las personas excluidas socialmente.

12 de noviembre de 2016.

Audiencia jubilar. Con los brazos abiertos.

13 de noviembre de 2016.

Homilía en el jubileo de las
personas socialmente
excluidas.

13 de noviembre de 2016.

ÁNGELUS.

16 de noviembre de 2016.

Audiencia general. La paciencia
es parte de la fe.

17 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en
una conferencia de la unión
internacional de empresarios
católicos (UNIAPAC)

18 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en
un curso de formación para

obispos sobre el nuevo proceso matrimonial. [17-19 de noviembre de 2016]

19 de noviembre de 2016.

Homilía en el consistorio ordinario público para la creación de nuevos cardenales.

20 de noviembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa de clausura del jubileo de la misericordia.

20 de noviembre de 2016.

ÁNGELUS.

23 de noviembre de 2016.

Audiencia general. Aconsejar a los dudosos y enseñar a los que no saben.

24 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en el encuentro "narcóticos: problemas y soluciones de esta cuestión mundial" organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias.

26 de noviembre de 2016.

Discurso a los ganadores del premio Ratzinger 2016.

27 de noviembre de 2016.

ANGELUS.

28 de noviembre de 2016.

Discurso a los organizadores y colaboradores del jubileo de la misericordia.

30 de noviembre de 2016.

Audiencia general. Rogar a Dios
por los vivos y por los difuntos.

1 de noviembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa en el
Swedbank Stadion de Malmoe.

Martes.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Suecia.
(31 de octubre - 1 de
noviembre 2016)

Con toda la Iglesia celebramos
hoy la solemnidad de Todos los
Santos. Recordamos así, no
sólo a aquellos que han sido
proclamados santos a lo largo
de la historia, sino también a

tantos hermanos nuestros que han vivido su vida cristiana en la plenitud de la fe y del amor, en medio de una existencia sencilla y oculta. Seguramente, entre ellos hay muchos de nuestros familiares, amigos y conocidos.

Celebramos, por tanto, la fiesta de la santidad. Esa santidad que, tal vez, no se manifiesta en grandes obras o en sucesos extraordinarios, sino la que sabe vivir fielmente y día a día las exigencias del bautismo. Una santidad hecha de amor a Dios y a los hermanos. Amor

fiel hasta el olvido de sí mismo y la entrega total a los demás, como la vida de esas madres y esos padres, que se sacrifican por sus familias sabiendo renunciar gustosamente, aunque no sea siempre fácil, a tantas cosas, a tantos proyectos o planes personales. Pero si hay algo que caracteriza a los santos es que son realmente *felices*. Han encontrado el secreto de esa felicidad auténtica, que anida en el fondo del alma y que tiene su fuente en el amor de Dios. Por eso, a los santos se

les llama bienaventurados. Las bienaventuranzas son su camino, su meta hacia la patria. Las bienaventuranzas son el *camino* de vida que el Señor nos enseña, para que sigamos sus huellas. En el Evangelio de hoy, hemos escuchado cómo Jesús las proclamó ante una gran muchedumbre en un monte junto al lago de Galilea. Las bienaventuranzas son el perfil de Cristo y, por tanto, lo son del cristiano. Entre ellas, quisiera destacar una: «*Bienaventurados los mansos*».

Jesús dice de sí mismo:
«Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Este es su retrato espiritual y nos descubre la riqueza de su amor. La mansedumbre es un modo de ser y de vivir que nos acerca a Jesús y nos hace estar unidos entre nosotros; logra que dejemos de lado todo aquello que nos divide y nos enfrenta, y se busquen modos siempre nuevos para avanzar en el camino de la unidad, como hicieron hijos e hijas de esta tierra, entre ellos santa María

Elisabeth Hesselblad,
recientemente canonizada, y
santa Brígida, Brigitta
Vadstena, copatrona de Europa.
Ellas rezaron y trabajaron para
estrechar lazos de unidad y
comunidad entre los cristianos.
Un signo muy elocuente es el
que sea aquí, en su País,
caracterizado por la
convivencia entre poblaciones
muy diversas, donde estemos
conmemorando conjuntamente
el quinto centenario de la
Reforma. Los santos logran
cambios gracias a la
mansedumbre del corazón. Con

ella comprendemos la grandeza de Dios y lo adoramos con sinceridad; y además es la actitud del que no tiene nada que perder, porque su única riqueza es Dios.

Las bienaventuranzas son de alguna manera el *carné de identidad* del cristiano, que lo identifica como seguidor de Jesús. Estamos llamados a ser bienaventurados, seguidores de Jesús, afrontando los dolores y angustias de nuestra época con el espíritu y el amor de Jesús. Así, podríamos señalar nuevas situaciones para vivirlas con el

espíritu renovado y siempre actual: Bienaventurados los que soportan con fe los males que otros les infligen y perdonan de corazón; bienaventurados los que miran a los ojos a los descartados y marginados mostrándoles cercanía; bienaventurados los que reconocen a Dios en cada persona y luchan para que otros también lo descubran; bienaventurados los que protegen y cuidan la casa común; bienaventurados los que renuncian al propio bienestar por el bien de otros;

bienaventurados los que rezan
y trabajan por la plena
comuni3n de los cristianos...

Todos ellos son portadores de la
misericordia y ternura de Dios,
y recibir3n ciertamente de 3l la
recompensa merecida.

Queridos hermanos y
hermanas, la llamada a la
santidad es para todos y hay
que recibirla del Se3or con
esp3ritu de fe. Los santos nos
alientan con su vida e su
intercesi3n ante Dios, y
nosotros nos necesitamos unos
a otros para hacernos santos.
¡Ayudarnos a hacernos santos!

Juntos pidamos la gracia de acoger con alegría esta llamada y trabajar unidos para llevarla a plenitud. A nuestra Madre del cielo, Reina de todos los Santos, le encomendamos nuestras intenciones y el diálogo en busca de la plena comunión de todos los cristianos, para que seamos bendecidos en nuestros esfuerzos y alcancemos la santidad en la unidad.

1 de noviembre de 2016.
ÁNGELUS.

Solemnidad de todos los santos.

Martes.

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Suecia.
(31 de octubre - 1 de noviembre de 2016)

Al terminar esta celebración, deseo agradecer a Mons. Anders Arborelius, Obispo de Estocolmo, sus amables palabras, así como el esfuerzo

de las Autoridades y todos los que han participado en la preparación y desarrollo de esta visita.

Saludo cordialmente al Presidente y al Secretario General de la Federación Luterana Mundial, y al Arzobispo de la Iglesia de Suecia. Saludo a los miembros de las delegaciones ecuménicas y del Cuerpo Diplomático presentes para esta ocasión; y a todos los que han deseado unirse a nosotros en esta celebración Eucarística.

Doy gracias a Dios por haberme

dado la oportunidad de venir a esta tierra y encontrarme con ustedes, muchos de los cuales provienen de diversas partes del mundo. Como católicos formamos parte de una gran familia, sostenida por una misma comunión. Los animo a vivir su fe en la oración, en los Sacramentos y en el servicio generoso ante quien tiene necesidad y sufre. Los aliento a ser sal y luz en medio de las circunstancias que les toca vivir, con su modo de ser y actuar, al estilo de Jesús, y con gran respeto y solidaridad con

los hermanos y hermanas de las otras iglesias y comunidades cristianas y con todas las personas de buena voluntad.

En nuestra vida no estamos solos, tenemos siempre el auxilio y la compañía de la Virgen María, que se nos presenta hoy como la primera entre los Santos, la primera discípula del Señor. Nos abandonamos a su protección y le presentamos nuestras penas y alegrías, nuestros temores y anhelos. Todo lo ponemos bajo su amparo, con la seguridad de

que nos mira y nos cuida con amor de madre.

Queridos hermanos, les pido que no olviden rezar por mí. Yo los tengo también muy presentes en mi oración.

Y ahora saludemos juntos a la Virgen con la oración del *Ángelus*.

1 de noviembre de 2016.
Conferencia de prensa durante
el vuelo de regreso a Roma.

Martes.

Viaje apostólico del Santo
Padre Francisco a Suecia.
(31 de octubre - 1 de
noviembre 2016)

Greg Burke

Gracias, Santo Padre.
Bienvenido. Usted habla mucho
de «caminar juntos»,
refiriéndose a las distintas
religiones. También nosotros

hemos caminado juntos una parte del camino, para alguno se trata de la primera vez.

Tenemos entre nosotros a una periodista sueca; creo que ya ha pasado algún tiempo desde la última vez que estuvo a bordo un periodista sueco.

Comenzamos por ellos. Elin Swewdenmark, de la agencia sueca «TT».

Papa Francisco

Antes de nada, me gustaría darles la bienvenida y las gracias por el trabajo que han hecho, y también por el frío que han pasado... Pero hemos

salido a tiempo, porque dicen que esta noche [la temperatura] bajará 5 grados más. ¡Hemos salido a tiempo! Muchas gracias. Gracias por la compañía y por su trabajo.

Elin Swedenmark

Gracias. Santo Padre, usted ayer habló de la revolución de la ternura. Al mismo tiempo, vemos que cada vez más personas provenientes de países como Siria o Irak buscan refugio en los países europeos. Sin embargo, algunos reaccionan con miedo, incluso hay gente que piensa que la

llegada de estos refugiados puede ser una amenaza a la cultura cristiana de Europa. ¿Cuál es su mensaje para la gente que teme ese desarrollo de la situación? Y, ¿cuál es su mensaje para Suecia, que después de una larga tradición de acogida a los refugiados, comienza ahora a cerrar sus fronteras?

Papa Francisco

En primer lugar, como argentino y sudamericano agradezco mucho a Suecia esta acogida, porque muchos argentinos, chilenos, uruguayos

en la época de las dictaduras militares fueron acogidos en Suecia. Suecia tiene una larga tradición de hospitalidad. Y no sólo recibir, sino también integrar, buscarles inmediatamente casa, escuela, trabajo... integrarlos en un pueblo. Me dijeron las estadísticas —tal vez me equivoque, no estoy seguro—, pero lo que recuerdo —puedo equivocarme—, ¿cuántos habitantes tiene Suecia? ¿Nueve millones? De estos 9 millones —me dijeron— 850 mil serían «nuevos suecos», es

decir, emigrantes o refugiados, o sus hijos. Esto es lo primero. En segundo lugar, hay que distinguir entre emigrante y refugiado. Al emigrante se le debe tratar con ciertas reglas, porque la emigración es un derecho, pero un derecho muy reglamentado. El refugiado, en cambio, viene de una situación de guerra, de angustia, de hambre, de una situación terrible, y el estatus de refugiado requiere más atención, más compromiso. También en esto, Suecia ha sido siempre un ejemplo por su

capacidad de organización, de enseñar la lengua, la cultura, y también de integrar en la cultura. En lo que concierne a la integración de las culturas, no debemos asustarnos, porque Europa se ha formado gracias a una continua integración de culturas, de muchas culturas... Creo que —no lo digo de manera ofensiva, no, sino como una mera curiosidad— el hecho de que hoy en Islandia, cualquier islandés, con la lengua islandesa de hoy, pueda leer prácticamente sin dificultad a sus clásicos de hace

más de mil años, significa que es un país con poca inmigración, con pocas «oleadas», al contrario de lo que ha sucedido en Europa. Europa se ha formado con las emigraciones. Entonces, ¿qué es lo que pienso de los países que cierran sus fronteras? Creo que en teoría no se puede cerrar el corazón a un refugiado, pero se necesita también la prudencia de los gobernantes; deben estar muy abiertos para recibirlos, pero también para calcular bien cómo organizarlos, porque no

sólo se debe recibir a un refugiado, sino que también se le debe integrar. Y si un país tiene capacidad de integrar sólo a veinte, por decirlo así, pues que haga hasta ahí. Otro, puede más, pues que haga más. Pero siempre con el corazón abierto. No es humano cerrar las puertas, no es humano cerrar el corazón, y a largo plazo, esto se paga. Se paga políticamente; así como también se puede pagar políticamente una imprudencia en los cálculos, recibiendo a más de los que se puede

integrar. Porque, ¿qué sucede cuando un refugiado o un emigrante —y esto vale para ambos— no se integra, no está integrado? Me permito usar esta palabra —tal vez sea un neologismo—, se *guetiza*, es decir, entra en un gueto. Y una cultura que no se desarrolla en relación con otra cultura, es peligroso. Creo que el peor consejero para los países que tienden a cerrar las fronteras es el miedo, y el mejor consejero, la prudencia. En estos días he hablado con un funcionario del gobierno sueco,

y me contaba algunas dificultades de este momento — esto vale para su última pregunta—, algunas dificultades porque son muchos los que vienen y no da tiempo a ayudarles, a encontrarles escuela, una casa, trabajo, que aprendan el idioma. La prudencia debe hacer este cálculo. Pero Suecia... no creo que si Suecia disminuye su capacidad de acogida lo haga por egoísmo o porque ha perdido esa capacidad. Si sucede algo de esto, es por lo último que he dicho: hoy

muchos miran a Suecia porque conocen bien su disposición de hospitalidad, pero no se cuenta con el tiempo necesario para ubicarlos a todos. No sé si he respondido a la pregunta.

Gracias.

Greg Burke

Gracias, Santo Padre. Hay ahora una pregunta de la televisión sueca: Anna Cristina Kappelin, de *Sveriges TV*.

Anna Cristina Kappelin

Buenos días. Suecia, que ha sido sede de este importante encuentro ecuménico, tiene a una mujer como cabeza de su

propia Iglesia. ¿Qué opina usted de esto? ¿Es realista pensar que en las próximas décadas pueda haber también en la Iglesia Católica mujeres-sacerdotes? Y, si no fuera así, ¿por qué? ¿Es que los sacerdotes católicos tienen miedo a la competencia?

Papa Francisco

Leyendo un poco la historia de esta zona, donde hemos estado, vi que hubo una reina que enviudó tres veces; y dije: «Esta mujer es fuerte». Y me han dicho: «Las mujeres suecas son muy fuertes, muy

valientes, es por eso que los hombres suecos buscan mujeres de otra nacionalidad». No sé si será verdad. Sobre la ordenación de mujeres en la Iglesia Católica, la última palabra clara fue pronunciada por san Juan Pablo II, y esta permanece. Permanece. Sobre la competencia, no sabría...

[Pregunta de la misma periodista fuera de turno]

Papa Francisco

Si leemos atentamente la declaración hecha por san Juan Pablo II, va en esa línea. Sí. Pero las mujeres pueden hacer

muchas cosas, y mejor que los hombres. También en el campo dogmático —para clarificar, tal vez para dar más claridad y no hacer referencia sólo a un documento— en la eclesiología católica hay dos dimensiones: la dimensión *petrina*, que es la de los apóstoles —Pedro y el colegio apostólico, que es la pastoral de los obispos— y la dimensión *mariana*, que es la dimensión femenina de la Iglesia. Y esto lo he mencionado más de una vez. Me pregunto, ¿quién es más importante en la teología y en

la mística de la Iglesia: los apóstoles o María, en el día de Pentecostés? María. Más aún: La Iglesia es mujer. Es «la» Iglesia, no «el» Iglesia. Es la Iglesia. Y la Iglesia *esposa* a Jesucristo. Es un misterio esponsal. Y a la luz de este misterio se entiende el porqué de estas dos dimensiones: la dimensión petrina, es decir, episcopal, y la dimensión mariana, con todo lo que significa la *maternidad* de la Iglesia, pero en un sentido profundo. No existe la Iglesia sin esta dimensión femenina,

porque ella misma es femenina.

Greg Burke

Gracias. Ahora tenemos la pregunta de Austen Ivereigh, no sé si habla en español o en porteño...; y si Eva Fernández puede acercarse...

Austin Ivereigh

Muchas gracias, Santo Padre. Este otoño ha sido muy rico en encuentros ecuménicos con las Iglesias tradicionales: la ortodoxa, la anglicana y ahora la luterana. Pero la mayoría de los protestantes ahora en el mundo son de tradición evangélica, pentecostal... Yo

tengo entendido que en la vigilia de Pentecostés del año que viene habrá un acto en el Circo Máximo celebrando el 50 aniversario de la Renovación Carismática. Usted ha tenido muchas iniciativas —tal vez por primera vez de un Papa— en el 2014 con los líderes evangélicos. ¿Qué ha pasado con esas iniciativas y qué es lo que se espera lograr de la reunión, del encuentro del año que viene? Muchísimas gracias.

Papa Francisco

Con esas iniciativas... Yo diría que tuve dos tipos de iniciativa.

Una cuando fui a Caserta a la iglesia carismática y también en esa misma línea cuando en Turín fui a la Iglesia Valdense. Una iniciativa de reparación y de pedir perdón porque los católicos... parte, parte de la Iglesia Católica, no se portó con ellos cristianamente bien. Y ahí había que pedir perdón y había que sanar una herida.

La otra iniciativa fue la del diálogo, y esto ya desde Buenos Aires. En Buenos Aires, por ejemplo, hemos tenido tres encuentros en el *Luna Park* que tiene capacidad para 7.000

personas. Tres encuentros de fieles evangélicos y católicos en la línea de la renovación carismática, pero abierta también. Y encuentros de todo el día: predicaba un pastor, un obispo evangélico, y predicaba un sacerdote católico o un obispo católico; o dos y dos, se iban variando. En dos de esos encuentros, si no en los tres, pero en dos seguro, predicó el padre Cantalamessa, que es el predicador de la Casa Pontificia. Creo que la cosa viene ya desde papados anteriores, y desde cuando estaba en Buenos

Aires, y eso nos hizo bien. Y también tuvimos dos retiros espirituales de tres días de pastores y sacerdotes conjuntos, predicados también por pastores y un sacerdote o un obispo. Y eso ayudó mucho al diálogo, a la comprensión, al acercamiento, al trabajo... sobre todo al trabajo con los más necesitados, juntos. Y al respeto, al gran respeto. Esas son respecto a las iniciativas, que vienen ya desde Buenos Aires, y esta va... Acá en Roma tuve algunas reuniones con pastores... dos o tres ya.

Algunos vinieron de Estados Unidos y de acá, de Europa. Y lo que usted menciona es la celebración que organiza el ICCRS [*International Catholic Charismatic Renewal Services*], la celebración de los 50 años de la Renovación Carismática, que nació ecuménica y por eso va a ser ecuménica en ese sentido, y va a ser en el Circo Máximo. Yo tengo previsto —si Dios me da vida— ir a dar una charla allí. Creo que dura dos días, pero todavía no está organizado. Sé que va a ser en la vigilia de Pentecostés, y yo

voy a tener una charla en algún momento. Respecto a la renovación carismática y respecto a los pentecostales: la palabra «pentecostal», la denominación «pentecostal», hoy día ya es equívoca, porque menciona muchas cosas, muchas asociaciones, muchas comunidades eclesiales que no son iguales, incluso son hasta opuestas. Entonces hay que precisar más. O sea, se ha universalizado tanto que resulta un término equívoco. En Brasil es típico eso, donde se proliferó bastante.

La renovación carismática nace —uno de los primeros opositores que tuvo en Argentina es el que le está hablando—, porque yo era provincial de los jesuitas en aquella época cuando empezó en Argentina un poco la cosa, y yo prohibí a los jesuitas que se metieran en eso. Y públicamente dije que cuando se iba a hacer una celebración litúrgica había que hacer una cosa litúrgica y no una escuela de samba. Eso lo dije. Y hoy pienso lo contrario, cuando las cosas están bien hechas.

Más aún, en Buenos Aires, en la catedral, todos los años, una vez por año, teníamos la misa del Movimiento de Renovación Carismática, donde venían todos. O sea que yo también he sufrido un proceso de reconocer lo bueno que la Renovación ha dado a la Iglesia. Y aquí no hay que olvidar la gran figura del Cardenal Suenens, que tuvo esa visión profética y ecuménica.

Greg Burke:

Gracias Santo Padre. Ahora Eva Fernández, de la Cadena «Cope», para la radio española.

Eva Fernández:

Santo Padre, me gustaría hacerle esta pregunta en italiano pero todavía no me encuentro capaz. Hace poco tiempo ha estado usted con Nicolás Maduro, Presidente de Venezuela. ¿Qué sensación le ha dado esta reunión y cuál es su opinión sobre el inicio de las conversaciones? Muchas gracias, Santo Padre.

Papa Francisco:

Sí, el Presidente de Venezuela pidió un encuentro y una entrevista porque él venía de Oriente Medio, de Catar, de los

otros Emiratos y hacía una escala técnica en Roma. Había pedido un encuentro antes. Vino en el 2013; después pidió otra entrevista, pero se enfermó y no pudo venir, y pidió esta. Cuando un Presidente pide, se le recibe, más aún cuando estaba en Roma, por escala, y lo he escuchado por media hora en esa entrevista; lo he escuchado, le he hecho alguna pregunta y he escuchado su opinión. Siempre es bueno escuchar todas las opiniones. He escuchado su opinión. En

referencia al segundo aspecto, el diálogo: Es el único camino para todos los conflictos. Para todos los conflictos. O se dialoga o se grita, pero no hay otro camino. Yo me esfuerzo al máximo, de corazón, en el diálogo y creo que se debe ir por este camino. No sé cómo terminará, no lo sé, porque es muy complicado, pero la gente que se ha comprometido con el diálogo es gente de una estatura política importante. Zapatero, que ha sido dos veces Presidente del Gobierno de España, y Restrepo [y todas

las partes] han pedido a la Santa Sede que esté presente en el diálogo. Y la Santa Sede ha designado al Nuncio en Argentina, Mons. Tscherrig, que pienso que está ahora allí, en la mesa de negociaciones. Pero el diálogo que favorece la negociación es el único camino para salir de los conflictos, no hay otro... Si Oriente Medio hubiese hecho esto, cuántas vidas se habrían salvado [n.d.r. S. E. Mons. Tscherrig ha sustituido en la primera reunión a S. E. Mons. Claudio María Celli, que ha sido

designado para acompañar en las negociaciones].

Greg Burke:

Gracias, Santo Padre. Ahora de «Radio France» tenemos Mathilde Imberty.

Mathilde Imberty:

Santidad, estamos volviendo de Suecia, donde la secularización es muy fuerte, es un fenómeno que afecta a toda Europa de forma general. Incluso en un país como Francia se calcula que en los próximos años la mayoría de los ciudadanos no tendrá una religión. Según usted, ¿la secularización es una

fatalidad? ¿Quiénes son los responsables, los gobiernos laicos o la Iglesia que estaría siendo demasiado tímida?

Gracias.

Papa Francisco:

Fatalidad, no. Yo no creo en las fatalidades. ¿Quiénes son los responsables? No sabría decir... Tú [es decir, cada uno] eres el responsable. Yo no lo sé, es un proceso... Pero antes de eso quiero decir algo. El Papa Benedicto XVI ha hablado mucho de esto y de forma clara. Cuando la fe se vuelve tibia es porque, como usted

dice, se debilita la Iglesia... Los tiempos más secularizados... Pero pensemos en Francia, por ejemplo, los tiempos de la mundanización de la Corte: los tiempos en los que los curas eran el *abbé* de la Corte, un funcionalismo clerical... Pero faltaba la fuerza de la evangelización, la fuerza del Evangelio. Siempre, cuando hay secularización podemos decir que hay alguna debilidad en la evangelización, esto es verdad... Pero también hay otro proceso, un proceso cultural, un proceso —creo que una vez

he hablado de esto— de la segunda forma de «incultura», cuando el hombre recibe de Dios el mundo y para hacerlo cultura, para hacerlo crecer, dominarlo, a un cierto punto el hombre se siente tan dueño de esa cultura —pensemos en el mito de la Torre de Babel—, se siente tan dueño de esa cultura que comienza a hacer las veces de creador de otra cultura, que es propia, y ocupa el puesto de Dios Creador. En la secularización creo que, antes o después, se llega al pecado contra Dios Creador. El hombre

autosuficiente. No es un problema de laicidad, porque se necesita una sana laicidad, que es la autonomía de las cosas, la sana autonomía de las cosas, la sana autonomía de las ciencias, del pensamiento, de la política, se necesita una sana laicidad. Otra cosa es un laicismo más bien como el que nos ha dejado en herencia el iluminismo. Creo que son estas dos cosas: un poco, la autosuficiencia del hombre creador de cultura, pero que va más allá de los límites y se cree Dios, y es un poco también una debilidad de

la evangelización, que es tibia y los cristianos son tibios. Ahí nos salva un poco retomar la sana autonomía en el desarrollo de la cultura y de las ciencias, también con el sentido de la dependencia, de ser criaturas y no Dios; y además retomar la fuerza de la evangelización. Creo que esta secularización es hoy muy fuerte en la cultura y en ciertas culturas. Es también muy fuerte en varias formas de mundanidad, la mundanidad espiritual. Cuando la mundanidad espiritual entra en

la Iglesia es lo peor. No son palabras mías las que diré ahora, son palabras del Cardenal De Lubac, uno de los grandes teólogos del Concilio [Vaticano II]. Dice que cuando en la Iglesia entra la mundanidad espiritual —este es un modo— es lo peor que le puede ocurrir, mucho peor que lo ocurrido en la época de los Papas corruptos. Y menciona algunas formas de corrupción de los Papas, no recuerdo bien, pero muchas. La mundanidad. Esto para mí es peligroso. A pesar de que esto pueda

parecer un sermón, una homilía, diré esto: Jesús cuando reza por todos nosotros en la última cena, pide al Padre una cosa para todos nosotros: que no nos quite del mundo sino que nos defienda del mundo, de la mundanidad. Es peligrosísima, es una secularización un poco maquillada, un poco travestida, un poco *prêt-à-porter*, en la vida de la Iglesia. No sé si he respondido algo.

Greg Burke:

Gracias, Santidad. Ahora de la televisión alemana «ZDF»

Jürgen Erbacher.

Jürgen Erbacher:

Santidad, hace unos días ha recibido al *Santa Marta Group*, que se ocupa de la lucha contra la esclavitud moderna y el tráfico humano, temas que creo considera importantes, pero no sólo ahora como Papa, porque ya en Buenos Aires usted se ocupaba de estos temas. ¿Por qué? ¿Ha tenido alguna experiencia especial o quizás personal? Y luego como alemán, al inicio del año de la conmemoración de la Reforma, debo preguntar: ¿Va a ir quizás

este año al País donde inició esta Reforma hace 500 años?

Papa Francisco

Comienzo por la segunda. El programa de viajes del próximo año no está hecho. Sí, solamente se sabe, y es casi seguro que iré a India y a Bangladesh, pero no está hecho, es una hipótesis.

Con respecto a la primera pregunta. Sí, ya de tiempo, desde la época en Buenos Aires, como sacerdote, siempre he tenido esta inquietud de la carne de Cristo. El hecho de que Cristo siga sufriendo —

Cristo es crucificado
continuamente en sus
hermanos más débiles—
siempre me ha conmovido.
Como sacerdote, he trabajado
en pequeñas cosas con los
pobres, pero no
exclusivamente, también he
trabajado con universitarios...
luego, como obispo, en Buenos
Aires hemos hecho
[actividades], incluso con
grupos no católicos y no
creyentes, en contra del
trabajo esclavo, sobre todo de
los emigrantes
latinoamericanos que llegaban

a Argentina, que llegan. Les quitan el pasaporte y los obligan a realizar el trabajo esclavo en las industrias, encerrados dentro... En una ocasión se incendió una, y los niños los tenían en la terraza, murieron todos, y también alguno que no pudo escapar... Verdaderamente esclavos, y esto me ha conmovido. La trata de personas. También he trabajado con dos congregaciones de religiosas que trabajan con las prostitutas, las mujeres esclavas de la prostitución. No

me gusta decir prostitutas:
esclavas de la prostitución.
También, una vez al año, todos
estos esclavos del sistema
celebraban una Misa en la
Plaza Constitución, que es una
de esas plazas donde llegan los
trenes —como en *Termini*,
piense en *Termini*—; y allí se
celebraba la Misa con todos. A
esta Misa asistían todas las
organizaciones, las religiosas
que trabajaban y también los
grupos de no creyentes, pero
con los que trabajábamos
juntos.

Y aquí se trabaja igual. Aquí en

Italia hay tantos grupos de voluntariado que trabajan contra toda forma de esclavitud, sea del trabajo, sea de las mujeres. Hace unos meses he visitado una de estas organizaciones, y la gente... Aquí en Italia los voluntarios trabajan bien; nunca hubiera imaginado que fuera así. Es algo hermoso que tiene Italia, los voluntarios. Y esto se debe a los párrocos. Los oratorios y el voluntariado son dos cosas que nacen del celo apostólico de los párrocos italianos. Pero no sé si he respondido.

Greg Burke:

Gracias Santidad, nos dicen que si queremos comer, debemos irnos.

Papa Francisco:

Les doy las gracias de nuevo por las preguntas, muchas gracias. Y rezad por mí. Buen almuerzo.

2 de noviembre de 2016.

Homilía en la Santa Misa en conmemoración de los fieles difuntos.

Cementerio de Prima Porta,
Roma.

Miércoles.

Job estaba en la oscuridad. Estaba precisamente en la puerta de la muerte. Y en ese momento de angustia, de dolor y de sufrimiento, Job proclama la esperanza. «Yo sé que mi redentor está vivo y que, y que

él, el último, se levantará sobre el polvo... Yo, sí, yo mismo lo veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro» (*Jb 19, 25.27*). La Conmemoración de los difuntos tiene este doble sentido. Un sentido de tristeza: un cementerio es triste, nos recuerda a nuestros seres queridos que se han marchado, nos recuerda también el futuro, la muerte; pero en esta tristeza, nosotros llevamos flores, como un signo de esperanza. Puedo decir, también, de fiesta, pero más adelante, no ahora. Y la

tristeza se mezcla con la esperanza. Y esto es lo que todos nosotros sentimos hoy, en esta celebración la memoria de nuestros seres queridos, ante sus restos, y la esperanza. Pero sentimos también que esta esperanza nos ayuda, porque también nosotros tenemos que recorrer este camino. Todos nosotros recorreremos este camino. Antes o después, pero todos. Con dolor, más o menos dolor, pero todos. Pero con la flor de la esperanza, con ese hilo fuerte que está anclado en el más allá. Es esta, esta ancla

no decepciona: la esperanza de la resurrección.

Y quien recorrió en primer lugar este camino es Jesús.

Nosotros recorreremos el camino que hizo Él. Y quien nos abrió la puerta es Él mismo, es Jesús: con su Cruz nos abrió la puerta de la esperanza, nos abrió la puerta para entrar donde contemplaremos a Dios.

«Yo sé que mi Redentor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo... Yo, sí, yo mismo lo veré, mis ojos lo mirarán, no ningún otro». Volvemos hoy a casa con esta

doble memoria: la memoria del pasado, de nuestros seres queridos que se han marchado; y la memoria del futuro, del camino que nosotros recorreremos. Con la certeza, la seguridad; con esa certeza que salió de los labios de Jesús: «Yo le resucitaré el último día» (*Jn 6, 40*).

5 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en el encuentro mundial de movimientos populares.

Sábado.

Hermanas y hermanos, buenas tardes.

En este nuestro tercer encuentro expresamos la misma sed, la sed de justicia, el mismo clamor: tierra, techo y trabajo para todos.

Agradezco a los delegados, que han llegado desde las periferias urbanas, rurales y laborales de

los cinco continentes, de más de 60 países, han llegado a debatir una vez más cómo defender estos derechos que nos convocan. Gracias a los Obispos que vinieron a acompañarlos. Gracias también a los miles de italianos y europeos que se han unido hoy al cierre de este Encuentro. Gracias a los observadores y jóvenes comprometidos con la vida pública que vinieron con humildad a escuchar y aprender. ¡Cuánta esperanza tengo en los jóvenes! Le agradezco también a Usted,

Señor Cardenal Turkson, el trabajo que han hecho en el Dicasterio; y también quisiera mencionar el aporte del ex Presidente uruguayo José Mujica que está presente. En nuestro último encuentro, en Bolivia, con mayoría de latinoamericanos, hablamos de la necesidad de un cambio para que la vida sea digna, un cambio de estructuras; también de cómo ustedes, los movimientos populares, son sembradores de cambio, promotores de un *proceso* en el que confluyen millones de

acciones grandes y pequeñas encadenadas creativamente, como en una poesía; por eso quise llamarlos “poetas sociales”; y también enumeramos algunas tareas imprescindibles para marchar hacia una alternativa humana frente a la globalización de la indiferencia: 1. poner la economía al servicio de los pueblos; 2. construir la paz y la justicia; 3. defender la Madre Tierra.

Ese día, en la voz de una cartonera y de un campesino, se dio lectura a las

conclusiones, los diez puntos de Santa Cruz de la Sierra, donde la palabra *cambio* estaba preñada de gran contenido, estaba enlazada a cosas fundamentales que ustedes reivindican: trabajo digno para los excluidos del mercado laboral; tierra para los campesinos y pueblos originarios; vivienda para las familias sin techo; integración urbana para los barrios populares; erradicación de la discriminación, de la violencia contra la mujer y de las nuevas formas de esclavitud; el fin de

todas las guerras, del crimen organizado y de la represión; libertad de expresión y comunicación democrática; ciencia y tecnología al servicio de los pueblos. Escuchamos también cómo se comprometían a abrazar un proyecto de vida que rechace el consumismo y recupere la solidaridad, el amor entre nosotros y el respeto a la naturaleza como valores esenciales. Es la felicidad de «vivir bien» lo que ustedes reclaman, la «vida buena», y no ese ideal egoísta que engañosamente invierte las

palabras y nos propone la «buena vida».

Quienes hoy estamos aquí, de orígenes, creencias e ideas diversas, tal vez no estemos de acuerdo en todo, seguramente pensamos distinto en muchas cosas, pero ciertamente coincidimos en estos puntos. Supe también de encuentros y talleres realizados en distintos países donde multiplicaron los debates a la luz de la realidad de cada comunidad. Eso es muy importante porque las soluciones reales a las problemáticas actuales no van

a salir de una, tres o mil conferencias: tienen que ser fruto de un discernimiento colectivo que madure en los territorios junto a los hermanos, un discernimiento que se convierte en acción transformadora «según los lugares, tiempos y personas» como diría san Ignacio. Si no, corremos el riesgo de las abstracciones, de «los nominalismos declaracionistas que son bellas frases pero no logran sostener la vida de nuestras comunidades». (Carta al Presidente de la Pontificia

Comisión Para América Latina,
19 de marzo de 2016). Son
slogans. El colonialismo
ideológico globalizante procura
imponer recetas
supraculturales que no
respetan la identidad de los
Pueblos. Ustedes van por otro
camino que es, al mismo
tiempo, local y universal. Un
camino que me recuerda cómo
Jesús pidió organizar a la
multitud en grupos de
cincuenta para repartir el pan
(Cf. *Homilía en la Solemnidad
de Corpus Christi, Buenos
Aires, 12 de junio de 2004*).

Recién pudimos ver el video que han presentado a modo de conclusión de este tercer Encuentro. Vimos los rostros de ustedes en los debates sobre qué hacer frente a «la inequidad que engendra violencia». Tantas propuestas, tanta creatividad, tanta esperanza en la voz de ustedes que tal vez sean los que más motivos tienen para quejarse, quedar encerrados en los conflictos, caer en la tentación de lo negativo. Pero, sin embargo, miran hacia adelante, piensan, discuten, proponen y

actúan. Los felicito, los acompaño, y les pido que sigan abriendo caminos y luchando. Eso me da fuerza, eso nos da fuerza. Creo que este dialogo nuestro, que se suma al esfuerzo de tantos millones que trabajan cotidianamente por la justicia en todo el mundo, va echando raíces.

Quisiera tocar algunos temas más específicos, que son los que he recibido de ustedes, que me han hecho reflexionar y los devuelvo en este momento.

Primero: el terror y los muros.

Sin embargo, esa germinación que es lenta, que tiene sus tiempos como toda gestación, está amenazada por la velocidad de un mecanismo destructivo que opera en sentido contrario. Hay fuerzas poderosas que pueden neutralizar este proceso de maduración de un cambio que sea capaz de desplazar la primacía del dinero y coloque nuevamente en el centro al ser humano, al hombre y la mujer. Ese «hilo invisible» del que hablamos en Bolivia, esa estructura injusta que enlaza a

todas las exclusiones que ustedes sufren, puede endurecerse y convertirse en un látigo, un látigo existencial que, como en el Egipto del Antiguo Testamento, esclaviza, roba la libertad, azota sin misericordia a unos y amenaza constantemente a otros, para arriar a todos como ganado hacia donde quiere el dinero divinizado.

¿Quién gobierna entonces? El dinero ¿Cómo gobierna? Con el látigo del miedo, de la inequidad, de la violencia económica, social, cultural y

militar que engendra más y más violencia en una espiral descendente que parece no acabar jamás. ¡Cuánto dolor y cuánto miedo! Hay -lo dije hace poco-, hay un *terrorismo de base* que emana del control global del dinero sobre la tierra y atenta contra la humanidad entera. De ese terrorismo básico se alimentan los terrorismos derivados como el narcoterrorismo, el terrorismo de estado y lo que erróneamente algunos llaman terrorismo étnico o religioso, pero ningún pueblo, ninguna

religión es terrorista. Es cierto, hay pequeños grupos fundamentalistas en todos lados. Pero el terrorismo empieza cuando «has desechado la maravilla de la creación, el hombre y la mujer, y has puesto allí el dinero» (Conferencia de prensa en el Vuelo de Regreso del Viaje Apostólico a Polonia, 31 de julio de 2016). Ese sistema es terrorista.

Hace casi cien años, Pío XI preveía el crecimiento de una dictadura económica mundial que él llamó

«imperialismo internacional del dinero». (Carta Enc. Quadragesimo Anno, 15 de mayo de 1931, 109). ¡Estoy hablando del año 1931! El aula en la que estamos ahora se llama "Paolo VI", y fue Pablo VI quien denunció hace casi cincuenta años la «nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político» (Carta Ap. Octogesima adveniens, 14 de mayo de 1971, 44). Son palabras duras pero justas de mis antecesores que avizoraron el futuro. La

Iglesia y los profetas dijeron, hace milenios, lo que tanto escandaliza que repita el Papa en este tiempo cuando todo aquello alcanza expresiones inéditas. Toda la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de mis antecesores se rebelan contra el ídolo-dinero que reina en lugar de servir, tiraniza y aterroriza a la humanidad. Ninguna tiranía, ninguna tiranía se sostiene sin explotar nuestros miedos. Esto es clave. De ahí que toda tiranía sea terrorista. Y cuando ese terror, que se sembró en las periferias,

son con masacres, saqueos, opresión e injusticia, explota en los centros con distintas formas de violencia, incluso con atentados odiosos y cobardes, los ciudadanos que aún conservan algunos derechos son tentados con la falsa seguridad de los muros físicos o sociales. Muros que encierran a unos y destierran a otros. Ciudadanos amurallados, aterrORIZADOS, de un lado; excluidos, desterrados, más aterrORIZADOS todavía, del otro. ¿Es esa la vida que nuestro Padre Dios quiere para sus

hijos?

Al miedo se lo alimenta, se lo manipula... Porque el miedo, además de ser un buen negocio para los mercaderes de las armas y de la muerte, nos debilita, nos desequilibra, destruye nuestras defensas psicológicas y espirituales, nos anestesia frente al sufrimiento ajeno y al final nos hace crueles. Cuando escuchamos que se festeja la muerte de un joven que tal vez erró el camino, cuando vemos que se prefiere la guerra a la paz, cuando vemos que se

generaliza la xenofobia, cuando constatamos que ganan terreno las propuestas intolerantes; detrás de esa crueldad que parece masificarse está el frío aliento del miedo. Les pido que recemos por todos los que tienen miedo, recemos para que Dios les dé el valor y que en este año de la misericordia podamos ablandar nuestros corazones. La misericordia no es fácil, no es fácil... requiere coraje. Por eso Jesús nos dice: «No tengan miedo» (*Mt 14,27*), pues la misericordia es el mejor antídoto contra el miedo. Es

mucho mejor que los antidepresivos y los ansiolíticos. Mucho más eficaz que los muros, las rejas, las alarmas y las armas. Y es gratis: es un don de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: todos los muros caen. Todos. No nos dejemos engañar. Como han dicho ustedes: «Sigamos trabajando para construir puentes entre los pueblos, puentes que nos permitan derribar los muros de la exclusión y la explotación» (*Documento Conclusivo del II Encuentro Mundial de los*

Movimientos Populares, 11 de julio de 2015, Cruz de la Sierra, Bolivia). Enfrentemos el Terror con Amor.

El segundo punto que quisiera tocar es: El amor y los puentes.

Un día como hoy, un sábado, Jesús hizo dos cosas que, nos dice el Evangelio, precipitaron la conspiración para matarlo. Pasaba con sus discípulos por un campo, un sembradío. Los discípulos tenían hambre y comieron las espigas. Nada se nos dice del «dueño» de aquel campo... subyacía el destino

universal de los bienes. Lo cierto es que frente al hambre, Jesús priorizó la dignidad de los hijos de Dios sobre una interpretación formalista, acomodaticia e interesada de la norma. Cuando los doctores de la ley se quejaron con indignación hipócrita, Jesús les recordó que Dios *quiere amor y no sacrificios*, y les explicó que el sábado está hecho para el ser humano y no el ser humano para el sábado (cf. *Mc 2,27*). Enfrentó al pensamiento hipócrita y suficiente con la inteligencia humilde del

corazón (cf. *Homilía*, I Congreso de Evangelización de la Cultura, Buenos Aires, 3 de noviembre de 2006), que prioriza siempre al ser humano y rechaza que determinadas lógicas obstruyan su libertad para vivir, amar y servir al prójimo.

Y después, ese mismo día, Jesús hizo algo «peor», algo que irritó aún más a los hipócritas y soberbios que lo estaban vigilando porque buscaban alguna excusa para atraparlo. Curó la mano atrofiada de un hombre. La

mano, ese signo tan fuerte del obrar, del trabajo. Jesús le devolvió a ese hombre la capacidad de trabajar y con eso le devolvió la dignidad. Cuántas manos atrofiadas, cuantas personas privadas de la dignidad del trabajo, porque los hipócritas para defender sistemas injustos, se oponen a que sean sanadas. A veces pienso que cuando ustedes, los pobres organizados, se inventan su propio trabajo, creando una cooperativa, recuperando una fábrica quebrada, reciclando el

descarte de la sociedad de consumo, enfrentando las inclemencias del tiempo para vender en una plaza, reclamando una parcela de tierra para cultivar y alimentar a los hambrientos, cuando hacen esto están imitando a Jesús porque buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es el desempleo. No me extraña que a ustedes también a veces los vigilen o los persigan y tampoco me extraña que a los soberbios no

les interese lo que ustedes digan.

Jesús, ese sábado, se jugó la vida porque después de sanar esa mano, fariseos y herodianos (cf. *Mc 3,6*), dos partidos enfrentados entre sí, que temían al pueblo y también al imperio, hicieron sus cálculos y se confabularon para matarlo. Sé que muchos de ustedes se juegan la vida. Sé -lo quiero recordar, *la* quiero recordar- que algunos no están hoy acá porque se jugaron la vida... pero no hay mayor amor que dar la vida. Eso nos enseña

Jesús.

Las «3-T», ese grito de ustedes que hago mío, tiene algo de esa inteligencia humilde pero a la vez fuerte y sanadora. Un proyecto-puente de los pueblos frente al proyecto-muro del dinero. Un proyecto que apunta al desarrollo humano integral.

Algunos saben que nuestro amigo el Cardenal Turkson está presidiendo ahora el Dicasterio que lleva ese nombre:

Desarrollo Humano Integral. Lo contrario al desarrollo, podría decirse, es la atrofia, la parálisis. Tenemos que ayudar

para que el mundo se sane de su atrofia moral. Este sistema atrofiado puede ofrecer ciertos implantes cosméticos que no son verdadero desarrollo: crecimiento económico, avances técnicos, mayor «eficiencia» para producir cosas que se compran, se usan y se tiran englobándonos a todos en una vertiginosa dinámica del descarte... pero este mundo no permite el desarrollo del ser humano en su integralidad, el desarrollo que no se reduce al consumo, que no se reduce al bienestar de pocos, que incluye

a todos los pueblos y personas en la plenitud de su dignidad, disfrutando fraternalmente de la maravilla de la Creación. Ese es el desarrollo que necesitamos: humano, integral, respetuoso de la Creación, de esta casa común.

Otro punto es: La bancarrota y el salvataje.

Queridos hermanos, quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre otros dos temas que, junto a las «3-T» y la ecología integral, fueron centrales en vuestros debates de los últimos días y son

centrales en este tiempo histórico.

Sé que dedicaron una jornada al drama de los migrantes, refugiados y desplazados. ¿Qué hacer frente a esta tragedia?

En el Dicasterio que tiene a su cargo el Cardenal Turkson hay un departamento para la atención de esas situaciones.

Decidí que, al menos por un tiempo, ese departamento dependa directamente del Pontífice, porque aquí hay una situación oprobiosa, que sólo puedo describir con una palabra que me salió espontáneamente

en Lampedusa: vergüenza.
Allí, como también en Lesbos,
pude sentir de cerca el
sufrimiento de tantas familias
expulsadas de su tierra por
razones económicas o
violencias de todo tipo,
multitudes desterradas –lo he
dicho frente a las autoridades
de todo el mundo– como
consecuencia de un sistema
socioeconómico injusto y de los
conflictos bélicos que no
buscaron, que no crearon
quienes hoy padecen el
doloroso desarraigo de su suelo
patrio sino más bien muchos de

aquellos que se niegan a recibirlos.

Hago mías las palabras de mi hermano el Arzobispo

Hieronimus de Grecia: «Quien ve los ojos de los niños que encontramos en los campos de refugiados es capaz de reconocer de inmediato, en su totalidad, la “bancarrota” de la humanidad» (*Discurso en el Campo de refugiados de Moria, Lesbos, 16 de abril de 2016*)
¿Qué le pasa al mundo de hoy que, cuando se produce la bancarrota de un banco de inmediato aparecen sumas

escandalosas para salvarlo, pero cuando se produce esta bancarrota de la humanidad no hay casi ni una milésima parte para salvar a esos hermanos que sufren tanto? Y así el Mediterráneo se ha convertido en un cementerio, y no sólo el Mediterráneo... tantos cementerios junto a los muros, muros manchados de sangre inocente. Durante los días de este encuentro, lo decían en el vídeo: ¿Cuántos murieron en el Mediterráneo?

El miedo endurece el corazón y se transforma en crueldad

ciega que se niega a ver la sangre, el dolor, el rostro del otro. Lo dijo mi hermano el Patriarca Bartolomé: «Quien tiene miedo de vosotros no os ha mirado a los ojos. Quien tiene miedo de vosotros no ha visto vuestros rostros. Quien tiene miedo no ve a vuestros hijos. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y trascienden la división. Olvida que la migración no es un problema de Oriente Medio y del norte de África, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo» (*Discurso en el Campo*)

de refugiados de Moria, Lesbos, 16 de abril de 2016).

Es, en verdad, un problema del mundo. Nadie debería verse obligado a huir de su Patria. Pero el mal es doble cuando, frente a esas circunstancias terribles, el migrante se ve arrojado a las garras de los traficantes de personas para cruzar las fronteras y es triple si al llegar a la tierra donde creyó que iba a encontrar un futuro mejor, se lo desprecia, se lo explota, incluso se lo esclaviza. Esto se puede ver en cualquier rincón de cientos de

ciudades. O simplemente no se lo deja entrar.

Les pido a ustedes que hagan todo lo que puedan. Nunca se olviden que Jesús, María y José experimentaron también la condición dramática de los refugiados. Les pido que ejerciten esa solidaridad tan especial que existe entre los que han sufrido. Ustedes saben recuperar fábricas de la bancarrota, reciclar lo que otros tiran, crear puestos de trabajo, labrar la tierra, construir viviendas, integrar barrios segregados y reclamar

sin descanso como esa viuda del Evangelio que pide justicia insistentemente (cf. *Lc 18,1-8*). Tal vez con vuestro ejemplo y su insistencia, algunos Estados y Organismos internacionales abran los ojos y adopten las medidas adecuadas para acoger e integrar plenamente a todos los que, por una u otra circunstancia, buscan refugio lejos de su hogar. Y también para enfrentar las causas profundas por las que miles de hombres, mujeres y niños son expulsados cada día de su tierra natal.

Dar el ejemplo y reclamar es una forma de meterse en política y esto me lleva al segundo eje que debatieron en su Encuentro: la relación entre pueblo y democracia. Una relación que debería ser natural y fluida pero que corre el peligro de desdibujarse hasta ser irreconocible. La brecha entre los pueblos y nuestras formas actuales de democracia se agranda cada vez más como consecuencia del enorme poder de los grupos económicos y mediáticos que parecieran dominarlas. Los movimientos

populares, lo sé, no son partidos políticos y déjenme decirles que, en gran medida, en eso radica su riqueza, porque expresan una forma distinta, dinámica y vital de participación social en la vida pública. Pero no tengan miedo de meterse en las grandes discusiones, en Política con mayúscula y cito de nuevo a Pablo VI: «La política ofrece un camino serio y difícil—aunque no el único—para cumplir el deber grave que cristianos y cristianas tienen de servir a los demás» (Lett. Ap. Octogesima

adveniens, 14 de mayo 1971, 46). O esa frase que repito tantas veces, que siempre me confundo, no sé si es de Pablo VI o de Pío XII: "La política es una de las formas más altas de la caridad, del amor".

Quisiera señalar dos riesgos que giran en torno a la relación entre los movimientos populares y la política: el riesgo de dejarse encorsetar y el riesgo de dejarse corromper.

Primero, no dejarse encorsetar, porque algunos dicen: la cooperativa, el comedor, la huerta agroecológica, el

microemprendimiento, el diseño de los planes asistenciales... hasta ahí está bien. Mientras se mantengan en el corsé de las «políticas sociales», mientras no cuestionen la política económica o la política con mayúscula, se los tolera. Esa idea de las políticas sociales concebidas como una política *hacia* los pobres pero nunca *con* los pobres, nunca *de* los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos a veces me parece una especie

de volquete maquillado para contener el descarte del sistema. Cuando ustedes, desde su arraigo a lo cercano, desde su realidad cotidiana, desde el barrio, desde el paraje, desde la organización del trabajo comunitario, desde las relaciones persona a persona, se atreven a cuestionar las «macro-relaciones», cuando chillan, cuando gritan, cuando pretenden señalarle al poder un planteo más integral, ahí ya no se lo tolera. No se lo tolera tanto porque se están saliendo del corsé, se están metiendo en

el terreno de las grandes decisiones que algunos pretenden monopolizar en pequeñas castas. Así la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino. Ustedes, las organizaciones de los excluidos y tantas organizaciones de otros sectores de la sociedad, están llamados a revitalizar, a

refundar las democracias que pasan por una verdadera crisis. No caigan en la tentación del corsé que los reduce a actores secundarios, o peor, a meros administradores de la miseria existente. En estos tiempos de parálisis, desorientación y propuestas destructivas, la participación protagónica de los pueblos que buscan el bien común puede vencer, con la ayuda de Dios, a los falsos profetas que explotan el miedo y la desesperanza, que venden fórmulas mágicas de odio y crueldad o de un bienestar

egoísta y una seguridad ilusoria.

Sabemos que «mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales» (Exhort. ap. postsin. *Evangelii gaudium*, 202). Por eso, lo dije y lo repito: «El futuro de la

humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio» (Discurso en el Segundo Encuentro mundial de los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015). La Iglesia, la Iglesia también puede y debe, sin pretender el monopolio de la

verdad, pronunciarse y actuar especialmente frente a «situaciones donde se tocan las llagas y el sufrimiento dramático, y en las cuales están implicados los valores, la ética, las ciencias sociales y la fe» (*Discurso a la Cumbre de Jueces y Magistrados contra el Tráfico de Personas y el Crimen Organizado*, Vaticano, 3 de junio de 2016). Este era el primer riesgo: el riesgo del corsé, y la invitación de meterse en la gran política. El segundo riesgo, les decía, es dejarse corromper. Así como la

política no es un asunto de los «políticos», la corrupción no es un vicio exclusivo de la política. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, hay corrupción en las iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y los movimientos populares. Es justo decir que hay una corrupción naturalizada en algunos ámbitos de la vida económica, en particular la actividad financiera, y que tiene menos prensa que la

corrupción directamente ligada al ámbito político y social. Es justo decir que muchas veces se manipulan los casos de corrupción con malas intenciones. Pero también es justo aclarar que quienes han optado por una vida de servicio tienen una obligación adicional que se suma a la honestidad con la que cualquier persona debe actuar en la vida. La vara es más alta: hay que vivir la vocación de servir con un fuerte sentido de la austeridad y la humildad. Esto vale para los políticos pero también vale

para los dirigentes sociales y para nosotros, los pastores. Dije "austeridad". Quisiera aclarar a qué me refiero con la palabra austeridad. Puede ser una palabra equívoca.

Austeridad moral, austeridad en el modo de vivir, austeridad en cómo llevo adelante mi vida, mi familia. Austeridad moral y humana. Porque en el campo más científico, científico-económico si se quiere, o de las ciencias del mercado, austeridad es sinónimo de ajuste. A esto no me refiero. No estoy hablando de eso.

A cualquier persona que tenga demasiado apego por las cosas materiales o por el espejo, a quien le gusta el dinero, los banquetes exuberantes, las mansiones suntuosas, los trajes refinados, los autos de lujo, le aconsejaría que se fije qué está pasando en su corazón y rece para que Dios lo libere de esas ataduras. Pero, parafraseando al ex Presidente latinoamericano que está por acá, el que tenga afición por todas esas cosas, por favor, no se meta en política, que no se meta en una organización

social o en un movimiento popular, porque va a hacer mucho daño a sí mismo, al prójimo y va a manchar la noble causa que enarbola. Tampoco que se meta en el seminario.

Frente a la tentación de la corrupción, no hay mejor antídoto que la austeridad; esa austeridad moral y personal. Y practicar la austeridad es, además, predicar con el ejemplo. Les pido que no subestimen el valor del ejemplo porque tiene más fuerza que mil palabras, que mil volantes,

que mil *likes*, que mil *retweets*, que mil videos de *youtube*. El ejemplo de una vida austera al servicio del prójimo es la mejor forma de promover el bien común y el proyecto-puente de las 3-T. Les pido a los dirigentes que no se cansen de practicar esa austeridad moral, personal, y les pido a todos que exijan a los dirigentes esa austeridad, la cual –por otra parte– los va a hacer muy felices.

Queridos hermanas y hermanos
La corrupción, la soberbia, el exhibicionismo de los dirigentes aumenta el descreimiento

colectivo, la sensación de desamparo y retroalimenta el mecanismo del miedo que sostiene este sistema inicuo. Quisiera, para finalizar, pedirles que sigan enfrentando el miedo con una vida de servicio, solidaridad y humildad en favor de los pueblos y en especial de los que más sufren. Se van a equivocar muchas veces, todos nos equivocamos, pero si perseveramos en este camino, más temprano que tarde, vamos a ver los frutos. E insisto, contra el terror, el mejor antídoto es el amor. El

amor todo lo cura. Algunos saben que después del Sínodo de la familia escribí un documento que lleva por título *Amoris Laetitia*. La alegría del amor. Un documento sobre el amor en la familia de cada uno, pero también en esa otra familia que es el barrio, la comunidad, el pueblo, la humanidad. Uno de ustedes me pidió distribuir un cuadernillo que contiene un fragmento del capítulo cuarto de ese documento. Creo que se los van a entregar a la salida. Va entonces con mi bendición.

Allí hay algunos «consejos útiles» para practicar el más importante de los mandamientos de Jesús.

En *Amoris Laetitia* cito a un fallecido dirigente afroamericano, Martin Luther King, el cual volvía a optar por el amor fraterno aun en medio de las peores persecuciones y humillaciones. Quiero recordarlo hoy con ustedes, es decir: «Cuando te elevas al nivel del amor, de su gran belleza y poder, lo único que buscas derrotar es los sistemas malignos. A las personas

atrapadas en ese sistema, las
amas, pero tratas de derrotar
ese sistema [...] Odio por odio
sólo intensifica la existencia del
odio y del mal en el universo.
Si yo te golpeo y tú me
golpeas, y te devuelvo el golpe
y tú me lo devuelves, y así
sucesivamente, es evidente que
se llega hasta el infinito.
Simplemente nunca termina.
En algún lugar, alguien debe
tener un poco de sentido, y esa
es la persona fuerte. La
persona fuerte es la persona
que puede romper la cadena
del odio, la cadena del mal».

Esto lo dijo en 1957 (n. 118; *Sermón en la iglesia Bautista de la Avenida Dexter, Montgomery, Alabama, 17 de noviembre de 1957*).

Les agradezco nuevamente su trabajo y su presencia. Quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los defienda en el camino dándoles abundantemente esa fuerza que nos mantiene en pie y nos da coraje para romper la cadena del odio: esa fuerza es la esperanza. Les pido por favor

que recen por mí y los que no
pueden rezar, ya saben,
piénsenme bien y mándenme
buena onda. Gracias.

6 de noviembre de 2016.
Homilía en el jubileo de los
presos.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Domingo.

El mensaje que la Palabra de
Dios quiere comunicarnos hoy
es ciertamente de *esperanza*,
de esa esperanza que no
defrauda.

Uno de los siete hermanos
condenados a muerte por el rey
Antíoco Epífanes dice: «Dios

mismo nos resucitará»
(2M7,14). Estas palabras manifiestan la fe de aquellos mártires que, no obstante los sufrimientos y las torturas, tienen la fuerza para mirar más allá. Una fe que, mientras reconoce en Dios la fuente de la esperanza, muestra el deseo de alcanzar una vida nueva. Del mismo modo, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús con una respuesta sencilla pero perfecta elimina toda la casuística banal que los saduceos le habían presentado. Su expresión: «No es Dios de

muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos» (Lc 20,38), revela el verdadero rostro del Padre, que desea sólo la vida de todos sus hijos. La esperanza de renacer a una vida nueva, por tanto, es lo que estamos llamados a asumir para ser fieles a la enseñanza de Jesús.

La esperanza es don de Dios. Debemos pedirla. Está ubicada en lo más profundo del corazón de cada persona para que pueda iluminar con su luz el presente, muchas veces turbado y ofuscado por tantas

situaciones que conllevan tristeza y dolor. Tenemos necesidad de fortalecer cada vez más las raíces de nuestra esperanza, para que puedan dar fruto. En primer lugar, la certeza de la presencia y de la compasión de Dios, no obstante el mal que hemos cometido. No existe lugar en nuestro corazón que no pueda ser alcanzado por el amor de Dios. Donde hay una persona que se ha equivocado, allí se hace presente con más fuerza la misericordia del Padre, para suscitar arrepentimiento,

perdón, reconciliación, paz.
Hoy celebramos el Jubileo de la
Misericordia para vosotros y
con vosotros, hermanos y
hermanas reclusos. Y es con
esta expresión de amor de
Dios, la misericordia, que
sentimos la necesidad de
confrontarnos. Ciertamente, la
falta de respeto por la ley
conlleva la condena, y la
privación de libertad es la
forma más dura de descontar
una pena, porque toca la
persona en su núcleo más
íntimo. Y todavía así, la
esperanza no puede perderse.

Una cosa es lo que merecemos por el mal que hicimos, y otra cosa distinta es el «respiro» de la esperanza, que no puede sofocarlo nada ni nadie.

Nuestro corazón siempre espera el bien; se lo debemos a la misericordia con la que Dios nos sale al encuentro sin abandonarnos jamás (cf. san Agustín, *Sermo* 254,1).

En la carta a los Romanos, el apóstol Pablo habla de Dios como del «Dios de la esperanza» (*Rm* 15,13). Es como si nos quisiera decir también a nosotros que

también Dios espera; y por paradójico que pueda parecer, es así: *Dios espera*. Su misericordia no lo deja tranquilo. Es como el Padre de la parábola, que *espera siempre* el regreso del hijo que se ha equivocado (cf. *Lc 15,11-32*). No existe tregua ni reposo para Dios hasta que no ha encontrado la oveja descarriada (cf. *Lc 15,5*). Por tanto, si Dios espera, entonces la esperanza no se le puede quitar a nadie, porque es la *fuerza* para seguir adelante; la *tensión* hacia el futuro para transformar la

vida; el *estímulo* para el mañana, de modo que el amor con el que, a pesar de todo, nos ama, pueda ser un nuevo camino... En definitiva, la esperanza es la prueba interior de la fuerza de la misericordia de Dios, que nos pide mirar hacia adelante y vencer la atracción hacia el mal y el pecado con la fe y la confianza en él.

Queridos reclusos, es el día de vuestro Jubileo. Que hoy, ante el Señor, vuestra esperanza se encienda. El Jubileo, por su misma naturaleza, lleva

consigo el anuncio de la liberación (cf. *Lv* 25,39-46). No depende de mí poderla conceder, pero suscitar el deseo de la *verdadera* libertad en cada uno de vosotros es una tarea a la que la Iglesia no puede renunciar. A veces, una cierta hipocresía lleva a ver sólo en vosotros personas que se han equivocado, para las que el único camino es la cárcel. Os digo: cada vez que entro en una cárcel, me pregunto: «¿Por qué ellos y no yo?». Todos tenemos la posibilidad de equivocarnos:

todos. De una manera u otra, nos hemos equivocado. Y la hipocresía hace que no se piense en la posibilidad de cambiar de vida, hay poca confianza en la rehabilitación, en la reinserción en la sociedad. Pero de este modo se olvida que todos somos pecadores y, muchas veces, somos prisioneros sin darnos cuenta. Cuando se permanece encerrados en los propios prejuicios, o se es esclavo de los ídolos de un falso bienestar, cuando uno se mueve dentro de esquemas ideológicos o

absolutiza leyes de mercado que aplastan a las personas, en realidad no se hace otra cosa que estar entre las estrechas paredes de la celda del individualismo y de la autosuficiencia, privados de la verdad que genera la libertad. Y señalar con el dedo a quien se ha equivocado no puede ser una excusa para esconder las propias contradicciones. Sabemos que ante Dios nadie puede considerarse justo (cf. *Rm 2,1-11*). Pero nadie puede vivir sin la certeza de encontrar el perdón. El ladrón

arrepentido, crucificado junto a Jesús, lo ha acompañado en el paraíso (cf. *Lc 23,43*). Ninguno de vosotros, por tanto, se encierre en el pasado. La historia pasada, aunque lo quisiéramos, no puede ser escrita de nuevo. Pero la historia que inicia hoy, y que mira al futuro, está todavía sin escribir, con la gracia de Dios y con vuestra responsabilidad personal. Aprendiendo de los errores del pasado, se puede abrir un nuevo capítulo de la vida. No caigamos en la tentación de pensar que no

podemos ser perdonados. Ante cualquier cosa, pequeña o grande, que nos reproche el corazón, sólo debemos poner nuestra confianza en su misericordia, pues «Dios es mayor que nuestro corazón» (1Jn 3,20).

La fe, incluso si es pequeña como un grano de mostaza, es capaz de mover montañas (cf. Mt 17,20). Cuantas veces la fuerza de la fe ha permitido pronunciar la palabra *perdón* en condiciones humanamente imposibles. Personas que han padecido

violencias o abusos en sí mismas o en sus seres queridos o en sus bienes. Sólo la fuerza de Dios, la misericordia, puede curar ciertas heridas. Y donde se responde a la violencia con el perdón, allí también el amor que derrota toda forma de mal puede conquistar el corazón de quien se ha equivocado. Y así, entre las víctimas y entre los culpables, Dios suscita auténticos testimonios y obreros de la misericordia. Hoy veneramos a la Virgen María en esta imagen que la representa como una Madre

que tiene en sus brazos a Jesús con una cadena rota, las cadenas de la esclavitud y de la prisión. Que ella dirija a cada uno de vosotros su mirada materna, haga surgir de vuestro corazón la fuerza de la esperanza para vivir una vida nueva y digna en plena libertad y en el servicio del prójimo.

6 de noviembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Pocos días después de la solemnidad de Todos los Santos y de la conmemoración de los fieles difuntos, la Liturgia de este domingo nos invita, una vez más, a reflexionar sobre el misterio de la resurrección de los muertos. El Evangelio (cf. *Lc 20, 27-38*) presenta a Jesús confrontándose con

algunos saduceos, que no creían en la resurrección y concebían la relación con Dios sólo en la dimensión de la vida terrenal. Entonces, para ridiculizar la resurrección y poner a Jesús en una situación difícil, le presentan un caso paradójico y absurdo: una mujer que ha tenido siete maridos, todos hermanos entre ellos, los cuales, uno detrás de otro, han muerto. Y he aquí entonces la pregunta maliciosa dirigida a Jesús: Esa mujer, en la resurrección, ¿de quién será mujer? (*Lc 20, 33*).

Jesús no cae en la trampa y reafirma la verdad de la resurrección, explicando que la existencia después de la muerte será distinta de la de la tierra. Él hace entender a sus interlocutores que no es posible aplicar las categorías de este mundo a las realidades que van más allá y que son más grandes de lo que vemos en esta vida.

En efecto, dice: «Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la

resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido» (Lc 20, 34-35). Con estas palabras, Jesús pretende explicar que en este mundo vivimos de realidades provisionales, que terminan; en cambio, en el más allá, después de la resurrección, ya no tendremos la muerte como horizonte y viviremos todo, también las relaciones humanas, en la dimensión de Dios, de manera transfigurada. También el matrimonio, signo e instrumento del amor de Dios

en este mundo, resplandecerá transformado en luz plena en la comunión gloriosa de los santos en el Paraíso.

Los «hijos del cielo y de la resurrección» no son unos pocos privilegiados, sino que son todos los hombres y todas las mujeres, porque la salvación traída por Jesús es para cada uno de nosotros. Y la vida de los resucitados será parecida a la de los ángeles (cf. *Lc 20, 36*), es decir, toda inmersa en la luz de Dios, toda dedicada a su alabanza, en una eternidad llena de alegría y de

paz. ¡Pero cuidado! La resurrección no es sólo el hecho de resurgir después de la muerte, sino que es una nueva clase de vida que ya experimentamos hoy; es la victoria sobre la nada que ya podemos pregonar. ¡La resurrección es el fundamento de la fe y de la esperanza cristiana! Si no hubiera referencia al Paraíso y a la vida eterna, el cristianismo se reduciría a una ética, a una filosofía de vida. En cambio, el mensaje de la fe cristiana viene del cielo, es revelado por Dios y

va más allá de este mundo. Creer en la resurrección es esencial, para que cada acto de nuestro amor cristiano no sea efímero y sin más utilidad, sino que se convierta en una semilla destinada a florecer en el jardín de Dios, y producir frutos de vida eterna.

Que la Virgen María, Reina del cielo y de la tierra, nos confirme en la esperanza de la resurrección y nos ayude a hacer fructificar en obras buenas la palabra de su Hijo sembrada en nuestros corazones.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión del Jubileo de hoy de los reclusos, querría hacer un llamamiento en favor de la mejora de las condiciones de vida en las cárceles de todo el mundo, para que sea respetada plenamente la dignidad humana de los detenidos. Además, deseo reiterar la importancia de reflexionar sobre la necesidad de una justicia penal que no sea exclusivamente punitiva, sino

que esté abierta a la esperanza y la perspectiva de reinsertar al reo en la sociedad. De manera especial, someto a la consideración de las autoridades civiles competentes de cada país la posibilidad de realizar, este Año Santo de la Misericordia, un acto de clemencia en favor de los presos que se consideren idóneos para que se beneficien de tal disposición.

Hace dos días entró en vigor el Acuerdo de París sobre el clima del Planeta. Este importante paso adelante demuestra que la

humanidad tiene la capacidad de colaborar para salvaguardar lo creado (cf. *Laudato si'*, 13), para poner la economía al servicio de las personas y para construir la paz y la justicia. Mañana, además, comenzará en Marrakech, Marruecos, una nueva sesión de la Conferencia sobre el clima, cuyo objetivo es, entre otras cosas, la aplicación de tal Acuerdo. Deseo que todo este proceso sea guiado por la conciencia de nuestra responsabilidad ante el cuidado de la casa común. Ayer en Escútari, Albania,

fueron proclamados beatos treinta y ocho mártires: dos obispos, numerosos sacerdotes y religiosos, un seminarista y también algunos laicos, víctimas de la durísima persecución del régimen ateo que dominó durante mucho tiempo ese País durante el siglo pasado. Ellos prefirieron padecer la cárcel, las torturas y por último la muerte, con tal de ser fieles a Cristo y a la Iglesia. Que su ejemplo nos ayude a encontrar en el Señor la fuerza que nos sostiene en los momentos de dificultad y que

nos inspira comportamientos de bondad, perdón y paz.

Os saludo a todos vosotros, peregrinos, llegados de diferentes países: a las familias, a los grupos parroquiales y a las asociaciones. Especialmente, saludo a los fieles de Sídney y de San Sebastián de los Reyes, al Centro Académico Romano Fundación, y a la comunidad católica venezolana de Italia; como también a los grupos de Adria-Rovigo, Mendrisio, Roccadaspide, Nova Siri, Pomigliano D'Arco y Picerno.

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto

9 de noviembre de 2016.
Audiencia general. Visitar y atender a los enfermos y a los reclusos.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La vida de Jesús, sobre todo en los tres años de su ministerio público, fue un incesante encuentro con las personas. Entre ellas, un lugar especial lo tuvieron los enfermos.

¡Cuántas páginas de los Evangelios narran estos encuentros! El paralítico, el ciego, el leproso, el endemoniado, el epiléptico, e innumerables enfermos de todo tipo... Jesús se ha hecho cercano a cada uno de ellos y les ha sanado con su presencia y el poder de su fuerza sanadora. Por lo tanto, no puede faltar, entre las Obras de misericordia, la de visitar y atender a las personas enfermas.

Junto a esta podemos incluir también la de estar cerca de las

personas que se encuentran en la cárcel. De hecho, tanto los enfermos como los encarcelados viven en una condición que limita su libertad. ¡Y precisamente cuando nos falta, nos damos cuenta de cuánto sea preciosa! Jesús nos ha donado la posibilidad de ser libres no obstante los límites de la enfermedad y de las restricciones. Él nos ofrece la libertad que proviene del encuentro con Él y del sentido nuevo que este encuentro da a nuestra condición personal. Con estas Obras de

misericordia el Señor nos invita a un gesto de gran humanidad: el compartir. Recordemos esta palabra: el compartir. Quien está enfermo, muchas veces se siente solo. No podemos esconder que, sobre todo en nuestros días, precisamente en la enfermedad se adquiere la experiencia más profunda de la soledad que atraviesa gran parte de la vida. Una visita puede hacer que una persona enferma se sienta menos sola, y un poco de compañía es una estupenda medicina! Una sonrisa, una caricia, un apretón

de manos son gestos simples, pero muy importantes para quien se siente abandonado. ¡Cuántas personas se dedican a visitar a los enfermos en los hospitales o en sus casas! Es una obra de voluntariado impagable. Cuando es realizada en el nombre del Señor, entonces se convierte también en expresión elocuente y eficaz de misericordia. ¡No dejemos a las personas enfermas solas! No les impidamos encontrar alivio y a nosotros ser enriquecidos por la cercanía, de quien sufre. Los hospitales son

verdaderas «catedrales del dolor», donde sin embargo se hace evidente la fuerza de la caridad que sostiene y siente compasión.

De la misma manera, pienso en quienes están encerrados en la cárcel. Jesús ni siquiera se ha olvidado de ellos. Poniendo la visita a los encarcelados entre las obras de misericordia, ha querido invitarnos, ante todo, a no erigirnos jueces de nadie. Claro, si uno está en la cárcel es porque se ha equivocado, no ha respetado la ley y la convivencia civil. Por eso está

cumpliendo su pena en la prisión. Pero sea lo que sea que haya hecho un preso, él siempre es amado por Dios. ¿Quién puede entrar en la intimidad de su conciencia para entender lo que siente? ¿Quién puede comprender el dolor y el remordimiento? Es demasiado fácil lavarse las manos afirmando que se ha equivocado. Un cristiano está llamado, más bien, a hacerse cargo, para que quien se haya equivocado comprenda el mal hecho y vuelva en sí mismo. La falta de libertad, es sin duda,

una de las privaciones más grandes para el ser humano. Si a esta se añade el degrado por las condiciones, a menudo, carentes de humanidad en la cuales estas personas tienen que vivir, entonces, realmente es el caso en el que un cristiano se siente estimulado para hacer de todo para restituir su dignidad.

Visitar a las personas en la cárcel es una obra de misericordia que sobre todo hoy asume un valor particular por las distintas formas de justicialismo al cual estamos

expuestos. Por ello, que nadie señale con el dedo a alguien. Sino, que todos nos volvamos instrumentos de misericordia, con actitudes de compartir y de respeto. Pienso a menudo en los presos... pienso a menudo, les llevo en el corazón. Me pregunto qué les ha llevado a delinquir y cómo han podido ceder a las diversas formas de mal. Y no obstante, junto a estos pensamientos siento que todos necesitan cercanía y ternura, porque la misericordia de Dios cumple prodigios. Cuántas lágrimas he visto caer

por las mejillas de reclusos que quizás jamás habían llorado en su vida; y esto sólo porque se sintieron acogidos y amados. Y no nos olvidemos que también Jesús y los apóstoles experimentaron la prisión. En las narraciones de la Pasión conocemos los sufrimientos a los que el Señor fue sometido: capturado, arrastrado como un malhechor, burlado, flagelado, coronado con espinas... Él, ¡el único inocente! Y también san Pedro y san Pablo estuvieron en la cárcel (cf *At* 12, 5; *Fil* 1,12-17). El domingo pasado —que

fue el domingo del Jubileo de los reclusos— por la tarde vino a visitarme un grupo de reclusos padovanos. Les pregunté qué harían al día siguiente, antes de volver a Padua. Me dijeron: «iremos a la cárcel Mamertino para compartir la experiencia de san Pablo». Es bonito, oír decir esto me hizo bien. Estos presos querían encontrar al Pablo prisionero. Es una cosa bonita, a mí me hizo bien. También ahí, en prisión, rezaron y evangelizaron. Es conmovedora la página de los Hechos de los

Apóstolos en la cual se narra la reclusión de Pablo: se sentía solo y deseaba que alguno de sus amigos le visitase (cf 2 *Tm* 4,9-15). Se sentía solo porque la mayoría le había dejado solo... al gran Pablo. Estas obras de misericordia, como se ve, son antiguas, y no obstante, siempre actuales. Jesús dejó lo que estaba haciendo para ir a visitar a la suegra de Pedro; una obra antigua de caridad. Jesús lo consiguió. No caigamos en la indiferencia, sino convirtámonos en instrumentos

de la misericordia de Dios. Todos nosotros podemos ser instrumentos de la misericordia de Dios y esto hará más bien a nosotros que a los demás porque la misericordia pasa a través de un gesto, una palabra, una visita y esta misericordia es un acto para devolver alegría y dignidad a quien la ha perdido.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y

Latinoamérica. Los animo a que sean valientes y abran el corazón a Dios y a los hermanos, de modo que sean instrumentos de la misericordia y ternura de Dios, que restituye la alegría y la dignidad a quienes la han perdido. Muchas gracias.

11 de noviembre de 2016.
Discurso a los participantes en
el jubileo de las personas
excluidas socialmente.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Viernes.

Gracias a Christian y a Roberto,
y gracias a todos ustedes por
venir aquí, por encontrarse, por
encontrarme, por rezar por mí
y, como dijo el Cardenal
[Barbarin], también que sus
manos sobre mi cabeza me den

fuerza para seguir con mi misión en la oración de la imposición de las manos.

¡Muchas gracias!

Yo fui tomando nota de algunas palabras de los dos testimonios y, después, también de los gestos después de haberlos dado. Una cosa que Roberto decía es que, como seres humanos, nosotros no nos diferenciamos de los grandes del mundo, tenemos nuestras pasiones y nuestros sueños que tratamos de llevar adelante con pequeños pasos. La pasión y el sueño, dos palabras que

pueden ayudar. La pasión que, a veces, nos hace sufrir, nos pone trabas internas, externas, la pasión de la enfermedad, las miles pasiones, pero también el apasionamiento por salir adelante, la buena pasión, y esa buena pasión nos lleva a soñar. Para mí un hombre o una mujer muy pobre, pero de una pobreza distinta a la de ustedes, es cuando ese hombre o esa mujer pierde la capacidad de soñar, pierde la capacidad de llevar una pasión adelante. ¡No dejen de soñar! El sueño de un pobre, de uno que no tiene

techo, ¿cómo será? No sé, pero sueñen. Y sueñen que un día podrían venir a Roma, y el sueño se realizó. Sueñen que el mundo se puede cambiar, y esa es una siembra que nace del corazón de ustedes.

Recordaba uno de los que habló al principio, Etienne Billemaine, una palabra mía, que yo uso mucho, que la pobreza está en el corazón del Evangelio. Solo aquel que siente que le falta algo mira arriba y sueña, el que tiene todo no puede soñar. La gente, los sencillos, seguían a Jesús, porque soñaban que él

los iba a curar, los iba a librar,
les iba a hacer bien, y lo
seguían y él los liberaba.
Hombres y mujeres con
pasiones y sueños. Y esto es lo
primero que les quería decir:
enséñennos a todos los que
tenemos techo, porque no nos
falta la comida o la medicina,
enséñennos a no estar
satisfechos. Con sus sueños,
enséñennos a soñar desde el
Evangelio, donde están
ustedes, desde el corazón del
Evangelio.

Una segunda palabra —que no
fue dicha sino que estaba en la

actitud de los que hablaron y en la de ustedes, y que a mí me vino al corazón—, cuando Robert dijo en su lengua: «*Et la vie devient si belle!*». ¿Qué significa? Que la vida se nos hace hermosa, somos capaces de encontrarla bella en las peores situaciones, en las que ustedes viven. Eso significa dignidad, esa es la palabra que me vino. Capacidad de encontrar belleza, aun en las cosas más tristes y más sufridas, solamente lo puede hacer un hombre o una mujer que tiene dignidad. Pobre sí,

arrastrado no, eso es dignidad. La misma dignidad que tuvo Jesús, que nació pobre, que vivió pobre, la misma dignidad que tiene la Palabra del Evangelio, la misma dignidad que tiene un hombre o una mujer que viven con su trabajo. Pobre sí, dominado no, explotado no. Yo sé que muchas veces ustedes se habrán encontrado con gente que quiso explotar vuestra pobreza, que quiso usufructuar de ella, pero sé también que este sentimiento de ver que la vida es bella, este sentimiento, esta

dignidad los ha salvado de ser esclavos. Pobre sí, esclavo no. La pobreza está en el corazón del Evangelio para ser vivida. La esclavitud no está para ser vivida en el Evangelio sino para ser liberada.

Yo sé que para cada uno de ustedes —lo decía Robert— la vida a veces, muchas veces, se hace muy difícil. Él había dicho en su lengua: «*La vie a été beaucoup plus difficile que pour moi, pour beaucoup des autres*». Para muchos de los otros, vemos que la vida ha sido más difícil que para mí

mismo, siempre vamos a encontrar más pobres que nosotros. Y eso también lo da la dignidad, saber ser solidario, saber ayudarse, saber dar la mano a quien está sufriendo más que yo. La capacidad de ser solidario es uno de los frutos que nos da la pobreza. Cuando hay mucha riqueza uno se olvida de ser solidario porque está acostumbrado a que no le falte nada. Cuando la pobreza te lleva a veces a sufrir te hace solidario y te hace extender la mano al que está pasando una situación más

difícil que vos. Gracias por ese ejemplo que ustedes dan.

Enseñen, enseñen solidaridad al mundo.

Me impresionó la insistencia del testimonio de Christian en la palabra paz. Una frase que habla de su paz interior: «*J'ai trouvé la paix du Christ que j'ai cherché*» —la primera vez que la nombra—. Después habla de la paz y la alegría que siente, que sintió cuando empezó a formar parte de la coral de Nantes. Y al final, me hace un llamado a mí. Me dice: «*Vous qui connaissez le problème de*

la paz en el mundo, les pido que continúen su acción a favor de la paz». La pobreza más grande es la guerra, es la pobreza que destruye, y escuchar esto de los labios de un hombre que ha sufrido pobreza material, pobreza de salud, es un llamado a trabajar por la paz. La paz que para nosotros los cristianos empezó en un establo de una familia marginada, la paz que Dios quiere para cada uno de sus hijos. Y ustedes, desde vuestra pobreza, desde vuestra

situación, son, pueden ser artífices de paz. Las guerras se hacen entre ricos para tener más, para poseer más territorio, más poder, más dinero. Es muy triste cuando la guerra llega a hacerse entre los pobres, porque es una cosa rara, los pobres son desde su misma pobreza más proclives a ser artesanos de la paz. ¡Hagan paz! ¡Creen paz! ¡Den ejemplo de paz! Necesitamos paz en el mundo. Necesitamos paz en la Iglesia, todas las Iglesias necesitan paz, todas las religiones necesitan crecer en

la paz, porque todas las religiones son mensajeras de paz, pero deben crecer en la paz. Ayuden cada una de ustedes en su propia religión. Esa paz que viene desde el sufrimiento, desde el corazón, buscando esa armonía que te da la dignidad.

Yo les agradezco que hayan venido a visitarme. Les agradezco los testimonios, y les pido perdón si alguna vez los ofendí por mi palabra o por no haber dicho las cosas que debía decir. Les pido perdón en nombre de los cristianos que no

leen el Evangelio encontrando la pobreza en el centro. Les pido perdón por todas las veces que los cristianos delante de una persona pobre o de una situación pobre, miramos para otro lado. Perdón. El perdón de ustedes hacia hombres y mujeres de Iglesia, que no los quieren mirar o no los quisieron mirar, es agua bendita para nosotros, es limpieza para nosotros, es ayudarnos a volver a creer que en el corazón del Evangelio está la pobreza como gran mensaje; y que nosotros, los

católicos, los cristianos, todos, tenemos que formar una Iglesia pobre para los pobres, y que todo hombre o mujer de cualquier religión tiene que ver en cada pobre el mensaje de Dios que se acerca y se hace pobre para acompañarnos en la vida.

Que Dios los bendiga a cada uno de ustedes, y es la oración que yo quiero hacer para ustedes, ahora. Ustedes quédense sentados como están, yo voy a hacer la oración.

Dios, Padre de todos nosotros, de cada uno de tus hijos, te

pido que nos des fortaleza, que nos des alegría, que nos enseñes a soñar para mirar adelante, que nos enseñes a ser solidarios porque somos hermanos, y que nos ayudes a defender nuestra dignidad, tú eres el Padre de cada uno de nosotros. Bendícenos, Padre. Amén.

12 de noviembre de
2016. Audiencia jubilar. Con los
brazos abiertos.

Sábado.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En esta última Audiencia
Jubilar del sábado
consideramos un aspecto
importante de la misericordia:
la inclusión, que refleja el
actuar de Dios, que no excluye
a nadie de su designio amoroso
de salvación, sino llama a
todos. Esta es la invitación que

hace Jesús en el Evangelio de Mateo que acabamos de escuchar: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados». Nadie está excluido de esta llamada, porque la misión de Jesús es revelar a cada persona el amor del Padre.

Por el sacramento del bautismo, nos convertimos en hijos de Dios y en miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por eso, como cristianos, estamos invitados a hacer nuestro este criterio de la misericordia, con el que

tratamos de incluir en nuestra vida a todos, acogiéndonos y amándolos como los ama Dios. Así evitamos encerrarnos en nosotros mismos y en nuestras propias seguridades.

El Evangelio nos impulsa a reconocer en la historia de la humanidad el diseño de una gran obra de inclusión que, respetando la libertad de cada uno, llama a todos a formar una única familia de hermanos y hermanas, y a ser miembros de la Iglesia, cuerpo de Cristo.

Saludos:

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española,
en particular a los provenientes
de España y Latinoamérica.
Que el Señor Jesús, que a
todos acoge con sus brazos
abiertos en la cruz, nos ayude
a crecer como hermanos en su
amor y a ser instrumentos de
la misericordia y ternura del
Padre. Muchas gracias.

13 de noviembre de 2016.
Homilía en el jubileo de las
personas socialmente
excluidas.

Jubileo extraordinario de la
misericordia.

Domingo.

«Os iluminará un sol de justicia
que lleva la salud en las alas»
(*Ml* 3,20). Las palabras del
profeta Malaquías, que hemos
escuchado en la primera
lectura, iluminan la celebración
de esta jornada jubilar. Se

encuentran en la última página del último profeta del Antiguo Testamento y están dirigidas a aquellos que confían en el Señor, que ponen su esperanza en él, que ponen nuevamente su esperanza en él, eligiéndolo como el bien más alto de sus vidas y negándose a vivir sólo para sí mismos y su intereses personales. Para ellos, pobres de sí mismos pero ricos de Dios, amanecerá el sol de su justicia: ellos son los pobres en el espíritu, a los que Jesús promete el reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3), y Dios, por medio

del profeta Malaquías, llama mi «propiedad personal» (MI 3,17). El profeta los contrapone a los arrogantes, a los que han puesto la seguridad de su vida en su autosuficiencia y en los bienes del mundo. La lectura de esta última página del Antiguo Testamento suscita preguntas que nos interrogan sobre el significado último de la vida: ¿En dónde pongo yo mi seguridad? ¿En el Señor o en otras seguridades que no le gustan a Dios? ¿Hacia dónde se dirige mi vida, hacia dónde está orientado mi corazón? ¿Hacia el

Señor de la vida o hacia las cosas que pasan y no llenan? Preguntas similares se encuentran en el pasaje del Evangelio de hoy. Jesús está en Jerusalén para escribir la última y más importante página de su vida terrena: su muerte y resurrección. Está cerca del templo, «adornado de bellas piedras y ofrendas votivas» (*Lc 21,5*). La gente estaba hablando de la belleza exterior del templo, cuando Jesús dice: «Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra» (*Lc 21,6*).

Añade que habrá conflictos, hambre, convulsión en la tierra y en el cielo. Jesús no nos quiere asustar, sino advertirnos de que todo lo que vemos pasa inexorablemente. Incluso los reinos más poderosos, los edificios más sagrados y las cosas más estables del mundo, no duran para siempre; tarde o temprano caerán.

Ante estas afirmaciones, la gente inmediatamente plantea dos preguntas al Maestro: «¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?»

(Lc 21,7). Cuando y cuál...
Siempre nos mueve la
curiosidad: se quiere
saber *cuándo* y recibir *señales*.
Pero esta curiosidad a Jesús no
le gusta. Por el contrario, él nos
insta a no dejarnos engañar
por los predicadores
apocalípticos. El que sigue a
Jesús no hace caso a los
profetas de desgracias, a la
frivolidad de los horóscopos, a
las predicaciones y a las
predicciones que generan
temores, distrayendo la
atención de lo que sí importa.
Entre las muchas voces que se

oyen, el Señor nos invita a distinguir lo que viene de Él y lo que viene del falso espíritu. Es importante distinguir la llamada llena de sabiduría que Dios nos dirige cada día del clamor de los que utilizan el nombre de Dios para asustar, alimentar divisiones y temores. Jesús invita con fuerza a no tener miedo ante las agitaciones de cada época, ni siquiera ante las pruebas más severas e injustas que afligen a sus discípulos. Él pide que perseveren en el bien y pongan toda su confianza en Dios, que

no defrauda: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá» (Lc 21,18). Dios no se olvida de sus fieles, su valiosa propiedad, que somos nosotros.

Pero hoy nos interpela sobre el sentido de nuestra existencia. Usando una imagen, se podría decir que estas lecturas se presentan como un «tamiz» en medio de la corriente de nuestra vida: nos recuerdan que en este mundo casi todo pasa, como el agua que corre; pero hay cosas importantes que permanecen, como si fueran una piedra preciosa en un

tamiz. ¿Qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: *El Señor y el prójimo*.

Estas dos riquezas no desaparecen. Estos son los bienes más grandes, para amar. Todo lo demás —el cielo, la tierra, las cosas más bellas, también esta Basílica— pasa; pero no debemos excluir de la vida a *Dios y a los demás*.

Sin embargo, precisamente hoy, cuando hablamos de exclusión, vienen rápido a la mente personas concretas; no

cosas inútiles, sino personas valiosas. La persona humana, colocada por Dios en la cumbre de la creación, es a menudo descartada, porque se prefieren las cosas que pasan. Y esto es inaceptable, porque el hombre es el bien más valioso a los ojos de Dios. Y es grave que nos acostumbremos a este tipo de descarte; es para preocuparse, cuando se adormece la conciencia y no se presta atención al hermano que sufre junto a nosotros o a los graves problemas del mundo, que se convierten solamente en

una cantinela ya oída en los titulares de los telediarios. Hoy, queridos hermanos y hermanas, es vuestro Jubileo, y con vuestra presencia nos ayudáis a sintonizar con Dios, para ver lo que él ve: Él no se queda en las apariencias (cf. *1 S 16,7*), sino que pone sus ojos «en el humilde y abatido» (*Is 66.2*), en tantos pobres Lázaros de hoy. Cuánto mal nos hace fingir que no nos damos cuenta de Lázaro que es excluido y rechazado (cf. *Lc 16,19-21*). Es darle la espalda a Dios. ¡Es darle la

espalda a Dios! Cuando el interés se centra en las cosas que hay que producir, en lugar de las personas que hay que amar, estamos ante un síntoma de esclerosis espiritual. Así nace la trágica contradicción de nuestra época: cuanto más aumenta el progreso y las posibilidades, lo cual es bueno, tanto más aumentan las personas que no pueden acceder a ello. Es una gran injusticia que nos tiene que preocupar, mucho más que el saber cuándo y cómo será el fin del mundo. Porque no se puede

estar tranquilo en casa
mientras Lázaro yace postrado
a la puerta; no hay paz en la
casa del que está bien, cuando
falta justicia en la casa de
todos.

Hoy, en las catedrales y
santuarios de todo el mundo,
se cierran las Puertas de la
Misericordia. Pidamos la gracia
de no apartar los ojos de Dios
que nos mira y del prójimo que
nos cuestiona. Abramos
nuestros ojos a Dios,
purificando la mirada del
corazón de las
representaciones engañosas y

temibles, del dios de la potencia y de los castigos, proyección del orgullo y el temor humano. Miremos con confianza al Dios de la misericordia, con la seguridad de que «*el amor no pasa nunca*» (1 Co 13,8).

Renovemos la esperanza en la vida verdadera a la que estamos llamados, la que no pasará y nos aguarda en comunión con el Señor y con los demás, en una alegría que durará para siempre y sin fin. Y abramos nuestros ojos al prójimo, especialmente al

hermano olvidado y excluido, al Lázaro que yace delante de nuestra puerta. Hacia allí se dirige la lente de la Iglesia. Que el Señor nos libre de dirigirla hacia nosotros. Que nos aparte de los oropeles que distraen, de los intereses y los privilegios, del aferrarse al poder y a la gloria, de la seducción del espíritu del mundo. Nuestra Madre la Iglesia mira «a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico» (Pablo VI, Discurso de apertura de la

segunda sesión del Concilio Vaticano II, 29 septiembre 1963). Por derecho y también por *deber evangélico*, porque nuestra tarea consiste en cuidar de la verdadera riqueza que son los pobres. A la luz de estas reflexiones, quisiera que hoy sea la «Jornada de los pobres». Nos lo recuerda una antigua tradición, que se refiere al santo mártir romano Lorenzo. Él, antes de sufrir un atroz martirio por amor al Señor, distribuyó los bienes de la comunidad a los pobres, a los que consideraba como *los*

verdaderos tesoros de la Iglesia. Que el Señor nos conceda mirar sin miedo a lo que importa, dirigir el corazón a él y a nuestros verdaderos tesoros.

13 de noviembre de 2016.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El pasaje evangélico de hoy
(Lc 21, 5—19) contiene la
primera parte del discurso de
Jesús sobre los últimos
tiempos, en la redacción de san
Lucas. Jesús lo pronuncia
mientras se encuentra ante el
templo de Jerusalén y toma
inspiración en las expresiones
de admiración de la gente por

la belleza del santuario y sus decoraciones (cf. *Lc 21, 5*). Entonces Jesús dice: «Esto que veis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no será derruida» (*Lc 21, 6*). ¡Podemos imaginar el efecto de estas palabras sobre los discípulos de Jesús! Pero Él no quiere ofender al templo, sino hacerles entender, a ellos y también a nosotros hoy, que las construcciones humanas, incluso las más sagradas, son pasajeras y no hay que depositar nuestra seguridad en ellas. En nuestra vida ¡Cuántas

presuntas certezas pensábamos que fuesen definitivas y después se revelaron efímeras! Por otra parte, ¡cuántos problemas nos parecían sin salida y luego se superaron! Jesús también sabe que siempre hay quien especula sobre la necesidad humana de seguridad. Por eso dice: «no os dejéis engañar» (Lc 21, 8), y pone en guardia ante los muchos falsos mesías que se habrían presentado (Lc 21, 9). ¡Hoy también los hay! Y añade no dejarse aterrorizar y desorientar por guerras,

revoluciones y calamidades, porque esas también forman parte de las realidades de este mundo (cf. *Lc 21, 10-11*). La historia de la Iglesia es rica de ejemplos de personas que han soportado tribulaciones y sufrimientos terribles con serenidad, porque tenían la conciencia de estar seguros en las manos de Dios. Él es un Padre fiel, es un Padre primoroso, que no abandona a sus hijos. ¡Dios no nos abandona nunca! Esta certeza debemos tenerla en el corazón: ¡Dios no nos abandona nunca!

Permanecer firmes en el Señor, en la certeza de que Él no nos abandona, caminar en la esperanza, trabajar para construir un mundo mejor, no obstante las dificultades y los acontecimientos tristes que marcan la existencia personal y colectiva, es lo que cuenta de verdad; es lo que la comunidad cristiana está llamada a hacer para salir al encuentro del «día del Señor». Precisamente en esta perspectiva queremos situar el compromiso que surge de estos meses en los cuales hemos vivido con fe el Jubileo

Extraordinario de la Misericordia, que hoy se concluye en las Diócesis de todo el mundo con el cierre de las Puertas Santas en las iglesias catedrales. El Año Santo nos ha exigido, por una parte, tener la mirada fija hacia el cumplimiento del Reino de Dios, y por otra, a construir el futuro sobre esta tierra, trabajando para evangelizar el presente, y así hacerlo un tiempo de salvación para todos. Jesús en el Evangelio nos exhorta a tener fija en la mente y en el corazón la

certeza de que Dios guía nuestra historia y conoce el fin último de las cosas y de los eventos. Bajo la mirada misericordiosa del Señor se descubre la historia en su fluir incierto y en su entramado de bien y de mal. Pero todo aquello que sucede está conservado en Él; nuestra vida no se puede perder porque está en sus manos. Recemos a la Virgen María para que nos ayude a través de los acontecimientos felices y tristes de este mundo, a mantener firme la esperanza de la

eternidad y del Reino de Dios.
Recemos a la Virgen María,
para que nos ayude a entender
profundamente esta verdad:
¡Dios nunca abandona a sus
hijos!

16 de noviembre de 2016.

Audiencia general. La paciencia es parte de la fe.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Dedicamos la catequesis de hoy a una obra de misericordia que todos conocemos muy bien, pero que quizás no la ponemos en práctica como deberíamos: soportar pacientemente a las personas molestas. Todos somos muy buenos para identificar una presencia que

puede molestar: ocurre cuando encontramos a alguien por la calle, o cuando recibimos una llamada... Enseguida pensamos: «¿Cuánto tiempo tendré que escuchar las quejas, los chismes, las peticiones o las presunciones de esta persona?». También sucede, e veces, que las personas fastidiosas son las más cercanas a nosotros: entre los familiares hay siempre alguno; en el trabajo no faltan; y ni siquiera durante el tiempo libre estamos a salvo. ¿Qué debemos hacer con las personas

molestas? Pero también nosotros somos molestos para los demás muchas veces. ¿Por qué entre las obras de misericordia también ha sido incluida esta? ¿Soportar pacientemente a las personas molestas?

En la Biblia vemos que Dios mismo debe usar misericordia para soportar las quejas de su pueblo. Por ejemplo, en el libro del Éxodo el pueblo resulta ser verdaderamente insoportable: primero llora porque es esclavo en Egipto, y Dios lo libera; luego, en el desierto, se queja

porque no tiene qué comer (cf. *Ex 16, 3*), y Dios envía las codornices y el maná (cf. *Ex 16, 13—16*), no obstante las quejas no cesan. Moisés hacía de mediador entre Dios y el pueblo, y él también de vez en cuando habrá resultado molesto para el Señor. Pero Dios ha tenido paciencia y así ha enseñado también a Moisés y al pueblo esta dimensión esencial de la fe.

Entonces, surge espontánea una primera pregunta: ¿alguna vez hacemos un examen de conciencia para ver si también

nosotros, a veces, podemos resultar molestos para los demás? Es fácil señalar con el dedo los defectos y las faltas de otros pero debemos aprender a meternos en la piel de los demás.

Miremos sobre todo a Jesús: ¡cuánta paciencia ha tenido que tener durante los tres años de su vida pública! Una vez, mientras estaba en camino con sus discípulos, fue parado por la madre de Santiago y Juan, la cual le dijo: «Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu

izquierda, en tu Reino» (Mt 20, 21). La mamá hacía de *lobby* para sus hijos, pero era la mamá... Jesús se inspira también en esa situación para impartir una enseñanza fundamental: el suyo no es un reino de poder, no es un reino de gloria como los terrenos, sino de servicio y entrega a los demás. Jesús enseña a ir siempre a lo esencial y a mirar más allá para asumir con responsabilidad la propia misión. Podríamos ver aquí la referencia a otras dos obras de misericordia espiritual: la de

advertir a los pecadores y la de enseñar a los ignorantes.

Pensemos en el gran esfuerzo que se puede emplear cuando ayudamos a las personas a crecer en la fe y en la vida.

Pienso, por ejemplo, en los catequistas —entre los cuales hay muchas madres y muchas religiosas— que dedican tiempo para enseñar a los chicos los elementos básicos de la fe.

¡Cuánto esfuerzo, sobre todo cuando los chicos preferirían más bien jugar antes que escuchar el catecismo!

Acompañar en la búsqueda de

lo esencial es bonito e importante, porque nos hace compartir la alegría de saborear el sentido de la vida. A menudo ocurre que nos encontremos a personas que se paran en las cosas superficiales, efímeras y banales; a veces porque no han encontrado a alguien que les estimule para buscar otra cosa, para apreciar a los verdaderos tesoros. Enseñar a mirar lo esencial es una ayuda determinante, especialmente en un tiempo como el nuestro que parece haber tomado la

orientación de seguir satisfacciones cortas de miras. Enseñar a descubrir qué es lo que el Señor quiere de nosotros y cómo podemos corresponder significa ponernos en camino para crecer en la propia vocación, el camino de la verdadera alegría. De ahí las palabras de Jesús a la madre de Santiago y Juan, y luego a todo el grupo de los discípulos, señalan la vía para evitar caer en la envidia, en la ambición, en la adulación, tentaciones que están siempre al acecho incluso entre nosotros los

cristianos. La exigencia de aconsejar, advertir y enseñar no nos debe hacer sentir superiores a los demás, sino que nos obliga sobre todo a volver a entrar en nosotros mismos para verificar si somos coherentes con lo que pedimos a los demás. No olvidemos las palabras de Jesús: «¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?» (Lc 6, 41). Que el Espíritu Santo nos ayude a ser pacientes para soportar y humildes y sencillos para

aconsejar.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Les animo a poner en práctica las obras de misericordia, corporales y espirituales, para que todos puedan experimentar la presencia y ternura de Dios en sus vidas.

17 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en una conferencia de la unión internacional de empresarios católicos (UNIAPAC)

Jueves.

Señor Cardenal,

Señor Presidente de UNIAPAC,

Queridos amigos:

Han venido a Roma —al

Vaticano— respondiendo a la

invitación del Cardenal Peter

Turkson y de las autoridades de

la Unión internacional de

empresarios católicos, con el

noble propósito de reflexionar sobre el papel de los empresarios como agentes de inclusión económica y social. Quiero asegurarles desde este momento mi aliento y mi oración para este trabajo. La Providencia de Dios ha querido que este encuentro de UNIAPAC coincida con la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Todas las actividades humanas, también la empresarial, pueden ser un ejercicio de la misericordia, que es participación en el amor de

Dios por los hombres.

La actividad empresarial asume constantemente multitud de riesgos. Jesús, en las parábolas del tesoro escondido en un campo (cf. *Mt 13,44*) y de la perla preciosa (cf. *Mt 13,45*), compara la obtención del Reino de los Cielos con el riesgo empresarial. Deseo reflexionar hoy con ustedes sobre tres riesgos: el riesgo de usar bien el dinero, el riesgo de la honestidad y el riesgo de la fraternidad.

En primer lugar, el riesgo del uso del dinero. Hablar de

empresas nos pone inmediatamente en relación con uno de los temas más difíciles de la percepción moral: el dinero. He dicho varias veces que «el dinero es el estiércol del diablo», repitiendo lo que decían los Santos Padres. Además, León XIII, quien inició la doctrina social de la Iglesia, advertía que la historia del siglo XIX había dividido a las «naciones en dos clases de ciudadanos, abriendo un inmenso abismo entre una y otra» (Carta enc. Rerum novarum, 35). 40 años

después, Pío XI preveía el crecimiento de un «imperialismo internacional del dinero» (Carta enc. Quadragesimo anno, 109). Pasados otros 40 años, Pablo VI, refiriéndose a la Rerum novarum, denunciaba que la concentración excesiva de los medios y de los poderes «puede conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político» (Carta ap. Octogesima adveniens, 44). Jesús, en la parábola del administrador injusto, exhorta

a hacerse de amigos con las riquezas de iniquidad, para poder ser recibidos en las moradas eternas (cf. *Lc 16, 9-15*). Todos los Padres de la Iglesia han interpretado estas palabras en el sentido de que las riquezas son buenas cuando se ponen al servicio del prójimo, de lo contrario son inicuas (cf. *Catena Aurea: Evangelio según san Lucas, 16, 8-13*). Por tanto, el dinero debe servir, en vez de gobernar. Es un principio clave: el dinero debe servir en vez de gobernar. Es El dinero es sólo un

instrumento técnico de intermediación, de comparación de valores y derechos, de cumplimiento de las obligaciones y de ahorro. Como toda técnica, el dinero no tiene un valor neutro, sino que adquiere valor según la finalidad y las circunstancias en que se usa. Cuando se afirma la neutralidad del dinero, se está cayendo en su poder. Las empresas no deben existir para ganar dinero, aunque el dinero sirva para medir su funcionamiento. Las empresas existen para servir.

Por eso, es urgente recuperar el sentido social de la actividad financiera y bancaria, con la mejor inteligencia e inventiva de los empresarios. Esto supone asumir el riesgo de complicarse la vida, teniendo que renunciar a ciertas ganancias económicas. El crédito debe ser accesible para la vivienda de las familias, para las pequeñas y medianas empresas, para los campesinos, para las actividades educativas, especialmente a nivel primario, para la sanidad general, para el mejoramiento y la integración

de los núcleos urbanos más pobres. Una lógica crematística del mercado hace que el crédito sea más accesible y más barato para quien posee más recursos; y más caro y difícil para quien tiene menos, hasta el punto de dejar las franjas más pobres de la población en manos de usureros sin escrúpulos. De igual modo, a nivel internacional, el financiamiento de los países más pobres se convierte fácilmente en una actividad usurera. Este es uno de los grandes desafíos para el sector empresarial y para los

economistas en general, que está llamado a conseguir un flujo estable y suficiente de crédito que no excluya a ninguno y que pueda ser amortizable en condiciones justas y accesibles.

Aun cuando se admita la posibilidad de crear mecanismos empresariales que sean accesibles para todos y funcionen en beneficio de todos, hay que reconocer que siempre hará falta una generosa y abundante gratuidad. También hará falta la intervención del Estado para

proteger ciertos bienes colectivos y asegurar la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales. Mi predecesor san Juan Pablo II afirmaba que ignorar esto lleva a «una “idolatría” del mercado» (Carta enc. *Centesimus annus*, 40).

Hay un segundo riesgo que debe ser asumido por los empresarios. El riesgo de la honestidad. La corrupción es la peor plaga social. Es la mentira de buscar el provecho personal o del propio grupo bajo las apariencias de un servicio a la

sociedad. Es la destrucción del tejido social bajo las apariencias del cumplimiento de la ley. Es la ley de la selva disfrazada de aparente racionalidad social. Es el engaño y la explotación de los más débiles o menos informados. Es el más craso egoísmo, oculto detrás de una aparente generosidad. La corrupción está generada por la adoración del dinero y vuelve al corrupto, prisionero de esa misma adoración. La corrupción es un fraude a la democracia, y abre las puertas a otros males

terribles como la droga, la prostitución y la trata de personas, la esclavitud, el comercio de órganos, el tráfico de armas, etc. La corrupción es hacerse seguidor del diablo, padre de la mentira.

Sin embargo, la corrupción «no es un vicio exclusivo de la política. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, hay corrupción en las Iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y los movimientos populares»

(Discurso a los participantes en el encuentro mundial de movimientos populares, 5 noviembre 2016).

Una de las condiciones necesarias para el progreso social es la ausencia de corrupción. Puede suceder que los empresarios se vean tentados a ceder a los intentos de chantaje o de extorsión, justificándose con el pensamiento de salvar la empresa y su comunidad de trabajadores, o pensando que así harán crecer la empresa y que un día podrán librarse de

esa plaga. Además, puede ocurrir que caigan en la tentación de pensar que se trata de algo que todos hacen, y que pequeños actos de corrupción destinados a obtener pequeñas ventajas no tienen mayor importancia. Cualquier intento de corrupción, activa o pasiva, es ya comenzar a adorar al dios dinero.

El tercer riesgo es el de la fraternidad. Recordábamos cómo san Juan Pablo II nos enseñaba que «por encima de la lógica de los intercambios

[...] existe “algo que es debido al hombre porque es hombre”, en virtud de su eminente dignidad» (Carta enc. *Centesimus annus*, 34).

También Benedicto XVI insistió sobre la importancia de la *gratuidad*, como elemento imprescindible de la vida social y económica, decía: «la caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don, [...] el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. [...] El desarrollo económico, social y político necesita [...] dar

espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad» (Carta enc. Caritas in veritate, 34).

La actividad empresarial tiene que incluir siempre el elemento de gratuidad. Las relaciones de justicia entre dirigentes y trabajadores deben ser respetadas y exigidas por todas las partes; pero, al mismo tiempo, la empresa es una comunidad de trabajo en la que todos merecen un respeto y un aprecio fraternal por parte de los superiores, colegas y subordinados. El respeto del

otro como hermano debe extenderse también a la comunidad local en la que se ubica físicamente la empresa y, en cierto modo, todas las relaciones jurídicas y económicas de la empresa deben estar moderadas, envueltas en un ambiente de respeto y fraternidad. No faltan ejemplos de acciones solidarias en favor de los más necesitados realizadas por el personal de las empresas, clínicas, universidades u otras comunidades de trabajo o de estudio. Esto debería ser un

modo habitual de actuar, fruto de profundas convicciones por parte de todos, evitando que se convierta en una actividad ocasional para calmar la conciencia o, peor aún, en un medio para obtener un rédito publicitario.

Sobre la fraternidad, no puedo dejar de compartir con ustedes el tema de las emigraciones y de los refugiados, que oprime nuestros corazones. Hoy, las emigraciones y los desplazamientos de una multitud de personas en busca de protección se han convertido

en un dramático problema humano. La Santa Sede y las Iglesias locales están haciendo esfuerzos extraordinarios para afrontar eficazmente las causas de esta situación, buscando la pacificación de las regiones y países en guerra y promoviendo el espíritu de acogida; pero no siempre se consigue todo lo que se desea. Les pido ayuda también a ustedes. Por una parte, traten de convencer a los gobiernos para que renuncien a cualquier tipo de actividad bélica. Como se dice en los ambientes de

negocios: un «mal» acuerdo es siempre mejor que una «buena» pelea. Colaboren en crear fuentes de trabajo digno, estables y abundantes, tanto en los lugares de origen como en los de llegada y, en estos, tanto para la población local como para los inmigrantes. Hay que hacer que la inmigración siga siendo un factor importante de desarrollo.

La mayoría de los que estamos aquí pertenecemos a familias de emigrantes. Nuestros abuelos o padres llegaron de Italia, España, Portugal, Líbano

u otros países a América del Sur y del Norte, casi siempre en condiciones de pobreza extrema. Pudieron sacar adelante una familia, progresar y hasta convertirse en empresarios porque encontraron sociedades acogedoras, a veces tan pobres como ellos, pero dispuestas a compartir lo poco que tenían. Mantengan y transmitan este espíritu que tiene raíz cristiana, manifestando también aquí el genio empresarial.

UNIAPAC y ACDE evocan en mí el recuerdo del empresario

argentino Enrique Shaw, uno de sus fundadores, cuya causa de beatificación pude promover cuando era Arzobispo de Buenos Aires. Les recomiendo que sigan su ejemplo y, para los católicos, acudan a su intercesión para ser buenos empresarios.

El Evangelio de hace dos domingos nos proponía la vocación de Zaqueo (cf. *Lc 19,1-10*), aquel rico, jefe de los cobradores de impuestos de Jericó, que se subió a un árbol para poder ver a Jesús, y a quien la mirada del Señor lo

llevó a una profunda conversión. Ojalá que esta Conferencia sea como el sicómoro de Jericó, un árbol al que se puedan subir todos, para que, a través de la discusión científica de los aspectos de la actividad empresarial, encuentren la mirada de Jesús, y de aquí resulten orientaciones eficaces para hacer que la actividad de todas sus empresas promueva siempre y eficazmente el bien común.

Les agradezco esta visita al sucesor de San Pedro; y les

pido que lleven mi bendición a todos sus empleados, obreros y colaboradores y a sus familias. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Muchas gracias.

18 de noviembre de 2016.

Discurso a los participantes en un curso de formación para obispos sobre el nuevo proceso matrimonial.

[17-19 de noviembre de 2016]

Tribunal Apostólico de la Rota Romana.

Viernes.

Queridos hermanos:

Vuestra presencia en este curso de formación, promovido por el Tribunal Apostólico de la Rota Romana, subraya cuánto los

obispos, aun constituidos en fuerza de la Ordenación como maestros de la fe (cfr *Lumen gentium*, 25), tengan la necesidad de aprender continuamente. Se trata de comprender las necesidades y las preguntas del hombre de hoy y buscar las respuestas en la Palabra de Dios y en la verdad de la fe, estudiadas y conocidas cada vez mejor. El ejercicio del *munus docendi* está íntimamente ligado con los de *sanctificandi* y *regendi*. A través de estas tres funciones

se expresa el ministerio pastoral del obispo, fundado en la voluntad de Cristo, en la asistencia del Espíritu Santo y cuyo fin es actualizar el mensaje de Jesús. La inculturación del Evangelio se basa en este principio que aúna la fidelidad al anuncio evangélico y su comprensión y traducción en el tiempo. El beato Pablo VI, en la *Evangelii muntiandi*, exhortaba a evangelizar no de una manera superficial, sino entrando en lo concreto de las situaciones y de las personas.

Estas son sus palabras: «lo que importa es evangelizar. no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces [...] tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios » (n. 20). Precisamente la atención a las personas es la razón de fondo, teológica y eclesiológica, en este curso de formación. La salud espiritual, la *salus animarum* de las personas que

nos han confiado es el fin de toda acción pastoral.

En la primera carta de Pedro encontramos un punto de referencia fundamental para el oficio episcopal: «Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey» (1 Pe 5,2-3). Esta exhortación ilumina toda la misión del obispo, presentando la potestad

espiritual como un servicio para la salvación de los hombres. En esta perspectiva, es necesario eliminar con firmeza los obstáculos de naturaleza mundana que dificultan a un gran número de fieles el acceso a los Tribunales eclesiásticos. Las cuestiones de tipo económico y organizativo no pueden ser un obstáculo para la verificación canónica de la validez del matrimonio. Con el enfoque de una relación sana entre la justicia y la caridad, la ley de la Iglesia no puede prescindir del principio

fundamental de la *salus animarum*. Por lo tanto, los Tribunales eclesiásticos están llamados a ser una expresión tangible de un servicio diaconal del derecho con respecto a ese objetivo primario. Este mismo está puesto oportunamente como la última palabra del Código de Derecho Canónico, porque lo sobrepasa como la ley suprema, y como valor que supera el derecho mismo, indicando así el horizonte de la misericordia.

En esta perspectiva, la Iglesia camina desde siempre, como

madre que acepta y ama, con el ejemplo de Jesús Buen Samaritano. Iglesia del Verbo encarnado, se "encarna" en las historias tristes y dolorosas de la gente, se inclina hacia los pobres y los que están lejos de la comunidad eclesial o que se consideran fuera de ella a causa de su fracaso matrimonial. Sin embargo están y siguen estando incorporados a Cristo en virtud del bautismo. Por lo tanto, a nosotros nos corresponde la grave responsabilidad de ejercer el *munus*, recibido por

Jesús, divino Pastor médico y juez de las almas, de no considerarles nunca extraños al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Estamos llamados a no excluirlos de nuestra preocupación pastoral, sino a dedicarnos a ellos y a su situación irregular y dolorosa con la mayor solícitud y caridad.

Queridos hermanos obispos, procedéis de distintos países y habéis traído a este encuentro las solicitudes y las preguntas que surgen en el ámbito pastoral matrimonial de las

respectivas diócesis. Tales instancias requieren respuestas y medidas no siempre fáciles. Estoy seguro de que estas jornadas de estudio os ayudarán a concretar la actitud más oportuna a las diversas problemáticas.

Doy las gracias al Decano Mons. Pinto por haber promovido este Curso formativo, como también a los relatores por su competente aportación jurídica, teológica y pastoral. Regresaréis a vuestras diócesis enriquecidos con nociones y sugerencias

útiles para desarrollar con más eficacia vuestro ministerio, especialmente en relación con el nuevo proceso matrimonial. Esto representa una ayuda importante para que en la grey que se os ha confiado crezca la medida de la estatura de Cristo Buen Pastor, del que debemos aprender día tras día la búsqueda del *unum necessarium: la salus animarum*. Se trata del bien supremo y se identifica con Dios mismo, como enseñaba San Gregorio Nacianceno. Confiad en la asistencia infinita

del Espíritu Santo, que conduce invisible pero realmente a la Iglesia.

Recémosle para que os ayude y también ayude al sucesor de Pedro a responder, con disponibilidad y humildad, al grito de ayuda de tantos hermanos y hermanas nuestros que necesitan ver la verdad de su matrimonio y del camino de su vida.

19 de noviembre de 2016.
Homilía en el consistorio
ordinario público para la
creación de nuevos cardenales.

Sábado.

Al texto del Evangelio que terminamos de escuchar (cf. *Lc 6,27-36*), muchos lo han llamado «el Sermón de la llanura». Después de la institución de los doce, Jesús bajó con sus discípulos a donde una muchedumbre lo esperaba para escucharlo y hacerse sanar. El llamado de los

apóstoles va acompañado de este «ponerse en marcha» hacia la llanura, hacia el encuentro de una muchedumbre que, como dice el texto del Evangelio, estaba «atormentada» (cf. Lc 6,18). La elección, en vez de mantenerlos en lo alto del monte, en su cumbre, los lleva al corazón de la multitud, los pone en medio de sus tormentos, en el llano de sus vidas. De esta forma, el Señor les y nos revela que la verdadera cúspide se realiza en la llanura, y la llanura nos

recuerda que la cúspide se encuentra en una mirada y especialmente en una llamada: «Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso» (Lc 6,36).

Una invitación acompañada de cuatro imperativos, podríamos decir de cuatro exhortaciones que el Señor les hace para plasmar su vocación en lo concreto, en lo cotidiano de la vida. Son cuatro acciones que darán forma, darán carne y harán tangible el camino del discípulo. Podríamos decir que son cuatro etapas de la

mistagogia de la misericordia: *amen, hagan el bien, bendigan y rueguen*. Creo que en estos aspectos todos podemos coincidir y hasta nos resultan razonables. Son cuatro acciones que fácilmente realizamos con nuestros amigos, con las personas más o menos cercanas, cercanas en el afecto, en la idiosincrasia, en las costumbres.

El problema surge cuando Jesús nos presenta *los destinatarios* de estas acciones, y en esto es muy claro, no anda con vueltas ni eufemismos: *Amen a sus*

enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman (cf. Lc 6,27-28).

Y estas no son acciones que surgen espontáneas con quien está delante de nosotros como un adversario, como un enemigo. Frente a ellos, nuestra actitud primera e instintiva es descalificarlos, desautorizarlos, maldecirlos; buscamos en muchos casos «demonizarlos», a fin de tener una «santa» justificación para sacárnoslos de encima. En

cambio, Jesús nos dice que al enemigo, al que te odia, al que te maldice o difama: ámalo, hazle el bien, bendícelo y ruega por él.

Nos encontramos frente a una de las características más propias del mensaje de Jesús, allí donde esconde su fuerza y su secreto; allí radica la fuente de nuestra alegría, la potencia de nuestro andar y el anuncio de la buena nueva. El enemigo es alguien a quien debo amar. En el corazón de Dios no hay enemigos, Dios tiene hijos. Nosotros levantamos muros,

construimos barreras y clasificamos a las personas. Dios tiene hijos y no precisamente para sacárselos de encima. El amor de Dios tiene sabor a fidelidad con las personas, porque es amor de entrañas, un amor maternal/paternal que no las deja abandonadas, incluso cuando se hayan equivocado. Nuestro Padre no espera a amar al mundo cuando seamos buenos, no espera a amarnos cuando seamos menos injustos o perfectos; nos ama porque eligió amarnos, nos ama

porque nos ha dado el estatuto de hijos. Nos ha amado incluso cuando éramos enemigos suyos (cf. *Rm* 5,10). El amor incondicionado del Padre para con todos ha sido, y es, verdadera exigencia de conversión para nuestro pobre corazón que tiende a juzgar, dividir, oponer y condenar. Saber que Dios sigue amando incluso a quien lo rechaza es una fuente ilimitada de confianza y estímulo para la misión. Ninguna mano sucia puede impedir que Dios ponga en esa mano la Vida que quiere

regalarnos.

La nuestra es una época caracterizada por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial. Nos toca transitar un tiempo donde resurgen epidémicamente, en nuestras sociedades, la polarización y la exclusión como única forma posible de resolver los conflictos. Vemos, por ejemplo, cómo rápidamente el que está a nuestro lado ya no sólo posee el estado de desconocido o inmigrante o refugiado, sino que se convierte en una

amenaza; posee el estado de enemigo. Enemigo por venir de una tierra lejana o por tener otras costumbres. Enemigo por su color de piel, por su idioma o su condición social, enemigo por pensar diferente e inclusive por tener otra fe. Enemigo por.. Y sin darnos cuenta esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Entonces, todo y todos comienzan a tener sabor de enemistad. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia. Cuántas

heridas crecen por esta epidemia de enemistad y de violencia, que se sella en la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de esta patología de la indiferencia. Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento se siembran por este crecimiento de enemistad entre los pueblos, entre nosotros. Sí, entre nosotros, dentro de nuestras comunidades, de nuestros presbiterios, de nuestros encuentros. El virus de la

polarización y la enemistad se nos cuelga en nuestras formas de pensar, de sentir y de actuar. No somos inmunes a esto y tenemos que velar para que esta actitud no cope nuestro corazón, porque iría contra la riqueza y la universalidad de la Iglesia que podemos palpar en este Colegio Cardenalicio. Venimos de tierras lejanas, tenemos diferentes costumbres, color de piel, idiomas y condición social; pensamos distinto e incluso celebramos la fe con ritos diversos. Y nada de esto nos hace enemigos, al

contrario, es una de nuestras mayores riquezas.

Queridos hermanos, Jesús no deja de «bajar del monte», no deja de querer insertarnos en la encrucijada de nuestra historia para anunciar el Evangelio de la Misericordia. Jesús nos sigue llamando y enviando al «llano» de nuestros pueblos, nos sigue invitando a gastar nuestras vidas levantando la esperanza de nuestra gente, siendo signos de reconciliación. Como Iglesia, seguimos siendo invitados a abrir nuestros ojos para mirar

las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad, privados en su dignidad.

Querido hermano neo Cardenal, el camino al cielo comienza en el llano, en la cotidianidad de la vida partida y compartida, de una vida gastada y entregada. En la entrega silenciosa y cotidiana de lo que somos. Nuestra cumbre es esta *calidad* del amor; nuestra meta y deseo es buscar en la llanura de la vida, junto al Pueblo de Dios, transformarnos en personas

capaces de perdón y reconciliación.

Querido hermano, hoy se te pide cuidar en tu corazón y en el de la Iglesia esta invitación a ser misericordioso como el Padre, sabiendo que «si hay algo que debe inquietarnos santamente y preocupar nuestras conciencias es que tantos hermanos vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido que dé vida»
(Exhort. ap. *Evangelii Gaudium*,

49).

20 de noviembre de 2016.
Homilía en la Santa Misa de
clausura del jubileo de la
misericordia.

Solemnidad de Nuestro Señor
Jesucristo, Rey del Universo.

Domingo.

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo corona el año litúrgico y este Año santo de la misericordia. El Evangelio presenta la realeza de Jesús al culmen de su obra de salvación, y lo hace de una manera sorprendente. «El Mesías de Dios,

el Elegido, el Rey» (Lc 23,35.37) se muestra sin poder y sin gloria: está en la cruz, donde parece más un vencido que un vencedor. Su realeza es paradójica: su trono es la cruz; su corona es de espinas; no tiene cetro, pero le ponen una caña en la mano; no viste suntuosamente, pero es privado de la túnica; no tiene anillos deslumbrantes en los dedos, pero sus manos están traspasadas por los clavos; no posee un tesoro, pero es vendido por treinta monedas.

Verdaderamente el reino de Jesús no es de este mundo (cf. *Jn 18,36*); pero justamente es aquí —nos dice

el Apóstol Pablo en la segunda lectura—, donde encontramos la redención y el perdón (cf. Col 1,13-14). Porque la grandeza de su reino no es el poder según el mundo, sino el amor de Dios, un amor capaz de alcanzar y restaurar todas las cosas. Por este amor, Cristo se abajó hasta nosotros, vivió nuestra miseria humana, probó nuestra condición más ínfima: la injusticia, la traición, el abandono; experimentó la muerte, el sepulcro, los infiernos. De esta forma nuestro Rey fue incluso hasta los confines del Universo para abrazar y salvar a todo viviente. No nos ha condenado, ni siquiera

conquistado, nunca ha violado nuestra libertad, sino que se ha abierto paso por medio del amor humilde que todo excusa, todo espera, todo soporta (cf. 1 Co 13,7). Sólo este amor ha vencido y sigue venciendo a nuestros grandes adversarios: el pecado, la muerte y el miedo.

Hoy queridos hermanos y hermanas, proclamamos esta singular victoria, con la que Jesús se ha hecho el Rey de los siglos, el Señor de la historia: con la sola omnipotencia del amor, que es la naturaleza de Dios, su misma vida, y que no pasará nunca (cf. 1 Co 13,8). Compartimos con

alegría la belleza de tener a Jesús como nuestro rey; su señorío de amor transforma el pecado en gracia, la muerte en resurrección, el miedo en confianza.

Pero sería poco creer que Jesús es Rey del universo y centro de la historia, sin que se convierta en el Señor de nuestra vida: todo es vano si no lo acogemos personalmente y si no lo acogemos incluso en su modo de reinar. En esto nos ayudan los personajes que el Evangelio de hoy presenta. Además de Jesús, aparecen tres figuras: el pueblo que mira, el grupo que se encuentra cerca de la cruz y un malhechor

crucificado junto a Jesús.

En primer lugar, el pueblo: el Evangelio dice que «estaba mirando» (Lc 23,35): ninguno dice una palabra, ninguno se acerca. El pueblo está lejos, observando qué sucede. Es el mismo pueblo que por sus propias necesidades se agolpaba entorno a Jesús, y ahora mantiene su distancia. Frente a las circunstancias de la vida o ante nuestras expectativas no cumplidas, también podemos tener la tentación de tomar distancia de la realeza de Jesús, de no aceptar totalmente el escándalo de su amor humilde, que inquieta nuestro «yo», que

incomoda. Se prefiere permanecer en la ventana, estar a distancia, más bien que acercarse y hacerse próximo. Pero el pueblo santo, que tiene a Jesús como Rey, está llamado a seguir su camino de amor concreto; a preguntarse cada uno todos los días: «¿Qué me pide el amor? ¿A dónde me conduce? ¿Qué respuesta doy a Jesús con mi vida?».

Hay un segundo grupo, que incluye diversos personajes: los jefes del pueblo, los soldados y un malhechor. Todos ellos se burlaban de Jesús. Le dirigen la misma provocación: «Sálvate a ti mismo»

(cf. *Lc 23,35.37.39*). Es una tentación peor que la del pueblo. Aquí tientan a Jesús, como lo hizo el diablo al comienzo del Evangelio (cf. *Lc 4,1-13*), para que renuncie a reinar a la manera de Dios, pero que lo haga según la lógica del mundo: baje de la cruz y derrote a los enemigos. Si es Dios, que demuestre poder y superioridad. Esta tentación es un ataque directo al amor: «Sálvate a ti mismo» (*Lc 23,37. 39*); no a los otros, sino a ti mismo. Prevalga el yo con su fuerza, con su gloria, con su éxito. Es la tentación más terrible, la primera y la última del Evangelio.

Pero ante este ataque al propio modo de ser, Jesús no habla, no reacciona. No se defiende, no trata de convencer, no hace una apología de su realeza. Más bien sigue amando, perdona, vive el momento de la prueba según la voluntad del Padre, consciente de que el amor dará su fruto.

Para acoger la realeza de Jesús, estamos llamados a luchar contra esta tentación, a fijar la mirada en el Crucificado, para ser cada vez más fieles. Cuántas veces en cambio, incluso entre nosotros, se buscan las seguridades gratificantes que ofrece el mundo. Cuántas veces

hemos sido tentados a bajar de la cruz. La fuerza de atracción del poder y del éxito se presenta como un camino fácil y rápido para difundir el Evangelio, olvidando rápidamente el reino de Dios como obra. Este Año de la misericordia nos ha invitado a redescubrir el centro, a volver a lo esencial. Este tiempo de misericordia nos llama a mirar al verdadero rostro de nuestro Rey, el que resplandece en la Pascua, y a redescubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es acogedora, libre, fiel, pobre en los medios y rica en el amor, misionera. La

misericordia, al llevarnos al corazón del Evangelio, nos exhorta también a que renunciemos a los hábitos y costumbres que pueden obstaculizar el servicio al reino de Dios; a que nos dirijamos sólo a la perenne y humilde realeza de Jesús, no adecuándonos a las realezas precarias y poderes cambiantes de cada época.

En el Evangelio aparece otro personaje, más cercano a Jesús, el malhechor que le ruega diciendo: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (*Lc 23,42*). Esta persona, mirando simplemente a Jesús, creyó en su reino. Y no se

encerró en sí mismo, sino que con sus errores, sus pecados y sus dificultades se dirigió a Jesús. Pidió ser recordado y experimentó la misericordia de Dios: «hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43). Dios, apenas le damos la oportunidad, se acuerda de nosotros. Él está dispuesto a borrar por completo y para siempre el pecado, porque su memoria, no como la nuestra, olvida el mal realizado y no lleva cuenta de las ofensas sufridas. Dios no tiene memoria del pecado, sino de nosotros, de cada uno de nosotros, sus hijos amados. Y cree que es

siempre posible volver a comenzar,
levantarse de nuevo.

Pidamos también nosotros el don de
esta memoria abierta y viva.

Pidamos la gracia de no cerrar
nunca la puerta de la reconciliación y
del perdón, sino de saber ir más allá
del mal y de las divergencias,
abriendo cualquier posible vía de
esperanza. Como Dios cree en
nosotros, infinitamente más allá de
nuestros méritos, también nosotros
estamos llamados a infundir
esperanza y a dar oportunidad a los
demás. Porque, aunque se cierra la
Puerta santa, permanece siempre
abierta de par en par para nosotros

la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza.

Muchos peregrinos han cruzado la Puerta santa y lejos del ruido de las noticias has gustado la gran bondad del Señor. Damos gracias por esto y recordamos que hemos sido investidos de misericordia para revestirnos de sentimientos de misericordia, para ser también instrumentos de misericordia.

Continuemos nuestro camino juntos. Nos acompaña la Virgen María,

también ella estaba junto a la cruz, allí ella nos ha dado a luz como tierna Madre de la Iglesia que desea acoger a todos bajo su manto. Ella, junto a la cruz, vio al buen ladrón recibir el perdón y acogió al discípulo de Jesús como hijo suyo. Es la Madre de misericordia, a la que encomendamos: todas nuestras situaciones, todas nuestras súplicas, dirigidas a sus ojos misericordiosos, que no quedarán sin respuesta.

20 de noviembre de 2016.
ÁNGELUS.

Solemnidad de Nuestro Señor
Jesucristo, Rey del Universo.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Al final de esta celebración,
elevamos a Dios la alabanza y
el agradecimiento por el don
que el Año Santo de la
Misericordia ha sido para la
Iglesia y para tantas personas
de buena voluntad. Saludo con

deferencia al Presidente de la República Italiana y a las delegaciones oficiales presentes. Expreso profundo agradecimiento a los líderes del Gobierno italiano y demás instituciones, por su colaboración y esfuerzo realizado. Un caluroso agradecimiento a las Fuerzas del Orden, a los operadores de los servicios de acogida, información, personal de sanidad y a los voluntarios de todas las edades y procedencias. Doy las gracias de manera especial al Pontificio

Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, a su Presidente y a quienes han cooperado en sus distintas articulaciones.

Un agradecido recuerdo va dirigido hacia quienes han contribuido espiritualmente en el éxito del Jubileo: pienso en las muchas personas ancianas y enfermas, que han rezado incesantemente, incluso ofreciendo sus sufrimientos por el Jubileo. En especial me gustaría dar las gracias a las monjas de clausura, en la vigilia del Día *Pro*

Orantibus que se celebra mañana.

Invito a todos a tener un recuerdo especial para estas hermanas nuestras que se dedican totalmente a la oración y que necesitan solidaridad espiritual y material. Ayer, en Avignon, Francia, fue beatificado el Padre María Eugenio del Niño Jesús, de la Orden de los Carmelitas Descalzos, fundador del Instituto secular «Nuestra Señora de la Vida», hombre de Dios, atento a las necesidades espirituales y materiales del

prójimo. Que su ejemplo y su intercesión sostengan nuestro camino de fe.

Deseo saludar cordialmente a todos vosotros que habéis venido desde diferentes países para el cierre de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro. Que la Virgen María nos ayude a todos a conservar en el corazón y a hacer fructíferos los dones espirituales del Jubileo de la Misericordia.

23 de noviembre de 2016.

Audiencia general. Aconsejar a los dudosos y enseñar a los que no saben.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Finalizado el Jubileo, hoy volvemos a la normalidad, pero quedan todavía algunas reflexiones sobre las obras de misericordia, y por eso continuaremos con esto.

La reflexión sobre las obras de misericordia espiritual se

refiere hoy a dos acciones muy unidas entre sí: aconsejar a los dudosos y enseñar a los ignorantes, es decir, a los que no saben. La palabra ignorante es demasiado fuerte, pero quiere decir que no saben algo y a quien se debe enseñar. Son obras que se pueden vivir sea en una dimensión simple, familiar, al alcance de todos, que —especialmente la segunda, la de enseñar— desde un plano más institucional, organizado. Pensemos, por ejemplo, en cuántos niños sufren todavía el

analfabetismo. Esto no se puede entender: ¡que en un mundo en el cual el progreso técnico científico ha llegado tan lejos, haya niños analfabetos! Es una injusticia. Cuántos niños sufren la falta de instrucción. Es una condición muy injusta que afecta a la misma dignidad de la persona. Sin educación además se convierte fácilmente en presa de la explotación y de varias formas de malestar social.

La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha sentido la exigencia de esforzarse en el ámbito de

la instrucción porque su misión de evangelización conlleva el compromiso de devolver la dignidad a los más pobres. Desde el primer ejemplo de una «escuela» fundada precisamente aquí en Roma por san Justino, en el siglo ii, para que los cristianos conocieran mejor la Sagrada Escritura, hasta san José de Calasanz, que abrió las primeras escuelas públicas gratuitas de Europa, tenemos una larga lista de santos y santas que en varias épocas han llevado instrucción a los más desfavorecidos,

sabiendo que por este camino habrían podido superar la miseria y las discriminaciones. Cuántos cristianos laicos hermanos y hermanas consagradas, sacerdotes han dado su propia vida por la instrucción, por la educación de los niños y los jóvenes. Esto es grande: ¡yo os invito a rendirles homenaje con un gran aplauso! Estos pioneros de la instrucción habían comprendido a fondo la obra de misericordia y habían hecho de ello un estilo de vida tal hasta el punto de transformar la

misma sociedad. A través de un trabajo simple y pocas estructuras isupieron devolver la dignidad a muchas personas! Y la instrucción que impartían a menudo estaba orientada también hacia el trabajo. Pero pensemos en san Juan Bosco, que preparaba para trabajar a chicos de la calle, en el oratorio y después en la escuela, las oficinas. Es así como surgieron muchas y diversas escuelas profesionales, que habilitaban para trabajar mientras educaban con valores humanos y cristianos. La instrucción, por

lo tanto, es verdaderamente una peculiar forma de evangelización.

Cuanto más crece la instrucción más personas adquieren las certezas y la conciencia, que todos necesitamos en la vida.

Una buena instrucción nos enseña el método crítico, que comprende también un cierto tipo de duda, útil para plantear preguntas y verificar los resultados alcanzados, en vista de un conocimiento mayor. Pero la obra de misericordia de aconsejar a los dudosos no se refiere a este tipo de duda.

Expresar la misericordia hacia los dudosos equivale, sin embargo, a aliviar ese dolor y ese sufrimiento que proviene del miedo y de la angustia que son las consecuencias de la duda. Por tanto es un acto de verdadero amor con el cual se pretende sostener a una persona ante la debilidad provocada por la incertidumbre. Pienso que alguien podría preguntarme: «Padre, pero yo tengo muchas dudas sobre la fe ¿Qué tengo que hacer? ¿Usted nunca tiene dudas?». Tengo muchas... ¡Claro que en

algunos momentos a todos nos entran dudas! Las dudas que tocan la fe, en sentido positivo, son la señal de que queremos conocer mejor y más a fondo a Dios, Jesús, y el misterio de su amor hacia nosotros. «Pero, yo tengo esta duda: busco, estudio, veo o pido consejo sobre cómo hacer». ¡Estas son dudas que hacen crecer! Es un bien entonces que nos planteemos preguntas sobre nuestra fe, porque de esa manera estamos impulsados a profundizar en ella. Las dudas, de todos modos, hay que

superarlas. Por ello es necesario escuchar la Palabra de Dios, y comprender lo que nos enseña. Una vía importante que ayuda mucho en esto es la de la catequesis, con la cual el anuncio de la fe sale a nuestro encuentro en el aspecto concreto de la vida personal y comunitaria. Y hay, al mismo tiempo, otra senda igualmente importante, la de vivir lo más posible la fe. No hagamos de la fe una teoría abstracta donde las dudas se multipliquen. Hagamos más bien de la fe nuestra vida. Intentemos

practicarla a través del servicio a los hermanos, especialmente de los más necesitados.

Entonces muchas dudas desaparecen, porque sentimos la presencia de Dios y la verdad del Evangelio en el amor que, sin nuestro mérito, vive en nosotros y compartimos con los demás.

Como se puede ver, queridos hermanos y hermanas, estas dos obras de misericordia tampoco están lejos de nuestra vida. Cada uno de nosotros puede esforzarse en vivirlas para poner en práctica la

palabra del Señor cuando dice que el misterio del amor de Dios no ha sido revelado a los sabios e inteligentes, sino a los pequeños (cf. *Lc 10, 21; Mt 11. 25—26*). Por lo tanto, la enseñanza más profunda que estamos llamados a transmitir y la certeza más segura para salir de la duda, es el amor de Dios con el cual hemos sido amados (cf. *1 Gv 4, 10*). Un amor grande, gratuito y dado para siempre ¡Dios nunca da marcha atrás con su amor! Sigue siempre hacia adelante y espera; dona su amor para

siempre, del cual debemos sentir una fuerte responsabilidad, para ser testimonios ofreciendo misericordia a nuestros hermanos. Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a tener un corazón atento a las necesidades de las personas que nos rodean, para que también ellas puedan experimentar el amor que Dios les tiene. Muchas gracias.

24 de noviembre de 2016.
Discurso a los participantes en el encuentro “narcóticos: problemas y soluciones de esta cuestión mundial” organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias.

Casina Pío IV.

Jueves.

Ilustres señores y señoras:
Saludo cordialmente a cada uno de los presentes y agradezco las palabras que me ha dirigido el Presidente de la

Pontificia Academia de las Ciencias.

La droga es una herida en nuestra sociedad. Una herida que atrapa a mucha gente en las redes. Ellas son víctimas que han perdido su libertad para caer en esta esclavitud; esclavitud de una dependencia que podríamos llamar «química». Es cierto que se trata de una «nueva forma de esclavitud», como otras muchas que flagelan al hombre de hoy y a la sociedad en general. Es evidente que no hay una única causa que lleva a la

dependencia de la droga, sino que son muchos los factores que intervienen, entre otros: la ausencia de familia, la presión social, la propaganda de los traficantes, el deseo de vivir nuevas experiencias, etc. Cada persona dependiente trae consigo una historia personal distinta, que debe ser escuchada, comprendida, amada y, en cuanto posible, sanada y purificada. No podemos caer en la injusticia de clasificar al drogadicto como si fuera objeto o un trasto roto. Cada persona ha de ser

valorada y apreciada en su dignidad para poder ser sanada. La dignidad de la persona es lo que hemos venido a encontrar. Siguen teniendo, y más que nunca, una dignidad en cuanto personas que son hijos de Dios. Y no es de extrañar que haya tanta gente que caiga en la dependencia de la droga, pues la mundanidad nos ofrece un amplio abanico de posibilidades para alcanzar una felicidad efímera, que al final se convierte en veneno, que corroe, corrompe y mata. La

persona se va destruyendo y, con ella, a todos los que están a su alrededor. El deseo inicial de huida, buscando una felicidad momentánea, se transforma en la devastación de la persona en su integridad, repercutiendo en todas las capas sociales.

En este sentido, es importante conocer cuál es el alcance del problema de la droga, -que es destructor, es esencialmente destructor- y, sobre todo, la vastedad de sus centros de producción y de su sistema de distribución. Las redes, que

posibilitan la muerte de una persona. La muerte no física, la muerte psíquica, la muerte social. El descarte de una persona. Redes inmensas, poderosas, que van atrapando a personas responsables en la sociedad, en los gobiernos, en la familia. Sabemos que el sistema de distribución, más aún que la producción, representa una parte importante del crimen organizado, pero un desafío es identificar el modo de controlar los circuitos de corrupción y las formas de blanqueo de dinero.

Están unidos, están unidos.
Para ello, no queda otro camino que el de remontar la cadena que va desde el comercio de drogas en pequeña escala hasta las formas más sofisticadas de lavado, que anidan en el capital financiero y en los bancos que se dedican al blanqueo del dinero sucio.

Un juez de mi país empezó a trabajar en serio. Tenía varios miles de kilómetros de frontera en su jurisdicción. Trabajar en serio sobre el problema de la droga. Al poco tiempo recibió una foto de su familia, en el

correo: "Tu hijo va a tal escuela, tu esposa hace esto...", nada más. Un aviso mafioso. O sea, cuando se quiere buscar y ascender por las redes de distribución, uno se encuentra con esa palabra de cinco letras: *mafia*. Pero en serio. Porque, así como en la distribución se mata al que es esclavo de la droga, en la consumación así también se mata a quien quiera destruir esta esclavitud. Es cierto que para frenar la demanda del consumo de drogas se necesita realizar

grandes esfuerzos e implementar amplios programas sociales orientados a la salud, al apoyo familiar y, sobre todo, a la educación, que considero fundamental. La formación humana integral es la prioridad; ella da a las personas la posibilidad de tener instrumentos de discernimiento, con los cuales puedan desechar las diferentes ofertas y ayudar a otros. Esta formación principalmente está orientada a los vulnerables de la sociedad, como pueden ser los niños y los jóvenes, pero

también es valioso extenderla a las familias y a los que sufren algún tipo de marginación. Sin embargo, el problema de la prevención de la droga como programa siempre se ve frenado por mil y un factor de ineptitud de los gobiernos: por un sector del gobierno de acá, de allá o de allá. Y programas de prevención de droga casi no existen exitosos. Y una vez que avanzó, y ya se radicó en la sociedad, es muy difícil. Pienso en mi patria: hace 30 años era un país de tránsito; después, de consumo, y hasta algo de

producción. En 30 años. Este es el progreso que se da gracias al compromiso mafioso de los responsables...

Si bien la prevención es camino prioritario, es fundamental también trabajar por la plena y segura rehabilitación de sus víctimas en la sociedad, para devolverles la alegría y para que recobren la dignidad que un día perdieron. Mientras esto no esté asegurado, también desde el Estado y su legislación, la recuperación será difícil y las víctimas podrán ser re-victimizadas.

El más necesitado de nuestros hermanos, que aparentemente no tiene nada para dar, lleva un tesoro para nosotros: el rostro de Dios, que nos habla y nos interpela. Les animo a que sigan adelante con su labor y concreten, dentro de sus propias posibilidades, las felices iniciativas que han emprendido al servicio de los que más sufren en este campo de guerra. La lucha es difícil, y siempre que uno da la cara y empieza a trabajar, en esto corre el riesgo de ese juez de mi patria de recibir una cartita

con alguna insinuación. Pero estamos defendiendo a la familia humana, defendiendo a los jóvenes, a los niños. Como se dice en el campo:

“Defendiendo la cría, definiendo el futuro”. No es una cosa de disciplina momentánea, es una cosa que se proyecta hacia delante.

Muchas gracias por lo que hacen.

26 de noviembre de 2016.
Discurso a los ganadores del
premio Ratzinger 2016.

Sábado.

Me alegra encontrarme con
vosotros en esta ocasión tan
importante en el contexto de
los fines y actividades de la
Fundación Joseph Ratzinger -
Benedicto XVI. Para mí es
también una manera de
expresar una vez más nuestro
afecto y nuestro
reconocimiento por el Papa
emérito Benedicto XVI, que

sigue acompañándonos con su oración.

Me congratulo por el éxito del Simposio Internacional sobre el tema de la Escatología - Análisis y Perspectivas, que ha tenido lugar hace pocos días en la Universidad de la Santa Cruz y ha concluido esta mañana en el «Agustinianum» con la lección del cardenal Ravasi. Sabemos que el tema de la escatología ha ocupado un lugar muy importante en el trabajo teológico del profesor Joseph Ratzinger, en su actividad como prefecto de

la Congregación para la Doctrina de la Fe, y finalmente también en su magisterio durante el pontificado. No podemos olvidar sus profundas consideraciones acerca de la vida eterna y la esperanza en la Encíclica *Spe Salvi*. El tema de la escatología es esencial en la reflexión sobre el sentido de nuestra vida y de nuestra historia para no encerrarnos en un enfoque materialista o de otra forma puramente mundana.

El Jubileo de la Misericordia, que acaba de finalizar, nos ha

recordado muchas veces que la misericordia está en el corazón del «protocolo» sobre el que Jesús dice que seremos juzgados: «Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber». La profundidad del pensamiento de Joseph Ratzinger, sólidamente basado en la Escritura y en los Padres, y siempre alimentado por la fe y la oración, nos ayuda a permanecer abiertos al horizonte de la eternidad, dando sentido también a nuestras esperanzas y a nuestros esfuerzos humanos. El

suyo es un pensamiento y un magisterio fecundo, que ha sabido concentrarse en las referencias fundamentales de nuestra vida cristiana, la persona de Jesucristo, la caridad, la esperanza y la fe. Y toda la Iglesia le estará siempre agradecida. Pero ya que en esta ocasión de esta reunión anual se otorga el Premio Ratzinger 2016, también he de felicitar a las ilustres personalidades a la que ha sido asignado por el Comité Científico de la Fundación. Por lo tanto, mis felicitaciones a

Mons. Inos Biffi, que, como hemos escuchado, recibe el premio en reconocimiento de los méritos de toda una vida dedicada a los estudios teológicos en la Iglesia y en su servicio: un premio, por así decirlo, "a la carrera" de un gran teólogo; y al profesor más joven Ioannis Kourempeles, que recibe el premio en reconocimiento a la calidad de la labor teológica hasta ahora desarrollada, como prueba de aprecio por el interés dedicado al pensamiento de Joseph Ratzinger, y como estímulo

para seguir sondeando la fecundidad del encuentro entre el pensamiento de Joseph Ratzinger y la teología ortodoxa.

Enhorabuena, pues, a los galardonados y mis mejores deseos por su trabajo teológico, y a la Fundación por llevar a cabo su tarea. El Señor os bendiga siempre y bendiga también vuestro servicio a su Reino. Y bendiga a todos vosotros, aquí presentes, y a vuestros seres queridos.

27 de noviembre de 2016.
ANGELUS.

I Domingo de Adviento.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Hoy en la Iglesia inicia un nuevo año litúrgico, es decir, un nuevo camino de fe del pueblo de Dios. Y como siempre iniciamos con el Adviento. La página del Evangelio (cf. *Mt 24, 37-44*) nos presenta uno de los temas más sugestivos del tiempo de Adviento: la visita del Señor a la humanidad. La

primera visita —lo sabemos todos— se produjo con la Encarnación, el nacimiento de Jesús en la gruta de Belén; la segunda sucede en el presente: el Señor nos visita continuamente cada día, camina a nuestro lado y es una presencia de consolación; y para concluir estará la tercera y última visita, que profesamos cada vez que recitamos el Credo: «De nuevo vendrá en la gloria para juzgar a vivos y a muertos». El Señor hoy nos habla de esta última visita suya, la que sucederá al final

de los tiempos y nos dice dónde llegará nuestro camino.

La palabra de Dios hace resaltar el contraste entre el desarrollarse normal de las cosas, la rutina cotidiana y la venida repentina del Señor.

Dice Jesús: «Como en los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en el que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrasó a todos»

(Mt 24, 38-39): así dice Jesús. Siempre nos impresiona pensar en las horas que preceden a

una gran calamidad: todos están tranquilos, hacen las cosas de siempre sin darse cuenta que su vida está a punto de ser alterada. El Evangelio, ciertamente no quiere darnos miedo, sino abrir nuestro horizonte a la dimensión ulterior, más grande, que por una parte relativiza las cosas de cada día pero al mismo tiempo las hace preciosas, decisivas. La relación con el Dios que viene a visitarnos da a cada gesto, a cada cosa una luz diversa, una profundidad, un valor

simbólico.

Desde esta perspectiva llega también una invitación a la sobriedad, a no ser dominados por las cosas de este mundo, por las realidades materiales, sino más bien a gobernarlas. Si por el contrario nos dejamos condicionar y dominar por ellas, no podemos percibir que hay algo mucho más importante: nuestro encuentro final con el Señor, y esto es importante. Ese, ese encuentro. Y las cosas de cada día deben tener ese horizonte, deben ser dirigidas a ese

horizonte. Este encuentro con el Señor que viene por nosotros. En aquel momento, como dice el Evangelio, «estarán dos en el campo: uno es tomado, el otro dejado» (*Mt 24, 40*). Es una invitación a la vigilancia, porque no sabiendo cuando Él vendrá, es necesario estar preparados siempre para partir.

En este tiempo de Adviento estamos llamados a ensanchar los horizontes de nuestro corazón, a dejarnos sorprender por la vida que se presenta cada día con sus novedades.

Para hacer esto es necesario aprender a no depender de nuestras seguridades, de nuestros esquemas consolidados, porque el Señor viene a la hora que no nos imaginamos. Viene para presentarnos una dimensión más hermosa y más grande. Que Nuestra Señora, Virgen del Adviento, nos ayude a no considerarnos propietarios de nuestra vida, a no oponer resistencia cuando el Señor viene para cambiarla, sino a estar preparados para dejarnos visitar por Él, huésped

esperado y grato, aunque desarme nuestros planes.

Después del Ángel:

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero asegurar mi oración por las poblaciones de Centroamérica, especialmente las de Costa Rica y Nicaragua, azotadas por un huracán y, esta última también por un fuerte seísmo. Y rezo también por las del norte de Italia, que están sufriendo a causa de los aluviones.

Os saludo a todos vosotros

peregrinos, venidos de Italia y de diversos países: a las familias, a los grupos parroquiales, a las asociaciones. En particular, saludo a los fieles provenientes del Líbano, Egipto, Eslovaquia y al coro de Limburg (Alemania). Saludo con afecto a la comunidad ecuatoriana, aquí presente; a las familias del Movimiento «Tra Noi»; a los grupos de Altamura, Rieti, San Casciano en Val di Pesa; a la unitalsi de Capaccio y a los alumnos de Bagheria. A todos os deseo un buen domingo y un

buen camino de Adviento para encontrar al Señor. ¡Que sea tiempo de esperanza! Salid al encuentro del Señor que sale a nuestro encuentro. La esperanza verdadera fundada en la fidelidad de Dios y en nuestra responsabilidad. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

28 de noviembre de 2016.

Discurso a los organizadores y colaboradores del jubileo de la misericordia.

Lunes.

Me alegra recibirlos después de la conclusión del Jubileo extraordinario para expresar mi agradecimiento personal por el gran trabajo realizado durante este Año Santo.

Saludo y doy las gracias de manera particular, al incansable Mons. Rino Fisichella. A él y a sus colaboradores del Consejo

Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización había confiado de forma especial la gestión del Jubileo. Ha sido un año denso, lleno de iniciativas en toda la Iglesia, donde se ha podido ver y tocar de cerca los frutos de la misericordia de Dios. La mía, al principio, había sido una simple intuición; el Señor, como siempre, nos sorprende y va más allá de nuestras expectativas, y así ese deseo se ha convertido en una realidad que se ha podido celebrar con tanta fe y alegría en las comunidades cristianas

de todo el mundo. La Puerta de la Misericordia abierta en todas las catedrales y santuarios ha permitido que los fieles no encontrasen ningún obstáculo para experimentar el amor de Dios. Ha sucedido algo verdaderamente extraordinario que ahora requiere que sea insertado en la vida cotidiana para que la misericordia se convierta en un compromiso y una forma de vida permanente para los creyentes. Todos vosotros, de diferentes maneras, habéis hecho posible que este evento de gracia se

haya celebrado de manera ordenada y segura, con una gran afluencia de peregrinos y de manera que emergiera el profundo valor espiritual que el Jubileo representa. Mi pensamiento agradecido va dirigido, sobre todo, al señor Ministro del Interior que como responsable de la seguridad ha garantizado a los peregrinos, no sólo en Roma, sino en todo el territorio nacional, que vivieran este Jubileo con la debida seguridad y tranquilidad. Junto a él doy las gracias al Jefe de la Policía y al

Cuestor de Roma, que junto con la Gendarmería del Vaticano han demostrado lo mucho que la colaboración recíproca pueda ofrecer realmente servicios de seguridad garantizados para todos. Doy las gracias a los miembros de la Comisión Bilateral entre la Santa Sede y el Gobierno italiano en la persona del subsecretario de la Presidencia del Consejo. No puedo olvidar al Cuerpo de la Guardia Suiza y a todas las instituciones vaticanas, en particular, a la Gobernación y a

la basílica de San Pedro por su gran dedicación. Un pensamiento agradecido, también, por el esfuerzo realizado por los responsables de la Región del Lacio, con su presidente, sobre todo por la planificación meticulosa de las estructuras sanitarias. A la Secretaría Técnica, presidida por el prefecto de Roma que agrupaba a las distintas administraciones, entre las cuales se encuentra el Ayuntamiento de Roma, un aplauso por haber hecho posible el transcurso eficaz de

todos los eventos del Jubileo. Por último, un pensamiento de vivo agradecimiento hacia los muchos voluntarios venidos de diferentes partes del mundo y a cuantos han colaborado con su trabajo cotidiano, a menudo silencioso y discreto, a hacer de este Jubileo extraordinario un verdadero evento de gracia.

«Si quieres conseguir la misericordia de Dios, sé tú misericordioso»

(Agustín, *Discurso* 259, 3). Que estas palabras de San Agustín puedan servir de conforto para todos. Con vuestro esfuerzo, no

solamente habéis dado una
aportación competente, sino
que habéis prestado un servicio
auténtico de misericordia a los
millones de peregrinos que han
venido a Roma.

¡Que vuestro duro trabajo
pueda ser recompensado por la
experiencia de misericordia que
el Señor no dejará que os falte!
Gracias.

30 de noviembre de 2016.

Audiencia general. Rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con la catequesis de hoy concluimos el ciclo dedicado a la misericordia. Aunque las catequesis terminan, ¡la misericordia debe continuar!

Damos las gracias al Señor por todo esto y conservémoslo en el corazón como consolación y conforto.

La última obra de misericordia espiritual pide rogar a Dios por los vivos y por los difuntos. A esta podemos unir también la última obra de misericordia corporal que invita a sepultar a los muertos. Esta última puede parecer una petición extraña; en cambio, en algunas zonas del mundo que viven bajo el flagelo de la guerra, con bombardeos que día y noche siembran miedo y víctimas inocentes, esta obra es tristemente actual. La Biblia tiene un hermoso ejemplo al respecto: el del viejo Tobías,

quien, aun arriesgando su propia vida, sepultaba a los muertos no obstante la prohibición del rey (Cf. *Tob* 1, 17-19; 2, 2-4). También hoy hay quien arriesga la vida para dar sepultura a las pobres víctimas de las guerras. Por lo tanto, esta obra de misericordia corporal no es lejana de nuestra existencia cotidiana. Y nos hace pensar a lo que sucede el Viernes Santo, cuando la Virgen María, con Juan y algunas mujeres estaban ante la cruz de Jesús. Después de su muerte, fue José

de Arimatea, un hombre rico, miembro del Sanedrín pero convertido en discípulo de Jesús, y ofreció para él su sepulcro nuevo, excavado en la roca. Fue personalmente donde Pilatos y pidió el cuerpo de Jesús: una verdadera obra de misericordia hecha con gran valor (Cf. *Mt 27, 57-60*). Para los cristianos, la sepultura es un acto de piedad, pero también un acto de gran fe. Depositamos en la tumba el cuerpo de nuestros seres queridos, con la esperanza de su resurrección (Cf. *1 Cor 15,*

1-34). Este es un rito que perdura muy fuerte y sentido en nuestro pueblo, y que encuentra una resonancia especial este mes de noviembre dedicado, en particular, al recuerdo y a la oración por los difuntos.

Rogar por los difuntos es, sobre todo, una muestra de agradecimiento por el testimonio que han dejado y el bien que han hecho. Es un agradecimiento al Señor por habérmolos donado y por su amor y su amistad. La Iglesia ruega por los difuntos de

manera particular durante la Santa Misa. Dice el sacerdote: «Acuérdate, Señor, de tus hijos, que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz. A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz» (Canon romano). Un recuerdo simple, eficaz, lleno de significado, porque encomienda a nuestros seres queridos a la misericordia de Dios. Oremos con esperanza cristiana para que estén con Él en el paraíso, en la espera de encontrarnos

juntos en ese misterio de amor que no comprendemos, pero que sabemos que es verdadero porque es una promesa que Jesús hizo. Todos resucitaremos y todos permaneceremos por siempre con Jesús, con Él.

El recuerdo de los fieles difuntos no debe hacernos olvidar también rezar por los vivos, que junto a nosotros se enfrentan las pruebas de la vida cada día. La necesidad de esta oración es todavía más evidente si la enfocamos desde la profesión de fe que dice: «Creo en la comunión de los

santos». Es el misterio que expresa la belleza de la misericordia que Jesús nos ha revelado. La comunión de los santos, precisamente, indica que todos estamos inmersos en la vida de Dios y vivimos en su amor. Todos, vivos y difuntos, estamos en la comunión, es decir, como una unión; unidos en la comunidad de cuantos han recibido el Bautismo, y de los que se han nutrido del Cuerpo de Cristo y forman parte de la gran familia de Dios. Todos somos de la misma familia, unidos. Y por eso

rezamos los unos por los otros. ¡Cuántas maneras distintas hay para rezar por nuestro prójimo! Son todas válidas y aceptadas por Dios si se hacen con el corazón. Pienso en particular en las mamás y en los papás que bendicen a sus hijos por la mañana y por la noche. Todavía existe esa costumbre en algunas familias: bendecir al hijo es una oración; pienso en la oración por las personas enfermas, cuando vamos a verles y rezamos por ellos; en la intercesión silenciosa, a veces con lágrimas, en tantas

situaciones difíciles por las que rezar. Ayer vino a Misa en Santa Marta un buen hombre, un empresario. Ese hombre joven tiene que cerrar su fábrica porque no puede y lloraba diciendo: «no soy capaz de dejar sin trabajo a más de 50 familias. Podría declarar la bancarrota de la empresa: me voy a casa con mi dinero, pero mi corazón llorará toda la vida por estas 50 familias». Este es un buen cristiano que reza con las obras: vino a misa para rezar para que el Señor les dé una salida, no solo para él, sino

para las 50 familias. Este es un hombre que sabe rezar, con el corazón y con los hechos, sabe rezar por el prójimo. Está en una situación difícil. Y no busca la salida más fácil: «que se las apañen». Este es un cristiano. ¡Me ha hecho mucho bien escucharle! Y quizás hay muchos así, hoy, en este momento en el cual tanta gente sufre por la falta de trabajo; pienso también en el agradecimiento por una bonita noticia que se refiere a un amigo, a un pariente, a un compañero...: «¡Gracias, Señor,

por esta cosa bonita!, eso también es rezar por los demás. Dar las gracias al Señor cuando las cosas son bonitas. A veces, como dice San Pablo, «no sabemos rezar como es debido; pero es el Espíritu que intercede por nosotros con gemidos inefables» (*Rom 8, 26*). Es el Espíritu que reza dentro de nosotros. Abramos, entonces, nuestro corazón, de manera que el Espíritu Santo, escrutando los deseos que están en lo más profundo, los pueda purificar y conseguir que se realicen. De todos modos,

por nosotros y por los demás, siempre pidamos que se haga la voluntad de Dios, como en el Padre Nuestro, porque su voluntad es seguramente el bien más grande, el bien de un Padre que no nos abandona nunca: rezar y dejar que el Espíritu Santo rece por nosotros. Y esto es bonito en la vida: reza agradeciendo, alabando a Dios, pidiendo algo, llorando cuando hay alguna dificultad, como la de ese hombre. Pero que el corazón esté siempre abierto al Espíritu para que rece en nosotros, con

nosotros y por nosotros.

Concluyendo estas catequesis sobre la misericordia, esforcémonos en rezar los unos por los otros para que las obras de misericordia corporales y espirituales se conviertan cada vez más en el estilo de nuestra vida. Las catequesis, como he dicho al principio, terminan aquí. Hemos hecho el recorrido de las 14 obras de misericordia, pero la misericordia continua y debemos ejercerla a través de estos 14 modos.

Gracias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a rezar unos por otros para que las obras de misericordia corporales y espirituales se conviertan cada vez más en el estilo de nuestra vida. Muchas gracias.